S. y J.
ÁLVAREZ
QUINTERO

OBRAS COMPLETAS

Tomo IV

Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero son autores andaluces que cosecharon un gran éxito hace aproximadamente un siglo. Su producción es básicamente de comedias y se divide en las ambientadas en su Andalucía natal, tamizada por los recuerdos de su infancia y presentando siempre una visión luminosa y alegre, y las ambientadas en Madrid, más amargas. En cualquier caso, la mayoría son divertidas y siempre muy bien escritas.

Este volumen comprende las estrenadas desde el 18 de enero de 1921 hasta el 23 de noviembre de 1927 inclusive.

Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero

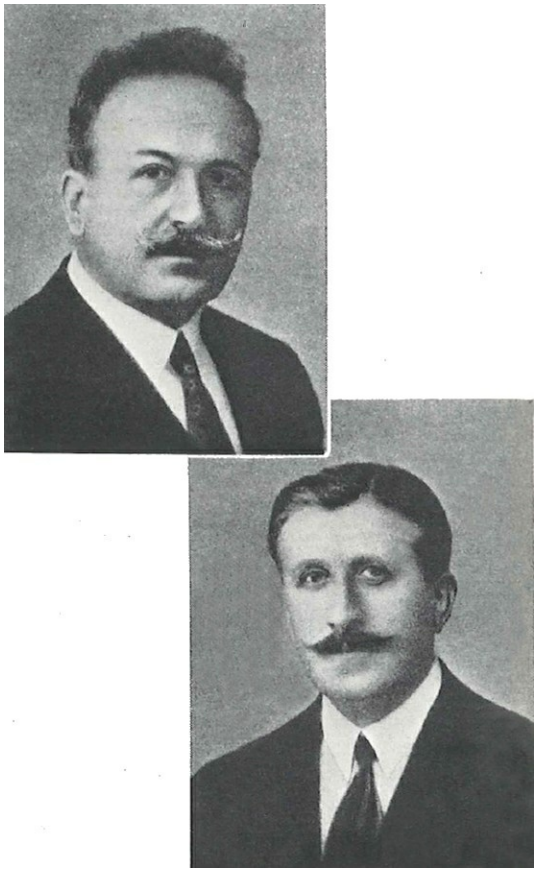
Obras completas. Tomo IV

Obras completas Hnos. Álvarez Quintero - 4

ePub r1.0
Titivillus 28.06.2019

Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero, 1947
Digitalizador: errobixirripa
Diseño de cubierta: gilba

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Aquí los Quintero siguen sumando triunfos con *Amores y amoríos*, *El amor que pasa*, *Puebla de las mujeres*, *Malvaloca*, *Pipiola*, *La calumniada* y otras obras de gran renombre que formarán la base más sólida de su fama

TOMO IV

Este volumen comprende las estrenadas desde el 18 de enero de 1921 hasta el 23 de noviembre de 1927 inclusive, cuyos títulos, por orden cronológico, son los siguientes:

Pasionera.

La seria.

Los pápiros.

La moral de Arrabales.

Ramo de locura.

La sillita.

La prisa.

E1 mal ángel.

Antón Caballero.

El cuartito de hora.

La quema.

Cabellos de plata.

Las benditas máscaras.

Las vueltas que da el mundo.

Cristalina.

Acacia y Melitón.

Ganas de reñir.

Marianela.

Concha la Limpia.

Mi hermano y yo.

Dos pesetas.

Vámonos.

La suerte.

Cancionera.

Revoloteo.

Pepita y Don Juan.

La boda de Quinita Flores

El pie.

Las muertes de Lopillo.

El último papel.

Las de Abel.

Los grandes hombres o El monumento a Cervantes.

Barro pecador.

Cambio de suerte.

125 kilómetros.

La cuestión es pasar el rato.

Tambor y cascabel.

PASIONERA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **TEATRO LARA** el 18 de enero de 1921

A la clara memoria de **PEDRO ÁLVAREZ QUINTERO**, *paz y aliento de nuestras vidas.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pasionera.	Carmen Jiménez.
Natividad.	Leocadia Alba.
África.	Emérita Esparza.
Juanica.	Guadalupe Muñoz Sampedro.
El Padrino.	Ricardo Simó-Raso.
Alberto.	Francisco Hernández.
Mateo.	José Balaguer.

PASIONERA

ACTO PRIMERO

Patinillo en casa de Natividad Pérez, viuda de Juan Martínez el platero, en Sevilla. Al foro, puerta vidriera que comunica con el interior. A la derecha del actor, la puertecilla del cuarto de plancha y lavadero. A la izquierda, puerta falsa que da a una callejuela. Paredes encaladas. Arriates con geranios. En uno de ellos, una mata de campanillas azules, que trepa graciosamente muro arriba. Tres sillas de enea. Es por la tarde, en el mes de septiembre: después de la Consolación de Utrera y antes de San Miguel.

Sale de la casa Pasionera, nuestra heroína, con aire, receloso. Simultáneamente sale del lavadero, sorprendiéndola, Juanica, la criada, natural de Palos de Moguer.

Pasionera. ¿Tú qué hases aquí?

Juanica. *Turbada.* Que vine ar lavadero.

Pasionera. Pos sube, que te yama mi madre.

Juanica. Ya mismito. *Cierra el lavadero.* ¿Usté no iba a zalí con eya?

Pasionera. Sube tú y no preguntes más.

Juanica. Zí, zeñorita.

Juanica obedece con el corazón en la boca, por lo que luego se sabrá.

Pasionera, entonces, segura ya de que está sola, se dirige a la puerta falsa a concertar una cita con Alberto, su novio, que habla desde la callejuela, y a quien no vemos por ahora.

Pasionera es una sevillana de lo mejor del pueblo. Tiene cara de Virgen de Montañés. Su boca, que es divina cuando se ríe, es temible cuando se frunce. Sus ojos reflejan más pasión que dulzura. Su entrecejo es más expresivo que su habla, e idea querida que prende en él, allí queda presa y no hay vendaval que se la lleve.

PASIONERA. *Quedito.* ¿Estás allí, Alberto?

ALBERTO. *Lo mismo.* Aquí estoy.

PASIONERA. ¿Hase mucho?

ALBERTO. ¡Un siglo!

PASIONERA. ¿Un siglo?

ALBERTO. ¡Un minuto esperándote!

PASIONERA. *Iluminado el rostro.* ¡Ah! Oye.

ALBERTO. Qué.

PASIONERA. ¿Te ha visto arguien?

ALBERTO. Sí.

PASIONERA. *Asustada* ¿Quién?

ALBERTO. Un perro.

PASIONERA. ¡Vamos!

ALBERTO. ¿No me abres?

PASIONERA. No.

ALBERTO. ¿Por qué?

PASIONERA. Porque no estoy sola.

ALBERTO. ¿Está en casa la Guardia siví?

PASIONERA. No seas chocante, Alberto. ¡Cuando yo no te abro!… Vé luego ar Gran Podé.

ALBERTO. ¿Irás tú?

PASIONERA. Tienes preguntas de forastero.

ALBERTO. Pos en er talón der Señó voy a dejá un beso. Cógelo, que es pa ti.

PASIONERA. No seas hereje.

ALBERTO. Pero ¿lo cogerás?

PASIONERA. Sí; pero no seas hereje. Y está ar cuidao a vé si mientras mi madre resa en la capiya de la Soledá, podemos nosotros hablá dos palabras.

ALBERTO. ¡No seas hereje!

PASIONERA. No me hagas reí. *De repente, sobresaltada.* ¡Ahí viene eya! Hasta luego.

ALBERTO. Hasta luego.

PASIONERA. A la asotea me subo a verte pasá por la otra caye. *Se aparta con disimulo de la puerta y vaga por el patinillo como distraída.*

De la casa sale en esto Natividad, de velo. Es persona de gracia y viva como un rayo; lo cual quiere decir que mira a su hija y no cree poco ni mucho en su aire distraído.

NATIVIDAD. ¿Qué manía te ha dao a ti ahora de está en er patiniyo en vez de está en er patio?

PASIONERA. Lo mismo estoy aquí que ayí. Ahora voy a subí a la asotea.

NATIVIDAD. ¿A la asotea? ¿Te has enamorao de argún palomo?

PASIONERA. ¿Ya empesamos, mamá? No tengo yo ganas de amores.

NATIVIDAD. Y ¿vas a confesarte mañana?

PASIONERA. Sí.

NATIVIDAD. Pos ya sé un pecao de los que vas a desirle ar cura.

PASIONERA. ¿Cuá?

NATIVIDAD. Que engañas a tu madre.

PASIONERA. Yo no le digo ar cura tar cosa.

NATIVIDAD. Entonses engañas ar cura.

PASIONERA. Es que yo no la engaño a usté.

NATIVIDAD. ¡Porque yo no me dejo!

Pasionera. Cabalito.

Natividad. Cabalito, sí.

Pasionera. Me voy ya a la asotea.

Natividad. Escucha.

Pasionera. *Contrariada.* ¿Qué?

Natividad. ¡Jesús, hija, qué nervios! Estás muy revuerta hase unos días.

Pasionera. Será el otoño, que ya viene.

Natividad. ¡Er veraniyo der membriyo, más bien! Pero va a habé que pensá en un carmante. Yo no te quiero así.

Pasionera. Bueno: ¿qué iba usté a desirme?

Natividad. ¿Tienes prisa? ¿A que va a resurtá verdá lo der palomito?

Pasionera. ¡Vaya!

Natividad. ¿Por qué no te vienes conmigo a la platería?

Pasionera. ¿Va usté a yegarse ayá?

Natividad. Sí: a dá una vuerta. El ojo del amo… Ya sabes que voy tos los días.

Pasionera. Pos yo no tengo ganas, mamá. Déjeme usté en casa tranquila.

Natividad. Tranquila quisiera dejarte.

Pasionera. Pos tranquila me quedo.

Va a entrarse en la casa cuando asoma en la puerta del foro el Padrino. Aunque lo disimula, le cae mal la visita. Es don Andrés Manzana, entre sus relaciones, el Padrino por antonomasia. Tiene muchas ocupaciones y muchos amigos, y dondequiera se le recibe con agrado. Frisa con los sesenta, calvea y canea, lleva tufos y se tiñe el bigote.

Padrino. *Desde la puerta:*

Entre la hija y la madre

están echando unas cuentas,
las mismas que no les salen.

PASIONERA. ¡Padrino!

NATIVIDAD. ¡Padrino! ¡Dichosos los ojos!

PASIONERA. ¿Quién se quiere morí?

PADRINO. ¡Yo, no! ¡Y ahora menos que nunca! Pasionera. ¿Por qué?

PADRINO. Mírate al espejo y ér te contestará por mí. Con los años se me afina er gusto.

PASIONERA. Er gusto… y la guasa.

PADRINO. ¿Usté iba a salí, Natividá?

NATIVIDAD. Pero no tengo prisa ninguna. Vamos a sentarnos un ratito.

PADRINO. Vamos a sentarnos.

NATIVIDAD. Tráele ar Padrino una mesedora.

PADRINO. ¡No!

NATIVIDAD. O nos vamos ar patio.

PASIONERA. Aquí hase más fresco. Voy por la mesedora. *Éntrase en la casa.*

PADRINO.

Esa mujé está sembrá:
va derramando mosquetas
por dondequiera que va,

como cantaba yo cuando no me teñía er bigote.

NATIVIDAD. ¡Jesús! Pero ¿se tiñe usté er bigote? Padrino. ¡Y se me conose desde una legua! Fíjese usté. Sino que es capricho de una chiclanera que me ha flechao… y hay que darle ar tinte.

NATIVIDAD. ¡Qué Padrino éste!

Vuelve Pasionera con la mecedora para él.

PASIONERA. La mesedora.

PADRINO. Dios te lo pague, hija. ¿No la quiere usté, Natividá?

NATIVIDAD. No, señó; pa usté. Yo prefiero esta siya baja, Padrino. Pos muchas grasias a las dos.

PASIONERA. Ahora vengo, Padrino.

PADRINO. Mujé, ¿vas a irte?

PASIONERA. Dos minutos. Pa que murmuren ustedes de mí.

Éntrase otra vez en la casa.

NATIVIDAD. *Suspirando.* ¡Ay!…

PADRINO. ¡Qué bien le salió a usté esa chiquiya, Natividá!

NATIVIDAD. No salió malamente.

PADRINO. ¡Vaya una escurtura! Usté es la Rordana. Ca día que pasa se parese más a la Virgen de mi parroquia. Sólo que aqueya no tiene acabao más que lo que se ve: la cara y las manos; y la de usté es completa.

NATIVIDAD. De eya vamos a hablá nosotros.

PADRINO. ¿Sí, eh? ¿Qué hay?

NATIVIDAD. Hay más de lo que yo quisiera. Por eso le he puesto a usté la esquelita. ¡Como usté ahora nos ha abandonao!…

PADRINO. Pero ¿usté sabe…?

NATIVIDAD. Se conose que la chiclanera lo ata a usté muy corto.

PADRINO. ¡Por María Santísima! ¿A mis años me iba yo a dejá?…

NATIVIDAD. ¿Conque no? ¿Y er labio de arriba, padrino?

PADRINO. ¡Er labio de arriba se ha enlutao porque ya no hay quien le pida un beso!

NATIVIDAD. ¡Ja, ja, ja!

PADRINO. No crea usté que no siento yo no vení por esta casa más a menudo. Me encuentro a gusto aquí.

NATIVIDAD. Y yo lo selebro.

PADRINO. Pero ya sabe usté que soy er Padrino pa media Seviya. Me halaga, la verdá, aunque no me dejen libre un istante entre unos y otros. ¡Y sincuenta cosas!… ¡De lo que se calienta er puchero! Por si era poco la cofradía, y la arcardía de barrio, y los tratos y los corretajes, ahora soy

también apoderao der *Choquerito.* ¡Y no quiea usté sabé! Argunos días armuerso en Telégrafos.

NATIVIDAD. Es valiente ese muchacho, ¿verdá?

PADRINO. Es valiente, sabiéndolo. Quieo desí que no es temerario.

NATIVIDAD. ¿Vale más que er de la otra plasa?

PADRINO.

¿Dónde va usté a compará
un charco con una fuente?
Sale er só, se seca er charco,
y la fuente permanese.

¡No es nadie er *Choquerito*! A la vuerta e dos años se han sindicao los toros en contra de é.

NATIVIDAD. ¿Er mes pasao tuvo una cogida muy grave?

PADRINO. Muy grave. Se arrima mucho. Le entró er cuerno por un costao, le salió por la esparda, echó medio purmón por la boca… y a los tres días jugaba unas carambolas conmigo. Es de trapo: no hay más que coserlo por donde se rompe. Evaristo, que es buen afisionao, pué desirle a usté… Y a propósito: ¿le sirve a usté Evaristo en la platería?

NATIVIDAD. Sí, señó; me tiene muy contenta. Cuida er negosio; conose la aguja de mareá. Siempre barre pa dentro. Vende, compra, cambia… y no lo engaña ni un gitano.

PADRINO. Me alegro. ¡Cuando yo recomiendo a un hombre! Por sierto que por ahí se corría que ese selo era una mijiya interesao.

NATIVIDAD. ¡Ojalá!

PADRINO. Que quería quedarse con la platería… y con la joya de más presio de su dueña.

NATIVIDAD. ¡Ojalá! Pero la joya de más presio, como usté le yama, le ha dao unas calabasas como pa un San Roque. Padrino. ¿Es posible? ¿A Evaristo?

NATIVIDAD. A Evaristo.

PADRINO. ¿Pasionera?

NATIVIDAD. Pasionera.

PADRINO. ¡Es lo grande esto! ¿Que hay una edá en que a ninguna mujé le gustan los hombres formales?

NATIVIDAD. ¡Y, en cambio, se peresen por los granujas! Padrino. ¿Esas tenemos?

NATIVIDAD. Sí, señó.

PADRINO. ¿Ése es er busilis de la cartita de ayé noche? Natividad. Ése es er busilis.

PADRINO.

Jaleo y más jaleo;
viendo que tú no venias,
eché una carta ar correo.

NATIVIDAD. Deje usté las coplas ahora.

PADRINO. ¿Que deje las coplas cuando vamos a hablá de unos amores? Las coplas son sentensias. A mí se me vienen a la boca, como a Sancho Pansa los refranes.

Tengo mi cuerpo de coplas
que parese un avispero:
se empujan unas a otras
por vé cuar sale primero.

Vamos a vé: ¿qué pasa?

Aparece Juanica en la puerta del foro, con una secreta comezón.

NATIVIDAD. ¿Tú qué traes?

JUANICA. No; na…

NATIVIDAD. ¿Dónde está mi hija?

JUANICA. Me pae que en la azotea.

NATIVIDAD. ¿Has regao la puerta e la caye?

JUANICA. Zí, zeñora.

NATIVIDAD. Pos riégala otra vez.

JUANICA. Ya mismito. *Se va, a pesar suyo.*

PADRINO. ¿Qué pasa?

NATIVIDAD. ¿Qué pasa? Escuche usté. Usté conose bien a mi hija. Pasión se yama, y le yamamos Pasionera; y eso es por argo.

PADRINO.

Quien le puso Pasionera
bien le supo poner nombre…

NATIVIDAD. ¡Deje usté las coplas, Padrino!

PADRINO. ¡Como no me ponga un tapón!… ¡Si es que se me salen! Siga usté.

NATIVIDAD. Pasión es buena; no hay otra más buena. Yo no me quejo de mi hija. Pero tiene una farta.

PADRINO. Muy escondía debe de está cuando yo no la he visto.

NATIVIDAD. Pos la tiene en el entresejo. Er pájaro que ayí se le para, como eya se encariñe con é, ayí se quea de por vida. Y eya lo alimenta de su sangre. Esa hija mía, lo mismo pa queré que pa aborresé, es estremosa. Desde que era así. Cuando de chiquiya iba ar colegio y reñía con arguna niña, ¡Jesús!, quería matarla, o echarla del colegio, o no vorvé eya más… Yegaba a casa con calentura; soñaba con la chiquiya aqueya noche… Y er caso contrario. Ya mayorsita, usté lo ha visto: trese años tenía cuando murió su padre, que era er delirio de eya; lo yoró la criatura lo que no es pa esplicao; yo temí que se me fuera detrás de é; le yevó luto sinco años… y se pasó veintisiete meses sin poné er pie en la caye. Pero así como se dise: lo mismo que si estuviera en un convento.

PADRINO. Ya, ya lo sé: ya la conozco. Y no le digo a usté toas las coplas que vienen aquí a pelo, porque va a salí la luna antes de que acabe.

NATIVIDAD. La que va a salí es eya, si no me deja usté concluí.

PADRINO. Adelante con los faroles.

NATIVIDAD. De esto quisás usté no se acuerde. Mi hija, a poco de ponerse de largo, toavía con er luto de Juan, tuvo un novio. Er primero y el úrtimo hasta er presente. Duraron aqueyas relasiones dos meses y medio.

¡Cosas de chiquiyos! —pensaba yo—. Y duraron tan poco, porque er padre de é cogió a su hijo y se lo yevó fuera, a un colegio. Pero la mía, por las señales, seguía reinando en er cabayerito. Entérese usté. Vorvió su mersé ar poco tiempo, y cuando eya quisás esperaba que ér se acordase de eya, ér se echó otra novia: una amiga íntima de Pasión, justamente. Bueno: a esa amiga mi hija no la ha vuelto a mirá, y eso que luego se ha casao con otro. No la ha vuerto a mirá. ¿Va usté comprendiendo el asunto?

PADRINO. Sí, señora, es que Pasionera no orvida.

NATIVIDAD. No orvida.

PADRINO.

No hay lunita más clara
que la de enero,
ni hay amor tan durable
como er primero.

NATIVIDAD. Si no la dise usté, revienta. Eya ha tenío dos o tres pretendientes de mérito: Evaristo, el úrtimo; que es un hombre pa no despresiarlo. ¡Pos como si fuesen las figuras de sera! No les hase caso ninguno. Y yo me temo, Padrino de mi arma, yo me temo que er piyastre que tiene la curpa ande ahora rondándola otra vez.

PADRINO. Pero ¿es un piyastre, Natividá?

NATIVIDAD. Cuando le hablo a usté así…

PADRINO. ¿Quién es? ¿Yo lo conozco?

NATIVIDAD. Seguramente: Arberto Ésija.

PADRINO. ¡San Antonio bendito! ¿El hijo der notario?

NATIVIDAD. Er mismo. ¡Mar tiro le peguen!

PADRINO. Sí que es habé dao en lo peó; si que sería desgrasia que eya se emperrase. Pero ¿usté está segura…?

NATIVIDAD. Las madres no nos engañamos. Y eso es lo que quiero, Padrino: que usté… que usté averigüe lo que haya.

PADRINO. ¡Ya lo creo! Es cuestión de muleta. Aquí estoy yo pa eso y pa cuanto sea menesté. *Mira su reloj*. Y ya han tocao a cambiá de suerte.

Vaya usté a lo que iba, y dígale usté a la niña primero que no quiero marcharme sin despedirme de eya.

NATIVIDAD. Dios se lo pague a usté, Padrino.

PADRINO.

El amigo verdadero
se compara con la sangre,
que acude siempre a la herida
antes que la yame nadie.

Ande usté, ande usté.

NATIVIDAD. Muchas grasias, Padrino; muchas grasias. *Vase al interior.*

El Padrino pasea.

PADRINO. Como eso sea así… motivos hay pa perdé er sueño. ¡Pobre Natividá! Y ¡pobre muchacha! Porque la prenda es pa un trapero. ¿Adónde da esta puertesita? *Descorre el cerrojillo de la puerta falsa y se asoma a la callejuela.*

En este momento vuelve a salir Juanica por la del foro. Respira al creerse sola y corre a abrir el lavadero como una flecha. Juanica. ¡Ay! ¡Gracias a Dios! ¡Escapa ya, Mateo!

Y *sale del lavadero Mateo, quinto de Infantería, como sale de un tostador una castaña.*

MATEO. ¡Chavó, qué horno! ¡Creí que me aficiaba Juanica! ¡Jozú! ¡No hace caló en er lavadero! ¡No es na! *Se limpia el sudor.*

JUANICA. ¡Echa ya pa la caye!

MATEO. ¡Y no ha charlao tu ama! ¡Jozú!

JUANICA. ¡Echa pa la caye, Mateo!

MATEO. ¡Ya voy, mujé! ¡Déjame refrescarme un poco!

JUANICA. ¡A vé zi nos piyan!

MATEO. ¿A mí? ¡A mí no me piyan ni en er Parque cogiendo flores!

Para que se juegue lo pueril de su presunción, vuelve el Padrino y lo coge frito.

JUANICA. *Al verlo.* ¡Mal haya!

MATEO. ¡Azúca!

JUANICA. ¿Estaba usté ahí?

PADRINO. Sí; yo estaba ahí… y tú estabas ahí… Pero… ¿y este sigarrón, dónde estaba? *Silencio.* ¿Dónde estabas tú?

MATEO. *Azoradísimo, a Juanica.* ¿Dónde estaba yo?

JUANICA. En er lavadero.

MATEO. En er lavadero. ¡Zin caló que hace en er lavadero!

JUANICA. Don Padrino: es mi novio. ¡Pero no ze lo diga usté al ama!

PADRINO. ¿Tu novio, y lo escondes? Nadie se esconde por na bueno. ¿Tú no me conoses a mí?

MATEO. No; no, zeñó. No caigo.

PADRINO. Pos tienes obligasión de fijarte en las caras y de sabé que muchos jefes no van de uniforme.

MATEO. *Saludándolo militarmente.* ¡Chavó! ¡No me azustes!

PADRINO. ¿Eh?

MATEO. *Tartamudeando.* Dis… penze uzía: lo he dicho de azustao. No… No me azuste uzía.

JUANICA. Es mu corto de genio.

PADRINO. ¿Cómo te yamas tú?

MATEO. ¿Yo?

PADRINO. ¡Tú!

MATEO. Me… me dicen *Tomate.*

PADRINO. *¿Tomate?*

MATEO. Zí… zí, zeñó: porque me pongo colorao por menos de un pitiyo. Bueno, ¡en er lavadero hace un caló!… *Sopla.* Pero ahora aquí hace más.

PADRINO. Te pregunto tu nombre, no tu apodo.

JUANICA. Mateo Carrasquiya.

MATEO. Zer… zervidó de uzía: Mateo Carrasquiya.

PADRINO. ¿De dónde eres?

MATEO. De Zapa… Zapa… Zapadores.

PADRINO. ¡De qué pueblo, digo!

MATEO. De… de Trebujena.

PADRINO. ¿Sabes leé?

JUANICA. Zí, zeñó: de corrío. ¡Lee mis cartas!

MATEO. ¡Leo las cartas de ésta… que no zabe escribí!…

PADRINO. Bueno; baja la mano. Y pa que toas las cartas no sean de tu novia, vas a yevá ahora mismo a su destino estas dos que te doy.

MATEO. Lo que mande uzía.

PADRINO. Toma. Lee la direcsión.

MATEO. *Obedeciéndolo.* «Zeñó don Jozé Ca… Carrasquiya —¡hombre, como yo!— Ro… Rozitas, 9». ¿En dónde está esta caye?

PADRINO. ¡Lo preguntas!

MATEO. Lo… lo pregunto. Dispenze uzía. «Zeñora doña Conzolación Baeza. Plaza de la Paja, 1».

PADRINO. Eso es.

MATEO. ¿Arguna espera contestación?

PADRINO. Ninguna.

MATEO. ¿Manda argo más uzía?

PADRINO. Que las yeves volando.

MATEO. A la orden de uzía.

Se va por la puerta de la callejuela como perro con lata. Juanica lo sigue maquinalmente.

PADRINO. ¡Lo bien que a mí me sirve el Ejérsito! No se me ha perdío ni una carta de las que mando así. ¡Y lo que me ahorro! El empaque de coroné me lo da er bigote. Ahora más que antes.

Vuelve Juanica, inquieta.

Juanica. ¡Don Padrino, yo no zabía que usté era militá!

Padrino. Pos ya lo has visto.

Juanica. ¡Por Dios, que no ze entere de esto el ama!

Padrino. Descuida. ¡Pero este novio tuyo es nuevo! Er mes pasao hablabas en la puerta con otro.

Juanica. Zí, zeñó; zi yo cambio mucho. Un mismo novio ziempre es mu canzao.

Padrino. Eso sí.

Juanica. Toas las mujeres que no tienen na más que un novio, no ganan pa dijustos. Miste la zeñorita.

Padrino. ¿Eh?

Juanica. Que miste la zeñorita, que está aquí.

Padrino. ¡Ah!

Pasionera ha salido del interior oportunamente.

Pasionera. ¿Se va usté ya, Padrino?

Padrino. ¡Párate ahí!

Pasionera. ¿Cómo?

Padrino. ¡Que te pares ahí, que te voy a cantá una saeta! Pasionera. ¡Las saetas no pegan hasta Semana Santa! *Retirase Juanica.*

Padrino. ¡Qué bien me has hecho la visita, mujé!

Pasionera. ¿Se queja usté, Padrino, y lo he dejao hablá a sus anchas con mi madre?

Padrino. No era ningún secreto.

Pasionera. Por si acaso.

Padrino. Siéntate un poquito.

Pasionera. Pero ¿no se iba usté?

Padrino. Me iba, sí; pero has yegao tú y no sé dejarte tan pronto. ¿Te pesa?

Pasionera. ¿A mí? *Acariciándole.* ¡Padrino! ¡Pos si lo quiero yo a usté más!…

Padrino. ¡Ay, si tuviera yo un hijo de veintisinco años!

Pasionera. ¿Pa qué?

Padrino. Pa que te dijera ahora mismo:

La madre que te parió
se merese una corona,
Y tú te mereses dos.

Pasionera. Eso pué usté desírmelo con sus sesenta.

Padrino. Sincuenta y nueve. Pero te gustaría más dicho por mi hijo.

Pasionera. O no.

Padrino. ¿O no? ¿A que me voy a teñí también los tufos?

Pasionera. ¡Ja, ja, ja! No consiste en er tinte. Compréndame usté a mí.

Padrino. Estoy ar cabo de la caye. ¿Conque me quieres mucho, no es verdá?

Pasionera. To lo que usté piense y otro tanto. Desde chica sé yo que es usté un buen amigo de casa. Y bien probao. En to lo que ha podío usté favoresernos…

Padrino. Tu padre y yo éramos uña y carne.

Pasionera. ¡Er pobre!… Usté no sabe cómo está mamá de contenta con Evaristo.

Padrino. Sí; sí lo sé: hemos charlao de eso. ¡Carcula lo que me alegro yo!

Pasionera. Vale los dineros er muchacho, ésa es la verdá.

Padrino. Vale los dineros. ¿Tú lo reconoses también?

Pasionera. ¡Vamos! Ha sío una suerte pa nosotras. ¡Tené en la tienda un hombre de esa confiansa!… Y listo, y serio, y entendiendo aqueyo tan bien como lo entiende Evaristo.

Padrino. Lo entiende, lo entiende…

Pasionera. ¡Digo si lo entiende!

Padrino. Er que no lo entiende ahora soy yo.

Pasionera. ¿Usté, Padrino? ¿Qué es lo que usté no entiende?

Padrino. ¿Tú de veras piensas de Evaristo toas esas cosas?

Pasionera. Y más que me cayo. ¿Por qué había de fingirle a usté?

Padrino. ¡Pero si me ha dicho tu madre que le has dao unas calabasas como pa un San Roque!

Pasionera. ¡Y se las he dao! ¡Y se las darla tresientas veses que vorviera por eyas! ¿Usté lo estraña?

Padrino. ¿No te gusta?

Pasionera. Me gusta pa la tienda; pero no me gusta pa mí.

Padrino. Y con tan buenas cualidades, y joven, y simpático, ¿por qué no te gusta pa ti?

Pasionera. Paese mentira que me pregunte eso un hombre que sabe tantas coplas. Es claro que usté me lo pregunta por oírme Padrino, en er cariño no hay más que dos razones: porque no y porque sí.

Padrino. ¿Porque no y porque sí?

Pasionera. Ni más ni menos. A esa mujé no le gusta ese hombre. Y ¿por qué no le gusta? Porque no. Pero si él es honrao, y buen moso, y la quiere, y la va a hasé dichosa, ¿por qué no le gusta? ¡Porque no! A aqueya otra mujé le gusta aquel hombre. ¿Por qué le gusta? Porque sí. Pero si ér no vale dos cuartos, y es un gandú, y tiene mala fama, y va a perderla, ¿por qué le gusta? ¡Porque sí! Y no hay más que esta ley. Porque sí y porque no, porque no y porque sí. ¿Lo entiende usté ahora?

Padrino. ¡Como que está más claro que el agua! A ti no te gusta Evaristo…

Pasionera. Porque no.

Padrino. Y pué que te guste argún sinvergüensa…

Pasionera. Porque sí.

Padrino. Sin embargo… toas las reglas fayan arguna vez, niña: ar torero más seguro que pisaba la arena lo mató un toro. Si tú, porque sí, te

encapricharas con argún tunante, no sería malo que tuvieras ar lao persona que te abriera los ojos y te yevase a la claridá.

Estaba siego y no vía:
ya se me cayó la venda
que tan siego me tenía.

Pasionera. No sería malo; pero sería difísi.

Padrino. Según se jugaran las cartas… según fueran las cosas… Si er *porque si* era descabeyao… Valen mucho la vida y la persona de una criatura como tú pa ligarla pa siempre, *porque sí,* a quien no lo merezca: a un nene de éstos de Seviya —es un suponé— que tiran su nombre y su fama por debajo e las mesas de las ventas y de los cormaos.

Pasionera. *Un poco airada.* ¿Va usté a asustarse ahora de las juergas, Padrino?

Padrino. De las juergas, ni ahora ni nunca. Me ha gustao divertirme como ar primero. Y toavía, a mis años, conservo mi reunión de mansaniyeros, que tomamos mansaniya por las tardes en lugá de té, porque no nos duele la barriga, y canto aqueyo de:

A mí me gusta, me gusta,
sentarme con cuatro amigos:
¡vengan cañas de Sanlúca!

Pero de eso, niña, a lo otro de que yo te hablaba… hay un camino largo. En Seviya, tos los muchachos pasan por er sarampión de la juerga. Los hay que sanan de é y son unos hombres de provecho; los hay que se quedan inmunes o escarmentaos: mi sobriniyo Antonio ve una caña de mansaniya y echa a corré como si viera ar mengue… Pero, en cambio, Pasionera, los hay también, aunque sean los menos, que le toman er gusto a esa vida, que es una cuesta abajo, y se malean, y se destruyen, y se pierden. Chiquiyos listos y simpáticos, a los dos años de bajá la cuesta, ya son unos sopencos; a los tres, ya son unos perdíos o unos granujas; a los cuatro o sinco, ya no tienen remedio, y no son más que carne pa los hospitales, o pa los manicomios, o pa los presidios.

Pasionera. *Saltando.* Padrino, ¿se quié usté cayá?

Padrino. ¿Qué es eso, niña? ¿Te escuese lo que estoy disiendo? ¿He puesto er deo en arguna yaga? ¿Será verdá lo que a mí me han contao?

Pasionera. Lo que a usté le han contao, no sé; pero lo que usté está hablándome, ¡sí es verdá!

Padrino. ¡Pasionera!

Pasionera. ¡Es verdá!

Padrino. Lo será; pero yo me resisto a creerlo. ¿Cómo es posible que habiendo en er mundo tantos hombres…?

Pasionera. Tos me sobran. Pa mí no hay más que uno.

Padrino. ¿Uno?

Pasionera. Ése.

Padrino. Pero ¿por qué te gusta a ti ese hombre?

Pasionera. ¡Porque sí! Y está dicho.

Arruga el entrecejo. El Padrino pasea, contemplándola. Pausa.

Sale Juanica por la puerta del foro.

Juanica. Zeñorita.

Pasionera. ¿Qué hay?

Juanica. Una mujé que pregunta por usté.

Pasionera. ¿Por mí? ¿No te ha dicho qué quiere?

Juanica. Dice que usté no la conoce.

Pasionera. Serán cosas de la platería… Argún cambalache. Que pase aquí.

Juanica. Ya mismito. *Se va.*

Padrino. Bueno, Pasionera, hija mía: de esto que tratábamos tenemos que hablá mucho nosotros.

Pasionera. To lo que usté quiera. Hasta que uno de los dos nos cansemos.

Padrino. O hasta que uno de los dos se deje convensé.

Pasionera. No sabe usté coplas pa tanto.

Llega por la puerta del foro África. Es una preciosa mujer, Viene de mantón negro.

ÁFRICA. Buenas tardes.

PASIONERA. Buenas tardes.

PADRINO. *Reconociéndola, sorprendido.* ¡África!

ÁFRICA. ¡Padrino! ¡Qué casualidá! ¡Está usté en toas partes, como Dios! Un día voy a í ar coro de la Catedrá y vi a encontrármelo a usté entre los canónigos.

PADRINO. Mucho más raro es verte yo a ti en esta casa.

ÁFRICA. *Mirándolo con intención.* Según se considere.

PADRINO. ¿Eh? *Comprendiendo.* ¡Ah, vamos!… ¡Ni que te hubiean yamao con campaniya! Vienes a tratá… de *una alhaja.*

ÁFRICA. Sí, señó: de una alhaja. ¡De presio! ¡Un dije! Un dije que tiene una perla… que me ha resurtao una bolita de gaseosa.

PASIONERA. *Recelando de lo que se trata.* Según eso, usté a quien busca es a mi madre.

ÁFRICA. No, hija mía; que la busco a usté.

PASIONERA. Si yo no sé… de pedrería…

ÁFRICA. A eso vengo yo: a alesionarla a usté, por lo mismo. Sería una triste grasia que tomara usté también por una perla lo que ar fin y ar cabo no es más que un graniso.

PASIONERA. ¿Un graniso?

ÁFRICA. En una tormenta me cayó a mí en la mano.

PASIONERA. No entiendo lo que usté me dise.

ÁFRICA. Porque he empesao la historia por el úrtimo tomo. Ahora me explicaré. Justamente porque he visto a la madre en la caye, me he determinao a vení a hablá con la hija; pa hablá con eya sola.

PASIONERA. Pos ya ve usté que no estoy sola.

ÁFRICA. Quien está con usté, Dios me lo ha mandao. Me va a dá fuersa en lo que diga. ¿Verdá, Padrino?

Padrino. Hija, no sé…

África. ¿No sabe usté?… ¡Teñirse es lo que usté no sabe!

Padrino. ¡Y lo confieso humirdemente!

Pasionera. Bueno señora; siéntese usté y diga lo que trae. ¿Qué quiere usté conmigo?

Padrino. Eso es. Siéntate, África.

Entre usté, que estoy sólita,
que mi madre está en la caye;
le pondré a usté una siyita,
que nadie se come a nadie.

Esto se ha dicho pa hombre y mujé; pero aquí no cae malamente.

África. No podía fartá er pliego de aleluyas.

Pasionera. En fin, usté dirá.

África. ¿Por dónde prinsipio? No lo sé. Digo, sí lo sé. Este paso que doy está consurtao con er cura. ¿Se entera usté. Padrino? Soy moro de paz. Traigo la banderita blanca.

Padrino. Tanto mejó.

África. Yo, Pasionera…

Pasionera. ¿Usté sabe que a mí me disen Pasionera?…

África. ¡Que si lo sé! La conozco a usté mucho, desde lejos. Mi madre y mis hermaniyos y yo no hemos pasao hambre más de cuatro días porque vivía en er mundo un hombre, un santo: San Juan Martínez er platero.

Pasionera. ¿Mi padre?

África. Sí, señora; su padre de usté. Y hay más en er saco. Yo tuve dineros pa enterrá a mi madre, porque ér me los dió; mi hermano Leandro es piloto, porque ér quiso; Joseliyo está en los Ferrocarriles, porque su padre de usté lo metió en vereda. Y así… er cuento de la Buena Pipa. ¡Vamos! Si er Papa yega a conoserlo, le hase unas estampitas. ¿Es o no es, Padrino?

Padrino. A misa va to lo que estás disiendo.

Pasionera. *Emocionada.* ¿Cómo se yama usté?

ÁFRICA. África.

PASIONERA. ¿África?

ÁFRICA. África, sí. Tiranito es er nombre. Soy la única de la familia que se ha escarriao.

PASIONERA. ¿Qué?

ÁFRICA. No mucho, pero me he escarriao. Disen que er sino de las criaturas está escrito ayá arriba… ¡Que también podían entretenerse en escribí coplas, pa que aumentara er Padrino su colesión!

PADRINO.

Si será sinito mío…

PASIONERA. Déjela usté seguí.

ÁFRICA. Le contaba a usté esto de su padre, porque yo vengo hoy a esta casa de agradesía; a vé si le pago con un bien a la hija tantos como er padre me hiso.

PASIONERA. Y ¿qué bien es er que usté puede haserme?

ÁFRICA. Tan grande es, que no es posible apresiarlo de pronto. Es como Colón cuando dió er sarto ayí en América: que no pudo ni sospecha to lo que descubría. Y miste si luego trajo cola.

PASIONERA. No sé lo que pensá…

ÁFRICA. Pos ya estamos en la boca e la mina, ahí va er primé barreno. Usté tiene amores con Arberto Ésija.

PASIONERA. ¿Yo?

ÁFRICA. Usté. A quien viene con tanta verdá no debe usté responderle con una mentira. La he visto a usté apretarle la mano en la capiya de la Soledá en San Lorenso: no sería pa darle una perriya.

PASIONERA. Pos sí: es verdá. Tengo amores con ese hombre.

ÁFRICA. Pos quiera Dios que no esté escrito que siga usté con é.

PASIONERA. ¿Por qué rasón?

ÁFRICA. Porque usté se merese otra cosa.

PADRINO. Así se habla.

ÁFRICA. Por mi desgrasia lo conozco: no lo hay más farso ni más piyo.

PASIONERA. Y eso ¿quién lo dise: los selos?

ÁFRICA. ¿Los selos? ¡Vamos! ¡Otelo no es de mi familia! Ni es cosa pa enselarse ese dije. No vale la pena. ¡Ar revés! ¡Ojalá lo perdiera de vista! Barruntando estoy yo que piensa dá un sarto a otras tierras, porque en Seviya ya no engaña a nadie; y yo por mi gusto le pondría er trampolín, pa que diera er sarto lo más lejos posible. ¡A la luna! ¿Estaré harta de é? No son selos, no… Pero también he barruntao que no quiere dá er sarto solo, sino con buena compañía, y a eso estoy yo aquí: a dá informes der titiritero.

PASIONERA. Aquí nadie los pide.

ÁFRICA. Pos yo quiero darlos y debo darlos, y además ér cura me ha dicho que los dé. ¿Traen fuersa los informes?

PADRINO. Y yo te ruego, Pasionera, que oigas a esta mujé con carma. Abre el entresejo.

PASIONERA. ¿No será usté er que la ha mandao?

PADRINO. ¡Niña!

ÁFRICA. Como no me haya mandao aquí desde el otro mundo su padre de usté, no me ha mandao nadie.

PASIONERA. Deje usté a mi padre pa esto.

ÁFRICA. No lo nombraré, si usté no quiere; pero vengo por su memoria. Y voy a desirle a usté ya muy poquito, porque to lo quiero menos que usté me tome por una mujé vengativa. Yo tengo un hijo de ese hombre.

PASIONERA. ¿De quién?

ÁFRICA. De Arberto Ésija. Y que no pué negá la casta: ha sacao la misma nariz der papaíto, que es un cascabé. ¡Así no se le parezca en las entrañas! Pos bueno: a pesá de ese hijo, que aunque es suyo lo quiero como si no lo fuera, ¡permita Dios que yo no vuerva a vé a Arberto en los días de mi vida: que se vaya de Seviya, de España, der mundo; pero que no se vaya con usté! ¿Qué ha hecho usté, criatura, pa tropesá con ese hombre? ¿Quién le ha mandao ese castigo?

PASIONERA. ¡Ni es usté quién pa hablarme así, ni yo tengo ya aguante pa escucharla! Y está dicho.

ÁFRICA. Está dicho. Basta. Ya me voy. Es naturá que a mí me haya usté contestao de ese modo. Pero Dios ha querío que también me escuche persona bien cabá, que podrá señalarle a usté con er deo tos los pueblesitos que tiene ese mapa y que yo me yevo en er buche. Y vaya el estrambote. Si ese… gavilán se escapa con usté o con otra paloma y me deja pa siempre, a mí… —*Besando la cruz*— ¡místela!… me toca er gordo de Navidá, la aprosimasión, er reintegro, y dos o tres chinasos en la pedrea. Pero yo no me quedaba conforme sin dá este paso. Así, si esta noche me muero, y me encuentro a su padre de usté en arguna platería de ayá arriba, hasiendo sarsiyos pa las Ánimas, no podrá echarme en cara que me he portao malamente con é; ni podrá desirme: «¿Por qué no le arvertiste a mi hija que quería a un mal hombre?». Ésa no me la suerta a mí Martínez er platero. Ea, se acabó er discurso. Vi a bebé agua. Padrino, usté se encarga de que no me guarde rencó. *Le estrecha la mano.* Buenas tardes. Por aquí se sale más pronto.

Se marcha por la puerta de la callejuela.

PASIONERA. *Dando rienda suelta a su ira.* ¡Que se vaya, sí, que se vaya, porque si no se va, la ahogo! ¡Vaya de Dios bendita! ¡Pero que yo no vuerva a verla! ¡Mentirosa!, ¡mala!, ¡traisionera!

PADRINO. Niña, vuerve en ti; repara en lo que dises… ¡Vuerve en ti!

PASIONERA. ¡En mí estoy! ¡Ahora más que nunca!

PADRINO. No mardigas a una pobre mujé que ha querío apartarte de un mar camino.

PASIONERA. ¡Que mire eya por er que va!

PADRINO. ¡Porque lo mira te da voses pa que no tropieses y caigas! ¡Siega!

¡Males que acarrea er tiempo,
quién pudiera penetrarlos,
para poner el remedio
antes que yegara er daño!

PASIONERA. ¡Mentirosa! ¡Sien veses mentirosa!

Padrino. ¡No es mentirosa esa mujé! ¡Lo que eya te ha dicho te lo repetirán hasta los pájaros en Seviya!

Pasionera. ¡Pos a eya, y a usté, y a los pájaros, y hasta ar cura que dise que la ha mandao aquí, les contesto yo que me dejen en paz; que eso es cuenta mía! ¿Es malo ese hombre, verdá? ¡Er más malo der mundo! ¡Pos así lo quiero y así me gusta, y yo lo vorveré bueno, si es tan malo! ¿Que no tengo podé bastante? ¡Pos yo na más he de sufrirlo! ¡Yo sola! ¡Es cadena que cojo con mis manos y me la echo ar cueyo contenta! ¡Es mi voluntá y es mi ley! ¡Y está dicho!

Padrino. ¡Está dicho!… ¡Está dicho!… No eres tú quien tiene que desí la úrtima palabra.

Pasionera. ¡Pos a vé quién va a sé!

Padrino. Pienso yo que será tu madre.

Pasionera. *Confusa.* Mi madre…

Llega rápidamente por la puerta del foro Juanica, despavorida.

Juanica. ¡Don Padrino! ¡Don Padrino!

Padrino. ¿Qué ocurre?

Juanica. ¡Ahí hay un chiquiyo… que viene corriendo en busca de usté… a vé zi estaba usté aquí por cazualidá… porque dice que en zu caza hay luego!…

Padrino. ¿En mi casa?

Juanica. ¡En la tienda de abajo!

Padrino. ¿En la droguería?

Juanica. Yo no zé… ¡Ahí en er patio está er chiquiyo!

Padrino. ¡Voy a verlo!… ¡Caray, qué notisia! *Éntrase a escape por la puerta del foro.*

Juanica. *A Pasionera, que, ensimismada, aunque quiere atender, no atiende al asunto.* Viene er chiquiyo derrengao… Dice que ha corrío media Zeviya buscando a este zeñó, y que no zé quién le dijo que creía que aquí estaba… Derrengao viene.

Vuelve el Padrino presuroso.

PADRINO. Me voy, niña.

PASIONERA. ¿Era eso?

PADRINO. Paese que sí. La droguería está ardiendo como yesca, y los armasenes y mi escritorio están paré por medio.

PASIONERA. ¡Vaya por Dios!

PADRINO. Díle a tu madre por lo que te he dejao… ¡Si que tengo un diíta! Adiós, Pasionera.

PASIONERA. Que no sea na, Padrino.

PADRINO. Dios lo haga. *Vase por el interior de la casa.*

Juanica, sugestionada, va tras él.

PASIONERA. *Fija en sus pensamientos.* Un hijo me ha dicho que tiene… Ér nunca me ha hablao de eso… y él a mí na me ocurta. ¡Es mentira también!, ¡es mentira! ¡Es que nadie lo quiere! ¡Éstas son cosas de mi madre fraguás con er Padrino!

Por la puertecilla que da a la callejuela asoma cautelosamente el rostro truhanesco y simpático de Alberto.

Pasionera, al verlo, se estremece de miedo y de alegría. Luego queda como fascinada por él.

ALBERTO. ¿Yegarán a tiempo los bomberos?

PASIONERA. ¡Arberto!

ALBERTO. Arberto, sí: yo soy. Tenía prisa de hablá contigo, ese hombre no se iba, era capaz de yevarse disiendo coplas hasta la noche… ¡y le he metió fuego a su casa!

PASIONERA. ¿Tú?

ALBERTO. Mientras ér va y vuerve… me da a mí tiempo de desirte lo que te quiero hasta ponerme ronco.

PASIONERA. ¿Entonses no es verdá lo der fuego?

ALBERTO. Tan verdá como que tú eres fea.

PASIONERA. ¡Qué demonio eres!

ALBERTO. Er Padrino na más se quemará un poquiyo; pero ya le echaremos agua.

PASIONERA. *Riendo.* ¡Loco!

ALBERTO. *Tomándole las manos.* ¡Aquí sí que hay fuego! ¡Ven acá! ¡Mírame, pa avivá la yama! ¡Pobresito Arberto, que lo van a hasé senisa dos ojos!

PASIONERA. ¡Embustero! ¡Si tú no me quieres más que de labia!

ALBERTO. ¡Dios mío! ¿Qué ha dicho esta mujé? Eso lo dises en Saragosa y te cuesta una murta.

PASIONERA. ¿Por qué?

ALBERTO. Porque ayí están prohibías las blasfemias.

PASIONERA. Y aquí los embustes.

ALBERTO. ¡Er que a mi me coja en uno, que me yeve a la cárse!

PASIONERA. Pero, bueno, yo me he quedao tonta con la sorpresa. ¿No nos íbamos a vé en San Lorenso? ¿Por qué has venío ahora?

ALBERTO. Pa traerte aquí ar santo; ¡porque San Lorenso soy yo!

PASIONERA. ¿Tú?

ALBERTO. ¡De quemao que estoy!

PASIONERA. ¿Tú también? ¡No sales de las yamas esta tarde! ¿Te irás a condená por farso?

ALBERTO. ¿Eh?

PASIONERA. ¿Serán las yamas del Infierno las que te sercan?

ALBERTO. Estando contigo, tanto se me da a mí del Infierno como de la Gloria. ¿A que no te ha dicho esta copla er Padrino, tantas como dise?

Si muero lejos de ti
moriré con tu memoria;
pero si estás junto a mí,
habré yegao a la Gloria
antes de salir de aquí.

PASIONERA. *Conmovida.* No, no me la ha dicho: ésa tenías que desírmela tú.

ALBERTO. Ya te la cantaré por malagueñas y verás sentimiento. Aquí no quiero meté buya. En fin, a nuestro caso, que er tiempo vuela y pué yegá tu madre.

PASIONERA. ¿La has visto salí?

ALBERTO. Salí a eya y dejá ar Padrino. Y hasta que no lo vi salí también, no he sosegao.

PASIONERA. Y ¿no has visto entrá y salí a nadie más?

ALBERTO. A nadie más.

PASIONERA. Es raro, estando como estabas de espía.

ALBERTO. Pos a nadie he visto.

PASIONERA. Júralo.

ALBERTO. Jurao está: por éstas que son cruses.

PASIONERA. ¿No juras en farso?

ALBERTO. ¡Tú te has empeñao en condenarme! ¿Quién ha estao aquí?

PASIONERA. Una mujé que tiene un hijo tuyo.

ALBERTO. *Riéndose.* ¿Qué dises, chiquiya?

PASIONERA. No te rías, Arberto.

ALBERTO. ¿No me he de reí, Pasionera? ¿Quién te ha contao ese disparate?

PASIONERA. Eya misma. Y er Padrino me ha dicho que es verdá.

ALBERTO. Y ¿qué sabe er Padrino? No lo dirá delante de mí.

PASIONERA. ¡Pos er niño es un retrato tuyo!

ALBERTO. ¿Tú lo has visto?

PASIONERA. ¿Yo? ¡Si lo veo me muero!

ALBERTO. ¡Ah, vamos! ¡Pos que te lo traigan pa convenserte! ¡Y verás cómo no te mueres, si no es de risa! ¡Ja, ja, ja! ¡A lo que se apela, señó, pa quitarle a una mujé de la cabesa a un hombre!

PASIONERA. ¡Y cuarquiera me lo quita a mí!

ALBERTO. ¿Verdá que no? ¡Bendita sea esa boca! Pero ¡qué suerte tenemos los charranes!

PASIONERA. Ahora sí que lo has dicho.

ALBERTO. ¿Tú no ves la mano de tu madre en to esto?

PASIONERA. Sí; ya lo he pensao: eso es.

ALBERTO. ¿Qué idea tendrá de mí la buena señora? ¡Con tos los milagros que me cuergan!… Por eso quería que habláramos un poco… No puén sé ya estas cosas, ni pué resistirse esta conspiración sin fundamento. Mirarnos desde lejos na más; cambia dos palabras a traisión de tu madre; que tú dudes de mí por causa de la gente… ¡Que no, hombre; que no! ¡Mar fin tenga la gente!

PASIONERA. ¡La gente es mala, mala!

ALBERTO. Tan mala es, que a mí va a echarme de Seviya.

PASIONERA. ¡No, Arberto!

ALBERTO. Sí, Pasión. ¿Tú no ves cómo se me persigue? ¡Envidia; pura envidia! ¡Porque uno se las bandea solito y no tolera ancas de nadie! Y si argo me fartaba, me quieres tú. ¡Como er café quieren argunos verme: tostao y molío! Yo soy un descastao, un mal hijo, un señorito sinvergüensa, un tramposo, un borracho, un perdío, ¡un guiñapo!

PASIONERA. Toas esas cosas disen de ti.

ALBERTO. ¿Crees tú que no lo sé? El único muchacho que no ha terminao su carrera en Seviya, soy yo. Es un caso nuevo. El único que se toma dos copas de más argunas veses, yo. ¡Yo, yo na más! ¡Aquí donde se bebe la mansaniya como agua, y donde los serenos van por er pescao frito pa las senitas de medianoche! Pero yo soy el único borracho. Y yo el único que se acuesta al amanesé argunos días, oyendo cantá y cantando flamenco. Yo, yo na más. Resurto un fenómeno de feria. ¡Como soy también el único ya a quien le gustan las mujeres!

PASIONERA. ¡A ti no tiene que gustarte na más que una!

ALBERTO. ¡El único!, ¡el único! ¡Un caso raro!

PASIONERA. Y ¿por qué te han echao de tu casa?

ALBERTO. ¿A mí? *Fingiéndose ofendido.* ¿Tú has creío eso, Pasionera?

PASIONERA. Yo, no. Pero ¿por qué no vives con tu padre?

ALBERTO. Ya otra vez te lo he dicho; porque mi padre se me ha yevao ayí una madrastra que yo no tolero. ¡No; eso no! Er sitio de mi madre es sagrao. Y ya han empesao a desaparesé retratos y prendas de eya, y eso no, eso no. Y yo le he visto un día a aqueya mujé puestos unos pendientes que yevó mi madre toa su vida, y me tuve que meté las manos en los borsiyos pa no arrancárselos. ¡No, no; eso no! No me ha echao mi padre de mi casa; me he ido yo, porque debía irme. Que es distinto. Pero ésta va a sé la causa prinsipá de que levante er vuelo de Seviya.

PASIONERA. Arberto, no me asustes.

ALBERTO. Te digo la verdá.

PASIONERA. Tú no te vas de aquí. Na más de pensarlo me pongo mala. Tú no te vas de aquí.

ALBERTO. Sí, sí; tendré que irme. Pero a ti no te dejo. ¡Eso quisieran más de cuatro! Nos iremos los dos a corré fortuna. Una noche, muy cayandito, sin que nos sienta nadie…

PASIONERA. ¡No me pidas locuras!

ALBERTO. ¡Cuando se quiere con locura, locuras se piden! ¿O vas a sé tú la que me quiere a mí de labios afuera?

PASIONERA. ¡De labios afuera!… Como yo te quiero a ti, tú no lo sabes. Yo misma me espanto. Y no de ahora: de antes, de siempre. ¡De siempre y pa siempre! Está dicho.

ALBERTO. ¿Eh?

PASIONERA. ¿Qué? *Aguzando el oído.* ¿Mi madre?

ALBERTO. ¿Tu madre?

PASIONERA. ¡Sí! ¡Mi madre! ¡Vete!

ALBERTO. ¡Por vía!…

PASIONERA. ¡Vete, hombre!

ALBERTO. ¿Se continuará este capítulo?

PASIONERA. ¡Sí!

ALBERTO. ¡Hasta luego en la iglesia!

Pasionera. ¡Hasta luego!

Marchase Alberto rápidamente por donde llegó. Pasionera se esfuerza en serenarse. Por la puerta del foro llega Natividad.

Natividad. Pero ¿te han dao pan con sá en er patiniyo, hija mía?

Pasionera. ¿Eh?

Natividad. ¿Qué hases aquí?

Pasionera. Aburrirme.

Natividad. ¿Aburrirte?…

Pasionera. Sí…

Una mirada de duda de la madre turba y desconcierta a la hija. Natividad, entonces, va flechada a la puerta de la callejuela y se asoma afuera. Luego vuelve, temblorosa de indignación.

Natividad. ¿Sale de aquí ese hombre?

Pasionera. *Tras de vacilar un momento; con gran firmeza.* Sale de aquí.

Natividad. ¡Pero, Pasión!… ¡Pero, hija mía!…

La muchacha se abraza a su madre, y le dice, entre lágrimas, lo único que sabe y que puede decirle:

Pasionera. ¡Lo quiero!

Natividad. ¡Dios me varga!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es por la mañana, a principios de mayo.

Juanica y Mateo, solos en la casa, paladean la miel de unas paces recientes.

MATEO. ¡Chiquiya, me paece mentira que hemoz hecho las paces!

JUANICA. Yo creí que ya no noz arreglábamos nozotros. Porque noz hemos yevao peleaos más e ziete mezes. ¡Está empezando mayo!…

MATEO. ¡Me gustas tú a mí mucho pa que yo no te perziguiera! ¿Te acuerdas de la noche que te vi en er Duque? Tú primero vorviste la cara mu enfadá, y luego te puziste a reírte con laz otras que iban contigo. ¡Me dió un coraje!…

JUANICA. Yo te vi un día en la Encarnación; pero tú no me viste. Ibas con uno de Cabayería.

MATEO. ¡Ah, zí; Correa! Más malo es que er petróleo. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué *pajolero,* qué malo es!

JUANICA. Aguarda, que han yamao.

MATEO. ¿Zerá ya tu ama?

JUANICA. No; toavía es pronto. *Desde la puerta del foro grita hacia dentro.* ¿Quién es?

VOZ. *Allá lejos, tras la cancela.* ¿Se quieren estropajos y escobas?

JUANICA. ¡No ze quieren!

VOZ. ¿Y alhusema?

JUANICA. ¡Tampoco!

VOZ. ¿Y griyos, no se quieren?

JUANICA. ¡No ze quiere na! —¡Qué perma ez eze hombre!

MATEO. ¡Mía que vendé griyos, y los cojo yo a ocenas en mi pueblo!

JUANICA. ¡Y que está esta caza pa griyos!

MATEO. ¡Zí que habrá habío aquí unos dijustos!

JUANICA. ¡Carcula! ¡El ama, que ze miraba en zu hija, y escapárzele una noche con er novio!… ¡Vamos! ¡Qué gorpe pa una madre!

MATEO. ¿Tú zerías capaz de escaparte cormigo?

JUANICA. Yo no, porque tú no te atreves.

MATEO. ¿Que no me atrevo yo?

JUANICA. La noche que ze escapó la zeñorita, zi yo yego a tené való, no ze escapa.

MATEO. ¿Por qué?

JUANICA. Porque yo zenti pazos desde mi cama; pero creí que eran ladrones, y me tapé la cabeza con er cobertón pa no oírlos, ¡pazé más mieo!… A la mañana tú no quieras zabé la arferecía que le dió a la madre. Doz horas ze yevó zin vorvé en zu juicio. ¡Pobrecita!

MATEO. Escucha; y ¿por qué ze metió la hija en laz Arrepentías?

JUANICA. ¡Porque é la abandonó!

MATEO. Pos ayé no me lo dijiste.

JUANICA. ¿No te lo dije? Pos zí; la abandonó. No zé dónde; mu lejos. Y eya penzó matarze; pero ze acordó de zu madre y vorvió a Zeviya; y la madre la perdonó; y eya entonces ze fué a Zanta Izabé; y ayí ha pazao dos mezes, y hoy zale.

MATEO. ¡Luego dicen los zeñoritos que aprendamos de eyos! ¡Cuidao con la faena!

JUANICA. *De acuerdo con Mateo.* ¡Cáyate!

MATEO. Zi tú te escapas cormigo, yo no te abandono.

JUANICA. ¡Toma! ¡Porque yo no te zuerto! ¡Mia éste!

MATEO. ¿Hoy zale der convento, verdá?

JUANICA. Hoy. Por eya ha ido la madre. Y pué que también haya ido este amigo de acá que toavía no zé cómo ze yama, porque tos lo nombran na más que er Padrino. Don Padrino le digo yo, y é ze ríe.

MATEO. ¡Hombre! ¡Me alegro que hables de él! ¿Tú no zabes lo que he averiguao?

JUANICA. ¿Qué haz averiguao?

MATEO. ¡Que es tan militá como yo zoy obispo!

JUANICA. ¿Que no es militá?

MATEO. ¡Ni ha pizao un cuarté en toa zu vía! ¿Te paece, er punto? Pero ze trae eze juego con nozotros. Ve un quinto en la caye y lo manda donde le conviene. A mi me trata como zi fuera er rey.

JUANICA. Pos mira, tiene gracia.

MATEO. ¿Gracia? ¡Te la hará a ti! Yo no le he zortao ya un descaro porque he penzao pa miz adentros: ér no es militá; pero ¿y zi tiene argún hermano comandante? ¡Me caigo de boca!

JUANICA. No; no tiene ningún hermano. Es viudo.

MATEO. ¿Y ezo qué, *pampli*?

JUANICA. Na, hombre: quieo decí que no tiene ningún hermano. Y que yo zé además que es viudo.

MATEO. Pos te arvierto que en un pelo ha estao, la úrtima vez que me mandó por una cajetiya… *Viendo de repente al Padrino, que llega por la callejuela:* ¡Azúca! *Instintivamente se cuadra y saluda a lo militar.*

PADRINO. ¡Buenos días nos dé Dios!

JUANICA. *Asustada.* ¡Buenos días!

MATEO. ¡Azúca!

PADRINO. ¿Qué?

MATEO. *Tartamudeando.* A… azúca.

PADRINO. ¿Asúca?

MATEO. Zí… zí, zeñó: er finá de una converzación que traía con ésta.

PADRINO. Y ¿cómo tú por aquí otra vez?

JUANICA. Ayé tarde noz arreglamos.

Padrino. ¡Vaya! Pos que sea enhorabuena. Baja la mano, hombre. Oye tú, Juanica: ¿ha vuerto la señora?

Juanica. Toavía no. Yo penzé que iba usté con eya.

Padrino. No, no he ido. Va no tardará. Sácame aquí una mesedora.

Juanica. Zí, zeñó. *Obedece solícita.*

Padrino. *Al soldado.* Escucha, Mateo.

Mateo. A la orden.

Padrino. ¿Tú sabes í a la platería de acá?

Mateo. *Tragando saliva.* Zí, zeñó; ya me ha mandao uzté otras veces.

Padrino. Pos vas a yegarte en un soplo a desirle de mi parte a don Evaristo que esta noche a las diez lo espero en la servesería.

Mateo. ¿Esta noche… a las diez… en la cervecería? ¿En qué cervecería?

Padrino. Tú dile eso y no te metas en más perfiles.

Mateo. A… a la orden.

Padrino. Volando, ¿eh?

Mateo. Zí, zeñó; volando. *Se va de mala gana, dirigiéndole una mirada de comentario a Juanica, que sale a tiempo con la mecedora.*

Juanica. Aquí la tiene usté. He traído una de las der patio, que zon más grandes que ezas der comedó.

Padrino. Dios te lo pague. Es servisiá tu novio. Y simpatiquiyo.

Juanica. Zí, zeñó: es mu bueno. Yo lo quiero mucho. Y ér me tiene ley. No ha parao hasta hacé las paces cormigo. *Va a cerrar la puerta de la callejuela.*

Padrino. ¿Habrás peleao con el otro?

Juanica. No, zeñó: ¿pa qué? El otro es pa pelá la pava de noche.

Padrino. ¡A vé si se entera tu ama!

Juanica. ¡No ze lo diga usté! Y toavía me escribo con otro.

Padrino. ¡Atisa!

Juanica. Uno der Campiyo.

Padrino. ¡Ja, ja, ja!

¡Vivan Campiyo y Ardales,
Ronda, Pruna y Arcalá;
er Sausejo y Los Corrales;
Cañete y Benarracá;
La Puebla, Osuna y Casares!

Juanica. Poz uno de Carmona me está pretendiendo también.

Padrino.

Seviya me da voses,
Cádiz me yama,
y Carmona me dice
que no me vaya.

¡No eres tú nadie teniendo gancho, niña!

Juanica. ¡Zi eyos no se enteran! ¡Un novio zolo no da más que dijustos! ¿Me manda usté argo más?

Padrino. No: muchas grasias.

Juanica. Con permizo; vi a zeguí mis jaciendas. *Éntrase por la puerta del foro.*

Padrino. ¡Bien, hombre: bien! *Enciende un cigarrillo y fuma.* Esto marcha. La notisia, que la traiga otro. Yo no sé jota: yo no he visto los diarios de hoy.

¡Er sielo y la tierra tiemblen
sólo al oírte nombrá!…
¡Que repiquen las campanas!
¡Muera quien mar pago da!

¡Pobresito Juan Breva! ¡Cómo desía esto!

Pausa. Dentro se oye la voz de Natividad. Luego la de Pasión. Natividad. ¿Padrino?

PADRINO. *Levantándose.* Ya están ahí.

PASIONERA. ¿Padrino?

PADRINO. ¡Aquí estoy!

Salen por la puerta del foro madre e hija, tal como llegan de la calle Natividad, vestida de negro, y Pasionera, de hábito del Señor.

PASIONERA. ¡Padrino!

PADRINO. ¡Ven acá, bija mía! *La abraza.* ¡Qué guapa vienes! ¡Qué colores traes! ¿Eh, Natividá? ¡Es otra!

NATIVIDAD. ¡Grasias a Dios, es otra!

PADRINO. ¡Pasó la nube negra! ¡Ya estás aquí; ya estás en tu casa; ya estás con tu madre otra vez!

Todas las flores der campo
las cautiva er mes de enero;
y en yegando abril y mayo
salen de su cautiverio.

PASIONERA. ¡Vamos! Sartó la coplita. Usté no cambia; usté es er mismo.

NATIVIDAD. Er mismo: es un surtidó descompuesto.

PADRINO. ¡Er mismo! Sobre to pa quererte. Dios te bendiga, buena mosa. Yo no he tenío hijos, Natividá; pero no sé lo que me pasa con esta criatura, que a ratos me parese hija mía. ¿Usté ha pensao arguna vez en casarse conmigo?

NATIVIDAD. ¿Yo? ¡Dios me libre!

PADRINO. ¡Ja, ja, ja!

Pasa Juanica del interior de la casa al lavadero, gozosa del cuadro que ve.

PASIONERA. ¡Jesús! ¡Qué cosas tiene! Padrino, me ha dao muchos recuerdos pa usté la madre Reverberasión.

Padrino. ¡Ah, sí!

Pasionera. ¡Pobresita! ¡Qué buena es! ¡Más me ha consolao!… Y muy grasiosa. ¡Se le ocurren unas comparasiones!…

Padrino. Como que ha heredao los siete saleros de su padre. Tu madre se acordará de é. ¿No se acuerda usté, Natividá, der padre de esa monja? ¡Chipichipi!

Natividad. ¿Chipichipi? ¿Er cordelero de la Arfarfa?

Padrino. ¡Justamente! Ése era er padre de eya. ¡Floja borrachera tomó Chipichipi er día que profesó su hija! ¡Pa ve si se le pasaba er dijusto!

Natividad. ¡Ér las tomaba un día sí y otro no!

Padrino. La chiquiya profesó contra viento y marea. Pero nasió pa monja: nasió santa.

Pasionera. Y lo sigue siendo. Es verdá que ayí lo son todas. Argunas en particulá paese que se bajan de los artares pa hablá con una. *A Natividad.* ¡Mire usté que la madre Sesilia!

Natividad. La madre Sesilia es una Virgen. ¡Tiene un resplandó en er semblante!…

Pasionera. ¡En fin, dichosa Casa aqueya! Mucho bueno le debo.

Padrino. ¡Pos a aprovecharlo! ¡Vida nueva, Pasión! ¡Mira la primavera cómo viene este año! ¡Más flores trae que nunca! ¡Tú verás los claveles que voy a mandarte mañana!

Pasionera. Se lo agradezco a usté, Padrino; pero yo ahora no me pongo flores.

Padrino. Ya lo sé. ¡Pero eso tampoco durará mucho tiempo! Los claveles te los mando pa que los veas… y pa que eyos te vean a ti, de camino. Luego tú se los pones ar santo de tu devosión.

Pasionera. Ya eso es otra cosa. Se los pondré ar Señó der Gran Podé.

Padrino. Bueno, Natividá, y este año me la yevo ar Rosío.

Natividad. Por mí…

Pasionera. ¿Ar Rosío?

Padrino. ¡Ar Rosío! ¡A visitá a la Virgen! ¡Y a que me envidien a mí los trianeros! Porque te vi a yevá a la grupa en mi jaca.

Pasionera. ¡Cristo Padre! ¡Usté se ha vuerto loco! Deje usté eso pa el año que viene.

Padrino. Conforme. Me someto. ¡Pero a la arternativa der *Choquerito,* que será pa feria de San Migué, no dejo de yevarte! ¡Con tu mantiya negra!

Pasionera. ¡Caye usté, por Dios! No estoy yo pa fiestas, Padrino. Ni ahora, ni en argún tiempo. Una cosa es que me haya conformao con mi desgrasia y otra que sarga por ahí como si na me hubiera pasao.

Padrino. ¿Usté oye esto, Natividá?

Natividad. Yo no nesesitaba oírlo.

Pasionera. Bastante he dao que hablá, por seguera, o por mala suerte, o porque Dios ha querío castigarme en mi soberbia. Yo a nadie escuchaba; a mí me engañaba to er mundo: usté, mi madre, la gente… ¡to er mundo!… menos el único que me engañó. Caro lo he pagao. Bastante he dao que hablá. Ahora tengo la obligasión de comportarme de manera que cayen toas las bocas. ¡Las que más hablaron! De mi casa a la iglesia, de la iglesia a mi casa, y en mi casa me encontrará to er que quiera verme. Yo a ninguna parte he de f. Y está dicho.

Natividad. ¡Ah! pos si está dicho… punto redondo.

Pasionera. Pero ¿no está bien dicho, madre?

Natividad. Sí, hija, sí; ahora está bien dicho; no te lo niego. Hay que ponerse en tu lugá… Ya poquito a poco irán variando las cosas. Varían más que uno quiere. De setiembre acá… ya tú ves.

Padrino. Bueno, bueno; pero en un buen término medio está la virtú. ¡No va a salí de un convento pa meterse en otro! ¡Digo yo! ¿A que no es eso lo que en Santa Isabé se te ha predicao?

Pasionera. En Santa Isabé me han enseñao a perdoná y a conformarme con mi suerte. No es poco.

Padrino. ¿Y a que procures orvidá tu mala fortuna, no te han enseñao?

Pasionera. A eso es difísi que nadie me enseñe.

Padrino. ¡Pasionera!

Pasionera. Como también las madres me han enseñao a que no mienta nunca, digo la verdá.

Natividad. Esa verdá también la sabía yo como tú.

Pasionera. Porque usté es mi madre. Sí, señó; un desengaño como er mío, no se borra. Ni resando, ni hablando con Dios, me ha fartao nunca der pensamiento ese hombre.

Padrino. ¡Ese mal hombre!

Pasionera. Cuando menos lo esperaba yo, ér venía. Cuando más hasía por alejarlo, más fuerte se me representaba. Puede más que yo. Le he perdonao er daño que me ha hecho; reconozco que fué traisionero conmigo; no hay ofensa que no le deba… y ¡sin embargo!… Más de una vez, resando, soñando con lavá mi farta, entre las letras der libro de mis devosiones se me ponían otras letras que desían: «Está con otra. No te quiere». ¡Y ayí acababa er reso! Puede más que yo. Dios me perdone.

Padrino. Vaya, vaya, esto lo quiero menos que na. ¡No te apures, chiquiya! Tiempo ar tiempo. Tras de un día viene otro y ahora ha empesao la primavera. Sosiégate: alegra esa cara, que no me gustas de Dolorosa.

Pasionera. ¿Usté cree que no lo procuro? ¡Pos sí que lo procuro! En fin… hasta luego.

Padrino. ¿Te vas?

Pasionera. Sí; voy a dejá er velo… y a vé mi cuarto.

Padrino. Pos Dios te acompañe.

Natividad. Ahora iré yo contigo.

Márchase adentro Pasionera.

Padrino. Váyase usté, si quiere, porque yo me marcho ya también.

Natividad. ¡Ay, Padrino, yo me vuervo loca!

Padrino. Carma, Natividá; mucha carma. Lo peó ya va pasao. Carma.

Natividad. ¿Usté ha vuerto a sabé de ese piyo?

Padrino. ¡No que no! Le seguí la pista unos meses. Está del otro lao de los mares. Tuvo que poné tierra y agua por medio. Y por Seviya no recala.

En esta plasa no vuerve a toreá. Hay aquí quien lo espera pa ajustarle unas cuentesitas que paran en la cárse No recala por Seviya, no.

Por una cosita leve
hise de mi ropa un lío,
por lo que sobreviniere.

NATIVIDAD. Pos me tranquilisa usté un poco. Padrino. Menos má si er peligro está lejos.

PADRINO. ¡Está lejos!

NATIVIDAD. Pero ¿y esa hija mía, sin ventura ya a los veinte años? ¿Usté no la ha oído?

PADRINO. Ahora ¿qué ha de desí más que lo que dise?

NATIVIDAD. Lo que dise es lo que le pasa: lo que siempre dirá.

PADRINO. Es naturá que usté, que es su madre, lo tema; pero es un desatino.

Le dijo er tiempo ar queré
esa soberbia que tienes
yo te la castigaré.

NATIVIDAD. ¡Er tiempo!, ¡er tiempo! A mi hija no la remedia er tiempo, Padrino.

PADRINO.

Toito lo consume er tiempo;
con la muerte, to se acaba:
se acabó nuestro queré;
¡lo que yo nunca pensara!

¡También había que oírle a Ramonsiyo er de Triana esta soleá!

NATIVIDAD. Con Pasión no resa esa sentensia; es muy dura, muy firme.

PADRINO.

Castiyos he visto yo
abatios por la tierra:

nadie fantesias gaste,
que er mundo da muchas vuertas.

NATIVIDAD. Usté y yo vamos a peleá y van a tené la curpa las coplas.

PADRINO. ¡Ca! Cuando uno no quiere, dos no riñen. Hasta la vista.

NATIVIDAD. Que venga usté a acompañarnos. Padrino.

PADRINO. ¿Aunque diga coplas?

NATIVIDAD. Aunque diga usté picardías.

PADRINO. Vendré; vendré más que nunca.

NATIVIDAD. Eso quiero yo.

PADRINO. Adiós, Natividá.

NATIVIDAD. Adiós, Padrino. *Suspirando.* ¡Ay Dios mío de mi arma!

PADRINO. *En la puerta del foro, volviéndose un momento antes de irse:*

Subí a la muraya;
me respondió er viento:
¿A qué vienen tantos suspiritos,
si ya no hay remedio?

NATIVIDAD. ¡Er demonio del hombre! Vamos a vé qué hase esa hija. *Llamando.* ¡Juanica!

Sale Juanica del lavadero.

JUANICA. Mándeme usté.

NATIVIDAD. ¿Ha venío arguien mientras yo he andao por ahí?

JUANICA. Nadie; no, zeñora. *Éntrase Natividad en la casa.* ¿Le paece a usté? ¡Eya, tan alegre de antes!… No es conocía. Y to por la charraná der zeñorito. ¡Cuando yo digo que un novio zolo no conviene!… Tos zon zinzabores.

Vuélvese al lavadero. A poco se la oye cantar:

A rey muerto, rey puesto,

dice mi madre:
no pazes, niña mía,
penas por nadie.

Llaman a la puertecilla de la callejuela y sale disparada a abrir. Éste va a zé Mateo. ¡Y cuidao que le tengo dicho que no yame azín! *Abre la puertecilla y exclama.* ¡Pos no es Mateo!

Es África.

ÁFRICA. Buenos días.

JUANICA. Buenos días.

ÁFRICA. ¿Está doña Natividá?

JUANICA. Zí, zeñora.

ÁFRICA. Pos dile que quiero hablá con eya.

JUANICA. Paze usté ar comedó o ar patio.

ÁFRICA. No; aquí la espero.

JUANICA. Ea, pos ziénteze usté mientras viene. *Se va por la puerta del foro.*

ÁFRICA. De seguro que lo saben ya. Las malas notisias corren pronto ¡Si esto es una mala notisia! ¡Mentira parese que no se puedan sentí siertas cosas! Por supuesto, que mis visitas a esta casa van a dejá nombre. ¡Vaya dos terremotos!

Aparece Natividad con ánimo intranquilo. La sigue Juanica, que se vuelve a meter en el lavadero.

NATIVIDAD. ¡África! ¿Usté por aquí?

ÁFRICA. Sí, señora. Er viento me ha empujao. Dios guarde a usté, Natividá.

NATIVIDAD. Muchas grasias. Y ¿qué viento es ése?

ÁFRICA. ¿No ha yegao acá ningún remolino?

NATIVIDAD. No sé… ¿Qué hay? ¿Susede arguna cosa nueva?

ÁFRICA. Ya veo que er viento ha echao por otra caye. No sabe usté na.

NATIVIDAD. Pero ¿de qué? ¡No me asuste usté, por Dios santo! ¿Es argo malo lo que ocurre?

ÁFRICA. Si es malo o bueno, que lo discuta Salomón. Pa mí que es bueno; vamos, que es una desgrasia con suerte; pero, en fin…

NATIVIDAD. A vé… Siéntese usté, África. ¿Qué es eyo?

ÁFRICA. ¿Usté no ha visto los papeles de hoy?

NATIVIDAD. No, señora.

ÁFRICA. ¿Ni los de ayé tampoco?

NATIVIDAD. Yo no veo los diarios casi nunca.

ÁFRICA. ¿Y er Padrino, no ha estao aquí?

NATIVIDAD. Diez minutos no hace.

ÁFRICA. Y ¿tampoco ha dicho palabra?

NATIVIDAD. De na nuevo.

ÁFRICA. Pos yo cogí er diario y se me fueron los ojos a la notisia como dos griyos ar tomate.

NATIVIDAD. Pero ¿a qué notisia?

ÁFRICA. A una que a usté y a mí nos importa. Venía yo a que me la confirmaran aquí, y resurta que soy quien la trae. ¡Pos la notisia es un confite! ¡Una pírdora! Pa tragarla de gorpe.

NATIVIDAD. ¡Ay, hable usté ya, que estoy con el arma en un hilo!

ÁFRICA. Verá usté. Hase unos cuantos días se supo que er vapó seviyano *Lope de Rueda* se fué a pique, yegando a la Habana. Venía de la Argentina y traía pasaje; casi tos españoles. Unos se pudieron sarvá y otros se ahogaron. Ayí tenían su suerte. Pos bueno: los diarios de ayé y los de hoy traen una relasión de muchos desaparesíos.

NATIVIDAD. ¡Ay, por Dios!

ÁFRICA. Aquí está. *Saca de su bolso un periódico y busca el relato.*

NATIVIDAD. *Con susto; con un raro presentimiento.* ¿Viene argún amigo de nosotras?

ÁFRICA. Escuche usté. Usté verá si conose a arguno. *Leyendo.* José Martínez Prieto, de Cádiz; Juan Luis Aranda López, de Soria; Eustaquio Sandino y Gutiérrez, de Madrí; Pelayo Ruiz Asevedo, de Pravia; Arberto Ésija Castro, de Seviya…

NATIVIDAD. *Levantándose como por resorte.* ¡Jesús!

ÁFRICA. Aquí está; aquí lo tiene usté; Arberto Ésija Castro, de Seviya. *Le da el periódico.*

NATIVIDAD. ¡Jesús! *Se apodera de ella una singular excitación, que crece gradualmente,* y *en la que late un júbilo que en vano trataría de disimular con lamentos y lágrimas. A la vez llora y ríe.* ¡Jesús, qué cosas pasan! ¡En er día de hoy! ¡Esto lo ha hecho Dios! ¡Esto lo ha hecho Dios! ¡Ay! ¿Qué digo?, ¿qué digo? ¡Esto no lo ha hecho Dios! ¿Dónde está er nombre; dónde está? ¡Yo no veo sin gafas! ¡Sí, sí; esto lo veo sin gafas! Aquí está, aquí está: Arberto Ésija Castro. ¡Er nombre y los dos apeyidos! ¡No cabe duda: él es; él es! ¡Esto lo ha hecho Dios! ¡Esto lo ha hecho Dios! ¡Pobresitos!, ¡pobresitos los que han muerto con é! ¡Ay!, ¡ay! ¡No sé lo que hablo! Me alegro de una desgrasia así… No, no me alegro, no me alegro, yo no me alegro… ¿cómo me vi a alegrá? Es nervioso… es nervioso… es risa nerviosa… ¡Lo ha hecho Dios! ¡Lo ha hecho Dios! Usté desía bien: ¿a qué negarlo? Es una desgrasia con suerte. ¡Ha sío er verdugo de mi hija! ¡Hija de mi arma! ¡Pobresitos los otros! Es nervioso… es nervioso… es risa nerviosa…

ÁFRICA. Sosiégúese usté, Natividá.

NATIVIDAD. Sí, sí; yo procuraré sosegarme… Ahora tomaré yerba Luisa. Es mucha impresión… es mucha impresión… ¡Ay!, ¡ay!…

ÁFRICA. Conozco la impresión: es prima hermana de la mía. A mí primero me dió un tembló muy grande; luego yoré besando a mi hijo; pero después se me pasó er soponsio… y no bailé unas seviyanas porque tengo un tobiyo malo. Este fué er responso.

NATIVIDAD. ¡Ay, qué grasiosa! ¡Qué cosas dise esta mujé! Esta relasión estará comprobá: ¡cuando los periódicos la publican!

ÁFRICA. ¡Ah! desde luego: de la redasión de *Er Notisiero* vengo yo. Está comprobá. Y ahora voy a yegarme a la ofisina de los vapores pa quedá más

tranquila.

NATIVIDAD. ¡Jesús!

ÁFRICA. ¡Señora, por amarga que sea el agua der má que se lo ha tragao, mucho más amargas son las lágrimas que me ha costao a mí! ¡Dios lo perdone, pero bien muerto está! Y eso que no me fío, mientras no pase tiempo. Ése es muy capaz de haberle dao palique a una corvina y conquistarla pa que lo saque a flote.

NATIVIDAD. No, no lo eche usté a broma, por Dios. Esto es verdá; esto no se publica si no es sierto. ¡Lo ha hecho Dios! ¡Lo ha hecho Dios! Voy a vé cómo se lo digo a mi hija.

ÁFRICA. ¿Ahora?

NATIVIDAD. ¡Sí; si acaba de yegá der convento! ¡Si ya la tengo en casa! ¡Hoy!, ¡hoy! ¿Ve usté qué coinsidensia? ¡Hoy! ¡No hase ni media hora! ¡Lo ha hecho Dios! ¡Lo ha hecho Dios!

ÁFRICA. Sí, Natividá; ¡lo ha hecho Dios!

NATIVIDAD. No se vaya usté, África; ahora vengo. ¡Pobresita hija mía! ¡Lo ha hecho Dios! ¡Lo ha hecho Dios! *Vase por la puerta del foro.*

ÁFRICA. Pos, señó, yo no bailé las seviyanas por causa der tobiyo; pero está mujé va a bailá las seis coplas. ¡O er bolero, que es más de su tiempo! ¡Un cristá y un marco dorao le pone a la notisia!

Sale Juanica del lavadero con los pelos de punta.

JUANICA. ¿Er novio de la zeñorita ez er que ze ha ahogao?

ÁFRICA. Así párese.

JUANICA. ¿Lo trae er periódico?

ÁFRICA. Sí.

JUANICA. ¡Entonces!… ¡Poz ha zío castigo de Dios!

ÁFRICA. Castigo de Dios. ¡Toas estamos conformes!

JUANICA. ¿Verdá usté que zí? Yo… ¡yo cazi me alegro!

ÁFRICA. ¿Tú, por qué?

JUANICA. ¡Porque ha zío mu malo pa la zeñorita! Y lo que es Mateo va a alegrarze.

ÁFRICA. ¿Quién?

JUANICA. Mateo: mi novio.

ÁFRICA. ¿También se va a alegrá Mateo? ¿A que voy yo a concluí por tenerle lástima?

Pasionera llama desde dentro a Juanica.

PASIONERA. ¡Juanica! ¡Juanica!

JUANICA. ¡Ayá voy, zeñorita Pazión! *Éntrase corriendo en la casa.*

PASIONERA. *Dentro.* Hazle a mi madre una tasa de tila, que está muy arterá.

JUANICA. *También dentro.* Ya mismito.

Pausa. Vuelve Pasionera por la puerta del foro, tal vez embellecida por el dolor. Brillan sus ojos más que nunca.

PASIONERA. ¡África!

ÁFRICA. ¡Pasionera! ¡Qué cosas!… ¿no es verdá?

PASIONERA. ¡Déjeme usté darle un abraso!

ÁFRICA. Sí, hija; sí. Venga usté. *Se abrazan.* Yore usté, si quiere.

PASIONERA. Querría, pero no puedo. No sé qué me pasa. No puedo. Ya vendrán las lágrimas más tarde. Ahora ¡tengo un espanto, una cosa tan rara dentro de mí!… ¡unos pensamientos tan negros y tan malos!… ¡Virgen mía! ¿Qué es esto?… *Suspirando.* ¡En fin!… ¡Dios le dé su perdón! *Cae desplomada en una silla. Mueve con extravío los ojos. Al cabo exclama, como si resumiese todo su sentir.* ¡Ya no será de otra!

ÁFRICA. ¡Criatura!

PASIONERA. ¡Ya no será de otra!

ÁFRICA. Si eso la deja a usté tranquila…

PASIONERA. Ahora nos vamos a yegá mi madre y yo a casa de su padre. A vé qué es lo que sabe. Ér de seguro tendrá más notisias, ¿verdá?

ÁFRICA. Sí; es posible… Por más que estaban peleaos. ¡Er padre le ha deseao un rayo veinte veses!

PASIONERA. Lo habrá dicho.

ÁFRICA. ¿Qué más da ya una cosa que otra? Le yegó su hora ar desgrasiao. Ahora estará dándole cuenta ar de las yaves de las muchas malas partías que ha hecho en este mundo. ¡En Seviya na más deja dos viudas!

PASIONERA. ¡En Seviya deja a quien lo quiso más que su madre!

ÁFRICA. Bueno; pero eso ya pasó. Éste es un libro que se ha acabao. Un libro muy triste que, guste o no guste, se ha acabao.

PASIONERA. Muy triste, sí; muy triste… ¡pero yo vorvería a leerlo!

ÁFRICA. ¡Vamos, no diga usté locuras! Sabiendo er finá que ha tenío pa usté, ¿vorvería usté a leerlo?

PASIONERA. ¡Sien veses!

ÁFRICA. ¿Es que la engañé yo a usté en lo que le dije?

PASIONERA. Eso no.

ÁFRICA. ¡Ay, si me hubiera usté escuchao!

PASIONERA. ¡Ni a mi madre escuché!…

ÁFRICA. Pero cuántas veses, más tarde, pensaría usté a su solas: «¿Por qué no le hise caso a África?».

PASIONERA. ¡Ni una vez siquiera pensé eso!

ÁFRICA. ¿No se arrepintió usté?

PASIONERA. ¡Nunca! Nasí su esclava. Cuando huyó de mi lao, yo no me maté… soñando encontrármelo argún día; y no lo seguí… ¡porque se lo tragó la tierra!

ÁFRICA. Ahora ha sío la má; y más seguro.

PASIONERA. Si yego a vislumbrá dónde estaba, voy detrás de sus pasos. ¿Por qué? ¡Porque sí!

ÁFRICA. Sí: eso que no se esplica más que la que lo siente.

PASIONERA. Eso.

ÁFRICA. Usté es mujé pa una novela.

Pasionera va a ella y le coge con cariño ambas manos.

PASIONERA. Una cosa de las que usté me dijo, ér me la negó siempre. ¿Es verdá que le queda a usté un hijo suyo?

ÁFRICA. ¿Que si es verdá? Yo aquer día vine aquí a confesarme. Ya le traeré a usté er niño pa que lo vea. Y se va usté a reí: anda como el abuelo: como er notario: con los pies pa dentro. Se va usté a reí. Cuando el abuelo lo ve por la caye, no sabe si darle un beso o si pegarle un tiro.

PASIONERA. Es usté más dichosa que yo.

ÁFRICA. Como que mi deseo de perderlo de vista era porque me había amenasao con quitármelo. ¡Hijo de mis entrañas! Ya no me lo quita; ya es mío; ya no es más que mío.

PASIONERA. ¡Cómo la envidio a usté!

ÁFRICA. Pos más soy mujé pa compadesía, Pasionera. Nadie está por dentro de nadie.

PASIONERA. ¡Pos yo la envidio a usté!

Llega Natividad dispuesta para salir a la calle. Trae también el velo de su hija.

NATIVIDAD. Aquí tienes, hija de mi arma.

PASIONERA. ¿Se ha sosegao usté?

NATIVIDAD. Un poquiyo.

PASIONERA. ¿Vamos, entonses?

NATIVIDAD. Vamos, sí. ¿Le ha dicho a usté Pasión dónde vamos?

ÁFRICA. Sí, señora. Yo también voy a buscá notisias. Si averiguase argo de particulá, vorvería aquí a desirlo.

NATIVIDAD. *Con mucho agrado.* Usté viene siempre a su casa.

ÁFRICA. Muchas grasias, Natividá. Me voy antes que ustedes, pa no salí juntas. Y na de emperrarse, Pasionera. A encomendarlo a Dios. No hay otra medisina pa lo incurable. Buenos días.

PASIONERA. Adiós, África.

NATIVIDAD. ¡Vaya usté con Dios!

ÁFRICA. *A Natividad, que la acompaña hasta la puerta de la callejuela.* De las tres, usté es la que más gana *Vase.*

NATIVIDAD. *Volviéndose a su hija.* ¡Qué simpática es esta mujé! Yo apenas había hablao con eya; pero tiene muy buenos sentimientos. ¿Y tú,

cómo estás? ¡Levanta esa frente, reina mía! ¡Lo ha hecho Dios!

PASIONERA. Madre, no me diga usté eso: ¡por malo que fuera!… ¡Ay!… ¡Yo tengo en er pecho una angustia de no podé yorá!…

NATIVIDAD. Es que ér no merese tus lágrimas.

PASIONERA. ¿Ni mis lágrimas, madre, después de muerto?

NATIVIDAD. ¿Son pocas, quisás, las que has derramao por é antes de ahora? ¡Dios se lo ha yevao! Dios sabrá perdonarlo. ¡Yo me veo libre de una sombra, hija mía! ¡Déjame desírtelo! ¡Déjame desahogarme! ¡Ay, Señó, Señó!… ¿Por qué no te lo yevaste el año pasao?

PASIONERA. ¡Madre!

NATIVIDAD. ¡Hija! Serías tú dichosa.

PASIONERA. ¿Sin Arberto? ¡Nunca!

NATIVIDAD. ¿Sin Arberto, nunca? ¿Por qué?

PASIONERA. ¡Porque no!

NATIVIDAD. Vamos, vamos, desecha esa idea. Ven conmigo.

PASIONERA. Nos iremos por aquí también, que son cayes más solas.

NATIVIDAD. *Desde la puerta del foro a Juanica:* ¡Juanica! ¡Ven a serrá esta puerta, que nos vamos!

Juanica aparece en la puerta del foro . Hija y madre se marchan por la de la callejuela, en silencio.

JUANICA. ¡Qué pena me da a mí de la zeñorita! Ze le traspaza a una er corazón en verla y en oírla. *Al ir a cerrar, se asoma a la callejuela y ve a su novio.* ¡Anda! ¡Mía ayí Mateo, parao como un faró! ¿Qué estará aguardando? ¿Zerá tonto? Ya me ha visto. Ya viene pa acá. *Se quita de la puerta.* Lo traigo zin zueño. ¡Arguna coza tendré yo pa gustarle tanto!

Llega Mateo.

MATEO. Aquí estoy de vuerta. ¿Tú estás zola, verdá?

JUANICA. Estoy zola, pero como zi hubiera gente. No te propazes. ¿Zabes lo que ocurre?

MATEO. ¿Qué ocurre?

JUANICA. ¡Que er novio de la zeñorita venía pa acá en un barco, y ze ha ido a pique!

MATEO. ¿Es de veras?

JUANICA. ¡Tan de veras como que ze ha ahogao!

MATEO. ¡Qué barbaridá! ¡Por argo le temo yo tanto al agua! ¡Ni una lancha tomo en er río! ¡Qué barbaridá! ¡Mía que morirze ahogao debe de zé un trago!

JUANICA. ¿Un trago na más? Horró da penzarlo, Mateo. ¡Qué zino! Dios castiga zin palo ni piedra.

MATEO. ¡Pobreciyo! ¡Yo no lo zentiría zi ze hubiera muerto de otra manera; pero mía que ahogao! Más le temo al agua que un gato. El agua, pa los peces. A mí que me dejen en tierra firme. Y ¡vengan moros! Pero en tierra firme.

JUANICA. ¿Fuiste a la platería?

MATEO. ¡No me hables! Negro vengo. A la vuerta me he encontrao a mi teniente, le he tenío que contá de dónde venía, y ze ha pitorreao de mí. Me ha dicho que ezo de que un paizano ze divierta de un militá no le paza más que a uno de Trebujena. Negro vengo. No espero más zino que eze zeñó me mande a otro mandao. ¡A tomá una lancha! Porque tiene razón mi teniente…

Llega de sopetón el Padrino por la callejuela, un tanto agitado.

PADRINO. ¡Hola!

MATEO. ¡Azúca!

PADRINO. ¿Eh?

JUANICA. No hay nadie en caza, zeñorito.

PADRINO. Ya lo sé. He hablao con eyas un momento… Vi a aguardarlas aquí.

JUANICA. ¿Le han dicho a usté quizá…?

PADRINO. Acababa yo de leerlo. ¡Jesús! ¡Jesús! Me ha desconsertao… Ar fin y ar cabo, una desgrasia así… un hombre joven… ¡fuera lo que fuera!…

MATEO. ¡Y ahogao!

PADRINO. ¡Ahogao! En fin, ésta es la vida. Le vensió la papeleta. Por ayá nos espere muchos años, ¡qué demonio!

A la mar maera
y a la tierra güesos…

¿Hisiste mi encargo?

MATEO. *Poniéndose en guardia. Zí,* zeñó.

PADRINO. ¿Estaba ayí don Evaristo?

MATEO. Zí, zeñó.

PADRINO. ¿Quedó enterao?

MATEO. Zí, zeñó.

PADRINO. ¿Tienes prisa?

MATEO. Ninguna: no, zeñó.

PADRINO. Entonses vas a yegarte ahora a la caye Trajano, 61, a desí que no me esperen esta tarde.

MATEO. ¿A… a… a la caye Trajano?

PADRINO. Sí: donde el otro día. Que no rae esperen esta tarde.

MATEO. Bueno… y usté ze va a yegá ar cuarté… a decí que no me esperen a mí esta noche.

JUANICA. *Aterrada.* ¡Mateo!

PADRINO. ¿Eh?

MATEO. ¡Porque voy ar teatro!

PADRINO. ¿Qué dises, hombre?

MATEO. ¡Que de un zordao de Trebujena no ze divierte ningún paizano de Zeviya! ¡Que usté no es militá ni er Dios que lo crió, y que no tiene gracia que me mande tanto!

PADRINO. *Acercándosele con sorna.* ¿Conque… yo no soy militá?

MATEO. *Saludándolo automáticamente.* ¡Ezo me han dicho!

PADRINO. Y ¿por eso no tiene grasia que te utilise?

MATEO. No…, no tiene gracia.

Padrino. Pos ahí verás tú: yo creo que si argo tiene grasia es eso. Porque si yo fuera militá, ¿qué grasia tendría que mandara a un quinto?

Mateo. *Temblando y riendo.* Ezo zí.

Juanica. ¡Zi no zabe lo que dice, don Padrino! Mándelo usté onde quiera.

Mateo. Ya con las cartas boca arriba voy ar fin der mundo.

Padrino. Y además vas a í tan contento. Con er Padrino nadie riñe. Juanica, yo pienso aguardá aquí a las señoras, como ya te he dicho. Queda un perro en la casa. Coge tu mantón, y yégate a la caye Trajano, 61, a desí que no me esperen esta tarde.

Juanica. Zí, zeñó: ya mismito.

Padrino. *A Mateo.* ¡Y tú, si quieres, la acompañas!

Mateo. Pos ¿no vi a queré?

Padrino. ¿Ves tú, hombre?

Juanica. ¡Qué bueno es don Padrino! Anda, vámonos por aquí. Usté le dirá al ama…

Padrino. Márchate descuidá. Tú, er de Trebujena: ¿somos amigos?

Mateo. Zomos amigos. Pué usté mandarme como zi fuera er generá.

Padrino. Pos anda con Dios y ten cuidao con la cantinera.

Mateo. ¡Que… que tenga eya cuidao conmigo!

Se va por la puerta del foro tras Juanica.

Padrino. ¡Ha estao grasioso er chavalete!… ¡Ja, ja, ja! Primera vez que pincho en güeso. ¡Pero er Padrino manda! ¡En Seviya… y en las sinco partes der mundo!

Esta noche mando yo,
mañana mande quien quiera:
esta noche he de poné
por las esquinas banderas.

¡Bien lo discurrí… y bien me está saliendo! ¿Ér no le metió fuego a mi casa pa alejarme de aquí una hora? ¡Pos yo lo he echao al agua a é pa alejarlo por

siempre! Pasionera debe sé dichosa. ¡Será dichosa! Es cosa mía. *De pronto, mirando hacia la callejuela, algo ve que lo deja atónito y que lo estremece.* ¿Eh? ¿Qué es esto? Pero ¿estoy soñando? ¿Estoy soñando yo?

Son naturales el desconcierto y el susto del Padrino: por la puertecilla de la callejuela se presenta el náufrago, al cual, por su parte, también lo turba el hallarse con el Padrino allí.

ALBERTO. ¡Padrino!

PADRINO. ¿Eres tú? Pero ¿eres tú? ¡Mal haya tu sombra!

ALBERTO. ¡Padrino! ¿Ha visto usté ar demonio?

PADRINO. ¡Lo preferiría! ¿A qué vienes aquí? ¿De dónde sales?

ALBERTO. A lo que vengo, vengo. Eso es cuenta mía.

PADRINO. Y mía también.

ALBERTO. ¿Quién lo ha nombrao a usté mi padrino de veras?

PADRINO. ¡Nadie! ¡Ni ganas! Pero soy Padrino en esta casa. ¡Ya te estás yendo de eya!

ALBERTO. ¡Ay, qué grasioso! No estoy yo acostumbrao a perdé los viajes.

PADRINO. Pos lo que es éste, dalo por perdío.

ALBERTO. Eso ya lo veremos.

PADRINO. Ya lo verás. Aquí ahora soy yo el amo. Entra por la casa si quieres: no encontrarás a nadie. Soy yo el amo.

ALBERTO. ¿Se va usté a casá con la vieja?

PADRINO. Cosas más difísiles se han visto.

ALBERTO. Pa sé er padre de Pasionera, ¿no?

PADRINO. ¡Lo asertaste, hombre!

ALBERTO. ¿Y pa quedarse también con la platería? Eso nunca estorba.

PADRINO. Pero no me hase farta: no lo nesesito. Tengo un buen pasá. Y he ganao muchos dineros en este mundo pa gastármelos con las mujeres. ¡Casuarmente lo contrario que tú!

ALBERTO. ¡Diferensia que hay de tené grasia a no tené grasia!

PADRINO. ¡O lo otro!

ALBERTO. ¡Lo que a usté se le antoje!

PADRINO. ¡Pos a mí lo que se me antoja es perderte de vista hasta la eternidá! ¿No te basta er daño que has hecho en esta familia y vienes a aumentarlo? ¡No será mientras viva er Padrino! ¿De dónde sales?

ALBERTO. Sargo de un agujero: ¿a usté que le importa? Dos días yevo en Seviya, pero no quieo vé a nadie.

PADRINO. Y ¿cómo te atreves a darte a luz por la mañana?

ALBERTO. ¡Si no es que yo tema; si es que me da asco de la gente, señó! En Seviya pa mí no hay más que una persona: la que vengo a buscá.

PADRINO. ¿Después de haberla tirao al arroyo?

ALBERTO. Por eso: a recogerla; a repará mi farta; a que me perdone. ¡A besá er suelo que eya pise! ¡Yo no me daba cuenta de lo que la quería! ¡No pueo viví sin eya!

PADRINO. Pos vete acostumbrando, porque sin eya vas a viví. Está en lugá seguro.

ALBERTO. Estaba. Ha salió der convento esta mañana misma. ¿Cree usté que yo soy er bobo de Coria? Y pa que eya vea que le sigo los pasos, que es señá de lo que la quiero, me he yegao aquí sin perdé un instante.

PADRINO. ¿A infernarla, eh? ¿Confiao en que tenía seguera por ti, y en que eso seguiría, y en que vorverte a vé y echarse en tus brasos sería la misma cosa? ¡Pos ni la ves, ni aunque la vieras haría más que vorverte la esparda! ¿Te sonríes?

ALBERTO. Sí.

PADRINO. Hases bien. Aprovecha; que quisá yegue pronto la hora de ponerte serio.

ALBERTO. Ha yegao ya, Padrino. Y le yamo a usté así, porque quiero que usté me varga. Óigame usté, por su salú. Yo le juro a usté que no soy er que era: que estoy regenerao… o que, si no lo estoy, me quiero sarvá. ¡Se lo juro a usté por mi madre! ¡Por mi madre! ¡Da muchos palos la desgrasia! ¡Como he vivío hasta aquí no vivo un día más! Estoy cansao de rodá por las cayes. Y esta voluntá de haserme un hombre de provecho se la debo yo a esta mujé, y no me la quita der corasón ni usté ni er cabirdo.

PADRINO. Eso me gusta. Me alegro de verte tan entero. Y supongo que antes que ar Padrino le habrás dicho lo mismo a tu padre.

ALBERTO. Yo en la casa de mi padre no pongo los pies mientras viva ayí quien usté sabe que mi padre ha yevao. ¡No! ¡Ese gustito, no! ¡No!

PADRINO. ¡Ole! Eso es hincarse delante de un toro pa buscá las parmas.

ALBERTO. Pero ¿usté no me cree?

PADRINO. Pero si tú no eres er bobo de Coria, ¿te figuras quisá que yo soy un *gruyo* que ha venío a las corrías de feria? No quiés na con tu padre… pero le pediste dinero pa irte a la Argentina.

ALBERTO. ¡Por librarlo de mi castigo! Y mire usté si ér lo comprendió, que me mandó er doble de lo que le pedí a vuerta de correo. Así como disiéndome: «¡Vete ya donde yo no te vuerva a vé! A enemigo que huye»… ¡Qué bonito rasgo pa un padre! ¡Yoré yo poco cuando resibí la letrita!…

PADRINO. Te dió yorona, ¿eh?

ALBERTO. Respete usté este sentimiento. Usté también ha tenío un padre.

PADRINO. Mira, Arberto, nos conosemos demasiao pa andarnos con toreo de adorno ni perdiendo un tiempo que a mí me interesa aprovecha. Ni tú vas a lográ engañarme, ni yo a ti. ¿Tú has leído en los papeles de hoy que se te da por muerto?

ALBERTO. Sí, señó: lo he leído. ¡Y por eso vengo también! ¡Porque me he calao toa la intensión de esa notisia!

PADRINO. ¡La intensión de esa notisia la sé yo solo! Yo, que la he dao.

ALBERTO. ¿Usté?

PADRINO. ¡Yo! ¡Yo, que tengo amigos hasta en el Infierno! ¡Er que te ha echao al agua en la Habana soy yo; y er que te da un balaso si quiés ponerte a flote, yo también!

ALBERTO. Pos, señó, está visto: nasí con la negra. ¡Soy el hombre más perro que Dios ha criao! ¡No basta que me tuviera que í de Seviya deshonrao y calumniao, y que haya pasao seis meses de purgatorio rodando por ahí! ¡No basta que quiera vorvé ar buen camino y que lo jure por lo más sagrao! ¡No basta! ¡Me tengo que morí! ¡Es preciso que yo desaparezca der mundo! ¡Hase

farta mi muerte! Pos na, no me muero; no se haga usté ilusiones: estoy vivo y bien vivo; y ya que nadie me tiende una mano, voy a dá toavía una poquita e guerra. ¿Por las malas? ¡Pos por las malas! Y está dicho. Como dise eya cuando no hay más que hablá.

PADRINO. Sólo que cuando eya lo dise no hay más que hablá, efectivamente y aquí hay que seguí dos minutos la conversasión. *Va a una y otra puerta con temor de ser sorprendido y luego vuelve a él.* Pero na más que dos minutos, no yegue Natividá y nos coja. Tú esta noche desapareses de Seviya.

ALBERTO. ¿Quién se lo ha dicho a usté?

PADRINO. Yo, que lo quiero así.

ALBERTO. ¿Es que va usté a matarme de veras?

PADRINO. Es que la notisia de tu naufragio tiene que sé verdá. Yo no nesesito ni quiero tu muerte —sobre to ahora que dises que vas a entoná er yo pequé—; me basta y me sobra con que se crea en eya en Seviya una temporaíta larga. Matarte, ¿pa qué? En to caso te daría un susto. Pero pa eso iría ar patio de Monipodio, que ha dejao susesores. Ya me has oído que tengo amigos hasta en el infierno. He sacao a mucha gente de la cárse. Y puedo meté a arguna. ¿Te enteras?

ALBERTO. Sí, señó.

PADRINO. ¿Te irás de Seviya esta noche?

ALBERTO. No, señó.

PADRINO. ¿Que no?

ALBERTO. Que no. Yo no me voy de Seviya sin vé a Pasionera, que es a lo que he vuerto.

PADRINO. A lo que tú has vuerto voy yo a desírtelo en voz baja. Tú has vuerto porque hase dos meses se yevó er diablo a Sebastián Alero, el único cómplise que quedó descontento de cierta estafa que arborotó a Seviya. Paese que se te ha bajao er coló.

ALBERTO. ¿A mí? ¡Me está usté hablando en griego!

PADRINO. Me pasaré ar latín, a vé si es más claro. Tú y el otro —el otro — temieron siempre que Sebastián los delatase, y respiraron a sus anchas

cuando se murió. ¡En latín te lo estoy disiendo! Pero lo que tú no sospechas es que a Sebastián se le sublevó la consiensia en el úrtimo transe, y dejó un documentito que tengo yo, en er que se dan pelos y señales del hecho. Al otro le perdí la pista; pero tú estás presente… Que te has ahogao, como dise er periódico: descanse en paz, y yo no hago uso der papelito; que resusitas con gana de pelea: pos yo me voy a confesá con un juez, y vamos a vé lo que pasa.

ALBERTO. ¿Ve usté? ¿Lo ve usté? ¿Usté ve como he nasío con la negra? ¡Tengo ensima ventisiete mardisiones gitanas! ¡Gitanas, no; judías, que son más crueles! ¡Mardita sea la hora en que nasí! *Se abofetea.* ¡Y disen que soy malo! ¡Más malo debía sé! ¡A otro hombre quisiera yo vé rodeao de tiburones hambrientos; nadando como yo sin una astiya a que agarrarse! Pero ¿qué historia es ésa que usté me ha contao? ¿Hasta dónde se me persigue y se me quié enredá? ¿Qué he hecho yo en este mundo que no hagan tos los hombres? ¡Mardita sea la hora…! ¡No, no: y pa mí no hay remedio: tendré que agachá la cabesa! Por aqueyo que usté canta tanto:

¡Santitos que yo pintara
demonios tienen que sé!…

PADRINO. Hombre, no les yames santitos a los que tú pintas.

ALBERTO. ¡Yámeles usté como les sarga der coraje! ¡Ha hecho usté bien en echarme al agua! ¡Lástima y no fuera verdá! ¡Busque usté un rufián esta noche y que me dé una puñalá por la esparda! ¡Y así acabo mis días y corto esta cadena de infamias y de sufrimientos! ¡Hay cosas, que al hombre más resuerto le quitan en un istante la voluntá! Yo acabo de perderla, Padrino. Tiene usté rasón: no soy más que un náufrago. Diga usté lo que quiera de mí.

PADRINO. Ya sabía yo que habíamos de acabá dándonos la mano. Choca. Y ahora, procurando que nadie te vea, te vas aquí a la esparda, a *Los Tres Cascabeles*, ese cormao nuevo.

ALBERTO. Sí, señó.

PADRINO. Entras por la puerta de atrás, te subes ar cuartito de la asotea y ayí me aguardas.

ALBERTO. Sí, señó.

PADRINO. No tardaré ni un cuarto de hora. Charlaremos: ampararé tu fuga. Te daré dinero y consejos; que pa tos los hombres hay sarvasión si la buscan de veras por buen camino. Por susio que se esté, por mucho barro que se yeve ensima, uno pué limpiarse. Como por bajo que se nazca se pilé yegá a las nubes. Ya ves tú: mi padre era un pobre tonelero de la Carretería, y hoy yo en Seviya soy er Papa.

Toito lo que intento logro;
yo no me quejo a mi estreya:
yo no he intentao cosita
que no me sarga con eya.

ALBERTO. Usté no; pero yo

Soy desgrasiaíto
hasta pa el andá,
que los pasitos que pa alante doy
se vuerven pa atrás.

Aquí también hay repertorio.

PADRINO. La contestación en *Los Tres Cascabeles.*

ALBERTO. Pos hasta ahora mismo.

PADRINO. Hasta ahora mismo.

ALBERTO. ¡Yorando voy lágrimas de sangre! ¡Usté ha de convenserse de la verdá! *Se marcha por la callejuela, haciendo gestos de desesperación.*

El Padrino se asoma un instante a verlo ir.

PADRINO. A Dios grasias, esta cayejuela es un embudo. Como no cabe más que una persona, nunca pasan dos. No lo verá nadie. ¡Pero no se me cuese er pan hasta que me lo yeve a Cádiz y lo embarque a mi gusto! ¡Por vía e los moros!

Se oye dentro a Natividad.

NATIVIDAD. ¡Juanica! ¿Dónde andas, mujé?

PADRINO. ¡Eyas! ¿Quién les ha abierto? ¡Esto sí que es providensiá!

NATIVIDAD. *Saliendo por la puerta del foro.* Padrino, ¿sabe usté de Juanica?

PADRINO. ¡Hola! ¿Ya de vuerta? A Juanica la mandé yo a un mandao.

NATIVIDAD. Pos ha dejao entorná la cansela.

PADRINO. Quisás pa que yo no tuviera que incomodarme… ¿Y Pasión?

NATIVIDAD. En San Lorenso ha entrao ahora. Er reso es su alivio. Yo me he venío pa que usté no espere más tiempo. ¡Ay, Dios de mi vida! *Se sienta con cansancio.*

PADRINO. ¿Vieron ustedes ar padre de ese hombre?

NATIVIDAD. Sí, señó: lo hemos visto.

PADRINO. Y ¿qué dise?

NATIVIDAD. De usté pa mí: se le ha quitao un peso de ensima. No tiene más informes que los de la Casa de los barcos y los que vienen en los periódicos.

PADRINO. Y son sufisientes.

NATIVIDAD. ¡Lo ha hecho Dios! ¡Lo ha hecho Dios! ¿Usté no repara en qué día ha sío? ¡Lo ha hecho Dios!

PADRINO. ¡Psché!… Yo no diré que lo haya hecho Dios; pero lo que es er Papa… ¡er Papa anda en el ajo! ¡Vaya si anda en el ajo!

NATIVIDAD. *Sonriendo.* ¡Je!…

PADRINO. ¡Grasias a Dios que se le asoma a usté a los labios la risa!… ¡Y pronto hemos de verla en la misma boca de Pasión!…

NATIVIDAD. No sé, Padrino: eso no sé…

PADRINO. ¡Hemos de verla, Natividá! ¡Y reirá con eya toa la casa!… ¿Usté sabe lo que teje er tiempo una hora tras otra?…

NATIVIDAD. No sé…

PADRINO. Además, si ér viviera, conosiendo a la niña, había pa temé que tuviera siempre er fantasma en la idea… Pero ¡muerto er perro!… Más digo: otros hombres que en vida de aquer tunante hubieran reparao en asercarse a eya, no tendrán ya cuidao ninguno… ¡Er propio Evaristo! Y si

con ése o con otro que yegue se casa, y Dios le da un chiquiyo o dos… ¿en dónde quean las penas?

NATIVIDAD. ¡Qué bien lo pinta usté, Padrino!

PADRINO. De corasón, Natividá.

NATIVIDAD. Ahí viene su mersé.

PADRINO. ¿Quién?

NATIVIDAD. Mi hija. ¡Cómo retumban los pasos en ese cayejón!

PADRINO. *Temeroso.* Pero ¿eya viene por ahí?

NATIVIDAD. Ya lo está usté viendo.

Los dos esperan un segundo: el Padrino, inquieto. Llega Pasionera. No tiene más que verla el Padrino para serenarse.

PADRINO. ¿Qué es eso? Sólita por er camino solo, ¿eh?

PASIONERA. Sí. Padrino. No tengo gana de vé a nadie.

PADRINO. Y ¿a nadie has visto?

PASIONERA. A nadie, a Dios grasias. *Se sienta.*

PADRINO. A Dios grasias. Ya me ha contao tu madre la visita…

PASIONERA. No me quiero acordá, Padrino. ¡No me quiero acordá!… ¡Quesea un padre eso!… ¡Porque aquel hombre hablaba como si er muerto fuera un estraño!

PADRINO. Es que er mosito, niña…

PASIONERA. ¡Pero, por Dios, Padrino! ¿Quisás no tenía su padre curpa ninguna en lo malo que ér fuera?

PADRINO. Bueno, bueno: esto se concluyó. Si aquí en la tierra no hay justisia, en er sielo disen que la hay. Dios le dará su pago a ca uno.

PASIONERA. Es verdá. A mí, por lo pronto, ya me ha señalao er camino que tengo de seguí. Después de esta desgrasia, lo he visto bien claro. Ér no será de otra; pero yo tampoco seré de otro.

NATIVIDAD. ¿Qué dises?

PASIONERA. Lo que está usté oyendo: que no seré de otro: que me meto en las Hermanitas de la Cruz.

PADRINO. ¡Muchacha!

NATIVIDAD. ¡Hija mía!

PASIONERA. No es de ahora este pensamiento; pero ahora se me ha clavao en la frente, y de ahí no se va. No habrá quien me lo arranque. Lo que me quede de está en este mundo, lo pasaré cuidando enfermos con aqueyas hermanas.

NATIVIDAD. ¡Hija!

PADRINO. ¡Pasionera!

PASIONERA. ¿Va usté a incomodarse, Padrino?

PADRINO. ¡No que no!

PASIONERA. ¿Por qué?

PADRINO. ¡Porque eso que has pensao es una locura!

PASIONERA. Locura, la que hise.

El Padrino, viendo quebrantada su noble ilusión de futura dicha para la hija y la madre, se irrita; Pasionera lo oye y le responde con serenidad y firmeza; Natividad escucha a Pasionera con dolorosa resignación.

PADRINO. Pero ¿quieres dejá sola a tu madre?

PASIONERA. Antes la dejé por mi ruina y ahora la dejo por mi bien. Eya se alegrará de lo que hago.

PADRINO. ¿Cómo ha de alegrarse, si te pierde?

PASIONERA. No me pierde; me gana.

PADRINO. ¡Tú lo compones a tu gusto! Piénsalo, piénsalo más despasio, niña.

PASIONERA. Ya está pensao, Padrino.

PADRINO. Pensao tenías lo otro y acabas de yamarle locura. ¿Tú conoses la vida que yevan las Hermanitas de la Cruz?

PASIONERA. Porque la conozco la elijo.

PADRINO. ¡Es muy dura, niña; es muy dura! No duermen, no descansan…

PASIONERA. Mientras más me la pondere usté por dura, más me inclina a eya.

PADRINO. ¡Ni tampoco toas las criaturas puén resistirla!

Pasionera. Eso lo sabe Dios.

Padrino. ¡Pasionera! ¡Por er cariño que te tengo! ¡Párate un istante! ¡Mira que hay otros medios más humanos de ganarse la gloria!

Pasionera. Yo quiero ganármela, si la merezco, con las Hermanas de la Cruz. Está dicho, Padrino. Tienen eyas en lo que hasen una alegría que es la única que quiero pa mí. ¿Ve usté, madre? ¡Ya yoro! ¡Por fin yoro! ¡Ya están aquí las lágrimas! ¡Ya encontré mi consuelo! ¿Usté vé cómo éste es mi camino?

Y *llorando se va al interior.*

Pausa. Se miran desolados el Padrino y Natividad.

Natividad. ¿Hay quién pueda con eya? ¿Hay cárculo ninguno con esta hija?

Padrino. *Desesperado:*

Er libro de la esperiensia
no sirve al hombre pa na;
tiene ar finá la sentensia
y nadie yega ar finá.

Natividad. ¡Pos yo esto, Padrino, me lo temía! ¡Ni a mi misma me lo confesaba; pero me lo temía!

Padrino. Pero, bueno, Natividá, eso tampoco será dicho y hecho… Aunque ahora se encastiye, eya tendrá que meditarlo… Yo le echaré una semiyita… Porque es menesté ponerse en toas las cosas… *Sondeando el ánimo de la madre.* Imagine usté que por mano der demonio ese hombre se hubiera sarvao der naufragio… vorviese por Seviya…

Natividad. ¡No lo permita Dios! Pero si eso fuera posible, si ese hombre viviera y pudiese aparesé por aquí, ¡que le coja a la hija de mi arma en puerto seguro! ¡Que no ruede como ruedan tantas infelises: que yame a aqueya Casa! ¡Su misma pasión la ha sarvao! Voy con eya, Padrino. *Éntrase.*

Padrino. *Con ira:*

¡Castigue Dios de los sielos
a quien coge una asusena

y la tira por los suelos!

Tiene rasón la madre. Vamos a quita de en medio ese peligro. Vamos a embarcá de veras a ese hombre. ¡Y que Dios lo yeve adonde le convenga! *Coge su sombrero, y antes de irse por la callejuela, enternecido, exclama así, mirando hacia la casa:*

Aquí no hay naíta que vé,
porque un barquito que había
tendió la vela y se fué…

Marchase, secándose los ojos.

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, septiembre, 1920.

LA SERIA

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO ESLAVA** el 5 de febrero de 1921

A CARMENCITA OLIVER COBEÑA, *preciosa flor del arte*,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GUADALUPE.	CARMENCITA OLIVER.
PEDRO JUAN.	ARTURO DE LA RIVA.

LA SERIA

Exterior de la casa del ex matador de toros Manuel Utrera, *Pastorcito,* en una calle sevillana. Es por la tarde, en un buen día de abril.

Sale por la izquierda del actor Pedro Juan, de marsellés y sombrero ancho. Es corredor de vinos andaluces, y hombre que ya pasó de los cincuenta, formal y simpático.

PEDRO JUAN. *Deteniéndose ante la casa del torero.* Aquí es: aquí vive mi hombre. No hay como matá toros dies añitos pa tené casa propia. Argunos no lo cuentan; pero er que lo cuenta, bien vive. Vamos a darle un abraso a este barbián. *A tiempo que él va a entrar, sale Guadalupe con una silla. La pone a un lado de la puerta y se sienta abstraída, de mal humor. Es una mocita de quince años, seria de nacimiento. Pedro Juan la mira y luego le habla.* Usté dispense, niña. Buenas tardes.

GUADALUPE. Buenas tardes.

PEDRO JUAN. Ésta es la casa der *Pastorsito,* ¿no?

GUADALUPE. ¿De quién?

PEDRO JUAN. Der *Pastorsito.*

GUADALUPE. No, señó: ésta es la casa de don Manuel Utrera Sánchez.

PEDRO JUAN. ¡Er *Pastorsito*!

GUADALUPE. Le digo a usté que no. Er *Pastorsito* era cuando mataba toros. Desde que se cortó la coleta es don Manuel Utrera Sánchez, vesino de Seviya. Las cosas en su punto. *Se abanica con gravedad.*

PEDRO JUAN. Tiene usté rasón que le sobra. Y ¿hay en la fiesta muchos convidaos?

GUADALUPE. Aunque fartaran unos pocos de los que hay, no se perdía na.

PEDRO JUAN. En estas cosas siempre pasa lo mismo: sobra gente y fartan personas. ¡Bendito sea Dios! ¡Miste que selebrarse ya las bodas de plata de Manoliyo Utrera! Ca día se va er tiempo más aprisa. ¡Bien se merese el hombre to lo que ha lograo! ¡Bien se lo merese! ¡Veintisinco años aguantando a Rufina Galea y a la madre de Rufina Galea!… ¡Vamos! ¿Eh, niña?

GUADALUPE. ¿Es a mí?

PEDRO JUAN. A usté, lusero.

GUADALUPE. Si me echa usté er piropo pa que yo le dé la rasón, se equivoca en más de la mitá. No me gusta hablá malamente de nadie, y menos de personas que me están osequiando, y menos con quien no conozco. *Vuelve a abanicarse como antes.*

PEDRO JUAN. Usté perdone. Yo soy Pedro Juan Viyaverde.

GUADALUPE. Muy señor mío.

PEDRO JUAN. ¡El amo der vino en Seviya, na más! Porque represento, entre otras marcas sélebres, esa mansaniya *Marvaloca* que se está bebiendo en la fiesta… y que usté no ha probao.

GUADALUPE. Usté ¿qué sabe?

PEDRO JUAN. ¡Tendría usté otro humó der que tiene!

GUADALUPE. Ea, pos vuerve usté a engañarse, señó: he tomao una copa de ese vino.

PEDRO JUAN. *Galante.* Y ¿no han rifao la copa después?

GUADALUPE. *Volviéndole la espalda.* ¡Vaya!

PEDRO JUAN. No se enfade usté, niña. *Para sí, en son de burla.* ¿Quién será esta matrona? *Éntrase en la casa.*

GUADALUPE. ¡Jesús! ¡Jesús con los hombres! ¡Jesús! Me vengo yo aquí, huyendo de un permaso, y no hago más que salí a la caye, otro. ¡Jesús!

¡Qué afán de desí flores y de tené grasia venga o no venga a pelo! ¡Y está por nasé er que a mí me haga grasia!… ¡Jesús!

Vuelve Pedro Juan.

PEDRO JUAN. Dispense usté, *señora. Guadalupe lo mira a punto de soltarle una fresca.* Dispense usté. ¿Por casualidá conose usté a *Armidón*? ¿Sabe usté si entre los convidaos a la fiesta está *Armidón*? Oí una voz en medio der patio cuando iba pa ayá dentro, y me ha querío paresé la suya. ¿Usté lo conose? ¿Está en la casa?

GUADALUPE. Porque está en la casa *Armidón* estoy yo ahora mismo en la caye.

PEDRO JUAN. ¿No pué usté aguantarlo?

GUADALUPE. No, señó: me revienta *Armidón.*

PEDRO JUAN. Y a mí. ¡Como que dejo mi visita pa luego!

GUADALUPE. ¡Es mucho *Armidón*!

PEDRO JUAN. Anoche justamente estuve yo a dos deos de darle un boteyaso. Y si entro ahora y me dise cuarquier cosa, se lo doy.

GUADALUPE. Pos entonses debe usté entrá.

PEDRO JUAN. No quiero agua la fiesta.

GUADALUPE. A la fiesta no le caería mal una poquita e agua.

PEDRO JUAN. En eso sí que no estoy conforme. Que corra er vino, que corra er vino… En lugá de dos cajas de *Marvaloca*, cuatro. Que corra er vino.

GUADALUPE. Por mí, que corra: en no sarpicándome a mí…

PEDRO JUAN. ¿No le gusta a usté er vino?

GUADALUPE. No me gusta la guasa que trae.

PEDRO JUAN. A quien se la traiga… ¡*Armidón* tiene guasa con agua de Marmolejo!

GUADALUPE. ¡No me recuerde usté a *Armidón*! ¡Jesús! Quiere sé grasioso hasta dando un pésame. ¡Jesús!

PEDRO JUAN. ¡Y no es grasioso ni dando un batacaso!

GUADALUPE. Verdá que no lo es. Pero, oiga usté a to er mundo: «¡Ay, qué *Armidón*! ¡Ay, qué *Armidón*! ¡Qué ocurrensias tiene *Armidón*! ¡Qué

hombre de más grasia! ¡Los gorpes de *Armidón*!»…

PEDRO JUAN. Sí, señora: le han hecho creé que está sembrao.

GUADALUPE. ¿Sembrao? Pué sé que lo esté; pero es de esa yerba que no les gusta más que a los borricos.

PEDRO JUAN. Baje usté la voz, por si acaso escuchan. Y pa que usté vea lo que son las cosas: esta tarde, sin darse cuenta é, *Armidón* ha tenío un buen gorpe.

GUADALUPE. No sé cuá.

PEDRO JUAN. ¡Hasé que usté se sarga a la puerta e la caye! *Guadalupe sonríe; pero acordándose de pronto de su nativa seriedad, se pone seria bruscamente. Pausa. Él la observa, curioso.* ¿No le molestará a usté demasiao que le haga otra pregunta?

GUADALUPE. ¿Qué quiere usté sabé?

PEDRO JUAN. Ha tenío usté ahora mismo un gesto… ¿Le toca usté argo a Enriqueta Nogales?

GUADALUPE. ¡Digo! ¡Si es mi hermana!

PEDRO JUAN. ¡Ya desía yo!…

GUADALUPE. Me yeva dies años.

PEDRO JUAN. Sí, sí; no hay más que verla a usté: tiene usté to el aire de Enriqueta. Yo soy muy amigo de su marido: de Carsadiya. Ayé le mandé vino, por sierto… Pero ¡cómo se párese usté a su hermana!

GUADALUPE. En la cara; en er genio, no.

PEDRO JUAN. ¿No, eh?

GUADALUPE. No. Somos muy diferentes. Eya por to se ríe; siempre está como un cascabé. Y yo soy muy seria.

PEDRO JUAN. ¿Sí, verdá?

GUADALUPE. Muy seria.

PEDRO JUAN. También lo he notao.

GUADALUPE. La seria me yaman. Er sé de Seviya no es una rasón pa dejá de sé seria. Y no lo vi a fingí. Hay quien estraña que yo sea tan seria

teniendo quinse años. ¡Y si lo soy, señó! Soy seria; soy una mujé seria. ¿Qué le vamos a hasé? *Se abanica más seria que nunca.*

PEDRO JUAN. No crea usté que no; yo, por mí, me lo esplico. Porque eso de tené na más que quinse años es una cosa seria; ¡muy seria! Y además, mosita, los ojos de usté no piense usté que son tampoco pa tomarlos a broma.

GUADALUPE. ¡Ay, los ojos! ¡Ya salieron los ojos! ¡Dichosos ojos!

PEDRO JUAN. ¿No son más que dos?

GUADALUPE. *Sonriendo.* ¡Claro! ¿Iba yo a sé un fenómeno? *Vuelve a ponerse seria.*

PEDRO JUAN. Usté ¿cómo se yama?

GUADALUPE. Guadalupe.

PEDRO JUAN. ¡Ah, sí! Pero le disen a usté otra cosa. ¿No le disen a usté Guadita?

GUADALUPE. Me disen Guadita, sí señó; pero me yamo Guadalupe. Y no me agrada que me digan Guadita.

PEDRO JUAN. Me alegro de saberlo, *doña* Guadalupe.

GUADALUPE. Sin chufla: Guadalupe. Un nombre de mujé; bonito o feo. Más grande que yo, si usté quiere; pero de mujé: Guadalupe. Dise usté «¡Guadita! ¡Guadita!», y paese que va a vení una gata.

PEDRO JUAN. ¡Ja, ja, ja!

GUADALUPE. No se ría usté, porque no lo he dicho por chiste.

PEDRO JUAN. ¡Pos a mí me ha hecho grasia!

GUADALUPE. Estará usté contento.

PEDRO JUAN. Sí; lo que es pa rompé er yanto, no estoy. ¿Usté no vive con Enriqueta?

GUADALUPE. No, señó; vivo con mi madre. A espardas de casa de Enriqueta.

PEDRO JUAN. ¿En la caye Cantarranas, entonses?

GUADALUPE. Gravina.

PEDRO JUAN. ¡Cantarranas será siempre pa los de mis tiempos!

GUADALUPE. Sí; pero estamos en los míos, y el Ayuntamiento le ha mudao er nombre. ¡No va usté a tené más rasón que el Ayuntamiento! Gravina se yama la caye. *Se abanica gravemente otra vez.*

Entonces Pedro Juan, por no ser menos, saca del bolsillo un abanico chiquitín y la imita.

PEDRO JUAN. ¡Vaya si es usté una mujé seria! *Guadalupe da un paseíto.* ¡Seria de arriba abajo! Dígale usté luego a su hermana que ha estao usté hablando aquí conmigo; con Viyaverde.

GUADALUPE. Se lo diré.

PEDRO JUAN. Y pregúntele usté también, por oírla, si eya cree que habré yo cumplió los veintisinco años.

GUADALUPE. También se lo preguntaré.

PEDRO JUAN. ¡Porque me gasta bromas con la edá!… Y ¡vamos!… ¡toavía!… No es que uno sea un chiquiyo; pero ¡toavía!… Dígale usté, si quié usté reírse, que se ha yevao charlando conmigo una hora.

GUADALUPE. Eso me lo dirá a mi eya así que se entere de esta conversasión.

PEDRO JUAN. ¿Por qué?

GUADALUPE. Porque dise que en cuanto se me aserca un viejo ya estoy en mis glorias. *Pedro Juan tuerce el gesto y se guarda el abaniquito.* Lo de viejo lo dise Enriqueta.

PEDRO JUAN. Ya.

GUADALUPE. Usté no es tan viejo.

PEDRO JUAN. Y ese *tan*, ¿quién lo dise? ¿También Enriqueta?

GUADALUPE. Ése lo digo yo.

PEDRO JUAN. Pero ¿de veras le gusta a usté tratá con los hombres formales?

GUADALUPE. A mí no me pregunte usté nunca si hablo yo de veras. Yo no sé hablá de broma.

PEDRO JUAN. Ya, ya me hago cargo. Ha sío un desí…

GUADALUPE. Y entérese usté: me gusta tratá con los hombres formales. Le saco yo más sustansia a la conversasión que cuando charlo con los pipioliyos. Un hombre ya esperimentao dise siempre cosas que le enseñan a una, que le abren a una los ojos.

PEDRO JUAN. ¿Más?

GUADALUPE. To es poco en este mundo, señó; que a su edá ha visto una ya cosas y ha sabío unas cosas, como pa dormí con los ojos abiertos. ¡Los hombres!, ¡los hombres!… Toas las mujeres que se ríen de eyos, luego lo yoran.

PEDRO JUAN. Eso es una sentensia.

GUADALUPE. Eso es una lesión que yo he aprendío.

PEDRO JUAN. ¿En dónde, niña?

GUADALUPE. Andando por la caye.

PEDRO JUAN. Según eso, er mosito que a usté la pretenda va a nesesitá recomendasiones. ¡Una mujé tan seria y tan desconfiá!…

GUADALUPE. Der rey que las traigan no le valen si a mí no me gusta.

PEDRO JUAN. ¡Ole! ¿Tiene usté novio ahora?

GUADALUPE. Tendré o no tendré; pero usté no tiene confiansa pa preguntármelo. Y a la edá de usté ya debía usté distinguí de mujeres; ya debía usté sabé con cuáles se puede trabá palique sin conosimiento y con cuáles no, y, sobre todo eso, en dónde está la raya que no se ha de pisá. *Con ademán gracioso.* Cuidaíto.

PEDRO JUAN. ¡Ole!

GUADALUPE. ¿Eh?

PEDRO JUAN. ¡Ole!

GUADALUPE. Pero ¿estoy pasando de muleta?

PEDRO JUAN. ¡Está usté entusiasmando a un hombre formá!

GUADALUPE. ¿Yo? ¿Por qué?

PEDRO JUAN. Por seria, niña.

GUADALUPE. ¿Por sería?

PEDRO JUAN. Ni más ni menos. Y lo que yo siento es que haya entre nosotros dos una cosa más seria que usté.

GUADALUPE. Entre nosotros dos no hay cosa ninguna.

PEDRO JUAN. ¿Qué no? ¡Vamos!

GUADALUPE. ¡Que no!

PEDRO JUAN. Va usté a convenserse. Entre usté y yo, pimpoyo, hay… hay…

GUADALUPE. No le dé usté vuertas, que no hay na.

PEDRO JUAN. ¡Hay una diferensia de treinta y siete años, que no la sarta un titiritero!

GUADALUPE. ¿De treinta y siete años?

PEDRO JUAN. ¡Sincuenta y dos tengo; conque eche usté la cuenta!…

GUADALUPE. Pos nadie lo diría, Viyaverde: los yeva usté muy bien.

PEDRO JUAN. ¡Tan bien los yevo, que no me quién dejá! Van a gusto conmigo. Y esto sí que es serio, Guadalupe: habé pasao der medio siglo, conservarse bien, está viudo… y encontrarse de manos a boca con una mujersita de sus prendas.

GUADALUPE. ¿Está usté viudo?

PEDRO JUAN. Hase siete años. ¡Y tengo cuatro hijos varones! Y ¿usté sabe lo que voy a hasé?

GUADALUPE. Yo ¿cómo vi a saberlo?

PEDRO JUAN. Pos desirle a los cuatro que en una casa de la caye Cantarranas —Gravina: usté dispense— vive la mujé más bonita y más seria de Seviya: ¡que la busquen! Y ayá eyos. Y ayá usté. Por eso le preguntaba si tenía usté novio.

GUADALUPE. Soy yo muy difísi.

PEDRO JUAN. Y no la molesto a usté más.

GUADALUPE. Usté no molesta.

PEDRO JUAN. Cuando vuerva usté ahí dentro, ¿me hará usté er favo de desirle ar dueño de la casa por lo que yo no he entrao?

GUADALUPE. Sin favo.

PEDRO JUAN. Pos muchas grasias, Guadalupe.

GUADALUPE. No hay de que darlas, Viyaverde.

PEDRO JUAN. Pedro Juan es mi nombre.

GUADALUPE. Nogales, mi apeyido, como sabe usté.

PEDRO JUAN. ¿A cuár de mis hijos quié usté que le mande primero?

GUADALUPE. ¡Si yo no conozco a ninguno!

PEDRO JUAN. Le daré a usté las señas. Er mayó, que yeva mi nombre, es un chiquiyo de provecho: perito eletrisista. Regordete: sale a la madre. Enrique, er segundo, me ayuda en er despacho. Tiene buenos ojos. Y no lo ahorcan si lo dejan hablá. Manolo, er tersero, me ha resurtao un poco artista: copia cuadros en er Museo y va a estrená un entremés en er Duque. Y Juaniyo, er más chico, paese que quiere matá toros: no hay siya en mi casa que no tenga una estocá en *los rubios.* Usté dirá cuár le mando primero.

GUADALUPE. Pos… miste… Viyaverde… pa no perdé tiempo… ¡er que más se parezca a usté!

PEDRO JUAN. *Esponjado.* ¡Ole!

GUADALUPE. A una mujé tan seria, ¿no se le pué armití una bromiya?

PEDRO JUAN. ¡Ya lo creo! Buenas tardes, seria.

GUADALUPE. Buenas tardes, guasón.

PEDRO JUAN. ¿Guasón? ¡Usté verá a los cuatro niños! *V ase.*

GUADALUPE. ¡También sería serio que por esta casualidá me saliera a mí un novio! ¡Pa tomá las cosas a broma!… *Al público:*

Den los unos en reí,
den los otros en gemí,
según les vaya en la feria;
yo soy una mujé seria,
y seria me he de morí.

FIN

Madrid, enero, 1921.

LOS PÁPIROS

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS

MÚSICA DE PABLO LUNA

Estrenada en el **TEATRO REINA VICTORIA** el 25 de febrero de 1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Violante.	Consuelo Hidalgo.
Mariquita Peón.	Rafaela G. de Haro.
Rosamira.	Teresa Saavedra.
Nathalie Rivière.	Ana Santamaría.
La Rubia.	Rosa Fontana.
Micaela.	Consuelo Mesejo.
Concha.	Rosa Fontana.
Petra.	Eugenia S. Prado.
Reyes, Bailadora.	Reyes Castizo.
Don José Pérez.	José Moncayo.
Cipriano.	Pedro Barreto
Hornachuelos.	Julio Lorente.
Agustín.	Francisco Pereda
Noriega.	Francisco Butier.
Lebrija.	Lorenzo Sola.
	Emilio Barta.

Balita.	
Benetti.	**Ernesto Lorente.**
El Maestro Montilla.	**Enrique Gandía.**
Bombín.	**Antonio Castañé.**
Mr. Rivière.	**Nicolás Suárez.**
Langostino.	**Gerardo Perdiguero.**

Discípulas del Maestro Montilla; Amigas de Violante; Compañeras de «La Rubia»; Camaradas de Cipriano; «Filigranas» y el «Niño de Loja», guitarristas; el Padre Ciriaco y un Militar

LOS PÁPIROS

ACTO PRIMERO

En Madrid, y en el estudio de Cipriano Veruela, músico, poeta y loco, más loco que nada. Una puerta a la derecha del actor y otra al foro; La de la derecha conduce al recibimiento de la casa, y, por tanto, a la calle, y la del foro, al interior. Un balcón a la izquierda. Junto a él, en primer término, un piano, sobre el cual hay colgado un espejo grande. Muebles modestos. En medio del techo, una lámpara. En las paredes, algunos cuadros y profusión de retratos de artistas más o menos famosas y de amigos y camaradas de Cipriano. En sitio principal, un vistoso cartel anunciador de Violante, cancionista de moda. El más pintoresco desorden reina en la habitación. Es por la tarde, a primeros de octubre.

Música

Cipriano, entusiasmado con su propia obra, aparece sentado al piano tocando una «Fantasía» dedicada a Violante. Es mozo, madrileño, vehemente, extremoso y simpático. A la terminación del número, exclama:

CIPRIANO. Me gusta esto tanto, que a ratos dudo de que sea mío. ¡No; pero es mío, es mío: me ha salido del corazón! *Suspirando.* ¡Ay, si la música conquistara como el dinero! Pero sólo domestica a las fieras; a las mujeres, no.

Tararea con fruición y embeleso la frase de su «Fantasía» que más le agrada. Llega en esto de la calle Agustín, colaborador literario preferido de Cipriano. Al oír a su amigo, se lleta las manos a la cabeza.

AGUSTÍN. Pero ¡hombre!, ¿otra vez?

CIPRIANO. ¿Eh? ¿Quién?

AGUSTÍN. Yo.

CIPRIANO. ¡Ah! Mi *poeta de cámara.*

AGUSTÍN. ¿Otra vez? ¡Vas a volverte loco!

CIPRIANO. Lo estoy hace tiempo, gracias a Dios. La locura es o no es agradable, según la causa de ella.

AGUSTÍN. Pero ¿no te empachas ya de tu *Fantasía*?

CIPRIANO. ¡Aún no! Ni creo que nunca, por ahora. Es mi número: es mi *capo lavoro.* Yo, antes de ella, no era más que un músico adocenado, autor de zarzuelillas y canciones más o menos célebres; pero desde que la compuse ha crecido a mis propios ojos. ¡Tal musa la inspiró! *Señala al cartel de Violante.*

AGUSTÍN. Lo dicho: de remate. A la musa he visto yo esta mañana.

CIPRIANO. ¿La has visto?

AGUSTÍN. Sí.

CIPRIANO. Y ¿crees en Dios?

AGUSTÍN. Eso te toca a ti cuando la veas.

CIPRIANO. ¡Ah! Por fortuna, la veo diariamente. Si no me pegaba un tiro en la cabeza.

AGUSTÍN. Baja la mano.

CIPRIANO. Bueno: en el corazón. No te rías. Si algún día llegas a enamorarte, como yo lo estoy de esa mujer, no te reirás de estos extremos. ¡Qué mujer, Agustín! ¡Qué elegancia, qué aire, qué andar, qué boca, qué risa, qué ojos! ¡Sobre todo, los ojos! ¡Agustín, unos ojos que cambian de color según los instantes en que los miras!

AGUSTÍN. ¡Agua va!

CIPRIANO. No lo dudes. Ya son azules, ya son verdes, ya son pardos, ya son negros…

AGUSTÍN. ¡Atiza!

CIPRIANO. ¡Es mujer de mil almas, y cada una le pinta los ojos de un color!

AGUSTÍN. ¡Sopla!

CIPRIANO. Sopla tú si te da la gana. Oye, y ¿dónde la has visto?

AGUSTÍN. En casa de Ansorena, el joyero.

CIPRIANO. *Desalentado.* Apaga y vete.

AGUSTÍN. Por eso le cambiarán de color los ojos: porque no mira más que piedras preciosas. ¡Y dices que tiene mil almas! Una, si acaso, y no la da sino por dinero.

CIPRIANO. ¡Calla! ¿Iba con ella el americano?

AGUSTÍN. ¡Claro que sí!

CIPRIANO. ¡Calla! ¡Señor, Señor! ¿Por qué no me conviertes las notas en libras esterlinas? Sin embargo, aún tengo esperanza en la *Fantasía.* ¡Cuando ella la oiga!… *Se sienta de nuevo al piano.*

AGUSTÍN. ¡Ahora sí que estás loco de veras!

CIPRIANO. ¿Viene alguien?

AGUSTÍN. *Mirando hacia dentro.* Sí; pero no es la dama de tus… fantasías.

CIPRIANO. ¿Quién es?

AGUSTÍN. Mariquita Peón.

CIPRIANO. ¡Debí presumirlo! ¡No pierde una lección la pobre!

AGUSTÍN. Porque está enamorada de ti: me lo ha dicho.

CIPRIANO. ¡Vamos, quita!

AGUSTÍN. Y tú debías hacerle caso: es monísima; sería una mujercita ejemplar, te arreglaría la casa, dejaría los *cuplés*, no me pediría a mí más letras… ¡y a ti te libraría de ese abismo!

CIPRIANO. ¡Oh, ese abismo!…

AGUSTÍN. Aquí la tienes. Me voy a tu cuarto a concluir la canción de *Las esmeraldas* que ayer me encargaste.

CIPRIANO.

¡Las esmeraldas son verdes;
verde el color del que espera!…

¡Que Apolo te ilumine!

Éntrase Agustín por la puerta del foro. Simultáneamente aparece en la del recibimiento Mariquita Peón. Es una muchachita andaluza, sosa de caerse, como ya se verá.

Mariquita. ¿Ze puede?

Cipriano. Pasa, Mariquita.

Mariquita. ¿Es mi hora?

Cipriano. ¡Qué más da, mujer!

Mariquita. No; es que zi no es mi hora, me aguardo en la cocina: Eleuteria me quiere mucho. Ziempre que zale a abrirme habla conmigo.

Cipriano. Simpatía.

Mariquita. Zimpatía zerá. Oye, ¿estás zolo?

Cipriano. Ya lo ves. Agustín acaba de irse a mi cuarto.

Mariquita. Me alegro. No me hagas a mí nunca enzayá delante de nadie, como ayé me hiciste.

Cipriano. Si es para que te vayas acostumbrando…

Mariquita. Toavía estoy muy torpe. Y la gente me *azara* mucho.

Cipriano. Pues, hija, el día que *debutes*…

Mariquita. ¡Ah!, no; er primer día *debuto* yo zin gente. Ezo lo pongo en er contrato.

Cipriano. ¡Cuando no habrá gente será el segundo día!

Mariquita. ¿Zí, eh? Mira cómo te diviertes conmigo.

Cipriano. ¡Es que es peregrina la idea de debutar sin gente!

Mariquita. Oye, y zi me da miedo, ¿qué le voy yo a hacé?

Cipriano. ¡Pues, hija, quedarte en tu casa!

Mariquita. ¡Qué más quiziera yo! Pero la necezidá empuja mucho. Zomos zinco bocas. Yo no busco en la ecena er lujo ni la ezhibición, como quien tú zabes, y como tantas; yo zólo busco er yevá a mi caza lo necezario.

Pero zoy muy zoza. ¿Por qué zeré tan zoza, Dios mío? ¿Verdá que zoy muy zoza?

Cipriano. No, tonta; no.

Mariquita. Zí, tonto, zí; zi yo lo comprendo. ¿No ves que es de familia? Mi padre, de la Isla, que hay tantas zalinas, zozo. Mi madre, de Puerto Reá, que está ayí, a la vera, zoza. ¿A quién vi a zalí yo?

Cipriano. Vamos a ensayar; anda.

Mariquita. Primero, aprovechando que no hay gente, vi a leerte la letra de un *cuplé* que ha escrito mi hermaniyo Manolo con la idea de que tú le pongas múzica zi te agrada.

Cipriano. ¿Qué Manolo ha escrito un *cuplé*?

Mariquita. Zí, Manolo; er chipelín. Tiene mucha idea.

Cipriano. Vamos a verlo.

Mariquita. Escucha. *Saca de su bolso un papel y lee con ciertas ilusiones.* Ze titula *La vuerta ar mundo.* La ha hecho en dos días.

Yo nací en er Paraguay,
¡jajajay!
y me fuí luego a Bombay,
¡jajajay!
y zoy guapa zi las hay…
y ahora vivo en la caye Echegaray.
¡Jajajay!

Éste ez er *truco.* ¿Qué te parece?

Cipriano. Sigue.

Mariquita.

He tenido un novio en Túy,
¡jujujuy!
otro luego en Zarabúy,
¡jujujuy!
y un buen mozo de Espelúy

me azegura que está loco por mi *múi*.

¡Jujujuy!

Cipriano. ¿Por su qué está loco el de Espelúy?

Mariquita. Por zu *múi*. Los gitanos le yaman la *múi* a la boca. ¿Verdá que tiene idea? Escucha la úrtima:

A París de Francia voy…

Cipriano. ¡Jojojoy!

Mariquita. Jojojoy, zi.

Cipriano. Bueno, pues déjalo.

Mariquita. Qué, ¿no te rezurta?

Cipriano. No, mujer; no. Ni a nadie. Eso no se acaba.

Mariquita. ¡Vaya por Dios! ¡Zozo también Manolo! Pos ze va a yevá un dijusto muy grande.

Cipriano. ¡Pues no te digo nada si lo estrena! Vamos nosotros a ensayar antes que venga gente.

Mariquita. Vamos a enzayá. Me quitaré er zombrero pa í acionando un poco.

Cipriano. Es una idea feliz. *Se sienta al piano.*

Mariquita. Primero er *cuplé* de zalida, ¿zabes?, que lo estuve estudiando anoche.

Cipriano. El que tú quieras, hija.

Mariquita. ¡Ah! ¿me das la razón como a los locos?

Cipriano. Como a las discípulas predilectas, querrás decir. Vamos allá.

Música

Mariquita Peón, acompañada al piano por el maestro, interpreta su canción de salida con tal desmaña y falta de garbo y de donaire, que hay para aconsejarle a la pobre que se vaya a la cocina con Eleuteria. Los brazos los mueve siempre alternativamente; ni por casualidad mueve nunca los dos a un tiempo.

Mariquita. *Durante el paseito preliminar*. No me mires por el espejo, que me azaro.

Cipriano. ¡No tengo más *remedio!*

Mariquita. Este pazeíto lo hago en caza con más picardía. Aquí me da bochorno.

Cipriano. ¡A una! ¡Venga letra!

Mariquita.

Yo zoy la zerraniya
más zandunguera
más zandunguera
más zandunguera
más zandunguera;

y aunque zoy de Zeviya,
nací en Utrera
nací en Utrera
nací en Utrera
nací en Utrera.
¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Tú eztáz aguantando la riza, Cipriano.

Cipriano. ¡Qué disparate!

Mariquita.

Mi cuerpo ze disloca
por un moreno
por un moreno
por un moreno
por un moreno,

que dice que mi boca
tiene veneno

tiene veneno
tiene veneno
tiene veneno.
¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Esto mirando ziempre a las butacas, ¿no?

Cipriano. ¡Siempre a las butacas!

Mariquita. ¡Hasta que me las tiren!

Y ar mismo Guatemala
tras de ér me iría
tras de ér me iría
tras de ér me iría
tras de ér me iría,

aunque él ez una bala,
bala perdía
bala perdía
bala perdía
bala perdía.
¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

¡Que ole! ¡Que ole!
¡Armiba de mis peroles!
¡Que ole! ¡Que ole!
¡Alante con los faroles!
¡Le enseño a usté
aqueyo que no ze ve!
¡Que ole! ¡Que ole!
¡Usté es pa mí la zarza de los caracoles!
¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Cesa la música.

¿Pos no estoy zudando? ¿Qué tar me resurta? *Cipriano tuerce el gesto.* Estoy pa que me maten, ¿verdá? ¡Pa que me maten! *Afligida.* ¡Me meten dentro!, ¡me meten dentro! ¡Y mía que zi en er *cuplé* de zalida me meten dentro!

CIPRIANO. No te apures, mujer.

MARIQUITA. ¿No me he de apurá? ¡Zi yo tuviera pretenziones!… ¡Pero zi conozco que no zirvo! ¡No zirvo!, ¡no zirvo!… ¡No zirvo pa estreya! ¡Yo soy una mujé de mi caza! *Lo mira intencionadamente.* ¿No crees tú, Cipriano?

CIPRIANO. Es posible. Pero no te desilusiones tan pronto. Ahora lo pasaremos otra vez: yo te lo ensayaré con cuidadito. Aguarda un momento, que me parece que me llama Agustín. *Éntrase por la puerta del foro.*

MARIQUITA. *Consternada.* No te yama Agustín: es que en cuanto te pongo loz ojos tiernos me huyes. ¡Ingrato! ¡Zi tú zupieras que estoy queriendo meterme a esto na más que por andá cerca de ti!… ¡Yo zoy una mujé de mi caza! *Observando la habitación.* ¡Digo! ¡Qué leonera! *Principia a poner las cosas en orden.* No hay na en zu zitio. *Encarándose con el anuncio de Violante.* ¡Y esta condené es la que tiene la curpa de que no me haga cazo a mí! ¡Lo ha embrujao! ¡Con lo que yo le convengo a este hombre! ¿Quién ha visto poné papeles en las ziyas? ¿Pa que están las mezas? ¿Quién ha visto una cafetera encima de un piano? *Coge la cafetera para llevarla al comedor.*

En este momento aparece Violante, que viene de la calle, bella y arrolladora.

VIOLANTE. Buenas tardes.

MARIQUITA. *Estremeciéndose.* Buenas tardes.

VIOLANTE. ¿Está el maestro?

MARIQUITA. Está… está er maestro.

VIOLANTE. Avísale.

Mariquita. ¿Cómo?

Violante. Que le avises.

Mariquita. ¿Qué le avize? Pero ¿usté por quién me ha tomao?

Violante. ¡A ver! ¡Por la criada!

Mariquita. ¡Caramba! ¡Pos zepa usté que zoy una artista!

Violante. Pues que sea enhorabuena. Y usted perdone, que no la he querido ofender; pero como la vi arreglando el cuarto…

Mariquita. ¿Es que una artista no pué cogé una cafetera?

Vuelve Cipriano, y sin hacer caso alguno de Mariquita, apenas ve a Violante corre a ella.

Cipriano. ¡Violante!

Violante. ¡Chiquillo!

Cipriano. No he sentido tu *auto.*

Violante. Hoy me ha traído un *pesetero.* Luego vendrá el *auto* a recogerme.

Cipriano. ¡Ojalá tarde mucho! *Reparando entonces en Mariquita Peón que, con la cafetera en la mano, lo mira compungida.* ¿Qué haces tú?

Mariquita. Er papé del ozo. ¿Zigue ahí dentro Agustín?

Cipriano. Ahí sigue.

Mariquita. Pos voy a decirle que me escriba un *cuplé* melancólico; porque yo no tendré gracia, ¡pero corazón!… ¡Ay, Dios mío! *Vase suspirando.*

Violante. ¿Quién es esta tonta?

Cipriano. ¡Una de tantas infelices! Amiga mía desde hace algún tiempo. Y ahora, como todas las mujeres, quiere ser cancionista. ¡Tu éxito, Violante; tus triunfos, tu gloria!

Violante. ¡Y los de las demás!

Cipriano. ¡Los tuyos!, ¡los tuyos! ¡Eres la envidia; eres la primera! ¡Los tuyos!, ¡los tuyos!

Violante. Pues no amarres, Cipriano; que no he empezado todavía. ¡Soy insaciable! ¡Quiero más aplausos, más gloria, más lujo, más dinero!

Cipriano. ¿Más esclavos también?
Violante. ¡Esclavos más que nada! ¡Soy insaciable!

Música

Las mujeres que nacemos ambiciosas
no tenemos salvación:
aunque siempre a nuestro paso nazcan rosas,
nunca se halla satisfecho el corazón.

Cipriano.

¡De las flores de este mundo, la más bella
yo la busco para ti!

Violante.

¡Yo la cojo y te hago ver que hay una estrella
que en el cielo está brillando para mí!

Cipriano.

¡Pobrecillo musiquillo sin fortuna,
que no tiene en su cajón
otra plata que la plata de la luna
para darte serenata en tu balcón!

Violante.

Yo te ofrezco mi amistad acrisolada
como premio a tu merced.

Cipriano.

¡Tu amistad es a mi amor agua salada
que me enciende y que me aviva más la sed!
El amor, cuando es tan grande como el mío,
no se sabe resignar;

tu ambición de bienestar y poderío
yo la tengo de acrecer y de saciar.

Violante.

No te asomes a mis ojos insondables,
que serán tu perdición.

Cipriano.

Con tus besos se me antojan adorables
los tormentos de la Santa Inquisición.

Violante.

¡Musiquillo!

Cipriano.

¡Prenda mía!

Violante.

¡De ninguno!

Cipriano.

¡Ten piedad!

Violante.

¡El amor es fantasía
y yo quiero realidad!

Cipriano.

¡Si pudiera, brindaría
tierra y cielo a tu beldad!

Violante.

¡Si pudieras, ese día
fuera tuya de verdad!

Los Dos.

¡Pobrecillo musiquillo sin fortuna,
que no tiene en su cajón
otra plata que la plata de la luna

Él.

para darte serenata en tu balcón!

Ella.

para darme serenata en mi balcón!

Cesa la música.

Violante. Chico, chico, nos hemos remontado más de la cuenta; y eso no está bien entre maestro y discípula.

Cipriano. No estará bien, pero es inevitable; te veo, y me encaramo a las mismas nubes.

Violante. Pues ten cuidado al aterrizar. Oye.

Cipriano. Manda.

Violante. ¿De qué color están hoy mis ojos?

Cipriano. ¡Qué sé yo! En este instante no veo bien.

Violante. Fíjate.

Cipriano. Hoy me parece que están verdes.

Violante. ¿Es un chiste?

Cipriano. No; que es la verdad.

Violante. *Haciéndoselos ver de distintas maneras, ya entornándolos, ya cambiando de luz.* ¿Y ahora, cómo te parecen?

Cipriano. Ahora, azules.

Violante. ¿Y ahora?

Cipriano. ¡Más azules!

VIOLANTE. ¿Y ahora?

CIPRIANO. ¡Negros! ¡Como mi desesperación!

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja! *A un movimiento de él.* Quietecito.

CIPRIANO. Chica, es que tu perfume me atrae, me emborracha.

VIOLANTE. Pues date aire con mi pañuelo, que es el del perfume.

CIPRIANO. *Tomando el pañuelo y aspirando su olor con delicia.* ¡Ay, qué gusto! ¿Me regalas este pañuelo, Violante?

VIOLANTE. Quédatelo.

CIPRIANO. ¡Soy feliz!

VIOLANTE. Pero te advierto que cuando se regala un pañuelo, se riñe.

CIPRIANO. ¡Quiá!

VIOLANTE. ¡Ea!, pues dejémonos de bobadas y vamos a pasar el número que estreno esta noche. A eso he venido.

CIPRIANO. ¿Nada más?

VIOLANTE. Nada más. Ya sabes que soy clara. Anda al piano, mal músico.

CIPRIANO. ¿Mal músico? ¡No me lo dirás mucho tiempo! *Se sienta al piano, dispuesto a complacer a Violante.* «¿La espuma del *champagne*?».

VIOLANTE. La espuma del *champagne*.

CIPRIANO. Tengo fe en el éxito de este número porque lo cantas tú.

VIOLANTE. Muchas gracias. A la noche veremos.

Música

Los placeres más dulces de este mundo
como vienen se van;
son ilusión mentida, fuego fatuo,
espuma de *champagne*.

Aquel amor tan grande
que nunca iba a acabar,

fué llama del invierno,
espuma de *champagne*.

Aquella mi promesa
que a ti te hizo temblar,
fué gota de rocío,
espuma de *champagne*.

Aquel tu juramento
que me hizo a mí llorar
fué música del aire,
espuma de *champagne*.

Aquel divino sueño
de entrambos a la par,
fué bruma de los lagos,
espuma de *champagne*.

Aquel beso furtivo
que yo te di al marchar,
fué loca mariposa,
espuma de *champagne*.

Sólo el collar de perlas
que te obligué a comprar,
no ha sido, vida mía,
espuma de *champagne*.

Los placeres más dulces de este mundo
como vienen se van:
son ilusión mentida, fuego fatuo,
espuma de *champagne*.

Cesa la música.

Salen de improviso por la puerta de la derecha, aplaudiendo con gran entusiasmo, Rosamira, Noriega y Hornachuelos, cancionista sevillana ella, y ellos poetas del género, madrileño el uno y andaluz el otro.

ROSAMIRA. ¡Ole!, ¡ole!, ¡ole!

NORIEGA. ¡Bravo!, ¡bravo!

HORNACHUELOS. ¡Bravísimo!

ROSAMIRA. Nos hemos parao a escuchá detrás de la puerta.

CIPRIANO. ¿Ah, sí?

ROSAMIRA. ¡Hola, Violante!

VIOLANTE. ¡Hola, Rosamira!

HORNACHUELOS. Prinsesa…

NORIEGA. Reina…

ROSAMIRA. ¡Presioso número! Vais a tené un ésito. A vé cuándo me escribes a mí uno por el estilo, guasón.

NORIEGA. En cuanto yo le dé una letra.

CIPRIANO. Ya lo oyes. Rosamira.

HORNACHUELOS. Bueno, Violante, esta noche le tocarán a usté las parmas; pero arboroto, lo que se yama arboroto, er día que estrene usté un *cuplé* que le estoy yo escribiendo.

VIOLANTE. No me fío demasiado. ¿Cómo se titula?

HORNACHUELOS. *Cosquiyas en los pies.*

TODOS. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

CIPRIANO. ¡Qué barbaridad!

HORNACHUELOS. Hombre, no, no hay que escandalisarse, que es finito. Palabra de honó que es finito.

NORIEGA. Todavía hay clases, tú.

VIOLANTE. Ése es mejor que se lo brinde usted a la Guadarrama, que cultiva la especialidad. ¿Está abajo mi coche?

NORIEGA. Abajo está; sí.

ROSAMIRA. Y ¡qué coche, hija! ¡Qué cosa más presiosa!

VIOLANTE. ¿Te gusta?

ROSAMIRA. ¿Que si me gusta? Me gusta hasta er *chofé*, que por lo regulá no son mi tipo.

Risas generales.

VIOLANTE. Bueno, dejo a ustedes. Hasta luego.

ROSAMIRA. Adiós.

NORIEGA. Vaya usted con Dios.

HORNACHUELOS. ¡Si por ca vez que le disen a usté bonita me dieran a mí una perra gorda!…

VIOLANTE. *Volviéndose a él, ya en la puerta.* ¿Qué pasaba?

HORNACHUELOS. ¡Pos que en un año juntaba dinero pa compra a Europa… y dá a Nueva Yó de propina!

Nuevas risas de todos.

VIOLANTE. ¡Este andaluz!…

NORIEGA. Muy ocurrente, sí; pero el golpe es mío.

HORNACHUELOS. ¿Qué hablas?

NORIEGA. ¡Que se lo dije anoche a una modistilla en la Plaza Mayor, y tú lo oíste!

HORNACHUELOS. ¡Ahora va a resurtá que vivo de prestao!

VIOLANTE. ¡Bah, bah! ¡Salud!

Cipriano. Anda, que voy contigo hasta la puerta. *Se va por la de la derecha con Violante.*

Rosamira. ¿Habéis reparao en los solitarios que trae la *gachí*?

Noriega. ¡Dos adoquines!

Hornachuelos. ¡A mí me gustan más que las orejas!

Noriega. El que se va a quedar pa hacer solitarios es el que los paga: el americano.

Rosamira. Eya es muy capaz de dejarlo montao al aire.

Hornachuelos. Pero ¿ustés saben er dinero que tiene ese tío? ¡En vacas na más creo que junta diez o dose miyones de cuernos! ¡En vacas na más!

Vuelve Cipriano como una flecha y se asoma al balcón.

Noriega. ¿Adónde va éste?

Hornachuelos. A desirle adiós desde er barcón, sin que se dé cuenta er de las vacas.

Noriega. ¡Está como un chivo!

Hornachuelos. ¡Está que hase números!

Rosamira. Sólo que son números de música. Y eya quiere otras matemáticas.

Hornachuelos. Como que lo veo yo en mala pendiente. Pa arterná con Violante hase farta gastarse la luz, y este simple ha vendío ya tres o cuatro obras.

Noriega. ¡Qué memo!

Hornachuelos. Y además se ha afisionao ar tapete verde.

Rosamira. ¿Juega?

Hornachuelos. ¡Más que un gato chico!

Noriega. ¡Pues ya tié el entierro pagao!

Aparece en esto por la puerta de la derecha don José Pérez, viejecillo de traza vulgar.

Don José. Buenas tardes.

Rosamira. Buenas tardes.

HORNACHUELOS. Buenas tardes.

NORIEGA. Muy buenas.

DON JOSÉ. ¿Don Cipriano Veruela?

NORIEGA. Aquí es; sí, señor.

DON JOSÉ. *Después de observar alternativamente a los dos muchachos.* Pero no es ninguno de ustedes.

HORNACHUELOS. No, señó.

DON JOSÉ. *Viendo a Cipriano, que sale del balcón a punto.* ¡Ah! Usted es.

CIPRIANO. ¿Cómo? Buenas tardes.

DON JOSÉ. Buenas tardes. ¿Usted es don Cipriano Veruela?

CIPRIANO. Servidor.

DON JOSÉ. Mucho gusto. ¿Puedo hablar con usted un cuarto de hora, o llego en mal momento?

CIPRIANO. No, no, señor. Estos amigos son de confianza. Pasad ahí dentro, que tenéis compañía.

HORNACHUELOS. Sí, hombre; sí.

ROSAMIRA. Con permiso.

DON JOSÉ. Ustedes perdonen…

NORIEGA. No hay de qué, señor.

Se van los tres por la puerta del foro, interpretando cada cual a su gusto la visita.

ROSAMIRA. Paese un empresario de la Habana.

NORIEGA. Pues yo creo que es el de las cédulas.

HORNACHUELOS. ¡Si no es er der padrón de los perros!

CIPRIANO. *Una vez que está solo con el recién llegado.* Siéntese usted.

DON JOSÉ. Mil gracias.

CIPRIANO. Deje usted el sombrero.

Se lo quita de la mano para ponerlo sobre un mueble, pero don José lo trae sujeto por el cordoncillo a un botón de la americana y se va tras él.

Don José. Aguarde usted un poco. Tengo siempre esta precaución…

Cipriano. ¡Ah!, sí; por el aire. ¿Hace aire?

Don José. Hoy, no; pero como en Madrid cambia tanto el tiempo…

Se suelta el cordón y le da el sombrero a Cipriano, el cual lo pone en una silla.

Cipriano. Sentémonos.

Don José. Sentémonos. Sin necesidad de presentación, lo hubiera conocido a usted en cualquier parte. No niega usted la casta.

Cipriano. ¿Qué casta?

Don José. Vamos despacito.

Cipriano. Mucho me mira usted.

Don José. Todo es poco. La nariz; la nariz es igual.

Cipriano. No comprendo…

Don José. Vamos despacito.

Cipriano. Me está usted poniendo en cuidado.

Don José. Ciertas noticias no pueden ni deben darse de sopetón. Ni pueden ni deben. Calma.

Cipriano. Tengamos calma.

Don José. Prepárese usted para recibir una impresión muy fuerte.

Cipriano. ¡Canario!

Don José. Muy fuerte. Prepárese usted.

Cipriano. Ya lo estoy, señor mío. La verdad, ¡ni que fuera usted a anunciarme una herencia!

Don José. De eso se trata justamente, pollo.

Cipriano. *Asombrado.* ¿De una herencia?

Don José. De una herencia cuantiosa.

A la silla en que está sentado Cipriano le da un calambre, se le salen dos palos y una pata, y Cipriano está a punto de caerse.

Cipriano. ¡Canario!

Don José. ¿Eh? ¿Qué ha sido eso?

Cipriano. ¡Esta silla! ¡Esta dichosa silla, que me da unos sustos!… ¡Tengo que decir que la quemen!

Don José. Con que la encolen basta.

Cipriano. *Sentándose en otra, impaciente, desasosegado.* Siga usted, siga usted, caballero.

Don José. Calma.

Cipriano. Procuraré tenerla.

Don José. Ya le previne a usted que iba a sufrir una impresión muy fuerte.

Cipriano. ¡No lo sabe usted bien! ¡Y en qué momento de mi vida!

Don José. Yo supongo que para recibir una herencia no hay momento malo.

Cipriano. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Quiere usted seguir?

Don José. Ya sigo. Su padre de usted, que santa gloria haya, tuvo un hermano menor que él, con quien siempre anduvo a la greña.

Cipriano. Sí, señor; sí. El tío Quintín se le llamaba en casa. Yo no lo conocí. Salió de España antes de nacer yo, y nunca volvimos a tener noticia suya. Sé por referencias de mi padre que era un tipo raro.

Don José. Lo era: bastante raro. Lo he padecido en sus últimos tiempos.

Cipriano. ¿Ha muerto, quizás?

Don José. Ha muerto, afortu… desgraciá… No sé si decir afortunada o desgraciadamente para usted.

Cipriano. *Fingiendo embarazo.* Lo comprendo, sí… Su situación de usted es delicadísima… La mía lo es también… Afortu… desgraciá… Vamos a prescindir del adverbio. Ha muerto.

Don José. Ha muerto. En dos palabras, para concluir. Su tío de usted, don Quintín Veruela y Mañoso, de quien usted ni tan siquiera se acordaba, ha muerto en Suiza cargado de millones y lo nombra a usted su único heredero.

Uno de los cuadros colgados en la pared viene al suelo con gran estrépito, dándoles el susto consiguiente.

Cipriano. ¡Canario!

Don José. ¡Pero, hombre! Pero ¿qué pasa aquí?

Cipriano. ¡Qué sé yo! ¡Los muebles, que no están acostumbrados a ciertas cosas! *Recoge y arrima a un rincón el cuadro caído.*

Mariquita Peón aparece presurosa por la puerta del foro.

Mariquita. ¿Zucede argo?

Cipriano. No, nada, Mariquita; nada.

Mariquita. ¡Oímos un porrazo tan grande!…

Cipriano. Pues no ha sido nada. Déjanos.

Mariquita. Zí, zí… *Se retira, llenos los ojos de curiosidad.*

Cipriano. *Turbado, nervioso y afectando una aflicción que no siente.* Caballero, yo estoy… usted comprenderá cómo estoy yo… A punto de caerme, como la silla y como el cuadro. ¡Pobre tío Quintín! ¡Sin conocerme ni de vista, pensó en mí al morirse! ¡Se merece la gloria!, ¡la gloria!

Don José. Amén. Y ahora le voy a leer a usted la carta que contiene su última voluntad. *Saca la carta de entre varios papeles que trae muy guardados y se dispone a leerla.* Dice así. *Mirando con recelo al techo.* ¿Esta lámpara está segura?

Cipriano. Sí; no hay cuidado ninguno. Es decir, no sé…

Don José. Por si acaso. *Se aleja de ella.* Dice así la carta. *Lee.* «Sobrino, sobrino, sobrino, sobrino, sobrino, sobrino, sobrino… Como no te lo he llamado nunca, ahora quiero hartarme de este nombre». Era un humorista. El tío Quintín era un humorista: ya lo irá usted notando. *Continúa la lectura.* «A punto casi de cerrar para siempre el ojo, veo claro el tremendo error de mi vida». Al cerrar el ojo, ve claro. Un humorista. «Mi vida ha consistido en una resta y una suma: resta de satisfacciones; suma de dinero. He vivido como un avaro, aunque sea muy dura la palabra. ¡Error profundo! No disfruté de mi juventud, por ahorrar; me casé joven, por ahorrar; no tuve hijos, por ahorrar; enviudé, por ahorrar, y aún veo que me muero de una enfermedad corta, por ahorrar». Hay aquí una mezcla de burla y de lágrimas,

¿no?… Verdadero humorismo. «El capital que he reunido a costa de tanto y tan continuado ahorro, asciende a quince millones de francos bien contados, que van a pasar a tus manos íntegramente…». *Suena con gran ruido un piano, como si lo probaran.* ¡Porra! ¿Ha sonado el piano sin que nadie lo toque?

CIPRIANO. No, señor, no; es otro que hay ahí dentro.

DON JOSÉ. ¡Ya decía yo! ¡Pero no se gana para sustos en esta casita!

CIPRIANO. ¿Qué más, qué más?

DON JOSÉ. «He vivido pobre y muero rico. Procura tú vivir rico y no morir pobre». *Tocándose la frente.* Tenía, tenía de aquí. *Rectificando.* De allí. «Alguna vez se me ocurrió dejar dos tercios de mi fortuna para fundaciones humanitarias, religiosas y culturales; ¡pero siempre se me encogía el ánimo!». Como que era así. *Dice cerrando el puño.* Así. Y mire usted que yo no soy largo. En fin, ya ha visto usted el detalle del cordoncito del sombrero. Además, yo me hago las botas. Pero él me ganaba. Era así. «Ya sabes mi deseo. Allá tú… No quiero pensar a última hora en el futuro destino de mis queridos *pápiros,* como aprendí en Cádiz a llamarles a los billetes, cuando me embarqué la primera vez para Filipinas. Esta carta irá a tus manos de las muy honradas de mi leal amigo don José Pérez, a quien también le dejo un pico». Humorismo puro. Me deja cuatro perras gordas, ahora que no nos oye. «Es hombre fiel y de experiencia. Puede servirte mucho. ¡Adiós, mi sobrino! ¡Adiós, mi amigo, portador de mi voluntad! ¡Adiós, mi vida! ¡Adiós, mi dinero! Quintín Veruela». *Gimoteando.* ¡Me ha conmovido este final!

CIPRIANO. *Lo mismo.* ¡A mí toda la carta! ¡Dios le pague a mi tío el bien que me hace! *Se empieza a pasear como loco.*

DON JOSÉ. Calma, joven; calma.

CIPRIANO. ¡Ya no puedo tenerla, don Ginés!

DON JOSÉ. Don José.

CIPRIANO. Don José. Entendí don Ginés.

DON JOSÉ. Pues soy don José. José Pérez Durand. Mi madre era francesa.

CIPRIANO. ¡Bendita sea su madre de usted!

Don José. Gracias. Ahora es mi deber dejarlo a usted paladear a solas sus impresiones. Mañana a estas horas vendré con un notario para hacerle entrega legal de la breva… ¡de la higuera que le ha caído! No es una breva sola.

Cipriano. ¡Gómez!

Don José. Pérez.

Cipriano. ¡Un abrazo!

Don José. Y mil. *Lo abraza.* Hasta mañana.

Cipriano. Hasta mañana. El sombrero. *Se lo da.* ¿Necesitaré decirle a usted que he tenido muchísimo gusto en conocerlo, que ya sabe su casa, etc., etc.?

Don José. ¡Je!

Cipriano. Por aquí.

Se va por la puerta de la derecha, acompañando a don José.

En seguida salen por la del foro Rosamira, Agustín, Noriega y Hornachuelos, borrachos de alegría, gritando y saltando, como si hubieran heredado ellos y no su amigo. Poco después sale Mariquita Peón, triste y silenciosa, y se sienta en un rincón devorando sus lágrimas.

Rosamira. ¡Vaya un hombre con suerte!

Noriega. ¡Qué animal!

Agustín. ¡Qué bruto!

Hornachuelos. ¡Quinse miyones de pesetas!

Rosamira. ¡Dos gordos de Pascua!

Agustín. ¡Qué ladrón!

Hornachuelos. ¡Qué bestia!

Noriega. ¡Qué canalla!

Rosamira. ¡Er sablaso que yo le vi a dá!

Mariquita. ¡Ahora zí que me despido yo de este hombre!

Agustín. ¡Aquí viene! ¡Música!, ¡música!

Se sube en una silla y empieza como a dirigir una orquesta, tarareando la «Fantasía» de Violante. Rosamira y Noriega bailan a su compás.

Hornachuelos se da a tirar libros y papeles por el aire.

NORIEGA. ¡Viva Cipriano!

ROSAMIRA. ¡Viva!

HORNACHUELOS. ¡Salú pa resarle a su tío! ¡Abajo lo ersistente!

Inopinadamente vuelve con Cipriano don José, que sorprende el cuadro, paralizando todo movimiento y acallando las voces. Cipriano echa centellas por los ojos.

DON JOSÉ. ¿Eh? ¿Qué es esto?

CIPRIANO. La funda de las gafas, ¿verdad?

DON JOSÉ. Sí, sí: la funda de las gafas.

CIPRIANO. Aquí la tiene usted.

DON JOSÉ. Gracias, joven. Lo que siento es haber turbado… los funerales por el tío Quintín. *Nadie rechista.* ¡Humorismo!

CIPRIANO. *Furioso.* ¡Poca educación!

DON JOSÉ. *Advirtiendo al irse la presencia de Mariquita.* Y a esta señorita, ¿qué le ocurre? ¿Está llorando?

MARIQUITA. Zí, zeñó; zí yoro.

DON JOSÉ. ¡No será por el tío Quintín!

MARIQUITA. Zí, zeñó; que yoro por zu muerte.

DON JOSÉ. ¿Usted lo conocía?

MARIQUITA. No; pero motivos tengo pa yorarlo.

DON JOSÉ. Bien, bien… Vaya, señores, ya no estorbo más. ¡Que siga el duelo!

Vase. Cipriano va con él.

HORNACHUELOS. ¡Nos lusimos!

ROSAMIRA. ¡Nos cogimos los déos con la puerta!

NORIEGA. ¡Después de todo, nosotros no somos parientes del cadáver!

AGUSTÍN. ¡Y la alegría es irreflexiva!

Reaparece Cipriano en la puerta, ahora solo. Grito de júbilo.

TODOS. ¡Oooooh!

Cipriano. *Por si por obra del diablo lo oye don José.* ¡Silencio! ¿Qué alarido es ése? ¿Habéis perdido la dignidad? Esta herencia que me ha caído del cielo, me trae una gran alegría, una alegría imponderable; pero me trae también una inmensa emoción. Acepto, pues, un abrazo de cada uno, siempre que corresponda a estos sentimientos.

Noriega. ¡Muy bien hablao!

Cipriano los va abrazando a todos, sucesivamente, sin palabras. Ellos, a espaldas de él, se ríen. Cuando llega a Mariquita Peón, como si se contagiara de su pena, saca un pañuelo para llevárselo a los ojos. Es el de Violante. El perfume le aviva su recuerdo, lo aspira entonces con infinito deleite, y mira sin querer el retrato de ella. Durante esta muda escena vibra en el aire la música de la «Fantasía» de marras. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Merendero semicircular, formado por poyetes y pretiles con azulejos, en una venta sevillana, nueva, pero ya famosa y de ruido. Fonda de jardín. Salidas por el foro y por ambos lados. Una mesa y tres sillas.

Es de noche; pero con la luz de la luna y la del merendero parece de día.

Don Juan Lebrija, viejo que se conserva bien, escucha, sentado a la mesa, una copla cantada a la guitarra por la «Rubia», hacia la izquierda del actor, en un merendero inmediato. La complacencia le sale a los ojos.

LA RUBIA. *Dentro.*

Yo te digo mi verdá:
si Seviya juera mía,
yo te daba la mita.

¡Oles! y el jaleo consiguiente.

LEBRIJA. Es la *Rubia*. Apuesto doble contra sensiyo a que es la *Rubia*. ¡Ay, los años, los años, cómo lo van retirando a uno a poquito a poco!

LA RUBIA. *Dentro.*

Yo nunca a la ley farté,
que te tengo tan presente
como la primera vé.

Se repite el jaleo y cesa la guitarra.

LEBRIJA. ¡Vaya si es la *Rubia*! Son sus coplas. Dos minutos no tardo yo en asomá las narises ar merendero de ahí ar lao.

Por la derecha llega Balita, camarero, que le trae media botella de jerez y le sirve una copa.

BALITA. Si no me han yamao siete veses por er camino, no me han yamao ninguna.

LEBRIJA. Oye, Balita: ¿es la *Rubia* la que canta ahí?

BALITA. La *Rubia,* ¡El ama der *cante*! Y ahora va a vení la *Niña e los Chícharos.*

LEBRIJA. Que es la que está de moda.

BALITA. Sí, señó; pero con justisia. Tiene un canario en la garganta.

LEBRIJA. Mia tú por dónde he caío esta noche en la Venta con suerte. ¡Oí cantá es lo que más me gusta a mí en er mundo! Y ¿quién es er *pagano,* Balita?

BALITA. Un señorito de Madrí que debe de tené los *papiros* por kilos. Esta noche ha preparao aquí una juerga, de esas que se amañan pa los *turistas,* que va a dejá memoria. Miste que en esta Seviya y en esta época de feria, ha visto uno tirá dinero a mucha gente: pos yo le digo a usté que este señorito pone er mingo.

LEBRIJA. ¿Tú no lo conoses?

BALITA. No, señó. Yo hasta esta feria no lo he visto en Seviya. Sí me he enterao de que es ahora el amigo de Violante, esa artista tan sélebre.

LEBRIJA. ¡No me digas más! ¿Por kilos le carculas tú los biyetes? ¡Por arrobas los nesesita!

BALITA. Ahí está con é. Vinieron hase una hora de la ópera. Han convidao a la primera tiple; a la fransesa. La están esperando. Toas las tardes van a los toros, naturarmente: tienen abono en las dos plasas; y toas las tardes le brindan a la niña un toro, ¡y tenía usté que vé los regalos a los mataores! ¡Un capitá ca uno! ¡Y dos automóviles que quitan la cabesa; y un tren inglés pa las carreras e cabayos; y un coche a la andalusa pa la feria; y una casa que le ha comprao a la oriya der río; y unas alhajas que yeva ensima la *gachí,* que traen en Seviya escandalisás a toas las mujeres! ¡Un disparate! ¡Una película!

LEBRIJA. ¡Pos dichoso é que lo tiene y que lo emplea a gusto! ¡Que Dios le conserve el estómago! Er dinero se ha hecho pa rodá… y er que rueda yega a muchas manos, que es lo que debe sé.

BALITA. Y usté *chanela* de eso, ¿no es verdá?

LEBRIJA. Sí; no hablo de memoria. Lo que yo he tenío, que no ha sío poco, bien lo he desperdigao. Dos vuertas largas le he dao ar mundo, pa conosé a las mujeres de toas las tierras y bebé er vino de tos los países. ¡Otros viajan pa vé las catedrales y las ruinas! ¡Ayá eyos! Y ¿qué tar va esta Venta, Balita?

BALITA. Como los ángeles. Pa un año que yeva de vida no pué quejarse el amo. Tiene mucho alisiente. Er sitio, éstos jardines, un cosinero que es un sabio…

VOZ. *Dentro.* ¡Balita!

BALITA. ¡Voy! Con permiso, don Juan.

Echa a correr hacia la izquierda, a tiempo que sale don José Pérez, nuestro amigo, que lo detiene unos instantes. Viene muy excitado.

DON JOSÉ. Oiga usted, Langostino.

BALITA. Balita. Langostino es el otro. ¿Qué se le ofrese?

DON JOSÉ. Vamos a ver: esa reunión del cuartito árabe…

BALITA. ¡Ah!, sí: son unos pintores amigos de don Sipriano.

DON JOSÉ. ¿Unos pintores? ¿Y las mujeres que están con ellos?

BALITA. ¡Serán las modelos, señó!

DON JOSÉ. Y ¿cenan por su cuenta? ¡Porque están tirando de largo!

BALITA. Don Sipriano me ha dicho que no les cobre un séntimo; que eso es cosa suya.

DON JOSÉ. ¿Cosa suya? Pero ¿a santo de qué?

BALITA. A mí no me importa saberlo, cabayero.

DON JOSÉ. ¿Y los dos periodistas y el fotógrafo que copeaban ahora en el mostrador?

BALITA. También son cosa de Don Sipriano.

DON JOSÉ. ¡Caray con las cosas de don Cipriano!

VOZ. *Dentro, como antes.* ¡Balita!

BALITA. ¡Ayá va!

DON JOSÉ. Un momento.

BALITA. Ande usté, que me yaman.

DON JOSÉ. Perdóneme usted la curiosidad. He observado que siempre que destapa usted una botella, se guarda el corcho. ¿Qué objeto tiene eso?

BALITA. ¡Que jueguen los chiquiyos en casa! ¡Nos ha matao! *Se va corriendo por la izquierda.*

DON JOSÉ. ¡Bah! Negocio tenemos. Aquí, cuando no conviene decir alguna cosa, ¡una cuchufleta! ¡El país de la gracia! *Gesticula y manotea de puro nervioso que está.* ¡Ay, ay, ay! ¡En mal hora se me ocurrió venir a la tierra del rumbo! ¡Esta temporada precipita mi muerte! *Reparando de pronto en Lebrija.* ¿Eh? Dispense, caballero; creí que estaba solo.

LEBRIJA. No hay de qué. ¿Usted gusta de acompañarme?

DON JOSÉ. Gracias; que aproveche. No bebo vino.

LEBRIJA. Pero… pero ¿qué estoy mirando? ¡Quintín!

DON JOSÉ. ¡Silencio!

LEBRIJA. ¿Qué?

DON JOSÉ. *Reconociéndolo.* ¡Lebrija!

LEBRIJA. ¡Quintín!

DON JOSÉ. ¡Calla!

LEBRIJA. Pero ¿no eres Quintín Veruela?

DON JOSÉ. ¡No!

LEBRIJA. ¿Cómo que no?

DON JOSÉ. *Misteriosamente.* Quintín Veruela ha muerto: yo soy José Pérez nada más.

LEBRIJA. ¿José Pérez?

DON JOSÉ. José Pérez.

LEBRIJA. Ya me esplicarás la confirmasión.

DON JOSÉ. Ya te la explicaré. ¡Dame un abrazo, Juan Lebrija!

LEBRIJA. ¡Y siento! ¡Qué casualidá habernos encontrao! ¡Ar cabo de los años, Quintín!

DON JOSÉ. ¡Calla, hombre!

LEBRIJA. Dispensa, *José*. Tengo que acostumbrarme.

DON JOSÉ. ¡Yo celebro más que nadie este encuentro! ¡Poder hablar de lo que me pasa con un amigo íntimo!

LEBRIJA. Pero ¿qué te pasa? ¡Te he visto antes poco menos que dando cabriolas!…

DON JOSÉ. ¡Como que me he creado yo mismo, por imbécil, la situación más horrible que se puede crear ningún hombre!

LEBRIJA. ¡Caray! Siéntate y desahoga. Vamos a bebernos esta media boteyita de *Tío Pepe* mano a mano.

DON JOSÉ. Te lo agradezco, chico; pero se me volvería ácido fénico. Bébetela tú solo. Acepto la silla nada más. *Se sienta.*

LEBRIJA. Bueno, bueno. Mientras no sepa qué te ocurre…

DON JOSÉ. Ya verás canela.

Donde cantó anteriormente la «Rubia», «Filigranas», notable tocador, vuelve a hacer de las suyas en la guitarra.

LEBRIJA. ¿Quién toca?

DON JOSÉ. ¡Yo qué sé!

LEBRIJA. Pero ¿tú no estás ahí en esa juerga de la *cupletista*?

DON JOSÉ. ¡Qué sé yo dónde estoy!

LEBRIJA. Será *Filigranas.* Sí, sí; es *Filigranas*, de seguro.

DON JOSÉ. Así me parece que lo nombran. ¡Por cierto que se da un pisto el tal *Filigranas!…* ¡Yo no sé las influencias que ha habido que buscar para traerlo! Oye, y ¿es muy caro?

LEBRIJA. Hoy día es er más caro.

DON JOSÉ. ¡Lo esperaba!

LEBRIJA. Pero a úrtima hora, con sien pesetas que se le den se va tan contento.

DON JOSÉ. ¡Bah! ¡Cien pesetas! ¡Una porquería! ¡El sueldo de un padre de familia, nada más!

LEBRIJA. Eso sí: ¡se bebe dosientas!

DON JOSÉ. Total: trescientas pesetas, sólo en *Filigranas.* ¡Turismo! *Hace involuntariamente un mohín extraño.*

LEBRIJA. ¿Qué es eso?

DON JOSÉ. Un mal nervioso que padecí de chico, y me ha vuelto esta noche. ¡Si estaré pasando la escarlatina!

LEBRIJA. Cuenta, cuenta ya. ¿Has jugao quisás con desgrasia?

DON JOSÉ. ¿Jugar yo? Pero ¿tú te has olvidado de quién soy? ¡Yo sigo jugando nada más que al julepe! Y eso, con garbanzos.

LEBRIJA. ¡Ja, ja, ja!

Deja de oírse la guitarra.

DON JOSÉ. Algo peor es lo que me sucede. Oye. Tú sabes bien la importancia de mi fortuna.

LEBRIJA. Sí.

DON JOSÉ. Tú sabes que yo no he vivido más que para juntar ese dinero.

LEBRIJA. Sí.

DON JOSÉ. Tú sabes que para sacarme a mí una peseta hacía falta la Guardia civil.

LEBRIJA. ¡Y no te sacaba más que noventa séntimos!

DON JOSÉ. Tú sabes que yo fingía unos ataques epilépticos, para disolver las reuniones y no pagar nunca.

LEBRIJA. ¡Como que casi siempre pagaba yo!

DON JOSÉ. Pues bien: a los sesenta años, con más de quince millones de pesetas reunidos…

LEBRIJA. ¡Qué animal!

Don José. Eso de animal déjalo para luego. A los sesenta años, viudo ya, sin hijos, solo en mi casa con mis millones, me entró esta horrible comezón: ¿qué va a ser de mis *papiros* cuando yo cierre el ojo?

Lebrija. ¡Sí que es pa perdé er sueño, Quintín!

Don José. ¡José!

Lebrija. *José*.

Don José. Y con la comezón, vino a mí esta idea: yo no cierro el ojo sin ver eso.

Lebrija. Pero ¿cómo vas tú a vé, sin morirte, lo que va a sé de tu dinero cuando te mueras tú?

Don José. Muy sencillo, querido Lebrija: simulando mi muerte.

Lebrija. ¡Ah!

Don José. ¿No vió su entierro Carlos Quinto?

Lebrija. Eso sí.

Don José. ¿No lo vió también Don Juan Tenorio?

Lebrija. Don Juan ya estaba muerto.

Don José. ¡Y yo estoy más muerto que vivo! En resumidas cuentas: a mí me acometían durante la noche siniestras pesadillas; dos minutos que cogiese el sueño, los *pápiros*, en forma de monstruos, caían sobre mi cuerpo y lo devoraban; el insomnio empezó a minar mi salud; temí volverme loco; temí también condenarme a mi muerte. Consulté con un cartujo amigo mío, el padre Ciriaco, y el resultado de todo ello fué esta resolución extravagante de darme por muerto.

Lebrija. Sigue, sigue, que tiene grasia.

Don José. Mi heredero forzoso era ese señorito tan… tan espléndido que está ahí al lado.

Lebrija. ¿Quién?

Don José. ¡Ése de la juerga!

Lebrija. ¿El amigo de Violante?

Don José. ¡Ése!

Lebrija. ¡Asúca!

Don José. Y, ¡claro es!, yo no le quería dejar mis millones sin saber qué rumbo iba a darles.

Lebrija. ¡Ya!

Don José. Así, pues, decidí morirme… por un año. Que el chico empleaba durante ese tiempo bien la herencia: suyo era todo mi capital; que hacía de ella mal uso: al año justo resucitaba yo, y lo dejaba en cueros. Con lo único que no conté fué con una cosa.

Lebrija. Sí: con que te ibas a morí de verdá en el año de prueba si despirfarraba er sobrinito.

Don José. ¡Tate! Eres un psicólogo.

Lebrija. Un sicólogo… que te ha convidao muchas veses.

Don José. Pues ésa es mi tragedia: que me ha resultado un manirroto; que en cinco meses ha despabilado ya cerca de cien mil duros… ¡y que yo no quiero resucitar antes del año!

Lebrija. ¡Eso os lo que yo no consibo!

Don José. Suspirando amargamente. ¡Ay!… Escucha hasta el final. El padre Ciriaco, que ve largo, muy largo, aplaudió que yo pusiera a cala y cata a mi sobrino, considerando además lo que sucediese como una expiación de mi avaricia; me exigió un año de tortura, viendo yo, sin protesta, gastar mi dinero; y me hizo jurar que si me volvía atrás antes del año, la mitad de mi fortuna sería para los frailes. ¡Y la verdad, chico, siete millones de pesetas a los frailes, por no esperar ya otra temporada!…

Lebrija. ¡Ja, ja, ja!

Don José. ¡Aguanto el año, aunque pierda el pelo!

Lebrija. ¿Ér pelo? ¡Vas a perdé hasta las narises!

Se oye de nuevo la guitarra de «Filigranas».

Don José. No lo digas en broma. Mi sobrino se fué a París con esa mujer, y a mí me faltó valor para seguirlos: a Sevilla he querido venir, y ¡nunca en la vida lo hubiera hecho! ¡No es lo mismo saber que te han gastado treinta mil duros, que verlos tú gastar! *Vuelve al mohín nervioso.* Aquí no tengo más que una satisfacción.

Lebrija. ¿Cuál?

Don José. Que me pagan la fonda.

Lebrija. ¡Pero si te la pagan con tu dinero!

Don José. ¡Pues es, con todo, una satisfacción! ¡Humorismo!

Lebrija. ¡Hay pa matarte!

Don José. Espera seis meses. ¡Ay!… No sé lo que hago. *Se bebe la copa de Lebrija*.

Lebrija. ¡Beberte mi copa!

La «Rubia», estimulada por el guitarrista, canta otro par de «soleares».

La Rubia. *Dentro.*

Anda a un rico que te dé,
y si el rico no te da,
ven a mí, yo te daré.

Lebrija. ¡Ole! ¡Viva la *Rubia*!

La Rubia.

A este chiquiyo lo quiero,
que se yeva de su gusto,
no se yeva der dinero.

Cesan la guitarra y el canto.

Lebrija. ¡Es mucha *Rubia* ésa!

Don José. ¡Chitón, que viene mi sobrino! ¡Por Dios, Juan, que no trasluzca nada!

Lebrija. Duerme tranquilo.

Don José. ¡Eso quisiera yo!

Sale Cipriano por la izquierda, de smoking. *También está muy excitado, aunque de otra manera y por diferentes causas que tío.*

Cipriano. ¡Pero, hombre! Pero ¿está usted aquí? Yo decía: ¿dónde se habrá metido don José?

Don José. Encontré aquí a este amigo… Ven acá; voy a presentarte… Don Juan Lebrija, camarada de mis verdes años…

Cipriano. Celebro conocerlo.

Lebrija. Iguarmente.

Don José. Íntimo amigo, por cierto, de tu tío Quintín.

Cipriano. ¡Caramba!

Lebrija. ¿De modo que este joven es el heredero?

Cipriano. Para servir a usted: Cipriano Veruela…

Lebrija. ¡Que sea muy enhorabuena, mi amigo! ¡Vaya suerte!, ¿eh?

Cipriano. ¡Única! ¡Yo no sé cómo bendecir a mi tío Quintín! ¡Mire usted que sin conocerme!…

Don José. ¡Como que si te hubiera conocido no te deja una perra!

Lebrija. ¡Seguro! Le arvierto a usté que yo estoy gosando desde que sé esto.

Cipriano. ¿Sí?

Lebrija. ¡Con lo que era Quintín, si viera desde el otro mundo cómo se está usté jorgando con sus miyones!…

Don José. ¡Je! *Mohín nervioso.*

Cipriano. ¡Pobrecillo! La verdad es que es una desgracia pasarlo tan miserablemente como él lo pasó para que luego lo disfrutemos los demás. Porque hay que ver la vida de mi tío: ni una comodidad en su casa, ni un mal capricho satisfecho, ni un viaje de placer, ni una amiguita a quien regalar, ni una copa bebida a tiempo, ¡ni nada, en fin, dulce y sabroso!…

Lebrija. ¡Horrible! En cambio, usté…

Cipriano. En cambio, yo… ¡viva la Pepa!

Don José. ¡Je!… ¡Si no fuera más que la Pepa!

Cipriano. Es desgracia, es desgracia…

Lebrija. ¿Qué? ¿Lo der tío? No, señó, no; no es desgrasia: hay que hablá más claro: es estupidez.

Cipriano. No diría yo tanto como eso.

Lebrija. Yo, sí.

Don José. Y yo.

Lebrija. Quintín fué un avaro; pero un avaro bufo; de opereta.

Don José. De sainete: *El sopista Mendrugo.*

Cipriano. Mire usted; si vamos a hablar sin ambages, el pobre de mi tío no fué ni más acá ni más allá que lo que se llama en Madrid un *primo alumbrao.*

Lebrija. ¡Justo!

Don José. ¡Primo y medio! Y ya ves tú que yo era de su cuerda. ¡Pues estoy convencido!

Asoman por la izquierda con Hornachuelos, que también viste smoking, *Petra y Concha, palomas volanderas, una de Chipiona y otra de Málaga. Durante su permanencia en escena pasan rápidamente por el foro, en sentido contrario, Langostino y Balita, con sendos servicios. Don José quiere estar en todas partes y olería todo.*

Hornachuelos. Escucha, Sipriano.

Cipriano. ¿Qué hay?

Hornachuelos. Un pequeño conflicto. Mis amigas Conchita y Petra…

Cipriano. Sí; ya las conozco.

Hablan bajo animadamente.

Don José. *A Lebrija.* ¿Sabes quién es ese del conflicto pequeño?

Lebrija. No.

Don José. Pues es uno de los dos secretarios que gasta Ciprianito. ¡Porque viaja con dos secretarios! ¡Y se hacía él mismo la cama hace unos meses!

Lebrija. ¡Ja, ja, ja!

Cipriano. ¡Nada, no veo el conflicto!

Concha. Sí, señó: porque Bartolomé quedó conmigo en mandarme el *auto* antes de la una; y son las dos y media y el *auto* no viene.

Petra. Y tiene que yevarme a mi casa.

Concha. Porque ésta nesesita está en su casa antes que vuerva Paco.

PETRA. Y Paco vuerve de Jerez esta madrugá, con la fresca.

HORNACHUELOS. De ahí er conflicto.

CIPRIANO. De ahí que yo diga que no lo veo. ¿Tienen más que llevarse mi coche?

DON JOSÉ. *Al amigo.* ¡Su coche!

CONCHA. Muchísimas grasias; pero lo malo es una cosa.

CIPRIANO. ¿Qué cosa?

HORNACHUELOS. ¡La jumera que ha tomao tu *chofé*!

CIPRIANO. ¿Ah, sí? ¡Pues también lo arreglamos! ¡Que las lleve otro!

HORNACHUELOS. ¿Habrá arguno dispuesto?

CONCHA. ¡Digo! ¡Er de Perico Maturana, que está en la Venta!

PETRA. ¡O er de Gonsalo Mesa, que también está ahí!

CIPRIANO. Pues ese mismo; que las lleve ese mismo. Deja a cada una en su casa, vuelve con el coche, le das cinco duros, y en paz.

DON JOSÉ. *Imitando irónicamente el ademán de Cipriano.* ¡Eso es! ¡A duro el kilómetro en coche propio! ¡Con oro nada hay que falle!

PETRA. ¡Ay, pos tantas grasias!

CONCHA. Tantas grasias.

CIPRIANO. No hay de qué darlas, niñas.

HORNACHUELOS. Vamos ya sin perdé minuto.

CIPRIANO. ¿Tú las acompañas?

HORNACHUELOS. Sí, yo voy con eyas.

CIPRIANO. Mejor es.

CONCHA. ¡Ahí tienes tú un hombre flamenco!

Se retira complacidísimo el grupo del conflicto.

CIPRIANO. Bueno, señor don Juan, ¿por qué no se viene usted allí con nosotros?

LEBRIJA. ¿Yo? ¡Ya lo creo!

DON JOSÉ. Pero ¿hasta qué hora vamos a estar aquí?

CIPRIANO. ¿Le gusta a usted el *cante* flamenco y la guitarra?

LEBRIJA. Con delirio, poyo.

CIPRIANO. Pues no hay más que hablar. Oiremos a la *Niña de los Chícharos,* le presentaré a usted a Violante y nos beberemos unas copas a la memoria del tío Quintín.

LEBRIJA. ¡Soberbio programa!

CIPRIANO. Ande usted, don José.

DON JOSÉ. *Agitando la media botella.* Aquí queda vino todavía.

CIPRIANO. ¡Déjeselo usted al camarero!

DON JOSÉ. ¿Al camarero? ¡Con los corchos tiene bastante!

Llega Balita por la derecha y los detiene.

BALITA. Don Sipriano.

CIPRIANO. ¿Qué ocurre?

BALITA. Ahí está ya er maestro Montiya con su gente. ¿Pasan?

CIPRIANO. Desde luego.

BALITA. ¿Se les da una copa antes de entrá?

CIPRIANO. ¡Sí, hombre, sí: que tomen lo que quieran!

BALITA. ¿Y a los cocheros, los convido?

CIPRIANO. ¡Que tomen lo que quieran!

BALITA. Según eso, así que yeguen la *Niña e los Chícharos* y los demás…

CIPRIANO. ¡Que tomen lo que quieran!

BALITA. ¿Aviso cuando pase el ensierro?

CIPRIANO. ¿Van los toros sueltos o encajonaos?

BALITA. Encajonaos.

CIPRIANO. Entonces no avises.

DON JOSÉ. *Sin poder contenerse.* ¡Pero que tomen los toros lo que quieran!

CIPRIANO. ¿Qué?

DON JOSÉ. Nada. ¡Vente, Lebrija, o resucito!

LEBRIJA. Lo comprendo, sí.

Don José. Para allá vamos, Cipriano.

Coge la media botella de «Tío Pepe» y se va por la izquierda con Lebrija.

Cipriano. ¡Si yo voy también!

Balita. Con permiso; un istante.

Cipriano. ¿Qué quieres?

Balita. Usté disimule. Ese cabayero, ¿es su arministradó de usté?

Cipriano. ¡No, hombre!

Balita. Eso me ha dicho.

Cipriano. ¡Ca!

Balita. Ya yo me malisiaba… ¿De manera que yo no tengo que obedesé más que a usté?

Cipriano. ¡Absolutamente!

Balita. Pos le prevengo a usté que ese señó no nos deja pará a los camareros.

Cipriano. ¿Cómo?

Balita. Que nos asecha en er camino a vé lo que yevamos, y nos quiere quita boteyas, y nos discute hasta una caja e fósforos.

Cipriano. ¡Ja, ja, ja! Pues no le hagáis caso ninguno.

Balita. Me alegro de que usté me lo diga. *Vase por la izquierda.*

Cipriano. ¡Qué gracia tiene don José! ¡Le duele cada billete de mi tío que me gasto, como si fuera suyo! ¡Eso es un amigo! *Respirando a sus anchas.* ¡Ay!… ¡Estoy que salto de alegría; de felicidad!… ¡Temo despertar, si es que sueño!

Por la izquierda sale Violante, en un estado análogo al de nuestro héroe. Trae a la cabeza una rica peina y unas flores, y viste lujoso traje de teatro y fino mantón de Manila.

Violante. ¡Muchacho! ¿Hablas solo?

Cipriano. ¡Porque no estabas aquí tú! ¡Te esperaba!

VIOLANTE. ¡Y yo venía a buscarte! ¡Te echaba de menos! ¿Has visto qué noche?, ¿qué luna?, ¿qué aromas? *Aspirándolos satisfecha.* ¡Ah!… ¡Sevilla está llena de olores! ¡Los claveles, los azahares, las rosas!…

CIPRIANO. ¡De olores y de música! ¡Yo oigo melodías por todas partes!… ¡Las cosas que voy a componer!

VIOLANTE. ¡Ya me las cantarás al oído!

CIPRIANO. ¿Eres dichosa?

VIOLANTE. ¡Más que nunca! ¿Y tú?

CIPRIANO. ¡Más que nadie!

VIOLANTE.

Música

¡Luna sevillana,
éntrame en los ojos,
bésame en la cara!

CIPRIANO.

¡Luna sevillana,
bésame en la frente,
éntrame en el alma!

Tú que pintaste por cien callejas
la sombra errante de mil parejas,
la eterna sombra del Burlador,
dime si has visto tras de las rejas
mujer que valga más loco amor.

VIOLANTE.

¡Tú que te filtras en las penumbras
de los amantes, y que columbras

donde hay amores que embellecer,
dime si has visto desde que alumbras
mayor ventura de una mujer!

Los Dos.

¡Luna sevillana,
oye nuestros sueños,
funde nuestras almas!

¡Luna sevillana,
marca nuestra senda,
sigue nuestra marcha!

Cipriano.

¡Yo estoy borracho de amores
porque en tus labios bebí!

Violante.

¡Yo estoy borracha de flores!

Cipriano.

¡Yo estoy borracho de ti!

Los Dos. *Abrazados.*

¡Clara luna
que alumbras este rincón,
haz de nuestras sombras una,
que una son!

¡Tú que te filtras en las penumbras

de los amantes, y que columbras
de los amores la oculta flor,
dinos si has visto desde que alumbras
más loco amor!

Cesa la música.

VIOLANTE. ¡Nos ha dado romántica!

CIPRIANO. ¡Y alegre!

VIOLANTE. ¡Y triunfadora!

CIPRIANO. ¡Y optimista! ¿Has visto colmada tu ambición siquiera un momento?

VIOLANTE. ¡Y miles!

CIPRIANO. ¡Viva mi tío Quintín!

VIOLANTE. ¡Viva!

Pasa Balita por el fondo, de izquierda a derecha, aprisa, como siempre. Don José lo sigile.

CIPRIANO. ¡Ja, ja, ja!

VIOLANTE. ¿De qué te ríes?

CIPRIANO. De don José, que va ahí detrás del camarero. ¿No sabes? ¡Vela por el dinero de mi tío Quintín!

VIOLANTE. ¡Trabajo le mando! ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. ¡Y trae a los mozos de coronilla! ¡Ja, ja, ja! *Aparece don José por la derecha.*

DON JOSÉ. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tiene todo esto! ¿Esa risa es de mí, quizá?

VIOLANTE. De usted, entre otras cosas.

CIPRIANO. Pero no se enfade usted con nosotros, que le queremos mucho; ¡pero mucho! *Lo abraza y lo golpea con efusión.*

VIOLANTE. *Lo mismo.* ¡Todo lo que usted se merece! Cipriano. ¡Verdad que sí!

DON JOSÉ. ¡Hay cariños que matan!

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja! Cipriano. ¡Ja, ja, ja!

DON JOSÉ. Bueno, menos risa. La noche se está poniendo muy fresca.

VIOLANTE. ¿Qué dice usted, hombre de Dios?

DON JOSÉ. ¿Cuándo nos marchamos?

CIPRIANO. ¿Marcharnos? ¿Sin cenar?

DON JOSÉ. ¿Cómo sin cenar? Pues ¿qué han hecho ustedes hasta ahora?

CIPRIANO. ¡Abrir el apetito!

VIOLANTE. Pero ¿es posible que quiera usted irse de aquí? ¡Si esto es la gloria, don José!

CIPRIANO. ¡La gloria! ¡Aquí nos vamos a pasar tres o cuatro días!

DON JOSÉ. ¡No lo verán mis ojos!

VIOLANTE. ¡Hasta la feria de Jerez! ¡Éste me va a comprar una bodega!

DON JOSÉ. ¿Eh?

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. ¡Ja, ja, ja!

Vienen por el fondo, guiados por Balita, que se detiene luego a esperar órdenes, Madame *Nathalie Rivière, primera tiple de la compañía de ópera que actúa esta primavera en Sevilla; su esposo, M. Rivière, y Benetti, célebre tenor italiano. Ellos visten de frac y ella un rico traje adecuado a las circunstancias, según su gusto, y mantón de Manila El tenor y la tiple hablan generalmente mezclando palabras francesas, italianas y españolas. Violante y Cipriano les salen al encuentro y los saludan. A don José le repite su mal nervioso y los ve venir como a enemigos personales.*

VIOLANTE. ¡Oh, Nathalie!…

CIPRIANO. ¡*Madame*!

VIOLANTE. Le agradezco mucho que haya aceptado mi invitación.

NATHALIE. Es a mí que toca el agradesimiento. ¡Estar con Violante, una artista tan exquisita!… Yo soy enamorada de usted.

VIOLANTE. ¡Por Dios, madame! ¡No me ponga usted colorada! ¡Qué *Manon* ha cantado usted esta noche!

NATHALIE. ¡Oh, yo, no! ¡Benetti! ¡Benetti! ¿Usted no conose Benetti? ¿Me permite de presentárselo?

VIOLANTE. ¿Cómo no? ¡Encantada!

NATHALIE. ¡Giacomo! Prego. Tengo el plaser de presentarle Violante, la más famosa chanteuse de la España.

BENETTI. Io vi ringrazio, madame. Sono contento de saludarla, perche io la conosco bene. *(A Violante.)* Yo soy un grande ammiratóre de usted.

VIOLANTE. ¡Qué amable! Le hablaba a Nathalie de la *Manon* tan deliciosa que hemos oído esta noche.

NATHALIE. ¡Oh!

BENETTI. Cosa fácile. Nathalie, ¿usted no ha sentido a Violante la canzonetta de la *Alegría?*

NATHALIE. No.

BENETTI. ¡Oh! ¡Es bellísima!

VIOLANTE. ¿Le gusta de veras?

BENETTI. ¡Molto molto! ¡Es muy apasionada! ¡Bellísima!

VIOLANTE. *Entonando el estribillo de la canción:*

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

NATHALIE. ¡Charmante!

BENETTI. ¿Non é vero?

NATHALIE. ¿A mi marido conose usted, Violante?

VIOLANTE. ¡Sí, sí, señora!

Monsieur Rivière sonríe.

NATHALIE. Il ne parle pas un mot d'espagnol, mais… Él no habla ni entiende una palabra de español; pero él entiende bien los numerós y me paga las cuentas.

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. Ustedes cenarán con nosotros.

NATHALIE. No, no, señor; senar no podemos. Mil grasias.

CIPRIANO. Pero tomarán alguna cosa…

VIOLANTE. Siquiera una copa de *champagne*.

NATHALIE. Bien.

CIPRIANO. Balita; tráete dos botellas de *Pommery*.

Balita obedece y torna a poco con el servicio necesario.

DON JOSÉ. *Para su capote.* ¡Turismo!

Llega por la derecha Hornachuelos. Don José y M. Rivière se sientan juntos unos instantes y se miran con desconfianza.

HORNACHUELOS. *A Cipriano.* Ya me tienes de vuerta. *A los demás.* Buenas noches. ¿Qué es eso? ¿Habéis cambiao de sitio?

CIPRIANO. Sí; vamos a quedarnos en este merendero. Es descubierto y es mayor. Que vengan aquí todos.

HORNACHUELOS. Ahora los echaré pa acá. Oye: ahí están er padre y la madre de la *Niña e los Chícharos.*

CIPRIANO. ¿Y la *Niña*?

HORNACHUELOS. La *Niña* tardará un ratiyo en vení: eso iba a desirte. Paese que la habían comprometío antes que tú en er Casino Seviyano…

CIPRIANO. Bueno; ¿qué más da? Con tal que venga luego… ¡Prisa no tenemos ninguna!

HORNACHUELOS. ¿Hago pasá a los autores de sus días?

CIPRIANO. ¡Claro que sí! ¡Lo típico! ¡Lo pintoresco! ¡El color local! ¡Turismo!, como dice don José a cada instante.

HORNACHUELOS. La madre es un buen tipo. Y Bombín no se queda atrás, bombín es er padre. Le disen Bombín porque ni pa acostarse se quita el

hongo. *Llamando desde el foro, hacia la derecha.* ¡Micaela! ¡Bombín! ¡Vengan ustés a este merendero! *Se va por la izquierda.*

CIPRIANO. *A Violante.* La *Niña de los Chícharos* se hace esperar.

VIOLANTE. ¡Amigo! ¡Lo que vale!… *A Nathalie.* Esa *Niña de los Chícharos* es la artista que yo tenía interés en que usted oyera.

NATHALIE. ¿La *Niña de los Chícharos*? ¿Qué cosa es *chichadros*?

VIOLANTE. ¿Chícharos? Guisantes. Petits pois.

NATHALIE. ¡Oh, là là! *A su marido.* ¿Tu sais, Gastón? C'est la *Petite Filie aux Petits Pois* que nous allons écouter. C'est ainsi que l'on l'apelle à Seville.

Monsieur Rivière sonríe de nuevo. Le importa lodo aquello tres caracoles.

Por la derecha llegan Micaela y Bombín, que viene de americana y hongo.

BOMBÍN. Buenas noches.

CIPRIANO. Buenas noches.

MICAELA. Muy buenas noches. ¿Cómo están ustedes? Me alegro de verles tan buenos.

VIOLANTE. Gracias: igualmente.

MICAELA. Nozotros buenos; muchas gracias.

CIPRIANO. ¿Y esa artista, tardará mucho?

MICAELA. ¿Cuá? ¿La *Niña*?

CIPRIANO. La *Niña*, sí.

MICAELA. No, zeñó; va a vení ar momento. ¡Las cozas e la feria! Le hablaron ayé pa que fuera ar Cazino Zeviyano, y hay que dejá contentos a los zeñores. Ze vive der público. Pero vendrá; vendrá: pierda usté cuidao. Bombín le ha dao a usté zu palabra de honó, y la *Niña* viene.

Bombín consulta su reloj, temiendo quizá que su honor padezca.

CIPRIANO. Lo importante es que cuando venga aquí no tenga que irse a ningún sitio.

MICAELA. ¡Fartaría más, zeñó! Cuando la *Niña* yegue, usté es rey de eya pa mandarle. ¡Aunque no nos acostemos esta noche! Le cantará a usté las *zoleares* que tanto le gustan, y las malagueñas, y er *Caminito arriba,* y hasta er *Garabato.*… To, to, to.

NATHALIE. ¿Qué cosa es *garabato*?

MICAELA. Una canción de mi niña que ha tenío mucho ézito.

NATHALIE. Pero ¿qué cosa es *garabato*?

MICAELA. Pos miste, zeñora; garabato… Tené garabato viene a zé aquí como tené —¿qué le diré a usté yo?—, como tené zandunga, tené ánge, tené gancho, tené aqué, tené zarza, tené ajilimójili… ¿Usté me comprende?

NATHALIE. Muy poco.

MICAELA. Pos no zé esplicarlo mejó. La *Niña* lo cantará a úrtima hora. A mi espozo no le agrada que eya lo cante en zociedá, porque ez una mijiya *zicalítico.*

VIOLANTE. *A Nathalie.* Garabato equivale a atractivo, a gracia, a simpatía…

NATHALIE. ¿Salero?

VIOLANTE. Una cosa así.

Durante el anterior diálogo han ido apareciendo por la izquierda con Hornachuelos, y acomodándose, como todos, la «Rubia» y «Filigranas», guitarra al brazo; el «Niño de Loja», también tocador; Lebrija; algunas flamencas amigas de la «Rubia»; dos o tres artistas del género ínfimo, amigas de Violante, y hasta tres camaradas de Cipriano. Hornachuelos se va por el foro, hacia la derecha, y a poco reaparece seguido del maestro Montilla y de la flor y nata de sus discípulas, a quienes también sitúa convenientemente. El maestro viene en traje de majo de pandereta, y las muchachas, unas como él y otras con vestidos blancos de volantes y pañolillos de talle de un solo color. Balita y Langostino sirven a todos lo que piden, sin tasa. Don José, acometido ahora con mayor frecuencia de su mal nervioso, va de aquí para allá sin poderse estar quieto.

LEBRIJA. *A Cipriano.* Bueno, poyo, y ¿qué vamos a hasé mientras no yega la *Niña e los Chícharos*? ¡Porque yo tengo muchas ganas de tocarle las

parmas de serca a esta persona e grasia!

CIPRIANO. ¿Has oído, Violante?

VIOLANTE. ¡Y no me lo hago repetir! ¡Y voy a cantar a la guitarra! ¡Esta noche soy yo macarena!

VOCES. «¡Ole!, ¡ole!», «¡Viva la grasia!», «¡Eso!, ¡eso!», «¡Vamos a oírla!», «¡Vamos ayá!», «¡Venga!», «¡Venga de ahí!».

VIOLANTE. *(Al Niño de Loja.)* «Niño de Loja», «A favó de la corriente».

VOCES. «¡Ole!, ¡ole!». *Aplausos.* «¡Silensio!». «¡Silensio!».

El «Niño de Loja» se dispone a acompañarle la canción.

NATHALIE. *A Cipriano.* ¿Comment s'apelle…? ¿Cómo se llama el guitarrista?

CIPRIANO. El *Niño de la Loja.*

NATHALIE. ¿El *Niño* también? ¿C'est drôle? ¡Touts sont enfants à Seville!

CIPRIANO. Vraiment.

LEBRIJA. ¡Afinarse las orejas, señores!

Música

VIOLANTE.

Tú eres mar y yo soy río;
tú eres arroyo y yo fuente:
yo voy a ti, dueño mío,
a favó de la corriente.

Yo tengo genio cayao;
tú tienes genio bravío;
¡qué bien nos han comparao!
tú eres mar y yo soy río.

Yo soy rosal en maseta;
tú eres álamo cresiente;
tú eres clavel, yo mosqueta;
tú eres arroyo y yo fuente.

Tú me asercas con mirarme;
yo goso en tu poderío;
tú no tienes que yamarme;
yo voy a ti, dueño mío.

Por eso cogemos flores,
yo humirdita y tú valiente;
porque van estos amores
a favó de la corriente.

A favó de la corriente
yo voy a ti, dueño mío:
tú eres arroyo y yo fuente,
tú eres mar y yo soy río.

Cesa la música. Aplausos, ¡bravos!, ¡oles! y frases de entusiasmo, tales como: «¡Bien por Violante!», «¡Bien por er maestro!», «¡Hay grasia! ¡Hay grasia!», «¡Preciosa canción!», «¡Venga vino!», etc., etc. Don José, que ya no puede más, va a desahogar su atribulado pecho con Lebrija.

Don José. Chico, yo estoy al rojo blanco. ¡Esto no es para mí! ¡Aquí no hay freno! Esa *Niña de los Chícharos,* ¿a qué hora vendrá?

Lebrija. ¡Uh! ¡Échale un gargo!

Don José. ¿Cómo un galgo? ¡Si se da la fiesta para oírla!

LEBRIJA. ¿Sí, eh? ¡Entonses pué que no venga en toa la noche! ¡Es muy suyo!

DON JOSÉ. ¿Que es muy suyo? ¡Pero si ese loco le ha mandado esta mañana quinientas pesetas para que no faltase!

LEBRIJA. ¡Músico pagao, mal entonao! ¡Ahora es cuando empieso yo a creé que no viene!

DON JOSÉ. ¡Hombre!

LEBRIJA. Tú lo verás.

DON JOSÉ. ¿Yo? ¿Yo qué voy a ver eso? ¡Yo apelo en el acto a uno de mis ataques y disuelvo la juerguecita!

LEBRIJA. ¿Qué dises? ¿Quién te ha contao a ti que vas a aguarnos esta fiesta? ¡Sobre que no disuerves la reunión, ni aunque te mueras de verdá!

DON JOSÉ. ¡Es que voy a morirme si sigue!

LEBRIJA. ¡Pos vete y métete en la cama pa no verla!

DON JOSÉ. ¡Si lo malo es que me falta valor para irme y para quedarme!

LEBRIJA. ¡Pos tírate ar río; pero déjanos a los demás que nos divirtamos!

DON JOSÉ. ¡Ay!…

Don José, desesperado y sin consuelo, se aparta de su amigo y se sienta en el primer término, solo, con cara de ajusticiado.

Hornachuelos, que ha estado hablando con Violante y con la francesa, y que se siente un poco maestro de ceremonias, toma la palabra.

HORNACHUELOS. ¡Vamos ahora a vé cómo bailan estas mariposas que se ha traío er maestro!

VOCES. «¡Eso, eso es!», «¡Bien pensao!», «¡Vamos a verlas!», «¡Abrirles paso, abrirles paso!», «¡Sitio pa que se muevan las niñas!», «¡Vamos aya, maestro!».

Música

A son de castañuelas, tocadas por el maestro Montilla y por las discípulas, bailan éstas en medio de la admiración y del encanto generales. El maestro, antes del baile y durante él, las jalea en estos términos:

MAESTRO. ¡A poné bien nuestra bandera, niñas! ¡Que haiga amor propio! ¡A lusirnos, que nos miran artistas famosos! ¡Vorcá los saleros! ¡Amos aya! *Comienza el baile.* ¡Vivan mis niñas! ¡Ole! ¡Ole! ¡Esos brasos, Matirde, esos brasos! ¡Esperansa, esos pies! ¡Ole! ¡Ole! ¡No te escarríes tú, Sarvaora! ¡Grasia! ¡Grasia! ¡Vivan mis niñas! ¡El *arate* se ha queao en casa! ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole! ¡Primera medaya en la esposisión de Estocormo! ¡Vivan mis niñas! ¡Ole! ¡Ole! *Unos momentos suspenden el baile todas ellas para dejar lucirse a Reyes.* ¡Aquí está ya la fló de la canela! ¡Esto es canela! ¡Esto es canela fina! ¡Ay, que se me quiebra por la sintura! ¡Que se me rompe! ¡Ole! ¡Ole! ¡Grasia! ¡Vaya pies bordando encaje de boliyos! ¡Vaya vaivienes! ¡Vaya vaivienes!

¡Yo no digo que mi barca
sea la mejó der puerto;
lo que yo digo es que tiene
los mejores movimientos!

¡Grasia! ¡Grasia! ¡Toas con eya, niñas; toas con eya, pa rematá! ¡Esto es la locura! ¡Ole! ¡Grasia! ¡Vivan mis niñas! ¡Bien habéis queao!

Cesan la música y el baile, y se repiten el jaleo y las expresiones de alegría.

Hornachuelos y los demás muchachos ofrecen a las niñas y a su maestro copas de vino. Ya no hay allí quien no beba algo, excepto don José, que, sin duda obedeciendo a una resolución extrema, se decide a llamar a Balita.

DON JOSÉ. ¡Balita!

BALITA. *Atendiéndolo.* Me yamo. ¿Qué se ofrese?

DON JOSÉ. ¡Tráigame usted una botella de agua de Marmolejo! ¡A la cuenta de don Cipriano también!

Balita lo mira con asombro y se va.

VIOLANTE. *Gritando de improviso con exaltación y vehemencia.* ¡Arriba las copas! ¡Arriba las copas de todo el mundo!

LEBRIJA. ¡Arriba las copas!

VOCES. «¡Arriba!, ¡arriba!».

Música

VIOLANTE. *Con una copa de «*champagne*» en la mano y llenando triunfadora la escena:*

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

¡Pasó la lejana ventura!
¡No importa lo que haya de ser!
¡La dicha segura
no tiene mañana ni ayer!

¡Quizás no haya luego otra aurora!
¡Quizás nos aguarda un dolor!
¡La dicha de ahora
es siempre el tesoro mejor!

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

TODOS. *Elevando jubilosos las copas.*

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

Animación extraordinaria, entusiasmo, algazara general, desenfreno.

Sólo don José Pérez, o mejor, don Quintín Veruela, no participa de la alegría de todos. Aislado en su rincón, espera impaciente el agua de Marmolejo, tan inquieto y nervioso como un perro viejo lleno de pulgas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho en casa de don José Pérez, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda, y al foro dos ventanas que dan a un patio. Muebles, los precisos. Una butaca cómoda. Sobre uno de los muebles, una alcancía.

Aunque la habitación es modesta, la hacendosa y delicada mano de una mujer la ha llenado de detalles preciosos: lazos de seda, pañitos de encaje, floreros y otras chucherías.

Es por la mañana, un año después del primer acto.

Nuestra entrañable amiga Mariquita Peón, actual secretaria de don José Pérez, sentada a la mesa del despacho, suma la cuenta del gasto hecho ni la casa durante el mes.

MARIQUITA. Y yevo zeis. *Un rumorcito.* Y yevo dos. *Otro rumorcito.* Y de diez, una. ¡Ole! Ze han gastao este mes tres duroz y medio menos que er pazao. Voy a echá una pezeta en mi arcancía. Me la merezco.

Se levanta y va a ello. Sale don José, en traje de casa, por la puerta de la izquierda.

DON JOSÉ. Buenos días, secretaria.

MARIQUITA. Buenos días, don Jozé. ¡Hoy ze le han pegao a usté las zábanas! Zon las once y media.

DON JOSÉ. Como que no he cerrado un ojo en toda la noche.

MARIQUITA. ¡Vaya por Dios!

DON JOSÉ. ¿Qué hacías?

MARIQUITA. Echá una pezeta en mi hucha.

DON JOSÉ. ¿Y eso?

MARIQUITA. Porque acabo de ajusta la cuenta de este mes y hemos gastao tres duroz y medio menos que er pazao.

DON JOSÉ. Echa otra peseta.

MARIQUITA. No, no; muchas gracias. Es demaziao, don Jozé.

DON JOSÉ. *Tocado de locura.* ¡Echa otra peseta, qué caramba! ¡Es mucho día el de hoy! ¡Lo que tarda en pasar un año cuando se está en el potro! ¡Echa, echa otra peseta!

MARIQUITA. Zi es zu gusto de usté… *Obedece*.

DON JOSÉ. Sí, sí; es mi gusto. ¡Feliz la hora en que te elegí por secretaria!

MARIQUITA. ¿Y yo, qué diré? Gracias a usté no me han matao de *cupletista*, y he yevao a mi caza er zociego.

DON JOSÉ. *Fijándose en la lámpara de la mesa.* Mariquita, ¿qué estoy mirando? ¡Esta pantalla es nueva!

MARIQUITA. Zí, zeñó; a la noche va usté a estrenarla.

DON JOSÉ. Es muy bonita, oye. ¿Cuánto te ha costado?

MARIQUITA. Er tiempo de hacerla, don Jozé.

DON JOSÉ. Pero ¿la has hecho tú?

MARIQUITA. Yo misma. Er dibujo me lo dió mi hermaniyo Manolo, que tiene mucha idea; la zedita es de uno de los vestidiyos que yo me compré pa er teatro, y el estambre es de una toquiya que tuve que desbaratá porque estaba yena de abujeros.

DON JOSÉ. *Transportado de gozo.* ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Qué lástima que no seas hija mía!

MARIQUITA. Como zi lo fuera lo miro a usté yo.

DON JOSÉ. Ya, ya lo veo; ya lo veo… Estás poniéndome la casa como la canastilla de un recién nacido; *Mariquita se agacha a coger una aguja del suelo.* ¿Qué haces?

MARIQUITA. Cogé una aguja. ¡Me va a toca la lotería!

Don José. ¿Sí?

Mariquita. Zí, zeñó: porque antes en er paziyo cogí un arfilé, y dicen que cuando en un mismo día ze encuentran las dos cozas, toca la lotería.

Don José. ¡A mí sí que me ha tocado contigo! ¡Qué alhaja! ¡Qué alhaja! Dime: ¿compraste el agua de colonia?

Mariquita. La compré; zí, zeñó.

Don José. ¿De veras? ¿No me has llenado de agua clara el frasco vacío como la otra vez?

Mariquita. No, no, zeñó; aqueya lo hice porque me dijo usté que no tenía orfato.

Don José. Alguno me queda todavía. ¿Qué quieres? En Sevilla me acostumbré a bañarme… y a echarle al baño dos o tres gotitas de colonia. ¡Resabios de la vida loca de esta primavera pasada! ¡Pasada, por dicha! ¡Gracias a Dios, ya estoy en Madrid… y en día memorable, ciertamente! ¡Hoy se ha cumplido un año del hecho más trascendental de mi vida! Creí que no lo contaba. ¡Así no he dormido esta noche! ¡Anteayer hizo un año que pisé la corte al cabo de muchos!

Mariquita. Y tar día como ayé tuve yo er gusto de conocerlo a usté en la caza de Cipriano.

Don José. ¿Lo recuerdas?

Mariquita. ¿No lo he de recordá?

Don José. Yo también; y por algo que tú ni aun presumes.

Mariquita. ¿Por qué, don Jozé?

Don José. Porque te vi llorar por e tío Quintín.

Mariquita. ¡No me nombre usté ar tío Quintín!

Don José. ¡Muchacha!

Mariquita. ¡No me lo nombre usté! ¡Ér no tiene la curpa, pero no lo perdono!

Don José. Pues ¿qué te ha hecho de malo?

Mariquita. ¡Morirze!

Don José. ¿Morirse?

MARIQUITA. ¡Morirze, zí, zeñó; y dejarle zu fortuna al hombre a quien yo quería y a quien quiero! Heredó, y lo perdí pa ziempre.

DON JOSÉ. ¿Mí so…? ¿Cipriano? ¿El sobrino del tío Quintín es el hombre a quien tú querías?

MARIQUITA. ¡Eze! Mientras fué pobre, yo podía alimentá esperanzas… pero desde que heredó tantos *papiros*, como usté dice…

DON JOSÉ. *Repentinamente iluminado.* ¡Ah!

MARIQUITA. ¡Y ar lao de ninguna mujé hubiera zido tan dichozo como a mi lao! En cambio, eza lagartona de Violante va a dislocarlo y a perderlo. ¡Marditos zean los *pápiros*!

DON JOSÉ. ¡No blasfemes!

MARIQUITA. ¡Yo quiziera verlo pobre otra vez!

DON JOSÉ. ¡Eso es otra cosa! ¡Qué soplo divino! ¡Es el premio de mi penitencia! ¡En la cena de esta noche beberemos *champagne*!

MARIQUITA. Don Jozé, ¿ze ha vuerto usté loco?

DON JOSÉ. ¡Loco de júbilo! ¡Beberemos *champagne*!

MARIQUITA. La zidra *achampanada* también hace espuma y es más baratita.

DON JOSÉ. ¡No te oigo, hormiga del ahorro! *¡Champagne!*

MARIQUITA. ¡Pos *champán*! ¡Luego zaco yo dos reales por er corcho y por la boteya!…

Aparece en la puerta de la derecha Violante.

VIOLANTE. ¿Se puede pasar?

MARIQUITA. ¡Huy!

DON JOSÉ. ¡Pase usted, mi amiga!

MARIQUITA. *Perpleja.* ¿Usté por esta caza?

VIOLANTE. Yo, Mariquita; yo, don José. Vengo a decir adiós al señor y a la secretaria.

DON JOSÉ. ¿Hola?

MARIQUITA. ¿Cómo adiós?

Violante. Adiós. Me voy a Buenos Aires. ¿Quieren ustedes algo para allá?

Mariquita. ¿A Buenoz Aires?

Violante. Con un contrato fabuloso. En España, hasta ahora, no se ha firmado ninguno semejante. Dentro de media hora salgo de Madrid en un Hispano-Suiza que me ha regalado el empresario por vía de prima.

Don José. ¿De prima?

Violante. De prima.

Don José. No había oído bien.

Violante. De un tirón llego a Córdoba. Allí descanso y luego, de otro tirón, a Cádiz: a embarcar. Medio trasatlántico para mí.

Don José. ¡Porque se puede!

Violante. Usted lo ha dicho.

Don José. ¿Y el empresario la acompaña a usted?

Violante. No, señor. Hago el viaje sola.

Mariquita. ¿Zola?

Violante. Sola.

Don José. ¿Y Cipriano?

Violante. Cipriano queda aquí.

Mariquita. ¿Queda aquí?

Don José. ¿Queda aquí?

Violante. ¡Queda aquí!

Don José. ¿Está esa cláusula en el contrato?

Violante. ¡Qué desatino! No hacía falta. En un viaje de esta índole, los amigos demasiado adictos huelgan. Y que ya hemos tenido algunas agarradas él y yo. ¡Los hombres!… Los hombres son muy chuscos. No hay amor de ninguno que merezca una vida entera. Ellos se cansan mucho antes. Apréndalo usted, Mariquita; por si acaso. Además, Cipriano me dijo el mes pasado, en Nápoles, que yo le había cortado las alas… ¡Bueno! ¡Ya está libre! Así le crecerán en mi ausencia.

Mariquita. *Reprimiendo mal su alegría.* Pos… pos nada, Violante; que zea enhorabuena por eze contrato tan… tan azombrozo; feliz viaje hasta Córdoba… feliz viaje hasta Cádiz… y feliz viaje hasta la Argentina.

Violante. Gracias, Mariquita monísima.

Mariquita. Con permizo de usté voy a darle una vuerta a una compota de melocotones que estoy haciendo. ¡Feliz viaje! *Vase por la puerta de la izquierda, radiante de dicha.*

Pausa. Se miran Don José y Violante.

Don José. ¿De manera que hasta aquí llegó…?

Violante. Y de aquí no pasó. ¿No era esto lo que usted me pedía?

Don José. Esto era. ¡Si lo oigo y no lo creo!

Violante. Pues créalo usted. Le ofrecí resolverlo en veinticuatro horas…

Don José. Cabalmente.

Violante. Y me han sobrado veintitrés y media. Ese contrato estaba tentándome. Lo firmé… y en paz.

Don José. ¿Lo sabe mi sobrino?

Violante. Todavía no. Se lo diré por carta, desde Córdoba. Es más socorrido y menos expuesto. Una carta con dejo romántico. Yo sé escribirlas regular.

Don José. ¡Magnífico!

Violante. ¿Aprobado?

Don José. ¡Sobresaliente!

Violante. ¿Y Cipriano, está ya en el secreto: sabe ya que es usted su tío?

Don José. Ni una palabra aún. Vive a cien leguas.

Violante. ¿Insiste usted en desheredarlo?

Don José. Insisto. Sobre todo si se quedara usted en España.

VIOLANTE. Pues yo no le privaré de heredar, porque no me quedo. Pongo por medio aire, tierra y agua. ¡No hay fuego que resista! ¡Pobre musiquillo sentimental! De momento me llamará mil cosas; dirá horrores de mí… ¡sin sospechar que lo que hago es salvarlo! ¿Algo más, don José?

DON JOSÉ. ¿Se marcha?

VIOLANTE. Sí. No he de perder instante.

DON JOSÉ. Espere un par de ellos, que no quiero que se vaya usted sin un recuerdo mío.

VIOLANTE. *Asombrada.* ¡Don José!

DON JOSÉ. ¡La temporadita de Sevilla! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

VIOLANTE. *Suspirando.* ¡Ay! ¡Ya respiro a gusto! ¡Después de una resolución grave, se respira a gusto!

Música

¡A volar!, ¡a volar!
¡A volar a las tierras remotas!
¡De otros climas el aire a gustar!
¡A saber de las cosas ignotas!
¡A volar!, ¡a volar!, ¡a volar!
¡A vibrar con más vivos anhelos!
¡A extender el plumaje a otro sol!
¡A gozarme en la luz de otros cielos!
¡Yo soy girasol!

Con cierto acento de nostalgia.

¡Chiquillo de mis amores,
no pienses muy mal de mí:
si mi corazón dió flores,
ésas fueron para ti!

¡A volar!, ¡a volar!
¡A lograr nuevas joyas y galas!
¡Otro amor más ardiente a probar!
¡A batir sin cansancio las alas!
¡A volar!, ¡a volar!, ¡a volar!

Cesa la música.

Vuelve don José con mía sortija envuelta en un papel de seda.

Don José. Aquí tiene usted.

Violante. *Desliándola.* ¿Una sortija?

Don José. Una sortija.

Violante. Pero ¿es ésta mi perla negra?

Don José. Sí.

Violante. ¿La que perdí en Sevilla?

Don José. ¡Exactamente!

Violante. *Contentísima.* ¡Oh! ¡Sí, sí: es la misma! ¡No hay otra igual en ninguna parte! ¡Qué suerte! ¡Ya mi viaje es dichoso! ¿Dónde la encontró usted?

Don José. En el doblez de unos pantalones de Cipriano. Y me la guardé para entregársela a usted en momento solemne. Yo deseaba que usted se llevara un recuerdo mío, y esto seguramente no se le olvida.

Violante. ¡Pues no ha podido usted ofrecerme ninguna cosa que más le agradezca! Es el primer regalo que me hizo su sobrino. *A Don José se le alarga un poco la cara al oír esto y casi tiende involuntariamente la mano como para atrapar la sortija.* ¿Qué pasa? ¿Ahora va usted a arrepentirse de habérmela devuelto?

Don José. ¡No faltaría más!

VIOLANTE. ¡Vaya! ¡Se lo he leído a usted en los ojos! ¡Pero se limpia usted, mi amigo! Tome un abrazo de gratificación.

DON JOSÉ. ¡Venga!

VIOLANTE. *A brozándolo.* ¡Y bien cumplido!

DON JOSÉ. ¡Qué ojos, Violante! ¡Siempre me parecieron infernales… y ahora los veo color de cielo!

VIOLANTE. ¡Don José!

DON JOSÉ. *Justificándose.*

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!…

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja! ¡Hasta la vista!

DON JOSÉ. ¡Buen viaje!

Se van los dos por la puerta de la derecha.

Música

Óyense lejanos ecos de la canción de «La espuma del champagne*».*

Vuelve Don José.

DON JOSÉ. ¡Ay, Señor! ¡Yo no he dormido, pero bien amanece el día! La revelación de Mariquita, primero; la huida de Violante, ahora… Esto marcha… Dios le ayude… Dios la proteja… ¡Qué emociones para mis años!… Estoy rendido… *Se sienta en la butaca.* Y aún me queda el rabo por desollar: la píldora al otro. ¡Ay, ay, ay! Pero lo más grave ya está conseguido… Bien, bien, bien… Los *papiros* vuelven a mis manos… Vuelven… vuelven… vuelven… Y ¡cómo vuelven!… Mariquita, serás dichosa…

Lo rinde el sueño. Inmediatamente queda la escena a oscuras. Sólo permanece visible don José. De improviso, en el negro fondo, surge un rincón del claustro de un convento, y en él la blanca figura del padre Ciriaco, el cartujo. Avanza con gravedad hacia su amigo y le deja en las manos una áurea cajita, que sin duda guarda un gran tesoro. Don José la atrapa ávidamente. El cartujo, entonces, sonríe, le vuelve la espalda, se hunde con lentitud en las sombras del claustro, y la visión se borra

completamente. En este momento, una voz que viene de lo alto exclama con acento profético:

VOZ.

¡Avaro infeliz: el oro
es cosa que ha de ganarse,
y que luego ha de emplearse
con generosa intención!

¡Hoy vuelve a ti tu tesoro;
mas si escondes la alcancía,
Dios te va a dejar un día
como el gallo de Morón!

Don José se estremece, y aprieta entre sus manos la áurea cajita. Luego resplandece en la oscuridad del fondo una calleja solitaria, donde aparece a poco un musiquillo maltrecho y derrotado, que rasca un violín. Se detiene, pone en el suelo un catrecillo y sobre él un platillo de hojalata, y toca. Es Cipriano Veruela. Comienza a ejecutar la «Fantasía» de Violante. Como a su conjuro, sale de la sombra y pasa por delante del desdichado violinista una pareja de enamorados. La mujer es… «ella»: deslumbradora de belleza y de lujo. Él es… uno cualquiera: el amante actual. Viste un uniforme militar desconocido. Violante pasa sin mirarlo. Cipriano la reconoce y tiembla de cabeza a pies. El temblor de su ser entero repercute en su música. Un instante deja de tocar: sus brazos caen a lo largo del cuerpo; sus ojos siguen a la que fué su amada, hasta que se pierde de insta. Entonces, como para desahogar su dolor, torna al violín y toca con brío. En esto, en dirección contraria a la de Violante, viene Mariquita Peón, de humilde velito, como si fuese a misa mañanera. Al llegar junto al músico se detiene y le echa en el platillo una limosna. De repente se reconocen, se asombran de verse en tal situación, se conmueven, se atraen y se abrazan, y abrazados se los traga la sombra de donde salieron. La voz de lo alto suena oportunamente de nuevo, exclamando así:

VOZ.

¡Aprende, avaro grosero,
que hay una gracia divina
que ennoblece y que ilumina
las negruras del dolor!

¡Aprende ya, majadero,
que tus pápiros amados
serán papeles mojados,
sin la llama de otro amor!

Cesa la música.

Desaparece el encanto del sueño: la estancia vuelve a iluminarse. Don José da un grito y despierta asustado.

Don José. ¡Eh! ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué sueño! ¡Qué vocecitas celestiales!… ¡Ah!… ¡Me dan escalofríos!… Y, sin embargo, todo ello es un anuncio del porvenir… ¡Lo veo claro como la luz! ¡La vida es sueño!

Sale Mariquita apresuradamente.

Mariquita. Don Jozé, ¿ha dao usté un grito?

Don José. Es posible… Me quedé dormido… y soñaba…

Mariquita. ¿Qué zoñaba usté, don Jozé? ¿Arguna coza triste?

Don José. No, hija mía; no era triste lo que soñaba. Para ti, muy alegre. Y para mí también, después de todo… Sólo que ha habido unas vocecitas…

Llega Cipriano de la calle inquieto, preocupado, como si tuviera un presentimiento de lo que va a ocurrirle.

Cipriano. Buenos días.

Don José. ¡Hola, millonario!

Mariquita. ¡Hola, Cipriano; buenos días!

Cipriano. Buenos días. *Olfateando.* ¿Violante ha estado aquí?

Don José. No.

Mariquita. ¡Ave María! ¡Té zueñas con Violante!

Cipriano. ¡Vaya si ha estado aquí! Este perfume…

Don José. Lo usa mi secretaria. Comprado con el mismo dinero que lo compra Violante. ¡Precisamente con el mismo!

Cipriano. Le advierto a usted que no estoy para burlas.

Don José. Me alegro mucho.

Cipriano. ¿Ah, sí?

Don José. Sí. Porque tenemos que hablar seriamente.

Cipriano. ¡Tampoco estoy para sermones!

Mariquita. Yo me retiro, zi es que estorbo.

Don José. No: tú te quedas. Lo que he de hablar con este… potentado, deseo que lo oigas tú también, hija mía. ¿Te enteras, Cipriano? ¡Hija mía!

Cipriano. No sé a qué viene ese retintín.

Don José. Ya lo entenderás, hijo mío.

Cipriano. ¿También yo hijo suyo?

Don José. Hijo, no; pero cerca le andas.

Cipriano. ¿Cómo?

Mariquita. ¿Qué dice usté?

Don José. Vamos por partes. ¿Recuerdas, Cipriano, nuestra primera entrevista en tu casa? ¿Fué solemne?

Cipriano. Lo fué.

Don José. Pues esta de hoy, en la mía, la va a dejar tamaña así.

Cipriano. *Burlón.* ¿Me siento?

Don José. ¡Te vas a levantar en seguida de un salto!… ¿Sabes cuánto dinero has despilfarrado en un año, mocito?

Cipriano. ¡Ni lo sé, ni me importa!

Don José. ¡Me importa a mí!

Cipriano. ¿Es usted mi tutor, quizás?

Don José. ¡Soy quien soy! ¿Sabes cuánto has gastado?

Cipriano. *En ademán de irse.* Vaya, ¡abur!

Don José. Hombre, hazme el favor… Un momentito…

Mariquita. Cipriano, que zerá por tu bien.

Cipriano. Soy mayor de edad. Le suplico a usted que cambie el rollo, porque me lo sé de memoria.

Don José. ¡No te hagas ilusiones!

Cipriano. Que si Violante me despluma; que si Violante me quita del trabajo; que si Violante me va a perder, que si va a arruinarme… ¿No es así? ¡Bueno! ¡Pues al que se muere a gusto…!

Mariquita. *Suspirando tímidamente.* ¡Ay!…

Cipriano. ¡Si por esa mujer me vuelvo a quedar sin dos pesetas, tal día hizo un año!

Don José. ¡Justo! ¡Tal día hizo un año! ¡Y ese día es el de hoy! Rollo nuevo. Cinco de octubre. Sábado. San Plácido, mártir, y San Froilán, obispo.

Cipriano. ¡Luna llena!

Don José. No, no, no; cuarto… ¡cuartos menguantes!

Cipriano. ¿Qué?

Don José. Rollo nuevo. Agárrate ahora.

Cipriano. ¿Qué?

Don José. Que te agarres. Y tú, hija mía —¡hija mía!—. Agárrate un poquito también.

Cipriano. ¡Le repito a usted que no estoy para burlas!

Don José. Ni yo tampoco. Cipriano Veruela y Manzano, ¿tú no sospechas a quién tienes delante?

Cipriano. Al conde de Montecristo no es.

Don José. No. Es a Quintín Veruela y Mañoso, tu tío carnal. ¡Un humorista!

Cipriano. *Atónito.* ¿Eh?

Mariquita. ¿Eh?

Don José. Un humorista, que ha fingido su muerte para probar durante un año lo que eras tu capaz de hacer con su dinero.

Mariquita. ¡Jezús María!

Cipriano. *Con los pelos de punía.* ¿Cómo?

Don José. Un humorista, que al ver que eres un manirroto desenfrenado y un verdadero calabacín, calabacín, te deja a la luna de Valencia desde el día de hoy. ¡Tal día hizo un año!

Mariquita. *Con mal contenida satisfacción.* ¡Ole!, ¡ole!

Cipriano. *A punto de caerse.* Pero yo no puedo creer…

Don José. Un humorista, que ahora va a emplear su dinero como le dé la gana, y que se va a dar en adelante una vida de príncipe.

Cipriano. Pero… pero…

Don José. ¡Un *primo alumbrao*!

Mariquita. *Nerviosa de alegría.* ¡Ja, ja, ja!

Cipriano. Don José, por lo que usted más quiera en el mundo…

Don José. ¡Tío Quintín es como has de llamarme!

Cipriano. Pero ¿todo esto no es una nueva farsa?

Don José. Esta es la verdad: mírame a los ojos, sobrino, Soy tu tío Quintín, hermano de tu padre, que esté en gloria.

Cipriano. *Apabullado.* Tío Quintín… perdóneme usted. ¿Quién podía pensar en una excentricidad semejante? Deme usted un abrazo.

Don José. Sí, hijo, sí: eso no cuesta nada.

Mariquita. *Con emoción.* Deme usté a mí otro.

Don José. A ti, aunque costase, hija mía. *A Cipriano,* ¡Hija mía! Conque ya sabes quién soy, quién eres, y a lo que estoy dispuesto.

Cipriano. Pero ¿será usted capaz de desheredarme?

Don José. Esa pregunta es de una tórtola. ¿No has tirado en un año un millón quinientas mil pesetas?

Mariquita. *Escandalizada.* ¡Ay!, ¡ay!

Don José. Cálmate, Mariquita.

Mariquita. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

Don José. Cálmate. ¿No has gastado ese dineral, sobrino? ¡Pues ya es suficiente! A tu pisito de la calle de Fúcar, a ganarte la vida de hoy más

escribiendo pares de bemoles. La cosa los tiene. Y como ya has probado bien la dulce miel de las pesetas, tú apretarás, si quieres volver a paladearla.

Mariquita. ¡Ezo está muy bien dicho!

Cipriano. Es usted demasiado cruel. Me hace usted sufrir horriblemente.

Don José. ¿Y el añito que he llevado yo, dónde me lo dejas? ¡Ah! ¡Y riñe con Violante o no riñas! Por más que eso ella será quien lo determine.

Cipriano. ¡Violante me quiere a mí con toda su alma!

Mariquita. ¡Querían!, como dicen las chulas.

Don José. ¡Agora lo veredes, que dijo Agrages!

Cipriano. *Abatido.* ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡En un momento, el amor, la fortuna!… ¡Qué tremendo golpe! *Rehaciéndose.* Pero ¿quién dijo miedo? ¡Arriba el corazón! Tío Quintín, buenos días.

Don José. No te vayas a pegar un tiro.

Cipriano. No, señor; nada de eso: al contrario.

Don José. ¿Me lo vas a pegar a mí?

Cipriano. Pienso seguir haciendo la misma vida que hasta ahora. ¡Sacaré dinero de las piedras!

Don José. ¡Muy bonita frase!

Cipriano. Búrlese usted ya todo lo que guste, con sus ironías de pliego de aleluyas. ¿Quiere usted algo para El Escorial?

Don José. ¿Vas a invernar en El Escorial?

Cipriano. Voy a buscar una casita para Violante, que desea pasar allí dos semanas.

Mariquita. ¿Violante?

Cipriano. Sí.

Don José. ¡Pues espérala sentado… en la silla de Felipe II!

Cipriano. ¿Eh?

Don José. Nada: ¡la aleluya final!

Cipriano. Adiós, Mariquita.

Mariquita. Adióz, hombre, adióz. *Afligiéndose.* Y ten presente… que aunque te vea más pobre que las ratas… yo ziempre te quiero.

Don José. ¡Hija mía!

Cipriano. Adiós, tío Quintín.

Don José. Adiós… pelagatos.

Cipriano. ¡Bah!

Vase de estampía.

Don José. ¡Esto es hecho. Mariquita; esto es hecho! Una mujer huye de él, y otra lo quiere. ¡Pues a ésta que lo quiere le dejo yo todos mis *pápiros*!

Mariquita. ¡Don Jozé!

Don José. ¡Tío Quintín!

Mariquita. ¡Tío Quintín!

Don José. Lo que oyes. Ese… desventurado, a la postre, se casará contigo.

Mariquita. ¡Tío Quintín!

Don José. ¡Y algunos días tendrá que pedirte de rodillas el azúcar para el café!

Mariquita. De ezo esté uzté zeguro.

Don José. ¡Ya puedo morirme tranquilo!

Mariquita. ¡A mí me va a dá un zíncope!

Don José. De vuestro matrimonio nacerá un hijo, que, como hijo de un pródigo y de una hormiguita, sabrá emplear bien el dinero.

Mariquita. ¡Yo estoy zoñando ahora, tío Quintín!

Don José. No, hija mía, no: estás despierta. Yo soñé hace poco, y no olvido lo último que me dijo la voz celestial. ¡Así me lo hubiera dicho en mis años mozos!

Mariquita. Pos ¿qué le dijo a usté?

Don José.

Que en este mundo traidor,
los *pápiros* más amados

serán papeles mojados,
in la llama de otro amor.

FIN DE LA ZARZUELA

Fuenterrabía, agosto, 1919.

LA MORAL DE ARRABALES

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO DE LARA** el 21 de marzo de 1921

A PEPE GARRIDO.

Acepta, en nueva prenda de nuestra
buena y antigua amistad, la dedicatoria
de este paso de tu predilección,
y recibe con ella la promesa de ofrecerte
algún día una comedia como
«La mala hierba», que te guste a ti
y no le guste a don Polión de la
Gama y Gil del Ojo, Barón de la
Cuesta Abajo.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Blanquita.	Carmen Jiménez.
Damiana.	Leocadia Alba.
Don Polión.	Ricardo Simó-Raso.

LA MORAL DE ARRABALES

La escena es en Arrabales, ciudad de Castilla, y en una sala de la casa solariega del señor don Polión de la Gama y Gil del Ojo, barón de la Cuesta Abajo. Una puerta a la derecha del actor y otra al foro. Muebles con fundas. En las paredes, dos o tres retratos de amojamados ascendientes de don Polión. Es de día.

Damiana, vieja ama de llaves de don Polión, que gruñe más que habla, lee un periódico de la localidad.

Damiana. ¡Anda! ¡Se lo tiene bien merecido la jueza! Por… ¡por haber ido en cueros al baile del Casino! ¡Porque iba en cueros! Yo la vi. Este papel no se paga con oro. *Leyendo.* «Teatro». ¡Oiga! ¡A ver qué pone! «Pronto *debutará* en nuestro Principal, como ya anunciamos, la notable compañía de la encantadora actriz Blanquita Revuelta, cuyo repertorio, no obstante, es harto discutible». *Acoge la noticia con un gruñido.* «Y nosotros, defensores constantes de la moralidad de las costumbres y del decoro público —¡vaya si está bien puesto!— nos permitimos dirigir una pregunta a todos y a nadie: ¿Se va a consentir en la culta Arrabales la representación de esa nefanda obra que se titula “La mala hierba”? Tienen la palabra para respondernos todos nuestros conciudadanos; pero no queremos dejar de aludir con este motivo a la persona que, por su alto prestigio literario y por su intachable conducta, se ha distinguido siempre en Arrabales como árbitro de estas delicadas cuestiones». ¡Mi señorito! ¡Ya pondrá él los puntos sobre las haches, ya! «Hemos nombrado, sin nombrarlo, a don Polión de la Gama». ¿No lo dije? «En sus manos está la resolución de este pleito de “La mala hierba”, objeto

hoy día de todas las conversaciones y causa de la turbación de todas las conciencias honradas». Pero ¡qué bien lo explica! ¿Y que el herejote del otro papel le llame *Mantequilla* al que escribe esto? ¡Vamos! «La mala hierba» es obra de tal índole…

Dentro, en la puerta de la derecha, pregunta Blanquita Revuelta:

Blanquita. ¿Se puede pasar?

Damiana. *Sorprendida.* ¿Quién? Adelante.

Pasa Blanquita, mujer graciosa, linda y picaresca. Viene de tiros largos. Sabe que va a librar una batalla y no ha dejado armas con que vencer.

Blanquita. Buenos días.

Damiana. Buenos días. ¿Quién le ha abierto a usted?

Blanquita. Un criado. ¿Don Polión de la Gama?

Damiana. Aquí vive.

Blanquita. Ya lo sé, ya.

Damiana. ¿Qué desea?

Blanquita. Verlo.

Damiana. ¿Verlo?

Blanquita. Sí, señora; verlo. Hágame el favor de entregarle esta tarjetita.

Damiana. ¿La conoce a usted?

Blanquita. De oídas, es posible.

Damiana. Si no es más que de oídas, me temo que no la va a recibir.

Blanquita. ¿Por qué?

Damiana. Porque el señor no acostumbra recibir señoras… de oídas. ¿Y usted a él, lo conoce?

Blanquita. De oídas también, como usted comprende.

Damiana. Pudiera usted haberlo visto alguna vez.

Blanquita. No he tenido ese gusto.

Damiana. Bueno está. Vamos a llevarle la tarjetita.

Se va por la puerta del foro gruñendo.

Blanquita. ¡Jesús! Parece una perra. *Echa una ojeada a la sala.* ¡Ay!… El Señor me ayude en esta aventura. Que sí me ayudará; ¿por qué no? *Estremeciéndose de pronto.* ¡Ah! La muerte chiquita. Tengo el cuerpo cortado. ¡Ah… chis! ¡Ah… chis! ¡Vaya! Lo he pillado en el tren. Como siempre. Y se me pone la nariz lo mismo que una guinda. *Saca de su bolso una polverita y se blanquea la «guinda» graciosamente.* ¡Ajajá! Aquí sale otra vez la perra.

En efecto, vuelve Damiana por donde se marchó.

Damiana. Que tenga usted la bondad de sentarse.

Blanquita. Muchas gracias.

Damiana. Que viene en seguida.

Blanquita. Muchas gracias.

Damiana. ¿Usted es cómica, verdad?

Blanquita. Actriz; sí, señora.

Damiana. ¡Cómica!

Blanquita. ¡Actriz!

Damiana. Ya me dió el tufillo apenas entró.

Blanquita. ¿Cómo el tufillo?

Damiana. El tufillo, sí. Las cómicas huelen ustedes como no huele nadie.

Blanquita. Como no huele usted, desde luego, que huele a algarrobas.

Damiana. ¡Porque se puede! Siéntese usted y espere al amo.

Se marcha por la puerta de la derecha sin dejar de gruñir.

Blanquita. Pues, señor, siento no haber traído azúcar en el bolso. ¡Valiente mujer! ¡Primer premio en una exposición canina! Y este caballero ¿me hará esperar aquí mucho rato? No, que ya llega. ¡Qué fino! *Se retoca ligeramente.*

Por la puerta del foro aparece en esto don Polión, señor amojamado, como sus parientes, y triste como la vejez de un jipijapa. Usa chaqué negro y babuchas amarillas. Parece un mirlo. Gasta en cosméticos una gran parte de su hacienda. Su hablar es recortado y pulcro; sus ademanes, afectadamente

señoriles. Se atusa con frecuencia el bigote, y cuando se turba, quiere disimular mirándose las guías y se pone bizco. La reverencia que le hace a la actriz es tal, que más que a saludarla creeríase que se inclina a coger algo que ha visto en el suelo.

Don Polión. ¿Señora… o señorita?

Blanquita. Señorita.

Don Polión. Señorita…

Blanquita. Caballero…

Don Polión. Por no hacerla esperar a usted, salgo en pantuflas. Usted me dispensará seguramente.

Blanquita. ¿Cómo no? Aparte de que son muy bonitas las pantuflas de usted.

Don Polión. Bordadas por mi difunta esposa, que santa gloria haya.

Blanquita. Pues son un primor. ¡Si parecen dos relojeras!…

Don Polión. Gracias. ¿Me hace usted la merced de sentarse?

Blanquita. Sí, señor. ¿Y usted, no se sienta?

Don Polión. Me faltan seis minutos.

Blanquita. ¿Cómo? ¿Para qué?

Don Polión. Para poder sentarme sin infringir la prescripción facultativa. He de permanecer de pie un cuarto de hora después del soconusco.

Blanquita. Pero ¿ahora se desayuna usted?

Don Polión. No, señorita. Es que suelo tomar chocolate como fin y postre del almuerzo.

Blanquita. Ya. Entonces ¿he venido quizá a impedirle la siesta?

Don Polión. En modo alguno. No duermo siesta más que los domingos.

Blanquita. ¿Por prescripción facultativa también?

Don Polión. No, señorita; porque me levanto más temprano y me embarga el sueño después de la pitanza.

Blanquita. Ya. Pues… ¿usted, sin duda, se figurará a lo que yo vengo?

Don Polión. Por el momento, señorita, a recrearme los ojos, que en este caso, como los de Segismundo, son hidrópicos.

Blanquita. ¡Oh!… No en balde pregona la fama que es usted muy galante.

Don Polión. Admiro la belleza siempre que la veo a la luz del sol, mal que pese a los que me llaman mochuelo.

Blanquita. Pero ¿le llaman a usted mochuelo?

Don Polión. Menguada sátira de Casino, señorita. El proverbial ingenio castellano no da más de sí en esta desventurada ciudad de Arrabales.

Blanquita. ¡Vaya por Dios! *Estremeciéndose otra vez.* ¡Ah!

Don Polión. ¿Qué es eso?

Blanquita. La muerte chiquita. Se me ha cortado el cuerpo en el tren. ¡Ah… chis!

Don Polión. ¡Jesús!

Blanquita. ¡Ah… chis!

Don Polión. ¡Jesús, María!

Blanquita. ¡Ah… chis!

Don Polión. ¡Jesús, María y José!

Blanquita. Gracias. Siempre me constipo en los viajes. Con permiso. *Vuelve a sacar la polverita y a blanquearse la nariz.* Esta nariz es mi condenación: se me pone como un tomate.

Don Polión. ¡En el nombre del Padre, señorita! ¿Qué semejanza puede haber jamás entre su nariz de usted, de nieve y rosa, y ningún miembro de la familia de las solanáceas?

Blanquita. ¿Las solanáceas? ¿Qué familia es ésa? ¿Es de aquí?

Don Polión. ¡No! ¡Es la familia del tomate, precisamente!

Blanquita. ¡Aaaaah!

Se ríen los dos: ella, de él, espontáneamente, y él, del «quid pro quo», *como si obedeciera a un resorte; y como por resorte también, se pone serio*

cuando cree que ya se ha reído lo justo.

Don Polión. Se me disparó la hilaridad.

Blanquita. Es que ha tenido gracia.

Don Polión. Bien, pues…

Blanquita. Sí, señor, sí; voy a decirle ya cuál es el objeto de mi visita, porque usted es persona de graves quehaceres, y sería en mí una gran imprudencia robarle mucho tiempo.

Don Polión. Usted no roba: arroba.

Blanquita. Arroba; muy bien. Muchas gracias.

Don Polión. No hay de qué, señorita. Disimule el juego de vocablos. Soy muy dado a tales equívocos. Tanto, que a veces me es forzoso recordarme a mí mismo los versos del clásico:

Los equívocos se acaben;
sólo reinen los concetos.
¿Ha de estar la discreción
en que nos equivoquemos?

Blanquita. Pues yo, señor barón de la Cuesta…

Don Polión. Don Polión de la Gama; lo prefiero así.

Blanquita. Y a mí me da lo mismo. Pues yo, don Polión de la Gama, soy la primera actriz de la compañía comicodramática que pasado mañana debe inaugurar sus funciones en el teatro Principal.

Don Polión. ¿La famosa Blanquita Revuelta?

Blanquita. Para servir a usted. Me han asegurado cuantas personas me quieren bien en Arrabales, que es usted aquí… —¿cómo lo diríamos?— algo a manera de un censor de teatros particular; que las señoras y las señoritas de esta población tienen por norma el juicio de usted para ir o no ir al teatro.

Don Polión. Sí, sí… no puedo negar que algo influyo… Fían en mi gusto literario, en la rectitud de mi conciencia… y, más que en nada, en mi inquebrantable moralidad.

Blanquita. ¡Ah… chis!

Don Polión. ¡Jesús!

Blanquita. ¡Vaya si lo he cogido! Perfectamente bien, señor de la Gama. Estoy segura de que hemos de caminar de acuerdo. *Mirándolo con zalamería.* Sí. Tiene usted mucha bondad en los ojos. Además, es usted un caballero y yo soy una dama. No usará usted mucho rigor conmigo, ¿verdad? *Con coquetería.* No. ¿A qué no? *Suspirando.* ¡Ay, cuánto le agradezco a usted esa sonrisa! *Don Polión, un poco enternecido, se sienta al lado de ella.* ¿Han pasado ya los seis minutos?

Don Polión. No lo sé; pero ¿qué más da minuto más o menos? *Se mira las guías.*

Blanquita. Yo, no le fuera a hacer a usted mal…

Don Polión. No.

Blanquita. Vamos al grano entonces.

Don Polión. ¿Al *grano* ha dicho usted? *Ergo* hay un *grano.* Presumo que nunca estuvo mejor empleada la frase: Vamos al *grano.*

Blanquita. ¿Ha leído usted la lista de mi repertorio y de mis estrenos?

Don Polión. He leído la lista.

Blanquita. Y ¿qué le parece?

Don Polión. Que será fuerza que empleemos el lápiz azul de vez en vez, principalmente en el capítulo de estrenos uno de los cuales no puede pasar.

Blanquita. ¿Qué me dice usted?

Don Polión. Lo que usted ha oído.

Blanquita. Y ¿cuál es ése, que no caigo…? ¿Acaso «La paz de la altura»?

Don Polión. No.

Blanquita. ¿«Corazones muertos»?

Don Polión. Tampoco.

Blanquita. ¿«El baile prohibido»?

Don Polión. Menos aún. Me refiero, y ha debido usted de adivinarlo desde el primer instante, a «La mala hierba».

Blanquita. *Consternadísima.* ¿A «La mala hierba»? ¿No le gusta a usted «La mala hierba»?

Don Polión. Ni a mí ni a ninguna persona que se estime. ¡Esa comedia no se puede representar en Arrabales! Hoy lo dice el periódico. *Se levanta y pasea.*

Blanquita. *Suplicante.* ¡Señor don Polión…!

Don Polión. Con todos los respetos debidos a la señorita y a la actriz.

Blanquita. Señor mío, nada ha podido usted decirme que más me desconcierte y aflija… Imagine usted que «La mala hierba» justamente es la base de este negocio.

Don Polión. ¡Pues se viene abajo por su base! Y yo lo deploro muy mucho; pero se viene abajo. He aquí el *grano,* que yo temía que fuese maligno.

Blanquita. ¡Señor don Polión…!

Don Polión. ¡Comedia torpe, en que se hace la apología del amor libre y disoluto!

Blanquita. ¡No, señor…!

Don Polión. ¡Sí, señorita…! Yo la he visto en Madrid varias veces… y sé bien a qué carta quedarme.

Blanquita. Eso me habían contado; que usted la había visto ya en Madrid… Por eso no temía…

Don Polión. En Madrid el ambiente es otro.

Blanquita. ¡Pero usted es el mismo!

Don Polión. Sí…

Blanquita. Y también me habían dicho que había usted llevado a sus hijas.

Don Polión. *Mirándose otra vez las guías, turbado.* Sí… Compromisos sociales… mallas del ambiente… Aparte de que era día de moda, y ya contaba yo con que se atendería muy poco a la comedia… Y como además la conocía de antemano, cuando venía algo vituperable les ofrecía a las muchachas un bombón para que, mientras le quitaban el papel de

plata o paladeaban el dulce, pasase inadvertido el veneno de la comedia. Al día siguiente tuvieron un empacho.

Blanquita. Ya, ya. Esto no debiera sorprenderme. De más sé yo que todo el rigor de los moralistas se guarda para las pobrecitas comedias.

Don Polión. ¿Qué quiere usted decir?

Blanquita. Que a los padres y a las madres del día no les importa que vean sus hijas las operetas más desvergonzadas, donde no hay límite a los atrevimientos de palabra y de acción —¡son operetas!—, ni que vayan al cinematógrafo, donde ven *a lo peor* besos silenciosos de dos metros de cinta —¡es el *cine…!*—. Y le hago a usted gracia de los bailes de moda, en que de *espectadoras* pasan a ser *actrices…* ¿Me comprende usted?… Pero las comedias… ¡ah!, ¡las comedias!… ¡En las comedias hay que fijarse mucho; hay que hilar muy delgado!

Don Polión. No quiero entrar en minuciosas discusiones, señorita… No divaguemos… El resultado es que no hay que pensar en que «La mala hierba» se represente en Arrabales.

Blanquita. *Suspirando, abatida.* ¡Ay, Dios mío de mi alma!

Don Polión. ¿Qué es ello? ¿Qué significa ese suspiro?

Blanquita. ¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de significar? ¡Que ha tronchado usted todas mis ilusiones en un momento! ¡Todas! Yo soy empresaria de compañía… «La mala hierba» es la obra de defensa que traigo, la única que puede excitar la curiosidad del público lo suficiente para reportarme algún beneficio. Yo, señor don Polión, no soy empresaria por recreo ni por vanidad: lo soy porque mi vida así lo quiere. El reinado de la mujer es tan efímero como el de la actriz; con las canas, que llegan, viene el desvío del público, el cansancio, el volver la espalda a la que fué la favorita, el herirla con la adoración de nombres nuevos… Y hay que saber no abandonarse, hay que cuidar los años de triunfo… y coger las flores que pródigamente nos ofrecen. De mi risa de actriz, además; de mi llanto fingido o verdadero —que en la escena también se llora a veces—; de mis gritos, de mis gestos, ¡si viera usted cuánta gente vive!… ¡Si usted supiera a cuánta gente le da un pedazo de pan la pobrecita… la desdeñada cómica! *Se enjuga una lágrima.*

Don Polión. ¿Llora usted, señorita?

Blanquita. No. Ha sido una lágrima imprudente.

Don Polión. Una perla.

Blanquita. Déjese usted de perlas. Si yo llorase perlas.

Don Polión. *Emocionado.* ¿Qué?

Blanquita. ¡Le pediría a usted que me diese un disgusto mucho mayor aún que el que acaba de darme!

Don Polión. Señorita… el Fénix de los Ingenios ha dicho:

¡Que tanto puede una mujer que llora!

Blanquita. Pues yo, por las trazas, bien poco puedo.

Don Polión. No tan poco, por vida mía.

Blanquita. *Animándose.* ¿De verdad?

Don Polión. Gobernar es transigir, señorita. Vamos a ver si nos entendemos.

Blanquita. *Estremeciéndose de nuevo.* ¡Ah!

Don Polión. ¿La muerte chiquita otra vez?

Blanquita. Otra vez; pero ahora de gusto. ¿Qué va usted a decirme?

Don Polión. Que paso por que se represente en Arrabales «La mala hierba»…

Blanquita. ¿Sí?

Don Polión. Un poco de calma. Con una sola condición.

Blanquita. La que usted exija.

Don Polión. ¡Arrancarle de raíz el acto segundo!

Blanquita. ¡Don Polión de mi alma, no me mate usted! ¡Si el acto segundo es la obra!

Don Polión. ¡El acto segundo es intolerable! Compréndalo usted, señorita, compréndalo. ¡No hay en Arrabales bombones bastantes para dulcificarlo y hacerlo pasar!

Blanquita. Usted está ofuscado. Prefiero no representar la comedia. ¡Mire usted el acto segundo…! ¡Si tiene una escena que es preciosa!

Don Polión. ¿Preciosa una escena de ese acto? ¡Dígame usted cuál!

Blanquita. La del coqueteo.

Don Polión. ¡Cáscaras! Perdóneme usted estas cáscaras… No he sido dueño de mi expresión… Pero si quiere usted que tengamos la fiesta en paz, no hablemos de la escena del coqueteo.

Blanquita. ¿Por qué no? Yo he de convencer a usted de que no la recuerda. Allí lo que se dice es lo de menos; casi nadie lo oye. Y, sobre todo, señor don Polión, ahora no es la empresaria ni la mujer la que le suplica, la que pretende persuadirlo; es la actriz. ¡Se trata del mayor triunfo de mi carrera artística!

Don Polión. ¡Por amor de Dios!

Blanquita. Como se lo digo. Hago una labor tan personal en ese momento, tan expresiva, tan femenina… No tiene mérito ninguno, porque yo soy así. Mire usted; está el galán, tal como usted, en un extremo del escenario, y yo estoy en el otro. Ya sabe usted que ha habido entre los dos amantes una gran borrasca de celos y que la reconciliación es dificilísima. Bueno. Pues primero, sin mirarlo casi, lo llamo con un levísimo siseo: ssss… ssss… ssss… Él, instintivamente, niega con la cabeza, pero da un pasito hacia mí. *Don Polión lo da maquinalmente.* Luego vuelvo a llamarlo sin palabras, con la manita, como, una chiquilla que quiere hacer las paces: así… Él vuelve a negar… y a dar otro pasito. *Da otro don Polión a su vez, embelesado.* Después lo llamo con los ojos: los arrullo, los entorno, los mezo, los… los evaporo casi… y él entonces da dos pasitos más. *Los da don Polión.* En seguida sacudo ligeramente la cabecita y guiño a la vez el ojo izquierdo, como diciéndole: «¡Vamos, hombre! ¡Pelillos a la mar!». Y después le enseño este lunar del cuello, que es su locura; y después frunzo la boquita con mimo, cargando de razón el labio de abajo; y después… Bueno, después del frunce de la boquita está ya rendido junto a mí… y se hunde a aplausos el teatro.

Don Polión, en el preciso momento, está, como el galán de la obra, al lado de la picaresca Blanquita, hecho una jalea.

Don Polión. Y yo no discuto el fundamento justo de esa ovación. Pero no puedo menos de lamentar que emplee usted sus dotes artísticas en representar personajes de tan baja estofa.

Blanquita. De todo ha de haber en el arte… Además, don Polión, ¡si la protagonista de «La mala hierba» es una infeliz!

Don Polión. ¡Una infeliz!

Blanquita. Sí, señor. Y de sobra lo sabe usted, que tiene cara de haber sido cocinero antes que fraile.

Don Polión. *Halagado.* ¿Yo?

Blanquita. Sí, señor, usted. Muchas mujeres malas… luego resultan las más buenas.

Don Polión. *Riendo a pesar suyo.* ¡Ja, ja, ja! Me ha hecho usted reír nuevamente… ¿Qué le pasa a usted?

A Blanquita le ronda la nariz un estornudo que no acierta con la salida, y pone una cara y hace unos visajes singularísimos, que cautivan más de lo que lo está a don Polión, hasta el punto de imitarlos sin darse cuenta.

Blanquita. El catarro pícaro.

Don Polión. Pero ¿qué le pasa?

Blanquita. Nada, que…

Don Polión. ¿Qué le pasa?

Blanquita. Nada, que… *Estornudando al cabo.* ¡Ah… chis! Quería quedarse dentro.

Don Polión. ¡Jesús! No lo extraño.

Blanquita. ¡Ah… chis!

Don Polión. ¡María y José!

Blanquita. ¡Ah… chis!

Don Polión. ¡Joaquín y Ana!

Blanquita. Muchísimas gracias, don Polión. *Se decora la nariz por tercera vez.* En resumidas cuentas, amigo mío, que usted es muy bueno… y que no hay que tocarle al segundo acto.

Don Polión. Señorita…

Blanquita. ¡Vamos; desarrugue usted ya el entrecejo!.

Don Polión. Señorita… *Bajando la voz.* ¡Si es que yo me he cansado de repetir en Arrabales que antes moro que dar mi venia para el estreno de

esa obra de Barrabás! ¡Considere usted mi compromiso!

Blanquita. No hay tal compromiso. Diga usted ahora que se han suprimido muchas frases… y hasta algunas escenas. Una mentirilla.

Don Polión. No, eso no; por fuerza habrá que amputa: algo. Echaremos abajo el acto tercero.

Blanquita. ¡Ave María Purísima! ¿Me va usted a toca al tercero?

Don Polión. ¿Otro triunfo de actriz?

Blanquita. No, señor; en el tercero no es de actriz. Ahí el triunfo —va usted a dispensarme la inmodestia— es de la mujer. Y no por mí, sino por el trajecito que saco. Hay que verme. Sin ser atrevido, ¿me comprende usted? —porque yo soy muy pudorosa vistiendo—, tiene su granito de sal y pimienta. Y de canela y clavo. Y hasta su poquito de ajojolí. Y…

Don Polión. No más especias, señorita.

Blanquita. Verá usted. Es en la fiesta de los duques. Bueno, todo el traje es de fantasía. De mucha fantasía. Es una creación de mi modisto, que es *fantástico.* Sobre todo en las cuentas. El escote es muy original. Empieza aquí arriba del hombro izquierdo, y va bajando poquito a poco por aquí por aquí por aquí por aquí por aquí, hasta dar la vuelta a la espalda. Tiene ángel. La manga derecha… en rigor no es manga; no son más que dos cintas negras de terciopelo cruzadas caprichosamente, y que se unen en la muñeca en un lazo. Es bonito. El brazo izquierdo va desnudo.

Don Polión. ¡Y el derecho también!

Blanquita. No lleva más que una guirnaldita de rosas muy tenues y muy chiquirrititas, que parece que no están… y que están. Hace fino. El cinturón… el cinturón es un poco oriental. Y me lo anudo de una manera… Bueno, no le digo a usted cómo me lo anudo para que se sorprenda luego. Oriental. La falda es de gasa finísima. Los zapatos son plateados, escotaditos, y con dos florecitas iguales a las del brazo izquierdo. Salgo de frente… y un murmullo. Me vuelvo de perfil… y otro murmullo. Doy un paseíto… ¡y eche usted murmullos! No les tema usted en este acto a las crudezas del lenguaje, porque nadie se entera de una palabra desde que salgo yo. Huelgan los bombones.

Nos parece pueril detallar cómo ha escuchado don Polión la descripción del trajecito. El hecho es que, por toda respuesta, estornuda.

Don Polión. ¡Ah… chis!

Blanquita. ¡Hola! ¿Se ha contagiado usted?

Don Polión. Así parece. ¡Ah… chis! Sin duda el microbio del catarro…

Blanquita. ¿Quiere usted la borlita?

Don Polión. ¡La borlita no va a quererme a mí!…

Blanquita. ¿Por qué no?

Don Polión. Sobre que yo no soy presumido…

Blanquita. No; si yo no la llevo por presunción… Es que esto refresca y alivia.

Don Polión. ¡Ah, ya! Si refresca y alivia…

Blanquita. Verá usted. *Saca la borlita, la sacude graciosamente, y antes de aplicársela a la berenjena que tiene por nariz don Polión, éste se estremece de gozo.*

Don Polión. ¡Ah!

Blanquita. ¿Qué es eso?

Don Polión. *Como quien dice una picardihuela.* ¡La muerte chiquita!

Sueltan los dos la carcajada.

Blanquita. ¡Ay, qué salado! *Le polvorea con gracia la berenjena.* Aspire usted, aspire usted…

Don Polión, extasiado, aspira los polvitos medicinales.

Sale la perra por la puerta del foro. Su señor, al verla, se separa rápidamente de Blanquita, con la nariz hecha un polvorón.

Damiana. Señor.

Don Polión. *Mirándose una vez más las guías.* ¿Qué hay, Damiana?

Damiana. El señor alcalde.

Don Polión. *Poniéndose del color de las babuchas.* ¡El señor alcalde! Pues dile… dile…

Blanquita. Que no le diga nada, porque yo me retiro.

Don Polión. ¿Ah, sí? En ese caso, Damiana, acompaña tú a esta señorita…

Damiana. Sí, señor, sí; aquí fuera aguardo. *Se va por la puerta de la derecha casi con el moquillo.*

Don Polión. ¡Esto se complica, amiga mía! ¡El alcalde ahí! ¡Estoy comprometido con él! ¿Qué le digo?

Blanquita. *Sonriente.* Espere usted a ver lo que él le dice… Porque yo vengo ahora de visitarlo.

Don Polión. ¿Eh?

Blanquita. ¡Y lo he convencido también!

Don Polión. ¡Ah!

Blanquita. Y anoche estuve en casa del señor cura párroco…

Don Polión. ¿Eh?

Blanquita. ¡También cayó!

Don Polión. ¡Ah!

Blanquita. Y como es tan aficionado al teatro y sus hábitos le vedan salir a la sala, me ha pedido que le ponga en el escenario una sillita…

Don Polión. ¡Oh!

Blanquita. De manera que…

Don Polión. ¡De manera que no le queda a usted que hacer más que convencer asimismo a los directores de los periódicos!

Blanquita. *Muy bajito.* Los dos han ido esta mañana a verme a la fonda.

Don Polión. ¿Eh?

Blanquita. Les escribí anoche.

Don Polión. ¡Ah!

Blanquita. Y ahora voy a la Casa del Pueblo.

Don Polión. ¡Oh!

Junto al saber de una mujer astuta
Cicerón y Pascal no saben nada…

y es fruta santa la vedada fruta.

Hasta colaborar con el poeta me ha hecho usted… *Despidiéndose.* Encantadora Blanquita, somos amigos.

Blanquita. ¡Amiguísimos!

Don Polión. ¡Amiguísimos!

Blanquita. Me voy muy agradecida y muy contenta.

Don Polión. A los pies de usted… Damiana la acompañará… Discúlpeme.

Blanquita. Disculpado completamente.

Don Polión. ¡Damiana!

Dentro se oye un gruñido.

Blanquita. Ahí está, sí, señor.

Don Polión. A los pies de usted. *Se marcha por la puerta del foro con rubor hasta en las babuchas. No tropieza, pero le falta el canto de un papel de fumar*.

Blanquita. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

Vuelve a salir Damiana, que se acerca a Blanquita y le dice cautelosamente:

Damiana. Oiga usted; con licencia. Cuando eche usted esa función, a ver si guarda para mí dos entradas de arriba. ¡Sin que el señor se entere, por supuesto!

Blanquita. ¡Ya lo creo! ¡Cuente usted con ellas!

Damiana. Muchas gracias. *Se va contentísima.*

Blanquita. ¡Está visto que ya no hay caracteres! *Al público:*

Gané la voluntad de estos varones
sin más que una pueril zalamería…
Es difícil vencer las convicciones,
pero es fácil burlar la hipocresía.

FIN

Madrid, febrero, 1920.

RAMO DE LOCURA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO DEL CENTRO** el 26 de abril de 1921

A JOAQUÍN GUICHOT,
cordialmente,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Narda.	María F. Ladrón de Guevara,
La Señora Aldonza.	Irene Alba.
Maravillas.	Joaquina Almarche.
Libre.	Carmen Villa.
Dámasa.	Montserrat Blanch.
Cecilio.	Rafael Rivelles.
El Señor Zapata.	Juan Bonafé.
El Señor Fausto.	Pablo Hidalgo.
Antonino.	Nicolás Rodríguez.
Indalecio.	Antonio P. Soriano.

RAMO DE LOCURA

ACTO PRIMERO

Trastienda de la cacharrería de la señora Aldonza, en un barrio del viejo Madrid. A la izquierda del actor, en primer término, puerta con cortina que da a la tienda; a la derecha, puerta de salida al portal de la casa. Al foro, en el segundo término de la derecha, una ventana que da al patio, y en el tercero de la izquierda, puerta que conduce a las habitaciones del local. Una mesa de pino con hule, dos o tres sillas ordinarias, y acá y allá, por los rincones, diversos cacharros, estropajos, escobas, rollos de cordel, algún cajón con varios compartimientos llenos de granos y semillas, etc., etc. En una palabra: repuesto y sobras del modesto comercio. En la ventana, que no tiene reja, una persiana recogida, una maceta de geranios y una Jaula con un pajarillo. En la pared, dos o tres cromos pintorescos. Pendiente del techo, una bombilla de luz eléctrica con pantalla. Suelo de ladrillos medio cubierto con pedazos de pleita.

Es por la mañana, en octubre.

Antonino, estudiante que aún no ha entrado en quintas, habla desde la ventana por las manos con una vecinita a quien se supone asomada a uno de los balcones del patio.

La señora Aldonza lo hospeda en su casa, y está en Madrid preparándose, al decir de él, para unas oposiciones a Correos. Sobre la

mesa tiene un libro esperándolo.

Indalecio, sillero que trabaja en el patio, y que sólo es oído y no visto, canta una tonadilla popular.

INDALECIO.

A la vez que mis ojos lloran,
canta y ríe mi corazón;
y a mi cuerpo de arriba abajo
lo sacude como un temblor…

ANTONINO. *Después de dos o tres rectificaciones de su mudo lenguaje.* Pero, oiga usté, Indalecio.

INDALECIO. *Dentro.* ¿Qué hay, pollo?

ANTONINO. ¿Es que la compostura de asientos de rejilla requiere el canturreo?

INDALECIO. ¿Es que al hablar por señas le molesta la música?

ANTONINO. Los abejorros molestan siempre. ¡Me confunde usté!…

INDALECIO. Pues yo cantando me alegro el trabajo. ¡Como no fumo!… Ya te acostumbrarás.

ANTONINO. ¡Bueno!

INDALECIO. Mientras no acabe esta rejilla tiés gramófono.

ANTONINO. ¡Bueno!

Continúa él su diálogo con la vecina y el otro su canto.

INDALECIO.

Rojo y oro son los colores
más bonitos que Dios crió;
rojo y oro son los que lleva
la bandera de mi nación…

Pausa. El señor Fausto, marido de la señora Aldonza, asoma en la puerta de la izquierda, llamando.

Señor Fausto. ¡Libre! ¡Libre! Hombre, Antonino, que no pueo apartarme de la tienda: dale una voz a Libre. *Se retira.*

Antonino. Sí, señor Fausto. *Llégase a la puerta del foro y llama.* ¡Liebre! ¡Liebre! *Se vuelve a la ventana a charlar.*

A poco sale del interior Libre, criada de la casa, donde no tiene un minuto adecuado a su nombre.

Libre. *Encarándose con Antonino.* Usté y yo vamos a terminar malamente.

Antonino. ¿Y eso?

Libre. ¡Me va a mí cansando ya lo de Liebre!

Antonino. A mí me cansa más el bacalao.

Libre. Eso cuénteselo usté a la señora Aldonza. Yo guiso lo que me mandan traer. ¿No sabe usté mi nombre?

Antonino. ¡Liebre!

Libre. ¡Libre! Como si quié usté decirlo del to: Librepensamiento.

Antonino. Es muy largo con el apellido.

Libre. Pues así me puso en la pila mi padre, y así me tié usté que llamar.

Antonino. ¿En qué pila te lo puso tu padre? ¡Sería en la Cibeles!

Libre. ¡Vamos; que le den a usté cuatro tiros!

Antonino. ¡Los que tú quieras, Liebre!

Libre. ¡Libre! ¡Usté sí que tié nombre de pájaro! ¡Miá que Antonino!

Antonino. Me gusta enfadarte porque te pones muy preciosa. ¡Que una porcelana del Retiro sirva en una cacharrería!…

Libre. ¡Las manos quietas!

Antonino. Hoy te has levantao con el bonito cuesta arriba.

Libre. Eso, a la hija de la comadrona. *Señala a la ventana.*

Antonino. Eso, a ti, que eres la que me disloca en el barrio.

Libre. ¡Las manos quietas!

Antonino. Pues ¿qué haces tú que no das ejemplo? ¡Déjalas quietas tú!

Se oye rezongar allá dentro a la señora Aldonza, que se acerca.

Libre. *Despavorida.* ¡Huy! ¡La señora Aldonza! ¡Voy a un recao al principal! *Echa a correr hacia la puerta de la derecha y se va escapada.*

Antonino. ¿Ves como eres Liebre? *Siéntase a la mesa a hacer que estudia, temeroso también.* Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo… Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo…

Repitiendo esta cantinela lo sorprende la señora Aldonza, que sale por la puerta del foro, lo escucha un momento y luego exclama:

Señora Aldonza. Pero, tú, ¿ese libro no dice más que esa monserga?

Antonino. ¿Eh?

Señora. Aldonza. ¡Que si ese libro no trae más que eso!

Antonino. No, señora; sino que lo repito, pa fijármelo en la memoria.

Señora Aldonza. ¡Como que yo he llegao del pueblo en el corto! *Le da dos cocotazos.* ¡Toma vocativo!

Antonino. ¡Señora!

Señora Aldonza. ¿Qué?

Antonino. ¡Las manos quietas!

Señora Aldonza. ¡Te pensarás tú que vas a burlarte de tu madre y de mí! ¡Tu madre te ha mandao del pueblo a mi cuidao, pa que estudies, y no coges un libro en to el día! ¡Y yo tengo licencia de tu madre pa hacerte picadillo si es menester!

Antonino. ¡Usté no es más que mi patrona, y gracias! ¡Y estos tratos se van a acabar!

Señora Aldonza. ¡Como no te acabes tú primero!… *Dándole un empellón.* ¡A estudiar, bigardo! ¡A estudiar! ¡A pasar ya del vocativo!

Antonino. ¡La he dicho a usté que las manos quietas!

Señora Aldonza. Por supuesto, que la mitá de la culpa de tu gandulería la tié la puerca de la hija de la comadrona.

Antonino. ¡Señora, más respeto!

Señora Aldonza. ¡Que empiece ella por darse a respetar! ¿A que está al balcón? *Mirando al patio desde la ventana.* ¿No lo dije? ¡Allí está la prenda! *Gritándole.* ¡Niña! ¡Que el patio es húmedo! ¿No tié usté na que hacer allá dentro, y son las once de la mañana? ¡Puerca! ¡Más que puerca!

Antonino. A usté la van a echar de la casa.

Señora Aldonza. ¿A mí? ¡No ha nacido! *A la vecina nuevamente.* ¡Puerca! ¡Puerca! ¡Puerca!

Indalecio. Siempre desde dentro. ¡Vamos, señora Aldonza!…

Señora Aldonza. ¿Vamos? ¿Adónde vamos? ¡Yo, con usté, ni a misa!

Indalecio canta por toda réplica:

Indalecio.

Soldado de Nápoles
me quiso mi suerte…

Como se ve, la señora Aldonza es una cacharrera de armas tomar. En el barrio es famosa y temible.

Sale el señor Fausto de la tienda. En la mano trae una citación de un Juzgado.

Señor Fausto. Aquí tiés, Aldonza: la de esta semana, No podía faltar.

Señora Aldonza. ¿Qué?

Señor Fausto. La citación a juicio; pa el día 13.

Señora Aldonza. ¡Ah! sí: con la Pascasia la tripicallera. La zurré la otra mañana en el mercao. Se quedará con la zurra y pagará las costas. Ya el juez me conoce.

Señor Fausto. ¿No te ha de conocer? ¡Como que vas cuasi a diario!

Señora Aldonza. ¡Porque no tolero demasías de nadie, señor! ¡Porque pa eso me ha dao Dios a mí dos manos y una lengua muy limpia! ¡Porque la justicia es justicia siempre! *A Dámasa, moza de servicio, que, con un cántaro a la cintura, ha asomado en el patio tras la ventana y se ha detenido a escucharla:* ¿Qué? ¿Qué hay?

Dámasa. Na, señora Aldonza; que voy pa la fuente.

Señora Aldonza. ¡Pues a la fuente, que esto no es un *cine! Corre la persiana con mal modo.*

Dámasa. ¡Ave María! ¡Qué fiera de mujer!

Señora Aldonza. ¡Más vale ser fiera que no pava! *A su marido.* ¡Tú, pasmao, a la tienda, que la has dejao sola! *El señor Fausto se rasca la cabeza y se va en silencio. Al estudiante.* ¡Tú, sinvergüenza, al libro! *Antonino la mira y se sienta a estudiar.* Yo la voy a decir cuatro palabras al oído a la portera, y otras cuatro en voz alta al señor Paco el del quiosco. *Al ir a marcharse por el portal, acierta a llegar Libre.* ¿De ande vienes tú?

Libre. Del principal, señora Aldonza; donde usté me ha mandao.

Señora Aldonza. Y ¿qué te ha dicho esa tarasca?

Libre. Que luego la traerá a usté lo que la debe.

Señora Aldonza. ¡Ay, qué viva! ¡Luego subiré yo por el dinero! ¡Y si no me paga el jabón que me debe, me traigo el reló del comedor! ¡Hala tú, a la cocina, que no se ganan dos duros pa estar de paseo! ¡Hala!, ¡hala!

Libre se va sin respirar, por la puerta del foro, y la señora Aldonza, refunfuñando, por la de la derecha, de seguro a dar ocasión para que la citen de nuevo a juicio. Un instante después se levanta Antonino y se pone a bailar como si tuviera pareja, al son de un «schotis» tarareado por él y secundado por Indalecio desde el patio.

Antonino.

Que no pué ser,
que no pué ser,
bailar el «chotis» traducido del inglés…

Vuelve el señor Fausto.

Señor Fausto. ¿Te desahogas, eh, buena pieza?

Antonino. ¡A ver qué va a hacer uno!

Señor Fausto. ¡Dichoso tú, muchacho; dichoso tú!… Te digo que… *Después de echar una ojeada a la tienda.* Vamos a ver, tú que eres estudiante, aunque no estudias: ¿cuál es el animal más burro de la creación?

ANTONINO. Señor Fausto, eso no está en el programa de mis oposiciones a Correos; pero pa mí que el animal más burro… es el burro. ¡Por algo se le llama así!

SEÑOR FAUSTO. Sí, ¿eh? Pues no te quepa duda: el animal más burro soy yo.

ANTONINO. ¿Usté?… *Acordándose de la señora Aldonza.* Es posible.

SEÑOR FAUSTO. ¡Que si es posible!… *Echa otra ojeada a la tienda y luego continúa.* ¿No hay que ser siete veces pollino pa haber cargao con esa furia, ahora que no me oye? ¡Y con agravantes! Porque ella tuvo un primer marido: Encinas el talabartero. Y le arruinó en dos años, y le desesperó en tres, y le enterró en cuatro. Y todavía estaba de alivio, cuando se me ocurrió a mí llegarme a ella a tirarla los tejos, con mi capita azul bordada, presumiendo de guapo, pa ver si me llevaba aquella princesa. ¡Y me la llevé en los vuelos de la capa! ¡Ya lo creo que me la llevé! ¡Pa mí solito! ¡Hace ya más de veinte años! Se conoce que yo soy más duro que Encinas.

ANTÓNIMO. ¡No que no! ¡Pues si no tuviera usté la pasta que tiene!…

SEÑOR FAUSTO. ¡Hazte cuenta! El diablo me ha dao el mal, y Dios la medicina, de paso. La medicina es mi caráter.

ANTONINO. Ya, ya. Hay que tener paciencia, señor Fausto. En esto de los matrimonios se dan desgracias y se dan suertes. ¡Y a usté le ha tocao la china!

SEÑOR FAUSTO. *Suspirando.* ¿La china?… ¡La China… y el Japón!

ANTONINO. ¡Ja, ja, ja! *Torna el hombre a su baile.*

SEÑOR FAUSTO. Pa ti es el mundo, perdigón; pa ti es el mundo.

Una voz llama dentro, en la tienda.

VOZ. ¡Señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Va!

ANTONINO. Aguarde usté. *Mira por la cortina.* ¡Atiza!

SEÑOR FAUSTO. ¿Qué?

ANTÓNIMO. La doncella del 7: la rubia. Déjeme usté que yo la despache. ¡Valiente mujer!

SEÑOR FAUSTO. Anda, anda; despáchala. Pero ya sabes lo que es jugar con fuego.

ANTONINO. ¡Desde que estoy aquí se ha aumentao la parroquia de muchachas bonitas!

SEÑOR FAUSTO. Quizás que vengan a tu reclamo.

ANTONINO. ¡No le quepa a usté duda! *Se va a la tienda.*

El señor Fausto, con la calma que lo caracteriza, descorre la persiana que corrió su mujer y cambia unas palabras con el sillero.

INDALECIO. ¡Hola, señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Hola, Indalecio!

INDALECIO. ¿Paece que la mañana está movidita?

SEÑOR FAUSTO. ¡Por variar!

INDALECIO. A mí también me ha saltao un chispazo.

SEÑOR FAUSTO. ¡Por variar! No hay dos como ella. ¡Se mete hasta/con los faroles por la calle! Pero ¿qué más se ha de decir en su alabanza? Tié dos hijos del primer matrimonio: pues los dos vienen a la tienda a verme a mí, que soy su padrastro, cuando no está en casa mi mujer, que es su madre. ¡Ya están pintaos los carateres!

INDALECIO. Yo, por mí, la aguanto y no la murmuro, porque algo tengo que agradecerla.

SEÑOR FAUSTO. ¿Usté?

INDALECIO. ¡Ahí es nada! Un día sí y otro no, le rompe a usté una silla en la cabeza… y yo hago luego la compostura…

SEÑOR FAUSTO. ¡Vamos!

INDALECIO. Tos hemos de vivir, ¿no es verdá? ¡Si no se rompen sillas, yo no como!

SEÑOR FAUSTO. *Apartándose desdeñosamente de la ventana.* No estoy de humor de *paradojas. Viendo que alguien empuja la puerta del portal, que al irse no cerró la señora Aldonza.* ¿Quién es?

SEÑOR ZAPATA. Gente de paz.

Entra, Cecilio.

CECILIO. Buenos días.

SEÑOR FAUSTO. Buenos días, señor Zapata y la compaña.

SEÑOR ZAPATA. Dios le guarde, *in.*… Fausto.

El señor Zapata es un notable encuadernador, gafa de su oficio; hombre ya entrado en años. Cecilio es oficial predilecto de un pintor escenógrafo. Viene abatido, triste; presa de una profunda conmoción.

SEÑOR FAUSTO. ¡Infausto!… ¡Y que usté lo diga! ¿Qué le trae por aquí?

SEÑOR ZAPATA. ¿Y Dulcinea?

SEÑOR FAUSTO. ¿Quién?

SEÑOR ZAPATA. Aldonza Martínez.

SEÑOR FAUSTO. ¡Ah! Mi costilla. Acaba de irse hecha un vendaval.

SEÑOR ZAPATA. Genio y figura… Ella siempre ha tenido buen aire.

SEÑOR FAUSTO. Sí, sí. ¿La quería usté algo?

SEÑOR ZAPATA. Algo la quería. Algo la quiero, pa que no haya equívocos. O, por mejor decir: algo me trae a ella. Este amigo ha tenido un disgusto en la casa de huéspedes, y se quiere mudar. Mudarse ahora en este Madrí es más difícil que vivir sin dineros. Y yo, que le quiero como a un hijo, porque le vi poner la sal en la boca, me acordé de que usté y la Aldonza, pa ayudarse, alquilan algunas habitaciones a personas de confianza, y le dije: «Vente conmigo, que un agujero donde meterte no te ha de faltar».

SEÑOR FAUSTO. Ya, ya comprendo… Pues ahora vendrá ella y le dirá a usté… Porque no sé cómo podremos arreglarlo… Ella lo dirá… Ya sabe usté, señor Zapata, que yo aquí pinto poco…

SEÑOR ZAPATA. Sí: le tiembla a usté el pulso. Y lo poco que pinta usté se despinta en seguida.

SEÑOR FAUSTO. *Sonriendo.* ¡Eso es!… Tenemos de huéspeda a la Narda, la chica de Bernarda la Colorá —usté la conoce…

SEÑOR ZAPATA. Sí.

SEÑOR FAUSTO. Oficiala en una tienda de flores contrahechas de la Gran Vía…

SEÑOR ZAPATA. Sí.

SEÑOR FAUSTO. Tenemos también a Antonino…

SEÑOR ZAPATA. ¡Ah, sí; Antonino!… El estudiante.

SEÑOR FAUSTO. De modo y manera que, como ella no discurra otra cosa —que sí que la discurrirá— yo no veo que le podamos meter a este joven más que en un cuarto que hay junto a la cocina… Allá veremos ella qué dice.

SEÑOR ZAPATA. Éste se acomoda en cualquier parte.

CECILIO. En cualquier parte.

SEÑOR ZAPATA. Con tal de sacarlo de allí… mientras no se da con otro sitio… Aquí, por lo menos, aparte del buen trato, tié la ventaja de hallarse a un paso de su ocupación. Porque trabaja con el escenógrafo de ahí de la vuelta.

SEÑOR FAUSTO. Ya.

SEÑOR ZAPATA. Es artista de mérito.

SEÑOR FAUSTO. Ya.

SEÑOR ZAPATA. Pinta más que usté…

SEÑOR FAUSTO. Lo que es eso, por poco que pinte…

ANTONINO. *Desde la tienda.* ¡Señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Va! Entonces ustedes van a esperar aquí a la Aldonza.

SEÑOR ZAPATA. Sí, sí; la esperamos.

SEÑOR FAUSTO. Pues en su casa están. Yo voy, con permiso…

SEÑOR ZAPATA. Ande, ande; no se ocupe usté de nosotros.

ANTONINO. ¡Señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Va! ¡Qué prisas traen algunos! *Marchase a la tienda sin alterarse.*

SEÑOR ZAPATA. ¡La pachorra que tié este socio! Por supuesto que… *Lleno de reservas mentales.* El cielo se la aumente. *A Cecilio.* ¡Alegra esa

cara, hombre de Dios, que hoy has nacido! Siéntate. *Cecilio se deja caer en una silla.* Pero, qué, ¿no pasa la calentura?

CECILIO. ¡No pasa!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues tié que pasar, Cecilio; tié que pasar!

CECILIO. ¡Pues no pasa!

SEÑOR ZAPATA. ¡Mal hayan las mujeres!

Sale de la tienda Antonino en dirección a la puerta del foro, por la cual se va luego.

ANTONINO. *Al ver al señor Zapata.* ¡Hola, señor Teófilo!

SEÑOR ZAPATA. Niño, soy bachiller: o don Teófilo, o señor Zapata.

ANTONINO. ¡Ah! bueno; usté dispense. ¡Hola, don Teófilo! *Vase.*

SEÑOR ZAPATA. Así. Vé con Dios, Antonino. *A Cecilio.* Éste es el estudiantillo que vas a tener por compañero. Es de ahí, de un pueblo toledano, y la madre se lo manda a la señora Aldonza pa que lo vigile. Es como si se lo encargara a la Guardia civil. Verás qué peine. La Geografía postal se ha propuesto estudiarla uniendo lo útil a lo agradable, que dijo Aristóteles. Enamora a todas las criadas de alrededor que, ¡claro!, cada una ha nacido en un pueblo distinto: la una es de Segovia, la otra es de Palencia, la otra de Jaén, la otra de Lugo… Total: que así adquiere el hombre sus conocimientos geográficos… se entera de las líneas… y no pierde el tiempo del todo.

Vuelve Antonino, con sombrero, por donde se marchó, y se encamina a la puerta de la izquierda.

ANTONINO. Salú, señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. Adiós, muchacho. Te relucen los ojos: ¿ha caído chapuza?

ANTONINO. Y ¡qué chapuza! Una rubia de Gibraleón, que sirve en el 7. La han dao a llevar una carta al Tribunal de Cuentas, y como no sabe por Madrí… la voy a acompañar al *metro. Vase.*

SEÑOR ZAPATA. ¡Cuidao con el *metro,* que corre mucho! ¡Y cuidao con las rubias!

¡Ay de aquel que va aprisa a alguna parte
y se encuentra a una rubia en el camino!

¡Qué bien lo dijo don Ramón! A ese perillán le gustan morenas y rubias. No querrá matarse nunca por una mujer, como tú. Pué que lo maten a él entre todas, pero, por lo pronto, es más feliz que un gorrión en el alero.

CECILIO. Pues no le envidio.

SEÑOR ZAPATA. No le envidias porque estás ciego todavía. Ya te pasará el vértigo. En cuanto puedas reflexionar… y vivas unos días apartao de aquellos lugares. ¡Vamos! ¡Ca vez que pienso que si no me da la corazonada y llego a tiempo de impedir el desastre, ahora estarías tú en el otro mundo en vez de estar aquí… no sé lo que me corre por dentro!

CECILIO. ¡Mejor estaría!

SEÑOR ZAPATA. ¡No digas disparates!

CECILIO. ¡Disparate es obligarle a uno a vivir cuando pierde la única ilusión de su vida!

SEÑOR ZAPATA. ¡No digas disparates! ¡La única ilusión!… ¿Qué entiendes tú de eso, chaval? Dios es más sabio que nosotros: tos los otoños se caen las hojas de los árboles y toas las primaveras vuelven. ¡Digo! ¡Un hombre lleno de juventú!…

CECILIO. Y ¿pa qué quiero ya mi juventú, señor Zapata?

SEÑOR ZAPATA. ¡Válgame la Virgen de la Paloma! No te ofusques; no te despeñes. Tírale un poco de las crines, si no tié riendas, a ese potro loco que llevas en el pecho.

CECILIO. ¡Ayayay! *Se levanta y pasea desasosegado.*

SEÑOR ZAPATA. Escúchame. Escúchame, hombre, que hoy por hoy yo soy tu creador. ¡Ca vez que me acuerdo! Ven acá, Cecilio, ven acá; dame un abrazo, que me paece mentira. *Lo abraza coy dialmente, Cecilio luego se enjuga los ojos y se vuelve a sentar, postrado.* ¡Hola!, surte el grifo. Eso ya está mejor. El suicidio —no se te olvide esto— no es más que un ramo de locura. Yo soy un hombre medianamente culto —a ti te consta—; mi oficio ilustra unas miajas. Por mi encuadernación pasan los libros de toas las materias; y yo, ¡natural!, a unos más y a otros menos, a tos ellos les doy un

vistazo. Pa mí los libros son como pa el estudiante las criadas. Pues a lo que voy: días atrás me llevaron a encuadernar la *Divina Comedia* —versión española; yo, de italiano, *non capisco*—. Y mira tú por dónde, di en lo que viene a este caso como anillo al dedo. ¿Qué castigo crees tú que tién en el Infierno dantesco los que atentan contra su vida?

CECILIO. No lo sé.

SEÑOR ZAPATA. Pues una friolera: se convierten na más que en troncos de árboles, donde anidan furias. Y el día del Juicio final no encuentran sus cuerpos. Desentraña la alegoría.

CECILIO. No estoy pa alegorías, señor Zapata. Un suicida es siempre, y por cima de to, un desventurao.

SEÑOR ZAPATA. Eso no te lo niego yo. ¡Un desventurao!… ¡Ya lo creo que lo es! Y hablando en serio, tos conocemos casos en que la desventura es tal, que se explica que una criatura no pueda soportarla y se quite de en medio. Pero ¿me quiés decir cuál es la tuya, gurripato?

CECILIO. Que ¿cuál es la mía? Y ¿usté me lo pregunta? ¡Yo no conozco otra mayor!

SEÑOR ZAPATA. ¡San Isidro te valga! ¿Es que se te ha quemao la casa y has perdío tos tus bienes, como el pobre Samuel Aparicio, que al cabo de cuarenta años de trabajo se ha quedao con el día y la noche? ¿Es que tiés cuatro o cinco chavales que te piden pan y no pués ganarlo pa ellos? ¿Es que se te ha muerto una hija de veinte años, como a mí? ¿Es que te han deshonrao con una calumnia, y to te acusa, y no encuentras medios pa deshacerla? ¿Es que tiés un vicio que te prostituye y te arruina? ¿Es que padeces un mal físico que no te deja dormir ni comer y vives en un puro lamento? Na de eso te ha pasao ni te pasa; ni Dios lo permita. Tú ibas a liquidar tus cuentas con Dios… porque la chica de Sinibaldo el ebanista no te quiere. ¡Vaya una desventura!

CECILIO. *Levantándose irritado y yendo a él.* ¡Cómo se ve que ya principia a blanquearle a usté la cabeza; cómo se ve que ha olvidao ya lo que son pasiones, si es que alguna vez supo de eso! ¡No comprende usté que yo no quisiera vivir ni un solo día sabiendo que ella no me quiere! Y si ella no me quiere, ¿qué me importa a mí lo demás de este mundo? ¡Este desprecio no le entra a usté en el corazón!

SEÑOR ZAPATA. No me entra, no; pero es porque está lleno de algo mejor que ese desprecio tuyo, que, si lo miras bien, tié bastante de amor propio chafao.

CECILIO. ¡Señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. Sosiégate. ¿Qué te importa a ti na en el mundo si no te quiere Maravillas, verdá?

CECILIO. ¡Verdá!

SEÑOR ZAPATA. Tu padre, derrengao de tanto trabajar pa hacerte un hombre, soñando con que seas un artista de fama, no tendría ya ni una hora dichosa; pero eso, ¿qué?, ¡si a ti no te quiere Maravillas! A tu madre también la costaría la felicidá de los pocos años de vivir que la queden; pero eso, ¿qué?, ¡si Maravillas no quiere a su hijo! A tus hermanos los menores les ibas a dejar un buen ejemplo pa resistir las contrariedades de este mundo; pero eso, ¿qué?, ¡si a ti no te quiere Maravillas! Tú mismo, empezando a vivir como estás, llena de sueños la cabeza, ya no tiés na que hacer aquí, ni esos sueños valen dos perras, ni las valen la salú y el talento que Dios te ha dao. Tú lo desprecias to… ¡porque no te quiere Maravillas!

CECILIO. Padrino, esas palabras…

SEÑOR ZAPATA. Si no fueran mías pediría que se esculpiesen, como dijo Ríos Rosas. ¡Que se esculpiesen, sí, a la cabecera de tu cama, y a la de tantos infelices como hay que se perturban porque no les hace cara una mujer! ¡San Antonio de la Florida! ¡Con la de mujeres que hay de más, con los brazos abiertos!

CECILIO. ¡Usté no se ha enamorao de ninguna mujer!

SEÑOR ZAPATA. ¿Conque no? Pues van las diez de últimas. Tú no sospechas, inocente, que te estoy hablando por experiencia.

CECILIO. ¿Por experiencia?

SEÑOR ZAPATA. Sí, señor. Pasé de mozo por este mismo trance que tú. Estoy mirándote en mi espejo. Me enamoré a cegar de una mujer preciosa. ¡Preciosa! La gala de su barrio. Compararla con otra ninguna era una tontería. Traía revueltos a los hombres. Ca uno la llamaba de un modo: la «Flor del Trigo», porque era rubia como unas candelas; la «Maja de Goya», «Ofelia»,

la «Azucena de Curtidores»… ¡qué sé yo! Cuando me la encontraba en la calle al azar, temblaba como un azogao; me quedaba sin respiración, sin pulso… Un día me decidí, me acerqué a su puerta pidiéndola cariño, y me contestó: «Perdone, hermano: no hay mendrugos». Enfermé de tristeza, de desesperación. Mi hermana Cinta me cogió y me llevó a la Sierra, pa que no me muriese. En la Sierra estuve una temporada… ¡sin pensar más que en ella! Volví a Madrí… y me la encontré en amores con otro. Me trastorné… me dio ese ramo de locura: como a ti hoy. Me encerré en mi alcoba llorando, convulso; preparé un brebaje pa acabar mis días, y ya me lo iba a echar al cuerpo, cuando llegó a estorbarlo un buen amigo de mi padre, al cual, desde poco después, le rezo a diario.

CECILIO. ¿Y luego?

SEÑOR ZAPATA. ¿Luego? ¿No me oyes que a aquel bien, hechor le rezo a diario? Por él estoy de pie; por él me casé con la santa que tú conoces, que me ha dao tres hijos, y por él tengo autoridá pa decirte toas las cosas que te he estado diciendo. Unas veces rabio, otras veces río, como es de razón en este mundo; y Dios, por lo visto, ha querido premiarme poniéndome en el caso de hacer yo contigo lo que conmigo hicieron en hora buena. Ya estás enterao.

Inopinadamente sale Libre corriendo por la puerta del foro, coge la jaula de la ventana, y con ella se va por donde sale y como sale.

LIBRE. ¡Se me había olvidao aviar al *Chicuelo*! ¡Me la iba a ganar buena!… Por supuesto, ¡de toas maneras me la gano!… Señor Zapata. *Cuando se va Libre; sonriendo filosóficamente.* ¡Psché! ¡Contrastes de la vida!… La nota cómica. *A Cecilio, luego.* Paece que me miras atónito.

CECILIO. No…

SEÑOR ZAPATA. Se conoce que no tenía yo pa ti pinta de suicida… Nadie conoce a nadie. Ya suena ahí dentro la patrona.

Efectivamente óyese a la señora Aldonza chillar en la tienda. Y chillando sale a ver a Cecilio y al señor Zapata.

SEÑORA ALDONZA. ¡Vamos, hija, hable usté más claro si quié usté que en Madrí la entiendan! ¡O traiga usté un irtérprete! ¡Nos ha fastidiao! ¡Hola, Teófilo!

SEÑOR ZAPATA. ¡Hola, Aldonza!

CECILIO. Buenos días.

SEÑORA ALDONZA. Buenos días.

SEÑOR ZAPATA. ¿Qué era eso?

SEÑORA ALDONZA. ¡La sevillana del sotabanco, que habla en chino! ¡No hay modo de entenderse con ella! ¡Quería espliego y pedía no sé qué!

SEÑOR ZAPATA. Alhucema, seguramente.

SEÑORA ALDONZA. Una cosa así.

SEÑOR ZAPATA. Es palabra arábiga; como todas las que empiezan por al.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues que se vaya adonde lo sepan!

SEÑOR ZAPATA. Bueno, ¿te ha dicho tu marido…?

SEÑORA ALDONZA. Sí.

SEÑOR ZAPATA. Y ¿podrá ser lo que queremos?

SEÑORA ALDONZA. Podrá ser.

SEÑOR ZAPATA. Ya lo presumía.

SEÑORA ALDONZA. Pero, bueno; vamos por partes: según y cómo.

SEÑOR ZAPATA. Fausto nos ha hablao de no sé qué cuarto de junto a la cocina.

SEÑORA ALDONZA. ¡Cualquier cosa! ¡Aquí Fausto no pinta na!

SEÑOR ZAPATA. De eso él es el primer convencido.

SEÑORA ALDONZA. ¡Jesús, qué castigo de hombre! ¡Ca día que pasa es más zoquete! ¡No me sirve más que de estorbo! ¡Y no reventará, no!

El señor Fausto, que ha aparecido un segundo antes, al oír una vez más la deplorable opinión que de él tiene su esposa, se retira modestamente.

SEÑOR ZAPATA. Déjalo, mujer; que su sitio ocupa.

SEÑORA ALDONZA. ¡Su sitio!… ¡su sitio!…

SEÑOR ZAPATA. Pues este joven amigo mío es el nuevo huésped que te traigo.

CECILIO. Servidor.

SEÑORA ALDONZA. Servidora. Tendrá, por de contao, más vergüenza que el último que me trajiste.

SEÑOR ZAPATA. No recuerdo ahora. Pero este otro tié más bien exceso de vergüenza.

SEÑORA ALDONZA. Lo que abunda no daña. Le llevaré una peseta más que al otro; que está la comida por las nubes. Y le acomodaremos bien. Y a ver qué tal se porta.

SEÑOR ZAPATA. De éste yo respondo.

SEÑORA ALDONZA. ¡También del otro respondías y se me escapó sin pagar!

SEÑOR ZAPATA. ¿Sin pagar? Y ¿todavía te debe…?

SEÑORA ALDONZA. ¡No ha nacido! Le encontré un día en la calle de San Ildefonso y le quité el reló, la americana y los pantalones. Salí en los papeles.

SEÑOR ZAPATA. *A Cecilio.* ¿Estás oyendo?

CECILIO. Sí oigo; sí.

SEÑORA ALDONZA. Pues aquí a este joven he pensao dejarle mi alcoba, que tié luz al patio; yo me iré a dormir al cuartucho de al lao de la cocina, y a Fausto lo bajaré a la cueva.

El señor Fausto estornuda en la cacharrería.

SEÑOR ZAPATA. Perfectamente. No podía ser por menos mediando yo en el caso. Te lo agradezco, Aldonza.

SEÑORA ALDONZA. No, no; na de agradecimiento. Este joven viene a su avío y yo voy al mío. Si se conduce bien en paz y jugando; si se ladea y comienza con escándalos y chulerías, por la puerta se va a la calle. ¡Y no sin probar mis cinco mandamientos!

SEÑOR ZAPATA. No dirás que no se te habla claro.

CECILIO. Así me gusta a mí. Y usté no tema, señora Aldonza, que la daré poco ruido el tiempo que aquí esté.

SEÑORA ALDONZA. Pues será un milagro. ¿Cómo se llama usté?

CECILIO. Cecilio Hierro.

SEÑORA ALDONZA. Por muchos años. ¿Desde cuándo se vendrá usté a mi casa?

SEÑOR ZAPATA. Desde ahora mismo; se queda desde ahora.

SEÑORA ALDONZA. ¡Acabarías tú de resollar! ¿Pa cuándo dejabas la noticia, pasmao? ¡Paeces bobo también! ¡Ni que creyeras tú que mi casa es el *Riz*! *Gritando.* ¡Libre! ¡Libre! *Vase llamándola por la puerta del foro.*

CECILIO. ¡Qué mal genio tié la patrona!

SEÑOR ZAPATA. To el fuego se le va por la boca, no te figures.

CECILIO. A mí me es igual.

INDALECIO. *Cantando:*

Si las mujeres mandasen
en vez de mandar los hombres…

Sale el señor Fausto.

SEÑOR FAUSTO. ¿Cree usté, señor Zapata, que ésas son maneras de tratar a la gente? ¡Luego dicen que yo me enfado! Señor Zapata. Pero ¿usté se enfada?

SEÑOR FAUSTO. ¡Quiá! ¡Pero lo dicen!

SEÑOR ZAPATA. La Aldonza es así, y así hay que tomarla o dejarla.

SEÑOR FAUSTO. Dejarla sería preferible.

Asoma en esto en la puerta del foro la señora Aldonza.

SEÑORA ALDONZA. Oiga usté, Cecilio; venga usté a ver la habitación. *A su marido.* ¿Qué haces tú aquí? ¿Ya me has dejao la tienda sola?

SEÑOR FAUSTO. No, mujer; está ahí Antón el guardia.

SEÑORA ALDONZA. ¡Que es el que se lleva los estropajos!

SEÑOR FAUSTO. ¡Mujer, no ofendas!

SEÑORA ALDONZA. Vamos, Cecilio, venga usté.

CECILIO. Vaya usté por mí, señor Zapata; que yo ni veo ni entiendo ahora.

SEÑORA ALDONZA. Pues ¿qué le pasa a usté?

SEÑOR ZAPATA. Na; preocupaciones y disgustos de chico. Anda; yo veré la alcoba por él.

SEÑORA ALDONZA. ¡Bueno!

Se va con el señor Zapata.

SEÑOR FAUSTO. ¡El guardia, dice que se lleva los estropajos!… ¡Es como Dios la ha hecho! ¡Pero un día va a la cárcel! ¡Digo!, ¡qué ha de ir! ¡Yo también soy un *ilusorio*! ¿Eh?

CECILIO. Na; no he hablao.

Por la puerta de la derecha llega de pronto Narda, la florista de quién se ha hecho mención. Es interesante y es bella. Viene sobreexcitada y llorosa.

SEÑOR FAUSTO. ¿Qué es eso, Narda; qué traes tú?

NARDA. ¿Y la señora Aldonza?

SEÑOR FAUSTO. Allá dentro. Pero ¿qué traes tú? A ti te ocurre algo.

NARDA. No quiera usté saber, señor Fausto. ¡Ay, Dios mío, que desgracia! ¡Qué malas horas hay en la vida! ¿Se acuerda usté de la chiquilla de mi taller que estuvo el jueves aquí conmigo?

SEÑOR FAUSTO. Sí; ésa tan bonita y tan *postinera:* la Manolita.

NARDA. ¡Ésa! ¡Que la llamábamos la *Chispa* nosotras!

SEÑOR FAUSTO. ¡Ele! ¡La *Chispa*! ¿Qué ha pasao?

NARDA. ¡Que su novio la ha pegao dos tiros y luego él se ha matao también!

SEÑOR FAUSTO. ¡Ave María!

CECILIO. *Estremeciéndose.* ¡Jesús! *Atiende emocionado a Narda.*

SEÑOR FAUSTO. Y ¿el novio se ha matao, dices?

NARDA. Se ha matao. Y ella acaba de morir en la Casa e Socorro. Allí hemos ido toas las compañeras. ¡Pobre *Chispa*! *A Cecilio.* Dos criaturas,

señor; con la leche en los labios. Dos criaturas. Ella no ha hecho los dieciséis años, y él tendría dieciocho. ¡Empezando a vivir!

SEÑOR FAUSTO. Pero ¿por qué ha sido?

NARDA. ¡Porque los padres de él se oponían a las relaciones y le castigaban! ¡Si se han matao de acuerdo! ¡Una locura! ¡Cuando se enteren esos padres! ¡Dios mío! ¿Pues la madre de la *Chispa*? La maestra ha ido en su busca a pararla, pa que no lo lea primero en los papeles. ¡Piense qué ecena! ¡Se miraba la madre en esa chiquilla! ¡Vamos! ¡No hay consuelo pa esa mujer! ¡Sus amigas somos, y estamos como locas! ¡Porque era un jilguero la Manolita! ¡Virgen, santa! ¡Según se mata la gente ahora, no paece sino que la muerte es un juego!

CECILIO. Pues no dude usté, niña, que to el que se o se quiere matar es porque sufre mucho.

NARDA. ¡Sufrir! Pero ¿qué sabían esos dos críos lo que era sufrir? ¡Novelerías! ¡No pensar en las cosas! ¡No sabe lo que son penas en este mundo, ni cómo hay que llevarlas! ¡Novelerías! ¡Los retratos en los papeles, las películas en los *cines*, los malos libros!… ¡Novelerías y veneno que toas respiramos! ¡Pobre *Chispa*! ¡Dice usté sufrir! Pero ¿había criatura más alegre? ¡Si usté la hubiese conocido!… Y, ya ve usté: al primer tropiezo en la vida… «¡que nos entierren juntos!». ¡Qué pena, Señor! ¡No se calcula bien lo que es esta pena! Yo estoy fuera de mí; yo estoy loca; no sé lo que tengo. ¡Pobre Manolita! ¡Qué mala tentación! ¡Señora Aldonza! *Éntrase por la puerta del foro.* ¡Señora Aldonza!

SEÑOR FAUSTO. Verdaderamente no se explica uno como puén pasar cosas tan asurdas.

CECILIO. ¿Quién es esta muchacha?

SEÑOR FAUSTO. La Narda: una perla. Tié padre y madre, pero vive aquí con nosotros.

CECILIO. ¡Ah!, ¿vive aquí también?

SEÑOR FAUSTO. Desde hace más de un año. Y ésa sí que ha tenío motivos, no digo yo pa matarse ella, sino pa llevarse por delante a unos pocos. ¡Más desgraciá ni más entera no la hay!

Sale del interior el señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. ¿Has visto a la Narda, Cecilio?

CECILIO. Sí, señor.

SEÑOR ZAPATA. En este hotel vive. Creo que no te traje a ningún desierto.

CECILIO. No, señor.

SEÑOR ZAPATA. Y vas a estar bien instalao: la alcoba es pa un príncipe. Yo me voy a llegar a tu casa a recogé tus bártulos.

CECILIO. Iré yo con usté.

SEÑOR ZAPATA. No. No es prudente. Déjame a mí solo.

CECILIO. Como usté quiera.

El señor Fausto se retira a la tienda.

SEÑOR ZAPATA. ¿Estás ya más tranquilo?

CECILIO. Lo procuro.

SEÑOR ZAPATA. ¿No te moverás de aquí mientras yo voy a eso?

CECILIO. Pierda usté cuidao.

SEÑOR ZAPATA. ¿Palabra de hombre?

CECILIO. Palabra de hombre.

SEÑOR ZAPATA. ¿Me lo juras?

CECILIO. Ya le he dao a usté mi palabra, señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. No sé si fiarme.

CECILIO. Gracias por el favor.

SEÑOR ZAPATA. ¿Que se muera tu padre o tu madre…?

CECILIO. Pero ¿a qué viene eso?

SEÑOR ZAPATA. ¡Sé lo que son aberraciones, Cecilio! ¡Y estoy muy contento de mi obra! Sobre que he tenido estos días en casa los romances del Cid, y me acuerdo ahora, porque me hizo impresión, de aquello de:

En Santa Gadea de Burgos,
do juran los hijosdalgo…

ecétera, ecétera.

Las juras eran tan recias,
que al buen rey ponen espanto.

CECILIO. Pues yo no necesito jurar sobre mi palabra. Vaya usté confiao. Aquí le espero.

SEÑOR ZAPATA. Déjame que te abrace.

CECILIO. Eso sí.

Se abrazan. El señor Zapata se va luego por la cacharrería.

Cecilio se sienta ensimismado.

Por la puerta del foro sale Libre, con la jaula del pajarillo, y va a colgarla donde estaba. Mira a Cecilio con curiosidad y admiración.

Tras ella sale Narda, que lo mira con interés. Cruza la escena y se marcha por el portal.

NARDA. *Ya desde la puerta.* Quede usté con Dios.

CECILIO. Vaya usté con Él.

LIBRE. *Para sí.* ¡También éste se ha querío matar por su novia!… *Éntrase por la puerta del foro sin quitarle ojo.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado diez días, y es un domingo en las primeras horas de la tarde.

Sale por la puerta del foro Antonino, bailando jubiloso al compás de una musiquilla que tararea. Trae puestos los trapitos de cristianar, como todos los personajes en este acto, a excepción de Cecilio.

ANTONINO. *Así que deja el baile.* ¡Bendito sea el descanso dominical! ¡Las semanas debían tener, por lo menos, dos o tres domingos! *Llamando a Dámaso, que atraviesa el patio de izquierda a derecha.* ¡Eh!, ¡tú!, ¡chica!, ¡Dámasa! ¡Dámasa!

DÁMASA. *Deteniéndose tras la ventana.* Me llamo. ¿Qué quieres?

ANTONINO. ¡Mirarte!

DÁMASA. ¿Na más?

ANTONINO. Mujer, por ahí se empieza. ¿Vas a Palacio?

DÁMASA. ¡Lo menos!

ANTONINO. ¡Vaya unos pendientes!

DÁMASA. ¡Figúrate! Pa una visita así…

ANTONINO. ¡Porque se puede!

DÁMASA. Tú lo has dicho: ¡porque se puede!

ANTONINO. Pues de hoy no pasa, chica, que nos arreglemos nosotros.

DÁMASA. ¡Ay, qué salao! Miá no se entere la Eleuteria.

ANTONINO. ¡Por mí que se entere toa la calle! Me traes de cabeza, fototipia. Yo no paso más noches de insomnio.

DÁMASA. ¿De qué?

ANTONINO. Sin dormir. Esta última noche creí que se me saltaba el corazón.

DÁMASA. Eso habrá sío una mala postura.

ANTONINO. Ésa es la verdá, con toas sus consecuencias. En serio: ¿Adónde vas?

DÁMASA. A buscar a la Bernabea.

ANTONINO. ¿Y luego?

DÁMASA. ¿Luego? Adonde quiera la Bernabea.

ANTONINO. A *La Perla*, al baile: de seguro.

DÁMASA. Casi de seguro. ¡La Bernabea se pasa la semana soñando con lo que va a bailar el domingo!…

ANTONINO. ¡Y yo pensando en ti! A *La Perla* iré luego a bailarte. Ya tiés pareja hoy.

DÁMASA. ¿A qué no?

ANTONINO. ¿A qué sí?

DÁMASA. ¡No hay que tocar pa eso!

ANTONINO. ¡El aire es libre!

DÁMASA. Anda y que te emplumen. *Sigue su camino.*

ANTONINO. ¡Hasta luego! ¡Tú verás a un toledano queriendo a una gata!

Sale Narda del interior a tiempo de oirlo.

NARDA. ¿Ahora es una gata?

ANTONINO. *Volviéndose a ella.* ¿Qué? ¡Ah, sí! Una gata. ¡En este momento! La Damasita, ¿sabes? La gusto, y no quiero que sufra. ¡Pero no te enceles tú, reina mía, que to eso es jarabe de pico! Te veo a ti, y hay eclipse de estrellas. Tú mandas.

NARDA. ¿Que yo mando? Pero ¿qué me cuentas, Antonino?

ANTONINO. ¡Ah!, ¿te haces de nuevas? ¿Es que no sabes que estoy sin sueño desde que te conozco? ¡Tres noches llevo sin pegar un ojo materialmente!

NARDA. ¿Estudiando?

ANTONINO. ¡Estudiando la forma de que tú me mires!

NARDA. Y ¿sin encontrarla?

ANTONINO. ¡Sin encontrarla, por lo visto! ¡Mecachis!

NARDA. Hombre, no; mucho mejor pa ti. Yo tengo mala sombra.

ANTONINO. ¿Tú mala sombra?

NARDA. Yo, sí. Y como yo llegara a quererte se te iba a concluir el mariposeo por el barrio.

ANTONINO. ¡No lo dejes por eso! ¡Vele tú a una mariposa con que hay otras flores, cuando ella esté puesta en la más bonita del jardín! ¡Viva España!

NARDA. Pero ¡cuidao que hablas de más, criatura!

ANTONINO. ¿Te paece a ti que hablo de más?

NARDA. Un poco.

ANTONINO. Pues ahí verás tú: to lo contrario me ocurre en los exámenes: allí no abro la boca.

NARDA. ¡Ja, ja, ja! Quédate con Dios.

ANTONINO. Yo también me voy a la calle. ¿Me dejas ir contigo pa darme tono?

NARDA. Ven, si quieres.

ANTONINO. ¿De verdá? ¿No se enfadará nadie?

NARDA. No tengo yo quien se enfade por eso.

ANTONINO. ¿Qué no?

NARDA. Que no.

ANTONINO. *Confidencialmente.* Ni… ¿ni el suicida? *Narda lo mira sonriendo.* ¡Ay, qué sonrisita más rica!… ¡San Juan de los Reyes daba yo con tal de que fuera por mí!… Te gusta el suicida, ¿verdá, Narda?

NARDA. No le llames de esa manera.

ANTONINO. ¿Te gusta Cecilio?

NARDA. Pero yo no le gusto a él.

ANTONINO. Pero ¿él a ti te gusta?

NARDA. ¿Se me conoce?

ANTONINO. Cuando hay luz en una habitación, aunque se pongan burletes en las puertas sale un rayíto.

NARDA. Sí; me gusta ese hombre; me gusta. No sé qué tiene que me es muy simpático. Pué que sea… no sé qué… quizá la ocasión en que le he conocido; pero me es muy simpático. Ahora, que ni pensarlo quiero. Él está a mil leguas de reparar en mí… y yo no me dejo ir por la cuesta abajo, pa no estrellarme. De manera que me pués acompañar hasta fuera de radio.

ANTONINO. Chica, se me han quitao las ganas de pronto… ¡Te has puesto tan seria!

NARDA. ¿Lo ves tú? ¿No te decía que tengo mala sombra? Adiós, chico. Y no dejes de saltar de una en otra, que eso es vivir. *Abre la puerta de la derecha para marcharse, a punto que el señor Zapata aparece en ella.* ¡Hola, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Felices!

ANTONINO. ¡Hola, don Teófilo!

SEÑOR ZAPATA. ¿Adónde va ese cuerpo bonito?

NARDA. A buscar a unas compañeras pa dar un paseo.

SEÑOR ZAPATA. Hace un hermoso día: se porta octubre. En la calle da gloria estar. Y ahora, cuando tú salgas, se estará mejor todavía.

ANTONINO. ¡Ole el señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¿Y la cancerbera?

NARDA. Arreglándose también pa salir.

SEÑOR ZAPATA. ¿Y Fausto?

ANTONINO. Ahí tumbao en la tienda le tié usté.

SEÑOR ZAPATA. ¿Quieres decirla a ella que estoy yo aquí y que me urge hablarla?

ANTONINO. Sí, señor; ahora mismo. *Vase por la puerta del foro.*

NARDA. ¿Alguna novedá?

SEÑOR ZAPATA. La traigo un refresco de zarza.

NARDA. ¿Y eso?

SEÑOR ZAPATA. Se me ha plantao en casa la Petra…

NARDA. ¿La hija?

SEÑOR ZAPATA. La hija. Y me ha planteao este dilema: que o se separa del sinvergüenza de su marido, o se tira por el Viaducto.

NARDA. ¡Ánimas benditas!

SEÑOR ZAPATA. Y además pretende volver a vivir aquí con su madre.

NARDA. ¡Jesús! Y ¿usté va a proponérselo?

SEÑOR ZAPATA. *Ipso facto;* que quiere decir en seguida y como consecuencia.

NARDA. ¡Pues va a haber que oírla! ¡Pa alquilar balcones!

SEÑOR ZAPATA. Ya lo sé. Soy un héroe: sin estatua como el de Cascorro; pero soy un héroe. *Observando a Narda.* ¿Y Cecilio?

NARDA. No sé… En su cuarto, quizás… No sé.

SEÑOR ZAPATA. ¿No sabes? Bien es verdá que como esto es el *Palace Hotel* los huéspedes aquí no se encuentran unos con otros. Sale poco ese chico de casa.

NARDA. Sí, señor; poco sale. Estos días, ni al taller ha ido.

SEÑOR ZAPATA. Se conoce que evita encuentros…, ¿eh?

NARDA. Se conoce.

SEÑOR ZAPATA. Sigue mi consejo al pie de la letra.

NARDA. Ahí le tié usté.

Efectivamente, sale Cecilio por la puerta del foro.

CECILIO. ¡Ya decía yo que era la voz del señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Salú, pipiolo!

CECILIO. ¿Qué tal por casa? ¿Todos bien?

SEÑOR ZAPATA. Todos bien. Mi mujer, trajinando; los chicos, enredando… y yo, encuadernando.

NARDA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buena gracia tié este hombre!

SEÑOR ZAPATA. ¡A ver!

NARDA. En fin, adiós, señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. ¿Te vas? ¿No quiés presenciar la película?

NARDA. No, señor; sino que me aguardan las compañeras. Hasta luego.

CECILIO. Adiós, Narda.

SEÑOR ZAPATA. ¡Vaya con Dios el mes de mayo! Mírala, hombre, mírala: limpia, fija… y da esplendor, como la Academia Española.

NARDA. ¡Ja, ja, ja! *Se marcha.*

SEÑOR ZAPATA. Ésa es una mujer pa un hombre.

CECILIO. No me recuerde usté… ¿Qué le ha echao por aquí esta tarde?

SEÑOR ZAPATA. El valor temerario que Dios me ha dao.

CECILIO. ¿Pues?

SEÑOR ZAPATA. Quédate y verás. Me alegro de que te halles presente. Porque yo no te he traído a esta fonda a humo de pajas. Quédate y verás.

CECILIO. Pero…

SEÑOR ZAPATA. Vas a oír a la patrona.

CECILIO. ¡No, por Dios! ¡Que ya la oigo más de lo que quisiera!

SEÑOR ZAPATA. Quédate.

CECILIO. ¡Qué mujer! ¡No está nunca tranquila! ¡Arma un terremoto ca cuarto de hora! ¡Vive en continua guerra civil! Le aseguro a usté que, en los pocos días que llevo aquí, he llegao a compadecer ya al señor Fausto. Es un mártir.

SEÑOR ZAPATA. Me satisface tu juicio. *Sonriendo.* Un mártir. Quédate.

CECILIO. Pero, no comprendo…

SEÑOR ZAPATA. Déjame en la bruma. Consiénteme que permanezca un poco *ibseniano.* Tú verás. *A la señora Aldonza, que llega del interior en este momento. Viene de mantón.* ¡Dios te guarde, Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¡Dios no quié na conmigo! ¡Si fuera del diablo!… ¿Qué traes? ¿Qué tripa se te ha roto?

SEÑOR ZAPATA. A mí, ninguna. Traigo… lo que traigo. Hemos de hablar; pero el asunto es grave y tiés que armarte de paciencia.

SEÑORA ALDONZA. Entonces déjalo pa otro día.

SEÑOR ZAPATA. Es urgente.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues en mal momento me coges! *A Cecilio.* Usté ¿de qué se ríe?

CECILIO. ¿Yo?

SEÑORA ALDONZA. ¿Tié que enterarse este artista de lo que hablemos?

SEÑOR ZAPATA. Está desligao del asunto; pero yo le he suplicao que se quede.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues acaba ya de reventar! *A Fausto, que sale de la tienda medio dormido.* ¿A qué vienes tú ahora? ¿Quién te ha llamao aquí?

SEÑOR FAUSTO. Nadie me ha llamao, mujer; nadie me ha llamao… Pero ¡si tampoco va uno a poder saludar a los amigos… avisa!

SEÑOR ZAPATA. ¿Dormía usté y le hemos despertao?

SEÑOR FAUSTO. No, señor; cabeceaba na más.

SEÑOR ZAPATA. Pues más le valiera a usté seguir *duermes.*

SEÑOR FAUSTO. ¿Cómo?

SEÑOR ZAPATA. Una cita clásica.

SEÑOR FAUSTO. Pero ¿estorbo, quizás?

SEÑORA ALDONZA. ¡Lo que tiés que hacer ya es callarte! ¡Jesús, qué tío! ¡Tanto preguntar que si estorbas! ¡Y moler, que si estorbas! ¡Pues claro está que estorbas! ¿En dónde te pondrás que no estorbes? Vamos, tú, Teófilo, desembucha ya lo que sea sin hacer caso ni de éste ni de nadie, que yo no tengo mi tiempo pa perderlo.

CECILIO. Ni yo tampoco. Hasta después.

SEÑOR ZAPATA. ¡Quédate, hombre!

CECILIO. Pero, señor Zapata…

SEÑOR ZAPATA. ¡Que te quedes!

CECILIO. Bueno; lo que usté quiera.

SEÑORA ALDONZA. ¡Gordo debe de ser lo que tiés que decirme cuando no quiés verte solo conmigo!

SEÑOR ZAPATA. Vamos al toro ya. Tú eres la madre de tu hija, ¿no es eso?

SEÑORA ALDONZA. ¿De qué hija?

SEÑOR ZAPATA. De tu hija: de la única que tienes, que sepa yo: de la Petra.

SEÑORA ALDONZA. ¿De la Petra? ¡No me hables de la Petra! ¡Si me vienes a hablar de la Petra ya te pués volver por donde has venido! La Petra no es mi hija.

El señor Fausto silba. Lo miran todos, y él entonces se disculpa diciendo:

SEÑOR FAUSTO. ¡Se me ha escapao!

SEÑOR ZAPATA. La Petra es hija tuya —sigo yo sin hacer caso de los mirlos— y de aquel santo hombre que se llamó en el mundo Robustiano Encinas, que en paz descanse; si es que tú le dejas descansar desde aquí. Usté dispense, Fausto.

SEÑOR FAUSTO. Está bien dicho eso.

SEÑORA ALDONZA. ¿De veras? ¡Miá el estafermo este! Y tú, Teófilo, habla sin ofender, o empiezo yo contigo, que tampoco tiés bula.

SEÑOR ZAPATA. No está en mi ánimo ofenderte. De buenas vengo, y de buenas te quiero a ti. Quedamos en que la Petra es hija tuya.

SEÑORA ALDONZA. ¡Quedamos en que yo no soy su madre! ¡No, no soy su madre; no me mires con esa cara de embalsamao! ¡Y ya me voy oliendo por dónde vienen hoy los tiros! ¿La ha calentao otra vez el golfo del marido, verdá? ¡Árnica y emplastos hay en toas las boticas! ¿No es más que eso? ¡Pues pa eso se casó: pa aguantarle! ¿No aguanto yo a éste?

SEÑOR FAUSTO. *Estupefacto.* ¿Que me aguantas tú a mí? ¡Bueno!

SEÑOR ZAPATA. Lo de hoy, Aldonza, es algo más que una paliza de las de diario. Cuando medio yo… Cuando ella se ha refugiao en mi casa…

SEÑORA ALDONZA. ¡Ah! ¿Está en tu casa?

SEÑOR ZAPATA. Allí se ha refugiao.

SEÑORA ALDONZA. ¡Échala! ¡Que se vaya a la suya! ¡Su obligación está en su casa!

SEÑOR ZAPATA. También está en la del marido no maltratar a su mujer. «Esposa te doy y no sierva». Y ese hombre maltrata por demás a tu hija.

SEÑORA ALDONZA. ¡No es mi hija!

SEÑOR ZAPATA. ¡Maltrata por demás a la Petra! Yo sé a lo que puén llevar a un hombre los ahogos, la falta de dineros, el vino y las desavenencias con una mujer; pero Vicente ha llegao con tu hija a ser un criminal. ¡Eso no pué admitirse! ¡Esta noche a poco la mata! ¡Sangrando está de la cara y del cuerpo! ¡Yo lo he visto! Y la chica dice que ni echa pedazos vuelve junto a él. ¡Y yo la defiendo!

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues has escogío mala causa! ¡Vas a perderla en el Juzgao, y en la Audiencia, y en el Supremo! ¡Ahora vienen los lloros y el arrepentimiento! ¡Qué rica! Pues ¿no se casó por su solo gusto? ¿No me puse yo en jarras pa que no lo hiciera? ¿No se escapó con él, deshonrándonos? ¿No era el mejor mozo que había nacido? ¿No tenía un alma de chico de la escuela? ¿No la quería más que a las telas de su corazón? ¿No la miraba y la rendía? ¡Pues pa eso se lo llevó del brazo; pa gozar de to eso! ¡Hasta que se la lleve Dios a ella tié que estar al lao de ese tesoro! ¡Y que Dios se lo aumente!

SEÑOR ZAPATA. ¡Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¿No se fué también de mi lao y de mi casa porque no podía resistir a su madre? ¡Pues a ver ahora cuál tié más que aguantar; si la madre o el otro!

SEÑOR FAUSTO. *Maquinalmente.* La madre.

SEÑORA ALDONZA. *Airada.* ¿Eh?

SEÑOR FAUSTO. *Temeroso.* ¡Se me ha escapao!

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues o te cierras la llave de paso o te vas, porque si te se escapa la tercera, va a haber aquí la segunda parte de la cinta de allá, cambiando los papeles!

SEÑOR ZAPATA. Nunca segundas partes fueron buenas. Serénate, Aldonza.

SEÑORA ALDONZA. ¡No me da la gana!

SEÑOR ZAPATA. Es que en ese estao nadie te dará la tazón.

SEÑORA ALDONZA. ¡Es que no necesito la razón de nadie; yo sé que la tengo!

SEÑOR ZAPATA. Mucho saber es ése.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues lo sé!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues yo te lo discuto, vaya! ¡A ti te ciega una mala pasión y no pués ver claro!

SEÑORA ALDONZA. ¡Ésa es mi cuenta!

SEÑOR ZAPATA. ¡La mía es que me escuches! A tu hija no se la pué desamparar.

SEÑORA ALDONZA. ¡Ampárala tú!

SEÑOR ZAPATA. ¡De ampararla vengo! Pero yo tengo sobre mí otros deberes. El tuyo está en traerte a la Petra a tu casa mientras aquel hombre no se corrija.

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué has dicho? ¿Ése era el final de la embajada? ¡Vamos! ¡No creí que te atrevieras a tanto, Teófilo! ¡Hace falta valor!

SEÑOR ZAPATA. Hace falta.

SEÑORA ALDONZA. ¡La Petra aquí! ¡La Petra aquí después de haberse escapao de mis faldas! ¡Como yo no me muera!… ¡No, precioso, no! ¡Eso no es en mis días! ¡Te digo que no! ¡La Petra, con lo que escogió por su gusto! ¿Es veneno? ¡Pues a envenenarse la sangre con él! ¡Nadie se lo puso en los labios pa que lo tomara! ¡Qué más quisiera ella! ¡Y el otro ladrón! «¡Tu madre es una hiena: vente conmigo, que yo te voy a alimentar de miel de la Alcarria!». «¡Mi madre es una harpía: contigo me voy, que eres el único que me quiere en el mundo!». ¿Que ahora la miel resulta acíbar? ¡Pues no hay más que apretar los puños y tragarla! ¡Aquí mi hija no vuelve!

SEÑOR ZAPATA. ¡Por el amor de Dios, Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¡Aquí mi hija no vuelve!

SEÑOR ZAPATA. Mira, Aldonza, que vas a precipitarla; mira que la chica está desesperá, y habla ya hasta de tirarse por el Viaducto.

SEÑORA ALDONZA. ¡Que se tire!

Cecilio se estremece y cambia de sitio y de actitud.

SEÑOR ZAPATA. ¿Que se tire? Ahora voy ya creyendo que no eres su madre.

SEÑORA ALDONZA. ¡Lo fui! Y si he tenío dulzura en la vida ha sío pa ella. ¡Tú lo sabes!

SEÑOR ZAPATA. Acuérdate del hijo pródigo.

SEÑORA ALDONZA. ¡Déjame de monsergas! ¡Ya la advertí que la cruz habla de pesarla algún día! Pero no me hizo caso. Y ahora ve mi razón, ¿verdá? ¡Es un poco tarde! Tié que seguir con la cruz a cuestas. ¡Tos llevamos alguna en el mundo! ¡Bueno andaría el cotarro si una mujer y un hombre se separasen na más que por unas bofetás de más o de menos!

SEÑOR FAUSTO. ¡Estaría yo soltero hace ya unos años!

SEÑORA ALDONZA. *Yendo sobre él.* ¡A ti te señalo yo hoy!

SEÑOR ZAPATA. *Sujetándola.* ¡Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¡Ya le cogeré luego solo! ¡Tiempo hay de to! ¿Mi hija está en tu casa, me has dicho? ¡Pues voy a ser yo la que la lleve la respuesta que aguarda! ¡No tiés que molestarte tú ni pasar vergüenza! *Le da un puntapié a una silla que le estorbaba el paso.* ¿Quién ha puesto esto aquí? ¡Soná va a ser la que vamos a armar hija y madre! ¡Cabalmente me coge con ganas de jaleo!

Se va de estampía por la puerta de la derecha.

SEÑOR FAUSTO. ¡Otro juicio de faltas!

SEÑOR ZAPATA. Voy yo a su alcance. ¿Quién las deja solas a las dos? ¡Ni los rabos quedan! Hasta luego, Cecilio. Adiós, amigo Fausto. ¡Pidan ustés a Dios por mí! *Vase.*

CECILIO. Vaya usté con Dios, señor Zapata.

SEÑOR FAUSTO. ¡Sí que precisa la ayuda de Dios! *Se entra en la tienda.*

CECILIO. ¿Pa qué habrá querido ese hombre que yo vea este cuadro? ¡No me lo sé explicar! Yo paro poco en esta casa. ¡Me pone malo esa mujer!

Vuelve a salir el señor Fausto, con sombrero.

SEÑOR FAUSTO. ¿Usté no se mueve de aquí?

CECILIO. No, señor; márchese usté tranquilo.

SEÑOR FAUSTO. Como a la Libre la toca salir hoy…

CECILIO. Márchese usté tranquilo. ¿Va usté también allá?

SEÑOR FAUSTO. ¿Qué quié usté que haga? ¡La Guardia civil no está más que en las carreteras!… A ver si evitamos un desavío.

CECILIO. Difícil será, según va la señora Aldonza.

SEÑOR FAUSTO. Sí, va cargadilla. Pero toavía se pone mucho peor.

CECILIO. ¿Peor?

SEÑOR FAUSTO. Usté no la conoce más que de vista, amigo. Si usté sigue aquí con nosotros, usté presencia un cataclismo algún día. Porque a mí ya se me va terminando la calma. *Cecilio se sonríe.* Sí, señor, sí; se me va terminando; no es *paradoja.* Yo soy un hombre que aguanta una, y aguanta dos, y aguanta tres… ¡y aguanta cuatro!… y aguanta cinco… y aguanta seis… y aguanta siete… ¡y aguanta ocho!…

CECILIO. ¡Basta, amigo; que yo no aguanto nueve! *Le vuelve la espalda y se va al interior.*

SEÑOR FAUSTO. Usté lo pase bien. *Sonriéndose con ironía.* ¡Que no aguantas nueve!… ¡Y hasta nueve mil!… ¡Di tú que soy yo quien se ha casao con ella! Vamos a ver si llego tarde.

Se va con toda calma por donde los otros. Por la puerta del foro sale en esto Libre, hecha un brazo de mar. Va a verse libre de verdad unas horas. La sigue Antonino.

LIBRE. Pero, hombre, ¿quié usté no ser pelma? ¡Si yo no le quiero a usté pa na y usté las quiere a todas!

ANTONINO. ¡No me digas eso, que me matas!, ¡que me asesinas! ¡Yo a quien quiero es a ti! ¡Lo otro es que finjo, pa encelarte!

LIBRE. ¡Tié usté un rato largo de guasa!

ANTONINO. ¡Paeces una perita en dulce!

LIBRE. ¡Las manos quietas!

ANTONINO. ¡Déjame que te abrace… y las vas a ver sin movimiento cinco minutos!

LIBRE. ¡A ver si llamo a la pareja!

ANTONINO. ¿Y qué? Viene la pareja… y te prende los ojos, ¡por ladrones!

LIBRE. Pero ¿será usté trucha?

ANTONINO. ¿Adónde vas a pasar la tarde?

LIBRE. Con mi hermana Filo.

ANTONINO. ¡Chica, que te vas a aburrir!… Pan con pan, comida de tontos. Vente conmigo al *cine.*

LIBRE. ¡Me da miedo de las tinieblas! Hoy hay sol y hay que aprovecharlo.

ANTONINO. Eso quiero yo, rica; aprovechar el de tu cara. Anda, vamos al *cine.* Tú verás cómo nos entendemos. ¡Que llevo tres noches sin dormir!

LIBRE. ¡Ja, ja! ¡Qué risa! ¡Sin dormir! ¡Sin dormir por mí! ¡Que se alivie usté de la cabeza, que está usté malo! ¡Como que uno de Algodor se va a pitorrear de una de Getafe! ¡Ja, ja!

Se marcha por la puerta de la derecha a la vez que por la del foro vuelve Cecilio. Trae unos útiles de dibujar.

CECILIO. Pero, Antonino, es usté terrible: se mete usté con todas.

ANTONINO. ¡Me divierto así!

CECILIO. Pa usté no hay barreras.

ANTONINO. No, señor.

Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca…

La llamo la princesa altiva a la chica de la comadrona.

CECILIO. ¡Dichoso usté!…

ANTONINO. Pero, hombre, y ¿en qué cosa mejor se va a pasar la vida?

CECILIO. ¡Dichoso usté!… *Lleva junto a la ventana la mesa.* ¿Se enfadará la señora Aldonza si varío la mesa de sitio pa tener más luz?

ANTONINO. Usté póngase a su comodidá, porque ella se enfada de toas maneras.

CECILIO. Y a ésa, ¿no la ha dicho usté ningún chicoleo?

ANTONINO. ¿A quién? ¿A la señora Aldonza? No, señor; ¡no aspiro a la laureada de San Fernando!

CECILIO. ¡Ja, ja, ja!

ANTONINO. ¿Va usté a dibujar?

CECILIO. Sí; voy a diseñar unas decoraciones… Ca uno se entretiene a su modo. No quiero salir… ¿Usté se va, es claro?

ANTONINO. Ahora mismo.

CECILIO. ¿A seguir a alguna de las del barrio?

ANTONINO. ¡Ca! Ésas las tengo tos los días. A ver lo que salta por ahí. Cosa nueva. Yo soy un hombre que con las mujeres improvisa. Pa mí no hay gusto como no saber por la mañana la que me va a esperar por la noche. Hay quien dice que éste es un mal sistema; que no se disfruta. ¡Pero a mí me va tan ricamente! Además, un tío mío, que conoce el mundo, me dijo cuando me vine del pueblo: «No te recomiendo más que una cosa, Antonino: que si te echas novia en Madrí, te eches dos o tres por la parte más corta. Mientras te gusten unas pocas, no tiés ni que escribirme. El día que te guste una na más, ponme un telegrama».

CECILIO. Es un sabio su tío de usté.

ANTONINO. ¡De Esquivias!… Hasta luego, amigo; que usté trabaje con provecho.

CECILIO. Gracias; que usté no pierda el tiempo esta tarde.

ANTONINO. ¡Un domingo perder yo el tiempo! ¡Sería una novedá! ¡Yo no pierdo el tiempo más que estudiando! *Se va silbando un pasacalle de su predilección.*

Pausa. Cecilio dibuja.

CECILIO. *Para si.* Quedamos en que la puerta del jardín a la izquierda… Sí. A la derecha el pabellón… ¡No hay modo de darles novedá a estas cosas!… ¡Qué le vamos a hacer!… *Nueva pausa. Tararea, dibujando. De pronto suspende el trabajo, estremecido. Escucha.* ¿Esa voz? ¿Es posible? *Se levanta de un salto y corre al portón. Lo abre, y exclama entonces, dudando de lo que ven sus ojos:* ¡Maravillas! ¿Tú? Pero ¿es posible?

MARAVILLAS. ¿Por qué no? ¿Estás solo?

CECILIO. Solo.

MARAVILLAS. Eso quería.

Pasa y entorna tras de sí el portón, aumentando la perplejidad de Cecilio.

CECILIO. ¿Qué haces?

MARAVILLAS. Ya lo ves. No, no sueñas; soy yo, Maravillas, tu tormento, que viene a hablar contigo.

CECILIO. *Con un rayo de íntima alegría.* ¿A hablar conmigo… tú?

MARAVILLAS. A hablar contigo.

CECILIO. *Trémulo.* Y de esto… de esto… ¿me tendré que alegrar o tendré que sentirlo?

MARAVILLAS. Vamos despacio.

CECILIO. ¿Despacio hemos de ir?

Se miran. Cecilio aguarda, presa de profunda agitación, como un reo su sentencia de muerte o su indulto.

La belleza de Maravillas, sensual y atrayente, lozana, deseable, disculpa en cierto modo la pasada aberración del muchacho y explica su temblor ante ella.

MARAVILLAS. *Participando un poco de la turbación de su amigo.* Me has escrito hace cuatro días una carta… que no pué quedarse sin contestación.

CECILIO. ¡Ah!

MARAVILLAS. ¿La echabas de menos?

CECILIO. ¡Sí… sí!… ¡La echaba de menos!

MARAVILLAS. ¿Ves cómo he hecho bien en venir?

CECILIO. De eso yo no sé todavía.

MARAVILLAS. Déjame que me explique. Leer yo tu carta y quedarme como de hielo, to fué la misma cosa. De hielo es poco: de piedra me quedé. Comprenderás que no era pa menos. Y ni que lo creas ni que no, llevo sin vivir tos estos días, dudando si verte o si no verte, pero pensando na más que en ti.

CECILIO. *Esperanzado.* ¡Maravillas!

MARAVILLAS. Déjame seguir; no vayas a errar el camino.

CECILIO. *Con brusca transición.* ¡Maravillas!

MARAVILLAS. Déjame seguir. Me habían dicho en el barrio que por mí quisiste matarte, y no me cabía en la cabeza. Cuando lo vi en tu carta escrito de tu mano, tuve que creerlo. De tal forma iba dicho aquello, que no podía ser una mentira.

CECILIO. No lo era.

MARAVILLAS. ¡Bendito sea el buen hombre que te quitó la pistola de la mano!

CECILIO. ¡Bendito sea!

MARAVILLAS. Si yo fuera una mala mujer, como tú me has llamao muchas veces porque no te hacía cara, me habría importao tu carta menos que las coplas de un ciego; la hubiera echao a la lumbre, y en paz. Y desde luego te hubieras quedao con las ganas de la contestación. Pero, lo uno, que yo te quiero bien, y lo otro, la manera como la carta está puesta, me determinaron por fin a dar este paso. Yo me explico mejor hablando que escribiendo.

CECILIO. Y ¿qué vas a decirme?

MARAVILLAS. Primero que na, que yo, como tú, le he dao muchas gracias a Dios y a la Virgen porque no hayas lograo tu intención de matarte. Dices bien, y yo te agradezco el pensamiento: si te matas, me hubieras dejao una intranquilidá de conciencia pa toa la vida. De lo que ese golpe hubiera sido pa tus padres, no hablo, porque tú lo has considerao más que yo pueda hacerlo, y porque lo que a mí me toca es hablarte de mí.

CECILIO. *Con arrebato.* ¡Sí; de ti, de ti; eso es lo que yo quiero! ¡Eso es lo que estoy temiendo y deseando a la par! ¡Habla! ¡Dime! ¡Yo te escribí esa carta porque tenía que darle a mi corazón ese desahogo; porque no tenía más remedio que escribirla! ¡Quería que supieras por mí hasta qué punto de locura había llegao por tu cariño; y que si yo bendecía la mano que me libró de aquello, era, antes que por na, porque viviendo yo te libraba a ti del remordimiento de mi muerte! ¡Porque así te quiero, Maravillas!

MARAVILLAS. *Con emoción y turbación.* ¡Así me quieres!…

CECILIO. ¡Así te quiero! ¿Es que mi carta me ha salvao? ¿Es que ha hecho el milagro de que cambies pa mí?

MARAVILLAS. ¿De que cambie?

CECILIO. ¡Sí; de que me mires de otro modo; de que creas que soy digno de ti y que merezco que me quieras!

MARAVILLAS. Eso no te lo niego.

CECILIO. ¿Eh?

MARAVILLAS. Que tú seas digno de mí y que merezcas que te quiera, no yo, que na valgo, sino quien valga mucho más, eso no pué negarse; ya te digo que no te lo niego…

CECILIO. Entonces…

MARAVILLAS. Pero de eso, Cecilio, a que te quiera *yo* pa mí, a que tú me gustes pa mí, hay mucha distancia.

CECILIO. ¡Maravillas!

MARAVILLAS. ¡Cecilio!

CECILIO. Y ¿a decirme esto es a lo que vienes? ¿A que yo te vea? ¿A quitarme de un golpe la calma que ya iba entrando en mí? ¿Es que no sabes lo que me trastorna el mirarte? ¿Es que no comprendes que llevo diez días sin salir a la calle temiendo tropezar contigo? ¿Es que has olvidao que en tu presencia no tengo más voluntá que la de hacerte mía, y me ciego y me vuelvo loco si veo que no lo eres? ¿Es que no te ha pasao por la imaginación que podrías empujarme otra vez a hacer lo que antes no hice?

MARAVILLAS. Ni me ha pasao, ni Dios permita que te pase a ti. ¿Hubiera yo llegao a esa puerta, Cecilio? Pero quiero también defenderme de

esa injusticia tuya.

CECILIO. ¿Injusticia la llamas?

MARAVILLAS. Pues ¿qué nombre voy a ponerle? ¿Dónde está escrito que tenga yo obligación de quererte a ti? ¡Ni a ti ni a ningún hombre que no me guste pa quererle! ¿Ni qué fuero es el tuyo pa decirle a ninguna mujer: «Si no me quieres, me mato»? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Qué culpa tié nadie?

CECILIO. ¡Tú quieres a otro, Maravillas!

MARAVILLAS. ¡A otro que no me quiere a mí, Cecilio! ¡Que pasa por mi lao y me hiere con su desdén! Ese temblor que a ti te entra delante de mí, me entra a mí delante de ese otro.

CECILIO. ¡Calla!

MARAVILLAS. ¡He de hacer los imposibles por atraérmele!

CECILIO. ¡Calla!

MARAVILLAS. ¡No callo; he venido a hablar! ¡Tiés que oírme! Dios me dé habilidá y me dé gracia pa que ese hombre llegue a ser mío y no de otra; pero si yo no le gano la voluntá al fin de cuentas, si no le gusto, si no me quiere, ¿qué he de hacer, Cecilio? ¿Matarme, porque no me quiera? Éste es un consejo de amigo que te vengo a pedir.

CECILIO. ¡Matarte tú, nunca! ¡Por nadie! ¡Vales tú mucho más!

MARAVILLAS. ¿Aunque me desdeñe quien yo quiero?

CECILIO. ¡Aunque te desdeñe!

MARAVILLAS. Entonces, ¿qué razón hay pa que tú quisieras matarte porque yo te negara mi cariño?

CECILIO. ¡Que yo no valgo lo que tú, y que te quiero a ti como es imposible que tú quieras a ningún hombre!

MARAVILLAS. ¿Qué sabes tú de eso? ¡La medida del cariño ca uno la lleva en su corazón!

CECILIO. Además, ya te he dicho en mi carta que aquello fué un ramo de locura.

MARAVILLAS. Un ramo de locura; eso es; tú lo has declarao. A este tramo de la escalera quería yo llegar. Ramo de locura es que un hombre se mate porque una mujer no le quiera, o una mujer porque no se le acerque un

hombre que a ella la gusta. Y no es justo echar sobre la conciencia de nadie el peso de una culpa que será de Dios, si se quiere, pero que no es de las personas. ¿Te has enterao?

CECILIO. ¿No te he dicho ya que me alegraba de haberme salvao por no cargarte de ese peso?

MARAVILLAS. Pero luego me has amenazao con la idea de que al verte desengañao otra vez, te podía volver a tentar el diablo por mi causa.

CECILIO. ¡Y siempre que te mire me pasará lo mismo: pensaré que mi vida sin tu cariño es una cosa inútil y despreciable, y querré quitármela!

MARAVILLAS. Pues no olvides que será una injusticia; una sinrazón; una locura. De na me acuso; de na pués acusarme. Ni he coqueteao contigo pa engreírte, ni te he dao pie pa que te acercaras por mi cariño, ni he sido tu novia y te he engañao. Honradamente te he dicho siempre que no te quería. Y no hay más que hablar.

CECILIO. Pues si no hay más que hablar… vete… ¡vete! ¡Déjame!

MARAVILLAS. Pero ¿no podemos ser amigos?

CECILIO. ¡No!

MARAVILLAS. ¿Por qué no?

CECILIO. ¿Estás viendo como mi cariño no se parece a ningún otro? ¡Amigos! ¡Vete, Maravillas! ¡Líbrame del suplicio de verte sabiendo ya que nunca serás mía! ¡To eso que me has dicho es razonable, muy razonable; pero es más frío que la nieve del Guadarrama! ¿No me ves temblando, Maravillas? ¿No me ves llorando también? ¡Pues déjame! ¡Déjame! Vete tranquila, que no me mato; y si me mato, no será culpa tuya. ¿Querías oírme esto? Pues ya lo has oído. Pero no, no me mato; no tengo necesidá ninguna de matarme… ¡Me parece que estoy muerto ya!… Vete; vete tranquila… y sé dichosa. ¿Quién?

Llega inopinadamente Narda, de la calle. Se sorprende de la escena que encuentra, y tras una rápida observación, se va allá dentro de la casa.

NARDA. Buenas tardes.

MARAVILLAS. Buenas tardes.

CECILIO. ¿Ya de vuelta, Narda?

NARDA. No; entro y salgo.

MARAVILLAS. *Cuando Narda se va.* ¿Quién es?

CECILIO. Una chica que vive aquí.

MARAVILLAS. Te ha mirao de un modo… Nos ha mirao.

CECILIO. ¡Bah!

MARAVILLAS. En fin, te dejo.

CECILIO. Adiós.

MARAVILLAS. Me duele mucho no poder remediarte; pero no está en mí. Puesto que sufres viéndome, haré lo posible por ocultarme de tu vista.

CECILIO. Yo te ayudaré en eso.

MARAVILLAS. ¡Ojalá sepa algún día que eres muy dichoso!

CECILIO. No lo podrás saber.

MARAVILLAS. ¡Ojalá lo sepa! *Antes de marcharse vuélvese a mirar a Cecilio; lo contempla abatido, y dice como para sí:* ¡Yo no tengo la culpa! *Vase.*

Apenas ella desaparece siente Cecilio el irrefrenable impulso de seguirla. Corre al portón y al llegar a él se detiene bruscamente, exclamando con amargura:

CECILIO. ¿Adonde vas, loco? *Maquinalmente torna a su mesa de trabajo.* ¡Ni me quiere… ni me querrá nunca!… *Con rabia.* ¡Ni me importa! *Con dolor.* ¡Ay!… ¡lo que es eso!… *Llora.*

Vuelve Narda del interior.

NARDA. ¿Se fué la visita?

CECILIO. *Procurando disimular y serenarse.* Se fué.

NARDA. Amigo, no quieren dejarle a usté solo.

CECILIO. No quieren.

NARDA. Por mi no lo va usté a decir; porque yo le dejo.

CECILIO. No, Narda; no va esto con usté…

NARDA. Pero ¿qué le pasa a usté, Cecilio? Está usté descompuesto… ¿Ha llorao usté?

CECILIO. No vale la pena…

NARDA. Pero ¿ha llorao usté?

CECILIO. No.

NARDA. ¡Sí! ¿Le ha traído esa mujer alguna mala novedá?

CECILIO. Novedá, ninguna.

NARDA. *Con súbita revelación.* ¿Es ella acaso…?

CECILIO. Sí.

NARDA. ¿Su novia?

CECILIO. No; no fué nunca mi novia.

NARDA. Bueno, la de…

CECILIO. Ella, ella.

NARDA. ¿Maravillas?

CECILIO. Maravillas, sí.

NARDA. Y ¿cómo ha tenido valor…?

CECILIO. Quería hablar conmigo… justificarse…

NARDA. ¡Ya!

CECILIO. Yo mismo la escribí mi arrebato…

NARDA. ¡Ya! *Pausa. Después de mirar a la puerta por donde se marchó Maravillas.* Pues, hijo, me va usté a dispensar que le diga una cosa.

CECILIO. Diga usté lo que quiera.

NARDA. ¡Que no es pa tanto! *Cecilio la mira.* No se enfade usté; pero no es pa tanto.

CECILIO. Según los ojos con que se ven las cosas.

NARDA. Pero esto mismo ¿no se lo ha dicho a usté nadie más?

CECILIO. Nadie más.

NARDA. ¿Ni el señor Zapata?

CECILIO. Usté es la primera.

NARDA. ¿Ah, sí? Pues lo siento… y me alegro. ¡Los ojos con que se ven las cosas!… Y usté perdone.

CECILIO. No hay de qué. *Silencio.* Por mí no se detenga, Narda; vaya usté a lo que fuese.

NARDA. Está usté deseando perderme de vista.

CECILIO. ¡No, por Dios! Ahora, que si la digo a usté mi verdá, en este momento ni la veo a usté ni veo cosa ninguna. No estoy aquí.

NARDA. ¿Se le ha ido a usté el alma detrás de ella?

CECILIO. Es posible.

NARDA. Ya me arrepiento de mi broma de antes. Pero, de toas maneras, siempre que la siga usté que sea de esta forma: sin que el cuerpo acompañe al alma.

CECILIO. Así tié que ser ya, desgraciadamente. *Pasea sombrío.*

Ella lo contempla.

NARDA. ¡Vaya! Cambio de plan.

CECILIO. ¿Cómo?

NARDA. Que se vayan las compañeras sin mí cuando se aburran de esperarme; yo no le dejo a usté ahora solo con esos pensamientos tan tristes.

CECILIO. ¿Se figura usté que va a cambiarles el color?

NARDA. No tengo yo poder pa tanto; pero lo intentaré.

CECILIO. Lo que usté quiera.

NARDA. ¡Lo que yo quiera, dice!

CECILIO. ¿Qué?

NARDA. Na. Si fuera usté un chico, empezaría a contarle cuentos. Yo sé muchos. Y no pa dormirle, sino pa abrirle a usté los ojos.

CECILIO. ¿Más?

NARDA. ¡Mucho más! ¡Usté es un párvulo, aunque tenga la edá de un hombre!

CECILIO. ¿Un párvulo?

NARDA. ¡A ver!

CECILIO. Y usté una anciana llena de experiencia, ¿verdá?

NARDA. Si los sufrimientos dan experiencia… no crea usté que no, que tengo varios siglos encima.

CECILIO. ¿Usté?

NARDA. Yo.

CECILIO. Pues nadie lo diría, Narda.

NARDA. Lo digo yo cuando llega el caso.

CECILIO. Tié usté una conformidá con to, una alegría, que parece usté una mujer feliz.

NARDA. Manolito, que me ha castigao tanto, no me iba a negar ese consuelo.

CECILIO. ¿Quién es Manolito?

NARDA. El que está arriba.

CECILIO. ¡Ah!

NARDA. Pero le advierto a usté una cosa: que yo estoy convencida de que pa estar en el mundo con esta tranquilidá que usté me ve a mí, hay que saber lo que son penas por haberlas llorao; no le dé usté vueltas.

CECILIO. Pues si eso es así…

NARDA. Que sí que lo es; que no le dé usté vueltas. Aquí me tié usté a mí pa demostrarlo. Usté, antes de este desengaño con esa mujer, ¿ha pasao alguna pena grande?

CECILIO. Pena grande, no.

NARDA. Total: que está usté empezando a vivir. ¿Usté ve cómo es usté un párvulo? Porque, no se haga usté ilusiones: a este mundo venimos a llorar por diez y a reír por dos; han hecho así las cuentas. De manera que usté, hasta el presente, me lleva a mí mucha ventaja.

CECILIO. Según.

NARDA. ¡Según! ¿Le vive a usté su padre?

CECILIO. Sí.

NARDA. Y le querrá a usté mucho.

CECILIO. Mucho.

NARDA. Pues… el que tuvo la culpa de que yo naciera, me encuentra a mí en la calle y no me conoce. Va en coche más que andando y no repara en los de a pie. Y como yo si subo es al tranvía… pues tampoco tié nunca ocasión pa verse conmigo. Es un señor de campanillas. Tié muchos títulos y mucho dinero. Cuando yo nací, mi madre se creyó que iba a tener en mí el mejor imán pa sus pesetas; pero se llevó chasco. No sé quién le metió en el alma al buen señor unas sospechas ruines, y nos volvió la espalda a las dos, y nos quedamos la hija y la madre a la misericordia de Manolito. Esta fué mi niñez dichosa. ¡La edá en que no hay penas, como dicen! Me está usté mirando extrañao.

CECILIO. Sí; no sabía…

NARDA. ¡Párvulo! Pues luego mi madre se unió con otro ciudadano que la mataba a golpes. ¡Pa enseñarme a vivir a mí! Mi madre… se vengaba de él como podía, pero no podía librarse de su… de su protección. Llegó a cogerle miedo. Y él no la dejaba mayormente, no por ella, sino por la mina que empezó a ver en mí cuando yo cumplí los catorce años. Dicen que era bonita.

CECILIO. ¿Quién lo duda?

NARDA. Me di cuenta de lo que tramaba contra mí aquel mal hombre, y un amanecer me escapé de mi casa.

CECILIO. ¡Bien hecho!

NARDA. ¡Como un pájaro! Y ¡qué días siguieron pa mí, Cecilio! Y ¡qué noches! Hay pa tres o cuatro novelas muy tristes. ¿Usté no se ha visto nunca sin tener a quien volver la cara ni de quien ampararse? Usté no sabe lo que es ir a buscar trabajo y tropezar siempre en lo mismo de que iba huyendo: en una fábrica, el hijo del amo; en una casa particular, el señorito; en la calle… ¡cualquiera! ¡Ni que me hubieran echao una maldición! Llegué a renegar de ser bonita. Tomé a los hombres asco y miedo; tomé asco a la vida… Y, sin embargo, yo no sé qué confianza interior me animaba siempre y me daba fuerzas. El caso es que no podía vivir, pero quería vivir. Y nunca le pedí a Dios la muerte: no le pedí más que vivir de otro modo. Y aquí estoy, sin tener que arrepentirme de haber hecho na malo… y ya usté me ve: ¡usté me había tomao por unas sonajas!

CECILIO. ¡Qué poco valemos los hombres!

NARDA. Hay de to…

CECILIO. Por lo menos yo, Narda, estoy viendo que valgo bien poco.

NARDA. Siempre se exagera.

CECILIO. Uno cree que le han punzao las espinas más grandes, y a lo mejor, oyendo al prójimo…

NARDA. Sí; se convence de que apenas le han arañao el cutis.

CECILIO. No diré yo tanto.

NARDA. Lo que veo es que le he puesto a usté más triste toavía de lo que ya estaba.

CECILIO. No le importe a usté. Aunque esté más triste, parece que me he serenao un poco.

NARDA. Menos mal.

CECILIO. Y voy a volver a mi trabajo. Eso también consuela y distrae. Muchas gracias, Narda, por el bien que me ha hecho. Váyase usté ya con sus amigas a disfrutar del día de fiesta. Hasta luego.

NARDA. Hasta luego.

CECILIO. Váyase usté, váyase usté… *Éntrase por la puerta del foro.*

NARDA. *Mirando al cielo.* ¡Manolo!… ¡Manolito!… ¡Tócale en el corazón a este hombre!… ¿No crees tú que me lo he ganao?… ¿Que no?… ¿Toavía no?… ¡Pues por mí no ha de quedar, yo te lo aseguro! ¡O poco valgo…! *Va a irse a la calle, cuando llegan la señora Aldonza y el señor Zapata, y se detiene.* ¡Señora Aldonza!

SEÑOR ZAPATA. Chica, ¿tú por aquí otra vez?

NARDA. ¿Se arregló ese asunto?

SEÑORA ALDONZA. ¿Cómo si se arregló? ¡En su casa está la pareja más suave que un par de guantes! ¡Si no hay como tener razón y los cinco mandamientos bien empleaos!

NARDA. ¿Ha habido felpa?

SEÑORA ALDONZA. ¡A los dos por igual, pa que no se queje ninguno! ¡Dieciocho bofetás bien repartidas! ¡Nueve y nueve! ¡Los dos han llorao! ¡A

hacer comiditas ahora! ¡No faltaría más! ¡El que la armó que la desarme! ¡A mí con el Viaducto! ¡Sí, sí! *Éntrase en sus dominios.*

SEÑOR ZAPATA. ¡Es de hierro forjao!

NARDA. *Con vehemencia comunicativa.* ¡Señor Zapata, hay novedades!

SEÑOR ZAPATA. ¿Qué novedades hay?

NARDA. ¿Quién piensa usté que ha estao aquí?

SEÑOR ZAPATA. ¿Quién ha estao?

NARDA. ¡Maravillas!

SEÑOR ZAPATA. ¿Maravillas?

NARDA. ¡Y ha hablao con Cecilio!

SEÑOR ZAPATA. Y ¿donde está él?

NARDA. Ahí dentro: en su cuarto.

SEÑOR ZAPATA. ¡Ah! Y ella ¿a qué ha venido, tú sabes?

NARDA. Él me ha dicho que a pedirle perdón… Una cosa así.

SEÑOR ZAPATA. ¡Demonio de mujeres!… Cuando se iba encalmando el chico…

NARDA. No quiera usté saber como él se quedó… Hablaba solo; no estaba en lo que hacía… ¡Y también ha llorao!

SEÑOR ZAPATA. ¡To me lo figuro!

NARDA. Fortuna que llegué yo a tiempo y le he distraído unas miajas contándole mi historia. Llévesele usté ahora a dar un paseo.

SEÑOR ZAPATA. ¡No, que no! También procuraré distraerle… Le hablaré de mil cosas…

NARDA. ¡Háblele usté de una na más!

SEÑOR ZAPATA. ¿De qué quiés que le hable?

NARDA. ¡De que estoy yo por él que hago números!

SEÑOR ZAPATA. ¿Ah, sí? Algo me maliciaba. Pero, chica, en diez días…

NARDA. Estas cosas, cuando son de verdá, vienen de golpe. ¡Hago números por las paredes, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Ja, ja, ja! ¡No sabes tú lo que me alegro!

NARDA. ¡Pondérele usté un poquitín mis prendas! ¡Dígale usté que soy una perla de Oriente!

SEÑOR ZAPATA. ¡No le diría más que la verdá!

NARDA. ¡No importa que se le vaya a usté alguna mentirilla!

SEÑOR ZAPATA. ¿Y tocante a lo que tú le quieres?

NARDA. ¡En ese terreno déjese usté ir cuesta abajo! ¡Por mucho que avance, no se saldrá de la verdá!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues con la verdá se va a tos laos! ¡Cuenta conmigo!

NARDA. ¡Dios se lo pague a usté!

SEÑOR. Zapata. ¡Entre los dos le salvaremos!

NARDA. ¡Con la ayuda de Manolito, siempre!

SEÑOR ZAPATA. Voy por él.

NARDA. Vaya usté con Dios. ¡Que hago números, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡No se me olvida, no! ¡Cecilio! ¡Cecilio!

NARDA. ¡Cecilio!… ¡Cecilio!…

Él se va adentro, llamando al muchacho, y ella a la calle, deleitándose en repetir su nombre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Aún no ha acabado octubre.

Es por la mañana.

Antonino estudia sentado junto a la ventana. Indalecio canta en el patio. Narda sale del interior de abriguito y velo, dispuesta para irse a la calle. Llega a la puerta, la abre de mala gana y, de repente, obedeciendo a intima resolución, la vuelve a cerrar decidida.

NARDA. ¡Vaya! ¡Un día es un día! ¡Se acabó!

ANTONINO. ¿Cómo?

NARDA. ¡Que hoy no voy al taller! ¡Que lo he determinao ahora mismo!

ANTONINO. *Levantándose entusiasmado.* ¡Ole! Cuenta conmigo pa to lo que quieras.

NARDA. Gracias. Tú siempre a lo tuyo.

ANTONINO. ¡A ver qué vida!

NARDA. *Dejando el abriguillo y el velo.* No sé por qué los pies se me resisten a sacarme hoy de casa.

ANTONINO. Yo sí sé por qué.

NARDA. ¡Vamos! ¿No lo sé yo y vas tú a saberlo?

ANTONINO. Es que yo sé muchísimas cosas, Narda… ¡En no siendo Geografía postal!… ¡Ay!

NARDA. Chico, ¿qué te ha dao?

ANTONINO. ¡Un trastorno de pies a cabeza! ¡Me he acordao de pronto de que me examino pasao mañana!

NARDA. Sí, ¿eh? Pues anda al libro, que es lo que te trae cuenta.

ANTONINO. ¡Maldito sea el que los inventó! *Coge el libro a regañadientes.* ¿Tiés que hacer ahora?

NARDA. ¿Por qué?

ANTONINO. Pa que me tomes esta linea, que se me ha atravesao. ¡Y estoy viendo que me va a tocar en el examen!

NARDA. Trae acá. ¿Cuál es?

ANTONINO. Ésta. ¡Se me ha atravesao! «Ambulante de Madrid a Valencia». Anda: desde aquí. *Diciendo la lección de memoria.* «Distancia de Madrid a Valencia, 490 kilómetros».

NARDA. Eso es.

ANTONINO. «Itinerario… itinerario… Getafe, Pinto…».

Pasa del interior hacia la tienda el señor Fausto, murmurando:

SEÑOR FAUSTO. ¡Buen principio de semana, y ahorcaban en lunes!…

ANTONINO. ¿Me quié usté dejar estudiar, señor Fausto?

SEÑOR FAUSTO. ¿Yo, eh? ¡A ti pa estudiar te estorba hasta el aire!… Dame un pitillo, sabio.

ANTONINO. Sí, señor; tome usté.

SEÑOR FAUSTO. Gracias. Este fin de mes me han suprimió el humo. Me hace daño pa el asma. No te cases nunca, que yo me la busqué por tunante. *Éntrase en la tienda, reliando el cigarrillo.*

ANTONINO. Me gustarla a mí oír una conversación entre el señor Fausto y mi tío el de Esquivias.

NARDA. Déjate de conversaciones y anda al libro. Te distrae una mosca. Anda. «Itinerario. Getafe, Pinto…».

ANTONINO. «Getafe, Pinto, Valdemoro, Ciempozuelos, Aranjuez y Castillejo, en la provincia de Madrid… Villasequilla de Yepes, Huerta de Valderrábanos…».

NARDA. ¡De Valdecarábanos!

ANTONINO. De Valdecarábanos. Me he equivocao aposta pa ver si atendías.

NARDA. Pues ya ves que atiendo. Sigue.

ANTONINO. «Valdecarábanos… Villasequilla de Yepes, Huerta de Valdecarábanos… Valdecarábanos… Valdecarábanos…».

NARDA. No arrancas de Valdecarábanos.

ANTONINO. Es que me he bajao en la estación a tomar una copa.

NARDA. Temprano tropiezas.

ANTONINO. No me atarugues tú. «Valdecarábanos… Huerta de Valdecarábanos…».

NARDA. ¿Otra copa?

ANTONINO. Sí; esperamos un cruce. «El Casar de la Guardia, Tembleque… Tembleque…». ¡Este Tembleque está en toas las líneas! «El Romeral, Villacañas y Quero, en la provincia de Toledo». «Alcázar de San Juan, Medina del Campo…».

NARDA. ¡No!

ANTONINO. No, no: «Campo de Criptana». Me ha confundido el campo… «Záncara y Socuéllamos…». ¡Socuéllamos! ¡Vaya un pueblo pa escribirle a diario a la novia! ¡Socuéllamos!

Sale por la puerta del foro Libre, con la jaula del pájaro, que cuelga a la ventana.

LIBRE. ¡Nos hemos caldo el señor Fausto y yo!

ANTONINO. ¡Otra! ¿Qué ocurre?

LIBRE. ¡Que hemos roto el reló del cuarto de la señora Aldonza! ¡Cuando lo vea!… *Vuélvese adentro asustadísima.*

ANTONINO. Cuando lo vea, yo procuraré que me coja en Socuéllamos. *A Narda.* Chica, dame el libro. Aquí no hay modo de estudiar.

NARDA. Tómalo, sí; porque a este paso no llegas a Valencia.

ANTONINO. ¡Es que esto, además, es una estupidez! ¡Y un atraso increíble! ¡El correo debe llevarse ya en aeroplanos! ¡Y en el aire no hay pueblos!

Por la tienda aparece Cecilio, que viene de la calle.

CECILIO. Santos y buenos días.

NARDA. ¡Buenos días!

ANTONINO. Buenos días, amigo. ¡Qué madrugador!

CECILIO. Al que madruga…

NARDA. Dios le ayuda. ¿Le ha ayudao a usté hoy?

CECILIO. Empieza a ayudarme.

ANTONINO. ¡Vaya! Uno que estorba. *Se encamina hacia la puerta del foro y por ella se marcha.*

NARDA. ¿Adonde vas?

ANTONINO. ¡A Valencia! ¡Si no me equivoco en el camino! «Itinerario. Getafe, Pinto, Valdemoro, Ciempozuelos, Aranjuez…». *Deteniéndose un punto.* ¡Qué talento tenía el que inventó el etcétera, etcétera!…

Ríen Narda y Cecilio.

NARDA. ¡Le van a dar unas calabazas!… ¡Natural: no estudia!…

CECILIO. Sí; porque la práctica de líneas adquirida con las modistas y con las fregonas, luego no la estima el tribunal.

NARDA. ¡Tendría que ver que la estimara! Es un perdigón. Y a mí esta mañana se me ha pegao su gandulería. Aquí me tié usté de novillos.

CECILIO. ¿De novillos?

NARDA. ¡Fumándome el taller!

CECILIO. ¡Ya me chocaba a mí verla en casa a estas horas! Y ¿a qué se debe…? ¿Es que está usté mala?

NARDA. ¡Quiá!

CECILIO. Entonces…

NARDA. ¡Qué sé yo! Un venate. Porque le prevengo usté que ya me iba al trabajo, cuando de pronto eché p atrás y dije entre mí: «¡Vaya! ¡Que no voy!». Y hasta ahora no lo siento.

CECILIO. ¿Ni qué importancia tié pa sentirlo, Narda? Sólo que como usté es tan cumplidora y tan formalita, la menor falta se le hace a usté un monte.

NARDA. ¡Si viera usté qué ganas voy yo teniendo de perder esta formalidá!…

CECILIO. ¿De veras?

NARDA. De veras. ¿No empacha ya un poquito? ¡Y que tampoco va con mis años! Bueno está lo bueno; pero a mi edá, y con lo que llevo pasao en este mundo, me hace falta ya cambiar de tocata… De mi casa, al taller; del taller a mi casa… ¡Hay tendero que pone en hora su reló tos los días cuando me ve pasar! ¡Es demasiado cronómetro! ¿No le paece a usté?

En el patio canta Indalecio, según su costumbre.

INDALECIO.

También la gente del pueblo
tiene su corazoncito…

CECILIO. El sillero la ha contestao a usté por mí.

NARDA. No era la del sillero la contestación que yo buscaba mayormente.

CECILIO. Pues yo estoy de acuerdo con él. Se debe pensar en algo más que en el trabajo pa que la vida sea completa. El corazón también quiere lo suyo.

NARDA. Y ¿hay que obedecerle?

CECILIO. *Vacilando.* No siempre, Narda.

NARDA. ¿No siempre? ¿Por qué?

CECILIO. Porque a lo mejor tié caprichos muy caros.

NARDA. Y eso ¿quién lo rige?

CECILIO. *Por la cabeza.* La vecina de la guardilla.

NARDA. ¡Cuando no esté loca la vecina, digo yo!

CECILIO. ¡Claro!

NARDA. Total: que estoy viendo que entre el principal y la guardilla siempre hay disgustos en la casa.

CECILIO. Malo es que no marchen a una.

NARDA. ¡Y eso es tan difícil!…

CECILIO. ¡Tan difícil!… Más de veinte días llevo yo batallando pa ver si hacen las paces los míos, y na, no se avienen.

NARDA. ¿No?

CECILIO. No se avienen… a lo que yo quisiera. Y en mi casa el loco está en el principal.

NARDA. ¡Enciérrele usté en una jaula!

CECILIO. Encerrao le tengo, pero no deja de dar voces.

NARDA. ¿Se ha fijao usté en que casi siempre que usté y yo nos paramos a hablar sale una conversación parecida?

CECILIO. Si… es verdá que sale.

NARDA. ¿Por qué será eso? Aunque, después de to, tié una explicación bastante clara.

CECILIO. Sí…

NARDA. La manera como usté vino a vivir con nosotros… ¿Se acuerda usté, Cecilio, de la mañana que nos conocimos? ¡Qué verdá es que de na debe hablarse sin enterarse primero con quién se habla! A mí no se me olvida aquello. Estar usté aquí por lo que estaba —paece que lo estoy viendo ahí sentao— y venir yo a contar entonces el caso de la *Chispa*…

CECILIO. ¿Aquella pequeña del taller de usté?

NARDA. Sí: que se dejó matar por el novio. ¡Pobre *Chispa*!

CECILIO. Yo tampoco la olvido. Pocas cosas en esta vida me han hecho a mí más mella.

NARDA. ¡Como que estaba usté pa oír el relato! ¡Lástima de criatura! Y ¿querrá usté creer que ya en el taller no hay ni quien la nombre? ¡Y no hace un mes toavía! ¿Pa quién se hacen esas locuras en este mundo? Cuando cumpla un año de la muerte, la madre la llevará unas flores al cementerio y yo iré con ella… Cuando cumplan dos, de la misma madre pué que tiren más los hijos que la viven, y a mí quizás se me pase la fecha… Y se acabó la historia… ¡Y la *Chispa* no está con nosotros! En fin, no nos pongamos tristes. ¿De qué hablábamos?

CECILIO. De las disputas entre el principal y la guardilla… que nos dan mucha guerra a algunos.

NARDA. ¡Mucha!

CECILIO. Yo, por mí, sin embargo, ya he tomao una resolución, y eso me ha dejao más tranquilo.

NARDA. Menos mal. Y ¿qué resolución es ésa, si es que pué saberse?

CECILIO. ¡Ya lo creo! ¿La interesa a usté?

NARDA. ¡Vaya! Por usté, que me es muy simpático, lo uno; y lo otro, porque nadie está libre de verse en un caso parecido.

CECILIO. No lo quiera Dios.

NARDA. No lo quiera el diablo.

CECILIO. Pues mi resolución es mudar de horizonte.

NARDA. ¿Cómo?

CECILIO. Yéndome de Madrí.

NARDA. ¿Se va usté de Madrí, Cecilio?

CECILIO. Sí, Narda; me voy.

NARDA. ¿Cuándo?

CECILIO. Dentro de tres o cuatro días. No tengo otro remedio. La casualidá ha venido a determinarme. Ha muerto en Barcelona un escenógrafo famoso. Un compañero mío, discípulo de él, me propone que nos hagamos cargo de los talleres, que trabajemos juntos, que unamos nuestros nombres… No es ningún desatino. Me tienta… y me conviene. Me voy de Madrí.

Pausa. Él pasea, ensimismado, procurando afirmar su convencimiento. Ella lo mira con melancolía.

NARDA. ¿Quié usté que le hable con franqueza?

CECILIO. ¿A mí?

NARDA. A usté.

CECILIO. ¿Sobre qué, Narda?

NARDA. Sobre esto que tratábamos.

CECILIO. Usté dirá.

NARDA. Creí que era usté más fuerte. Paece mentira que un hombre como usté busque callejuelas pa su camino en vez de seguir alante por el más derecho. ¿No le da a usté vergüenza de tener que huir de una mujer que no le quiere?

CECILIO. Sí me da; pero huyo.

NARDA. Pues… le llamarán a usté cobarde.

CECILIO. Y lo soy. Ya me lo llamo yo. Pero si pasando por esta nueva cobardía me libro de esa sombra y escapo del miedo de volver a un mal paso, y al fin logro olvidar y curarme de mi ceguera, ¿qué me importa que se me tenga ahora por cobarde?

NARDA. Es que si una vez se es cobarde en la vida, con dificultá se vuelve a ser valiente. ¡Y en la vida hay que ser valiente! ¡Que sea una mujer la que a un hombre le diga esto!

CECILIO. Una mujer que quizás no me lo dijera, si supiese de lo que acobarda un cariño; del miedo que dan unos ojos que no quién mirarnos…

NARDA. *Reprimiéndose, cuando está a punto de descubrirse.* Tié usté razón… ¡Qué sé yo de esas cosas!… Estoy hablando de ligero… Por lo visto es verdá que dan mucho miedo unos ojos que no quién mirarnos… ¿Ve usté? Nunca se sabe lo bastante… Yo le he llamao a usté párvulo muchas veces… y ahora resulta que tengo que aprender de usté… Esta vida cambia de color ca minuto… A saber si mañana va a ser al contrario que hoy, y tié usté que aprender de mí. Hasta luego, Cecilio. *Se va al interior, temerosa de perder del todo la serenidad ante el muchacho.*

CECILIO. Adiós, Narda. *Turbado.* Pero esa mujer va tragando lágrimas… ¿Habrá pensao quizás…? ¡Sí! ¡To lo que me ha dicho va por ese lao! ¡Y yo en otro mundo!… *Llaman a la puerta.* ¿Quién es?

Abre y pasa el señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. ¡Hombre, tú! ¡Felices! ¿Es que me esperabas?

CECILIO. No, señor. Pero siempre llega usté cuando le necesito.

SEÑOR ZAPATA. ¿Eh?

CECILIO. Iba a ir a buscarle.

SEÑOR ZAPATA. Pues aquí me tienes como enviao. ¿Consultaste aquello con la almohada?

CECILIO. Sí, señor.

SEÑOR ZAPATA. Y habrás cambiao de propósito.

CECILIO. No, señor.

SEÑOR ZAPATA. ¿Te vas de Madrí decididamente?

CECILIO. Decididamente.

SEÑOR ZAPATA. ¿Se ha enterao de tu resolución la patrona?

CECILIO. No, señor; toavía na la he dicho.

SEÑOR ZAPATA. Pues procura informarla lo más lejos posible de ella: por la telegrafía sin hilos.

CECILIO. ¿Y eso?

SEÑOR ZAPATA. Porque no hay cosa que la haga peores tripas que la despedida de un huésped.

CECILIO. Y ¿qué la hace buenas tripas a esa condenada mujer?

SEÑOR ZAPATA. Se pone frenética: como si la robaran de pronto. Tú lo has de ver luego.

CECILIO. ¡Ca! Me despediré por escrito… No estoy yo pa escenas de fregadero esta mañana. El resultado es que me voy de Madrí. Y ahora, más aprisa.

SEÑOR ZAPATA. ¿Por esto que te he dicho?

CECILIO. No, señor. Por una cosa que me ha pasao.

SEÑOR ZAPATA. ¿Por una cosa que te ha pasao? A ver… Esa cosa, capítulo por sí merece. Dime.

CECILIO. Verá usté… ¡Me ha hecho una impresión, señor Zapata!… He hablao con Narda de mi viaje…

SEÑOR ZAPATA. Con Narda, ¿eh?

CECILIO. Sí; ahora mismo. Y en la manera como me ha escuchao, en lo que me ha dicho a última hora, en la forma como se ha ido de aquí —pa mí que iba llorando, señor Zapata—, ¡vamos! yo no quisiera ver visiones, pero…

SEÑOR ZAPATA. ¿Es decir que hasta hoy no te has dao cuenta de que esa mujer sueña contigo?

CECILIO. ¿Qué? ¿Usté lo sabe?

SEÑOR ZAPATA. ¿Que si lo sé?

De los rosados labios de su boca…

Permíteme este madrigal; estoy encuadernando un ramillete de ellos. Sí, Cecilio, sí; he sido yo su confidente. Lo sé antes que nadie, por ella misma, y te lo he dao a entender varias veces; pero a la cuenta no sólo estabas ciego, sino sordo. Narda se fijó en ti por lo que aquí te trajo; le fuiste simpático luego, y sin tú pretenderlo, te metiste en su corazón… Narda te quiere.

CECILIO. ¡Me quiere!

SEÑOR ZAPATA. Como es capaz de querer a un hombre una mujer que ha sabido librarse de muchos. ¡Ahí tiés una compañera pa la vida!

CECILIO. ¡Maldita sea mi suerte!

SEÑOR ZAPATA. ¡Caray! ¡To lo esperaba yo menos una exclamación tan amarga! ¿Maldices tu suerte cuando sin buscarlo te sale al paso lo que muchos buscan y no encuentran? ¿Quién te entiende, niño?

CECILIO. ¡Cualquier que se fije un poco!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues yo no soy ningún gorrión! Pasao lo pasao, ¿qué psicología, qué lógica y qué ética hay en tu conducta presente? ¿Por qué te resuelves a dejar Madrí, si aquí tu porvenir es más seguro que en toas partes? ¿Por qué te marchas ahora más aprisa, como me dijiste al entrar yo, cuando te enteras del cariño que una mujer te tiene? ¿Quiés aclararme esto?

CECILIO. ¡Porque ni esa mujer ni cien como ella me quitan a otra de delante!

SEÑOR ZAPATA. ¡Vaya! ¡Don Álvaro o la fuerza del sino! ¡Yo creía que eso estaba ya sepultao!

CECILIO. ¡Ojalá! ¡Qué más quisiera yo! ¡Bastante he hecho y hago pa olvidarla! Pero no adelanto ni un paso: es mi sombra; es mi pesadilla. Por eso me voy; na más que por eso: ¡a ver si la distancia me salva!

SEÑOR ZAPATA. Ése es otro engaño, Cecilio: la distancia idealiza. Hay que combatir el mal frente a frente. «El soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga»; prólogo de la segunda parte del *Quijote*.

CECILIO. ¡Yo no sé más que huir!

SEÑOR ZAPATA. ¿Ni la mano de Narda te detiene? ¿Ni los brazos del hombre por quien estás en pie en este instante? ¿Ni tu propio instinto ni tu razón?

CECILIO. Nada, señor Zapata. Me he convencido de que si de algún modo me salvo, es alejándome de aquí.

SEÑOR ZAPATA. Pero ¿de qué te salvas, majadero? ¿Qué peligro te cerca? ¡Sé hombre alguna vez! ¿Es que ni la mujer que así te trastorna ni ninguna en el mundo merece que un hombre desvíe su marcha y tronche su porvenir por ella? ¡De dónde, Cecilio! En fin, ha llegao la hora de mi argumento Aquiles.

CECILIO. ¿Eh?

SEÑOR ZAPATA. Si éste no te cura del to, te abandono a tu sino.

CECILIO. No comprendo…

SEÑOR ZAPATA. Operación a vida o muerte.

CECILIO. Hable usté.

SEÑOR ZAPATA. En más de una ocasión te he aludido a que al traerte a vivir con la señora Aldonza no procedía yo sin ulterior propósito.

CECILIO. Es verdá. Y yo no le he entendido a usté nunca.

SEÑOR ZAPATA. Ni podías entenderme. Vamos a ver: a ti, en definitiva, ¿qué juicio te merece la señora Aldonza?

CECILIO. ¿La señora Aldonza? ¡El peor! ¡No me hable usté más de ella! ¡Qué espanto de mujer! ¡Sólo por usté he resistido yo en su casa los días que llevo! Más le digo: si yo no me fuera de Madrí, desde luego de aquí me iría.

SEÑOR ZAPATA. ¿Hola?

CECILIO. ¡Ni un minuto más al lao de esa fiera! ¡Ni quiere a su marido, ni quiere a sus hijos, ni es capaz de querer a nadie, ni hace más que infernar y reñir! ¡No parece mujer: parece un castigo aquí en la tierra!

SEÑOR ZAPATA. Un castigo en la tierra: ¡bravo!

CECILIO. ¿Bravo?

SEÑOR ZAPATA. Bravo, Padilla y Maldonado: los Comuneros.

CECILIO. ¿Eh?

SEÑOR ZAPATA. El día que yo te traje adrede a esta casa, me vi forzao a hacerte una revelación: la de que yo, como tú, había intentao una vez suicidarme por una hija de Eva.

CECILIO. Ciertamente.

SEÑOR ZAPATA. Bueno: pues aquella mujer de mi suicidio… es la señora Aldonza.

CECILIO. ¿Qué está usté diciendo?

SEÑOR ZAPATA. Lo que oyes: aquella mujer de mi suicidio es la señora Aldonza.

CECILIO. ¡No!

SEÑOR ZAPATA. ¡Sí!

CECILIO. ¡No es posible, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Vaya si es posible!

CECILIO. ¡Usté quié burlarse de mí!

SEÑOR ZAPATA. ¡Te juro que es aquélla!

CECILIO. Pero… pero ¡eso es una aberración!

SEÑOR ZAPATA. ¡Lo parece, rapaz! ¡Y por eso te trae aquí! Como he traído antes a un par de locos como tú. ¡Esta casa es un sanatorio!

CECILIO. Pero ¡si me dijo usté que la mujer por quien quiso matarse era un sueño!

SEÑOR ZAPATA. ¡Y lo era!

CECILIO. ¿Un sueño la señora Aldonza?

SEÑOR ZAPATA. ¡Un sueño de hadas! Recuerda los motes que la poníamos: la «Azucena de Curtidores», la «Flor del Trigo», «Ofelia»…

CECILIO. ¡Ofelia! ¡Ave María Purísima!

SEÑOR ZAPATA. La cintura era un junco; los piececitos, dos piñones; la cara, una rosa; los ojos… ¡que te diga el señor Fausto cómo eran los ojos!…

El aludido suelta desde la tienda un suspiro desgarrador.

SEÑOR FAUSTO. ¡Ay!

SEÑOR ZAPATA. ¡Hombre! ¡Ahí viene ella! ¡La Maravilla mía, Cecilio! ¡Fíjate! ¡Aprende en un minuto lo que enseña el tiempo!

En la puerta del foro aparece hecha un basilisco, desgreñada y sucia, en traje de faena, la señora Aldonza. Viene, sin sospecharlo, a robustecer la opinión del señor Zapata. Se detiene en la puerta un segundo, y desde ella mira a los dos hombres, como si dudara a cuál de los dos ha de embestirle antes.

SEÑORA ALDONZA. ¡Oiga usté, pinta puertas!

CECILIO. ¿A quién es eso?

SEÑORA ALDONZA. ¡A usté, so cursi!

CECILIO. ¿A mí?

SEÑORA ALDONZA. ¡A usté! ¿No se lo han llamao nunca? ¡Pues se lo han de llamar a usté muchas veces en esta vida! ¡Váyase usté haciendo! ¡Nos ha fastidiao este ministro de la Corona!

SEÑOR ZAPATA. *A Cecilio, con ironía.* «¡Ofelia!».

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué?

SEÑOR ZAPATA. Un inciso.

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué me ha dicho la Narda? ¿Que sí va usté de la casa dentro de tres días?

CECILIO. ¡Eso pensaba, sí, señora; pero me voy a ir ahora mismo por no verla a usté más!

SEÑORA ALDONZA. ¿Ah, sí? ¿Es que le lastimo a usté la vista?

CECILIO. ¡Es que no la puedo aguantar a usté ya más tiempo, señora!

SEÑORA ALDONZA. Pero ¿usté se figura que tié que aguantar menos que yo? ¡Pues hasta más arriba del moño me tié usté, amigo! ¡Rediez con el duque, que a to tié que ponerle faltas! *Al señor Zapata.* ¿Qué idea te dió a ti

de traerme este título? ¡To lo discute, to lo critica, to lo gruñe, a toas horas tié puesta cara de fiscal!… ¡Jesús con el tío! ¡Váyase usté ya al carro e la basura!

CECILIO. A la calle es adonde me voy. Señor Zapata…

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues largo ya, y mejor cuanto antes! ¡De par en par tié usté las puertas! ¿O es que se cree usté que me voy a hincar de rodillas pa que no se vaya? ¡Rediez, qué humos! ¿Con qué le destetaron a usté, hijo mío? ¿Con arroz con leche?

CECILIO. Vámonos, que no la quiero contestar.

SEÑORA ALDONZA. ¡Ay, qué miedo, si me contesta! ¿Qué me iría a decir? ¡Un hombre tan bravo, que se va de Madrí huyendo de unas faldas!

CECILIO. *Indignado.* ¡Señora!

SEÑORA ALDONZA. ¡Huyendo de unas faldas, sí! ¡Huyendo de unas faldas! Escuecen las verdades, ¿eh? ¡Pues, amigo, tener reaños y no irse! Pero ¡bueno es el punto! ¡El suicida de pega éste, que oye un cohete de los chicos y se pone blanco! ¡Ja, ja, ja! ¡Que se quiso matar por la novia! ¡Qué risa! ¡Miau! ¡El que se quié matar, se mata! Pero ¡es menester mucho coraje pa tirar del gatillo! ¡Teófilo, no te asustes tú, que no te quedas sin ahijao! ¡Éste es de los que se asoman al Viaducto llamando primero a los guardias! ¡Guardia!, ¡guardia! ¡Sujéteme usté, que me voy a hacer daño! ¡Ja, ja, ja! Esta mañana me he levantao yo con ganas de risa… ¡Ja, ja, ja! ¡Entre Fausto y Libre me han roto el reló de mi cuarto!… ¡El día que empieza bien!… ¡Voy a agradecérselo a mi hombre! Fausto, alma mía, ven que te cuente un cuento baturro… *Volviéndose a Cecilio, mimosa.* En la despensa tié usté azahar… Y un muslito e gallina, por si está débil… ¡Ja, ja, ja!

Vase a buscar a su marido.

SEÑOR ZAPATA. ¡La «Azucena de Curtidores»!

CECILIO. *Horrorizado.* ¡Oh! ¡Oh!

SEÑOR ZAPATA. ¡La «Flor del Trigo»! ¡Por esa mujer estuve yo a punto de quitarme la vida! Si consumo la atrocidá y ahora la veo desde el otro mundo en esa facha de capricho de Goya, ¿qué me sucede a mí? ¿Concibes tú una encarnación más fuerte del ridículo?

¡Que los hijos de familia

tomen de este caso ejemplo!

CECILIO. Pero ¿será usté capaz de haberme traído aquí con esta mira?

SEÑOR ZAPATA. ¡Naturalmente! Yo combato el suicidio con la sátira. ¡Como don Miguel de Cervantes combatió los libros de caballerías en su época! No es que pretenda el parangón: cuidao; es que imito el procedimiento. El tiempo, rodando, rodando, to lo enfría y lo trastorna, y nos enseña siempre lo pueril de nuestras desesperaciones.

¿Qué se hizo el Rey don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?…

CECILIO. Señor Zapata, no necesitaba yo pa curarme de aquella locura llegar a esta prueba tan cruel y tan desagradable. Me ha bastao mi propia reflexión. No me mataré nunca por ninguna mujer, ni querré tampoco matar a la que no me quiera; pero de esta Maravillas, que sé que no me quiere huyo. Vámonos de aquí ahora.

SEÑOR ZAPATA. Vámonos.

CECILIO. Vaya usté por delante, y espéreme ahí en el café.

SEÑOR ZAPATA. Conformes. En el café te espero. No tardes.

CECILIO. Dos minutos.

SEÑOR ZAPATA. Pues hasta ahora. No he vencido; pero no he fracasao.

Vase por la puerta de la izquierda.

CECILIO. ¡En esta casa no pongo más los pies! *Va con decisión a la puerta del foro y llama desde ella.* ¡Narda! ¡Narda!

Pausa. Espera a la muchacha impaciente. Sale Narda a poco.

NARDA. ¿Me llama usté, Cecilio?

CECILIO. Sí. Un instante. Me voy de aquí pa no volver, y de Madrí, como antes la he dicho, uno de estos días. Como es fácil que no nos veamos, no me iba conforme sin decirla a usté adiós.

NARDA. Yo se lo agradezco, Cecilio.

CECILIO. La debo a usté mucho… Y lo que siento es no poder pagarla en la moneda que a usté más la guste. Soy un desventurao.

NARDA. ¿Usté?

CECILIO. Yo. ¿No ve usté que tengo que huir? En cambio, usté, si ahora no es dichosa, seguro estoy de que no ha de tardar en serlo.

NARDA. Mal camino llevo, Cecilio.

CECILIO. Pero tié usté la voluntá que a mí me falta, y busca su ventura. ¡Usté dará con ella! Yo así he de pedírselo a Dios.

NARDA. Gracias. ¡Que Dios le oiga a usté!

CECILIO. Adiós, amiga mía.

NARDA. Adiós, Cecilio. Le deseo lo mejor.

CECILIO. Ya lo sé.

NARDA. Adiós.

CECILIO. Adiós.

Vase tras el señor Zapata.

NARDA. *Acongojada.* ¡Se va!… ¡Se fué!… *Llora.* ¡Ay, *Chispa*, tú no supiste de esto!… *Serenándose.* ¡Pero yo no me mato! ¡Yo no tengo derecho a matarme! ¡Hay que seguir viviendo! *Con resolución y ánimo fuerte.* ¡No me dejes ahora de la mano, Manolito! ¡Ea! ¡Se acabaron los lloros! ¡Anda, corazón! *Acomodándose el abrigo y el velo.* ¿Quién dijo miedo, pa no hacerle caso ninguno? ¡A mal tiempo, buena cara! *Sonriendo entre lágrimas.* ¡Al taller! ¡Al trabajo!

Vase decidida por la puerta de la derecha. Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, septiembre y octubre, 1920.

Madrid, enero, 1921.

LA SILLITA

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO DE LA INFANTA ISABEL** el 28 de abril de 1921

A «JOSELITO» RODRÍGUEZ LA ORDEN, *el más sevillano de todos los sevillanos, se complacen en dedicarle el más sevillano de cuantos entremeses han escrito, los más sevillanos de sus amigos y admiradores,*

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabela.	María Gámez.
Amalia.	Joaquina del Pino.
Román.	Antonio Suárez.

LA SILLITA

Una calle solitaria y llena de sombra, en Sevilla. Al foro, la puerta de la casa de Amalia, la vecina más pacífica y desocupada de la calle. Es mediodía, en el mes de junio.

Por un lado de la calle sale Isabela, y Román por el otro. Isabela, hija de una famosa estanquera sevillana, heredará de su madre la fama y el estanco. Román, hijo de un no menos famoso dorador, heredará asimismo la tienda y la fama. Se cruzan en medio de la calle, se miran distraídos y luego los dos vuelven la cara a la vez y se reconocen.

Román. ¡Isabela!

Isabela. ¡Román!

Román. ¿Cómo lo pasa usté?

Isabela. Yo, bien, ¿y usté? Yo desía: yo conozco esta cara.

Román. Eso mismo me pasó a mí. Como ahora nos vemos tan de tarde en tarde… ¿Quién fué quien me dijo el otro día que usté había estao mala?

Isabela. ¿Que había estao yo mala?

Román. ¿Quién fué? ¡Ah, sí! Manolita Árvarez, la entená de *Lenteja*.

Isabela. ¿De *Lenteja*?

Román. *Lenteja*, er de la plasa de la Encarnasión.

Isabela. No lo conozco.

Román. Y ¿ha sío verdá eso? ¿Ha estao usté mala?

Isabela. Sí, señó. Este mayo pasao me dió *un gripe* muy fuerte.

Román. ¡Dichoso *gripe*!

Isabela. Creí que las liaba. Pero ya estoy mejó.

Román. Ahora no pué usté está mejó.

Isabela. Grasias.

Román. No hay de qué darlas.

Isabela. Usté siempre con sus finuras.

Román. Doradó que soy.

Sale Amalia a su puerta y se sienta a tomar el fresco. Isabela y Román, que estaban casi delante de ella, se echan a un lado.

Amalia. Buenas tardes.

Isabela. Buenas tardes.

Román. Buenas tardes. ¿Y su madre de usté, Isabela, que no le he preguntao?

Isabela. Tan buena que está. Con su genio, pero tan buena.

Román. ¿Y su tita?

Isabela. Tan buena que está. En el estanco casi siempre Desde que se quedó viuda nos acompaña mucho.

Román. Es verdá, que murió Restrepo. ¿De qué murió Restrepo?

Isabela. ¿Restrepo? Pos Restrepo murió der miedo ar tifus.

Román. Escuche usté: ¿der miedo ar tifus?

Isabela. Sí; leyó en los periódicos que er tifus daba con el agua, y é, que ya era afisionao, apretó en los licores. Y lo mató un derrame.

Román. ¿De licores?

Isabela. ¡De licores… y de to lo que bebió en su vida! La pobre tita ha descansao.

Román. ¿Y el hermanito, torea o no torea?

Isabela. ¿Quién? ¿Mi Pepe? ¡Qué ha de torea!

Román. ¿Por qué?

ISABELA. ¡Porque hasta de los caracoles se asusta! Pa toreá es presiso arrimarse a los toros. Y mi Pepe ve una vaca de leche y se pone blanco.

ROMÁN. ¡Ja, ja, ja!

ISABELA. Formá lo digo; no crea usté que es ponderasión. Yo no sé cómo le ha dao por er toreo. ¡De un bastón con er puño de cuerno, huye! No, no lo coge un toro.

ROMÁN. Más vale.

ISABELA. Más vale.

ROMÁN. Le encaja bien aqueyo que se cuenta der padre de los *Gayos*, ¿Usté no lo ha oído?

ISABELA. No.

ROMÁN. Pos disen que a Fernando er *Gayo* le dieron un día la notisia de que había cogío er toro a un banderiyero que juía mucho. Y Fernando er *Gayo* preguntó: «¿Ha ido er toro a la fonda?».

ISABELA. ¡Ja, ja, ja! Sí; de esa misma casta es mi Pepe. Un güeso.

ROMÁN. Un güeso, sí.

ISABELA. Pero un güeso de esos que no le dan sustancia a la oya.

ROMÁN. Ya, ya.

AMALIA. *Levantándose.* Niña, usté disimule. ¿No quié usté que le saque una siyita?

ISABELA. No, señora, no; grasias. Voy de paso.

AMALIA. ¿Ni usté tampoco, joven?

ROMÁN. Tampoco; grasias. Yo también voy de paso.

ISABELA. Muchas grasias.

AMALIA. No las merese. *Se sienta.*

ISABELA. *A Román.* ¿Usté se casó?

ROMÁN. ¡Yo no, hija!

ISABELA. ¿Que no se casó usté?

ROMÁN. ¡Que no me he casao!

ISABELA. ¡Pos yo no lo he soñao, Román!

Román. ¡Pos no me he casao, Isabelita! ¿Quié usté que le enseñe la sédula?

Isabela. No, hombre, no hase farta; basta que usté lo afirme. Pero ¿de dónde habré yo sacao eso?

Román. ¡Qué sé yo! Porque usté no tiene na que venga de mí.

Isabela. ¡Ay, qué grasioso! ¿Y sería una vengansa haberlo casao?

Román. Según. Con la novia que yo tenía, desde luego.

Isabela. ¿Qué fué de eya?

Román. *Tras una breve pausa.* Rabió.

Isabela. Usté dispense, entonses.

Román. ¡Quite usté; si estoy de enhorabuena!

Isabela. Eso, sí. Si era de rabiá, más vale que haya rabiao antes que después.

Román. Pos era, era de rabiá.

Isabela. Ya se ha visto.

Román. Y luego… ¡qué gentusa! Er padre, un sinvergüensa; y la madre… la madre, consonante der padre, como dise un amigo mío que escribe cuplés.

Isabela. Ahora que usté habla de eso, sepa usté que to er mundo opinaba que iba usté a está muy mal empleao.

Román. ¡Como que yo entré ayí sin sabé dónde me metía! Totá: porque la muchacha torsía un poquiyo un pie, y a mí eso me hase grasia. Miste qué detaye.

Isabela. ¿Sí, eh? *Maquinalmente tuerse un piececito.* Pos yo me figuré, al encontrármelo a usté aquí, que iba usté pa su casa.

Román. Y pa mi casa voy.

Isabela. No; pa la casa de eya.

Román. Eya se ha mudao. Más bien dicho: la han mandao a mudá.

Isabela. ¡Qué bochorno!

Román. Pero no por ningún escándalo suyo, no; la justisia es la justisia. Sino que su padre dise que es borchevique y no le pagaba ar casero.

Isabela. Un marchante borchevique tenemos nosotras que ya nos debe medio estanco.

Román. Eya vive ahora en la caye Rositas.

Isabela. ¿Quién?

Román. Antonia.

Isabela. Usté no se ha curao, Román.

Román. ¿Por qué?

Isabela. Porque está usté enterao de la caye en que vive.

Román. Sí; pero no de la casa ni der número. Crea usté que me he curao. Tan curao estoy yo como usté, que paese mentira que haya estao mala. A usté le entró er gripe y a mí esa novia, y a los dos nos han dao ya de arta.

Isabela. Eso.

Román. Y ¡vayan con Dios la novia y er gripe!

Isabela. Eso.

Román. Y ahora… ¡a disfrutá usté de su salú y yo de la mía!

Isabela. Eso.

Amalia. *Acercándoseles un poco nerviosa.* A mí me está dando angustia verlos a ustés de pie.

Román. ¿Cómo?

Amalia. Que me está dando angustia verlos de pie; que les voy a sacá una siyita.

Isabela. No, señora, no; muchísimas grasias. Si ya nos despedimos. Yo voy muy aprisa.

Román. Y yo no voy despasio tampoco.

Amalia. Siendo así, como ustedes quieran.

Isabela. Muchísimas grasias.

Román. Muchísimas grasias.

Amalia. La ofresía de buena voluntá. *Vuelve a sentarse.*

Isabela. Conque, Román, con Dios.

Román. Con Dios, Isabela. Me he alegrao yo de este encuentro. Y usté ¿adónde va por aquí?

Isabela. Voy a la caye Francos por un percaliyo, sino que voy buscando la sombra.

Román. La sombra no nesesita usté buscarla, porque la tiene usté desde que nasió.

Isabela. Doradó que es usté, Román.

Román. Ahora soy platero.

Isabela. ¿Ha cambiao usté de ofisio?

Román. Por lo menos, estoy hablando en plata.

Isabela. Siempre con las mismas finuras.

Román. Son de nasimiento también, como la sombra que usté tiene.

Amalia no sabe ya reprimir su impaciencia y se agita en la silla. La pareja, aunque se despide, no se separa.

Isabela. Pos que usté lo pase bien, Román.

Román. Vaya usté con Dios, Isabela.

Isabela. Le dará usté a su padre memorias mías.

Román. Se las daré con mucho gusto. Y usté a su mamá, de mi parte.

Isabela. Grasias. A mi madre le es usté muy simpático.

Román. Y eya a mí. Y a la tita… a la tita le dará usté la enhorabuena o er pésame. Lo que quiera usté darle.

Isabela. Mitá y mitá.

Román. Tabaco mesclao.

Isabela. Eso.

Román. Ya iré yo a haserles a ustedes una visitita.

Isabela. ¡Hombre, sí! Pa argo está usté libre. Nos tiene usté orvidás. Mi madre me lo desía ayé; no, antié; no, tras de antié: Román se cree que hemos quitao el estanco.

Román. No, sino que…

Isabela. ¿Qué?

Román. Na, que…

Isabela. ¿Qué?

Román. Pos mire usté, Isabela: vorviendo a la plata: yo dejé de í por el estanco porque me paresió a mí notá que arguien me miraba ayí con malos ojos.

Isabela. No sería yo.

Román. ¡Usté con malos ojos! ¡Vamos!

Isabela. Sin finuras. Si no era yo, ¿quién era? ¿Quisá *Piñonate*?

Román. ¿*Piñonate*? ¡Pobre *Piñonate!* ¡Si estaba siempre más cayao que la esponja e los seyos!

Isabela. ¡Por muchos gorpes que le dieran! Verdá que sí.

Román. De más sabe usté quién yo digo.

Isabela. No lo sé.

Román. Sí lo sabe.

Isabela. ¡Que no lo sé!

Román. ¡Que no lo sabe!

Isabela. ¡Por mi salú que no lo sé!

Román. ¡Vaya, le regalaré a usté el oído!

Isabela. ¡Ave María Purísima! ¿Va usté a hablarme quisá de…?

Román. ¡De ése!

Isabela. ¡Si no he dicho de quién toavía!

Román. ¡Pos de ése!

Isabela. Sí, ¿verdá? ¿De ése?

Román. ¡De ése!

Isabela. ¡Várgame San Pedro y San Pablo!… ¿Pasa usté mucho por la Encarnasión?

Román. Casi toas las mañanas.

Isabela. Y ¿ha reparao usté en un puesto de calabasas que paese un monte?

Román. He reparao.

ISABELA. Pos bueno, er puesto es de ése, y toas aqueyas calabasas son mías. Se las he dao yo pa que haga negosio y se consuele así de su mal ánge.

ROMÁN. ¿Que le ha dao usté calabasas a Jasinto?

ISABELA. Pero ¿no lo sabía usté?

ROMÁN. No lo sabía.

ISABELA. Sí lo sabía.

ROMÁN. ¡Que no lo sabía!

ISABELA. ¡Que no lo sabía!

ROMÁN. ¡Por mi salú que no lo sabía! ¿Cuándo ha sío ese acontesimiento?

ISABELA. Acontesimiento resurto. Salió mi hombre del estanco que echaba chispas.

ROMÁN. Y un hombre así, en un estanco, es un peligro.

ISABELA. Por eso lo planté yo en la caye. No se le orvidará er Viernes Santo.

ROMÁN. ¿Er Viernes Santo fué?

ISABELA. Er Viernes Santo.

ROMÁN. ¡Qué casualidá!

ISABELA. ¿Casualidá? ¿Por qué?

ROMÁN. ¡Porque ese día reñí yo también con Antonia!

ISABELA. ¿Er Viernes Santo?

ROMÁN. ¡Er Viernes Santo, por la tarde!

ISABELA. ¿También por la tarde?

ROMÁN. ¿Por la tarde fueron las calabasas a Jasinto?

ISABELA. ¡Por la tarde!

ROMÁN. ¡Señores! ¡Se cuenta y no se cree!

ISABELA. Eso.

Amalia ya no puede más y entra en su casa, decidida.

AMALIA. ¡Vaya!

Román. Pero ¡que se cuenta y no se cree! ¡Ja, ja, ja! Deje usté que me ría.

Isabela. ¡Cosas der demonio er Viernes Santo!

Román. No; si de lo que me río es de que le haya usté dao calabasas a un tipo como ése, que a tos, en la tertulia del estanco, nos miraba con compasión. Er más rico, é; er más arto, é; er más guapo, é; er más grasioso é…

Isabela. Y er más chato, é. Y así se lo dije: que le fartaba un deo de narises pa que yo lo quisiera. Y que er genio se pué modificá con la educasión y con er trato; pero que la nariz no tiene remedio: se muere uno con la que nase.

Román. ¡Ja, ja, ja!

Sale Amalia con una silla, que le ofrece a Isabela.

Amalia. Ea, tenga usté.

Isabela. Pero, ¡señora!

Amalia. Ahora se sienta usté o no se sienta; pero yo me queo así más tranquila.

Isabela. Me sentaré un momento, no vaya usté a tomarlo a desaire.

Amalia. ¡Claro está! Y ahora voy por otra pa usté.

Román. Como usté guste; muchas grasias.

Amalia. ¡Digo! ¡Con lo que toavía tienen ustés que hablá! ¡Y eso que están de prisa! *Entra en su casa nuevamente.*

Isabela. Ha estao oportuna la mujé.

Román. ¿Usté la conose?

Isabela. Yo, no.

Román. ¿No? Yo pensé que usté la conosía.

Isabela. Pero ¿usté no la conose tampoco?

Román. Yo no la he visto hasta esta tarde.

Isabela. Doble amabilidá. Esto no susede más que en Seviya.

Vuelve Amalia con la silla para el mocito.

Amalia. Aquí la tiene usté.

Román. Estimando, señora.

Amalia. Amalia Ortega, pa servir a ustedes. Podéis hablá tranquilos, que por esta caye cuasi no pasa un arma.

Isabela. Pos ya que es usté tan amable, ¿me querría usté traé una poquita e agua?

Amalia. ¡No que no, hija mía! ¡Ahora mismo! ¿A qué está una? Se seca la garganta de hablá.

Isabela. Dios se lo pague a usté, señora.

Amalia va a irse; pero antes le dice a Román, tocándole en un hombro y mirando complacida a Isabela.

Amalia. Tienes muy buen gusto.

Román. Dorado que soy.

Isabela. ¡Ja, ja, ja!

Vase adentro Amalia.

Román. Esto sí que hay que verlo pa creerlo.

Isabela. ¿Qué pensará cuarquiera que pase y nos encuentre en esta forma?

Román. To menos que una mujé a quien ninguno de los dos conosemos se ha empeñao en sacarnos una siyita.

Isabela. Argunas veses engañan las apariensias.

Román. ¿Cree usté que engañan esta vez?

Isabela. Espere usté que beba el agua pa contestarle.

Román. Pos mientras viene el agua, oiga usté esta copla:

Queré que andá nesesita
es queré de caye o plasa;
queré que toma siyita,
es queré que ya está en casa.

Isabela, ruborosa, se cubre el rostro con el abanico; pero mira sonriente a Román por entre las varillas.

FIN

Madrid, julio, 1919.

LA PRISA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Infanta Isabel** el 19 de noviembre de 1921

A AMANTE LAFFÓN,
delicado artista; ejemplo de nobles
prendas del espíritu; perspicaz
y sereno espectador de la vida,
cordialmente,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Leopoldina.	María Luisa Moneró.
Doña Regla.	Joaquina del Pino.
Estela.	Florentina Montosa.
Doña Lourdes.	Pilar Pérez.
Acacia.	Mercedes Sampedro.
Paula.	Lydia Medrano.
María Francisca.	María Robles Bris.
Octavio.	Nicolás Navarro.
Don Antolín.	José Calle.
Don Benitito.	Francisco Alarcón.
Pablote.	Antonio del Pino.
Pinilla.	Mario Albar.
Manolo.	Antonio Suárez.

LA PRISA

ACTO PRIMERO

En El Escorial, y en «La Celinda», finca de recreo del marqués de Candeleda. Pequeña glorieta en una eminencia del jardín, sombreada por altas acacias y limitada al foro por un balcón rústico.

En la lejanía, las cumbres de la Sierra.

Macetas de geranios. Muebles de mimbre.

Es por la tarde, en el mes de julio.

Aunque la posesión es del susodicho marqués, veranea en ella a la sazón la familia de don Antolín de la Huerta, catedrático y político retirado a la vida casera.

Doña Lourdes, acompañanta de las hijas de don Antolín, está sentada en una butaca, gozando de unos instantes de quietud, raros en su vida actual. Es persona de buena familia, a quien las circunstancias han traído a tan modesto empleo.

Acacia, guardesa y jardinera de la casa, tan entrometida como solícita, se desvive en servir a los huéspedes, obedeciendo al par a su condición y a las instrucciones recibidas de sus amos.

ACACIA. ¿Usted me llamaba, señora?

DOÑA LOURDES. No.

ACACIA. ¿No, verdad? Pues juraría haber oído mi nombre. ¿Quién me habrá llamado? ¿Ni se le ocurre cosa alguna en que pueda servirla?

DOÑA LOURDES. Nada; gracias.

ACACIA. Ya sabe la señora que tengo órdenes de mis señores de adivinarles los pensamientos a todos ustedes. Hoy mismo he recibido otra carta en que me lo vuelven a encargar: «Acacia: que atiendas, por Dios, a esa familia que pasa en nuestra casa el verano, como si fuéramos nosotros mismos».

DOÑA LOURDES. Ya, ya lo hace usted.

ACACIA. A su señora hermana le he leído la carta hace un momento.

DOÑA LOURDES. ¿A mi hermana?

ACACIA. Doña Regla ¿no es hermana de la señora?

DOÑA LOURDES. No.

ACACIA. ¿Cuñada, entonces?

DOÑA LOURDES. No, señora; yo no pertenezco a esta familia. Soy una servidora de ella. Acompaño a las señoritas.

ACACIA. ¡Anda, qué chasco! Pues lo que es como usted no lo diga… nadie lo dirá. ¡Yo, a lo primero, me creí que era usted la señora de don Antolín!

DOÑA LOURDES. *Suspirando resignadamente.* ¡Ay!…

ACACIA. Don Benito… o don Benitito, como le dicen todos, ¿no es tampoco de la familia?

DOÑA LOURDES. Tampoco, que yo sepa. Creo que es como secretario de don Antolín, pero no lo sé… Llevo quince días en la casa y pregunto lo menos posible.

ACACIA. Igual me pasa a mí.

Por la izquierda del actor sale el recién nombrado don Benitito, hombre sin brillantez ninguna. No es guapo ni feo, ni se sabe la edad que tiene.

ACACIA. Don Benito, ¿usted me llamaba?

DON BENITITO. No, hija mía.

Acacia. Se me ha metido a mí en la cabeza que me ha llamado alguien. De *repente, gritando hacia la derecha.* ¡Y dale, bola! ¡No, no hace falta leña! ¿Cómo ha de decirse? ¡Y otra vez te vas por la carretera!, ¿lo oyes? —No quieren aprender estos críos. Con permiso de los señores. *Se retira por la derecha.*

Don Benitito. Esta Acacia se ha empeñado en que no nos dé el sol: ¡siempre la tenemos encima! ¡Je! Con el aquel de servirnos como a sus amos, es una mosca de borrico. —Hermosa está la tarde; ¿no, doña Lourdes?

Doña Lourdes. Hermosa.

Don Benitito. Más gana tiene usted de quedarse aquí disfrutando de ella que de corretear El Escorial.

Doña Lourdes. La obligación es antes que la devoción.

Don Benitito. Pero la devoción es más agradable. Esa Estelita la va a matar a usted: ¡cuidado que anda la criatura!

Doña Lourdes. Casi no hace otra cosa. Apenas llega a un sitio, dice: «Bueno: esto ya está visto. ¿Vámonos?». Sin que sea mi ánimo criticarla…

Don Benitito. Crítica inofensiva, doña Lourdes. De algo se ha de hablar. Decía yo que iba a matarla a usted porque la conozco; la he padecido antes que usted viniese a acompañarla. Me llevó un día en Madrid desde la Moncloa hasta el Ángel Caído. Estuve una semana sin poder usar más que unas botas viejas. ¡Je! Tiene dieciocho años; es delgada… ¡y quiere adelgazar!…

Doña Lourdes. Ayer tarde me llevó a mí a la Silla de Felipe II.

Don Benitito. ¿A patita?

Doña Lourdes. ¡Ah, claro es!

Don Benitito. ¡Jesús! ¡Yo me he cansado nada más que de oírlo! *Se sienta.*

Doña Lourdes. Y yo de acordarme. ¡En mi vida he visto una silla que esté más lejos!

Don Benitito. Pero si aquí, en El Escorial, van siempre las muchachas solas, y nadie lo ve mal, ¿qué necesidad tenía usted de ese ajetreo?

Doña Lourdes. A doña Regla no le gusta que ni aquí ni en ninguna parte vayan sus sobrinas sin una persona de respeto al lado. Y yo, aunque me fatigue de andar, le alabo el gusto.

Don Benitito. Y yo; eso, sí.

Doña Lourdes. Por más que algunas veces las acompañantas tengamos que hacernos las distraídas. No lo digo por esta nena, que no hace más que andar. La mayorcita es otra cosa.

Don Benitito. *Bajando la voz.* Muy otra cosa. Igual a su madre, que en paz descanse.

Doña Lourdes. Sí, ¿eh?

Don Benitito. La madre, que también se llamaba Leopoldina, como ella, era una mujer extraordinaria; dominada por la ambición y por el deseo de figurar y lucir y de no perder fiesta ni jolgorio. Tenía azogue. El prurito de hallarse en todas partes. Rifas, novenas, bailes, juntas benéficas… ¡Se metía en todos los roperos!… ¡Je!

Doña Lourdes. Pues así es la hija; bien dice usted.

Don Benitito. ¡Don Antolín entró en la política empujado por ella! Por halagarla; sólo por halagarla… ¡Mire usted él!… ¡Hombre más apocado y más tímido… más inepto para la vida pública!… Así le fué. Salió con las manos en la cabeza. Y así está: amargado y entristecido, aunque lo disimula; hecho un loro que no le da la patita a nadie. ¡Y vale mucho, mucho! Pero para el gabinete, para el estudio; para sembrar él… y que otros cojan la cosecha.

Doña Lourdes. ¿Usted ha vivido siempre al lado suyo?

Don Benitito. Casi siempre. Sobre todo desde que dejó la cátedra y se dió a las andanzas políticas. He sido su hombre de confianza. En aquellos tiempos podía llamarme su secretario particular. Ahora, no tanto; ahora soy algo menos. De secretario tengo poco… y comprendo que no tengo nada de particular. ¡Je!

Doña Lourdes. ¡Qué modesto!

Don Benitito. ¡Psché! Es un chiste que empleo siempre que viene a pelo, porque creo que me pinta con exactitud. ¡No tengo nada de particular!

Usted habrá observado que lo mismo Leopoldina que Estela me tratan como a un dominguillo.

Doña Lourdes. Cariño es eso; confianza…

Don Benitito. No; si yo lo llevo a gusto. No es que me queje, no… Y aún durante el reinado de doña Regla me consideran algo más… ¡Doña Regla es tan miradita!…

Doña Lourdes. ¿El reinado de doña Regla? ¿Qué quiere decir eso?

Don Benitito. Creí que usted lo sabía. En esta casa reinan dos personas, alternativamente: doña Regla y doña Leonor, la cuñada. Don Antolín, cada día más metido en su concha, se trae por temporadas a cuidar de sus hijas, a falta de la madre, a una de las dos: hermana, ésta; cuñada, la otra. Reina doña Regla, como al presente: las niñas están algo más dentro del carril. Reina doña Leonor, que es de la casta de la difunta: las niñas pierden los estribos del todo. Y el primero que lo nota soy yo.

Doña Lourdes. ¿Esta doña Regla vive en Andalucía?

Don Benitito. Sí, señora. Y es andaluza, como don Antolín. Casó en Las Canteras, con un labrador de abolengo; muy rico. Y desde que él murió, arrienda los cortijos y demás propiedades, para librarse de quebraderos de cabeza. Hace bien. Es señora tranquila; de método, de orden. ¡Yo pasé en su casa siete días que no se me olvidan! ¡Qué calma!… ¡Qué sosiego!… ¡Qué poca prisa para todo!… ¡Qué temperatura!… ¡Qué techos más altos!… ¡Qué refrescos!… ¡Qué chocolates!… ¡Jauja! ¡Jauja! ¡Una casa sin ascensor y sin portería!… ¡Jauja! Cuando reina doña Leonor, veraneamos en San Sebastián, en Biarritz… en un sitio de bulla. Reinando doña Regla, no salimos de El Escorial o de La Granja. Y aun le sobra ruido. Este año nos quiso llevar a Rota; pero se le sublevaron las chicas. Y como el marqués de Candeleda, el dueño de esta casa, es tan buen amigo de don Antolín, y pasa este verano en Francia, con los suyos, se la ofreció de muy buen grado.

Doña Lourdes. ¿Son muy amigos?

Don Benitito. ¡Uh!… *Otra vez en voz baja.* El discurso de recepción del marqués, en cierta Academia, se lo escribió don Antolín. Yo creía que esas cosas eran cuentos. Pues no lo son. Yo lo puse a máquina. Estoy en el

secreto. ¡Hay por ahí infinidad de pavos reales que se adornan con plumas de don Antolín! De ese loro.

Breve pausa.

Doña Lourdes. Una cosa, don Benitito.

Don Benitito. Usted mande, señora mía.

Doña Lourdes. He oído que va usted a Madrid mañana.

Don Benitito. Si Dios quiere. ¡Y con un celemín de encargos! Soy un ordinario extraordinario, como yo digo. ¿Qué se le ofrece a usted?

Doña Lourdes. Otro encarguito, naturalmente.

Don Benitito. Me lo figuro: unas babuchas.

Doña Lourdes. No, señor; tengo aquí repuesto. Lo que deseo es que pase usted por casa de mi hermana Clotilde, Fúcar, 4, y vea cómo está.

Don Benitito. Será usted servida. *Toma nota en un cuadernito.*

Doña Lourdes. Muchísimas gracias.

Vienen por la izquierda doña Regla y don Antolín. La anterior referencia de don Benitito nos exime de la obligación de presentarlos. Doña Regla viste y peina un poco a la antigua; don Antolín usa en la casa cómoda vestimenta de su invención y calza sandalias. Ella conserva acento andaluz; él no.

Doña Regla. Sal sin cuidado, hombre; no hay fotógrafos… ni ninguna persona de fuera. ¡Jesús, qué búho!

Don Antolín. ¡No quiero ver a nadie, hermana! ¡Estoy pasando un verano encantador sin ver a nadie! Hay quien no se halla a gusto hasta que no se va de su casa; yo soy al revés. ¡Me estorba la gente!

Don Benitito. *Ofreciéndole asiento a doña Regla.* ¿Quiere usted una butaca, señora? ¿Una silla? ¿Dónde se la pongo? ¿Aquí? ¿Aquí?

Doña Regla. Gracias, don Benitito; déjeme usted sentarme a mi gusto.

Don Benitito. Bien, bien…

Doña Regla. *A doña Lourdes.* ¿Y esa niña? ¿Aún no ha acabado de componerse?

Doña Lourdes. Se conoce que no. Yo la espero hace ya un buen rato.

Doña Regla. Por eso lo digo.

Don Antolín. *Mirando desde el balcón, a lo lejos* ¡La verdad es que esta casa está bien situada! ¡Bien! Este balcón es de la gloria. Debía regalármela el marqués. ¿No te parece, Benitito?

Don Benitito. ¡Je! Debía, debía… No se le habrá ocurrido.

Don Antolín. El marqués no tiene tiempo para que se le ocurran cosas; pero ésta, desde luego, no se le ocurrirá.

Doña Regla. Ya hace bastante el hombre con cedértela todo un verano.

Don Antolín. ¡Y yo se lo agradezco mucho más que los pavos que me envía en Nochebuena! Eso es aparte. Benitito, óyeme.

Don Benitito. ¿Qué hay, don Antolín?

Don Antolín. Tabarra en lontananza. ¿Tú recuerdas quién es Pinilla?

Don Benitito. Sí; ¡ya lo creo! ¡Estanislao Pinilla! ¡Nadie! Guardo su tarjeta. ¡El agente de seguros de vida!

Don Antolín. El mismo. Se ha empeñado en asegurarme y me ha anunciado que vendrá a El Escorial.

Don Benitito. ¡Qué pesadez! ¡Pero si ya le ha dicho usted veinte veces…!

Don Antolín. Lo quiere oír veintiuna. Ahora, que no va a oírlo de mi boca. A mí no me ve. Estoy en Ávila, ¿me comprendes?

Don Benitito. Comprendido.

Don Antolín. Estoy en Ávila. He ido a visitar la sepultura del Tostado, que me interesa mucho.

Don Benitito. ¿Y si me pide día y hora para volver?…

Don Antolín. Le contestas que paro aquí poco; que tú no puedes precisarle… Estoy en Ávila. En último caso, me intrincas en la sierra de

Gredos. A mí no me ve.

DOÑA REGLA. ¡No sabe ese Pinilla lo que pretende! ¡Verte a ti este verano! ¡Cualquiera te echa la vista encima!

DON ANTOLÍN. ¡Cualquiera! *Sobresaltado.* ¿Quién viene?

DOÑA REGLA. ¡Tu hija, hombre! ¡Qué exageración!

DON ANTOLÍN. ¡Sí, sí!…

Sale, en efecto, por la izquierda Estela, sin sombrero, con alpargatas y con un bastoncito muy mono.

ESTELA. ¿Doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Aquí me tiene usted, señorita.

ESTELA. ¿Estiramos un poco las piernas?

DOÑA LOURDES. Vamos allá.

Entre doña Lourdes y don Benitito se cruza una mirada.

ESTELA. Está esto delicioso, ¿verdad, tía?

DOÑA REGLA. Delicioso.

ESTELA. ¡Delicioso de veras!

DOÑA REGLA. Para no moverse de aquí.

ESTELA. ¡Qué temperatura! ¡Qué aire! ¡Qué encanto! ¡Delicioso! ¡Estupendo! ¿Vámonos, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Vámonos.

DOÑA REGLA. Pero, chiquilla, si tan delicioso encuentras esto, ¿adónde te vas? ¿Por qué no lo disfrutas? ¿Qué prisa tienes?

ESTELA. Me espera Hortensia en la Herrería.

DOÑA REGLA. Y tú, ¿no esperas a Manolo?

ESTELA. A saber a qué hora vendrá. Los trenes llegan cuando quieren. Además, que me busque. Es lo único que tiene que hacer en El Escorial: buscarme a mí. Vámonos, doña Lourdes.

DOÑA LOURDES. Vámonos.

ESTELA. *Va a irse por la derecha, cambia de pronto de opinión y se va por la izquierda.* Por aquí, que coge más lejos. *Marchase decidida.*

Doña Lourdes la sigue, despidiéndose de los demás con una sonrisa inefable.

Doña Lourdes. Hasta después.

Doña Regla. Vaya usted con Dios, doña Lourdes.

Don Benitito. *Remedando a Estela.* Por aquí, que coge más lejos. Una frase que pinta un carácter.

Doña Regla. Y unas pantorrillas.

Don Benitito. ¡Je!

Doña Regla. Estas hijas tuyas, hermano, viven todo el año como en días de feria. ¡No paran!

Don Antolín. Cosas de los tiempos, Reglita… Yo, por mí…

Doña Regla. Sí: tú estás en Ávila. Ya, ya.

Don Antolín. Benitito, allí te he dejado unas cuartillas para que te entretengas en sacarlas en limpio.

Don Benitito. Ahora mismo voy.

Don Antolín. No, no me corren prisa ninguna. Hazlo si estás de humor. Además, recuerda mi lema: lo urgente no existe.

Don Benitito. Recuerde usted el mío: lo que se hace hoy no hay que hacerlo mañana. *Vase por la izquierda.*

Pausa.

Doña Regla. Antolín, ¿tú conoces bien a ese Manolo que pretende a tu hija?

Don Antolín. ¡Sí! Un muchacho ingeniero…

Doña Regla. ¡No, hombre! Estudia Medicina.

Don Antolín. ¡Ah, sí, sí! Lo he confundido con el otro. Ya sé quién es. Para médico va. ¡Malo es que en la familia entre un mediquito!… En fin, después de todo, ¿qué más tiene?

Doña Regla. No lo eches a broma; que estás con los años de un qué se me da a mí y de un encogerte de hombros… Y las bodas de las muchachas son asunto muy serio. Debes volver de Ávila para tratarlo.

Don Antolín. Ya sabes que descanso en ti y en Leonor… Lo que las mujeres no veáis… Sobre que en eso de los matrimonios no hay sino pedir suerte. ¡No se empieza a ver claro hasta el día siguiente al de la boda!

Doña Regla. Pues a mí me preocupa cargar con la responsabilidad…

Don Antolín. Al que Dios no le da hijos…

Doña Regla. Deseando estoy que se coloquen las dos que tú tienes, para volver a vivir tranquila. Me pone nerviosa esta vida que llevan. Y menos mal aquí; pero en Madrid acaba conmigo; es angustiosa. Los bailes, los teatros, los toros, las reuniones, los tés, los paseos, las carreras, las tiendas, los *cines*, el teléfono… ¡Jesús María! ¡Ay mis Canteras de mi alma!

Don Antolín. Realmente yo soy un egoísta al pediros a Leonor y a ti tamaño sacrificio…

Doña Regla. A mí, a mí… Leonor sale a su hermana. Para ella es un plato de gusto lo que para mí es un tormento. ¡Qué mareo, señor! ¡Qué absurdo de vida! ¡Qué no querer perder nada de nada! Y eso es como el que va a una bodega y se empeña en catar de todas las botas; ¡que acaba borracho, con la cabeza loca y sin darse cuenta de lo que está bebiendo!

Don Antolín. Es verdad, sí; se vive un poco en borrachera… Yo sólo bebo agua; pero me da el oler; el tufo… *Nueva pausa. Desde el balcón del foro.* Allá va un *auto* echando chispas. ¡Qué salvajada! Puede que sea el mismo que estuvo a punto de dar cuenta de mi persona hace veinte días.

Doña Regla. No me lo recuerdes. Poco le dije al zopenco que lo guiaba. «¿Adónde iba usted tan aprisa, señor?». «A tomar chocolate en Torrelodones». No sé cómo no lo maté. «¡A tomar chocolate en Torrelodones se va más despacio! El chocolate guarda mucho el calor; ¿usted no lo sabe?».

Don Antolín. Yo a todo el que fuera tan aprisa sin justo motivo lo hacía cartero un año. ¡Y ya verías tú cómo había menos atropellos!

Doña Regla. ¡Qué espectáculo el de algunas familias por esa carretera! Si no dieran miedo, darían risa. Todos desencajados, agarrados unos a otros, los pelos por el aire, espantados los ojos, sin ver más que el polvo del camino, pensando sin duda en que no han hecho testamento… Y eso, a lo mejor, como el otro, para ir a refrescar en Cercedilla. Refrescar a escape, por supuesto. Llegan, se toman corriendo el sorbete, se enjuagan la

boca, y ¡al coche otra vez! ¿Hay nada más estúpido? —Ahí viene tu hija Leopoldina. Que por cierto se peina de un modo digo, se *despeina* de un modo que no lo puedo sobrellevar.

Don Antolín. Símbolo de los tiempos, niña ¡Las cabezas andan revueltas!

Doña Regla. Pues ¿y los trajes? ¿Qué me dices de estos trajes por las rodillas?…

Don Antolín. ¡Hija, que hay que pagarlos lo mismo que si tuviesen cola!

Sale Leopoldina, linda muchacha, de exaltada imaginación, nervios inquietos y expresión anhelante.

Leopoldina. ¿Y Benitito? ¿No está aquí Benitito?

Don Antolín. Ahora está en mi despacho. ¿Qué lo quieres?

Leopoldina. ¿Va mañana a Madrid?

Don Antolín. Eso, allá tu tía.

Doña Regla. Sí, va mañana. Hacen falta unas cuantas cosas.

Leopoldina. Pues una lista voy yo a darle. Tiene que traerme la peina de concha, el collar de corales, los pendientes, los zapatitos de charol, el traje de gitana y el mantón de Manila blanco. No; el negro. No; el blanco. Luce más que el negro de noche.

Doña Regla. Pero ¿adónde vas? ¿Trabajas por fin en la función de los aficionados?

Leopoldina. Sí, señora. Digo, no lo sé todavía. Si reparten el galán a mi gusto… Ya veremos. Lo que es con Arturito no me caso yo. ¡Ni en la comedia! Pero el vestido de gitana y todo lo demás es para otra cosa.

Doña Regla. ¿Para qué?

Leopoldina. No se asuste usted, tía.

Doña Regla. Si yo me asustara ya de tus cosas, viviría en un grito.

Leopoldina. ¡Lo menos! *Cantando de pronto:*

Ven y ven y ven,
sígueme adorando…

DOÑA REGLA. ¡Deja las copluchas ahora! ¡Qué peste de *cuplés*! ¿Para qué quieres la falda de volantes y el mantón de Manila?

LEOPOLDINA. Para ir a una verbena que dan en su casa de La Granja los Manzanares.

DOÑA REGLA. ¡Jesús!

LEOPOLDINA. El martes que viene, por la noche. En el jardín. ¡Un jardín que es un paraíso!

DOÑA REGLA. ¿Terrenal?

LEOPOLDINA. Terrenal, pero sin serpiente. Y lo adornan muy bien. Es gente de gusto. Guirnaldas de flores naturales, hileras de macetas, farolillos a la veneciana, banderolas… Una preciosidad. Y luego dan chocolate, buñuelos, churros, horchata, refrescos… ¡Y venga baile hasta el amanecer! ¡Divino! *Cantando de nuevo:*

Ven y ven y ven,
sígueme adorando…

DOÑA REGLA. *Escandalizada.* ¡Ay, ay, ay!…

LEOPOLDINA. ¿Se lleva usted las manos a la cabeza?

DOÑA REGLA. ¿Tú oyes esto, Antolín?

DON ANTOLÍN. ¡Estoy en Ávila!

DOÑA REGLA. No, no estás en Ávila; estás en las Batuecas. Pero atiende ahora. ¿Quién te ha invitado a esa verbena, niña?

LEOPOLDINA. ¿Quién había de ser? Marucha Manzanares: íntima amiga mía.

DOÑA REGLA. Y ¿quién te va a llevar?

LEOPOLDINA. Las de Pertigal, en su coche.

DOÑA REGLA. ¡El Señor nos valga! ¿Esas tres tarascas de los pelos pintados?

LEOPOLDINA. Cabalito.

Doña Regla. «Las Tres Desgracias», que les dicen aquí.

Leopoldina. Sí, señora: «Las Tres Desgracias» me llevan en su *auto*.

Doña Regla. Que es otra desgracia segura.

Leopoldina. ¿Qué ha de ser? ¡Si tienen un Hispano que quita el sentido! ¿Quiere usted venir con nosotras?

Doña Regla. ¿Yo?

Leopoldina. ¿Y usted, papá?

Don Antolín. ¿Yo? Al revés que la chulapa del sainete, me meto en la cama antes de lucirme y de ver la verbena. Es más cómodo.

Doña Regla. Pero ¿a ti te parece regular que tu hija salga de noche de su casa y se vaya sola, en un automóvil que no es suyo…?

Leopoldina. ¡Desgraciadamente!

Doña Regla. ¿Con tres visiones, por un camino lleno de toros, a una casa extraña, a bailotear hasta el día con todo el que quiera divertirse? ¿A ti te parece regular?

Leopoldina. ¡Ja, ja, ja! Tía, ¡qué pintura!

Don Antolín. Mujer, yo no me asusto ya de nada… Eso está en las costumbres…

Doña Regla. ¡Bonitas costumbres!

Don Antolín. Todas las mujeres honradas deben saber guardarse.

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
si yo no me guardo,
no me guardaréis.

Doña Regla. Esos son romances, Antolín. Las muchachas del día, por santas que sean, viven en un aturdimiento peligroso y en una excitación muy poco tranquilizadora. ¡Por santas que sean! Yo veo así las cosas, hermano. ¡Seré una señora rancia de pueblo; pero las veo así! ¿Es que se pueden ver sin temor ni sonrojo los bailes que se estilan?

Leopoldina. ¡Ya saltaron los bailes!

Doña Regla. ¡Naturalmente que saltaron!

Leopoldina. Pues mire usted, tía Regla…

Doña Regla. Pues mira tú, sobrina: ¡hasta en París, donde la gente se besa por las calles, asustan y preocupan ya los bailes dichosos! ¡Figúrate lo que pensará de ellos una vieja de Las Canteras que se acuesta con las gallinas y va a misa de alba!

Leopoldina. Pues en sus tiempos de usted se decía:

¡Jóvenes que vais bailando,
al infierno vais saltando!

Doña Regla. ¡Pues en los tuyos ya vuelven ustedes del infierno!

Leopoldina. ¡Dios mío, qué susto!

Doña Regla. Ríete cuanto quieras.

Leopoldina. ¿No me he de reír, tía? ¿Es que cree usted que son de este siglo los siete pecados capitales? ¡Toda la vida han sido los mismos! Ahora quizás se disimule menos y por eso se escandaliza más. No tenga usted cuidado; que ni en ese baile ni en ninguno me lleva a mí el demonio. Y mire usted que me es simpático; pero no acaba de ser mi tipo. Es demasiado golfo. Tampoco haré la dama con él. ¡De aquí a que yo le encuentre a uno toda la gracia que necesita para que a mí me pete!… ¡De aquí a entonces!…

Doña Regla. ¡No será porque no lo buscas; porque no paras dos horas seguidas en un mismo sitio!

Leopoldina. Señal de que en ninguno vale la pena de quedarse más tiempo. No soy frívola, no; todo lo contrario. ¡Me gustan las cosas con sustancia… y me gusta encontrarles la sustancia a las cosas! *Acariciándola con zalamería.* En fin, si me deja usted ir a esa verbena sin poner mala cara, le ofrezco pasarme todo un mes en su casa de Las Canteras.

Doña Regla. ¡Me has ofrecido eso tantas veces!

Leopoldina. Pues ahora se lo cumplo, tía. Me inspira ya verdadero interés conocer cómo se pasa un día no pensando más sino en que al día siguiente se va a hacer carne de membrillo. ¡De veras que me inspira interés!

Doña Regla. ¡Muy bien que se pasa!

Don Antolín. ¡Y con el epílogo de rebañar luego los peroles!… ¡Oh, niñez remota!

Leopoldina. ¿Convencida?

Doña Regla. Tendrían que fundirme de nuevo. Tolerante… y gracias. Nos tienes muy bien educados a tu padre y a mí: lo que nos pides, lo que hacemos.

Leopoldina. ¡Qué buena es usted!

Doña Regla. Di mejor qué tonta.

Don Antolín. *Nuevamente sobresaltado.* ¿Eh? ¿Quién llega? Alguien viene, ¿no? ¿Es Pinilla?

Doña Regla. ¡Jesús con Pinilla! ¡Vas a hacerme soñar con él!

Leopoldina. No, pues no es Pinilla; es Manolo.

Don Antolín. ¿Manolo?

Leopoldina. Sí; el chico que pretende a Estela.

Don Antolín. ¡Uh! ¡Estoy en Zarzalejo! *Vase por la izquierda, de puntillas.*

Doña Regla. ¡Ea! Ahora está en Zarzalejo. Le ha dado por ahí.

Leopoldina. Se ha propuesto no ver a nadie.

Doña Regla. Y va a conseguirlo: ¡con ese kilométrico que se ha comprado!…

Llega por la derecha Manolo, sin otra mira que la de ver a Estela, ni más preocupación que la de hacerse agradable en la casa.

Manolo. Santas y buenas tardes. Doña Regla…

Doña Regla. Venga usted con Dios.

Manolo. Leopoldina…

Leopoldina. ¡Hola, Manolo!

Manolo. Todos buenos, ¿verdad?

Doña Regla. Todos buenos; mil gracias.

MANOLO. ¿Y don Antolín?

DOÑA REGLA. En Zarzalejo.

MANOLO. ¿En Zarzalejo?

LEOPOLDINA. Sí; tiene allí un amigo; lo ha convidado a comer unas frutas…

MANOLO. Que aproveche. ¿Y Estela?

DOÑA REGLA. ¿No la ha visto usted?

MANOLO. No, señora. ¿Tengo cara de haberla visto?

DOÑA REGLA. Pues hasta hace un rato ha estado aquí. Se fué a la Herrería.

MANOLO. ¡Lo que le gusta la Herrería! Ahora iré a busca la, con permiso de ustedes.

DOÑA REGLA. ¿No se sienta usted?

MANOLO. No, señora; no estoy cansado. Bueno; me sentaré. He venido en *moto.*

LEOPOLDINA. ¿Ah, sí?

MANOLO. Sí. En la *moto* de un individuo que me invita siempre que me ve. Lo cual me fastidia; ¡porque ya ha dejado cojos a dos amigos! ¡Y no me haría gracia ser yo el tercero!

DOÑA REGLA. Sobre todo gustándole Estelita, ¿verdad?

MANOLO. ¡Y tan verdad! ¡No hay cojo que la siga! Además, me revientan las *motos.* Viene uno encomendándose a Dios todo el viaje. ¡Qué saltos! ¡Qué trepidación! Pisa usted una piedra y va usted a las nubes. ¡Qué ruido! ¡Qué ladrar de perros! En la carretera hemos tenido hoy una medio cuestión personal con un par de marranos.

LEOPOLDINA. ¿Con un par de marranos?

MANOLO. Usted verá: atropellamos a uno de ellos y el amo nos quería comer. Si el amigo de la *moto* no le da dos duros, le abre la cabeza. ¡Qué bárbaro! ¡Cómo se puso el tío! Un disgustazo.

DOÑA REGLA. Me alegro.

MANOLO. Y yo. Luego va a venir por aquí.

Leopoldina. ¿Quién? ¿El de los cerdos?

Manolo. No; el de la *moto*. Mi verdugo. Es amigo de ustedes también. Pinilla; un agente de seguros de vida.

Doña Regla. ¡Oh!

Leopoldina. Sí lo conocemos. Papá le teme más que usted.

Doña Regla. ¡Y asegura la vida ese hombre y lleva a los amigos en *moto*! ¡No lo sabrá la Compañía!

Manolo. ¡Tiene usted razón!… ¡Como se entere la Compañía, le quita los papeles! Estaba yo por darle el soplo. A mí ha venido queriendo asegurarme. ¡Que también es una conversación para el camino!… ¿De manera que Estela en la Herrería?

Leopoldina. En la Herrería. ¡Ah! Que sea enhorabuena: nos ha dicho que ha aprobado usted el quinto año.

Manolo. Sí. Un pozo de ciencia soy ya. ¡Un pozo sin fondo!

Doña Regla. ¿Estarán contentos sus padres?

Manolo. Muy contentos; figúrese… Yo sigo la carrera por ellos… No tengo fe en la Medicina.

Doña Regla. ¿No?

Manolo. No, señora. No se sabe nada. Los mismos maestros se lo dicen a usted apenas les cae un enfermo dificultoso. No se sabe nada. En general vamos a ciegas. Es un axioma entre nosotros: no hay enfermedades; hay enfermos. Estudia usted a conciencia una enfermedad… y le sale en seguida un enfermito de ella que le lleva la contra. Un *planchazo.* No se sabe nada.

Doña Regla. Cuando usted lo asegura…

Manolo. Porque estoy convencido de ello. Mire usted: ahora tengo yo un íntimo amigo con fenómenos cerebrales. ¿Causa? ¿El hígado? ¿El estómago? Yo no lo sé. Una eminencia que lo visita dice que sí; pero no se los cura. Luego; no lo sabe. Otro ejemplo: el de Romillo, el senador; de ayer por la tarde. Consulta de siete primeros espadas. ¡De siete! ¿Son espadas, eh? Bueno, pues se equivocaron los siete. Miento, no; acertó uno solo. El que dijo que se moría. No se sabe nada.

Doña Regla. Sí; lo que es por las pruebas…

Manolo. Crea usted que lo único seguro es no ponerse malo. En China lo entienden: se paga al médico mientras no hay enfermos en la casa. En cuanto uno de la familia cae malo, ya no cobra el médico.

Leopoldina. Eso está muy bien.

Manolo. ¿Que si está?

Doña Regla. ¡Pero si tampoco saben nada!…

Manolo. ¡Ah, tampoco! Eso es en todas partes. Se ignora lo más rudimentario. Ahora mismo está don Antolín comiendo frutas, ¿no? ¡Pues vaya usted a saber cómo van a sentarle!

Doña Regla. Lo probable es que le sienten bien.

Leopoldina. La fruta es muy sana.

Manolo. Para unos sí y para otros no. No hay enfermedades; hay enfermos. Yo, cuando termine la carrera, ya lo he decidido: especialista en equivocaciones.

Doña Regla. ¿Piensa usted equivocarse siempre?

Manolo. No, señora; pienso que me llamen cuando se equivoquen los demás. ¡Y voy a estar rifado! Palabra. Es un hallazgo esto. En fin, estoy diciendo muchas simplezas. Y es que todavía me dura la impresión de la *moto.* Me pone que salto. Voy en busca de Estela.

Doña Regla. Sí; vaya usted ya… vaya usted ya…

Manolo. Hasta luego; no me despido.

Leopoldina. Hasta luego.

Manolo. Ahora me haría falta la *moto,* para alcanzarla; ¿usted ve? Nunca está uno a gusto. *Vase a escape por donde llegó.*

Tía y sobrina se miran sonriéndose.

Leopoldina. Mi hermana es feliz.

Doña Regla. ¿Feliz con este pretendiente?

Leopoldina. Sí, señora; porque sueña con un marido un poquito tonto.

Doña Regla. Ya.

LEOPOLDINA. Para manejarlo a su capricho.

DOÑA REGLA. Pues con éste puede ir tranquila. A mí me parece de capirote.

LEOPOLDINA. ¿Qué tendrá en los sesos?

DOÑA REGLA. No se sabe nada.

LEOPOLDINA. Me voy a llegar ahí enfrente, tía.

DOÑA REGLA. ¿Otra vez?

LEOPOLDINA. A pasar un rato con Obdulia. Antes entró gente y no nos dejaron hablar. Iremos a teléfonos a pedir conferencia con Segovia. Mañana se casa Chichita Castellón, y algo se nos ocurrirá que decirle. ¿Ha visto usted el retrato del novio en el *Blanco y Negro*? No me gusta. Es aquel chico que tomaba morfina… No me gusta. Está medio loco. Hasta luego.

DOÑA REGLA. La cuestión es no sosegar dos minutos.

LEOPOLDINA. Ésa es la cuestión. Me reservo para Las Canteras.

DOÑA REGLA. Allí te quisiera yo coger, picarona. Pero ya casada, a ser posible.

LEOPOLDINA. ¡Ojalá! *Vase por la derecha, cantando.*

Me dicen que si te quiero,
y yo digo que ni verte…

Simultáneamente sale Acacia, también por la derecha. En la mano trae tres huevos de gallina. Detiene un punto a doña Regla, que iba a marcharse por el lado contrario.

ACACIA. ¡Qué alegre es esta señorita! Es un cascabel. Mire, señora; mire qué tres huevos más hermosos acaban de poner mis gallinas.

DOÑA REGLA. Lléveselos usted a Segunda.

ACACIA. Sí, señora, sí; siempre se los llevo. Pero quería decirle a usted una cosa: que no le compre huevos a la Higinia.

DOÑA REGLA. Y ¿quién es la Higinia?

ACACIA. La guardesa de la Villa Robustiana. A ella se los vende un peón caminero… porque ella no tiene gallinas… ¡y han de ganar los dos! ¿Comprende la señora?

DOÑA REGLA. Se tendrá en cuenta la advertencia.

ACACIA. Y el día que se le apetezca a usted de tomar un buen queso de Burgos, no tiene usted más que avisarme. ¡Y va la señora a ver un queso!

DOÑA REGLA. También lo tendré muy presente.

ACACIA. Como si se le antoja comer buenas ciruelas; yo se lo digo a mi sobrino…

DOÑA REGLA. Me acordaré de usted para todo lo que necesite. *Se va por la izquierda, expresando con el ademán que está de la guardesa hasta el moño.*

ACACIA. Vamos a llevarle a la Segunda… Es no parar esto. *Se detiene, al ver que alguien llega por la derecha.* ¿Eh? ¿Quién es? ¡No puede una faltar de la verja un instante! ¡Ah! Son dos señoritos.

Y salen Octavio y Pablote, que en automóvil han llegado a la casa. Los dos son jóvenes. Octavio, vehemente e inquieto; su amigo, francote y cachazudo.

OCTAVIO. Buenas tardes.

PABLOTE. Buenas.

ACACIA. Muy buenas las tengan ustedes.

PABLOTE. ¿Están los señores?

ACACIA. Sí, señor.

PABLOTE. ¿Quiere usted avisarles?

ACACIA. Sí, señor. El señorito es el señorito que atropelló al señor con el automóvil.

PABLOTE. ¿Me recuerda usted?

ACACIA. ¡Anda! Yo soy muy buena *fisionomista. Y* ya ve el señorito que no lo vi más que aquella tarde. ¡Pues no se me despinta ya!

PABLOTE. ¿No habrá tenido consecuencias el atropello?

ACACIA. Ninguna de particular; no, señor. Vino el médico, le dió al señor unas buenas friegas, y al día siguiente estaba tan fresco. Yo he salido ganando.

PABLOTE. Sí, ¿eh?

ACACIA. Sí, señorito; porque se le rompió el pantalón al señor, y por no andarse con zurcidos, me lo dieron para mi Lorenzo, que es guarda en la Casita del Príncipe. ¿Ustedes no han visto la Casita del Príncipe?

OCTAVIO. *Impaciente.* Avise, avise usted a los señores.

ACACIA. Voy volando. *Mostrándoles los huevos antes de marcharse.* ¡Miren ustedes qué gloria ponen mis gallinas!

PABLOTE. Ande usted.

ACACIA. Volando. Traen prisa los señoritos, ¿no es verdad? *Y ase por la izquierda.*

OCTAVIO. Bueno, tú, la visita será cosa breve.

PABLOTE. Un suspiro. No te apures, que nos vamos a escape.

OCTAVIO. A las siete necesito yo estar en Guadarrama.

PABLOTE. ¡No te apures, hombre! De aquí a Guadarrama, en mi coche, no tardamos ni cinco minutos.

OCTAVIO. ¡Tampoco me vayas a estrellar!

PABLOTE. ¡Estás insoportable con la Secretaría del Ministerio!

OCTAVIO. Mira una cosa que no dudo. ¡Yo mismo no me puedo aguantar! Ni como, ni duermo, ni vivo… ¡Deseando estoy que caiga el Gobierno!

PABLOTE. Eso se lo cuentas a tu abuela. ¡Poco que presumes tú con la Secretaría!

OCTAVIO. *Corriendo al balcón.* ¿Un *auto*?

PABLOTE. Sí. Y va también para Guadarrama.

OCTAVIO. ¿Será el del ministro?

PABLOTE. ¡Ca! ¡Ése es un buen coche y el del ministro es una lata de conservas!

OCTAVIO. ¡Menos lata, tú! ¡Cincuenta caballos!

PABLOTE. ¡Serán de los toros!

OCTAVIO. Pero ¿no sale esta familia? Por supuesto, me explico que no quieran verte. Si estuviste a pique de *laminar* a ese buen señor…

PABLOTE. Por eso extremo la amabilidad, querido Octavio. Paso por aquí después del percance, y me parece elemental un saludo de cortesía… Por arrimado a la cola que sea uno…

OCTAVIO. ¿Quiénes son ellos? No me has dicho…

PABLOTE. ¡Si no lo sé! Cambiamos aquel día los ofrecimientos de rúbrica; pero he olvidado… Yo estaba azoradísimo… Traje a mi hombre en el *auto,* deshaciéndome en explicaciones… y no veía el momento de volver a la carretera… Una señora andaluza que había aquí me puso como un trapo, y tuve que agachar las orejas y darle las gracias encima. Pero, en fin, ya has oído a la guardesa: todo quedó en el susto, a Dios gracias. Evidentemente tengo buena mano para los trompazos. Puedes ir tranquilo.

OCTAVIO. No del todo, no creas.

PABLOTE. Pues tengo buena mano. En Villalomar atropellé al cacique y me felicitó todo el pueblo.

OCTAVIO. Sí, ¿eh?

PABLOTE. ¿Y lo de Paco Esteban? Había perdido la memoria en una enfermedad; le rompí el bautismo en mi coche, y la recobró como por ensalmo.

OCTAVIO. ¿Del golpe recobró la memoria?

PABLOTE. Del golpe, sí. ¡Hoy se acuerda de todo lo que debe!

OCTAVIO. Pues ¡sí que es un fenómeno!

PABLOTE. Tengo buena mano. Sin ir más lejos, este mismo caso de aquí te lo prueba. Al señor no le ocurrió nada… y yo, en cambio, conocí a sus hijas, que son dos verdaderas preciosidades. ¡Sobre todo una de ellas!

OCTAVIO. ¡Haber empezado por ahí!

PABLOTE. Como que más que cumplir con el padre —de ti para mí—, vengo a ver si la veo.

OCTAVIO. Pues lo que te ruego es que, si sale ahora, no vayas a pegar la hebra y a entretenerte demasiado.

PABLOTE. ¡No, hombre! Descuida.

OCTAVIO. Mi prisa es una cosa seria.

PABLOTE. Descuida. ¡Aquí está la muchacha!

OCTAVIO. *Viéndola llegar, sorprendido.* ¿Eh?

Vuelve Leopoldina por la derecha.

PABLOTE. Señorita…

OCTAVIO. Señorita…

LEOPOLDINA. Señores… Desde la terraza de enfrente vi parar el coche a la puerta de casa, y no he querido dejar de llegarme…

PABLOTE. ¿Temió usted, quizás, que hubiese atropellado a otra persona de su familia?

LEOPOLDINA. ¡No! ¡Qué disparate! Eso no será para todos los días, digo yo.

PABLOTE. Ni estaría bien tampoco tomarla con una familia tan simpática. Paso por El Escorial con este amigo, y vengo un instante a saber si se me guarda rencor todavía.

LEOPOLDINA. Ninguno.

PABLOTE. ¿Ni siquiera aquella señora que me puso verde, y que me dijo que tenía en su pueblo un coche con dos mulas que no lo cambiaba por cien *autos*?

LEOPOLDINA. Ni aun ésa. Como no fué más que el susto, afortunadamente…

PABLOTE. Sí; la guardesa ya me ha tranquilizado por completo. Ha ido a avisarle a su papá de usted…

LEOPOLDINA. Papá no sé si habrá salido. Para poco en casa… Me parece que hoy está en Zarzalejo. Ahora vendrá mi tía. Siéntense ustedes.

PABLOTE. Mil gracias. No nos podemos detener. Estamos muy de prisa. ¿Verdad, Octavio? Y ¿me conoció usted apenas vió el coche?

LEOPOLDINA. Reconocí primero el coche… Y luego, es claro…

PABLOTE. ¡Oh, el coche! ¡El coche es el mejor coche de Madrid! Sencillamente.

OCTAVIO. ¡Qué honor, ¿verdad?, para los atropellados!

Ríen los tres.

PABLOTE. Yo he empezado a ser alguien desde que tengo coche. Antes era un quídam. El coche me ha dado personalidad.

OCTAVIO. ¿Y a mí, señorita, no me reconoce?

LEOPOLDINA. ¿Cómo? ¿Venía usted también aquella tarde?…

OCTAVIO. No. Es ésta la primera ocasión en que tengo el gusto de hallarme en su casa de usted, gracias, por cierto, a este querido amigo-coche.

PABLOTE. ¡Búrlate encima, no seas tonto!

OCTAVIO. Pero no es la primera vez que usted y yo hablamos.

LEOPOLDINA. ¿Yo con usted?

OCTAVIO. Usted conmigo. Si yo no estuviera convencido de mi vulgaridad, esta prueba me anonadaría. Sí, señorita: una noche, inolvidable para mí, hace ya… dos años corridos…

LEOPOLDINA. ¡Ah!…

OCTAVIO. En la terraza del Casino de San Sebastián estuvimos charla que charla hasta el amanecer… ¿Lo recuerda?

PABLOTE. ¡Qué pretensiones! ¿Cómo ha de acordarse al cabo del tiempo?

LEOPOLDINA. ¿Está usted seguro de que era yo?

OCTAVIO. ¡Segurísimo! No soy capaz de confundir la belleza de usted con ninguna otra. Me llamo Octavio Reina.

LEOPOLDINA. Octavio Reina…

PABLOTE. ¡Ahora se acuerda menos!

OCTAVIO. Hombre, no seas ganso. Había usted cenado aquella noche con los condes de Mombeltrán…

LEOPOLDINA. ¡Ah, ya!… ¡Sí!… ¡Acabáramos!

OCTAVIO. Usted es de la familia de don Antolín de la Huerta, ¿no?

LEOPOLDINA. ¡Y tanto! Es mi padre.

PABLOTE. ¡No puede ser más de la familia!

OCTAVIO. ¿Precisamente la persona atropellada por este cernícalo?

LEOPOLDINA. Precisamente.

OCTAVIO. *Reconviniéndolo.* Pero, Pablote, ¡cómo vas por esas carreteras!

PABLOTE. ¡Como me mandan los amigos! ¡A ver hoy quién me ha dado a mí prisa! Además, lo que te dije antes: mira si tengo buena mano. Sin ese atropello, ¡quién sabe si no habrías vuelto nunca a ver a esta muchacha!

LEOPOLDINA. Que ahora no ha podido estar más torpe… Lo declaro… Ve una tantas caras distintas… Vive una tan aturdida siempre… Usted me perdona, ¿verdad?

OCTAVIO. No hay de qué, ¡por Dios! Tan natural era que usted me olvidase… como que yo no la olvidase a usted.

LEOPOLDINA. Muchas gracias… ¿De veras no se sientan un rato?

PABLOTE. Éste trae mucha prisa.

OCTAVIO. Sí; pero no tanta que… *Siéntase junto a Leopoldina.* Con mil amores.

PABLOTE. ¡Vaya! Nos sentaremos.

LEOPOLDINA. Ahora saldrá mi tía. No sé cómo ya no ha venido.

OCTAVIO. Ni se preocupe usted.

LEOPOLDINA. ¿Usted veranea en El Escorial?

OCTAVIO. ¡Qué más quisiera, yo! No veraneo en ninguna parte.

LEOPOLDINA. ¿Se queda en Madrid?

OCTAVIO. ¡Tampoco!

PABLOTE. Va de aquí para allá, como una maleta.

LEOPOLDINA. Pero ¿es usted viajante?

OCTAVIO. Hoy por hoy soy secretario particular de Sequeros Miranda.

LEOPOLDINA. ¿El ministro?

OCTAVIO. ¡Que me va a producir una neurastenia agudísima!

LEOPOLDINA. ¿Mucho trabajo?

OCTAVIO. No es en rigor mucho trabajo… Son cien mil pequeñeces diarias que abruman, que agotan, que consumen al más activo… ¡Un horror! Yo no tengo un minuto para mí. Cartas, telegramas, comisiones, visitas, entierros…

PABLOTE. Bautizos…

OCTAVIO. No seas majadero, Pablote, que estoy hablando con formalidad.

PABLOTE. Ese cuplé del secretario multiforme nos lo canta a los amigos todos los días.

OCTAVIO. No le haga usted caso. Ni puedo atender a mi bufete, ni a mis aficiones predilectas, ni pasear una hora tranquilo, ni hacer nada, en fin, que signifique un gusto personal. Soy peor que un esclavo. ¡Un esclavo que parece libre y no lo es! Vivo desparramado, consumiendo mi tiempo en cosas que no le aprovechan a nadie. Ni siquiera al ministro a quien sirvo.

LEOPOLDINA. Pues ¡déjelo usted!

OCTAVIO. No puedo. Y gracias sí, de cuando en cuando, el azar me ofrece una compensación como ésta.

LEOPOLDINA. ¿Adónde van ustedes?

OCTAVIO. A Guadarrama. Esta noche cena allí el ministro con su familia, y me encargó que si llegaba al Ministerio alguna cosa urgente se la llevara. Y ha llegado, como no podía menos. Le voy a dar la cena.

LEOPOLDINA. Y ¿es urgente? Mi padre dice que lo urgente no existe.

OCTAVIO. No, ¿eh? Pues dígale usted que se vaya conmigo dos horas a la Secretarla.

PABLOTE. Oye tú, a propósito: ¿no te estarás entreteniendo demasiado?

OCTAVIO. No.

PABLOTE. ¡Como no querías ni apearte!…

OCTAVIO. Han cambiado las cosas.

PABLOTE. ¿Qué?

OCTAVIO. Mira desde ahí tú si pasa el coche del ministro.

PABLOTE. ¡Pero, hombre! ¡Es el colmo!

OCTAVIO. *A Leopoldina.* ¡Lo que aquella noche charlamos!… ¿De qué se ríe usted?

LEOPOLDINA. De nada… de eso… de lo que charlamos aquella noche. ¿Encuentra usted algún cambio en mí?

OCTAVIO. ¿Por qué me lo pregunta?

LEOPOLDINA. Por curiosidad…

OCTAVIO. Pues no…, no encuentro cambio alguno… El peinado, quizás… Cualquiera que sea, la ha embellecido a usted más aún…

LEOPOLDINA. ¡Qué galante! ¿Se miente mucho en la Secretaría?

OCTAVIO. En la Secretaría, mucho. Fuera de ella…

LEOPOLDINA. ¿No se sale de allí contagiado?

OCTAVIO. ¡Quiá! ¡Se sale ahogado de la farsa! ¡Deseando una ocasión en que hablar de verdad! Como ésta, por ejemplo.

PABLOTE. ¡Ahí la llevas, Octavio!

OCTAVIO. ¿Qué?

PABLOTE. ¡La cafetera de tu jefe!

OCTAVIO. ¡No me asustes!

PABLOTE. Oye la bocina: ¡Criiii… sis! ¡Criiii… sis!

LEOPOLDINA. ¡Qué buen humor tiene su amigo!

OCTAVIO. ¡Ay, si fuera profética la bocina!

PABLOTE. *Viendo aparecer a doña Regla por la izquierda.* ¡Oh! La señora del cochecito de mulas… A los pies de usted.

DOÑA REGLA. Señores…

OCTAVIO. Señora mía…

DOÑA REGLA. Leopoldina, ¿tú aquí?

LEOPOLDINA. Vi llegar desde la casa de Obdulia el coche del señor, y como temía que papá no estuviese…

DOÑA REGLA. Y no está, no: está en Los Molinos. ¡De merienda!

PABLOTE. Mi intención no era otra que saludarlo y pedirle nuevamente disculpa. Ya me han dicho que en esta casa estoy perdonado hasta por usted.

DOÑA REGLA. Desde luego. Pero exijo propósito de enmienda. Acostúmbrese usted a caminar más despacito.

PABLOTE. Se lo prometo formalmente.

DOÑA REGLA. Sobre todo para ir a tomar chocolate en Torrelodones.

LEOPOLDINA. Eso es lo que indigna a mi tía.

PABLOTE. Pues hay una agravante espantosa.

DOÑA REGLA. ¿Cuál?

PABLOTE. ¡Que a mí no me gusta el chocolate! Me comprometieron…

DOÑA REGLA. ¿Le parece a usted? ¡Merecía usted que lo atropellara su propio coche! A la velocidad que usted iba la tarde aquella no deben ir nunca, si acaso, sino los médicos o los bomberos. No saco a nadie más.

OCTAVIO. Yo, señora, tengo que celebrar lo ocurrido de todas maneras, ya que, merced a ello, he reanudado una amistad muy grata.

DOÑA REGLA. ¿Sí?

OCTAVIO. Conocí hace dos años a su sobrina de usted en San Sebastián, y hasta ahora no había vuelto a verla. Y esta casualidad dichosa…

PABLOTE. ¡Dichosa ha dicho!

OCTAVIO. He dicho dichosa, con perdón de los cardenales de su hermano de usted, porque no ha habido mayor desgracia, y porque repito que tengo a dicha haber hallado a su sobrina de nuevo.

DOÑA REGLA. Es usted muy amable.

OCTAVIO. Después de lo cual, señora mía, lo que lamento es no poder prolongar esta visita siquiera un rato más. Tengo necesidad imprescindible de marcharme sin pérdida de tiempo.

DOÑA REGLA. Puesto que es usted amigo de Leopoldina…

OCTAVIO. ¿De quién?

DOÑA REGLA. De Leopoldina.

OCTAVIO. ¡Ah!, ¿usted se llama Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Desde antes de nacer!

OCTAVIO. Estaba yo confundido de nombre.

DOÑA REGLA. Decía que, puesto que es usted amigo de ella, yo le ofrezco esta casa complacidísima. Puede usted venir cuando guste.

OCTAVIO. Muy agradecido.

PABLOTE. Y ¿yo no?

DOÑA REGLA. ¡Claro que usted también!

LEOPOLDINA. ¡No faltaría más!

PABLOTE. ¡Es que si no, había hecho un pan como unas hostias!

Ríen todos.

OCTAVIO. En fin, Pablote…

PABLOTE. A tus órdenes, secretario.

OCTAVIO. *Despidiéndose.* Señora… Octavio Reina… Ya me tomaré la libertad de volver, para saludar y ofrecerme al dueño de la casa, a quien admiro tiempo hace.

DOÑA REGLA. Yo se lo diré así.

PABLOTE. Adiós, señora.

DOÑA REGLA. Adiós, caballero.

OCTAVIO. Leopoldina…

LEOPOLDINA. ¿Se le olvidará a usted el nombre de aquí a otra vez?

OCTAVIO. No es fácil. Ni dejaré pasar tanto tiempo… para que no se olvide usted de mí.

PABLOTE. A sus pies, Leopoldina.

LEOPOLDINA. Beso a usted la mano.

OCTAVIO. Adiós.

LEOPOLDINA. Adiós.

DOÑA REGLA. Adiós, señores.

Se retiran por la derecha Pablote y Octavio.

LEOPOLDINA. *A su tía, apenas los dos vuelven la espalda.* ¡Ahora le diré a usted lo más gracioso!

DOÑA REGLA. ¿Lo más gracioso?

LEOPOLDINA. Usted lo verá. *Va un poco hacia la derecha y vuelve.* Ya se fueron.

DOÑA REGLA. Es simpático ese muchacho. Y parece fino. ¿Dónde me ha dicho que lo conociste?

LEOPOLDINA. ¡Eso es lo más gracioso! ¡Yo no lo he visto hasta esta tarde! ¡Me ha confundido con Dolores!

DOÑA REGLA. ¿Con tu prima?

LEOPOLDINA. ¡Sí! Por lo visto, habló con ella en San Sebastián una noche; estaría alegrillo, y como nos parecemos tanto Dolores y yo, me ha tomado por ella. ¡Y si no llega a venir tan de prisa, se me declara! ¡Porque me parece un poco inflamable! ¡Y eso sí que hubiera sido un paso! Se lo voy a contar a Obdulia.

DOÑA REGLA. Pero ¿por qué no lo has sacado de su error, muchacha?

LEOPOLDINA. ¡Porque no he querido ser cruel! ¿Usted sabe?… ¡Después de decirme que él era incapaz de confundir mi belleza con ninguna otra! ¡Se suicida aquí mismo! Y si le añado que la dama de la terraza del Casino está ya casada y tiene dos mellizas, ¡calcule usted! ¡Voy a contárselo a Obdulia, para que se ría!

DOÑA REGLA. Cuéntaselo, sí; que Obdulia lo creerá sin dificultad, porque es tan sin seso como tú…

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

Marchase por la derecha riendo, a la vez que llegan, precipitadamente, Estela y doña Lourdes. Ésta se deja caer en la primera silla que encuentra.

ESTELA. ¿De qué se va riendo Leopoldina?

DOÑA REGLA. ¡De que ha estado a punto de recibir una declaración por carambola!

ESTELA. ¿Ah, sí? ¿Y Manolo? ¿No ha venido Manolo?

DOÑA REGLA. ¡Ha ido en tu busca a la Herrería!

ESTELA. Es verdad, que le dije a usted… Pero me arrepentí en Floridablanca y echamos para la estación, por salirle al encuentro.

DOÑA REGLA. Él ha venido en *moto.*

ESTELA. ¿Ha venido en *moto*? ¡Claro! Así no lo he visto ¡Al diablo se le ocurre! ¡Pues tiene para toda la tarde buscándome a mí en la Herrería!

DOÑA REGLA. Vete tú para allá, mujer. Si no está cansada doña Lourdes.

DOÑA LOURDES. *Con timidez*. No; por mí, no…

Estela. Nos quedaremos en la carretera. Llegaremos hasta la Fuente nada más. *Doña Lourdes ahoga un suspiro.* Si vuelve ese tonto, dígaselo usted, tía. En la carretera me tiene. ¿Vamos, doña Lourdes?

Doña Lourdes. *Levantándose a duras penas.* Vamos, Estelita. *Entre sí.* ¡Nos quedaremos en la carretera!

Se van por la izquierda, una detrás de otra.

Doña Regla. ¡Qué pareja de tórtolos! Siempre andan así: sin encontrarse. ¡En Las Canteras les dirían «el ratón y el gato»! *A don Benitito, que pasa como una exhalación de izquierda a derecha.* ¿Qué es eso, Benitito?

Don Benitito. ¡Que viene ahí el famoso Pinilla, y lo voy a detener a la puerta!

Doña Regla. ¿Va usted a decirle que Antolín está en Ávila?

Don Benitito. No, señora; porque trae *moto* y es capaz de plantarse allí. ¡Y es mucho esquinazo! ¡Le diré que está en Covadonga! *Sigue corriendo su camino.*

Doña Regla. ¡Jesús, Jesús!… ¡Qué casa!… ¡Qué vida!… ¡Qué tiempos!…

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Antesala en casa de don Antolín, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda, en primer término. Al foro, galería de cristales.

Muebles elegantes, sin ser lujosos.

Ha pasado el verano. Estamos en una tarde de octubre.

Doña Lourdes, sentada en la galería, muerta de sueño, cabecea leyendo un librito. A primera vista parece que asiente a lo que lee; pero, en realidad, es que se duerme a chorros.

Don Antolín, sin temer que nadie lo importune por el momento, cambia impresiones con don Benitito.

Don Antolín. ¿Vienes de la calle?

Don Benitito. Sí, señor.

Don Antolín. ¿Hace fresco?

Don Benitito. No. Es un hermoso día. A la puesta del sol, sí refrescará.

Don Antolín. Entonces, mejor se está en casa. No salgo.

Don Benitito. Pero ¿va usted a seguir en Madrid, y en el mes de octubre, la misma vida de molusco que en El Escorial?

Don Antolín. No sé qué te sorprende: es la que llevo hace muchos años.

Don Benitito. Pero extremándola por días, don Antolín.

Don Antolín. Por horas. A mi edad y circunstancias, la humanidad con quien quiero tratarme la llevo conmigo.

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo…

Don Benitito. Pues no hace usted del todo bien, y perdóneme que se lo diga.

A doña Lourdes se le cae al suelo el librito.

Don Antolín. ¿Qué ha sido?

Don Benitito. *Mirando a la señora, con lástima.* El librito de doña Lourdes… Se conoce que lo ha terminado y no le gusta. *Se acerca a ella, recoge el libro y trata de hablarle en voz baja; pero la infeliz no lo oye.* Doña Lourdes, doña Lourdes… Sí, sí; a otra puerta. ¡Como de tres días! *Deja el libro a su lado.*

Don Antolín. ¡Pobre señora!

Don Benitito. Usted imagine: volvieron anoche de un estreno en el Español a las dos y media de la madrugada, y esta mañana, a las ocho, ya estaban en la calle. Estelita la mata.

Don Antolín. La mata. ¡Ya lleva dos! Y ¿qué tal resultó el estreno?

Don Benitito. Parece que muy largo. Un crítico dice que es comedia para leída.

Don Antolín. ¿Sí, eh? Pues en donde pone *leída* pon tú *desleída*, y acertarás.

Don Benitito. ¡Je! Otro se mete con el público y dice que no es obra para la masa, sino para elegidos.

Don Antolín. Y ¿no dice quién los elige?

Don Benitito. Yo supongo que será el autor. ¡Es lo que tiene más cuenta!

Don Antolín. En fin, de buena me libré. Porque Estela quiso llevarme. ¿Llaman al teléfono?

Don Benitito. Sí. Voy a ver quién es.

Don Antolín. ¡Cuidado! ¡Yo me he ido a la Moncloa!

Doña Lourdes. *Despertando un poco asustada.* ¿A la Moncloa? ¿Ahora a la Moncloa?

Don Benitito. ¿Eh?

Doña Lourdes. ¿Vamos a la Moncloa?

Don Benitito. *Sonriendo.* No, doña Lourdes, no. Esté usted tranquila.

Doña Lourdes. *Disimulando su turbación.* ¿Y mi libro?

Don Benitito. Ahí lo tiene usted. Voy al teléfono.

Don Antolín. ¡Cuidado, Benitito!

Don Benitito. ¡Ya estoy! ¡No necesita usted prevenirme! Si es Chávela, en Valladolid; si es Bellido, en Burgos; si es Pinilla, en Irún.

Don Antolín. Si es Pinilla, *pásame* la frontera.

Don Benitito. ¡Inútil todo! ¡Pinilla lo ve a usted! ¡Esto es viejo!

Don Antolín. ¡Quiá!

Don Benitito. ¡Es la lucha entre la araña y el mosquito! *Vase hacia la izquierda del actor, por la galería.*

Don Antolín. ¿Qué libro es ése, doña Lourdes?

Doña Lourdes. *Medio despertando de nuevo.* ¿Cómo?

Don Antolín. ¿Qué libro es ése?

Doña Lourdes. Una novela que me ha dado a examinar doña Regla, para saber si pueden leerla las muchachas.

Don Antolín. ¡Sí podrán leerla!

Doña Lourdes. ¡Psché!… Si no les da sueño, como a mí, no veo inconveniente.

Don Antolín. ¿Cómo se titula?

Doña Lourdes. *El robo del ópalo real.*

Don Antolín. ¡Eso debe ser interesantísimo!

Doña Lourdes. Para las chicas…

Vuelve don Benitito.

Don Benitito. Era Chávela.

Don Antolín. Me lo figuraba. ¡Chávela! ¡El genial! ¡El bohemio! ¡Qué hombre ése! ¡Qué cosas las suyas!

Don Benitito. Empeñado en que le dé usted hora.

Don Antolín. ¡Claro! En eso estoy pensando. Tú ¿has leído la carta?

Don Benitito. No, señor. ¡La sé de memoria sin leerla!

Don Antolín. Me dice que no le sermonee; que es incorregible; que quiere *vivir su vida.* ¡Genial que es el muchacho! Sólo que yo sé que todos estos que quieren *vivir su vida* no le pagan a nadie. Y como da la casualidad de que me pide quinientas pesetas, he resuelto que *viva su vida,* pero con dinero de otro.

Don Benitito. ¡Bastante le ha dado usted ya!

Don Antolín. ¡Toma! ¡Por eso sé bien que no paga! Voy yo a *vivir la mía,* Benitito. Sablazo que paro, dinero que deposito en una hucha. Será lo más saneado que hereden mis hijas. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Don Benitito. ¡Je! ¡Qué original es este hombre! ¿Ha oído usted, doña Lourdes? *La buena señora da una cabezada.* ¿Ha oído usted? ¡Ca! ¡Si es que está otra vez en brazos de Orfeo, como decía el otro! ¿Quién será el autor del librito? *A Estela, que viene por la derecha de la galería.* Pero ¿qué milagro es éste, muñeca? ¿Tú en casa a estas horas?

Estela. Hay que ponerse en todo, Benitito. Fui anoche al teatro; he salido esta mañana de tiendas; he salido a paseo después de almorzar; pienso volver al teatro esta noche… Si ahora salgo también… ¡le da calentura a la tía Regla!

Don Benitito. Le da. ¡Y no te digo nada de doña Dengues!… *Señala a doña Lourdes.*

Estela. De eso no me ocupo. ¡Se duerme en la punta de un sable! Anoche, en el estreno, nos reímos Hortensia y yo lo que no es para dicho. En un momento de silencio dio un ronquido que fué un aplauso. El único que hubo.

Doña Lourdes. *Más en el otro mundo que en éste.* Que estoy despierta, señorita; que me estoy enterando…

Estela. Y ¿se ha enterado usted de que no salimos esta tarde?

Doña Lourdes. *Levantándose, como por resorte.* ¿No salimos?

Estela. ¡Ahora es cuando está usted despierta! Leopoldina saldrá con usted. Pero en el coche de Cocó Sánchez Silva, que vendrá por ella para ir al paseo. Podrá usted dormir a sus anchas.

Doña Lourdes. *A don Benitito.* ¡Tiene la manía de que me duermo en todas partes!

Don Benitito. ¡Cosas de chiquilla! ¿Le va usted a hacer caso a este gorgojo?

Sale Leopoldina por la puerta de la izquierda.

Leopoldina. Benitito, ¡la gran noticia! ¡Acabo de dársela a papá!

Don Benitito. A ver.

Leopoldina. ¡Está firmada la credencial del pobre Calvete!

Don Benitito. ¿Qué me dices?

Leopoldina. ¡Y nos la van a traer en el acto!

Don Benitito. ¿De veras? Pero ¿por quién lo sabes?

Leopoldina. ¡Por el secretario del ministro! ¡Nada más! ¿Es buena tinta?

Don Benitito. ¡No puede ser mejor! ¡Pobre Calvete! ¡Qué me alegro!

Doña Lourdes. Y ¡qué alegría en la casa!, ¿verdad?

Estela. ¡Figúrese usted! ¡Vuelve a funcionar la despensa!

Don Benitito. ¡Don Antolín estará como loco! ¡Lo quiere como a hermano! Voy, voy a verlo. ¡Pobrecillo Calvete!… *Vase por la puerta de la izquierda.*

Estela. ¿De manera que el secretario…?

Leopoldina. Ahí lo tienes, hija. Llamó por teléfono, me pensé yo que sería Cocó, fui al aparato… y era él.

Estela. Eso es suerte.

Leopoldina. ¿Suya o mía?

Estela. De los dos. Pero, oye, dime: ¿desde la tarde de El Escorial no has vuelto a verlo?

LEOPOLDINA. A verlo, sí; dos veces, desde lejos. A hablarle, no. Hasta ahora.

ESTELA. Entonces, ¿todavía no sabe a punto fijo con quién está tratando?

LEOPOLDINA. Todavía no lo sabe. Justamente desde San Sebastián me puso una postal hace quince días, recordando la noche aquélla.

ESTELA. ¡La cara de ese hombre cuando le descubras el pastel!

LEOPOLDINA. Hoy mismo voy a verla. Será curiosa. Así que me entregue la credencial, le daré las más cumplidas gracias… en nombre de la prima.

ESTELA. ¡Se te cae de boca! Y ¿qué es lo de Calvete?

LEOPOLDINA. ¿Lo de Calvete? ¡La prueba más clara de que a ese muchacho le gusto! ¡Le gusta Dolores!

ESTELA. ¡Ja, ja, ja!

LEOPOLDINA. En el Ministerio se han creado cinco plazas de técnicos… de yo no sé qué; se han presentado cerca de mil solicitudes; pasan de seis mil las recomendaciones, y papá le escribió a Sequeros Miranda, para que no quedase por él, aunque sin esperanza de que una de las brevas le cayera al infeliz Calvete. Pero cátate tú que ve la carta de papá el secretario; le acusa recibo de su puño y letra, en nombre del ministro… y se conoce que dice para sí, como los matadores: «Fuera gente: ahora me luzco yo». ¡Y se ha lucido! ¡Él en persona va a traernos la credencial! A *traérnosla* ha dicho.

ESTELA. A ti… y a papá, claro es.

LEOPOLDINA. ¡Claro como el agua!

ESTELA. ¿No sales, por lo tanto? ¿Cambias de plan?

LEOPOLDINA. ¿Qué he de hacer, criatura? ¡Con esa visisita anunciada!

ESTELA. ¡Pues entonces yo también cambio el mío! ¡Quedarnos en casa las dos es una sosera!

El semblante de doña Lourdes se nubla.

LEOPOLDINA. Pero ¿no le escribiste a Manolo que lo esperabas?

ESTELA. Sí; pero se le telefonea que me busque en el cine. *A don Benitito, que vuelve por donde se marchó.* A propósito, Benitito.

Don Benitito. ¿Qué quieres, reina?

Estela. ¿Adónde vas?

Don Benitito. A casa de Benigno Calvete, a llevarle la grata noticia. ¡Nos ha conmovido a tu padre y a mí! Como que ayer tuvimos carta suya anunciándonos un nuevo servidor. ¡El octavo de la segunda serie!

Estela. Pues de paso te llegas al Príncipe Alfonso, y si dan esta tarde la cinta de *Los ojos del enterrado vivo,* me tomas tres butacas y las dejas en la taquilla, a mi nombre.

Don Benitito. Se hará como lo pides. ¿Algo más?

Estela. Nada más.

Don Benitito. ¡Poco que me gusta a mí llevar buenas noticias! *Se va por la puerta de la derecha, radiante de gozo.*

Estela. Doña Lourdes, ya lo ha oído usted. No es en casa; pero la tarde será tranquilita. Voy a arreglarme un poquitín.

Leopoldina. Anda, yo también voy a perfilarme.

Estela. Tú, con doble motivo. ¡Porque para mí que el secretario te ha flechado!

Leopoldina. No lo sé todavía. Deja que lo vea más despacio y te contestaré. Porque, chica, ¡se me borra la cara!

Se van las dos por la galería, hacia la izquierda.

Doña Lourdes vuelve a sentarse.

Doña Lourdes. ¡Mi gozo en un pozo! Y ¡menos mal si vamos al cine!… Estoy que me caigo… ¡y no lo puedo disimular! A los Carnavales no llego. *Bosteza libremente.* Vamos a hincarle el diente a otro capítulo, mientras la niña se compone. *Torna a la lectura, y a los primeros renglones se duerme, como antes.* «El barón de Stoc había ido aquel año a Escocia a cazar codornices… La marquesa del Rin había salido para Génova… Pablo Cadillac estaba en California… La pequeña Otilia, en su *yacht* de recreo…». ¡Jesús! Me mareo con tanto viaje… Ya no sé dónde se ha quedado el de las codornices… *Vuelve a cuajarse la infeliz.*

Poco después, por la puerta de la derecha, salen Octavio y Paula. Octavio trae en la mano una gran cartera, donde guarda documentos preciosos. Paula es una doncellita de la casa, de muy buen ver, por de prisa que se la mire.

PAULA. Pase usted aquí, caballero. Avisaré al señor.

OCTAVIO. *A doña Lourdes.* Buenas tardes, señora.

PAULA. ¡Oiga! ¡Se ha dormido! Es la señora que acompaña a las señoritas. *Llamándola.* ¡Doña Lourdes! ¡Señora!

OCTAVIO. Déjela usted.

PAULA. ¡No vaya a soñar en voz alta!

DOÑA LOURDES. *Despertando de pronto y dándose cuenta de la situación.* ¿Eh?… ¿Qué?… Buenas tardes…

OCTAVIO. Muy buenas tardes.

PAULA. Este señorito desea ver al señor.

DOÑA LOURDES. ¡Pues avísale!

PAULA. A eso iba, señora. *Márchase por la puerta de la izquierda.*

DOÑA LOURDES. *Turbada aún.* Lo que no sé es si don Antolín está en casa… Creo haber oído que se iba a la Moncloa… ¿Es usted por casualidad el señor Pinilla?

OCTAVIO. No, señora; no… Acabo de hablar por teléfono con la mayor de las dos hijas de don Antolín…

DOÑA LOURDES. ¡Ah, sí!

OCTAVIO. Y sé que él está en casa y que se me espera.

DOÑA LOURDES. ¡Sí, sí! Ya me he enterado… ya sé quién es usted. El secretario del señor Sequeros Miranda… Siéntese mientras salen…

OCTAVIO. Muchas gracias, señora.

DOÑA LOURDES. Yo fui muy amiga de la esposa de don Federico.

OCTAVIO. ¿Sí, eh?

DOÑA LOURDES. Sí… ¡En otros tiempos! La piel de tigre que habrá usted visto en el despacho de él se la trajo mi marido de América.

OCTAVIO. ¡Ah!…

Doña Lourdes. ¡Y el loro que se les murió!… ¡Que es raro que se muera un loro! Pero creo que una cocinera le dió una pelotilla de perejil porque le llamaba sisona… Aquí está ya don Antolín.

Sale, en efecto, por la puerta de la izquierda. Se ha puesto otras babuchas. Es todo lo que ha podido conseguir Leopoldina. Doña Lourdes, apenas empiezan a hablar él y Octavio, se desvanece por la galería como una sombra.

Don Antolín. ¡Mi señor don Octavio Reina!

Octavio. ¡Señor mío!

Don Antolín. ¡No sé cómo expresarle a usted mi agradecimiento! Ya le escribiré a Sequeros Miranda. Este favor, y la molestia que usted se ha tomado, son inapreciables.

Octavio. Nada de eso… La mejor voluntad…

Don Antolín. Conozco esa vida de ministerios, y sé todo lo que vale una credencial como esta que usted me proporciona. Pero, siéntese.

Octavio. Con mucho gusto. *Entregándole el sobre.* Aquí la tiene usted.

Don Antolín. ¡Pobre amigo mío! Cae la gracia en persona dignísima, pero harto infortunada. Nació de cabeza… y no ha cambiado de postura. Esto es rocío del cielo, agua de mayo, pan bendito… Dios se lo pague a ustedes.

Octavio. ¡Calle usted, señor don Antolín! Me considero, por mi parte, mucho más que suficientemente pagado con sólo oírlo a usted, y con el honor de hallarme en su presencia… ¡Usted se vende muy carito!

Don Antolín. ¡Tengo poco que ver!

Octavio. ¡Modestia!, ¡modestia! ¡Yo lo admiro a usted hace mucho tiempo!…

Don Antolín. ¿A mí? Pero ¿hay en mí algo que valga la pena de admirarse?

Octavio. ¿No ha de haber? ¡Infinitas y muy raras virtudes! La primera de todas, esa modestia incomparable.

Don Antolín. ¡Qué modestia, hombre! Soy oscuro… porque no puedo ser más claro. Ríase usted de modestias. No estoy en la batalla, porque

me da miedo; porque no sirvo. Me asusta el plomo de las balas y el plomo de la letra de molde. En mi casa estoy bien.

OCTAVIO. Eso no lo dudo: la compañía…

DON ANTOLÍN. ¡Ah! Por las chicas lo dice usted. Son cariñosas… son simpáticas… Ya sé que conoce usted a una de ellas…

OCTAVIO. Sí, señor; tuve el placer de conocerla en San Sebastián; y luego, este verano…

DON ANTOLÍN. Sí, sí… Ya he oído comentar en la mesa… *Cambiando de conversación.* ¿Esta credencial le habrá costado a usted un triunfo?

OCTAVIO. ¡Un triunfo! Sin jactancia. Me ha costado hasta disgustos de familia.

DON ANTOLÍN. ¡Hombre! ¡Qué lo siento!

OCTAVIO. No lo sienta usted, porque por encima de todo está la satisfacción que yo tenía en servirle. El ministro me quiere mucho; vió mi interés loco, y se lió la manta a la cabeza por complacerme… y por la persona que lo pedía. Ya está hecho. Pero ¡no quiera usted saber! ¡Uno de los solicitantes ha llevado cien recomendaciones! ¡Desde el Papa hasta mi ama de cría! ¡Horroroso!

DON ANTOLÍN. Sí, sí; me doy cuenta… Mentira parece que por un pedazo de pan… ¡Cómo está la vida! ¿Trabaja mucho Sequeros Miranda?

OCTAVIO. ¡No lo dejan!

DON ANTOLÍN. ¿No lo dejan, eh? ¡Lo de siempre!

OCTAVIO. Si se ocupa del Ministerio es en horas que roba al descanso. En las horas normales juegan materialmente con él. Es de todos. Los periodistas, las comisiones, las conferencias, los banquetes… Ya se descubre alguna estatua, ya se funda algún nuevo centro, ya se entierra un pez gordo, ya se inaugura una Exposición, ya se pone una primera piedra… ¡Y en todo ha de hallarse el ministro! ¡Y ha de retratarse! Sin contar con las Cortes…

DON ANTOLÍN. ¡Friolera!

OCTAVIO. Ese divertido pasatiempo que hay en España.

DON ANTOLÍN. Ese escaparate de pasiones y de intereses, que le cuelgan a la libertad entre sus conquistas. ¡Qué diferencia entre lo vivo y lo

pintado!

OCTAVIO. Cierto. Mal recuerdo tiene usted de la Casa.

DON ANTOLÍN. ¡Malísimo! Como que la única vez que, por mis pecados, asomé por allí las narices, pensé: «A mí aquí me silban». Y me salí con ella: me silbaron. ¡Y me alegré luego! Yo no sé templar gaitas, ni hacer comedias, ni engañarme a mí mismo, en el caso mejor. Yo tampoco sé trabajar de prisa, espoleado por la esperanza febril de un triunfo inmediato, más o menos eficaz o legítimo. Yo no sé brindarle toros al *Sol*… que luego le cuestan muy caros al pobre país. Y tal como anda la tramoya, y tal como yo soy, he optado al cabo por quedarme en casa, como Cachupín.

OCTAVIO. Pues es bien sensible. Hombres de su casta necesitamos…

DON ANTOLÍN. ¿Para qué? En política no los hay más inútiles. Hace falta gente de ingenio, de chispa, de travesura, de mala intención, de *muleta*… como dicen ustedes. Cualquiera de ésos coge a uno de los de mi casta, que sea capaz de trabajar seriamente, lo *empitona* y lo manda al *hule*. Notará usted que no olvido el vocabulario.

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja! Pues a veces suena el nombre de usted para combinaciones probables…

DON ANTOLÍN. Sí… lo sé… Pero ¡averigüe usted con qué intención lo echará a volar cada uno! Lo cual no quita que en ocasiones me halague el hecho… y aún me tiente. Sólo que la tentación dura poco. ¡Guarda, que es podenco! ¡Si sobre todos los males corrientes y molientes en la política se padece en España el más peligroso de todos: la fiebre del Gobierno nuevo! ¿Para qué voy yo a aceptar ninguna cartera, si alguien me la ofreciese? ¿Para que me sorprenda la crisis sin haber contestado siquiera a las cartas de felicitación?

OCTAVIO. ¡Es usted un gran caricaturista!

DON ANTOLÍN. ¡No es caricatura; es fiel reflejo de la vida política entre nosotros! Vea usted la colección de cualquier diario, y fíjese en los títulos de los artículos de fondo de una semana tomada al azar. Domingo: «Crisis». Lunes: «Nuevo Gobierno». Martes: «Obras son amores…». Miércoles: «Un mal paso». Jueves: «Hacia el abismo». Viernes: «¡De mal en peor!». Sábado: «¿Qué pasa en Cádiz?». Domingo: «Crisis». ¿Usted cree que

así puede hacerse nada por un país? ¿Usted cree que un Gobierno debe durar menos que una corbata? Por eso, casi siempre que principia el runrún de crisis, me doy a entonar por lo bajo una cosa que canta mucho mi hija Leopoldina:

Hagan sus combinaciones,
conmigo no cuenten…

Octavio. Lo oigo a usted encantado… ¡Habla usted con una sinceridad tan simpática!… Y, sin embargo, los que entramos en la vida ahora, aun reconociendo que todo eso sea como lo pinta usted, y aunque por el momento nos repugne, acabamos por aceptarlo y seguir adelante. Nos acostumbramos a respirar la atmósfera viciada. Es enfermedad de la época. ¿Hay mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo? Pues se hace mal y aprisa, dure lo que dure, ¡y a vivir! La serenidad y el reposo huyeron de este mundo. Si se para usted un instante a reflexionar, lo arrollan los que vienen detrás de usted, que traen más prisa, más hambre y menos escrúpulos.

Don Antolín. Evidente, evidente… Por fortuna, yo puedo caminar despacito por mi cuesta abajo…

¡Oh siglo del frangollo y del cemento!…

Así empezaba una epístola en verso que le dirigí a un camarada mío que vive en Londres. ¿Usted no conoce mi folletito titulado *La vida aprisa*?

Octavio. No, señor.

Don Antolín. Hombre, pues le voy a dar a usted un ejemplar… ¡para que no lo lea, porque no tendrá tiempo! ¡Pero algo he de hacer con la edición!

Octavio. Descuide usted, que no me faltará ocasión de leerlo. Yo la buscaré.

Don Antolín. Es cosa ligera, no se piense… Cuatro chuscadas sobre esta excitación morbosa que aniquila a los hombres modernos… La vida, tan sabrosa, no se saborea… La naturaleza, tan hermosa, no se ve ni se ama… No existe, por nada ni ante nada, la delectación espiritual… Sostengo, a mi modo, que una cosa son la actividad y la diligencia, y otra muy distinta la prisa. Y por ahí adelante. Aconsejo a la juventud que no se extravíe en mil veredas, sino que encauce su poder y su agilidad hacia una sola cosa…

Vejeces de un loro, como me llama la familia, porque le doy un picotazo a todo el que se acerca a mi jaula… ¡Je! Y concluyo con la afirmación de que así como la excesiva temperatura en el cuerpo no es salud, sino fiebre, la vida así, más que civilización, es barbarie. En fin, ya usted verá… Venga a mi despacho.

OCTAVIO. ¡Complacidísimo!

DON ANTOLÍN. Le enseñaré algunos recuerdos muy curiosos…

OCTAVIO. Sí, señor.

DON ANTOLÍN. Es decir, ¡si no tiene usted mucha prisa!

OCTAVIO. ¡Aunque la tenga!

DON ANTOLÍN. Entonces, entre usted.

Sale por la puerta de la izquierda Leopoldina, a tiempo que van a marcharse por ella don Antolín y Octavio.

OCTAVIO. ¡Leopoldina! ¿Cómo está usted?

LEOPOLDINA. ¡Señor secretario! ¡Tanto bueno por esta casa!

OCTAVIO. ¡Y tanto!, ¡y tanto!

DON ANTOLÍN. Dispensa ahora, nenita. Me lo llevo a mi despacho un segundo. Pase usted, Octavio.

OCTAVIO. Gracias. Perdón, Leopoldina.

DON ANTOLÍN. No es más que un segundo.

Se van los dos. Leopoldina mira curiosamente a Octavio mientras se aleja. Luego exclama:

LEOPOLDINA. ¡Creí que era más moreno!… ¡Y más alto! ¿Será éste también un primo suyo?

Por la izquierda de la galería vuelven Estela y doña Lourdes, camino de la calle.

ESTELA. Chica, pero ¿hablas sola?

LEOPOLDINA. Mis motivos tengo.

ESTELA. ¿Tan pronto?

LEOPOLDINA. Calla, que está ahí. Es que me ha dado un chasco: lo recordaba más alto y más moreno.

ESTELA. Y qué, ¿no te gusta?

LEOPOLDINA. Me ha desconcertado un poquillo. ¡Se me va la cara de este hombre! ¡Acabo de verlo, y ya no sé cómo tiene la nariz!

DOÑA LOURDES. Dibújela usted luego en un papelito…

LEOPOLDINA. ¡Mira doña Lourdes, qué graciosa!

ESTELA. Es que va contenta, porque no me la llevo a andar, sino al *cine.* ¡Ah! Ya se me olvidaba. Cuando venga Manolo dile que estoy allí: en el Príncipe Alfonso. Él ya sabe: en la taquilla quedará la butaca. Hasta luego.

DOÑA LOURDES. Hasta luego. Y hágame usted caso en lo del dibujito…

LEOPOLDINA. ¡Vaya!

DOÑA LOURDES. ¿Sabe usted a quién se da un aire ese muchacho?

LEOPOLDINA. ¿A quién?

DOÑA LOURDES. Al hijo de don Gervasio Reina.

LEOPOLDINA. ¡Si es él!

DOÑA LOURDES. ¿Es él? ¡Así decía yo que me lo recordaba!

ESTELA. ¡Doña Lourdes, que llegamos tarde!

DOÑA LOURDES. Ya voy, ya voy.

Vase con Estela por la puerta de la derecha.

LEOPOLDINA. *Cómicamente preocupada.* ¿Cómo tiene la nariz ese hombre?… ¡Jesús, qué fatiga!

Vuelve a salir Octavio.

OCTAVIO. Su papá de usted me está dedicando uno de sus libros…

LEOPOLDINA. ¿Cuál? *¿La vida aprisa?*

OCTAVIO. Ése; sí. Porque hemos estado charlando de este torbellino que nos arrastra a todos.

LEOPOLDINA. Su manía y la de tía Regla.

OCTAVIO. Con razón que les sobra.

LEOPOLDINA. Bueno, señor secretario, yo le debo a usted un montón de gracias.

OCTAVIO. ¿Pues?

LEOPOLDINA. ¿Quiere usted que le regale el oído?

OCTAVIO. ¡Ah! ¡Por la credencial!… No hable usted de eso, Leopoldina; el favor me lo han hecho ustedes a mí. Además, ¡la primera cosa que le pedía su padre de usted a *mi* ministro!… Y eso que, las cartas boca arriba, le confieso a usted ingenuamente que mucho más que el prestigio del padre, con ser tanto, ha podido en este caso la cara de la hija.

LEOPOLDINA. Sabía que iba usted a tocar esa tecla. ¡Qué cortesano es usted! ¡Qué político!

OCTAVIO. Y ¿por político y por cortesano digo eso nada más?

LEOPOLDINA. Nada más.

OCTAVIO. ¡Entonces es que usted no sabe lo bonita que es!

LEOPOLDINA. Deje usted mi belleza.

OCTAVIO. No puedo. Desde San Sebastián… no puedo.

LEOPOLDINA. *Sonriéndose.* ¿Desde San Sebastián?

OCTAVIO. Y desde El Escorial más tarde.

LEOPOLDINA. ¡Pues, hombre, parece mentira!

OCTAVIO. ¿Por qué?

LEOPOLDINA. Porque, más que buscarme, se diría que huye usted de mí.

OCTAVIO. ¡Jesús, qué herejía!

LEOPOLDINA. A las pruebas me remito, Octavio. Desde El Escorial hasta ahora… nos hemos visto de lejos, y gracias.

OCTAVIO. ¡Ah! Bien dice usted. Pero no culpe a mi voluntad, sino al pícaro ambiente. Va a haber que renegar de esta vida inquieta.

LEOPOLDINA. Nada, nada; pretextos, excusas. No reniegue usted de esta vida, que es muy agradable. Querer es poder… ¿No ha venido usted hoy?

OCTAVIO. Y ¿usted sabe por qué milagro he logrado venir?

LEOPOLDINA. Deje usted también esa posturita del hombre archimultiplicado, que ya como disculpa no sirve. Cuando se quiere ver a una amiga —sobre todo si nos ha impresionado tanto—, se la ve. Ahí tiene usted al gran Pablote. Me ha buscado y me ha visto cien veces.

OCTAVIO. Tiene poco que hacer.

LEOPOLDINA. Y no me ha dejado el hombre en paz… hasta que le di calabazas.

OCTAVIO. ¿Cómo? Pero ¿ha tenido la osadía…? ¡Qué bruto!

LEOPOLDINA. ¿Bruto? ¿Por qué? ¡Un hombre con ese automóvil va a todas partes!

OCTAVIO. Eso sí. Ahora, que no a todas partes se llega a tiempo.

LEOPOLDINA. ¡Claro! De eso se queja él medio en broma. Dice que desde que usa un coche que corre tanto, liega siempre tarde.

OCTAVIO. *Llevándose una mano a la nariz.* ¿Tengo algo en la nariz, Leopoldina?

LEOPOLDINA. No…

OCTAVIO. Me estaba pareciendo que se fijaba usted… Leopoldina. Hombre, le miro a usted a la cara; y ¡como en medio está la nariz!…

OCTAVIO. ¡Naturalmente! ¡Ja, ja, ja!

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

Ríen los dos, contentos, viendo crecer mutuamente la simpatía. Pero sale don Antolín, credencial en mano, a aguarles la fiesta.

DON ANTOLÍN. Amigo Octavio.

OCTAVIO. ¡Señor don Antolín!

DON ANTOLÍN. Usted no ha visto la credencial que me trae.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DON ANTOLÍN. Por fuerza se trata de un error… No está extendida a nombre de mi amigo.

OCTAVIO. *Sobresaltado.* ¿Qué me dice?

DON ANTOLÍN. Véalo: Don Juan Manuel Sepúlveda y Coca. No tengo el honor de conocerlo.

Octavio. ¡Caray! ¿Que no es éste su recomendado de usted?

Don Antolín. No, señor.

Octavio. Pues ¿cómo se llama?

Don Antolín. Benigno Calvete de la Paz.

Octavio. De la Paz. ¡Buena paz nos dé Dios! Es la primera vez que lo oigo.

Don Antolín. ¿Es posible?

Leopoldina. Pero ¿es posible, Octavio?

Octavio. ¡Y tan posible! ¡No me lo explico! No sé lo que es esto. Ayer mismo vi yo las fichas, cuando se extendieron las cinco credenciales. Y la de usted decía: «Don Juan Manuel Sepúlveda y Coca. Recomendante: Don Antolín de la Huerta». ¡No me lo explico!

Don Antolín. ¡Adiós mi dinero!

Leopoldina. ¡Pobrecillo Calvete!

Octavio. No, no. Leopoldina. Esto no queda así.

Don Antolín. ¡Tiene mala estrella ese hombre! Octavio. ¡No queda así esto, don Antolín! ¡Faltaría otra cosa! ¡Es la plancha mayor que he hecho yo en mi vida, y soy una especialidad! ¡No queda así esto! ¡Ese señor Calvete tiene plaza! Digo, a no ser que ya se hayan repartido las otras credenciales… ¿Hay aquí teléfono?

Leopoldina. ¿No recuerda usted que ha hablado conmigo?

Octavio. Es verdad. ¿Quiere usted acompañarme, don Antolín?

Don Antolín. ¿Cómo no?

Octavio. Y no se preocupen ustedes. Su amigo se coloca. Si no en ese destino, en otro. ¡Porque de esta hecha alguien queda cesante en la Secretaría! ¿Vamos al teléfono?

Don Antolín. Vamos.

Se van a escape por la galería, hacia la izquierda.

Leopoldina. ¡Qué rabia! ¡Demonio de equivocación! Con lo bien que iba ya el palique… ¡Este chico se equivoca mucho! ¡Y aún no sabe la que le espera! ¡Ésa sí que es gorda!

Llega por la puerta de la derecha don Benitito, muy risueño.

Don Benitito. ¡Hola, perla oriental!

Leopoldina. ¡Hola, Benitito! Traes cara de Pascuas.

Don Benitito. Contento que estoy. ¡Figúrate: vengo de casa de Calvete!…

Leopoldina. ¡Jesús!

Don Benitito. ¡Y he presenciado un cuadro de júbilo indescriptible! Ha llorado Calvete, ha llorado la mujer, ha llorado la suegra, han saltado los chicos, me han besado a mí en todas partes… ¡Un paso de comedia! Y les he dejado dos durillos para que celebren la cosa. ¿Qué menos? ¡Pobre gente!

Leopoldina. ¡Ay, Benitito, eres un santo! ¡Pero tú no sabes lo que ocurre!

Don Benitito. ¿Qué ocurre?

Leopoldina. ¡Pues que en el Ministerio ha habido una equivocación, y a estas horas está, la credencial de Calvete en el aire!

Don Benitito. ¡Chica!

Leopoldina. Así, así.

Don Benitito. ¡Qué cataclismo! ¡Se mueren todos del disgusto! ¿Para qué iría yo tan aprisa? ¡Me ha perdido mi buen deseo!

Tornan don Antolín y Octavio, agitadísimos.

Octavio. *A Leopoldina.* Lo peor de todo; lo que yo me temía: las credenciales se han repartido ya, y ninguna es para Calvete.

Don Benitito. ¡Horror!

Octavio. *Reparando en él.* Buenas tardes.

Don Benitito. Buenas tardes.

Octavio. ¡Y han salido las cartas a todos los recomendantes diciéndoles que están complacidos! ¡Un desastre! ¡Una bomba!

Leopoldina. ¡Vaya por Dios!

Octavio. Por supuesto, como haya aquí lo que ya presumo, una traición de escaleras abajo, lo que voy a decir en el Ministerio lo van a oír ustedes desde aquí.

Don Antolín. No se excite usted demasiado.

Octavio. ¡Es que me va por la cabeza que uno de la casa estaba empeñado en favorecer a ese Sepúlveda y en jugármela a mí de puño! ¡No sabe quién soy yo!… Perdonen ustedes… Estoy un poco fuera de mis casillas… *Guarda en la cartera la credencial, contrariado y nervioso.* Voy allá.

Don Antolín. ¿No iba usted antes a enviar dos letras…?

Octavio. ¡Ah, sí!

Don Antolín. Este amigo las llevará en un soplo.

Don Benitito. ¡Desde luego!

Octavio escribe febrilmente con pluma estilográfica en una tarjeta suya.

Don Antolín. ¡Mira que es sombra la de ese desgraciado!

Don Benitito. ¡Oh! ¡De higuera negra!

Octavio. Un sobre, ¿quién me da?

Don Benitito. *Dándole uno de su cartera.* ¡Como éste! Yo llevo siempre a prevención.

Octavio. Gracias. *Escribe.* Si no está el señor en su casa, que lo busquen.

Don Benitito. Lo buscaré yo mismo.

Octavio. Mejor será. Ahí tiene.

Don Benitito. Pierda usted cuidado.

Octavio. A escape, ¿eh?

Don Antolín. Toma un coche.

Don Benitito. Voy primero por mi paraguas, que empieza a chispear. *Vase corriendo por la galería, hacia la izquierda.*

Octavio. Adiós, Leopoldina…

Leopoldina. ¡Cuánto siento todas estas molestias!…

Octavio. ¡El que la armó, que la desarme! Les repito que no se preocupen. Yo estoy aquí dentro de diez minutos con la solución. Tengo abajo el *auto.* Hasta luego.

Leopoldina. Adiós.

Don Antolín. Y un millón de gracias.

Octavio. ¿Por aquí?

Don Antolín. Por aquí.

Se van por la puerta de la derecha.

Leopoldina. *Dando rienda suelta a sus nervios.* ¿Le parece a usted? ¡Todo se conjura contra nosotros! ¿Es que no voy a poder hablar diez palabras seguidas con ese muchacho? ¿Es que no voy a poder decirle hoy tampoco que está enamorado de mí, sino de mi prima? ¡Jesús! ¡Qué nerviosa me ha puesto el dichoso asunto! Pero ¡qué nerviosa! ¡Yo estoy muy nerviosa!… ¡Yo voy a asomarme al balcón a que me dé el aire!…

Va a irse por la izquierda de la galería, cuando por la puerta de la derecha viene doña Regla, un tanto sorprendida por que ha visto y lo que ve.

Doña Regla. ¿Tú también, Leopoldina?

Leopoldina. *Volviéndose un momento a ella.* ¿Cómo?

Doña Regla. ¿Qué pasa aquí, que todo el mundo está revuelto? Ese muchacho iba sin ver: tropezó conmigo; se llevaba un sombrero que no era el suyo… Tu padre lo ha despedido haciendo mil visajes… Tú pareces loca… ¿Qué pasa?

Leopoldina. ¡Que se lo cuente a usted papá, que yo necesito tomar aire en seguida! *Sigue su camino y desaparece.*

Doña Regla. ¡Criatura!… ¿No digo? ¿Qué habrá sido ello? *A don Antolín, que cruza de la puerta de la derecha a la de la izquierda.* Oye, Antolín, ¿quieres decirme qué sucede?

Don Antolín. Ahora vengo; ahora te contaré. ¡Consecuencias de este desbarajuste en que vivimos! *Vase.*

Doña Regla. Ya, ya. *A don Benitito, que vuelve con paraguas por donde se marchó, y pasa corriendo hacia la derecha.* ¿Adónde va usted?

Don Benitito. *Parándose asustado.* ¿Qué?

Doña Regla. Que ¿adónde va usted tan aprisa, con paraguas y sin sombrero?

Don Benitito. El sombrero lo tengo en el vestíbulo, señora; pero yo no sé adónde voy.

Doña Regla. ¡Pues cuando no sabe uno adónde va, no necesita correr tanto!

Don Benitito. Iba a ver si cogía por los pelos al señor de Reina.

Doña Regla. ¡Al señor de Reina un galgo no lo alcanza!

Don Benitito. Calcule usted que me ha dado esta tarjetita para que la lleve a escape a su destino, ¡y no entiendo la dirección! ¿Qué dice aquí? ¿Castellón, Castellar, Castilla o Castellana? ¡Y tampoco entiendo el apellido del sujeto! ¡Claro no veo más que el número 9! ¡Lleve usted volando una carta en Madrid al número 9!

Doña Regla. ¡La manera de hacer las cosas, señor!! ¡Luego dicen que una está en el siglo pasado! En cuanto yo vi que ese joven es de los que llevan el tintero asomado al bolsillo del chaleco, dije para mí: «Éste no hace nada a derechas». ¡El tintero se tiene en la mesa del escritorio, que es donde deben escribirse las cartas!

Aparece Paula por la izquierda de la galería.

Paula. Pregunta el señorito don Manolo por teléfono…

Pon Benitito. ¿Quién es el señorito don Manolo?

Doña Regla. ¡El novio de Estela será! ¡Usted también!

Paula. Sí, señora. Pregunta que dónde podría él encontrar ahora mismo a la señorita.

Doña Regla. Dile que aquí; que esta tarde no sale de casa.

Pon Benitito. ¿Cómo que no sale, si está en el *cine*?

Doña Regla. ¿Que está en el *cine*?

Don Benitito. ¡Se ha ido con doña Lourdes!

Doña Regla. Pero ¡si me dijo que iba a quedarse!

Don Benitito. ¡Pues no se ha quedado!

Doña Regla. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dichoso *cine*!

Don Benitito. *A Paula.* Contéstele usted al señorito Manolo que en la taquilla del Príncipe Alfonso hay una butaca para él, reservada a nombre de la señorita, y que si la señorita no ha cambiado de parecer en el camino, allí debe de estar esperándolo.

PAULA. Muy bien. *Se retira.*

DOÑA REGLA. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué Estela y qué Manolo! ¿Se verán un día seguido cuando se casen?

DON BENITITO. ¡Je! Eso tiene gracia. En fin, no me entretengo más. Hasta luego.

DOÑA REGLA. Hasta luego.

DON BENITITO. ¡Voy al número 9! *Vase por la puerta de la derecha.*

DOÑA REGLA. ¡Señor, qué barullo! En cuanto salgo de mi habitación, me descomponen entre todos. ¡Qué atropellarse! ¡Qué jaleo! Y ¡qué de timbres suenan en esta casa! ¡Yo oigo los de todos los pisos! Dios me dé resistencia. Voy a ver si Antolín me dice…

En la puerta de la derecha aparece, a detener a doña Regla de improviso, el temido Pinilla, hombre entrometido y charlatán.

PINILLA. ¿Se puede?

DOÑA REGLA. ¿Quién?

PINILLA. Servidor, señora. Me presento aquí sin aviso previo, porque ha coincidido mi llegada con la salida del secretario. Disculpe usted la libertad. ¿Usted es la señora hermana de don Antolín?

DOÑA REGLA. La misma.

PINILLA. Yo quisiera que usted me dispensase el honor de escucharme cinco minutos. ¡Dos minutos!

DOÑA REGLA. Siéntese usted.

PINILLA. Mil gracias. ¿Usted no me conoce?

DOÑA REGLA. No, señor; no tengo ese gusto.

PINILLA. Pinilla. Estanislao Pinilla. De seguro me habrá usted oído nombrar en la casa.

DOÑA REGLA. Eso sí; mucho. Y con gran afecto.

PINILLA. Es favor.

DOÑA REGLA. Pues… a Antolín lo tenemos fuera.

Pinilla. Sí; ya me lo ha dicho el secretario. ¿Dónde está?

Doña Regla. En Alhama.

Pinilla. ¿En Alhama?

Doña Regla. Alhama de Aragón. En cuanto entra el otoño empieza a resentirse de su reuma…

Pinilla. ¿Es artrítico?

Sale en esto por la puerta de la izquierda don Antolín, sin sospechar, es claro, el abismo en que cae, y decidido a charlar con su hermana de la credencial de Calvete.

Don Antolín. ¡Pues verás, Regla, el belén que se ha armado!

Al ver a Pinilla se queda en la postura que le coge.

Doña Regla se pone colorada como un pavo y no sabe dónde meterse. Pinilla se levanta, sonríe tragándose la partida y es dichoso.

Pinilla. ¡Señor de la Huerta!

Don Antolín. ¡Ca… caballero Pinilla! ¡No sabía que estaba usted aquí!

Pinilla. Ni yo que estaba usted ahí… ¡Aunque lo presumía! ¡Je! *A doña Regla.* Señora, no se turbe usted ni se ruborice… Su hermano de usted me huye cielo y tierra, y yo sé ponerme en las cosas. Conozco sus mañas. ¡Sé bien todo lo que viaja don Antolín!… Ahora mismo me ha dicho la portera que estaba en Pamplona; el secretario, que en Teruel… y usted, que en Alhama. ¡Je!

Don Antolín. Usted me perdona, ¿verdad? ¡Tengo tanto trabajo siempre!… Me encierro en mi concha… y a la gente algo hay que decirle.

Pinilla. ¡A mí no necesita usted darme explicaciones! ¡A mí me echa usted de su casa a escobazos, y eso no influye en la opinión que de usted tengo! Para mí será usted siempre el político austero, el pensador insigne…

Don Antolín. ¡Ave María!

Pinilla. El recto catedrático, el literato excelso, el padre amantísimo… Más que un hombre, un dios.

Don Antolín. ¡Pinilla! ¡Un dios!

Pinilla. ¡Un dios!

Doña Regla. ¿Lo dice usted porque está en todas partes?

Pinilla. ¡Je! ¡Lo digo… por lo que lo digo!…

Don Antolín. Siéntese usted.

Pinilla. No, señor; no me siento. Mil gracias. Usted está en las termas… y no lo quiero importunar. Por más que lo mismo se importuna sentado que de pie. Me sentaré un instante. Un segundo. Figúrese usted: ¡no vengo más que por un sí, como los pretendientes amorosos!

Don Antolín. Pues lo siento mucho, amigo Pinilla; pero le voy a dar a usted calabazas.

Pinilla. ¡Imposible! ¡No me voy sin el sí!

Don Antolín. ¡Canario!

Pinilla. ¡No me voy!

Don Antolín. Pero, mi querido Pinilla: usted, en su entusiasmo por el seguro de vida, no ha meditado que un viejo como yo no tiene ya por qué asegurarse. ¡Los jóvenes, los jóvenes que se aseguren!

Pinilla. ¡Error crasísimo, señor don Antolín! —con respeto a su claro talento, esta vez ofuscado—. ¡El seguro es necesidad inexcusable de los hombres modernos! ¡Inexcusable! Negociantes, toreros, artistas… Ahora mismo vengo de asegurar a Galo Carralero.

Don Antolín. ¿A Galo Carralero?… No sé…

Pinilla. Sí; ese pintor nuevo que estaba de moda el domingo. ¡Lo convencí en el acto! Ya digo: la vida del hombre actual pende de un cabello. ¡Se vive de milagro!

Doña Regla. ¡De milagro!

Pinilla. ¿Usted ve? Su discretísima señora hermana asiente, con una espontaneidad que no hay que comentarla. Le milagro se vive, don Antolín. Nos sigue el peligro como la sombra al cuerpo. El progreso material había de tener, al lado de tantas ventajas, algún inconveniente. Y no en lo anormal, no: ¡en lo cotidiano! Usted sale a la calle y no está seguro de que no lo atropelle y lo mate un *auto,* un camión, tina *moto,* un tranvía… Usted se sube a un ascensor y no sabe si va a llegar entero al segundo piso.

Doña Regla. ¡Cállese usted, hombre!

Pinilla. ¡No, señora; si aquí entra el agente! Está usted asegurado; tiene usted la desgracia de estrellarse en el ascensor: no importa. ¡De algo hay que morir! ¡Usted le deja a su familia veinte mil duros!, ¡treinta mil duros!, ¡cincuenta mil duros! ¡Esto es muy bonito! ¿No es esto muy bonito?

Don Antolín. ¿Muy bonito, Pinilla?

Pinilla. ¡Muy bonito! ¿Está usted conmigo, señora?

Doña Regla. En eso, no. ¡Porque yo no me subo en un ascensor aunque me hagan tiras!

Pinilla. ¿No, eh? ¡Donoso argumento! Eso podrá usted pensarlo, señora mía, en Las Canteras, donde las casas no pasan de dos pisos; pero ¿qué hace usted si está en Nueva York y una amiga suya vive en un rascacielos? ¿Qué hace usted?

Doña Regla. ¡Ah! Decirle que baje. Yo no subo.

Pinilla. ¡Ja, ja, ja! ¡Condena usted los ascensores! De todos modos, ese argumento es recusable. Aunque usted no suba, sube su hermano, suben sus hijas, subo yo, ¡sube todo el mundo! Los ascensores no dejan de existir. Además, usted acabará por vencer esa repugnancia, y no sólo utilizará los ascensores…

Doña Regla. ¡Quiá!

Pinilla. Sino que aceptará todas las ventajas y comodidades que debemos a la civilización. ¡Hasta la basura va ya en *auto*! ¡Bendita sea la civilización! Yo me prometo verla a usted algún día rodando a noventa por hora.

Doña Regla. Usted no me conoce.

Pinilla. ¡Si yo opinaba igual que usted, hace quince años, y hoy tengo una motocicleta… y ayer volé sobre Madrid!

Don Antolín. ¿Voló usted, Pinilla? ¡No lo vimos!

Pinilla. ¡Desde Alhama es difícil, señor don Antolín! Pero volé, volé. Y le juro a usted por mis hijos…

Doña Regla. ¡No jure usted por sus hijos, hombre de Dios!

Pinilla. ¡Si no tengo ninguno! ¡Los comprometo para cuando me case! Le juro a usted, decía, que allá, en las alturas, en el aeroplano, pasé menos miedo del que paso a las seis de la tarde en la Puerta del Sol; sobre todo si he de tomar algún tranvía.

Doña Regla. Eso sí estaba por creerlo.

Pinilla. ¿Leyó usted el folleto que le dejé y mis observaciones?

Don Antolín. Sí, señor; todo lo he leído. Pero, a la verdad, sin interés, sin propósito de entrar en ello…

Pinilla. Pero ¿por qué, admirado don Antolín? ¡Yo he de infundirle a usted mi enorme confianza en el seguro! ¡Un hombre de su capacidad mental es imposible que deje de reconocer las infinitas ventajas que reporta en todos los casos!

Don Antolín. ¿En todos los casos?

Pinilla. ¡En todos, absolutamente! Sé por dónde va usted: por las restricciones. ¿A que sí? Usted convendrá conmigo en que es una sola, y en que está razonada: el suicidio. Pero ¡usted no se va a suicidar!

Don Antolín. Hombre, no sé; no sé… A veces me dan ganas… ¡Claro que llevándome a alguno por delante!

Pinilla. ¡Está bien!, ¡está bien!… ¡Siento la zarpa del satírico!… ¡Está bien! Pero, a un lado bromas, sólo ante la eventualidad del suicidio hace sus salvedades la Compañía.

¡Y es muy natural! Podría darse el caso de algún fresco que se asegurara con el suicidio preconcebido. Me aseguro hoy en medio millón, por la noche me pego un tiro en la cabeza y ¡a cobrar la familia! ¡No; eso no! En cambio, se asegura usted pasado mañana, transcurre un año —¡un año sólo, que se va en diez minutos!— y al día siguiente se puede usted suicidar con toda confianza. ¡La familia cobra! ¡Esto es precioso!

Doña Regla. ¡Precioso!

Pinilla. ¿Verdad que lo es? Y le podría citar a usted, señora, infinidad de ejemplos bonitísimos. Pero no quiero hacerme pesado. Aunque estoy harto de saber que en muchos hogares donde se me teme como al cólera y se me recibe como pelma, luego se me ensalza y se me bendice. ¡Soy la visión del

porvenir; la tranquilidad del porvenir, señora! No incomodo más. Don Antolín está muy callado y eso es que quiere que me vaya.

Don Antolín. No…

Pinilla. ¿Cuándo almorzamos juntos?

Don Antolín. ¿Eh?

Pinilla. ¿Cuándo me dispensa usted el honor de almorzar conmigo?

Don Antolín. *Pensando que a enemigo que huye, puente de plata.* Cuando usted quiera.

Pinilla. ¿De verdad?

Don Antolín. ¡Cuando usted quiera!

Pinilla. Pues el domingo próximo. Yo le telefonearé a usted oportunamente donde hemos de ir. Ritz, Palace, Casino, Tournié, Burgaleses… Elegiremos bien.

Don Antolín. ¡Magnífico!

Pinilla. Y hablaremos a nuestro sabor de todas estas cosas. No le propondré a usted más que tres seguros. Uno, para caso de muerte de usted, muy bonito.

Don Antolín. ¡A mí no me gusta, desde ahora!

Pinilla. ¡Je! *A doña Regla.* ¡Tiene buena sombra su hermano! Otro, de distinta índole, para caso de incendio de esta casa. Le conviene a usted mucho. Y otro, que es lo más bonito de los tres, para el caso de que sus hijas se queden solteras.

Doña Regla. ¡Ah, no; eso no! ¡Solteras no se quedan!

Pinilla. El lenguaje del agente, señora, repele la galantería. Yo, sin embargo, deseo y espero que se casen pronto las dos.

Don Antolín. ¿Para asegurar a los maridos?

Pinilla. ¡Justamente! ¿Conque hasta el domingo, don Antolín?

Don Antolín. ¡Hasta el domingo!

Pinilla. Agradecidísimo y honradísimo de antemano Señora…

Doña Regla. Adiós, señor Pinilla.

Don Antolín. No salgo con usted, porque acaban de llamar a la puerta… ¡y estoy en Alhama!

Pinilla. Aunque así no fuera, yo, desde luego, me opondría. Servidor. Buenas tardes. *Se va por la puerta de la derecha.*

Don Antolín. *Abriéndole su pecho a la hermana.* ¡Almuerza solo!

Doña Regla. ¿Qué me vas a decir a mí? Por cierto que este hombre haría muchísimos más seguros si se valiera de sus parientes para los ejemplos. Pero esto de: «Usted se muere»… «Usted se mata»… «A usted lo coge el tren»… ¡No hay quien lo oiga en paciencia!

Don Antolín. ¡Añadiéndote además que es precioso! *Desde la puerta por donde se ha ido Pinilla.* ¿Está hablando con alguien?

Doña Regla. ¡De fijo! ¡Con el que haya llegado!

Don Antolín. ¿Lo querrá asegurar también? ¡Hasta las visitas! Yo, por lo pronto, voy a asegurarme la fuga. ¡A mí no me coge el que sea! Ven y te enteraré… *Vase huyendo por la puerta de la izquierda.*

Doña Regla. ¡Demonio de hombre! Y ahora ¿quién será? Esa doncella que tenemos para la puerta es tonta. *A Octavio, que en este momento sale por la puerta de la derecha,* ¡Ah, señor de Reina!

Octavio. ¡Señora! Ignoraba que padeciesen ustedes también a este sinapismo de Pinilla.

Doña Regla. Pues sí, señor; lo padecemos. Acaba de explayarse aquí.

Octavio. A mí se me ha agarrado como una sanguijuela y no me lo arranco ni a tirones. Se ha empeñado en asegurarle la vida al ministro. ¡Si fuese la cartera! Pero, a cuenta del seguro de vida, ¡me da unas tabarras de bombas y atentados!…

Doña Regla. Y todo muy bonito, ¿verdad?

Octavio. Eso dice él. «¡Esto es precioso!».

Viene Leopoldina por donde antes se fué.

Leopoldina. ¿Ya de vuelta? Lo he visto a usted desde el balcón.

OCTAVIO. Sólo dos minutos. He de irme otra vez enseguida.

LEOPOLDINA. ¡Pero, hombre!

OCTAVIO. Vengo a tranquilizar a ustedes nada más. He preferido venir, aunque sea así, como un relámpago, a hablar por teléfono. El error padecido no tiene compostura.

LEOPOLDINA. ¿No?

OCTAVIO. ¡Se han dado unas prisas en repartir las credenciales!…

DOÑA REGLA. ¡Ya salieron las prisas!

OCTAVIO. El ministro ha puesto el grito en el cielo. Lo ocurrido es, sencillamente, que en la carta de su papá de usted se metió la nota equivocada. Sin mala intención, según creo; pero ya se hizo mal la ficha. Y esto ha sido todo. ¿Está ahí, en el despacho, su papá?

LEOPOLDINA. Sí; de seguro.

OCTAVIO. Pues voy a darle estas explicaciones y a ofrecerle, en nombre de mi jefe y en el mío, que el señor Calvete tendrá un destino antes de fin de mes. Mejor que el que pierde, a ser posible. Yo estoy volado, Leopoldina; estoy contrariadísimo; pero ya no hay otro remedio.

LEOPOLDINA. ¡Qué le hemos de hacer! Gracias a usted, siempre. Siéntese usted, aunque sea un rato…

OCTAVIO. No puedo, amiga mía. Por fuerza he de marcharme ahora mismo al Congreso. Me ha encargado el ministro que si lo alude Gil Lozoya le avise por teléfono inmediatamente. ¡Y no puedo faltar de allí! Él va a aprovechar estos minutos para redactar una Real orden importante. Con permiso de ustedes…

Éntrase por la puerta de la izquierda.

LEOPOLDINA. ¡Ay, tía Regla!

DOÑA REGLA. ¿Qué suspiro es ése, sobrina?

LEOPOLDINA. ¡Estoy rabiosa! ¡Estoy desesperada!

DOÑA REGLA. ¿A tus años, hija?

LEOPOLDINA. ¡Esta tarde me tiro por el balcón!

DOÑA REGLA. No te dará tan fuerte.

LEOPOLDINA. Pero ¿no es esto para desesperarse, tía?

DOÑA REGLA. ¡Que lo dijera yo! ¡Pero tú!… ¿No es ésta la vida que te agrada?

LEOPOLDINA. ¿A mí?

DOÑA REGLA. ¿No te encanta este estar siempre en todas partes sin estar en ninguna?

LEOPOLDINA. Mire usted, tía: déjeme usted de reconvenciones. Me encantará lo que me encante; pero ahora mismo estoy furiosa. ¡Le pondría una bomba a ese ministro! ¡Todo ha de colgárselo al secretario! ¡Que vaya él al Congreso si espera que lo aludan! ¡Ése es su deber! ¡Y así no redactará tan aprisa una Real orden, que le va a salir un buñuelo! ¡Pobre país! Yo no entiendo de política, pero ¡pobre país!

Vuelve Octavio, en plan de despedida.

OCTAVIO. Don Antolín siempre tan cariñoso. Dejo a ustedes… aunque de mejor gana que lo digo, no las dejaría. ¡Buena tardecita me espera en aquel reñidero de gallos! Doña Regla…

DOÑA REGLA. Adiós. Octavio; hasta otro día.

OCTAVIO. Leopoldina…

LEOPOLDINA. Adiós.

OCTAVIO. A ver si nos vemos con más calma.

LEOPOLDINA. De usted depende.

OCTAVIO. ¿De mí?

LEOPOLDINA. ¿Ha de ser de mí?

OCTAVIO. Es cierto. Quien no depende de sí mismo soy yo. A usted le consta.

LEOPOLDINA. Tengo mis reservas mentales.

OCTAVIO. Pues no las tenga usted. Nosotros hemos de ser muy buenos amigos, aun cuando tardemos en vernos. Recuerde usted lo que le dije aquella noche: hay afectos de toda la vida que se atan por casualidad en una hora.

LEOPOLDINA. ¡Usted no me ha dicho a mí eso nunca!

OCTAVIO. ¿Cómo qué no? ¡Estoy bien seguro! ¡Aquella noche!

LEOPOLDINA. ¿Qué noche?

OCTAVIO. ¡La única noche en que hemos hablado! ¡La noche de San Sebastián!

LEOPOLDINA. Y ¿de dónde saca usted que nosotros hayamos hablado nunca en San Sebastián, de noche ni de día?

OCTAVIO. ¡Ay, qué gracia! ¡Ahora va a negarme!…

LEOPOLDINA. ¡Claro, señor! ¡Es usted el hombre de las equivocaciones! ¡Se ha puesto usted a edificar en el aire sobre la más gorda de todas ellas, y de aquí no lo dejo pasar, aunque tenga usted que marcharse al Congreso!

OCTAVIO. Pero ¿qué dice esta criatura?

LEOPOLDINA. ¡Que usted no me ha conocido a mí hasta El Escorial, este verano! ¡Que en San Sebastián con quien estuvo usted fué con una prima carnal mía, que se me parece bastante, eso sí; pero que no le haría a usted tan gran impresión como a mí me ha dicho, cuando la confundió conmigo y sigue confundiéndola!

OCTAVIO. *Turbadísimo.* Leopoldina… Leopoldina, usted se está burlando de mí porque me ve impaciente…

LEOPOLDINA. ¡Nada de eso!

OCTAVIO. Pues en El Escorial… cuando hablamos en El Escorial…

LEOPOLDINA. ¡En El Escorial no quise desengañarlo a usted porque me era violentísimo, ante su amigo, jactándose usted, como se jactaba, de que era incapaz de confundir mi belleza con la de otra ninguna!… ¡Todavía tiene usted eso que agradecerme!

OCTAVIO. *A punto de un desmayo; atónito.* Pero ¿es verdad esto, doña Regla?

DOÑA REGLA. Sí, señor; es verdad.

OCTAVIO. ¡Qué cosas!…

Mira a Leopoldina con curiosidad y atención, de modo extraño.

LEOPOLDINA. ¡No me eche usted ahora esos ojos! ¡Yo no tengo la culpa! ¡Haberse fijado mejor o haber bebido menos *champagne*!

OCTAVIO. ¡Leopoldina!

DOÑA REGLA. No crea usted, Octavio, que es usted sólo quien las confunde…

OCTAVIO. ¿No, eh?

DOÑA REGLA. No, señor. Se parecen muchísimo. Aun hoy mismo, que la prima está ya casada y con dos hijas… aun hoy mismo hay quien toma a Dolores por Leopoldina y a Leopoldina por Dolores.

OCTAVIO. ¡Dolores! ¡Dolores! ¡Ése era el nombre de ella! ¡Dolores! *Recreándose en la contemplación de la muchacha.* ¡Cosa más singular!… *Con resolución, después de consultar su reloj de pulsera.* ¡Vaya! ¡Que se metan con el ministro o que no se metan con él! ¡Me es indiferente! ¡Yo no me voy de aquí! ¡Yo necesito seguir hablando de esto!

LEOPOLDINA. ¡Yo también! ¡Pero con mucha calma!

OCTAVIO. ¡Con mucha calma!

LEOPOLDINA. Siéntese usted cerca de mí.

OCTAVIO. Ya estoy.

LEOPOLDINA. ¡Ajajá! Y ahora, ante todo, antes de hablar una palabra, míreme usted despacio. ¡No sea cosa que andando el tiempo… le presenten a usted a otra… y se crea que soy yo!

OCTAVIO. ¡Cosa más singular!… ¡Parecido más extraordinario!…

Se miran sonriéndose.

Doña Regla, observándolos desde la galería, donde se ha sentado, exclama como para sí:

DOÑA REGLA. ¡Peor sería que, ya casado, hubiese descubierto que se había casado con otra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja, contigua al patio, en casa de doña Regla, en Las Canteras. A la derecha del actor, una gran ventana enrejada. Al foro, puerta que da al patio. A la izquierda, otra puerta. Paredes blancas. Suelo de losetas, aljofifado. Pocos muebles, tradicionales en la casa.

Es en un día de mayo, por la tarde.

Don Antolín, sentado cerca de la ventana, en traje fresco y cómodo, lee un libro amigo. Doña Lourdes hace un chal de estambre, sentada cerca de él.

Don Antolín. ¡Cómo me gustan estos libros que no roe llevan la contraria!

Doña Lourdes. ¿Dice usted?

Don Antolín. Hablaba conmigo, doña Lourdes. Mi hermana, ¿no ha vuelto?

Doña Lourdes. Creo que no.

Don Antolín. ¡Admirable mujer! No hace más que una cosa al día.

Doña Lourdes. Cuando está en su casa.

Don Antolín. ¡Ah!, claro. La planea por la mañana, la ejecuta por la tarde y la saborea por la noche. Así no quiere salir de sus dominios.

Doña Lourdes. Usted también se encuentra aquí como el pez en el agua.

Don Antolín. Mejor. Porque el pez puede temer siempre la traición de un anzuelo, y yo, en Las Canteras, ¡ni siquiera a Pinilla tengo que temerle!

Doña Lourdes. Pero ¡si ya le sacó a usted dos seguros!

Don Antolín. He ahí por qué no le temo. Y he ahí también una de las razones que más contribuyeron a mi decisión. Si no me aseguro, viene a Las Canteras en su motocicleta. ¡Y yo no quería verlo! Vivo aquí en una soledad dichosa, sin que me cueste violencia procurármela, como en otras partes. Casi todos mis paisanos me temen y me huyen. Me tienen por un chinche. Y yo lo celebro, porque así me dejan en paz.

Doña Lourdes. ¡Cuánto le he agradecido yo a doña Regla que me invite a pasar estos días con ustedes!

Don Antolín. Señora, ¡si usted es ya como de la familia!

Doña Lourdes. Muchas gracias.

Don Antolín. Así la miramos: usted lo sabe. Además, casada Estela, acompaña usted a Leopoldina. Si Leopoldina, al fin, se casa con ese novio-vértigo que tiene… ¡me acompañará usted a mí!

Doña Lourdes. ¿Hasta que se case también?

Don Antolín. Sí; hasta que me case de nuevo. ¡Que ya me va usted a acompañar una temporada! Con perdón de cierta pelicastaña de mis tiempos, que sé que aguarda todavía. Y va a ser aquí, en Las Canteras, donde va usted a acompañarme.

Doña Lourdes. ¡Oh! ¡Qué delicia de pueblo!

Don Antolín. Pues aquí será. Este pueblo, querida doña Lourdes, como todos los pueblos, y como todos los reinos también, está a merced del egoísmo y de las miserias de los hombres. Contra siete virtudes hay siete vicios. Pero yo no voy a vivir en el pueblo, sino en esta casa, que tiene patio, azotea, biblioteca y jardín.

Doña Lourdes. ¡Y coche de mulas!

Don Antolín. Lo había callado… porque el coche no es para andar por casa.

Doña Lourdes. ¡Naturalmente!

Don Antolín. ¡Sí, señora; sí! Yo hago el viaje redondo. De aquí salí… y aquí volveré, Dios mediante, cumplido o a medio cumplir mi destino en la tierra. Veré salir el sol por detrás del castillo, oiré repicar las campanas

de las dos iglesias, pasearé por donde muchacho… y no remontaré una cometa para no llamar la atención.

Doña Lourdes. Ni en su pueblo quiere usted llamarla.

Don Antolín. Menos que en parte alguna. Ya ha oído usted que me tienen por chinche. Una cosa he de pedirle al cielo.

Doña Lourdes. ¿Cuál, don Antolín?

Don Antolín. Que cuando le llegue a Las Canteras la hora de transformarse y de progresar, progrese de veras. Si no ha de ser así, que me muera yo antes de verlo. Porque me pone los pelos de punta que algún día no lejano, en aquellas llanuras, en aquellos trigales que embelesaron mi niñez, se alce un gran Casino modernista, construido a toda máquina, de cemento armado, con músicos vestidos de pimientos morrones y sala de caballitos y ruleta. Según algunos ciudadanos, el colmo de la civilización. Yo, ya digo: me quiero morir antes que verlo en Las Canteras.

Doña Lourdes. No me lo jure usted.

Sale por la puerta de la izquierda don Benitito, encantado también de la temporada en el pueblo.

Don Benitito. Estoy convencido, don Antolín: ¡aburrirse es placer de dioses! ¿Eh, doña Lourdes? ¡De dioses!

Doña Lourdes. ¡Y de diosas!

Don Benitito. Bueno, ¡me acaba de preparar María Francisca una merienda!… ¡No hay calificativo! Un jerez color paja, ¡que no sé de dónde lo saca doña Regla!… ¡No lo sé!

Don Antolín. ¡De la bodega, simplemente!

Don Benitito. Unas lonjas finas, pero compactas, jugosas, flexibles, de un jamón… ¡qué jamón, doña Lourdes!

Doña Lourdes. Ya lo conozco.

Don Antolín.

¡De la Sierra famosa de Aracena,
donde huyó de la vida Arias Montano!

Don Benitito. Unas aceitunas gordales, ¡que da pena no comerse también el hueso! Un pan en rosquitas, dorado, ¡que yo no lo he visto más que aquí! ¡Parece pan y agua! ¡Qué cosa! En fin, me he puesto como Quico.

Doña Lourdes. Y ¿a eso le llama usted aburrirse?

Don Benitito. ¡Sí, señora! ¡Porque meriendo de aburrido! ¡Si no tengo otra cosa que hacer! ¿No le había yo dicho a usted que esta casa era un rincón del cielo?

Doña Lourdes. ¡Se quedaba usted corto!

Don Benitito. ¡Qué paz bendita! ¡Qué silencio constante! ¡Qué altura de techos! Y ¡qué cama! ¡Qué sábanas más frescas y más resbaladizas! ¡Qué amplitud! ¡Yo me pierdo en la cama! ¡Duermo en una cama de matrimonio!

Doña Lourdes. Lo sé, lo sé.

Don Benitito. Póngase usted en mi caso: ¡yo solo en una cama de matrimonio… sin el inconveniente de la señora! ¡Qué ideal! ¡Hay que canonizar a doña Regla!

Don Antolín. ¿Te has vuelto loco, Benitito?

Don Benitito. ¡Puede que lo parezca; pero nunca he sido más feliz! ¡Quince días sin hablar por teléfono!… ¡Y bajo estos techos tan altos! ¡Qué delicia! ¡Jauja! ¡Jauja! Esto de los techos a mí me ensancha los pulmones. Mi alcoba me parece el monasterio de El Escorial… ¡Digo! ¡Yo, que vivo hace veinte años en aquel entresuelo de la calle de San Roque!… *A don Antolín.* Usted lo ha visto. *A doña Lourdes.* Cuando me mudé a él, tuve que cortarles las patas a todos los muebles.

Doña Lourdes. Eso ya se me antoja una andaluzada.

Don Antolín. El jamón, que se le ha subido a la cabeza.

Don Benitito. ¿Y la vida que se hace aquí?… ¡En Madrid no hay tiempo de nada! ¡Aquí sobra el tiempo! ¡Da gusto!

Don Antolín. ¿Esta mañana madrugaste?

Don Benitito. ¡Ca! ¡Me levanté a las nueve!

Don Antolín. ¡Pues oí tu despertador a las cinco!

Don Benitito. ¡Es que lo pongo aposta, para despreciarlo cuando suene! ¡Estoy harto de hacerle caso en Madrid! Vengancillas que se busca uno. ¡Condenado chisme! ¡No tiene sueño nunca!

Viene Estela por la puerta del foro.

Estela. ¿Y mi marido, no está aquí? ¿No está aquí mi marido? ¿Dónde está mi marido?

Don Benitito. Eso es un rompecabezas, Estelita.

Don Antolín. Hija mía, como no sepas tú dónde está…

Estela. ¡Pues no lo sé! Y se va a acabar esto. Desde que hemos llegado aquí, se ha declarado independiente. Y no tiene gracia que me lleve yo el santo día siguiéndole los pasos.

Doña Lourdes. ¿Se han cambiado las tornas?

Estela. Pues si se han cambiado, se van a descambiar. ¡Que no se las prometa felices ese tonto! No; y a tía Regla tengo yo que decírselo: mi marido se ha echado aquí unos amigotes que no me gustan; yo le he hecho a usted ya la visita que le ofrecí en el viaje de novios: mañana nos vamos.

Doña Lourdes. ¿Mañana?

Estela. Mañana, mañana. Tenemos que ir a Córdoba, y a Granada, y a Málaga, y a Algeciras, y a Gibraltar. Y luego a París, y luego a Londres. Y a la vuelta, a Biarritz.

Don Antolín. Te advierto, hija mía, que no está el toque en ir a muchos sitios, sino en enterarse, aunque sea de uno sólo. Es preferible.

Estela. Ésas son sus teorías de usted, que ahora no se llevan. La vida moderna es otra cosa. Está usted un poco rancio, papaíto. Y perdone usted que se lo diga.

Don Antolín. ¡Perdonada!

Estela. ¡Se me caen ya encima Las Canteras! ¡Me fastidia esta casa!

Don Benitito. ¡Jesús, qué sacrilegio! ¡Qué cosas se oyen!

Estela. Mira, Benitito: si papá está rancio, tú estás seco, que es mucho peor. Y ya no hablo más. Me voy en busca de Manolo, y como lo encuentre donde pienso, voy a darle un pellizco que no se le va a olvidar en toda la

luna. *A Leopoldina, que llega a tiempo por la puerta de la izquierda, nerviosilla también.* Hermana, no te cases.

LEOPOLDINA. ¿Eh?

ESTELA. ¡No te cases nunca! ¡Los hombres son una calamidad y el matrimonio es un desastre! ¡Un cataclismo! *Se va de estampía.*

PON ANTOLÍN. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que ha aprendido en mes y medio!

DOÑA LOURDES. Ahora se vive muy aprisa, don Antolín.

DON ANTOLÍN. Ahora y siempre. La vida es un suspiro. Por eso la yerran los que se obstinan en aligerarla. ¿Qué harán luego, cuando no puedan correr tanto? Entonces verán que han envejecido antes de tiempo.

LEOPOLDINA. Papá, le advierto a usted que no tengo los nervios para sermones.

DON ANTOLÍN. ¿Tú también estás picada de la tarántula? ¡Diablo de chiquillas! Pues cuando te calmes un poco, no dejes de reflexionar sobre ese sermoncito que yo empezaba. Me voy al jardín entre tanto. Necesito meditar también a propósito de las reveladoras palabras de tu hermanita Estela. ¡El matrimonio es un desastre! ¡Un cataclismo! *Se va por la puerta de la izquierda.*

LEOPOLDINA. De matrimonio nada: sé todavía; pero en eso que ha dicho de los hombres, tiene razón mi hermana. ¡El mejor, para fusilarlo!

DON BENITITO. Me alegro de no ser el mejor.

LEOPOLDINA. ¡Egoístas! ¡Presumidos! ¡Frívolos! ¡Antipáticos! ¡Sus caprichos, y nada más que sus caprichos! ¡Lo que ellos llaman sus deberes, y nada más! ¡No se sacrifican en lo más mínimo por nada ni por nadie! ¡No tienen alma! ¡No tienen corazón! ¡No tienen vergüenza!

DON BENITITO. ¡Vaya! Me retiro también.

DOÑA LOURDES. Y ya ¿para qué, don Benitito? Pocas flores quedarán en la cesta.

LEOPOLDINA. ¡Tengo varias cestas, doña Lourdes! ¡Tengo jardín! Oye, Benitito: tú ¿qué demonios haces con las cartas que yo te doy para el correo?

Don Benitito. ¿Qué he de hacer? Ponerles su sellito correspondiente y echarlas al buzón. Y con un placer especial. ¡Porque este buzón de Las Canteras me tiene embelesado!

Doña Lourdes. ¿También el buzón?

Don Benitito. ¿No ve usted que no es más que uno? No es como en Madrid: va usted a la Central y se vuelve usted loco: «Asturias», «Andalucía», «Extremadura», «Vascongadas», «Alcance», «Interior», «Extranjero»… ¡No sabe usted dónde echar su carta! ¡Primero hay que estudiar Geografía!

Leopoldina. No digas simplezas, Benitito.

Doña Lourdes. Pues ahora todos los tranvías llevan buzón también.

Don Benitito. Sí, pero yo no los utilizo. ¡Quiá! ¡Un día que desde la plataforma de atrás quise echar una carta, por poco me dejo la cabeza en un poste! Prefiero la Central.

Leopoldina. Benitito, ¿quieres callarte?

Don Benitito. ¿Te incomodo, princesa?

Leopoldina. ¡Sí!

Don Benitito. Pues no me lo dirás dos veces. Buenas tardes, niña. Y acuérdate de lo que te ha dicho papá.

Leopoldina. ¡Acuérdate tú de lo que te ha dicho a ti esta mañana!

Don Benitito. ¿Qué me ha dicho?

Leopoldina. ¡Que eres un idiota!

Don Benitito. Eso no me lo ha dicho a mí tu padre.

Leopoldina. ¡Pues te lo digo yo!

Don Benitito. Punto redondo. Un idiota que se va a la calle a dar un paseo, para hacer ganas de comer. ¡Qué caldo!… ¡Qué sopitas con hierbabuena!… ¡Qué cocido de habichuelas y calabaza!… ¡Qué dulce de tomate!… *Vase relamiéndose por la puerta del foro.*

Doña Lourdes. Pero ¿qué le sucede a usted, Leopoldina?

Leopoldina. ¡Ay, doña Lourdes! ¡Qué sé yo! ¡Que hace tres días que no recibo carta de Octavio! ¿Le parece a usted poco? ¿Por qué no me escribe?

¿Por qué no me telefonea? ¿Dónde está?

Doña Lourdes. ¿No está con el ministro?

Leopoldina. ¡A mí no me importa el ministro!

Doña Lourdes. ¿No hablan de él los periódicos?

Leopoldina. ¡Yo no tengo que saber nada por los periódicos! ¡Es él quien debe darme sus noticias! ¡Su obligación es atenderme a mí primero que a nadie!

Doña Lourdes. Esos viajes de los ministros son agitadísimos… Cuando no lo hace, es seguro que no tiene tiempo…

Leopoldina. ¡Que lo invente! ¡Antes que el ministro soy yo! Y lo peor no es esto, doña Lourdes; sino que me pongo a imaginar desatinos, y lo menos que pienso es que se ha estrellado por ahí en una carretera. Eso, por un lado; que por el otro, ¡no quiera usted saber! ¡Y con lo impresionable que es el niño! Las sevillanas, las jerezanas, las gaditanas… ¡Y que no le gusta bailar!… Y que no… Bueno, me callo; iba a decir una tontería. ¡Y vengan comilonas! ¡Y vengan merendonas! ¡Y vengan jiras! El ministro yo no sé si se enterará del estado de los lugares por donde pase, pero de lo que se come en ellos, ¡vaya si se entera!

Doña Lourdes. Serénese usted, Leopoldina; tenga un poco de calma…

Leopoldina. ¡No puedo, doña Lourdes! ¡Déjeme usted abrir el escape! Porque además paso aquí otro martirio. ¡En esta casa de mi tía Regla hay que tener la sangre de horchata! ¡Aquí los nervios son cosa de las niñas del día! ¡Aquí no se puede querer con entusiasmo al novio! ¡Aquí no se pueden sentir celos! ¡Aquí no se puede una expresar con vehemencia! ¡Y el día menos pensado le voy yo a decir a mi tía que ella se escapó con el que fué su marido por la azotea de junto a su casa! ¡Y estuvo depositada dos meses! ¡Se lo voy a decir! ¡Se lo voy a decir! ¡Son ya demasiadas frescas a las niñas del día! ¡Se lo voy a decir!

Doña Lourdes. La tía Regla la quiere a usted mucho, y procura siempre aconsejarle lo mejor… La desconcierta esta continua sobreexcitación en que ahora suelen vivir ustedes…

LEOPOLDINA. Pero, señora, si hay en estos tiempos automóviles en lugar de galeras aceleradas, ¿tengo yo la culpa? Además, yo me pongo en todo; yo quiero mucho a mi tía Regla; y comprendo, cuando estoy tranquila, eso que usted me dice… Pero ¡de alguna manera me he de desahogar! El otro, el otro, el secretario, el diputado en cierne es el que no tiene perdón de Dios. ¡Ni yo misma lo tengo tampoco! ¡Se me emplea bien todo esto, por haber entrado en relaciones por carambola!, ¡si la que le gustaba era mi prima! ¡Si no era yo! ¡Por supuesto, que le voy a gastar una bromita como venga a verme!… ¿No estamos en la tierra del buen humor y de la gracia? Pues ¡ya verá él! ¡A ver si tengo yo menos gracia que las gaditanas, y las jerezanas, y las sevillanas, que ahora le estarán poniendo los ojos dulces! ¡Y él a ellas! Ahí viene Manolo. Súfralo usted, que a mí me falta la paciencia. ¡Vamos a leer en el periódico dónde está a estas horas el caballerito! ¡Y vamos, también, por el tercer abanico del día; porque ya he roto dos! ¡Ay, Dios santo! ¡He dicho poco de los hombres! *Se va por la puerta de la izquierda, excitadísima.*

Llega Manolo por la otra, silbando.

MANOLO. ¿Qué hay, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Lo que usted me diga, Manolo.

MANOLO. ¿Solita aquí?

DOÑA LOURDES. He estado acompañada hasta ahora.

MANOLO. Ya. Yo vengo de la botica de Jimeno; de reírme un rato. Hay tipos de gracia en Las Canteras. Acabo de oírle decir a uno: «Yo me llevo muy bien con mi mujer. No peleamos más que a la hora de afeitarnos, ¡porque ella se empeña siempre en afeitarse con mi navaja!». ¡Ja, ja, ja!

DOÑA LOURDES. ¡Qué atrocidad!

MANOLO. Hay tipos de gracia. ¿Y Estela?

DOÑA LOURDES. A buscarlo a usted se ha marchado.

MANOLO. ¿Ah, sí? No se cansa de verme. *Se sienta.* Bueno; ya parecerá. ¿Y Leopoldina? ¿Continúa con los nervios de punta?

DOÑA LOURDES. Tal cual. Usted, que estudia Medicina debería preocuparse un poco…

MANOLO. ¿Yo? ¡A buena parte viene usted! ¡Y los nervios!… ¡Uh! ¡Cualquiera los entiende! Se pone usted nervioso porque le da la gana al organismo, y se calma usted porque caen cuatro gotas o porque no caen. No se sabe nada. Si se supiera algo, ¿usted cree que yo no habría inventado ya unas pildoritas para mi dulce esposa?

DOÑA LOURDES. ¿Esas tenemos?

MANOLO. ¡Uh! Cojea del mismo pie que la hermana. ¡La educación! No puede estarse quieta. Es un no parar… que ¿adónde vamos a parar? ¿Usted no se acuerda?

DOÑA LOURDES. Tan bien como usted, Manolito.

MANOLO. Y cree que se ha casado para seguir bailando. Esa chica no se da cuenta de que el matrimonio es una cosa seria. ¡Un vals después del desayuno no me lo quita nadie!

DOÑA LOURDES. Ya irá sentando la cabeza.

MANOLO. ¿La cabeza? No; no me basta que siente la cabeza: ¡es ella toda la que se tiene que sentar!

DOÑA LOURDES. Mis pesadillas, ahora que usted lo dice son siempre sobre el mismo tema: que Estelita no se ha casado aún y que me lleva andando al Parque del Oeste.

MANOLO. ¿Mejoró usted de sus achaques?

DOÑA LOURDES. Sí; algo mejor estoy.

MANOLO. ¿Gracias al específico?

DOÑA LOURDES. No; no lo llegué a tomar.

MANOLO. ¿Usted ve? Quizás estaría peor si lo toma. No se sabe nada. Mi mujer ¿dice usted que salió?

DOÑA LOURDES. Sí, salió.

MANOLO. Pues me pondré de casa, entonces. Ya vendrá.

DOÑA LOURDES. ¡Si lo oyera a usted!…

MANOLO. ¡Toma! ¡Me hacía bailar un tango argentino! *A María Francisca, criada de la casa, que viene por la puerta de la izquierda cuando él se va.* ¡Hola, María Francisca!

María Francisca. *Viendo a doña Lourdes.* ¡Ah!, que está usté aquí.

Doña Lourdes. Aquí estoy. ¿Quieres algo?

María Francisca. No, zeñora. Es que acaban de yegá en un automóvi dos zeñoritos, y doña Regla me ha mandao que los meta aquí. Porque yo los metí en er despacho.

Doña Lourdes. ¿Dos señoritos, dices?

María Francisca. Dos. En un automóvi que piya toa la fachá de la caza. Paece un tren. ¡Azín ze ha puesto la caye de chiquiyos! Los zeñoritos venían vestíos de máscara; pero pa entrá aquí ze han quitao las caretas y los capuchones.

Doña Lourdes. ¡Vaya! Al fin se va a calmar Leopoldina. De seguro es Octavio.

María Francisca. ¿Er novio de la zeñorita, verdá?

Doña Lourdes. Sí.

María Francisca. Ezo me he penzao yo. ¿Les digo ya que entren?

Doña Lourdes. Sí, sí; pásalos en seguida.

María Francisca. Volandito. Uno de eyos me gusta más que el otro. *Se marcha por la puerta del foro, gozosa.*

Doña Lourdes. Va de prisa el muchacho; va de prisa… Menos aún va a durar este noviazgo que el de Estela… ¡pronto voy a acompañar a don Antolín! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Por la puerta del foro vuelve María Francisca, conduciendo a Octavio y a Pablote.

María Francisca. Por aquí, por aquí. Esta zalita está más fresca que er despacho.

Pablote. Chico, mi coche en Las Canteras es el acontecimiento del mes. Ya lo has visto. *Se asoma a curiosear a la ventana.*

Octavio. *A María Francisca, que lo está contemplando muy risueña.* Tú ¿de qué te ríes?

María Francisca. *Un poco ruborosa.* De lo guapo que ez usté.

Octavio. ¡Vamos! Muchas gracias, chiquilla.

María Francisca. ¿Quién ez er novio? ¿Usté o eze otro zeñorito?

Octavio. Yo.

María Francisca. Me alegro.

Octavio. ¿Por qué?

María Francisca. Porque usté me ha caío máz en gracia.

Octavio. ¡Vamos! Llego con buen pie.

María Francisca. Ahora mismo zardrá la zeñora. Ze ha queao poniéndoze otros zapatos. *Vuelve a irse por la puerta del foro, sin dejar de mirar a Octavio, embelesada.*

Pablote. Pues, señor, ¡ni que hubiera toros en el pueblo! ¡Qué revuelo ha armado mi coche!

Octavio. Yo acabo de hacer la conquista de la criada.

Pablote. ¡Que sea enhorabuena! ¡Es que tienes una caída de ojos!… Oye, y ¿no te parece que yo no pinto nada en esta visita tuya al alcalde?

Octavio. *Sonriendo.* Sí pintas, sí.

Pablote. ¿No vale más que me llegue mientras por gasolina ahí a la entrada de la carretera?

Octavio. A tu gusto.

Pablote. ¡Bueno! Saludaré a este tío y me iré al coche. Por más que tú has preguntado por la señora.

Octavio. ¡Porque me han dicho que es guapísima… y si sale ella!…

Pablote. ¡Ah! ¡Entonces me quedo! Entérame mejor: ¿de qué se trata? Tú ¿a qué vienes?

Octavio. ¿No te lo he dicho, hombre?

Pablote. ¿A eso del nombre de tu ministro a una calle del pueblo?

Octavio. Justo.

Pablote. ¿Es de aquí Sequeros Miranda?

Octavio. No.

Pablote. ¡Entonces!…

Octavio. ¡Simpatía que le tiene esta gente! *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¿Me estás tomando el pelo?

OCTAVIO. ¡Me río de un hecho mil veces comprobado Pablote! ¿Tú ves como en lugar de sesos tienes gasolina?

PABLOTE. ¿Eh?

OCTAVIO. ¿En qué cabeza cabe, si no es en la tuya, que yo lo deje todo y venga contigo de Sevilla a setenta kilómetros por hora a ver al alcalde de Las Canteras?

PABLOTE. ¡Ah, canalla! ¿En qué casa estamos?

OCTAVIO. ¡En la de doña Regla de la Huerta, animal!

PABLOTE. ¡Ladrón! Y ¿está aquí Leopoldina?

OCTAVIO. ¿Cómo no, gaznápiro? ¡Sólo a verla vengo!

PABLOTE. Y ¿te traigo yo? ¿Yo otra vez?

OCTAVIO. ¡Tú, tú me traes!

PABLOTE. ¿Sí, eh? ¡Pues busca quien te lleve! ¡Te vas a volver a Sevilla en el coche de mulas de doña Regla!

OCTAVIO. ¡Hombre, no! ¡No seas ganso!

PABLOTE. ¿Conque no? ¡En el coche de mulas te vuelves! ¡Es ya mucha primada!

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¡Esto se avisa, por lo menos!

OCTAVIO. ¡Esto se avisa!… Pero piensa un poco, si es que puedes, Pablote, cerebro mecánico: si yo te digo que vengo a ver a Leopoldina, ¿tú me traes?

PABLOTE. ¿Yo?

OCTAVIO. ¿Te convences, borrico? Y como yo no tenía más que estas tres horas para venir, ni podía disponer de otro coche de confianza que del tuyo, ¡me decidí a engañarte!

PABLOTE. ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Ésta me la pagas; no te quepa duda! ¡No pongo las herraduras en el techo porque estoy en una casa ajena!

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¡No te rías, que me largo!

OCTAVIO. No, no; a buenas, Pablote; eso no. Ven acá; perdóname. *Lo abraza.* Tú no eres más que un coche, pero yo necesito de tu motor. Dentro de una hora hemos de volver juntos a Sevilla.

PABLOTE. ¡Tú me la pagarás!

Viene por la puerta del foro doña Regla.

DOÑA REGLA. ¡Señores!

OCTAVIO. ¡Doña Regla!

PABLOTE. ¡Señora!

DOÑA REGLA. ¡Dichosos los ojos que los ven por mi casa! A usted, Octavio, sí se le aguardaba hace días; pero a su amigo, no. ¡Qué sorpresa tan agradable!

PABLOTE. ¡No lo sabe usted bien!

DOÑA REGLA. Siéntense ustedes… Porque no me harán visita de médico.

OCTAVIO. Usted dispone de nosotros.

DOÑA REGLA. ¿Y su mamá, Pablote?

PABLOTE. Va tirando.

DOÑA REGLA. ¿Y sus hermanitas?

PABLOTE. Tirando.

DOÑA REGLA. ¿Y el coche?

PABLOTE. El coche, bueno; gracias.

OCTAVIO. ¡Tirando también!

DOÑA REGLA. ¿Vienen ustedes de Sevilla?

OCTAVIO. De Sevilla, sí.

PABLOTE. Yo estoy allí con unos pelmazos esperando la feria de Córdoba —¡por las corridas!— y ayer me tropecé con este fresco y me dijo: «Hombre, Pablote, ¿me quieres llevar mañana a Las Canteras a ver a Leopoldina?». ¡Cómo no! ¡Encantado! ¿Para qué tengo yo mi coche más que para llevar y traer a éste en busca de su novia, antes de las relaciones, en las relaciones… y aun después de las relaciones?

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA REGLA. Lo dice con un poquito de cáscara.

PABLOTE. ¡Lo digo con un cascarón! ¿Usted sabe la que me ha jugado?

OCTAVIO. ¡Le hice creer que me traía a ver al alcalde!

DOÑA REGLA. ¡Al alcalde! ¡Ja, ja, ja! Pues, mire usted, ha sido una broma de gracia.

PABLOTE. ¡De mucha gracia! ¡Doce litros de gasolina y un pinchazo! Yo soy el que va a ir a ver al alcalde: ¡a ver si arregla un poco esa carretera!

DOÑA REGLA. Falta le hace; no crea usted que no. Se lo agradeceremos. *Pausa. Miradas y sonrisas entre doña Regla y Octavio.* Así que reposen ustedes unos minutos les enseñaré toda la casa.

OCTAVIO. Sí, señora.

DOÑA REGLA. Me complacerá mucho que la vean. Una casa tranquila, con patio, patinillo, huerta con noria, casa de labor… Y me aceptarán después un refresco…

OCTAVIO. Hombre, da las gracias, Pablote. No se te ocurre nada.

PABLOTE. ¿Usted ve, señora, cómo me paga este bandido el favor que le he hecho?

DOÑA REGLA. A usted, por su parte, no lo dejaré ir sin que vea mi coche de mulas.

PABLOTE. Con mucho gusto lo veré. Puede que Octavio tenga que utilizarlo hoy.

DOÑA REGLA. Me alegraré de ello.

OCTAVIO. Yo no. Y usted dispense, doña Regla. Es una broma con que me ha amenazado este cafre.

DOÑA REGLA. Está el día Je bromas. Y veo que se tratan ustedes cada vez con más etiqueta. Cafre, bandido…

PABLOTE. ¡Y eso porque está usted delante!

Nueva pausa.

DOÑA REGLA. ¿Vamos a ver la casa, señores?

OCTAVIO. *Impaciente, turbado.* ¿La casa? ¿No esperamos a Leopoldina?

DOÑA REGLA. ¿A Leopoldina?

OCTAVIO. Sí, señora… Ya comprenderá usted…

DOÑA REGLA. Pero ¿usted no ha recibido un telegrama suyo?

OCTAVIO. ¿De quién?

DOÑA REGLA. ¡De Leopoldina! Leopoldina no está.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DOÑA REGLA. ¡Le avisó a usted esta mañana! ¡El telegrama se puso urgente!

OCTAVIO. ¡Pues no lo he recibido! ¿Hubiera yo venido si no?

DOÑA REGLA. ¡Octavio!

OCTAVIO. Perdone usted, señora. No sé lo que me digo.

PABLOTE. ¡No; si el ganso soy yo! ¡Bien has metido el remo!

OCTAVIO. ¡Cállate, cernícalo! Le pido a usted perdón otra vez, doña Regla… Me ha desconcertado la novedad…

OCTAVIO. ¡Que te calles, hombre!

PABLOTE. Primera vez que me llama hombre. Se ve que no está en su juicio.

OCTAVIO. De manera que Leopoldina…

DOÑA REGLA. En Los Alcázares la tiene usted.

OCTAVIO. ¿En Los Alcázares? Y ¿qué es eso?

PABLOTE. ¡Un pueblo de pesca!

DOÑA REGLA. El pueblo en que vive mi prima Rosarito… Quería que Leopoldina pasara con ella unos días, y como usted se hacía esperar demasiado…

OCTAVIO. ¡Ya sabe Leopoldina las causas!

DOÑA REGLA. Pues no hace media hora que se ha ido de aquí.

OCTAVIO. ¿Media hora? ¿Por media hora este trastorno? ¿No te dije que me traías muy despacio, Pablote?

PABLOTE. ¡No blasfemes, Octavio! ¡Despacio, señora, dice que lo he traído, y mañana van a comer arroz con pollo todos los peones camineros que hay en el trayecto! ¡Matanza igual no la recuerdo nunca!

DOÑA REGLA. ¡Animalitos!

OCTAVIO. Y a Los Alcázares, doña Regla, ¿se podrá ir pronto?

DOÑA REGLA. Muy cerca está, pero tengo entendido que la carretera no está para automóviles. Hay un trozo imposible.

OCTAVIO. ¡Por vida!

PABLOTE. ¿Yes cómo vas a tener que utilizar el coche de mulas? Te veo conducido por la *Arisca* y la *Colora.* Me figuro que sus célebres mulas de usted se llamarán una cosa así. ¿No, doña Regla?

DOÑA REGLA. ¡No, señor; mis mulas se llaman *Clavellina* y *Duquesa*! ¿Qué se ha creído usted que son mis mulas?

PABLOTE. Señora, mulas. Las más sabias del mundo, si usted quiere; pero mulas. ¡Sin ofensa! Es como el burro. Al burro no se le puede ofender; le dice usted: «¡arre, burro!…», y echa a andar el hombre.

DOÑA REGLA. Octavio, no se ponga usted tan nervioso. Me está usted dando lástima. Por la carretera de Arenales puede irse a Los Alcázares también. Se rodea, pero puede irse en poco tiempo.

OCTAVIO. ¿En *auto*?

DOÑA REGLA. En *auto*, sí.

OCTAVIO. Pues entonces vamos a ver la casa, señora, y en seguida, Pablote…

DOÑA REGLA. Para no entretenerse mucho, la verán ustedes otro día. Mejor es. Lo dejaremos hoy. Comprendo la impaciencia de usted, y… Vengan a tomar ese refresco.

PABLOTE. ¡Éste ya lo ha tomado! ¡Y de agraz!

OCTAVIO. ¡Qué gaznápiro eres!

DOÑA REGLA. Otra sorpresa le aguarda a usted en el comedor.

OCTAVIO. ¿A mí?

DOÑA REGLA. A usted. ¿No sabe a quién tengo aquí también de temporada?

OCTAVIO. Sí, señora; a Estela y a Manolo. ¡Si me lo ha escrito Leopoldina!

DOÑA REGLA. No, no, señor. Además de los recién casados. Esto no ha querido escribírselo a usted.

OCTAVIO. ¿Don Antolín?

PABLOTE. ¡Don Antolín estará en Las Cabezas!

DOÑA REGLA. No; tampoco es mi hermano. Quien está aquí es… —se va usted a poner colorado— la otra. ¡La otra! Mi sobrina Dolores.

OCTAVIO. ¡Ah, caramba! ¡La prima! ¡La de San Sebastián!

DOÑA REGLA. ¡La misma! ¡La causa de todo!

OCTAVIO. ¡Jesús! Y ¿con qué cara me presento yo a ella? ¡Ahora sí que nos vamos, Pablote! ¿Tiene dos puertas esta casa?

DOÑA REGLA. ¿Por qué? ¡Así no ha querido Leopoldina escribírselo!

PABLOTE. ¡Pues yo lo que creo es que debe verla y darle las gracias! ¿No le parece a usted?

DOÑA REGLA. ¡Claro!

PABLOTE. ¡Y todavía, como recuerde tanto a Leopoldina, va a gustarme a mí… y vamos a hacer otra carambola!

DOÑA REGLA. No puede ser, Pablote; ya es casada.

PABLOTE. ¡Pues crea usted que lo siento!

DOÑA REGLA. Ella está celebrando el momento de tropezarse con usted.

OCTAVIO. Entonces…

DOÑA REGLA. Verá usted: le diré que salga, mientras yo doy un vistazo en el comedor. En su casa quedan.

Vase por la puerta del foro.

OCTAVIO. *Con vehemencia, una vez a solas con su amigo.* ¡Pablote!

PABLOTE. Me llamo.

OCTAVIO. Comprenderás mi estado de ánimo. Estoy que brinco. En cuanto saludemos a esa señora y refresquemos en el comedor, ¡al coche! ¡Y a Los Alcázares echando centellas!

PABLOTE. ¡Ca, hombre; ca! ¡Yo no hago más el indio!

OCTAVIO. ¿Qué dices, Pablote?

PABLOTE. ¡Que no hago más el indio! ¡Que a sabiendas, como tú temías, no te llevo yo a ver a una novia que me has quitado a mí! ¡Porque a mí me gustó primero! ¡Y a ti la que te gustó fué esta otra! ¡Creo que discurro algo más que un motor!

OCTAVIO. ¡Sí, Pablote; sí! Todos estos insultos son bromas entre amigos de mucha confianza. Tú eres el mejor de los míos, y en este instante eres algo más; eres la fuerza inteligente que guía esa maravilla de automóvil; el mejor que existe en España y que he visto yo; el que luego me va a llevar en cinco minutos a Los Alcázares.

PABLOTE. ¡Y un jamón! *Asomándose a la puerta del foro. ¡* Hombre! ¡Aquí viene ya la primita! ¡Cuerno si se parece! ¡Si es igual!

OCTAVIO. ¿No te lo dije yo?

Apártase Pablote, perplejo. En esto aparece Leopoldina. Trae unos impertinentes de doña Lourdes, con los que se detiene a mirar a los dos galanes en la misma puerta del foro.

LEOPOLDINA. Señores…

OCTAVIO. ¡Bah! ¡Entre la sobrina y la tía me la han urdido bien!

LEOPOLDINA. *Avanzando con serenidad hacia él, sin dejar los impertinentes.* Querido amigo Reina…

Octavio vacila un segundo. ¿Es Leopoldina? ¿Es la otra? ¿Toca nuevamente el violón?

OCTAVIO. Pero…

PABLOTE. ¡Es igual!

LEOPOLDINA. *Soltando la risa, que ya no puede contener más tiempo.* ¡Ja, ja, ja!

OCTAVIO. ¡Vamos! ¡Se necesita humor!

LEOPOLDINA. Hijo, has puesto tal cara de tonto, que no hay serenidad que baste.

OCTAVIO. *Hechizado, radiante de júbilo.* ¡Se necesita humor, Leopoldina!

PABLOTE. ¡Leopoldina! ¡Ya decía yo que era Leopoldina!

LEOPOLDINA. ¿Qué tal, Pablote?

PABLOTE. Pues ¡tú calcula! ¡Alegrándome de haber nacido!

OCTAVIO. Ven acá; deja a este majadero. Siéntate aquí, a mi lado. ¡Qué contento estoy! Habla; di. ¿Por qué has hecho esto?

LEOPOLDINA. Por vengarme; por hacerte rabiar; por pagarte en la misma moneda. ¿Tú sabes los tres días que yo llevo sin noticias tuyas?

OCTAVIO. ¡Tres días pensando yo a cada minuto que iba a venir a verte!

LEOPOLDINA. Sí, sí. ¡Tenemos que ajustar muchas cuentas; muchas!

OCTAVIO. Cuantas tú necesites.

LEOPOLDINA. ¿Traes prisa?

OCTAVIO. Alguna traigo.

LEOPOLDINA. ¡Milagro de Dios!

OCTAVIO. ¡Qué guapa estás!

LEOPOLDINA. Y tú, ¡qué feo!

PABLOTE. *Harto ya de idilio,* ¡Vaya! ¡Voy a que doña Regla me enseñe la casa y a que me enganchen a la noria después! ¡Porque no merezco otra cosa!

OCTAVIO. ¡Yo te indemnizaré de todo!

PABLOTE. ¡Ten cuidado y no te estrelle yo en el viaje de vuelta! ¡Te voy a llevar a noventa por hora! ¡Esto que hoy has hecho conmigo no se hace ni con un rifeño!

Vase en busca de doña Regla. Los novios se ríen.

LEOPOLDINA. ¿Qué dice que has hecho con él?

OCTAVIO. ¡Engañarlo para que me trajese! ¡Es un *auto*!

LEOPOLDINA. ¡Cómo lo tratas, hombre!

OCTAVIO. Te advierto que es lo que le gusta. Si no se le llama cien veces animal, no está contento.

LEOPOLDINA. ¡Vamos, hijo, que buena vida te estás dando de fiesta en fiesta por toda Andalucía!

OCTAVIO. No me hables: de cabeza andamos mi jefe y yo.

LEOPOLDINA. Sobre todo en Jerez; en las bodegas. Pero a mí tu jefe me importa un comino.

OCTAVIO. Pues debiera importarte; porque todo lo que él padece, lo padezco yo. Que rabia, rabio; que corre, corro; que vela, velo… ¡Se les pide demasiado a los nervios de un hombre!

LEOPOLDINA. ¡De dos!

OCTAVIO. El pobre señor vino a estos festejos hispanoamericanos de Sevilla, y lo han comprometido en mil partes. No hay cuerpo que resista; créelo. Está hecho una breva. Yo aguanto, porque soy más joven.

LEOPOLDINA. Y ¿él también se las entiende con su familia, como tú conmigo, mandándole todos los *menús* de los banquetes y los recortes de la Prensa que traen sus brindis?

OCTAVIO. ¡Él no hace ni eso! ¡Eso lo hago yo!

LEOPOLDINA. ¡Pues vas a mellar las tijeras! ¡Porque es a mí y me traes loca ya con tantos papeles! Como vuelvas a mandarme uno más, reñimos. Yo quiero letra tuya. ¡Jesús, qué cansera! Jira en honor; banquete en honor; buñolada en honor; función en honor… ¡Y el secretario en todas partes! ¡No ha de haber fiesta sin tarasca! Y la novia del secretario, mientras, pasándose una rabieta diaria… en honor suyo. ¡Y sin poder dormir ni una noche! ¡Muy bonito plan! Y a andar de juerga en juerga le llama el señorito trabajo ímprobo.

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

LEOPOLDINA. ¡No te rías! Todo lo resuelves riéndote. Si me quisieras, no te reirías tanto. Porque no creo que tenga gracia maldita que *yo* sufra.

OCTAVIO. Pero, niña, ¡si sufres porque quieres!…

LEOPOLDINA. ¡Porque quiero! ¡Hasta ahora no lo has dicho! ¡Por lo que no puedes sufrir tú!

OCTAVIO. ¿Serás tonta? Déjate de bobadas. ¡Apenas te quiero yo a ti! Tu amor y tu recuerdo me sostienen y me dan paciencia en esta insustancialidad de mi vida; en este ocuparme siempre aprisa de tantas cosas que casi me son indiferentes, pero que agotan mi actividad.

LEOPOLDINA. ¡Como que no te dejan ni diez minutos para escribirme a mí, ni siquiera un segundo para telegrafiarme!

OCTAVIO. Pues, a pesar de eso, ¡no hay segundo en mi vida que no te pertenezca!… *Ingenuamente.* ¿Era tan grande este lunar?

LEOPOLDINA. ¿Ves? ¿Ves, Octavio? Te vendes cuando menos lo crees; cuando más protestas de tu cariño. ¿Así me has visto que me preguntas eso? ¿Piensas que yo me pinto los lunares… ni nada? ¿Qué enamorado es este que no recuerda, como si lo tuviera presente, el tamaño que tiene un lunar?

OCTAVIO. ¡El Señor me valga! ¿Para qué se me habrá ocurrido la preguntita?

LEOPOLDINA. Providencial ha sido, no te pienses.

OCTAVIO. ¿Providencial y todo?

LEOPOLDINA. ¡Como que ella va a decidir de nuestra suerte! ¡Figúrate! Ella me da pie; ella me determina a decirte una cosa… que es, en resumen, la que no me deja vivir.

OCTAVIO. Pues habla, criatura… Pero no te sofoques… ¿Qué te pasa? ¡Locuras del insomnio serán! ¿Qué cosa es esa que va a decidir de nuestra suerte? ¿Te has enamorado de otro?

LEOPOLDINA. No me juzgues a mí por ti.

OCTAVIO. ¿En este caso?

LEOPOLDINA. En este caso, Octavio, yo estoy atormentada por una sospecha. Yo no sosiego; yo no vivo. Los celos me consumen.

OCTAVIO. ¿Los celos? Pero ¿de quién?

LEOPOLDINA. No te rías.

OCTAVIO. Ahora no me he reído.

LEOPOLDINA. ¡Te baila la risa en los ojos!

OCTAVIO. Ésa es buena señal. Pero ya estoy serio. Anda, habla; di, que no quiero que dure esto mucho: ¡que tengo poco tiempo! ¡A ver si en seguida nos reímos los dos a la par!

LEOPOLDINA. Octavio, a mí se me figura que yo no te gusto; que tú no me quieres; que has entrado en amores conmigo por puro compromiso…

OCTAVIO. ¡No sigas!

LEOPOLDINA. Que el azar te trajo a mi lado; que me tomaste por mi prima; que mi prima fué la que te gustó…

OCTAVIO. ¡Calla, calla, inocente!

LEOPOLDINA. ¡No callo! ¡Es ella la que me quita el sueño! ¡El parecido de ella conmigo! ¡La broma que te he dado llevaba la intención de descubrir la verdad en tu cara! Pero pudo en mí más la alegría de verte… y me delaté.

OCTAVIO. ¡Y yo soy el más feliz de los hombres oyéndote estas cosas! ¡Así hubieras estado tú oyendo lo que yo le pregunté a tu tía cuando me anunció que la otra estaba aquí!

LEOPOLDINA. ¿Qué le preguntaste?

OCTAVIO. ¡Que si tenía dos puertas la casa, para escaparme por las dos y no verla! ¿A quién se le ocurre otra cosa Leopoldina? Aleja de ti esos temores, que son fantasma de la ausencia. ¡Nadie se libra de ellos! Tu prima ha sido entre nosotros el hada misteriosa cuyo destino era ponernos frente a frente… mostrándome primero a mi como un reflejo de tu belleza… para irme acostumbrando los ojos. No tengas nunca celos de ella; guárdale gratitud. Yo a ti te quiero por ti misma; por tu propio hechizo; por algo también que hay en ti que no había en la otra.

LEOPOLDINA. ¡Ay, Octavio! ¡No sabes lo que me atormento!

OCTAVIO. En vano, como ves.

LEOPOLDINA. Sí; pero ponle puertas al campo de los disparates. Te oigo y me convences. En cuanto te vas… vuelvo al disparadero.

OCTAVIO. ¡Ah!, no: pues he de irme, y tocante a eso, has de quedarte como si yo estuviera a tu lado.

LEOPOLDINA. ¡Imposible!

OCTAVIO. Pues así ha de ser: así debe ser.

LEOPOLDINA. ¿Por qué no te quedas ahora un par de días?

OCTAVIO. ¡Ojalá pudiera! Pero ¿tú sabes todo lo que me espera a mí en Sevilla esta noche?

LEOPOLDINA. ¡No lo quiero saber!

OCTAVIO. Pues yo necesito que lo oigas, para que no pienses que todo son las bodegas jerezanas ni que te dejo por capricho. Mira: tengo que esperar el rápido de Madrid, donde viene el subsecretario; media hora después estoy citado con dos periodistas locales para celebrar dos entrevistas de diez minutos cada una; ceno con el capitán general…

LEOPOLDINA. Cuya hija es preciosa.

OCTAVIO. Pero que tiene un novio *precioso* también. A las diez menos veinte, conferencia telefónica con Madrid. No sé si te he contado que informo el lunes en la Audiencia.

LEOPOLDINA. No.

OCTAVIO. Pues ya lo oyes.

LEOPOLDINA. Pero ¿tú eres abogado, Octavio?

OCTAVIO. ¡Qué pregunta!

LEOPOLDINA. ¡Nunca me lo has dicho!

OCTAVIO. No habrá habido ocasión.

LEOPOLDINA. ¡Vamos!

OCTAVIO. Siempre me ha parecido más urgente decirte que te quiero. Y no era cosa de añadir: Leopoldina, no sólo te quiero, sino que también soy abogado.

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

OCTAVIO. El dichoso asunto de la Audiencia me trae con fiebre, porque me falta tiempo de prepararme bien y a mi gusto. Sigo con la nochecita sevillana. A las diez y media, lectura de unas cuartillas en el Ateneo acerca de mi viaje a Venecia.

LEOPOLDINA. ¿Van señoras?

OCTAVIO. No. Después, una pescadilla de honor…

LEOPOLDINA. ¡No podía faltar la pescadilla! Y como postre, un ratito de *cante* flamenco… ¿eh?

OCTAVIO. Sí, no está mal *cante:* despachar el correo con el ministro en la habitación de la fonda —¡hasta las tres de la madrugada, calculo!…— y luego oírlo roncar. ¡Que ronca el buen señor de manera que parece que llega un *auto,* y no pego un ojo! Así va a ser mi noche. ¡Compadéceme! ¿Qué hora es a todo esto? *Mirando el reloj.* ¡Ay, Dios mío! ¡Cómo vuela el tiempo a tu lado! Tiene razón tu padre: los hombres modernos nos echamos sobre los hombros mucha más carga de la que pueden soportar; ¡tenemos más hijos de los que podemos mantener! *A un gesto de ella.* Es una metáfora. ¡Qué desesperación!

LEOPOLDINA. Poco va a durarte.

OCTAVIO. ¿Eh?

LEOPOLDINA. Por lo que a mí toca. Yo no puedo vivir así; yo me muero; yo me fundo como una bombilla… ¡Voy a renegar de esta vida inquieta que tanto me agradaba! Porque ahora nos vamos a Madrid, tú por un lado y yo por otro, tú con tus quehaceres y yo con mis amigas… y ¡adiós, Octavio! ¿Cuándo y cómo te veré cada día?

OCTAVIO. ¿Cuándo y cómo te veré yo a ti? ¡Es para pensarlo! ¡Es desolador!

LEOPOLDINA. ¡Es insoportable!

OCTAVIO. Leopoldina, esto no tiene más remedio que uno.

LEOPOLDINA. ¿Cuál?

OCTAVIO. ¡Casarnos!

LEOPOLDINA. ¿Ya?

OCTAVIO. ¿Te parece pronto?

LEOPOLDINA. ¡No!

OCTAVIO. ¡Sacaremos algún partido de la prisa! ¡Que alguna vez nos traiga una satisfacción!

LEOPOLDINA. ¡Es una gran idea!

OCTAVIO. ¿Verdad? ¡Casarnos a escape y abrir un paréntesis en esta angustia y en esta zozobra, viniéndonos a pasar un mes o dos a la huerta de tu

tía Regla! ¡Hasta aburrirnos de estar solos!

LEOPOLDINA. ¿Hasta aburrirnos?… ¡Vas a tener que dejar la Secretaría!

OCTAVIO. ¡Lo dejo todo! ¡Le digo al mundo que detenga su marcha, o que no me insulte si yo no me entero una temporadita de que sigue rodando! ¡El amor lo exige! Y ya en la huerta de la tía Regla, ¡qué hermosura!… tú y yo solos… ¡sin prisa! ¡A saborear el curso de las horas! ¡A saber bien yo cómo eres tú y tú cómo soy yo! ¡A charlar de lo que fueron nuestras vidas antes de encontrarnos! ¡A soñar en los días felices que le aguardan a nuestro amor! ¡A vivir, fin! ¡A vivir como seres que tienen espíritu y no como máquinas ciegas! ¡Lo haremos! ¿Verdad, Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Sí, Octavio, sí! ¡Yo no he nacido para máquina!

OCTAVIO. ¡Pues vamos a quemar las naves! *Llamando,* ¡Doña Regla! ¡Don Antolín! ¡Un momento!

LEOPOLDINA. ¿Qué haces?

OCTAVIO. ¿No lo ves? ¡Llamar a tu padre y a tu tía! ¡Don Antolín! ¡Señora!

Simultáneamente vienen, por la puerta del foro, doña Regla, y por la de la izquierda, don Antolín.

DOÑA REGLA. ¿Qué es eso?

DON ANTOLÍN. Amigo Octavio: ¿qué me quiere usted?

OCTAVIO. ¡Oh, don Antolín! Un segundo: sólo un segundo. Tengo necesidad de irme; la prisa me agobia.

DOÑA REGLA. ¡Jesús, qué tormento! ¡Este hombre es un calambre!

OCTAVIO. Ustedes saben por Leopoldina lo que me quiere ella; pero ignoran lo que la quiero yo. Bueno: ¡pues el mes que viene nos casamos!

DON ANTOLÍN. ¡Caray!

DOÑA REGLA. ¡Ave María! ¡Sí que está de prisa tu novio!

OCTAVIO. ¡El mes que viene nos casamos! ¿Hay alguna dificultad? ¡Porque ésta y yo no tenemos ya que hacer otra cosa! ¿Un abrazo, don Antolín?

Don Antolín. ¡Sí, hijo mío!

Octavio. ¿Y usted, doña Regla, me permite…?

Doña Regla. ¿Por qué no?

Octavio. ¡Contamos con su huerta!

Doña Regla. ¡Ya lo creo!

Octavio. ¡Será usted la madrina de lo primero que…!

Leopoldina. ¡Calma, calma!

Octavio. No puedo. Y ahora, en seguida, al comedor, a tomar el refresco ése; que me vuelvo escapado a Sevilla.

Doña Regla. Falta le hace a usted.

Octavio. ¿Volverme a Sevilla?

Doña Regla. No; tomar el refresco.

Octavio. Supongo, Leopoldina, que le escribirás todo esto a tu prima Dolores.

Leopoldina. Y ¡poco que se va a reír!

Octavio. ¿Al comedor?

Doña Regla. Al comedor. Allí está su amigo Pablote, que jura y perjura que lo va a llevar a usted a noventa por hora.

Leopoldina. ¡Ya será un poco menos!

Don Antolín. Pídele a Dios que no sea algo más. A noventa por hora han ido también tus amores. A noventa por hora va el mundo. ¡La carrera embriaga! ¡Lástima, hija mía, que esta humanidad que tanto corre no sepa de cierto adónde va!

Octavio. Pero ¿quién detiene su marcha, don Antolín? ¿Quién se opone a ella?

Don Antolín. Eso no lo sé, Octavio. Pero para mí tengo que, o se para a reflexionar, o se rompe del todo la crisma… y tiene luego que reflexionar malherida y maltrecha. Entretanto, ¡adelante! Mi papel ya no es otro que el de pasivo espectador de la carrera desenfrenada.

Leopoldina. Bueno, papá: pues ¡éste y yo le contaremos a usted lo que pase! *Lo abraza.*

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, septiembre, 1921.

EL MAL ÁNGEL

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO APOLO** el 25 de noviembre de 1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GRACIA.	ROSARIO LEONÍS.
ANACLETO.	CASIMIRO ORTAS.

EL MAL ÁNGEL

Antesalita en casa de Gracia, en Sevilla. A la derecha del actor, una ventana que da a la calle; al foro, una puerta, y a la izquierda, el portón de entrada. Muebles modestos. Un costurero cerca de la ventana. Es de día, a final de septiembre.

Sale Gracia por la puerta del foro. Verla y comprender que está bien bautizada, es todo uno. Viene prendiéndose en el cabello una flor y hablando sola. Durante su monólogo se cambia la flor de sitio tres o cuatro veces. Está nerviosilla.

GRACIA. Dise mi madre que ése vuerve; que como me ponga a la ventana, no tarda diez minutos en yegá; que no me ponga. ¡Pos no se engaña mucho mi madre! Esta vez no vuerve; no es como las otras. ¡Le planté yo dos banderiyas de fuego el úrtimo día! No vuerve. ¿Qué se ha pensao é? ¿Que he de está yo aquí pa los ratos en que se aburra? ¡Vamos! Se ha equivocao de caye; va perdió. Pero, no; no vuerve. No es de juego lo que le dije. ¡Bueno, y si vuerve…! No vuerve, no; no hay que pensá en eso. No vuerve. Pero, en fin, que vuerva o que no vuerva; ¿está bien que yo deje de asomarme a la ventana por eso? ¿Es argún lobo pa que me coma? ¿No voy a tomá el aire por causa de é? ¿Es que no estoy quisás en mi casa? Aquí me siento a repasá costura, y no hay más que dudá. Si viene y se aserca y se atreve a desirme argo, no me morderé yo la lengua tampoco. ¡Jesús con la fió, que en ninguna parte está a gusto! ¿Sabré dónde ponerla?… Los hombres no sé qué se han pensao que somos las mujeres. Y conmigo se yevan chasco. Ése, y tos los de

su casta. *Sobresaltada, de repente.* ¡Ay! ¡Ayí está! ¡Ayí está!… Bueno, Grasia, y ¿qué tenemos con que esté ayí? Tú, a tu costura. No es un hombre; es una farola que han puesto en la caye. Es un perro que pasa. No lo mires. ¡No lo mires! A tu costura tú. ¡No lo mires!… ¿Pa qué tienes er rabiyo del ojo?… *Mirando hacia la calle con él.* Pasa de largo por la asera de enfrente… No se determina a asercarse… ¡Ya lo creo que no! Pero está buscando que yo lo mire… ¡No lo mires, Grasia, no lo mires!… ¡A la feria, niño; a comprá un siempretieso pa entretenerte! *Llaman al portón.* ¿Quién será ahora? Será doña Mersedes, que viene a acompañá a mi madre. *Se levanta y va a abrir, cuando se oye tras el portón una tosecilla.* ¡Dios mío! ¡Anacleto! ¿A qué viene aquí ese mal ánge? No le abro. No hay nadie en la casa. ¿Es que una no pué salí de paseo? ¡No le abro! *Vuelven a llamar.* ¡No le abro! Ya se cansará. ¿Y si le ha dicho la portera que mi madre se ha puesto mala y que yo estoy aquí? *Llaman de nuevo con repique.* ¡Se lo ha dicho! ¡Ay, qué *torta* de hombre! ¡Busca con un candí la ocasión en que más estorba, y entonses viene é! ¿Será *sombrón*? ¿Será *seniso*? ¿Tendrá mal ánge? ¡Jesús, qué guasa viva! ¡Ni por casualidá da un gorpe! ¡Es más triste que un bisoñé con canas!

A remolque va a abrir el portón, tras el cual aparece entonces Anacleto, con una cara de agrado y de gozo que contrasta con el gesto de vinagre de la mocita. En la mano trae un cucurucho, que a la legua se ve que es un obsequio con que pretende hacer su visita más agradable.

ANACLETO. ¡Hola, Gracia! Muy buenas tardes tenga usté.

GRACIA. Buenas tardes.

ANACLETO. ¿No me zentía usté yamá?

GRACIA. No; estaba ayá dentro.

ANACLETO. Con zu mamá, de fijo. ¿Qué me ha dicho Antonia, la portera: que la tiene usté mala?

GRACIA. Sí; pero no es cosa de cuidao. Ahora, que er médico le ha recomendao que no se levante.

ANACLETO. Que no ze levante. ¿Y qué ha zío eyo, Gracia?

GRACIA. Lo de siempre: un empacho. Lo de los chiquiyos y los viejos. No me pueo descuidá con eya. Anoche se lió a comé siruelas pasas, que le

había regalao er guasón der vesino de arriba, y le sentaron como un tiro, naturarmente. ¡No se le ocurre ar mengue regalarle siruelas pasas a una señora enferma del estómago! *El rostro de Anacleto se nubla. Instintivamente se lleva las manos atrás para esconder su cucurucho.* ¿Qué es eso? ¿Qué le ha dao a usté? ¿Qué cara es ésa? ¿Qué trae usté ahí?

ANACLETO. Traía un regalito pa zu mamá: ¡ciruelas pazas!

GRACIA. ¡San Antonio bendito! Usté tenía que sé.

ANACLETO. ¡Yo; na más que yo! Miste que cazi no he dormío esta noche penzando er regalo. ¿Qué le regalaré? Y ya ve usté qué tino. Dice usté que ez un guazón er vecino de arriba. ¡Guazón y mal ánge, yo, desde que nací!

GRACIA. ¡No vaya usté a tirarlas, hombre! Más malo hubiera sío que er cólico le hubiera dao a mi madre con las de usté.

ANACLETO. Zí que ez un conzuelo. Pero vamos a mi oportunidá. Aquí le dejo a usté er cucurucho: usté hace con é lo que quiera.

GRACIA. Muchas grasias. Por lo pronto, esconderlo. ¡Le ha dicho er médico a mi madre que en tres meses no vea una siruela!

ANACLETO. ¡Y había yo de vení con eyas ar principiá er trimestre! ¡Le digo a usté que…! *Pausa. Se miran*, ¿No nos zentamos, Gracia?

GRACIA. ¿Está usté canzao?

ANACLETO. ¿Canzao? ¡Qué disparate! Yo no me canzo de mirá un zalero… con zá y con pimienta. *Gracia no está para piropos.* Esto ze lo dice a usté otro que no zea yo y usté ze ríe der gorpe.

GRACIA. Quisá. Siéntese usté, si gusta.

ANACLETO. ¿Zi gusto? Gusta usté más que yo. Otro gorpe, y como zi empezara a yové, que ziempre entristece. Vamos a vé zi zentao tengo mejó mano. *Pausa.* ¿Está usté de mal humó, Gracita?

GRACIA. ¡Psche!…

ANACLETO. ¿La indispozición de zu mamá?

GRACIA. No. Cosas de una.

ANACLETO. ¿De una… o de dos?

GRACIA. De una. Cambiemos la conversasión. ¿Qué hay por Seviya?

ANACLETO. Ninguna cara como la de usté. ¿Y ezo?

GRACIA. ¿No ha ido usté a la feria?

ANACLETO. No. Esta feria de Zan Migué no me gusta. Y menos zabiendo que usté ze ha quedao en caza. *Largo silencio. Gracia mira a la ventana cuando no al suelo. Él la mira a ella, esperando una frase a que asirse. Al cabo, viendo que no pía, le pregunta por vía de gracia:* ¿Cambiamos la converzación? *La muchacha lo mira entonces, pero pensando en otra cosa.* ¿Tampoco he dao en la yema esta vez? ¡Mardito zea! Poz ezo ha tenío ánge; porque como estábamos los dos tan cayaos… ¡Bueno está! Paciencia. *Nueva pausa.* ¿Ha visto usté qué tiempo?

GRACIA. ¡Psche!… Setiembre que se va un poquiyo arterao. Así están los nervios de la gente.

ANACLETO. ¿Qué haría yo pa distraerla a usté?… Hombre, vi a contarle a usté un gorpe que me contaron a mí ayer tarde, que como no es mío, ze va usté a reí. Esta noche me ha despertao a mí la riza doz o tres veces, acordándome de é.

GRACIA. Y ¿entonses discurrió usté lo de las siruelas?

ANACLETO. ¡Deje usté las ciruelas ya, que me han hecho a mí más daño que a nadie! Atienda usté ar gorpe, que es de los castizos. Yo zé que a usté le hacen mucha gracia las cozas de gracia de zu tierra.

GRACIA. Me hasen, me hasen grasia.

ANACLETO. ¡Ay, Gracia! ¡Argo daría yo por tené un armacén de eza gracia que a usté le hace gracia! Escuche usté este gorpe. Iba la otra noche pa zu caza un borracho perdió, dando traspiés, hablando zolo, y penzando en la zoba que zu mujé iba a darle en cuantito lo tuviera a mano; cuando en esto ¡pum!, un moscón que le pega un topetazo en la frente. Ze para er borracho, ve ar moscón a la luz de un faro, y va y le dice: «Pero, hombre, zi no ves, ¿pa qué zales de noche?». *El chascarrillo, contado por Anacleto aguantando la risa, le produce, al fin, tal explosión de ella, que lo hace llorar. Cuando le pasa, mira a Gracia, que permanece seria y ni por disimulo se ríe.* ¿No le ha hecho a usté gracia?

GRACIA. La primera vez que me lo contaron, mucha.

ANACLETO. ¡Ah! ¿Lo zabía usté ya?

GRACIA. Me lo han contao veintisiete veses.

ANACLETO. ¡Y yo he zío er veintiocho! ¡Pero la primera vez ze reiría usté con ganas!

GRACIA. Sí que me reí; lo confieso.

ANACLETO. ¿Quién ze lo contó a usté?

GRACIA. *Tras ligera vacilación.* Un amigo.

ANACLETO. ¡Ya! Un amigo. ¡Ya! ¡Ya comprendo! Zí ze reiría usté, zí. Aunque hubiera contao una *ezaborición.* Eze amigo de usté está zembrao, como usté dice. ¡Zembrao! Entra aquí, le piza er rabo ar gato, y «¡ay, qué gracia de hombre!». «¡Lo que no ze le ocurra a este hombre!». ¡Qué le vamos a hacé!

GRACIA. Pero ¿usté qué sabe de quién se trata?

ANACLETO. ¿No vi a zaberlo, zi es mi zombra? ¿Zi es la piedra en que ziempre tropiezo? ¿Zi ez er que aquí me mata las iluziones? ¡Jozelito Guerrero! ¡Jozelito Guerrero! ¡La gracia que tiene Jozelito Guerrero!

GRACIA. Y ¿no tiene grasia?

ANACLETO. La tiene, no ze lo discuto. Ar revés que yo. Él está zembrao y yo zoy un mal ánge; él es de Zeviya y yo de pueblo; to lo que usté quiera. Pero hay veces en que me yevan los demonios.

GRACIA. ¿Por qué?

ANACLETO. Por la injusticia. Hágaze usté cargo. Er domingo me pazo esto. Celebraba zezión nuestra cofradía. Estábamos en junta. El azunto era zerio: había que discutí zi ze compraban unos candelabros de plata o zi no ze compraban. Un azunto zerio. Pedía la palabra un hermano pa da zu opinión zeriamente, y apenas yevaba dos minutos hablando, Jozelito Guerrero zacaba una cornetita que había comprao en la feria y ze ponía a tocarla. ¡Piiiii!, ¡piiiii! *Gracia se sonríe.* ¡No quiera usté zabé la que ayí ze armaba! «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!». «¡Qué arrastrao!». «¡Qué zalero tiene!». Había hombre que yoraba de riza. Ziguió la zezión y Jozelito hizo la misma faena doz o tres veces. De cuando en cuando, ¡piiiii!, ¡piiiii!… vuerta a la cornetita. ¡Y venga

argazara y venga carcajás de to er mundo! Conque en esto yo, zin que ér ze de cuenta, le zaco la cornetita der borziyo, pa tocarla también. Pide la palabra el hermano mayó, y a poco de empezá zu discurzo, creyendo que me iban a zacá en hombros cuando menos, ¡piiiii!, ¡piiiii!… me pongo a toca la cornetita. ¡Bueno! ¡Por poco me echan! ¡Ze me vino enzima la junta! «¡Basta, hombre, basta!». «¡Bueno está lo bueno!». «¡Las cozas tienen gracia cuando la tienen!». «¡Estamos en una zacristía, no estamos en ningún aguaducho!». Azí, azí toz eyos. ¿Usté ha visto una injusticia más grande? Porque es lo que yo digo, Gracia: ¿tiene gracia zoplá la cornetita? Conformes. Vamos a reírnos. ¿No tiene gracia? Pos vamos a quedarnos zerios. ¡Pero que no tenga gracia o deje de tenerla zegún er que la zople! ¡Ezo es! *Se levanta y pasea indignado.* ¡Ezo es!

GRACIA. ¿Se va usté ya, Anacleto?

ANACLETO. No; es que me zurfuran estas cozas.

GRACIA. Pos nesesita usté acostumbrarse. La grasia la da Dios a quien quiere: no se vende en ninguna tienda. Se nase con eya o no se nase. Usté pué no tené salú y yegá a tené mucha; usté pué no tené dinero y yegá a miyonario, pero si no tiene usté grasia, soso se muere usté.

ANACLETO. ¡Me muero zozo!

GRACIA. Y con el ánge pa hasé las cosas en la vida ocurre lo mismo. No se encuentra escarbando en ningún bujero. No vale sé feo ni bonito, ni moreno ni rubio, ni narigón ni chato: nadie sabe en lo que consiste. Una mujé bizca pué tené ánge metiendo el ojo detrás de la nariz. El ánge es una cosa particulá. Es… qué sé yo qué. Es grasia, y es simpatía… y es oportunidá muchas veses. Usté, en una reunión, tose por chufla a tiempo, y tiene usté ánge: tose usté fuera e tiempo, y tiene usté er moquiyo. ¿Se va usté enterando?

ANACLETO. Me paece que zí.

GRACIA. Eso no se imita ni se hurta.

ANACLETO. ¿Ni ze pega?

GRACIA. Tampoco se pega.

ANACLETO. ¡Ay!… Porque zi ze pegara…

GRACIA. ¿Qué?

ANACLETO. Ya buscaría yo adonde arrimarme, pa dejá tamañito a zu novio de usté.

GRACIA. ¿A qué novio? Yo no tengo novio.

ANACLETO. ¿Que no? Poz ¿y Jozelito Guerrero?

GRACIA. Eso se concluyó.

ANACLETO. ¿De veras, Gracia?

GRACIA. Se concluyó.

ANACLETO. ¡Huy!

GRACIA. ¿Qué le ha dao a usté?

ANACLETO. Un *repeluco* que ha yegao hasta mi zombrero, que miste dónde está.

GRACIA. ¿Tanta impresión le ha hecho a usté la notisia?

ANACLETO. Tanta imprezión me ha hecho. Estaba muy mal empleá. Yo la quiero a usté bien, Gracita. Usté podrá darme a mi calabazas toas las zemanas; pero yo la quiero a usté bien. Jozelito Guerrero no ez hombre pa usté Lo que e zobra de gracia le tarta de vergüenza. Y ¿cuándo ha acabao ezo?

GRACIA. No hase sinco días.

ANACLETO. ¿Te parece? No hace cinco días y ya…

GRACIA. Ya ¿qué?

ANACLETO. ¡Cuando digo que no tiene vergüenza! ¡Ya ze ha echao otra novia!

GRACIA. ¿Otra novia? ¿Quién se lo ha dicho a usté?

ANACLETO. Nadie. Yo lo he visto. Ayé por la tarde, en caza de Juan Antonio Oliva. Como usté me ha dicho que ha terminao con é, no me importa vení con er zoplo. ¡Vamos! ¡Pelearze con usté y no guardarle ziquiera quince días de luto rigurozo!

GRACIA. *Rabiosa.* Pero ¿quién es eya?

ANACLETO. Zi ze va usté a toma un dijusto…

GRACIA. ¿Yo? *Disimulando.* ¡Qué locura! ¡No fartaría más! A mí ya, ¿qué me importa ese hombre? *Con risa nerviosa.* ¿Quién es? ¿Quién es eya? Dígamelo usté por su salé.

ANACLETO. No va usté a creerlo; porque ¡vaya zi ha cambiao de tipo!

GRACIA. ¿Quién es? ¿Quién es?

ANACLETO. ¿Usté conoce a Manuela Domínguez, la der fotógrafo?

GRACIA. ¡Sí!

ANACLETO. ¡Pos zu hija!

GRACIA. ¿La Chata?

ANACLETO. ¡La Chata!

GRACIA. ¿La prima de Remedios?

ANACLETO. ¡Eza!

GRACIA. ¿La cuñá de Pepito Martín?

ANACLETO. ¡La misma!

GRACIA. ¡Ave María Purísima!

ANACLETO. ¡Eza niña que anda de esta forma! ¡Como que le yaman «Las Diez y Cuarto»!

GRACIA. *Encubriendo el despecho en la risa.* ¡Ja, ja, ja! ¡Qué salero tiene! «¡Las Diez y Cuarto!». ¡Ja, ja, ja! ¡Y es verdá que anda así! ¡Está muy bien puesto ese nombre! «¡Las Diez y Cuarto!». ¡Ja, ja, ja!

ANACLETO. ¿Usté no lo zabía?

GRACIA. ¡No! ¡Ja, ja, ja! ¿Quién se lo ha puesto? ¿Usté? Anacleto. ¡Yo! Gracia. ¿Usté?

ANACLETO. ¡Yo; zí!

GRACIA. ¡Pos tiene mucha grasia! «¡Las Diez y Cuarto!». ¡Ja, ja, ja!

ANACLETO. ¡Ja, ja, ja! Me lo dijo un amigo y yo ze lo puze. «¡Las Diez y Cuarto!». ¡Ja, ja, ja!

GRACIA. ¡Ha estao usté sembrao, Anacleto!

ANACLETO. ¡Hombre, gracias a Dios!

GRACIA. Pero ¿qué le ha gustao a ese hombre de esa mujé? Anacleto. ¡Vaya usté a averiguarlo!

GRACIA. ¡La nariz no será, porque no la tiene!

ANACLETO. ¡Ja, ja, ja!

GRACIA. Los ojos no se le ven tampoco; la boca se le ve demasiao: es un cocodrilo…

ANACLETO. ¡Ay, un cocodrilo! ¡Ja, ja, ja!

GRACIA. ¿Usté ha visto nunca más dientes? Pos ¿no da mieo asercarse a eya a la hora de comé? ¿Y la cabesa? ¡Un estropajo! ¿Y las manos? ¡Dos tortas! ¿Y er cuerpo? ¡Un toné! ¿De qué se ha enamorao ese hombre? ¡Ja, ja, ja! ¡No vale la pena tené tanta grasia pa enganchá a semejante dije! ¡Ja, ja, ja! ¡Pero lo que me ha matao es er gorpe de los andares! ¡Ja, ja, ja!

ANACLETO. *Contagiado.* ¡Ja, ja, ja!

GRACIA. *Imitando el andar de la Chata.* «¡Las Diez y Cuarto!». ¡Ja, ja, ja! ¡Es que está bien puesto de veras! ¡Se lo voy a referí a mi madre pa que se ría también! *Haciendo materialmente añicos un pañuelo.* ¡Lo que tiene grasia en toas partes! ¡Y eso tiene muchísima grasia! «¡Las Diez y Cuarto!». ¡Ja, ja, ja! *Éntrase por la puerta del foro.*

ANACLETO. ¡Ja, ja, ja! ¡Na; que ya me zembraron a mí; que yo también estoy zembrao; que no hay quien me lo quite!… ¡Ja, ja, ja! «¡Las Diez y Cuarto!». No creí yo que le iba a hacé tanta gracia. Y es que mi padre dice bien: «¿Tú quiés tené gracia? Poz habla malamente de arguien». Aquí lo he comprobao. Ya zé yo er rezorte pa que esta mujé a mí me quiera. Voy a poné como un guiñapo a toas zus relaciones.

Vuelve Gracia.

GRACIA. Mi madre está durmiendo. Se lo contaré cuando despierte. Va a tirarse de risa. Ahora, con permiso de usté, voy a prepararle una tasita e cardo.

ANACLETO. Zí, zí; yo me voy. No quiero incomodarla a usté.

GRACIA. Anacleto.

ANACLETO. Gracita.

GRACIA. Usté es un hombre serio, ¿verdá?

ANACLETO. Demaziao zerio.

GRACIA. ¿Lo que usté me ha contao de Joselito…?

ANACLETO. Ez el Evangelio de la miza. Orvide usté a eze hombre.

GRACIA. Ya está orvidao.

ANACLETO. Y déjelo usté í, que zi ze caza con la Chata, ha hecho zu zuerte. ¡Porque hay que vé también la familia! Er tito ez un borracho; la madre, una puerca; el hermano un borrico; la hermana, una pindonga; er cuñao, un gorrón; la abuela, una bruja; la prima, una cabra…

GRACIA. Eso ya tiene mal ánge, Anacleto.

ANACLETO. ¿Tiene mal ánge?

GRACIA. Sí.

ANACLETO. ¡Vaya por Dios! No ziempre zirve la receta. Ze lo diré a mi padre. ¡Ay! ¡Esto del ánge ez un mareo! Pero convénzaze usté, Gracita: a usté, y a toas las mujeres de mérito, les conviene más que un piyastre con zombra y que no las quiera, un mal ánge honrao y con mucho cariño. Porque tené cariño es tené buen ánge. ¿Qué tá la firmita? *En la calle suena oportunamente la cornetita del rival. Anacleto se descompone. Gracia siente una tentación de risa, que procura reprimir y disimular.* ¿Está ahí eze graciozo?…

GRACIA. No sé.

ANACLETO. ¿Me deja usté que zarga y le quite er tipo de un guantazo?

GRACIA. Usté se va a su casa derecho, sin buscá pendensia.

ANACLETO. Lo que usté me mande.

GRACIA. Pos ya lo sabe usté.

ANACLETO. Buenas tardes, Gracita. Que haya alivio. Y a eze de la cornetita guazona, regálele usté las ciruelas pazas. ¡Qué mal ánge tengo y qué mal ánge zoy! *Vase por el portón, mirándola.*

Ella le sonríe.

Vuelve a sonar la cornetita en la calle.

GRACIA.

Inúti: no acudiré, aunque un berrenchín me cueste…

¡Señó, mándame un queré,
ni tan soso como éste,

ni tan piyo como aqué!

FIN

El Escorial, octubre, 1921.

ANTÓN CABALLERO

COMEDIA EN TRES ACTOS

(REFUNDICIÓN DE UNA OBRA PÓSTUMA DE PÉREZ GALDÓS)

Estrenada en el **TEATRO DEL CENTRO** el 16 de diciembre de 1921

AL LECTOR

De las manos de María Pérez Galdós pasó a las nuestras, para su examen y refundición, el borrador de una comedia inédita del glorioso autor de *Realidad* y de *El Abuelo*. Titulábase *Los bandidos*; después, rectificado el título en el borrador de los tres actos, se llamó *I masnadieri*, y hoy, al cabo, sale a la luz bautizada por nosotros con el nombre del protagonista: Antón Caballero.

Se trata de una obra de la virilidad del creador insigne, por la que se sabe que tuvo cierta predilección, y que sin duda abandonó entre sus apuntes en una de aquellas gloriosas derrotas que lo alejaban temporalmente del teatro, con miedo y con hastío, para luego sentir de nuevo su atracción tentadora y volver a él más enamorado y animoso. En sus últimos años trató de repasarla con la intención de darla a la escena; pero de una parte el mal estado de su vista, que no le permitía leer por sí su propio manuscrito, y de otra su debilitada voluntad, le impidieron lograrlo.

Es una comedia en tres actos, como queda dicho, escrita en días, acaso en horas; genial improvisación de quien a la par que creaba iba escribiendo lo creado, con todos los aciertos, titubeos y vacilaciones inherentes a la gestación de una obra. Hasta tal punto, que muchos personajes, incluyendo el protagonista, están designados en el embrionario borrador con dos o tres nombres distintos; algunas escenas son extremadamente prolijas; otras no están sino apuntadas; ante más de una hállase interrumpido el diálogo por renglones del plan; varias son meramente notas o acotaciones marginales, y de alguna hay dos versiones diferentes… A veces el propio autor se pregunta: «¿Es esto así?». «¿Convendría tal cosa?». Y continúa sin detenerse, por que

haga la mano el milagro de recoger y de fijar el ágil y veloz pensamiento en sus mil sinuosidades y matices.

Nuestro trabajo ha sido primero de reflexivo estudio; luego de selección, y últimamente de refundición y composición de lo elegido. Con tino y pulso, había que prescindir de lo redundante y de lo inútil (entre otras cosas, algunos personajes episódicos que entorpecían la acción); descubrir y realzar en ocasiones lo bello; precisar lo indeciso; esclarecer lo oscuro; concertar lo contradictorio; entrever lo sentido y no escrito; crear lo no creado, y, en suma, completar, acabar, refundir… Trabajo que no requería gran esfuerzo mental, pero sí un poco de paciencia y un mucho del mejor deseo y de amor a la obra original; asimilación del espíritu del autor y de su lenguaje; adivinación a veces del rumbo de su vuelo, y, por último, esmero y cariño, como si fuese la emprendida labor propia, y respeto y veneración sabiendo que era ajena y de tan alto numen. Trabajo que no ha sido tanto que ni por un momento pueda decirle que la obra, del principio al fin, no sea de Galdós, ni tan poco que honradamente debamos ocultar nuestros nombres, eludiendo así la responsabilidad que en la empresa nos quepa.

Va dicho todo esto, ya se comprenderá pensando rectamente, de ningún modo por jactancia, que sería indiscreta, aunque el empeño haya sido honroso, sino solamente para hacer ver, a quienes miren con amor estas cosas, la índole especial de la labor que, por suerte nuestra, hemos llevado a cabo.

Si aceptamos sin vacilar el delicado encargo de la refundición, en el deseo de que Antón Caballero pudiera representarse, fué, ante todo, accediendo al de la hija del autor y estimulados por la alegría de ofrecerle al público nuevas e inesperadas criaturas de la cantera galdosiana; luego, en lo que atañe a escrúpulos literarios, porque sabíamos el muy halagüeño concepto que tenía D. Benito de nuestra adaptación escénica de su *Marianela*; y, finalmente, porque ya alguna vez, años hace, a ruego del maestro y con su aplauso, refundimos labor teatral de su privilegiado ingenio.

¡Ojalá hayamos acertado a merecer ahora, ya que nos falte el suyo, el aplauso de sus devotos!

S. y J. Álvarez Quintero.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Eloísa.	María Vila.
Doña Malva.	María Cancio.
Verónica.	Asunción Vivero.
Quiteria.	Amalia Grao.
Antón Caballero.	Enrique Borrás.
Don Pelayo.	Leovigildo Ruiz Tatay.
Don Hilario.	Alberto Romea.
Madruga.	José Tello.
Regino.	Pío Daví.
Gonzalito.	Luis D. Luna.

ANTÓN CABALLERO

ACTO PRIMERO

Comedor burgués, provinciano. Puerta al foro, que deja ver al fondo el jardín de la casa. Sendas puertas a derecha e izquierda. Es de día.

Eloísa, doña Malva, don Pelayo, don Hilario y Regino están de sobremesa tomando café; Quiteria, la criada, dobla los manteles y los guarda en el aparador. Luego se retira por la puerta de la derecha, llevándose el servicio de postres.

Don Hilario. Digan lo que quieran las modas, a mí me gusta más el café sobre el dulce que sobre la fruta.

Don Pelayo. Y a mí. ¿Un cigarro, Hilario?

Don Hilario. Venga un cigarro: que el festín sea completo. ¡A esto le llama tu mujer hacer penitencia!

Doña Malva. Para estas penitencias… ya elijo yo bien a los penitentes.

Don Hilario. ¿Tú no fumas… todavía, Regino?

Regino. No, señor; no fumo.

Don Hilario. ¿Por respeto a tus padres, que están delante?

Doña Malva. No, no; porque no fuma.

Don Hilario. Pues, mire usted, Malva, me sorprende en un soñador, en un idealista; el humo del cigarro excita la imaginación, enciende las ideas, sube siempre a lo alto… Por supuesto, que ya van siendo en Agramante casi tantos los que no fuman como los que fuman.

Don Pelayo. ¿Otra estadística?

Don Hilario. Otra: son mi cuerda.

Eloísa. *Levantándose.* Con permiso de ustedes.

Doña Malva. ¿Te vas, mujer?

Eloísa. Si usted me lo consiente, tía.

Don Hilario. Pero ¿no toma usted café?

Eloísa. No, señor.

Don Hilario. Pues ¡ésa sí que es penitencia! ¡Está exquisito!

Don Pelayo. Tal vez por penitencia no lo tome Eloísa.

Eloísa. ¡Qué disparate! ¡Vaya un sacrificio!

Don Hilario. Pues yo protesto de que nos deje usted ¡Bonita manera de obsequiarme, amiga! Se me convida a almorzar con ustedes —me convido yo, más bien dicho—, y me convido, no sólo por la buena mesa, sino también por contemplar de cerca a la sobrina de mis buenos amigos Pelayo y Malva; y en lo mejor y más gustoso de la comida, que es la sobremesa, usted nos abandona; la bella Eloísa se sustrae a mi admiración.

Eloísa. Es que me duele la cabeza, don Hilario; padezco de jaqueca…

Don Hilario. ¿La jaqueca soy yo, quizá? ¿Con mi charla, mi buen humor y mis estadísticas le he dado a usted dolor de cabeza?

Eloísa. ¡No, por Dios, don Hilario!

Doña Malva. La verdad es que ella va a sus meditaciones.

Don Pelayo. Siendo así, yo nada tengo que oponer.

Doña Malva. ¡Pues yo sí tengo, ya ves tú! Y cuidado que a creyente y a religiosa nadie me gana; pero en un buen medio… En fin, no quiero disgustarte, sobrina: ve adonde quieras.

Eloísa. Yo no quiero tampoco que usted se disguste. ¿Quién había de pensar que mi retirada de la mesa, cosa tan sencilla, diese lugar a estos

comentarios? Hasta luego.

Vase por la puerta del foro.

Los ojos de Regino la siguen a lo hondo del jardín.

Don Pelayo. Vete con Dios, hija.

Don Hilario. ¡Rece usted por nosotros!

Don Pelayo. No se marcha a la iglesia, ahí donde la ves, porque está cerrada a estas horas. A solas en su cuarto eleva su espíritu a las alturas místicas.

Don Hilario. ¡Desdichada criatura! Tan bella… tan joven… y ¡ya santa!

Don Pelayo. No te burles, Hilario.

Don Hilario. Yo no me burlo; pero cuantas veces esté a mi alcance, procuraré hacerle entender a Eloísa que la religión es necesaria, es santa, es hasta obligatoria… mientras no es delirio.

Regino. Pues yo no proscribo el delirio, que es ocupación de las almas que sueñan.

Don Pelayo. Aquí tenemos a otro que tal.

Doña Malva. Pero, hijo mío, ¡qué manera de sorberte el café! Vas a abrasarte.

Don Hilario. Se conoce que le ha entrado prisa. Otro inconveniente de no fumar. El cigarro da calma: los fumadores no tenemos prisa mientras fumamos.

Regino. Es posible. *Se levanta.* Discúlpeme usted, don Hilario; voy un rato al Casino. Me esperan los amigos allí.

Don Hilario. Yo también iré, pero más tarde. No cambio aquella sociedad por ésta.

Regino. Hasta después.

Pon Pelayo. Adiós.

Doña Malva. Adiós, hijo.

Vase Regino por donde Eloísa, como si siguiese su huella.

Don Pelayo. *A don Hilario.* ¿Crees tú que va al Casino?

Pon Hilario. ¿No, eh? ¿Va también a sus meditaciones?

Doña Malva. ¡Pobre hijo de mi alma! Va, como siempre, a lo imposible. No pisa en la tierra. Ahí le tiene usted; enamorado ahora de su prima… que es amor imposible. En el jardín vaga noche y día, encantado en mirar la ventana del cuarto de ella.

Pon Hilario. De la celda, dirá usted mejor.

Pon Pelayo. De la celda; eso es.

Don Hilario. Ya había observado yo en Reginito… Y el caso no carece de lógica. Eloísa es bella, graciosa, elegante… tiene poderoso atractivo… Y además es ideal lejano, inaccesible, como ha dicho usted, Malva… Y además… es mística de algún tiempo a esta parte. No hay que estar tan neurasténico como está Regino para sentirse seducido por esa mujer.

Doña Malva. ¡Pobre tontín mío! ¡Pobre ángel!

Don Pelayo. ¿Te choca a ti, Hilario, el misticismo de última hora de mi sobrina? Pero ¿es que no le sobran razones para volverse cien veces maniática? A los veintidós años se encuentra la infeliz en la situación más rara del mundo: ni soltera, ni casada, ni viuda.

Don Hilario. Puntualicemos. Es casada… con el marido ausente.

Doña Malva. ¡Ay, si Dios hubiera querido que esa ausencia fuese completa!…

Don Hilario. ¿Es Dios quien lo había de querer? Dios no siempre coincide con lo que deseamos por acá abajo.

Doña Malva. ¿Qué quiere usted decir?

Don Hilario. Nada, nada…

Don Pelayo. Un año hace ya que Eloísa se separó de su marido.

Don Hilario. Un año largo: al hombre de las estadísticas y de las historias no vas a contárselo tú.

Don Pelayo. La libré de aquel suplicio trayéndola a mi casa.

Doña Malva. Y con nosotros ha vivido contenta… hasta hace poco, en que empezaron sus melancolías, su aislamiento, y ha venido a parar en este misticismo tan absurdo.

Don Pelayo. Nosotros —tú nos conoces bien— alardeamos de religiosos, imponemos a todos la religión; la consideramos como una fuerza social, como el aglutinante…

Don Hilario. En ello estoy: a la vez como un freno y una sanción.

Doña Malva. Pero no llegamos hasta consentir que una mujer joven, bonita, rica, se quiera hacer santa.

Don Hilario. A ver: un dato que a mí me falta en mis papeletas: Eloísa ¿echa de menos a su marido, al famoso *Trueno*?

Don Pelayo. ¡Quiá!

Doña Malva. ¡Ni por pienso!

Don Pelayo. ¡Si lo detesta!

Doña Malva. ¡Si nombrarle al marido es nombrarle al demonio!

Don Pelayo. La sola idea de que reaparezca en Agramante aquel hombre maldito, la vuelve loca.

Don Hilario. En ese caso, tú tienes razón: ni soltera, ni casada, ni viuda. La tristeza de ese estado y su innata virtud la han conducido a la exaltación religiosa. *Intencionadamente*. ¿Y de él, qué se sabe? ¿Se sabe algo?

Doña Malva. Como no lo sepa usted, que es don Sábelo Todo…

Don Pelayo. Se ha dicho por aquí hace poco que andaba de aventurero en Norteamérica, a salto de mata, metido en lo peor, como siempre.

Doña Malva. Robando y asesinando. ¡Si es un bandido! Aquí lo fué… y lo será dondequiera que viva.

Don Hilario. También se dijo no hace mucho que alguien lo había visto en Gibraltar.

Doña Malva. Pero luego se desmintió. Pido a Dios que lo mande a un país insalubre, lleno de alimañas dañinas; a un país donde haya volcanes, abismos, fieras, antropófagos; y donde las moscas y los mosquitos sean venenosos.

Don Hilario. ¿Nada más?

DOÑA MALVA. ¿Para qué estará todavía ese hombre en el mundo?

DON HILARIO. ¡Para que usted le eche bendiciones!

DOÑA MALVA. ¡Hilario, que anda usted hoy pica que pica! ¡No me sulfure usted!

DON PELAYO. Mira, Malva: para suavizarlo enteramente y pasarlo a tu bando, danos unas copitas de coñac.

DON HILARIO. ¡Magnífico!

PON PELAYO. *Llamando.* ¡Quiteria!

DOÑA MALVA. No, no llames; yo mismo lo traeré. *Con gran esfuerzo trata de levantarse.*

PON PELAYO. ¿Ves? Está medio inválida y no permite que le hagan las cosas.

DOÑA MALVA. *Con desesperada energía.* ¡No, no estoy inválida! Sólo que… ¡Virgen! ¡Estas renegadas piernas!…

Don Hilario se levanta para ayudarla.

PON HILARIO. ¡Upa!

DOÑA MALVA. Alcánceme mi palo. *Se pone en pie, y vacilando coge el bastón que le da don Hilario.*

PON HILARIO. Tome usted. Pero ¿qué necesidad había…?

PON PELAYO. ¡Genio y figura!…

DOÑA MALVA. Es el reuma pícaro… Las rodillas se me insubordinan. ¡Pero yo he de poder más que ellas! *Dirígese al aparador renqueando.*

PON PELAYO. ¡Todo ha de hacerlo por su mano! Y no se rinde: es incansable.

DOÑA MALVA. Hilario, voy a darle a usted del mejor que tenemos.

PON HILARIO. Gracias, amiga mía.

DOÑA MALVA. Para hacer las paces.

DON HILARIO. ¡Si no ha habido guerra entre nosotros!… ¡Si comprendo que se haya exacerbado su odio a Antón Caballero!… Antes no era más —y ya era bastante— que el martirio de su sobrina; ahora es el obstáculo al amor de su hijo.

Don Pelayo. Yo le propongo a ésta que mandemos a Regino a Madrid una temporada.

Doña Malva. *Sirviendo el coñac.* ¡No y no! Mi hijo no debe separarse de sus padres. ¡No tenemos otro! De los cinco que nacieron he perdido a cuatro. No nos queda más que este pobre Regino, que es un inocente, un alma de Dios. Créalo usted, Hilario.

Don Pelayo. Un poco enfermizo… Como ya es único, quizá le hemos mimado más de lo regular.

Doña Malva. Mimar llama éste a criarlo para nuestro cariño, y para que en su día disfrute sin fatigas de nuestros bienes. ¿Que no ha seguido ninguna carrera? Y ¿qué falta le hace? En cambio, es bien ilustradito. En el pueblo ejerce autoridad: todos le oyen con la boca abierta. Su opinión vale mucho. Sabe mucha filosofía.

Don Hilario. ¡Ah!, eso sí. Algunas tabarras nos da en el Casino. En cuanto salta un filósofo nuevo, Regino se lo sorbe, como yo el coñac. Cosas de chico…

Don Pelayo. Todo eso es error que pasa.

Don Hilario. Mi filosofía, por el contrario, es permanente; pero no consigo metérsela en la cabeza a nuestro filósofo.

Doña Malva. Y ¿en qué consiste su filosofía, maulón?

Don Pelayo. ¡En vivir lo mejor que puede!

Don Hilario. Y en tomar en todas las cuestiones el justo medio que Malva le indicaba antes a Eloísa criticando su exagerada religiosidad.

Don Pelayo. Item: en recoger cuidadosamente las historias del pueblo y llevar una crónica exacta de los sucesos y una estadística de las personas…

Don Hilario. Por oficios, profesiones y buenas o malas costumbres. Oye: para que no te rías: en Agramante hay ocho boticarios, veintisiete curas, cuatro maestros de piano uno de flauta, treinta y dos barberos, ochenta ladrones…

Don Pelayo. ¡Caray!

Don Hilario. ¿Te parecen pocos?

Don Pelayo. ¡Me parecen muchos, para vivir en paz!

Don Hilario. Pues cuando gustes los enumero puntual mente: desde salteadores de caminos… hasta modestísimos consumeros. Además hay en Agramante dieciocho abogados de secano, que no ganan una peseta, y uno de regadío, que eres tú, que con los pleitos has hecho una fortuna.

Doña Malva. Su trabajito le ha costado, amigo; que no se cogen truchas a bragas enjutas.

Don Hilario. No discuto yo eso. Y sobre ser un gran abogado, capaz de probar que una cucharilla de café es una espada toledana, es la providencia del pueblo y del distrito; es el que manda en la comarca; el que tiene en la mano el bien y el mal para repartirlo, según los merecimientos de cada cual: nuevo Padre Eterno. Es, en suma, el…

Doña Malva. No repare usted en decir el cacique. No nos enfadamos por eso. A mí me llaman la *cacica*, porque es más ridículo que la caciquesa, y a mi hijo, el caciquillo.

Don Pelayo. Sin pretenderlo, he venido a ser el dispensador de favores y el árbitro de este distrito, por una confabulación de circunstancias favorables. Ayúdate, que Dios te ayudará.

Don Hilario. En la abogacía, te repito que eres un águila; todo te lo debes a ti mismo. En la política local eres, no un águila, un nido de águilas. Pero permíteme esta verdad: serías mucho menos si no tuvieses esta mujer, esta leona.

Don Pelayo. En efecto: ella podrá no sugerirme ni infundirme ideas; pero sí el ardor en la lucha, la enérgica resolución, la fuerza para ejecutar.

Don Hilario. Malva vale un tesoro…

Doña Malva. No, Hilario, no; yo no valgo nada. Sólo que… es preciso ser fuerte. El mundo es de los fuertes. ¿No es mejor devorar que ser devorado?

Don Hilario. Indudablemente… Devorar… devorar… ¿Quién contesta otra cosa, sobre todo después de un almuerzo en que ha habido cordero, besugo y pollo?

Don Pelayo. ¡Ja, ja, ja!

Doña Malva. Usted dice las verdades en broma, y yo en serio.

Llega Madruga por la puerta de la derecha del actor. Es mitad matón, mitad muñidor electoral; hombre listo, taimado, capaz de todo lo que le convenga.

MADRUGA. Con la venia de los señores.

DON PELAYO. ¡Adelante, Madruga!

DOÑA MALVA. ¡Hola, Madruga!

DON HILARIO. ¡Gran Madruga!

MADRUGA. Don Pelayo y la compañía, salud.

DOÑA MALVA. ¿Qué traes por esta casa?

MADRUGA. El gusto de saludar a ustedes.

DON HILARIO. *Con retintín.* Y alguna novedad, de seguro. Porque este Madruga no da paso en balde.

MADRUGA. Pues esta vez no acierta el señor don Hilario.

DON HILARIO. Con todo, me retiro. El onceno… Y que de tabarra, ya está bien. *Despidiéndose.* Malva insigne… Pelayo omnipotente… Madruga heroico… a la paz de Dios.

DOÑA MALVA. Vaya usted con Él.

DON PELAYO. Hasta la noche.

MADRUGA. Para servirle, don Hilario.

DON HILARIO. Gracias. *Vase por la puerta de la derecha.*

DON PELAYO. Siéntate, Madruga.

DOÑA MALVA. ¿Quieres una copa de coñac?

MADRUGA. Se acepta, doña Malva. En el tomar no hay engaño.

DON PELAYO. Deja; yo se lo serviré.

MADRUGA. Tanta honra…

DON PELAYO. A los leales, siempre.

MADRUGA. Pues de convites está el día. Éste es e tercero. La gente anda contenta por ahí.

DOÑA MALVA. ¿Con nosotros?

MADRUGA. Por ustedes. He almorzado con Gasparín, el hijo del secretario del Ayuntamiento.

DOÑA MALVA. ¡Ah, sí! Anoche estuvo a vernos. Tan agradecido.

DON PELAYO. Los contrarios querían birlarle a su padre la Secretaría.

DOÑA MALVA. ¡En flojo proceso le iban a enredar! Pero es un buen amigo, y había que protegerlo.

DON PELAYO. ¿Y Bocanegra? ¿Has hablado con Bocanegra?

MADRUGA. Bocanegra no se cambia por ningún mortal ¡Ahí es nada! ¡Pescar en Agramante el arriendo de los Consumos!

DON PELAYO. Toma y daca. Me sirvió, y le serví. Eso es todo.

MADRUGA. ¡Y no hay otra en la vida! Los hermanos Suárez rechinan los dientes; dicen que ellos habían presentado mejor proposición.

DOÑA MALVA. ¡Pero a nosotros no nos habían hecho favor ninguno! ¡Que se fastidien!

DON PELAYO. ¿Vamos a abandonar el interés del pueblo, del partido?

MADRUGA. ¡Pues claro está que no! Y a propósito. Quien me parece muy poquita cosa es el alcalde que tenemos.

DOÑA MALVA. Poquita cosa es. Ya le he dicho yo a mi marido que va a haber que cambiarlo. No debemos extremar nuestra protección. Se asusta de todo: es una liebre. Y muy torpe. Ahora ha chocado con los del Catastro, sabiendo que hay órdenes precisas del diputado y del ministro, porque le incomodan a él, que dice que vienen a perturbar al pueblo. Es muy torpe. Además sueña día y noche con el expediente que le ha formado el inspector de Hacienda.

DON PELAYO. ¡Y ya le hemos dicho que ese expediente dormirá el sueño de los justos!

DOÑA MALVA. ¡Lo enterraremos bien: no habrá excavación que lo descubra! Pues nada: se asusta el señorito. Habrá que mandarlo a su casa. No nos sirve.

MADRUGA. ¡Se perfuma mucho para gobernar este pueblo!

Don Pelayo. ¿Y por Moratilla, qué hay?

Madruga. Figúreselo usted, lo de siempre: envidia de Agramante. Les tenemos debajo del pie.

Doña Malva. ¿Es cierto que una cuadrilla quiso apalear a los de Rebolledo en la fiesta?

Don Pelayo. ¿Y que han robado en el monte de Onrubia?

Madruga. Ciertas son las dos cosas. Y otras cien. Hay hambre allá, que es mala consejera. Sobre los perjuicios del reparto de contribuciones, sienten ahora la falta de agua ¡Pero de que no llueva en Moratilla no tendremos la culpa también en Agramante! A pesar de lo cual, todo su rencor es para nosotros.

Don Pelayo. Así están las cosas.

Doña Malva. Y así hay que sostenerlas.

Madruga. Y… ¿qué me dicen ustedes de lo mío?

Don Pelayo. ¿De qué?

Madruga. De la vacante de la Tabacalera, que quiero para mi sobrino Jacobo.

Don Pelayo. Pero, Madruga, ¿no sabes que me he comprometido con Pastor, el médico, que la solicita para su hermano?

Doña Malva. ¿Que te has comprometido con Pastor, sabiendo que la deseaba Madruga?

Madruga. ¡Y para mi sobrino, que es mi ojito derecho!

Don Pelayo. Yo no creí que tuvieras tanto interés… Hay que atender a todos…

Madruga. Don Pelayo, será lo que usted mande; pero…

Don Pelayo. Veremos en la primera ocasión…

Doña Malva. *Vivamente.* ¡Qué primera ocasión ni qué música! En toda ocasión los amigos útiles son antes que nadie, Pelayo. Madruga: tu sobrino tendrá la plaza. Entre ese mediquillo que mata a la gente, y Madruga, que resucita a los muertos en las elecciones para que voten a tu gusto, no es posible dudar.

Don Pelayo. Me has convencido, Malva. Ya lo ves. Madruga: mi mujer lo atropella todo por servirte.

Doña Malva. Como debe ser.

Madruga. Y yo lo agradezco en el alma, señora mía.

Don Pelayo. ¡Buen amigo me voy a echar en el tal médico!

Madruga. En no llamándole cuando esté usted enfermo, no hay peligro alguno.

Ríen los tres. Vuelve Quiteria por la puerta de la derecha, con unas cartas, que le da a don Pelayo.

Quiteria. El correo, señor.

Don Pelayo. Trae acá. ¿Nada más que esto? Mira, Madruga, qué montón de cartas.

Madruga. ¡Los hombres importantes!

Doña Malva. ¿Hay algo para mí?

Quiteria. Nada, señora. Todo es para el señor. *Recoge el servicio de café y se va de nuevo por la puerta de la derecha.*

Don Pelayo. Con permiso suyo, Madruga, voy a abrir esto, que espero noticias de interés… *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Madruga. Sí, señor. ¡Faltaría otra cosa! Y si usted no dispone de mí, doña Malva…

Doña Malva. Sí. Un momentito; espera un momentito, que voy a reñirte.

Madruga. ¿A reñirme? ¿En qué he faltado a la señora?

Doña Malva. No has sido tú; ha sido tu sobrino Jacobo, por quien tú te desvelas, y a quien ya has visto que yo protejo.

Madruga. Pues ¿qué ha hecho ese locuelo?

Doña Malva. Ha tenido el atrevimiento de hablar con Eloísa en términos irrespetuosos… Eloísa es sobrina de mi marido; merece respeto. Es una señora casada, y no está bien que un mocoso como tu sobrino le dirija requiebros y chicoleos de mal gusto.

MADRUGA. Verá usted, doña Malva… Yo le aseguro a usted que mi sobrino habrá guardado las conveniencias, porque tiene buenos principios y sabe conducirse con las señoras… Ahora… en otra cosa ya no entro… porque eso es querer poner puertas al campo.

DOÑA MALVA. ¿Qué?

MADRUGA. La sobrinita es linda… mi sobrino es joven, un poco romántico, como se dice, nada corto de genio… y tiene, como todo muchacho, la ilusión del amor.

DOÑA MALVA. ¡Pero Eloísa es casada!

MADRUGA. ¿Casada?… ¡Pudiera dejar de serlo el mejor día!… Su marido, el mala cabeza de su marido, se fué a tierras lejanas y salvajes, donde el dinero se gana en un santiamén y en otro santiamén se pierde la vida… Dos veces se ha dicho ya que había muerto…

DOÑA MALVA. Sí, sí; dos veces. Una en un naufragio; otra en riña, en unas minas de oro. Pero las dos veces se desmintió.

MADRUGA. Pues a la tercera va la vencida, doña Malva.

DOÑA MALVA. ¿Cómo?

MADRUGA. Que ahora ha sido de veras; que ahora ha muerto.

DOÑA MALVA. ¡Madruga! ¿Qué dices?

MADRUGA. Su sobrina de usted es viuda ya.

DOÑA MALVA. ¡Jesús! No lo quiero creer; no me consiento… ¿En qué te fundas para asegurarlo? Sólo en el deseo no será.

MADRUGA. No, señora; yo no le deseo a nadie la muerte.

DOÑA MALVA. Yo, a ese bandolero…

MADRUGA. Lo que hay es que un amigo mío me escribe desde Méjico que al *Trueno* le han matado en no sé qué algarada revolucionaria; que él lo ha visto por sus propios ojos.

DOÑA MALVA. ¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Al fin has hecho tu justicia?

MADRUGA. No lo dude usted; la noticia es veraz. Eloísa es viuda.

DOÑA MALVA. ¡Viuda!… Pues bien, Madruga, oye esto; aunque sea viuda Eloísa, no será para tu sobrino. Ya se contentará con la vacante de la

Tabacalera.

MADRUGA. Eso yo no lo sé. Por mí, haré los posibles… Descuide la señora.

DOÑA MALVA. Así lo espero de tu lealtad.

MADRUGA. Pero ése es un terreno en que no valen súplicas, ni amenazas, ni poder alguno. Las mujeres son para el que sabe festejarlas y rendirlas. Premios que da la vida a nuestros afanes. A veces resultan castigos; pero como premios se reciben. ¿Me manda algo más la señora?

DOÑA MALVA. Nada más que eso. No te olvides de cuál es mi gusto. Adiós.

MADRUGA. Servidor de la señora. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

DOÑA MALVA. *Después de una pausa.* ¡Para el ganso de tu sobrino iba a estar aquí guardada esta alhaja!… ¡Limpiaos los dos, bellacones!

Por la puerta del foro viene oportunamente Regino, con extraña alegría.

REGINO. ¡Mamá! ¡Mamá!

DOÑA MALVA. ¡Hijo! ¿Qué traes? ¿Sabes algo?

REGINO. ¿Lo sabes tú?

DOÑA MALVA. Tu cara te vende… Madruga me ha traído a mí la noticia. ¿Y a ti?

REGINO. Ha muerto el *Trueno;* ¿no es verdad?

DOÑA MALVA. ¡Ha muerto! Así parece. ¿Quién te lo ha dicho a ti?

REGINO. En el Casino. Andrés Hinojosa ha recibido carta de un compañero suyo, un chico diplomático, en la cual le da pelos y señales del hecho.

DOÑA MALVA. ¿Ha sido en Méjico, en un motín revolucionario?

REGINO. ¡No: en California, en un desafío!

DOÑA MALVA. Son cosas bien distintas.

Regino. Siempre ocurre lo mismo. Las noticias se refieren desfiguradas. Conque el fondo sea cierto…

Doña Malva. Sí; dices bien… Y esta vez ha de serlo; debe serlo, hijo mío.

Regino. Pero a Eloísa nada se le dirá hasta adquirir absoluta certeza.

Doña Malva. Nada, claro es. Tú, sin embargo, aprovecha el tiempo; no pierdas las horas en contemplaciones platónicas… Gana su afecto lentamente, procurando hacerte agradable a sus ojos.

Regino. Mamá, esto que tú me recomiendas… ¡lo he intentado ya tantas veces!… Pero sin resultado nunca. Eloísa es un misterio… y por eso es más bella; Eloísa es un abismo y por abismo, más insondable. Siempre que trato de explorar en su alma encuentro su interior envuelto en sombras… Su carácter se ha tornado áspero, displicente…

Doña Malva. ¡Ella, que era tan dulce!… Efecto es eso de la manía religiosa… Su desgracia y el no poder tener afectos sin ofensa de la moral, la han conturbado de esa manera… Pero si Dios ha querido ya que sea libre…

Regino. No sé, no sé… Yo me confundo… Me atrae y la respeto… Le huyo… y me acerco a ella, sin embargo… Alma fervorosa, enamorada de la santidad, ¿cómo podrá escucharme nunca?

Doña Malva. ¡Bah, bah! Te pierdes en puras sutilezas. No veas en el misticismo de Eloísa más que el desconcierto producido en su alma por un matrimonio desatinado. Yo no creo en su santidad ni en ninguna… en los tiempos que corren. La religión es indispensable: es un lazo social, una fuerza, sin la cual no es fácil gobernar a estos pueblos bárbaros, a estas muchedumbres groseras… Pero otra cosa, no; otra cosa, no. Ni lo es, ni debe serlo. La pobre Eloísa se ha encontrado en la flor de la juventud casada de derecho; viuda de hecho… Y ése es el quid; no hay que pensar en más filosofías. Tu deber es ganar su ánimo; salvarla. Te sobran medios para ello; tienes buena figura, gracia, ingenio, saber…

Regino. ¡Ah! No sé si tengo todo eso que ven en mí tus ojos de madre. Sé que los que tú llamas desvaríos del espíritu me imponen a mí mucho respeto… ¡Es tan fácil profanar un santuario!… Vivimos los hombres del día

harto encenagados en el egoísmo para comprender los vuelos atrevidos de las almas; andamos muy a flor de tierra; no tenemos alas… Eloísa las tiene.

Doña Malva. Alas tenemos todos, tontín. En fin, yo voy a comunicarle a tu padre… A ver él qué dice Mira: allí viene ella… *Señala al fondo.* Viene de visitar el monjío. También se adiestra con las Hermanas del Hospital en el aprendizaje de la cura de heridos y de enfermos. Aquí tiene uno a quien curar. Te dejo con ella, Regino. Pronuncia en su oído voces tiernas… La mujer, aunque sea santa o estudie para santa, oye siempre con gusto las palabras delicadas del hombre… Y si se te muestra esquiva, no hagas caso: sé siempre hombre, sé galán… Mira lo que haces, Regino… Sé hombre, hombre de veras.

Aparece por la puerta del foro Eloísa, cargada de flores en manojos, que sujeta sobre su pecho con ambos brazos.

Eloísa. ¿Quién hay aquí? ¡Tía!

Doña Malva. ¡Muchacha! ¿Eres la Primavera?

Eloísa. ¡Ah! Regino. Ayúdame a llegar a puerto con mi carga. *Se le caen varias flores.* Coge ésas.

Regino. *Obedeciéndola.* ¡Sí!

Eloísa. Ahí tiene usted a las de Ojeda, tía.

Doña Malva. ¿Las de Ojeda? ¡El Diario parlante!

Eloísa. Me han mirado de un modo muy particular.

Doña Malva. Como te han visto cargada de flores… ¿Qué traerán esas dos correntonas? Ya sabrán ellas algo nuevo… Voy a ver, voy a ver… *Desde la puerta de la derecha, a su hijo.* ¡Tú… Céfiro… ayúdale a Flora!… *Vase.*

Eloísa. *A Regino, que le sonríe.* Aunque no soy Flora, ni tú Céfiro, ayúdame, anda.

Regino. ¡Qué hermosura de flores! ¿Las traes del convento?

Eloísa. Y del jardín del hospital.

Regino. ¿Te las han dado las monjitas?

ELOÍSA. Sí. Han cortado casi todo su huerto para dármelas. Yo no quería; pero ellas se empeñaron. Vamos a ponerlas en agua.

REGINO. Son muy amables, muy buenas, las monjas, ¿verdad?

ELOÍSA. Hay que tratarlas para saberlo bien.

REGINO. Prima, ¿qué clase de consuelo dan a tu alma esas mujeres?

ELOÍSA. ¡Oh! ¡El de las dulzuras de la paz!

Va escogiendo flores, auxiliada por Regino, y reuniéndolas en diversos grupos. Luego, entre los dos las colocan en búcaros, que llenan de agua.

REGINO. ¡El de las dulzuras de la paz! Noto en ti, Eloísa, de algunos días acá, una intensa melancolía… ¿Tendré derecho a preguntarte?… ¿Me querrás decir si te turban, acaso, recuerdos tristes, presentimientos temerosos?…

ELOÍSA. No, Regino; ninguna turbación me altera.

REGINO. ¡Dichosa tú! Yo sí, prima; yo sí siento tristezas hondas, y me paso los días mirándome en ellas… como el sauce en las aguas quietas.

ELOÍSA. *Con ligera inflexión de burla; sin mirarle; atenta a la tarea de las flores.* ¿Poesía, Regino? ¿Acertó al llamarte Céfiro tu madre?

REGINO. Todos los tristes son poetas sin saberlo.

ELOÍSA. Yo, no… Yo soy triste y prosaica.

REGINO. ¡Prosaica tú!… Óyeme, Eloísa.

ELOÍSA. Ya te oigo. Pon agua en este búcaro.

REGINO. Sí. Dime: ¿no podríamos fundir nuestras tristezas, las tuyas y las mías, no para aliviarlas, porque eso ha de ser imposible, sino para… para que nuestras almas sientan juntas, con un solo dolor, el goce de las supremas angustias?

ELOÍSA. Criatura, estás terrible de metafísico. Nada de lo que me dices entiendo.

REGINO. ¿No será que te distraes con las flores? Llamo yo supremas angustias a la aspiración nunca lograda de alcanzar el supremo bien.

ELOÍSA. ¡Ah, ya! Si el supremo bien es la verdad, a que por la fe se llega, creo que voy mejor sola que fundida, como tú dices, con otro ser

ninguno.

Regino. El camino de la perfección es tan áspero, Eloísa, que por él van mejor los que van en pareja que los que van solos.

Eloísa. ¡Ay, no! Yo no pienso así.

Regino. Yo así pienso y siento. Me da temor ir sí Necesito un alma superior a la mía, que me guíe, que me aliente.

Eloísa. Vamos, y me quieres a mí de rodrigona; de institutriz mejor, porque eres un niño.

Regino. No es eso.

Eloísa. Antes eras un superhombre, y ahora tan poco hombre que necesitas de una pobre mujer para… para no sé qué, pues te repito que no lo entiendo.

Regino. No entiende… quien no quiere entender. *Contrariado.* Te muestro mi alma… y tú te burlas.

Eloísa. Burlarme, no, Regino. Eso no. Pero no me pidas milagros del reino de la inteligencia, porque la he perdido. *A un gesto de él.* Quiero perderla en absoluto y llegar a la completa simplicidad. Ahora me miras como pensando «¡Por Dios, que has llegado ya, o poco te falta!».

Regino. Mal traduces mi pensamiento.

Eloísa. ¿Ves cómo he perdido la inteligencia?

Regino. No, no la has perdido; pero si tratas de apagarla para que tu alma se alumbre exclusivamente con luz de la fe, en cambio, Eloísa, tu sensibilidad ha de ser cada día más viva.

Eloísa. *Volviéndose hacia él para darle un búcaro rosas.* ¡Ay! ¡En eso estás más equivocado que en lo más! Trato de ser por completo insensible, y lo voy consiguiendo. Sí, Regino; absolutamente insensible. *Le mira fijeza.*

Regino contempla el rostro de Eloísa, que es en este instante como el de una imagen de madera: sin expresión, agradable y sin ninguna movilidad. Luego, alejándose de ella, murmura:

Regino. ¡Y mi madre quiere que yo incendie esta piedra… este mármol! ¡Ay!… Quizá cuando se entere…

Eloísa. ¿Qué dices?

Regino. Nada… Comentaba entre mí tu resolución de volverte insensible.

Sale don Pelayo por donde se marchó, harto malhumorado.

Don Pelayo. ¿Eloísa? Regino, ¿dónde está tu madre?

Regino. De visita con las de Ojeda.

Don Pelayo. ¡Ah, con las de Ojeda! ¿Cómo habían de faltar hoy las de Ojeda? Y vosotros dos, ¿qué estáis haciendo?

Eloísa. Regino me ha ayudado a arreglar estas flores, mientras tanto… hemos filosofado un poco.

Don Pelayo. Filo… filosofado, ¿eh? Pues no está la Magdalena para tafetanes ni el horno para filosofías. Sois un par de simples.

Regino. No lo niego.

Don Pelayo. Tú, más simple que ella.

Regino. Sin duda.

Don Pelayo. Pues déjame, que necesito hablarle.

Regino. Bien; sí, señor. Paciencia, primita. *Retirándose por la puerta del foro.* (¡Ah! Ya no hay duda; la noticia de la muerte es cierta. Esperemos.)

Eloísa. *Con indiferencia.* ¿Pasa algo, tío?

Don Pelayo. Pasa, y mucho. Ven, siéntate a mi lado. El asunto de que vamos a tratar es grave. ¡Muy grave!

Eloísa. *Sin inmutarse.* ¿Muy grave? Y ¿hay ya para mi alguno que lo sea?

Don Pelayo. Hay uno, que es éste.

Eloísa. Hable usted.

Don Pelayo. Con tanta religión y tantas devociones, tu alma se habrá llenado de fortaleza.

Eloísa. Sí, señor.

Don Pelayo. Prométeme no alterarte con lo que te voy a decir. Te pido, hija mía, una serenidad perfecta; quiero que mis palabras no produzcan

en ti emoción ninguna.

ELOÍSA. Cuente usted con ello. Dígame lo que quiera y míreme bien al rostro mientras me habla, que no sorprenderá en él la más leve sombra de alteración.

DON PELAYO. Muy bien. Es una ventaja que seas así; que te hayas vuelto así. Si el misticismo te ha dado esa serenidad, bendito sea el elixir místico. Atiende. Tu marido…

ELOÍSA. ¿Qué?

DON PELAYO. ¿Qué?

ELOÍSA. Nada… no me altero. Vea usted mis ojos.

DON PELAYO. Creí… Pues tu marido… Vamos por partes. Tú me has dicho mil veces que después de lo que entre vosotros pasó, el recuerdo de tu marido es para ti como recuerdo de un difunto.

ELOÍSA. *Impávida*. Lo mismo.

DON PELAYO. Pues repíteme ahora que del amor que tomaste, arrebatada inclinación más que amor verdades no queda en tu corazón el menor rastro.

ELOÍSA. Lo repito.

DON PELAYO. Lo que yo te diga de él, por tanto, separa ti como si te hablara de personas pasadas a la Historia de héroes novelescos…

ELOÍSA. Exactamente. Vea usted, vea usted mi cara.

DON PELAYO. Sí, ya la veo: impasible. E impasible te quedarás si te digo que vive como si te digo que muere.

ELOÍSA. Igual.

DON PELAYO. Y ¿no me preguntas si muere o vive?

ELOÍSA. Nada pregunto; ya ve usted.

DON PELAYO. ¿Recuerdas bien las horribles peripecias de los seis meses de tu matrimonio?

ELOÍSA. Las recuerdo —usted lo decía antes— como los pasajes de una novela que un día nos conmovieron y que luego nos hacen reír o no nos interesan.

Don Pelayo. Te enamoriscaste de él por su labia, por su arrogancia; por aquel atrevimiento, digamos insolencia.

Eloísa. Así fué.

Don Pelayo. Yo me opuse con todas mis fuerzas a tu boda.

Eloísa. Pero yo salté por todo ciegamente, y me dejé desposar.

Don Pelayo. Justo. Pronto conociste el disparate que habías hecho. Antón olvidó todos sus deberes. Siempre metido en trapisondas, amaba vivir en rebeldía constante. No pensaba más que en pendencias. Hubo día que su vida en esta región era la de un bandido.

Eloísa. La de un bandido; sí, señor.

Don Pelayo. Asaltaba cortijos, para distribuir sus riquezas a su voluntad; ponía en libertad a los presos; quería abrir los claustros; expoliaba sin freno a todo el mundo… Ni a tus tiernas admoniciones ni a las mías atendió. Ni a ti, que eras la dulzura, el amor, ni a mí, que era la razón, la ley, nos hacía ningún caso. Conmigo tuvo reyertas horribles; burlaba la Justicia, hacía todo linaje de atropellos… A ti, porque quisiste inducirle a la vida tranquila, te ofendió de palabra.

Eloísa. Y aun de obra.

Don Pelayo. En fin, que por incompatibilidad y malos tratos, te viste al fin libre de aquel sayón, de aquel verdugo… Yo intervine en la separación judicial. Él huyó… por suerte, y nos quedamos tan tranquilos.

Eloísa. *Suspirando.* ¡Tan tranquilos!

Don Pelayo. Admiro la serenidad de tu espíritu. La religión te ha enseñado a perdonar las ofensas y a mirar con indulgencia el dolor humano. ¿Continuarás impávida como hasta ahora si te digo que tu marido ha muerto?

Eloísa. *Con gravedad* Si es así, perdónele Dios, como yo le perdono.

Don Pelayo. ¿Y si te dijera que vive? *Eloísa permanece paralizada mirando a don Pelayo muy fijamente.* ¿No te inmutas? ¿Oyes la noticia como has oído la de la muerte?

Eloísa. Lo mismo: ya usted ve. Si ha muerto, mi oración; si vive, mi olvido piadoso.

Don Pelayo. Pues bien, sábelo ya, santa de esta casa: el *Trueno* aún retumba; el monstruo vive todavía; Antón Caballero ronda otra vez estos lugares. Anoche le han visto en Moratilla. *Eloísa se levanta. Silencio. Don Pelayo la observa y luego prosigue.* Dos cartas he recibido yo hablándome de él: una, en que se me dice que ha muerto lejos, no sé dónde, y de manera trágica; otra, en que se me anuncia que vive y que nos busca nuevamente. En ésta creo; la otra se me antoja una patraña. ¿Qué crees tú?

Eloísa. Que vive.

Don Pelayo. ¿Por qué crees eso y no lo otro?

Eloísa. ¿No lo cree usted también?

Don Pelayo. Yo, porque lo temo.

Eloísa. Yo, no. Pero siento en mí que vive y que acaso está cerca.

Don Pelayo. *Apretando los puños con rabia.* ¡Oh! Nada podrá contra nosotros.

Eloísa. Tío, dejo a usted. Quiero ahora recogerme en la soledad de mi cuarto; deseo meditar… lo necesito.

Don Pelayo. Sí, hija, sí.

Gravemente y sin alteración visible, coge Eloísa unas rosas muy bellas que dejó apartadas sobre la mesa, aspira su aroma y se retira por la puerta de la izquierda en actitud mística, besándolas.

Eloísa. Quiero estar sola… sola con estas rosas.

Don Pelayo. *Viéndola marcharse.* Mujer extraña… incomprensible. ¡Y él, hombre maldito! ¿Por qué no se habrá muerto cien veces? ¿A qué viene sino a infernar? ¡Malva! ¡Malva!… *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Queda unos instantes la escena sola, y de repente surge por la puerta del foro el execrado Antón Caballero. Su traza es singular; su apostura, varonil y gallarda. Ha llegado a caballo al pueblo de sus luchas, donde se forjó su leyenda, y entra en la casa de los caciques a dar fe de vida.

Antón. ¡Ah de la casa! Nadie me sale al paso; nadie me lo estorba. ¡Jamás pensé llegar aquí tan llanamente! ¡Ah de la casa! ¿Todos me huyen o

todos han ido a delatarme? ¡Bandidos de Agramante, aquí tenéis ya a Antón Caballero el bandido!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja, con sendas puertas a la derecha del actor y al foro, y una gran ventana a la izquierda. Hermosos bargueños, armas, cuadros de familia, algunos retratos.

Doña Malva aparece sentada. Verónica, acompañada de Eloísa y su antigua aya, sale por la puerta de la derecha.

Verónica. ¿Señora?

Doña Malva. Aquí estoy. Ven, acércate. Quiero hablar contigo dos palabras antes que llegue el monstruo.

Verónica. Pero ¿al fin va a volver?

Doña Malva. ¡Ya lo creo! Ayer no se le recibió, porque había que prevenirse un poco… y porque aquélla no era forma de presentarse. ¡Entrarse aquí como en país conquistado, dando voces como en posada lugareña!… ¿Qué se figura él? Pero había que decirle que hoy se le esperaba, para que no nos armase una escandalera, que es lo que él hubiera querido. Vive de eso: de la camorra, del atropello, de la desvergüenza, del desorden…

Verónica. ¡Maldito de Dios! ¡Cuánto ha hecho sufrir a mi niña! Y ¿a qué vendrá, señora?

Doña Malva. ¡A molestar!… como dice Pelayo. Y a sacar dinero, si puede.

Verónica. Con tal que se vaya para no volver nunca, denle los señores lo que pida.

Doña Malva. ¡Cualquiera le da lo que pida a un bandolero así! Pero, en fin, si no es demasiado… A enemigo que huye…

Verónica. ¡Yo que le hacía ya patitieso y a la niña viuda!…

Doña Malva. ¡Eloísa viuda!… ¡Cuánta felicidad para ella… y para nosotros! No hay que desesperar, sin embargo… El mejor día le escabechan al volver una esquina… Quien ama el peligro… Y ella, ¿cómo está? ¿Qué tal ha recibido la nueva? Dímelo tú, que eres su confidenta. Porque yo no le he sacado palabra de sustancia ni he podido leerle nada claro en los ojos.

Verónica. No crea la señora que conmigo se comunica mucho más. Está rara, muy rara… muy metida en sí…

Doña Malva. *Recelosa.* ¿Hasta contigo, que la enseñaste a andar?

Verónica. Como se lo digo a la señora. Está rara, muy rara…

Doña Malva. Pues hoy debe guardar clausura rigurosa… ¿me entiendes? En la celda se ha de pasar el día. Hay que evitar que vea a su marido y que él pueda verla también.

Verónica. Sobre eso no pase cuidado la señora. Ella es la primera que no quiere verle.

Doña Malva. Así sea.

Por la puerta del foro llega, nervioso, don Pelayo.

Don Pelayo. Ahí le tenemos ya.

Doña Malva. ¡Hola!

Verónica. ¡El Señor nos proteja!

Don Pelayo. Le he dicho a Juan que lo pase aquí. Habitación retirada del cuarto de Eloísa; cercana a la calle, para cualquier desmán…

Doña Malva. Márchate, Verónica.

Verónica. Sin que la señora me lo mande dos veces. Yo tampoco le quiero ver. *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Pelayo. Calma, calma…

Doña Malva. Calma, pero no miedo, Pelayo.

Don Pelayo. Yo no tengo miedo; es prudencia.

El miedo es natural en el prudente…

¿Qué sabemos con qué armas vendrá a combatirnos este hombre? Nos odia… Es audaz, astuto… Tiene la audacia del león y la astucia de la serpiente… Yo voy por mi revólver, ¿eh? ¿Qué te parece, Malva?

Doña Malva. *Sacando otro de su faltriquera.* Que mira.

Don Pelayo. ¡Ah! ¡También tú!… ¡Claro!, todo es poco… Te has anticipado a mi pensamiento. Vengo en seguida.

Doña Malva. Tarda lo que quieras. No me importa encararme sola con el peligro. ¡Leoncitos a mí!…

Don Pelayo. De todos modos… *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Doña Malva espera unos instantes, animosa, la temible visita. En la puerta del foro aparece luego, sombrero en mano, nuestro héroe.

Antón. Señora mía…

Doña Malva. Antón Caballero, adelante.

Antón. Aquí estoy, a la hora que se me concedió la audiencia, ya que ayer pude entrar de rondón en la casa, pero no logré ver a sus señores.

Doña Malva. Teníamos visita; no le podíamos atender, como usted se merece, en aquel momento…

Antón. Ya, ya. ¡Y que un muerto resucitado siempre turba!

Doña Malva. Aquí no nos asustamos de muertos ni de vivos. Siéntese usted.

Antón. Gracias.

Doña Malva. Siéntese, siéntese.

Antón. Déjeme que siga en pie un ratito. Así manifiesto mejor mi respeto a la noble dama, y al propio tiempo admiro estas preciosidades, algunas de las cuales ya conocía… Estos bargueños fueron de mi casa; están en el mismo sitio en que yo los vi desde que abrí los ojos.

Doña Malva. Y eso, ¿qué?

Antón. Que como esta casa en que ustedes viven fué mía, como nací en ella, natural es que sienta emoción al entrar aquí; al ver objetos venerables

que pertenecieron a los míos.

Doña Malva. Algo queda de su familia de usted. Los Caballeros naufragaron por su mala cabeza. Pero también hay aquí cosas pertenecientes a la familia de Pelayo, a la mía.

Antón. Sí; todo está confundido y revuelto. *Mirando por la puerta de la derecha.* Allí veo el retrato de usted en su florida juventud. ¡Hermosa y nobilísima figura! Sus padres de usted, enriquecidos en el comercio de artículos valencianos —esterería, chufas, alpargatas, loza ordinaria—, encargaron ese retrato a uno de los más célebres pintores de la época. Allí está; es obra maestra; se ve en él su voluntad firme, su carácter férreo, que no retrocede ante ningún obstáculo. ¿Verdad, señora?

Doña Malva. Verdad.

Antón. ¡Gran ironía es llamarle a usted doña Malva!

Doña Malva. Bueno; bien está de preámbulos, ¿no cree usted? No divague más… y dígame cuál es su intención al volver a estas tierras. Siéntese y conteste a mi primera pregunta: ¿cómo se explica que se hayan recibido ahora en Agramante algunas cartas anunciando su muerte por naufragio, pendencia, catástrofe minera, desafío…?

Antón. *Jovial.* Obedeceré a usted sentándome y respondiendo. Pero ¿no han comprendido ustedes?… *Ríe.* En cuanto hice propósito de volver a dar guerra a mi país, se me ocurrió la idea de que algunos amigos escribieran a varias personas anunciando mi muerte en formas distintas…

Me reía yo imaginando el alegrón de ustedes al recibir la fausta nueva; me reía más pensando en el efecto terrorífico de mi aparición súbita, como un muerto que se levanta. ¡Ja, ja, ja! Ya lo ve usted, señora: ni naufragio, ni fusilamiento, ni ningún género de cataclismo: ni me ha tragado el mar, ni me ha sepultado la tierra. Aquí estoy vivo y fuerte para todo cuanto sea menester.

Doña Malva. Es usted un mal hombre. Sepamos a qué viene usted.

Antón. Lo primero, a tener el honor de saludarles. Es gusto a veces saludar a los enemigos y manifestarles el gozo con que reanudamos nuestra bendita enemistad.

Doña Malva. Gracias, gracias… Corresponderemos.

Antón. Y después de saludar a ustedes en su casa… en esta casa que fué mía… Pero yo quisiera, insigne doña Malva, decirle todo esto al también insigne don Pelayo… No es que yo desconsidere a doña Malva, nada de eso; yo le reitero mis homenajes más rendidos; pero me parece natural que sea el señor don Pelayo el que oiga las pretensiones de Antón Caballero y decida sobre ellas con aquel generoso criterio, con aquel supremo conocimiento de las leyes…

Doña Malva. Mi esposo ahora vendrá. Cuando ya no está aquí, será que han llegado unos clientes a quienes también esperaba…

Antón. Y los ha preferido; es lógico. Alabo por esto a don Pelayo y compadezco a los clientes. ¡Pobrecillos! Yo les diría: «¡Infelices, huid de esta caverna, donde dejaréis vuestros huesos bien pelados!».

Doña Malva. ¡Basta! No tolero ya más ultrajes. *Se levanta.* Llamaré a mis criados para que lo pongan a usted en la calle, y a mi marido para que conteste a sus insultos.

Vuelve oportunamente don Pelayo.

Don Pelayo. No es preciso llamarme; aquí estoy.

Antón. *Inclinándose.* ¡Señor don Pelayo! ¡Oh, señor don Pelayo! ¡Tengo una gran satisfacción en saludarle!

Don Pelayo. Al llegar oí tus insolencias, Antonio. Si no moderas tu lenguaje, poco hemos de hablar.

Doña Malva. Sí, sí; poco y aprisa. Despáchalo prontito.

Antón. Perdóneme el señor don Pelayo y su noble consorte. Los dos conocen bien mi carácter, que estalla en la sinceridad fácilmente. Yo doy mi palabra de contenerme, y hasta de ser amable y amenizar esta visita con las usuales mentiras de sociedad.

Don Pelayo. Sepamos, sepamos tus propósitos.

Doña Malva. Bien claro me los ha dicho a mí: gozarse en reanudar la enemistad con que nos distingue. Lo que tú pensabas: molestarnos todo lo que pueda.

Antón. Me conoce bien don Pelayo. Es natural que el molestar a ustedes sea mi fin primero. Este mundo no es más que un valle de molestias.

Luchando por la vida nos molestamos los unos a los otros, y adulándonos, acabamos por endulzar la molestia con una hipócrita tolerancia.

Doña Malva. ¡No puedo oírlo en calma, no puedo!…

Don Pelayo. Retírate; mejor será. Déjanos a los dos. A mí me sobran serenidad y sangre fría. Lo sufriré mejor que tú.

Antón. Sí; convengo en ello. Mi señora doña Malva debe retirarse. Es persona tan delicada, que de la menor palabra se asusta… Y así, mientras yo hablo tranquilamente, amigablemente con don Pelayo, puede su señora dar la voz en la casa, y aun en la villa, y avisar, si es que ya no lo han hecho, al juez, al alcalde, a la Guardia civil, para que vengan a sorprenderme en esta agradabilísima entrevista.

Don Pelayo. No tenemos necesidad de prevenir a nadie. Malva se va adentro por no oírte.

Doña Malva. ¡Y por no verlo! ¡Mi carácter también estalla en la sinceridad! *Se entra por la puerta de la derecha.*

Don Pelayo. ¡Ea, ya estamos los dos frente a frente!

Antón. ¿Como enemigos… leales?

Don Pelayo. ¡Como lo que tú quieras! No habrá juez, ni alcalde, ni Guardia civil, ni nada de eso, si me manifiestas concisamente tus deseos, tu intención. ¿Qué te trae aquí? ¿Qué buscas? ¿Amistad, acaso; el perdón de tus tropelías; dinero?… ¿Vienes por dinero?

Antón. Ni amistad, ni perdón, ni dinero busco. ¡Y dinero menos que nada!

Don Pelayo. *Desorientado.* ¿Menos que nada?… Según eso… cuando no lo buscas… lo tienes. Me alegro, me alegro. Y te felicito. ¿Has hecho negocio por allá? ¿Tus correrías y trapisondas te han dado buen botín?

Antón. Sí, señor.

Don Pelayo. Y los procedimientos, ¿han sido los mismos que en Agramante?

Antón. No, señor. Aquí me lancé a una rebeldía más violenta que provechosa; más deportiva que criminal, por vengarme de los que me habían despojado a mí y despojaron a los míos de todos los bienes. El botín aquí no fué para mí, sino para ellos; a usted le consta bien; pero mi rabia me impulsaba a burlarme de una justicia que existe exclusivamente en beneficio de los poderosos y contra los pobres: a ultrajar a unas autoridades inicuas. Venganza ilegal, si usted quiere, de crímenes legales. Allí, en América, he procedido de otro modo: he robado a la Naturaleza lo que a mi parecer no era de ella, sino mío, de todos los hombres.

Don Pelayo. Y ¿has matado también?

Antón. A los que querían matarme a mí y tomarme la delantera. Pero el dinero ha venido a mis manos por una eventualidad nada rara en aquella vida de lucha. Dinero noblemente adquirido; no a costa de la sangre de nadie, como el de usted.

Don Pelayo. ¡Bandido! ¿Qué dices? *Lo amenaza con una silla.*

Antón. Déjese de amenazas ridículas y óigame explicar lo que he dicho. Cuando murió mi padre, medio arruinado por el fracaso de todas sus empresas agrícolas…

Don Pelayo. Tu padre era un loco, un soñador… Yo le predije su ruina; se la predije.

Antón. Mi padre era un soñador y un loco, y usted un hombre práctico; tan práctico, que al arreglar la testamentaría, de acuerdo con los acreedores, redobló usted en beneficio suyo las cifras de las deudas.

Don Pelayo. ¡Eso es una infame mentira!

Antón. Y luego intrigó y se confabuló con los tasadores de esta casa, para atribuirle un valor irrisorio, y por un pedazo de pan se quedó usted con ella. ¡Natural era que le predijese usted a mi padre su ruina!

Don Pelayo. ¡Calumnia, Antón, calumnia! No sigas por ese camino.

Antón. ¿Y el caso de mi tío Gregorio, es calumnia también? ¿Cómo adquirió usted la huerta que él tenía junto a sus propiedades? ¡De acuerdo con el juez y con el alcalde, brazos del cacique! Lo abrasaron a multas, lo metieron en un dédalo de litigios… El pobre hombre huyó, y usted compró

entonces la huerta por cuatro reales. ¿No quiere usted que siga por este camino?

Don Pelayo. ¡No!

Antón. ¡Claro! Es muy largo y muy duro de recorrer; está todo él sembrado de infamias de esa clase. Usted, dominando el distrito y teniéndolo siempre no sólo sometido, sino aterrado, hace aquí lo que quiere; es señor de vidas y haciendas, apoyado en una autoridad política que es la trampa de todas las leyes.

Don Pelayo. ¡Ya salieron las leyes!

Antón. ¡Pues no habían de salir, en Agramante y en casa de usted! Con las leyes se cometen aquí más crímenes que con los siete pecados capitales. Todas son hechas con callejuelas para que en ellas hagan su nido los vividores. «Detrás de la ley está la trampa»; ésta es la divisa de su escudo de usted. ¿Quién es más bandido? ¿Usted o yo?

Don Pelayo. ¡Tú! ¡Porque yo no lo soy! Mi riqueza la he adquirido con mi trabajo. Acabemos, Antonio. Ya te he aguantado bastante. Hablemos de verdad; ¿qué dinero quieres?

Antón. ¡Y dale!

Don Pelayo. Puedo auxiliarte como administrador de los bienes de tu mujer.

Antón. Pero ¿no le he dicho a usted ya que no quiero dinero ninguno?

Don Pelayo. Como no hablas sino mentiras, creí que ésa era otra.

Antón. Pues tan mentira es ésa como las anteriores y como esta que va usted a oír: no vengo por dinero; vengo por prenda que vale mucho más. Vengo por Eloísa; por mi mujer.

Pon Pelayo. ¿Por tu mujer?

Antón. ¿Le sorprende? ¿Pido algo que no sea legal? En sus cálculos de usted ¿entra el secuestrarla y separarla de mí para toda la vida?

Pon Pelayo. No, Antonio, no; yo no secuestro a nadie. Ni yo la he separado de ti. Tú la abandonaste infamemente; yo la he recogido. ¿Es esto delito? ¿Es acto de bandidaje también?

ANTÓN. En modo alguno; todo lo contrario. Y yo que lo agradezco, en prueba de esta gratitud deseo quitarle a usted los quebraderos de cabeza que le acarrearía la administración de sus bienes; de esos bienes con los cuales quería usted auxiliarme hace un momento. Es cierto que yo la abandoné; es cierto que usted la ha recogido; y lo es, por último, que no quiero vivir más tiempo separado de ella. La reclamo. ¿Tengo derecho o no?

DON PELAYO. Evidente.

ANTÓN. Pues deme a Eloísa ya y lo libraré de mi presencia en el acto. No verá usted más a Antón Caballero.

DON PELAYO. La proposición es tentadora; pero yo, hijo mío, no mando en tu mujer. Por mí, ahora mismo te la daría, aun traicionando a mi conciencia…

ANTÓN. Entonces…

DON PELAYO. ¡Insensato! ¿No cuentas con que ella te aborrece? Sólo de oírte nombrar se altera, se trastorna. Tu mala conducta y sus sufrimientos han abierto un abismo entre Eloísa y tú.

ANTÓN. ¿Sí, verdad?

DON PELAYO. ¡Sí, verdad!

ANTÓN. Bien. Pero eso del abismo y del trastorno y del horror que le causa mi nombre, que me lo diga ella.

DON PELAYO. ¡Ella!… ¡Ella no quiere verte! Por librarse de tu presencia acudirá a todo: al juez, si hace falta.

ANTÓN. Pues que acuda, que acuda. Aquí está el reo. Ante el juez hablaremos los dos y ella resolverá lo que quiera. Ella, no usted.

DON PELAYO. ¡Pero si, sobre todo eso, desgraciado, hay algo más grave que tú ignoras enteramente!

ANTÓN. ¿Eh?

DON PELAYO. ¡Algo que yo te voy a revelar ahora mismo!

ANTÓN. ¿Qué quiere usted decirme?

DON PELAYO. Nada que sea en desdoro de ella, pero, que pueda desviarte de Eloísa tanto como Eloísa se ha desviado ya de ti.

Antón. *Con viva ansiedad.* ¡Dígamelo pronto, por mi vida!

Don Pelayo. De algún tiempo acá… ello empezó a los dos meses de tu abandono… Eloísa ha cambiado completamente de sentimientos: la esposa del librepensador, del de creído, se ha entregado en cuerpo y alma a la vida devota.

Antón. ¿Qué habla usted?

Don Pelayo. La pura verdad; la evidencia. Cuando no hubiera otros, ese abismo te separa profundamente de tu mujer. Ella, día por día, lo agranda sin cesar, anegando si espíritu en los ardores místicos, como único bálsamo a la heridas abiertas por ti en su corazón. Te odia, te aborrece, está fanatizada… Parará en un convento, no lo dudes.

Antón. ¡Ca! ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Usted me engaña o se burla de mí! ¡Esto es una burda superchería para alejarme de ella!

Don Pelayo. Pregunta, pregunta por el pueblo… Eloísa rehúye toda sociedad, todo trato de gentes…

Antón. ¡Otras serán las causas! ¡Yo la veré y sabré lo cierto! ¡Aquí se le ha tejido una red entre todos, en la que se pretende aprisionarla y ahogarla, y yo romperé las torpes mallas violentamente antes que eso ocurra! ¡Eloísa será libre, no lo olvide usted! ¡Y cuando lo sea, veremos que hace de su persona: si se entrega a Dios o al diablo!

Don Pelayo. Pero ¿te has vuelto loco?

Antón. ¡Quizá! ¡Y puede que me dé la locura por prenderle fuego a Agramante, empezando por esta casa en que he nacido, para que las llamas la purifiquen! ¡Abur! *Desde la misma puerta del foro dice antes de marcharse.* ¡Ah, señor don Pelayo: si se le ha ocurrido armarme alguna celada en mi paso por las calles del pueblo, sepa que cualquier atropello contra mí lo pagará con creces!

Don Pelayo. ¡Oh, no! ¡Puedes ir y venir tranquilo!

Antón. Podrían quizás sus genízaros, el salteador Madruga, Bocanegra y otros mastines y ladrones, prepararme alguna emboscada por cuenta propia, creyendo halagar al jefe o a la jefa…

Pon Pelayo. ¡De eso yo no he de responder!

ANTÓN. ¡Pues adviértales usted, por si acaso, ya que manda en ellos, que les saldría muy cara la broma! ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Yo también soy bandido! ¡Hasta pronto! ¡Voy a visitar al juez, al alcalde, a los más decididos defensores del poder de ustedes! ¡Me acojo a la ley agramántica; y si la ley agramántica no me ayuda, a la ley del más fuerte! ¡Seré yo la Justicia suelta! ¡Abur! *Vase de estampía.*

PON PELAYO. ¡Cómo lo ha puesto la noticia de la beatería de su mujer! ¡Buena arma ha sido ésta!… Pero yo le temo, le temo a este bribón…

Vuelve doña Malva por donde antes se fué, irritada, furiosa.

DOÑA MALVA. ¡Bandido! ¡Miserable! ¡Ladrón! ¡Te aniquilaremos!

PON PELAYO. ¿Has oído, Malva?

DOÑA MALVA. ¡Todo!

PON PELAYO. ¿Y qué?

DOÑA MALVA. ¡Que antes que se lleve a Eloísa, pobre mártir, me dejo hacer pedazos yo! No lo verán sus ojos; no lo verán. ¿No dice que podemos tanto? ¡Pues ahora tendrá la prueba que más ha de dolerle!

PON PELAYO. Cálmate, cálmate…

DOÑA MALVA. Lo que quiere ese bandolero no es a su esposa, sino sus cuartos, su peculio.

DON PELAYO. ¡Si dice que él tiene dinero!

DOÑA MALVA. ¡Qué ha de tener! Pareces tonto. Embuste, comedia… Verás cómo al fin toma lo que le des y se larga.

DON PELAYO. No; pues como entable la demanda de Eloísa en regla…

DOÑA MALVA. ¡Sacaremos dientes y uñas! Todo se puede contra un hombre tres veces procesado.

DON PELAYO. ¿Qué quieres que te diga, Malva? A mí me da miedo.

DOÑA MALVA. ¿Miedo? ¡Pelayo! ¡Bórrate ese nombre!

DON PELAYO. No hablo a tontas y a locas. Su insolencia arrogante, bien lo he conocido, está interiormente sostenida por cierta convicción de fuerza, de poder.

DOÑA MALVA. ¿Qué fuerza ha de tener ese perdido, simple?

Don Pelayo. ¡Una fuerza que da el dinero o que él se adquiere!

Doña Malva. ¡Bah, bah! No desatines. Siempre has de ser lo mismo, Pelayo; te asustas de tu sombra. ¡Don Pelayo se asusta de un ratón que mueve ruido en la cocina! Si no fuera por mí, habrías caído mil veces en la nulidad, en la impotencia.

Don Pelayo. ¡Ay, mujer, cómplice y compañera mía! Mil veces te he dicho yo también que este poder que hemos adquirido a fuerza de adular y de complacer a los de allá, a los fuertes de arriba, de la noche a la mañana puede perderse, como poder prestado que es, poder reflejo y totalmente artificial.

Doña Malva. Y ¿cómo se pierde? ¿Cómo?

Don Pelayo. Por caprichos de quienes lo dan, por veleidades, por traiciones…

Doña Malva. No, Pelayo, no; en eso te engañas. Éste es un enredijo de intereses tan bien trabado, que ni los de allí ni los de acá pueden desarmarlo a dos tirones. Hace falta años, ¡siglos tal vez!, y desde luego gentes libres, que no se hallen sujetas por un solo cabo de la trama común. No seas pusilánime: mantente fuerte y atrevido… ¡No seas mandria! *Le sacude un brazo.*

Llega presuroso don Hilario por la puerta del foro.

Don Pelayo. ¡Hilario!

Doña Malva. ¡Hilario!

Don Hilario. ¡Hola, amigos míos! ¿Ha estado aquí ya Antón Caballero?

Don Pelayo. Acaba de irse.

Doña Malva. ¿Ha visto usted qué cínico?

Don Pelayo. ¿Has visto qué nube, de pronto?

Don Hilario. No tan de pronto. Se cierne sobre Agramante hace ya varios días. Yo ayer, cuando almorcé aquí con ustedes, ya sabía que Antón estaba en Moratilla.

Don Pelayo. ¿Qué me dices?

Don Hilario. Lo que estás oyendo.

Doña Malva. ¡Pues hace falta cuajo para no prevenirnos! ¡Y habiendo hablado de él y de Eloísa durante el almuerzo! ¡No tiene usted perdón de Dios!

Don Pelayo. ¿Por qué te callaste?

Don Hilario. Hombre, la verdad, porque la noticia era una bomba… y porque nada había de remediar yo con anticipárosla. ¿A que vino Madruga a traerla? Sobre que una noticia así, lo que es yo no la doy almorzando; y después de almorzar, ¡muchísimo menos! La digestión a nuestros años es cosa muy seria.

Doña Malva. ¡Bah! Merecería usted que le pegara un palo en la cabezota.

Don Hilario. Péguemelo usted, si cree que lo merezco; pero no olvide que entre los amigos leales de ustedes, no lo hay más leal que este cura. No estaré conforme en doctrinas y procedimientos, pero soy incapaz de traicionarlos. Vaya la prueba.

Don Pelayo. ¿Qué?

Don Hilario. Un consejo sano: vean ustedes el modo de no irritar demasiado a la fiera; de no exacerbarla. Más: háganse, si es posible, amigos de Antón Caballero.

Doña Malva. ¿Cómo? ¿Se atreve usted a aconsejarnos semejante cosa? ¡Ahora es cuando le rompo el palo encima!

Don Pelayo. Deja, Malva, que explique… ¿Por qué nos dices eso, Hilario?

Don Hilario. Porque el aire va por ahí… El aire es veleidoso, inseguro… La veleta ha cambiado. No se adormezcan ustedes en Ja peligrosa confianza de su poder y de sus defensores y adictos… El diablo las carga. Antón ha vuelto repleto de influencias y de dinero.

Don Pelayo. *A su esposa*. ¿Eh? ¿Qué te decía yo?

Don Hilario. Y con dinero y con influencias… ustedes saben bien que se vuelve negro lo blanco…

Don Pelayo. No hace un minuto se lo decía yo a Malva.

Doña Malva. Yo también te decía… lo que ahora no he de repetir. ¡Jesús, qué hombres! ¡Tienen menos ánimos que una liebre! ¡En seguida pierden la cabeza! Y es el miedo, el miedo…

Don Pelayo. Dinos, Hilario, ¿qué más sabes?

Don Hilario. ¿Te parece poco? En apoyo de lo anterior sé que en Madrid han visto a Antón la semana pasada de banquete con varios personajes: el ministro de la Gobernación uno de ellos.

Don Pelayo. ¿Oyes, Malva, oyes?

Doña Malva. ¡No me he tapado los oídos!

Don Hilario. Me consta que al alcalde lo tiene en el bolsillo a estas horas.

Doña Malva. ¡El alcalde de aquí es un espantapájaros! Mientras el juez y los demás sean nuestros…

Don Hilario. No se confíen ustedes, Malva… Nadie es absolutamente de nadie… ¿No es de ustedes el cura?

Doña Malva. ¡Hasta dar la sangre por nosotros!

Don Hilario. Pues ya Antón le ha ofrecido restaurar el retablo del altar mayor de la iglesia, y el santo varón empieza a hablar de ovejas descarriadas, del hijo pródigo y de qué sé yo qué… sin duda para preparar la próxima vuelta de la tortilla. No se confíen ustedes; insisto. Yo me ofrezco de mediador; para algo soy el hombre del ten con ten y del término medio.

Doña Malva. ¡El ungüento amarillo es usted!

Don Hilario. Del color que usted quiera, Malva.

Se presenta Madruga, también por la puerta del foro, y también preocupado.

Madruga. Señores…

Doña Malva. ¡Ah, Madruga!

Don Hilario. ¡Madruga contará novedades!

Don Pelayo. ¿Qué hay, Madruga?

Madruga. Mucho y malo, señor don Pelayo.

Doña Malva. ¿Mucho y malo?

Don Pelayo. ¿Referente a Antón Caballero?

Madruga. Pero ¿usted cree que desde ayer se habla de otra casa en Agramante? Y no es para menos. Ese hombre trae perversas intenciones.

Doña Malva. ¡Traerá las de siempre! ¡Las mismas!

Madruga. Las intenciones, señora, son de temer o no, según se puedan o no llevar adelante. Esta madrugada, una partida de hombres de Moratilla, capitaneada por los hermanos Lobo, se apoderó del cortijo de Ruyaba…

Doña Malva. ¿De nuestro cortijo?

Madruga. Sí, señora; prendió y encerró a los colonos y robó cuantos víveres allí había.

Doña Malva. ¡Jesús! ¡Mis jamones!

Don Pelayo. ¡Por vida de…!

Madruga. Luego salieron en dirección de Altuna. La Guardia civil les va a los alcances. Bueno; pues se dice —y yo lo creo a ojos cerrados— que esa partida se ha formado con dinero de Antón Caballero.

Don Hilario. ¡Qué disparate!

Madruga. ¿Disparate?

Don Hilario. ¡Cien veces disparate! Las circunstancias, la coincidencia del hecho y la vuelta de Antón, han podido hacer que se piense… ¡Pero los tiros no van por ahí!

Madruga. ¡Ya veremos por dónde van los tiros!

Doña Malva. ¡Ya lo veremos!

Don Hilario. ¡Lo de Moratilla no es más que hambre! ¡Hambre! ¡Como lo de media nación! ¡Hambre! ¿Está claro esto? ¡Hambre! ¡Ganas de hincar el diente en algo nutritivo! ¡Hambre!

Doña Malva. ¡Usted todo lo compone comiendo!

Don Hilario. Se arreglan muchas cosas, señora mía.

Doña Malva. Por lo pronto, hay que prender a ese bellacón.

Don Hilario. ¡No, no; no es ése el camino! ¡Nada de prenderlo!

Don Pelayo. ¡Pues no nos vamos a cruzar de brazos, Hilario!

MADRUGA. No está el río para dormirse en las orillas. ¿Quién se figuran los señores que se ha hecho el compinche del recién llegado?

DON PELAYO. ¿Quién?

DOÑA MALVA. ¿Quién?

MADRUGA. No lo van a creer los señores; creerán que es un cuento.

DOÑA MALVA. A ver; quién es.

MADRUGA. *Solapita.*

DOÑA MALVA. *¿Solapita?*

DON PELAYO. ¡Imposible, Madruga!

MADRUGA. ¿No lo dije?

DON HILARIO. ¡Posible y más que posible! ¿No lo dije yo?

MADRUGA. Sí, señora doña Malva; sí, señor don Pelayo: *Solapita.* Ése, que tanto adula, que está constantemente bailando el agua a los señores… ¡Ése!

DON PELAYO. ¡El hombre a quien más he favorecido en este mundo!

DOÑA MALVA. ¡El que de pastor de puercos hemos elevado a persona decente, a caballero, a diputado provincial!

MADRUGA. Ése: ahora mismo le lame los pasos a Antón Caballero. Se han arreglado en Moratilla; le ha dado dinero de largo.

DOÑA MALVA. ¿Sí, eh? ¡Pues por mucho que haya robado el gran pirata, no tendrá para corromper a nuestros verdaderos amigos!

DON HILARIO. ¡Que así se ofusque una tan clara inteligencia! Pero ¿es posible. Malva, que viendo tales cosas se fíe usted ya de nadie? Usted, Madruga, ¿se fía ahora mismo de los amigos de esta casa?

MADRUGA. Yo, ni ahora ni nunca me fío en Agramante más que de los muertos. Ésos son los únicos que me obedecen. De las tapias del cementerio para acá, ni de mí mismo fío.

DON HILARIO. ¡Caramba! Éste es más avanzado que yo. No tengo más que oír. Voy a cumplir con mi deber de amigo. Esta noche ceno yo con Antón Caballero.

Doña Malva. ¡Milagro! ¿No lleva usted también estadística de las veces que no come en su casa?

Don Hilario. ¿Para qué, señora? ¡Ésa la llevan en las casas ajenas, como es natural! Mañana vendré a almorzar aquí, y ya saben ustedes que yo en los almuerzos no doy más que buenas noticias. Adiós a todos. *Vase resueltamente.*

Don Pelayo. Adiós, Hilario.

Madruga. Vaya usted con Dios.

Doña Malva. ¡Anda y que te pelen, pastelero!

Don Pelayo. Son muy graves todas estas cosas. Yo estoy inquieto, Malva muy inquieto. Voy a telegrafiarle otra vez al gobernador.

Doña Malva. Eso nunca estorba. Ve, ve. Exagera el peligro.

Don Pelayo. Hasta luego, Madruga. Y gracias, gracias siempre.

Madruga. Mándeme, don Pelayo.

Don Pelayo. Gracias, muchas gracias. *Se va por la puerta de la derecha*.

Madruga. No crea usted, señora: razón hay para preocuparse.

Doña Malva. Ya, ya.

Madruga. Pero, bueno; no todas son traiciones. De esto que le voy a decir a usted no he querido hablar hallándose presente don Hilario, porque como también está vivo, a Dios gracias, también recelo de él.

Doña Malva. Pues ¿qué más cosas hay?

Madruga. *Confidencialmente.* Hace unas horas he reunido a algunos de los míos, allá en el ventorro donde nos vemos siempre que se avecinan tempestades, y si bien hay algunos fríos y pasivos, otros hay bastante fogosos… demasiado fogosos.

Doña Malva. ¿Qué?

Madruga. Lo más grave de todo ello es que Gonzalito y un par de muchachos de su edad, loquinarios como él, se han juramentado para acechar

a Antón Caballero en el Arco de la Caneja, y…

DOÑA MALVA. ¡Jesús!

MADRUGA. Pero yo creo que una tragedia nos sería funesta en este caso. Nos mandarían un juez especial… y el gobernador parece que ha recomendado prudencia… y que no haya escándalos ni gresca en las calles…

DOÑA MALVA. Es natural.

MADRUGA. Algo les he dicho yo de esto; pero Gonzalito, como sabe bien la señora… sólo a la señora obedece… *Con intención.* A mi parecer, convendría que la señora le diera algún consejo… o le echara una buena peluca, quitándole de la cabeza el viento de sus bravuconerías.

DOÑA MALVA. Sí, sí; que venga Gonzalito. Mándamelo acá.

MADRUGA. Estos chicos tan adelantados nos comprometen a lo mejor con la intención más buena… En cambio, el plan del *Manquito* era otro: captura, encierro, paliza… y vaya usted con Dios y que se alivie. Proceso… nadie declara en favor del apaleado… y en paz.

DONA MALVA. Mándame, mándame pronto a Gonzalito.

MADRUGA. Sí, señora. Yo, por mi, andaré a la mira de unos y de otros.

DOÑA MALVA. Eso es.

MADRUGA. A la orden de la señora. *Se marcha por la puerta del foro tranquilamente.*

Sale Regino por la de la derecha, sombrío, meditabundo.

REGINO. ¿Quién era, madre?

DOÑA MALVA. Madruga.

REGINO. ¡Ah, Madruga!

DOÑA MALVA. ¿Has visto a tu padre, hijo mío?

REGINO. Sí; ya me ha enterado… ¡Mi castillo se viene a tierra!

DOÑA MALVA. ¡No, hijo!

REGINO. Sí, madre, sí; yo no valgo para sostenerlo. ¡Se viene a tierra!

Doña Malva. Tú sólo no has de ser… Pero aquí somos muchos a una… a sofocar al enemigo… Ahora mismo acabo de saber por Madruga… La gente de ley, de pelo en pecho, está rabiosa y excitada contra ese criminal… Yo no le arriendo la ganancia a estas horas… Porque los hay para todo, para todo…

Regino. Pues yo jamás tomaré partido en nada innoble.

Doña Malva. No se ha de dominar a un bandido dándole caramelos. ¡Y Antón es un bandido!

Regino. ¡Ay, madre! No podemos decir, en conciencia, en esta sociedad, quién es bandido y quién no lo es.

Doña Malva. ¡Muchacho, no delires!

Regino. Y a fuerza de decorarlo de bandido, haréis un héroe de Antón Caballero. El pueblo, en que abundan los desventurados y miserables, lo defenderá y lo querrá; lo alzará a la suprema altura de ídolo. No lo dudes.

Doña Malva. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas te oigo!

Regino. ¡Pero si Antón Caballero no es más, en resumen, que un hombre rebelde a las injusticias establecidas! ¿No lo comprendes, madre? ¡Todos cuantos las padecen serán soldados! Además, es gallardo, robusto, acometedor… Tiene aliento y labia… Si yo fuera fuerte como él, me metería a bandido.

Doña Malva. ¡Ave María!

Regino. A bandido así. Créelo, madre: al fin, vencerá, triunfará de todos… ¡Se llevará a Eloísa para él!

Doña Malva. ¡Eso, nunca!

Regino. Eso, ciertamente. Por la ley, sino por la fuerza.

Doña Malva. En la ley tiene Eloísa un amparo contra su marido, y si ella se sostiene firme…

Regino. En ella revivirá el amor pasado… ¡Oh, la aureola del héroe!

Doña Malva. Tú desvarías, Regino. Esa aureola más ha de repugnar que atraer a quien se extasía con los resplandores celestes. Nada temas, tontín. El bandido no cogerá esa presa. Yo te respondo de esto.

Regino. Pues si tú me respondieras, madre; si me dieras la seguridad de que así ha de ser, me darías nuevamente la vida, que ya una vez me diste.

Doña Malva. Pues vuelvo a dártela, porque te doy esa seguridad, hijo mío.

Regino. Dios te lo pague, madre. Si no fuera así, quizás no te agradecería que me hubieses traído a este mundo. No extrañes mi lenguaje ni la intensidad de mi tristeza. Soy un hombre inútil. Mis estudios no han salido del terreno estéril. Soy uno de esos niños aturdidos y simples que para nada sirven; niño educado en la holganza por padres ricos o enriquecidos, que se quieren mirar en el espejo de su heredero. Si bien se piensa, madre, yo no debo vivir.

Doña Malva. ¿Qué dices, hijo de mi alma?

Regino. No debo vivir. Nada tendría yo que hacer en el mundo, si a él no me ligara esto de ser espejo en el que se miran mis padres. El espejo se rompe en pedazos, y nada sufre. Si este espejo que soy yo no se rompe, es por no romper la imagen querida de los que en él se están mirando. A no estar vuestra imagen en mí, yo me rompería.

Doña Malva. Tonto, tontaina; te encuentras bajo la influencia de una pasioncilla de mozalbete, criada y alimentada en tu alma por los libros extravagantes. El mal que ellos te han hecho se te curará leyendo una página hermosa de la vida.

Regino. ¡Ay! Esa hermosa página imaginé yo que iba a leerla cuando supe que mi prima era libre… ¡cuando creí que lo era, madre! Cruel ha sido la realidad conmigo: me enseñó el sol… y al instante me dejó ciego.

Doña Malva. Pues yo te volveré la vista. Confía en mí, que soy tu Providencia. Te mando estar alegre. Tu alegría es mi felicidad, mi orgullo. Quiero que estés alegre.

Regino. *Acariciándola.* Estaré alegre si me lo mandas tú. Adiós. *Se aleja por la puerta del foro, sonriéndole tristemente a su madre.*

Doña Malva. ¡Pobre ángel! Es tan menguado de naturaleza como rico de fantasía… Enfermo y poeta: dos calamidades a cual peor… Pero yo arreglaré su existencia; yo lo haré feliz.

Tras la ventana asoma en esto Gonzalito, el mozo nombrado por Madruga.

Gonzalito. ¿Se puede pasar, doña Malva?

Doña Malva. ¡Gonzalito! A tiempo llegas, hombre. Pasa, pasa. Da la vuelta.

Gonzalito. Al punto voy, señora. *Se retira rápidamente.*

Doña Malva, mientras llega él, se acerca a la puerta de la derecha, observando.

Doña Malva. Pelayo, por lo visto, se ha encerrado en el despacho a mover resortes. Más vale. Eso lo toca bien, para otro género de golpes es apocadito… apocadito.

Vuelve Gonzalito por la puerta del foro.

Gonzalito. ¿Da la señora su permiso?

Doña Malva. Pasa, pasa. Siéntate.

Gonzalito. No, señora; gracias.

Doña Malva. Pues no te sientes; allá tú.

Gonzalito. Sé que la señora va a reñirme. Me llama usted para reñirme.

Doña Malva. No, no; para reñirte, no; nada de eso. Si estás asustado por eso, tranquilízate. Madruga acaso te haya dicho… Yo exageré ante él… era natural que exagerase… Pero no, no te riño; te quiero bien; estimo en mucho tu fidelidad… y aun te tolero alguna faltilla a que tus ímpetus juveniles puedan arrastrarte.

Gonzalito. Gracias, señora.

Doña Malva. Sí, Gonzalito; te digo con franqueza que me gustan los hombres decididos, impetuosos. Son los que algo valen en este mundo. Los flojos, los indiferentes no van a parte alguna.

Gonzalito. Los flojos no sirven para nada.

Doña Malva. Para nada. Y hay en el mundo tanto pillo, que no se podría vivir en él si no hubiera hombres bravos capaces de tenerlos a raya.

GONZALITO. Eso digo yo. Los hombres honrados también sabemos ser valientes. No va a ser el valor cosa nada más que de pillos.

DOÑA MALVA. Claro, claro. Y es gran tontería esperar a que los injustos y malvados sientan su escarmiento en la otra vida, como quiere la gente beata. En ésta en que estamos tenemos el derecho y la obligación de defendernos de ellos.

GONZALITO. Eso. Si dejamos al malo que nos pise y nos apabulle, no merecemos ni que nos miren las mujeres de nuestra tierra.

DOÑA MALVA. Muy bien dicho.

GONZALITO. El malo vive de la flojedad de los cobardes. En un pueblo de cobardes entra el malo a saco y allí pone su trono.

DOÑA MALVA. Bien se ve que no hablas tú como cobarde.

GONZALITO. No lo soy; no, señora. Si lo fuera, si yo sintiera por adentro cobarde, incapaz de escarmentar a tiempo al que escandaliza para sacar tajada o al que ofende a los que yo quiero… renegaría de mí y de mi casta.

DOÑA MALVA. ¡Bien, bien! Eres valiente; valiente de veras. No te sometes al malvado. Ten en cuenta que el malvado no es bravo sino cuando le dejan serlo.

GONZALITO. Eso mismo.

DOÑA MALVA. Por eso te he dicho antes que no te reñía. A un valiente como tú, ¿por qué he de reñirle? A un valiente así se le previene, se le advierte, se le aconseja: «Cautela, Gonzalito, no seas víctima de tu propia bravura».

GONZALITO. Ya entiendo, ya. Y pierda la señora cuidado… ¡Bueno estaría que cuando se va por la justicia…! ¡O hay Dios justiciero o no lo hay!

DOÑA MALVA. Lo hay, Gonzalito. Por eso el bueno sale vencedor al fin y a la postre. *Pausa.* ¿Y tu madre?

GONZALITO. En su brega de siempre: sacando adelante la casa.

DOÑA MALVA. ¡Buena mujer es Ildefonsa! De las que merecen su premio en esta vida.

GONZALITO. Pues mire, señora… tarda, tarda el premio en llegar.

Doña Malva. No tardará, no; no tardará ya mucho. Dios es bueno. De mi parte vas a decirle que aquella deuda que tiene con nosotros… ya tú sabes… la del caserío de la Corruqueda…

Gonzalito. Sí, señora; ¿qué?

Doña Malva. Que no le preocupe más tiempo… que bastante tiene ella con tantos afanes y tantos chicos… Dile que esa deuda está perdonada.

Gonzalito. ¡Señora!

Doña Malva. Los buenos, con los buenos: los malos, con los malos…

Gonzalito. No sabe la señora cuánto le agradezco… ¡Qué alegría le voy a dar a mi madre!… Porque como somos cumplidores, ella tenía esa pesadilla… Y yo, por mí, señora, con ser valiente, si me acobardo alguna vez es pensando en mi madre… ¿Qué sería de ella si por mi valentía me viese algún día metido en la cárcel… procesado?…

Doña Malva. ¿En la cárcel tú? ¡No pienses en eso! ¿Para qué estamos nosotros más que para dar amparo a los fieles, a los que nos demuestran una adhesión sin límites? ¡En la cárcel tú!… ¡Qué niñería!…

Gonzalito. Bien, señora… Dios le pague a usted…

Doña Malva. Ahora márchate, hijo… Vete a… vete a tus quehaceres. Y nada temas.

Gonzalito. Señora santísima… *Le besa la mano.*

Doña Malva. Anda con Dios, valiente.

Gonzalito. Valiente, sí. *Vase por la puerta del foro.*

Doña Malva. Estos brutos que nada temen son siempre el alma del poder. ¡Ay!… Voy a darle un beso a mi hijo. *Se marcha por la misma puerta, en dirección contraria.*

Por la de la derecha viene Eloísa, Verónica la sigue.

Eloísa. ¿No está aquí tampoco? Pues aquí hablaba hace un instante.

Verónica. Sí, pero no con él: el enemigo se fué ya hace rato.

Eloísa. Pues anda, búscala y dile de mi parte que quiero salir; que no hay por qué encerrarme en casa.

Verónica. Me dirá que teme que te encuentres con él, que es lo que la preocupa.

Eloísa. No me encuentro con él; pero, en todo caso, no había de comerme tampoco. Ni de llevarme a viva fuerza. Dile que esté tranquila; que yo, menos que nadie, quiero verlo ni hablarle.

Verónica. Lo que es de eso, niña, difícil será que la convenzas.

Eloísa. Pues que imagine lo que guste; pero que me deje salir. Ya no puedo vivir sin pasar un rato con las monjas; sin mi visita al hospital. Hoy más que nunca las echo de menos. Hoy más que nunca se me viene encima esta casa. No sé qué hallo en el aire, que hoy me parece más hostil. La calle me atrae.

Verónica. Eso es que estás nerviosa, excitadilla… El acontecimiento no es para menos. Natural es que te haya alterado.

Eloísa. Por lo mismo debería cuidar de darme gusto, de dejarme hacer mi voluntad… hoy como nunca.

Verónica. ¡Sí, sí; tu voluntad aquí!… Pero aguarda, aguarda, no nos escuchen. En esta casa ponen espías hasta debajo de los muebles. *Inspecciona por ambas puertas.* No, no hay nadie. Puedes hablar todo lo que quieras; desahogarte a tus anchas. Anda, hazte cuenta que te abrieron la jaula y que echaste a volar conmigo. Venga tijereteo. El consuelo de esclavos. A mí no necesitas explicarme nada, todas las vueltas que le estás dando a esto de la salida a la calle no son sino afán de hablar del asunto, de ti misma, de tu vida, de tu ficción… Desahoga, desahoga, alma mía. Abre el pecho.

Eloísa. ¿Estás segura de que nadie nos oye?

Verónica. Nadie.

Eloísa. ¡En qué momento de mi vida ha vuelto el hombre! ¡Cuando yo creía haber dado ya con mi ruta en el mundo; cuando me figuraba caminar segura hacia una felicidad acaso triste, pero cierta! Triste, porque a ella me empujó la vida, no mi libre albedrío.

Verónica. ¿Hablas… de tu comedia religiosa?

Eloísa. De lo que por comedia empezó… Tú sola lo sabes. Me vi prisionera en esta casa, que es una caverna cercada por el egoísmo de todos, hube de buscar en una ficción la libertad dentro de la cárcel… Sólo así conseguí, que me dejaran vivir en paz. Y me abracé a la ficción religiosa. Así mi primo Regino se desengañaría de mi amor viéndolo imposible; así no me asediarían los demás, desde el marquesito de Tavera hasta el sobrino de Madruga… ¡Que martirio de hombres!

Verónica. Comprendo que te den horror… El sobrino de Madruga, por interesado y por zoquete; el marquesito por mala persona y por pillastre: se figuró que eras ya fruta caída… En cuanto al nene de esta casa, porque se empeñó en que lo quieras a fuerza de ponerse pálido y ojeroso… y llamarle al aire éter. ¡Qué tres pies para un banco! Bien hiciste en fingirte beata.

Eloísa. Sólo así he podido vivir entre estas gentes los meses que llevo; sólo así han podido mis tíos considerar mi dinero seguro entre sus uñas, y yo verme libre de tan tenaz espionaje. Hipocresía era mi misticismo; pero todos lo creían verdadero. Y las personas más santas del pueblo se hacían lenguas de mi ejemplar conducta, y doña Malva y don Pelayo dormían tranquilos: el uno, sobre su egoísmo benigno y manso; la otra, sobre su egoísmo despótico y absorbente.

Verónica. Es verdad, es verdad.

Eloísa. Y fingiendo, leí libros piadosos y me aficioné a su lectura. Y fingiendo, visité a las monjitas y me sentí cautivada por la sencillez de sus vidas serenas. Y fingiendo empecé mi aprendizaje de enfermera en el hospital, y hallé en el roce con el dolor humano, un alivio de mis propios dolores. Así, Verónica parece un cuento esto que te digo, he venido a ser yo como esos comediantes que, aun sabiendo que representan una farsa, a veces sienten como verdadero lo que fingen, y lloran o ríen y padecen o gozan con ello. Yo también he ido advirtiendo poco a poco que aquella afectada beatería, aquella mentida religiosidad iba ganando mi conciencia e inundándola de una nueva luz, de celestiales resplandores… ¡Por qué extraños caminos nos conduce Dios hacia la paz del alma; hacia la virtud y hacia el bien! De la comedia y de la verdad juntamente, nacieron en mí anhelos de llenar, ennobleciéndolas, mis horas vacías; de buscar el bien y de

hallarlo… Miré de cerca y cara a cara la desventura de mi vida, y en vez de abrasarme en la estéril desesperación, me dejé ir por las sendas de la virtud y del sacrificio; yo cuidaría heridos, enfermos, ancianos; viviría junto a las humanas miserias, y sería dichosa.

VERÓNICA. Es triste, niña; es triste para quien hubiera querido verte contenta en tu hogar, en tu casa, adorada por unos cuantos hijos. ¡Maldito el hombre que así te destrozó!

ELOÍSA. No lo maldigas tú también; perdónalo, como yo lo perdono. Que a él y a todos nos juzgue Dios.

VERÓNICA. Sí que vas camino de santa. ¡Perdonar aquellos horrores!…

ELOÍSA. ¡Ay, Verónica! También el perdón tiene sus caminos; también lo tienen las disculpas… Las pasiones y los odios se desencadenaron en él; no era hombre, era fiera… Las infamias de sus perseguidores lo llevaron a la propia infamia…

VERÓNICA. ¿Piensas verlo?

ELOÍSA. ¡No; eso no! ¿Para qué? Deseo que se vaya de aquí; que nos deje; que siga su vida lejos de la mía… Pero mientras se va, mientras lo siento cerca…

Aparece Antón en la calle, y al ver a Eloísa se dirige a ella desde la ventana. Ella da un grito y retrocede espantada y confusa, quedando como absorta luego. Verónica participa de su sobresalto y temor.

ELOÍSA. ¡Oh!

VERÓNICA. ¡Jesús! ¡Lo atrajiste al nombrarlo!

ANTÓN. ¡No huyas! ¡No te asustes de mí! ¡Al fin te veo! ¡No tiembles, ángel o mujer!… ¡Aunque no quiera todo Agramante, he de hablar contigo!… ¡Aunque me creas el peor de los hombres, me tienes que escuchar! Aguarda, aguárdame… *Suena un tiro dentro, en el momento mismo en que él se aparta de la ventana.* ¡Ah, cobardes! ¡Traidores!

ELOÍSA. ¡Jesús!

VERÓNICA. ¡Virgen mía!

Suena otro tiro.

ELOÍSA. ¡Oh! ¡Qué horror!

Verónica. ¡Qué infamia!

Eloísa. ¡Lo matan! ¡Lo quieren matar! *Corre hacia la ventana.*

Verónica. *Deteniéndola.* ¡No te asomes tú; no te asomes!

Eloísa. ¡Ha sido gente de esta casa! *A gritos.* ¡Favor! ¡Socorro! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Por la puerta de la derecha llega alteradísimo don Pelayo, y luego por la del foro doña Malva.

Don Pelayo. ¿Qué es? ¿Qué ha sido ello?

Doña Malva. ¿Qué ha sido, niña?

Eloísa. ¡Que han querido asesinar a Antón, que acaso lo han matado!

Doña Malva. ¡Ave María Purísima!

Don Pelayo. ¡Por vida del hombre!

Eloísa. Me habló al pasar por la ventana, y en ese momento…

Don Pelayo. ¡El odio siempre tras de él!

Doña Malva. ¡Siempre, siempre!

Aparece Antón Caballero en la puerta del foro. Viene herido.

Antón. ¡Siempre!

Eloísa. ¿Herido?

Antón. Bandidos de Agramante, criados y matones de esta casa han pretendido asesinarme. De milagro escapé. Dios me ha salvado. Dios y la fiereza con que me defendí de aquellos miserables.

Don Pelayo. ¡Gente de mi casa no ha sido! ¡Protesto de ese agravio!

Doña Malva. ¡Aquí no somos asesinos! ¡Yo también protesto!

Antón. Protesten ustedes cuanto quieran… ¡Esta sangre y la que a consecuencia de ella se derrame, caiga sobre los tiranuelos de esta ciudad!

Eloísa. *Acercándosele compasiva.* ¡La mano destrozada!…

Antón. No…, la sangre que corre es del brazo… En el pecho estoy herido también… *Cae desfallecido en una silla.*

Eloísa. ¡También en el pecho!…

Doña Malva. ¡Dios mío! ¡Que se nos muere aquí este hombre!

ANTÓN. *Con voz débil.* Socórreme… esposa, hermana o lo que seas, y que tu bondad y tus méritos valgan para el perdón de mis delitos, de los delitos de éstos… *Pierde el sentido.*

DOÑA MALVA. ¡Jesús! ¡Se nos muere!

DON PELAYO. ¡Pronto! ¡A la posada! ¡A la botica!

DOÑA MALVA. ¡A la Casa de Socorro con él! ¡El maldito, el hereje!

ELOÍSA. ¿Qué dice usted, señora? ¿Qué dicen ustedes? Esta casa es cristiana; aquí no se le niega la asistencia a este hombre.

DOÑA MALVA. ¿Lo defiendes tú?

ELOÍSA. Lo defiendo y lo amparo. Alumna de enfermera soy; yo lo curaré. Ni es mi esposo ni lo conozco; ni sé si es bueno o malo, ni me importa saberlo; ni le pregunto adónde va ni de dónde viene: es el prójimo. Es un herido que entra en mi hospital.

Acude a atenderlo. Le auxilia Verónica. Doña Malva y don Pelayo se consultan, mirándose. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala alta en casa de don Pelayo. A la derecha del actor, una puerta, y otra a la izquierda, que conduce a la habitación ocupada por Antón Caballero. Al foro, un gran balcón abierto. Es de noche. Luz interior y luz de luna.

Simultáneamente salen don Hilario y Verónica: él, por la puerta de la derecha, y por la de la izquierda, ella.

Don Hilario. ¡Verónica! De ver al prisionero, ¿eh?

Verónica. ¡Ánimas benditas! ¡Qué hombre! ¡Deseando estoy que levante el vuelo! ¿No vengo a ofrecerle si quiere alguna cosa antes de dormir y me contesta que un rayo que me parta? ¡Que lo parta a él!

Don Hilario. ¡Ésas son sus genialidades! Cosas que dice por reír y dar que reír.

Verónica. ¡Pues no le veo la gracia! ¡Que me parta un rayo, después de lo que a mi niña y a mí nos ha hecho pasar en los ocho días que aquí lleva! ¡No sabe él bien lo que tiene que agradecerme! Por supuesto, a un herejote, ¡váyale usted con gratitudes! ¿Viene usted a verlo?

Don Hilario. Sí. No cejo en mi empeño de aunar voluntades. Todo ha de hacerse por la paz, por la paz…

Verónica. ¿Por la paz? ¡Buena paz nos aguarda! ¡Está usted fresco! Quédese con Dios. *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Hilario. *Viéndola irse.* Es posible que tengas razón, amiga Verónica… *Con malicioso gesto.* ¡Je! Mala semilla es la sospecha. Me parece a mí que tú y la beatita nos estáis tomando a todos el pelo lindamente… Me

parece a mí. Y el Señor nos libre de malos pensamientos. *Llégase a la puerta de la izquierda.* ¡Antón Caballero!

ANTÓN. *Desde dentro.* ¿Quién vive?

DON HILARIO. ¡Tu mejor amigo!

ANTÓN. ¡Ah! ¡Hilario!

DON HILARIO. ¿Se puede?

ANTÓN. Aguarda; salgo yo. *Saliendo a poco.* Mi saludo al gran estadista.

DON HILARIO. ¿Cómo va ese ánimo?

ANTÓN. Nunca ha estado enfermo.

DON HILARIO. ¿Y esas heridas?

ANTÓN. Bien. Ha sido más el humo que la pólvora. Simulacro de asesinato. Yo no debía morir aquí como un perro. Mañana me dará el médico de alta, y mi primera visita se la dedicaré a Gonzalito, el torpísimo ejecutor de la sentencia.

DON HILARIO. ¿Te obstinas en pensar que fué ese tontiloco?…

ANTÓN. ¿Cómo no, si mis ojos lo vieron? Lo felicitaré por su pésima puntería. Y ahí lo tienes, gracias a quienes le guardan todavía las espaldas, paseándose por las calles, tan fresco. Nadie se ha metido con él: en esta casa entra cuanto quiere. Doña Malva lo mima como a un hijo. De la sumaria no resulta nada contra Gonzalito ni contra ningún bicho viviente. No se sabe quién disparó; ni se sabe nada. Ni se sabrá nunca. Da gusto vivir en un pueblo tan reservado. El juez quiere llevarse bien con todo el mundo.

DON HILARIO. Atribúyelo a la cosa pública…

ANTÓN. Atribúyelo a lo que quieras; pero lo cuento de milagro. Y no creas que le guardo rencor a Gonzalito. No en mis días.

DON HILARIO. ¡Bien, Antón, bien! Eso es digno de ti; eso es de pechos elegidos.

ANTÓN. No, hombre; esto es de sentido común. ¿Qué culpa tiene Gonzalito? Un mazo que se levanta sobre ti no se mueve él solo. Gonzalito es el mazo. ¿Qué voluntad lo impulsó contra mi cabeza? Habría que pensar en doña Malva, ¿verdad?

Don Hilario. ¡Hombre, no!

Antón. ¿No, eh? ¿Tú no la crees capaz de tanto? ¡Ay, don Término Medio! ¡Siempre fuiste tórtola agramántica! O lo quisiste parecer.

Don Hilario. No analices. En verdad te digo que todas mis sospechas en este caso recaen sobre otro personaje.

Antón. ¿Madruga, quizá?

Don Hilario. ¡El mismo! ¿No crees tú también…?

Antón. No lo dudo. Ha estado aquí hace media hora a ofrecérseme noblemente para machacar a don Pelayo si me estorba. Éste fué el verbo: machacar.

Don Hilario. ¡Ah, traidor, sinvergüenza!

Antón. ¡La política, Hilario! Madruga y los suyos, en unas elecciones, tuvieron atado a mi padre a una encina durante ocho horas. Eso sí: lo ataron con mucho miramiento.

Don Hilario. Y ¿has hecho las paces con él?

Antón. Él las ha hecho conmigo. Ahora en Agramante no voy a tener más que adictos. Se sabe que cuento con dinero y poder, que es fuerza en ambos brazos.

Don Hilario. Y en todo el cuerpo, Antón.

Antón. Dime: ¿por qué has sospechado de Madruga?

Don Hilario. ¿Tú no te sorprendes de nada?

Antón. De nada malo.

Don Hilario. Pues piensa un instante en que Madruga tiene un sobrino guapo mozo, con ambición, con ilusiones… piensa en que a tu mujer se la había dado ya por viuda… y blanco y con asas… digo, y verde y migado… Bueno, ya me entiendes.

Antón. ¡Qué atrocidades hay que oír cuando se resucita de pronto! Ya me han referido esa historia.

Pon Hilario. ¿Quién?

Antón. ¿Quién había de ser? ¡El hombre de confianza de Madruga!

Don Hilario. *¿Párpado?*

Antón. *¡Párpado!* Vió venir el cambio del pastel, creyó a Madruga más fiel a don Pelayo que a mí… y también ha estado a ofrecérseme, con un saco lleno de confidencias. ¡Soy el hombre del día!

Don Hilario. ¡Qué horror! ¡Qué gentuza! Viendo estoy que acabaré por resumir todas mis estadísticas de Agramante en una sola: la de los sinvergüenzas.

Antón. Y ésa te la dan hecha: ¡el número de habitantes del pueblo!

Don Hilario. ¡Caramba! No iba yo tan lejos, Antón; no iba yo tan lejos.

Antón. Yo sí.

Don Hilario. Y ¿qué haces del estadista en esa estadística?

Antón. Dejarlo dentro de ella, no se aburra solo demasiado.

Don Hilario. ¡Venga usted a visitar enfermos para que lo maltraten así!

Antón. ¡Ja, ja, ja! Bueno, vamos a ver, Hilario: a ver si te quedas dentro o fuera de la estadística.

Don Hilario. Vamos a ver.

Antón. Has sospechado de Madruga porque tiene un sobrino codicioso de mi mujer… Y ¿qué me cuentas de doña Malva, que tiene un hijo?

Don Hilario. *Turbado.* Chico, a boca de jarro esa pregunta… ¡Envuelve una condenación tan grave!… Pero, en fin allá va, de hombre a hombre, de pecho a pecho. Regino se enamoró de Eloísa como un tonto; pero la beatería de ella lo desengañó. Ésta es la pura. Y, claro está, la madre si había concebido proyectos por ese camino, los desechó inmediatamente. ¿Me crees?

Antón. Sí…

Don Hilario. No lo dices muy convencido.

Antón. Y ¿qué es del galán? Es el único que no ha subido a verme.

Don Hilario. Pero ¿tú no has preguntado por él?

Antón. Yo, no. ¿Él ha preguntado por mí?

Don Hilario. Ya. Pues se marchó al campo con el tío abuelo. Siempre está Regino delicaducho. Es hombre para poco.

Antón. Buen viaje. Mira tú por dónde la santurronería improvisada de Eloísa la ha librado de todo linaje de moscas. ¡Ya ha servido para algo bueno!

Don Hilario. Y para acogerte a ti en esta casa, ¿no ha servido también?

Antón. Sí, pero… ¿de qué me vale? ¡Me ha robado su amor el fanatismo más odioso!

Don Hilario. *Con socarronería, en voz baja.* ¡Hipócrita!

Antón. ¿Eh?

Don Hilario. ¡Hipócrita!

Antón. No te entiendo. ¿Quién viene? *Viendo a doña Malva y a don Pelayo, que llegan por la puerta de la derecha.* ¡Oh! ¡Los dueños de la casa! ¡Tanto honor para mí!

Don Pelayo. No nos gusta retirarnos a descansar venir a verte.

Antón. En el lenguaje humano no hay palabras con que agradecer esas suyas.

Doña Malva. Lo agradezca usted o no lo agradezca nosotros cumplimos los deberes de la hospitalidad.

Antón. Desde el primer instante.

Don Hilario. Dígalo, si no, el discurso que le pronunció Pelayo al pueblo amotinado que pedía tu cabeza la tarde en que te hirieron.

Antón. ¡En vez de pedir la del que me disparó los dos tiros! ¿No, doña Malva? Pero la masa es inculta y bestial. No sabe nunca por qué pide las cosas ni qué cosas pide. Muchos de los que aquel día pidieron mi cabeza han venido luego a visitarme, sin duda a ver qué tal la tengo.

Don Hilario. Lo indudable es que en aquel crítico momento Pelayo enfrenó a las turbas con su palabra.

Doña Malva. Nunca ha estado más oportuno; ésta es la verdad.

Pon Pelayo. ¡Pues me salió del corazón! «¡Cristiano antes que político!», dije.

ANTÓN. Sí; si mientras mi esposa me hacía la primera cura oí toda la arenga… «¡Caridad antes que justicia!».

DOÑA MALVA. Eso es.

DON HILARIO. Y hoy en el periódico —¿lo has leído, Pelayo?— te llaman carácter romano, Catón… No escribe mal ese Resina.

ANTÓN. ¿Y a mí, me llama algo Resina?

DON HILARIO. Luchador.

ANTÓN. ¿Luchador? Lo esperaba; es palabra muy dúctil. Resina, como el juez, quiere estar bien con todos.

DON PELAYO. En fin, ¿tienes alguna queja de nosotros como huéspedes?

ANTÓN. ¡Ninguna! Es decir, una sola, el esmero con que se me trata.

DOÑA MALVA. Hombre, deje usted alguna vez la zumba; me carga tanto retintín.

ANTÓN. Lo he dicho con toda sinceridad, señora mía. Sea o no tan sincera como ha sido mi afirmación la caridad de ustedes, yo siento ya atadas mis manos por la gratitud. Me iré de Agramante sin causarles voluntariamente ningún nuevo daño, cuando no traía otra voluntad que la de hacerlos trizas.

DON PELAYO. Lo celebro, Antón; celebro oírte. Yo también depongo mis odios contra ti. Hora es ya de que nos abracemos lealmente. Borrón y cuenta nueva.

ANTÓN. Pero ¡qué borrón!

DON PELAYO. Lo pasado, pasado. ¿Te irás de Agramante en sana paz, según dices?

ANTÓN. Ya acaba usted de oírlo.

DON PELAYO. Pues bien: correspondiendo a ese designio tuyo, te respondo de proteger tu marcha. Será mi último acto político.

ANTÓN. ¿Qué dice usted?

DON PELAYO. Sí, Antonio, sí; me retiro a la vida privada. Lo he resuelto.

Doña Malva. Dignamente no podemos hacer otra cosa, después de la cochinada del Gobierno.

Don Pelayo. Malva, no te exaltes.

Doña Malva. ¡Cochinada, cochinada y cochinada! Y aun digo lo menos.

Antón. Seguramente.

Don Pelayo. Ni es eso sólo: ésa ha sido la gota de agua.

Doña Malva. ¿A qué le llamas gota?

Don Pelayo. Estoy ya harto de deslealtades y miserias. Quiero refugiarme en los afectos puros de la familia. Mi hijo Regino, que sea lo que quiera, menos político.

Antón. No es mal sastre el que conoce el paño.

Don Pelayo. ¡El asco me ahoga! Tú sabes que Macario y yo, cabezas en el pueblo de los dos partidos turnantes compartíamos amigablemente el mando. Por eso había paz y el pueblo estaba tan contento.

Antón. ¡Tan contento! Si emigraba era por conocer tierras salvajes.

Doña Malva. Los españoles han sido siempre aventureros: no olvide usted la Historia.

Don Pelayo. Ello es que Macario y yo nos entendíamos bien, y según gobernaban unos u otros arreglábamos de común acuerdo la debida representación en las Cortes… Todo ello pacíficamente. ¡Bueno! Pues ahora Macario, por lo que yo me sé, y bien que me lo sé, quiere campar por su cuenta y bandearse solo. ¡Tinta va a sudar!… Pero lo que ha hecho conmigo en estos momentos, la zancadilla que me ha echado es una gran bellaquería.

Antón. Hilario, ¡a tu estadística con ese hombre! ¡No se va a escapar ni una rata!

Don Pelayo. ¡Dichoso tú que te vas de Agramante!

Doña Malva. Y ¿cuándo será eso, Antón?

Antón. Uno de estos días. No daré lugar a que les canse a ustedes el atenderme. Más digo: me iré cuando quiera Eloísa.

Doña Malva. Y a Eloísa, ¿qué se le da de usted, si ni lo ve ni quiere verlo?

Don Hilario. Pues ¿no es ella quien lo cura a diario?

Doña Malva. No; es el médico. Si ella sube algunas veces y le ayuda, es por espíritu cristiano. No es que le importe él. Lo mismo subiría si se tratase de un infeliz cualquiera. Es una santa.

Don Pelayo. Eloísa está ya libre de todo afecto humano. No ama más que a Dios. Tocante a sus relaciones contigo, me hablaba ayer noche de la anulación del matrimonio…

Doña Malva. Cierto; muy cierto…

Don Pelayo. Y eso no es fácil, pero se podría conseguir… Yo resolví no ha mucho un caso parecido a éste… Todo es dar con las callejuelas… ¿Qué dices tú, Antón?

Antón. Yo ¿qué he de decir? Que la Eloísa por que vine era la otra, la que me fascinó con sus encantos de mujer. Esta santurrona de ahora me abruma y me empalaga; me apesta. ¡Llévesela el demonio!

Don Hilario. ¡Hombre, el demonio!

Doña Malva. No le haga usted caso, que eso lo dice por irritarme a mí.

Antón. Está usted engañada, señora. ¡Llévensela los ángeles! Si no ha de estar conmigo, ¿qué más me da? ¡Y yo mística no la quiero! ¡Lo cual no quita que si ella al cabo se hace monja, me haga yo fraile!

Doña Malva. ¡Jesús!

Antón. ¡Fraile o moro! Eso, Dios dirá.

Don Hilario. Hombre, si Dios ha de decirlo, te harás fraile.

Doña Malva. ¡Bah, bah! ¡Las cosas más serias las trata con este cinismo chabacano y desvergonzado! ¡No puedo resistirlo más! ¡Pobre Eloísa! ¡No ya entre los muros de un convento; enterrada la vea, primero que en poder de este monstruo! Buenas noches. Que usted descanse, si es que puede. *V ase refunfuñando.*

Antón suelta la risa.

Don Hilario. ¡Viendo estaba yo venir este desahogo!

Don Pelayo. Sí; es muy nerviosa, muy nerviosa… No hay quien la corrija.

Antón. ¡Por Dios, don Pelayo, pídale usted perdón en mi nombre! ¡Que no se rompan nuestras paces a última hora!

Don Pelayo. ¡Oh, no! Descuida. Se han hecho sobre base muy firme. Yo me retiro de la política; tú te vas de Agramante; Eloísa se recluye… Bien, bien… Como una seda, como una seda… Hasta mañana.

Antón. Hasta mañana.

Don Pelayo. ¿Vienes, Hilario?

Don Hilario. ¡Ya lo creo! Es hora ya de retirarse. Que duermas a gusto, perillán.

Antón. Veremos, veremos… Leeré un ratillo, para llamar a mí un buen sueño. Hasta mañana.

Don Hilario. Hasta mañana.

Don Pelayo. Buenas noches.

Se va con don Hilario. Pausa.

Antón. *Pasea, reflexivo, sonriente. Luego recuerda con graciosa ironía las últimas palabras de don Pelayo.* «Yo me retiro de la política… tú te vas a la Patagonia… Eloísa se mete en un convento… su fortuna se queda en mi poder… Como una seda… como una seda…». ¡Qué bien nos llevamos algunas veces los bandidos! Después de todo es lógico: ¡entre compañeros!… *Nueva pausa. Asomado al balcón contempla el horizonte.* ¡Hermosa noche, tibia y serena!… No parece nuncio de combate, sino de rendición… Agramante duerme envuelto entre las sombras de su inmoralidad y de sus crímenes… ¡Oh, conciencias petrificadas, atrofiadas de no querer oírse!… Pueblo heroico, donde corrió mi niñez dichosa, ¡bien mereces que nazca en ti el hombre que te saque de tu envilecimiento actual! ¡El hombre que sea capaz de ahorcar a don Macario, y a don Pelayo, y a Madruga, y a mí, si es preciso!… *Se retira del balcón y vuelve a pasear.* ¿Cuándo subirá ella?… «Cuando duerman todos», me ha dicho la vieja beata. Esperemos. No debo

dudar que desee hablar conmigo. «Cuando duerman todos…». ¡Como una seda don Pelayo, como una seda!… *Éntrase en su cuarto.*

Por la puerta de la derecha llega poco después, silenciosa, Eloísa, como visión nocturna.

ELOÍSA. *Mira a todas partes, y prestando oído hacia la derecha dice luego.* No…, nadie me ha sentido subir… Llegaron a confiarse enteramente… *Elevando los ojos al cielo.* ¡Dios me ilumine en esta hora de penoso deber!… Aquí sale. Entereza; que no crea que es batalla ganada porque no he rehuido el encuentro.

Sale Antón, que va hacia ella decidido y alegre.

ANTÓN. ¡Eloísa! ¡Mujer mía!

ELOÍSA. ¡Silencio! Lo fui. Pero si hemos de hablar ahora, tengamos prudencia ante todo.

ANTÓN. Procuraré tenerla.

ELOÍSA. Es forzoso. O subirán los cancerberos.

ANTÓN. ¡Los arrojaré por el balcón si suben! ¡Harto estoy de ellos ya! ¿No es hora de que goce a solas del placer de verte?

ELOÍSA. Tuyo era ese placer y me volviste brutalmente la espalda.

ANTÓN. Es cierto; pero tú sabes que más fué culpa de los demás que mía. Tú lo sabes. Recuérdalo, si lo has olvidado. Yo te quise y te quiero. Fuí contigo bárbaro y brutal en días terribles, cuando la persecución que sufrí de estos miserables trastornó mi ser, irritó mi sangre y desconcertó mi voluntad. Entre todos me acorralaron y me hostigaron y me volvieron fiera.

ELOÍSA. Y ¿es la fiera la que vuelve a mí, o es el hombre?

ANTÓN. El hombre que te quiso, a quien tú enamoraste, que porque no ha dejado de quererte nunca, viene ahora por ti. Óyeme, Eloísa: mis delitos necesitan hablar con tus virtudes; mis maldades, con tu bondad.

ELOÍSA. Habla cuanto quieras: te escucho, aunque desconfío de tus palabras.

ANTÓN. ¡No!

ELOÍSA. ¿Cómo he de confiar? ¿Cómo he de creerte ya nunca? Yo, despreciada por ti y olvidada, he tomado un camino del cual no quiero

desviarme; camino de trabajos desempeñados por el amor de Dios. En él me encuentras y en él tengo el deber de oírte.

ANTÓN. ¡Pues por el amor de Dios te ruego que me creas! Soy un enfermo, un loco, un pecador también. Quiero pedirte, con la salud del cuerpo, la del alma. ¡Conviérteme, Eloísa! ¡Hazme como tú!

ELOÍSA. Si me has traído aquí para burlarte de las cosas santas a que debo la paz de mi espíritu, da por terminada nuestra entrevista.

ANTÓN. Pero ¡si no me burlo, mujer! ¿Quieres que lo jure? ¿Cómo haré yo para que resplandezca en tu pensamiento la sinceridad de mis palabras? Me atrae el camino de virtud en que hoy te hallo, no sé si por él o porque en él te veo; pero el caso es que el mío está lleno de pecados horribles y quiero abandonarlo. Llévame a tu camino, Eloísa.

ELOÍSA. A este camino mío se va con obras, no con palabras.

ANTÓN. Y ¿qué obras han de ser ésas? Dímelo.

ELOÍSA. Obras buenas, Antonio.

ANTÓN. Y ¿qué entiendes tú por obras buenas?

ELOÍSA. Vivir en paz con Dios y con los hombres; no faltar a nadie.

ANTÓN. Pues eso quiero.

ELOÍSA. Y ¿cómo lo demuestras? ¿Volviendo al pueblo con escándalo de criminal, insultando a las gentes?

ANTÓN. Las gentes a quienes he insultado yo merecen más que insultos: merecen el presidio o la horca. Pero no es ocasión ésta de hablar de ellos. Yo he vuelto a Agramante por ti.

ELOÍSA. ¡Por mí! ¿Quién podrá creer esa mentira? Vamos a ver: contéstame, y así apreciaré en este caso tu sinceridad. Desde que me dejaste no he recibido noticia directa de tu persona: ni recuerdo, ni carta. ¿Me has escrito algunas y las han interceptado los tíos?

ANTÓN. Te hablaré con la verdad más pura, Eloísa. Los tíos no han interceptado mis cartas… porque ninguna te he enviado.

ELOÍSA. ¿Ves? ¿Ves? ¡Luego dices!

ANTÓN. Espérate un poco, mujer. Oye mis verdades, y después júzgame como quieras. Al huir de aquí desesperado a medida que me alejaba de

España, mi conciencia me iba poniendo ante los ojos mi mal proceder. Llegué a América. Te escribí pidiéndote perdón.

ELOÍSA. ¡Yo no he recibido esa carta!

ANTÓN. La rompí después de haberla escrito.

ELOÍSA. ¡Villano!

ANTÓN. Villano, no. Oye. Se fijó en mí la idea de que la recibirías con enojo y sin leerla la romperías. El orgullo, que no me abandona en los trances más críticos, me indujo entonces a romperla yo. Me dolía verla rota en tus manos. «¿Para qué le escribo? —pensaba—. ¡Para que me desprecie más en mi arrepentimiento! Yo volveré a España cuando pueda, y ante ella, con nobles palabras, reconquistaré su corazón».

ELOÍSA. ¡Necio! Tu orgullo te ha perdido siempre. Por tu ciego orgullo perdiste entonces mi perdón.

ANTÓN. Si lo perdí por mi orgullo entonces… ¿no ha de lograrlo ahora mi humildad? Déjame seguir. Acércate más a mi lado; no me temas. Pasó tiempo; emprendí trabajos distintos. Todo me salía mal. Llevaba encima una maldición. ¿La tuya, acaso?

ELOÍSA. No; la mía, nunca.

ANTÓN. Vivía yo en la mayor pobreza. Surgió en mí de nuevo la idea de escribirte. Una noche de fiebre y de insomnio te escribí… te escribí… Te llamaba amor de mis amores; me declaraba indigno de ti; te pedía perdón; deseaba tenerte a mi lado… *Eloísa lo oye con gran interés.* Te llamaba también mi ángel, mi luz, mi fe, la razón de mi vida… ¡Qué sé yo cuántas ternezas más! Te hablaba, en fin, de mi pobreza. Al día siguiente, el orgullo volvió a estallar dentro de mí. Y rompí también la carta, diciéndome: «Va a creer que le escribo porque estoy pobre; va a creer que estas ternezas que le digo son una manera hipócrita de pedirle dinero…». ¡No, no! ¡Rompí la carta en mil pedazos!

ELOÍSA. *Con espontaneidad.* ¡Tonto!… Te hubiera socorrido.

ANTÓN. De improviso, un día me encontré rico de la manera más novelesca. Escucha, que es interesante. Un yanqui poderoso, que era mi amigo, y al cual había yo cautivado contándole mis aventuras, murió tísico y

me dejó gran parte de su inmenso caudal. Con este legado me pagaba un servicio que le presté. Viajábamos de sierra en sierra en una caravana de doce hombres. Unos feroces malhechores nos asaltaron. Cerré contra ellos, ayudado por un inglés y un indio, y con no poco riesgo de mi vida los puse en fuga. En la cabeza recibí un fuerte golpe; en el costado izquierdo una herida… Salvé a mi amigo y los intereses que llevaba. Quiso recompensarme; no tomé lo que me ofrecía. A los ocho días me sorprendió su muerte y el cuantioso legado. ¡Ya era yo rico! ¡Ya podía escribirle a mi esposa proponiéndole la reconciliación!

Eloísa. Y ¿me escribiste la tercera carta?

Antón. ¿Para qué, si formé desde luego propósito de venir por ti? ¡Oh, qué de locuras imaginé durante mi viaje! ¿No me fui de aquí por bandido? ¿No era yo el bandido de Agramante? ¡Pues como tal debía volver a pisar este suelo! ¡Sólo que yo no quería ya ni tierras, ni casas, ni ganados, ni dinero ninguno, ni otra cosa que una mujer: la mía! ¡Donoso bandido el que sólo se quiere llevar lo que le pertenece! Pero tampoco había de venir a ella a implorar su perdón de manera vulgar y prosaica; yo deseaba algo más gallardo, más romántico, más genuinamente español… Yo quería robarte, Eloísa; robarte, si estabas aquí; si eras monja, en el propio convento; robarte siempre… *Eloísa lo oye ahora risueña.* Escalar de noche tu aposento; sorprenderte despierta o dormida, rezando tal vez por el bandolero; cogerte en mis brazos; taparte la boca si gritabas; llegar adonde esperaba mi escudero con mi caballo y con el suyo, montar en el mío, ponerte en el arzón y escapar a galope tendido, como alma que llevan los demonios, a través de los campos…

Eloísa. ¡Calla, loco, calla!…

Antón. ¿Qué habrías hecho, alma mía, qué habrías hecho al verte de nuevo apretada en mis brazos y al sentirte como llevada por un huracán? De seguro habrías forcejeado por desasirte, habrías gritado mucho… «¡Infame, ladrón, asesino; despéñame por estos montes!… ¡Antes la muerte que ser tuya! ¡Déjame, malvado! ¡Suéltame, furia del Averno!».

Eloísa. Pero ¿qué desvarío es éste?

ANTÓN. Y yo te diría sin cesar, estrechándote fuertemente contra mi pecho: «¡Quiere al pobre bandido, mujer! ¡Mi bandidismo es sed de justicia, saciada en las aguas impuras que encuentro: no hay otras! ¡Yo soy al modo de aquel gran bandido don Quijote, que iba por el mundo castigando a villanos, amparando a menesterosos y devolviendo a los presos la libertad!…».

ELOÍSA. *Alarmada, súbitamente.* ¡Silencio!

ANTÓN. ¿Qué?

ELOÍSA. ¡Alguien sube!… ¡Silencio!

ANTÓN. ¡Pues que entre quien quiera y me verá a tus pies de rodillas!

ELOÍSA. ¡Silencio, por Dios! *Después de escuchar, a la puerta.* No…, no era nadie… Ha sido un ruido de la noche…

ANTÓN. En fin, amor mío, ¿me perdonas? ¿Me aceptas? ¿Me crees?

ELOÍSA. Quiero creerte.

ANTÓN. ¡Oh, divina boca!

ELOÍSA. Debo proceder como si te creyera.

ANTÓN. ¿Vendrás conmigo a los libres aires del mundo?

ELOÍSA. Para velar por ti, para refrenarte, para salvarte, si a tanto alcanzo; para sofocar tu cólera salvaje, para dominar tus pasiones, para llevar por cauce más recto y más limpio el torrente bravío de tu generosidad. Ya no soy la candorosa niña que se entregó enamorada en tus brazos; soy la esposa consciente, vejada y ofendida, que conoce el peligro del hombre y el poder del amor. Veo como un designio providencial en tu vuelta a mi lado. Renunciaba a mi propia vida e iba a entregarme al cuidado de enfermos, de heridos y de pobres. Dios ha querido que mi primer herido y mi primer enfermo seas tú. ¡Él me dé luz para salvarte!

ANTÓN. ¡Salvado estoy ya sólo con oírte, Eloísa! En tu rostro moran ahora todas las gracias. Yo confiaba en este perdón; yo lo adivinaba, mujer. Porque yo he sabido que, en mi ausencia, con las flores que traías del convento y del hospital, adornabas la habitación donde yo nací. ¿Es cierto?

ELOÍSA. Es cierto.

ANTÓN. Pues ahora…

ELOÍSA. Ahora, ¿qué? *De súbito se abre la puerta de la derecha violentamente. Eloísa da un grito y corre a los brazos de Antón. Aparecen doña Malva y don Pelayo, fuera de sí, frenéticos.* ¡Oh!

ANTÓN. ¿Quién?

ELOÍSA. ¡Nos espiaban!

DOÑA MALVA. ¿Ves? ¿Lo ves ahora? ¿Qué te dije?

DON PELAYO. ¡Traidores!

DOÑA MALVA. ¡Infames!

DON PELAYO. ¡Bandido!

ANTÓN. ¡Ladrón, si queréis; pero no robo riquezas ni influjo; robo ángeles, robo almas!

ELOÍSA. ¡Ni me roba tampoco: lo robo yo a él para salvarlo!

DOÑA MALVA. ¡Hipócrita!

DON PELAYO. ¡Hipócrita!

ELOÍSA. ¡Lo fui para poder vivir! ¡Y ahora no me pesa! ¡Siento a Dios en mi alma, y de su mano voy adonde me lleve!

ANTÓN. Y ¡ay de aquel que nos cierre el paso! Mañana, en pleno día, saldremos de aquí. ¡Nos amparan todas las leyes humanas y divinas! ¡Amansada está la fiera, caciques de Agramante; cuidad de no hostigarla!

DOÑA MALVA. ¡Maldito seas tú! ¡Maldita ella cien veces!

ANTÓN. ¡Usted nos maldice, y nos bendice Dios!

Se abrazan los esposos.

FIN DE LA COMEDIA

EL CUARTITO DE HORA

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 8 de marzo de 1922

A LOLA MEMBRIVES,
gala de dos naciones,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Luisa.	Lola Membrives.
Rogelio.	Ricardo Simó-Raso.

EL CUARTITO DE HORA

Habitación modesta en casa de Rogelio, oficial de una relojería en Sevilla. Balcón a la derecha de la actriz, y puertas a la izquierda y al foro. Limpieza y orden. Es por la mañana, en abril.

María Luisa, la mujer de Rogelio, que da la hora mejor y más a tiempo que todos los relojes que maneja él, sale por la puerta de la izquierda, puesta de veinticinco alfileres.

María Luisa. No se quejará. Me he echao ensima el equipaje entero. Sobre to, sus cosas. Va a reírse cuando me vea. Se va a reí. Sí se va a reí. Cuando me vea se va a reí. Se va a reí, se va a reí cuando me vea. *Asómase al balcón, gozosa.* ¡Ayí viene! Se va a reí. ¡Lo que lo quiero yo!… ¡Lo que me quiere él!… ¡Lo que nos queremos!… Sí nos queremos. Nos queremos mucho. Mucho nos queremos. Somos un matrimonio que nos queremos. Nos queremos. Na tiene que vé que de cuando en cuando haya entre nosotros cosiyas… dijustiyos… cuestionsiyas… ¡To los días merengues no pué sé! Pero nos queremos. Y se ve en esta fecha. En esta fecha es cuando se ve. En esta fecha. ¡Er día más bonito del año pa nosotros! ¡Más que er Corpus relumbra!… ¡Siete años ya!… ¡Mía que siete años, María Luisa!… Después de to, poco nos habemos peleao pa siete años. ¡Siete años!… *Suspirando.* ¡Ay!… La pursera, el aniyo, la peina, las horquiyitas —¡qué tronaos estábamos entonses!—, los aretes, er pañuelo de taye… ¡y lo que venga hoy! ¿Qué me traerá? ¿Qué me traerá? ¿Qué se le habrá ocurrió? Ya yega. Pronto vi a saberlo.

Se arrincona un poco, para sorprender a Rogelio, que sale por la puerta del foro, al parecer contrariadillo.

ROGELIO. *Entre sí, tirando el sombrero en un mueble.* ¡No se pué uno fiá ni de su sombra! ¡Mardito sea er demonio! Pos ¿y el amo, queriendo también aguarme la fiesta?

MARÍA LUISA. *Llamándole la atención graciosamente.* ¡Ejem!, ¡ejem!

Rogelio se vuelve hacia ella, y al mirarla se le alegra el semblante.

ROGELIO. Pero ¿estabas ahí? ¡Digo! Y ¡cómo te has puesto! ¿Vamos a la feria?

MARÍA LUISA. ¡Ya sabía yo que te ibas a reí!

ROGELIO. ¿Vamos a la feria?

MARÍA LUISA. ¿Pa qué? Hoy la feria está en casa. ¿No es verdá?

ROGELIO. ¡Y tan verdá!

MARÍA LUISA. ¡Er día no es pa menos!

ROGELIO. ¡Carcula!

MARÍA LUISA. Fíjate. Fíjate en lo que tengo ensima. Y acuérdate der cómo y cuándo… y de antes y de después. Mira: la pursera der primer año, el aniyo der segundo, la peina der tersero, las horquiyas der cuarto, los aretes del quinto… este pañoliyo der sesto… y ahora ¡usté dirá, don Rogelio Parma! ¡Usté dirá!

ROGELIO. ¡Mardito sea!… Don Rogelio Parma yeva una mañanita…

MARÍA LUISA. ¿Eh?

ROGELIO. Sí. Er prinsipá, que no sabe ponerse en las cosas. Trabaja uno como un negro to el año; le acredita la relojería… que hoy ya en Seviya es la que más se busca, y me discute la libertá de un día como éste.

MARÍA LUISA. ¿Es de veras?

ROGELIO. Como te lo digo. Y… de lo otro… ahora hablaremos.

Coge su sombrero y se va por la puerta de la izquierda.

MARÍA LUISA. *Desolada.* Se le ha orvidao. Hasta que me ha visto compuesta no se ha acordao der día que es hoy. Se le ha orvidao. Se lo noté en la cara. Ér se echó a reí, pero de la sorpresa. Se le ha orvidao. A éste se le

ha orvidao. ¡Qué desengaño, señó, sí se le ha orvidao! Y se le ha orvidao. ¡Ya lo creo que se le ha orvidao! ¡Se le ha orvidao! ¡Se le ha orvidao!

Vuelve Rogelio, que no sabe la que le aguarda.

ROGELIO. Pos verás lo que iba a desirte, María Luisa.

MARÍA LUISA. *Mal dispuesta ya.* A vé.

ROGELIO. Por si era poco er torosón que me he tomao con el amo… Salí de ayí… Bueno, hase unos cuantos días pasé por casa de Manolo Sánchez er platero, y me enseñó un coyá de corales que tenía de oportunidá. Muy bonito. Una alhajiya fina. Me enteré de *cómo se yamaba…* ¿tú comprendes?… por si estaba o no a mis arcanses…

MARÍA LUISA. Y no estaba.

ROGELIO. Sí que estaba, sí. Y como se asercaba er día de hoy, lo dejé apartao pa tu persona.

MARÍA LUISA. ¿No yevabas dinero ensima?

ROGELIO. No es eso. Manolo me lo hubiera fiao. Es que había que componerle er brochesiyo.

MARÍA LUISA. ¡Qué casualidá!

ROGELIO. Y yego hoy a recogerlo pa traértelo…

MARÍA LUISA. Y ha habío ladrones esta noche en casa e Manolo.

ROGELIO. No, no ha habío ladrones.

MARÍA LUISA. Sí, hombre, sí; si lo dise er diario. ¡La prueba es que se han yevao mi coyá!

ROGELIO. Entérate, mujé; no empesemos ya la madeja, Ha tomao Manolo un dependiente nuevo…

MARÍA LUISA. ¿Un dependiente nuevo?

ROGELIO. Un dependiente nuevo, sí; un hijo de un compadre suyo. Y resurta que sin sabé er chiquiyo que er coyá estaba ya vendío por Manolo, lo ha apalabrao con la marquesa de San Roque.

MARÍA LUISA. ¡Carambi!

ROGELIO. No, no; sin ¡carambi!

MARÍA LUISA. ¿Sin ¡carambi!, eh? ¡Pos, hijo, con desirle la marquesa que ya estaba vendío!…

ROGELIO. De eso se trata; pero es menesté í por sus pasos… La marquesa es una señora muy caprichosa, y además, favorese mucho a Manolo…

MARÍA LUISA. ¡Claro!

ROGELIO. ¡Y el hombre teme dijustarla! Con rasón. De tos modos va a vé si consigue…

MARÍA LUISA. ¡No lo consigue!

ROGELIO. ¡O sí!

MARÍA LUISA. ¡No, no lo consigue! Er coyá no viene a esta casa.

ROGELIO. ¡O sí viene, mujé!

MARÍA LUISA. ¡No viene! Er coyá no viene. Y menos hoy, que es cuando ha debido vení. No viene, no viene. Er coyá no viene. No le des vuertas, que no viene er coyá. No viene.

ROGELIO. ¡Bueno!

MARÍA LUISA. Y, naturarmente, no siendo ese coyá, no había pa mí en la tienda ni un mal arfilé de filigrana de plata…

ROGELIO. ¡Había en la tienda muchas cosas, pero como lo der coyá toavía no está resuerto…!

MARÍA LUISA. ¡Ay, qué risa!

ROGELIO. ¡Ah!, pero ¿es que dudas de lo que te digo? ¿Es que crees quisá que se me ha pasao la fecha de hoy?

MARÍA LUISA. ¡A la vista está! Por mucho que tú lo compongas…

ROGELIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. ¡Un desengaño así me esperaba, Rogelio! ¡Quién lo hubiera pensao!

ROGELIO. ¿Le paese a usté? ¡Después de la mañana que yevo, este postre! ¡Ahora mismo vas a vení conmigo a la platería pa convenserte de la verdá!

MARÍA LUISA. ¿Quién, yo? ¿Yo a la platería? Tú no me conoses, Rogelio. ¿Pa qué? ¿Pa que se me tome por una mujé de estas esigentes que traen a los hombres de cabesa? No hijo mío, no. Yo no me muevo de mi casa. Pa otra vez, ten un poquito de más memoria. Un dedá que me hubieras traído me hubiera dejao tan contenta. ¡No hasían farta tantos coyares! Un dedá a tiempo me bastaba. Un dedá. Un simple dedá. Na más que un dedá. Pero, amigo, cuando las cosas se van der pensamiento… luego no se arreglan fásirmente. ¿Y quiés yevarme ahora a la platería? ¡Qué disparate! ¡Como que te iba a fartá a ti un guiño pa prevení a Manolo! No, hijo, no. Yo no hago esos papeles. Ni soy yo como la vesina de ar lao, que sacude los vestidos nuevos ar barcón pa que se caiga a la caye la etiqueta der presio y se entere la gente de lo rumboso que es su marido. No, hijo, no. La hija de mi madre no le da un cuarto ar pregonero. ¡Ay, Virgen de los Reyes! ¡Qué desengaño más crué!

ROGELIO. ¡Bueno! *Saca su reloj y mira la hora, dispuesto a armarse de paciencia y a tener calma.*

MARÍA LUISA. Vete, vete cuando quieras a la caye, si estás de prisa; si hay arguien que te espere que te interese más que yo. Vete, vete a la caye. Yo me quedo en mi casa sólita. Sólita, no: con mis lágrimas. ¡Yorando, como nos toca siempre a las pobres mujeres! Las lágrimas acompañan mucho. Esto no lo sabe ningún hombre.

ROGELIO. Pero ¿vas a yorá, criatura? Mírame bien y párate un poco. ¿Tengo yo la curpa de na de esto? ¿Es pa yorá la cosa, mujé?

MARÍA LUISA. ¡Es verdá! ¡Yo no me había dao cuenta! ¡La cosa es pa reí! ¡Ay, qué grasia tiene! ¡A mi marido se le ha orvidao que hoy hase siete años que nos casamos! ¡Ja, ja, ja!

ROGELIO. ¡Eso no se me orvida a mí tan fási!

MARÍA LUISA. *Airada.* ¿Qué me quiés desí?

ROGELIO. Lo que te he dicho: que no se me orvida tan fási.

MARÍA LUISA. ¿Te has arrepentío quisá der matrimonio? ¿Te pesa? ¡Qué lástima! ¡Pobresito márti! ¡Claro! Te ha tocao una mujé que es una loca, chismosa, cayejera, de tienda en tienda, de corro en corro, que no está en casa nunca, gastadora, susia, abandoná… Tú tomas tos los días pegaos los

garbansos, pegao er chocolate, pegao el arroz… los pantalones los yevas con sarpa, er sombrero con porvo, los puños con flecos, los carsetines con *uvitas*… ¡Desgrasias que hay en este mundo! ¡Qué lástima de hombre! ¡La sapatiya que le ha tocao!

Rogelio no deja de mirarla de cuando en cuando, conteniéndose siempre para no contestarle.

ROGELIO. Sigue, sigue. ¡Qué le vamos a hasé!

MARÍA LUISA. ¡Naturá que sigo! ¿No tengo de seguí? ¿Qué menos va una a procurarse que este desahogo? Si no me quieres escucha, tápate las orejas o vete. Pero yo sigo. ¡Vaya si sigo!

ROGELIO. Sigue, sigue.

MARÍA LUISA. ¡Ya lo creo que sigo! ¡Y tanto como sigo! ¡Me lo dijo argunas veses mi madre!… ¡Jesús! ¡Las veses que me lo dijo mi madre!… ¡Pobresita! ¡Cuidao que me lo dijo veses mi madre!… ¡No se cansaba de desírmelo! ¡No se cansaba! Me lo dijo, me lo dijo mi madre… ¡Miste que me lo dijo mi madre!…

ROGELIO. ¡Acaba de una vez la copla! ¿Qué fué lo que te dijo tu madre?

MARÍA LUISA. ¡Que me casaba con un embustero!

ROGELIO. ¡Bien sabe Dios que no lo soy!

MARÍA LUISA. ¡Pobresita! ¡Si levantara la cabesa!

ROGELIO. ¡Era lo único que hoy me fartaba!

MARÍA LUISA. *Herida en lo más vivo.* Mira, Rogelio: pa hablá tú de mi madre te enjuagas la boca. Cuidaíto, ¿eh? Te enjuagas la boca. Pa hablá de mi madre tú te enjuagas la boca. ¿Lo oyes? Te enjuagas la boca. Te enjuagas tú la boca pa hablá de mi madre. Te enjuagas la boca. Te enjuagas la boca. Te enjuagas la boca. *Rogelio, de puro nervioso, gesticula como si se la enjuagara en efecto.* ¿Qué hases?

ROGELIO. ¡Enjuagarme la boca, porque voy a tené que seguí hablando de tu madre… y pué que de tu padre!

MARÍA LUISA. ¡Rogelio!

ROGELIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. ¡Arto ahí! Ojo con lo que dises. Mi padre es sagrao. Pa hablá tú de mi padre…

ROGELIO. ¿Qué enjuagatorio va a hasé farta?

MARÍA LUISA. Pa hablá tú de mi padre tienes que vestirte de limpio.

ROGELIO. Hasta er domingo no me toca.

MARÍA LUISA. Pos espérate ar domingo pa hablá de é. Mi padre es sagrao. Y dejemos ya a la familia.

ROGELIO. Sí; bastante hay contigo.

MARÍA LUISA. ¡Ay, si me valiera dá media vuerta y dejarte solo, qué a gustito iba yo a dormí aqueya noche! ¡Que a gustito! ¡Sin tropesá con nadie ar rebuyirme! ¡Qué a gustito! Pero en eso descansas tú: en que desiendo de buena sepa; en que no he de dá campaná ninguna; en que soy trigo limpio. ¿Por qué no te casaste con aqueya primera novia presioso? ¡Manolita Sancajos! ¡Ésa era la que a ti te tocaba! ¡Qué doló de equivocasión! ¡Qué perla de mujé pa este hombre! Pero, en fin; Dios lo quiso. Sería mi suerte.

ROGELIO. Y la mía.

MARÍA LUISA. ¡Y la tuya también! ¡También la tuya! ¡La tuya también! Lo pues desí muy arto. ¿O te piensas que no has tenío tú suerte ar tropesá conmigo?

ROGELIO. ¡Er gordo me ha tocao!

MARÍA LUISA. Por supuesto, que tanto va er cántaro a la fuente… Las mujeres buenas también nos cansamos. También nos cansamos las mujeres buenas. También nos cansamos. También nos cansamos. Nos cansamos también Nos cansamos. Y la cuestesita abajo es agradable y tiene jabón. Tiene jabón la cuestesita. Tiene jabón. Resbala, resbala la cuestesita abajo. Tiene, tiene jabón. Y a nadie hay que pedirle milagros… Somos de carne y hueso. Y una mujé desengañá y *aburría dispone de muchas horas pa pensá cosas malas. Rogelio, a espaldas de ella, coge nerviosamente una silla en actitud amenazadora; pero al cabo se domina y la suelta. Ella, sin embargo, lo advierte y desafía a Rogelio con la mirada, continuando luego su desahogo.* Y er pensamiento es libre: er pensamiento no reconose vayadá. Y una compara. Sin queré; pero una compara. Se le viene a la idea compará y

compara. Pasa a la vera de una un hombre guapo, y una compara. Compara una. Aunque una no quiera compará compara. Y el hombre le dise a una una finesa, y una le da oídos. ¿A qué mujé le desagrada una finesa? Y sin queré se acuerda una der puerco-espín que tiene en su casa. Se acuerda una sin queré. Se acuerda una. Es sin queré; pero una se acuerda. Se acuerda una. Yo no soy ventanera ni nunca lo he sido, y el otro día estaba en la ventana der cayejón —¡porque no soy mora tampoco, y me gusta asomarme a la reja de cuando en cuando a que me dé el aire!— y pasó *Clavija* er siyero, que no pueo negá que me hase grasia… Me hase grasia *Clavija*. Me hase grasia. *Clavija* es un hombre que a mí me hase grasia. *Al oír Rogelio esto de la gracia que le hace «Clavija», mira nuevamente su reloj y se marcha luego por la puerta de la izquierda, sin que ella, que le ha vuelto la espalda, se dé cuenta de que se va.* Escuchá a un hombre que a una le hase grasia no es ningún delito. A nadie se le farta con eso. Le hase a una grasia un hombre y lo escucha. Un delito no es, pero por ahí se empiesa er plato de durse. Se mete un deo y se chupa. Por ahí se empiesa. Y si una tuviera con quién distraerse, ahí se quedaba. Pero ¿qué va una a hasé? Si su marido la abandona y una no tiene hijos, ¿qué va una a hasé? Una mujé sin hijos, por santa que sea, en una hora de aburrimiento mete er deo en er plato de durse. ¡Ay, si yo tuviera hijos con quien consolarme de mis penas! ¡Por malos y por feos que fueran! ¡Aunque fueran muy feos! ¡Aunque se paresieran a ti! *Dice esto volviéndose.* ¡Ah! Pero ¿se ha ido? ¿Habrá insolensia? ¿Habrá descaro? ¡No, pos lo de los hijos me lo oye! *Éntrase por la puerta del foro, sin dejar de hablar, persiguiendo a Rogelio. La voz se aleja y se acerca en el interior una o dos veces.* ¡Sí, sí; si yo tuviera hijos sería otra cosa! ¡Ya podías estarte dos meses sin verme! ¿A mí, qué? ¡Pa eso estaban conmigo mis hijos! Pero pa tené hijos hase farta cariño. Mucho cariño. ¡Hase farta mucho cariño pa tené hijos! Y tú no sabes de eso. Tú no me has querío a mí nunca de veras. ¡Nunca, nunca! No, no te tapes los oídos; me tienes que escuchá. ¡Tú no me has querío nunca! También me lo dijo mi madre. También me lo dijo. Mi madre me lo dijo también. «¡Ese hombre no te quiere! ¡No te cases con ese hombre, María Luisa, que no te quiere!». ¡Me lo dijo mi madre! ¡Pobresita! ¡Me lo dijo, me lo dijo mi madre!

Salen al cabo uno detrás de otro por la puerta de la izquierda. Rogelio trae el sombrero en la mano para irse a la calle. Contestando, desesperado ya, a la última frase de María Luisa, exclama:

ROGELIO. Y ¿por qué no me lo dijo a mí? *En seguida se va por la puerta del foro.*

Ella se deja caer en una silla, angustiada.

MARÍA LUISA. ¡Qué pena! ¡Qué pena tan atroz! ¡Mi marido me huye! ¡Y en este día tan señalao! ¡Soy la mujé más desgrasiá der mundo! *Llora largamente en varios tonos.*

Pausa.

Sale de nuevo por la misma puerta del foro Rogelio, con una cartita y otra cara.

ROGELIO. María Luisa. *Ella le vuelve la espalda bruscamente.* María Luisa. ¿No quieres que te hable?

MARÍA LUISA. No.

ROGELIO. ¿Ni que te lea? *María Luisa lo mira con rabia, como si creyese que él se burla.* ¿Tampoco? Es que acaba de yegá esta cartita… Tú no tienes humó de cartas, ¿verdá? ¡Bueno! Pos la leeré yo solo. Es de Manolito er platero. *A un gesto de ella.* ¡Sí, hija, sí! ¡De Manolito er platero! ¡Hay Providensia! Dios, que es varón y se condolese arguna vez de sus semejantes… ¡Como está *sortero!*… Vamos con la cartita. Si no la quiés escuchá, pués irte. O asomarte un momento ar barcón, por si pasa *Clavija*. ¡Es tan grasioso! ¡*Clavija* es tan grasioso! *De ella se apodera una singular inquietud. Él lee.* «Querido Rogelio: la señora marquesa de San Roque no tiene inconveniente ninguno en cambiá er coyarito de corales por otra chuchería». ¡Ejem!, ¡ejem! Ca vez me hase más daño er tabaco. «De manera que esta misma tarde lo tendrá usté en su casa con er broche compuesto». ¡Con er broche compuesto! «Que María Luisa lo disfrute muchos años en salú… y que usté lo vea. Su amigo, Manolo». *Pausa. La mira… de la única manera posible.*

MARÍA LUISA. *Con la cabeza baja, pero sonriendo.* ¡Rogelio!

ROGELIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. ¡Rogelio de mi arma!

ROGELIO. *Respirando, como a quien le llega la suya.* ¡Ay! ¡Grasias a Dios! Te lo dijo tu madre. Tu madre te lo dijo, A ti te lo dijo tu madre. Te lo dijo. Te lo dijo tu madre. Yo me enjuago la boca pa hablá de tu madre. Me enjuago yo la boca. Pero a ti te lo dijo. «¡Te casas con un embustero!».

MARÍA LUISA. ¡Rogelio de mi arma! ¡Tú no has sío nunca vengativo! ¡No lo seas ahora! ¡Es er cariño que te tengo, que a veses me siega!

ROGELIO. Te siega, te siega.

MARÍA LUISA. ¡Me siega!

ROGELIO. ¡Como que no has visto er guiño que yo le he hecho ar platero desde aquí pa que escriba esta carta!

MARÍA LUISA. Rogelio, no seas vengativo. No seas vengativo, Rogelio. No seas vengativo. Rogelio, no seas vengativo. Me perdonas, ¿verdad? *Yendo a él y colgándosele del cuello.* Sí me perdonas. Sí me perdonas, sí. Tú me perdonas. ¿Verdá que me perdonas, Rogelio? Dime que me perdonas. Sí me perdonas, sí. Me perdonas. Tú me perdonas. ¡Pobresito mío! ¡Los disparates que te he enjaretao! ¡Mía que te he enjaretao disparates! Y ¡con qué carma me escuchabas!

ROGELIO. ¡Psché! La esperiensia.

MARÍA LUISA. La esperiensia, ¿verdá? Las mujeres tenemos la curpa de to lo malo que hagan con nosotras los hombres. Tenemos la curpa. Las mujeres tenemos la curpa. La tenemos. Tenemos la curpa las mujeres. Los empujamos, los trastornamos, los presipitamos…

ROGELIO. ¡Eso es!, ni más ni menos. Disen que hay un cuartito de hora en que la que más mira menos ve; la más firme se hase de sera, y la más amarga de caramelo. ¡Er cuartito de hora famoso! Pero en cambio de ése hay otro cuartito de hora —y esto te lo dise a ti un relojero esperimentao— en que la mujé más buena se vuerve un demonio. Ni ve, ni oye, ni entiende, ni quiere a nadie entonses, ni le importa más que lo que se le mete entre seja y seja. Sabe que es mujé, sabe lo que vale pa el hombre, sabe que el hombre no va a matarla, y aprieta los torniyos con toas sus fuersas. Insurta, mortifica, ofende, inventa cosas imposibles… Pide er só, pide la luna, pide las estreyas de rabo… ¿Qué vi a contarte yo? ¡Tú lo sabes mejó que nadie! Pos bueno: el

hombre que, como este cura, deja pasá ese cuartito de hora cayao como en misa, como una penitensia, o como se deja pasá una nube que trae pedrisco, ése está sarvao y siempre recoge su premio. Er que no tiene aguante y discute, ése ha hecho su suerte. ¡Dios sabe adónde irá a pará! Porque a las mujeres se les debe hasé caso siempre… menos en ese cuartito de hora. Conque dale grasias a Dios porque en vez de marido te ha deparao un *termo*… que conserva siempre su interió a la temperatura que le conviene.

MARÍA LUISA. ¡Por la gloria de mi madre, Rogelio, que éste va a sé mi úrtimo cuartito de hora!

ROGELIO. ¡De esa clase!

MARÍA LUISA. ¡Claro! ¡Los cambiaré por los de la otra!

ROGELIO. ¡Así sea!

MARÍA LUISA. ¡Perdóname er mar rato, Rogelio! ¡Perdóname de veras tos los desatinos que te he dicho!

ROGELIO. ¡Ya están perdonaos!

MARÍA LUISA. ¡Tos eyos!, ¡tos eyos! ¡Porque tú comprenderás que a mí no me hase grasia *Clavija*!

ROGELIO. ¡Ni a nadie!

MARÍA LUISA. ¡A mí *Clavija* no me hase grasia! ¡A mí no me hase grasia *Clavija*! ¡Te lo juro!

ROGELIO. ¡A ti no te hase grasia nadie más que yo!

MARÍA LUISA. ¡Ésa es la verdá más grande que has dicho esta mañana! ¡Ay, qué contenta estoy con mi Rogelio! ¡Qué contenta estoy!…

También después de una pelea
hay un cuartito de hora bueno
en que er cariño saborea
la miel que sale der veneno.

FIN

Madrid, febrero, 1922.

LA QUEMA

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO ESPAÑOL** el 28 de abril de 1922

A MARÍA GÁMEZ,
que ha llenado de gracia femenina
la escena española.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TEODORA.	MARÍA GÁMEZ.
DELFINA.	ISABELITA PLAZA.
VALENTÍN.	MANUEL PARÍS.

LA QUEMA

Despacho elegante en casa de Valentín, muchacho adinerado, en Madrid. Puerta al foro. Chimenea encendida a la derecha del actor. Mesa grande en medio de la estancia. Un bargueño a la izquierda. Es de noche. Luces.

Valentín se ocupa en trasladar silenciosamente del bargueño a la mesa infinidad de recuerdos de amores pasados: cartas, retratos, flores, cintas, cabellos, abanicos, etc. Sonríe melancólicamente. Al cabo suspira y exclama:

VALENTÍN. ¡Ay!… ¡Llegó la hora! No diré que la hora fatal, pero llegó la hora. ¡La hora de la quema! ¡La leña de la chimenea se me antoja que arde con fruición, como esperando un pasto exquisito! Y lo es, ¡qué demonio! ¡Prendas de amor!… ¡Verdades y mentiras!… ¡Besos y lágrimas!… ¡Al fuego, al fuego! Conservaros ya sería un peligro… y una traición. ¡Ay!… Pero no deja de costar algún trabajillo… Advertiremos a la doncella, no vaya a alarmarse si huele un poquito a chamusquina. Y me prevendré contra cualquier inoportuno.

Va a tocar un timbre, pero antes de que su mano pueda llegar a él, Delfina, la doncella, asoma en la puerta del foro con una elocuente sonrisa. Es una doncella muy lista, que se hace la tonta.

DELFINA. ¿Llamaba el señorito?

VALENTÍN. ¡Caramba! Iba a llamar, precisamente.

DELFINA. ¿Le adivino los pensamientos al señorito?

VALENTÍN. Por las señas…

DELFINA. ¿En qué puedo servirle?

VALENTÍN. La señora, ¿bajó al entresuelo?

DELFINA. Sí, señorito; y seguramente no subirá hasta las once, que es su hora.

VALENTÍN. Muy bien.

DELFINA. Estamos como quien dice solos.

VALENTÍN. Por eso te llamaba.

DELFINA. *Tomando el rábano por las hojas.* ¿Sí?

VALENTÍN. *Sin darse por aludido.* Sí. Tengo que hacer Venga quien venga, yo no estoy para nadie.

DELFINA. Entendido. El señorito no está para nadie. ¿Es eso?

VALENTÍN. Eso es.

DELFINA. ¿Y si le llaman por teléfono?

VALENTÍN. Tampoco estoy.

DELFINA. ¿Sea quien sea?

VALENTÍN. Sea quien sea.

DELFINA. Entendido.

VALENTÍN. Si hueles a quemado, no te asustes.

DELFINA. ¿Se va a rizar el señorito?

VALENTÍN. ¡No! Voy a quemar unos papeles.

DELFINA. ¿Desea el señorito algo más?

VALENTÍN. Nada más.

DELFINA. *En la brecha siempre.* ¿Nada más?

VALENTÍN. Nada más, nada más.

DELFINA. Pues yo quería decirle al señorito que mañana recibirá mi humilde regalo.

VALENTÍN. ¡Por Dios, Delfina! ¿Para qué te has metido en eso?

DELFINA. Señorito, ¿qué menos había yo de hacer? Va el señorito a tomar estado… Un recuerdo de esta modesta servidora… Son dos aritos de servilleta. Así se acordará el señorito de mí siempre que se limpie la boca.

VALENTÍN. Muchas gracias.

DELFINA. ¿Algo más?

VALENTÍN. Ya te he dicho que nada más. A ver cuándo nos das tú también un buen día.

DELFINA. ¡A ver cuándo me lo dan a mí! Pero es lo que dice la señora, su mamá de usted, refiriéndose justamente a la boda del señorito con la señorita Teodora…

VALENTÍN. ¿Qué dice? ¿Qué dice mi madre?

DELFINA. Que ahora en Madrid no se casan más que las viudas. Como la señorita Teodora es viuda…

VALENTÍN. ¡Ah, sí! Eso dice.

DELFINA. Pero si para quedarse viuda hace falta haberse casado primero, pues… ¡es muy difícil casarse!

VALENTÍN. Es verdad.

Pausa.

DELFINA. De manera que el señorito no está para nadie absolutamente.

VALENTÍN. Absolutamente.

DELFINA. Con permiso, pues. *Hace ademán de irse.*

VALENTÍN. Cierra la puerta.

Delfina, creyendo que al fin llegó lo que esperaba obedece y se queda dentro.

DELFINA. Ya está.

VALENTÍN. No, mujer; cierra cuando te vayas.

DELFINA. ¡Ah… vamos!… *Se retira un tanto chasqueada y cierra la puerta después.*

VALENTÍN. También me ha costado trabajo estar formalito; pero debo acabar para siempre con estas chiquilladas. Y… ¡vamos allá! A salir de esto cuanto antes. ¿Por dónde empezaré el sacrificio? *Tomando un paquete.* ¿Qué dice aquí? *Lee.* «Documentos de Juanita la Golfa». ¡Ja, ja, ja! ¡Buen principio! ¡Documentos!… ¡No estará el certificado de buena conducta! *Leyendo luego sucesivamente en otros paquetes.* ¿Y aquí? «Brisas del

Tormes». ¡Ah! ¡La salmantina que me volvió loco! «Brisas del Betis». ¡Canela! «¡Estafeta romántica!». ¡Bueno va! ¡El crimen pide crímenes! «Estafeta picante». ¡Toda la lira! ¿Y estos claveles secos? «Siete de mayo de…». ¡Dios mío! ¡Cualquiera se acordaba! Pero ¡qué hombre más ordenado he sido siempre! Me está gustando la clasificación. Es una maravilla. Si yo hubiese estudiado algo alguna vez, hubiera sido archivero-bibliotecario. *Examina con callada delectación el tesoro de sus archivados recuerdos, mientras tararea una musiquilla popular.* ¡Cuánta cosa!… ¡Cuánta cosa hay aquí!…

Ábrese sigilosamente la puerta del foro y aparece, seguida de Delfina, Teodora, la bella viuda con quien va a casarse Valentín.

Delfina. Señorito.

Valentín. *Sobresaltado.* ¿Quién? *Atónito.* ¡Teodora!

Teodora. ¿Qué tendrá que hacer este hombre en su casa, que no está para nadie absolutamente?

Valentín. ¡Teodora!

Delfina. No hay regla sin excepción, ¿verdad, señorito?

Valentín. No, no la hay…

Teodora. ¿Te he dado un susto, Valentín?

Valentín. *Turbadísimo, a pesar suyo.* No, criatura… Es que estaba tan lejos de…

Teodora. Venía a ver a tu madre. ¿No me habías dicho tú que ibas al Real?

Valentín. Sí, pero… Me emperecé, ¿comprendes?… ¿A mi madre venías a ver? Está en el entresuelo… Le mandaré recado… Pero vámonos al salón, que allí hará más frío…

Teodora. ¿Qué dices, hombre?

Valentín. Nada… Vámonos al salón… Este despacho es un chicharrero… *A Delfina.* Y tú, ¿qué aguardas? Ya te avisaré si te necesito…

Delfina. Bien, bien. Con permiso de los señores. *Marchase sonriente.*

Valentín. Es tonta.

TEODORA. ¿Es tonta?

VALENTÍN. ¡Qué sorpresa me has dado! Y ¡qué guapa vienes!… Anda, vámonos al salón…

TEODORA. ¿Al salón? ¡Quiá! De aquí no nos movemos sin que tú me expliques qué azoramiento es éste…

VALENTÍN. ¿Cuál?

TEODORA. Éste: el tuyo. Si estás pálido; si estás yerto si tartamudeas… ¡Si pareces un ajusticiado!… ¡Si no das pie con bola desde que llegué!…

VALENTÍN. ¿Yo?

TEODORA. ¡Tú! Es infantil que disimules… Has querido comerte con los ojos a la doncella porque burló tu orden… ¿Qué hacías?

VALENTÍN. ¡Qué sé yo! ¡Cualquier cosa! Enredando…

TEODORA. Enredando, ¿eh? ¡Ahora es cuando estás enredando! ¿Qué hacías? ¡Pronto!, ¡pronto! ¿Qué hacías? ¡Sin vacilar! ¡Porque tú sabes bien lo que hacías! ¿Qué hacías? ¡A mí no me engañas! ¡A mí me debes toda la verdad! ¡Entre nosotros dos ya no caben secretos! ¡Vamos a casarnos la semana que viene! ¿Qué hacías?

VALENTÍN. ¡Yo no sé lo que te figuras cuando me dices esas cosas! ¿Adonde te lleva el pensamiento, mujer? Anda anda, déjate de bobadas y vámonos allá. Le avisaremos a mi madre…

TEODORA. ¡Quiá! ¡Te repito que no! ¡Nada! No te compongas… Basta que trates de ocultármelo para que yo me empeñe… ¡Aquí hay gato encerrado! ¡Aquí hay misterio! ¡Aquí hay crimen!

VALENTÍN. *Riendo.* ¡Crimen, dice!

TEODORA. ¡Si tú no me lo declaras, lo averiguo yo! *Va resueltamente a la mesa.*

VALENTÍN. ¡No toques ahí, Teodora! ¡No toques ahí!

TEODORA. ¿Hay peligro de muerte?

VALENTÍN. ¡No toques ahí, te lo ruego!

TEODORA. Ni tú te pongas tan solemne, porque es inútil. Pero, en fin, sin tocar. ¿Qué papeles son éstos, niño? ¡Por supuesto, que no hay más que

verlos para figurárselo! ¿Estábamos de *liquidación amorosa?*

VALENTÍN. Te equivocas, niña. Estos papeles no son míos. Son cosas de mi abuelo… que iba a quemar. Respétalos.

TEODORA. De tu abuelo, ¿eh?

VALENTÍN. De mi abuelo.

TEODORA. ¿Con cintitas color de rosa, color de heliotropo, color celeste…? ¡Cuéntaselo a tu abuelo! A ver, a ver…

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Descuida: los tocaré con mucho tino.

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Descuida, hombre…

VALENTÍN. ¡Te prohíbo que llegues ahí!

TEODORA. ¡Ah! ¿Me lo prohíbes? ¡Pues ahora es cuando voy a revolverlos todos!

VALENTÍN. ¡No!

TEODORA. ¿Cómo que no?

VALENTÍN. ¡Por Dios, Teodora!

TEODORA. ¡Por la Virgen! A ver este retrato.

VALENTÍN. ¡Bueno!

TEODORA. *Leyendo la dedicatoria:* «A mi granuja, su Gorfa. ¡Vaya cardo!». *Mirándolo con mucha gracia.* ¡De tu abuelo! ¡Qué duda cabe! ¡Buen *pirandón* era tu abuelo! Académico de la Historia, pero ¡buen *pirandón*! ¿A quién saldrá el nieto tan seriecito? Y ¡qué cara de… de sirvengonzona tiene ella!

VALENTÍN. Bien, Teodora; con absoluta formalidad: deja eso… y vámonos de aquí. Efectivamente, me has sorprendido en una revisión de cosas íntimas, de cosas de un pasado del que me avergüenzo… o del que no quiero acordarme… ¿Ves esa lumbre? Esperando están sus llamas todo esto para devorarlo… Por nuestro cariño te juro que iba a quemarlo todo. Por eso no estaba para nadie esta noche.

TEODORA. ¿Ni para mí?

VALENTÍN. ¡Para ti menos que para nadie! ¡Compréndelo!

TEODORA. Lo comprendería si yo fuese una solterita inocente; pero una viuda, Valentín, bien puede enterarse de ciertos secretillos… ¿No? Vamos a emprender los dos juntos la tarea de quemarlos. A ti mismo debe satisfacerte, por mí. ¡Qué plato de gusto! ¡No soñaba yo con esta noche!

VALENTÍN. ¡Ni yo tampoco!

TEODORA. ¡Dios me ha traído esta noche a tu casa!

VALENTÍN. ¡Ay, Dios!

TEODORA. ¡Hombre! ¿Qué cosa es esta tan minúscula? Un sobrecito de tarjeta… ¿Qué guardará? ¡Tan mono!

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. ¡Un ricito! ¡Si es un ricito! Debí imaginarlo. ¡Y de una morena! ¡Y de la nuca, de la nuca; es de la nuca! ¡Otro *abuelo*! ¿Es éste quizá el *abuelo* a que te referías? Anda, quémalo; toma. Quémalo, quémalo, precioso.

VALENTÍN. *Sumiso.* Ya está.

TEODORA. ¡Cómo cruje! ¡Como se te salten las lágrimas, te salto yo los ojos!

VALENTÍN. No se me saltan, no.

TEODORA. ¡Huy, qué mal huele el dichoso *abuelo*! ¿De quién era, tú?

VALENTÍN. ¡Yo qué sé!

TEODORA. Estás frenético. De buena gana me ahogarías.

VALENTÍN. ¡Es que no viene a nada esta escena!

TEODORA. *Leyendo en un paquete.* «Documentos de Juanita la Golfa». ¿Otra golfa? ¡Ya van dos golfas, tú!

VALENTÍN. Es la misma.

TEODORA. No lo sé. El golfo sí es el mismo. Y ¿qué documentos son éstos?

VALENTÍN. ¡Calcula! Cartas de una infeliz que a mí me hacían gracia en aquel tiempo. Chiquillerías; cosas de estudiante…

TEODORA. Pues si a ti te hacían gracia, de seguro me la hacen a mí. ¿No crees?

VALENTÍN. ¿Vas a leerlas?

TEODORA. Voy a curiosear el estilo.

VALENTÍN. Mira que… En fin, ¡lo que te dé la gana!

TEODORA. Pero ¿por qué te enfadas, hombre? ¡Si me enfadara yo!… *Leyendo:* «Sangre de mis venas… Negro de mis ojos…». *Arrepentida.* Sí, esto va a ser muy fuerte. Toma, toma. Al fuego.

VALENTÍN. Al fuego.

TEODORA. Vamos a seguir con los retratos. ¿Quién es ésta? ¡Qué ridícula está la pobre con ese sombrero tan chico! No lo tomes a mal.

VALENTÍN. Te advierto que ésa sí que no es cosa mía. Fué una amiga de Antonio Sigüenza… Cuando él se casó me envió el retrato para que yo se lo guardase…

TEODORA. ¿Por si venían mal dadas en el matrimonio? Pero ¿quién es ella? A mí esta cara no me es desconocida.

VALENTÍN. No lo extraño. En el teatro la habrás visto, cien veces.

TEODORA. ¿Es actriz?

VALENTÍN. No; pero va mucho a los estrenos. Es una pajarita, una *entretenida.*

TEODORA. ¿Una entretenida?

VALENTÍN. Sí.

TEODORA. ¿Tú sabes cómo yo defino a esas mujeres?

VALENTÍN. ¿Cómo?

TEODORA. Una entretenida es una mujer que se aburre con el que la entretiene… y se entretiene con un amigo del que la aburre. ¿Está bien la definición?

VALENTÍN. ¡Admirable! Pero yo no he sido ese amigo.

TEODORA. ¡Ejem!

VALENTÍN. No he sido, no; palabra.

TEODORA. Por si acaso, entonces, la libraremos de la quema. Ahora, que tú no has de guardar el retrato más tiempo. Mándaselo a otro amigo soltero de confianza… y que siga así el depósito de la joya.

VALENTÍN. Se hará como lo pides.

TEODORA. ¡Y si no, que me lo encuentre yo en algún mueble cuando estemos casados!

VALENTÍN. No temas.

TEODORA. ¿Y estas cartas del lazo lila?

VALENTÍN. *Gravemente.* Dame esas cartas.

TEODORA. «Estafeta romántica», dice el sobre.

VALENTÍN. ¡Dame esas cartas!

TEODORA. *Remedándolo.* ¡No quiero!

VALENTÍN. ¡Por Dios, Teodora! ¿No ves el tono en que te hablo? Dame esas cartas. Son algo distinto de todo…

TEODORA. Pues, hijo, ¡tú las tienes con las demás!

VALENTÍN. Porque su destino esta noche iba a ser idéntico; porque ya todo ello es letra muerta para mi…

TEODORA. Entonces, ¿qué te importa que yo lo vea?

VALENTÍN. Es una delicadeza del recuerdo, Teodora. Se trata de una mujer casada… No encontrarás su firma; pero, tal vez, leyendo alguna carta puedas adivinar quién es ella… ¿Para qué quieres saber su nombre?

TEODORA. ¡Para odiarla!

VALENTÍN. ¿Para odiarla si en aquella fecha yo no te conocía?

TEODORA. Y eso ¿qué más da?

VALENTÍN. Echa al fuego esas cartas sin verlas, te lo suplico.

TEODORA. *Transigiendo, después de pensarlo un instante.* Me parece que le guardas tú más consideración de la que merece… Cuando ella te ha dejado sus cartas… *Con ironía.* En fin, ¡es un caso de honra! ¡Es un secreto! *Burlonamente.* ¡Que el fuego se lo trague! *Antes de echar el paquete a la chimenea.* ¿Son de Sarita… H?

VALENTÍN. *Perplejo.* ¿Lo sabes tú?

TEODORA. ¡Lo sabe hasta el marido!

VALENTÍN. ¿El marido?

TEODORA. ¡No te vaya a dar un soponcio! El marido, el pobre… X, le llamaremos X, ¿no? —¡claro que no es el de los rayos!— yo no sé si lo sabe o deja de saberlo; pero yo, como ves, estoy al cabo de la calle… ¡De la calle de Valverde, donde eran las cititas!…

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Porque supe de estos amoríos, precisamente de éstos, me entraron a mí ganas de conocerte y de tratarte… Y frecuenté la casa de tu madre con las de Caín… Y me caíste en gracia… ¡mire usted qué demonio!… y yo no te fuí del todo indiferente… ¡mire usted qué diablo!… y dentro de unos días vamos a ir juntos al altar… *Releyendo el sobre;* «¡Estafeta romántica!». ¡Vaya un romanticismo el vuestro! ¡El romántico en todo caso era X… que estaba en la luna! *Decidiéndose.* ¡Ea, ea! ¡A arder, a arder con las demás! ¡Bien juntas estaban! ¡Todo es uno y lo mismo! *Las echa al fuego.* ¡Engaños y mentiras que parecen verdad un momento!

VALENTÍN. O verdades que pasan…

TEODORA. Si fueran verdades, durarían siempre… ¡Ay, qué nerviosa me ha puesto el tal paquetito! ¡Cruje, cruje más condenado! ¡Maldito seas!

VALENTÍN. Vamos, tranquilízate… Y dejemos ya esta antipática revisión. Es enojoso, es absurdo, es ridículo continuarla… Ya que has descorrido el visillo un poco y has satisfecho tu curiosidad de mujer, dejémoslo, Teodora… No conduce a nada… ¿Qué tiene que ver nuestro cariño con nada de esto?…

TEODORA. ¡Eso es lo malo, Valentín; que sí tiene que ver! ¡Estas son hojas de tu vida! ¡Hojas secas, si quieres, pero de tu vida! ¡Quémalas, quémalas todas sin mirar ya más! ¡Quémalas pronto! ¡Yo ya no quiero ni tocarlas! ¡Y vámonos de aquí! ¡Porque si no nos vamos, voy a concluir por querer echarte a ti también a la chimenea!

VALENTÍN. ¿A mí también?

TEODORA. ¡Sí, también! *Mirándolo amorosamente.* Bueno, a ti no… *Con rabia contenida.* ¡Pero, como ganas, ya me dan!

VALENTÍN. ¡Ja, ja, ja!

TEODORA. Y no me vayas a salir ahora con que tú *te abrasas* en mis ojos, porque te rompo una silla en la cabeza.

VALENTÍN. ¡Ja, ja, ja! Vámonos, vámonos allá dentro… Le avisaremos a mi madre…

TEODORA. *Fijándose de improviso en un retratito y cogiéndolo trémula.* Pero ¿qué es esto, Valentín? ¿Quién es este nene?

VALENTÍN. ¿Eh?

TEODORA. ¡Este nene! ¿Quién es este nene? ¡Pronto!, ¡pronto! ¡Sin pensar!, ¡sin dudar! ¿Quién es este nene? ¡Se parece a ti!, ¡se parece a ti! ¿Quién es? ¿De quién es? ¡Por ésta no paso! ¡Ésta me esperaba todavía! ¡Por ésta no paso! ¡Niños ajenos, no! ¿Quién es? ¿Vive o no vive? ¡Si es una estampa tuya! ¡Por ésta no paso, Valentín! Bien está el *romanticismo* de la calle de Valverde; pero ¡un paquetito de cartas de carne y hueso, es mucho pasar!

VALENTÍN. Mujer, por Dios, no te acalores… Fíjate bien en la fotografía…

TEODORA. ¡Ya, ya me fijo! ¡Cuanto más la miro, más parecido le encuentro a ti!

VALENTÍN. ¡Como que soy yo, tonta!

TEODORA. ¿Tú? ¿Eres tú? ¿No me engañas?

VALENTÍN. ¿Qué he de engañarte? Míralo…

TEODORA. Sí, sí… eres tú… Eres tú… ¡Qué mono estabas!… ¡Has cambiado mucho!

VALENTÍN. ¡Mucho! Ahí tenía cinco años… ¡Llevo cambiando veintisiete!…

TEODORA. ¡Pero todavía no me sale el susto del cuerpo!, y ¿cómo tienes a esta criaturita entre toda esta gente?

VALENTÍN. ¡Por causa de alguna caprichosa que querría conocerme de niño!…

TEODORA. ¡Vaya una compañía para un párvulo! *Barajándolo todo.* ¡Hay que ver! Una golfa, otra golfa más, una cursi, una fea, flores, moñajos,

papelorios, un ochavo moruno… ¿Por qué no te haces con él un alfilerito de corbata, rico? ¡Imposible!, ¡imposible! ¿Para qué habré yo visto estas porquerías? No ha sido Dios, ha sido el diablo quien me ha traído esta noche a tu casa. ¡No me puedes querer como yo te quiero! ¡Te han gustado muchas mujeres! ¡Te han gustado todas!

VALENTÍN. ¡Todas, no!

TEODORA. ¡Todas, sí! O a lo menos, una sí y otra no. ¡De cada tres, una! ¡Tienes el corazón hecho una criba! ¡No me puedes querer como yo te quiero!

VALENTÍN. Teodora, ¡por los clavos de Cristo!… ¿Vas a llorar? ¡Mira que son ganas de atormentarte!… Ya sabía yo que esto era una imprudencia… No seas simple; no llores… Agua pasada no mueve molino. Tú misma ¿no has querido también a otro hombre?

TEODORA. ¿Vas a comparar, mamarracho? ¡Yo quise a mi marido! ¡A un hombre solo! ¡Pero tú tienes ahí cartas de un batallón! ¡Son muchas contra uno!

VALENTÍN. *Galante.* Di mejor es una… contra todas.

TEODORA. ¡Muy bonita frase!

Gimotea, entre frenética y nerviosa.

VALENTÍN. ¡Vaya por Dios! Si me hubieras hecho caso desde el principio… *Cautelosamente, coge de pronto de entre todos un retratillo predilecto, y con el mayor disimulo lo esconde bajo un libro en otro mueble.*

Teodora se da cuenta de ello.

TEODORA. *Suspirando.* ¡Ay!…

VALENTÍN. Vamos, Teodora; vamos. ¿No es todo esto una niñería? ¿No alardeabas de mujer de experiencia? ¿No te basta poder echar por tu mano ahora mismo al fuego todas estas memorias que así te han trastornado? ¿Qué más quieres?

TEODORA. *Serenándose.* Tienes razón: he sido una pazguata. ¿Qué vale nada de eso ya? Quien ama el peligro… Ahí creo que está tu madre. ¿No la oyes?

VALENTÍN. No… Voy a ver…

Teodora. ¿Te atreves a dejarme aquí sola?…

Valentín. ¿Qué mayor prueba puedo darte?

Vase por la puerta del foro, mirándola.

Ella inmediatamente se levanta y va como una flecha a coger el retrato escondido.

Teodora. ¡Bueno va! ¿Quién será esta mona? Sin dedicatoria y sin firma. ¡Es lo mismo! Ya sé yo que con esta chata es con quien hay que tener cuidado. Al fuego, que no se me despinta. Y ahora, en su lugar, un retratito mío. Las bromas, pesadas o no darlas. *Dice y hace con travesura y delectación indecibles.* ¡Y aquí no ha pasado nada, mi amor! *Se sienta como estaba.*

Valentín vuelve.

Valentín. No, pues no era mi madre.

Teodora. ¿No?

Valentín. No. *La mira receloso.*

Teodora. ¿Qué me miras así?

Valentín. ¿Qué diablura has hecho? ¡Porque tú has hecho alguna diablura!

Teodora. ¿En tan poco tiempo?

Valentín. Te basta un segundo. El baile de tus ojos no miente. ¿Qué diablura has hecho, Teodora?

Teodora. Pero, hombre, ¡si no me he movido de aquí!

Valentín mira a todas partes y al cabo nota la falta del retrato de ella.

Valentín. ¡Ah!, ya sé. Tu retrato.

Teodora. ¿Eh?

Valentín. Tu retrato, sí. No te hagas la boba. El que estaba ahí: ¿qué has hecho de él?

Teodora. Pero ¿había ahí un retrato mío?

Valentín. ¿Qué has hecho de él?

Teodora. ¿No lo habrás guardado tú en alguna parte para que no viese esta escena?

VALENTÍN. *Recelando siempre.* No… yo no…

TEODORA. Mira a ver debajo de aquel libro…

VALENTÍN. ¿Eh?

TEODORA. Mira, hombre; mira. O miraré yo.

VALENTÍN. ¡No! *Levanta el libro y saca la fotografía demudado,* ¡Teodora! Pero ¡qué cosas tienes!

TEODORA. Pues ¿y tú, Valentín?

VALENTÍN. ¡Perdóname!

TEODORA. ¡Perdóname! ¡Aquí no hay bula para ninguna chata! ¡Ahí la tienes quemadísima en la chimenea!

VALENTÍN. Perdóname otra vez. ¡Perdóname siempre!

TEODORA. ¡Sí que tendré que perdonarte!

VALENTÍN. ¡Tú sola mandarás en mí!

TEODORA. ¡Ah, no te quepa duda! *Valentín le da un beso al retrato.* ¡Qué tonto!… *Él, entonces, va a acercársele para besarla. Ella lo detiene.* Ahora te esperas, en castigo. ¡Alguno has de tener! Yo también he llevado el mío. ¡Por curiosa! ¡Por impertinente! ¡Por olvidadiza!

VALENTÍN. ¿Por olvidadiza además?

TEODORA. Sí; porque hace tiempo que en mi álbum me escribió un amigo poeta:

> Cuando un amor te brinde paz y gloria,
> no le preguntes a ese amor su historia.

FIN

Madrid, abril, 1922.

CABELLOS DE PLATA

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO DEL CENTRO** el 6 de mayo de 1922

A IRENE ALBA,
siempre triunfadora,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SETEFILLA.	IRENE ALBA.
MAGDALENO.	JUAN BONAFÉ.

CABELLOS DE PLATA

Modestísimo sotabanco de Setefilla, vieja andaluza, en Madrid. A la derecha del actor, puerta con cortina. A la Izquierda, puerta de entrada, con mirilla. Una mesa, dos o tres sillas y un espejo. Es por la tarde.

Suena la campanilla de la puerta. Al instante sale por la de la derecha Setefilla, atribulada. Es una vieja setentona, limpia como el oro, y cuya única gala actual son sus abundantes cabellos de plata.

SETEFILLA. ¡Ay, Dios mío! Ca vez que suena la campaniya me pega un vuerco er corasón. ¿Será argún parte? ¡Hijo de mi arma! ¡Qué angustia! ¿Qué será, Dios mío? *Se asoma a la mirilla.* No, pos no es un parte. ¿Quién es?

MAGDALENO. *Dentro.* Gente de paz.

SETEFILLA. *Cerrando la mirilla de un golpe.* ¡Condenao tipo! ¡No vales er susto que me has dao! ¿Qué querrá este hombre, que en toas partes donde me encuentra no me quita ojo? ¿Será pintó y querrá retratarme? ¡Ea, pos vamos a salí de la duda! Comerme, no me va a comé. ¡A vé pa qué busca a esta vieja!

Abre la puerta y aparece Magdaleno, personaje extravagante y desaliñado.

MAGDALENO. Servidor.

SETEFILLA. Buenas tardes.

MAGDALENO. Buenas tardes.

SETEFILLA. ¿Qué desea usté?

MAGDALENO. Hablar con usted cinco minutos.

SETEFILLA. ¿Sinco minutos? Pase usté.

MAGDALENO. Con permiso.

SETEFILLA. Ya podía usté limpiarse antes de entrá los sapatos en la esteriya, que está ahí fuera pa eso.

MAGDALENO. Tiene usted razón, señora mía; tiene usted muchísima razón. Yo soy un artista y no echo cuenta…

Sale a complacer a Setefilla. Mientras, dice ella para sí:

SETEFILLA. ¡Ay, qué mala jorma tiene el artista! Y ¡cuánta basura trae ensima el arrastrao! ¡Er jabón le huye!

MAGDALENO. *Pasando al interior, satisfecho.* Ya está usted servida.

SETEFILLA. Pos tenga usté la amabilidá de sentarse.

MAGDALENO. Con permiso.

Setefilla cierra la puerta y luego se sienta también. El artista viene fumándose un chicote, que huele a demonios, y que tiene dos o tres remiendos de papel de seda. La vieja no disimula su asco.

SETEFILLA. ¡Uf!…

MAGDALENO. ¿Le molesta a usted el humo, señora?

SETEFILLA. Me molesta *er peste* del humo.

MAGDALENO. ¿*El peste*? Pues nada más lejos de mi ánimo que molestarla a usted.

Apaga el cigarro refregándoselo sobre el pecho, y luego se lo guarda en un bolsillo.

SETEFILLA. *De asombro en asombro.* Pero ¿yeva usté en la chaqueta la lata e las coliyas?

MAGDALENO. ¡Ja, ja! No, señora. En la chaqueta llevo yo… ¡llevo una vuelta al mundo! ¡Si usted supiera todo lo que llevo en la chaqueta!

SETEFILLA. No me importa; no lo quiero sabé.

MAGDALENO. Ni este cigarro es una colilla tampoco. Aún hay clases. Es un habano de primera. Me lo regaló hace tres días un eminente actor, y

estoy conservándolo todo lo que puedo. Soy un artista. Pero ¡qué primor de sotabanco vive usted! ¡Qué lindeza! ¡El más bonito de Madrid!

SETEFILLA. Limpio, señó; limpio. Na más que limpio. Yo no soy una artista.

MAGDALENO. ¡Ja, ja! ¡Qué ocurrente!

SETEFILLA. Y usté me dirá.

MAGDALENO. Sí, señora, sí. Yo le diré en seguida, mi señora doña… ¿Su gracia?

SETEFILLA. Setefiya.

MAGDALENO. ¡Ah! ¡Setefilla! La patrona de Lora del Río.

SETEFILLA. Eso es. Místela en ese cuadro.

MAGDALENO.

Consolación la de Utrera
y Gracia la de Carmona;
Virgen de la Setefilla,
dicen los niños de Lora.

SETEFILLA. ¡Ajajá! Esa copla cantan en mi pueblo. ¿Ha estao usté arguna vez en mi pueblo?

MAGDALENO. ¿Cómo no? ¡Yo he estado en todas partes! Soy un artista.

SETEFILLA. Pero… ¿usté no es de por ayá abajo? ¡O han cambiao mucho las cosas desde que yo me vine!

MAGDALENO. ¡Ja, ja! En efecto, señora, yo soy de terreno más alto que el de usted.

SETEFILLA. ¿De Despeñaperros?

MAGDALENO. Más alto aún: de Esteras de Medina, provincia de Soria.

SETEFILLA. ¡Huy, qué frío! Por lo que se cuenta.

MAGDALENO. ¡Mucho mucho frío!

SETEFILLA. Bueno, vamos al asunto: usté ¿qué es lo que quiere de mí, don… don…?

MAGDALENO. Magdaleno.

SETEFILLA. ¿Madaleno? ¡Hasta er nombre tiene usté raro!

MAGDALENO. ¡Pues el de usted, no siendo en Lora!… pero esto es precisamente por algo… Ni usted ni yo somos personas del montón… Verá usted, amiga Setefilla… Perdóneme que la llame amiga. Ustedes, los andaluces, son personas de corazón abierto, y apenas hablan dos palabras con alguien, ya le permiten todas las confianzas.

SETEFILLA. *Escamada.* Por si acaso, no se deje usté í…

MAGDALENO. No tema. Verá usted lo que aquí me trae. Me habían dicho que alquilaba usted una habitacioncita…

SETEFILLA. ¿Yo?

MAGDALENO. Usted. Eso me habían dicho.

SETEFILLA. Pos si le han yevao argo por la notisia, que le devuervan a usté er dinero. ¿Qué voy yo a arquilá en este tabuco, señó, si casi no pueo ni estirarme en la cama, porque doy con los pies en la paré de enfrente? Ahí dentro; junto a la cosina, no hay más que dos cuartitos como dos griyeras, donde dormimos mi hijo y yo. Y pare usté e contá.

MAGDALENO. Pues nada, señora; mil disculpas. Me han engañado los informes. La gente oye campanas… ¿No sabe usted si más arriba…?

SETEFILLA. ¿En er tejao? No sé. No sé que se arquile na en er tejao. Y lo que ya voy barruntando, señó, es que to este palique no es más que un pretesto pa arguna otra cosa.

MAGDALENO. ¡Qué disparate!

SETEFILLA. ¡Vaya! Si no es así como se lo digo, ya ha acabao usté de hablá. Aquí na se arquila. Ande usté con Dios, que por la puerta se va a la caye. Y ya sabe usté dónde deja una casa limpia… y una servidora.

MAGDALENO. ¡Muy bien!, ¡muy bien! ¡Esta perspicacia de Lora del Río!… En efecto, señora, no vengo aquí a lo que he dicho antes…

SETEFILLA. ¿No, eh? ¿Lo está usté viendo? ¡Pos ahora es cuando se larga usté sin desí más palabra! ¡No vendrá usté a na bueno cuando se tapa de desirlo!

MAGDALENO. Eso, usted lo verá. Permítame una preguntita. ¿Cómo está su hijo?

SETEFILLA. ¿Conose usté a mi hijo?

MAGDALENO. Sí, señora: ¡mucho! ¡Ya lo creo! ¡Juan Luis Gutiérrez!

SETEFILLA. Juan Luis.

MAGDALENO. Cantero de mil flores. La piedra es mazapán en sus manos. Vale, vale.

SETEFILLA. Sí, señó; eso disen. Pero tiene desgrasia.

MAGDALENO. La tiene.

SETEFILLA. ¿Se ha enterao usté de la de ahora?

MAGDALENO. ¿De cuál? ¿De la caída del andamio en Burgos?

SETEFILLA. Cabalito.

MAGDALENO. Ya ve usted si estoy enterado.

SETEFILLA. *Temerosa.* ¿Me trae usté quisás una mala notisia? ¿Es a eso a lo que viene?

MAGDALENO. ¡No, señora!

SETEFILLA. ¡No me engañe usté!

MAGDALENO. ¡Le digo a usted que no!

SETEFILLA. ¡Es que como tiene usté pinta de ave de mal agüero!…

MAGDALENO. ¡Ja, ja! A pesar de ello, nada tema, le repito a usted. ¡Estas supersticiones de Lora del Río!… Mi intención ha sido sólo saber del muchacho… Los artistas, aun sin tratarnos, nos queremos… Y tomé el pretexto del alquiler de la habitación, por no alarmarla a usted mayormente si le pregunto de manos a boca… ¿Qué noticias hay?

SETEFILLA. Buenas; grasias a Dios, son buenas. Digo, si no me mienten. ¡Quién pudiera í a verlo! ¡Hijo de mi sangre! Esta mañana estuvo aquí un señó, el arquiterto de aqueyas obras, según párese, que venía de parte de é, de mi Juan Luis, pa desirme que estuviera tranquila: que se cayó con suerte; que no pase ningún cuidao… y que ayí lo curan unas monjas… Pero ¡póngase usté en mi lugá!

MAGDALENO. ¡Me pongo!, ¡me pongo! ¡No necesita usted esforzarse! Yo tengo un hijo de siete años, que también será artista… ¡Pues el menor batacazo que da me quita el sueño! Soy así, señora, soy así: un cordial, un cordial… Pero, volviendo a lo de usted; a mí se me ocurre una cosa, Setefilla; ¿por qué no va usted a ver a Juan Luis?, ¿a darse y a darle esa alegría?

SETEFILLA. ¡Ay, señó! ¡Tiene usté preguntas de forastero! ¿Usté se cree que si yo tuviera con qué í, no estaba ya a su lao? ¡Si vivo na más que pa ese hijo en este mundo! Toas mis alhajitas, toas mis prendas de argún való, una tras otra han ido camino der Monte, pa aliviarle ar pobresito mío er frío de aqueyas tierras tan duras… Esta mañana he hecho de tripas corasón pa no pedirle pa er viaje ar señó que aquí ha estao.

MAGDALENO. ¡En el nombre del Padre y del Hijo! *Con humos de Fúcar*. Setefilla, amiga Setefilla, si lo que usted necesita es dinero, simplemente dinero, ¡no tiene más que abrir la boca!

SETEFILLA. *Contemplándolo en son de burla.* ¿Le paese a usté er Rey Mago que me ha entrao por las puertas, y es la estampa del Hambre?

MAGDALENO. ¿Sí, verdad? ¡Pues la estampa del Hambre le da a usted lo que quiera pedirle por el tesoro que lleva encima!

SETEFILLA. ¿Que yo yevo ensima un tesoro? ¿Se va usté a burlá de una pobre vieja?

MAGDALENO. ¿Es de burla mi cara? ¿No me ve usted lágrimas en los ojos, Setefilla? ¡La emoción de mi arte!

SETEFILLA. Sí, señó; es verdá. Se le han sartao a usté las lágrimas. Ahora mismo se me figura que es usté un cómico.

MAGDALENO. Pues no lo soy. Estas lágrimas no son fingidas. Pero entre ellos vivo, señora. *Saca del bolsillo su pañuelo para enjugárselas, y tras él salen y caen al suelo unas cuantas cosas, tales como un carrete, un postizo de pelo, un peine, un cabo de vela, etcétera, etc.*

SETEFILLA. ¡Jesús! ¿Qué es eso?

MAGDALENO. *Agachándose a recogerlo todo.* ¡Válgame Dios!

SETEFILLA. ¡Paese er finá de una mudansa!

MAGDALENO. ¿No le dije a usted que mis bolsillos son un arca sin fondo? Y hoy vengo de etiqueta. Cuando voy de trapillo llevo hasta galápagos.

SETEFILLA. ¡Ave María! ¡Un peine, una maraña e pelos, un carrete!…

MAGDALENO. Cosas de mi arte. Soy peluquero de teatros. Mis pelucas llaman la atención siempre y son famosas. No las hay más finas. Una actriz insigne acaba de encargarme estos días una de cabellos de plata, de cabellos blancos… Y aquí del verdadero objeto de mi visita; y aquí del tesoro a que me he referido: yo le compro a usted sus hermosas trenzas y las pago a buen precio.

SETEFILLA. *A la vez indignada y atónita.* ¿Eh? ¿Qué es lo que oigo? ¿Qué dise este hombre? ¿Qué me propone este espantapájaros? ¿Mis pelos pa er moño de una cómica? ¿Ande está la badila?

MAGDALENO. ¿La badila?

SETEFILLA. ¡Porque es lo más duro que tengo! ¿Ande está? ¡Pa darle a usté con eya en la cabesa! ¿Habrase visto? ¡Largo, largo de aquí, mursiélago!

MAGDALENO. Setefilla, no se sulfure usted. La novedad del caso tal vez justifica esa indignación… Para usted es una cosa insólita… Pero fíjese bien, y verá que es lo más natural de este mundo. En último término, es un negocio que usted acepta o no, según le acomode, y santas Pascuas.

SETEFILLA. ¿Quié usté cayarse, esarrapao? ¿Pos no me lo dise tan serio? ¿Quién le ha contao a usté que yo quieo morirme como una cabesa de ajo? ¡No es na lo que quiere! ¡Mis pelos! ¡La gala e mi persona desde que era mosita! ¡Lo único que a la vejez se me mantiene en eya! ¡Largo, largo de aquí! ¡Si quié usté pelos blancos, vaya usté a la vesina de enfrente, que tiene una perra de aguas mu bonita! ¡O córtele usté er rabo a una burra cana! ¡Er demonio del hombre!

MAGDALENO. Cálmese usted, por Dios, Setefilla.

SETEFILLA. ¡No pueo carmarme, pajarraco! ¡No me pueo carmá! ¡Así me miraba en toas partes! ¡Prendao de mi pelo! ¡Está usté listo! ¡Mis matas de pelo vi a venderle!…

MAGDALENO. Pues nada, nada; retiro lo dicho, Setefilla; soy un equivocado… Yo pensé que usted no vacilaría… en el ansia de acudir al lado de su hijo enfermo…

SETEFILLA. Pero ¿usté no sabe que si mi hijo me ve entrá pelona es cuando se muere?

MAGDALENO. Basta. Cada uno tiene sus caprichos… su psicología… Yo, en el caso de usted… por mi hijo…

SETEFILLA. ¿Se dejaba pelá?

MAGDALENO. ¡Cincuenta veces!

SETEFILLA. Pero ¿va usté a compará mis matas de pelo con ese nío de telarañas que yeva usté en la coroniya?

MAGDALENO. ¡Ja, ja! Aprecio y deploro la diferencia, no crea usted que no. Si yo tuviese por milagro los cabellos de usted, ¡me había quedado ya como un queso de bola!

SETEFILLA. ¡Pa comérselo iba usté a está! ¡Goloso! Vamos, vamos… no vuervo de mi susto… ¡Las cosas que tiene una que oí en esta vida!… ¿De manera que mis pelos habían de serví pa…? ¡Jesús! ¡Ave María Purísima! Caye usté, caye usté…

MAGDALENO. Le advierto a usted, señora Setefilla…

SETEFILLA. No me arvierta usté na, don Longino.

MAGDALENO. Magdaleno.

SETEFILLA. Madaleno; iguá tiene. ¡Yo sabía que era cosa de Semana Santa! Usté no se carcula er dijusto que iba a tomarse mi pobresito Juan Luis si yo hago er disparate que usté quiere.

MAGDALENO. Es que usted no ha reflexionado… Usted se ha alborotado sin pararse a pensar… ¡El ímpetu de Lora! Pero ¿de dónde saca usted que yo pretenda que se quede como la palma de la mano? Usted se imagina ya lo mismo que una cebolleta, y no es eso.

SETEFILLA. ¿Cómo que no?

MAGDALENO. ¡Como que no! Hasta me aventuro a decir que su propio hijo no notaría la falta.

SETEFILLA. ¡Ni que fuera siego!

MAGDALENO. Yo no había de cortarle a usted más que los cabellos necesarios para mi labor… para el encargo recibido… Una peluca no es una cabeza real… es una ficción… Con poco se aparenta mucho… Es cuestión de arte… Yo, aunque me esté mal el decirlo, hago filigranas con cuatro pelos… Le abonaría a usted lo que me pidiese por una mata de ese rico tesoro: haría usted un gran favor a este pobre artista, y —¡lo que no se paga con oro en el mundo!— se daría usted la satisfacción de volar al lado de su hijo, que a estas horas la echará muy de menos.

SETEFILLA. ¡Hijo de mi arma! *Mirándose al espejo:* ¿Dise usté que no se notaría?

MAGDALENO. ¡Yo le prometo a usted que no!

SETEFILLA. Comprenderá usté que no es por presumí por lo que me resisto…

MAGDALENO. ¡Naturalmente! ¿Quién presume ya con los cabellos blancos?

SETEFILLA. ¡Si los hubiera visto usté cuando eran como el oro!… ¡Qué cosas me desían los hombres! Pero ahora…

MAGDALENO. Valgan lo que valgan, Setefilla, ¿a quién va usted a sacrificárselos con mejor voluntad que al hijo desgraciado? ¡Ay, quién tuviera melenas más de cuatro veces!

Pausa. Setefilla vacila. Al cabo pregunta:

SETEFILLA. ¿Es desente la cómica?

MAGDALENO. ¡Uh! ¡No tiene usted idea! ¡Orgullo de su clase! ¡Una señora en toda la extensión de la palabra!

Setefilla mira a Magdaleno perpleja, triste. Después se acaricia los cabellos y suspira.

SETEFILLA. ¡Ay, Dios mío!

MAGDALENO. *Con las tijeras en la mano.* Vaya, no vacile usted más… ¡Ánimo y a ello! ¡Es un instante!

SETEFILLA. ¡Como si me fuera a meté monja!

MAGDALENO. ¡Lo mismo!

SETEFILLA. *Rehaciéndose, rechazando toda debilidad.* No, no; me arrepiento. En vez de un gusto va a sé un dijusto pa mi hijo… No, no, no… Prefiero pedirle er dinero ar señó que ha estao aquí esta mañana.

MAGDALENO. ¡Por Dios, Setefilla!

SETEFILLA. Na, na; lo prefiero. ¿Ande he puesto yo su tarjeta? ¿Ande la he echao? ¡Ay, Jesús! ¡Qué cabesa la mía! ¡No vale na, más que por los pelos! *Abre el cajón de la mesita, y, revolviendo en él, encuentra un billete de Banco, a la vez que la tarjeta que buscaba.* ¿Eh? ¿Qué es esto, Señó? ¡Un biyete! ¡Si es un biyete!

MAGDALENO. ¿Un billete?

SETEFILLA. ¡Místelo: de diez duros! ¡Este ha sío er cabayero de esta mañana, que tuvo lástima de oírme y me lo puso ahí con el achaque de la tarjeta! ¡Dios se lo pague! ¡Vaya una sorpresa bonita que me ha dao! ¡Ahora sí que veo a mi Juan Luis! ¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague!

MAGDALENO. Entonces…

SETEFILLA. ¿Entonses qué? ¡Ya pué usté yevá sus tijeras ar Rastro si no habían de servirle na más que pa cortá mis canas! Y váyase usté, Satanás ¡que en buena tentasión me ha puesto!

MAGDALENO. Bien, bien. Me marcho, sí. Es batalla perdida… por ahora.

SETEFILLA. ¡Y por siempre!

MAGDALENO. La vida es larga… El dinero anda por las nubes… Si algún día tiene usted cualquier apurillo… ya sabe… ¡Hay tijeras que salvan! Las de Magdaleno, el artista. Le dejaré a usted también mi tarjeta. *Saca una de la badana del sombrero.*

SETEFILLA. ¡Este gorpe fartaba! ¡Mía dónde guarda las tarjetas er desastrao!

MAGDALENO. ¡Es que en los bolsillos se me pierden!

SETEFILLA. Sin jurármelo se lo creo.

MAGDALENO. Tome usted.

SETEFILLA. Tiene pringue pa ensendé una candela.

MAGDALENO. ¡Soy un artista! Y como tal, señora, aunque no me lleve hoy por hoy sus cabellos de plata, comoquiera que usted ha estado a punto de despojarse de ellos por su hijo, yo admiro ese gesto. Soy un artista. Buenas tardes. *Se va.*

SETEFILLA. Buenas tardes. *Cierra la puerta y dice:* ¡Anda con Dios, artista! ¡Y Ér te dé pelos de ande cortá!… siempre que no sean estos míos. *Se vuelve a mirar al espejo y exclama aterrada:* ¡La picardía que iba yo a hasé! El arquiterto me ha sarvao. ¡Dios lo bendiga!

¡Cabeyos de plata
que fueron de oro!…
La Virgen de Lora
me guarde esta mata,
ya que es mi tesoro.

FIN

Madrid, abril 1922.

LAS BENDITAS MÁSCARAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO DEL CENTRO** el 27 de mayo de 1922

A LA FEDERACIÓN DE
SINDICATOS DE OBRERAS
DE LA INMACULADA.
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ALEJANDRINA.	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
EDMUNDO.	RAFAEL RIVELLES.

LAS BENDITAS MÁSCARAS

Cuarto de estudio en casa de Edmundo Rosales, en Madrid. Puerta a la derecha del actor. Muebles cómodos. Un gran espejo. Libros, papeles, periódicos, fotografías de personas notables, etc. Es por la mañana.

Edmundo, joven actor que disfruta de la luna de miel con la opinión pública, estudia su papel en una comedia próxima a estrenarse. Grita, gesticula, se mira al espejo, y ni se gusta él ni le gusta el papel tampoco.

EDMUNDO. «¡Aquí me tienes, sí; mírame cuanto quieras; no me arredro! ¿Qué pretendes de mí, murciélago bilioso?». ¡Murciélago bilioso!… ¡Vaya si es raro y antipático el lenguaje de esta comedia! «¿Qué pretendes de mí, murciélago bilioso?». Nada, no me sale. Es que me da risa. ¡Yo no soy actor que sepa decir estas cosas! Además, veo frente a mí a Bermúdez, que es el *murciélago*, y no hallo manera de hablar. En fin, Edmundo, hay que tener paciencia: no todos han de ser papeles bonitos. *Enciende maquinalmente un cigarrillo y vuelve a su ensayo.* «¿Qué quieres, miserable reptil? ¿Qué buscas, prójimo execrable? ¿Sangre? ¡Pues yo te saciaré! ¿Escándalo? ¡Pues habrá escándalo! ¡Habrá escándalo!». ¿Y esta frasecita, si lleva el público mal vino? «¡Tú y yo hemos nacido para odiarnos eternamente! ¡Si tú aspiraras a ser Dios, yo querría ser Satanás!». *Burlándose.* ¡Bravo! ¡Voy a estar en ridículo toda la noche! *Llaman a la puerta.* Adelante, *murciélago bilioso. Vuelven a llamar.* Entra, Polilla, entra.

Y *se abre la puerta, y no aparece en ella Polilla, precisamente, ni mucho menos un murciélago; sino Alejandrina Astudillo, gentil y bella dama.*

ALEJANDRINA. Perdone usted; no es su criado.

EDMUNDO. ¡Señora!

ALEJANDRINA. Perdone usted. Polilla, su criado, ha cumplido su deber escrupulosamente; me ha asegurado que no está usted en casa; pero como los gritos de usted se oyen desde la portería… no he podido creerlo.

EDMUNDO. Pase usted, señora; pase usted… y siéntese.

ALEJANDRINA. Muchas gracias. Y no le riña usted luego al chico, que ha defendido la entrada como un león. ¡Hasta llegó a decirme que no era usted el que gritaba; que era un gramófono!

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja! Lo tengo bien aleccionado.

ALEJANDRINA. Pero ha sido inútil esta vez.

EDMUNDO. *Galante.* Y no me pesa.

ALEJANDRINA. Eso… ya lo veremos. No se precipite usted a hacer declaraciones. Y entérese de esta cartita de un amigo suyo, para que sepa con quién habla.

EDMUNDO. ¡Ah!, de Arellano; de mi doctor.

ALEJANDRINA. Que es el mío, justamente. Me asiste de muchas afecciones de la garganta, como a usted.

EDMUNDO. ¿Es usted actriz?

ALEJANDRINA. No, señor; pero hablo al cabo del día más que media docena de actrices en día de beneficio. Y, es claro, me resiento…

EDMUNDO. Ya. Arellano me dice en la carta una cosa que no tenía necesidad de decírmela.

ALEJANDRINA. ¿Y eso?

EDMUNDO. Me dice que es usted muy guapa.

ALEJANDRINA.

Vendrá en verso y será un ripio…

¿No?

EDMUNDO. No, señora; porque a la vista está.

ALEJANDRINA. Aunque era inevitable la galantería, la agradezco. Y ¿qué más le dice Arellano?

EDMUNDO. Me dice que es usted viuda… —¡viuda!… ¡tan joven!…— y que es menester que yo la atienda.

ALEJANDRINA. Las dos cosas son ciertas; pero independientes… La atención que usted ha de prestarme es en absoluto ajena a mi viudez. Cuidadito… Sólo que usted, como galán de moda, en seguida ha visto otro horizonte…

EDMUNDO. No, no, señora.

ALEJANDRINA. Sí, sí, señor.

EDMUNDO. Bien: usted me dirá entonces en qué puedo servirla.

ALEJANDRINA. De usted dependerá que me vaya prontito… y que no me cueste la conversación dos o tres visitas de Arellano.

EDMUNDO. Lo que es si depende de mí que se vaya usted pronto… En fin, soy todo oídos.

ALEJANDRINA. Antes que nada, debo pedirle a usted perdón.

EDMUNDO. ¿Perdón?

ALEJANDRINA. Sí: por haber llegado inoportunamente. Lo he quitado a usted de estudiar. ¿No estudiaba usted en voz alta?

EDMUNDO. Sí; pero…

ALEJANDRINA. ¿La comedia que se anuncia para el lunes, quizás?

EDMUNDO. La misma.

ALEJANDRINA. Iré a verla: iré a aplaudirlo a usted.

EDMUNDO. Va a ser difícil.

ALEJANDRINA. Soy una gran admiradora suya y encontraré ocasión.

EDMUNDO. Muy amable.

ALEJANDRINA. ¿Acaba bien o acaba mal la obra? Porque a mí me ponen nerviosa los desenlaces terroríficos o tristones. ¿Acaba bien?

EDMUNDO. No puedo precisarlo, señora.

ALEJANDRINA. ¿Cómo es eso?

Edmundo. Porque acaba en boda… y ¡vaya usted a saber! ¡Yo, al menos, no sé si eso es acabar bien o acabar mal!

Alejandrina. ¡Ah, vamos! ¡Qué ingenioso! Sí: la humanidad no se ha puesto de acuerdo todavía… Cada cual habla de la feria según le va en ella. Y, dejando a un lado el matrimonio y sus consecuencias, ¿a qué se figura usted que vengo?

Edmundo. No me figuro nada. Deseando estoy que usted me lo diga.

Alejandrina. ¡Pues vengo a conquistarlo a usted!

Edmundo. ¡Qué suerte la mía!

Alejandrina. Así, así: a conquistarlo a usted; al actor mimado y aplaudido… Pero he de advertirle que no soy la de la cartita de esta mañana.

Edmundo. ¿Quién le ha dicho a usted…?

Alejandrina. Nadie. Es una hipótesis. Un hombre como usted, que sale a triunfo por obra, ¿cómo no ha de recibir una de esas cartitas a diario?

Edmundo. Hay mucho de leyenda en eso.

Alejandrina. Modestia de usted. Mi conquista, de todos modos, ¡es cosa tan distinta, señor galán!… Alguna vez hay que salir del jardín… En su carrera de triunfos no todo han de ser billetes perfumados, miraditas candentes, golpes de gemelos desde los palcos, etc., etc. ¿No es verdad que hablo mucho? ¿No es verdad que mi médico es natural que sea un especialista de la garganta?

Edmundo. Sobre esa pregunta se me ocurren dos o tres piropos.

Alejandrina. Pues déjelos usted para mejor coyuntura, y vamos al caso. ¿Conoce usted en Madrid una institución que se llama «Las Obreritas»?

Edmundo. No, señora. Algo he oído, pero…

Alejandrina. No es extraño que la desconozca. Es de creación reciente. Yo soy un poco fundadora de ella. Varias amigas mías y yo, interesadas por la suerte de las muchachas pobres, que no viven sino de su trabajo, hemos creado esa asociación.

Edmundo. ¿«Las Obreritas»?

Alejandrina. Sí. Nuestra misión es dar sombra y cobijo, protección y consejo amable a tanta desheredada de la fortuna como existe. Hacerles ver

de cerca, por el trato y el afecto constantes, que hay quien se preocupa de su situación en el mundo. Las atraemos, las educamos, las alejamos de los riesgos posibles, de los abusos de los explotadores de su labor modesta… ¿Comprende usted lo generoso de la causa?

Edmundo. Y felicito ardientemente a la fundadora de tan simpática institución.

Alejandrina. A una de ellas. A la que menos vale, sin duda; pero a la más atrevida y charlatana.

Edmundo. Desde luego a la más…

Alejandrina. Deje usted también ese piropo… ¡porque no conoce usted a las otras, y puede ser injusto! Pues bien, amigo mío: esta institución, de la que yo me enorgullezco; esta institución, por la que todas recibimos constantes felicitaciones; esta institución, tan altruista a todas luces; esta institución, que aspiramos a que sea ejemplo de las de su clase… esta institución… ¡no tiene dos pesetas!

Edmundo. Cosa muy de sentir.

Alejandrina. Pero remediable. No tuerza usted el gesto.

Edmundo. No he torcido nada.

Alejandrina. Ni se ponga en guardia tampoco, porque no es dinero lo que vengo a pedirle. Ya solté que vengo a pedirle a usted alguna cosa.

Edmundo. ¡Ojalá esté en mi mano!…

Alejandrina. Está. El teatro, que en estos tiempos y en España viene siendo inagotable fuente de caridad, paño de lágrimas de muchísimos necesitados, no ha de mostrarse indiferente a «Las Obreritas». Estamos organizando una función a beneficio de la Caja social, y queremos, para que en un día se agoten todas las localidades, todas, todas, todas, vendidas a buen precio, que usted trabaje en ella.

Edmundo. ¡Válgame Dios!

Alejandrina. ¿Eso será una frase de la comedia que estudia usted, que se le ha venido a los labios?

Edmundo. ¡No, señora! ¡Es una frase que pinta mi apuro, mi contrariedad ante usted, ya que me ha pedido lo único, lo único, lo único en

que me es imposible complacerla!

ALEJANDRINA. ¿Imposible?

EDMUNDO. Imposible.

ALEJANDRINA. ¿No puede usted tomar parte en esa función de «Las Obreritas»?

EDMUNDO. No puedo.

ALEJANDRINA. ¿Está usted afónico?

EDMUNDO. Ya ve usted que no; pero no puedo. Y crea usted que lo lamento a par del alma.

ALEJANDRINA. No lo lamente usted.

EDMUNDO. ¿Cómo?

ALEJANDRINA. Porque no hay caso, simplemente. Porque yo no me marcho de aquí hasta que usted me diga que toma parte en ella. Voy a mudar de sitio. Esta butaca parece más cómoda. Usted pensará: ¡vaya una señora resuelta!

EDMUNDO. Está usted en su casa, y…

ALEJANDRINA. Conque mire, mire cómo se vuelve atrás. ¿Por qué ha de negarnos usted su concurso, su colaboración, tan valiosa, tan indispensable?…

EDMUNDO. Porque no depende de mí. No hace todavía un mes hemos tomado solemnemente la mayoría de los actores el acuerdo de no prestarnos en lo sucesivo a intervenir en ese género de fiestas.

ALEJANDRINA. ¡Qué disparate!

EDMUNDO. ¿Disparate?

ALEJANDRINA. Y me quedo corta. Es una manía de los hombres esta de tomar acuerdos radicales para no cumplirlos después. ¿Por qué son ustedes tan ligeros?

EDMUNDO. Lo que es éste, por mí…

ALEJANDRINA. Vamos, no se haga usted ilusiones, Edmundo.

EDMUNDO. He empeñado mi palabra, Alejandrina.

ALEJANDRINA. Entre los dos la desempeñaremos. ¡Qué bien se está en esta butaca!

EDMUNDO. Además, le he negado ya el mismo favor a algunas otras damas de distintas clases sociales.

ALEJANDRINA. ¡Si lo sé; si todas son amigas mías!…

EDMUNDO. ¡Y seguramente estarán esperando a que yo le diga a usted que sí, para caer sobre mí como una nube!

ALEJANDRINA. Eso, allá ellas.

EDMUNDO. ¡Eso, seguramente! ¡Si el abuso de estas funciones —disculpe usted la claridad con que le hablo— ha sido la causa fundamental de nuestro acuerdo!

ALEJANDRINA. ¿Les piden a ustedes que trabajen en muchas funciones, verdad?

EDMUNDO. ¡En miles!

ALEJANDRINA. Sí que es abusar. Yo, en cambio, ya ve usted, sólo le pido a usted que trabaje en una: en la nuestra.

EDMUNDO. ¡Así razonan todos! ¡Y no pasa día sin que uno de nosotros reciba una petición semejante! ¡Póngase usted en nuestro caso, señora! Cuando no es para un asilo es para una escuela, o para una estatua, o para una capilla o para un hospital, o para regalar una cruz, o para las víctimas de un incendio, o de una inundación, o de un terremoto… ¿Por qué razón ha de ser el teatro, y sólo el teatro el arca sin fondo a que todo el mundo ha de acudir?

ALEJANDRINA. Eso, en vez de indignarlo, le debiera halagar a usted. Algo tendrá el agua… ¡Benditas sean las Máscaras que así pueden ser buenas y generosas! El teatro se gloría de ser un arte para todos, ¿verdad? ¡Pues por eso todos quieren ponerlo a cata; probar aunque sólo sean los relieves de su mesa de gran señor!

EDMUNDO. Sí; pero en terreno fuera del arte…

ALEJANDRINA. ¿Fuera del arte…? Y ¿quién limita ese terreno? Fíjese usted. ¿Quién ha dicho que el amor al prójimo no sea esencialmente uno de los más nobles estímulos de todo arte? ¿Es que se pinta, se esculpe ni se

escribe para la propia satisfacción tan sólo, o también para enseñanza y recreo de las gentes?

Edmundo. Un poco lejos ha ido usted.

Alejandrina. Donde usted me ha llevado.

Edmundo. ¡Qué elocuencia! La de la boca, la de los ojos, a de las manos…

Alejandrina. Y si se obstina usted en decirme que no, hablaré hasta con la nariz.

Edmundo. ¡Ja, ja, ja!

Alejandrina. Me levanto, pero no me voy. Sigo con mi elocuencia. Aun cuando ustedes los artistas, por puro egoísmo, se contenten con que su arte no sea más que una luz que alumbre, nosotras, las fundadoras de «Las Obreritas», entre tantas que piensan lo mismo, queremos, no sólo que alumbre, sino que también, como toda luz, dé calor. ¡Hay un enjambre de desventurados en la tierra!

Edmundo. Y yo le juro a usted que nada me emociona más, como artista, que el aplauso y la atención de los humildes.

Alejandrina. ¡Entonces! ¡Que se escriban esas palabras!

Edmundo. ¡No es preciso! Si a mí los propósitos y la intención de usted y sus amigas me parecen sublimes: ya se lo dije antes. ¡Pero estoy atado por mis compromisos! ¡Por mi palabra!

Alejandrina. ¡Bah!, ¡bah!

Edmundo. Ni tampoco olvide usted esto: el teatro no es solamente un arte; es también una manera de vivir; es un negocio.

Alejandrina. Para algunos no es más que un negocio.

Edmundo. Más en mi abono, pues. Hay en él muchos intereses que defender, que amparar… Intereses también de gente humilde y pobre. ¡Y no pueden prodigarse las dádivas! Pídale usted a un editor que regale libros todos los días… y ¡va usted a oír cosas buenas! ¿Sabe usted lo que decía la otra noche un empresario de teatro que está perdiendo hasta las orejas en esta temporada?

Alejandrina. ¿Qué decía?

Edmundo. Se asomó por el agujerillo del telón a ver el público, y al hallarse con que no había en la sala ni quince personas, incluyendo a los acomodadores, masculló entre dientes: «¡Y a esto le llaman el arte de las multitudes!…».

Alejandrina. ¡Ja, ja, ja! Y ¿por qué me cuenta usted eso?

Edmundo. Porque si a ese empresario va usted a proponerle que un actor de su casa contribuya a que se llene otro teatro… para beneficio de cualquiera que no sea él… yo no digo que muerda, pero cara de perro, pone.

Alejandrina. Pues será el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Señor, si en su casa de usted no ven a ese actor, ¡deje usted que lo vean en otra! Y a la larga, puede que salga usted ganando. Porque, si bien se mira, estas funciones de caridad son también un reclamo, una propaganda… ¡No me lo niegue usted! El público luego habla de ellas; de sus rendimientos, de sus intérpretes… Prestan a los artistas popularidad, simpatías, éxito, aplausos, aura de triunfo…

Edmundo. ¿Tendremos al fin también que dar las gracias?

Alejandrina. ¡Qué duda cabe!

Edmundo. ¡Sí que cuentan con buena abogada «Las Obreritas»!

Alejandrina. ¡Pobres *pipiolas*! Qué, ¿no les puedo llevar la buena nueva? ¿No se decide usted?

Edmundo. ¡Yo le ruego a usted, señora mía, que no apriete más los tornillos! ¡Esto es un potro para mí! ¡Qué más quisiera yo que poder complacerla! ¡Por «Las Obreritas»… y por usted, tan bella, tan simpática, tan persuasiva!…

Alejandrina. Muy persuasiva: ya lo veo.

Edmundo. Sí, sí lo ve usted, aunque lo niegue.

Alejandrina. Lo que veo es que se está usted buscando, por torpe y por poco galante, unos días horribles.

Edmundo. ¿Eh?

Alejandrina. Porque yo acabo aquí; pero desde mañana va usted a empezar a recibir recomendaciones, para que acceda a lo que yo he venido a pedirle, y usted me ha negado, de toda su familia, en primer lugar; de sus

amigos; de sus admiradores; de sus amigasss —me detengo en la *ese* porque sé que son innumerables—; del alcalde de barrio; de los curas de la parroquia; de diez o doce concejales; del gobernador de Madrid; de las hijas del gobernador; de la Banda Municipal; de Palacio; del Presidente del Consejo; de los camareros de casa Camorra, donde sé que cena usted algunas noches…

EDMUNDO. ¡Basta!, ¡basta! ¿No va usted a dejarme vivir?

ALEJANDRINA. ¡No, señor! ¡Hasta que cuente con usted para la función de «Las Obreritas»!

EDMUNDO. ¡Vaya, pues en vez de descargar sobre mi toda esa metralla de recomendaciones, haga usted que sean ellas las que me devuelvan la libertad!

ALEJANDRINA. ¡Admirable! Eso ya es decirme que sí. Yo me encargo de allanarle a usted el camino, y de velar por la seriedad de su palabra. ¡Jesús, qué hombre más recto! ¡Va usted a quedar mejor que nunca!

EDMUNDO. No lo dudo, con tal mediadora.

ALEJANDRINA. Sí; pero usted me debía ahorrar a mí ese trabajo. En fin, algo ha de hacer una. Lo que mucho vale… ¡Gran noticia me llevo! Dios le pague a usted en palmas y en venturas su generosidad.

EDMUNDO. Me considero harto pagado con la demanda.

ALEJANDRINA. Y si las fundadoras de «Las Obreritas» pudieran corresponderle a usted de algún modo, con algo más que la gratitud…

EDMUNDO. Acaso. Por su apellido de usted barrunto… ¿Es usted de la familia del nuevo ministro de Hacienda que ayer juró?

ALEJANDRINA. Sí, por cierto: es mi tío.

EDMUNDO. Pues voy a permitirme rogarle a usted que le haga una súplica en nombre… en nombre de las benditas Máscaras, tan bien calificadas así por usted.

ALEJANDRINA. Usted me dirá.

EDMUNDO. Suplíquele usted a su señor tío que no inicie sus funciones ministeriales, como casi todos, inventando algún nuevo impuesto sobre el teatro. Dígale usted —por más que él ha de saberlo de sobra; pero, bueno,

para que se fije— dígale usted que si el teatro en España no cree que merece, siquiera por su historia, lejos de carga alguna, la atención oficial, como la tiene en otros países, que por fuerza hay que llamar más cultos, tampoco es lícito que se le equipare en unto a impuestos y gabelas con los negocios de más baja estofa. Y que si no lo quiere proteger ni como arte glorioso, ni siquiera como espectáculo, casi siempre culto, que lo mire, a menos, como casa de caridad.

ALEJANDRINA. Ahora me ha aventajado usted a mí en elocuencia. Cuente usted con que le diré a mi tío todo eso… y algo más que buenamente se me ocurra.

EDMUNDO. ¡Infinitas gracias!

ALEJANDRINA. Y le prevengo a usted que él se vuelve loco por el teatro. Le gusta a perecer. No tiene otro vicio. Va a todos los estrenos con la familia.

EDMUNDO. ¡Malo!

ALEJANDRINA. ¿Malo?

EDMUNDO. Sí; ¡porque esos tan aficionados son los que luego, de ministros, nos resultan peores!

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! *Despidiéndose*. Edmundo, amigo mío…

EDMUNDO. Complacidísimo de oírme llamar así por usted. ¿Me atreveré yo a llamarla amiga?

ALEJANDRINA. ¿Por qué no? Adiós, Edmundo. Las muchachas obreras acogidas a nuestro patrocinio lo aplaudirán a usted con el corazón.

EDMUNDO. Pues dígales usted que sus aplausos no me los dediquen a mí, sino a quienes, como usted y sus amigas, velan y trabajan por ellas.

ALEJANDRINA. Adiós.

EDMUNDO. Adiós.

ALEJANDRINA. Y ahora… a seguir estudiando el papel de los gritos.

EDMUNDO. ¡Si viera usted qué comedia más mala!

ALEJANDRINA. Haga usted un acto de ella en nuestra función… y así será buena. En todo hay bueno y malo. El toque está en saber descubrir lo bueno… y aprovecharlo oportunamente. Recuerde usted los versos famosos:

Del más hermoso clavel,
pompa del jardín ameno,
el áspid saca veneno;
la oficiosa abeja, miel.

FIN

Madrid, mayo, 1922.

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO DEL CENTRO** el 3 de noviembre de 1922

A DON FRANCISCO SAMPEDRO MARRUFO, *invariable amigo, constante espectador de nuestras batallas teatrales y editor generoso de nuestro primer libro de versos, que se llamó* Pompas y Honores.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Lucinda.	María F. Ladrón de Guevara.
Honorata.	Irene Alba.
Pilar.	María de las Rivas.
Doña Teclita.	Juana Manso.
Hortensia.	Montserrat Blanch.
Pepa.	Julia Caba.
Sabina.	Rita Lozano.
Rosenda.	Irene Caba.
Adriano.	Rafael Rivelles.
Don Martín.	Juan Bonafé.
Salvatierra.	Alberto Romea.
Juan Felipe.	Pablo Hidalgo.
Rufo.	Joaquín García León.
Colasín.	Nicolás Rodríguez.
Ernesto Casalar.	Eduardo Zaragozano.
	Manuel Valencia.

Abdón.

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

ACTO PRIMERO

Lujosa sala de un hotel comprado en Madrid, con muebles y todo por don Martín de la Gavilla. Intercolumnio al fondo, que da paso a una amplia galería. Puertas en primer término a izquierda y derecha. Es en invierno, por la tarde. Luces.

Honorato y Hortensia, madre e hija, aparecen hablando íntimamente. Honorata, ama de llaves de la casa, guapetona y fresca, tuvo veinte años hace una inolvidable aventura de amor con cierto duque, de la que nació la flor que tiene al lado. Desde entonces, toda ella emana señorío: se le quedó en las venas. La niña, que es monísima, y coqueta de nacimiento, se contempla en sus propias uñas cuando no halla un espejo a mano. Viene de velito.

HONORATA. ¡Hija mía! No me canso de verte. ¡Qué orgullosa tienes a tu madre! *La besa.* Anda con Dios.

HORTENSIA. ¿Tú le darás las gracias de mi parte a la señorita?

HONORATA. Sí. Descuida, ángel mío. No la llamo ahora para que te vea, porque no es discreto. Aún quedan invitados al té.

HORTENSIA. Pues dile que me voy muy contenta de su regalo. ¡Poco que me gustan a mí las medias color *champagne*!

HONORATA. Lo que se hereda no se hurta. Y me ha ofrecido para ti también un vestido que no se ha puesto ni dos veces. ¡Un vestido nuevo! ¡Nuevo! No sé por qué le ha tomado manía… Es caprichosa como una reina. Y muy despilfarrada.

HORTENSIA. Mejor para mí.

HONORATA. *Desdeñosamente.* No saben ser ricos.

HORTENSIA. Es que ser rico es más difícil que ser pobre.

HONORATA. Cierto; muy cierto. En fin, luz de mis ojos, vete, con Dios. Dale un beso al abuelo. Y otro al minino.

HORTENSIA. Hasta mañana, madre.

HONORATA. ¿Madre? ¿Por qué no mamá?

HORTENSIA. Bueno; ¡como quieras! Hasta mañana, mamá.

Vase por la galería, hacia la derecha del actor.

Honorata la ve irse, embobada.

Por la puerta de la derecha sale Juan Felipe, de librea verde y medias rojas. Es hombre de treinta y tantos años andaluz, despejado y travieso. Observa a Honorata y luego le pregunta:

JUAN FELIPE. ¿Quié usté un pañuelo?

HONORATA. ¿Eh? ¡Ah! Juan Felipe. ¿Se me cae la baba verdad?

JUAN FELIPE. Y se comprende. ¡Se me cae a mí!

HONORATA. ¿A usted también?

JUAN FELIPE. A mí, viendo a la madre.

HONORATA. ¡Vamos!

JUAN FELIPE. Vamos donde usté quiera. La verdá, Honorata: la niña es una rosa, pero hay que vé la maseta donde la sembraron.

HONORATA. ¡Estos sevillanitos!… La maceta ya es un tiesto viejo, para una guardilla.

JUAN FELIPE. ¡Me vorvía yo gato!

HONORATA. ¡Si la hubiera usted conocido en sus tiempos cuando dió esa rosa!… Llamaba la atención en este Madrid. ¡Así le gustó a quien le gustó!… *Suspira con nostalgia.* ¡Ay!… No fué ningún organillero.

Juan Felipe. Ya, ya lo sé. Un duque con suerte… y con ojo.

Honorata. Suerte, la mía. Muchas veces se lo he dicho a usted: mi tropiezo, mi desliz, pongamos mi desgracia, fué mi suerte. Tengo esa hija, que es mi orgullo, y hasta hoy, nunca me ha faltado la sombra generosa del padre… Él me recomendó a esta familia. ¡Es todo un caballero!

Juan Felipe. Pero ¡no le da su nombre a la niña!

Honorata. No puede: está muy alto… Su estado, además…

Juan Felipe. Pos aquí tiene usté a otro cabayero, disfrasao de pájaro, que está dispuesto a darle er suyo: un apeyido que no es retumbante, pero que es honrao; que suena bien: Moreno. Desendiente de un Moreno que se fué con Colón a América y vorvió más *moreno* toavía. ¿Hase?

Honorata. Moreno, deje usted las bromas.

Juan Felipe. Pero ¿cómo le vi a desí a usté que no es broma? ¡Es que me gusta usté más que er pan con manteca!

Honorata. No sea usted chabacano.

Juan Felipe. ¿Chabacano? ¡Pos más que los caramelos de rosa!

Honorata. Dejemos eso, Juan Felipe.

Juan Felipe. ¡Consúrtelo usté con la armohá, Honorata!

Honorata. Consúltelo usted con la suya.

Juan Felipe. Y ¿usté sabe lo que mi armohá me pregunta a mí toas las noches?

Honorata. ¿Qué le pregunta a usted?

Juan Felipe. ¡Que por quién pierdo er sueño!

Honorata. Es usted de lo que no hay.

Juan Felipe. *Confidencialmente.* ¿Qué? ¿Hasemos er negosio? ¿Nos queamos con la finquita de Segovia?

Honorata. Pero… ¿la venden? ¿Al fin la venden?

Juan Felipe. La venden. La vende er padre: don Martín. Y es un momio. Yo la conozco bien. Está a la misma entrá de la siudá; tiene jardín y huerta. Er jardín pa la niña y la huerta pa nosotros dos. Piden dose mir duros; pero ya vendrá er tío Paco con la rebaja. Junte usté sus ahorros con los míos,

dele usté un buen peyizco ar duque —que no será er primero ni el úrtimo… — y la finquita es nuestra… pa pasá en eya la luna de mié.

HONORATA. ¿Otra te pego?

JUAN FELIPE. ¡O pa pasá er verano!

HONORATA. Si viera usted que me da un poco de remordimiento… Quedarme yo con una casa de los señores a quienes debo el pan…

JUAN FELIPE. Ésas son las cosas der mundo. Miste, Honorata, a mí el invierno no me piya sin capa nunca: yo vivo siempre el año que viene. Y el año que viene esta familia, ar paso que va, ha vendido hasta los postisos de la abuela. ¡Lástima de fortuna! Si esa finca de Segovia no es pa nosotros, será pa er primero que yegue. Usté verá si debemos andarnos con remirgos de monja.

HONORATA. Si no son remilgos, Juan Felipe… si es que desde que traté con quien traté, me ha quedado en el espíritu una delicadeza… Se me pegó, se me pegó… ¡Si viese usted cómo soy yo por dentro! *Ante una maliciosa sonrisa de Juan Felipe.* ¡No sea usted vulgarote, hombre!

JUAN FELIPE. Sí; ya estoy viendo que pa que usté me quiera a mí voy a tené que vorverme un cabayero de la *Mesa Redonda.*

HONORATA. De la *Tabla,* querrá usted decir. Silencio: el señor.

Viene, en efecto, por la puerta de la derecha don Martín, caballero de edad de cincuenta años, inquieto, nervioso, irreflexivo.

DON MARTÍN. Juan Felipe. ¡Ah!, que está aquí Honorata. Honorata, se va usted a encargar… No: primero es esto, Juan Felipe. Nada, Honorata, nada. Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Usté mande.

DON MARTÍN. ¿Aún no ha venido Salvatierra?

JUAN FELIPE. No, señó.

DON MARTÍN. Pero, ¡hombre! *Mira su reloj de bolsillo y lo coteja con otro de pulsera.* Es raro. Bueno, ya vendrá. Oye: vas a decirle a Arturo que la señorita quiere esta noche el coche grande para ir al teatro; que me disponga a mí el pequeño.

JUAN FELIPE. Ése creo que está en er tayé.

Honorata. Sí; está en el taller: se le rompió un tornillo…

Don Martín. Achaques de coches y de personas. Entonces pídeme uno a la Peña. O al Casino de Madrid. O a Bellas Artes. A las diez. A las diez y media. A las diez, a las diez; que esté aquí a las diez. *Se va por la puerta de la izquierda.*

Juan Felipe. ¿Ve usté? Está que casa moscas. No tiene asiento. Y la finca de Segovia la quié vendé pa otro cochesito.

Honorata. ¿Es posible?

Juan Felipe. Sí; pero no pa la casa: pa hasé un regalo.

Honorata. ¿A quién? ¿A la…?

Juan Felipe. A esa misma: a la Chafardini o como la nombren; esa tiple der teatro Reá, que le está sacando hasta la seriya de los oídos.

Honorata. Pero ¡si ésa estaba con Paco Lagareta! ¡Con el vizconde!

Juan Felipe. ¡Pos ahora está con éste, que le dará más!

Honorata. *La donna e mobile!*

Juan Felipe. Este buen señó no ha podío pasá sin ese detaye: era menesté que se dijera en Madrí que ér también tenía su amiguita.

Honorata. ¡Qué loco! El hermano sería bien otra cosa.

Juan Felipe. To lo contrario. Valía mucho. Sinco años fui yo su asistente en Segovia. Luego estuvimos también en África… Pero después abandonó la carrera, tomó vuelo… y se echó a las empresas grandes. Era hombre de mucho atrevimiento y de mucha idea. ¡Qué negosios hiso!, ¡jesús! ¡Qué mano izquierda! ¡Qué gorpe de vista! En dies años reunió un capitá de miyones. Er mismo que su heredero va a tirá en cuatro días.

Honorata. Sí que lleva muy mal camino. No hay aquí orden ni concierto…

Juan Felipe. Farta cabesa pa manejá tanto biyete. Si er pobresito don Rafaé hubiera sospechao que se iba a morí de repente, arregla sus papeles y reparte bien su fortuna… Pero se murió sin testá. Y don Martín nunca ha tenío seso. Y lo malo será que se le concluya la mina antes que pique er sebo arguno de los dos o tres golosos que rondan a la hija.

HONORATA. Parece que el preferido es Tito Casalar… Sueñan con un título.

JUAN FELIPE. Pos a ése que le echen un gargo.

HONORATA. El otro, Colasín, no es más que un trueno.

JUAN FELIPE. ¿Quién?

HONORATA. Colasín; Nicolasito Alares. El hermano menor del conde, de Pipo Alares.

JUAN FELIPE. ¡Ah, sí! Es simpático, pero es una bala perdía.

HONORATA. El padre de ellos sí que valía de veras: Panchito. ¡Qué figura y qué gracia tenía Panchito!

JUAN FELIPE. Pero ¡trata usté de tú a toa la aristocrasia!

HONORATA. Juan Felipe, ¡si me he educado en eso!

JUAN FELIPE. Es verdá. Se me había orvidao. Voy a desirle a Arturo lo der coche. Y ya sabe usté a lo que estamos, amiga: cuando pasan peras… Desídase usté… por las dos cosas. ¡Verá usté un marío!

Se va por la galería, hacia la derecha.

HONORATA. *Sonriendo, halagada.* Es agradable este Juan Felipe. No carece de distinción… A lo popular; a su modo… ¡Claro que no es aquello… pero…! ¡Ay, los hombres!

Salen por la puerta de la derecha Lucinda y Colasín. Ella es la señorita de la casa: bella, elegante, vanidosa, engreída. Él es, por decirlo en los términos más adecuados a su persona, un señorito fresco. Vienen riéndose de una atrocidad chistosa que él le ha dicho a ella.

LUCINDA. Pero ¡qué ganso es usted, Colasín! ¡A qué cosas se atreve!

COLASÍN. También los gansos se enamoran, Lucinda.

LUCINDA. Sí; pero de las gansas… Cada oveja… Honorata.

HONORATA. Señorita.

LUCINDA. ¿Sabe ya Arturo lo del coche?

HONORATA. Ha ido Juan Felipe ahora mismo a darle la orden. Para el teatro, ¿no?

LUCINDA. Sí, para el teatro. ¿A qué hora empezará el estreno, Colasín?

COLASÍN. A las diez y media.

LUCINDA. Pues que venga a las once. Dígaselo usted, Honorata. *A Colasín.* Tenemos a cenar al ministro de Gracia y Justicia, y no vamos a andar con ahogos de tiempo.

HONORATA. ¿Algo más, señorita?

LUCINDA. No. Sí. Telefoneará seguramente la señorita Chuchú. Dígale usted que estoy con jaqueca; que mañana la veré en el *tennis.* O lo que se le ocurra a usted para excusarme. ¡Qué peste de amigas! Hay cariños que aburren. No me gusta que me quieran tanto, Colasín.

COLASÍN. ¿Las amigas?

LUCINDA. Ni los amigos.

COLASÍN. Entonces, ¿quién le gusta a usted que la quiera?

LUCINDA. ¿Qué hace usted, Honorata?

HONORATA. ¡Ah! Dispénseme la señorita. Me había enajenado el discreteo. Con permiso. *Vase por la galería, hacia la izquierda.*

COLASÍN. Esta señora ¿desciende de Isabel la Católica?

LUCINDA. ¿Por qué?

COLASÍN. Porque ¡tiene unas pretensiones!… No sé que sangre cree que lleva en las venas. A mi padre le llama Panchito. Y a mí me dice que cuando yo usaba todavía nagüillas me ha dado muchos besos. No me acuerdo, gracias a Dios.

LUCINDA. Hombre, pues no es fea.

COLASÍN. Sí, pero no me envanece la cosa. Señal de los besos no me habrá quedado ninguna, ¿verdad?

LUCINDA. No me he fijado en tanto. Ni sé yo que los besos dejen señales.

COLASÍN. Según. Hay algunos que duran más que el hierro de una ganadería.

LUCINDA. No sea usted bárbaro. Esta Honorata nos la recomendó a nosotros…

COLASÍN. Sí; el duque. Conozco la aventura. Y a la niña también la conozco. Que es preciosa, por cierto. ¡Preciosa! El duque es un *hacha.* En vez de ponerle a la señora una tiendecita de sombreros, la coloca en las casas de confianza. ¡Se alivia el hombre lo que puede!

LUCINDA. Que no sea usted bárbaro, o reñimos.

COLASÍN. Eso, no. ¿De dónde ha sacado su padre de usted a ese besugo que ha estado ahí diciendo tantos disparates de la mujer y del matrimonio?

LUCINDA. ¡Ah! Rufo. Es muy original.

COLASÍN. Se lo hace. No ha dicho más que vulgaridades y burradas. Juega al cínico. Me divertiría pisarle un pie en la calle.

LUCINDA. Papá creo que lo conoció en el Congreso. No sé quién se lo presentó. Un personaje, seguramente. Me parece que es abogado o cosa así. A papá le ha escrito algunos artículos para el periódico. Y traduce novelas.

COLASÍN. ¿Rufo se llama?

LUCINDA. Rufo Rufo, sí.

COLASÍN. ¿Rufo Rufo? ¡También estuvo ocurrente el padre al bautizarlo! ¡Y hay albardas ociosas!

Ernesto Casalar, joven marqués y diplomático, aparece en esto por la puerta de la derecha, buscando a Lucinda. Ella, al verlo, sonríe con aire de triunfo.

ERNESTO. Me distraje un instante atendiendo a doña Teclita y desapareció usted como por encanto.

LUCINDA. Oyendo las botaratadas de Colasín.

COLASÍN. Amigo mío, a todos nos gusta lo dulce. Acotó usted a Lucinda apenas llegó, y no hay derecho. Por muy diplomático y muy diputado a Cortes que sea usted, no hay derecho.

LUCINDA. No le tome usted cuenta, que hoy está de un payaso subido.

ERNESTO. Sin embargo, en su protesta no le falta razón. ¿Me da usted permiso, Nicolás, para que le haga a Lucinda una pregunta?

Colasín. ¿Va a ser muy larga?

Ernesto. La pregunta, no; la respuesta, no sé.

Lucinda. Pero una pregunta nunca viene sola. *Invitándolo a sentarse aparte*. ¿Qué quiere usted, Ernesto?

Ernesto. ¿Irá usted esta noche a la Princesa?

Lucinda. Sí.

Colasín no les quita ojo, pero se hace el distraído hojeando un libro.

Ernesto. ¿Al estreno?

Lucinda. Claro, sí. Usted no irá.

Ernesto. No; creo que no podré.

Lucinda. ¿Tan atado se halla?

Ernesto. Sí… los diplomáticos somos de todos…

Lucinda. Menos de las amigas, algunas veces.

Ernesto. Eso es lo que más sentimos los diplomáticos.

Lucinda. No he tenido el gusto de verlo a usted en mi palco ni una sola noche. Ni en la Princesa, ni en el Real… Se diría que alguien le ha prohibido…

Ernesto. ¿Prohibirme?… ¿Quién?

Lucinda. ¡Qué sé yo!… ¡Cualquiera! El ministro de Estado… ¡Porque es mucha casualidad!

Ernesto. Pero ¿usted duda de que yo haya querido ir?

Lucinda. Yo ahora me estoy refiriendo a lo que ocurre.

Colasín. ¿Estorbo ya?

Lucinda. Sí.

Colasín. Hombre, ¡la respuesta no es muy diplomática!

Lucinda. ¡Que ha sido mía!

Colasín. Usted dispense. Me pareció la voz de Ernesto.

Ernesto. Pues debe usted cuidarse los oídos.

Colasín. O ponerme más cerca.

Lucinda. Yo le he contestado a usted a su tono.

Ernesto. Yo le habría contestado lo mismo, pero en broma. Porque si me fueran a estorbar todos los admiradores de Lucinda, me estorbarían cuantos la conocen.

Colasín. ¡Oh! ¡Bonito madrigal! ¡De La Granja!

Ernesto. ¿Qué?

Colasín. ¡De La Granja, que a mí me gusta más que Versalles!

Ernesto. ¡Ja, ja, ja!

Lucinda. ¿No le digo a usted que hoy está imposible?

Continúan hablando en voz baja.

Por la misma puerta de la derecha salen a poco discutiendo Pilar y Rufo. Doña Teclita los acompaña. Un momento antes de salir se les oye hablar dentro.

Doña Teclita es la abuela materna de Lucinda y Pilar. Tiene la manía de sus achaques desde los veinte años, y ya pasa de los setenta. Pilar es una casadita dichosa; persona de juicio y de carácter. De Rufo Rufo ya hemos oído lo suficiente; él dirá de sí lo demás.

Rufo. *Dentro.* Nada, Pilar; no se moleste usted en hacerme más apologías: no me caso.

Pilar. *Lo mismo.* ¡Ni yo tengo empeño maldito! No parece sino que yo…

Colasín. Pero ¿aún sigue ese pelma dale que dale?

Rufo. *Saliendo.* Para mí es que usted ha pensado embarcarme con alguna amiguita suya…

Pilar. ¿Yo? ¡Por Dios y su Madre! A ninguna quiero tan mal. Había de ser enemiga mía, y nunca le desearía yo un castigo tan horroroso ¡Jesús! ¡Casarse con usted! Yo no odio a nadie para tanto.

Doña Teclita. Colasín, dígales usted a estos dos algún disparatón de los suyos, a ver si cambian de monserga.

Rufo. Es que Pilar me enciende la sangre, doña Teclita.

Pilar. ¡Y a mí me vuela usted, señor!

Rufo. ¡Con esa *pose* de casada feliz!…

PILAR. Y ¡si lo soy! ¡En buena hora lo diga! No hay *pose* ni tontera: ¡es que soy muy dichosa con mi marido!

COLASÍN. Pero si aquí lo que sucede es que este señor está enamorado de usted, Pilarcita…

PILAR. ¡Jesús!

COLASÍN. Y le da rabia de verla a usted casada y en la gloria. Y envidia a muerte a su marido de usted.

RUFO. No, señor; no lo envidio. Lo envidiaría si él no fuese casado.

PILAR. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja.

DOÑA TECLITA. Sí, sí; doblémosla. A este enemigo del matrimonio lo hemos de ver todavía casado con cualquier avechucho. Es decir, ustedes lo verán; yo no. Yo me habré ya muerto cien veces.

RUFO. ¿Conque a mí casado, doña Teclita? ¡Eso no lo verá ni usted ni nadie!

Llega don Martín por donde se marchó.

DON MARTÍN. ¡Oiga! ¿Todavía estamos en lo mismo? ¡Este Rufo es intransigente! ¡Implacable! Es usted implacable. ¿Qué Pilar? ¿No ha habido armisticio, ni bandera blanca, ni cosa así?

PILAR. No, señor: somos dos enemigos eternos. El agua y el fuego. Guerra sin cuartel a este hombre.

DOÑA TECLITA. ¡Ja, ja, ja! No puede resistirlo.

RUFO. Es que esta encantadora hija de usted, señor don Martín, como toda persona casada, lleva en el fondo de su alma un deseo latente de que entren muchos prójimos en la cofradía. Es una forma de la venganza muy original. Tal vez ellos mismos no se dan cuenta.

PILAR. ¡Está usted fresco! ¡En ninguna cofradía de que yo forme parte quiero verlo a usted para nada! ¡Ni de pendón!

DON MARTÍN. Paz, paz; haya paz… A ver, el diplomático, ¿cómo no echa aquí una manita?

COLASÍN. El diplomático parece que no abunda en las ideas del señor Rufo. Le llamo a usted el señor Rufo, aunque suena algo raro, porque creo que Rufo también es su apellido.

Rufo. *Poniéndose en guardia.* Sí, señor: también. Rufo Rufo soy, en todos los terrenos.

Colasín. No deja de ser original. Rufo Rufo… Está bien. Rufo Rufo…

Don Martín. Veamos, veamos lo que nos dice el diplomático del pleito entre la casada y el solterón.

Ernesto. Precisamente iba a terciar antes que usted saliese… El tema es siempre interesante. Sobre todo, para la gente joven.

Rufo. Y ¿qué nos iba usted a decir?

Ernesto. Lo que suelo decir siempre a este propósito, amigo Rufo. Es conversación que surge dondequiera. Y yo comprendo que haya quien exalte el matrimonio y quien lo combata…

Don Martín. ¡Muy bien!

Ernesto. Lo que no concibo, lo que desapruebo es que se hable de ello de memoria, sólo por referencias o por lo observado exteriormente…

Don Martín. *Soñándolo su yerno.* ¡Muy bien!

Ernesto. Yo, por ejemplo, puedo hablar en razón de la vida de París o de Roma, porque he vivido en las dos capitales Dios me libre de hablar de la vida de Nueva York sin haber tomado ni el pasaje siquiera.

Don Martín. ¡Muy bien!

Ernesto. Hay cosas de las cuales no se debe opinar sin conocimiento de causa. Cásese usted, y entonces hablará con autoridad del matrimonio.

Don Martín. ¡Muy bien!

Lucinda. Muy bien, Ernesto. Lo mejor que se ha dicho.

Pilar. Pues ése también es mi mayor argumento siempre.

Rufo. Calma, calma. No nos dejemos ofuscar por un *latiguillo.* ¿Por qué he de necesitar yo casarme, marqués? El argumento es candoroso. A mí en la vida me basta observar muchas cosas para juzgarlas enteramente, sin precisión de pasar por ellas.

Ernesto. No es cabal el juicio.

Rufo. ¿No ha de serlo? Pero aunque no lo fuese, ¡con tal que no sea equivocado!… Sin padecer yo dolores de muelas, sé que molestan mucho.

Para ello me basta haber visto a más de un amigo con la cara hinchada y dando botes.

Don Martín. ¡Muy bien!

Ernesto. Regular, don Martín.

Don Martín. No, si yo he dicho muy bien por lo que iba usted a contestarle.

Ernesto. ¡Ah! Gracias. Pues iba a contestarle que no es adecuado el ejemplo. ¡Un matrimonio no es un dolor de muelas!

Rufo. ¡Son muchos!

Lucinda. Usted ¿qué sabe? ¡Cásese usted, como le ha dicho Casalar!…

Rufo. ¡Ahora voy! Porque además hay esto. Yo tengo la conciencia de haber vivido en una existencia anterior.

Colasín. Hombre, eso va a ser muy ingenioso.

Rufo. Espere usted a oírlo. Sí; sin broma ninguna. Tengo la conciencia de haber vivido antes de ahora; de haber pasado ya por otra existencia, en la que me casé… y me fué muy mal. ¡De ahí que en esta nueva encarnación de mi espíritu no haya quien me atrape!

Risas.

Colasín. Pero, bueno; vamos a cuentas. No tengamos aquí otro *latiguillo,* ¿eh, don Rufo? Usted dice que cree que ha vivido ya anteriormente.

Rufo. Estoy seguro, amigo mío.

Colasín. Muy bien. Pero en aquella vida ¿era usted también un hombre como ahora o era usted cosa de otra especie? ¿Qué cosa era usted? Porque, según fuese, tendrá fuerza o no la tendrá su razonamiento.

Pilar. ¡Claro está! Si no era usted un hombre, sino un bicho, un pájaro…

Colasín. Todavía un pájaro puede buscar una pajarita y saber luego a qué atenerse. Pero ¿qué fué usted en esa otra vida? Hay que precisar esto. ¿Fué usted ser humano? ¿Fué usted irracional? ¿Fué usted por ventura una planta, una berza, un repollo, un calabacín?… Esto hay que precisarlo, señor Rufo.

Rufo. Le diré a usted, señor Alares: no rechazo la hipótesis de que en esa otra vida haya podido ser yo un calabacín… Por algo en ésta me es usted tan simpático.

Colasín. ¡No e quepa a usted duda!

Rufo. Pero mis recuerdos son de que tenía, si no hechura humana, espíritu humano. Y me casé y me fué desastrosamente. Ya lo he dicho. ¿Cómo no he de odiar el matrimonio?

Colasín. Hombre, pues lo natural es que en el segundo golpe le fuese a usted bien.

Rufo. Es podenco. ¡Guarda!

Doña Teclita. Pero si además odia a las mujeres; no es solamente al matrimonio. Yo le he oído decir que si se casara por mano del diablo iba a viví separado de su mujer: ella en un piso y él en otro.

Rufo. ¡Ah! ¡Natural! La vida en común mata toda delicadeza. ¡Qué horror!

Doña Teclita. ¿Lo oyen ustedes? ¿Y la ocurrencia de divorciarse si tiene más de un hijo?

Rufo. ¡Y me divorciaría! ¡Natural! ¡No he nacido para maestro de escuela!

Pilar. Hay que dejarlo por imposible. Me marcho para no oírlo más.

Don Martín. ¿Te vas ya, hija mía?

Pilar. Sí. Federico se impacienta si tardo.

Ernesto. Yo también dejo a ustedes.

Lucinda. ¿Por no dar lugar, como mi hermana, a alguna impaciencia?

Ernesto. Nada más lejos…

Rufo. ¿Preparativos de marcha, Casalar? ¿Capítulo de despedidas?

Lucinda. *Con extrañeza.* ¿Qué?

Rufo. Se nos va el diplomático.

Don Martín. ¿Cómo que se nos va?

Colasín. ¿Adónde?

Ernesto. *Turbado.* No sé todavía…

Rufo. Pero ¿lo voy a saber yo y usted no? A mí me lo aseguraron ayer en el Salón de Conferencias: usted va a Londres y Eduardo Blancas a Berlín.

La noticia causa impresión en la familia. Casalar lo advierte.

Ernesto. Ya digo que no sé todavía… De eso se trata. Eso al menos quiere el ministro. Yo, sin embargo, no hablo de ciertas cosas relativas a mí, hasta no estar seguro… Pero, sí, es probable. Mi carrera tiene estas sorpresas a lo mejor… No lo dejan a uno parar en ningún sitio… tomar afectos. En fin, ello dirá. *Despidiéndose.* Señora… Pilar… Lucinda… Haré por ir luego a la Princesa.

Lucinda. No se violente usted…

Ernesto. ¡Oh! Don Martín…

Don Martín. Lo acompaño a usted, lo acompaño…

Ernesto. Señores…

Colasín. Yo también me retiro.

Rufo. Y yo. Vámonos todos.

Mientras se despiden estos últimos, Lucinda y Ernesto hablan aparte, bajo.

Lucinda. ¡Qué callada tenía usted esta novedad! Más que marcha parece fuga.

Ernesto, No había habido ocasión de hablar de ello.

Lucinda. De callarlo, querrá usted decir.

Ernesto. Yo le explicaré a usted… Si acaso, a la noche… Adiós… Adiós…

Se une a don Martín y a los otros, y los cuatro se van por la galería, hacia la derecha. Don Martín, del brazo de Ernesto; Colasín y Rufo, comentando el efecto de la noticia en la casa.

Don Martín. ¡Vaya, vaya con el diplomático éste! ¡Y qué pronto levanta el vuelo!

Colasín. *A Rufo*. Le doy a usted las gracias por la bomba que ha puesto aquí.

Rufo. ¿Le ha gustado a usted?

Colasín. ¡Como que Casalar es el perro del hortelano!

Silencio. Lucinda, ensimismada, medita tristemente. Doña Teclita y Pilar la observan. Pausa.

Lucinda. ¿No ibas tú a marcharte, Pilar?

Pilar. Ahora…

Doña Teclita. Oye, niña: ¿a ti el marqués no te había dicho una palabra…?

Lucinda. No.

Vuelve don Martin, pálido, desasosegado.

Don Martín. Lucinda, ¿tú no sabías nada de lo de Ernesto?

Lucinda. Nada.

Don Martín. ¿Nada, nada, muchacha?

Lucinda. ¡Nada, papá! ¿Cómo voy a decirlo?

Don Martín. ¡Es increíble!

Pilar. Lo que es increíble es que haya quien se tape voluntariamente los ojos para no ver lo que pueda desagradarle.

Don Martín. ¿Por quién dices eso?

Pilar. Por ti, papá; por mi hermana; por todos.

Doña Teclita. Menos por mí, que duermo con los ojos abiertos, como las liebres. Tú llevas razón.

Lucinda. ¿En qué la lleva?

Doña Teclita. En lo que ha dicho.

Pilar. ¿No hace falta estar ciego o querer estarlo? ¿A quién se le ocurre fundar esperanzas en la afición a ti del marqués? ¿Es que no sabéis que tiene unos amoríos por los cuales ha roto ya dos bodas casi en vísperas? Casalar corteja, enamora, consiente, tal vez de buena fe, pero llega un momento en que le obligan a desandar lo andado o a fugarse. ¿No lo sabes tú?

Lucinda. ¿Será quizás el primer hombre que deje un rastro de ésos antes del matrimonio?

PILAR. Y ¿tú ibas a poder más que todas?

LUCINDA. ¿Por qué no?

PILAR. ¿Casalar iba a estar esperando a que te cruzases tú en su camino?

LUCINDA. ¿Por qué no? Ni en esto ni en nada sabe nadie lo que le espera.

PILAR. Cierto. Pero hay una lógica en la vida. Y porque de la noche a la mañana nos lluevan del cielo unos cuantos millones, no debemos pensar que somos otros.

LUCINDA. ¡Pues sí que lo somos, Pilar!

PILAR. ¡Al parecer, Lucinda! Apariencia engañosa; espejismo. Se cambia de veras únicamente cuando se le debe la fortuna al propio esfuerzo.

DON MARTÍN. ¡Insensata teoría, hija del alma! Si mi hermano, un individuo de mi propia sangre, trabajó y se enriqueció y yo heredé sus bienes, ¿no he de considerarlos como logrados por mí mismo?

PILAR. Si los hubieras logrado por ti mismo, no los derrocharías tan inútilmente.

DON MARTÍN. ¡Niña!

DOÑA TECLITA. No te irrites, Martín. Ni tú te pases de la raya, Pilar, aunque digas sentencias.

PILAR. En todo caso, papaíto, con el dinero que se gana haga cada cual lo que se le antoje; con el que se hereda se debe pensar para emplearlo en otra voluntad que en la propia. Y ¿era ésta por acaso la voluntad del tío Rafael?

DON MARTÍN. ¡El tío Rafael no tuvo nunca otra que la de vernos contentos y felices!

LUCINDA. Pero para mi hermana la felicidad consistiría en que no nos hubiéramos movido de Segovia; en que siguiéramos en la misma esfera social; en que yo me hubiera casado como ella, con cualquiera de los amigos de la familia… ¡Hermoso porvenir para mi juventud!

PILAR. Pues yo soy tu hermana, y estoy muy satisfecha de mi destino.

LUCINDA. Eres demasiado modesta. Yo soy más ambiciosa.

PILAR. ¿Desde que heredaste?

LUCINDA. Desde que nací. Tengo ambición; la tengo. Y Dios me la conserve. Pero si la ambición es un pecado, iré al infierno de cabeza.

DON MARTÍN. ¡Y yo contigo!

LUCINDA. Para conseguir algo en esta vida, hay que ambicionar mucho.

PILAR. Pero si lo que a ti te mueve no es la ambición, Lucinda, sino la vanidad.

LUCINDA. ¿La vanidad?

PILAR. ¡Ni más ni menos! ¿Qué ambicionas? ¿Un hombre que te quiera mucho, más que a nadie? ¡No! En eso no te fijas. Tú persigues una boda de estruendo; que llame la atención; que se envidie por la brillantez aparente; una boda de la que se hable mucho… ¡mucho!…

DON MARTÍN. Y ¿qué mal hay en ello, Pilar? Ése es un deleite, es un gozo… que la gente se ocupe de uno y de sus cosas… Es un gozo, es un gozo… No vivimos en un desierto, sino en sociedad… ¡Yo te aseguro que la mitad de lo que hago no lo haría si supiera que no iba a saberse!

PILAR. Pues eso se llama vanidad, papá.

DON MARTÍN. ¡Llámalo como quieras! Cada uno es feliz a su modo.

LUCINDA. ¡Naturalmente!

PILAR. ¿Sí, eh? Pues ved la forma de obtener algún fruto más positivo de este modo de ser feliz, antes que se concluya la miel de la colmena.

DON MARTÍN. ¿Qué dices?

PILAR. Sí, papá. A ver si el acta de diputado, que tanto dinero te costó, te sirve de algo más que de adorno; a ver si el periódico que fundaste, para que se sepa de ti, contribuye a cosa más práctica para tu vida que la de desmoronar tu fortuna; a ver si haces alguna jugada de Bolsa en que no salgas engañado; y a ver tú, Lucinda, si con tantas fiestas como organizas en tu casa y fuera de ella, y con tantos tés, y tantos teatros, y tantos trajes de París, y tantos coches, encuentras algún día una felicidad que se parezca a la de tu hermana.

LUCINDA. Si ha de parecerse a la tuya, no la quiero.

PILAR. No sabes lo que dices.

Don Martín. Es que Pilarcita ha creído siempre que tiene más talento que ninguno en la casa, y está en un error. Aquí nadie tiene más talento que yo, que soy el cabeza de familia. ¿En dónde reside el talento, sino en la cabeza?

Doña Teclita. Pues oye tú, cabeza: yo creo también que la has perdido hace una temporada.

Don Martín. Usted no es de esta generación, señora. Ahora la vida va por nuevos rumbos. No es posible estancarse… Hay que seguir el movimiento… Telégrafos, teléfonos, submarinos… navegación aérea… El dinero es actividad, posición… Dios me lo ha enviado… ¡No lo voy a esconder en un calcetín debajo de la cama, como haría de seguro su abuelo de usted!… Quiero lucir, quiero bullir, quiero triunfar… Quiero servir a mi país… Quiero ser una rueda… una rueda útil… ¡Una rueda útil!… ¡Aire, aire!… ¡Movimiento!… Que se sepa que tengo ideas, que tengo planes, que no soy un cerebro dormido… que conozco el problema fabril… y el problema de la vivienda… y el problema hidráulico… y el problema agrícola… y varios problemas… ¡Aire, aire!… ¡Posición, posición; ruido, escaparate… brillo, brillo!… A Pilar la casé con un pobretón, porque éramos casi unos pobretones entonces… en aquella centuria… *Rectificándose.* ¿Centuria? Bueno, en aquella fecha he querido decir. Para esta reina de la casa, un príncipe chino me parece poco… Y a los dos pequeñines he de triplicarles el capital en un par de años. O poco puedo. ¡Triplicarles el capital, sencillamente! Y nada más. Nada más. Cada uno con sus ideas, Pilarcita. Nada más.

Pilar. Está bien, papá. Nada más… por hoy. Tengo el deber de hablaros de estas cosas, y no he de renunciar a cumplirlo. Hasta mañana si Dios quiere.

Doña Teclita. Hasta mañana.

Don Martín. Adiós.

Lucinda. A ver si te oreas por ahí.

Pilar. No lo necesito. *Se va por la galería, hacia la derecha.*

Don Martín. ¿Qué mosca le habrá picado a esta criatura? Mira que hoy ha dicho unas cosas…

Lucinda. La mosca de siempre, papá: ¿es cosa nueva? Don Teodoro, tu administrador; el quijotesco don Teodoro; el insoportable don Teodoro, que la visita un día sí y otro no y le llena la cabeza de paparruchas.

Don Martín. ¿Ah, sí?

Lucinda. ¡Claro que sí! Con la careta de la lealtad, que es el escudo de esa familia, vuelca el saco en aquella casa y ni a ti ni a mí nos deja hueso sano. Sobre todo a ti. Que te despeñas por minutos; que no sabes por dónde andas; que no te caben en la cabeza cuatro cuartos; que eres la befa de Madrid; que te explota todo el que te rodea…

Don Martín. ¿Sí, verdad? ¡Más valía que mirara cómo entró en esta casa: por lástima que tuve de él y de los suyos!… Por lástima; nada más que por lástima… Porque yo, primero que un cerebro, soy un corazón… Soy un corazón primero que un cerebro… ¡Y me paga así! ¡Murmurando de mis actos y desacreditándome!…

Doña Teclita. Esa familia nunca nos ha tragado. Siempre se los ha comido la envidia de nosotros.

Lucinda. ¡Siempre! Nuestra herencia fué para ellos el mayor castigo.

Doña Teclita. Y luego, ¡qué humos!

Lucinda. ¡Oh! ¡Qué altivez! ¡Qué arrogancia! ¡Creen que su saludo es un favor! ¡Hacen un blasón de su pobreza! ¡Sólo ellos tienen dignidad y son nobles! ¡Oh! A don Teodoro no puedo aguantarlo; pero el hijo, el Adriano, el escritorzuelo me produce una antipatía rabiosa. Me gustaría ser hombre para darle de bofetadas alguna vez.

Don Martín. Cálmate, cálmate… Yo pondré a raya a estos *Comuneros* de nuevo cuño. Hay que tomar una medida… Que mis caricaturas salgan de mi propia casa, y yo lo tolere, sería el colmo. A mi administrador le prohíbo que opine; ¡se lo prohíbo!… Su obligación es obedecer ciegamente. Y si le desagrada, por la puerta se va a la calle. Punto concluido. *Con resolución.* Y lo que se puede hacer hoy no debe dejarse para mañana.

Doña Teclita. Por Dios, Martín; no te dejes llevar ahora de tu acaloramiento… Piensa lo que vayas a hacer: no seas fuguillas.

Don Martín. Ya está bien pensado. Ciertas cosas no merecen pensarse más tiempo. ¡Pues hombre! *Vase por la puerta de la izquierda, decidido a ejecutar su determinación inmediatamente.*

Doña Teclita. ¡Ay, Lucinda! Estas grescas acaban conmigo… No tengo genio para vivir así… Ni años, ya… Pero ¿qué haces? ¿No me oyes?

Lucinda. *Entre rugiditos y lágrimas.* ¡Abuela, es que me da mucha rabia echarme a llorar, y voy a llorar a pesar mío!

Doña Teclita. ¿Por qué?

Lucinda. ¿Cree usted que me falta razón? ¿Cree usted que la conducta de ese hombre es tolerable?

Doña Teclita. ¿La de don Teodoro?

Lucinda. ¡La de Casalar!

Doña Teclita. ¡Ah! ¡Vamos!…

Lucinda. ¿No es esto un juego? ¿No es un juego de mala ley? ¿Quién se ha figurado que soy yo? ¿Me ha tomado quizás por una provinciana engreída y ha querido burlarse de mí? ¡Pues se engaña!, ¡se engaña! ¡Yo le juro que el viaje no lo va a hacer tranquilo!

Doña Teclita. ¡Criatura!

Lucinda. ¡No lo va a hacer tranquilo!

Doña Teclita. No pienses tonterías… Cuenta siempre con que él se irá más tranquilo que te quedes tú.

Lucinda. No sé, no sé… ¡Me da mucho coraje, abuela!… ¡Vaya, que no quiero llorar! *Márchase por la puerta de la derecha, conteniendo las lágrimas.*

Doña Teclita. ¡Ay!, ¡ay! Cuando digo yo… ¿Cómo voy a resistir esta vida?

Viene Abdón, vestido como Juan Felipe, por la derecha de la galería.

Abdón. Señora.

Doña Teclita. ¿Qué hay?

ABDÓN. Ahí está el señor Salvatierra, que dice que lo aguarda el señor.

DOÑA TECLITA. Sí. Hazlo pasar aquí, y avísale al señor, que debe de estar en la secretaría.

ABDÓN. Bien. *Vase.*

DOÑA TECLITA. Vamos a ver si me doy yo maña para enterarme de lo que trae aquí a este pajarraco. No me huele muy bien.

Vuelve Abdón acompañando a Salvatierra, y sigue luego hacia la izquierda por la galería. Salvatierra, cuya traza demuestra que no ata los perros con longaniza, es hombre afectuoso, comunicativo, simpático.

SALVATIERRA. Servidor, señora.

DOÑA TECLITA. ¿Señor Salvatierra?

SALVATIERRA. Servidor.

DOÑA TECLITA. Siéntese usted: ahora vendrá mi yerno.

SALVATIERRA. Mil gracias. ¿Tengo el honor de hablar con la señora madre política del hombre de moda?

DOÑA TECLITA. ¿De moda? Siento que le llame usted así.

SALVATIERRA. ¿Por qué, señora?

DOÑA TECLITA. Porque las modas pasan.

SALVATIERRA. Las de vestir. El talento siempre está de moda.

DOÑA TECLITA. Pues, sí, señor, yo soy la suegra.

SALVATIERRA. Por muchos años.

DOÑA TECLITA. Gracias; pero ya… lo seré por muy pocos. Me muero a pedazos, señor Salvatierra.

SALVATIERRA. ¡Oh!, pues nadie lo diría… Su aspecto de usted…

DOÑA TECLITA. Pues me muero a pedazos. —¿De modo que usted tiene ahora asuntos con Martín?

SALVATIERRA. Sí, señora; varios asuntos. Voy a ver si le proporciono nuevo material de máquinas para su gran diario… Hay unas linotipias y una rotativa de ocasión, que son una ganga. Procedentes de ese otro periódico titulado *El Clamor*, que no ha durado ni tres meses.

DOÑA TECLITA. Bien poco ha durado *El Clamor*.

SALVATIERRA. Pues salió para tragarse al mundo. Era órgano de un flamante político de la derecha; pero el director ha dado media vuelta a la izquierda y se ha ido a París a ver qué pasa por los *bulevares.* ¡La vida!

DOÑA TECLITA. Ya, ya. Y ¿sólo ese asunto es el que hoy lo trae a usted en busca de Martín?

SALVATIERRA. Ése es uno de ellos. Me ha pedido también nota de terrenos en los Cuatro Caminos. Le hierve en el magín la edificación de una barriada obrera…

DOÑA TECLITA. Le hierve, le hierve…

SALVATIERRA. ¡Este hotel sí que fué un hallazgo!

DOÑA TECLITA. ¿Usted cree?

SALVATIERRA. ¡Uh! Sólo el solar vale lo que han pagado ustedes. Está muy bien hecho. Yo conozco toda su historia. Lo edificó aquel yanqui famoso que dió una noche en casa de Camorra quince mil pesetas de propina.

DOÑA TECLITA. ¡Jesús, qué loco!

SALVATIERRA. Se lo regaló apenas hecho a una amiguita suya guapísima, que lo malbarató más tarde, después de jugarle al americano, por supuesto, una faena de playa.

DOÑA TECLITA. ¡Anda con Dios!

SALVATIERRA. Luego, en pocos meses, tuvo dos o tres propietarios distintos: negociantes, logreros… aves de presa todos.

DOÑA TECLITA. ¡Vaya una noticia!

SALVATIERRA. Después lo tomó no sé qué Embajada, y por último, antes que su yerno de usted, lo compró y lo amuebló de nuevo, tal como está, el pobre Pérez Carolina.

DOÑA TECLITA. ¿El pobre?

SALVATIERRA. Sí, señora. Lo compadezco porque se pegó un tiro y se mató.

DOÑA TECLITA. ¡Carambo!

SALVATIERRA. Sí, sí; aquí en el mismo hotel. ¿No hay una habitación allá dentro decorada en estilo español, vamos al decir, Renacimiento, un poco

negra…?

DOÑA TECLITA. Sí; justamente. Allí duerme mi yerno.

SALVATIERRA. Pues allí se pegó el tiro Pérez Carolina.

DOÑA TECLITA. ¡No se lo diga usted, por Dios! Ya con el decorado y los muebles hay bastante para no hacer un sueño tranquilo…

SALVATIERRA. Es verdad, es verdad… Aquellos cirios chorreados de la lamparita son un tanto macabros.

DOÑA TECLITA. ¡Vaya con el dichoso hotel! ¡Sí que tiene historia! ¿Sabe usted si lo han fumigado?

SALVATIERRA. ¡Ah, sí! No abrigue usted temor ninguno. Estas paredes ya son otras. Esta casa ha adquirido una alegría, una luz… ¡La de la inteligencia activa; la del dinero sabiamente empleado!

DOÑA TECLITA. ¡Ay, sabiamente!

SALVATIERRA. Sabiamente, señora. Yo sé un poco de eso.

DOÑA TECLITA. Pues a Martín lo critican mucho… Es tan impresionable, tan vehemente… No piensa una cosa y va la ha hecho.

SALVATIERRA. Así son los hombres que valen. La negligencia la enterramos a principio de siglo.

DOÑA TECLITA. Lo motejan también de farolón, de vanidoso… ¿verdad?

SALVATIERRA. ¡Hasta de Dios dijeron, señora mía! No es don Martín un hombre vanidoso; no lo es; pero ¡ojalá lo fuera! ¿Usted conoce fuerza mayor que la de la vanidad en el mundo? Muchos hospitales, muchos asilos habrá levantado la caridad; pero la vanidad la aventaja. Si no es que casi siempre lleva a la caridad de la mano. Muchas escuelas habrá labrado la cultura; pero la vanidad no le ha ido a la zaga tampoco. ¡Bendita sea la vanidad! Es como esos pobres que murmuran constantemente el lujo… sin reparar en que viven de él. Yo amo el lujo, señora.

DOÑA TECLITA. *Mirándolo maliciosamente.* ¿Sí?

SALVATIERRA. ¡Lo idolatro! También vivo de él.

DOÑA TECLITA. No lo niego… Hasta cierto punto es defendible… Da de comer a mucha gente… Pero, por otro lado, no trae más que trastornos,

cuando no temores… ¿Qué necesidad teníamos nosotros, por ejemplo, de habernos metido en este hotel… con esa historia que usted me ha contado?… Si la llego yo a saber antes… ¿Conoce usted la casa nuestra de Segovia?

SALVATIERRA. ¿La de campo?

DOÑA TECLITA. No, la otra; la que vivíamos.

SALVATIERRA. No, no, señora; no la conozco.

DOÑA TECLITA. ¡Diferencia va! Cuatro paredes lisas, sin adornos; puertas grandes, techos altos, chimeneas de leña… ¡Diferencia va! ¡Ay! Todo se transforma y se pierde. Se va la casa, se va el hogar, se va la familia…

SALVATIERRA. Lo parece, señora; pero no se va. La de mi mujer, por lo menos, no se va. ¡La llevo sobre mis costillas hace veinte años… y no se va!

DOÑA TECLITA. ¡Qué buen humor! Por lo visto, es usted casado.

SALVATIERRA. Sí, señora. Dos veces.

DOÑA TECLITA. ¿Le fué bien la primera?

SALVATIERRA. No; si no me he casado más que una.

DOÑA TECLITA. ¡Como me ha dicho usted que dos!

SALVATIERRA. Es la equivalencia: porque mi mujer estorba por dos, riñe por dos, come por dos… ¡vale por dos!

DOÑA TECLITA. ¡Ja, ja, ja! Y ¿tiene usted hijos?

SALVATIERRA. Uno: pero también vale por dos. Sale a su madre. Es cómico. Me ha resultado cómico. No le hable usted de otra carrera. Y además es malo.

DOÑA TECLITA. ¿Mal hijo?

SALVATIERRA. Mal cómico. Hace un drama y se ríen de él; hace una comedia graciosa, y se le echa el público a llorar. Pero no goza más que en eso ni se cambia por nadie. Cuando se encasqueta una corona de cartón dorado y se cubre con un manto de percalina, que él cree que es de púrpura, grita; «¡Mis vasallos aquí!», y salen tres monos por el foro vestidos de mamarrachos, es el más feliz de los hombres. Luego me escribe que el negocio le ha ido mal, como no podía menos y tengo que enviarle dinero para que lo dejen sacar el baúl de la posada.

Doña Teclita. Ahí viene ya mi yerno. Quede usted con él.

Salvatierra. Pues mándeme usted a su gusto, señora. Me ocupo en todo. Algo habrá en que pueda servirla. Usando un término de jardinería, le diré a usted que mi actividad crece y se desarrolla a todos los vientos.

Doña Teclita. Tantas gracias. Con permiso de usted.

Vase por la puerta de la derecha.

Salvatierra. A sus pies, señora. —Se me figura que esta vieja está algo escamada.

Sale don Martín por donde antes se fué, agitado, pálido, con destellos de cólera.

Don Martín. ¡Vivir para ver! ¡Vivir para ver!… No me canso de repetirlo. Querido Salvatierra, perdone usted si lo he hecho esperar algún tiempo…

Salvatierra. ¿Quiere usted callar, don Martín? Pero ¿qué le sucede a usted? Lo veo alteradillo…

Don Martín. Todavía me dura… ¡Un disgustazo!… He tenido que insultar a un hombre con canas… ¡Un disgustazo! Hace ya más de un cuarto de hora… y aún no me he repuesto. ¡Qué lucha! ¡Qué… qué… qué lucha!

Salvatierra. ¿Algún redactor del periódico?

Don Martín. No; don Teodoro. Mi administrador, que me ha salido rana. ¡Un redomado hipócrita!

Salvatierra. Administrador que administra o enfermo que se enjuaga, algo traga.

Don Martín. No, no… Digo, sí, sí… Digo, no sé. En fin, lo he puesto verde, sin reparar en que estaba en mi casa. Lo he puesto verde. Se me fué la sin hueso. Mis vehemencias; mis ímpetus. Lo he puesto verde. Pero, bueno, vamos a lo nuestro, que ya basta del administrador. A rey muerto, rey puesto, ¡qué caray!

Salvatierra. Si quiere usted que yo me ocupe en buscarle…

Don Martín. Aguarde usted a ver. *Bajando la voz y acercándosele.* ¿Qué hay de la finca de Segovia?

Salvatierra. *Lo mismo.* Que tengo comprador dispuesto.

Don Martín. Pues al avío. ¿Quién es?

Salvatierra. Me pide reserva… por ahora. No sé que pleitos de familia…

Don Martín. Bien, bien, bien. Lo mismo me da que sea Laín Calvo que el moro Muza. Con tal que resolvamos pronto…

Salvatierra. ¡En seguida! Si usted rebaja lo que se pretende…

Don Martín. ¿Mucho?

Salvatierra. Poco. Pleiteamos por poco.

Don Martín. Pues usted lo arregla. Quiero vender; necesito vender… Aquella finca para mí ya no es más que un estorbo. Quiero vender. Véame usted mañana a mediodía en la redacción, y ultimaremos. Ahora tengo que hacer otra cosa. Discúlpeme usted.

Salvatierra. ¡Por Dios santo!

Don Martín. Me voy a vestir. Cena esta noche en casa el ministro de Gracia y Justicia… ¡Ah, caray! Hay que recordarle a Ramírez que le avise al fotógrafo. Es no parar esto; es no vivir. *A Honorata, que aparece por la izquierda de la galería.* Honorata, despida usted a este señor, que yo voy escapado… Hasta mañana, ¿eh?

Salvatierra. Hasta mañana, don Martín.

Don Martín. En la redacción, sobre las doce. *Vase precipitadamente por la puerta de la derecha. Honorata y Salvatierra se miran y aguardan un momento callados a que se aleje don Martín. Cuando van a hablar, llega por la derecha de galería Juan Felipe, y cautelosamente pregunta:*

Juan Felipe. ¿En qué queamos?

Honorata. Prudencia, Juan Felipe.

Juan Felipe. Prudensia: ¿en qué queamos?

Salvatierra. En que pasará por la rebaja. Cincuenta mil pesetas… y a firmar. Corre de mi cuenta.

JUAN FELIPE. Honorata… hay que aventurarse, es la lotería pa nosotros. Vale doble la finca. En úrtimo caso la revendemos luego y eso vamos ganando.

HONORATA. Es tentador… es tentador…

JUAN FELIPE. Esta noche desidiremos. Y usté y yo, Sarvatierra, mañana por la mañana, a las ocho, en nuestro café.

SALVATIERRA. Conforme, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Y ahora ca mochuelo a su olivo, que las paredes oyen y está que arde la cosa. He escuchao to el agarre de don Martín con don Teodoro. Yorando se iba er pobre viejo. ¡La de atrosidades que don Martín le ha dicho! Es un santo ese hombre, cuando no le ha roto la cara. Hasta la vista. *Vase*.

SALVATIERRA. ¿Usted me manda algo, amiga Honorata?

HONORATA. *Poniendo el alma en la palabra.* ¡Sí!

SALVATIERRA. ¡Qué *sí* más expresivo! ¿Qué me manda usted?

HONORATA. Sea usted franco conmigo, Salvatierra; dígame la verdad: ¿merece mi confianza Juan Felipe? ¿Qué hombre es Juan Felipe? ¿Qué hago con Juan Felipe?

SALVATIERRA. ¿En qué sentido?

HONORATA. No sea usted guasón, que hablo en serio.

SALVATIERRA. Pues haga usted lo que él le diga. Juan Felipe es un hombre que sabe bien a todas partes. Difícilmente dará un resbalón.

HONORATA. ¿Y de moralidad, Salvatierra?

SALVATIERRA. ¿Qué concepto le merezco yo a usted?

HONORATA. Cuando le pido que me aconseje…

SALVATIERRA. Pues entonces duerma usted tranquila: Juan Felipe tiene más vergüenza que yo. ¡Hasta ahora!

HONORATA. ¡Siempre la cuchufleta!

SALVATIERRA. No, no; esto se lo digo a usted más serio que un fraile. Yo, a veces… tengo muy malos pensamientos.

HONORATA. Porque el caso es… hágase usted cargo, Salvatierra… el caso es que no lo pregunto sólo por el negocio…

SALVATIERRA. ¡Ah!

HONORATA. *Marchándose con él por la derecha de la galería.* ¿Usted comprende?… Juan Felipe apunta también a otras cosas…

SALVATIERRA. ¡Ah!… ¿La chica?

HONORATA. ¡No! ¡Yo!

SALVATIERRA. ¡Ah!…

Por la puerta de la derecha vuelve a poco Lucinda.

LUCINDA. ¡Sucedió lo que tenía que suceder! Estamos desquiciados y hemos de pagarla con alguien. ¿Eh? ¿Quién grita?

Honorata y Adriano discuten dentro.

HONORATA. ¡No está, señor!

ADRIANO. ¡Sí está!

HONORATA. ¡No está, le digo!

ADRIANO. ¡Pues si no está, me sentaré a aguardarlo!

Aparece por la derecha de la galería, seguido de Honorata, que en vano ha tratado de que no pase. Es un mozalbete impetuoso y altivo, de innata rebeldía, acrecentada y excitada por la desventura.

LUCINDA. ¿Quién?

ADRIANO. Yo. *Sorprendido.* ¡Ah! Lucinda.

LUCINDA. ¡Adriano! ¿Usted?

HONORATA. ¡Empeñado en ver al señor ahora mismo! ¡Le he dicho que no está!

ADRIANO. Usted perdone: necesito ver a su padre de usted con urgencia. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo?

LUCINDA. No, señor. Pero dígame usted a mí qué le quiere.

ADRIANO. No, señorita: ha de ser precisamente a él.

LUCINDA. Pues en ese caso, fuerza es que tenga usted paciencia. Vuelva usted en otra ocasión.

ADRIANO. Le repito a usted que es asunto urgente.

LUCINDA. Entonces no sé cómo arreglarlo. Búsquelo usted, si es que tanta prisa le corre.

ADRIANO. Le advierto a usted, Lucinda, que será inútil que trate de evitar este encuentro. Antes de la noche he de haber hablado con su padre de usted.

LUCINDA. ¡Qué arrebato! ¡Ni que se tratara de un lance de honor!

ADRIANO. De honor, sí; de honor es el lance.

LUCINDA. ¿Eh? Retírese, Honorata. *Ésta obedece.* Me está usted alarmando, Adriano. *Irónicamente.* Pero no llegará la sangre al río, ¿verdad?

ADRIANO. No lo sé. Ni le acepto a usted, en esta ocasión, ese tono de burla.

LUCINDA. Si vamos a no aceptar cosas que parezcan inconvenientes, ¿cree usted que debo yo pasar por la manera como ha entrado usted en mi casa?

ADRIANO. Cuando sepa usted, si no lo sabe, a lo que a ella he venido, seguramente me disculpará, aunque no lo confiese.

LUCINDA. ¿Aunque no lo confiese? ¡Qué cosa más ridícula! Ya veo que ni la adversidad ni los tropiezos en la vida le abaten a usted su arrogancia.

ADRIANO. Así es.

LUCINDA. Bien, pues acabemos. ¿Qué viento le trae tan alterado por aquí?

ADRIANO. Insisto, Lucinda, en que no es con usted con quien vengo a hablar. Vengo a hablar con la persona a quien se me niega… y que acaso se esconde.

LUCINDA. ¡Alto ahí! Que no me cuesta ningún trabajo llamar a uno de mis criados y arrojarlo a usted a la calle.

ADRIANO. Menos trabajo le costaría a usted, sin duda, dar la orden, que a los criados ejecutarla.

LUCINDA. *Sonriendo.* ¡Je! Por si acaso, reprímase usted. Y ante todo guárdele más respeto a mi padre, que de nadie tiene que esconderse… y de usted mucho menos.

ADRIANO. Si él hubiera sabido respetar al mío, seguramente no estaría yo ahora en presencia de usted.

LUCINDA. ¡Ah! ¡Vamos!… Se trata de… de eso. ¿Quién iba a sospecharlo, por Dios? ¡Con qué calor toma usted las cosas!… Reflexione un poquitín, Adriano… ¿No es su nombre Adriano?… Al oírlo a usted tan fuera de quicio, sin acordarme ya de sus genialidades, ¿cómo había de acertar de lo que se trataba?… ¡Jesús! Hay criaturas incorregibles… Total: una discusión un poco viva entre un jefe y un servidor… No es para ponerse por las nubes ni empuñar la tizona… Me han dicho que ahora escribe usted comedias… ¡Claro! ¡Los versos no dan dos reales!… Las comedias, por supuesto, serán heroicas… ¿No?

ADRIANO. Este silencio con que he escuchado todas sus ironías es una compensación que le brindo a usted por mi modo de presentarme hoy en esta casa. La acepte usted o no, a lo menos le demostrará quién soy y cómo soy.

LUCINDA. Eso lo sé yo hace algún tiempo.

ADRIANO. ¿Cree usted que lo sabe?

LUCINDA. ¿Usted lo duda? Lo sé muy bien desde aquel día… ¡ja, ja, ja!… ¡qué escena más cómica!… en que usted, todo tembloroso, se acercó a decirme… ¿No lo recuerda usted?

ADRIANO. No querría recordarlo. Fué un amor de niño, que pasó, por fortuna.

LUCINDA. Gracias.

ADRIANO. Hoy me veo ante usted, un poco menos tímido, para hablar de cosa bien distinta. Y ya no me detengo; ya no vacilo en que me oiga usted. Mi padre acaba de llegar a mi casa enfermo de pena, angustiado, lloroso, sin aliento para decirnos qué le ocurría. Su padre de usted, delante de todos los empleados de esta casa, lo ha ofendido; lo ha calumniado.

LUCINDA. ¿Qué dice usted?

ADRIANO. Digo que mi padre no tiene más tesoro que su honradez ni más orgullo que su nombre. A defenderlos vengo.

LUCINDA. ¿Enviado por él?

ADRIANO. Ésa es otra ofensa. Él no sabe que yo estoy aquí.

LUCINDA. Y ¿qué hizo, si es cierto lo que usted refiere, que no se defendió a tiempo ante mi padre?

ADRIANO. Ni pudo, ni quiso. Si usted no lo entiende, lo deploro.

LUCINDA. ¡Vamos! Taparon su boca la gratitud… la consideración a la casa ajena, el respeto al jefe…

ADRIANO. Sí; todo eso que dice usted en son de burla… y algo también más noble y más íntimo: la propia estimación. Pedir trabajo no es pedir limosna: honra a quien lo pide. Y el que lo da, sea quien sea, del rey abajo, no adquiere derecho a humillar ni a insultar al que lo recibe.

LUCINDA. Lo dicho: altas comedias… Vive usted siempre en alta comedia. Por nada de este mundo baja usted el tono.

ADRIANO. Y menos, cuando debo subirlo.

LUCINDA. Mire usted, Adriano —hablemos más llanamente y con franqueza—: si su padre de usted no se hubiera metido en camisa de once varas, yendo a asustar y a levantar de cascos cada lunes y cada martes a mi hermana Pilar, amenazándola con nuestra ruina inmediata, habría seguido aquí cobrando tranquilamente su sueldecito… y mi padre no habría tenido que ponerle la ceniza en la frente. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

ADRIANO. ¡Qué horror! ¡No parece sino que haya sido usted la inspiradora! ¡Ofensa tras ofensa! No debo seguir hablando con usted, Lucinda; no debo. Eso que usted ha dicho necesita contestarse de manera tan violenta y tan dura, que fuese en mí una indelicadeza y una cobardía hacerlo ante quien no me pueda abofetear. A pesar de ello, no me callo del todo. Tengo que decirle que si mi padre, por leal y por bueno…

LUCINDA. ¡Oh!, ¡oh!… ¡Ya salimos con la lealtad!

ADRIANO. ¡Por leal y por bueno, acudió a su hermana de usted a advertirla del riesgo que veía, fué después de haber intentado vanamente que

entrara esa idea de la catástrofe en el menguado entendimiento…!

LUCINDA. ¡Basta!

ADRIANO. Perdone usted: no he sido dueño de mi lengua.

LUCINDA. ¡Basta! ¡No perdono! ¡Ni escucho más! *A Abdón, que cruza de izquierda a derecha por la galería.* Abdón.

ABDÓN. Señorita.

LUCINDA. Acompaña a la puerta a este hombre. *Yéndose ofendida, por la de la izquierda, murmura entre sí.* ¡Es de una necedad que subleva!

ADRIANO. *Al criado, que aguarda.* ¡Si se atreve usted a seguirme a la puerta, le hago rodar la escalinata del hotel y lo revuelco y lo pisoteo luego en el arroyo!

Vase resueltamente por donde llegó. El criado, perplejo, lo mira ir sin moverse.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Honorata y Juan Felipe, en Madrid. Sendas puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Confusión de muebles: hay restos de casas distintas. Un retrato al óleo de un caballero desconocido. Es por la tarde, a primera hora.

Honorata y Juan Felipe celebran, almorzando con Salvatierra, el tercer aniversario de su boda. Están de sobremesa y son dichosos. Se ha empinado el codo más que de ordinario. Hay carmín en todas las mejillas. Los hombres fuman.

Pepa, la criada, espera órdenes, deseando verse en la cocina. Es una flor silvestre de Bollullos del Condado, a quien ha «caracterizado» de doncella fina la dueña de la casa. En cuanto se vea libre de la cofia y los guantes será tan feliz como sus amos.

SALVATIERRA. Nada, Honorata, las bodas de Camacho son un tente en pie comparadas con este almuerzo.

JUAN FELIPE. ¡Pa cuatro días que vamos a viví, Sarvatierra!…

HONORATA. Y que la fecha requería echar la casa por la ventana.

JUAN FELIPE. Y er convidao también.

SALVATIERRA. Gracias. Un buen amigo. Un amigo que goza con las prosperidades de todos los suyos. Ya que uno no prospere… Pero ¡cómo se pasa el tiempo! ¡Mentira parece que haga ya tres años de esta boda!

HONORATA. ¡Y cinco que nos conocimos Juanito y yo!

JUAN FELIPE. Justamente: sinco.

HONORATA. El duque me llevó a casa de aquellos señores… y allí tropecé con esta alhaja.

JUAN FELIPE. Estaba escrito, como dise Mahoma.

SALVATIERRA. Y ¡qué batacazo dió esa familia!…

JUAN FELIPE. También estaba escrito. A ésta se lo pronostiqué yo sicuenta veses.

SALVATIERRA. Sí; el don Martín era un pobre diablo.

JUAN FELIPE. Sobre que en este mundo somos tos cangilones de noria: unas veses nos toca í pa abajo y otras pa í arriba.

SALVATIERRA. Por cierto que ayer me dijeron que a última hora se ha visto don Martín complicado en un negocio un poquito turbio… y que anda perseguido… fuera de España…

JUAN FELIPE. No sé.

HONORATA. Hace un siglo que perdimos la pista de esa gente.

SALVATIERRA. Con el famoso hotel se quedó por cuatro reales Montanero, el barón.

HONORATA. ¡Ah, sí! Polinito.

SALVATIERRA. ¿Lo conoce usted?

HONORATA. ¿Cómo no? ¡Si es… primo hermano de mi hija!

JUAN FELIPE. *Por cambiar de conversación.* ¿Otra copita de coñá, Sarvatierra?

SALVATIERRA. ¡Venga, hombre! Las dos que he tomado casi me han hecho olvidarme de mi mujer; ¡a ver si la tercera me la borra del todo!

HONORATA. Pepa.

PEPA. Mande usté.

HONORATA. Sirve otra copita a los señores.

PEPA. ¿De cuá boteya?

HONORATA. De coñac.

PEPA. ¿De lo más colorao?

HONORATA. Sí, mujer.

PEPA. *Cogiendo la botella.* Mientras que no me haga, ze me resbala er cristá con los guantes.

HONORATA. Dame, serviré yo. Llévate tú ya lo demás del servicio.

PEPA. Zí, zeñora. *Obedece y se va por la puerta del foro hacia la izquierda.*

JUAN FELIPE. ¿Qué le paese a usté la criá?

SALVATIERRA. Pintoresca.

HONORATA. Empeño de Juanito.

JUAN FELIPE. Es huérfana de unos compadres míos de Boyuyos. Se ha quedao sola la pobresiya y he querío ampararla. No será fina, pero es fié. Como un perro. Ahora, que ésta se ha empeñao en vestirla de máscara y está pasando er purgatorio. Cuando se quita los guantes le entra una alegría y se pone a canta como si hubiea salío de unas calenturas.

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. ¡Qué cosas se le ocurren! Pero ¿no hago bien Salvatierra? Si es un higo chumbo, como éste dice, hay que quitarle las espinas. A mí no me sirven a la mesa sin guantes.

SALVATIERRA. ¡Claro!, ¡claro! ¿Le molesta a usted, Honorata, que yo moje la punta del puro en el coñac?

HONORATA. ¡Por Dios, Salvatierra!

SALVATIERRA. No estoy muy seguro de que el detalle sea de buen tono, y ¡como hila usted tan delgado!…

JUAN FELIPE. Anda, ¡pa que te metas conmigo!

Risas.

SALVATIERRA. ¡Qué me encanta verlos a ustedes tan felices!

JUAN FELIPE. Sí que los somos, sí.

HONORATA. Hemos congeniado: ésta es la verdad. Nos llevamos muy bien: formamos pareja. Usted quizá recordará que yo tenía mis dudas…

SALVATIERRA. Sí, sí.

HONORATA. Pues nuestra fusión ha sido completa: del alma y del cuerpo. Hemos unido lo espiritual y lo material… Somos dos en uno… Los

negocios nos han ido muy bien… Ya ve usted: aquella finca de Segovia la vendimos en más del doble que nos costó.

JUAN FELIPE. ¡Vista que hay en casa!

HONORATA. Y la tiendecita de compra-venta, que fué otra ganga, nos produce… nos produce muy por cima de lo que soñábamos.

SALVATIERRA. Dios lo aumente, Honorata.

HONORATA. ¿Qué más, Salvatierra? Ya nos hemos ocupado hasta de adquirir en una Sacramental nuestro pedacito de terreno para el último sueño.

JUAN FELIPE. Tú, tú, déjate ahora de pompas fúnebres. No cabe duda en que hemos asertao con casarnos. Las únicas discusiones que hay entre nosotros son tocante a la niña: cuár de los dos la quiere más.

HONORATA. ¡Y gano yo siempre! ¡Y él me deja que gane, al fin!

SALVATIERRA. ¿Adónde se ha ido ella?

HONORATA. ¡Al tocador! ¡No se cansa de verse la cara! Que presuma, que presuma mucho: ésa es buena señal. Sale a mi madre, por supuesto.

SALVATIERRA. ¿Sí, eh?

HONORATA. Mi madre era presumidísima. Con razón. ¡Yo no he visto nunca mujer más guapa! ¡Qué cutis de alabastro! Ni mejor conservada tampoco. Murió a los ochenta y siete años y tenía toda su dentadura.

JUAN FELIPE. Pero mi abuelo le ganó.

HONORATA. ¿Qué?

JUAN FELIPE. Porque se murió de noventa… ¡y dejó tres dentaduras cabales en la mesiya e noche!

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. ¡No seas ramplón!

JUAN FELIPE. ¿Eh, Sarvatierra? ¡Tengo yo que sacá la cara por mis antepasaos!

SALVATIERRA. Oiga usted, Juan Felipe; a propósito: este retrato ¿es de algún individuo de la familia?

JUAN FELIPE. ¡No! ¡Quiá!

SALVATIERRA. Me ha estado mirando durante el almuerzo con una sonrisita de burla…

JUAN FELIPE. Pos no sé quién es. Lo compré de ocasión porque me gustó la pintura. Estaba en Soria, muerto e frío, en la guardarropía der teatro.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¡Entonces me ha mirado por eso! Es que habrá visto representar a mi hijo.

HONORATA. ¡Pobre señor! ¿Quién había de decirle que iba a venir a parar a nuestra casa?

JUAN FELIPE. No se deja retratá, si yegan a desírselo.

HONORATA. ¿Por qué? ¿Es alguna deshonra?

JUAN FELIPE. No, mujé; no te piques. Pero ¿qué nesesidá tenía de conosernos?

SALVATIERRA. En estos vaivenes de las casas y de la vida ¡ve uno cada cambio!… Pocas cosas me han impresionado a mí más que encontrarme en el Rastro, puesto a la venta un loro.

HONORATA. ¿Un loro? ¡Animalito!

SALVATIERRA. Ya ve usted: un pájaro tan familiar, que se transmite en las casas por generaciones… ¿Cuál sería su historia? ¿Qué habría tenido que ocurrir en su casa para llegar él a aquella situación de trasto viejo? ¡Qué garbanzos más negros los últimos!

JUAN FELIPE. No hablaría tar vez… y lo lisensiaron.

SALVATIERRA. ¡Sí hablaba! ¡Y muy clarito! Cuando pasé yo por allí estaba diciendo: «¡Han bajado los francos!».

HONORATA. Eso ya es un cuento de usted.

SALVATIERRA. No, no; con entera formalidad, Honorata. ¡Pobre loro! No se me olvida.

Vuelve Pepa por donde se marchó.

PEPA. Zeñora.

HONORATA. ¿Qué quieres?

PEPA. Ha zonao un timbre, y en los piacitos blancos der cuadro negro der corredó que usté me ha enzeñao, ha zalío un número.

HONORATA. ¡El de la habitación de donde llaman, torpe!

PEPA. Zí; pero como yo no entiendo de números, venga usté a decirme cuál es, pa í yo corriendo ar zitio que zea.

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. Será la señorita: no vayas tú; iré yo. Vete tú a almorzar ya.

JUAN FELIPE. Y pa armorsá te quitas los guantes.

PEPA. ¡Ya lo zé!… *V ase como loca.*

HONORATA. Es de sainete. Con su permiso, Salvatierra.

Vase por la puerta de la derecha.

SALVATIERRA. *Admirando a Honorata.* ¿Qué le da usted de comer a su media naranja, Juan Felipe?

JUAN FELIPE. ¿Por qué lo dise usté?

SALVATIERRA. ¡Porque está más guapa cada día!

JUAN FELIPE. Sí está vistosa, sí. Lo que le engorda y le da colores es mi trato; cuatro salamerías y cuatro mimos der barrio e San Visente. La trato con finura. Y a la hija también. Que habrá usté visto que ha salío una prenda.

SALVATIERRA. ¡Calle usted, cristiano! Marea de bonita la muchacha. Comprendo que tenga rondadores…

JUAN FELIPE. Aquí está la paloma.

Sale, efectivamente, Hortensia por la puerta de la derecha, ufana de su suerte.

HORTENSIA. Don Regino.

SALVATIERRA. ¿Qué quieres, encanto?

HORTENSIA. Mamá, que vaya usted a ver la Concepción de Murillo de su alcoba.

SALVATIERRA. Es verdad, que hemos hablado de eso. Voy, voy… *Contemplando a Hortensia.* ¡Por más que ahora no va a gustarme la Concepción!

HORTENSIA. ¡Digo!, ¿eh? ¡Qué piropo! En pago le voy a anudar a usted la corbata, que se le ha deshecho.

SALVATIERRA. Dios te lo pague, hijita.

HORTENSIA. Pero ¡no me mire usted con esos ojos, por Dios, que me muero de risa viéndole! ¡Papaíto, mira qué ojos!

SALVATIERRA. ¡Ay, qué hermosas son las mujeres… con una excepción nada más!

JUAN FELIPE. ¡Ja, ja, ja!

HORTENSIA. ¡Le sopla la musa!…

SALVATIERRA. Me sopla la musa… y soplo yo también.

HORTENSIA. Además, voy a ponerle a usted una florecita en el ojal de la solapa; que no he tenido con usted ninguna atención en el almuerzo.

SALVATIERRA. ¡Esta noche no me quito la americana para acostarme! Gracias, pimpollo. Vamos ahora a ver la Concepción. *Se va por la puerta de la derecha.*

JUAN FELIPE. ¡Qué buen hombre es éste! Y ¡qué raro! Porque mientras más lo hasen rabiá en su casa, mejores entrañas tiene pa to er mundo. Y eso no es lo corriente. Ni lo naturá.

HORTENSIA. ¿Te pongo a ti otra flor, papaíto?

JUAN FELIPE. Ya tú sabes la que a mí me gusta.

HORTENSIA. *Besándolo.* Esta, ¿no?

JUAN FELIPE. Ésa. Qué, ¿te fuiste un ratiyo ar barcón pa que te diera el aire?

HORTENSIA. Por si teníais que hablar en reserva con don Regino.

JUAN FELIPE. Ya. Y ¿estaba quisás en er barcón de arriba, en er del estudio der pintó, ese señorito que me está buscando las purgas?

HORTENSIA. No miré para arriba: miré para abajo.

JUAN FELIPE. ¿Estaba en la caye?

HORTENSIA. ¡Qué ganas de pensar infundios, papá! ¡Cuando yo te digo que no hay caso!

JUAN FELIPE. Sería la primera vez que un recovero se dejase engañá por una paloma.

HORTENSIA. Lo que tú quieras ha de ser.

JUAN FELIPE. Ni más ni menos. Y ahora dame otra fló.

Hortensia. *Besándolo en la trente.* Toma. Para borrarte el mal pensamiento. ¡Lo que quiero yo a mi papaíto!…

Inopinadamente, por la puerta de la izquierda, sale don Martín, cuyo aspecto da claro testimonio de su ruina.

Don Martín. Juan Felipe…

Juan Felipe. *Incomodado.* ¡Don Martín! ¡Por María Santísima, don Martín; que no estamos solos!

Don Martín. Pensé que se había ido ya Salvatierra…

Juan Felipe. ¡Pos no se ha ido!

Don Martín. Bueno, hombre; me vuelvo a mi agujero otra vez… No te enfades.

Juan Felipe. ¿No me vi a enfadá? ¡To los días ha de cometé usté arguna imprudensia! ¡Se compromete usté y nos compromete a nosotros, que lo hemos ocurtao!

Vuelve Salvatierra de improviso por la puerta de la derecha, seguido de Honorata, que trae chal y bolso. Salvatierra, al ver a don Martín, se queda perplejo. Honorata no reprime un movimiento de contrariedad.

Salvatierra. ¡Precioso Murillo!… ¿Eh? ¡Don Martín!

Juan Felipe. ¿Usté ve, don Martín?

Honorata. ¡Válganos el Señor!

Don Martín. Perdón, perdón por mi imprudencia… Salvatierra es un buen amigo de todos… no me descubrirá.

Juan Felipe. ¡Pero si en lugá de Sarvatierra yega a sé otra persona!…

Don Martín. Perdón, hombre, perdón… *Enternecido; humildemente.* No volveré a hacerlo… Y usted, Salvatierra, salga de su estupor… recóbrese ya de su asombro… Nada sabía usted de este mi escondite, claro es… Nadie lo sabe… Por usted espero que tampoco se sepa…

Salvatierra. Descuide, don Martín.

Don Martín. Creo que durará poco… pero mientras dura… He sido víctima de una torpeza mía… de una ligereza… de la confianza en mis propios medios… Y a estas horas paso por un estafador. ¡Qué vergüenza! ¡No lo soy! ¡No lo soy! ¡Bien sabe Dios que no lo soy! Se me persigue como a un criminal… ¡No lo soy! ¡Soy el caballero de siempre! Habrán cambiado mis circunstancias, pero no yo… ¡Vea usted qué vueltas da este mundo! Hace cinco años me creía yo el amo de él, quería lucirme a los cuatro vientos, y hoy vivo en una madriguera, escondido como un conejo ruin…

¡y no tengo ni una almena
que pueda decir que es mía!

Adiós, Salvatierra… la emoción no me deja seguir hablando… Ya le contará Juan Felipe… *Éntrase por la puerta de la izquierda, gimoteando.*

Juan Felipe. ¡Vaya un finá de armuerso, Regino!

Salvatierra. Para mí, el más inesperado de todos. ¡Pobre hombre! Me ha conmovido… me ha hecho un trapo…

Juan Felipe. Niña, ve tú a vé qué quería.

Hortensia. *Obedeciendo.* Sí, papá.

Honorata. Yo no sé si hemos hecho bien o mal en acogerlo y ampararlo; pero ¿quién lo dejaba en la calle la noche que se nos presentó pidiéndonos refugio?

Salvatierra. ¿Tan grave es la cosa?

Juan Felipe. Se la voy a referí a usté en dos palabras. Y, por Dios bendito…

Salvatierra. ¡No me recomiende usted nada, Juan Felipe! Le consta a usted que sé guardar secretos.

Juan Felipe. *A Hortensia, que cruza de la puerta de la izquierda a la de la derecha, por donde se retira.* ¿Quería argo?

Hortensia. No; nada. Allí está el buen señor haciendo pucheros como un chico.

Juan Felipe. Pos usté verá, Sarvatierra. Verá usté. Ese infeliz, en las pataletas der naufragio de su casa y de su fortuna —¡cuantísimos disparates

ha hecho!— pidió dinero —una suma gorda— como se pide en esos istantes: disparao; sin mirá condisiones.

SALVATIERRA. Sí: lo mismo que se grita «¡socorro!» cuando hay fuego en la casa.

JUAN FELIPE. No: lo mismo que se tira uno por un barcón a la caye huyendo de las yamas.

HONORATA. Exactamente.

JUAN FELIPE. Paco er *Seriyero* dió la guita.

SALVATIERRA. ¡Buen pez! ¡Un angelito para un plato de dulce! Tiene más dinero que el Banco. Y yo lo he conocido vendiendo libros verdes en la Puerta del Sol.

JUAN FELIPE. Pos a esos piyos se les van las mejores. Le pidió como garantía a don Martín, pa entregarle la luz, la casa solariega de Segovia, única prenda que ya le quedaba a la familia, y don Martín la comprometió por cogé los cuartos, declarándola libre de impedimentos y de cargas. Vensió er primer plaso der préstamo, y lo pudo pagá a costa de empeños y desempeños; vensió er segundo… y se encontró agarrao por er gañote. No lo pudo pagá.

SALVATIERRA. Sí; es un caso que se parece a muchos.

JUAN FELIPE. Y aquí der *Seriyero:* bañándose en agua de rosas se resiste a ninguna espera; reclama la casa puesta en garantía… y se tropiesa en la escritura de propiedá con una cláusula en la que se dise que la finca no podrá hipotecarse ni venderse sin la voluntá de los hijos de don Martín cuando sean mayores de edá. Y er más chico tiene dose años. Además, si cuando yegue er caso los niños se yaman Andana se quea er *Seriyero* papando moscas.

SALVATIERRA. ¡Atiza! ¡Pues habrá que oír al *Cerillero*!

JUAN FELIPE. Er *Seriyero* dise que eso es una estafa en toas partes, y que si no le entregan la casa o su dinero de un día pa otro, mete en la carse a don Martín. Y en eso estamos. Este hombre se ha quitao de en medio hase cuatro días, y su familia anda de puerta en puerta dando ardabonasos en las casas de los amigos a vé si puen evitá la deshonra.

SALVATIERRA. Y los amigos no oirán los golpes.

JUAN FELIPE. ¡Es que nadie tiene su dinero pa una cosa así, Sarvatierra! Las locuras de un hombre, ¿por qué han de pagarlas los demás?

HONORATA. Sí; pero hay ocasiones… hay afectos…

JUAN FELIPE. ¡Déjate de pamplinas! Cuesta mucho trabajo amasá una rosca pa darle un pico a nadie que no sea un hijo tuyo. ¡Y menos a un derrochadó!

SALVATIERRA. ¡Pobre hombre!

JUAN FELIPE. Parientes tiene que podrían sarvarlo si quisieran…

SALVATIERRA. ¡Pobre hombre! ¿Ve usted? En estos trances es cuando siento yo no ser millonario.

JUAN FELIPE. Si lo fuese usté, quisá pensaría de otro modo.

SALVATIERRA. ¡Qué sé yo! ¡Pobre hombre!

JUAN FELIPE. Bueno; véngase usté conmigo pa orvidá este cuento.

SALVATIERRA. Sí; que además tengo que hacer cien cosas.

JUAN FELIPE. Y yo siento una. *A Honorata.* ¿Tú irás a la tienda?

HONORATA. Sí. Dentro de un rato.

JUAN FELIPE. Pos luego a úrtima hora me pasaré yo por ayí. Hasta luego.

SALVATIERRA. *Despidiéndose.* Adiós, Honorata. Agradecidísimo. Y envidioso de tanta ventura.

HONORATA. No lo dirá usted por el huésped.

SALVATIERRA. ¡Honorata! En el mejor sueño zumba una mosca.

JUAN FELIPE. Hasta luego.

HONORATA. Pero, Juanito, ¿te vas así hoy?

JUAN FELIPE. ¡Mujé!

SALVATIERRA. *Dándose cuenta.* ¡Ah, vamos! ¿Es costumbre?… Pues por mí no la dejen. Yo mientras me despido de este caballero.

Se vuelve hacia el retrato al óleo para dar tiempo a la terneza matrimonial.

JUAN FELIPE. Pero ¡qué tonta eres!

HONORATA. Tu cariño tiene la culpa.

JUAN FELIPE. ¿Vamos, Sarvatierra?

SALVATIERRA. Vamos. *Al retrato.* Adiós, amigo. Si andando el tiempo vuelve usted a ver a mi hijo representar el *Hamlet,* fíjese en la capa; ha sido mía.

HONORATA. ¡Qué Regino éste!

JUAN FELIPE. ¡Ja, ja, ja!

Se van Salvatierra y Juan Felipe por la puerta del foro, hacia la derecha.

HONORATA. ¡Ay! ¡Quiera el Señor conservarnos esta felicidad… aunque a la vecina le resulte un poco empalagosa! Al que le pique, que se rasque… ¿Qué iba yo a hacer? *Pepa ha vuelto momentos antes, por la izquierda del foro, con una bandeja llena de copas y tazas limpias que pone en el aparador, y ha acabado de recoger el servicio de mesa. Ya es completamente dichosa también; es decir, ya se ha quitado la cofia y los guantes.* ¡Ah! Pepa.

PEPA. Mándeme usté, zeñora.

HONORATA. Ve y dile al señor don Martín que aquí lo aguardo.

PEPA. ¿Ar loco?

HONORATA. *Sonriendo benévolamente.* Al loco, sí; al desgraciado loco.

PEPA. Veremos zi me abre la puerta; porque argunas veces… *Se marcha por la de la izquierda.*

HONORATA. A tiempo he recordado… ¿Qué querrá conmigo? Este empeño de hablarme a solas…

Pausa. Vuelve Pepa.

PEPA. Ya viene. Cada día está más loco, zeñora. Me lo encontré quemando unos papeles y diciendo: «Humo, humo, humo, humo… na más que humo, na más que humo…» y había humo en la arcoba; pero no tanto.

HONORATA. Bien; déjame.

PEPA. ¿Cómo?

HONORATA. Que te vayas.

PEPA. *Rompiendo a cantar al tiempo de irse.*

Madre, yéveme usté ar Puente,
a vé los picapedreros…

HONORATA. ¡Chist!

Pepa calla inmediatamente.

Honorata aguarda unos momentos y sale don Martín.

DON MARTÍN. Aquí estoy, mi dulce Honorata, lamentando todavía el lance pasado.

HONORATA. No se acuerde usted ya de él. Por fortuna Salvatierra lo estima a usted y es muy discreto.

DON MARTÍN. ¿Le contaron ustedes…?

HONORATA. Sí. Y le hizo bastante impresión.

DON MARTÍN. *Conmovido de pronto.* ¡Como a toda persona bien nacida!

HONORATA. Bueno, bueno; serénese usted… y dígame ahora que estamos solos, eso que me ha anunciado que quiere decirme.

DON MARTÍN. ¿Yo?

HONORATA. Sí. Anoche…

DON MARTÍN. ¡Ah! ¡Es verdad! Discúlpeme usted… Esta cabeza mía baraja tantas cosas… Honorata, para las ocasiones son los amigos… y yo soy el mejor testimonio. Si no es por ustedes… ¡Toda mi gratitud será poca para pagarles!…

HONORATA. No se aflija usted, don Martín; no llore…

DON MARTÍN. Dice usted muy bien, Honorata… dice usted muy bien… Hay que serenarse… hay que hacerse fuerte en la desventura. Hay que hacerse fuerte. ¡Fuerte, fuerte, Martín! ¡El llorar es de hembras! Y que más pasó Jesús por nosotros. ¡Fuerte, fuerte! Pues bien, Honorata: he vacilado mucho antes de decidirme a dar este paso… Lo que le voy a decir a usted es muy enojoso… delicadísimo… pero repito que para las ocasiones… La gratitud me obliga.

HONORATA. *Melodramáticamente.* ¡Ay! ¿Me engaña Juan?

Don Martín. No, no, no… No es eso, no es eso… Nada de eso.

Honorata. ¿No me engaña?

Don Martín. Que yo sepa, no. Pero ya digo que no se trata de eso. Se trata de la niña: de Hortensia.

Honorata. ¿De mi hija de mi alma?

Pon Martín. Sí. ¿No nos oirá ella, verdad?

Honorata. No. Está en su cuarto. Pero ¿qué sucede, don Martín?

Pon Martín. No imagine usted nada grave, Honorata. No, no… Esto es una advertencia prudente… una prevención… un consejo… Esto es un consejo… una prevención… una advertencia… Usted y Juan Felipe faltan de su casa muchas horas… Como tienen la tienda a que mirar y otros intereses… Yo llevo aquí encerrado unos días… y… ¡naturalmente!… cuando voy de un lado para otro… sin querer, sin pretenderlo…

Honorata. ¿Qué, don Martín?

Pon Martín. Observo… ato cabos… me entero de cosas… veo… oigo…

Honorata. Y ¿qué?

Pon Martín. *Bajando la voz.* Honorata… vigile usted a Hortensia.

Honorata. ¿A mi tesoro?

Pon Martín. Vigüela usted.

Honorata. *Grave.* ¡Esa acusación embozada!…

Pon Martín. Es hija del mejor deseo. Arriba vive un pintorcete, ¿no?

Honorata. Vive un pintor arriba.

Pon Martín. Recibe amigotes en su estudio.

Honorata. Amigos, compañeros…

Pon Martín. Bien; pues entre ellos hay uno que es un redomado pillastre.

Honorata. No sé.

Pon Martín. Yo sí, porque anduvo alrededor de mi hija Lucinda, codicioso de su fortuna, en los días de mi auge y de mi esplendor.

Honorata. ¿Se refiere usted a Colasín Alares?

Don Martín. ¡Cabalito!

Honorata. *Muy picada.* Pero ¿usted sabe lo que dice, don Martín? ¿No hablará la turbación de su caída? ¿No hablará tal vez el despecho?

Don Martín. *Irguiéndose con dignidad.* ¿Eh? ¿Y mi ama de llaves, sabe lo que dice y a quién se lo dice?

Honorata. ¿Su ama de llaves?

Don Martín. ¡Mi ama de llaves!

Honorata. Ese tiempo pasó. Colasín Alares, don Martín —apréndalo usted si lo ignoraba—, es hijo de una familia dignísima.

Don Martín. Su familia merece todos mis respetos; pero él es un bergante, un cínico, un fresco, como ahora se les llama. En ausencia de ustedes baja aquí y trata de burlar a Hortensia. Yo he oído algún diálogo nada edificante.

Honorata. *Desbordándose.* Pero ¿hasta dónde va usted a llegar en su despeñadero? ¡Usted, señor don Martín, no está en su juicio! ¡Es lo menos que se me ocurre! Dejando a un lado a Colasín, ¿olvida usted quién es mi hija? ¿Olvida usted quién es el padre de mi hija? ¿Olvida usted quién es la madre?

Don Martín. ¿La madre? ¿No es usted?

Honorata. Sí, señor: yo misma; a mucha honra. El ama de llaves de usted, como me ha refregado hace poco.

Don Martín. ¿Yo? ¿Refregar yo?

Honorata. Pues sepa usted que por muchas llaves que haya tenido o pueda tener en mis manos, no he menester ninguna para custodiar a quien por heredada virtud se guarda sola.

Don Martín. Bueno, bueno, bueno… ¡Vivir para ver!… Lo podía esperar todo menos este arranque melodramático… La intención me salva… Yo he cumplido con un deber de mi conciencia… usted me pone como chupa de dómine… ¡Me lo merezco todo, todo! Del árbol caído… ¡Al Rastro, al Rastro, don Martín, como el loro de que habló Salvatierra!…

Honorata. ¡Hola! ¿Escucha usted por los pasillos?

Don Martín. ¡Sí, señora; por eso me he enterado de los amoríos de su hija con el señoritín! ¡Chúpate ésa y vuelve por otra!

Honorata. ¿Cómo *chúpate ésa*? ¿Es ese lenguaje de un caballero para una señora? Yo no puedo continuar… Ahora mismo se lo contaré todo a Juan Felipe.

Don Martín. ¡Me alegro mucho: él puede que me haga más justicia que usted!

Honorata. ¡Más justicia que yo!… Señor don Martín de la Gavilla y Peralbán de las Heras Gómez…

Don Martín. ¡Todo eso huelga ya! ¡Todo eso es humo, humo, humo… nada más que humo!… ¡Soy el loro del Rastro!… ¡El pobre loro puesto en venta!… *Lloriqueando.* ¡Han bajado los francos! ¡Han bajado los francos!

Honorata. Sea usted quien sea, mal corresponde a la hospitalidad que aquí le han ofrecido su *ama de llaves* y su *mozo de comedor.* Ya estará usted contento. *Vase altivamente por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Don Martín. *Haciéndose cruces.* ¡En el nombre santo del Padre!… Martín, Martín, Martín… pero ¿has perdido la razón de veras? ¿Quién es quién te ha hablado? ¿No es Honorata, aquella modistuela cursi a quien le puso un piso el duque de Tal? ¡Caray!, ¡caray! ¿No es aquélla? ¡Virtud heredada! ¡Ja, ja, ja! Primera vez que me río hace tiempo… ¡Virtud heredada!… ¡Pérdida de la memoria!… ¡Ja, ja, ja!

Un poco antes ha salido de nuevo Pepa con más cacharros para el aparador, y amedrantada del monólogo y de la risa de don Martín, se pega a la pared, mirándolo sin pestañear, hasta que él se aleja por la puerta de la izquierda.

Pepa. ¡Jozú! ¡Qué zusto he *pazao*! Este zeñó ez un chivo zuerto.

Por la puerta de la derecha sale Hortensia.

Hortensia. ¿Con quién hablabas?

Pepa. Con er mieo que tengo, zeñorita.

Hortensia. ¿Miedo? ¿A qué?

Pepa. Ar loco, que estaba aquí grita que grita zolo y riyéndoze.

Hortensia. ¿No has almorzado todavía?

Pepa. He limpiao los cacharros primero. Pero voy ya mismito.

Hortensia. Pues anda, mujer, anda; no lo dejes más, que es muy tarde.

Pepa. Ya, ya mismito. *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda, volviendo hacia Hortensia la cara.*

Hortensia. *Preocupada.* ¡Estamos descubiertos!… Hoy jo le dejo entrar aquí… Hablaremos dos segundos en la escalera… Va a haber que decidirse… Porque, eso sí, que no sueñe otra cosa mi padrastro… ¡Menos perderlo, todo! *Marchase por la puerta del foro, hacia la derecha, con el mayor sigilo y precaución.*

En seguida vuelve don Martín, paseándose abstraído.

Don Martín.

Ayer era rey de España;
hoy no lo soy de una villa…

¡Se me han metido en la cabeza todos los versos que sé del rey don Rodrigo!… ¿Quién? *A Lucinda, que llega por la puerta del foro.* ¡Hija mía! *Correa ella y la abraza.*

Lucinda. ¡Lo que acabo de ver, papá!

Don Martín. ¿Qué has visto, hija, que aún pueda sorprenderte?

Lucinda. ¡A Colasín Alares en coloquio amoroso con la hija de Honorata! ¡Con la que se vestía de mis sobras!… Aun siendo quien es, se ha puesto blanco al reconocerme.

Don Martín. ¡Ah! Pues no hace dos minutos le he dado yo el soplo a *doña Estropajos*, a la mamá, cumpliendo un deber de caballero, y se me ha subido a la parra y se ha bordado insultándome. ¡*Doña Estropajos*! ¡A mí! ¡La *duquesa del Alfileteros*! ¡A mí!

Lucinda. Este mundo es un asco. Y eso que acabo yo de ver… cosa bien de este mundo. ¡Nicolasín Alares!… Se conoce que le conserva mucha

inclinación al dinero de nuestras arcas.

Don Martín. ¡Oh! ¡Tú no sabes cuánto hay aquí guardado! No doy un paso por la casa en que no me tropiece con alguna prenda de la nuestra… Hay una consola que cruje que se queja cada vez que me siente pasar… La de las garras de león.

Lucinda. Bien, bien; no hablemos de esto… Acaban de hacerte un favor muy grande… Se llevaron mucho; pero si impiden tu deshonra porque te ocultan…

Don Martín. ¿Qué esperanzas me traes?

Lucinda. Ninguna, por desgracia.

Don Martín. ¡Entonces!

Pasa Hortensia, mirándolos descaradamente, de la puerta del foro a la de la derecha, por la cual se va sin decirles palabra.

Lucinda. ¡Lo que hay que tolerar en la vida!

Don Martín. Lecciones, lecciones, lecciones; éstas son lecciones… Llegan tarde, sí; llegan tarde… pero son lecciones… son lecciones… Tarde… tarde… tarde… tarde… ¡Llegan tarde!…

Lucinda. *Sentándose con abatimiento.* ¡Ay, sí! ¡Llegan tarde!

Don Martín. ¿Estás rendida?

Lucinda. *Rehaciéndose.* ¡No! Aunque lo parezca, no lo estoy. No me rindo sin salvarte primero. Soy tu hija y tu cómplice. Tengo mucha culpa en esta ruina. He sido tan insensata como tú… *Con profundo desprecio.* Y ¡por qué gentes! ¡Por qué mundo!… ¡Por conquistar qué mundo!… ¡Cuánto me acuerdo de Pilar!

Don Martín. Yo también, yo también… De Pilar, de Pilar, de Pilar… También yo me acuerdo de Pilar.

Lucinda. Hay horas en que no es desolación, en que no es tristeza, en que no es miedo a la pobreza que nos aguarda lo que siento; sino una rabia sorda, un remordimiento infinito, impotente ya.

Don Martín. ¡Pobre princesa mía!

Lucinda. No, no; luego levanto la cabeza y vuelvo a ser yo, y me siento capaz de todo. Y eso que tú no sabes qué calvario llevo. No hay una

puerta donde me respondan, ni unos brazos que se abran ante mí, ni una voz que me llame… Las caras que me sonreían siempre al verme, se tuercen a mi paso. Quizás hemos hallado este rincón donde esconderte porque es de criados nuestros, de servidores nuestros, que porque nos humillan son generosos… Se elevan protegiéndonos, y acallan también su conciencia. Pero los demás, los demás… los nuestros, los iguales… ¡quién pudiera creerlo! Algunos hasta ríen al oírme, sin poder reprimir su risa… Es la alegría más o menos disimulada lo que me encuentro en todas partes. ¿La merecemos por vanidosos y por frívolos, papá, o es que la humanidad es mala?

Don Martín. No sé, hija; no sé, no sé, no sé… De todo habrá, de todo habrá algo, de todo habrá… Tú, ¿estuviste ayer en Segovia?

Lucinda. Y siento haber ido.

Don Martín. Los amigos, ¿qué dicen?

Lucinda. En resumen… que este caso está fuera de la amistad.

Don Martín. ¡Bien!, ¡bien! ¡Fuera de la amistad! ¿Cuál estará dentro? ¿Ni siquiera Pepe Ramón?… ¿Ni siquiera ése?

Lucinda. Ninguno.

Don Martín. ¡Bien!, ¡bien! ¡No sé cómo no lloro! Una amistad nacida en la escuela… cambiando las meriendas a diario… mantenida luego a través de todas las cosas… ¡bien!, ¡bien!

Lucinda. Pues no concluyas de asombrarte.

Don Martín. ¿Los parientes?…

Lucinda. Te condenan sin remisión: tú eres el autor de tu desdicha; tú te la has buscado… Como si ésa fuese una razón para alejar toda piedad y todo deber suyo hacia nosotros.

Don Martín. Eugenio… ¿también?

Lucinda. Todos, papá, todos.

Don Martín. ¡Pues a Eugenio le maté yo algunos días el hambre!…

Lucinda. Pues dice que no es la cárcel lo que te mereces, sino el manicomio.

Don Martín. ¡Vaya por Dios! ¡El manicomio… el manicomio…! ¿Y el primo Gaspar?

Lucinda. Ése se encierra en que para él te has muerto. Te ha enterrado definitivamente, y así ya nunca le darás que hacer.

Don Martín. *Requiescat in pace.* ¿Y su hermano?

Lucinda. Me salió con que si él tuviera… ¡Si él tuviera!… Tiene, pero lo esconde.

Pasa Pepa de izquierda a derecha por el pasillo del foro, curioseando.

Don Martín. ¡Ay! Dios se lo pague a todos, ¿no te parece, niña? Éstos son aquéllos… ¡aquéllos!, ¡aquéllos!… ¿Eh? ¡Éstos… son aquéllos! ¡Qué asco de mundo! Bien decías al entrar: ¡qué asco!, ¡qué asco!, ¡qué asco!

… ¡que quien mandaba tanto mundo vivo,
muerto no tuvo siete pies de tierra
donde dejar el cuerpo fugitivo!…

Lucinda. ¿Qué es eso?

Don Martín. ¡Reflexiones sobre las mudanzas del mundo! ¡El último godo, que no me deja en paz! Dime, ¿le has dicho algo a tu novio?

Lucinda. No; aún no. Disimulo ante él. ¡Ojalá no tenga que decírselo! Dios me ayude. Es quizá la solución de mi vida ese hombre. Y sé que es inflexible juzgando asuntos de intereses…

Don Martín. Pues entonces haces bien en callar. ¡Que no lo sepa! ¡Que no lo sepa nunca! *Afligido.* ¡Y esto lo digo yo, a quien llamaban en Madrid *don Martin Quesesepa*! ¡Dios mío! ¡Dios mío! *Pausa.* Oye, ¿has vuelto a ver al usurero?

Lucinda. No, porque es inútil. Ya ha presentado la denuncia. Tiene su idea fija: en el miedo a la cárcel, ve las tenazas con que hemos de forzar nosotros a parientes y amigos. No cede: no quiere más que su dinero. El pavor de perderlo lo hace aún más malo de lo que es.

Don Martín. ¡Ah, verdugo miserable, malsín! ¡Pues no sabe una cosa ese gran villano! ¡No sabe una cosa! ¡No la sabe! Yo firmé el papelucho que me presentó sin mirar lo que hacía; pero seguro en mi conciencia de poder

pagarle todo aquello, y dispuesto a pagárselo, como lo estoy ahora. ¡Juro por mi honor que he de pagarle hasta el último céntimo! Pero como me meta en la cárcel, como me deshonre… ¡que se despida de sus cuartos!, ¡que se despida! ¡Deshonrado ya, adelante con los faroles! Les diré a tus hermanos: «¡No le deis un real a ese timador, que no tenéis por qué! La casa es vuestra y sólo vuestra. ¡Yo no le debo un céntimo! ¡Bastante sangre chupa él ya, hasta de cuerpos muertos! ¡No le deis nada, no le deis nada!…». ¡Un hombre inicuamente metido en la cárcel no se ha de andar con chupaderitos… no se ha de andar con chupaderitos… con chupaderitos!…

LUCINDA. ¡Ay! ¿Qué será de nosotros, papá? Yo sé que aún me queda que hacer algo… pero no veo claro qué cosa ha de ser. Mi corazón me alienta, sin embargo, me alienta siempre… Tengo fe todavía. ¿Llega alguien?

DON MARTÍN. Sí. Me voy a mi agujero. Ven conmigo.

LUCINDA. Espero a ver si es Honorata, que he de hablar con ella.

DON MARTÍN. No tardes. *Vase por la puerta de la izquierda rápidamente.*

Y no es Honorata quien llega, sino Salvatierra, un tanto agitado, y al que Pepa sigue.

SALVATIERRA. *Sorprendido al ver allí a Lucinda.* ¡Oh! ¡Señorita!…

LUCINDA. Señor mío…

SALVATIERRA. ¿Me reconoce usted?

LUCINDA. El señor Salvatierra, ¿no?

SALVATIERRA. Para servirla. Márchate, Pepa.

Pepa obedece y se va otra vez a cuidar de la puerta de entrada.

LUCINDA. No está Honorata; ni Juan Felipe…

SALVATIERRA. Ya lo sé. *Noblemente.* Vengo en busca de su padre de usted, señorita.

LUCINDA. ¿De mi padre?

SALVATIERRA. No le contraríe que yo sepa… Me he enterado por casualidad, hace media hora, de la situación en que se ve, y celebro haberme

enterado. Y usted también debe alegrarse de ello.

LUCINDA. ¿Por qué?

SALVATIERRA. Porque un azar, unas palabras oídas al paso me han dado a entender que ya no soy yo sólo quien ha descubierto el escondite.

LUCINDA. ¡Jesús!

SALVATIERRA. Alguien más lo sabe o lo sospecha —gentecilla capaz de todo— y conviene poner a salvo a don Martín.

LUCINDA. ¡Jesús! Pero ¿usted?…

SALVATIERRA. Yo le brindo mi casa como el mejor refugio… A nadie le pasará por las mientes que pueda estar en ella. Mi mujer y mi cuñada se ausentan esta misma tarde a Alcázar de San Juan, a ver a un pariente que, gracias a Dios, se está muriendo. Hay que decirlo así. Quedo solo en mi casa. Allí podrá esperar su papá de usted unos días mientras despeja su horizonte. Estará peor que aquí, pero más oculto; enteramente oculto.

LUCINDA. *Conmovida.* Y usted, señor Salvatierra, ¿por qué hace esto? ¿Qué amistad o qué lazo le une a mi padre para obrar así?

SALVATIERRA. Lazo, en rigor, ninguno. Amistad, tampoco. Tuve el gusto de conocerlo hace años y de proponerle algunos negocios, que unos cuajaron y otros no. Nada; cosa corriente, que a ninguno de los dos nos obliga. Toma y daca. Pero soy así, Lucinda; soy así. Y así he de morirme. Carne de todos, sangre de todos; un pedazo del alma de cada prójimo que tropieza conmigo. El primer desconocido que me encuentro en la calle me pide que le haga un favor, y yo echo er bofe hasta conseguirlo. A él luego se le olvida o no se le olvida: eso para mí es secundario. Yo presté el servicio, y me basta. Ahora le toca a su papá de usted. Ante mí ha llorado un caballero como él, y yo no consiento que le clave las garras un bandido como el *Cerillero.* Esto es todo. ¿Le parece a usted raro, quizás?

LUCINDA. Y lo es. Nosotros no vivíamos solos en el mundo, ¿verdad? Pues hasta ahora nadie se nos acerca, nadie nos da la mano Los amos de esta casa. Y usted, casi un desconocido, viene a ofrecer espontáneamente cosa que tanto vale… Es raro, es raro… ¿No ha de serlo?

SALVATIERRA. Bien, bien; no se aflija. Cuéntele usted esto a su papá, y dígale que arregle su hatillo, que así que anochezca volveré yo por él con un coche. Y luego, Dios dirá.

LUCINDA. *Estrechándole las manos.* Gracias… gracias…

SALVATIERRA. ¡Yo se las doy a mi destino! *Vase Lucinda por la puerta de la izquierda.* ¡Pobre criatura! ¡Qué efecto le ha hecho una cosa tan natural!… Y ¿quién iba a decirle…? Vamos ahora, ante todo, a ver partir el tren que ha de llevarse a *dona Perpetua,* porque hasta que no pase de agujas no hay momento seguro.

Va a marcharse, cuando por la puerta del foro llega Adriano con Pepa.

PEPA. Paze usté.

SALVATIERRA. ¿Quién? *Descubriendo un mundo en el recién llegado.* ¡Oh!…

ADRIANO. Buenas tardes.

SALVATIERRA. Buenas tardes.

PEPA. Ziénteze usté y espere un momentito. Me encargó la zeñora que zi usté venía me yegara a avizarle a la tienda. La tienda está ahí a un pazo.

ADRIANO. Bueno.

PEPA. *A Salvatierra.* No le digo na a la zeñorita, porque me dijo antes que ze iba a encerrá en zu habitación. Le dolía la cabeza.

SALVATIERRA. Sí, sí; no le digas nada. Ve a la tienda en un soplo. Yo me quedo mientras acompañando a este señor. *Adriano agradece con un gesto. Pepa se va.* Siéntese usted.

ADRIANO. Estoy bien; gracias.

SALVATIERRA. Siéntese usted. *Se sientan ambos. Pausa.* ¿Un cigarrillo?

ADRIANO. Mil gracias; no fumo.

SALVATIERRA. Usted no me recuerda.

ADRIANO. No, señor; la verdad.

SALVATIERRA. No, si no es extraño, porque no me ha visto usted en su vida. Yo, en cambio, a usted… ¿Quién no conoce a usted? Sobre todo, de algún tiempo a esta parte *Adriano sonríe, halagado.* Sus triunfos escénicos le han hecho en tres años popular; querido de todos… Ha traído usted al teatro oro viejo, de ley. Yo amo el teatro romántico. Me parece cosa tan nacional, tan de la raza… Fondo y forma; porque ¡mire usted que el verso castellano!… Y usted tiene en su pluma toda la magia del idioma.

ADRIANO. No me avergüence usted…

SALVATIERRA. Yo lo he seguido a usted, desde su aparición, como a un ídolo. Y hasta hemos hecho un viaje juntos.

ADRIANO. ¿Sí?

SALVATIERRA. Usted en primera y yo en tercera; pero en el mismo tren. Luego yo pasé a su departamento, porque se llenó todo. Iba usted para Barcelona a estrenar *La Torre de Juan Segundo.* ¡Qué drama más hermoso! ¡Oh!

ADRIANO. Le ruego a usted que…

SALVATIERRA. *Evocando.*

> «Duerme Segovia: la luna
> vigila el sueño del rey…».

ADRIANO. Pero ¿sabe usted versos de mis obras?

SALVATIERRA. Algunos papeles podría decírselos a usted completos.

ADRIANO. ¿Pues?

SALVATIERRA. Tengo un hijo actor, y suelo tomárselos de memoria. Y como mi memoria es mejor que la suya, me quedo con ellos antes que él.

ADRIANO. ¿Un hijo actor? ¿Cómo es su apellido?

SALVATIERRA. Por naturaleza, Salvatierra. Pero en el teatro se llama Somoza. Leonardo Somoza.

ADRIANO. ¡Ah! ¡Somoza! No lo he visto nunca, pero me han hablado mucho de él. Va ganando crédito.

SALVATIERRA. Eso es lo único que gana hasta ahora. Mire usted un retrato suyo. *Lo saca de su cartera y se lo muestra.*

ADRIANO. Está bien: es simpático.

SALVATIERRA. Él es algo mejor; porque hasta en los retratos pierde. ¡Je!

ADRIANO. ¿Por dónde anda?

SALVATIERRA. Por donde siempre: por los pueblos. De *capeas* teatrales. Todavía apenas si ha pisado más que alguna capital de tercera. Pero se ha empeñado en ser cómico le da por los dramas. Se muere en escena todas las noches: de apoplejía, por envenenamiento, de estocada o de pistoletazo; la cuestión es morirse. ¡Ya ve usted qué vida! Eso sí: como a todo el que se muere lo aplauden siempre, él se va a diario a la posada a dormir su ovación.

ADRIANO. Y satisface su afición el hombre.

SALVATIERRA. Una afición loca, ciega. Veremos en qué para. Si le hubiera dado por escribir, por ser autor, aunque fuese malo, ganaría algún dinero… viviría más tranquilo. Yo también. Sin contar con la colaboración indirecta que podría prestarle.

ADRIANO. *Interesándose por el tipo.* ¿Usted?

SALVATIERRA. Sí, señor; yo. No porque escriba, sino por el mundo que conozco, por los hechos que he visto, por las cosas que sé… El día que se le ocurra a usted escribir una obra de Pascuas, por humorada, por capricho —ya sé que usted no cultiva ese género—, búsqueme usted a mí, que le voy a dar un asunto para que la gente se desternille de risa.

ADRIANO. Lo agradezco.

SALVATIERRA. Sin interés ninguno: ¡el arte por el arte! Óigalo usted en dos palabras: un marido infeliz, que todos los días lleva a su casa conocidos y amigos, a ver si alguno le roba a su mujer.

ADRIANO. ¡Ja, ja, ja!

SALVATIERRA. ¡Y no se la roba ninguno en los tres actos! ¿Qué me dice usted de la situación de ese hombre?

ADRIANO. Que es muy graciosa. Un poco inverosímil quizás… pero eso en las obras de Pascuas…

SALVATIERRA. ¿Inverosímil?

ADRIANO. Un poco…

SALVATIERRA. ¿Ve usted? ¡Pues ése es mi caso! ¡Arrancado de la realidad! ¡Puede usted atestiguarlo si escribe la obra! ¡Mi caso!, ¡mi caso! ¡Yo soy ese marido!

ADRIANO. ¡Ja, ja, ja! Una vez más quedo convencido de que por mucho que invente un poeta… la vida inventa más.

SALVATIERRA. ¡Uh! ¡La vida! ¡La vida sí que escribe comedias! Y ¡yo sé tanto de la vida! Pregúntele usted a su futuro suegro por los *argumentos* de Salvatierra.

ADRIANO. ¿Conoce usted a don Mariano?

SALVATIERRA. ¡Mucho! Háblele usted de mí. Y a su hija también la conozco.

ADRIANO. ¿A mi novia?

SALVATIERRA. A Julita; sí. El piano que tiene Julita se lo vendí yo.

ADRIANO. ¡Qué casualidad!

SALVATIERRA. ¡La vida! Va usted bien a ese matrimonio; va usted bien. Ella es encantadora.

ADRIANO. Gracias en su nombre.

Pausa. Salvatierra lo mira, y se decide a afrontar el asunto en que piensa desde que apareció Adriano.

SALVATIERRA. ¿Tarda Honorata?

ADRIANO. No me importa. Estoy muy distraído oyéndolo a usted.

SALVATIERRA. He procurado no hacerme antipático. También me honro con el conocimiento de su padre de usted.

ADRIANO. ¿También?

SALVATIERRA. Cuando más lo vi y lo traté fué hace unos años, cuatro o cinco años, en casa de aquel buen don Martín de la Gavilla…

ADRIANO. *Mortificado por el recuerdo.* ¡Ah, ya!

SALVATIERRA. ¿Qué ha sido de aquella familia; usted sabe?

ADRIANO. Nada. Es más: no me importa.

SALVATIERRA. ¿No le importa a usted?

ADRIANO. Nada. Es gente a la que separé de mi vida.

SALVATIERRA. Pero eso ¿puede hacerse?

ADRIANO. Yo, sí. La prueba es que lo he hecho. Después de unas escenas muy dolorosas y muy desagradables que tuve con el padre y la hija soltera…

SALVATIERRA. ¿Lucinda?

ADRIANO. Lucinda, sí. Después de aquello salí de la casa para no volver nunca. Luego, en la calle, vi que esquivaban mi saludo. Como el mío valía más, me alegré. Y los eché a un lado, ya digo. No es odio esto: es desafecto, desencanto, frialdad… El odio es sentimiento activo; enciende, persigue… Esto, no: esto sepulta, aleja…

SALVATIERRA. Siento haber tocado…

ADRIANO. No, no. De todo se ha de hablar.

Vuelve Pepa.

PEPA. Ya viene la zeñora. Dice que lo dispenze usté un poquito, pero que no ze vaya.

ADRIANO. No me voy, no; la espero.

PEPA. Ezo me ha dicho eya. Con permizo. *Retirase.*

SALVATIERRA. Pues a mí ha de dispensarme usted también, pero ya no puedo detenerme más tiempo. Si en el asunto que aquí lo trae me necesita para algo…

ADRIANO. No, señor; gracias. Es una cosilla particular entre esta gente y yo. El rescate de una alhaja que fué de mi madre y que por casualidad conservan ellos.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¡Un relojito de esmalte morado! Lo he visto, sí. Honorata lo tiene. *Ofreciéndosele.* A su disposición, señor mío: Regino Salvatierra, Reyes, 19; mándeme usted como amigo y como admirador.

ADRIANO. Igualmente me ofrezco a usted como admirador y como amigo.

SALVATIERRA. *Sonriendo.* ¡Poco tengo yo que admirar! Adriano. Pues yo lo admiro a usted desde hoy. Salvatierra. Gracias. A su disposición, repito. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha, expresando con un mohín que le ha fallado la intención que tenía.*

ADRIANO. ¡Qué hombre éste más extraordinario! ¡Qué tipo! ¡Llevar amigos a la casa para que le roben a su mujer! ¿Cómo será ella? ¡Ja, ja, ja! *Pausa. Curiosea la habitación en silencio y se asoma luego al pasillo del foro.*

En tal instante sale Lucinda.

LUCINDA. ¿Se ha ido este señor?

Encamínase a la puerta del foro a tiempo que vuelve hacia el comedor Adriano. Ambos experimentan al verse de improviso sentimientos iguales de sorpresa, desconcierto y contrariedad.

ADRIANO. ¡Lucinda!

LUCINDA. ¿Usted?

ADRIANO. No sabía…

LUCINDA. Yo tampoco…

ADRIANO. Espero a Honorata…

LUCINDA. Yo también… Buscaba, además, a otra persona.

ADRIANO. ¿Al señor Salvatierra?

LUCINDA. Sí.

ADRIANO. Se ha marchado ahora mismo… Aún será tiempo… ¿Quiere usted?…

LUCINDA. No. Gracias.

ADRIANO. Justamente con él he hablado de usted… de ustedes… y nada me advirtió…

Silencio enojoso.

LUCINDA. Me vuelvo allá dentro…

ADRIANO. ¿Es que le mortifica a usted mi presencia?… Porque en ese caso… *Hace ademán de irse.*

LUCINDA. ¿Le mortifica a usted la mía?

ADRIANO. No, por cierto.

LUCINDA. ¡Quién soy yo para tanto! ¿Verdad?

ADRIANO. No. Sea usted quien sea, no me mortifica. Su sola presencia no me ha mortificado nunca. Sus palabras… algunas veces.

LUCINDA. Por eso me iba ahora.

ADRIANO. Pues no se vaya usted si no es más que por eso. Ya que aguardamos los dos a la misma persona, en su propia casa, aguardémosla juntos. ¿Por qué no? ¡Al cabo del tiempo que no nos vemos!… ¡Cuando en todo pensábamos los dos menos en encontrarnos!… Al menos yo…

LUCINDA. Yo a mil leguas más.

ADRIANO. A mí me gusta aprovechar todas las enseñanzas de la vida, y esta súbita aparición de usted, ocurrida en este momento, no se me olvidará de seguro.

Pausa.

LUCINDA. ¡Cuántas mudanzas en tan pocos años!… ¡Cuántos vendavales!… Digo, para usted, aires de triunfo. Para nosotros, ráfagas de desdichas. Claro que ya mudará el viento. No hay vida que no sufra estos cambios. Pero, al presente, ya ve usted: de la legión de nuestros amigos, sólo estos criados y ese buen hombre que se acaba de ir, son los que nos quedan. ¿Es esto lo que mi repentina presencia le ha enseñado a usted?

ADRIANO. No. Ha sido algo más íntimo. Esto otro no necesitaba aprenderlo, porque hace tiempo que lo sé. Nadie debe confiar en que tiene amigos, y en legión, mucho menos…

LUCINDA. ¡Oh! Pues usted ahora tendrá miles…

ADRIANO. Sí; como los de ustedes… Gente que me rodea, que me sigue, que me halaga, que me adula, aunque yo no me deje… que me explota o me quiere explotar, que se aprovecha de mi sombra o se calienta en los troncos de leña que enciendo yo… Pero ¿amigos? ¡Quién tendrá más de uno! Y a veces, a ese uno, ¿no somos tan ciegos o tan vanos que no lo queremos oír si su voz es advertencia o recriminación y no halago o caricia? Pues a ese leal amigo es al que, con el tiempo, vengan sin querer los falsos, los traidores, volviendo las espaldas.

LUCINDA. ¡Qué pronto me ha recordado usted que fuimos injustos con su padre!

ADRIANO. No de usted esa interpretación a mis palabras.

LUCINDA. ¿Cree usted que tienen otra? Pero pienso que la catástrofe de mi casa es bastante castigo a nuestros errores.

ADRIANO. ¿Y su padre de usted?

LUCINDA. Anda estos días por el extranjero. ¿Y el de usted?

ADRIANO. Trabajando siempre, aunque yo quiera que descanse. Ya es viejo el pobre; ya es natural que se siente a mirar el camino andado. Usted sabe que ha sido largo y espinoso.

LUCINDA. Ahora puede usted sembrarle de flores el que aún le quede que recorrer.

ADRIANO. ¡Si pudiera!… Pero esta primavera que yo disfruto suele durar poco.

LUCINDA. No tan poco… Cultívela usted bien.

ADRIANO. No depende de mi cultivo… Es que la gloria es tornadiza; la opinión, voluble… ¿Cuándo se cansará de mí, como se ha cansado de tantos, haciéndoles probar el acíbar de los más terribles desdenes?

LUCINDA. Tanto más amargos, ¿verdad?, cuanto más dejo de la miel se conserve en la boca.

ADRIANO. El padre de mi novia es ejemplo bien elocuente.

LUCINDA. ¿Quién?

ADRIANO. Esquivel.

LUCINDA. ¡Ah!

ADRIANO. Sí; tengo relaciones con Julita. Pues don Adriano, ya ve usted, maestro de dos generaciones, ídolo del público hace diez años, vive entristecido y lleno de amargura… El último descalabro teatral, en que parecía que la gente quería cobrarle con usura todos los aplausos de su larga carrera, fué cruel, despiadado, inicuo. Se olvidó su historia, su labor, su nombre, sus años… Y el maestro se encerró en su casa con dolor incurable… Los desaires de una mujer duelen mucho… pero ¡los de la gloria, por lo visto…! No rompió la pluma, eso no; Julia me ha dicho que aún escribe… sino que esconde lo que escribe. «Esta es Castilla que hace a los hombres y los gasta».

LUCINDA. Lo oigo a usted, y no me parece que está hablándome el mismo hombre a quien yo conocía; aquel muchachillo irritable, rebelde…

ADRIANO. Pues el mismo soy, pero un poco domado…

LUCINDA. ¿Por la victoria?

ADRIANO. No; por la lucha, primero. La lucha me ha limado muchas aristas; especialmente aquella altivez de héroe calderoniano de que usted tanto se burlaba. ¡Qué contrasentido! En los días de oscuridad y de privaciones era soberbio y arrogante; hoy, en las horas del engreimiento y del aplauso, me sublevo contra mí mismo cuando me sorprendo en un arranque de exasperación o de gallardía presuntuosa. ¡De ayer a hoy!…

LUCINDA. ¡Sí que es inesperado! Porque suele ocurrir cosa muy distinta. La altura embriaga… Y quien por alcanzarla ha batallado mucho, al verse arriba parece como si quisiera vengarse de todo y de todos.

ADRIANO. Según… Yo, desde luego, no. *Silencio.* ¿Conoce usted alguna de mis obras?

LUCINDA. Sí. Estuve en el estreno de la primera de ellas.

ADRIANO. ¿*El paje de la Reina*?

LUCINDA. Sí. Pero fui al teatro sin saber que era de usted la obra, ni siquiera que se estrenaba. Vivía yo entonces tan fuera de mí misma…

ADRIANO. Pues yo, en cambio, supe desde el primer instante que estaba usted allí, y le pedí a Dios una noche gloriosa.

LUCINDA. Lo entiendo. Ahora se ha parecido usted más a aquél.

ADRIANO. Y usted menos a aquélla.

LUCINDA. Pero sabiendo que asistí a aquel estreno ¿cómo me ha preguntado usted si conozco…?

ADRIANO. *Sonriendo.* Por… por venir a hablar de ello de alguna manera.

LUCINDA. Ya. También conozco, porque me la llevó Pilar para que la leyese, *La Torre de Juan Segundo.* ¡Qué éxito, Adriano! ¿Habrá muchacha de Segovia que no haya aprendido de memoria los célebres versos de la noche de luna?

ADRIANO. Sí; alguna habrá… *La Torre de Juan Segundo* es la obra de mis amores… por las horas en que la compuse, por las circunstancias en que nació. ¿Quién lo diría, no siendo poeta?… ¡Aquella evocación de los reinados del padre y del hijo, de tanta brillantez y riqueza, de tanta gala, de tal fausto y derroche!… ¡Los torneos, las justas, los pasos de armas, la concurrencia de infantes y de embajadores de todo el mundo; lanzas y tizonas, rodelas y broqueles, brocados y plumas, paredes de damasco y techos de oro… vanidades y grandezas humanas!… ¡Oh! Todo esto lo manejaba yo a mis anchas en un entresuelo sin luz y sin aire, ignorando lo que iba a comer cuando dejase las cuartillas, y oyendo los gritos de mis compañeros de hospedaje, tan pobres y visionarios como yo… Así escribí *La Torre de Juan Segundo.* Ningunas horas como aquéllas. *Lucinda se ha conmovido a su pesar y se enjuga los ojos. Al verla él, maquinalmente exclama acercándosele:* ¡Julia!

LUCINDA. *Agraviada.* ¡Lucinda!

ADRIANO. ¡Perdón!

Un largo silencio. De la calle llega presurosa Honorata, quien, al ver a Adriano, sin hacer caso ninguno de Lucinda, se deshace en frases de almíbar y en cumplidos.

HONORATA. ¡Discúlpeme usted un millón de veces! ¡Una parroquiana pesadísima: la marquesa de la *Fiesta del Árbol*!

ADRIANO. No hay de qué, Honorata.

HONORATA. ¿No ha de haber? ¿Es que todos los días viene a mi casa un personaje tan personaje? ¿Y Hortensia? ¿Qué ha hecho que no ha salido? ¡Y la criada, tan zafia, que lo mete a usted en este comedor, que es un almacén de trastos viejos! ¿Para cuándo se deja la sala? Venga usted, venga usted por aquí… ¡Dios mío! ¡Lo que va a sentir Juan Felipe!… Venga usted, venga usted… ¡Qué orgullo! ¡Una gloria nacional en mi casa!

ADRIANO. Honorata, ¡por Dios!

HONORATA. ¡Nada, nada; las cosas por su nombre! ¡Gloria nacional y de las más grandes! Por aquí, por aquí… Pase usted, Adriano, pase usted… *Éntrase por la puerta de la derecha gritando.* ¡Hortensia! ¡Hija mía! ¡Hortensia!

ADRIANO. *Saludando respetuosamente a la muchacha.* Lucinda…

LUCINDA. Adiós, Adriano. *Vase él tras Honorata. Ella, sola ya, rompe en un sollozo, diciendo:* ¡De ayer a hoy!…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinetito de confianza en casa de Rufo Rufo, en Madrid. Dos puertas al foro y una a la izquierda del actor. Balcón a la derecha. Muebles sencillos, modernos y de buen gusto. Es por la tarde. A través de los cristales del balcón entra el sol de mayo.

Sabina, doncella de dilatada historia, lee un periódico, como si fuera el ama de la casa.

SABINA. «Choque de trenes en Inglaterra. Quince muertos y cuarenta heridos». ¡Jesús! «Aeroplano destrozado en Getafe». ¡Vaya por Dios! «Mata a su novia y se suicida». ¡Qué bruto! «La huelga de los carpinteros». «La huelga de los albañiles». «La huelga de los metalúrgicos». ¡Nada! ¡Que nadie quiere trabajar! «Sindicato de puntilleros». ¡Virgen! ¡Qué tiempos corren! ¿Hasta para dar la puntilla va a haber cosas de éstas? «La vuelta al mundo en doce horas». ¡Qué barbaridad! Vamos a leerlo. «Telegrafían de Nueva York…». ¿Quién viene? *Se levanta.*

Por la puerta de la derecha del foro aparece nuestra amiga Honorata, convertida en la imagen de la melancolía. Trae hábito del Carmen y velo.

HONORATA. Buenas tardes.

SABINA. Muy buenas.

HONORATA. ¿El señor letrado?

SABINA. No está; pero vendrá en seguida. Pase usted al *buffet.*

HONORATA. ¿Al *buffet*?

SABINA. Al bufete. Yo lo digo en francés.

HONORATA. ¡Ah, vamos! Me espera, ¿verdad?

SABINA. Sí, señora, sí. Por esta puerta. *Le señala la de la izquierda.*

HONORATA. Ya, ya sé el camino.

SABINA. ¿Hace mucho tiempo que no ve usted a doña Teresita Ramos?

HONORATA. ¿Conoce usted a Teresita?

SABINA. Sí, señora. Estuve en su casa tres meses de doncella. Y de allí la recuerdo a usted.

HONORATA. Pues no he vuelto hace un siglo. No voy a parte alguna. ¡Mis penas!

SABINA. También solía usted ir a la perfumería de *borla azul.*

HONORATA. Sí; también. ¡Ay!…

SABINA. Yo serví en la casa de cocinera tres semanas. Me fui porque me mareaban tantos perfumes. ¿Sabe usted lo de doña Hipólita? ¡Le ha salido rana el marido! ¡Estaba visto eso!

HONORATA. *Ahogando un sollozo.* ¡Se dan ranas!

SABINA. ¿Y el de usted, señora?

HONORATA. *A punto de llorar.* ¡En el charco… y ya digo bastante! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

SABINA. ¡Pobre mujer! ¡Sí que le debe de pasar también algo gordo; porque ella era muy estrepitosa vistiendo y ahora viene como una beata!… ¡Qué mundo éste! —Aquí está el señorito.

Y *como si nada glosara mejor el pensamiento de Sabina llega de la calle por la puerta de la derecha del foro Rufo Rufo. Trae de cada mano a una niña, ninguna de las cuales pasa de cinco años.*

RUFO. ¡Ea! Ya dimos la vuelta. Id ahora a contarle a mamá el paseo. Andad, ricas, andad. *Las besa y las lleva hacia la puerta de la izquierda del foro, por donde se marchan.* Hace calor. No parece que estamos en mayo. ¿Ha habido algún correo esta tarde?

SABINA. Sí, señor: estas tres cartas y este periódico.

RUFO. *Tomándolos.* ¿Quién me mandará a mí *El Eco de Algodonales*? ¿Qué tengo yo que ver con Algodonales? ¡Me ahogan los papelotes ya!

¿Vino esa señora?

Sabina. No hace dos minutos. En el despacho aguarda a usted.

Rufo. ¡Y que iba a faltar ella! ¡Valiente sinapismo! Llévale un periódico para que se entretenga, y dile que ahora voy. ¡Tengo derecho a sentarme un rato!

Sabina. Es verdad; que no para el señorito materialmente. *Se va con el periódico donde ha leído tanto desastre, para aliviar el ánimo de la desolada Honorata.*

Rufo. No lo sabes tú bien. Por las noches, en la alcoba, ya me ves arrullando a las crías. A ver si el correo me trae alguna buena nueva. *Abre un sobre.* Sí, sí; ¡ya escampa! *Lee la carta para sí y la comenta luego.* ¡Claro! ¡Te quedaste con lo que no es tuyo, y ahora, que te lo arregle yo! ¡Para pagarme al postre con una gallinita en Pascuas! ¡Los hay desahogados! *Abre otro sobre.* ¡Caramba! ¡Creí que te habías muerto! ¡Vaya! No me pide más que doscientas pesetas. ¡Como si yo robara lo que gano! Bueno, ésta se ha perdido. *La rompe.* ¡Cómo andan los Correos ahora! *Va a abrir la última y bosteza.* ¡Natural! ¡Si no pego un ojo! *Se la guarda.* Luego dirá lo mismo. *Se levanta nervioso, porque hace ya un ratito que está oyendo probar una flauta descompuesta en el interior.* Pero ¡caramba! ¿Qué música es ésa? ¿Quién demonios toca? ¡Ah! ¡Pues si es mi suegro! *A don Martin, que sale por la puerta de la izquierda del foro probando una flauta.* ¿Qué hace usted, hombre, qué hace usted?

Don Martín. ¡Hola, Rufillo! ¡Psche! Matar el tiempo como puedo. Mira tú lo que son las cosas: tanto cambio como ha habido en mi casa y en mi vida, y todavía se conserva esta flauta, que data de mi abuelo Agustín. Puede que de entonces no quede ya más que la flauta. Pero ¿quién la ha guardado siempre? Y ¿dónde? Y ¿cómo? ¡Qué cosas! Ahora voy yo a ver si la arreglo… Se le va el aire por no sé que sitio. Esta llave, esta llave… *Sopla a ver si suena, aunque sea por casualidad.*

Rufo. ¡Pues sí que estamos en la Arcadia! Y ¿no tiene usted otra cosa que hacer?

Don Martín. ¡Ojalá tuviera! ¡Pero si, además, no me dejáis! Yo comprendo que tengo mala mano; que no la pongo en cosa alguna que no me

estrelle…

Rufo. Y ¿quiere usted arreglar la flauta?

Don Martín. Sí; como no sirve para nada, puede que lo haga bien. Estoy convencido de que tiene razón Salvatierra; yo soy un *teórico.* ¿Comprendes? Un *teórico.* Concibo, imagino, planeo… y cuando voy a ejecutar, ¡plancha! ¡Un *teórico*!

Rufo. ¡No crea usted que no he dejado yo de ser también un *teórico*!

Don Martín. ¡Hombre! ¡Ahora que me acuerdo! Antes que se me vaya de la cabeza. Perdóname la vanidad: le llamo cabeza a esta piña vacía. He visto dos o tres días en tu despacho a Adriano Solís…

Rufo. Sí, señor; me ha encargado un asunto.

Don Martín. ¿De bufete?

Rufo. Sí.

Don Martín. ¿Algún lío de teatros?

Rufo. No; es un pleito con una casa de películas. Un contrato incumplido…

Don Martín. Y ¿cómo se ha acordado de ti?

Rufo. ¡Qué sé yo! ¡En buena hora! ¿Es que no merezco…?

Don Martín. Sí, hombre, sí; no te ofendas.

Rufo. Le he agradecido mucho la confianza… y el favor. Me dará cartel y dinero, si gano el asunto. Que sí lo gano. ¡Todo es poco en esta casa!

Don Martín. Todo es poco, sí; todo es poco. Poco, poco, poco, poco… ¡Te ha caído la helada con esta familia! ¡Te ha caído la helada! *Enterneciéndose de súbito.* ¡Don Martín de la Gavilla viviendo a costa de su yerno! ¡He perdido hasta la dignidad!

Rufo. Papá, no diga usted majaderías. Hágalas usted pero no las diga. Váyase, váyase a componer la flauta.

Don Martín. ¿Lo ves? ¡Un *teórico*! Cuando me ocurren ciertas cosas, me acuerdo siempre… me acuerdo siempre… ¿De qué me acuerdo siempre?… ¡Pues no me acuerdo ahora! Esto ya no es cabeza; es una fosforera… sin fósforos. ¿Eh? ¡Sin fósforos! Ahí viene tu media naranja…

con las dos mandarinas gemelas que te acaba de regalar. Dices bien: todo es poco, poco, poco… ¡Todo es poco!

Por la puerta de la izquierda sale Rosenda, niñera asturiana, empujando el cochecito en que van a paseo las dos nenas a que se ha referido don Martín. Detrás sale, en traje de calle, Pilar, su fecunda hija, hoy esposa de aquel hombre que tanto la irritaba en tiempos.

PILAR. Rufo.

RUFO. ¿Qué quieres?

PILAR. Fíjate ahora en las nenas. Con estos gorrillos, cuesta trabajo distinguirlas. ¿Cuál es Rufita y cuál es Pilarín?

RUFO. *Embelesado contemplándolas.* Sí que es difícil, sí. Vas a tener que marcarlas, como los pañuelos.

DON MARTÍN. ¡Ja, ja, ja!

ROSENDA. ¡Llaman la atención por las calles estas *criatures*! ¡Son tan *mones*!

RUFO. Bueno, bueno; pero no consienta usted que nadie me las besuquee.

ROSENDA. Descuide el señorito.

PILAR. Ya se lo tengo yo bien recomendado.

RUFO. ¿Y las otras?

PILAR. Tan contentas de su paseo. ¡No les gusta salir ahora más que contigo!…

RUFO. Y yo me alegro mucho. Así no me dirás que las quiero menos que a éstas, porque no son mías.

Don Martín se acerca a las niñas y les toca la flauta.

DON MARTÍN. ¡Mira, mira cómo se ríen! ¡Les ha hecho gracia la musiquilla!

PILAR. ¡Mira, Rufo, mira! ¡Mira qué encanto!

RUFO. ¡Je!

ROSENDA. Son muy *riques*, muy *riques.*

PILAR. *A doña Teclita, que viene por la puerta de la izquierda del foro, también dispuesta para la calle.* Abuela, mire usted. Toca papá la flauta y se ríen estas monas.

DOÑA TECLITA. A ver, a ver… ¡Tesoro de su bisabuela!

Don Martin vuelve a hacer lo mismo, y ahora se ríen todos.

ROSENDA. ¡Qué *salades* son!

PILAR. ¡Ea!, pues a tomar el sol un ratito. *Las besa.* Sin salir de delante de casa; que el señorito la ve a usted desde su despacho.

ROSENDA. Nunca me alejo; no quiero luego *riñes. Se va con las niñas por la puerta de la derecha del foro.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay, qué dos perlas de biznietas me ha dado Dios!

RUFO. ¿Dos, abuela? ¡A ver si se enfada Pilar!

DOÑA TECLITA. Dos más, hombre. Ahora se habla de éstas. ¡Quién las verá hechas mujercitas! Yo, por supuesto, no. El asma va a acabar conmigo. Caeré con la hoja este otoño. Pero ¡quién las verá!

DON MARTÍN. ¡Usted, abuela, que lleva trazas de enterrarnos a todos!

DOÑA TECLITA. ¡Ca, hijo, ca! Tú no sabes cómo anda ya esta máquina.

DON MARTÍN. ¡Eso le estoy oyendo decir a usted hace cuarenta años!

RUFO. ¡Y yo desde que la conozco!

DOÑA TECLITA. Calla tú, que puedes hablar menos que nadie. Como me desvelo tantísimo, ¡si vieras lo que yo gozo por las noches cuando te oigo calentar la leche para el biberón!

RUFO. ¡Je!

DOÑA TECLITA. ¡El enemigo de la mujer, y del matrimonio, y de los chicos! ¡Toma, toma! ¡Se casa con una viuda que tiene ya dos hijas, y en el primer parto le trae otras dos! ¡Y lo que queda!

PILAR. Abuela, no nos asuste usted.

DOÑA TECLITA. Por hablador, por hablador te pasa esto. Y no vais a tener más que niñas.

RUFO. ¡Abuela!

Doña Teclita. Yo no lo veré; pero irás al Retiro con diez o doce por delante…

Pilar. ¡Ánimas benditas!

Doña Teclita. A ver si sacan novio. ¡Toma, toma! Por hablador. ¡Y deseando casarlas! ¡Tú! Ya digo que yo no lo veré… Pero, en fin… con lo que llevo visto, no necesito ver nada más. Me marcho a mi novena. *A Rufo.* ¡Cuánto te agradezco que te hayas mudado a este piso bajo! Las escaleras me horripilan, y con los ascensores no puedo. Quedaos con Dios.

Rufo. Vaya usted con Él y rece por nosotros.

Doña Teclita. *A don Martín, a tiempo de irse.* Tú, deja ya la flauta dichosa y pásate al violón, que es lo que te cuadra. *Se va por la puerta de la derecha del foro.*

Don Martín. *Distraído.* ¿Qué me ha dicho?

Pilar. Nada, papá. Sus cuchufletas.

Don Martín. ¡Ah, sí! Sus cuchufletas… Nos entierra a todos. *Tocando la flauta.* Ya, ya voy dando en lo que tiene Esta llave, esta llave… ¿Dónde he puesto mi cortaplumas? ¡Ya voy dando en ello! ¡Ya voy dando! *Vase por la puerta de la izquierda del foro loca que toca.*

Rufo. ¡Cristo!

Pilar. ¿Qué?

Rufo. ¡Que hay ahí una pobre señora esperándome y se me había olvidado! ¡Con estos cuadros de familia!…

Pilar. ¿Reniegas de ellos?

Rufo. ¡No, mujer! ¡Es que estoy de pie desde las siete de la mañana, barajando cosas distintas, y cuando llegan estas horas ya no rijo a derechas! ¿Quieres algo?

Pilar. Ahora no. *Con mimo.* Luego tengo que decirte una cosa.

Rufo. ¿Luego?

Pilar. *Sí;* luego. Una cosa.

Rufo. ¿Eh?

Pilar. No te alarmes; no es eso que se te ha ocurrido.

RUFO. ¡Pues si no es eso, venga lo que venga! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

PILAR. ¡Es más bueno que el pan!

Sale Lucinda por la puerta de la izquierda del foro.

LUCINDA. ¿Qué me querías tú?

PILAR. Animarte para que te vinieras a la calle conmigo.

LUCINDA. Pues no me animo; gracias.

PILAR. Y ¿para quedarte en casa te has compuesto tanto?…

LUCINDA. A cualquier cosa le llamas compostura.

PILAR. ¡Ah!, ¿no lo es?

LUCINDA. Restos del pasado esplendor… Trajes viejos… que ahora parecen nuevos. Habilidades de mujer casera.

PILAR. ¡Jesús! ¿Es ésta Lucinda?

LUCINDA. Ésta, ésta es Lucinda.

PILAR. Pues yo me voy de compras.

LUCINDA. Pues menos te acompaño, entonces.

PILAR. ¿Y eso?

LUCINDA. Me estoy curando de muchas vanidades; de muchas tentaciones… pero ir de tiendas con poco dinero es un esfuerzo todavía superior a mi voluntad. Además, Madrid en este mes de mayo y a estas horas en que se echa a la calle el lujo, es muy peligroso… Seguramente se animaría dentro de mí, creyéndose que volvía a alimentarlo, un diablejo a quien quiero matar para siempre.

PILAR. ¿No digo? ¿Vas a acabar en mística?

LUCINDA. Me detendré en discreta… si llego. Cada día quiero parecerme más a ti.

PILAR. Muchas gracias. ¡Oídos que tal oyen!…

LUCINDA. Ahí verás. ¡Cosas de la vida! A mí tu felicidad me parecía prosaica, poco menos que despreciable, y ahora la envidio. Fuiste muy

dichosa con tu primer marido; pasaste luego noblemente por la pena de la viudez, y cuando vino el cataclismo de nuestra casa, te salvaste en brazos de este otro hombre. Y nos salvaste a todos.

PILAR. Es cierto: este hombre es un santo.

LUCINDA. San Rufo, sí; hay que reconocerlo.

PILAR. Te confieso que a mí me conmueve su bondad. Gracias a ella, y gracias a su talento, a su orden y a su trabajo, vamos saliendo del atolladero. Ha recogido la herencia de nuestra ruina y nos saca a todos adelante. No hay así muchos hombres.

LUCINDA. O puede que los haya y que no se sospeche… Porque Rufo mismo…

PILAR. Dices bien. Y ¿es en esto en lo que deseas parecerte a mí?

LUCINDA. En esto más que en nada.

PILAR. ¡Camino llevas!

LUCINDA. ¿Por qué?

PILAR. Mujer, eras novia de un íntimo amigo de Rufo; de un hombre bueno, trabajador y muy enamorado de ti; de un hombre que de seguro te haría dichosa… y de la noche a la mañana, sin que nos lo expliquemos, lo despides y acabas con él. ¿Qué lógica hay en tu conducta?

LUCINDA. Pues hay lógica.

PILAR. Chica, no la entiendo. *Pausa.* ¿No te gusta del todo, quizá?

LUCINDA. Me gustaba más que me gusta.

PILAR. ¿Hay algún otro hombre por medio? Porque no siendo así…

LUCINDA. Hay otro.

PILAR. ¡Me dejas con la boca abierta! Nada he traslucido.

LUCINDA. Nada he dejado yo que trasluzca nadie… a no ser él.

PILAR. ¿Él? ¿Quién es él?

LUCINDA. ¡Ay, qué difíciles callar!

PILAR. ¿Quién es él?

LUCINDA. Quien menos puedes figurarte: Adriano Solís.

PILAR. ¡Muchacha! ¿El escritor?

LUCINDA. Ése.

PILAR. Pero ¡si va a casarse! ¡Tu misma me lo has dicho!

LUCINDA. También iba a casarme yo.

PILAR. ¡Lucinda! ¿Qué es esto?

LUCINDA. Esto… esto no sé cómo se llame… Esto es algo particular, muy íntimo, tal vez raro… raro sin duda; algo que yo misma no me explico del todo, y, sin embargo, en ello estoy.

PILAR. Me hablas en enigma.

LUCINDA. No puede ser por menos. ¡Si todo nace de enigma! Ven acá: voy a confesarme contigo.

PILAR. Di, di, que me has interesado como una novela.

LUCINDA. Hace poco más de año y medio que nos vimos todos los de casa a las puertas de la deshonra, por aquella locura de papá. ¿Cómo nos libramos de ella?

PILAR. Porque el dinero que se necesitaba nos lo facilitó don Máximo Rojo, por mediación de Salvatierra.

LUCINDA. Y ¿tú crees que el pobre Salvatierra tiene crédito para conseguir aquella suma? ¿Crees tú que sin una garantía valiosa se la hubiera dado don Máximo ni nadie? ¿La encontramos nosotros mismos, llamando a cien puertas?

PILAR. No… Pero ¿qué piensas tú?

LUCINDA. Pienso qué fué Adriano Solís quien dió su nombre para salvarnos.

PILAR. ¿Adriano? ¿Con todos los antecedentes…?

LUCINDA. ¡Con todos los antecedentes… y no sé si por ellos o a pesar de ellos!

PILAR. Pero ¿por qué presumes…?

LUCINDA. En realidad, por un solo dato. Sabina, la doncella que ahora tenemos, ha servido en Madrid cada año en veinte casas. Es mudable; no para en ninguna. Por aquella fecha servía en la de don Máximo, y me ha dicho que

más de una vez entraron allí juntos Adriano y Salvatierra. No sé más… pero me hago la ilusión de saber bastante.

PILAR. ¿Será posible?…

LUCINDA. Si lo hizo sólo por todos nosotros, Dios se lo pagué; pero ha de decirme a mí algún día por qué lo hizo, por quién lo hizo… y por qué lo ocultó.

PILAR. Conformes. Lo que no veo es la relación entre todo ello y tu ruptura con Augusto.

LUCINDA. Deja eso todavía para mí sola… Sí te diré que, después de un casual encuentro de Adriano conmigo, quedó entre nosotros un no sé qué del alma que nos atrae, que nos acerca… Él, ya lo ves, ha buscado un pretexto para venir aquí; porque no cabe dudar que es un pretexto lo que aquí lo trae; yo te declaro que también he ideado alguno para encontrarlo y hablar con él en diferentes sitios… Creo adivinar que su estado de ánimo y el mío son análogos… Y espero, espero…

PILAR. Ahora entiendo ya lo de Augusto, y que te compongas tanto para andar por casa, y que vayas todos los días a misa a la Almudena, cerca de donde él vive… y otra porción de cosas más. Pero hay una que aún no se me alcanza.

LUCINDA. ¿Cuál?

PILAR. ¿No te ha sido Adriano siempre tan odioso?

LUCINDA. ¿Y me lo dices tú, que querías colgar a Rufo de un farol?

PILAR. *Riéndose.* ¡Mira, tienes razón de sobra! Pero ¡qué tonta soy!

Se besan. Salvatierra asoma por la puerta de la derecha del foro, y exclama al verlas:

SALVATIERRA. ¡Pan con pan!

PILAR. ¡Salvatierra!

LUCINDA. ¡Querido Salvatierra!

SALVATIERRA. *Saludándolas.* ¿Qué idilio fraternal es éste?

LUCINDA. ¡La vida!, como dice usted. Papá lo aguarda ya hace rato.

SALVATIERRA. Sí; no he podido venir hoy a la hora de costumbre. Miren lo que le traigo. *Les muestra un rollo de papeles.*

PILAR. ¿Qué?

SALVATIERRA. «El último suspiro de Ofelia». Un solo de flauta.

LUCINDA. ¡Qué bueno es usted!

PILAR. La única persona —fuera de la familia— a quien papá ve con agrado.

SALVATIERRA. Hacemos buenas migas. Él está muy desengañado de la gente… y yo, por lo visto, nací sin tener ya que desengañarme de nada. Paseamos por Madrid, que yo conozco palmo a palmo, y tal vez se consuela de ciertas cosas cuando le señalo mudanzas y trastornos de la heroica Villa… Aquí había un palacio de duques y hoy hay una tienda de comestibles; La Cibeles, antes de haber dado a luz esos dos niños, miraba hacia Neptuno; esta casa modernista de cemento armado, antes era una porquería y ahora también; aquí hubo un salón de baile clásico y hoy se alza una capilla gótica; donde ahora existe una Comisaría hubo en tiempos una taberna y algo peor; aquí estuvo el Corral del Príncipe, aquí el de la Pacheca; aquí vivió Cervantes, aquí Lope…

este llano fué plaza, aquí fué templo…
¡De todo apenas quedan las señales!

Nos distraemos así.

LUCINDA. Y usted no sabe el bien que le hace a papá.

PILAR. Hasta luego.

SALVATIERRA. Vayan con Dios las hermanitas.

LUCINDA. Yo me quedo en casa.

Se marcha con Pilar por la puerta de la derecha del foro. Salvatierra las contempla mientras se retiran. Luego dice:

SALVATIERRA. Me gustan las tres. Digo las tres porque la solterita vale por dos. Bien es verdad que la casada vale por tres. ¡Bueno! ¡Me gustan las cinco! ¡No sé qué trae este año la primavera!

Va a irse por la puerta de la izquierda del foro, cuando algo llama su atención y lo detiene. Lucinda vuelve por donde se fué y pasa hacia la puerta de la izquierda, por la que sale oportunamente Honorata.

HONORATA. *Compungida y humilde.* Adiós, señorita.

LUCINDA. Adiós, Honorata. *Vase.*

SALVATIERRA. ¡Honorata!

HONORATA. *Volviéndose hacia él.* ¿Quién? *Al reconocerlo se conmueve profundamente y le entra una «llantina» muy cómica.* ¡Salvatierra! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

SALVATIERRA. ¿Qué es eso, Honorata?

HONORATA. ¡La emoción del choque, amigo mío! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

SALVATIERRA. Vamos, cálmese usted.

HONORATA. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Han variado tanto mis circunstancias!… ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

SALVATIERRA. Cálmese, cálmese…

HONORATA. *Con un gran suspiro.* ¡Ay! ¡Ya pasó!

SALVATIERRA. Dolido está ese pecho.

HONORATA. ¡Destrozado, amigo Salvatierra!

Yo ya no vivo en la calle
donde usted me conoció,
que vivo en la Plazoleta
del Desengaño Mayor.

Disculpe usted que haya salido con esta coplucha. Todo se pega, menos lo bonito. ¡Usted no sabe!… ¡Como hace un año que no va por casa!…

SALVATIERRA. La verdad, Honorata, dejé de ir… —a usted no se le oculta— porque vi que Juan Felipe me recibía con la cara larga…

HONORATA. Sí, señor: eran celos.

SALVATIERRA. Lo presumí. Acaso me gustaba usted más da lo que le convenía a Juan Felipe.

HONORATA. ¡Salvatierra!

SALVATIERRA. Tengo debilidad por usted; no puedo remediarlo. Hoy mismo la encuentro como embellecida por el dolor.

HONORATA. ¡Regino!…

SALVATIERRA. Sí, sí; embellecida.

HONORATA. No toquemos eso. Si Juan Felipe pudo dudar de usted, nunca debió dudar de mí. *Pausa.* ¿Se enteró usted de lo de mi hija?

SALVATIERRA. ¿De la escapatoria con Alares?

HONORATA. Sí. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

SALVATIERRA. Vamos, Honorata… ¿A qué vuelve ese llanto? Juan Felipe, ¿no lo obligó a casarse con ella?

HONORATA. Fué su último rasgo de caballero. ¡Porque Juan Felipe… ya no es Juan Felipe! Aquel hombre previsor, metódico, fijo siempre en el día de mañana, ha dado un traspiés… ¿qué digo un traspiés?, ha dado un batacazo mayúsculo. Lo ha embrujado no sé qué flamenquilla; miento, sí lo sé: Petra la *Alcaparra.*

SALVATIERRA. ¡Ah! ¿Petra la *Alcaparra*? ¡La conozco mucho! Es peligrosa cantando granadinas.

HONORATA. ¡Por ahí habrá venido la muerte! Porque por otro lado… Es negra como un grajo y delgaducha como una lombriz… ¡Qué asco de mujer!

SALVATIERRA. ¿Y Juan Felipe…?

HONORATA. Juan Felipe ahora ve solamente por sus ojos. Lo trae sin seso. Le da todo lo que ella le pide, malgasta, juega se emborracha… ¡Está perdido en absoluto! ¡Está hecho un sinvergüenza! ¡Es muy duro; pero me he casado con un sinvergüenza! La primera papilla, Regino; la primera papilla, que no se digiere.

SALVATIERRA. Aunque se digiera, algunas veces se repite.

HONORATA. Tanto monta. ¡Qué calvario el mío! Todas las noches llega a casa hecho una uva, y en vez de llamar a la puerta, maya como un gato que se hubiera quedado en la calle. Y luego se pone a gritar: «¡Honorata Pelayo Domínguez, marquesa del Pan Pringado, ábrale usted a su marido, Juan Felipe Moreno y Pérez, que viene bueno!». Los vecinos que lo oyen se

mueren de risa, y yo mientras estoy en ridículo. Eso es lo que le queda a Juan Felipe de aquel ingenio andaluz que me cautivó. ¿Se ríe usted también?

SALVATIERRA. No, no, señora…

HONORATA. *Dolida.* ¡Puede que tenga gracia! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

SALVATIERRA. Vaya, vaya; no se martirice usted más, que me duele ver llorar esos ojos. Descanse usted sobre un pecho amigo. *La abraza.*

HONORATA. Gracias, Salvatierra. Son un bálsamo sus palabras de usted. *Serenándose.* Me he puesto en inteligencia con este letrado, con don Rufo…

SALVATIERRA. Sí…

HONORATA. El esposo *vigente* de Pilar, para que me arregle las cosas en forma de que no me deje ese pirata desagradecido hasta sin camisa.

SALVATIERRA. Bien hecho; muy bien hecho.

HONORATA. Pero ¿ve usted que vueltas da este mundo?

SALVATIERRA. ¿Cómo si lo veo? ¡De eso sé yo más que nadie, Honorata! ¡Es no parar! ¡De un año para otro no hay nada en su sitio! ¡Lo bueno y lo malo! Sin ir más lejos, considere usted los tumbos de esta gente, de esta familia… Don Martín, el cuitado, se pasa el día componiendo una flauta, o recitando el romance del Condestable, del de Luna,

el rico ayer y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja
no la tiene, ni hay de dónde.

Mire usted. *Sacando papeles de un bolsillo.* ¿Qué cree usted que es esto?

HONORATA. No sé, Salvatierra.

SALVATIERRA. ¡Papeletas de rifa! ¡De doña Manuela Saturnino, la viuda de Golán!… ¡Aquel hombre que parecía que iba a quedarse con todos los negocios de España! Pues ella rifa el *auto,* la colección de sellos, un camafeo y una piel de oso. Ayer me encontré de manos a boca a Puig y Sarria, un fabricante de paños a quien traté en Tarrasa. Bueno: pues llevaba los codos fuera. Ya no le queda paño ni para remendarse la americana. ¡Y ande el movimiento! ¡Media vuelta a la derecha! ¿Se acuerda usted de Girón

Tablillas, el demagogo? Lo desterraron de España porque dijo que había que colgar a quince políticos. El otro día me llevó a su casa. Está hecho un burgués: gordo, finchado, reluciente… En la despensa, por mofarse de sus antiguas ideas, ha colgado quince jamones. A cada jamón le ha puesto el nombre de un político… ¡y los va a devorar a todos! ¡La vida! Y así va el mundo y así van los tiempos, dando y quitando cosas. ¡Sólo yo no me muevo nunca!

HONORATA. ¿Cómo?

SALVATIERRA. ¡Nunca, Honorata! Sólo yo, testigo de tantas mudanzas, sigo siempre igual. ¡Ni subo ni bajo! ¡Si me parece que nací con estos zapatos y esta chalina!

HONORATA. *Sonriendo tristemente.* ¡Oiga! ¡Pues es verdad! Yo siempre le he visto a usted la misma corbata…

SALVATIERRA. ¡Nací con ella! ¿No le digo? ¡Ay! ¡A veces le pido al Señor que me saque de mi monotonía; de este horizonte gris que me agobia y me cerca! ¡Un cambio, aunque sea leve! ¡Un vaivén! ¡Una volteretilla! ¡Que llegue un día a mi casa y tenga otra cara mi mujer; que mi hijo me lleve dinero en vez de pedírmelo; que mi cuñado diga alguna cosa con sentido común! ¡Aunque todo ello dure poco! Pero ¡que yo lo vea!, ¡que yo lo vea! ¡Que pueda atestiguar por mí mismo que da vueltas el mundo!

HONORATA. ¡Ay! Si han de ser ellas como las que a mí me han traído a esta situación, no las pida usted, Salvatierra.

SALVATIERRA. *En un arranque súbito.* ¡Honorata!

HONORATA. ¿Qué?

SALVATIERRA. ¡Honorata de mi corazón!

HONORATA. *Sorprendida.* ¡Regino!

SALVATIERRA. ¡Esto no es una idea: es un petardo, un barreno! Yo he sentido siempre hacia usted una inclinación amorosa; hora es ya de decírselo.

HONORATA. ¿Eh?

SALVATIERRA. Sí. ¡Los celos de Juan Felipe estaban muy fundados! Pues bien: ¿vamos a hacer una barrabasada usted y yo? ¿Vamos a que se

mueran de rabia ese granuja, que no aprecia lo que usted vale, y las fieras que yo tengo en casa? ¿Vamos?

HONORATA. Pero ¿qué me propone usted?

SALVATIERRA. ¡Un terremoto, un vendaval que nos arrastre en amor y compaña a otro destino! ¡Quiérame usted un poco y déjese llevar! ¡Vámonos a París, a Roma, a Venecia! ¡Si llego yo a verme en una góndola con usted, creeré de veras en las vueltas del mundo!

HONORATA. *Muy por lo serio.* Usted se ha equivocado.

SALVATIERRA. ¿Qué?

HONORATA. Usted, Regino, me ha confundido seguramente. La desgracia, por grande que sea, no me transforma. Nací digna, caí digna, y moriré digna. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Este último golpe me faltaba! Beso a usted la mano. *Se va por la puerta de la derecha del foro, dejando atónito a Salvatierra.*

SALVATIERRA. *Después de un momento.* Nació tonta, cayó tonta y morirá tonta. ¡Ay! ¡Pero a mí, tonta y todo, me ha hecho siempre tilín! ¡Qué diablo! ¡Estará de Dios que yo no cambie! ¡Acabaré mis días no siendo más que el desdichado Salvatierra! ¡No da vueltas el mundo! ¡No las da! ¡Galileo se emborrachaba como Juan Felipe! *Se marcha por la puerta de la izquierda del foro.*

Queda la escena sola un instante. Por la de la derecha llegan entonces Adriano y Sabina.

SABINA. Pase usted; avisaré al señor.

ADRIANO. ¿Sabe usted quién soy?

SABINA. ¡Don Adriano, ni que una no leyera papeles! ¡Si hasta guardo un retrato de usted recortado del *Nuevo Mundo*!

ADRIANO. ¡Entonces!…

SABINA. Los hombres públicos no pueden ustedes ir de secretillo a ninguna parte. Desde que es usted célebre, yo no sé la de casas en que lo he visto a usted. Y usted, naturalmente, no habrá reparado…

ADRIANO. No…

SABINA. *Un poco en voz bata.* ¿Sigue usted visitando a doña Trinidad?

ADRIANO. ¿A doña Trinidad?

SABINA. Bueno; es un atrevimiento preguntarlo. Usted disimule. Yo duré poco allí. La señora tiene más ínfulas que puede. Y ¡a mí con ínfulas, ni mi madre! También le he abierto a usted la puerta alguna vez en casa de don Máximo Rojo.

ADRIANO. ¡Es casualidad!

SABINA. Y que lo diga usted; porque estuve también pocos días. Me sofocaba mucho la calefacción de vapor. Luego, ya me voy acostumbrando. De esto que le digo a usted hará… cuestión de año y medio. Por ahí por ahí… Usted fué con este señor que frecuenta mucho esta casa: el señor Salvatierra.

ADRIANO. ¿Eh?

SABINA. Hablando yo con la señorita Lucinda la otra noche, se lo dije.

ADRIANO. ¿Qué le dijo usted?

SABINA. Eso.

ADRIANO. Y ¿qué es eso?

SABINA. Pues que había usted estado con el señor Salvatierra en casa de don Máximo. ¿He cometido alguna indiscreción?

ADRIANO. No; ninguna… ¿Por qué?

Sale Lucinda por la puerta de la izquierda.

LUCINDA. ¡Oh! ¡Adriano!

ADRIANO. *Saludándola.* ¡Lucinda!

LUCINDA. Qué, ¿viene usted por su pleito? ¿A ver a Rufo?

ADRIANO. Sí.

LUCINDA. ¿Con urgencia?

ADRIANO. No.

LUCINDA. Me alegro.

ADRIANO. ¿Pues?

LUCINDA. Porque estábamos en su despacho de conversación, se le empezaron a nublar los ojos de pronto… y se me ha dormido tranquilamente.

ADRIANO. *Riendo.* ¿Sí?

LUCINDA. ¡Como un leño está! Le aburría mi charla.

ADRIANO. O habrá pasado mala noche, más bien.

LUCINDA. Eso, de seguro. Las chiquillas le han salido lloronas…

ADRIANO. Pues que descanse el hombre. No seré yo quien turbe ese sueño. Esperaré cuanto haga falta.

LUCINDA. ¿Quiere usted que yo le haga compañía a ver si se duerme también?

ADRIANO. Vamos a probar.

LUCINDA. Siéntese. *Le hace a Sabina un gesto para que se marche.*

SABINA. *Obedeciéndola, pero contrariada.* (¡Qué gesto más despótico! ¡No me lo hará dos veces!).

LUCINDA. ¿Qué dice usted, Sabina?

SABINA. Era para mí. *Vase por la puerta de la izquierda.*

LUCINDA. ¿Le interesa a usted mucho el asunto con mi cuñado?

ADRIANO. No; poco.

LUCINDA. Había creído que sí: como viene usted con frecuencia…

ADRIANO. Es verdad; vengo con frecuencia. Pero, a pesar de ello, no me interesa grandemente.

Hace ella un gesto que quiere decir: «¡No lo entiendo!», y él otro luego que significa: «¡Ahí verá usted!». Pausa.

LUCINDA. ¿Otra batalla uno de estos días, Adriano?

ADRIANO. Otra. ¡Qué remedio!

Mis arreos son las armas…

LUCINDA. A ver si me lleva Pilar. ¿*Los versos de Mayo* se titula la obra?

ADRIANO. Sí; *Los versos de Mayo.* Es una interpretación dramática de la famosa *Sonatina* de Rubén Darío, «La princesa está triste»… La he hecho con mucha veneración. A ver qué tal salgo del empeño.

LUCINDA. Bien; seguramente… ¿Hay nervios, Adriano?

ADRIANO. Siempre; gracias a Dios. Estos nervios ¡son un signo de tantas cosas!…

LUCINDA. ¿Es verdad que los autores cada vez que estrenan tienen más miedo?

ADRIANO. De los demás, no sé. Pero creo que no. Yo, desde luego, no. Después de conseguir algunos triunfos, cada nueva obra no pasa de ser objeto de una batalla literaria… Cosa efímera, de actualidad; pasión de unos días que halaga o duele… pero que pasa pronto. En cambio, en las primeras obras se juega el porvenir, el nombre, la vida casi, la confianza en la vocación y la seguridad en el propio ingenio. ¡Oh! Le aseguro a usted que no es este de ahora como aquel miedo de años atrás… ¡Qué noches la de *El paje de la Reina*… la de *La Torre de Juan Segundo!*…

LUCINDA. Cuando yo era enemiga de usted.

ADRIANO. Justo. Cuando usted era enemiga mía. ¿No lo es usted ya?

LUCINDA. ¡Qué disparate! ¡Si viera usted qué lejos he dejado ya todo aquello, con estar cerca todavía!… A veces se me antojan lances pertenecientes a una vida anterior, como la primera boda de Rufo. A veces, recordando cosas que hice o que dije, le confieso a usted que me arañaría. ¡Qué arrogancia! ¡Qué vanidad! Me consideraba superior a todo el mundo; no escuchaba a nadie. Hoy soy otra. Crea usted que la voz más humilde me hace meditar.

ADRIANO. Según eso, ¿es indudable que ya podemos ser amigos?

LUCINDA. Indudable. Yo quisiera ser amiga, de usted.

ADRIANO. ¿De veras?

LUCINDA. Para borrar de su memoria un sinfín de agravios… y de yerros míos.

ADRIANO. ¿Sólo para eso, Lucinda?

LUCINDA. Y para disfrutar de su confianza, de su trato… ¡Un hombre célebre!… Un poquillo de vanidad, por mi parte. De buena vanidad. Así como hay envidia mala y buena, hay también buena y mala vanidad. ¿Es usted rencoroso?

ADRIANO. ¿Cree usted que lo soy?

LUCINDA. Lo pregunto.

ADRIANO. Quien ha batallado y padecido lo que yo, si fuese rencoroso no podría vivir… no podría caminar… Le estorbarían el paso muchas sombras. Pero a usted, aunque yo lo fuera, ¿por qué había de guardarle rencor? ¿Por algún desaire de chiquilla presuntuosa? ¿Por alguna destemplanza de que usted misma ya se ha arrepentido? ¡No vale la pena! ¿Qué dejaría para los enemigos verdaderos? ¡Y tengo algunos a los que muy pronto les he de dar las gracias, porque su pasión me ha hecho más fuerte!… Nada, nada, Lucinda: somos amigos.

LUCINDA. Me felicito de ello, Adriano. Sinceramente amigos.

ADRIANO. Sinceramente.

LUCINDA. En prueba de lo cual y de que este sentimiento nuestro no se ha de alimentar de ficciones, usted va a revelarme un secreto suyo.

ADRIANO. ¿Un secreto mío?

LUCINDA. Entendámonos: un secreto suyo que se refiere a mí.

ADRIANO. *Turbado.* ¿A usted?

LUCINDA. A mí; a mi familia…

ADRIANO. No caigo…

LUCINDA. Hemos quedado en ser sinceros.

ADRIANO. Francamente, no sé a qué puede usted referirse.

LUCINDA. Haga bien memoria. Mire usted que un secreto es carga pesada… y debe llevarse al menos entre dos.

ADRIANO. ¡Y si son dos buenos amigos!… Oriénteme usted un poquitín, a ver si doy…

LUCINDA. Sí; con mucho gusto. ¿Usted sabe cuándo debió nacer ese secreto?

ADRIANO. ¿Cuándo?

LUCINDA. Presumo *yo*… o días después del primer encuentro casual que usted y yo tuvimos al cabo de dos o tres años de no vernos. Fue en casa de Honorata.

ADRIANO. Sí, sí. Aquel encuentro ¿cómo podría olvidárseme? Ya se lo dije a usted entonces.

LUCINDA. Sí… No sé qué de una enseñanza recibida, me dijo usted. Se aprende a diario. Y ¿nada reserva usted para sí de algo que allí pudo tener origen, según imagino?…

ADRIANO. La verdad, Lucinda… ¡En fin, sea! Sí reservo, sí… Pero no es un secreto solo. Llevo varios en mi conciencia, turbada desde entonces.

LUCINDA. ¿Desde nuestra entrevista?

ADRIANO. Cabal.

LUCINDA. Luego yo no voy descaminada…

ADRIANO. No sé. Quizá sí; quizá no…

LUCINDA. Pues decídase usted a compartir conmigo el secreto que más de cerca pueda tocarme, y saldremos tal vez de dudas.

ADRIANO. ¿Usted lo quiere?

LUCINDA. Lo deseo. Desde que di en pensar en él… no sé pensar en otra cosa. Si nuestra naciente amistad fuese más antigua, lo exigiría. Ahora lo suplico tan sólo. Creo que, si existe, esta amistad será inquebrantable. Considere usted cómo esperaré sus palabras.

ADRIANO. Lucinda, al oír esas de usted, si no hubiese entre nosotros dos ningún secreto, yo lo inventaría. Va usted a conocer el más íntimo de los que guardo, el más hondo, el que a sí mismo me violentaba revelarme; las raíces del desconcierto que la presencia de usted aquel día causó en mi alma, en mis sentimientos. Yo creía estar seguro de ellos, y bien pronto me convencí de que no lo estaba. Por vez primera caminé aquella tarde hacia la casa de mi amor con esfuerzo, sin alegría… Dentro de mi ser, una voz nunca oída me iba diciendo claramente: «No es ésa en cuya busca vas; es la otra; la que dejas…».

LUCINDA. *Estremecida.* ¡Adriano!

ADRIANO. ¿Se sorprende usted?

LUCINDA. Me sorprendo, sí; y quiero que piense que, a suplicarle yo, no era eso lo que le preguntaba.

Adriano. Pues yo a su pregunta no podía responderle sino eso, porque día por día ha ido labrándose esta contestación en mi alma, como si esperase la pregunta de usted… Día por día, aquella voz ha ido alzándose firme dentro de mí, tal suerte, que lo que empezó por advertencia se ha trocado en mandato imperioso. Yo arrastro fríamente unos amores que tienen que morir, que ahora mismo han muerto, y es usted quien los mata, Lucinda.

Lucinda. ¡Adriano! Amigo mío…

Adriano. Amigo, no: más, mucho más. Momentos antes de encontrarla a usted la tarde aquélla, había yo dicho: «La he separado de mi vida». ¡Qué error! ¡Qué presunción más vana! ¡Separar de mi vida a quien le dije siendo niño que sería mi vida y mi muerte!

Lucinda. ¡Cómo no me engañé! ¡Ya sé más de lo que preguntaba! ¡Cuántas mudanzas, cuántas angustias, cuántos errores, cuántas lágrimas para llegar a este momento! ¿Quién había de esperarlo?

Adriano. Es verdad. Nuestras vidas parecía que se distanciaban… que eran opuestas… irreconciliables. Unamos las dos en una sola y seremos dichosos, y seremos también mis fuertes para resistir las borrascas que el tiempo loco pueda traernos.

Se estrechan las manos.

Don Martín, que vuelve por donde se marchó y los halla así, exclama, santiguándose:

Don Martín. ¡Bendito sea Dios! ¡Esto nos quedaba que ver todavía!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, «Consolación», 8 de septiembre de 1922.

CRISTALINA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO ESPAÑOL** el 7 de febrero de 1923

A MARGARITA XIRGU,
la de la risa y las lágrimas de cristal;
suprema intérprete de los más
hondos y delicados sentimientos, con
gran admiración y mayor simpatía,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cristalina.	Margarita Xirgu.
Escapulario.	Ana de Siria.
Loreto.	Julia Pachelo.
Demetria.	Eugenia Vera.
Sisita.	Luz Muñoz.
Águeda.	Milagro Aliacar.
Don Pachín.	Alfonso Muñoz.
Raimundo.	Antonio Torner.
Luciano.	Francisco Pierrá.
Nonito.	Salvador Marín de Castro.

CRISTALINA

ACTO PRIMERO

En Madrid, y en lo más alto de una casa moderna, limpia y alegre, viven Cristalina y Raimundo, su marido. La habitación donde se desenvuelven las escenas de esta comedia, en la que hay más de historia que de cuento, es irregular y graciosa, y tiene sendas puertas iguales a izquierda y derecha y una menor a la izquierda del foro (izquierda del actor), que da paso a lo que en la casa se llama la torre y que es un mirador cubierto. En la pared del foro, de extremo a extremo, ábrese una ventana corrida, con puertecillas de cristales y con primorosas cortinillas de seda, las cuales ya velan el sol de mayo que durante el día baña la torre, ya lo dejan pasar a la habitación, descorridas. Por los arcos del mirador o torre, desde el lugar en que nos hallamos, no se ve más que el cielo. Parece una vivienda humana suspendida en el aire. Muebles elegantes y finos, dentro y fuera. Lindos cuadros. Flores, plantas, primores de mujer… Buen gusto.

Es a la caída de la tarde.

Sobre una silla hay una gran muñeca, vestida por manos infantiles, y con los ojos muy abiertos. En una butaca, otra muñeca, mucho más bonita, de carne humana, lucha entre el sueño que acude a sus ojos, empeñado en cerrarlos, y la curiosidad que le produce un cuento que le está contando una

vieja criada andaluza, que se duerme a chorros también. A la niña se la nombra en la casa por Sisita, y tiene hasta seis años; la vieja, que ha pasado de los setenta, se llama Escapulario y es natural de Dos Hermanas. Lo demás que ha de saberse de ella ya nos lo dirá algún personaje.

ESCAPULARIO. *Arrastrando fatigosamente la narración, entre bostezos.* Entonces er rey…

SISITA. ¿Qué rey?

ESCAPULARIO. ¡Er rey de aquer reino, mujé!

SISITA. ¿De qué reino?

ESCAPULARIO. ¡Der reino donde er rey reinaba!

SISITA. No me acuerdo.

ESCAPULARIO. ¡Como que estás dormía! Anda, vámonos a la cama.

SISITA. No. Sigue.

ESCAPULARIO. Pero ¡si no te enteras!

SISITA. Sí me entero. Sigue.

ESCAPULARIO. ¡Ay, Jesús!

SISITA. Sigue. Tú sí que tienes sueño.

ESCAPULARIO. Me lo has pegao.

SISITA. Sigue.

ESCAPULARIO. ¡Déjame que bostese, chiquiya! ¡Aaaah!… Conque fué er rey, y cogió ar niño pobre y le dijo así: «Tú, er que iba por la carguita e leña y dormía ar sereno, vas ahora a dormí en corchones de pluma, y a tené juguetes, y a bebé en vasitos de oro». Y ar rico fué y le dijo: «Tú, que le pegaste ar niño pobre, vas a sé ahora su servido».

SISITA. ¿Por qué?

ESCAPULARIO. Porque así quiso enseñarle a sé humirde.

SISITA. ¿Por qué?

ESCAPULARIO. Porque er rey tenía buen corasón.

SISITA. Sigue.

ESCAPULARIO. Sabedora de esto la reina…

SISITA. Sigue…

ESCAPULARIO. Ya, ya sigo… ¿No me estás oyendo?…

SISITA. Sí… *Se queda dormida.*

ESCAPULARIO. Sabedora de esto la reina… fué y… fué y… Porque er rey… er rey… la reina… y en er palasio… er rey… *Se duerme también.*

Pausa. En el mirador aparece por la izquierda Cristalina, que se asoma curiosamente a uno de los arcos, mirando al cielo. Después se dirige a la niña desde la ventana. Cristalina es bella, risueña, luminosa, locuaz, elocuente. La espontaneidad de su alma rebosa por sus ojos brillantes y por sus labios nunca mudos. Cuando no tiene persona con quien hablar, habla sola o con los objetos que la rodean. Su esposo afirma que también habla en sueños. Los monosílabos afirmativos y negativos «sí» y «no» surgen, frecuentemente repetidos, de su boca, en los momentos de invencible verbosidad, como adelantada respuesta de su vivaz espíritu a las presuntas réplicas del interlocutor, a quien a menudo casi no deja respirar ni decir palabra.

CRISTALINA. ¡Sisita, nena! ¡Sisita! ¡Ven! ¡Mira un aeroplano que pasa! ¿No oyes el ruido? ¡Ven, ven pronto! Pero ¿están dormidas las dos? ¡Sisita! ¡Escapulario! ¡Como de tres días! ¡Ja, ja, ja! *Sale por la puerta del foro y se acerca a ellas.* ¡Vaya un cuadro! Por supuesto, lo dije: el madrugón de esta mañana había de traer estas consecuencias. Lo dije. Ahora verás qué chasco. *Va por la muñeca y la traslada a la butaca en que está Sisita. Luego toma en brazos a ésta, dormida, y se la lleva por la puerta de la izquierda, hablándole en voz baja.* Así que abras los ojos, verás. Anda tú a la cama, tesoro. Le he puesto en tu lugar la muñeca para darle un susto. Verás cuando despierte; verás qué risa. A la cama, a la cama ahora… que es tarde, muy tarde… ¡Hija de mi vida! *Se va con su preciosa carga.*

Poco después, por la puerta de la derecha, llega de la calle sigilosamente don Pachín, suegro de Cristalina. Tiene sesenta y cinco años, de los cuales ha pasado cincuenta en el mar, de cuyos riesgos y aventuras ya vive retirado. Es hombre fuerte, de tez curtida por los aires marinos, de recios cabellos y desaliñado bigote. Viste con sencillez. En la mano estruja un sombrero flexible.

Don Pachín. Parezco un héroe de película: nadie me ha visto entrar. *Reparando en la vieja.* ¡Hombre! ¡Escapulario! Siempre lo mismo: ¡dormida la dejé hace seis meses y dormida la encuentro! ¡Pobretuca! ¡Cómo huele a limpia la casa! ¡Y a flores también! *Se asoma a la torre.* No tendría pero, si desde esta solana se viese el Cantábrico, en lugar del Pardo o de la Moncloa.

Águeda, doncellita de Cristalina, sale por la puerta de la izquierda para ir a la calle, seguramente a ver a un novio que la trae perturbada. La inopinada presencia de don Pachín la sorprende y la asusta.

Águeda. ¡Ay, Jesús!

Don Pachín. Buenas tardes. ¿Te has asustado?

Águeda. Sí, señor. Buenas tardes. ¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado usted?

Don Pachín. Mujer, por donde todo el mundo. ¿O imaginas que me colé por la torre, como un vencejo?

Águeda. Pero ¿quién le ha abierto a usted?

Don Pachín. Yo mismo, con esta llave tan finuca.

Águeda. ¿Eh?

Don Pachín. Me la encontré en la calle y me dije: ¿en qué casa de Madrid abrirá? Y a las primeras de cambio di con ésta. ¿Tú eres nueva aquí?

Águeda. Sí, señor. Apenas llevo mes y medio. ¿Usted conoce…?

Don Pachín. Juzga tú. Esta vieja que duerme quizá se llame Escapulario.

Águeda. Sí, señor.

Don Pachín. A la muñeca, tal vez le digan Maricuela.

Águeda. Sí, señor.

Don Pachín. A la dueña de la muñeca, Sisita.

Águeda. Sisita, eso es.

Don Pachín. Y a los padres de la dueña de la muñeca, Cristalina y Raimundo. Y al gato, *Cantares*, y a la perra, *Peluca*, y al canario, *Pillín*. ¡Creo que conozco bien la casa!

Águeda. *Sonriendo tranquila.* ¡Casi mejor que yo!

Don Pachín. Y ¿no me doy un aire a ninguno de la familia, ni siquiera al gato, por los bigotes?

Águeda. ¡Si viera usted, señor, que yo soy muy torpe para esto de los parecidos!…

Don Pachín. ¡Ja, ja, ja! Mira, ya se despierta Escapulario A ver si ella cae…

Escapulario. *Despertando, efectivamente, y queriendo como reanudar su narración.* ¡Ay, Dios mío! Pos verás: la reina, que sabía quién era la madre der niño… *Advirtiendo que no está Sisita y que le está hablando a la muñeca.* ¡Vamos! ¿Le paese a usté? No es la primera vez que me la pegan… *A Águeda*. ¡Buen humó que tiene la señora! ¿De qué te ríes tú? ¿De esto? ¿Ande vas?

Águeda. Iba al teléfono de la portería… cuando…

Escapulario. Ya estará tu novio ar pie der teléfono.

Águeda. Y ¿quién mejor? Pues, ya digo: iba al teléfono, cuando me detuve, porque…

Escapulario. ¡Don Pachín!

Don Pachín. ¡Escapulario!

Escapulario. ¡Don Pachín de mi arma! ¿Cuándo ha yegao usté?

Don Pachín. Ahora mismo. A ti te he visto en siete sueños… y a ésta no sé lo que le he parecido. ¡Algún aventurero!

Águeda. Salía yo tan ajena, y de pronto…

Escapulario. ¡Si es er padre der señorito, tonta!

Águeda. ¡Ah!…

Escapulario. ¡Qué bueno está usté, don Pachín! ¿Qué hay por Torrelavega? ¿Sabe la señora…?

Don Pachín. Nada, todavía. Mi hijo, sí. Ha ido a la estación a esperarme. Con su llave he entrado en la casa.

Águeda. ¡Ah!…

Escapulario. ¡Lo que le gustan a usté estas niñerías! Anda tú a lo que fueras, Águeda.

ÁGUEDA. Con permiso.

DON PACHÍN. Vete con Dios, mujer. Y otra vez que te asustes de un hombre, que no sea de un viejo, sino que sea de tu parigual.

Vase Águeda riendo por la puerta de la derecha.

ESCAPULARIO. Loca está con er novio. Es buena muchacha, pero vamos a tené que darle er pasaporte porque no piensa más que en é. Vi a yamá a la señora.

DON PACHÍN. Déjala, que salga también y me vea cuando no lo espere ni lo presuma.

ESCAPULARIO. ¡Bueno! Ahora estará acostando a Sisita.

DON PACHÍN. ¡Ah! ¡Su delirio!

ESCAPULARIO. Er suyo, y er der padre, y er mío, y er de la casa entera. Porque es una bendisión esa criatura. Eso sí: ¡más mala!, ¡más picara!, ¡más curiosa!… Don Pachín, ¡más curiosa!… ¡Qué preguntona es! No para esa lengua un momento. Va a hablá más que la madre. ¡Y miste que la madre es un *maniantá*!

DON PACHÍN. ¡Que nunca se agota y siempre está corriendo!

ESCAPULARIO. ¡Vamos! ¡Cuando se quea sola les echa discursos a los muebles!

DON PACHÍN. ¡Para convencerlos de que los tiene que mudar de sitio!, digo yo. Porque veo que sigue con la manía. Éstos no los dejé yo así.

ESCAPULARIO. ¡Qué disparate! ¡Ya han cambiao de postura y de habitasión tres o cuatro veses! Y si vuerve usté pasao mañana, los verá en otro lao. Yo no sé cómo están los muebles enteros y sin *despicones*. La arcoba de eyos le ha dao ya dos o tres vuertas a la casa. Er señorito algunos días, de broma, le dise: «Por si vengo a recogerme un poquiyo tarde, ¿me quiés desí ande vamos a dormí esta noche?». No se sabe está quieta.

DON PACHÍN. Pero siempre dentro de la casa, ¿verdad?

ESCAPULARIO. ¡Digo! De milagro pone er pie en la caye. Eya tiene aquí toa su ilusión. Y hasta le choca que venga gente a verla. Cuántas veses le

oigo yo murmurá: «¡Reniego de mi simpatía!». Porque como tiene ese ánge, tiene mié pa to er mundo.

Don Pachín. Mi hijo la adora. Lo trae cautivado. Y al revés que en otros matrimonios, ésta de acá es marea siempre creciente. Yo lo trasluzco en las cartas de él, y en su entusiasmo, en sus palabras, cuando vengo a Madrid a verlos. Más vale.

Escapulario. Es que eya lo quiere mucho y lo penetra mucho. Ya pué vení er señorito dijustao de la caye: no tarda diez minutos en que le yame la sonrisa a la boca.

Don Pachín. Es cierto; es cierto. Tuvo suerte el muchacho.

Escapulario. Le despeja el ánimo como quiere. Y ér viene siempre al arrimo de eso, de seguro que está.

Don Pachín. Más vale. ¿No crees tú que mi Raimundo va necesitando ese cobijo más cada día?

Escapulario. Sí, señó. Tiene er señorito fuera de aquí muchos sinsabores.

Don Pachín. Hoy, cuando yo llegué, no ha sabido disimularlo. Ya charlaremos luego o mañana; ya charlaremos. ¡Es tan candoroso, tan inocentón, tan apasionado! No vale para andar por este mundo traicionero; lleva siempre las de perder. Menos mal si tiene aquí el puerto de refugio.

Escapulario. En tiene, lo tiene.

Don Pachín. Menos mal. Oye, ¿y de aquel hermano de ella desaparecido, tronera, vagabundo… se ha vuelto a saber algo?

Escapulario. No, señó, no. Eya lo mienta argunas veses y siempre le resa un Padrenuestro. Lo da por muerto; pero no se le orvida. Yo nunca lo he visto.

Don Pachín. Yo tampoco. Pero les he escrito, por su deseo, a varios amigotes que aún me quedan en algunos rincones del mundo, pidiéndoles noticias del tal Jorge Manuel, y no hay quien le siga la pista. A la cuenta ése encalló en algún mal paraje y allí ha dado fin de sus huesos.

Escapulario. Así lo cree también la señora.

Don Pachín. ¡Pues que se aburra de esperarnos donde quiera que esté! Tú, por tu parte, ¿cada vez más contenta en la casa?

Escapulario. De eso no me hable usté. ¡Bendita sea la hora! Buenos pensamientos habrá usté tenío en este mundo; pero er de traerme a esta casa cuando se murió mi Dionisio, ha sío er más bueno de tos eyos.

Don Pachín. ¡Tú Dionisio! ¡Ay, tu Dionisio! ¡Qué tiempos aquellos, Escapulario, en que yo era el capitán de la *Voladora*, de la matrícula de Santander, y tu Dionisio el mejor cocinero del mundo! Los años me han hecho cambiar el agua salobre por la dulce, y las sardinas por las liebres. ¡También están sabrosas las liebres!

Escapulario. ¡Picaros años!

Don Pachín. ¡Pues tú sigues lo mismo que cuando yo te conocí en Dos Hermanas!

Escapulario. No diga usté herejías, don Pachín. ¡Yo estoy ahora como estaba mi abuela entonses!

Don Pachín. ¡Ja, ja, ja!

Cristalina. *Comenzando a hablar dentro y saliendo luego por la puerta de la izquierda, muy contenta de la visita y gozosa ante la ocasión de abundante charla que le ofrece.* Nada, nada, no ha habido sorpresa ninguna. No, no, no. Para mí no la ha habido. Se ha llevado usted chasco, don Pachín.

Don Pachín. ¡Cristalina!

Cristalina. Deme usted un abrazo; pero conste que no ha habido sorpresa. No, no, no.

Don Pachín. ¿Te lo anunció Raimundo?

Cristalina. Sin querer; como siempre. Él no me dijo nada. Yo se lo adiviné. Anoche, en la mesa —Escapulario estaba delante—, preguntó Sisita: «Pero ¿no iba a venir el abuelo marino?». Y él se turbó un poco y contestó una tontería. ¡Como disimula tan mal! No necesité más para ponerme al cabo de la calle. De manera que rabia, rabiña, si se creía usted que me iba a coger desprevenida o en el Limbo.

Don Pachín. Otra vez será: ¡te emplazo para la primera!

Escapulario. Viene muy bueno don Pachín, ¿verdá, señora?

Cristalina. Muy bueno; eso iba yo a decirle. Muy bueno. Gana con los años. Estos robles avezados al mar, luego que son viejos viven muy bien en las orillas. ¿Y a mí, cómo me encuentra usted? *Mejor; yo estoy* mejor. Va usted a decirme que más delgada; pero estoy mejor. Sí, sí; estoy mejor, estoy mejor, estoy mejor. Lo de más guapa que también va usted a decirme, tendré que acabar por creerlo: me lo repite su hijo de usted todas las mañanas. Y todas las tardes. Y todas las noches. Por supuesto, Raimundo, ¿lo esperaba a usted?

Don Pachín. ¿Lo afirmas o me lo preguntas?

Cristalina. Las dos cosas. ¿Qué efecto le ha hecho a usted Raimundo? Con tanto tiempo como no lo veía… ¿Qué efecto le ha hecho a usted? De salud, bueno. Pero un poquillo ajado, ¿verdad? Mustio, melancólico. Los nervios no lo dejan. Y menos mal que cuando llega aquí yo le quito la carga que trae. Sufre mucho. Lo hacen rabiar mucho entre todos. Se ha empeñado en luchar y no tiene carácter. El periódico no es para él. Y la casa editorial mucho menos. Lo engaña quien quiere. ¡Mire usted Raimundo metido en negocios! Luego, tiene mala suerte con los amigos. El socio editor me parece un granuja muy grande. Habrá de dejar eso tarde o temprano. Me trae preocupada; me trae muy preocupada.

Don Pachín. Pero, bueno, ¿tú me vas a decir cómo lo encuentras tú, o quieres saber cómo lo encuentro yo?

Cristalina. ¡Si los dos lo encontramos lo mismo! ¿No ve usted que lo queremos y lo conocemos igual? Si estuviera usted a su lado, le diría las mismas cosas que yo le digo. Ni una más ni una menos. Vamos, en lo que toca a lo que toca Es incorregible. Y luego, ¡unos repentes!… Pasa de la pasión a la compasión como quien se bebe un vaso de agua. Sí, sí, sí. De pronto quiere matar a uno, y a la media hora le da lo que le pide. Aunque sea dinero. Sí, sí. ¿Usted sabe cómo yo le he puesto? «El tigre que no puede odiar». No me diga usted que no tiene gracia; no me diga usted que no está bien puesto.

Don Pachín. ¡Si yo no te digo nada, hija mía! ¡No me dejas tú!

Cristalina. Algunas veces pienso: ¿por qué no habrá sido marino, como su padre? El mar, con ser mar, es menos peligroso que la tierra para los

hombres como él. Claro que me arrepiento a escape, porque no lo hubiera tenido siempre junto a mí para consolarlo y alegrarlo. ¿Qué iba a ser de él sin mi compañía mientras andaba por esos mares? ¡Jesús! ¡No lo quiero pensar! No, no. Sí, sí. No, no. Sí. ¿Y de mí sin él, don Pachín de mi alma? ¿Con quién iba a hablar yo, si es con él con quien me gusta hablarlo todo? ¿Qué iba yo a hacer en sus ausencias sola en esta casa? ¿Qué iba yo a hacer?

Don Pachín. ¡Cambiar todos los días los muebles de sitio como ahora!

Cristalina. ¡Ja, ja, ja!

Escapulario. ¡Ay, qué oportuno ha estao don Pachín!

Cristalina. ¡Como que sin él aquí para disfrutar de ello había yo de tener humor de mudanzas! Y aunque lo tuviera. Vamos a ver: ¿a quién daño con esto? ¿Es que no los mudo para que estén mejor? ¿Qué tiene usted que decirme de este gabinete? ¡Poco lindo ha quedado! Estos muebles eran los de la galería de junto al comedor. Y allí he puesto los de la torre. Y en la torre, los que estaban aquí. Y todos han ganado y parecen más buenos. Ya sé lo que va usted a decirme.

Don Pachín. ¡No lo sabes!

Cristalina. ¡Sí lo sé!

Don Pachín. ¡Pero si no lo sé yo, criatura!

Cristalina. ¡Pues yo sí! Iba usted a decirme que en el primer viaje que haga se los encontrará en otro sitio rodos.

Don Pachín. ¡Puede que fuera eso!

Cristalina. Y puede que sea verdad, además. ¡Y quedarán mejor todavía entonces que ahora! Dándoles vueltas a las cosas es como se acierta, señor. Sí, sí, sí. Raimundo se ríe, y yo también me río; pero no paro de idear variaciones. ¡Así adorno mi casa! ¡Y la agrando! ¡Siempre es nueva y mejor! No, y ahora verá usted más novedades. No acaban aquí. Hay una… *A Escapulario.* ¡No se la digas! Hay una que va a hechizarlo a usted. ¡No se la digas; que él la vea! Va a hechizarlo a usted, va a hechizarlo. O mucho me equivoco. ¡Se me ocurrió una noche y ya no pude dormir pensando en ella! Y

al día siguiente, ¡manos a la obra! Es que he puesto en dos rinconeras preciosas que he comprado, las dos caracolas que usted me regaló.

Escapulario. ¡«No se lo digas», y se lo dise eya!

Don Pachín. ¡Ella, que se lo dice todo!

Cristalina. Pues aún hay otra, don Pachín… otra que le va a sacar lágrimas a los ojos. ¡Ésta sí que no se la digo! No, no. Sí, sí se la digo. No, no. Sí, sí se la digo, sí. Del retrato suyo de piloto hemos hecho una gran ampliación y la he colgado en el testero principal de la sala.

Don Pachín. *Un poco conmovido.* ¡Válgate Dios, mujer!

Cristalina. ¡Ah! Y en la alcoba de usted también hay variaciones.

Don Pachín. ¡Y hasta en la leñera las habrá!

Cristalina. Pero usted las desaira. Usted tiene todo ese mal gusto. Viene a Madrid a ver a su hijo, y en lugar de hospedarse aquí, se va a la Casa de Viajeros de Manuela Benítez. Sí, sí; ya lo sé: que hace cincuenta años que va usted allí y que no le da esa puñalada a Manuela. ¡Jesús santo, y qué amor a la tradición, aunque haya que quitarle la polilla! No, no me describa usted la casa otra vez, porque entré cuando estuvo usted malo y no se me olvida: el aire se corta; desde la escalera se huelen los guisotes; los pasillos llenos de humo; las camas de hierro; las colchas a listas; el comedor a oscuras para que no se vea lo que se come… y las criadas… las criadas, cuerpos anhidros, como dice usted; refractarios del agua. ¡Y usted cambia aquello por esto! Con su pan y con sus moscas se lo coma. Con sus moscas, sí. En una de las célebres empanadillas de escabeche que usted nos mandó, venían tres o cuatro. En fin, hay gustos para todo.

Don Pachín. ¡Calumnia!, ¡calumnia!

Cristalina. Calumnia, que algo queda. Y quedan las moscas, y la pringue, y el polvo, y el humazo, y las telarañas, y los cuerpos anhidros. Nada más.

Don Pachín. Sí, pero con todos esos defectos, en casa de Manuela Benítez, de cuando en cuando puedo yo meter baza en la conversación. ¡Y aquí no hay modo! ¡Y a mí también me agrada darle a la sin hueso, porreta!

CRISTALINA. No, señor; no, señor; los marinos son muy callados. Su pipa y su monólogo. Sí, sí, sí. Pero con tantas ganas de hablar, todavía no me ha preguntado usted por la nieta.

DON PACHÍN. ¿Me has dejado tú?

CRISTALINA. Venga, venga a verla dormida, y no charle más.

DON PACHÍN. ¿Qué te parece, Escapulario?

CRISTALINA. Ande, ande. Pero verla tan sólo. No vaya usted a despertármela. Porque como ahora se despierte, se pone a charlar y a preguntar y no lo deja en toda la noche.

DON PACHÍN. Pues ¡no sé a quién sale la chiquilla!

CRISTALINA. A mí; a mí toda; a mí. Ande usted, abuelo descastado; ande usted a verla. ¡Chist! ¡Silencio!

Éntrase por la puerta de la izquierda con él.

ESCAPULARIO. ¡Qué salamera es y qué grasiosa! Y revienta eya si no dise to lo que siente. A esta mujé no se le pudre un secreto en er cuerpo. Seguro. ¡Caramba! La vesina. Ya me tardaba a mí su mersé.

Sale por la puerta de la derecha Loreto en traje casero y con un gran bolso de labor. Es joven, bonita, muy entrometida y soltera recalcitrante.

LORETO. ¿Escapulario?

ESCAPULARIO. Señorita Loreto.

LORETO. ¿Ya tenemos al marino en casa?

ESCAPULARIO. Ya lo tenemos, sí.

LORETO. Lo he sentido hablar. Anoche me dijo Cristalina que hoy lo aguardaba.

ESCAPULARIO. Ahora se han ido a vé a la niña.

LORETO. Bueno, bueno; yo la espero aquí. No le diga usted nada. Como vengo sólo a acompañarla y tiene compañía… *Se sienta.*

ESCAPULARIO. Ya, ya.

LORETO. *Poniendo mano a su labor*. Paro en mi casa lo menos que puedo.

ESCAPULARIO. Ya, ya.

LORETO. Fortuna que me he hecho amiga de todos los vecinos, y ahora aquí, luego allí, nunca me falta donde estar. Siete pisos tiene la casa y veinticinco cuartos… Hay donde elegir. Ahora mismo me he salido del mío por no cortarle la cabeza al bicho que se ha casado con mi hermana.

ESCAPULARIO. ¡Jesús! ¿Le yama usté bicho a su cuñao?

LORETO. A todos los hombres. ¿No lo sabe usted? Dios me libre de ellos. ¡Qué horror! Crea usted que humano, lo que se dice humano, no hay en el mundo más que las mujeres. El hombre es una especie malograda entre el chimpancé y lo que debiera ser el hombre, que no llegó a cuajar. ¡Uf! ¡Qué asco!

Por la derecha aparece en el mirador Nonito, joven prematuramente calvo, lacio y deslucido, de hablar dulzón, que ha tenido la mala fortuna de enamorarse de Loreto. Pasea impaciente, esperando a que se vaya la vieja.

ESCAPULARIO. Pos ahí tiene usté ya en la torre a ese palomo tonto der secretario de don Raimundo, que se ha salío de su despacho en cuanto ha sentío los tacones de usté. Místelo, místelo pasearse.

LORETO. Pues que arrulle y que arrastre la cola.

ESCAPULARIO. ¿Cuándo lo saca usted de penas?

LORETO. ¿Yo? ¡Qué miedo!

ESCAPULARIO. Pos va a perdé er poco pelo que tiene.

LORETO. Por mí, que se quede como una bola. Para bichos, ya me basta con el de casa.

ESCAPULARIO. Diga usté lo que quiera, usté lo está metiendo en er canasto, señorita.

LORETO. ¡Toma! Para que sufra. ¿Qué menos?

ESCAPULARIO. Le pone usté unos ojos y una salivita en los labios…

LORETO. Para que sufra; para que rabie; para que se muera. Yo vengo a mi hermana y a mi madre, víctimas de dos bichos.

ESCAPULARIO. Su papá de usté ¿también era un bicho?

LORETO. Y gordo. Muy intelectual, muy apóstol, muy sabio; pero hacía llorar a mi madre todos los días. En la calle, el hombre más fino del mundo; en casa, una fiera. Sí, sí. Hay muchos lobos de la misma camada. Lo que es el que caiga por mi banda, que no espere confites. Oiga usted, y este calamar viejo que ha llegado esta tarde, ¿nos va a dar mucha guerra? ¿Soltará mucha tinta?

ESCAPULARIO. ¿A quién le yama usté calamá?

LORETO. Al viejo; al marino.

ESCAPULARIO. Miste, señorita Loreto, la fiesta en paz: los hombres de su casa de usté y de su familia —metiendo a su papá, que esté en gloria—, podrán sé bichos, si usté quiere; los de acá, son hombres.

LORETO. Se figura usted.

ESCAPULARIO. Y la dejo a usté ya, pa que se le arrime er palomo, que está embuchao. *Vase por la puerta de la izquierda.*

LORETO. ¡Ja, ja, ja!

Nonito en seguida se acerca a la ventana resuelto a todo.

NONITO. ¿Algún chiste de la vieja andaluza?

LORETO. ¡Hola, Nonito! ¿Está usted viendo la puesta del sol?

NONITO. Todo lo contrario, Loreto: veía el amanecer.

LORETO. ¡Poetazo!

NONITO. ¿Poetazo?… Musa no me falta.

LORETO. ¿No, verdad? Pues quietecito ahí detrás de la barrera, que estamos solos.

NONITO. No pensaba moverme.

LORETO. Me alegro. ¿Mucho trabajo en la secretaría?

NONITO. Bastante. Sobre todo, cartas. Y como la mayor parte de ellas las tengo que escribir dos veces…

LORETO. ¿Tan torpe es usted?

NONITO. ¡Tan listo!

LORETO. ¿Con esa cara?

NONITO. *Dolido.* No se escoge cara, Loreto. Tan listo soy, con esta cara, aunque me esté mal el decirlo. Con esta cara… ¡y con esta cruz!

LORETO. Explíquemelo usted.

NONITO. Don Raimundo, que es muy bueno y muy santo, pero más escrupuloso todavía, apenas me consiente que le redacte yo algunas cartas de pura fórmula; las demás, casi todas, me las dicta él.

LORETO. Bien hecho.

NONITO. Sí; pero me las dicta en unos términos tan violentos y tan apasionados, que luego las tengo yo que dulcificar.

LORETO. Mal hecho.

NONITO. Mal hecho, no; porque esas cartas suyas nos originarían cien mil disgustos y zipizapes, si yo no las limara.

LORETO. ¡Pues eso sería lo divertido!

NONITO. Usted me quiere oír. Esta mañana, por ejemplo me dictó esta andanada para un señor que vive en el barrio de Pozas: «Lo que usted me propone es una indignidad, una porquería y una estupidez». ¡Esto no puede ir por el correo interior a ninguna parte! Y yo, cuando me quedé solo, hube de refundir aquel exabrupto en esta forma: «Lo que usted pretende, señor mío, fíjese bien en ello, tenga la bondad, es de todo punto inadecuado e inadmisible».

LORETO. ¡Jesús, qué merengue!

NONITO. ¿Merengue? Pues cuando el jefe firmó la carta, exclamó: «¡Bendito sea este secretario, que me evita una cuestión personal cada cuatro días!».

LORETO. ¡Qué lástima! Total, que está encantado con usted.

NONITO. Por lo menos, Loreto, me hace alguna que otra vez justicia; no me desprecia siempre, como usted.

LORETO. Tendría usted derecho a quejarse, si fuera una excepción. Pero ya le consta a usted la idea que tengo de los hombres.

NONITO. ¡Es que yo pretendo que mi amor se la modifique!

LORETO. ¡Su amor! ¡Qué risa! ¡Amor de hombre! ¡Ja, ja, ja! ¡Amor de bicho! ¡Qué risa! ¡Ja, ja, ja!

NONITO. Bueno, pues ¡vaya que los hombres no seamos sino bichos! ¡Yo me avengo a ser el bicho que usted guste! Perrillo faldero, gato con un lacito rosa, canario, gorrión… ¡O pulga!… ¡O tigre, si lo prefiere usted, para que ponga mi piel a los pies de su cama y me dé golpecitos en la cabeza con los suyos chiquirritines!

LORETO. Eso ya me halaga.

NONITO. ¿Qué?

LORETO. Lo de darle a usted con los tacones en la cresta. ¡Hasta saltarle sangre! ¡Para que se fíe una de ningún bicho de éstos! ¿Qué hacía usted anoche, don Natillas, en aquel café de camareras?

NONITO. *Turbado.* ¿Me vió usted?

LORETO. ¡Cuando se lo pregunto! Yo soy un perro policía. Me entero de todo lo que me importa, y lo que no me importa, me lo cuentan. Sobre todo si es cosa de los enemigos: de los hombres. ¡Bien se le caía a usted la baba, como se le cae hablando conmigo, con aquella rubia de los tufos!

NONITO. ¡No compare usted!

LORETO. ¡Yo que he de comparar, mamarracho! ¡Era la baba de usted, la que comparaba! ¡La misma baba para la camarera que para mí! ¡Uf! ¡Qué asquito! ¡Qué náuseas!

NONITO. *Apabullado.* ¡Ay! ¡Me voy a encerrar entre cuatro paredes! ¡Y tomaré el café, de hoy más, en una de esas maquinillas llamadas *egoístas*!

LORETO. ¡A buena hora mangas verdes!

Por la puerta de la derecha llega de la calle Raimundo. En la mano trae unos libros. Al ver a Loreto se descubre, y disimula la contrariedad que experimenta, al encontrarla allí como en su propia casa, de charla con su secretario. Es hombre de treinta y tantos años, de semblante fatigado y marchito, y de noble cabeza, que ya principia a platear.

RAIMUNDO. ¡Oiga! ¡Muy bien! ¡Pelando la pava, y la secretaría, en tanto, manga por hombro! ¡Muy bien! Buenas tardes, vecina.

LORETO. Vecino, yo no tengo la culpa de esto.

RAIMUNDO. Pues ¿quién la ha de tener sino usted, que nació tan bonita?

NONITO. Ahí, ahí… Pero, respecto de la secretaría, mi querido jefe…

RAIMUNDO. No se disculpe usted. Está usted tocando el violón a todas horas. Loreto, esta mañana me escribió en una carta azar con hache.

NONITO. ¡Don Raimundo!

RAIMUNDO. Probablemente estaría pensando en el azahar de la boda… y la hache le bailaba en las teclas.

LORETO. ¡Pues larga la lleva, vecino!

NONITO. Comprenderá usted que es una bromita…

RAIMUNDO. ¡Naturalmente, bobo! ¡Si lo he dicho para ponderarle lo trastornado que lo tiene a usted!

NONITO. ¡Ay!…

RAIMUNDO. Otra cosa, vecina. La muchacha de usted llegaba ahora mismo, a reclamarla de parte de su hermana Demetria.

LORETO. Será que se ha ido ya a la calle el rinoceronte.

RAIMUNDO. No sé.

LORETO. Sí. Le encargué yo que me avisara. Hoy hemos tenido un día de gran espectáculo. Patadas, rugidos, paseos por la jaula… Todo porque faltó una camisa en el minuto justo. Es delicioso. Y no revienta. Hasta luego, Raimundo. Dígale a Cristalina que después de cenar vendremos las dos un ratito. Dejo aquí la bolsa.

RAIMUNDO. Como ustedes gusten. Yo se lo diré. Pero ¿se va usted sin mirar a aquel pobre esclavo, Loreto?

LORETO. Es indigno. Que lo mire la ninfa rubia de los tufos *oxigenados. Marchase por la puerta de la derecha.*

Nonito se ha quedado como de cera al escucharla.

RAIMUNDO. ¿Esto no adelanta un paso, por las trazas?

NONITO. No, señor. Es cristal de roca. *Pasa del mirador a la habitación, y entonces se ve que gasta calcetines verdes; color de esperanza.*

RAIMUNDO. Pues, hombre, yo deso vivamente que acabe usted por casarse con ella.

NONITO. *Enternecido.* ¡Qué bueno es usted!

Raimundo. No; ¡si es para que se la lleve usted a su casa, y no viva en la mía! ¡No entro aquí una vez que no me la encuentre!

Nonito. ¡Nunca llueve a gusto de todos!…

Raimundo. ¿Alguna novedad?

Nonito. Ninguna. Tiene usted a la firma las dos cartas de esta mañana.

Raimundo. ¡Ah, sí! Venía pensando en ellas.

Nonito. Un poquito suavizadas las dos, especialmente la de Menduiña.

Raimundo. Me alegro. Acabo de encontrármelo y ¡me ha dado una lástima!… ¡Una cara de pánico al verme, un quererse meter por un escaparate, un pelaje de necesitado!… ¡Pobre hombre! Mañana las leeré. Váyase usted ahora a tomar el fresco y a pasear su melancolía.

Nonito. ¿Usted irá por fin al banquete de Pérez Alba?

Raimundo. Y ¡qué remedio! No me llamen hurón. Me lo ha pedido además Pérez Alba por teléfono, por escrito y personalmente. Paciencia. Comeremos mal, y hablaremos mal de la comida y de todo, pero en particular de Pérez Alba. Luego él, que se lo ha amasado como un cuco, comprometiendo a tirios y troyanos, se emocionará hasta las lágrimas en los brindis, ante aquella explosión de popularidad. ¡Y siga la comedia! Ande, ande; váyase usted.

Nonito. Hasta mañana, jefe.

Raimundo. Hasta mañana.

Nonito. ¡Qué mundo! ¡Qué mundo! *Se va por la puerta de la derecha, dirigiéndole su última mirada al bolso de Loreto.*

Raimundo. *Advirtiéndolo.* Un caso al revés que la *Niña boba* de Lope: el amor me lo vuelve tonto por días.

Sale en esto Cristalina por donde se marchó y pega la hebra con su natural facilidad.

Cristalina. No, no, no; nada de eso: monólogos, no. Ni p1 de *Hamlet* me gusta. Lo que necesites decir, me lo dices a mí; pero esto de hablar solo, de ninguna manera. No, no, no.

Raimundo. ¡Si hablaba con Nonito!

Cristalina. No, no; no hablabas con Nonito; hablabas solo. Sí, sí, sí. Te asoma a la cara el disgusto. Mala cara traes de la calle. ¡Maldigo de la calle! Mira tú si tengo motivos para no querer más que mi casa. Sales de aquí contento, risueño, valiente y esperanzado, y cuando vuelves te me han dado un baño de tristeza y de asco a las cosas. ¡Maldigo de la calle! Olvídate de ella. Sí. No. Sí, sí. Piensa en mí; piensa en nuestra hija; piensa en tu padre, que ha venido. ¡Qué bien está!, ¿verdad? Y ¡qué chasco se ha llevado creyendo que me sorprendía! Desde anoche lo espero. Allí lo tienes con la nena. Lo llevé a que la viese dormida, le dió un beso, la despertó, se le abrazó Sisita al cuello, se sentó en Ja cama, empezó a preguntarle y no calla su pico. Hay picoteo para dos horas. No vayas tú, porque dura hasta media noche.

Raimundo. *Sonriendo con bondad.* Pero ¿eres tú quien prohíbe los monólogos? ¡Pues no sé qué es eso, aunque no estés sola, Cristalina!

Cristalina. *Abrazándolo.* Perdóname. Es que se me ocurren mil cosas a un tiempo, y disputándose cuál sale primero, quieren salir todas a la vez y no dejo hablar. Yo lo comprendo; no pienses que no. Pero cuando tomo la carrerilla no sé detenerme. Me sucede lo que a tu secretario: que el día que escribe mucho a la máquina, luego va así, tecleando sin parar, por los rincones y por las escaleras. A ti ¿qué te pasa? El dichoso banquete, ¿no?

Raimundo. ¡Si no fuera más que el banquete!

Cristalina. El banquete, el banquete. Sí, sí, sí. No. Sí, sí. No. Sí. El banquete. Manda una adhesión; di que te has puesto malo… ¡Miente alguna vez, hombre, en provecho tuyo!

Raimundo. No puedo, Cristalina… Ya me he comprometido a ir. Además, no es eso solo, como te digo… ¡Es que he llevado muy mal día! ¡No tengo yo genio para vivir con ciertas gentes! O es que me hallo aquí como el pez en el agua y me hiere fuera de aquí hasta lo que no debiera herirme…

Cristalina. Cuenta, cuenta… ¿Es algo del periódico lo que traes? ¿La casa editorial del infierno? ¿La imprenta?

Raimundo. ¡De todo hay en la viña del Señor! Por lo pronto, a Cimarra Conde le he dicho ya que por la redacción no vuelvo. ¿Qué necesidad tengo de oír lo que me enoja, lo que me subleva, ni de autorizar

con mi presencia lo que rechazo? ¡Ahora han emprendido una campaña contra un pobre hombre, a ciencia y paciencia de que lo acusan injustamente, de que lo deshonran sin motivo, y dispuestos, sin embargo, a seguir en ello hasta que lo trituren! Es una complacencia en la maldad —por lo que sea— que yo no comparto en modo alguno. Enviaré mis artículos de colaboración, mientras dure el contrato que tengo firmado, si no es que busco el modo lícito de recobrar la libertad. He caído, como tantas veces, en un círculo que no es el mío; en un ambiente en que me ahogo.

Cristalina. ¡Vaya por Dios! Cálmate, hombre, cálmate.

Raimundo. Diciendo estas cosas me calmo… Echo fuera el veneno… Pues ¿y el socio de la *Editorial*? ¿Qué me cuentas? Pero ¡cómo se engaña uno, Cristalina! Pero ¡qué difícil es entrar en el alma de nadie, a dar con algo que no esté en la propia! Bueno, el negocio va para dejarlo. ¡Naturalmente! Embarcando de todo, publicando libros estultos, y vanos, y vulgares, el descrédito no tarda en llegar. Tengo yo gran parte de culpa. ¡No sé darle un no a ningún compañero! Y con esta absurda bondad, más que absurda, suicida, podrán hacerse en este mundo caridades, pero negocios, no.

Cristalina. Sabes que te lo dije; que te lo advertí; que a tu pesar, todos te explotarían. Sí, sí, sí. Te lo dije. Dure lo que dure y trampa adelante, lo que busca la gente es vivir No pienses otra cosa. Tos ideales no son de estos tiempos sin alma, en que por cinco duros se clava a un hermano. Además Raimundo, no todo tampoco es así; no todo es lo mismo. Hay que elegir entre las personas; hay que saber dónde uno se mete. Y tu socio en la *Editorial*, con tantos humos, no es más que un charlatán engreído; un bribón. Te lo advirtió tu propio padre, recuérdalo. «Ese hombre, Raimundo, es un contramaestre de muralla; no sabe qué se pesca: desde la muralla dará gusto oírle, pero cuando salga a alta mar, pondrá la embarcación quilla arriba». Fueron sus palabras; bien presentes las tengo.

Raimundo. Sí, sí; si es verdad. Si yo reconozco antes que nadie que no sé juzgar a mi prójimo, inclinado de mi buen deseo. El resultado es, Cristalina, que tantos tropiezos y coscorrones, tantas pedradas, me cansan, me fatigan, me aburren. Me veo ya más cerca del fracaso que de la victoria.

Cristalina. ¿Quieres callar? ¡No digas eso nunca!

Raimundo. Como siempre, digo lo que siento.

Cristalina. ¡Pues es mal sentimiento ese tuyo! ¡Y falso! ¡Y sin razón de ser! ¡Y sin lógica!

Raimundo. Entiéndeme tú, Cristalina. No hablo de mi fracaso como escritor. Por fortuna, mi firma se estima cada vez más; mis crónicas se solicitan y se buscan; mis novelas se venden; mis folletos de reformas sociales se comentan, se citan, se traducen… No, no; no es el escritor quien fracasa en mí: quien fracasa es el hombre… el hombre que no sabe vivir entre hombres; entre estos hombres a lo menos… y que tiene que arrinconarse.

Cristalina. ¡Tonto, tontín; los hombres buenos no fracasan nunca! Los fracasados son los que al parecer hacen fracasar a los buenos. Mientras tu vuelvas a esta casa, y te espere yo, y te espere Sisita, tú has vencido, tuyo es el triunfo. ¿Para qué se vive sino para estas horas? ¿Para quién escribes tú sino para Sisita y para mí, aunque luego la gente se figure que escribes para ella? ¿En qué pecho suena tú corazón sino en el mío? ¿Para qué buscamos con tanto afán esta casa, que está más cerca de las estrellas que del suelo? ¿En qué piensas tú si no es en ella cuando no estás aquí? ¿Qué te acompaña a todas partes en el aire que vas respirando sino mi recuerdo? ¿Qué llena mi imaginación en tu ausencia sino el deseo de recibirte al volver con alguna nueva alegría? ¿Qué diablura o qué gracia no hará Sisita que yo no halle incompleta hasta el momento en que te la digo? Y ante todo esto, ¿qué vale ni qué puede lo otro, lo de abajo? ¡Ea, ea! ¿Ves tú por lo que no te dejo hablar? ¡Porque en cuanto tú tomas cuerda, te amargas los instantes, y en cuanto yo te quito la palabra, te alegras, como ahora! *Limpiándole la frente con sus manos.* ¡Fuera, fuera de aquí malos pensamientos, rencores, disputas, amenazas, caídas, desmayos, controversias, balumba de las calles!… ¡Fuera de aquí! ¡Las palomas de esta torre, como tú les llamas a mis manos, acuérdate, se han creído de verdad que son palomas y asustan a los bicharracos! ¡Fuera, fuera de aquí!

Vuelve don Pachín por la puerta de la izquierda.

Don Pachín. Raimundo…

Raimundo. ¡Ah! ¡Papá!

Don Pachín. Cuando tu mujer toma la palabra y empieza a hablar y tú necesitas interrumpirla para decirle algo, ¿cómo te las compones?

Raimundo. Le doy un beso. Es la única manera de que calle su boca a gusto.

Don Pachín. ¡Hola! ¡Ya me explico por qué habla tanto!

Raimundo. ¡Ja, ja, ja!

Empieza a oscurecer.

Cristalina. No sea usted malicioso. Justamente ahora, sin beso ninguno, lo he dejado hablar un buen rato para que desahogue. Yo sé muy bien que en ocasiones, si no se habla, se da un estallido. Y en esa situación ha llegado Raimundo a casa. ¡Conque búrlese usted de mi sacrificio y de mi silencio! ¿Se durmió ya la mona?

Don Pachín. ¿Qué?

Cristalina. Sisita, la niña; ¿se durmió?

Don Pachín. ¡Ah! No te había entendido. Creí que me llamabas borracho. «¿Se durmió ya la mona?». ¡Como a los marinos no se nos concibe sino al modo que en las zarzuelas de mis tiempos!… ¡Venga ginebra!, ¡venga ron!, ¡venga tabaco fuerte! ¡Una pipada tras de otra! ¡Un jarro tras de otro!… ¡Y al camarote como una cuba!, maldiciendo de una pierna con reuma y gritando colérico: «¡Mil rayos! ¡Mil bombas! ¡Truenos y centellas!…». ¡Cosa que jamás ha dicho nadie, marino ni terrestre! ¡Ja, ja, ja!

Cristalina. De más sabe usted a la mona que yo me refería. ¿Se durmió ya?

Don Pachín. ¡Cualquiera la dejaba despierta!

Raimundo. ¿Ha visto usted qué flor de chiquilla? Cada día está más bonita y es más salada.

Don Pachín. Hombre, sí; no lo niego. ¡Pero aquí hace falta un varón!

Raimundo. Ya lo oyes, Cristalina.

Cristalina. Te lo ha dicho a ti.

Don Pachín. Se lo he dicho a los dos.

Raimundo. Ya lo oyes.

Cristalina. *Después de una lucha interior con cien contestaciones.* No quiero hablar.

Don Pachín. ¡Porreta! ¿Hay un médico cerca, hijo?

Raimundo. ¿Pues?

Don Pachín. ¿No te has enterado? ¡Que tu mujer no quiere hablar! ¡Algo grave le pasa!

Cristalina. *Pegándole cariñosamente a don Pachín.* Pero ¡que siempre ha de andar este viejo metiéndose conmigo!

Raimundo. ¡Ja, ja, ja! En la mesa te reconciliarás con él Porque supongo, papá, que como yo me voy a ese banquete usted cenará con Cristalina.

Cristalina. ¡Ánimas benditas! ¿Ha oído usted ahora, don Pachín? ¡Qué hijo tiene usted más angelical y más cándido! Pero ¿tú crees que es posible, Raimundo, que el primer día que vuelve a Madrid este hombre, prescinda él por nadie de las albóndigas encebolladas de Manuela Benítez, ni del chocolate de las tres hervidas, ni de las manchas de vino de sus manteles? ¡Qué cosas se te ocurren!

Don Pachín. Con mil amores prescindiría yo de todos esos atractivos, tan distintos de los de esta casa, si no hubiese quedado ya con unos amigos del tiempo remoto —Botabomba Lucas Marea, el Padre Tolín— en cenar allí juntos. Pero otro día será, Cristalina.

Cristalina. Sí, sí; otro día no habrá más remedio que resignarse y dejar a Manuela Benítez por nosotros. ¡Una penitencia por sus hijos, don Pachín!

Raimundo. Entonces, véngase usted conmigo ahora, antes que sea más tarde, y charlaremos de camino. *Señalando con naturalidad a dos distintos lados.* Yo lo dejo a usted en casa de Manuela Benítez y luego me voy hacia el *Palace*.

Don Pachín. *Rectificando las direcciones a que ha señalado su hijo.* La casa de Manuela Benítez está allí, y el *Palace*, allí.

Cristalina. ¡Ea! Ya salimos con la copla de las orientaciones. ¡Señor, si aquí no hay brújula! Ni éste ni yo sabemos precisar desde casa dónde está

el hotel ni dónde está el fonducho.

Don Pachín. Pues como yo lo sé, me pone nervioso que se señale malamente. Allí está el *Palace*, y allí el fonducho, como le llamas tú. ¡Que conste!

Raimundo. Vámonos.

Don Pachín. Vámonos. Hasta mañana. Cristalina.

Raimundo. Hasta luego.

Cristalina. *Acompañándolos.* Que le aprovechen a usted los pasteles de hojaldre, y los higos, y las pasas y almendras, que no faltarán. Y tú, Raimundo, si vas a volver tarde, me avisas; porque como vendrá Loreto…

Se van los tres por la puerta de la derecha.

Escapulario ha salido un poco antes por la izquierda a la torre y ha prestado alguna atención a la escena. Cuando se marchan todos, pasa al gabinete.

Escapulario. Me alegro de que no haya convidaos esta noche. Así nos acostaremos tempranito. *Bosteza.* ¡Ah!… ¡Qué sueño tengo, Virgen mía!

Vuelve Cristalina charlando sola. Enciende la luz de la habitación.

Cristalina. Es simpático el viejo. Y le gusta hablar más que a mí; y por eso se enfada, porque yo le cojo la delantera. ¿Qué bolso es éste?

Escapulario. Er de la señorita Loreto.

Cristalina. ¡Hola! ¿Andabas tú ahí?

Escapulario. Cuando no está eya, deja er borso.

Cristalina. Pues, mira, voy a hacerle unas vueltas, porque es un gabancillo para Sisita… Siéntate. Me han dejado sola. Charlaremos. Siéntate.

Escapulario. Dios se lo pague a usté. Esta butaquita es un regalo.

Cristalina. *Cogiendo a la vez el estambre de la labor y el hilo del discurso.* Parece que vamos a tener al suegro aquí una temporadilla. Me alegro yo más que mi marido. Porque, quieras que no, le cambia la vida fuera de la casa, lo lleva a su tertulia, lo distrae… Es muy campechano y muy

noblote. A ti también te quiere mucho. Dice que estás igual que cuando te conoció en Dos Hermanas.

Escapulario. Se ha empeñao en eso. Ya ve usté qué manía. *El sueño que tiene la va ganando por instantes, hasta que concluye por dormirse.*

Cristalina. Compréndelo tú. No es que diga que aparentemente no hayas cambiado. ¡Qué locura! De los dieciocho a los setenta y pico se cambia hasta de piel muchas veces. Lo que él dice es esto: Escapulario es un milagro, un prodigio de persona castiza. Casi le ha dado la vuelta al mundo; ha vivido cinco años en París…

Escapulario. Es verdá: cuando mi Dionisio estuvo de pinche en una cosina española.

Cristalina. Eso es. Y ha estado en Nueva York, y en Milán, y en la Habana, y en Méjico, y en la Argentina, y en Londres… y en mil sitios más…

Escapulario. La soga tras er cardero siempre…

Cristalina. Y, sin embargo, no se le ha pegado nada de tierra alguna, y habla lo mismo y dice iguales cosas que antes de salir de su pueblo. Un prodigio, un prodigio. No vayas a dormirte.

Escapulario. No.

Cristalina. Fuerza tiene tu casta que resiste a todos los vientos… Te prevengo que yo soy como tú. Me parece que nada ni nadie me haría a mí cambiar. Es claro que lo se explica, aunque sólo sea por la lengua. Yo en ninguna del mundo podría hablar tanto y tan seguido como en español. Las temporadas de verano, cuando me lleva mi marido fuera de España, ¡paso unas rabietas!… Este verano iremos a la casa de campo que el viejo se ha hecho en sus dominios, entre Torrelavega y Santander. *La Marinera*. Así le ha puesto. ¡Qué delicia! Tiene jardín y huerta. Y una solana hermosa. El nombre es el de la primera fragata en que él fué piloto. Es bonito eso. Y este verano iremos allí. Sisita se ha enterado, y ¡figúrate! Ya tiene su imaginación ancho campo para hacer preguntas. Y don Pachín, tarea, si ha de contestarlas. Porque es lo que dice mi marido… No; es lo que digo yo…

Sale Águeda por la puerta de la derecha.

ÁGUEDA. Señora.

CRISTALINA. ¿Qué hay?

ÁGUEDA. Un caballero que pregunta por el señor.

CRISTALINA. Dile que no está y que esta noche no cena en casa.

ÁGUEDA. Se lo he dicho. Y me ha contestado que si podría ver a usted un momento.

CRISTALINA. *Bajando la voz.* No, no, no; dile que no. A mí no tiene que verme para nada.

ÁGUEDA. Es que dice que es un recado que le quiere dar al señor antes del banquete de esta noche.

CRISTALINA. ¡Ah! ¿Qué será ello? No se trate de alguna urgencia… Que pase. *Águeda se va. Escapulario duerme.* A lo mejor, algún sablazo. No sabe el que sea que para eso no pertenezco al sexo débil. ¡Anda! Escapulario se cuajó. ¡Escapulario! ¡Escapulario! ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre vieja! Como si le hubiese cantado la nana.

Luciano y Águeda hablan dentro.

ÁGUEDA. Pase usted por aquí.

LUCIANO. No es más que un segundo.

Cristalina, al oírlo, se estremece de pies a cabeza. Espantada, exclama:

CRISTALINA. ¿Eh? ¿Esa voz? ¿Será posible?

LUCIANO. ¿Por aquí, verdad? Ya digo que no es más que un segundo.

CRISTALINA. ¡Sí! ¡Es él! ¡Él! ¡Luciano! Pero ¿no se ha muerto de veras? ¿A qué viene este hombre?

Por la puerta de la derecha sale Luciano, a quien Águeda sigue. Es hombre joven, como de treinta años, de aire dudoso, cosmopolita, de filiación difícil, aun para el observador más ducho y sagaz. Se expresa con amabilidad y cortesía, las cuales, a quien ya conoce su historia, le dan clara idea de su cinismo.

Cristalina, al verse ante él, logra, mediante un gran esfuerzo, rehacerse y disimula su sentir con pasmosa naturalidad.

LUCIANO. Señora…

CRISTALINA. ¿Qué desea?

LUCIANO. Lo primero, que me dispense…

CRISTALINA. No hay de qué.

LUCIANO. Deseaba ver a su marido…

CRISTALINA. Ya le ha dicho a usted la muchacha que no está aquí.

LUCIANO. Bien, pero… Es que a mí me interesa hablarle…

CRISTALINA. *Con intención.* ¿Le interesa a usted hablarle a mi marido?

LUCIANO. Mucho. Quiero darle un recado urgente…

CRISTALINA. Pues… no sé aconsejarle a usted. No cena aquí esta noche, como parece que usted sabía antes de venir, y yo ignoro del todo adonde se habrá dirigido con su padre, que lo acompañaba al salir de casa.

LUCIANO. ¡Qué contrariedad!

ÁGUEDA. Señora, dejé abierto y me parece que llega alguien… Voy a ver… *Retirase.*

Luciano, entonces, se decide a hablar francamente. Ella lo adivina, y lo ataja casi más con la actitud y el gesto que con la palabra.

CRISTALINA. ¡Silencio! *Trata de cerciorarse de que la vieja está dormida.* Escapulario… Escapulario… ¡Gracias a Dios! *Volviéndose hacia él, airada y llena de indignación, dícele en voz sorda.* ¿A qué vienes aquí? ¿A qué vienes?

LUCIANO. A verte vengo. Por ti vengo.

CRISTALINA. ¿Por mí? ¡Cobarde! ¡Cínico! ¡Vete ya!

LUCIANO. ¿Y mi hija?

CRISTALINA. ¿Tu hija? ¿De qué hablas? ¿De quién me hablas? ¿Quién eres?

LUCIANO. De mi hija te hablo. Vengo por ti y por ella.

CRISTALINA. ¡Silencio!

LUCIANO. ¡Por ti y por ella!

CRISTALINA. *Aterrada.* ¡Silencio! ¡Que puede oírte esta mujer! ¿Es que otra vez quieres perderme? ¡Vete ya!

Un movimiento de la vieja da lugar a una pausa.

LUCIANO. He de hablar contigo.

CRISTALINA. ¡Nunca!

LUCIANO. No me iré sin que me lo prometas.

CRISTALINA. ¡Cobarde! ¡Jesús, Dios mío!

LUCIANO. *Aprovechándose de la angustia de ella.* ¿Nos veremos?

CRISTALINA. *Por alejar aquel peligro, con resolución.* Sí.

LUCIANO. ¿Lo juras?

CRISTALINA. Sí.

Vuelve Águeda. La conversación toma el tono anterior.

LUCIANO. ¿De manera que…?

CRISTALINA. Sí; lo mejor es que vaya usted a la Peña, por donde es muy fácil que pase a recoger a algún amigo…

LUCIANO. Gracias. Así lo haré. Y usted disculpe mi inoportunidad…

CRISTALINA. Águeda, acompaña a la puerta al señor.

LUCIANO. *Extremando la cortesía al despedirse.* Señora…

Se va con Águeda.

Cristalina espera callada, llena de zozobra, hasta sentir el golpe de la puerta. Tras esta pausa se lleva a la cabeza ambas manos, con estupor, como quien se ve en presencia de algo increíble y monstruoso. ¡Oh! ¡Madre de los cielos! *Vuelve junto a la vieja, y le llama con temblorosa voz.* ¡Escapulario!… ¡Escapulario!… *Suspira descargando su angustia.* ¡Ay! ¡Duerme!

ESCAPULARIO. *Entre sueños.* Sisita… Sisita… ¡No seas er demonio!…

CRISTALINA. ¡Sisita! ¡Hija de mi alma! *Vuela hacia el cuarto de la niña.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero, con distintos muebles en la habitación. Cristalina ha hecho una de las suyas. Entre los nuevos muebles es de notar una mesita-escritorio de mujer.

Es un domingo del propio mes de mayo, mediada la tarde.

Cristalina y su marido pasean en el mirador en amor y compaña, gozando del sitio y de la hora y conversando animadamente. Don Pachín, sentado en la habitación, lee un periódico.

Por la puerta de la derecha llega Escapulario de la calle, en traje dominguero. Don Pachín, al verla, deja la lectura.

Don Pachín. ¿Ya de vuelta?

Escapulario. Ya.

Don Pachín. Poco disfrutas del sol y del domingo.

Escapulario. Es que como a la cosinera le ha tocao salí, y estamos si donseya, me vengo a acompaña a la señora, por si usté y er señorito se van de paseo.

Don Pachín. Sí, nos iremos; pero más tarde. Es decir, en eso hemos quedado mi hijo y yo. Falta que ella lo suelte. La cadena de esta mujer es la palabra. Míralos. Parece que no se han visto nunca… o que se ven después de larguísima ausencia.

Escapulario. Sí, señó; da gloria. No hay así muchos matrimonios. Los domingos, o cuando er señorito no tiene que hasé, son er corchete y la corcheta. La niña ya está abajo, ¿verdá?

Don Pachín. ¡Sí! Subió una comisión por ella. El presidente de la comisión levantaba una vara del suelo.

Escapulario. ¡Ja, ja, ja! Son dos hermanas sorteronas, que los días de fiesta se traen a su casa a unos cuantos sobriniyos que tienen, y ar caló de eyos, reúnen a tos los chiquiyos de la vesindá. Les dan merienda, juegan ar teatro… Se distraen los chicos y los mayores. Y Sisita, la de acá, es la prinsesa. Er día que eya no baja, farta lo prinsipá.

Don Pachín. ¡Y suben por su alteza los súbditos!

Escapulario. Eso es.

Don Pachín. ¿Te han echado muchas flores por esas calles?

Escapulario. ¡San Antonio me varga! ¡Qué cosas tiene usté!

Don Pachín. ¡Tú sí que tienes buenas cosas! ¡Nunca te había visto tan alhajada, Escapulario!

Escapulario. ¡Digo! Usté, que se orvida. To cuanto yevo ensima lo conose usté; to es de sus tiempos. Los sarsiyos los compré en Nueva Yo la vez que estuve; er mantón me lo trajo mi Dionisio de la misma Manila… ¡En su barco de usté, justamente! Este *escamafeo* que yevo de imperdible me tocó en una rifa en la Habana… Y así por el estilo.

Don Pachín. ¿Y de Dos Hermanas, qué llevas?

Escapulario. ¡La fe de bautismo sobre las costiyas, don Pachín!

Don Pachín. ¡Ja, ja, ja! Y ¿adónde has ido tan emperejilada?

Escapulario. A visitá a una parienta rica que tengo, muy fantesiosa. ¡Pa que vea que no voy a pedirle cosa ninguna! Se ha comprao un hotelito y to.

Don Pachín. ¡Porreta! ¿En dónde?

Escapulario. *Señalando equivocadamente.* Ahí en la Siudá Lineá.

Don Pachín. *Rectificando, según su costumbre.* La Ciudad Lineal está allí.

Escapulario. ¿Qué más da, señó? Yo he tomao er tranvía de las Ventas y la Maquiniya, y he yegao. ¡Sin sabé geografía!

Don Pachín. Pues, nada: el saber no ocupa lugar. La Ciudad Lineal está allí.

Escapulario. Aguarde usté, que yaman a la puerta. Éstas van a sé las vesinas. Hasta luego. *Vase por la de la derecha.*

Don Pachín. Anda con Dios. *Se acerca a la ventana y dice, dirigiéndose al matrimonio:* ¡Se acabó el idilio!

Cristalina. ¿Eh?

Don Pachín. Barco a la vista. Visita en puerta.

Raimundo. ¿Las vecinas, quizás?

Don Pachín. Eso barrunta el práctico.

Raimundo. ¡Pero, hombre!

Cristalina. Pues sí, van a ser ellas. Demetria, la casada, me ha anunciado ya que quiere hablarme…

Don Pachín. ¿Hablarte? Le va a ser muy difícil.

Cristalina. Allá lo veremos.

Raimundo. ¡Qué ganas tengo de que se case la soltera con Nonito! Véngase usted a mi cuarto, papá.

Don Pachín. Vamos, sí.

Don Pachín se va por la puerta de la izquierda. Raimundo, también por la izquierda, desaparece de la torre. Cristalina lo ve irse, risueña. Luego, de repente, se nubla su rostro. Pasa al gabinete y espera.

Al mismo tiempo que por la puerta de la derecha se presentan Demetria y Loreto, cruza Escapulario por la torre de derecha a izquierda, con un gestecillo significativo que viene a decir: «¡No ha de haber fiesta sin tarasca!».

Demetria, la hermana casada de Loreto, mayor que ella, es mujer de belleza noble y simpática.

Cristalina, viéndolas llegar, vuelve a su normal expresión, siempre amable y acogedora.

CRISTALINA. Pensé que no veníais.

LORETO. El monstruo ha tenido la culpa; como siempre.

DEMETRIA. Sí; una hazaña más, por si aún flaqueaba en mi propósito.

LORETO. *A Cristalina.* Chica, estás hoy guapísima. Déjame que te bese. *La besa con ardor y entusiasmo.*

CRISTALINA. *Riendo.* ¡Muchacha!

LORETO. *Tomándole la cara.* ¿Tú has visto, hermana, una cara más retrechera que esta cara? Esta mañana, en misa, le has quitado a todo el mundo la devoción.

CRISTALINA. ¿Quieres callar ya, tonta?

DEMETRIA. No es tonta, es loca.

LORETO. Por eso digo las verdades. ¡Qué suerte tiene el bicho de esta casa!

CRISTALINA. La que tiene suerte es la mujer que dió con él, entre tantas fieras dañinas.

LORETO. ¿Sigues sin doncella?

CRISTALINA. Sí, hija mía; sin doncella sigo. Ha sido un contratiempo quedarme sin Águeda, pero andaba loca con el noviazgo; todo el día estaba en el portal o en la escalera. No tenía más que un novio, pero parecía que tenía cuatro o cinco. Y las que han venido a ajustarse hasta ahora me han dado miedo, francamente. ¡Unos tufos, unos lazos, unas tumbagas, unas medias, unos perfumes… unas pretensiones!… Y luego ¡qué estatutos! Es una la que ha de servirlas a ellas. No quieren hacer nada. «Yo no doy cera al suelo. Yo no saco a la calle el perro, si lo hay. Yo no abro la puerta. Yo no devuelvo una cuenta que vengan a cobrar». ¿Habrase visto? Ayer una, muy relamida, me preguntó si yo sabía inglés, le contesté que no y me dijo que no se quedaba. ¡Quería un intérprete, por lo visto! ¡Ja, ja, ja! Un mundo nuevo, chicas.

LORETO. Están terribles. Van camino de hombres.

DEMETRIA. Pero oye, Cristalina, ¿esto lo has cambiado otra vez?

CRISTALINA. Sí; he vuelto a traerme los muebles que tenía pero no me gusta. Quedaba más bien con los otros. Volveré a cambiarlos.

LORETO. Siempre anda con los trastos a cuestas.

CRISTALINA. Buscando lo mejor. Así me entretengo, y me da por rachas. Cuando me ronda una preocupación, o estoy nerviosa sin saber por qué, o quiero alejar cualquier monomanía de la cabeza, me digo a mí misma: «¡A ver, una mudanza sin pérdida de tiempo!». Y no dejo planta en su tiesto ni cuadro en su clavo, ni mueble en su sitio, ni cosa que no danze. Subo, bajo, corro, limpio, froto… Se cansa el cuerpo echo fuera las malas ideas, se me encienden más las mejillas, se va la pesadumbre del espíritu, vuelve Raimundo, se ríe la escena, me encuentra más guapa… ¡y a vivir! Te aconsejo el procedimiento, Demetria.

LORETO. En casa no queremos mudar de sitio más que a un trasto; el marido de ésta. Ella lo quiere mandar a una parte y yo a otra. Más lejos.

DEMETRIA. No hables así, mujer…

LORETO. Pues habla tú en el tono que quieras, pero habla ya. Cristalina, esta infeliz viene a consultarte una duda muy grave. Para mí no es grave, ni duda; pero, en fin, ella te dirá.

DEMETRIA. *Acercándose a Cristalina, que la mira con atractiva lastima.* Cristalina, me has inspirado, desde que te conozco, tanta confianza; hay en tu casa y en tu vida una serenidad tan envidiable; me has consolado tantas veces de las amarguras de mi matrimonio, que hoy, que me he resuelto a dar un paso que ha de trocar mi suerte, no sé darlo sin consultártelo.

CRISTALINA. Y yo te lo agradezco. Pero créeme que en ciertas cosas no valen consejos de nadie: las resoluciones terribles de la vida ha de gritarlas la propia conciencia.

DEMETRIA. De todos modos, quiero oírte: tengo mucha fe en ti. Ya verás cómo tus palabras me han de hacer o más fuerte o más débil.

CRISTALINA. ¿De qué se trata? Si me oyera mi suegro preguntar y no anticiparme a la contestación, adivinándola, se pondría las manos en la cabeza. Claro que sé por donde van los tiros… Sí, sí, sí lo sé, sí. Pero, bueno; dime.

DEMETRIA. He llegado al límite del sufrimiento, Cristalina. Me faltan ya fuerzas para dilatarlo más tiempo. Mi marido me odia, me aborrece, me ofende, me desprecia, me maltrata, me insulta, me hace imposible la vida al

lado suyo… Yo me muero de miedo al verlo entrar en casa; de vergüenza de lo que me dice; de asco de lo que no me dice; de ira y de desecho de lo que sé… ¿Debo huir de su compañía o debo morirme abrazada a esta cruz?

Loreto. No, morirte no te dejo yo; antes soy capaz de matarlo. ¡Que se muera él! ¡De moquillo o de muermo!

Demetria. Cállate.

Loreto. No sé si podré.

Cristalina. Pero dime, Demetria: ¿tan mal están las cosas? ¿Tan desesperadas? ¿Se colmó ya el vaso efectivamente?

Loreto. Se colmó y rebosó, y la casa es un río, Cristalina. Todo lo que se diga es poco. Es un animal de la peor ralea. ¡Cuéntale lo de anoche, mujer!

Demetria. Lo de anoche, Cristalina, es como lo de siempre. Mi equivocación ha sido absoluta, desde el principio, y la de él también.

Loreto. La mía, no: te paseó la calle, y ya vi yo que andaba en cuatro patas. Y te lo hice notar.

Demetria. No puede resistirme. A cuanto le digo ha de responder agriamente. Yo soy para él la mujer más indiscreta o más estúpida que ha nacido. Ni aun a mis halagos o caricias se blandea; al revés, parece que le mortifican, que le cansan o que le repugnan, según me rechaza indignado. Es horrible. Y mi casa es la peor gobernada que se conoce, y yo la más gastadora y exigente de las mujeres, y él un mártir, el más desventurado de los hombres… porque topó conmigo. Así vivo… desde que me casé; hace ya siete años. Sí: desde que me casé; porque a las pocas horas me di ya cuenta con pavor del alma de aquel hombre; de los brazos en que había caído.

Cristalina. Desgraciadamente, veo que estás al principio del fin.

Demetria. ¿Piensas como yo?

Cristalina. ¿Quién no, que te oiga?

Demetria. No hallo resquicio alguno para salvarme junto a él; no veo rayo de luz de esperanza. Ahora que tiene más dinero, quise confiar en su enmienda… ¡Un engaño más, Cristalina! El dinero le pesaría ganarlo… si fuese para mí. Para mí sólo el enojo, el agravio, el desvío…

Loreto. ¡La patada!

Demetria. Si hablo, imbécil; si río, idiota; si pienso en el hijo que podría ligarnos, cursi; si lloro, insoportable, necia… ¿Hay paciencia que baste? ¿Hay deber que ordene sufrir tanto? *Llora.*

Cristalina. Serénate, criatura. Yo, por mí, no sería capaz de sufrirlo.

Loreto. ¡Pues figúrate yo! ¡Y aun vacila esta desgraciada; esta burra!

Demetria. *Mirando entre lágrimas a Cristalina*. ¿Qué hago?

Cristalina. Lo que has pensado hacer: separarte.

Loreto. ¡Naturalmente!

Cristalina. Pero antes de dar ese paso, contéstame a esto o piensa en ello luego que estés sola, si no me quieres o no me puedes contestar. Que hay cosas en el fondo del alma, Demetria, que son sólo para cada uno; que no se comparten con nadie; que ni aun se confiesan; que viven y mueren en ese misterio de la conciencia en que no penetra sino Dios. *Abstrayéndose momentáneamente.* ¡El fondo del alma!… Dime Demetria, dime. Tu marido y tú vivís ya más que divorciados dentro de vuestra casa; es sólo distancia, más distancia, distancia material lo que pretendes poner entre él y tú. Conformes. Pero ¿eres tú capaz de oír que quiere a otra mujer y encogerte de hombros? ¿De verlo pasar junto a ti y no mirarlo? ¿De que te aseguren que tiene hijos que no son tuyos y quedarte impasible? ¿De saber que ha muerto y alegrarte? *Demetria la mira con estupor.* Alegrarte, sí. Pues mientras no entre todo este hielo en tu conciencia —que yo sé que ése y más caben en lo humano—, medita, aguarda sufre; no abandones tu derecho ni tu esperanza; no huyas de tu cruz, porque en otra más negra y más dura pueden crucificarte.

Demetria. ¿Más aún, Cristalina?

Cristalina. Más aún.

Loreto. ¡Buena la has hecho, hija del alma!

Cristalina. ¿Yo?

Loreto. ¡Tú! ¡Yo que me veía ya con la escoba, tirándolo por las escaleras abajo!

Cristalina. Le aconsejo lealmente.

Demetria. Dios te lo pague. Tú me descubres la verdad.

LORETO. ¡Si eso es lo inconcebible! ¡Que a esta hermana mía, aunque lleva mi misma sangre y mis dos apellidos, le gusta a su pesar esa bestia! ¡La daría de cachetes!

CRISTALINA. Los merece, sin duda. Pero tú, en su caso, en sus condiciones, ¿qué harías, Loreto?

LORETO. Nada; porque yo no acepto que a mí pueda gustarme un cetáceo.

CRISTALINA. Burlas aparte; tú ¿qué harías?

LORETO. Una de dos: o huir de él, gustándome y todo, perdonando el bollo por el coscorrón —que creo que puede perdonarse—, o venga látigo, y uñas, y palo, y hierro candente. ¡A ver quién podía más! El sistema de *más eres tú* y de herir por los mismos filos. Que grita: subo el tono; que me insulta: un plato a la cabeza; que me la pega con una pindonga: se la pego yo con un buen mozo, y que se rasque.

CRISTALINA. No digas tonterías.

LORETO. Pero ¿ha de ser para ellos la ley del embudo? En fin, callémonos ahora, porque vienen aquí estos dos y sería ya un colmo que le dieran la razón al de casa.

Salen por la puerta de la izquierda Raimundo y don Pachín.

RAIMUNDO. ¡Hola! ¿Ustedes por aquí, vecinas?

LORETO. Sí, señor; nosotras por aquí. No lo diga usted con retintín ni haciéndose de nuevas, porque de sobra sabía usted que estábamos.

RAIMUNDO. ¿Y usted, sabía también que no iba a encontrar a Nonito?

LORETO. Yo no vengo a esta casa nunca en busca de Nonito; ni tampoco en busca de usted.

RAIMUNDO. Lo lamento.

LORETO. Que Nonito pierda los papeles y ponga faltas de ortografía cuando me siente a mí, es cosa muy distinta. Va a sacar lo que el negro del sermón, y se lo he advertido; pero no he he de privar yo de la amistad de Cristalina por culpa de un conejo doméstico.

Raimundo. ¡Ja, ja, ja! Se lo diré mañana.

Don Martín. Veo que hay resaca, Loretito.

Loreto. Y grande; sí, señor. Hay resaca. Hoy tengo para todos.

Raimundo. ¿Qué es ello, vecina? ¿Algún nuevo crimen que ha descubierto usted, imputable a este odioso sexo a que pertenecemos?

Loreto. ¡Ah! En ese punto ya sabe usted que no descanso. Mi labor es continua. Trapacería de un bicho que yo huelo, la persigo hasta descubrirla y la saco al sol. *Dirigiéndose a Cristalina, que acompaña a Demetria y que la deja hablar con íntima y secreta complacencia de oírla.* ¡No te he contado, Cristalina! ¡Esta mañana he hecho una gorda!

Cristalina. ¿Sí?

Loreto. Con María Ribalta. ¡Pobrecilla! Casi le dió un soponcio.

Don Pachín. Pues ¿qué le dijo usted?

Loreto. Poca cosa: que su marido tiene un lío, cómo se llama ella, dónde vive… y que le ha puesto coche. ¡Que ya se explicará los regateos de casa!

Raimundo. Es usted infernal, Loreto.

Loreto. Yo, sí. El celestial es el marido. ¡Menuda gresca habrán tenido en el almuerzo! Lo estoy oyendo a Restituto: «¡Quisiera yo saber quién es la comadre… la chismosa!…». Ya, ya. Pues ¿y anoche? ¡Tampoco te he contado!

Don Pachín. Yo estoy absorto, Cristalina. ¿Tendré decirte por qué?

Cristalina. No, señor; no hace falta. Pero a ratos el silencio es más elocuente que todos los discursos. Deje usted que charle Loreto, que parece que la inspiro yo. ¿Qué fué lo de anoche?

Loreto. Una escena para un final de acto. En el principal: en casa de Adelina. Estaban cenando. Me recibieron en el comedor. «¡Entre usted! ¡Somos de confianza!». La pareja parecía en el viaje de novios. Bromitas picantes, galanteos, madrigales a cada sopa… Muy bonito. El bicho era feliz. Y yo, con esta perversidad que Dios me ha dado para que haga justicia esperé a que tuviese una aceituna en la boca, a ver si lo ahogaba, y me descolgué con esta preguntita, muy por lo ingenuo: «Diga usted, Ricardo: ¿quiénes eran

aquellas muchachas tan bonitas a que acompañaba usted anteanoche en un palco del Reina Victoria?».

Cristalina. ¡Jesús!

Loreto. No quieras saber la que se armó en la mesa. A Ricardo le entró una tos terrible. Creí que la aceituna le salía por un ojo. Había dicho en la casa que iba a no sé qué junta benéfica. La suegra empezó a insultarlo como una rabanera ofendida. La doncella se puso blanca como la muerte. A Adelina le dió una congoja; casi una alferecía. Se despertaron los chiquillos. No se comió un bocado más. Y yo entonces me levanté muy compungida y triste, pidiendo perdón por mi imprudencia, y me subí a casa muerta de risa a referírselo a mi hermana. Ésos se divorcian. El que quiera honra y tranquilidad, que la gane.

Don Pachín. ¿Sabes, Raimundo, que se me antoja muy peligrosa para un casado la vecindad de esta señorita? ¡Qué maretazos gasta!

Risas generales.

Raimundo. Pues yo no la temo, papá. Antes bien, la celebro. ¿Qué mayor tranquilidad para Cristalina que un Argos con faldas en la torre de junto? No habrá ni siquiera mirada infiel de mi parte que ella no delate con fruición. Más: yo la reto en presencia de todos ahora a que me descubra los trapicheos; a que se los cuente a mi esposa con pelos y señales.

Don Pachín. ¡Qué valor tienes, hijo!

Cristalina. ¿Valor, don Pachín, o conciencia tranquila?

Don Pachín. Valor, valor nada más.

Raimundo. Es que así también estoy a las maduras. Porque seguramente, si ella averigua que mi mujer tiene algún rondador que mira hacia la torre más de lo tolerable, ya me lo anunciará para que yo viva prevenido.

Loreto. ¡No se verá usted en ese espejo! Yo soy policía contra los bichos nada más.

Raimundo. ¡Pues ejérzala usted contra el bicho que ronde a Cristalina!

Don Pachín. ¡Claro!

Cristalina. Está tan segura de que no la tiene que ejercer, que no acepta el encargo. ¿Verdad, Loreto?

Loreto. Verdad, simpaticona.

Don Pachín. Con todo, *yo* insisto, Raimundo: en tu pellejo, le temería a esta niña más que a una galerna de marzo. ¡Qué mala sangre tiene! En cuanto a mí, si no anduviese ya tan retirado de la pesca…

Loreto. ¿Retirado del todo, don Pachín?

Don Pachín. ¡Del todo! ¿Quién llama pesca a algún cangrejillo, a algún muergo… a eso que se coge a la bajamar?

Loreto. ¿No, eh? Pues ándese usted con cuidado con la catalana que ha ido a parar a casa de Manuela Benítez.

Don Pachín. ¿Qué?

Loreto. Sé que le tira a usted mucho de la lengua y que le gasta bromas muy fuertes.

Don Pachín. ¡Porreta!

Loreto. Y es mujer peligrosa. Amiga *íntima* de un anarquista que está fichado.

Don Pachín. Pero ¿de veras es usted de la policía, joven?

Loreto. Lo parezco.

Demetria. Lo que pareces cada día es más extravagante y más chiflada. Vámonos a casa, que ya sabes esperamos amigas.

Loreto. Vámonos. Tú me trajiste, tú me llevas.

Demetria. Hasta luego, vecinos.

Raimundo. Hasta luego.

Don Pachín. Vayan con Dios.

Cristalina. *Yéndose abrazada a Demetria, por la puerta de la derecha.* Ya pasaré un rato a la noche, cuando os quedéis solas. Hablaremos…

Loreto. *A Raimundo, así que han desaparecido Cristalina y Demetria.* No tenga usted cuidado. Si le descubro alguna maca, lo prevendré para que se

corrija antes de poner aquí ninguna bomba. Que conste. La felicidad de Cristalina es para mí objeto de excepción. Que conste.

Raimundo. Muchísimas gracias. Pero yo no quiero vivir de la benevolencia de nadie. Aguce usted la vista… y ¡al banquillo, si lo merezco!

Loreto. Está usted algo tonto, Raimundo. Le vale a usted… el cariño especial que yo le tengo a ella. Buenas tardes.

Raimundo. Que usted lo pase bien.

Don Pachín. ¡Y ya le contaré yo a usted algún secreto de la catalana!

Loreto. ¡Y yo a usted! *Marchase tras las otras.*

Don Pachín. Estas chismosas son temibles, Raimundo; no des vueltas a eso. A lo mejor la toman contigo… y ya no tienes hora en paz: aquí te pillo, aquí te cojo; esto sé, esto me han dicho, esto se murmura; picotazo va y viene…

Raimundo. Pero ¿usted cree que a mí me hace gracia encontrármela hasta en la sopa? ¡Ni pizca! Pero ¿qué le hago? ¿Le voy a retorcer el pescuezo? Lo echo a risa, y vamos adelante. Menos mal que alguna vez distrae a Cristalina. Ahora verá usted qué posdata ahí en el descansillo de la escalera.

Don Pachín. Larga será. Sobre todo si tu mujer abre la espita para soltar lo que delante de nosotros ha callado.

Raimundo. No crea usted; de cuando en cuando, como afirmaba ella, le agrada, tanto como hablar, oír a alguien que refleje su pensamiento.

Don Pachín. Así descansa, ¿eh? Tú la conoces mejor que yo… Sin embargo, Raimundo, hace algunos días que, francamente, no la hallo en su ser. ¿Le pasa algo?

Raimundo. ¡No!

Don Pachín. ¿No?

Raimundo. Que yo sepa, no. Le preguntaremos a Loreto si acaso…

Don Pachín. No, sin broma. Nada te he dicho antes, pero ya que sale la conversación… De verdad: la he sorprendido alguna vez ensimismada,

triste —¡triste Cristalina!— y también he notado en ella bruscas abstracciones, como si en medio de una conversación llegara de improviso a su pensamiento una idea dolorosa, punzante… ¿He visto yo visiones, hijo?

Raimundo. Creo que sí, papá. Cristalina lo es todo menos una mujer que disimule. Le sale siempre el alma a los ojos, cuando no a los labios… Además, sé que no hay motivo ninguno…

Don Pachín. Repito que tú la conoces mejor que yo.

Raimundo. No dude usted que si cualquier preocupación ha advertido en ella, se refiere por completo a mí. A mi lucha, a mis afanes, a mis desmayos… a mí, por completo.

Don Pachín. Eso no lo dudo, inocente. ¿En qué ha de pensar sino en tí?…

Raimundo. Entiéndame usted. Cristalina es una mujer dichosa, absolutamente dichosa, que deja de serlo tan sólo cuando yo no lo soy. Ventura la suya cimentada en la mía, soy yo quien a veces disimula ante ella, finge, engaña; porque sé bien que la menor sombra que pase por mi espíritu, ella, al hacerla suya porque es mía, la agranda, la ennegrece.

Don Pachín. Lógicas exageraciones del amor.

Raimundo. Justo.

Pausa. Uno y otro sienten deseo de decirse algo más.

Don Pachín. ¿Sigue la posdata allá fuera?

Raimundo. ¿Cómo no? ¡Tres mujeres hablando de los hombres!… Tienen para toda la tarde.

Don Pachín. ¿Vámonos nosotros?

Raimundo. A ver si dejan a Cristalina… *Nueva pausa, más breve.* Volviendo a lo que hablábamos… Usted, a pesar suyo, papá, sin darse clara cuenta de ello, no desecha, no sacude del fondo de su alma una secreta desconfianza de mi mujer.

Don Pachín. ¡No, por Dios!

Raimundo. Yo temo que sí.

Don Pachín. No, no; te digo que no, hijo; te digo que no. Desecha tú, arranca de tu corazón esa mala semilla. Yo tuve tal desconfianza, es verdad, y

era natural que la tuviese, y de ella te hablé sin rodeos cuando te enamoraste de Cristalina… Al fin y al cabo, se trataba de una mujer sin otra familia conocida que un hermano loco, sin antecedentes en que poder fundar una buena opinión, a la que había que creer por su palabra o por su llanto… y a quien había abandonado un amante, el primero y el único, dejándole una niña… ¿No había de vacilar tu padre, Raimundo? Como tampoco me mordí la lengua cuando pensaste en tu matrimonio y en prohijar a su hija… ¡Entonces te hablé aún más claro y más fuerte! Y a pesar de tus protestas de amor, y de que me repetías en todos los tonos cuánto significaba ya en tu vida aquella mujer, recuerda que no transigí sino cuando supe por ti, y por ella misma, que el padre de la niña había muerto.

Raimundo. Así es la verdad.

Don Pachín. Porque, conociéndote bien, Raimundo, yo no quería para ti la tortura, el desconcierto sentimental que había de producirte el temer en tu casa, de cerca o de lejos, la aparición o la sombra de un hombre en cuyos brazos cayó, engañada, antes que en los tuyos tu compañera, y a quien con más razón que a ti podría llamarle padre la hija de sus entrañas.

Raimundo. Es verdad, es verdad…

Don Pachín. Muerto él, ese nubarrón desaparecía del horizonte… Gracias a Dios.

Raimundo. Es verdad, es verdad… Entre mis pesadillas de la noche, la de que ese hombre vive es la que más a menudo me asalta…

Don Pachín. ¿Ves tú? Luego, por dicha, traté a Cristalina bien de cerca, aprecié sus virtudes, singularmente esa transparencia de su alma de que me hablabas tú, y se desvanecieron enteramente cuantas dudas nublaban la mía. Enteramente. En esto hago hincapié. Si piensas otra cosa, te engañas.

Raimundo. El cariño a la mujer propia es tan susceptible… Pero se me ensancha el alma oyéndolo a usted. Quizás mis sospechas son mentidas, y no obstante se producen en mi pensamiento para darme el placer de oír la negativa. ¡Es tan sabrosa! Si viviese usted con nosotros…

Don Pachín. Hombre, ya conoces todas las razones de mi alejamiento… En aquel rincón tengo mi ambiente propio mi tertulia, mis amigos, mis hábitos… hasta mis cuatro ochavos tengo allí…

Raimundo. Si no discuto eso. Iba a decir que si viviese usted con nosotros, apreciaría más palpablemente quién es Cristalina, cómo es, qué empleo da a sus horas.

Don Pachín. Si lo aprecio desde lejos, tontuco…

Raimundo. Pero lo gustaría más bien desde cerca.

Don Pachín. Ya vengo a darme ese gustazo a cada coyuntura propicia, hombre. ¿No lo ves?

Raimundo. Sí. Y no deseo más sino que las aproveche usted todas. Por egoísmo también, papá. Me hace falta la compañía de don Pachín Menéndez, que es una de las pocas personas de quien ya me fío. Casi no me fío a estas alturas más que de dos.

Don Pachín. En eso no vas equivocado.

Escapulario, que momentos antes ha aparecido de nuevo en el mirador y ha cruzado hacia la derecha, se acerca a la ventana y les dice:

Escapulario. Toavía sigue er disco. Son despedías de óperas las de estas niñas: siempre paese que se están acabando y nunca se acaban.

Ríen padre e hijo. Escapulario se sienta en el mirador y poco después cabecea.

Raimundo. Bueno, pues yo no espero más. Vamos a ver si despidiéndome yo levantan el vuelo. Como usted ha de ir a su casa y yo a la *Editorial* un instante, nos veremos en casa de Lucas Marea.

Don Pachín. Eso es. En casa de Lucas Marea.

Raimundo. Cabal. Hasta ahora.

Don Pachín. Hasta ahora.

Raimundo. No me tarde usted. *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Pachín. Descuida: iré pronto. Y a rema ligera. *Pasea abstraído, como meditando sobre la anterior conversación con su hijo. Entre sí, murmura:* ¡Estos escritores!… ¡Estos psicólogos!… Caló en mi conciencia el muchacho. Pero es él quien tiene razón. Ahí vuelve ella. Ahuyentó Raimundo a las dos gaviotas.

Sale Cristalina, que viene hablando desde dentro.

Cristalina. ¡Jesús que pesadez de *cine*! Empeñadas en que me fuera con ellas al *cine*. ¡Qué mareo de *cine*! Yo no tengo ganas de *cine*. Ni tampoco me gusta el *cine*. No me gusta el *cine*, señor, no me gusta. ¿A usted le gusta el *cine*? ¿A usted le gusta? A mí, no. ¿A usted, sí? A mí, no.

Don Pachín. Yo todavía no he dicho ni que sí ni que no.

Cristalina. ¡No me gusta! Aunque esté de moda y sea barato, no me gusta. Me marea, me fastidia, me lastima los ojos, me aburre de muerte. Todavía cuando son panoramas o vistas curiosas, se puede resistir. Arboledas, montes, llanuras, precipicios, cascadas, ríos, mares, barcos, trenes… Todo eso puede ser bonito. Pero las escenas cómicas o dramáticas me sublevan. No ve usted más que muecas y gestos, todo el mundo abriendo la boca y haciendo visajes, y no oye usted una palabra. ¿A usted le gusta eso? ¡A mí, no!

Don Pachín. ¡A mí, sí!

Cristalina. No, no, no; a usted tampoco, a usted tampoco. Pues empeñada Loreto en que me fuese yo con ellas ahora. ¡Al *cine*! ¡Ni a la gloria! No, no, no. Sí. No. ¡Es ya demasiada Loreto! Simpática, graciosa, ocurrente, buena muchacha, buena amiga… ¡pero ella en su casa y yo en la mía, señor! Sí, sí, sí, sí, sí. Aparte de que no le hace gracia a Raimundo verla aquí a todas horas. Y basta con eso. ¿A qué hablar más?

Don Pachín. ¿A qué hablar más, has dicho?

Cristalina. Sí, señor; eso he dicho. ¿A qué hablar más, si a él no le hace gracia? Ahora, al despedirse, creyó que sonreía y les puso una cara a las dos hermanas que fué como decirles que estaban de más hacía rato. Porque encima de todo, Raimundo sabe que yo iba a dedicar la tarde a contestar cien cartas mías, y se vuela de pensar que una impertinencia de ese género pueda contrariarme.

Don Pachín. ¿Cien cartas vas a contestar?

Cristalina. Un montón de ellas, cuando menos.

Don Pachín. Y pluma en mano, como no tienes interlocutor que te ataje, habrá que verte discurrir pliego adentro. ¡Cualquiera te calla!

Cristalina. ¡Ah!, pues no, señor. Se conoce que es el interlocutor precisamente, el placer de verlo callado, lo que me excita a hablar sin tregua. Por escrito soy más concisa. Ni vale la pena tampoco… Imagine usted que la mayoría de las cartas son a personas conocidas por casualidad y de las que apenas me acuerdo. Las caras se me olvidan. ¿Cómo he de retener en la memoria las de gentes a quienes he visto una sola vez y casi de pasada? ¡Dondequiera que voy saco amigas!… Es una perdición. Porque no se conforman con aquel trato del momento, sino que se empeñan en seguirlo… En los viajes, en las playas, en los hoteles, en las tiendas… «¡Que nos veamos!». «¡Que nos veamos!». «Yo le escribiré a usted». «No sea usted ingrata y me vaya a dejar sin contestación…». La simpatía, la simpatía. Esto tiene la simpatía. ¡Reniego de la simpatía!

Don Pachín. *Resueltamente.* ¡Vaya!

Cristalina. ¿Qué bicho le ha picado?

Don Pachín. ¡Que me voy a la calle ahora mismo!

Cristalina. ¿Por qué?

Don Pachín. Porque acabo de convencerme de que es a mí, a mí solo, a tu suegro, a quien te gozas en no dejarlo hablar. ¡Sí, sí, sí, sí, sí!

Cristalina. ¡Ja, ja, ja! No, señor, no; se marcha usted porque se ha citado con Raimundo. ¿Creerá usted que él no me lo ha dicho antes de irse? ¿Va usted a ver si se queda al fin con aquellos terrenos de junto a su casita de campo?

Don Pachín. Eso persigo. Pero es difícil. ¡Son dos pies de tierra, como si dijéramos, y tienen más de diez propietarios!… ¡Conque para ponerlos de acuerdo a todos!… Veremos lo que sale. En casa de Lucas Marea he de ver a dos o tres de ellos ahora.

Cristalina. *Enmendándole la plana en son de burla.* La casa de Lucas Marea está allí.

Don Pachín. ¡La casa de Lucas Marea está donde yo he señalado! ¡No sé por qué os hace aquí a todos tanta gracia esto de las orientaciones! ¿Habrá cosa más natural? Si me dirijo allí, ¿por qué he de señalar allí? Es como si tú dijeras; «La vecina de abajo…» ¡y señalaras hacia arriba!

Cristalina. ¡Ja, ja, ja! Oiga usted: ¿es verdad que usted no duerme a gusto más que con la cabeza hacia el Norte?

Don Pachín. Es verdad que duermo mejor; no te rías.

Cristalina. Entonces, en casa de Manuela Benítez…

Don Pachín. ¡Ya saben mi rareza! ¡Y en todas las fondas adonde voy, o tuerzo la cama a mi antojo, o, si no puedo, me tiendo al revés! ¿Te enteras? ¡Pues no se te olvide, por si alguna noche duermo en tu casa! ¡Abur! ¡Que despaches toda la correspondencia! Hasta mañana.

Cristalina. ¿Hasta mañana ya?

Don Pachín. Sí. Esta noche me acostare muy pronto.

Cristalina. ¿Con la cabeza al Norte, por supuesto?

Don Pachín. ¡Por supuesto! *Vase riéndose por la puerta de la derecha.*

Pausa. Súbitamente cambia Cristalina otra vez de expresión y exclama entristecida:

Cristalina. ¡Se me caía ya la máscara del semblante! ¡Y yo creía que no sabía fingir!… *Reparando en Escapulario.* Aún me queda otro poco. Hay que alejar también a ésta. *Se acerca al mirador.* ¡Escapulario! ¡Mujer! ¡Escapulario!

Escapulario. *Despertando.* ¡Señora!

Cristalina. ¿Otra vez dormida? ¡Así luego te desvelas de noche! Ven acá.

Escapulario. Ayá voy. *Pasa al gabinete.* Estaba na más embelesándome. No me había dormío, no señora. Sino que entorné una mijiya los ojos por er resplandó.

Cristalina. Ya, ya conozco tus embelesos. Mira: te vas a bajar con Sisita.

Escapulario. ¿Con Sisita?

Cristalina. Sí. Tengo que contestar un sinfín de cartas, y temo que si no bajo yo o bajas tú, se me suban aquí todos como el otro día y no me dejen.

Escapulario. Bueno.

CRISTALINA. Diles a esas señoras que no se molesten en subir con la niña más tarde; que yo iré por ella; que las quiero saludar en su casa.

ESCAPULARIO. Pero ¿se va usté a quedá sola?

CRISTALINA. ¿Sola? ¡Yo nunca estoy sola! Y ¿tú sabes todas las amigas que hoy me están aguardando?

ESCAPULARIO. ¡Ah! ¡Las de las cartas!… Pero ¿y si viene arguien?

CRISTALINA. ¿Quién va a venir aquí? Anda, anda, déjate de escrúpulos.

ESCAPULARIO. Pos hasta luego.

CRISTALINA. Adiós. Y cuida de que Sisita no diablee demasiado.

ESCAPULARIO. ¡Bastante caso me hase a mí Sisita! *Vase por la puerta de la derecha.*

Cristalina se deja caer abatida en una butaca y da un gran suspiro.

CRISTALINA. ¡Ay!… ¡Loco empeño el tuyo, Cristalina!… ¡Quieres que en medio de una tempestad nadie escuche un ruido ni vea una relámpago! ¡Gran victoria, si lo consigue! Si no, ¡qué amargura!… ¿Qué ocurrirá, si no? *Se levanta. Va y viene en silencio por la habitación barajando ideas y sentimientos, como si hiciese examen de conciencia.* ¡No, no: ir adonde él quería, nunca! ¡Antes la confesión del engaño! ¡Antes la verdad!… ¡Sisita! ¡Hija mía!… ¡Nada más que hija mía!… ¡Porque no eres de él… no eres de él! ¡Eres sólo hija mía! *Estremeciéndose de repente.* ¡Ahí está ya el bandido! ¡Ahí está! Acechaba en la calle no sé dónde… y en cuanto salió el viejo… ¡Ahí está! *Con desesperación.* ¡Es capaz de todo! *Con viril energía.* ¡Pero yo también!

Vase por la puerta de la derecha. Poco después vuelve, seguida de Luciano.

LUCIANO. ¡Al fin, mujer! ¡Al fin! ¿Estás sola?

CRISTALINA. Sola.

LUCIANO. ¡Bien me has hecho desear este instante!

CRISTALINA. Por mí no habría llegado nunca. Hacen falta toda tu maldad y todo tu cinismo para obligarme a esto.

LUCIANO. No hace falta sino un decidido afán de hablar contigo; de verte junto a mí otra vez. *Cristalina lo mira con desprecio.* Te escribí una carta citándote, fiado en tu promesa: no acudiste a mi cita. Te escribí otra, y tuvo la misma respuesta: tu desdén, tu silencio. Por eso te he escrito la de ayer anunciándote que hoy vendría a ver a tu marido, para quien traigo una visita de Londres. No está tu marido, porque lo has alejado tú: enhorabuena. No deseaba otra cosa.

CRISTALINA. No sé para qué.

LUCIANO. Acabas de oírmelo; por el afán de volver a verte y de hablarte.

CRISTALINA. Por eso he dicho que no sé para qué.

LUCIANO. ¿Es que no me consideras ya ligado a ti de ningún modo?

CRISTALINA. De ninguno.

LUCIANO. ¿Nada soy para ti?

CRISTALINA. Nada eres.

LUCIANO. ¿Nada fui, tampoco?

CRISTALINA. Nada eres. Lo que fuiste ¡sólo tú osarías recordarlo!

LUCIANO. Un hombre que te quiso.

CRISTALINA. ¡Mentira!

LUCIANO. Un hombre que te dió su alma.

CRISTALINA. ¡Mentira! Alma no la tuviste nunca; el cuerpo, yo misma lo enterré. Te me apareces como un resucitado. Pero ya ves: ni me espanto, ni tiemblo.

LUCIANO. A los muertos también se les recuerda, Cristalina; se les quiere; mandan en nosotros.

CRISTALINA. Hay gentes que al desaparecer sólo nos libran de una carga.

LUCIANO. Pero ¿no vive cerca de ti nada que continuamente evoque mi sombra?

CRISTALINA. Nada.

LUCIANO. ¿Ni mi hija?

Cristalina. ¡Calla, mal hombre! ¡Calla!

Luciano. ¿No puedo ni nombrar a mi hija?

Cristalina. ¡Delante de mí, no!

Luciano. ¿Por qué? ¡Quiero verla! ¡No me iré sin verla!

Cristalina. Llámala por su nombre. *Luciano enmudece, perplejo.* ¿Ves? Ni su nombre sabes. Su primer sollozo al nacer fué como un impulso para tu fuga. ¡Y ahora te atreves a desearla! ¡Y ahora quieres que ella sea la que nos aproxime!… ¡Insensato! ¿No ves que esa hija no es tuya, que es mía nada más? ¡Jamás la beso sino como mía! ¡Nunca tu recuerdo maldito viene a turbar mis caricias a ella! ¡Es mi hija de mi alma! *Con sobreexcitación creciente.* ¿Quién eres tú ante esa criatura? ¿Quién eres tú aquí? ¡Un monstruo de maldad, un extraño, un demente!… ¿A qué ha venido este hombre a esta casa? ¿Quién le abrió la puerta? ¿Cómo entró? ¿Quién lo llamó ni le enseñó el camino? ¿Qué locuras dice y en qué lenguaje habla que yo no lo entiendo?

Luciano. ¡Cristalina!

Cristalina. Cristalina, sí; mi nombre sí lo sabes. Cristalina soy. Y no sé qué generosa piedad tiene Dios conmigo en este momento, qué suerte de serenidad me infunde, que no corro a ti como una fiera para despedazarte.

Luciano. Calma, Cristalina; ten calma…

Cristalina. ¿Todavía quieres más?

Luciano. Tranquilízate… No es esto, no es éste el camino… Piensa que Dios te infunde acaso esa serenidad de que alardeas porque cree que debes oírme.

Cristalina. No ofendas a Dios.

Luciano. Sabía yo que el primer encuentro, el primer choque, había de ser así. Es natural que mi huida, mi inexplicable huida, y mi continuado silencio de más tarde, produjeran este arrebato tuyo, esta indignación cuando me vieses. Pero mi expiación, mi arrepentimiento, mi martirio, mi vida de estos años de abandono, de infortunio, de hambre, bien merecen alguna piedad.

Cristalina. De mí no la esperes. Te enterré; ya lo dije. Para mí no existes desde entonces. Viéndote estoy y aún no les doy crédito a mis ojos. Será inútil cuanto me hables.

Luciano. ¡Me enterraste, dices!… Pues yo te juro que más de una vez he deseado la muerte y la he buscado en mi soledad, en mis vicisitudes, y siempre una idea, la misma, me ha detenido en el último trance: ¿me podré salvar aún en los brazos de ella?

Cristalina. Y ella ¿quién es?

Luciano. ¿Lo preguntas?

Cristalina. *Con asombro y desprecio infinitos.* ¿Yo?

Luciano. Tú, Cristalina, tú…

Cristalina. *Fríamente: cruelmente.* Pues si no esperas en este mundo ya más calor ni más amparo que el que mis brazos puedan darte, vete de él.

Luciano. ¡Oh!…

Cristalina. Y si no te han de llorar más ojos que los míos, sobre la tierra que te sepulte no caerá una lágrima.

Luciano. ¡Oh!… Pero ¿eres tú, Cristalina, tú quien así me habla?

Cristalina. Yo, yo…

Luciano. ¿La que me quiso locamente?

Cristalina. Yo, yo…

Luciano. ¿La que se me entregó rendida?

Cristalina. ¡Yo, yo, yo!…

Luciano. ¿La que no quería ver más cielo que el que veía en mis ojos?

Cristalina. ¡Yo, yo misma! ¡Ésa, ésa!… ¡Yo, yo, yo!

Luciano. ¿La que no cabía en la tierra de gozo ante el anuncio de nuestro hijo?

Cristalina. ¡Yo, yo!…

Luciano. ¿Y tú, tú, ni siquiera por el recuerdo de aquellas horas…?

Cristalina. ¡Necio! ¡Porque tu presencia trae ante mí de pronto ese recuerdo, es esta sublevación de mi alma, es este temblor, esta ira candente; es esta vibración de mí ser; es este desprecio, este odio, este asco!

LUCIANO. ¡Por Dios o por el diablo, mujer! Yo merezco otra cosa; yo no soy ese monstruo de maldad que tú creas inspirada por un despecho ciego. Yo no soy más que un hombre desquiciado, falto siempre de centro de gravedad; enfermo inconsciente, jugador de azar en la vida; dominado entonces absorbido por el aliento de una mujer trágica en mi camino que me arrancó de ti, temerosa de que la cadena de la hija que nació pudiese más que la de sus brazos y me alejara de ella.

CRISTALINA. ¡Miserable!

LUCIANO. Yo no soy tan malo como tú me pintas, es verdad; no, no soy tan malo; pero, tal como soy, nada me solivianta y enardece más que la dificultad a mi paso, la barrera frente a mi deseo, el enemigo terco ante mí, la ajena rebeldía contra mi voluntad o mi suerte. Mira bien cómo luchas conmigo.

CRISTALINA. Míralo tú, porque las armas son distintas; porque lo son también los móviles. Tú no defiendes sino tu egoísmo, tu amor propio de hombre vejado. Tú vienes con ridículas amenazas, envidioso de mí, codicioso otra vez de mí, en busca de un liviano perdón, de unas horas torpemente sabrosas, burlándolo todo en gracia tuya. Yo, en cambio, defiendo una felicidad que con amor he sabido labrarme y que raras veces se consigue en la vida. ¡Piensa bien cómo vas a atacarla porque tú no sabes cómo yo la voy a defender!

LUCIANO. ¡Inocente enemiga!… Para turbar una felicidad y que ya sea incompleta, ¡si vieras tú qué poca cosa basta!… Una frase al oído.

CRISTALINA. Menos basta para matar a un hombre: un puñal silencioso.

LUCIANO. ¿Qué dices?

CRISTALINA. No te obstines en tu intención, que a nada bueno ha de llevarte.

LUCIANO. ¿Y a ti el estorbarlo?

CRISTALINA. Estorbar la maldad siempre es obra buena, cueste lo que cueste. No te obstines.

LUCIANO. ¿Ni en ver a mi hija?

CRISTALINA. Llámala por su nombre.

LUCIANO. ¿Otra vez?

CRISTALINA. ¡Y cien más que pretendas lo mismo! ¡Canalla! ¡Canalla! En las horas de mi desamparo y de mi deshonra, cuando apretaba contra mi corazón aquel pedazo de mi alma y de mi carne, como si quisiera volverlo de nuevo adentro de mi ser, porque no viese el mundo traidor a que venía; en las horas de tu abandono inicuo —del que luego he podido alegrarme—, en mi cabeza enloquecida se hicieron de hierro estas ideas: «¡Jamás, jamás acudiré a ese hombre ni volveré a verlo; jamás esta niña sabrá qué ruin villano la engendró!».

LUCIANO. No delires, mujer.

CRISTALINA. No es delirio, hombre: es la certeza de una resolución, de una conciencia, de una voluntad. Ni tú eres el padre de mi hija, ni ella sabrá nunca de ti. El padre de mi hija no es otro que el dueño de mi amor honrado. Él le dió cuna a su cuerpecito, y nombre a su ser, y abrigo a su pureza, y calor y luz a su alma. ¡Ése es el padre de mi hija! Nadie la quiso hasta que él vino a mí.

LUCIANO. ¡Nadie la quiso!… *Tocando otro resorte.* Yo sé de alguien, Cristalina, que, sin ser su padre, bien hubiera deseado besarla antes de morir.

CRISTALINA. ¿Antes de morir?

LUCIANO. Antes de morir.

CRISTALINA. ¿A quién te refieres?

LUCIANO. ¡Pobre Jorge Manuel!

CRISTALINA. ¿Hablas de mi hermano?

LUCIANO. De tu hermano.

CRISTALINA. ¿Tienes noticias suyas? ¿Ha muerto, has dicho?

LUCIANO. Ha muerto: en mis brazos; en estos brazos que maldices.

CRISTALINA. ¿En tus brazos? ¿No mientes otra vez?

LUCIANO. *Colérico.* ¡No miento! Traigo además, en prueba, reliquias suyas para ti; cartas, algún retrato, objetos de intimidad…

CRISTALINA. *Conmovida.* ¡Pobre hermano mío!

LUCIANO. ¿Ves tú cómo no se puede prescindir de nadie en este mundo, por mucho que se le desprecie y se le odie? Fui yo, su irreconciliable enemigo de un día, quien lo encontró moribundo en un rincón de América y quien lo atendíó piadosamente.

CRISTALINA. ¡Qué crueldades tiene el destino!

LUCIANO. Ya lo ves.

CRISTALINA. Ya lo veo.

LUCIANO. Me perdonó llorando, me habló de ti, me habló de la niña…

CRISTALINA. ¡Qué dolor el suyo, madre del alma! ¡Pobre, pobre hermano! ¡Pobre Jorge Manuel! Había de morir de esa manera. ¡Pobre insensato! ¡Pobre loco! Era un enfermo de ambición. Todo lo ambicionaba, para conseguirlo y desdeñarlo una vez conseguido. Así no tuvo jamás afecto duradero, ni casa posible, ni patria en que vivir dichoso.

LUCIANO. ¿A quién se parecía ese desventurado?

CRISTALINA. A ti, no. *Alterándose y desconcertándose súbitamente.* ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¿Quién llega? ¿Quién ha entrado?

LUCIANO. ¿Ha entrado alguien?

CRISTALINA. ¿Quién?

Don Pachín responde desde dentro.

DON PACHÍN. ¡Gente de paz!

CRISTALINA. *Anonadada.* ¡El padre de Raimundo!

Se miran vacilantes, atónitos. Instintivamente ella corre hacia la puerta de la derecha, por donde llega don Pachín, y él retrocede, esperando en ella. Antes que en el pensamiento de Cristalina brille la salvadora idea, sale don Pachín, a quien se le abraza temblando. En el primer instante, éste ve sólo a ella.

CRISTALINA. ¡Don Pachín!

DON PACHÍN. Perdona, hijuca; veo que te he dado un susto… Ese simplote de Raimundo se dejó en su mesa unos papeles… *Advierte en esto la presencia de Luciano, y separándose de Cristalina y mirando sorprendido a los dos, pregunta.* ¿Eh? ¿Quién?

Un momento de angustia. Cristalina, señalando a don Pachín, rompe el

silencio diciéndole a Luciano:

Cristalina. El padre de mi esposo. Y *volviéndose entonces al viejo, añade, anhelante y trémula:* ¿Usted se acuerda, don Pachín, de aquel hermano mío, de quien tantas veces he querido saber; de aquel andariego infeliz; de aquel pobre loco sin ventura?

Don Pachín. ¿Jorge Manuel? ¿Quizá…?

Cristalina. No, no es Jorge Manuel; es un amigo suyo, que me ha traído noticias de su muerte. *Llora.*

Don Pachín. *Consolándola, sin reflexionar más en tal instante, dominado por la emoción de ella.* ¡Válgate Dios, muchacha! ¡Válgate Dios! Esos volanderos así, siempre dan estos sustos… Serénate, chicuca. Siquiera has sabido de él… Tú misma ¿no lo dabas por muerto y desaparecido?…

Cristalina. ¡Y murió pensando en nosotros… queriendo besar a Sisita!…

Luciano. *Casi para sí.* ¡Sisita!

Cristalina. ¡Infeliz hermano! ¡Con qué amargura no habrá muerto! *A Luciano.* Yo hubiera volado al lado suyo para decirle: «Tu hermana es ya dichosa; es honradamente dichosa: no penes por ella. Tiene esposo amante, hija que le encanta la vida, sosiego, bienestar, paz en su conciencia y alegría…». En cambio, el pobre se ha ido de este mundo sin saber de mí nada más que la desventura, la traición, la infamia… ¿No es así?

Luciano. No, no es así.

Don Pachín. Pero, sea como quiera, cálmate tú, criatura. ¿Más que te has desvelado por él? ¿Más que has hecho por seguir su rumbo? ¡Desde la otra orilla verá lo que no ha podido ver desde ésta! Cálmate, cálmate. Y perdona un segundo; y usted también, señor… Voy por esos papeles… *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Cristalina lo sigue un punto. Luego, segura ya de que no ha de escucharla, se encara con Luciano y le dice, muy cerca de él, con voz sorda y terrible:

Cristalina. Ya sabes quién eres aquí y a lo que has venido a esta casa. Mi dicha es muy firme y no se destruye fácilmente; pero como quieras

empañarla, como atentes a ella, como llegues a descubrir aquí tu persona, conocerás del todo a esta mujer. *A don Pachín, que vuelve, con los papeles por que entró.* ¿Qué? ¿Dió usted con ellos?

Don Pachín. Sí. ¡En seguida! Ese mala cabeza…

Cristalina. Y ¿se va usted?

Don Pachín. ¿Por qué me lo preguntas?

Cristalina. ¿Tiene prisa en marcharse?

Don Pachín. Me están aguardando…

Cristalina. ¡Pues que aguarden un poco más! ¡Quédese ahora conmigo! *Se le abraza.*

Don Pachín. ¡Sí, mujer! ¡El tiempo que tú quieras! *A Luciano.* ¡Esta Cristalina manda aquí en jefe! ¡Es la capitana del barco!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores, pero con los muebles del primero, aunque en otra disposición. Es por la tarde. Termina el mes de mayo.

La escena está sola. Luego llega de la calle Raimundo y se sienta respirando a sus anchas.

RAIMUNDO. ¡Ay!… ¡Gracias a Dios que estoy en mi torre!

Loreto habla dentro, hacia la izquierda, despidiéndose.

LORETO. No, no salgas: conozco el camino. Descuida, que nada me llevo. Hasta luego, rica.

RAIMUNDO. ¡Vaya! ¡Pues no estoy en mi torre! ¡Estoy en la de junto!

Sale por la puerta de la izquierda Loreto.

LORETO. ¡Raimundo! ¡Lo hacía a usted en la calle!

RAIMUNDO. Y yo a usted en su casa.

LORETO. No me conmueve la indirecta.

RAIMUNDO. No es indirecta, amiga mía.

LORETO. Por si acaso. Vengo de la leonera. Allí dejo, enredando, a la madre, a la hija y al abuelo. Parecen tres chicos. No le hacen caso a nadie. Y ahora lo dejo a usted, porque trae cara de vinagre de yema.

RAIMUNDO. ¿Yo? ¿Cara de vinagre?

LORETO. De aceite refinado no es.

RAIMUNDO. Es que usted ya se va acostumbrando a la sonrisa azucarada de Nonito…

LORETO. ¡Quite usted de ahí! Hasta luego.

RAIMUNDO. Óigame un instante.

LORETO. Pues que conste que es usted quien me llama.

RAIMUNDO. Yo, sí. Mi secretario destila almíbar estos días: ¿es que se arregla eso? ¿Va usted al fin a caer con ese bichito?

LORETO. ¡Caer!… ¡caer!… Si caigo yo, el bicho será quien dé el batacazo. No le quepa a usted duda. La suerte de mi hermana no se repite en mí.

RAIMUNDO. ¡Pobre Demetria!

LORETO. Es bien digna de compasión. Tiene cruz hasta que él se muera. Pero como Nonito ha estudiado dos años de Farmacia, yo le he pedido un veneno activo que se pueda deslizar en la mostaza o en la mantequilla… a ver si un buen día acabo con el paquidermo.

RAIMUNDO. ¡Canario! Y ¿Nonito ha accedido?

LORETO. A eso… y a todo cuanto yo le mande.

RAIMUNDO. Pero conociendo esas intenciones de usted y esos procedimientos contra los bichos, ¿cómo no le huye cielo y tierra?

LORETO. Porque él dice que al que se muere a gusto…

RAIMUNDO. Ya. ¡Terrible veneno el del amor! ¿Le va usted a hacer caso, de veras?

LORETO. ¡Qué sé yo, Raimundo! Dudo todavía entre unas oposiciones a Correos o decirle que sí. Puede que me resuelva por el sí. Yo, si me caso, es para zurrarle la badana a mi marido; para traerlo de coronilla. Y este secretario de usted tiene muy buenas condiciones.

RAIMUNDO. Ni pintado lo encuentra usted mejor. ¡Desgraciado Nonito! Digo, si es que no se cambian los papeles a última hora… ¡Que se dan casos! La miel de Himeneo es pérfida, Loreto.

LORETO. A la primera barrabasada que me haga, lo amarro a una pata de la cama y le pongo en un plato la comida del día anterior.

RAIMUNDO. ¡Como no le caiga a usted en gracia la barrabasada! ¡El matrimonio da muchas sorpresas!

LORETO. Bueno, bueno; no me alarme usted, si no quiere verme en una ventanilla de Correos.

RAIMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

Por la puerta de la derecha sale, en esto, Nonito, risueño y sonrosado. Tiene el mismo, pero parece que tiene más pelo que en el acto primero. Espejismos de la felicidad. En la mano trae un plieguecillo.

NONITO. Lo sentí a usted entrar y quería consultarle…

RAIMUNDO. Sí, sí; justifique usted la salida.

NONITO. ¡Este jefe!…

RAIMUNDO. ¿Qué es ello?

NONITO. Un besalamano para contestarle a Oñajoso.

RAIMUNDO. ¿Un besalamano?

NONITO. Sí; mejor que tarjeta… Por no mandarle sin una letra los cinco duros que le pide a usted…

RAIMUNDO. ¡Pero, hombre!

NONITO. *Leyendo.* «B. L. M. a D. Félix Hilario Oñajoso, su excelente amigo y antiguo compañero, y tiene el mayor gusto en remitirle las veinticinco pesetas que de su munificencia solicita, deplorando muy mucho la precaria situación en que el interesado se halla, así como que sus infinitas obligaciones le impidan…».

RAIMUNDO. *Interrumpiéndolo.* ¡Está usted empecatado, Nonito!

NONITO. *Perplejo.* ¿Qué?

RAIMUNDO. ¡Eso ya parece hasta una burla! ¿Usted cree que a un hombre que da un sablazo de cinco duros se le pueden mandar envueltos en papel de bombones? ¡Sufre usted un ataque agudo de tontería del que se tiene que curar, o no hará cosa de provecho! ¡Loreto, por amor de Dios, a ver si usted lo arregla! ¡Vamos, que un besalamano a un sablista!… ¡Vamos!, ¡vamos!… No me ha ocurrido nada más pintoresco. *Éntrase por la puerta de la izquierda, indignado.*

LORETO. Tiene razón. Está usted más simple cada día.

NONITO. ¡Pues me vuelves tú!

LORETO. Ya lo era usted antes de conocerme.

NONITO. *Desolado.* ¿Usted?

LORETO. Bueno, tú. No me acostumbro a tutearte.

NONITO. Pero ¿no somos novios ya?

LORETO. Todavía, no. Antes he de ponerte bien a cala.

NONITO. ¿Más calado me quieres? ¡Pide, tiranita, feúcha, arpiucha!…

LORETO. Por lo pronto, esta noche quiero que me lleves a Maravillas.

NONITO. ¡Vaya un sacrificio!

LORETO. Espérate un poco.

NONITO. ¿Tres butacas?

LORETO. No; un palco.

NONITO. ¡Ah! ¿Un palco?…

LORETO. Sí. No teclees, que me pones nerviosa.

NONITO. Dispensa, hija. Me he pasado la mañana a la máquina…

LORETO. Te pido el palco, porque nos acompañará una amiguita forastera.

NONITO. ¡Encantado yo!

LORETO. Casada, ¿sabes? ¡Más guapa!, ¡más simpática!, ¡más picarona!… Se la pega al marido y al amante. ¡Más rica!…

NONITO. ¡Je!

LORETO. Es una monada.

NONITO. Y ¿cuál de ellos dos irá con nosotros? ¿El marido… o… o…?

LORETO. Ninguno de los dos. ¡No teclees!

NONITO. Dispensa. *Se mete las manos en los bolsillos de la americana.*

LORETO. Con nosotros vendrá un hermano suyo. El marido es un animalote: gordo, apoplético… Se ahoga en las cuestas, como el *auto* de mi cuñado.

NONITO. ¡Je!

LORETO. El hermano, en cambio, en clase de bicho no está del todo mal. Parece inteligente.

NONITO. ¿Es soltero?

LORETO. Y sin hijos.

NONITO. ¡Natural!

LORETO. No, no tan natural; no seas ingenuo. Y muy enamorado además.

NONITO. ¡Loreto!

LORETO. Sí, sí; mucho. ¡A mí me dispara unos piropos!…

NONITO. ¡Loreto!

LORETO. Nada, nada; no hagas el Otelo ni rujas. Tranquilízate. Nunca peligraré con un bicho más inteligente que yo.

NONITO. Sí que me tranquilizo entonces.

LORETO. ¡Estás tecleando dentro de los bolsillos!…

NONITO. ¡Es que entre la máquina y la conversación, teclea un santo de madera!

LORETO. Pues vete a la máquina para desahogarte. Anda, sí; que además viene Cristalina y le tengo que decir un secreto.

NONITO. Tú mandas, reina.

LORETO. ¡Y lo que mandaré todavía!

NONITO. Siempre me parecerá poco para obedecerte. Imperiosa, bonita; enfadada, bonita; sonriente, bonita; volviéndome la espalda, bonita…

LORETO. Donde dices bonita, di tonto y aplícatelo.

NONITO. ¡Llamándome tonto, bonita!

LORETO. ¡Que te vayas, hombre!

NONITO. ¡Y mandándome que me vaya, bonita también! ¿Qué será cuando me mandes que me quede? ¡Je, je, je! *Se va por la puerta de la derecha, hecho un caramelo.*

LORETO. Para mis ideales, el único.

Sale Cristalina a la torre, por la izquierda. Al ver allí a Loreto aún, se sorprende.

CRISTALINA. ¡Muchacha! ¿Te fuiste y has vuelto, o no te has ido todavía?

LORETO. Tu marido y ese tontaina de Nonito no me han dejado irme.

CRISTALINA. No le llames tontaina a Nonito, que te vas a casar con él.

LORETO. ¡Si es por eso por lo que se lo llamo! Y oye una cosa: que quería verte sola y tu suegro se empeñó en estorbarlo. Les soy muy antipática al padre y al hijo.

CRISTALINA. ¡Muy antipática!

LORETO. Vete luego a casa y hablaremos.

CRISTALINA. ¿De Demetria?

LORETO. No; de ti.

CRISTALINA. ¿De mí?

LORETO. De ti. Don Pachín, el lobo de mar, te busca un crimen.

CRISTALINA. ¿Un crimen nada menos?

LORETO. Un crimen. He sabido cosas muy raras. Cristalina. ¿Qué dices, loca? Pero, en fin, ¡que bucee lo que quiera!

LORETO. Yo tengo el deber de informarte de los pasos que da. Ve luego, ve luego.

CRISTALINA. En seguida iré, por complacerte.

LORETO. Verás en la que anda. ¡Cuando te digo que son bichos! Pero no pueden con nosotras. Hasta luego. Cristalina. Adiós.

LORETO. ¡No vaya a venir tu marido con una escopeta! *Vase rápidamente por la puerta de la derecha.*

Cristalina sonríe, viéndola marcharse. Luego pasa a la habitación, abstraída.

CRISTALINA. Es indudable: el viejo, desde la tarde aquélla… desde aquel encuentro… Sí, sí… Me mira de un modo extraño desde entonces… Y si no fuera más que el viejo… Dios dirá.

Se sienta. Por la izquierda aparece Raimundo en la torre. Ella no lo siente llegar.

Raimundo. *Después de contemplarla desde la ventana unos instantes.* ¡Cristalina! ¿Eres tú?

Cristalina. ¡Ah! ¡Raimundo! ¿Estabas ahí? Habrás entrado de puntillas.

Raimundo. No.

Cristalina. Pues no te he sentido.

Raimundo. Pues hace ya unos momentos que te escucho.

Cristalina. ¿Qué me escuchas? *Se acerca a él sin pasar a la torre.*

Raimundo. Sí; me atolondraba tu monólogo. ¡Me había tapado los oídos! ¡Lo que habla a ratos, sola, mi mujer!

Cristalina. Búrlate si quieres; pero has dicho una verdad como un templo. Hablando sola estaba. Y tanto, y tan aprisa, que tuve que apelar al silencio. Cuando me pongo a hablar así, tú sabes que siempre hablo lo mismo; las palabras son demasiado lentas y dejo al espíritu decir callando cuanto quiere, con la rapidez de la luz… Nunca hablo más ni más aprisa que cuando parezco más callada. Tú lo sabes, Raimundo.

Raimundo. Eso sí; no me descubres nada nuevo. Lo sé de memoria desde que te conozco; desde que observé tu primer monólogo, semejante al de ahora. Pero, en cambio, lo que no suelo saber siempre es el tema de esos monólogos. Y el de hoy me interesa.

Cristalina. Pues el de hoy, casi es el de siempre. Sin casi. No, no. Sí, sí: sin casi. El abuelo, Sisita, tú… Tú, Sisita, el abuelo… Sisita, el abuelo, tú… Sisita y yo… el abuelo y yo… tú y yo… Lo de siempre; ya digo. No salgo del jardín.

Raimundo. ¿No sales?

Cristalina. ¿Para qué?

Raimundo. ¿Nunca, nunca?

Cristalina. ¿Para qué? Y si salgo, será para ir adonde me lleve cualquiera de vosotros.

Raimundo. ¿Por lejos que te lleve?

Cristalina. ¡Por lejos! Yendo con alguno de los tres. ¿Verdad?

Raimundo. ¿Te da lo mismo cualquiera de los tres?

Cristalina. Para seguirlo, sí. Ninguno ha de llevarme donde no quieran ir los otros…

Raimundo. Eso es evidente.

Cristalina. ¡Como todo lo que yo digo!

Raimundo. Y ¿me declararás ahora cuál te llevaba de la mano cuando yo he entrado aquí a sorprenderte en tu monólogo?

Cristalina. Puede que fueses tú… Verás, verás… A ti nada te callo. Ni a nadie. Pero a ti, mucho menos. Lo que pretendiera callarte, lo adivinarías, y prefiero anticiparme yo; ganarte por la mano. Sí, sí, sí: ganarte por la mano. Ven acá, inventor de novelas, ven acá. Esto que te voy a decir es nuevo entre nosotros. ¡Completamente nuevo!

Raimundo. *Con alegre espontaneidad, pensando repentinamente en otra cosa.* ¿Es posible?

Cristalina. *Respondiendo con desencanto al pensamiento de él.* ¡No…, no es eso! ¡Ojalá fuera eso… pero no es eso!

Raimundo. ¿No, verdad?

Cristalina. No, Raimundo.

Raimundo. Bien, pues… adelante. Paciencia y adelante. *Pasa a la habitación.* Venga lo que sea.

Cristalina. Allá va. Se trata de una cosa muy seria.

Raimundo. ¿Muy seria?

Cristalina. Mucho.

Raimundo. Y ¿te ríes?

Cristalina. Me río… ¡pero me río en serio!

Raimundo. Eso también es nuevo, Cristalina.

Cristalina. ¿Lo de reírme en serio? ¿No he llorado de risa a veces? ¡Ay, qué lástima, Raimundo, que no sea lo que tú pensaste!

Raimundo. En fin, ¿qué es? ¿Qué es?

Cristalina. Que hace unos días que por primera vez siento celos…

Raimundo. ¿Celos?

Cristalina. Celos.

Raimundo. ¿De mí?

Cristalina. ¡De ti; claro!

Raimundo. ¡Ja, ja, ja!

Cristalina. ¡No te rías tú ahora!

Raimundo. ¡Me río en serio yo también!

Cristalina. Pero ¿es para reírse, Raimundo?

Raimundo. ¿No ha de serlo? ¡Ya dió su fruto la amistad de la vecinita! ¡Ya lo dió! ¿Qué me ha descubierto? ¿Es muy grave?

Cristalina. La vecinita aquí no pinta nada. Déjala estar y no te me vayas por la tangente. No, no. En serio; con entera formalidad. ¡Siento celos!

Raimundo. ¡Cristalina!

Cristalina. ¿No te interesaba mi monólogo, mi aparente mutismo? Pues ahí lo tienes. Por vez primera en nuestro matrimonio, siento celos. No sé si de las novelas, o de la *Editorial*, o de los diarios, o de las amistades, o de todo ello junto, ¡siento celos! Sí, sí, sí. No. Sí. ¡Siento celos, Raimundo! Te noto huraño, distraído, silencioso, ausente de mí, aun cuando me tengas en tus brazos. ¿Qué te sucede? ¡Porque algo te sucede! ¿Me lo dirás con esta franqueza con que yo te hablo? ¿A qué no? ¿A que no me lo dices?

Raimundo. ¿Crees que no?

Cristalina. Lo temo.

Raimundo. Pero ¿temes de veras que me sucede algo, Cristalina?

Cristalina. ¡Estoy segura! ¡Y aun te diría lo que te sucede ce por be, si no quisiera mejor oírlo de tu boca, por el gusto, además, de ver que tú también eres siempre franco conmigo!

Raimundo. Y si lo que me ocurre es eso que piensas, ¿cómo se explicarán tus celos? *Con brusca e irreprimible espontaneidad.* ¡Si fueran los míos!

Cristalina. ¿Los tuyos?

Raimundo. Los míos, sí; ya lo dije.

Cristalina. ¿Tus celos, Raimundo? Eso es otra cosa. ¿Celos tú de mí? ¿De qué? ¿Por qué? Que los sienta yo, al notarte un poco menos mío, un poco aislado, absorto, vaya; pero ¿tú? ¿En qué pueden fundarse? Bien sabe Dios que esta vez me engañé y que no era eso lo que temí que te sucedía. No era eso, no; no era eso. No, no, no.

Raimundo. ¿Sinceramente no, Cristalina? ¿O te ocultabas a ti misma la verdad, por no confesarte ni siquiera a solas que era eso?

Cristalina. ¡Raimundo!

Raimundo. Sí; es imposible que tú no lo hayas visto; que tú no me adivines ahora como siempre. La absorta, la ensimismada, la aislada de mí, por más que aciertes a disimularlo, eres tú, Cristalina; tú, la que hace varios días escondes tus lágrimas; tú, la que temes a tu propio espíritu, porque es tan diáfano; tú, la que me dices que sientes celos para que yo quiera más, y yo, sólo yo, quien en rigor y muy a mi lo siento.

Cristalina. Pero ¿de qué? ¿De quién? ¡Es preciso que me lo expliques!

Raimundo. No sé… ¡De una sombra!

Cristalina. ¿De una sombra?

Raimundo. De una sombra, que es la que estos días nos separa; que vive entre los dos.

Cristalina. ¡Raimundo! ¿Qué me dices? ¡Esto es aún más nuevo en nuestra vida! ¿Qué sombra es ésa ni a qué viene? ¿Una sombra entre nosotros dos? ¡Yo no la veo!

Raimundo. No te engañes, ni quieras engañarme tampoco.

Cristalina. ¡Eso, nunca! ¡Todo, antes de que tú dudes de mi sinceridad!

Raimundo. *Trémulo.* Desde que vino a verte aquel amigo de tu hermano, ¿eres tú la misma?

Cristalina. ¡La misma! Una dolorosa incertidumbre que sentía por la suerte del infeliz Jorge Manuel, se ha convertido en un dolor cierto; pero nada más; nada más. Yo soy la misma. Sí, sí: la misma; no lo dudes. Me enoja que lo dudes.

Raimundo. Pero la renovación de recuerdos con tal motivo… ¿no ha podido alterar tu conciencia?…

Cristalina. No juzgues la mía por la tuya. ¡Ay, Raimundo! ¡Ahora ya voy sabiendo de tus celos! ¡Ahora veo ya la sombra! Menos fuerte que yo o menos convencido, renacen en tu corazón cosas olvidadas, cosas que fueron y que enterramos entre los dos para querernos libremente, alegremente; para poder labrar nuestra dicha sobre una desventura mía, anterior a ti… ¿Por qué razón se alza ahora en tu alma? ¿Por qué la evocas por primera vez, atormentándote? ¿Qué aire infernal ha revuelto las aguas tranquilas?

Raimundo. Puede que haya sido mi propio amor, al leer en tus lágrimas, interpretándolas torpemente, codicioso de su ventura, receloso de que nadie pudiese turbarla… Dime, Cristalina: ¿al llorar a Jorge Manuel, que se alejó de ti en tus días más amargos…?

Cristalina. ¡No sigas, Raimundo! ¡No acabes de decir lo que has empezado a decirme! Esas palabras que se pronuncian violando un silencio acordado, en memoria de un sentimiento sepultado cien veces, arrancado del corazón y del alma, que no quieren tenerlo por suyo; esas palabras debes tú saber más bien que yo que, si se pronuncian, vibran ya siempre como un eco… y hacen imposible la paz absoluta que antes de ellas se disfrutaba. ¡No las digas, Raimundo! ¡No quiero que salgan de tu boca! ¡Esta casa no se ha edificado sobre ninguna clase de escombros, sino en un paraje de dicha creado para sólo ella, elegido por ti y por mí, que al conocernos dejamos también de ser quienes éramos para ser los que somos! ¡Yo quiero hacerme cada día más tuya, más de tu vida, sólo de tu vida! ¡La sombra que te trastorna hoy nos juramos los dos que jamás seguiría a nuestros cuerpos! ¡Sisita y yo nacimos a la vez en tus brazos!

Raimundo. ¡Cierto, cierto! ¡Y yo reniego de mis recelos y de mis dudas, y celebro que no me hayas dejado preguntarte lo que pretendía! ¡Cierto, cierto! ¡Bendito sea tu amor, Cristalina! ¡Hay posos del espíritu que no deben tomar forma en palabras, porque al tomarla adquieren un ser que debe negárseles! ¡Cierto, cierto!

Cristalina. Pues no lo olvides más… ¡Que esto no sea una ráfaga, una concesión de esta hora, sino un convencimiento infinito! Sí, Raimundo.

Lágrimas, no; recelos, no; torturas, no…, entre nosotros no, no… ¿Verdad que no?

Raimundo. ¡No!

Cristalina. No, no, no… El abuelo viene… No quiero que me encuentre así… Ni a ti tampoco… Los dos nos hemos excitado. Vete a tu cuarto; anda. Yo iré a buscarte luego. Ahora voy a distraerme con las vecinas. A ver si Loreto me dice que ha averiguado que no me quieres tú…

Raimundo. O que tú no me quieres…

Cristalina. Es lo mismo. Anda, anda; refréscate un poco… Que no te vea tu padre ahora.

Raimundo. Pierde cuidado.

Cristalina. Hasta luego.

Raimundo. Hasta luego.

Se van mirándose, él por la torre hacia la izquierda, y ella por la puerta de la derecha.

En seguida aparece por la de la izquierda don Pachín, y un momento después, por la de la derecha, Escapulario.

Don Pachín. ¡Hola! ¡La pareja me huye!… ¡Caso raro! Aquí hay mar de fondo estos días… Hay mar de fondo… hay mar de fondo.

Escapulario. ¡Don Pachín!

Don Pachín. ¿Qué pasa, Escapulario?

Escapulario. ¡Lo que nunca he visto en esta casa! ¡Yorando va!

Don Pachín. ¿Quién?

Escapulario. La señora. A la torre de junto se ha ido, huyéndome er semblante; pero va yorando. ¿Por qué va yorando, don Pachín?

Don Pachín. Vieja, es más fácil saber lo que hay en el fondo del mar que en el pecho de una mujer cualquiera.

Escapulario. ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!… La señora es como er cristá.

Don Pachín. Cristales son también las aguas marinas, y mira cuánto encubren. Pero no me hagas caso, no; tú dices bien: ella es transparente. Ayer de mañana recibió unos papeles del hermano muerto, y se conoce que al

remover memorias… Eso debe de ser lo que tiene. Y llora a hurtadillas, para no afligirnos a los demás.

Escapulario. ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!… ¡Así fuera ese er porqué de sus lágrimas!

Don Pachín. Pues ¿cuál otro pudiera ser? Tú que la conoces a fondo, y que a todas horas vives con ella… ¿sospechas algo? ¿Temes algo?

Escapulario. Don Pachín, de eya, na; pero en esta casa ocurren cosas que no son corrientes.

Don Pachín. ¡No!

Escapulario. ¡Sí, señó, sí! ¡Le digo a usté que sí! Más sabe er diablo por viejo que por diablo. Y más que un sabio joven sabe un viejo inorante. A mí me pasa lo que usté dise que les pasa a los gatos de tierra adentro.

Don Pachín. ¿Qué les pasa?

Escapulario. Que huelen er pescao más pronto y con más fuersa que los de los puertos, que ya están hechos al oló. En las entrañas de la sierra de Córdoba he de está yo metía, y me da en la nariz lo que se está pescando en Sanluca. Y ar buen entendedó, pocas palabras… Una tampoco puede… Una no es más que una servidora… Pero usté debía vé más claro. Si no es que ha visto… y es cosa de que conmigo no quiera franquearse.

Don Pachín. No, no; te aseguro que no… Fío en ti lo bastante…

Escapulario. Pos miste, don Pachín: vea usté lo que vea, oiga lo que oiga, caye lo que caye, sople er viento de donde sople, de las *vesindonas* de ar lao o der pajarraco que vino el otro día, yo le digo a usté, pa que no se le orvide, que a la señora de esta casa hay que ponerla en un artá.

Don Pachín. Pero ¿quién lo duda?

Escapulario. No es que lo dude nadie; pero yo se lo digo a usté. ¿Está de más oírlo?

Don Pachín. ¡No! ¡Nunca!

Escapulario. Yo se lo digo a usté: ponerla en un artá, y es poco. Eya, su marido, eya, su hija, eya, su casa, y no le hable usté de na más en er mundo. Adivina deseos pa que nadie note una farta; barrunta pesares pa adelantarse a deshaserlos con una alegría. No le ve usté un mar modo ni una

mala cara, y er contento que siempre tiene paese que lo reparte por donde va pa que a to er que la ve le toque arguna chispa. ¿Que usté se sabe de memoria er cantá que le canto? ¡Pos las músicas bonitas, mientras más se oyen mejó se apresian y gustan más! ¡Y así duermo yo más tranquila!

Don Pachín. ¡Que ya duermes tú, Escapulario!

Escapulario. Sí, señó, que duermo; lo mismo que usté y que cuarquiera. Quien lo oyera a usté se pensaría que me paso las horas durmiendo. Cuando es preciso, bien abiertos tengo los ojos. Ahora, que no nesesito, como usté, pa cogé er sueño, averiguá primero adonde apunta la veleta.

Don Pachín. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien, Escapulario! ¡De veras me gusta tu canción y el entusiasmo con que la cantas! ¡A nadie le gustará más que a mí! Como yo te traje a esta casa, al verte tan contenta en ella me esponjo de gozo.

Por la puerta de la derecha aparece Nonito. Trae el sombrero en la mano.

Nonito. Señor don Francisco.

Don Pachín. ¿Eh? ¿Quién es don Francisco?

Nonito. ¡Usted!

Don Pachín. ¿Yo? ¡No me acuerdo! ¡Yo soy don Pachín nada más!

Nonito. Como no tengo confianza… Hay ahí un caballero —al salir yo llegaba él— que pregunta por la señora…

Don Pachín. Pues ella no está. ¿Usted lo conoce?

Nonito. No, señor; pero me ha dicho que es el que vino la otra tarde… amigo del hermano desaparecido…

Don Pachín. ¡Ah, sí! Que pase.

Nonito. Al momento. ¿Me manda usted algo?

Don Pachín. Gracias, Nonito; gracias.

Nonito. Para servirle, don Pachín. ¿Y usted, Escapulario, quiere alguna cosa?

Escapulario. Nada, hijito.

Nonito. Pues hasta mañana. Me paso a la torre de junto. ¡Ay! *Vase.*

Escapulario. ¡Er pajarraco otra vez aquí, don Pachín! Creí que no íbamos a verlo ya más. Yo le di ayé con la puerta en las narises.

Don Pachín. ¿Por qué le llamas el pajarraco, vieja?

Escapulario. No sé por qué… Me paese que le he visto sangre en er pico… ¡Habrá sío soñando! ¡Como no hago más que dormí!…

Don Pachín. Pues ahora vete con Sisita.

Escapulario. No crea usté que no le haré farta. Antes iba a bañá a los muñecos, porque dise que va entrando er caló… Conque si está en esa tarea…

Don Pachín. Vete, vete con ella, por si acaso. Y a mi hijo nada le digas de esta visita, que estará trabajando ahora.

Escapulario. No se me había pasao por er pensamiento… ¡Ay Dios mío de mi arma! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Don Pachín. Así como así, celebro yo habérmelas con este mozo. La tarde pasada se me escurrió como una anguila… Si yo fuese un poco diplomático… Pero ¡ca!, soy muy torpe. *A Luciano, que asoma en la puerta de la derecha.* Adelante, señor.

Luciano. Con permiso. ¿Bien desde la otra tarde?

Don Pachín. Bien. Estropeándome en estos Madriles para ir a carenarme luego a la tierruca.

Luciano. Pero ¡si tiene usted un aspecto de salud envidiable!

Don Pachín. Déjeme usted de historias. A mis años todos llevamos ya el práctico a bordo… ¿Y usted?

Luciano. Trajinando también en la villa y corte… Y como un forastero en su patria… ¡Hace tanto tiempo que falto de aquí!… ¡Cuánto cambio! ¡Qué pocas caras conocidas!…

Don Pachín. Tenga usted la bondad de sentarse.

Luciano. Mil gracias.

Don Pachín. Cristalina no está.

Luciano. ¿No está? ¿Hoy tampoco?… Tengo mala suerte. Vine ayer a darle unos papeles de su hermano, y me dijo una vieja criada que ella había salido… ¿Sabe usted si recibió esos papeles?

Don Pachín. Sí, señor.

Luciano. Pues a cerciorarme de ello venía… Aparte el gusto de entrar en esta casa… de volver a saludar a ustedes… y el deseo de conocer al amo de ella…

Don Pachín. ¿A mi hijo? Tampoco creo que está.

Luciano. En Londres me dieron recuerdos para él… Algún día nos veremos.

Don Pachín. ¡Claro! ¿Por qué no?

Luciano. Soy un admirador de sus libros… Si el hombre se parece al artista…

Don Pachín. Se parece, sí.

Luciano. De Hendaya aquí vine leyendo su última novela… ¡Admirable estudio femenino!… Suscita la curiosidad hacia el autor… Pero ya me figuro que, como sucede con la mayoría de los escritores, será empresa difícil la de dar con él… Ellos en sus papeles, en sus libros, en sus tertulias… en su mundo de la fantasía… ¿No es esto?

Don Pachín. Tocante a mi hijo, no. Padece una excepción esa regla. No digo yo que no se distraiga y aun se emborrache en ese otro mundo; pero para él su mundo mejor está aquí, en su casa.

Luciano. No deja de ser raro…

Don Pachín. Lo será, puesto que usted lo dice… Pero es explicable. Cuando se da con una compañera como Cristalina…

Luciano. ¡Ah, sí!

Don Pachín. ¿Usted la conoció hace tiempo? ¿No?

Luciano. Sí.

Don Pachín. ¿Antes de su matrimonio con mi hijo?

Luciano. Sí.

Don Pachín. Entonces… ¿Usted era muy amigo de Jorge Manuel?

Luciano. Bastante… Muy amigo… Nos atraía mutuamente la falta de seso. La locura del uno hallaba siempre el aplauso del otro… Un tiempo anduvimos a la greña. Pero pasó pronto. ¡Pobre muchacho! Merecía mejor suerte. ¡Cuánto hubiera disfrutado él, tan desordenado, tan falto de aplomo, viendo esta casa que respira sosiego, quietud, serenidad… donde parece que ha de vivirse mejor que en parte alguna! Juzgo por mí mismo. Estas casas así, cambian las ideas y las inclinaciones que se crean más irreducibles… Los hombres más inquietos, se detienen aquí y meditan… Señor de Menéndez, yo aspiro a ser recibido en esta casa como un buen amigo de ella.

Don Pachín. Así se le recibe a usted, según creo.

Luciano. Gracias.

Silencio.

Don Pachín. Dígame, señor: Jorge Manuel, ¿supo del casamiento de su hermana?

Luciano. Sí; sí supo. A la vez lo supimos los dos… He de darle a Cristalina esta seguridad para su consuelo. No sé si en los papeles que le he traído habrá algún indicio que lo confirme… No importa: yo le oí a Jorge Manuel muy hermosas palabras referentes a su hijo de usted, a su nobleza… a su ternura… a su rasgo de acoger a la niña.

Don Pachín. *Un poco confuso.* ¿Luego usted conoce también…?

Luciano. Todo.

Don Pachín. ¡Qué tragedias! ¿Verdad? ¡Si no acabaran luego en idilio!… Y casi nunca acaban. Contrista y enfurece pensar que una mujer como esta Cristalina pueda malograrse en el mundo… por dar con un mal hombre, con un villano… o con un necio. Porque necio hay que ser para no apreciar el tesoro que tuvo entre sus manos.

Luciano. *Procurando disimular su cólera.* La niña dicen que es monísima.

Don Pachín. Monísima.

Luciano. ¿Está en la casa?

Don Pachín. Sí; allá dentro. Bañando a los muñecos creo que anda ahora. ¡Ja, ja, ja!

Luciano. Me gustaría verla.

Don Pachín. Luego la llamaremos Verá usted qué perla de criatura. Revoltosa, viva, inteligente… Con unos ojos del diablo y una boquilla tan graciosa… Es igual a la madre. Bueno, mi hijo la quiere, quizás por eso mismo, como si llevara su sangre en las venas. Y la criatura lo agradece con un tierno instinto que me conmueve a mí… a un abuelo… ¡que no es su abuelo! De tal manera es esto así, que cuando alguien le pregunta a quién quiere más, si al padre o a la madre —esa pregunta que se les hace a todos los niños—, la muy picara responde siempre: «A papá. Pero no se lo digas a mamá». ¡Ja, ja, ja!

Luciano. Pues generalmente las niñas quieren más a las madres…

Don Pachín. Pues ¡figúrese usted lo que será mi hijo con ella para haber conseguido…! Yo comprendo que Raimundo la quiera tanto, ya le digo a usted, por la enorme semejanza de la madre y la hija. Besar a Sisita, es besar a Cristalina a los seis años. Cristalina dice que es hija suya nada más… Y bien puede decirlo. El parecido es tan completo, tan maravilloso… que no adivina usted en aquel semblante infantil, ni en aquel cuerpecillo, más aire que el de Cristalina. No hay huella alguna de otra naturaleza… Ni un matiz, ni un rasgo, ni un reflejo… *De improviso, no se sabe qué nota en el turbado rostro de Luciano, que a su vez lo estremece a él y lo turba.* ¿Eh?…

Luciano. ¿Qué?

Don Pachín. ¡Virgen del Mar!… *Se levanta, mirándolo de un modo extraño, penetrante.*

Luciano. *Temeroso.* ¿Qué le ocurre a usted, señor de Menéndez?

Don Pachín. No sé, señor, no sé… Una ofuscación momentánea…

Luciano. Se ha puesto usted pálido.

Don Pachín. Es posible. Y usted.

Luciano. ¿Yo?

Don Pachín. Sí. *Silencio embarazoso. Se miran.* Hemos hablado de varias cosas… y no le he preguntado una, la más interesante de todas…

Luciano. Dígame.

Don Pachín. Vaya con franqueza marinera: ¿conoció usted también al seductor de Cristalina?

Luciano. *Rehaciéndose.* No.

Don Pachín. ¿No? ¿Tan antiguo amigo de ella?

Luciano. Pues no lo conocí.

Don Pachín. Debo fiar en su palabra. Mi pregunta era porque como antes, al referirme a él, lo motejé de villano y de necio, me asaltó el temor de haberlo ofendido ante un amigo suyo, en mi casa. Ahora que sé que no fue usted su amigo… ¡déjeme llamarle miserable a aquel hombre hasta que se me caiga la lengua!

Luciano. Pero, señor, ¿qué arrebato es éste?… Cálmese, cálmese…

Don Pachín. ¿Quién?… ¡Ah! ¡Cristalina!

Luciano. ¿Cristalina?

Llega ésta, en efecto, por la puerta de la derecha. Viene arrebolada, descompuesta, llorosa. A l encontrar allí a Luciano, tiembla de asombro, de vergüenza y de ira.

Cristalina. ¿Eh?… ¡Luciano! *Encarándose con él, le dice.* ¡El asombro no debe ser tuyo al verme entrar así, sino mío al hallarte de nuevo en mi casa!

Don Pachín. *Haciéndose cargo de todo y crispando los puños.* ¡Ah!

Luciano. *Desconcertado al verse descubierto por ella misma.* ¡Cristalina, por Dios!… Vine solamente a saber si están en poder tuyo las reliquias que de tu pobre hermano…

Cristalina. En mi poder están. Reliquias son, bien dices. ¡Pero tal es el mensajero que me las ha traído, que no sé si guardarlas como reliquias, o si echarlas al fuego, para que hasta eso desaparezca de entre nosotros! ¡Yo hubiera preferido no haberlas visto nunca, si con ellas había de verte a ti! ¡Sal de esta casa!

Luciano. ¿Estás loca, mujer?

Cristalina. ¡Sal de esta casa, digo! Si la complicidad de un momento de angustia te ha hecho creer que podía prolongarse siquiera las horas de un día, pasado aquel momento, ¡ya ves cómo te engañas! ¿Has dudado de mí; de

lo que soy capaz de hacer? ¡Es que estás ciego de despecho y de vanidad, sin norte ni brújula en la vida, y no puedes entender todo lo que defiendo! ¡Vete ya de esta casa, y huye de mí, y desaparece, y escóndete donde nadie de ella vaya a encontrarte nunca!

Don Pachín. ¡Salga usted!

Luciano. *Dominando sus sentimientos.* Ya, ya… ya salgo… Me lo pide ella… Pero huir, no. ¿Desaparecer y enterrarme? No. ¿Por qué? No es para tanto, creo.

Don Pachín. ¡Salga usted!

Luciano. Seguiré viviendo… hasta que Dios quiera… y donde Dios quiera. Si antes, alguna vez, deseé la muerte… ahora deseo vivir. Adiós, Cristalina… Señor mío… *Vase lentamente por la puerta de la derecha, más bien que como hombre que huye, como hombre que desafía. Pero ¡qué difícil va a ser volver a verlo!…*

Don Pachín. *Se asoma un instante a la puerta. Después estalla, dirigiéndose a Cristalina.* ¿Ese hombre…?

Cristalina. ¡Es él! ¡Es quien usted piensa! ¿A quién sino a ése había yo de decirle lo que le he dicho?

Don Pachín. ¡Lo adiviné!

Cristalina. ¡Pues ya lo sabe usted por mí misma! ¡Abandone usted todas sus misteriosas pesquisas para indagar en mi pasado! *Ansiosamente.* ¿Vió a la nena?

Don Pachín. No, no la ha visto. Lo conocí a tiempo.

Cristalina. ¿Y Raimundo?

Don Pachín. En su cuarto.

Cristalina. ¡Pues hablemos usted y yo… hablemos nosotros… aquí… a solas… ahora mismo!… ¡Sólo Dios nos escucha! Hablemos y… *Los sollozos le ahogan la palabra. Llora.*

Don Pachín. Cristalina…

Cristalina. Déjeme… déjeme llorar… Deje usted… como usted mismo dice… deje usted que reviente la ola…

Pausa, Cristalina logra al fin serenarse.

Don Pachín. ¡Vive ese hombre!… ¡Engañaste al padre y al hijo!

Cristalina. ¡No! ¡Podrá parecerlo, pero a nadie he engañado! ¡No, no! ¡Cuando Raimundo llegó a mí, ese traidor estaba ya muerto en mi conciencia! ¡Lo había enterrado mi corazón! ¡El engaño hubiera sido decirle que vivía! ¡Dispuesta estaba a no verlo jamás y a no reconocerlo nunca! ¿No es esto lo mismo que haber muerto?

Don Pachín. No; ya ves cómo no…, porque el muerto vuelve cuando menos se aguarda.

Cristalina. ¿Y qué, si sigue muerto? ¿Qué son estos momentos de zozobra al lado de la felicidad conseguida enterrándolo? ¡Por Raimundo, más aún que por mí, me aferré a esta idea, y guardé este silencio! ¡Era la ventura de él la que yo quería limpia, transparente! Usted mismo ¿se atreverá a alterarla ahora diciéndole esta triste verdad?

Don Pachín. Yo…

Cristalina. ¿Usted duda? ¡Pronto no dudará! El secreto ya es de los dos; ya es de usted y mío. Vaya usted si quiere a revelárselo a Raimundo; pero no olvide usted que yo, callando, lo hice dichoso… que tiene en mí fe ciega, que esta fe es quietud y apoyo de su vida… y que a la luz de un relámpago la puede perder. ¡Sí, sí, sí; la puede perder! El ser querido es un enfermo a quien la verdad hiere o mata… o a quien, al menos, le tortura ya la existencia… ¿No ha callado usted nunca nada pensando en esto, don Pachín? Bajo esta nieve de sus canas ¿no se ha escondido nunca el oro de un secreto piadoso o bendito? ¿No? *Don Pachín la mira. Ella, instintivamente, baja la voz.* En el alma más cristalina hay siempre un rinconcito vedado a toda luz… En él puede vivir lo más bueno y lo más malo de ella… Un pudor, un orgullo, un cariño, un crimen… Allí duerme… allí está… A veces se le oye palpitar dando fe de vida… pero no se le deja revelarse… Se le acalla; de nuevo se le hunde… se le ahoga… irá a la sepultura con nosotros… Mi secreto, para Raimundo, es ése; para mi hija es otro aún más grave. A él se lo confesaré, si usted quiere; a ella, no. Cuando crezca y tenga conciencia de mujer,

podremos decirle algún día quién es Raimundo al lado suyo; pero mi vergüenza, mi caída, la negra felonía de ese hombre que se acaba de ir, ése es dolor que no tocará nunca a su alma. ¡Ese secreto es sólo mío! ¡Moriré yo con él! ¡La tierra lo devorará al devorar mi cuerpo, mi boca, mis cabellos, mis ojos!… ¡Sí, sí; la tierra, la tierra, la tierra! ¡Ésa los guarda bien!

Don Pachín. Sosiégate, criatura, que has sacado lágrimas a los míos, que creí ya secos… Sosiégate; recóbrate… No venga Raimundo y nos vea… Vuelve a ser Cristalina…

Cristalina. ¡Cristalina soy, don Pachín! ¡Ahora más que nunca! ¿No acaba usted de entrar, porque Dios lo ha querido, hasta en ese misterioso rincón de mi alma?… ¡Cristalina, Cristalina soy! Y si usted me concediera una cosa…

Don Pachín. ¿Qué? ¿Seguir callándole a Raimundo?…

Cristalina. Eso no me lo concede usted a mí; se lo ha concedido usted ya a sí mismo.

Don Pachín. Pues ¿qué otra cosa quieres?

Cristalina. ¡Viva usted desde hoy con nosotros!

Don Pachín. ¡Chicuca!

Cristalina. ¡Viva usted con nosotros! Desde lejos, los lances de estos días van a seguir alguna vez turbando su conciencia…

Don Pachín. ¡No!

Cristalina. ¡Sí! Van a seguir turbándola… ¡El fantasma de mi pasado, los peligros que imagine usted que me cercan, que acechan quizás a Raimundo!… ¡No los hay, pero usted los inventará!… ¡Viva, viva usted con nosotros! ¡Véngase a esta casa; comparta conmigo las horas; siga mi rastro como un testigo venerable, a quien bendeciré; duerma usted en mi frente!…

Don Pachín. *Conmovidísimo.* ¡Hija, Cristalina! ¡Ven a mí! Descansa esta trastornada cabeza sobre este pecho, avezado a otras tempestades. ¡Viviré, viviré con vosotros!…

Cristalina. ¿Sí?

Don Pachín. ¡Sí! Pero no para vigilar tus pasos ni tus pensamientos, sino para gozar de tus resplandores; para calentar mi vejez a la luz de tu alma.

Cristalina. ¿De veras, don Pachín?

Don Pachín. ¡Por cuanto quieres a mi hijo te lo prometo!

Por la puerta de la izquierda llega oportunamente Raimundo. Cristalina, loca de júbilo, se abalanza a él, suelto el torrente impetuoso de su palabra, que siempre fluye en los instantes de honda alegría.

Raimundo. ¡A ver, a ver! ¿Qué promete el viejo?

Cristalina. ¡Raimundo! ¡Lo he convencido! ¡Lo he convencido! Sí, sí, sí. ¡Lo que no se ha logrado en tantos años acabo de lograrlo yo! ¡Lo he convencido! ¡Lo he convencido!

Raimundo. Pero ¿de qué?

Cristalina. ¡Lo he convencido! ¡No lo dejo volverse atrás! No, no. Sí, sí, sí. No. ¡No lo dejo, no! ¡Lo he convencido! ¡Se concluyó el ir y venir; se terminaron ya las idas y las vueltas! ¡Ya era hora! ¡Mira que hemos hablado de esto! ¡Mira que has suplicado tú, que he suplicado yo, que se lo ha pedido Sisita!… ¡Y él, terco que terco siempre! ¡Pues nada, nada, yo lo acabo de convencer! ¡Le he tocado la cuerda sensible! ¡Sí sí! ¡Lo he convencido! ¡Lo he convencido!

Raimundo. Pero ¿no me dirás de qué?

Cristalina. ¡Ni hace falta que te lo diga! ¿No lo aciertas? ¡Va a vivir desde hoy con nosotros!

Raimundo. ¿Eh?

Cristalina. ¡Va a vivir con nosotros, Raimundo!

Raimundo. ¿Puedo creerlo?

Don Pachín. ¡Cuando lo asegura Cristalina!

Raimundo. *Con gracioso arranque.* ¡Pues no va a vivir con nosotros, ea! ¡Me opongo yo a ese desatino de mi mujer! ¡Alguna vez he de llevarle la contraria!

Cristalina. *A don Pachín.* ¿Qué dice? ¿Está chiflado?

Raimundo. ¿A qué traer al viejo a la batahola de esta endiablada corte? ¿A qué someterlo a ese tormento? ¿A qué sacrificarlo? ¡No; no va a vivir él en Madrid con nosotros! ¡Vamos a vivir nosotros con él, en la Montaña, en la casa de campo, en *La Marinera*!

Don Pachín. ¡Muchacho!

Cristalina. ¡Raimundo!

Raimundo. ¡Déjame hablar ahora un instante, mujer! Estas ideas barajaba yo en mi cuarto hace poco, mientras ustedes aquí, por lo visto, obedecían quizás al influjo de ellas… El caso es que los tres pensábamos en cambiar de postura. Yo quiero marcharme de Madrid un año, dos, cinco, los que hagan falta a mi salud del alma y del cuerpo. Si sigo atado aquí, preso en este ambiente, mezclado y zarandeado en esta lucha estéril para mí, me agoto, me aniquilo, me hundo… ¡Vámonos allá!

Don Pachín. *Entusiasmado.* ¡Vámonos allá, hoy mejor que mañana! *Abrazándolo.* ¡Tú tampoco te arrepientas de esto! ¡Vámonos allá!

Cristalina. *Inquieta, nerviosa, yendo sin parar de una a otra parte.* No, no; no se arrepiente, no. Yo no lo dejaré arrepentirse. No, no, no. ¡Ay, ay! ¡Dios me da más de lo que le pido! ¡Qué alegría! ¡Fuera de Madrid unos años! ¡Qué alegría! ¡Yo voy a romper a llorar! No, no; no es caso de llorar… Ni de reír tampoco… ¡De alegrarse! ¡De alegrarse mucho! ¡Qué talento tiene mi marido! ¡Qué bien ha completado la idea! ¡Qué talento tiene! ¡Tiene mucho más talento que usted y que yo juntos! ¡A *La Marinera* los cuatro! Usted, la niña, él y yo… ¡Los cuatro solos! No, no; los cinco. Escapulario es ya de la familia. A Escapulario hay que llevarla siempre. ¡Los cinco, los cinco! ¡Y que fué allá donde ella conoció a su Dionisio y ha de agradarle mucho volver! Por supuesto, la casa se la pongo yo a usted patas arriba. Yo la tengo que arreglar a mi gusto. Sí, sí, sí. Porque allí no hay cosa con cosa. Una mezcla de trastos y de chirimbolos que da grima. Sí, sí. No se enfade usted, que es el evangelio. ¡Aquellos dos negros de la escalera no pueden pasar!… Usted se calla. ¡No pueden pasar! ¡Nadie conocerá la casa a los pocos días! Nadie, nadie. ¡Ni usted mismo va a conocerla! No, no, no. ¡Ni usted mismo! Y luego, desde la solana, Sisita y yo manejaremos el telégrafo de banderas para saludar a todos los barcos que pasen… ¡Que entran hacia el puerto!… «¡Bien venidos!». ¡Que se van mar adentro!… «¡Buen viaje!». ¡Vayan y vengan felizmente con toda su carga! ¡Quién sabe lo que llevan ni lo que traen! Y estudiaremos una combinación de colores para poder también decirles a todos con las banderitas, después de saludarlos: «¡Los que viven

aquí son dichosos! ¡Dios les colmó sus ambiciones! ¡Son dichosos porque se quieren! ¡Sí, sí, sí! ¡Son dichosos! ¡Son dichosos!».

Don Pachín. *Que desea hace rato interrumpirla y no puede.* ¡Raimundo!

Raimundo. ¡Papá!

Don Pachín. ¡Dale un beso por lo que más quieras!

Cristalina. ¡No, no, no; ahora no me callo aunque me dé cien mil! ¡Hay que ver todo lo que tenemos por delante! ¡Esta casa, la otra, el jardín, la corralada, la huerta, la solana… usted, yo, el trabajo de éste, los juegos de Sisita, el monte, el mar, los barcos, las banderas!…

Ha caído el telón y sigue hablando.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, enero, 1923.

ACACIA Y MELITÓN

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 21 de marzo de 1923

A CONCHA CATALÁ,
admirándola a todas horas,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ACACIA.	CONCHA CATALÁ.
BENITA.	JACINTA ALENZA.
MELITÓN.	RICARDO SIMÓ-RASO.

ACACIA Y MELITÓN

Salita modesta en casa de Acacia, esposa de Ramiro Gálvez, famoso guarnicionero establecido en la calle de los Estudios, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda y balcón al foro. Es por la tarde, en marzo, ventoso.

Por la puerta de la derecha del actor salen Melitón y Benita. Melitón viene de la calle, y es pintor templista; hombre cuarentón, averiado y deslucido prematuramente. Benita es una avispada chicuela, que hace en la casa el aprendizaje de criada de servir, a la verdad con celo excesivo.

BENITA. Entre ustez. Pase ustez. Siéntese ustez. ¿Cómo está ustez?

MELITÓN. Bien, ¿y tú, hija?

BENITA. Bien, gracias, pa servir a ustez. Siéntese ustez. ¿Qué desea ustez?

MELITÓN. Deseo ver al dueño de la casa, cuyo nombre ignoro. En la muestra de la tienda dice «Guarnicionero» a secas. Pero no vengo a comprarle arreos pa coche ninguno… porque no hay de qué.

BENITA. Pues el amo está fuera.

MELITÓN. ¿Está fuera?

BENITA. Sí, señor; se ha ido esta mañana a Chamartín a comer un arroz con unos amigos.

MELITÓN. Que aproveche. Y ¿no se halla en la casa el padre, la madre, si los tiene…?

Benita. La madre también está fuera.

Melitón. ¿También?

Benita. Sí, señor; más fuera que el amo toa vía.

Melitón. ¿Cómo *más* fuera?

Benita. ¡A ver! ¡Porque está en Barcelona, que me paece que pilla más lejos que Chamartín!

Melitón. ¡Caray! ¿Sabes que tiés razón, chiquilla? ¿Cómo te llamas tú?

Benita. Benita Regúlez, pa servir a ustez. Hija del señor Evelio, ropavejero de la Ribera de Curtidores.

Melitón. Por muchos años.

Benita. Y ustez que lo vea. Siéntese ustez.

Melitón. ¡Si estoy sentao hace cinco minutos! ¿A qué le llamas tú sentarse? ¿A ponerse de pie?

Benita. ¡Y a sentarse luego!

Melitón. ¡Ah, vamos! Al asunto. ¿A quién podría yo entregarle en la casa una cosa que traigo?

Benita. ¡Andá! ¡Al ama! ¡A la esposa del amo!

Melitón. ¡Acabáramos, chica! ¿La esposa no está fuera?

Benita. No, señor; que está ahí dentro. La que está fuera es la madre de él.

Melitón. ¡Acabáramos! Y ¿tú sabes por *un casual* si es ella la dueña de un pendiente que se ha perdido de Santa Isabel a San Ildefonso?

Benita. ¡Sí, señor, que es ella! ¡Se ha anunciao en los papeles! ¿Lo ha encontrao ustez?

Melitón. Avisa a la señora, Benita; que hablas más de la cuenta.

Benita. ¡Sí, sí lo ha encontrado ustez! ¡Por eso viene! ¡La cara es de haberlo encontrao! ¡Menudo alegrón va a tener el ama! Pa servir a ustez. Servidora de ustez. Siéntese ustez.

Melitón. ¡Y dale!

Benita. Siéntese ustez, siéntese ustez. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Melitón. ¡Vaya! La daremos gusto a Benita. *Se levanta. Luego observa la habitación.* Aquí parece que hay posibles… Y la guarnicionería es de las mejores… El pendiente bien vale sus mil pesetas… «Se le gratificará», dice el anuncio… Allá veremos si me gano cinco o diez duros sin que los huela mi mujer. Y eso que ¡tié un olfato!… Distinguir por el tufo si llevo en el bolsillo plata o calderilla, ¡ya es distinguir! Aquí viene la propietaria pisando fuerte. ¡Soberbia lámina de mujer! *Estremeciéndose de pronto.* Pero ¿estás soñando, Melitón?

Por la puerta de la izquierda sale Acacia a convencerlo de que no sueña… y a hacerlo soñar. El palmito de ella y las circunstancias de ambos no son para menos.

Acacia. Buenas tardes.

Melitón. Muy buenas. *Mirándola embobado.* ¡Ánimas benditas!

Acacia. *Reconociéndolo de improviso.* ¡Melitón!

Melitón. ¡Acacia!

Acacia. ¡Bendito Dios! Pero ¿eres tú, chico? *Le da con efusión las manos.*

Melitón. ¡Lo que te agradezco ese *chico*! Me ha refrescao la sangre como si fuera de limón. Yo soy; yo mismo, Acacia; parezco otro, pero soy yo.

Acacia. ¿Quién había de decirme?… ¿Cómo había yo de imaginar…? ¡Si hace quince años que no te veo!

Melitón. ¡Quince años! ¡Desde que me fui de Madrid!

Acacia. ¿Quién te ha enterao de que ésta era mi casa?

Melitón. ¡Si yo no lo sabía! ¡Si pa mí ha sido otra sorpresa!

Acacia. ¡Virgen!

Melitón. ¡A haberlo sospechao tan siquiera, Acacia, lo menos que hago es afeitarme!

Acacia. ¡El humor de siempre!

MELITÓN. El gusto, di más bien. No lo he perdío más que una vez en esta vida. ¡Qué guapa estás! Digo, ¡qué guapa sigues!

ACACIA. ¿Quiés callar, hombre? Ni sombra de la Acacia de aquellos tiempos.

MELITÓN. ¡Vamos! ¿Quiés callar ahora tú? ¡Ni sombra dice… y hay que ver cómo está de ramas!

ACACIA. Hombre, un poco de fachada… ¡claro que se conserva!

MELITÓN. Pero ¡qué fachada!… Y ¡qué dos balcones en la fachada!… ¡Maldito sea el demonio!

ACACIA. Siéntate, hombre.

MELITÓN. Ahora está en su punto lo de sentarse.

ACACIA. ¿Qué?

MELITÓN. Nada. Un comentario suelto.

ACACIA. Pero oye, ¿qué me ha dicho la chica; que con la sorpresa se me ha ido…? ¿Que has encontrao tú mi pendiente?

MELITÓN. ¡Yo tenía que ser! *Mostrándoselo.* A ver si es esta prenda.

ACACIA. ¡Esta misma! ¡Regalo de mi madre! ¡Figúrate! ¡Sin sueño estoy desde que lo perdí! ¡Bendito seas tú, Melitón!

MELITÓN. No me bendigas, que me da un calambre de cuerpo entero.

ACACIA. ¿Dónde lo has encontrao?

MELITÓN. Siempre he tenío vista de lince. Na más una vez se me nubló unas miajas.

ACACIA. ¿Dónde lo has encontrao?

MELITÓN. A orilla de la acera, debajo de una hojita de lechuga, en la calle de San Eugenio, casi esquina a. San Ildefonso.

ACACIA. ¡Pues no sabes la alegría que me das!

MELITÓN. ¡Ay, Acacia! ¿Y la que yo tengo? Como que en lugar de un pendiente… ahora somos dos: la alhaja en cuestión… y yo, que estoy pendiente de ti desde que asomaste por esa puerta.

ACACIA. ¡Ja, ja, ja!

MELITÓN. No te rías así, por tu salú, que me enseñas aquel diente nervioso… y me acuerdo de muchas cosas del pasao y me rebelo.

ACACIA. Pero ¡qué buen humor conservas, no te digo!

MELITÓN. ¡Toma! ¡El buen humor es mi *champán*! Gracias a él resisto la negra.

ACACIA. Sí, ¿verdad? Tú ¿te casaste?

MELITÓN. ¡Que si me casé!… Pues ¿no me estás viendo hace un rato?

ACACIA. ¿Y tu mujer…?

MELITÓN. Dobla, dobla la hoja. ¿Tú también te casaste?

ACACIA. Cierra el libro.

MELITÓN. ¿Qué?

ACACIA. ¡Que cierres el libro, Melitón!

MELITÓN. ¡Mi madre! ¿Esas tenemos?

ACACIA. ¡Así me hubiera caído un rayo antes de ir a la iglesia!

MELITÓN. ¡Acacia!

ACACIA. No, no te apures, no nos oye; está en Chamartín comiendo arroz.

MELITÓN. Ya lo sé; no era eso. Mi exclamación fué por lo inesperao.

ACACIA. ¡Reniego de la hora en que le tropecé en la calle!

MELITÓN. ¡Válgate Dios! ¿Tan malo te ha salido? ¿Qué lacra tiene? ¿Es juerguista?

ACACIA. No.

MELITÓN. ¿Jugador?

ACACIA. Tampoco.

MELITÓN. ¿Mujeriego?

ACACIA. ¡Qué va a ser mujeriego!

MELITÓN. Entonces ¿qué es, Acacia?

ACACIA. ¡Na; lo que se dice na! ¡No es na! Guapo: na más que guapo.

MELITÓN. ¿Matón?

ACACIA. ¡No! ¡Guapo, bonito él; precioso! ¡Guapo, ya te digo! ¡No pué dormir de guapo! ¡Pa el Museo de Reproduciones!

MELITÓN. ¡Anda con ésa!

ACACIA. Me tié empalagá: por encima del moño. No puedo ya con tanta hermosura. Porque no sale de ser guapo, ¿tú me comprendes? Yo conozco otros hombres que también son guapos, pero que sobre guapos son otra cosa. Mi médico, sin ir más lejos, es guapo… y además es médico y cura a la gente. El abogao que hace tres años me sacó del pleito de la tienda es guapo… y abogao. Ahí a orilla vive un teniente de la Guardia civil, que me dice muchos chicoleos… ¡Y es guapo, pero es teniente de la Guardia civil! ¡Mi marido no: mi marido no es más que guapo!

MELITÓN. Pues ¿no es también guarnicionero?

ACACIA. ¡Qué disparate! ¡De fachenda! ¡La tienda la lleva mi hermano! Él no sirve pa na más que pa mirarse al espejo. De perfil, de frente, de espaldas, de tos modos. Sus pestañas, sus rizos, su diente orificao, su camisa dina, sus botas de charol, su capa bordada… ¡Pa adorarlo a toas horas! Va a Salamanca: se retrata de charro; va a Granada: se retrata de moro; va a Sevilla: se retrata de nazareno; me manda los retratos pa que me pasme de su belleza, y se enfada si no le pongo un telegrama de admiración. Así vivo: sin una gracia de él, sin una ocurrencia, sin un golpe, sin un arranque de cariño, comiendo pavo tos los días… y sin esperanza más que de pavo. ¡Me sale por los ojos! Compadéceme, Melitón. ¡Si se hicieran las cosas dos veces!

MELITÓN. *Suspirando desesperado.* ¡Ay! ¡Dos veces se debían de hacer!

ACACIA. ¡Qué menos! ¿Verdad?

MELITÓN. Y ¿ni siquiera tienes hijos de ese farolón?

ACACIA. ¿Hijos? ¡Vamos, hombre!

MELITÓN. Mujer, ¿qué menos? ¡Un señor tan guapo!…

ACACIA. ¡Es que pa eso, además de hermosura, hace falta gracia! ¡Pero Dios se la aumente! Y es lo que yo digo, Melitón: el matrimonio sin hijos es un fiasco; porque no cumple su misión de dar ciudadanos a la patria ni de multiplicarse.

MELITÓN. ¡Ele!

ACACIA. ¡Luego se debía divorciar!

MELITÓN. Es posible. Como también debía divorciarse, por exceso de número, el que pasa de los doce hijos.

ACACIA. ¿Cuántos tienes tú?

MELITÓN. Trece.

ACACIA. ¿Trece, Melitón?

MELITÓN. Trece. ¡Y los trece bizcos del derecho!

ACACIA. ¿Es de veras?

MELITÓN. ¡Bueno! ¿Tú recuerdas que a mí lo que me hacía gracia de la Adelia era que metía un poquillo un ojo? Por ahí vino el traspiés.

ACACIA. Ya, ya.

MELITÓN. Pues el Creador, se conoce que agradecido a mi debilidá, me ha largao los trece niños con la misma gracia.

ACACIA. Pues yo, entre no tener hijo ninguno o tener trece, prefiero los trece.

MELITÓN. Yo te los mandaré.

ACACIA. ¡Ja, ja, ja!

MELITÓN. ¡Verás qué ojitos más salaos!

ACACIA. Oye, y ¿has vuelto ya a vivir en Madrid?

MELITÓN. No: es que voy y vengo. A comprar material, a alguna chapuza que me sale… Tu casa la tiés en La Granja… Vivo en La Granja. Por algo me encontré el pendiente camino de San Ildefonso…

ACACIA. ¡Ja, ja, ja!

MELITÓN. Gracias a Dios, no me taita trabajo. Sigo siendo pintor templista. ¡Que ya hace falta temple pa aguantar a una mujer puerca y chismosa, que hace trampas a espaldas mías, y a trece fierecitas que ninguna me mira a derechas! ¡Hace falta, hace falta temple! Se lo doy yo al más guapo. A tu mando, por ejemplo.

ACACIA. ¡Eso debía haberle tocao!

MELITÓN. ¡Eso! ¡Mi señora! ¡Pa que se mirase de perfil!

ACACIA. ¡Están las cosas muy mal repartidas!

MELITÓN. Con ececiones, prenda; porque a ti te han tocao dos ojos y una boca… que no te pués quejar del reparto.

ACACIA. ¿Ves tú? ¡Si el soso de Ramiro tuviese siquiera alguna vez una caída así!…

MELITÓN. Pero a un pavo, ¿qué caída vas a pedirle? ¡La caída del moco… y gla-gla-gla!… En cambio, un pardillo, en su modestia… hubiera podido distraerte.

ACACIA. ¡Lástima de viruelas!

MELITÓN. Eso no, Acacia: cada uno es como Dios lo ha hecho. Él es guapo, y está en su papel. Di más bien que no viste a tiempo que te casabas con el maniquí de una peluquería.

ACACIA. ¡Tú tuviste la culpa!

MELITÓN. ¿Yo, mujer?

ACACIA. ¡Tú! ¡Por cobarde; por indeciso; por mandria!

MELITÓN. ¡Acacia, no me mates! ¿A estas alturas me sales con eso? ¿Te gustaba yo?

ACACIA. ¡Habérmelo preguntao entonces!

MELITÓN. ¡Mi madre! ¿Más preguntas querías que adorarte tos los movimientos? ¿Cómo se han de decir las cosas? Lo que pasó fué que de repente apareció esa estatua de hombre, te miró dos veces, tú te embobaste… y ya fué una explosión en tos laos, desde los portales a las guardillas: «¡Vaya una pareja! ¡Qué pareja! ¡La Acacia y Ramiro! ¡Dos figuras pa una litografía! ¡El orgullo del barrio!». Y el pobre Melitón, que siempre fué desdibujao, se tuvo que meter en un rincón de su casa pa que no lo corrieran los chicos por sus pretensiones. ¡Como que iba a peinarse la Acacia pa el guiñapo de Melitón, estando en el mundo Ramiro! ¡Qué risa!

ACACIA. ¡Maldita sea la…! Y, sin embargo, si se volvieran a hacer las cosas…

MELITÓN. ¿Qué, mi alma?

ACACIA. Na, Melitón, na. No hablemos de eso. Me he puesto de un humor endiablao.

MELITÓN. Pues ¿y yo, Acacia? ¿De qué me sirve tanta vista, si no me valió cuando debió valerme? ¡Mal fin tengan los torpes!

ACACIA. ¡Los torpes, eso es! ¡Por torpes nos pasa lo que nos pasa!

MELITÓN. ¡Ele! ¡Por torpes! Dos equivocaos, Acacia, dos equivocaos.

ACACIA. ¡Dos equivocaos, Melitón!

MELITÓN. Pero, bueno, prenda, y este yerro ¿no podría enderezarse?

ACACIA. ¿Qué dices?

MELITÓN. Esta equivocación, ¿no tié remedio?

ACACIA. ¡No lo tiene! ¡Ése es mi coraje!

MELITÓN. Pero entre tú y yo, ¿no podríamos comernos a tu pavo con mucha gelatina?

ACACIA. Calla, que la chica pué oírte.

MELITÓN. Pues quien yo quiero que me oiga eres tú.

ACACIA. Pues lo que es sobre eso na te oigo.

MELITÓN. ¿Por qué no, mujer? ¿Sería el primer pavo sacrificao? Verás tú: pa empezar, lo atracamos de nueces… *Ella aguanta la risa.* ¿Ves cómo te hago gracia?

ACACIA. ¿Te lo he negao yo nunca?

MELITÓN. No me mires esaminándome: es un ruego. No vengo preparao pa estas oposiciones. Me he echao encima lo peor que tenía en la percha, pa estimular más el desprendimiento con motivo de la gratificación por la joya. ¡Como no podía presumir que venía a tu casa!… ¡Ni una palabra sobre este particular!… Voy ya más que gratificao. Pero mañana estreno traje y estreno gorra… y me voy a pasar por tu tienda. Suspende hasta mañana todo juicio.

ACACIA. Mira, no te canses. Eso tié gracia porque Dios te la ha dao a ti. Pero pa esto nuestro ya no existe arreglo ninguno. Las equivocaciones así se pagan muy caritas: con la vida entera, Melitón. No nos quedan más recursos que estos desahogos… soñando con lo que pudo ser… y aguantar yo lo mejor que sepa a mi pavo y tú a tu coleción de bizcos.

MELITÓN. ¡Mi madre!

ACACIA. ¿Qué?

MELITÓN. ¡Se me habían olvidao completamente!

ACACIA. Por eso te refresco yo la memoria.

MELITÓN. Con todo, yo vendré mañana por la tienda como te he pintao. Y ¡a ver qué ocurre!

ACACIA. ¿Qué ha de ocurrir?

MELITÓN. Déjame esa esperanza. Hasta mañana, Acacia.

ACACIA. Hasta mañana, Melitón. ¡Dos equivocaos!

MELITÓN. Ni más ni menos. ¡Dos equivocaos! *Vase por la puerta de la derecha, sonriendo melancólicamente.*

ACACIA.

Es gracioso, y es bueno, y es fino…
Pero, Acacia, tu sino es tu sino,
aunque vida mejor te mereces…
¡Quién volviera a empezar el camino!…
¡Si las cosas se hicieran dos veces!…

FIN

Madrid, marzo, 1923.

GANAS DE REÑIR

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO ESPAÑOL** el 24 de marzo de 1923

A MARGARITA XIRGU,
sevillana honoraria.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Martirio.	Margarita Xirgu.
Julián.	Alfonso Muñoz.

GANAS DE REÑIR

Un rincón de una calle de Sevilla. Puerta de la casa de Martirio. Es por la tarde, en primavera.

Martirio, bellísima mujer, hija de un popular regente de imprenta, sale a la puerta de su casa a esperar sentada a su novio, que es fotógrafo. Tiene los ojos negros y negro el cabello, y esta tarde, negras también las intenciones. Le ha amanecido el día con ganas de reñir.

MARTIRIO. ¡Jesús con mi madre! ¡Las cosas de las viejas, señó! Si una no riñera con su novio na más que cuando tiene motivo, ¡vaya una grasia! ¡Una grasia mohosa! La cuestión es reñí sin motivo. Se tienen ganas de reñí como se tienen ganas de comerse un durse o de toma un pescao. Y hoy tengo yo ganas de reñí. Y riño. ¡Ya lo creo que riño! Santitos que me pinte van a sé demonios. Esta tarde riño con é. No es que terminemos, no; es que riño esta tarde. Se me ha puesto en la cabesa reñí. Ayí viene. Mílo qué risueño. Poco le va a durá la sonrisa. Y contoneándose. Ya te daré yo contoneo. Y creyendo que lo voy a resibí como a un Rey Mago. ¡Sirba, sirba!… ¡To el aire que eches fuera te lo vas a tené que sorbé!… ¡Sirba, sirba!…

Breve pausa. Sale, en efecto, silbando Julián, con rostro placentero. El hombre viene a pasar allí el mejor rato de todo el día.

JULIÁN. ¡Hola, perdisión!

MARTIRIO. ¡Hola! ¿No traes er perro?

JULIÁN. No. Lo he dejado en casa.

MARTIRIO. ¡Como venías sirbando!…

JULIÁN. ¡Ah! Contento que está uno.

MARTIRIO. ¿Estás tú contento?

JULIÁN. ¿No me ves? ¿Y tú, no estás contenta?

MARTIRIO. Estándolo tú…

JULIÁN. Me lo dises con una cara…

MARTIRIO. Con la que tengo, hijo.

JULIÁN. ¿Te pasa argo?

MARTIRIO. ¿A mí? ¿Por qué?

JULIÁN. ¡Qué sé yo! Te veo de una forma… ¿Me he retardao, quisás? *Mira su reloj*. Ar contrario: no son las seis, y tos los días vengo a las seis y media…

MARTIRIO. Lo cuá sinifica que tos los días pués vení antes, y no vienes… porque no se te antoja.

JULIÁN. Según se da er trabajo en la fotografía…

MARTIRIO. Yo no me voy a meté en averiguarlo, ¿sabes?

JULIÁN. Unas veses acude mucho público y otras veses poco…

MARTIRIO. ¡Si no te pido esplicasiones, Julián! Ayá tú.

JULIÁN. Er resurtao es que te incomodas porque vengo a verte media hora antes. Lo tendré presente pa mañana.

MARTIRIO. ¿Pa mañana? No pienses pa tan lejos.

JULIÁN. ¿Eh?

MARTIRIO. Ya lo he dicho.

JULIÁN. *Haciéndose cargo de la situación, como otras veces.* ¡Bueno está! *Pausa. Silba de nuevo.*

MARTIRIO. Sirba, hijo, sirba más; a vé si viene er perro y me yena de purgas.

JULIÁN. Tú, tú; que mi perro no tiene purgas.

MARTIRIO. ¡Ah!, es verdá: soy yo quien se las pega ar perro.

JULIÁN. Pero, mujé, ¿qué bicho te ha picao?

MARTIRIO. ¡Habrá sío una purga!

JULIÁN. ¡Vaya! ¿Y tu madre?

MARTIRIO. ¡Ya era hora, hombre!

JULIÁN. ¿Qué?

MARTIRIO. ¡Ya era hora de que me preguntaras por ella!

JULIÁN. ¡Si acabo de yegá, Martirio!

MARTIRIO. Pero has tenío tiempo de hablá de veinte cosas antes que de mi madre: er perro, los sirbíos, mi cara, tu negosio, la hora, las purgas… ¡Lo úrtimo, mi madre! ¡Bien le pagas lo que te quiere! Pos te engañas en más de la mitá: mi madre, pa mí, es lo primero. Si lo quieres así, lo tomas, y si no, lo dejas. Esto no armite variante.

JULIÁN. To lo que sea pa ti lo primero lo es siempre pa mí.

MARTIRIO. ¿Mi madre va a sé pa ti primero que tu madre? ¡Eso se lo cuentas a tu abuela!

JULIÁN. Bueno, cuando no se quiere comprendé…

MARTIRIO. ¡Si yo soy un soquete!

Pausa.

JULIÁN. ¿No me has sacao siya?

MARTIRIO. ¡Como no pensaba que ibas a vení tan temprano!… ¡Has venío tan temprano!…

JULIÁN. Claro; sí. Iré yo por una, en castigo.

Va a entrar en la casa y la impertinencia de Martirio lo detiene.

MARTIRIO. Mi padre, bueno; grasias.

JULIÁN. Con tu padre he estao yo hablando hase sinco minutos, y sé que está bueno. Salía de la imprenta y lo he acompañao hasta er café.

MARTIRIO. Pero ¡yo no soy adivinadora!

JULIÁN. Es verdá. ¡Ni yo adivinadó tampoco! ¡Y bien que lo siento; porque me gustaría adiviná qué caracoles te susede esta tarde!

MARTIRIO. Mira, mira, fotógrafo: gritos y palabrotas, no; que la caye es muy ancha y pués irte por donde más coraje te dé. *Julián hace un gesto, y*

luego se vuelve de nuevo hacia la casa para entrar en ella. ¡Ahí está! Ensima, vuérveme la esparda.

JULIÁN. ¡Si voy por la siya! ¿He de entra en tu casa andando pa atrás, como pasean las monjas? *Se mete dentro tal como dice.*

MARTIRIO. Ya verás, ya verás. Toavía no he empesao. Y er día que me coje con ganas de reñí, ér mismo me ayuda. Na más de verlo tan campante, se me aumentan. Paesco una gata frente a un perro. Ya verás, ya verás. *A él, que trae una silla.* ¡Hombre, que bonito! ¿No se te ha ocurrió cogé la siya más que de la sala?

JULIÁN. La que he encontrao más serca, Martirio.

MARTIRIO. Y ¿no se te figura mucho lujo pa la puerta e la caye?

JULIÁN. ¿Cuár traigo, entonses? ¡Dímelo tú!

MARTIRIO. ¡Cuarquiera menos ésa!

JULIÁN. ¡Bueno! *Éntrase en la casa otra vez.*

MARTIRIO. Ya verás, ya verás. ¿De dónde sacará mi madre que pa reñí hasen farta motivos? ¡Chocheses! Y, sobre to, que si yo no riño esta tarde, no duermo esta noche. ¡Y prefiero que no duerma é!

Vuelve Julián con otra silla vieja cuyo asiento está roto.

JULIÁN. ¿Habré asertao ahora? ¡No me dirás que ésta es de lujo!

MARTIRIO. ¡Mira qué ánge tienes también! ¡Míralo qué grasioso! ¡Ponme en vergüensa, hombre! ¡Que cuarquiera que pase y la vea prinsipie a yamá a voses ar siyero!

JULIÁN. No tengas cuidao, porque el asiento voy a taparlo yo ahora mismo. *Se sienta.* Ya está. ¡Lo que es otra siya no saco!

Pausa. Él no sabe ya qué decirle. Enciende un cigarrillo.

MARTIRIO. ¡No podía fartá la chimenea!

JULIÁN. *Levantándose y tirando el pitillo con rabia.* ¡Caray, que no hay manera de entenderte!

MARTIRIO. ¿Ves? ¡Ya está el asiento al aire!

JULIÁN. ¡Pos déjalo! ¡Así se ventila! Quéate con Dios, y tómate un cosimiento pa la sangre, prenda.

MARTIRIO. ¡Ah!, pero ¿te vas?

JULIÁN. ¡Naturarmente! ¡Ni que te conosiera de dos días! Ya está visto que esta tarde hay que pelea porque sí. Y como está visto y yo no quiero peleá porque sí, me voy sin más espera.

MARTIRIO. Pretestos pa dejarme cuando te aguardan los amigos, no te fartan nunca.

JULIÁN. ¿Es desí, que yo me voy ahora por gusto, por capricho?

MARTIRIO. ¡A vé!

JULIÁN. ¡Ea! ¡Pos no me voy: me quedo! ¡Te brindaré este plato una vez más!

MARTIRIO. ¿Una vez más o una vez menos?

JULIÁN. Eso no lo entiendo, Martirio.

MARTIRIO. Ni yo tampoco. Pero en esta casa er regente de imprenta es mi padre: yo no tengo por qué medí las palabras. Digo siempre lo que se me viene a la boca. Si conviene, bien; y si no, lo dicho: la caye es más larga que ancha y está sembrá de cayejuelas. Don Rodrigo murió en la jorca. Y fuma fuma si te lo pide er cuerpo.

JULIÁN. No. Te molesta el humo.

MARTIRIO. El humo, no: es lo único que no me molesta. Me molesta er pitiyo. El argodonsito de la boquiya ¡me da un asco!… ¡Uf! ¡Qué asco me da!

JULIÁN. ¡Pos fumo emboquiyaos porque te daban asco los otros!

MARTIRIO. ¡Pos ahora me dan asco los emboquiyaos!

JULIÁN. Sí, sí. *Después de otro silencio, se levanta y se acerca a ella para quemar el último cartucho. Advierte entonces que vuelve a dejar descubierto el roto asiento de la silla, y lo tapa con el sombrero.* ¿Se te pué pregunta una cosa?

MARTIRIO. Y siento: ¿soy yo un puercoespín?

JULIÁN. ¿Has resibío las pruebas de los retratos?

MARTIRIO. ¿De qué retratos?

JULIÁN. ¡De los tuyos!

MARTIRIO. ¿De los míos? Pero ¿aquéya soy yo? ¡Qué való tienes! ¡Te lusiste, hombre! Aquéya será una muñeca; pero ¡lo que es yo!… Por toa la vesindá he paseao las pruebas, y la que más ha tomao er retrato por er de una parienta mía más negra que er betún. ¿Soy yo tan negra, hijo?

JULIÁN. ¡Desgrasias! Ya ves tú, yo estaba contento…

MARTIRIO. Amor propio de los artistas. Pero ni conmigo ni con mi familia das nunca en er clavo. Siempre te has de estreyá. Acuérdate de lo der tío Jasinto.

JULIÁN. ¿Qué es lo der tío Jasinto?

MARTIRIO. ¿No te acuerdas? Pos ¡chico bochorno pasó! Le hisiste tú er retrato pa er kilométrico, tomó er tren… y en la primera estasión lo echaron abajo. ¡Si se paresería!

JULIÁN. *Sonriendo.* Ese es un cuento que anda por Seviya… y a ti se te ha antojao encajármelo ahora. Pero yo no soy aquer fotógrafo. En fin… la voluntá me sarve. Veremos otra vez.

MARTIRIO. ¡Como que voy yo a está vistiéndome ca cuatro días y subiendo y bajando a tu palomá hasta que tú des en la yema! Y cuidao que te lo previne: ¡yoviendo no sale bien ningún retrato! Pero te empeñaste. Y en er momento de quitarle er tapón a la máquina, diluviaba.

JULIÁN. Sí, sí. *Se hace aire con el sombrero.*

MARTIRIO. ¿Tienes caló?

JULIÁN. ¿Es que no lo hase?

MARTIRIO. Yo no tengo ninguno.

JULIÁN. Pos yo sí.

MARTIRIO. Tú eres muy fogoso.

JULIÁN. ¿Muy fogoso? *Con violencia y coraje.* ¡Si yo fuera muy fogoso, Martirio!…

MARTIRIO. ¿Qué? ¡Acaba, hombre! Amagá y no dá es de… de…

JULIÁN. ¿De qué? ¡Acaba tú!

MARTIRIO. Acaba tú primero.

JULIÁN. Sí, voy a acabá, sí: voy a acabá por irme.

MARTIRIO. ¡Como que no deseas otra cosa desde que yegaste!

JULIÁN. ¡Cuando lo despiden a uno!…

MARTIRIO. ¡Cuando una ve que se viene ar lao de una por compromiso!…

JULIÁN. ¡Cuando uno se convense de que no se trata más que de peleá sin rasón!…

MARTIRIO. ¡Ah! ¿Yo no tengo rasón pa peleá contigo esta tarde?

JULIÁN. ¿Qué rasón tienes?

MARTIRIO. ¿No tengo rasón?

JULIÁN. ¡Dime una siquiera!

MARTIRIO. No te dará en los dientes, goloso.

JULIÁN. ¡Dime una!

MARTIRIO. Eso quisieras tú. A mí me gusta que se me lean las cosas en la frente.

JULIÁN. ¡Pos lo que es eso!… Apenas he yegao esta tarde te he leío como en un carté. ¡Ganas de reñí que tienes hoy! ¡Ni más ni menos!

MARTIRIO. ¿Ganas de reñí?

JULIÁN. ¡Ganas de reñí que te entran como un costipao… y hasta que no lo sudo yo no te pones buena! ¡Ea! ¡De verano!

MARTIRIO. ¿Ar fin te vas?

JULIÁN. ¡Claro! ¿Pa qué he de quedarme más tiempo? ¿No querías reñí? ¿No hemos reñío ya? ¡Pos Santas Pascuas y que sea enhorabuena!

MARTIRIO. Mira, Julián, no grites, que estamos en la caye.

JULIÁN. ¡Pos métete dentro!

MARTIRIO. ¡Qué bonita contestasión! ¡Y soy yo la de las ganas de pelea!

JULIÁN. ¡No; soy yo!

MARTIRIO. ¡Digo si eres tú!

JULIÁN. ¡Yo, yo; yo que he venío a verte con esas intensiones!

MARTIRIO. ¡Eso es!

JULIÁN. ¡Eso es!

MARTIRIO. ¡Eso, eso es; no lo repitas con retintín!

JULIÁN. ¡Sin retintín ninguno! ¡Eso es!

MARTIRIO. ¡Eso es!

JULIÁN. ¡Ya, grasias a Dios, estamos de acuerdo! Y como ya estamos de acuerdo grasias a Dios… ¡hasta mañana si Dios quiere! ¡O hasta er día der Juisio!

MARTIRIO. ¡Hasta er vaye de Josafá! ¿A mí, qué?

JULIÁN. ¡A sudá er costipao! *Vase echando fuego por el lado contrario al que llegó.*

MARTIRIO. ¡A sudarlo! ¡Tómate un seyo urgente! *Gritándole cuando ya ha desaparecido.* ¡Si te piensas que ahora voy a yorá, te equivocas! *Sonriendo dichosa después.* ¡Diga mi madre lo que quiera, esto sabe a gloria bendita! ¡Ay, qué a gusto estoy!

Negro se va pa Triana.
Y ér sabe que hemos reñío
porque a mí me ha dao la gana.
¡Es mío! ¡Na más que mío!

Relamiéndose.

¡Qué pases las de mañana!

FIN

Madrid, febrero, 1923.

MARIANELA

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN TRES ACTOS DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO DE PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el **TEATRO DE LA PRINCESA** el 18 de octubre de 1916

Al glorioso creador de
MARIANELA
ofrenda de admiración
y cariño.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marianela.	Margarita Xirgu.
Florentina.	Josefina Santaularia.
Sofía.	Rafaela Satorres.
Señana.	Pascuala Mesa.
La Mariuca.	María de las Rivas.
La Pepina.	Vita Giral.
Teodoro Golfín.	Francisco Fuentes.
Pablo.	José Rivero.
Celipín.	Amparo Álvarez,
Don Francisco Penáguilas.	Pedro Cabré.
Carlos Golfín.	Federico Górriz.
Don Manuel Penáguilas.	Francisco Barraycoa.
Sinforoso Centeno.	José Lucio.
Tanasio.	Ramón Puga.

MARIANELA

ACTO PRIMERO

Huerta de la casa de don Francisco Penáguilas en Aldeacorba, cerca de las minas de Socartes, al norte de España. A la izquierda del actor, la puerta de entrada. Al foro, limitando el paraje, una tapia casi cubierta de madreselvas. Inmediata a ella, una fuente grande. A la derecha se supone la casa-habitación, con la que la huerta comunica. Allá, en el fondo, en la lejanía, los campos verdes, las montañas azules. —Sillas y bancos rústicos. —Es por la tarde, en el mes de septiembre.

La escena está sola. Transcurridos unos instantes tranquea la puerta Teodoro Golfín. Es un hombre de mediana edad, de complexión recia, basto de facciones y de mirar osado y vivo. Trae su bastón al hombro y el sombrero en la punta.

TEODORO. Adentro, que está la puerta abierta. *Alzando la voz.* ¡Ah de la casa! *Mirando a la derecha.* ¡Quieto, *Choto;* quieto! ¿No me conoces todavía? ¡Buenas tardes, Pablo! *Pablo responde desde dentro.*

PABLO. ¡Oh! ¡Buenas tardes, señor don Teodoro! Voy allá. Déjame, *Choto*. Anda, vete a buscar a la Nela.

TEODORO. *Contemplando a Pablo mientras se aproxima.* ¡Lástima de muchacho! Belleza varonil, privilegiada inteligencia, suprema sensibilidad… ¡y ciego! La luz que les falta a sus ojos parece como que aviva más y

enciende la de su alma. ¡Qué trágicas imperfecciones nos muestra a cada paso la vida!

Sale Pablo por la derecha. Es un mozo de veinte años, suave, derecho; de cuerpo sólido y airoso; de noble y serena hermosura; con la cabeza inmóvil, y los ojos clavados y fijos en sus órbitas. Se apoya en un palo.

PABLO. ¡Cuánto bueno por esta casa, señor doctor!

TEODORO. Ya le dije a usted la otra noche que íbamos a ser muy amigos.

PABLO. A gran honra lo tengo. *Se estrechan las manos.* Teodoro. He salido del establecimiento minero con mi hermano y con mi cuñada, y a los cuatro pasos ya se han sentado a descansar a la sombra de un roble. ¡Perezosos! Ahora vendrán. Allí los he dejado. Yo tenía prisa por estirar las piernas, y aquí me tiene usted.

PABLO. ¿Va usted a pasar allá dentro, o llamo a mi padre?

TEODORO. ¿Qué hace por allá dentro el patriarca de Aldeacorba?

PABLO. Trajinar, como siempre. Cuando no en la huerta en el pajar, en el gallinero, en el establo, en el corralillo… sabe estarse quieto.

TEODORO. Pues déjelo usted en sus afanes. Debe respetarse el trabajo de todo el mundo. Charlemos nosotros, que nada mejor tenemos que hacer por ahora.

PABLO. Siéntese usted, señor don Teodoro.

TEODORO. Ahora me sentaré, amiguito. Me agrada curiosear por la huerta. ¡Primorosa la tiene el patriarca! Como a nieta la cuida.

PABLO. Eso dice todo el que la ve.

TEODORO. ¿Por qué le llaman a su padre de usted el patriarca? Aunque me lo figuro.

PABLO. Por lo que usted piensa: porque es muy afable y muy generoso, y no hay cuestión entre estas gentes en que él no tercie para arreglarla de buena manera. Es el propietario más respetado del país. De ahí el sobrenombre.

TEODORO. ¿Nació en esta casa, verdad?

PABLO. Sí, por cierto. Y a su vuelta de América, adonde fué de joven, cuando tuvo dineros, la remozó y la alegró como usted puede verla. Esta casa infanzona y dos o tres más son todo lo que queda del lugar de Aldeacorba de Suso. Lo demás ha sido expropiado por los explotadores de las minas, en diversos años, para beneficiar el terreno. Todo debajo de nosotros es calamina. Nuestros abuelos vivían sobre miles de millones sin sospecharlo. Y usted, ¿se aburre demasiado en Socartes?

TEODORO. Yo no me aburro nunca, amigo mío. Sé admirar; y el hombre que sabe admirar no se aburre. Por dondequiera encuentro maravillas que me hablan de Dios y de su grandeza. Además, si en Socartes no llevo aún ni seis días, ¿cómo quiere usted…?

PABLO. Eso sí.

TEODORO. Anteayer recorrí otra vez con mi hermano casi todo el trayecto que anduve, guiado por usted, la noche que vine.

PABLO. ¿A la Terrible ha vuelto usted?

TEODORO. Deseaba verla también de día. Y no sé cuándo me ha estremecido más. Es imposible que usted pueda imaginarse, sin verla, lo que es una mina agotada. Bien le cuadra el nombre: ¡la Terrible! Aquellos fantasmas de piedra, informes y espantosos, se me figuran una orgía de demonios petrificados. También estuve en la Trascava.

PABLO. ¡Ah!, ¡la Trascava! ¡Tremendo agujero! La Nela y yo, en nuestros paseos, nos sentamos a su borde muy a menudo. La Nela dice y jura que oye palabras; que las distingue claramente… Yo, la verdad, no escucho sino un murmullo interminable, extrañó; triste o alegre, creo que según el ánimo que llevo.

TEODORO. Es claro. Ni con la Terrible ni con la Trascava hago yo buenas migas, no obstante mi curiosidad.

PABLO. ¿Y ha recorrido usted, como aquella noche, algunas galerías subterráneas?

TEODORO. Todo, todo. Y eso que tampoco he nacido yo para respirar bajo tierra. Prefiero la Terrible, y aun la Trascava misma. Siquiera vemos el cielo encima de nosotros.

PABLO. Usted, sí. Pero yo, si no fuera porque a veces el aire es escaso y la humedad grande, quizás preferiría a todos los demás esos lugares subterráneos. Como vivo en perpetuas tinieblas, hallo allí cierta compenetración de la tierra con mi propio ser. Paseo por aquellos túneles tenebrosos como usted por las más alegres campiñas.

TEODORO. *Observando con atención e interés los ojos del joven.* Una vez más me hace usted fijarme en su desgracia. ¿Lo han reconocido a usted ya algunos médicos?

PABLO. Sí, señor. Y no tengo esperanza. Es de nacimiento mi mal. No tengo esperanza.

TEODORO. ¡Quién sabe!, ¡quién sabe, amigo mío!…

PABLO. No… Y bien comprendo, señor don Teodoro, que la parte más maravillosa del universo es esa que me está vedada.

TEODORO. ¡Quién sabe! A quererlo Dios… Pablo. No tengo esperanza.

TEODORO. Su misericordia es infinita.

Silencio. El doctor observa aún las pupilas del ciego. Lejos, hacia el fondo, se oye después cantar a Marianela.

PABLO. ¿Oye usted, don Teodoro?

TEODORO. Sí. ¿Quién canta?

PABLO. La Nela.

TEODORO. Es verdad. Ya la oí también la otra noche. ¿No se acuerda usted?

PABLO. Más bien creí que usted no se acordase.

TEODORO. ¿Cómo no? Me interesó mucho esa muñeca. ¡Buen lazarillo tiene usted!

PABLO. El mejor de todos. Óigala, doctor. ¡Qué ajena está ella a que la escuchamos! ¡Qué voz tan bonita! Óigala usted… *Los dos prestan oído a la canción unos instantes.*

TEODORO. Me gusta mucho la música popular de estas tierras del Norte. No se me olvida una tarde, allá en América que escuché a un mozo segador una canción parecida a ésa… tan acariciadora, tan suave… y me hizo llorar. *Cesa el canto.*

Pablo grita, llamando a Marianela.

PABLO. ¡Nela!… ¡Nela!… ¡Ven por la huerta, que aquí te espero! *Al doctor.* Y mientras viene, con permiso de usted don Teodoro, yo le voy a avisar a mi padre.

TEODORO. Yo iré donde él esté, si no…

PABLO. No, señor, no; mejor es esto. ¿Quién me dice que no anda por allá en mangas de camisa, hecho una facha?

TEODORO. Si es por eso sólo, voy yo a buscarlo en mangas de camisa también.

PABLO. *Riendo.* ¡Sí que estaría chusco! ¡Qué buen humor tiene usted siempre! *Se va por la derecha.*

Golfín saca un cigarro de su petaca, y fuma. Llega poco después Marianela. Es una niña que parece mujer, o es una mujer que parece niña. Su cabeza menuda, de cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, remata con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Su nariz es picudilla y no falta de gracia; negros y vividores los ojos, donde brilla comúnmente una luz de tristeza; la boca, chiquita, sonríe de continuo con aire melancólico. Viste una falda sencilla y no muy larga, y rae descalzos los ágiles y pequeños pies, familiarizados con las piedras y con los abrojos. Todo en su persona revela abandono y pobreza. Tiñe su tez y ropas como un leve y rojizo matiz, no sólo debido al sol y al aire, sino también al polvillo de la calamina. Habla siempre con humildad y modestia.

MARIANELA. Buenas tardes, señor Golfín.

TEODORO. Ven con Dios, Nela.

MARIANELA. ¿Y Pablo?

TEODORO. No sé. He sido yo quien te ha llamado.

MARIANELA. ¿Usted?… Pues mi amito le ha prestado su voz, entonces.

TEODORO. ¿La conoces bien?

MARIANELA. No la confundo con ninguna. No hay otra que mejor me suene.

TEODORO. Pues espérate, que ahora saldrá él. No he vuelto a hablar contigo, desde aquella noche en que me serviste de guía.

MARIANELA. No, por cierto. Ayer, yendo yo con Pablo, lo vi a usted desde lejos pasar por la cabaña de Remolinos. Iban con usted su hermano el señor don Carlos, y don Ulises, el jefe de las máquinas, el inglés. Y usted llevaba el bastón al hombro y el sombrero allá arriba.

TEODORO. *Riendo.* ¡Mira qué observadora eres, mujer! Así camino mucho, Marianela. Se lo conté a Pablo y se rió también como usted se ríe.

TEODORO. ¿Qué edad tienes tú, Marianela?

MARIANELA. Dicen que tengo dieciséis años.

TEODORO. ¡Dieciséis años! Atrasadilla estás, hijita. ¿Con quién vives?

MARIANELA. Con el señor Centeno, el capataz de ganado en las minas.

TEODORO. ¿Y quién es tu padre?

MARIANELA. ¿Mi padre?

TEODORO. ¿No le has conocido quizás?

MARIANELA. No me acuerdo de él… *Con candoroso orgullo.* Pero dicen que fué el primero que encendió las luces en Villamojada.

TEODORO. ¡Cáspita! ¡El primer farolero!

MARIANELA. Sí, señor; eso dicen.

TEODORO. ¿Y tu madre?

MARIANELA. Mi madre dicen que vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. *Me tuvo* un día de Difuntos, y después se fué a criar a Madrid.

TEODORO. ¡Vaya con la buena señora!

MARIANELA. Y a mí me crió una hermana de mi madre, que era también soltera, según dicen. Y mi padre, cuando se iba a farolear, me llevaba en el cesto, junto con los tubos, y con la aceitera, y con las mechas… Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el cesto sobre el antepecho, y yo me salí fuera y me caí al río. Pero no me ahogué.

TEODORO. Ya lo veo.

MARIANELA. Porque caí entre piedras. ¡Divina madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

TEODORO. Y ahora también lo eres.

MARIANELA. Ahora no: ahora soy un fenómeno.

TEODORO. ¡Muchacha! ¿Hace mucho tiempo que vives en las minas?

MARIANELA. Dicen que hace ya trece años. Dicen que mi padre me recogió después de la caída; y que cayó enfermo, y que mi madre no le quiso asistir porque era muy malo, y que él entonces se fué al hospital, donde dicen que se murió.

TEODORO. En paz descanse.

MARIANELA. Entonces dicen que mi madre vino a las minas a trabajar, y dicen que un día la despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente…

TEODORO. ¿Sabes, hija, que dicen unas cosas de tu padre y tu madre que no hay más que pedir?

MARIANELA. ¡Qué quiere usted, señor! Eso dicen. Y dicen que mi madre se fué entonces a un agujero muy grande que hay allá arriba…

TEODORO. ¿Acaso la Trascava?

MARIANELA. La Trascava: ese mismo. Y se metió dentro.

TEODORO. ¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! No habré vuelto a salir.

MARIANELA. No, señor: allí dentro está. Yo algunas veces la oigo que me llama.

TEODORO. *Tomándole cariñosamente la cara.* ¡Chiquilla! Ésas son imaginaciones.

MARIANELA. No, señor, no; que la oigo.

TEODORO. Calla, tonta. ¿Y qué haces tú en las minas, Nela?

MARIANELA. Yo nada, señor. Si yo no sirvo para nada.

TEODORO. ¿Que no sirves? No seas tan modesta, mujer.

MARIANELA. Todos lo dicen: que no sirvo más que de estorbo. Y es la verdad: en cuanto cargo un peso, por pequeño que sea, me caigo al suelo. Y si me pongo a hacer una cosa difícil, me desmayo en seguida.

TEODORO. Todo sea por Dios… Vamos, que si dieras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

MARIANELA. Pero ¿no oye usted que yo no sirvo para nada?

Teodoro. ¿De modo que eres una vagabunda?

Marianela. No, señor, porque acompaño a Pablo.

Teodoro. Pues ya ves tú si sirves. Parece buen muchacho Pablo.

Marianela. *Con entusiasmo.* ¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista tiene él más talento que todos los que ven.

Teodoro. Sí que es muy despejado y simpático. Dime: y a ti, ¿por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

Marianela. Dicen que a mi madre, que se llamaba la señá María Canela, le decían Nela. Yo me llamo María.

Teodoro. Mariquita.

Marianela. María Nela me llaman, y también la hija de la Canela. Unos me dicen nada más que la Nela y otros Marianela.

Teodoro. ¿Y tu amo te quiere mucho?

Marianela. Sí, señor: es muy bueno. Él dice que ve con mis ojos, porque como yo le llevo a todas partes, y le digo cómo son todas las cosas…

Teodoro. Todas las cosas que no puede ver.

Marianela. Sí, señor; yo se lo digo todo. Él me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo con mis palabras, que para él es lo mismito que si la viese. Lo mismito. Y le explico cómo son las hierbas, y las nubes, y el cielo, y el agua, y los relámpagos, y las veletas, y las mariposas, y el humo, y los caracoles, y el cuerpo y la cara de las personas y de los animales… y lo mismito que si lo viese todo. Y le digo lo que es feo y lo que es bonito, y él dice que se entera mejor que cuando se lo explica nadie.

Teodoro. Veo que no es flojo tu trabajo. ¡Lo feo y lo bonito! Ahí es nada… Óyeme, Nela: ¿te alegraría a ti mucho que tu amito recibiera de Dios el don de la vista?

Marianela no contesta nada. Mira con admiración y sorpresa a Golfín, y exclama luego:

Marianela. ¡Divino Dios! Eso es imposible.

Teodoro. Imposible, no; difícil, sí.

MARIANELA. ¡Divino Dios! *Pausa.*

TEODORO. ¿Sabes leer, Marianela?

MARIANELA. No, señor. Si ya le digo a usted que yo soy una cosa inútil.

TEODORO. ¡Vaya! ¡Pues yo voy a encargarme de hacerte una mujercita de provecho! Y voy a empezar ahora mismo. Ten ahí.

MARIANELA. ¿Qué me da usted, señor?

TEODORO. Dos duros.

MARIANELA. ¿Para qué?

TEODORO. Para que te compres unos zapatos.

MARIANELA. ¡Si yo ando bien descalza! Mire *Corretea por la huerta.*

TEODORO. Pues hay que aprender a andar calzada. ¡Y hasta a bailar, si me apuras mucho!

MARIANELA. ¡Bailar yo con zapatos! ¡Qué risa! En fin. Dios le pague la voluntad. ¡La Nela con zapatos! ¡Madre!

Por la derecha sale inopinadamente Celipín Centeno, chicuelo de unos doce años, obrero de las minas. En la mano trae una vara. Al hallarse frente al doctor se quita con todo respeto la gorra.

CELIPÍN. ¡Anda! ¡Qué sorpresa!

MARIANELA. ¡Celipín! ¿De dónde vienes tú?

CELIPÍN. Buenas tardes.

TEODORO. Buenas tardes, amigo.

MARIANELA. ¿De dónde vienes? ¿Qué se te ha perdido en esta casa?

CELIPÍN. Me mandó madre con unos cacharros para la cocinera del señor don Francisco.

MARIANELA. *Al doctor, que mira al chicuelo.* Este es Celipín, don Teodoro. Celipín.

TEODORO. ¡Ah! Muy señor mío.

MARIANELA. El hermano pequeño de la Mariuca y la Pepina, y de Tanasio. Los hijos de la Señana y de don Sinforoso, los capataces que me tienen a mí recogida.

TEODORO. Ya, vamos, ya.

Marianela. Celipín y yo nos contamos muchos secretillos. Porque somos vecinos de alcoba.

Teodoro. ¿Dormís pared por medio?

Celipín. ¡Pared por medio dice, Nela! En la cocina de la casa dormimos los dos: yo en un jergón… y ésta, como es mujer, entre dos cestas.

Teodoro. ¿Cómo entre dos cestas?

Celipín. Lo que usted oye: entre dos cestas de las que hace Tanasio. Cuando asoma la cabeza para hablar conmigo, me parece un galápago talmente.

Marianela. Pues muy a gusto que duermo allí.

Teodoro. Y si te acostaran sobre espinas, dirías lo mismo. ¡Pobrecita Nela! —Pero, hombre, ¿y mi gente? Ya es mucho descanso…

Vase por la puerta de la huerta, impaciente por la tardanza de los suyos. Celipín lo contempla con gran admiración. Cuando desaparece, exclama:

Celipín. Míralo, Nela; míralo. Personaje más personaje, ¿lo has visto tú nunca? Pues era más pobre que las hierbas del campo. Y su hermano don Carlos, el ingeniero, otro personaje. Y los dos son hijos de uno que barría las calles en Madrid. ¡Anda con ésa! Ya ves tú si por muy bajo que se nazca, cuando hay carbón en la chimenea, ¡córcholis!, no sube el humo hasta las nubes.

Marianela. ¿Por qué me dices eso?

Celipín. ¿Por qué ha de ser, Nelilla? Porque cada día que pasa, menos me conformo a ser una bestia. ¡Y mirando a estos hombres!… Celipín no ha venido al mundo para servir de vagoneta en las minas. Si mis padres no me sacan de allí, yo me escapo una noche.

Marianela. ¡Madre de Dios bendita! Tú estás loco.

Celipín. No estoy loco, ¡córcholis!, no estoy loco. Es que en las condenadas minas me muero. Allá no somos gentes, somos burros de carga. Sin querer se vuelve uno borrico. Anteayer me miré al espejo de la Pepina, y me vi ya las orejas tamañas. ¡Córcholis!, ¡a mí no me crecen más las orejas! ¡Yo no paro en borrico! ¿Te ríes?

Marianela. Me hacen gracia tus *fantesías*, Celipillo.

Celipín. Pues yo algunas noches bien que lloro. Dormida estás tú y a mí me corren lágrimas. ¿Qué trabajo es aquel de las minas? ¿Es de hombres aquello? Coger una cesta llena de mineral, y echarla en un vagón; empujar el vagón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que se está lavando… *A punto de llorar*. ¡Córcholis! ¡Al que pase muchos años en esos trajines nada más, se le vuelven los sesos de calamina! Yo no, yo no. Yo quiero aprender a leer, y a escribir, y a firmar, y a discurrir, y a ser hombre de pesquis. ¿Son éstas *fantesías*, Nela? ¿Son *fantesías*?

Marianela. No te apures: no llores, Celipe. Tú ya sabes que yo te ayudo, si eres bueno y no dices mal de tus padres. Celipín. De mi padre no digo yo sino lo que dicen otras personas: que tiene la cabeza lo mismo que el martillo- pilón. Y en cuanto a mi madre… si digo que es avara y más que avara, ¿qué digo yo que no se sepa?

Marianela. Sí, Celipín; sólo que los demás son los demás… y nada les importan tus padres; pero tú eres su hijo.

Celipín. ¡Córcholis!, ¡pues no lo parezco! ¿Es trato de hijo este que me dan? ¡Más cuidan a las sesenta mulas que a ti y que a mí!

Marianela. Mira, Celipín, o te callas esas picardías, o no te digo una cosa que va a alegrarte mucho.

Celipín. ¿Qué cosa, Nela? Dímela, y no hagas caso de mis maldiciones. Celipín es bueno.

Marianela. ¿Cuánto dinero te tengo dado ya?

Celipín. Cuarto a cuarto, al pie de treinta y siete reales. Aquí los llevo muy bien guardaditos en el seno.

Marianela. Pues ensancha el bolso, que ya verás lo que voy a darte esta noche.

Celipín. ¿Una peseta, como el otro día?

Marianela. Mucho más. ¡Dos duros!

Celipín. ¿Dos duros, Nela?

Marianela. Dos duros, Celipín. Me los ha dado don Teodoro para unos zapatos. Pero yo no quiero zapatos: para ti son.

Celipín. ¡Ay, Nela, Nelilla! ¡Qué buena eres! ¡Eres una real moza! ¡Eres más buena que María Santísima!

Marianela. Te los doy porque sé que no son para vicios.

Celipín. No son para vicios, ¡córcholis!; no son para vicios. Son para hacerme hombre de provecho. ¡Porque yo tengo mucho talento, Nela! Me lo siento aquí dentro de la cabeza haciéndome *burumbún, burumbún*, como el agua de la caldera de vapor. A veces el ruido no me deja dormir. Y yo me pienso que son las ciencias que se me entran y andan ahí dentro volando a tientas como los murciélagos diciéndome que las estudie. Y las estudio, ¡córcholis!, ¿no he de estudiarlas? ¡Y voy a ser médico, como don Teodoro! ¡A mí no me crecen más las orejas en Socartes! ¡Voy a ser médico! Hasta luego, Nela. No me riña madre si me entretengo demasiado. Hasta luego.

Marianela. Anda con Dios, hombre.

Celipín. ¡Tú te alegrarás de protegerme!

Dicho esto, se quita la gorra, la cuelga a un extremo de la vara que trae, se echa la vara al hombro, y se va por la puerta de la huerta sintiéndose moral y físicamente un Teodoro Golfín. Éste, que vuelve a tiempo de verlo marchar, no puede menos de reírse ante su donosa caricatura. Sin comprender del todo, le interroga a Nela con un gesto.

Marianela. *Respondiendo al gesto de Golfín.* Que quiere ser médico… y le copia a usted la postura.

Teodoro. *Riéndose bondadosamente.* ¡Qué demonio! ¡Pues por algo se empieza!

Marianela. *Fantesías* no le faltan, no.

Teodoro. *Reparando hacia la derecha.* Pero, ¿qué veo? ¡Si están aquí mis señores hermanos! ¡Ya podía yo esperarlos por esa otra parte!

Marianela. Es que han entrado por la casa.

Teodoro. Ya, ya.

Marianela. A doña Sofía le gusta mucho ver el escudo de la puerta.

Sale por la derecha don Francisco Penáguilas, seguido a pocos pasos de Sofía y de Carlos Golfín. Don Francisco, el padre de Pablo, es un señor obeso, bigotudo, entrecano, de simpático y encarnado rostro y afable mirar;

de aspecto entre soldadesco y campesino. Sofía, la cuñada de Teodoro, es una señora con pujos de elegante, no mal parecida, y un si es no es impertinente, altiva y fastidiosa. Carlos Golfín, su marido, es un bendito: hombre pacífico, estudioso, callado, gran admirador de su hermano Teodoro, a quien sólo en lo moral se parece.

Don Francisco. ¡Mi señor don Teodoro!

Teodoro. ¡Amigo mío! ¿Le he hecho a usted ponerse de tiros largos?

Don Francisco. Tanto no. Nada más que adecentarme un poquillo. Estaba con los mozos en el pajar, ayudándoles a meter el heno… ¡Je! Marianela: a la puerta de la casa te aguarda Pablo. Idos a dar vuestro paseo; pero volved antes de anochecido, que ya refresca.

Marianela. Sí, señor. Buenas tardes.

Teodoro. Vaya con Dios la señorita Nela.

La Nela le sonríe, y se aleja por la derecha.

Sofía. ¿Y qué hacías tú aquí solo en la huerta, chiflado?

Teodoro. Pues dejar un rato de pelear contigo, y escuchar a la Nela.

Sofía. ¡Que tiene mucho que escuchar! ¡Cuando digo que estás chiflado!

Carlos. Don Francisco, ya rompieron las hostilidades otra vez. ¿Lo está usted viendo? Mi mujer y éste son el perro y el gato.

Don Francisco. Ea, pues vamos a sentarnos aquí un ratito en sana paz. ¿No, doña Sofía? Siéntese, siéntese…

Carlos. La tarde está hermosa.

Teodoro. Y la huerta vendiendo salud.

Pon Francisco. ¿Tomarán un vasito de leche?

Sofía. Muchas gracias. Ya merendamos antes de salir.

Pon Francisco. Como ustedes gusten. Ahora son ustedes los amos de esta casa. Les voy a enseñar una fotografía que he recibido hoy, para que vean la sobrina que tengo. *Saca del bolsillo varias cartas y de una de ellas un retrato, que muestra orgulloso.* ¿Qué tal?

SOFÍA. ¡Ah! Florentina. Es muy guapa muchacha. Lástima que aquellas endiabladas modistas de Santa Irene de Campó la vistan de máscara.

TEODORO. A ver. ¡Lindísima criatura! ¿Sobrina de usted, don Francisco?

PON FRANCISCO. Hija única de mi hermano Manolo.

TEODORO. Mírala, Carlos: parece una virgen de Rafael. ¿Florentina se llama?

CARLOS. Yo la conozco, sí: Florentina. Y está parecidísima en el retrato. Pero lo mejor que tiene no sale: el color. ¿Sabes, Teodoro? Es un rosa tostado… un moreno encendido…

TEODORO. Por algo he pensado yo en Rafael. Es una alhaja. Enhorabuena, don Francisco. Felicite usted a su hermano de parte mía.

PON FRANCISCO. *Recogiendo el retrato y guardándolo con amor.* El bueno de Manolo… ¡Hombre más feliz!… *Suspira con extraña nostalgia.* ¡Ay!…

SOFÍA. Siéntate, Teodoro. No seas mal educado. Siempre te ha de gustar distinguirte.

TEODORO. No quiero sentarme, Sofía. Levántate tú.

SOFÍA. Es que me pone nerviosa verte de pie.

TEODORO. Es que te conviene ponerte nerviosa, a ver si adelgazas un poco.

CARLOS. ¡Ja, ja, ja!

SOFÍA. Ríele la gracia al hermanito, hombre.

PON FRANCISCO. Haya paz, haya paz…

SOFÍA. No es posible; si en todo me lleva la contraria.

TEODORO. En todo no, Sofía. Por ejemplo: tú piensas que esta tarde vienes muy guapa… y yo también. *Risas.*

DON FRANCISCO. La galantería desarmó al enemigo.

TEODORO. Se engaña usted: es un armisticio aparente.

SOFÍA. ¿Conque aquí de charla con la Nela?

TEODORO. Con la Nela; no me busques las pulgas. Y muy complacido. En serio: es una criatura interesantísima. De una humildad, de una modestia, de una bondad nativa…

DON FRANCISCO. ¡Oh! ¡Si viera usted lo que quiere a mi Pablo!

SOFÍA. Sí, pero da fatiga verla tan esmirriada y tan andrajosa… Algunas veces me pregunto: ¿para qué vivirán estos seres? ¿Ni qué puede una hacer por ellos?

TEODORO. Yo, por lo pronto, le he dado a la Nela dinero para un par de zapatos.

SOFÍA. ¡Ave María Purísima! ¡Qué extravagancia! ¡Zapatos a la Nela! Le durarán dos días.

TEODORO. ¡Pues le daré para otros cuando se le rompan! Yo, señora mía, dispongo de mi dinero libremente. ¡Como usted del suyo! ¿No le va usted a comprar a su perrito un impermeable y unos chanclos de goma? *Nuevas risas.*

SOFÍA. Mira, Teodoro, métete cuanto quieras conmigo pero no te metas con *Lili*.

CARLOS. ¡Cuidado, Teodoro; cuidado con *Lili*! ¡Es el hijo!

SOFÍA. ¡Haberme dado otro!

DON FRANCISCO. ¡Je!

TEODORO. ¿Ves tú? En eso tienes mucha razón, aunque vaya contra mi hermano. Has estado muy soso, Carlos. No se casa uno con mujer tan guapa para que sólo tenga un perrito.

CARLOS. Recibo el palmetazo… con algunas reservas mentales. *Risas.*

SOFÍA. ¡Qué par de hermanos éstos! Y a propósito, don Francisco: ¿sabe usted lo que mi cuñado me decía esta mañana?

DON FRANCISCO. ¿Qué?

SOFÍA. Verá usted qué teoría: que no debe haber padres sin hijos, ni hijos sin padres; y que todos los matrimonios sin hijos deben adoptar uno.

TEODORO. ¡Y lo sostengo!

SOFÍA. Pero yo le contesté que los solterones recalcitrantes, como él, deben adoptar dos.

TEODORO. Y no me opuse. Y es ésa una de las pocas cosas razonables y verdaderamente caritativas que te he oído.

SOFÍA. Alto ahí, Teodoro, que he visto la insidia: ojito con mis caridades.

TEODORO. Tus caridades —perdóname que te lo diga, cuñada—, tal vez no existirían si no las defendiera el oropel de la vanidad.

SOFÍA. ¿Qué dices?

CARLOS. Esto se agrava, don Francisco.

TEODORO. Ya sé de tus rifas, y de tus funciones de teatro, y de tus corridas de toros… Pero no es esa la caridad pura. Tú y tus amigas, rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca, ya la causa de su miseria, ya qué clase de miseria padece. Porque hay también dolores que no se alivian ni con la limosna del ochavo ni con el mendrugo de pan.

CARLOS. Bien dicho, Teodoro: muy bien dicho.

SOFÍA. ¡Claro! El aplauso del hermanito no podía faltarle.

TEODORO. Porque me comprende; porque sabe de esas angustias de la orfandad y del abandono… ¡Hemos dormido tantas veces él y yo en los huecos de algunas puertas! Sin amparo, sin abrigo, sin familia… ¿Verdad, Carlos?

CARLOS. Verdad, Teodoro.

SOFÍA. Por Dios de los cielos, cuñado, no vayas a empezar el cuento de la Buena Pipa…

CARLOS. Déjalo hablar, Sofía. Don Francisco lo oirá con gusto.

DON FRANCISCO. A buen seguro, sí, señor.

TEODORO. Le llama mi cuñada el cuento de la Buena pipa a nuestra historia, a la historia de dos hijos del pueblo.

SOFÍA. ¡Jesús me valga! Es inevitable.

TEODORO. Dicen muchos que ciertas cosas deben callarse por modestia. Yo no tengo modestia: yo tengo el orgullo de ser quien soy, y de proclamar que de niño he pedido limosnas con éste; que por las calles de Madrid hemos ido descalzos, como ahora va la Nela por la zona minera de Socartes.

SOFÍA. ¡Qué cosas tienes!

TEODORO. Yo no sé qué extraordinario rayo de energía y de voluntad vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. Cargué en mis hombros a mi hermano, y dije: «Padre nuestro que estás en los cielos, sálvanos…». Ello es que nos salvamos.

DON FRANCISCO. A la vista está.

TEODORO. Yo aprendí a leer, y enseñé a éste; yo fui recadero en una tienda; yo serví a cien amos; yo guardaba todas las propinas; yo compré una hucha; yo reuní para comprar libros… ¿Te acuerdas, Carlos, de cuando entramos los dos a pedir trabajo en una barbería de la antigua calle de Cofreros?

CARLOS. ¡Y ninguno habíamos cogido nunca una navaja ni unas tijeras en la mano!

SOFÍA. *Muy desazonada.* Pero ¿a qué viene ahora recordar esas niñerías?

TEODORO. Entré en los Escolapios como Dios quiso. Un bendito padre me dió buenos consejos y me ayudó con sus limosnas… Sentí afición a la Medicina. Adelante, adelante… Yo velaba estudiando; yo estudiaba durmiendo; yo deliraba, y limpiando las ropas del amo a quien por entonces servía de ayuda de cámara, repasaba en la memoria las piezas del esqueleto humano.

SOFÍA. Bueno, no hay guiñapo que no saques hoy a la calle.

TEODORO. ¡Mejor! Entretanto, Carlos, tu marido, se enamoraba de las matemáticas como de una novia. ¡Iba para ingeniero! Yo le enseñé la Química como pude… pronto se aficionó a los pedruscos… Que cuarzo, que pirita, que manganeso… ¡A la Escuela de Minas con él! Cuando me pedía pan, yo le respondía: «¿Pan has dicho? ¡Tómalo untado en Aritmética y Álgebra! ¿Postres dijiste? ¡Toma Física!». ¡Ay qué horas!, ¡qué días sin luz!, ¡qué noches de insomnio! Adelante, siempre adelante. Si yo tuviera escudo, no le pondría otra divisa. Pasaron años, años… Al fin, desde lejos, vimos el puerto de refugio después de grandes temporales… Dios sonreía dentro de nosotros. ¡Bien por los Golfines! Yo comencé a estudiar los ojos con la ambición de dominar ese pequeño mundo… Carlos salió triunfante de la

Escuela de Minas… ¡Vivan los hombres de voluntad! Aprendan de nosotros todos los pobres, todos los desamparados, todos los niños perdidos y vagabundos… ¡Esta historia de los Golfines se debía enseñar en las escuelas!

SOFÍA. Alábate, pandero.

TEODORO. ¡Y sí que me alabo!

CARLOS. Si hay héroes en el mundo, uno de ellos es él.

DON FRANCISCO. Es verdad, es verdad… Yo estoy enternecido de oírle.

CARLOS. ¿Sí, eh? Pues hágase usted fuerte, porque precisamente este héroe le prepara a usted una gran emoción.

DON FRANCISCO. ¿Una gran emoción, don Carlos?

CARLOS. Sí.

DON FRANCISCO. *Adivinando.* ¡Ay, si fuera la que constituye la ilusión de mi vida!

TEODORO. Ésa es.

DON FRANCISCO. ¿Qué me dice usted, amigo mío?

TEODORO. Calma, calma. Desde que llegué aquí, tengo puestos mis ojos en los de su hijo Pablo. Si nada le he indicado a usted en estos días, ha sido temeroso de despertar una esperanza que luego se desvaneciera. Pero le he observado atentamente, y una secreta confianza ha nacido en mí. Dos meses hace, se me ha ofrecido en Nueva York un caso de circunstancias exteriores análogas, y, recordándolo, se ha encendido mi fe. Un muchacho, ciego de nacimiento como Pablo, simpático y noble como Pablo, como él lleno de inteligencia y de alma, goza ya de la vista. Mis manos se la dieron.

DON FRANCISCO. ¡Jesús!

TEODORO. Mañana quiero examinar bien los ojos de Pablo; reconocerlos escrupulosamente. Si de mi examen resulta fortalecida mi naciente esperanza, yo lo diré. Y en ese caso, señor patriarca de Aldeacorba, ¿intentaríamos la operación?

DON FRANCISCO. Sin duda.

CARLOS. Es dolorosa, y luego de ella puede quedar su hijo tan ciego como estaba.

Don Francisco. Cúmplase la voluntad de Dios. Pero si usted me dice que hay siquiera un rayo de esperanza, ¿quién no se acoge a él? Adelante, adelante…

Teodoro. Ha pronunciado usted mi palabra.

Pon Francisco. Pero ¿no comprende usted que la obscuridad de esos ojos es la de mi vida? ¿De qué me sirven el bienestar y las riquezas si él no ha de ver nada de cuanto tengo? Sobre mi casa, sobre mis campos y sobre mi huerta, cae a todas horas, entenebreciéndolos, la sombra de sus ojos.

Carlos. Ea, ea, pues alentemos, señor don Francisco; que Dios permitirá que muy pronto lo alumbre todo el sol. Yo, después de Dios, creo en mi hermano.

Pon Francisco. ¡Oh, señores! Si Dios quiere que mi hijo vea, yo, después de rezarle a Dios, le rezaré siempre a don Teodoro.

Teodoro. Adelante, adelante. *A braza al patriarca*.

Sofía. Bueno, y ahora entro yo. Quede aquí el asunto. Don Francisco está muy conmovido. No curemos a un enfermo y tengamos otro. Además, es tarde.

Carlos. Sí, sí; Sofía dice bien. Dejemos tranquilo a don Francisco.

Don Francisco. ¿Tranquilo ya?… Imposible.

Teodoro. Amigo mío, hay que sacar fuerzas de flaqueza.

Don Francisco. Yo lo procuraré.

Sofía. Pues vámonos para casita, que se hace de noche.

Carlos. Hasta mañana, don Francisco.

Teodoro. Hasta mañana.

Don Francisco. Vayan con Dios, señores míos. ¡Bendita sea la hora en que se aparecieron en mi casa!

Sofía. Buenas tardes.

Don Francisco. Vayan con Dios, vayan con Dios…

Teodoro. Hasta mañana.

Los dos hermanos y Sofía se van por la puerta de la huerta. Don Francisco queda unos instantes en ella despidiéndolos. Luego, enjugándose

los ojos, se vuelve hacia la casa.

Don Francisco. ¿Querrá el cielo darle a mi vejez esta gran alegría? ¡Ay! Días de prueba son los que me aguardan. *Dirigiéndose al perro, que allá dentro juega.* ¡Choto!… ¡Choto!… ¡Cómo salta *Choto*!… ¿Qué sucederá, *Choto*?, ¿qué sucederá? *Desaparece por la derecha.*

Queda la huerta sola. Cae sobre ella la tarde, llenándola de misterio y de paz. A poco vuelven cogidos de la mano Marianela y Pablo. Vienen del campo, por la izquierda.

Marianela. Hoy no nos reñirá tu padre: hemos dado la vuelta bien pronto.

Pablo. Y eso que hemos salido más tarde que nunca. No te vayas tú todavía.

Marianela. No me voy, no.

Pablo. Siéntate aquí conmigo.

Marianela. Sí. Allí está *Choto*. El muy gandul, que no ha querido acompañarnos hoy.

Pablo. *Jovialmente.* Tendría que hacer en casa. O querría enterarse de algo. ¿Es ya de noche, Nela?

Marianela. Aún no, niño mío. Pero ya se ve en el cielo la primera estrellita. Parece que nos está mirando. Ésa me gusta a mí más que todas.

Pablo. *Elevando sus ojos a lo alto con tristeza profunda.* ¿Es verdad que existís, estrellas? *Silencio.* Antes me formaba yo idea del día y de la noche, ¿cómo dirás tú, Nela?

Marianela. ¿Cómo? Dímelo, Pablo, que ello ha de ser cosa bonita.

Pablo. Pues era de día cuando hablaba la gente, y era de noche cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Pero ahora comparo de otro modo. Es de día cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando me dejas, cuando nos separamos.

Marianela. ¡Ay, divina Madre de Dios! A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

Pablo. Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que nunca te separes de mí.

Marianela. *Batiendo palmas.* ¡Eso, sí; eso! ¡Pídeselo esta noche! *Contentísima, se recoge sus faldas y rompe a bailar.*

Pablo. ¿Qué haces, Nela?

Marianela. ¡Bailar de alegría!

Pablo. ¿Estás bailando?

Marianela. ¡De contento, Pablo; de contento! ¿No he de bailar, con esa ocurrencia que has tenido? ¡Que yo viva contigo siempre!… ¡que no nos separemos nunca!…

Pablo. Eso quiero yo.

Marianela. ¿Y ves tú lo que te he dicho tantas veces? Ahora me he puesto aquí a bailar porque estoy solita contigo. Junto a ti soy otra distinta. Se conoce que tú me das de esa luz que llevas por dentro, y que es más brillante que la del sol. Y canto, y bailo, y me río, y a todo me atrevo, y ele nada me asusto, y hablo de todo, y te lo explico todo, y todo lo comprendo, y no me cambio por ninguna princesa. ¿Quién me conoce luego? *Abrazándolo con candor.* ¡Ay, señorito mío! ¡Lo que te quiere Marianela!

Pablo. Pues, ¿y el ciego, lo que quiere a su lazarillo? *Le toma las manos y se las acaricia.* Oye, Nela, ¿qué has hecho de las flores que cogiste antes?

Marianela. ¡Madre de Dios! ¡Las he perdido!

Pablo. ¡Qué picara!

Marianela. Pero no te apures, que aquí en tu huerta están las más bonitas de todo el mundo, y ahora mismo te voy a hacer un ramo.

De acá y de allá, corta, rápidamente flores diversas y luego se las ofrece a Pablo agrupadas.

Pablo. Anda, sí: me gusta tenerlas en mis manos. Aunque no las veo, creo como que las oigo, Nela.

Marianela. Tonto, si las flores no cantan ni hablan… Pablo. Eso será para vosotros, los que podéis gozar mirándolas. A los que no las vemos, nos guardan ellas esta compensación.

Marianela. *Poniéndole entre las manos las que ha cogido.* Toma: ahí tienes un ramo precioso.

Pablo. ¿Ves tú? Parece que ellas me lo dicen… Dentro de mí hay una cosa… yo no puedo expresarte qué… una cosa que responde a ellas. ¡Ay, Nelilla mía!, se me figura que por dentro yo veo algo.

Marianela. Como yo cuando cierro los ojos. Si todo lo del mundo lo llevamos por dentro. Vamos a ver, Pablo: ¿sabes tú lo que son las flores?

Pablo. *Acercándose al rostro las que le ha dado Nela:* pues… las flores… son unas sonrisillas que echa la tierra. Eso decía mi madre, que era andaluza.

Marianela. No, simple. Las flores son las estrellas de la tierra misma.

Pablo. ¡Vaya un disparate! ¿Y qué son las estrellas? Marianela. Las estrellas son las miradas de los que se han ido al cielo.

Pablo. Entonces las flores…

Marianela. Son las miradas de los que se han muerto y no han ido al cielo todavía.

Pablo. No, no; no creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba.

Marianela. ¿Qué sabes tú, doctorcillo de tres al cuarto? Como el otro día, que me quisiste hacer creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas y vueltas a la redonda. ¡Bien se conoce que no los ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento si la tierra no se está más quieta que un peñón, y si el sol no va corre que corre detrás de la luna, de la que está prendado.

Pablo. ¡Qué tonta!

Marianela. Señorito mío, no se la eche de tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mirando al cielo, y sé como está gobernada toda esa máquina. La tierra está abajo; el cielo está arriba; el sol está en el cielo llenándolo todo. El sol es el palacio de Dios; que por eso se mueve, para que esté Dios en todas partes, como dicen que está. Y en el cielo está siempre la Virgen María, nuestra madre amorosa, que nos mira a todos de día y de noche por medio de todas las cosas bonitas que hay en el mundo. ¿Más claro? Todo lo demás son mentiras que dicen los libros.

Pablo. ¡Ay, Nela! Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu imaginación. ¡Qué lástima que vivas así! He de pedirle a mi padre otra cosa: que te enseñe a leer. Yo no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo… ¡Hace ya año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros coloquios, nuestras caminatas… Y ni fué ayer, ni hace año y medio, Nela: hace miles de años que te conozco. ¡Qué gran relación hay entre lo que los dos sentimos! Ahora has dicho mil disparates, y sin embargo, yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión me conmuevo y me entusiasmo oyéndote. Se me antoja que hablas dentro de mí.

Marianela. ¡Madre de Dios! ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

Pablo. ¿Qué?

Marianela. Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo tan sólo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las cosas de la tierra.

Pablo. *Irguiéndose vivísimamente, y buscando con afán a su compañera.* Dime, Nela… *La chiquilla aguarda la pregunta.* ¿Y cómo eres tú? *Marianela siente una puñalada, y calla*. ¿No respondes? ¿Cómo eres tú, Nela? Porque yo creo que eres la mujer más bonita que existe. Pero ¿me oyes? ¿Estás ahí?

Marianela. Sí, tonto; aquí estoy. Háblame cuanto quieras. *Instintivamente le coge de las manos las flores que le dió, y se entretiene en combinar sus colores.*

Pablo. Anoche me leía mi padre un libro que trata de la belleza y de la forma. Mi padre me lee siempre que puede libros de mil materias. Dice que no quiere que yo sea dos veces ciego. El autor del de anoche afirma que la belleza es el resplandor de la bondad y de la verdad. Por eso eres tú bonita como nadie. ¿Verdad, Nela, que eres tú muy bonita? No quieres responderme. Eres también modesta. Si no lo fueras no serías tan repreciosa como eres.

Marianela. *Adornándose con las flores los cabellos.* Cuando niña, dicen que no era fea… Ahora…

Pablo. Ahora tu belleza ha crecido. No me engañas. ¿Cómo es posible que tu bondad, tu gracia, tu inocencia, que han sido capaces de alegrar mis tristes días, no estén representadas en la misma hermosura? Dice mi padre que los que no vemos no podemos comprender la forma. *Exaltándose.* Idea extraviada; falsa idea, Nelilla… La forma no puede ser nunca la máscara de Satanás encubriendo el rostro de Dios. Nela, Nela mía, ven acá: quiero tenerte junto a mí y abrazar tu preciosa cabeza. ¿Te has ido? ¿Dónde estás?

Marianela, que se ha sentido presumida por primera vez, ha ido a la fuente y se ha mirado en ella con anhelo. El desencanto ha entristecido su alma. Desde allí le responde a Pablo.

Marianela. Aquí, niño; aquí estoy… En la fuente… mirándome en el agua…

Pablo. Pues ven a mi lado.

Marianela. *Arrojando al agua las flores.* ¡Madre mía! ¿Por qué no soy como Pablo dice?

Pablo. ¿Qué hablas, Nela?

Marianela. Nada, señorito. Decía que el agua se ha puesto a temblar, porque se han caído en ella las flores, y ya no me veo. *Acercándose a él.* ¿Y ese libro que te leía tu padre dice que soy bonita?

Pablo. ¡Lo digo yo, que te conozco; que te veo brillar dentro de mí, como un astro celeste en estas sombras en que vivo! Mariquilla, compañera mía, ven acá. *Estrechándola de un modo delirante contra su pecho.* Chiquilla bonita, ¡te quiero con toda mi alma! ¡Quiéreme tú, o me muero!

María se suelta de los brazos de Pablo y éste cae en profunda meditación. Silencio. Ella, atraída como a un abismo, vuelve a mirarse en las claras aguas de la fuente, de las que se aparta otra vez con dolorosa angustia y desilusión infinita. Torna entonces al lado de su compañero, buscando su amparo y su calor.

Marianela. Pablo, niño de mi corazón, yo te quiero a ti más que a nadie. Porque tú vives, vivo yo contenta. Mi vida es tuya, porque eres tú

quien me la da. *Con desvarío.* ¡Y ese libro que tu padre te lee es el único libro que no miente! ¡Yo soy hermosa, muy hermosa!…

Pablo. *Con vehemencia.* ¡Sí!

Marianela. ¡Quién te diga lo contrario, te engaña! ¡Yo soy muy hermosa! *Nuevo silencio.*

Don Francisco llama desde dentro a su hijo.

Don Francisco. ¿Pablo?

Marianela. Tu padre.

Don Francisco. ¡Pablo! ¿Estás ahí?

Pablo. Aquí estoy, padre: con la Nela.

Sale por la derecha don Francisco, y se llega a Pablo, conmovido y gozoso.

Don Francisco. Te esperaba impaciente, hijo.

Pablo. ¿Es tarde?

Don Francisco. No, no… Es que te guardo una buena nueva.

Pablo. ¿A mí, padre? ¿De qué?

Don Francisco. *Esforzándose en aparecer sereno.* De tu desgracia, de tus ojos… Quiero yo ser quien te la diga primero que nadie.

Pablo. ¿Don Teodoro, acaso…?

Don Francisco. Sí… ¡Cómo lo adivinas!

Pablo escucha a su padre con ansiedad. Marianela con indecible sentimiento, en que se confunden la alegría y el temor.

Pablo. ¿Qué?

Don Francisco. Ha venido a verme… hemos hablado largo rato… quiere reconocerte mañana… Me ha citado un caso análogo al tuyo, resuelto felizmente… Me ha dado esperanza por ti…

Pablo. ¡Padre!

Don Francisco. Sí, sí; me ha dado esperanza, hijo mío.

Pablo. Nela, ¿tú oyes esto? *La Nela calla.* ¿Dice usted que mañana, padre…?

Don Francisco. Mañana, sí… mañana te reconocerá despacio… Vamos adentro ahora… La noche está fresca… hay relente…

Pablo. Nela, Nela; ven con nosotros. ¡Qué alegría!

Marianela. No, señorito… Yo me marcho ya… Me riñen luego allá, si tardo.

Pablo. Pero ¿te vas contenta, como yo?

Marianela. Sí, sí… como tú… lo mismo que tú…

Don Francisco. Anda, Pablo, vamos adentro.

Pablo. Hasta mañana entonces, Mariquilla. Ven temprano. ¡Gran día mañana para nosotros!… ¡Ay, Nela! ¿Te veré algún día?

Marianela. La Virgen hará ese milagro. Hasta mañana, señorito.

Pablo. Hasta mañana, Nela.

Don Francisco. Ven, hijo; ven. *Se aleja con él por la derecha.*

Marianela, a solas con su conturbado espíritu, llora súbitamente; solloza. Luego, como si se acusara preguntándose, exclama:

Marianela. ¿Por qué lloro yo de esto? *Maquinalmente la arrastran sus pasos hacia la puerta de la huerta, pero sus ojos no dejan de mirar con melancolía hacia el sitio por donde Pablo se marchó.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de la humilde morada de los Centenos, en Socartes, situada a la izquierda del actor. Adosado a una pared que da frente al público, un asiento de piedra. Hacia la derecha se supone el establecimiento minero. Es una mañana de octubre.

Sentado a la puerta de la casa en una silla tosca, Sinforoso Centeno se esfuerza en leer el «Diario». Este atrevido intento le cuesta mil muecas y visajes. Si además no contase como auxiliar con el dedo índice de la mano derecha, estaría perdido. De la cabeza de Centeno ya tenemos noticias por el benjamín de la casa.

Sinforoso. *Deletreando casi.* «Noticias de sociedad.— Desde anteayer se encuentra entre nosotros el eminente juriscon… con… consulto… don Alejandro Miraflores. Los miembros de la asociación La Atalaya piensan obsequiarle con un almuerzo ín… íntimo. Bienvenido, y sea enhorabuena». *Sopla sofocado. En seguida vuelve a su única fuente de cultura.* «Viajeros distinguidos.— Continúan en Socartes, y aún permanecerán allí algunos días, el rico propietario de Santa Irene de Campó, don Manuel Penáguilas y su bellísima e interesan… interesantísima hija Florentina. El ob… objeto de este viaje, como ya indicamos, fué el de asistir a una arries… arries… arriesgada operación qui… qui… quirúr… quirúrgica, que había de serle practicada al joven don Pablo Penáguilas, y la cual realizó felizmente hace varios días el insigne Teodoro Golfín, gloria de la ciencia española. De desear es que el resultado de la operación sea enteramente satisfac… satisfac… satisfactorio». *Sopla nuevamente y se limpia el honrado sudor. Sale Marianela de la casa,*

triste y meditabunda, en dirección a la derecha. ¿Adónde vas tú? ¿A Aldeacorba?

Marianela. No, señor. Ahora voy al establecimiento. Me manda Señana a decirle una cosa a doña Sofía.

Sinforoso da su asentimiento con un gruñido.

En Aldeacorba estuve anoche a preguntar por mi señorito.

Sinforoso. Aquí en el *Diario* hablan de él. ¿Hoy es cuando dicen que le levantan el vendaje?

Marianela. Hoy; sí.

Sinforoso. ¡Qué manos de hombre! *La Nela sigue su camino y desaparece. Él continúa su especial gimnasia de lector.* «Próxima boda.—En las casas aristocrá… aristocrá… aristocrá… crá…». *Suelta un hondo suspiro.* ¡Ay! «En las casas aristocrá… aristocrá… aristocrá…».

Señana, su augusta consorte, de quien también sabemos ya, sale de la casa y se acerca a él, con una peseta en la mano.

Señana. Sinforoso.

Sinforoso. *Agradeciéndole la interrupción, que lo aparta un momento de la trágica letra de molde.* ¿Qué quieres?

Señana. Muerde esta peseta. Suena bien, pero no me gusta.

Sinforoso. *Después de morderla.* Es buena.

Señana. Trae acá. *Guárdasela codiciosamente en un bolsillo que esconde bajo dos o tres faldas.* El miércoles iremos al mercado de Homedes, a comprarle un refajo a la Mariuca.

Sinforoso. Bueno.

Señana. Quiero ir yo contigo; porque, si va ella, como es moza, la tienta el diablo y gasta más. *Gruñe Sinforoso identificado con su costilla.* La Pepina puede pasar todavía con el que tiene. Óyeme.

Sinforoso. ¿Qué?

Señana. A Tanasio le he puesto en su apartijo los tres reales que se le quitaron.

Sinforoso. ¿Se lo has dicho?

Señana. Ya se lo diré. Tanasio es un alma de Dios. No así el Celipín condenado. ¡Qué revoltoso es y qué humos tiene! ¿Hablaste con Mamerto?

Sinforoso. No.

Señana. ¡Pues no lo dejes, hombre! Ya han venido con dos quejas de Celipín: que no está en el trabajo, que se distrae pensando en los mosquitos… Y no se figure el arrapiezo que si lo despiden y no gana un jornal lo van a alimentar sus padres. ¡Vagos en casa, no! Caridades ya hacemos bastantes con la Nela.

Sinforoso. Bien; yo veré a Mamerto. Y en último caso le daré dos sopapos a Celipín.

Señana. No; pegarle no. Que trabaje, que arrime el hombro; que se quite de *fantesías*. Los pobres tenemos siempre que ser pobres. Pobre naciste, pobre moriste. Y si no, que pida limosnas. *Mirando al fondo, hacia la izquierda.* ¡Repara, Sinforoso, quién viene hacia acá!

Sinforoso. ¿Quién?

Señana. ¡La señorita Florentina y su padre!

Sinforoso. *Levantándose.* ¡El señor don Manuel Penáguilas!

Señana. ¿Irán al establecimiento?

Sinforoso. ¿Y ellos qué tienen que hacer en las minas? Señana. Hombre, en las minas, lo que se dice en las minas, nada. Pero allí viven doña Sofía y don Carlos. O puede que vengan de la ermita, de hacer una promesa.

Sinforoso. Tú lo has acertado; que la señorita Florentina dicen que es muy dada a rezar.

Aparecen en esto, por el último término de la izquierda, don Manuel Penáguilas y Florentina. Ella es la muchacha, ante cuyo retrato recordó Teodoro Golfín a las vírgenes de Rafael. Aunque viste de señorita, tiene todo el atavío de su persona un aire popular. Ni dama ni aldeana completamente Para expresar este gracioso término medio nació la palabra «pueblerina». Él, don Manuel, su padre, es un hombre de edad madura, de cara arrebolada, y que parece echar de sí rayos de satisfacción como el sol los echa de luz. Viste un poco ostentosamente, magnificado con varios objetos decorativos: gran cadena de reloj, sortijas, botón en la solapa, etcétera. En

cuanto al hablar, tiene la costumbre de repetir la última frase de sus párrafos o discursos.

Don Manuel. ¡Hija mía, no comas ya más moras silvestres, que te van a hacer daño!

Florentina. ¡Qué te van a hacer daño a ti!

Don Manuel. No sé qué gusto les sacas a las dichosas moras. Límpiate la boca, mujer.

Florentina. *Obedeciéndolo.* Ya está limpia la boca, papaíto.

Don Manuel. Buenos días, Señana y Sinforoso. Señana. Buenos días, don Manuel; buenos días, señorita.

Sinforoso. Felices.

Florentina. Buenos días.

Señana. ¿Cómo tan de mañana por estas alturas los señores?

Florentina Hemos ido a la ermita temprano. Venimos de allí.

Señana. Yo lo pensé y se lo dije a éste.

Sinforoso. Sí; sí que me lo dijo.

Florentina. Una limosna y una oración más. Todo es poco para rogarle a Dios que mi primo vea. Por mucho que le demos, lo que le pedimos es tanto…

Sinforoso. Cierto, señorita; muy cierto.

Señana. Pero Dios querrá…

Don Manuel. El pandero está en buenas manos… está en buenas manos.

Florentina. Desde que le hicieron la operación —hoy hace ocho días — no quieran saber la ansiedad en que vivimos todos en casa. ¡Ay, Virgen María!

Don Manuel. Bueno, bueno, no te impresiones otra vez; que pasas de un extremo a otro… Tan pronto la veo llorar y afligirse pensando en el primito, como salir corriendo detrás de una mariposa… ¿No querías saber dónde vive la Nela? Pues aquí vive.

Florentina. Ah, sí… esta es la casa. Ella me la enseñó desde lejos la otra tarde. ¡Pobre Marianela! Es más buena que el pan bendito. La quiero yo como a nadie hasta ahora. Quiero decir de un modo distinto que a los demás. ¿Está ahí?

Señana. No, señorita. Hace un rato que la he mandado yo al establecimiento.

Florentina. *Con súbito arranque de alegría.* ¡Allí va! *Echa a correr hacia la derecha, llamando a la Nela y desconcertando a don Manuel.* ¡Nela! ¡Nela!

Don Manuel. Pero, Florentina, ¡por amor de Dios! ¿Qué niñerías haces?

Sinforoso. Y se ha engañado la señorita: aquella que va allí no es la Nela.

Don Manuel. ¿Además no es la Nela? No, si no tiene reflexión ninguna. Es un pájaro, un pájaro… *Llamándola.* ¡Florentina! ¡Hija mía! — Esa chicuela, con aquello de ser el lazarillo de Pablo, le ha vuelto el juicio… le ha vuelto el juicio.

Señana. ¿La Nela?

Don Manuel. La Nela, sí. Habla… ¡qué sé yo qué!… habla de protegerla en mil formas…

Señana. ¿A la Nela?

Don Manuel. Sí, sí; a la Nela. Quiere engarzarla en oro, quiere ponerla en los altares, quiere… ¡qué sé yo lo que quiere!, ¡qué sé yo lo que quiere! Y no hay contradecirla: lo hace. Se le ha puesto en la cabecita, y lo hace. Mi hija es así… es así… Mi hija es así… Nada: es así… es así…

Vuelve Florentina por donde se marchó.

Florentina. Pues no era la Nela.

Don Manuel. Si por eso te gritaba yo, hija del alma.

Florentina. Pero yo quiero ver su cuarto.

Señana. *Contrariada.* ¿Su cuarto?

Florentina. Su cuarto, sí. Donde ella duerme, donde reza por la ventura de todos nosotros. *Entrándose de rondón en la casa.* ¿Es por aquí?

Señana. *Corriendo tras ella.* ¡Pero, señorita, si esto es una miseria!…

Don Manuel. *A Sinforoso.* ¿Usted lo ve? No hay quien la sujete. Es así… es así.

Sinforoso. *Como por máquina.* Sí, señor; es así.

Don Manuel. Y sobre ese carácter tan… tan espontáneo —no hay otra palabra— y tan… tan bondadoso —no hay otra palabra— ponga usted la natural excitación de estos días… Ella es ingenua, pero no tiene pelo de tonta… Tonta no…, tonta no… Es un retrato de su madre. Y lo comprende y lo adivina todo: si su primo Pablo abre los ojos a la luz… —¿Se hace usted cargo, amigo Centeno?— él joven, y guapo, y cariñoso… ella… ella… usted la ha visto, un cielo, una gloria de criatura… ¿A qué hablar más? ¡El sueño de Francisco y mi sueño, que parecían irrealizables y se realizan! Y así está Florentina… y así estoy yo también, ¡qué carape! Y así está mi hermano Francisco… y así estamos todos… *Conmoviéndose.* Todos, todos… así estamos todos. Sinforoso. Sí, sí, señor… Yo… Vamos… Ya comprendo, ya… En todo el contorno de las minas se habla ya de esa boda.

Salen de la casa Florentina y Señana. Florentina herida en lo más tierno de su corazón compasivo:

Florentina. ¡Jesús! ¡Qué espanto!, ¡qué tristeza! Señana. Ya se lo anuncié a usted, señorita: que estas miseriucas no eran para sus ojos.

Florentina. Ni debían ser para los de ningún cristiano. ¡Desdichada Nela! Volvamos a Aldeacorba, papá.

Don Manuel. Vamos donde tú quieras, hija mía. Florentina. Yo remedio esto. ¿Cómo dices tú que se llaman los que quieren que todos seamos iguales en el mundo?

Don Manuel. Mira, Florentina, no empieces con tus socialismos… déjate de monsergas… déjate de monsergas.

Florentina. Socialistas: eso. ¡Generala de los socialistas voy a hacerme yo!

Don Manuel. No digas desatinos: el mismo Dios ha establecido diferencias entre los hombres…

Florentina. A tu prójimo como a ti mismo, es lo que ha dicho Dios… Dios no puede querer que una criatura humana viva como una bestia. Vámonos, vámonos. Quédense con Dios.

Señana. Él vaya con ustedes.

Sinforoso. Que lo pasen bien los señores.

Don Manuel. Adiós; buenos días.

Florentina. *Cogiéndose amorosamente a su padre y yéndose con él por el primer término de la izquierda.* ¿Por qué razón hemos de tener unos tanto y otros tan poco?

Don Manuel. Pero ¿me vas a pronunciar otro discurso socialista de aquí a casa?

Florentina. ¡Y me has de oír aunque te tapes los oídos! ¡Si hubieras visto cómo vive la Nela!, ¡dónde duerme!… ¡Si hubieras visto eso!…

Cuando desaparecen hay una larga pausa, durante la cual sigue Señana con los ojos cargados de envidia y de cólera la dirección de la hija y del padre. Al cabo rompe a hablar.

Señana. ¡Sí, sí, la Nela… la Nela!… ¡Ahora todo se lo vamos a colgar a la Nela… a la sabandija de la Nela! ¡Y a la familia que no la ha dejado morirse de hambre, y que le da un techo, ni memorias! ¡El señorío… el señorío!… ¡Bueno está el señorío! Vicios y pecados por de dentro… faroleo por de fuera… Un mendrugo de pan que le dan a un pobre quieren que salga en el *Diario*… ¡El señorío!… Sinforoso, anda tú a las cuadras. Mira a ver cómo está de la pata mala la mula tuerta. *Métese en la casa refunfuñando.*

Sinforoso se va por el segundo término de la izquierda, convencido de la razón que asiste a su mujer.

Sinforoso. Vamos a ver cómo está de la pata la mula tuerta.

Reaparece la Nela por el primer término de la derecha. Se encamina perezosamente a la casa, y al ir a entrar en ella, retrocede, con gesto de hastío y de cansancio. Ensimismada, va maquinalmente a sentarse en el banco de piedra. Teodoro Golfín, que la ha seguido a poca distancia, aparece entonces y se le acerca.

Teodoro. ¿En qué estás pensando, Mariquilla?

Marianela. *Levantándose sobresaltada.* ¡Don Teodoro! No le había visto. ¿De dónde sale usted?

Teodoro. Siéntate, siéntate.

Marianela. No, señor…

Teodoro. Vengo siguiéndote los pasos.

Marianela. ¿A mí?

Teodoro. A ti. Estoy enamorado de Marianela. Una de estas noches voy a venir a darte serenata con guitarras y con panderos.

Marianela. *Sonriéndole con gratitud.* ¡Madre de Dios!

Teodoro. Pero primero tengo que reñirte, por muy enamorado que esté.

Marianela. Pues ¿qué he hecho?

Teodoro. Malgastar el dinero que te di para unos zapatos.

Marianela. ¡Ah!

Teodoro. ¿Adónde han ido a parar mis dos duros? ¿Te callas? ¿Es que se los ha quedado entre las uñas la urraca de Señana?

Marianela. No, señor. Como yo ando bien sin zapatos… se los di a Celipín, que está juntando para comprar libros.

Teodoro. ¿Hola? Siempre habías de sacrificarte. Menos mal esta vez. ¿Celipín es ese chicuelo que quiere ser médico?

Marianela. Sí, señor: ése. Dice que si no estudia se va a volver de piedra, y que él no ha nacido para marmolillo. Teodoro. ¡Oh! Sus benditos padres son capaces de convertir en piedra hasta las mariposas de colores. Y todo, si lo vas a ver, por codicia, que los hace más estúpidos de lo que son. Un aldeano que les toma el gusto a los ochavos es la bestia más innoble que existe: tiene todas las malicias y sutilezas del hombre, y una sequedad de sentimientos que espanta. Contando por los dedos llega a reducir a números la conciencia.

Marianela. Cada uno es como lo ha hecho Dios, don Teodoro…

Teodoro. ¿Qué ha de haber hecho Dios así a estos bárbaros? Por lo que toca a tus zapatos, Nela, vendrás conmigo a una zapatería. Yo creo que te

hacen tanta falta, cuando menos, como los libros al futuro doctor. *Pausa.*

Marianela. *Con voz turbada.* ¿Va usted a Aldeacorba? Teodoro. Allá voy. Pero, ya que hemos pegado la hebra, vamos a echar tú y yo un parrafillo. Me sentaré, para que te sientes. *Lo hace.* Como te he quitado a tu amito unos días, es natural que yo te acompañe y te dé palique, porque no te aburras demasiado sin él… Si vieras, Nelilla… Él tampoco se halla sin ti. Todos los días me pregunta por Nela.

Marianela. Yo voy también todos los días a preguntar por él.

Teodoro. Lo sé. Cuando le diga luego que he estado aquí contigo, va a tenerme envidia.

Marianela. ¡Qué bueno es usted!

Teodoro. Anoche estaba el pobre muy excitado. Hablaba sin tregua, deliraba… Imposible hacerle callar. Es claro. Era la víspera del día de hoy, en que se descubre el misterio; era la esperanza inmediata de la próxima aurora… *Queda reflexionando.*

Marianela. ¡Pobre ciego mío!

Teodoro. No me quiero engañar, Nelilla, pero ya me siento acariciado por el triunfo. También la ciencia sueña, porque también tiene fe en Dios. ¡Qué júbilo el de todos si este gran milagro se realiza! Es como la resurrección de un muerto; la creación de un mundo. Y tu amito, que veía con tus ojos, verá en adelante con los suyos cuantas maravillas tú le pintabas, y se convencerá por sí mismo de la verdad de tus explicaciones. Y esto para él ha de ser una inmensa alegría.

Marianela. *Tristemente.* Algunas cosas que yo no le he podido explicar no son, por desgracia, como él se imagina que son.

Teodoro. Ése será un motivo para que discutas con él en tus nuevos paseos.

Marianela. Si Pablo recobra la vista —y la Virgen María sabe cómo se lo he pedido yo—, mis paseos con él se acabaron.

Teodoro. ¿Por qué?

Marianela. Porque sí…

Teodoro. Porque sí, no es una razón.

Marianela. Porque nada tendré ya que hacer al lado suyo. Yo era su guía, su lazarillo… nada más. Ahora no le faltarán otras compañías.

Teodoro. Es que él no querrá prescindir de la tuya, Marianela. *Ésta baja los ojos. Teodoro la observa en silencio Pausa.* Dime: ¿por qué te escondiste antes?

Marianela. *Temblorosa.* ¿Antes… cuándo?

Teodoro. Cuando oíste que te llamaba por ahí la señorita Florentina.

Marianela. Yo no me escondí de ella…

Teodoro. Sí: te vi yo. No lo niegues.

Marianela. Me escondí, porque no sabía quién me llamaba.

Teodoro. He creído notar que le tienes tú cierta antipatía a la señorita forastera.

Marianela. ¡Madre de Dios! ¡Yo, no! No, don Teodoro; no crea usted eso.

Teodoro. Pues lo que es a Pablo no le cayó muy bien en un principio. Apenas quería hablar con ella. No le fué simpática.

Marianela. Eso me lo dijo él a mí el primer día que los tres juntos salimos de paseo, mientras la señorita corría y saltaba lejos de nosotros. Pero luego me dijo también que debía de ser muy hermosa. ¡Como es tan buena!… Cuando Pablo la vea por sus ojos…

Teodoro. Si lo permite Dios.

Marianela. *Con aplomo.* Sí, sí: verá usted como sí.

Teodoro. ¿Sabes, Nelilla, que me anima tu seguridad?

Marianela. *Fija en su pensamiento.* La primera vez que yo vi a la señorita Florentina, creí que era la misma Virgen María Inmaculada, que se me aparecía en mitad de los campos, que venía hacia mí y que me hablaba con palabras de los cielos y de la tierra juntas. ¿Cómo no he de quererla yo? Había soñado con la Virgen aquella noche… caminaba hacia casa de Pablo soñando todavía… y de pronto, por entre unas ramas, ¡ella!… ¡la Virgen!… y era la señorita Florentina… Nunca podré olvidarlo.

Teodoro. ¡Pobre Marianela! *Acariciándola.* ¡Qué batallas libra tu corazón! ¿Vamos allá? ¿Quieres acompañarme?

Marianela. *Medrosa.* ¡No!

Teodoro. ¿No quieres saber en seguida si Pablo ve o no ve?

Marianela. Lo que quiero es que vea.

Teodoro. Dentro de unos minutos no habrá duda. ¡Momento supremo, Mariquilla! Yo, que al operar tuve pulso firme, ánimo sereno, conciencia clara y corazón tranquilo, ahora temo que voy a temblar, a estremecerme… cuando ya sólo tengo que levantar las vendas de unos ojos. ¿Penetrará en ellos la luz del sol, o seguirán para siempre en perpetua sombra? Anda, acompáñame.

Marianela. Déjeme usted aquí, don Teodoro. Luego iré.

Teodoro. Pues aquí te dejo, si ese es tu gusto.

Marianela. Dios lo bendiga a usted y le ayude.

Teodoro. Adiós. *Vase por la izquierda resueltamente.*

Marianela permanece unos instantes como petrificada, viéndolo alejarse. Luego cae de rodillas en tierra, y exclama así con arrebato místico.

Marianela. ¡Madre de Dios piadosa, lleva la luz a aquellos ojos que son míos, aunque yo me muera! *Desfallece, y queda al fin sentada en el suelo. Su imaginación no descansa; su atribulado espíritu lucha con la terrible realidad.* Señora de los cielos, ¿por qué no me hiciste bonita? ¿Por qué, cuando nací, no me miraste desde tu trono? Una sola persona me quiere en el mundo… y me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme? Porque ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chico, esta figurilla sin gracia, esta cara fea, este pelo descolorido? No, no es posible que me quiera, no… Mientras no me ha visto, me ha querido como quieren los novios a sus novias… me ha dicho muchas veces que para él no hay otra mujer en la tierra, que yo seré la compañera de toda su vida… Señora madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle vista, que yo más que nadie deseo, haz conmigo también el de volverme hermosa, o mátame, porque para nada estoy en el mundo. Yo quiero que él vea. Daré mis ojos porque él vea con los suyos; daré mi vida toda; pero ¡hazme hermosa a mí, Virgen mía! *Desvariando, como si acariciara sobre su pecho la cabeza de Pablo.* ¡Ay, cieguecito de mi alma! ¡Nadie te quiere como yo! Quiere

mucho a la Nela… a la pobre Nela, que no es nadie… Quiérela mucho… pero no abras los ojos, no la mires… ciérralos, así, así… *Llora calladamente.*

Por la derecha viene Celipín, que al verla se llega a ella con solicitud.

CELIPÍN. ¿Qué es eso, Mariquilla? ¿Estás llorando?

MARIANELA. No… rezaba.

CELIPÍN. ¿Qué más da, si lloras?

MARIANELA. Bueno, sí, Celipín… no te metas en eso. Cada uno tenemos nuestras penitas escondidas.

CELIPÍN. ¡A quién se lo dices! Yo a ti nada te oculto, Nela. *Bajando la voz, con gracioso misterio.* Porque me acuerdo de que los hombres no deben llorar, me trago yo las lágrimas. ¡Córcholis!, ¡recórcholis! Pero te juro que me ahogan.

MARIANELA. *Olvidando sus cuitas por las de Celipín.* Pues ¿qué te pasa?

CELIPÍN. Que hoy es el último día que trabajo en las minas… en ese presidio…

MARIANELA. ¿Hoy?

CELIPÍN. Hoy. Mañana vuela el pájaro. Ya he juntado bastante dinero: ya tengo siete duros. Y *mía* tú lo que son las cosas, Nelilla: *mía* tú que me voy por mi voluntad; *mía* tú que yo les tengo rabia a estos lugares: pues, bueno, al pasar ahora por los talleres, y por los hornos, y por las máquinas de lavar, como me iba yo diciendo entre mí: «¡Ahí os quedáis! ¡Mañana ya no os verán mis ojos!», me entró una congoja y un ahogo, que en poco rompo a llorar como una criatura.

MARIANELA. Porque eres bueno, Celipín, y porque donde se nace, ¿sabes tú? —esto me lo ha dicho a mí Pablo—, por mal sitio que sea, tiene uno como si dijéramos las raíces… y duele el arrancárselas.

CELIPÍN. Nelilla, no me acobardes tú con *reflisiones* que pueden ser del caso… ¡córcholis!, pero que no son muy del caso. Yo no lo dudo más. Ahora sí que quiero ser de piedra para no ablandarme. Mañana vuela el pájaro. Esta noche, cuando ronque padre, y ronque madre, y ronque Tanasio, y ronquen la Pepina y la Mariuca, Celipín, que estará velando, saltará por el ventanillo y se

echará al campo a esperar el día. Y cuando el día apunte, ¡hala!, ¡hala!, ¡hala!, sin parar, ¡a los Madriles del Rey de España! ¿Quieres algo?

Marianela. *Sonriéndose.* ¿Para el Rey?

Celipín. Ah, ¿me tomas a broma?

Marianela. No, que te tomo en serio, Celipín sino que me haces gracia.

Celipín. Más te hará verme con un sombrero de este porte, y una levita negra, y un bastón con puño de plata, y unos guantes —que no me los pienso quitar sino para tomar el pulso—, y una cadena de reloj, y unas gafas de oro…

Marianela. No te remontes tanto, Celipín, que todavía estás más pelado que un huevo. Vete poquito a poco… Y antes de meterte a curar enfermos, aprende a escribir, y ponle una carta a tu madre pidiéndole perdón.

Celipín. Calla, mujer… ¡Pues claro que la escritura es lo primero! Deja tú que yo coja una pluma en la mano, y verás qué rasgueo de letra y qué perfiles finos para arriba y abajo, como la firma de don Francisco Penáguilas… ¡Escribir! ¡A mí con ésas! A los cuatro días has de ver tú qué cartas pongo. Ya las oirás leer y verás qué *conceitos* los míos.

Marianela. Lo que yo te aconsejo, Celipín, es que, en jugar de ser médico, seas más bien ingeniero, como don Carlos. Porque ¡mira tú que sacar una piedra de la tierra y hacer de ella latón, como hace don Carlos!… Otros dicen que hacen plata, y oro, y brillantes… Aplícate a eso, Celipillo.

Celipín. ¡Quiá! No me da a mí el naipe por las piedras. Médico, médico, como don Teodoro; que echando una mano a este pulso, otra mano al otro, se llena uno de dinero el bolsillo.

Marianela. ¡Ay, si tú llegaras a ser como don Teodoro! ¡Qué talento de hombre! Y es más bueno todavía que lo que tiene de talento. A mí me echa unas miradas como las que se echan a las señoras.

Celipín. Todos los hombres listos somos así. Desengáñate: no hay saber como ése de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua y decir al momento en qué hueco del cuerpo tiene aposentado el maleficio; ya verás, ya

verás cómo se porta don Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en la Habana.

Marianela. Bien, bien; pero siempre has de ser buen hijo. Si tus padres no han querido enseñarte, es porque los pobres no tienen talento, como tú. Así que del dinero que tú ganes, les tienes que mandar a ellos todos los meses.

Celipín. Eso sí lo haré. *Mía* tú, aunque me voy de la casa, no es que yo quiera mal ni a padre ni a madre. Y espérate, que antes de mucho tiempo has de ver que viene un mozo de la estación cargado que se revienta de paquetes y más paquetes.

Marianela. ¿Y qué serán?

Celipín. Pues refajos para madre, pañuelos para la Mariuca y la Pepina, una guitarra para Tanasio, un gabán de pieles de conejo para padre… y ¡qué sé yo cuántas cosas más! A ti puede que te mande también unos pendientes.

Marianela. *Volviendo a reírse.* Muy pronto regalas. Celipillo. ¡Pendientes a mí!

Celipín. ¡Y pulseras de oro, y sortijas con piedras preciosas! Pero ¿tú no has oído hablar de los dinerales que ganan las eminencias? Ya me estoy viendo yo en mi cama tendido a lo largo, y durmiendo a cuerpo qué quieres —porque los estudios cansan mucho—, y de pronto: «¡Pum!, ¡pum!, que llaman a la puerta. —¿Quién es? —¿El doctor Celipín? —¡Está descansando! —¡Pues que se levante ahora mismo, que se muere de parto una doncella en el palacio de unos duques! —¡Pues allá va él a salvarla!».

La Señana asoma en este momento a su puerta, y entre perpleja e indignada escucha a Celipín.

Y salto de la cama, y me lavo aprisa, y me visto, y me echo perfumes, y en la calle me aguarda una carroza para llevarme al palacio a todo galope, y subo, y salvo a la doncella, que tiene un niño, y el marido que es duque me besa las manos… y por este estilo. ¡Figúrate tú si con la *fatura* que yo ponga luego te podré regalar a ti pendientes y a madre refajos!

Señana. *Saltando de golpe y dándole un susto a la pareja.* ¡Celipín, Celipín, que se van a acabar las palabras! ¡Que tu padre está harto y yo también!

Celipín. ¡Madre!

Señana. ¡Ni chistar! ¡Ahora mismo coges el cantarillo y vas ahí a la fuente por el agua para el almuerzo!… ¡Hala! ¡Y después del almuerzo, antes de volver a las minas, me has de limpiar la carbonera! ¡Aquí novelerías, no! ¡Hala, hala por el agua! ¡Ni chistar! *Celipín calla a regañadientes por no alzarse contra la autoridad materna, que en tan agria forma pisotea sus más doradas ilusiones, y se entra en la casa dispuesto a humillarse por última vez en su vida. Marianela no sabe dónde meterse. Y cuando cree que la Señana la va a emprender con ella a sofiones o a manotazos, recibe la tremenda sorpresa de verse tratada con cierta mansedumbre y dulzura.* ¿Oyes, Nela? Si vuelves más pronto del establecimiento, encuentras aquí a la señorita Florentina.

Marianela. *Confusa.* ¿Ha estado aquí?

Señana. Con su señor padre. ¡Y qué preciosa y qué pulida es! ¡Y qué resuelta! Quieras que no, cuando se enteró de que tú no estabas, se coló en la casa a ver donde dormías y a registrarlo todo. ¿Te parece?

Marianela. Es muy buena la señorita Florentina.

Señana. ¡Los aspavientos que hizo ella cuando vió las cestas! ¡San Antonio bendito! Pues ¿qué pensaba encontrar en casa de unos pobres: colchones de pluma y sábanas de holanda?

Marianela. Me quiere mucho.

Señana. Eso barrunto yo. Y tú no pierdes nada con ese cariño. El que a buen árbol se arrima… ¿eh, Nela? *A Celipín que a esta sazón sale de la casa con el cantarillo y se va por el primer término de la izquierda.* ¡A ver si vienes en un santiamén, que se acerca la hora! ¡No te entretengas papando moscas por ahí! *A Marianela.* Tú déjate querer, chiquilla; déjate querer. Esos Penáguilas tienen muchos dineros. Cada año una herencia… Y puede que éste sea el premio que a nosotros nos reserva Dios por la caridad de haberte recogido en casa, no dejando que te murieras por esos caminos, sola como un perro… *A Sinforoso, que vuelve por donde se marchó.* ¿Cómo va la mula, Sinforoso?

Sinforoso. Todavía cojea; pero va mejor. Tanasio le dará otra untura a la tarde.

Señana. Le estoy contando a ésta lo de la señorita Florentina.

Sinforoso. ¡Ah, sí! Nos la vimos llegar de pronto como una paloma.

Señana. Pues ¿y la suerte del señorito ciego? ¡Vamos, que abrir los ojos a los veinte años en la vida, si es que llega a abrirlos, y hallarse lo primero con esa cara de mujer! *La Nela baja los ojos estremecida.* ¿Es suerte o no es suerte?

Sinforoso. Y tú no has estado en lo mejor. Don Manuel me ha dicho a mí lloriqueando, que, como el ciego vea, boda tenemos con la señorita.

Señana. ¡Bah! Eso no hacía falta que lo dijera nadie. Se cae de su peso mismamente. *Marianela, presa de una angustia indecible, da unos pasos y se sienta luego desfallecida en el banco de piedra. Señana la mira con extrañeza grande, que le comunica en voz baja y aparte a su ilustre esposo.* ¿Ves lo que es esa perra maldita? Estamos hablando de lo que más le importa, nos vuelve las espaldas, y se va como si no fuera con ella.

Sinforoso. Más cuenta le tendría morirse.

Señana. No; ahora no… Eso no. Déjate estar, que si a la señorita Florentina se le ocurre favorecerla… Déjate estar, déjate estar.

Sinforoso. *Mirando a la derecha.* Ya vienen allí la Mariuca y la Pepina. *Gritando hacia el fondo.* ¡Tanasio! ¡Vamos a almorzar hijo!

Señana. Vamos a almorzar, que bien lo tenemos ganado.

Éntrase en la casa, llena la estrecha mente de astutos planes de codicia y rapiña. Su marido la sigue como la sombra al cuerpo.

Sinforoso. Vamos a almorzar.

La Nela queda sola un instante. Cruzando las manos y elevando al cielo los ojos, resume así las torturas de su alma atribulada.

Marianela. ¡Te quieren quitar lo que es tuyo! ¡Sólo tuyo! ¿Qué va a ser de ti, pobre Nela?

Se levanta y se encamina como sonámbula hacia la derecha. Tanasio, el primogénito de los Centenos, que es un completo idiota, aparece despaciosamente por la izquierda del fondo. Mira a la Nela, porque sus ojos tropiezan con ella en el camino, se rasca la cabeza granítica, a ver si salta

chispa, y como no salta, sin abrir la boca se mete en la casa en busca del primer pienso cotidiano.

Por la derecha salen entonces la Pepina y la Mariuca, dos garridas mozas, de firme andar y traza robusta, enrojecidas de pies a cabeza por el polvillo de las minas. Visten falda corta mostrando media pantorrilla y el pie descalzo. Van flechadas hacia la casa.

Pepina. Nela, ¿qué haces?

Marianela. Nada…

Mariuca. ¡Buena vida! ¡Dichosa tú, que no tienes fuerzas para el trabajo! *Se entran en la casa las dos hermanas.*

Marianela sigue hacia la derecha sin rumbo fijo, y desaparece.

Pausa. *Desalado vuelve Celipín por la izquierda. Trae consigo una gran noticia. Suelta en el suelo el cantarillo, y corre de un lado para otro buscando a Marianela.*

Celipín. ¡Vivan mil años los hombres sabios! ¡Nela! ¡Nelilla! ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? *Presta oído hacia la puerta de la casa. De pronto la divisa, hacia la derecha.* ¡Allí la veo! *Llamándola.* ¡Nelilla! ¡Nela! ¡Corre! ¡Ven acá! ¡Ven acá, córcholis! ¡Lo que va a alegrarse la Nela! ¡Vivan los hombres sabios!

Sale por la derecha la Nela.

Marianela. ¿Qué quieres, Celipín?

Celipín. Ven acá. Prepárate a oír lo más grande del mundo. Acabo de encontrarme a don Carlos, el hermano de don Teodoro, que va para su casa llorando y riendo de pura alegría. Le decía a don Ulises, el inglés: «Después de Dios, mi hermano; después de Dios, mi hermano».

Marianela. *Con gran ansiedad.* Pero, ¿qué?…

Celipín. ¿Que qué? ¡Que don Teodoro le ha quitado las vendas de los ojos a tu señorito, y cuenta don Carlos que tu señorito dió un grito muy grande, y que ve como tú y como yo!

Marianela. *Con inefable sentimiento.* ¡Madre mía!

Celipín. Un milagro parece; ¿no es verdad?

Marianela. ¡La Virgen santísima lo ha hecho!

Celipín. ¡La Virgen y don Teodoro!, ¡córcholis! Y lo mismo fué enterarme yo, Nelilla, que eché a correr para acá en tu busca, a contarte a ti la novedad primero que a nadie. ¿Quién se ha de alegrar más que tú, que tanto quieres a tu señorito?

Marianela. *Entre lágrimas.* Nadie… más que yo, nadie.

Celipín. Y como tengo este talento que Dios me ha dado, se me ocurrió de pronto una idea que te voy a decir.

Marianela. *Balbuciente*. Dímela, Celipillo.

Celipín. ¡Que me acompañes tú a los Madriles!

Marianela. ¿Eh?

Celipín. ¡Que te vengas conmigo allá! Yo no soy ciego, ni necesito lazarillos; pero tu amito el ciego ya no los necesita tampoco. ¿De qué sirves tú ya en Socartes?

Marianela. De nada… es cierto.

Celipín. Mientras que allí en Madrid te pones a servir en una casa grande, al paso que yo estudio las ciencias, y uno con otro nos animamos, y nos ayudamos en las fatigas que puedan venir.

Marianela. *Con resolución.* Sí, Celipillo: estoy conforme. Has pensado bien. Vámonos ahora mismo.

Celipín. ¡Córcholis!, ¡no tan pronto! ¿Tú no ves que ahora nos cogerían? A la noche, como te dije antes.

Marianela. *Repentinamente desalentada.* ¿Y a qué he de marcharme yo, Celipín?

Celipín. ¿Vas a arrepentirte?

Marianela. Es que pienso que no te serviría sino de estorbo.

Celipín. ¡Es que se te ha ablandado el corazón! ¡Aprende del mío, que es más duro que una de las peñas de la Terrible!

Marianela. No, Celipillo; no… Yo me quedo. Para ti es tiempo todavía: para mí ya es tarde.

Celipín. Pero, ¡córcholis!, *reflesiona:* ¿qué vas a hacer aquí, si tu amo tiene ya su vista? ¿Vas a seguir en casa con mis padres, para hacerte un

guijarro?

Marianela. No sé…

Celipín. ¿Vas a vivir con tu señorito?

Marianela. ¡No!

Celipín. ¿Vas a irte al pueblo con la señorita Florentina?

Marianela. ¡No!

Celipín. Pues entonces, ¡córcholis!, ¡recórcholis!, ¿adónde vas?

Marianela. *Con nuevo arranque, después de pasarse la mano por la frente, como si quisiera quitarse de ella todo pensamiento de duda.* Contigo.

Celipín. ¿Conmigo, Nelilla? ¿Por fin te decides?

Marianela. Sí. Y ha de ser esta misma noche.

Celipín. Sin falta.

Marianela. Lejos, lejos de Aldeacorba y de Socartes… Tú tienes razón, Celipillo. ¿Para qué sirvo aquí, si ya ven los ojos de mi dueño?

Celipín. Pues ahora, mucho disimulo. Voy a entrar ahí dentro con el agua, como si tal cosa. Hasta la noche.

Marianela. Hasta la noche.

Celipín. ¡Vivan las mujeres valientes y vivan los hombres de coraje! *Coge el cantarillo y entra en su casa con aire de conquistador.*

Marianela. Lejos, muy lejos… O con Celipín… o a la Trascava con mi madre, que aún está más lejos… *Clavándose en el pecho las manos como garras.* ¡A Aldeacorba no vuelvo más! ¡Aquellos ojos no me verán nunca! ¡Ampárame tú, Virgen santa! ¡Madre de Dios, madre mía, señálame tú mi camino!

De improviso, por la izquierda, llega Florentina gozosa, anhelante, iluminada, irradiando alegría, como una luz que la circunda y la corona. La Nela, alucinada al verla, cae de rodillas a sus plantas.

Florentina. ¡Nela!

Marianela. ¡Señora de los cielos!

Florentina. *Acudiendo a ella, desconcertada un punto.* ¿Qué dices? Levántate, muchacha…

Marianela. Dame tu mano, Virgen mía… guía mis pasos tú… *Se levanta.*

Florentina. ¡Pero Nela! ¡Nela! *La abraza conmovida.* ¿Qué tienes? No me asustes… no desvaríes, por Dios… ¡Nela!

Marianela. *Como despertando de un sueño.* La señorita Florentina…

Florentina. Sí; yo soy. ¿Es la alegría la que te ha trastornado?

Marianela. Sí, la alegría; si…

Florentina. ¿Sabes ya lo que pasa?

Marianela. Sí… Celipín se lo ha oído a don Carlos…

Florentina. ¡Y yo vengo corriendo desde Aldeacorba a decírtelo a ti! ¿Por qué no fuiste con el doctor, a sufrir y a gozar todos juntos? ¡Qué momento, Nela, cuando le descubrieron los ojos a mi primo! Su grito, su gesto, nos sobrecogió a todos. Retrocedía espantado, cerrándolos como si le asustara ver…

Marianela. ¡Pobrecito!

Florentina. ¡Qué cosa! ¡Qué milagro de Dios! En seguida el doctor volvió a vendarlo, y él, excitadísimo, trastornado, febril, pidió con ansia que lo dejara ver de nuevo. Don Teodoro tuvo que complacerlo, para que se calmase… Y entonces, Nela, la primera cara que vió fué la mía. ¿Y qué dirás tú que se le ocurrió preguntar? «¿Es ésta la Nela?». ¡Claro!, creía que estabas allí con nosotros. Y cuando se enteró de que era yo su prima, comenzó a gritar: «¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina!». Y luego me dijo: «¿Qué tienes en tu cara, primita mía, que parece la misma idea de Dios puesta en carnes? De tu cara salen como unos rayos… Estás en medio de una cosa que debe de ser el sol…». Y el doctor, oyéndolo, secreteaba con mi padre: «Principia a hacerse cargo de los colores». Ven allí, ven conmigo; que Pablo quiere verte.

Marianela. ¡Quiere verme!…

Florentina. Es natural, muchacha. Mira si preguntó por ti antes que por nadie. Ahora está descansando. En la alcoba no entra más que mi tío. ¡Qué alegría la del buen señor! ¡Qué llanto de alegría! Temimos que perdiera el juicio. Yo me puse a rezar y no pude: no sabía estar quieta. Y entonces

pensé que mi mejor oración era venir en busca tuya. Y aquí me tienes. Me miras de un modo particular chiquilla… ¿Por qué no dices nada? ¿No estás tú también contenta, como yo? Marianela. ¿No he de estar contenta? Eso sí… Florentina. ¡Corriendo y saltando he venido!

Marianela. ¿Por mí?

Florentina. Por ti, Nela: por ti, hermanita mía. Yo quisiera que en estos días nadie estuviese triste en el mundo; quisiera poder repartir mi alegría, echándola a todos lados como echan los labradores el grano cuando siembran; quisiera poder entrar en todas las habitaciones miserables, y decir: «¡Ya se acabaron vuestras penas: aquí traigo yo remedio para todos!». Pero como esto sólo puede hacerlo Dios, yo me conformo con hacer lo que alcanzan mis fuerzas. Nela, despídete de esta gente y de esta casa; di adiós a cuantas cosas han acompañado tu miseria y tu soledad, y vente conmigo. Marianela. ¿Yo? ¿Con usted?

Florentina. Conmigo, sí. Yo he hecho a la Virgen una promesa, si le daba la vista a Pablo: la de recoger al pobre más pobre que encontrase, para hacerle completamente igual a mí; para ofrecerle, no sólo mi bienestar material, sino eso que vale más que todas las limosnas: la consideración, la dignidad, el nombre… Tú has sido hasta aquí la cariñosa compañera de mi primo, su lazarillo, su guía en las tinieblas. Él repite que ha visto con tus ojos y ha andado con tus pasos… Tú me perteneces, Marianela: mi pobre eres tú. Dejarás de serlo, y a mi lado serás mi hermana. Dame la mano. *La Nela obedece maquinalmente.* Ven conmigo. *La Nela se desprende de ella.*

Marianela. No…

Florentina. ¿Qué no?

Marianela. No, señorita; no…

Florentina. No me llames ya señorita. Te he dicho que vas a ser mi hermana. Marianela. Eso no es posible.

Florentina. ¿No ha de serlo? ¿Quién lo puede estorbar? ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas, Nela? Estás convulsa, das diente con diente… tienes frío… Ven conmigo, que yo te curaré.

Marianela. *Clavando sus ojos en el rostro de Florentina, con expresión de una congoja suplicante.* No puedo, señorita; no puedo…

Florentina. Pues haré que venga quien te lleve…

Marianela. Si es que no puedo ir, señorita… Pero no porque me falten los pasos… Yo la quiero a usted, yo la quiero con todo mi corazón; yo la adoro como a la santísima Virgen… Déjeme que le bese el vestido.

Florentina. ¿Qué haces, Nela? ¿Otra vez deliras?

Me das miedo.

Marianela. Pero allá no iré… allá no iré.

Florentina. ¿Por qué no has de ir allá, criatura? ¿Qué terquedad es ésa? Anda, dame la mano.

Marianela. *Rehusándola.* ¡No, no! No puedo, no puedo ir allá…

Florentina. Me asustas, Nela… no sé comprenderte.

Marianela. ¡Pues no soy mala, señorita, no soy mala! *Abrasándose a ella con ciego arrebato.* ¡Yo quiero para ti y para él todo lo bueno de la tierra!

Florentina. ¡Pues ven tú y lo compartirás con nosotros!

Marianela. *Apartándose rápida y bruscamente de ella casi de un salto, y huyendo hacia el fondo.* ¡No! ¡Eso no! ¡Ir allá, no! ¡Adiós, niña mía!

Florentina. *Atribulada.* ¡Pero, Nela! ¿Estás loca? ¿Huyes de mí? ¡Nela! ¡Hermana!

Marianela. ¡Adiós, niña mía; adiós! *Desaparece.*

Florentina. ¡Nela! ¡Nela! *Llorando.* Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¡Nela!

Marianela. *Dentro, lejos.* ¡Adiós, niña mía!

Florentina. ¡Nela! ¡Nela! ¿Por qué se va? ¿Por qué me deja así? ¿Por qué no quiere mi cariño?

Sale de la casa Señana, inquieta y curiosa.

Señana. ¿Quién grita? ¡Señorita Florentina! ¿Usted? Pues ¿qué sucede?

Florentina. La Nela que se escapa… que huye…

Señana. *Colérica.* ¿Qué huye? ¿Qué se escapa?

Florentina. *Afligidísima.* ¡Que rechaza lo que le ofrezco!, ¡que no quiere cosa ninguna al lado mío! ¿Qué le he hecho yo, sino quererla? *Se*

sienta en el banco llorando.

Señana. *Hecha un basilisco increpa a gritos a la Nela.* ¡Ah, perra ladrona! ¡Este pago tenías tú que darnos a todos! ¡La hija de la Canela habías de ser! ¡Hipócrita! ¡Malina! ¡Viva o muerta daré yo contigo!

Marianela. *Aún más lejos.* ¡Adiós, niña mía!

Florentina. ¡Qué ingrata!

Señana. ¡La Canela!… ¡la hija de la Canela!…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación que fué de la señora de Penáguilas, en la casa de éste, en Aldeacorba. Una puerta a cada lado y otra al foro. La de la izquierda del actor, que es la más grande, da a una terraza que conduce a la huerta, y la del foro al dormitorio de Florentina. Muebles sencillos, primorosos y bien dispuestos. Adviértese en la estancia el cuidado de una mujer hacendosa… y bonita. La cortina que hay en la puerta del dormitorio es de blanca batista, guarnecida de fino encaje. Por la puerta de la terraza penetran la luz y los gratos olores de la huerta. Es por la mañana, en octubre.

Don Francisco Penáguilas está asomado a la puerta de la terraza, mirando a la huerta.

Don Francisco. Tarda don Teodoro… Está Pablo tan impaciente… *Pausa.* Hermosa mañana. La lluvia ha refrescado la atmósfera.

Dentro, hacia la derecha, se oye la voz de Pablo.

Pablo. ¿Papá?

Don Francisco. Aquí me tienes, hijo mío.

Se aproxima a la puerta de la derecha, por donde Pablo sale. Trae vendados los ojos.

Pablo. ¿No viene todavía el doctor?

Don Francisco. Por este lado no aparece. Y él ya sabes que siempre viene por la huerta. Como no quiera sorprendernos hoy entrando por el otro lado…

Pablo. Va a dar lugar a que me desespere y, sin su permiso, me quite yo la venda.

Don Francisco. No, no; cálmate; que ayer lo hiciste y se incomodó mucho.

Pablo. De labios afuera: para tenerme a raya. Luego le escuché decirle a usted por lo bajo qué ya no había cuidado.

Don Francisco. ¡Ah, tunante! Pues sí que hay alguno. Bien claro lo repite él uno y otro día: «No se pasa de la ceguera a la luz, no se entra en los soberanos dominios del sol, como quien entra en un teatro. También en este nacimiento hay dolor». Has de tener paciencia, chiquillo.

Pablo. ¿Más de la que tengo, papá? De todas las horas del día, no me dejan los ojos libres sino dos o tres. ¡Y es una iniquidad que lo tengan a uno tanto tiempo a oscuras! ¡Luz!, ¡luz! ¡Así no se puede vivir! ¡Yo me muero! Necesito mi pan de cada día, necesito la función de mis ojos…

Don Francisco. Hora llegará, Pablo, en que la ejercites a tu placer… Sosiégate, por el amor de Dios… sosiégate. Reflexiona. Esa excitación tuya, esa irritabilidad después del milagro, son una blasfemia.

Pablo. ¡Padre!

Don Francisco. Sí, hijo mío, sí: yo comprendo tus ansias. Pero en ti y en mí y en todos nosotros no debe existir hoy otro sentimiento que el de gratitud hacia Dios, que puso a nuestro paso un hombre como don Teodoro Golfín…

Pablo. Cierto, muy cierto; yo me arrepiento de mis arrebatos. Mientras dure mi vida, todas mis palabras deben ser oraciones… Pero ¿por qué no viene ya el doctor? Mi prima Florentina, ¿por qué no me acompaña? La Nela, ¿dónde está?

Don Francisco. Tu prima ha salido con su padre: han ido a ver a doña Sofía. ¿Tú sabes la que van a armar entre unos y otros? ¡Y muy a mi gusto! Nuestra alegría debe difundirse como luz santa, alumbrar a todos, llegar a todas partes, hijo. Es necesario que haya un día, uno siquiera, en Aldeacorba y en Socartes, que nadie olvide nunca; ¡un día en que todos adoren a Dios por obra y gracia nuestra!

Pablo. *Con vehemencia.* ¡Sí, sí! Florentina se pasa horas y horas cortando patrones para hacer por su mano trajecitos a los niños de las familias necesitadas. ¡Qué buena es mi prima! Doña Sofía organiza yo no sé qué rifa benéfica…

Don Francisco. Una rifa, y una becerrada, y una riña de gallos, y una función de titiriteros… ¡No descansa aquella cabeza!

Pablo. Y el tío Manolo creo que les va a dar una gran comida en el campo a todos los trabajadores de las minas.

Don Francisco. ¡Ah, sí! Y don Carlos les ha ofrecido un jornal extraordinario este mes. Tenía que ser así, Pablo. Esta ventura nuestra debía tocar a todos los corazones.

Pablo. ¿Y la Nela?

Don Francisco. Hijo mío, no hay modo de cazarla.

Pablo. ¡Qué raro! Pero ¿cómo no ha venido ella espontáneamente? ¿Le han dicho que yo la llamo a todas horas? ¿No venía antes a preguntar por mí todos los días? ¿No sabe que ya veo?

Don Francisco. ¿No lo ha de saber? ¿Quién lo ignora en estos lugares?

Pablo. ¡Entonces! No me explico… ¿Por qué no viene Marianela? Es tan vergonzosa esa chiquilla, tan modesta, que temo que le dé reparo venir, porque no estoy solo, como antes…

Don Francisco. Seguramente es eso.

Pablo. Ah, pues es menester que la traigan, que la convenzan; que le digan que yo la quiero ver. Ha sido mi compañera mucho tiempo; yo la quiero mucho… No es posible que yo la abandone.

Don Francisco. Pero si fué la misma Florentina por ella, y no quiso venir… y huyó la muy ingrata.

Pablo. Ingrata, no: la Nela no puede ser ingrata.

Pon Francisco. Que te lo cuente Florentina; que se tomó un disgusto tremendo… Hizo la promesa de recoger a un pobre, y eligió a Marianela. La iba a tratar como hermana suya. ¿Qué más podía pedir tu lazarillo, Pablo?

Pablo. *Con emoción; con preocupación.* Es verdad… Ser hermana de Florentina… Vivir a su lado… Yo quiero hablar con la Nela, padre.

Don Francisco. Bueno, si… a ver si podemos conseguirlo.

Pablo. ¡La pobre! *Pausa.* ¿Es bonita la Nela?

Don Francisco. ¡La Nela! ¡Infeliz! Ya la verás, ya la verás… Bonita, tu prima Florentina. A su lado todas parecen feas.

Pablo. Fué la suya la primera cara que vieron claramente mis ojos. ¿Se acuerda usted, padre?

Don Francisco. ¿Cómo si me acuerdo? ¡Mil años que viva, tendré aquel momento presente!

Pablo. Pues ¿y yo? ¿Y aquel otro primer momento en que salí del mundo de las tinieblas? ¿Cómo no recordarlo toda la vida? ¡Qué grito di más espantoso! Aún me resuena en el cerebro. El espacio iluminado era para mí como un abismo en que cala. Por instinto de conservación cerraba los ojos. ¡Qué absurdo!, ¿verdad? Entraban las imágenes en mi cerebro atropelladamente con una especie de brusca embestida: a mí me parecía chocar con todos los objetos. Las montañas lejanas se me figuraban como al alcance de la mano. ¡Qué excitación en mis nervios, en mi fantasía! ¡Qué sacudida, qué trastorno en todo mi ser!

Don Francisco. Don Teodoro va a hablar del hecho en una revista de Ciencias. Dice que es el segundo caso de ceguera congénita que ha curado.

Pablo. ¡Oh! ¡Y yo lo leeré por mí mismo! ¡Bendito sea Dios que me ha concedido esta gracia! Mi interior está lleno de una hermosura que antes no conocía. ¿Qué cosas pudieron entrar en mí para causarme aquel terror? La idea del tamaño, que yo no concebía sino de una manera imperfecta, se me presentó clara y terrible.

Don Francisco. ¿Y cuando viste aquel vaso de agua y dijiste que se te antojaba que la bebías con sólo verla?

Pablo. ¿Y cuando me presentó el doctor un espejo yo me quedé absorto mirando aquello que me parecía agua dura y quieta, y viendo allí mi imagen retratada? ¡Cuánto me río ahora de mi ridícula vanidad de ciego; de mi necio empeño de apreciar el aspecto de las cosas, sin vista! Creo que eternamente

me durará el asombro que me produjo la realidad. ¡La realidad! Acaso Dios quiso darme una lección tremenda, haciéndome ver antes que otro alguno el rostro de mi prima. ¿Qué podía saber de la fealdad ni de la belleza quien vivió en la sombra?

Don Francisco. Refiriéndose a eso, un día, antes de resolverse a hacer la operación, me hablaba don Teodoro comunicándome sus dudas. Decía que era tu vida la vida interior; la vida de la ilusión pura; temía convertirte de ángel en hombre. Pero convino al cabo en que hacerte hombre era el deber de la Ciencia y el suyo.

Pablo. Sí, sí, ya son exactas mis ideas; ya aprecio en su verdadero valor las cosas; ya conozco la realidad. Y en toda la realidad del universo no hay hermosura comparable a la de los ojos de Florentina. ¿Verdad, padre?

Don Francisco. Verdad mil veces. Y son más bellos todavía, por la luz que les presta su alma.

Pablo. Verdad también. Anoche me dijo que si la Nela no parecía, hoy recogía a otra pobre.

Aparece sigilosamente en la puerta de la terraza Teodoro Golfín, y hace a don Francisco una seña de que no le descubra. Después otra, indicándole que aleje a Pablo. Don Francisco las entiende las dos.

Don Francisco. Temo que te hayas excitado mucho, hijo. ¡Pícaro palique! ¿Por qué no vuelves a tu cuarto?

Pablo. Más me excita la soledad.

Don Francisco. Sí; pero yo quiero que cuando venga don Teodoro te encuentre allí.

Pablo. ¡Don Teodoro! ¡Lo que hoy rae está haciendo padecer don Teodoro! ¿Ha entrado alguien?

Don Francisco. Aquí no, hijo mío. Anda, vete allá; que ahora iré yo, a darte compañía en silencio.

Pablo. Avíseme usted si llega Florentina. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

Don Francisco. *A Teodoro, con gran interés, así que así va Pablo.* ¿Qué hay?

Teodoro. Nada malo; no se inquiete usted. He cazado a la Nela.

Don Francisco. ¡Por fin! ¡Cuánto va a alegrarse mi hijo!

Teodoro. No le diga usted nada todavía.

Don Francisco. ¿No?

Teodoro. No. Déjeme usted a mí hablarle del caso.

Don Francisco. Ah, bien.

Teodoro. Váyase usted con él, mientras yo acomodo y tranquilizo a Mariquilla, y luego baje al patio a buscarme, y hablaremos los dos.

Don Francisco. Conforme. ¿Y cuándo le quita usted hoy la venda? Está muy nervioso.

Teodoro. Ya, ya. Tiempo hay de todo, don Francisco.

Don Francisco. Lo que usted haga, está bien hecho. Hasta ahora. *Vase por donde Pablo.*

Teodoro desaparece unos momentos. Queda la escena sola. Luego vuelve, trayendo a Marianela de la mano:

Viene la muchacha como prisionera, avergonzada, recelosa, protestando en lo íntimo de su ser.

Teodoro. ¿Ves como no hay nadie? Llegamos a puerto seguro. Entra sin cuidado, chiquilla.

Marianela. *Temblorosa, asustada.* ¿Y Pablo?

Teodoro. Pablo no sale de su habitación sin permiso mío. No tienes nada que temer. Pero ¡qué bueno es esto! ¡La Nela, escondiéndose del pobre Pablo, y el pobre Pablo sin otro pensamiento que el de ver a la Nela!

Marianela. Pablo no quiere verme ya.

Teodoro. ¡Pues no habla de otra cosa!

Marianela. Pues no quiere verme.

Teodoro. ¿En qué te fundas para creerlo? *La Nela calla.* Ven acá. Quiero que hables conmigo con la confianza de otras veces. Haz cuenta de que soy tu padre.

Marianela. Yo no tengo padre.

Teodoro. Por eso. Pero, en fin, si lo prefieres, haz cuenta de que soy el cura de Villamojada que viene a confesar a la Nela. *La chiquilla sonríe con tristeza.* Acércate a mí. *Obedece, y cae delante de él de rodillas, como si de veras se fuese a confesar.* No, tonta; así no: con menos ceremonia. Me falta la sotana para permitir que te arrodilles. Siéntate a mi lado. Así, así. Sospecho yo que deseabas encontrar una persona con quien desahogarte; a quien contarle tus penillas. ¡Pobre Marianela! Estás demasiado sola en el mundo.

Marianela. Por eso quería quitarme de él.

Teodoro. ¡Qué disparate! ¿Ya eso ibas cuando te sorprendí en la boca de la Trascava?

Marianela. Sí, señor.

Teodoro. ¿Ibas a arrojarte a aquel agujero espantoso?

Marianela. Sí, señor. Primero pensé escaparme con Celipín; pero luego me resolví a irme con mi madre. Allí está mi madre.

Teodoro. ¿De dónde has sacado tal idea? ¿A unos cuantos huesos sin vida llamas tu madre? ¿Crees que ella sigue viviendo, pensando y queriéndote en aquella caverna? ¿Nadie te ha dicho que las almas, una vez que sueltan su cuerpo, jamás vuelven a él? ¿Nadie te ha dicho tampoco que tu madre cometió un gran crimen al darse la muerte? El mismo que ibas tú a cometer. ¿Qué bien pensabas alcanzar arrojándote allí?

Marianela. ¡Ay! Un bien que quizás usted no comprenda: el de no sentir nada de lo que ahora siento.

Teodoro. ¿Tan doloroso es, Nelilla?

Marianela. Para no pensar sino en la muerte, señor. Yo sé que los que se mueren y son buenos logran allá toda la ventura que aquí les falta.

Teodoro. Pero si yo te he conocido hace unos días gozosa y satisfecha, ¿cómo puede ser este cambio? ¿Cómo ahora no quieres vivir?

Marianela. ¡Vivir sí que quisiera!

Teodoro. ¿Quisieras vivir, e intentas matarte?

Marianela. ¡Pues quisiera vivir!

Teodoro. Pues vive, criatura. En esta casa te quieren todos. ¿Por qué rechazas la mano fraternal que te tiende la señorita Florentina?

Marianela. *Con energía.* ¡Porque esa mano es la que me mata!

Teodoro. ¿Qué dices?

Marianela. ¡Eso, eso digo!… ¡Lo que me ofrece la señorita Florentina es la muerte!

Teodoro. ¿La muerte llamas a una protección tan generosa? La muerte es la que tú ibas buscando en la Trascava.

Marianela. Por huir de esa otra. ¡Entre las dos, aquélla; mil veces aquélla!

Teodoro. Marianela, nunca te he visto de este modo… No sabía yo de tu rebeldía… *Tomándole una mano.* Estás febril, trastornada por el cansancio y el delirio… Los días que llevas de atormentado vagar te han traído a este estado de excitación y de locura. Serénate, muchacha… Todo se puede remediar. Respóndeme a esto: ¿eras tú dichosa antes de que yo llegara a Socartes?

Marianela. Sí, señor.

Teodoro. ¿Y cuándo has dejado de serlo?

Marianela. Cuando usted vino.

Teodoro. Pues ¿qué males he traído yo, criatura?

Marianela. Ninguno: no ha traído usted sino grandes bienes.

Teodoro. Yo he dado la vista a tu amo; ¿no me agradeces esto?

Marianela. *Entre lágrimas.* Mucho, sí, señor; mucho. Teodoro. Y Pablo te quiere. Día y noche no deja de llamarte. No parece sino que la luz de sus ojos no la quería sino para ver a la Nela.

Marianela. *Con despecho y brío.* ¡Para ver a la Nela! ¡Para ver a la Nela! ¡Pues no verá a la Nela! ¡La Nela no se dejará ver!

Teodoro. ¿Y por qué no?

Marianela. ¡Porque no! ¡Porque la Nela no quiere que la vean nunca aquellos ojos que han visto ya a la señorita Florentina! ¡Las cosas feas se deben morir!

Teodoro. No, hija mía; no. Ésa es una idea equivocada; absurda. Tú, por haber vivido en salvaje contacto con la naturaleza, es natural que

discurras así. Pero hay belleza superior a la de la hermosura; dones del alma, Nela, que ni son ajados por el tiempo ni están sujetos al capricho de los ojos. ¡Que las cosas feas se deben morir! *Bromeando.* ¡Ave María Purísima! ¿Tú me has mirado bien a la cara? ¿En dónde debería yo estar entonces? *Marianela sonríe.* Pero si eso es absurdo, ese grito de tu corazón me ha hecho ver en él tan claro como en los ojos de tu amito. Sí, Nelilla, sí; yo sé bien lo que a ti te ocurre…

Marianela. ¿Lo sabe usted?

Teodoro. *Mirándola a los ojos.* Como si lo estuviera leyendo. *La Nela, avergonzada, se cubre el rostro con las manos.* ¡Y es tan lógico que hayas dado ahí!… Eres sentimental, eres soñadora… Ni entre las cestas en que duermes está quieta tu fantasía. Has llevado con Pablo la vida libre y poética de la naturaleza, siempre juntos, en inocente intimidad… Él es discreto, apasionado, noble; su corazón y su inteligencia cautivan. No es extraño que te haya enamorado a ti, que eres una niña casi mujer, o una mujer que parece niña. ¿Lo quieres mucho; lo quieres más que a todas las cosas?

Marianela. *Sollozando* Sí, señor… lo quiero más que a todas las cosas que ha hecho Dios y que pueda hacer… Si mi amito se hubiera muerto, yo no viviría, porque también me hubiera muerto.

Teodoro. Y es claro: no puedes soportar la idea de que él te deje de querer.

Marianela. ¡No, no, señor!

Teodoro. Te ha dicho palabras amorosas, te ha hecho juramentos…

Marianela. ¡Aunque así no hubiera sido, no lo soportaría! Pero sí me los ha hecho, sí. Me ha dicho cien veces que yo sería su compañera por toda la vida. Y yo lo creí.

Teodoro. ¿Y por qué no ha de ser verdad?

Marianela. ¡Porque no puede ser! Fué verdad mientras él, allá en sus tinieblas, me tenía por bonita. Pero ahora…

Teodoro. *Traspasado de compasión.* Ahora… ya veo que yo tengo la culpa de todo.

Marianela. La culpa, no… porque usted ha hecho una buena obra… Es un bien que él haya sanado de sus ojos pero, después de esto yo debo desaparecer… No me verá no… No me comparará con la señorita Florentina, porque eso sería comparar el sol con un pedazo de espejo roto. ¿Por qué nací? ¿Por qué me hizo Dios fea, si había de darme este corazón? ¿De qué me sirve más que de tormento? Me empuja a aborrecer, y yo no quiero aborrecer. Por eso huyo… Ya ven los ojos de mi amo… ¿verdad?… pues yo en la sombra ahora, en las tinieblas, debajo de la tierra misma… donde su luz no llegue. *Silencio. La Nela llora acongojada.*

Teodoro. Dime: la protección de la señorita Florentina ¿qué sentimientos ha despertado en ti?

Marianela. ¡Miedo!… ¡Vergüenza!… ¡Vivir con ellos viéndolos juntos a todas horas… porque se casarán, se casarán!

Teodoro. Pero Florentina es muy buena; te querrá mucho…

Marianela. Yo la quiero también a ella; pero aquí, no; en Aldeacorba, no. *Con exaltación y desvarío.* Ha venido a quitarme lo que es mío… porque era mío, sí, señor… era mío. Florentina es como la Virgen… Yo le rezaría… pero ha venido a quitarme lo que es mío… ¡me lo ha quitado ya! ¿Adónde voy yo ahora? ¿Qué soy ni qué valgo? ¡Lo perdí todo! ¡Me voy con mi madre!

Teodoro. *Deteniéndola fuertemente por la muñeca.* Ven acá. Desde este momento, que quieras que no, te hago mi esclava. Te cazo con trampa en medio de los campos, fierecita silvestre. No has de hacer sino lo que te mande yo. Allá veremos si sé tallar este diamante. Yo descubriré otro nuevo mundo en tu alma. Yo te enseñaré que hay una preciosa virtud, la madre de todas, la humildad, cuyo germen vive dentro de ti, por la cual gozamos de vernos inferiores a nuestro prójimo… Yo te enseñaré que la abnegación y el sacrificio dan horas felices… ¡Pobre Nela! Has nacido en una sociedad cristiana, y ni siquiera eres cristiana… Pero todo lo sabrás; tú serás otra; tú dejarás de ser la Nela, yo te lo prometo. Adelante, adelante.

Marianela. *Como sugestionada por las palabras de Golfín.* Bueno… Sí, señor… Yo no me separaré de usted, seré su esclava, como usted ha dicho…

Teodoro. Así me gusta.

Marianela. *Con súbito miedo.* Pero ¡lléveme usted de aquí… vámonos de esta casa!

Teodoro. ¿Por qué, inocente?

Marianela. ¡Porque no quiero estar aquí! *Estremeciéndose de pronto y ahogando un grito.* ¡Oh!

Teodoro. ¿Qué? ¿Qué tienes, Nela? *Tocando su frente y sus manos.* Chiquilla, estás helada… ¿Qué te pasa, mujer? Marianela. *Con espanto y angustia.* ¡Viene!

Teodoro. ¡No!

Marianela. *Queriendo esconderse entre los brazos de Golfín.* ¡Sí, sí viene! ¡Es Pablo!, ¡es Pablo!

Teodoro. No, tontuela… no es Pablo… Cálmate… ¿No ves? *Señalando a la puerta de la terraza.* Es la señorita Florentina.

Marianela. *Separándose de él, amedrentada, inquieta turbadísima, la mirada baja.* ¡La señorita Florentina!

Llega Florentina, en efecto. Viene tocada de un sutil y negro velito, que realza su hermosura.

Teodoro. ¿Eh, qué tal?… ¿Soy buen cazador de mariposas?

Florentina. *Sorprendida y alegre.* ¡Marianela! Marianela. *Mirándola con inefable expresión.* Señorita… Florentina. *Acercándosele cariñosa.* ¿Por fin has querido venir a vernos?

Teodoro. No, no; por fin he conseguido yo que venga. *Marianela baja los ojos.* Esta picarona se había vuelto loca y andaba errante por esos campos de Dios, comunicándose con el sol, con la luna, con los árboles y con las peñas, sus amigos y consejeros de toda la vida. ¿Verdad, Nela? Marianela. *Tímidamente.* Sí, señor; sí.

Teodoro. Pero ahora lo vamos a ser nosotros, que por lo menos hablamos más claro.

Florentina. Y la queremos más, aunque la hayamos conocido más tarde. Y aunque ella no nos quiera.

Marianela. Yo sí los quiero a ustedes mucho. Florentina. ¿En dónde la ha encontrado usted?

Teodoro. Por ahí. Me dieron el soplo del sitio en que estaba…

Florentina. ¿Quién?

Teodoro. El perro.

Florentina. ¿*Choto*?

Teodoro. *Choto*. ¡Pregúnteselo usted!

Florentina. ¡Y me contestará! Porque no le falta más que hablar a ese animalito.

Teodoro. Ni aun eso: habla también. Venía yo para acá distraído, cuando de repente veo que *Choto* se llega a mí, jadeando y dando brincos y vueltas y más vueltas. Yo, aunque sé algunas lenguas, en la canina estoy poco fuerte, y no le hice caso. Pero *Choto* entonces me empezó a insultar a ladridos, repitió con mayor anhelo sus vueltas a mi alrededor, y me vino a decir, con todas sus letras, que echara pie atrás y que lo siguiese. Y lo seguí en buen hora… y dimos con esta pajarita. Hay que recompensar a *Choto*.

Marianela está pálida, descompuesta, con señales de una espantosa alteración física y moral. Florentina lo advierte y se le acerca de nuevo con gran cariño.

Florentina. Pero ¿qué te pasa a ti, Marianela? Tiemblas, tienes frío… ¿No la ve usted, doctor?

Teodoro. Sí, sí… Está agotada de cansancio y de fiebre… Necesita reposar primero que nada.

Florentina. Pues aquí… en mi alcoba… *Cogiéndola de la mano.* Ven.

La Nela dirige una mirada a Teodoro.

Teodoro. ¿Qué quieres?, ¿irte mejor conmigo? *La Nela calla.* Con franqueza: ¿me quieres a mí más que a Florentina?

Florentina. Dilo: yo no me enojo.

Sonríen Golfín y Florentina. Marianela mira a una y a otro sin contestar nada. Por último fija sus ojos en Golfín.

Teodoro. *Bromeando.* Se me figura que soy el preferido Sobre gustos no hay nada escrito, Florentina; pero, si ha de escribirse algo, que no sea esto.

Marianela. *Esforzándose en sonreírle a Florentina y tendiéndole débilmente una mano.* No se enoje usted.

Florentina. No, tonta. Anda, ven a mi habitación. Ahí descansarás.

Teodoro. Sí, Nela: te hace falta dormir un poco… Déjate llevar por la señorita Florentina. Luego volveré yo a seguir charlando contigo, y a llevarte en mi compañía, y a contarte un cuento precioso.

Florentina. Anda, ven. *Amorosamente conduce a su dormitorio a Marianela, que va profundamente abatida y marchita.*

Teodoro. *Viéndolas trasponer las blancas cortinas de la alcoba.* Si yo fuera pintor, pintaría ese cuadro. *Se asoma luego a la terraza.* Como pintaría ese arco iris, que ahora mismo nace ahí en el bosque de Saldeoro, y se apoya por el otro extremo tras de los cerros de Ficóbriga, junto al mar. *Lo contempla un punto. Después va a la puerta del dormitorio de Florentina y mira curiosamente hacia dentro.* La arropa con todo cuidado y la acaricia… Y ahora la besa. *Separándose de la puerta.* Exactamente igual que mi cuñada Sofía hace con su perrito. *Pausa. Medita paseando.* Es la misma bondad esta Florentina… Es más que la bondad: es la caridad misma, aposentada en una linda figura de mujer. *Espera un instante.*

Sale Florentina de su alcoba. Hablan a media voz.

Florentina. Pronto dormirá. ¡Pobrecita! Su postración y su tristeza me dan miedo. ¿No, doctor?

Teodoro. La salvaremos, Florentina. Es inconcebible lo que sufre esa alma. ¡Soberano espíritu mal alojado! El cuerpecillo es miserable.

Florentina. ¡Qué lástima!

Teodoro. ¿Dónde pensará usted que la cogí? Fortuna ha sido el encuentro de *Choto*.

Florentina. ¿Dónde?

Teodoro. En la misma boca de la Trascava, resbalando ya hacia el abismo.

Florentina. ¿Quería matarse?

TEODORO. Sí.

FLORENTINA. *Aterrada.* ¡Jesús!

TEODORO. Dice que su madre está allá dentro y que se iba a juntar con ella.

FLORENTINA. ¡Qué espanto! Pero ¿por qué quería matarse?

TEODORO. *Esquivando la contestación.* Ya nos lo explicará. En cuanto a Pablo, ni una palabra de esto Florentina. ¿No?

TEODORO NO. Podría dañarle. Sobrados motivos de excitación tiene él para que añadamos uno tan poderoso. Hoy lo dejo prisionero en su cuarto, en castigo de la barrabasada de ayer.

FLORENTINA. *Con vehemencia.* Pero ¿ya no hay peligro ninguno?

TEODORO. Ninguno. Sólo que conviene asustarlo para que sea prudente. Y ahora voy al patio, donde me aguarda el patriarca.

FLORENTINA. Está bien. *Vuelve a la puerta de su dormitorio y observa desde allí a la Nela.*

TEODORO. ¿Duerme?

FLORENTINA. Creo que sí.

TEODORO. Era natural. No tardaré en subir y trataremos de ella.

FLORENTINA. Hasta luego, entonces.

TEODORO. Hasta luego. *Vase por la puerta de la derecha. Queda sola la señorita de Penáguilas, cuyo ánimo parece conturbado por desconocidas emociones. Quítase el velito, que dobla y guarda cuidadosamente. Se asoma otra vez a su habitación, pendiente de la Nela. Al fin se pregunta.*

FLORENTINA. ¿Por qué huyó de mí esta criatura?… ¿Por qué después ha intentado matarse?… ¿Por qué me mira de ese modo?… *Siéntase junto a la puerta de la terraza, dominada por estas ideas.*

A poco, por la puerta frontera sale Pablo, descubiertos los ojos, y se dirige derechamente a ella con gozoso semblante.

PABLO. ¡Primita!

FLORENTINA. ¡Pablo! ¿Qué es esto? ¿Has visto al doctor?

PABLO. No; no lo he visto. ¿Ha venido ya?

Florentina. Sí. Pero ¿quién te ha quitado la venda?

Pablo. Yo solo.

Florentina. ¡Como ayer! Va a reñirte.

Pablo. Me defenderé. Me defenderás tú.

Florentina. Yo, no. Hay que hacer lo que él manda.

Pablo. Tú verás como tengo disculpa. No te enfades conmigo, aunque siempre me pareces bonita. Oye lo que ha sido. Estaba en mi cuarto, enteramente solo, esperando que llegara el doctor, pensando en ti, pensando en la Nela, hablando con todos sin hablar con ninguno, cuando entró Pachín buscando a mi padre.

Florentina. ¿Pachín?

Pablo. Pachín: ese pequeñuelo que lleva las vacas a la pradera.

Florentina. Si lo conozco, simple. ¡Pues charlo yo poco con Pachín!

Pablo. Bueno, pues aproveché su entrada para darle suelta a mi ansia de hablar, y figúrate que me pregunta: «Señorito Pablo, ¿usted no ha visto nunca el arco iris?».

Florentina. ¡Demonio de Pachín!

Pablo. «¡Pues ahora mismo hay uno muy hermoso en el cielo!». ¿Quién oye esto, Florentina, y no se quita de los ojos cien vendas que tuviese, para ver esa maravilla de la luz? Sentí una curiosidad infinita, superior a toda mi prudencia, y corrí al balcón. Quedé asombrado al ver el arco iris; mudo de admiración y fervor religioso. No sé por qué, mirándolo, evoqué la armonía del mundo. Ni sé por qué tampoco, ante la perfecta unión de sus colores, me acordé de ti.

Florentina. ¿De mí, Pablo?

Pablo. De ti, Florentina. Igual sensación tuve cuando te vi por vez primera. El corazón no me cabía en el pecho: quería llorar, lloré… y las lágrimas nublaron un instante mis ojos. Te llamé, no me respondiste… no estabas junto a mí… Cuando mis ojos pudieron ver de nuevo se había desvanecido el arco iris… Por eso he venido a buscarte.

Florentina. Para que nos riñan a los dos a la vez…

Pablo. No nos reñirán. Si yo estoy ya bueno.

Florentina. Le echaremos la culpa de todo al arco iris.

Pablo. *Riéndose.* ¡Eso es! Dime: ¿dónde te has ido esta mañana?

Florentina. ¡Vaya una pregunta indiscreta! ¿A ti qué te importa?

Pablo. ¿No me ha de importar, si son pasos tuyos? ¿Qué has hecho? Dímelo. ¿Has ido otra vez en busca de la Nela?

Florentina. No; pero te aseguro que la Nela parece. Pablo. ¿Sí?

Florentina. Sí. Muy pronto la verás. Le he encargado a *Choto* que la busque.

Pablo. ¡Qué ocurrencia! Pero, mira. *Choto* ha de encontrarla. Has hecho bien. Florentina. ¡No te digo!

Pablo. ¡Pobre Mariquilla! Tengo un ardiente deseo de verla. ¿La protegeremos, verdad? Hay que protegerla, Florentina. ¿No te parece?… Protegerla… *Pausa.* ¿En qué estás pensando, primita?

Florentina. En la Nela. Temo por su razón… No se me olvida que la otra tarde me creyó la Virgen María y me besó el vestido.

Pablo. La Nela, en su ignorancia, te simboliza en la Virgen María toda idea religiosa, de belleza, de bondad y de perfección. Por eso te confundió con ella.

Florentina. No digas herejías.

Pablo. ¡Infeliz muchacha! Tiene ideas muy extravagantes… La única luz que recibía su espíritu se la daba yo, que era ciego, que desconocía la realidad, y contribuía sin quererlo a aumentar sus errores. ¡Gracias a Dios, ya hay lógica en todas mis ideas, en todos mis afectos! ¡Florentina! Mira cómo tiemblo de dicha al lado tuyo.

Florentina. Bien, bien… Déjame. Anda, ya que has visto el arco iris, vuélvete a tu cuarto, cúbrete los ojos, y no sepa nada de esto el doctor.

Pablo. Ahora me marcharé Cada día que pasa te encuentro más bonita que el anterior, lo que quiere decir que cada día descubro un imposible. Me parece que nunca te he visto bien hasta el momento en que te veo. ¡Si me cuesta trabajo creer que hayas existido durante mi ceguera! No, no; lo que me ocurre es que naciste en el momento en que se hizo la luz dentro de mí; que te creó mi pensamiento en el instante de ser dueño del mundo visible…

Florentina. *Llena de turbación amorosa.* Pablo…

Pablo. Escúchame, Florentina, o me muero. Tú te fundes con todo lo que pienso yo, y tu persona es como un recuerdo para mi alma.

Florentina. ¿Un recuerdo de qué?…

Pablo. ¿Lo sé yo acaso? Yo no he visto nada hasta ahora. ¿Habré vivido otra vida antes que ésta? Es posible… quizás… Lo único cierto, Florentina, es que yo, sin ver tenía noticias de esos ojos tuyos, y que no me importaría quedarme ciego nuevamente después de haberlos visto.

Florentina. ¿Quieres callar, Pablo?

En este instante asoma, tras las blancas cortinas del dormitorio, el rostro angustiado y lívido de la Neta, quien, desgarrada de dolor y sin fuerzas apenas para tenerse en pie, escucha las palabras de los enamorados.

Pablo. Tus ojos son lo más hermoso que ha hecho Dios. ¿Qué son ante ellos ni las flores más lindas, ni las aguas más transparentes, ni los montes azules, ni la misma luz descomponiéndose en los cielos? Yo creí enloquecer un día con la idea de ver: si me hubieran dicho, y yo hubiera podido comprenderlo en mis sombras, que iba a mirar mi imagen retratada en tus ojos, hubiera enloquecido. ¡Florentina, luz de mi vida, amor mío, quiéreme como yo te quiero!

Florentina. Pablo… ¿Qué es esto, Pablo?… ¿Qué pasa por mí?… *Separándose bruscamente de él, que la abraza.* ¿Quién?

Inopinadamente llega Teodoro por donde se marchó. De una rápida ojeada se hace cargo del cuadro y experimenta viva contrariedad.

Pablo. ¿Qué? *Viendo a Golfín, con gran desconcierto.* ¡Ah! Señor doctor…

Florentina, que al mismo tiempo que al doctor ve a la Nela, baja los oíos ruborosa.

Teodoro. *A Pablo, enérgicamente.* ¿Qué significa, Pablo?… ¿Por qué está usted así? Váyase a su cuarto ahora mismo y cúbrase inmediatamente los ojos.

Pablo. Perdóneme usted.

Teodoro. Son ya muchas imprudencias, Pablo. A su cuarto en seguida.

Pablo se vuelve para obedecer, y ve a la Nela, que instintivamente ha salido del dormitorio de Florentina, y que parece una estatua de la tristeza.

Pablo. ¿Eh?… ¿Quién…? *Absorto.* ¿Es ésta la pobre que has recogido, Florentina? ¿Es ésta quizás?… *Marianela da un paso hacia Pablo, tendiéndole su mano áspera y morena. Pablo la coge sólo un momento, y a su contacto lanza un grito desgarrador, en que grita toda su alma.* ¡Oh!

La Nela, como si se sintiese atravesado el corazón por agudo puñal, vacila y va a caer. Florentina la auxilia y la sostiene.

Florentina. ¡Nela!

Teodoro observa mudo e inmóvil, pero íntimamente alterado; con la ansiedad predecesora de las grandes catástrofes de la vida. Hay un silencio trágico.

Marianela. *Respondiendo al fin, con voz apenas perceptible, al grito de Pablo y a su mirada atónita.* Sí… señorito mío… yo soy la Nela.

Pablo. Eres tú… eres tú…

Teodoro. Retírese, Pablo; se lo ruego. Se lo ordenaré si es preciso.

Pablo echa a andar de nuevo, sin poder desviar sus ojos de la Nela. Ésta entonces lo detiene llamándolo, más bien que con la voz con el gesto y con la mirada, que siente Pablo como si lo mirasen desde el fondo de una sepultura.

Marianela. Pablo…

Llegase Pablo a ella. Marianela le coge una mano, y tomándole otra a Florentina, las une, las besa con supremo amor, y las aprieta juntas contra su pecho. Y como si el esfuerzo realizado agotara las últimas energías de su grande espíritu y de su cuerpecillo mezquino y enfermo cae desplomada en tierra. Acuden a ella Teodoro y Florentina. Pablo retrocede con espanto.

Florentina. ¡Nela! ¡Hermana mía!

Teodoro. ¡Marianela! ¡Tenía que suceder!

Florentina. ¡Nela! ¡Nela! Pero ¿qué es esto?

Teodoro. ¡Esto es la muerte, Florentina!

Pablo. *Balbuceando.* ¡La muerte!…

Florentina. ¿La muerte? Pero ¿qué la mata?

Teodoro. *Con desesperación.* ¡Los ojos que la vieron!

Pablo. *Transido de dolor, anonadado.* Los ojos que la vieron…

Florentina. ¡Hermana mía! ¡Nela!

Teodoro. ¡Nela! ¡No hay remedio!, ¡es la muerte! La realidad que ha sido para él nueva vida, ha sido para esta infeliz dolor y asfixia, la humillación, la tristeza, los celos… ¡la muerte!

Pablo. *Expresando con infinita pena y amargura la tremenda conmoción de su alma.* ¡La muerte! ¡La mataron mis ojos!

FIN

Madrid, julio, 1916.

CONCHA LA LIMPIA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO PRINCIPAL**, de Valencia, el 14 de febrero de 1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Concha La Limpia.	Rosario Pino.
Pedro Antonio.	Antonio Torner.

CONCHA LA LIMPIA

ACTO PRIMERO

Modesta azoteita de Concha la Limpia, en Sevilla. Puertecilla de entrada a la derecha del actor. Blancos pretiles, adornados con macetas de claveles y rosas. En un ángulo, ropita de niño tendida. Es una rosada tarde de fines de mayo.

Sale Concha, agraciada mujer, como de treinta primaveras. Trae puesto un vestido más limpio que si fuera nuevo. Es una bella hija del pueblo sevillano, de alma tranquila y noble, en quien resplandecen las más preciosas galas de la mujer. Se acicala y afina, tanto para agradar a quien la merece, como por natural instinto.

CONCHA. ¡Vaya una tarde bonita que hase!… ¡De mayo y de Seviya, señó!… *Asómase al pretil del foro y mira hacia la calle*. ¡Le parese a usté!… Barrabás es ese chiquiyo. *Gritando.* ¡Niño! ¡Rafaé! ¿Cómo te vi a desí que no persigas a los gatos? ¿A qué se lo escribo a papá? No hay travesura que ér no haga. *Tocando la ropita tendida* Esto ya está seco. *Vase al interior y vuelve a salir al instante con una silla baja y una cestilla de costura. Descuelga la ropita, la echa en ella y se sienta a coser. Entretanto canturrea muy por lo bajo alguna copla de su gusto. Cose un poquito, y habla luego mirando a la izquierda, como contestando a alguien que a ella se dirige.* Buenas tardes. —Sí que da gloria. —Lo que yo digo: ¡de Seviya y de mayo! —Sigue bien: muchas grasias. —Muchas grasias. *Disimuladamente cambia de postura,*

volviéndose de espaldas hacia la izquierda. La vesina quiere tomarse confiansas, y yo no se las doy. Ca una en su casita, señora. Y si se enfada usté, tiene do trabajos. Y tres, si no come. ¿Me yama er niño? *Se levanta y vuelve al pretil.* ¡Rafaelito! ¿Tú me has yamao? —¿Cómo? —¿Un señó? —¿Es quisá don Bautista? —¿Que no lo conoses? —Pero ¿ha entrao en casa? —Vamos a vé quién es.

Va hacia la puertecilla, a tiempo que por ella llega Pedro Antonio. Es un hombre en la madurez de la vida, de genuino tipo castellano y de simpático semblante. Viste traje oscuro de americana, sin aliño alguno.

Pedro Antonio. Buenas tardes.

Concha. *Sorprendida.* Buenas tardes. ¿Cómo ha subío usté hasta la asotea?

Pedro Antonio. Pues… escalón tras escalón. Son bien pocos.

Concha. Sí, pero…

Pedro Antonio. Me dijo el niño que estaba usted aquí…

Concha. Sí, pero…

Pedro Antonio. Pero ¿qué?

Concha. Que ésta no es la sala de resibí visitas.

Pedro Antonio. Y ¿qué más da? Mucho más alto hubiera yo subido por verla a usted.

Concha. Ésa es una amabilidá de usté, cabayero.

Pedro Antonio. ¿Usted es Concha Ramos?

Concha. Servidora.

Pedro Antonio. ¿Concha… la Limpia?

Concha. Así me disen.

Pedro Antonio. Ganas de decir de la gente, por lo que veo.

Concha. Sí; la gente tiene la lengua muy larga. Y usté ¿qué desea?

Pedro Antonio. *Sin contestarle.* ¡Qué bonito es esto! ¡Qué hermoso! *Señalando a lo lejos.* ¿San Lorenzo es aquél?

Concha. San Lorenzo, sí. ¿No conose usté er barrio?

Pedro Antonio. Ni el barrio… ni Sevilla, hasta ahora.

Concha. *Ingenuamente.* ¡Pobre!… Usté ¿quién es, entonses, señó?

Pedro Antonio. Usted lo ha dicho: un pobre, que no conoce ni Sevilla, ni el barrio en que usted vive.

Concha. Pero, vaya, ¿qué es lo que usté desea?

Pedro Antonio. Que no se ponga el sol esta tarde, por lo pronto. ¡Qué bien se está aquí!

Concha. Va usté a logra que me incomode.

Pedro Antonio. No; eso, no. Disculpe usted si antes no le he contestado a derechas. Le traigo a usted una visita.

Concha. ¿De quién? ¿De dónde?

Pedro Antonio. De mi pueblo.

Concha. ¿Es usté de Arcalá de Henares?

Pedro Antonio. ¡Ah! ¿Yo no puedo traer visitas más que de Alcalá?

Concha. Pa mí no, desde luego.

Pedro Antonio. ¿Por qué?

Concha. Porque yo no le importo en este mundo más que a una persona, que ahora está en Arcalá. ¿Ér lo manda a usté?

Pedro Antonio. ¡Me ha mandado hace mucho tiempo!

Concha. Vámonos a la sala.

Pedro Antonio. No me trate usted con cumplidos: aquí se está muy bien. ¿No estaba usted aquí? Pues sigamos en este encanto de azotea.

Concha. ¿Le agrada a usté?

Pedro Antonio. *Per se per accidens*.

Concha. Eso no lo entiendo. Voy a sacarle a usté una siya. ¿Está bueno Polín?

Pedro Antonio. Está bueno. Y ¡qué buen gusto el del tunante!

Concha. *Sonriéndole, dichosa.* Voy por la siya. *Vase adentro.*

Pedro Antonio. ¡Pobre Polín! ¡Pobre pardillo, preso en el primer vuelo! ¡Muy fina es la red para que te escapes!

Concha. *Volviendo.* La siya.

Pedro Antonio. Gracias.

Concha. Deme usté er sombrero.

Pedro Antonio. *Obedeciéndola.* Gracias.

Concha. Lo pondremos aquí. *Lo deja en el pretil del foro.*

Pedro Antonio. ¡A ver si florece también!

Concha. No tanto. Y siéntese usté ya y cuénteme cosas de ese hombre. *A la vecina de la izquierda.* ¡Una visita de Arcalá de Henares, Catalina! *Con sorna.* Grasias… muchas grasias. *A Pedro Antonio confidencialmente.* Es una vesina más verde que un pimiento, que se figura siempre lo peó.

Pedro Antonio. Ya. ¿La saludo? ¿Le bajo la cabeza?

Concha. ¡Que se la baje su marío!

Pedro Antonio. ¡Ja, ja, ja!

Concha. Dígame usté; dígame usté cosas. ¿Cómo está Polín? ¿Es usté su amigo er boticario?

Pedro Antonio. ¿Tengo yo hechura de boticario?

Concha. Como antes sortó usté dos latines…

Pedro Antonio. Pues, no.

Concha. ¿Er poeta?

Pedro Antonio. Tampoco. Y conozco mucho al poeta, a Ramiro; y le aguanto cuantos versos quiere leerme; pero ni soy él… ni soy poeta.

Concha. Pos ¿qué es usté?

Pedro Antonio. Un poco labrador y un poco cosechero de vinos. Le saco a la tierra en que nací el pan y el vino para mi mesa. No puedo quejarme de la suerte.

Concha. ¡Ya se ve que no! ¡Er pan y er vino!

Pedro Antonio. Pedro Antonio Salvador me llamo, para servir a usted.

Concha. Muchísimas grasias.

Pedro Antonio. Soy muy buen amigo —el mejor de todos, quizá— de Polín, de su… de su novio de usted, y me sentó como un confite cuando por razones particulares tuve necesidad de venir a Sevilla, y ocasión, por lo

tanto, de visitar a usted… a su Concha. ¡Lo que él deseaba esta visita! «Cuando tú la veas, cuando tú la conozcas, te convencerás de que tengo razón para todo». Esto me lo ha repetido a todas horas y en todas partes: por la mañana, por la noche; en la casa, en la calle, en el campo…

Concha. Que Dios se lo pague. Y ¿de veras está ya bueno, bueno?

Pedro Antonio. De veras, sí.

Concha. ¿No me engaña en las cartas?

Pedro Antonio. ¡Qué disparate! Le habrá dicho a usted que a los dos días de llegar a casa de sus padres le desaparecieron las fiebres.

Concha. Cabalito.

Pedro Antonio. Los aires natales suelen hacer esos milagros. Lo verá usted muy pronto sano y fuerte. No ha vuelto ya, por afirmar la mejoría. Mañana iré yo a las oficinas en que trabaja aquí, a ver si le prorrogan la licencia.

Concha. Argunas ganas tengo yo de verlo, pero es por su bien… ¿Le habla a usté de mí mucho?

Pedro Antonio. Siempre que me atrapa. No me sabe hablar de otra cosa. Su Concha es el manantial invariable e inagotable de su conversación.

Concha. Es muy bueno, y me quiere… ¡me quiere!… ¡Jesús, cómo me quiere!… ¿Qué estará hasiendo er niño? *Se levanta presurosa y se acerca al pretil.* Está con la abuela. La abuela vive en la casa de enfrente. Siga usté con lo que desía. Usté también tiene cara de sé muy bueno.

Pedro Antonio. No se fíe usted demasiado.

Concha. ¡Cuando ér lo manda aquí!…

Pedro Antonio. ¿No es celoso?

Concha. Dise que sí lo es; pero que yo no le doy motivo.

Pedro Antonio. ¡Pues ya es victoria no darle motivo de celos a un celoso! ¿Qué ha hecho usted para lograr tanto?

Concha. ¡Qué sé yo! ¡Como no sea quererlo!…

Pedro Antonio. ¿Lo mismo que él a usted?

Concha. A lo primero, más, bastante más. Luego, con los años —nos conosemos hase ocho—, pué sé que ya haya empate. Quisá sí y quisá no. Porque es lo que yo le digo a Polín muchas veces: «Mira, tú besas a los niños, y los besas a eyos na más; y yo, cuando los beso a eyos… y a ti». Le yevo esa ventaja.

Pedro Antonio. Conocía la frase.

Concha. ¿Ah, sí? ¿Se la ha dicho también?

Pedro Antonio. ¡Me lo ha dicho todo!

Concha. ¿Todo?

Pedro Antonio Todo, todo. Nuestra amistad es muy estrecha. Y como yo lo escucho con gran atención, con emoción a ratos, se anima, se caldea, se entusiasma, se vuelca en mí.

Concha. ¡Pos no le ha caído a usté mal entretenimiento!

Pedro Antonio. Sí que lo es. Tengo allá dos muy de mi agrado, que me distraen de la continua brega con gañanes y vendimiadores. Al poeta, a Ramiro, le oigo sus versos… que parecen prosa; y a Polín le oigo su prosa… que me suena a versos ¡Prosa de enamorado!

Concha. No; si me quiere mucho.

Pedro Antonio. Pero aún duda usted del empate.

Concha. Eso, sí.

Pedro Antonio. Se lo contaré, se lo contaré.

Concha. No le cogerá de sorpresa. ¡Si también se lo digo yo! «Desengáñate, Polín: tú dejas la casa, te vas a tu ofisina, y entonses estás en tu ofisina, no estás aquí. Yo no sargo de aquí… y estoy contigo en la ofisina».

Pedro Antonio. ¡Ja, ja, ja!

Concha. Usté se ríe. Er también se ríe.

Pedro Antonio. ¡Y las veces que me ha descrito a mí esta casa! ¡Santos Justo y Pastor! ¡Yo la conocía, sin haberla visto, como si hubiera vivido en ella cien años! ¿Querrá usted creer que al entrar hoy por la cancela empecé a meterme en todas partes igual que Pedro por su casa?

Concha. ¿No se yama usté Pedro? ¿No está usté en su casa? ¡Pos ahí lo tiene usté!

Pedro Antonio. ¡Ja, ja, ja! Buscándola a usted en los dos pisos, no he dejado sin ver ni un rincón. ¡Y nada me chocaba! ¡Todo me lo sabía de memoria! ¡El patio de ladrillos tan limpios, tan brillantes; las columnas verdes; el barril con el plátano; la salita de las caracolas y la estera de junco; el patinillo blanco hasta las tejas…!

Concha. Yo misma lo encalo.

Pedro Antonio. Ya lo sé. ¡Las bolas doradas de la baranda de la escalera; el San Antonio de azulejos de la mesetilla; el hule de la mesa del comedor; las jaulas de los pájaros; los peroles de la cocina, que lastiman la vista de relucientes; la alcoba con olor de alhucema; la cunita y la cama de los dos niños; la colcha de la de matrimonio, hecha por esas manos…!

Concha. ¡Ave María! Pero ¡qué pronto ha visto usté toas las cosas!

Pedro Antonio. ¡Las había visto ya en Alcalá de Henares! ¿No le digo?

Concha. ¿De la cama de matrimonio también le había hablao a usté ese imprudente?

Pedro Antonio. También, Concha.

Concha. ¿Yamándole así?

Pedro Antonio. ¿Cómo así?

Concha. De… de matrimonio.

Pedro Antonio. Así. Digo, no: ese nombre se lo he dado yo espontáneamente. ¡Aunque después de todo!…

Concha. No; no es lo mismo. Piénselo usté. Fartan las bendisiones.

Pedro Antonio. Sí faltan, es verdad. ¿Las echa usted de menos?

Concha. Por mí, no; por er rastro.

Pedro Antonio. Ya.

Concha. Escuche usté: cuando Polín y yo nos conocimos yo no era más que la hija de un pobre sapatero remendón de la Arfarfa, y é —usté lo sabe— un escribientiyo sin dos pesetas, un emborrona pliegos. Yegó un día

ar cuchitrí de mi padre a que le echara tapas a los tacones de unos sapatos, y ayí estaba yo por chiripa: ¡ya usté ve qué prinsipio pa unos amores grandes! Pos bueno: nos enamoramos, nos quisimos… y entonses no reparamos en na. En na que usté vea. Mi padre er pobresito se yevó er dijusto mayó de su vida, y quiso matarlo; pero no lo mató, a Dios grasias; mi madre quiso matarme a mí, y también estoy vivita y coleando, grasias a Dios. No pensábamos Polín y yo na más que en nosotros, na más que en querernos… ¿Pa qué pensá en na más? Pero a los tres años vino a este mundo Rafaelito… y con er primer yoro nos arvirtió que había ya que pensá en otras cosas; y dos años más tarde nasió Conchita, que remachó lo de su hermano… Y así estamos a lo presente: los dos, Polín y yo, deseando yamarle de una vez a nuestra cama como usté le ha yamao, pero sin confesárnoslo más que con miraítas y con suspiros: las palabras no yegan a salí. Éste es el único secreto que duerme entre los dos en aqueya cama. Medio secreto, porque no es secreto der to. Pero es el único.

Pedro Antonio. También lo sabía.

Concha. ¿También?

Pedro Antonio. También.

Concha. Pos eso no me lo malisiaba Ya ve usté: a usté le habla de eso y a mí no.

Pedro Antonio. Bueno es que empiece por hablarle a alguien…

Concha. Usté comprenderá que a mí lo que me toca es cayá y esperá lo que disponga é. En mí no estaría bien otra cosa. Ni quiero yo que nadie piense que me quiero casá por asegurarlo. ¡Más seguro que está!

Pedro Antonio. ¿Cree usted que está muy seguro?

Concha. ¡Y tanto! Ér mismo no consibe lo seguro que está. ¿Se dise así: consibe? ¿Está bien dicho?

Pedro Antonio. Está bien dicho.

Concha. ¿Usté no opina como yo?

Pedro Antonio. Por lo que a él atañe, exactamente. Su voluntad es la de usted. Ahora… que…

Concha. ¿Qué?

Pedro Antonio. Hablemos claro, Concha. Hay, de un lado, el capricho, que usted conoce, del padre de Polín de casar a su hijo con determinada labradora, muchacha hermosa y de fortuna… *Concha redobla su atención.* Y hay, de otro lado… lo de siempre.

Concha. ¿Lo de siempre?

Pedro Antonio. Sí. Lo de siempre… lo de siempre que se trata de relaciones como éstas… calificadas generalmente de amoríos…

Concha. ¡Amoríos!…

Pedro Antonio. Los prejuicios sociales, las diferencias de familia, los fantasmas, los temores de cierto género que siempre desvelan en estos casos —no se ofenda usted… *Concha baja la cabeza, entristecida. Él la observa. Luego continúa.* El padre de Polín, don Félix, es un viejo chapado a la antigua, seco y duro como un sarmiento…

Concha. Polín sale a su mare, ¿verdá?

Pedro Antonio. Sí; justamente: a su madre sale. La buena señora es pan de flor… miel de la más dulce…

Concha. ¿Y er padre una armendra garrapiñá de las que Polín me regala?

Pedro Antonio. *Sonriéndole.* Eso es…

Concha. ¡Pos no hase farta mucha saliva pa que se ablande!

Pedro Antonio. ¡Mucha!

Concha. ¡Santo Dios!… ¿Usté no cree que lo ablandaremos?

Pedro Antonio. No me atrevo a aventurar respuesta… Pero, con todo, el más grave obstáculo en esta situación no es tampoco don Félix, ni aun el capricho de don Félix…

Concha. ¿No? Pos ¿quién es? ¿Hay arguno más grave?

Pedro Antonio. Otra persona de la familia.

Concha. ¿Será posible? ¿Juan de Dios? ¿El hermano cura?

Pedro Antonio. El hermano cura: ha acertado usted.

Concha. ¿Qué no asertará una cuando tanto le importa? Se afina la vista. Una ve un puntito negro a distansia, y sabe ya si es una oveja o si es un

lobo. Pero mire usté si no es asurdo. Polín y yo, ¿qué es lo que estamos nesesitando? ¡Un cura! Y ¿va a sé un cura er tropesón?

Pedro Antonio. Es que este cura… este curita… Bueno, vamos a ver: ¿qué juicio le merece a usted la gente de sotana?

Concha. Yo ¿qué entiendo, señó? ¡Yo no me trato más que con er sacristán y con los monasiyos de San Lorenzo!

Pedro Antonio. Pero ¿no se confiesa usted?

Concha. ¡Sí, señó! Una ves en el año cumplo yo con la Iglesia. Pero como le digo a usté una cosa le digo otra: confesá y comurgá tos los días, como ahora se hase, no se ha inventao pa mí. Mis pecaos serán muchos, pero yo toas las mañanas en la rejiya der confesonario no sabría qué contarle ar cura. Acá, bailamos por una cosa así: «Buenos días nos dé Dios». «Buenos días». «Aquí está la de toas las mañanas». «¿Qué hay, Concha?». «¡Lo que usté diga, padre!». ¿No considera usté?

Pedro Antonio. ¿Confiesa usted con el mismo sacerdote siempre?

Concha. Con er mismo: con don Sebastián Escribano *Gachitas*, como le yaman, yo no sé por qué.

Pedro Antonio. ¿*Gachitas* le llaman?

Concha. *Gachitas*.

Pedro Antonio. ¿Es joven o viejo?

Concha. Muy viejesito ya: casi no pué con los manteos. Pero er día que yo le diga que me caso —si es que yega ese día—, se le quitan de ensima dies años ar pobre señó. Me mira con muy buenos ojos.

Pedro Antonio. ¿Sí, eh?

Concha. Y eso me da a mí ánimos. Como que lo mejó que haría el hermano cura de Polín, sería pedirle a don Sebastián informes de Concha la Limpia. ¿Ér no es tan afisionao a meterse en toas partes?

Pedro Antonio. ¡Hasta en los charcos! ¡En todas partes!

Concha. ¡Pos que se meta también en casa de otro cura!

Pedro Antonio. Ya, ya se meterá, si ustedes aprietan los tornillos. ¡Bueno es él! Dista mucho de ser de estos padres de almas que, en actitud extática y contemplativa, permanecen aislados del mundo, o aguardan a que

las almas vayan a ellos pidiendo luz… Él va a las almas sin que se le acerquen. Entra y sale donde presume que su intervención es precisa; amonesta, predica, aconseja, discute prohíbe… ¡qué sé yo! Tiene la testarudez del fanático. «¡Hay que binar los majuelos!». Ésta es su muletilla. Es decir, hay que darles doble arado a las tierras. Él también cultiva unas viñas. Aparte de la del Señor. En fin, es hombre terco e infatigable. Yo le huyo.

CONCHA. ¡Pos yo, no! ¡Ni a é ni a nadie! ¡Porque yo también hablo, y discuto, y sé defendé mi derecho! *Levantándose muy nerviosa.* ¡Frente de ese cura, y der Papa, y del Obispo de Arcalá!

PEDRO ANTONIO. La vecina me parece que le dice a usted algo.

CONCHA. *Mirando hacia la izquierda.* ¿A mí? ¿Eh? —¿Cómo? —¡No! ¡No es ninguna mala notisia! ¡Es que estoy espantando los mosquitos! *Vuelve a sentarse.* ¡Es más mala!… ¡Me envidia hasta los estropajos der fregadero! ¿Qué iba usté a desirme?

PEDRO ANTONIO. Iba a decirle que a otro sacerdote le bastarían acaso los informes de usted que obtuviese del padre *Gachitas*… Le bastarían, sin duda. Pero a él… a él… con sus antecedentes, con su historia… ¿Conoce usted también la historia de ese desventurado?

CONCHA. Argo me ha referío Polín… Er diablo harto de carne… ¿no?

PEDRO ANTONIO. Sí. Fué un gran pecador. Le prevengo a usted que yo tengo de él un mezquino concepto.

CONCHA. Me alegro mucho.

PEDRO ANTONIO. Cierto que él me paga en la misma moneda. Fué en su juventud un calavera empedernido, un vicioso sin decoro y sin freno, que amargó la vida de sus padres y de su hermano y prostituyó a algunas mujeres.

CONCHA. ¡Digo! Y ahora… No le echo una mardisión, no vaya a enterarse por er telégrafo sin hilos.

PEDRO ANTONIO. Ni hace falta. Otra mujer luego, la última, a la que de veras quiso él, a la que pensaba hacer su esposa, se encargó de vengarlas a todas traicionándolo refinadamente.

CONCHA. ¡Pos bien empleao se le estuvo! ¡Donde las dan, las toman!

Pedro Antonio. Ojo por ojo, sí. A raíz de aquella traición se pasó un año como enloquecido, huyendo de las gentes, encerrado en su alcoba, en constante y sombrío monólogo. Todos temimos que se perturbara su razón para siempre. Pero Dios al cabo tuvo piedad de él, iluminó su alma, y lo llevó a abjurar de sus errores y a arrepentirse de sus pecados.

Concha. Y ¿se hiso cura?

Pedro Antonio. Sí; como tantos otros… No es historia nueva. Pues bien, Concha: a ese hombre le ha quedado en el corazón una amarga semilla; un miedo pavoroso. Juan de Dios cree que hay un solo diablo suelto por el mundo: la mujer.

Concha. ¿La mujé aqueya? La de…

Pedro Antonio. No, no; la mujer en general, las mujeres…

Concha. ¡Ay, qué grasia! Pero ¿porque a é lo engañara una…?

Pedro Antonio. Desconfía ya de todas; teme de todas… Concha. Menos de su madre.

Pedro Antonio. ¡Claro!

Concha. Pos madre soy yo también, Pedro Antonio. Dígaselo usté así de parte mía. *Se enjuga unas lágrimas.* Usted que es labradó, ayude a convenserlo de que en los sembraos hay sisaña y hay trigo limpio.

Pedro Antonio. No quedará por mí. Y doblemos la hoja, que yo vine sólo a darle a usted una alegría y acabo de darle un mal rato.

Concha. Ha rodao así la conversasión… ¡He de pasá tantos por el estilo!… *Pausa.* ¿Va usté a quedarse aquí mucho tiempo?

Pedro Antonio. ¿Aquí? ¿De visita?

Concha. Aquí, hasta que usté guste. Pero no preguntaba eso.

Pedro Antonio. ¿En Sevilla? Mis asuntos me lo dirán. Desde luego estaré un día más de los que hubiera estado si no vengo a su casa de usted.

Concha. ¿Por qué?

Pedro Antonio. Por que a usted no se la conoce en balde.

Concha. Otra amabilidá. Muchas grasias.

Él la mira. Ella esquiva sus ojos.

Pedro Antonio. *Levantándose.* ¿Me autoriza usted a volver a visitarla antes de marcharme a Alcalá?

Concha. Usté viene a su casa siempre que quiera. Basta que haya usté venío por Polín…

Pedro Antonio. Agradecidísimo, Concha. Ahora no me acordaba de Polín.

Concha. Pos yo siempre me acuerdo.

Pedro Antonio. ¡Todos los pillos tienen suerte! Concha. Según. Unos sí y otros no.

Pedro Antonio. ¿De manera que puedo volver? Concha. Sí, señó; ya lo he dicho. Y le daré a usté un encarguito pa que se lo yeve.

Pedro Antonio. Con mil amores. ¿Alguna golosina? ¡Se que hace usted unos alfajores y unos pestiños!… Es natural con tales manos…

Ella las esconde modestamente.

Concha. Pos, no, señó; no son cosa de mis manos lo que va usté a yevarle: son de las der niño. Las dos úrtimas planas de escritura que he hecho mi Rafaé.

Pedro Antonio. ¡Ah, ya!

Concha. Adelanta mucho.

Pedro Antonio. ¿Quién lo enseña?

Concha. Eso me lo pregunta usté por ganas de oírme; porque usté, que sabe tanto de nosotros, ¿no va a sabé una cosa así?

Pedro Antonio. Tiene usted razón: sé que es usted la que lo enseña. A leer y a escribir.

Concha. Y de camino aprendo yo, y eso gano. ¿Va usté a referirle a Polín la visita ésta?

Pedro Antonio. ¿Por carta, dice usted?

Concha. Sí; por carta.

Pedro Antonio. Dependerá de lo que me detenga en Sevilla. Si he de regresar pronto a Alcalá, esperaré a contársela de palabra. ¿Y usted?

Concha. Yo, como no me muevo de Seviya, se lo escribiré. ¡Que ya es tarea una carta de este tamaño!… Tengo pa dos días. ¿Quiere usté conosé también a mi muñeca antes de irse?

Pedro Antonio. ¡No que no! Iba yo a pedírselo a usted.

Concha. Pos ahora mismo. Y así nos iremos abajo y dejaremos descansá a la vesina. Se ha pasao la visita pendiente de nosotros. Y si seguimos aquí, se le van a sartá las orejas.

Pedro Antonio. ¡Ja, ja, ja!

Concha. *Desde el pretil del foro, hacia la calle.* ¡Mamá! ¡Mamá! —¡Entre usté a los niños! *Dándole a Pedro Antonio su sombrero.* Ande usté; vámonos pa abajo.

Pedro Antonio. Vamos… donde usted diga.

Concha. ¡A la salita de las caracolas! Y esto tiene grasia: lo resibo a usté en la asotea y lo despido en la sala de resibo. Er mundo ar revés.

Pedro Antonio. Por algo será, Concha. Mi visita… no es cosa corriente. Creo yo que no es cosa corriente.

Concha. *Rechazando entre sí la reticencia que cree advertir en estas palabras de Pedro Antonio, se arrepiente de una contestación que iba a darle y vuelve a su objeto.* Va usté a vé una niña: va usté a vé una rosita de carne.

Pedro Antonio. *Deteniéndola todavía.* ¿Se parece a usted?

Concha. *Con viveza.* En una cosa, mucho.

Pedro Antonio. ¿En los ojos?

Concha. ¡Qué más quisiera yo que tené los de eya!

Pedro Antonio. ¿En la boca?

Concha. ¡La boca de mi niña está de *nones*!

Pedro Antonio. ¿En el color?

Concha. ¡Ay, en er coló! ¡Er suyo no lo pinta Muriyo!

Pedro Antonio. ¿En el genio, acaso?

Concha. ¡Mi Conchita tiene más buen genio que yo!

Pedro Antonio. ¡Vaya, que no acierto! ¿Es en la gracia, entonces, en lo que se parecen ustedes?

Concha. Y yo ¿qué grasia tengo, señó?

Pedro Antonio. Me doy por vencido. Dígame usted ya en lo que se parecen tanto.

Concha. *Clavándole los ojos.* ¡En lo que queremos las dos ar que está en Arcalá de Henares!

Pedro Antonio. ¡Ya!

Concha. Venga usté conmigo a conoserla. *Éntrase en la casa, mirándolo siempre.*

Pedro Antonio. Vamos. *Resumiendo sus impresiones y juicios, se pregunta*. ¿Es oro todo lo que reluce?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación contigua a la alcoba de Concha la Limpia. Balcón al foro y sendas puertas de cristales a derecha e izquierda. En los ángulos, la cama del niño y la cunita de la niña. Una mesa camilla en el centro, con avíos de escribir, sobre la que pende una lámpara. A un lado, una cómoda. Encima de ella, una imagen de la Virgen alumbrada por una mariposa. Sillas. Cuadritos de santos a la cabecera de la cunita y de la cama. Es de noche, iluminan la estancia la luz de la lámpara y alguna claridad de la luna que entra por el balcón.

La cama del niño está vacía. Concha, sentada junto a la cunita, meciéndola, pretende convencer a la niña de que se duerma pronto.

CONCHA. Pero ¿qué te pasa a ti esta noche, que no quieres dormí? Es menesté que te duermas, hija. Mira que como se entere er tío de las escobas va a vení a yevarte. ¿Que no tienes sueño? ¡Vaya si lo tienes! Un ojo te está disiendo «michi» y el otro «sape». Ya se duerme, ya se duerme mi niña. ¿No? Anda, vi a desirte er romanse de la *Jardinera*, que tanto te gusta. ¿Quieres? ¡Ea, pos andando!

Erase la jardinera
der más hermoso jardín;
érase una buena madre
con tres rositas de abril:
tres hijas que eran su gloria;
tres hijas por quien vivir;

tres pimpoyos que envidiaban
nardo, clavel y jazmín.

Una mañana, la madre
las yama y les dise así:
—Hay mil flores en er huerto,
y de entre esas flores mil,
yo quiero que cada una,
arrancando la raíz,
coja la que más le guste
y la siembre para mí.

Obedientes las tres niñas,
buscan de aquí para ayí,
y sueña cada una de eyas
la más presiosa elegir.

Y la madre venturosa
contempla el ir y venir
en que sus hijas se afanan
por haserla más feliz.

Duérmete, niña bonita;
duérmete, mi querubín;
duérmete, que aquí me tienes;
duérmete, que estoy aquí.

Pasó un año de la siembra
—¡ay, qué pronto que pasó!
y una mañana, a la madre
dise la niña mayor:

—Mira, madre; madre, mira
la rosa que planté yo:
era blanca, y ha cambiao
por mi mano de color.

Dime si arguna más linda
viste nunca ni se vió:
desde er sielo, con rosío,
para ti la riega Dios.

—Madre, madre —dise entonses
una dergadita voz;
la de la niña de en medio,
que a su hermanita escuchó—:

ven a ver estos jazmines
que mi cariño plantó:
los sembré ar pie de la tapia
y ya yegan ar barcón.

Son luseritos der sielo,
son estreyitas de olor,
son besitos de tu boca
que tu cariño me dió.

Oyendo estaba la chica
una y otra relasión,
y ar cabo sarta de pronto
así que cayan las dos:

—Ven conmigo, madresita,
que mi siembra es la mejor.
Y la yeva de la mano

ar más ocurto rincón.

—Ni jazmines, ni claveles,
ni rosas escogí yo:
yo sembré lo que ninguna;
yo sembré mi corasón.

Mira qué flor ha nasido;
mira qué grasia de amor;
huele su aroma costante,
mírale su tornasol.

Dondequiera que tú vivas
brotará siempre esta flor;
adondequiera que vayas
ha de seguirte su olor.

Duérmete, niña chiquita;
duérmete, cara de sol;
duérmete, luz de mis ojos;
duérmete, que aquí estoy yo.

¡Ay!, ¡ánger mío! Ya descansa. Y la madre también. *Se levanta y éntrase por la puerta de la izquierda, volviendo a salir al instante.* El otro, en siete sueños. ¿Qué iba yo a hasé ahora? ¿Qué ibas a hasé tú, Concha, qué ibas a hasé? ¡Ah, sí! ¡Acaba la carta der padre! *Se sienta a ello.* Ya podía er médico mandármelo pa acá de una vez. ¡Se le meten a una unos disparates en la cabesa!… ¿Qué le puse lo úrtimo? *Leyendo en la carta empezada*. «Nada me dises en la tuya de la visita de tu amigo Pedro Antonio. Con el achaque de que estoy muy sola, en estos cuatro días ha venido ya otras dos veses. Dime si ér te lo ha dicho a ti. Se ve que te quiere mucho y parese buena persona, pero me va resurtando ya una mijita peja…». ¿Qué he puesto yo aquí? «…

una mijita *pejagoso*». *Pejagoso* he puesto. Ér comprenderá que he querío poné pegajoso. Y sí que lo es el hombre. Polín de seguro no le ha dao pie pa tanto. Vi a ponerle lo de las masetas. *Escribe con algún esfuerzo.* «Ayé me mandó dos masetas de claveles y una de rosas. Aunque me gustan mucho las flores, no me ha hecho grasia er regalico. Te lo arvierto para que te enseles y vengas pronto». Esto va mitá de broma, mitá de serio. Ér lo comprenderá también. *En la puerta de la derecha aparece en este punto Pedro Antonio, silenciosamente, y se detiene contemplando a Concha, que escribe.* «De dinero no te quiero hablá. Ya tú sabes más bien que yo que un duro tiene sinco pesetas por la mañana y sinco por la noche, si no se ha cambiao. Engordá, como los garbansos en agua, no engorda, por mucho que lo moje». Me párese que aquí dise *mogue* en vez de *moje*. Bueno: ya se hará cargo é. «Sin embargo, todavía no me yega el agua ar cueyo; y en úrtimo caso, la pursera ya conose er camino. No te apures tú. Todo será freí los huevos con menos aseite». ¿Cómo se escribe aseite?

Pedro Antonio. Sin hache.

Concha. *Asustada.* ¿Eh? *Levantándose.* ¿Quién?

Pedro Antonio. Yo, Concha; usted me perdone.

Concha. ¿Usté, Pedro Antonio?

Pedro Antonio. Sí; yo.

Concha. Pero, a estas horas… ¿Quién le ha abierto a usté la cansela?

Pedro Antonio. La chiquilla, la criada… Como ya me conoce… ¿La he asustado a usted?

Concha. Sí; pero no es eso. Es que la gente pué pensá cuarquier tontería.

Pedro Antonio. No tema usted nada: piense la gente lo que quiera…

Concha. No, señó: en este mundo no basta sé buena; hay que pareserlo también, como se dise.

Pedro Antonio. Usted lo parece y lo es; pierda usted cuidado Pero ¿no se serena usted, Concha? Se ha puesto usted muy pálida. ¿Me tomó usted por un ladrón acaso?

Concha. Vaya usté a sabé. Así de pronto… un hombre que se aparese en esta arcoba… ¿no pué vení a robá?…

Pedro Antonio. ¡A robar! Más roba usted que yo, amiga mía.

Concha. ¿Qué está usté disiendo, señó? Yo ¿qué robo?

Pedro Antonio. A mí, el sueño.

Concha. *Después de una mirada investigadora.* Eso no quiero contestarlo.

Pedro Antonio. Le explicaré a usted ya esta nueva visita, tan sorprendente, por lo visto, para que se tranquilice del todo y no me juzgue mal. Probablemente habré de marcharme al pueblo mañana temprano, y no he querido despedirme de usted por escrito. Esto es todo.

Concha. ¿Se va usté mañana a Arcalá?

Pedro Antonio. Es casi seguro. ¿Usted se alegra?

Concha. Porque le yevará usté a Polín notisias mías.

Pedro Antonio. ¡Ya salió Polín!

Concha. No, señó; no salió. Polín está siempre entre nosotros… por más que a usté argunas veses se le orvide.

Pedro Antonio. No se me olvida. Aunque lo parezca.

Concha. *Intencionadamente.* Por sierto que en la carta que ayé tuve de é no me habla de usté ni palabra.

Pedro Antonio. ¿Contestando a la referencia que usted le hizo?

Concha. No; de eso toavía no tiene tiempo. Anunsiándome que usté vendría a verme. ¿No es raro?

Pedro Antonio. Quizás haya preferido sorprenderla a usted…

Concha. Será eso. ¿Usté no se sienta?

Pedro Antonio. Sentiría incomodarla… Me mira usted con un entrecejo…

Concha. ¡No!

Pedro Antonio. ¿No?

Concha. *Sonriéndole con inspiración súbita.* ¡No!

Pedro Antonio. Ésa ya es otra cara.

CONCHA. Vamos, siéntese usté. Nadie se come a nadie.

PEDRO ANTONIO. ¿Dónde me siento?

CONCHA. Aquí a la vera de la camiya. Escribiéndole estaba yo a Polín. *Guarda la carta.*

PEDRO ANTONIO. *Llegándose a la cuna.* ¡Buen sueño ha cogido la muñeca!

CONCHA. Mi trabajito me ha costao. ¡La saliva que argunas noches tengo que gastá pa dormirla!…

PEDRO ANTONIO. ¿Y el niño? ¿En la cama de usté?

CONCHA. Sí; esta noche le toca a Rafaelito dormí en mi cama. Ya le he dicho a usté que van por turno cuando está fuera er padre.

PEDRO ANTONIO. Ya, ya. Con permiso de usted voy a verlo.

CONCHA. Vaya usté. No hay cuidao de que se despierte. Es una bendisión.

PEDRO ANTONIO. Voy, sí. Un segundo. ¡Me gusta ver a los niños dormidos! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

CONCHA. *Dejando el disimulo; inquieta, recelosa.* ¿Qué hombre es éste? ¿Qué busca aquí este hombre? Este hombre no es agua clara; no lo es. Yo le pondré la trampa, y como lo coja… va a sabé bien quién es Concha la Limpia.

Sale Pedro Antonio.

PEDRO ANTONIO. ¡Angelito! ¡Qué lejos parece de este mundo!

CONCHA. Yo digo que er sueño de los niños es tan sosegao porque se van ar sielo mientras duermen.

PEDRO ANTONIO. ¿Eso dice usted?

CONCHA. ¿A usté no le párese? ¡Si durmiendo se ponen hasta más bonitos! Y eso tiene que sé por argo.

PEDRO ANTONIO. En cambio, los hombres y las mujeres…

CONCHA. Nosotros no podemos volá tanto como eyos; estamos demasiao apegaos aquí abajo.

Pedro Antonio. *Suspirando.* ¡Ay, sí!… No la conocía a usted… *filósofa*.

Concha. ¿Filo… qué?

Pedro Antonio. Nada. Quise decir, y lo repito, que cada vez que la veo a usted y la oigo se me descubre un nuevo encanto, una nueva faceta de la piedra preciosa.

Concha. *Comenzando a coquetear.* Mire usté que voy a ruborisarme… ¡Piedra presiosa me ha yamao!… ¿No se sienta usté?

Pedro Antonio. ¿De veras no le molesta mi compañía?

Concha. Yo no sé desí las cosas más que de un modo.

Pedro Antonio. Gracias. ¿Despertaremos a la niña con nuestro charlar?

Concha. ¿A quién? ¿A Conchita? Ni un cañonaso la despierta.

Pedro Antonio. ¡Claro! ¡Si ahora está en el cielo, como presume usted!…

Concha. No vaya usté a reírse de ese dicho mío.

Pedro Antonio. ¡Nunca! El dicho me ha hecho gracia: pero no me río de él. Porque es gracia de Dios la que tiene.

Concha. ¡Como yo soy de la tierra de María Santísima!…

Pedro Antonio. ¡Burlona! *Breve pausa. Se miran: se sonríen.* ¿Le gustaron a usted mis macetas?

Concha. ¡Ay, caye usté, por Dios! ¿En qué estaré pensado? Con el aturruyo de la entrada de usté… Usté tiene la curpa de que no le haya dicho na hasta ahora. Tanto me gustaron, señó, que yo, que iba a enfadarme con usté a cuenta del orsequio, le perdoné la confiansa… enamorá de las rosas y de los claveles.

Pedro Antonio. ¡Cuánto me alegra haberme librado de su enojo! Y más aun lo que de él me ha librado.

Concha. Ya están en la asotea con las otras. Eyas no han estrañao la visita.

Pedro Antonio. Mañana las veré.

Concha. ¿Mañana? Pero ¿no se va usté de Seviya mañana temprano?

Pedro Antonio. No es seguro del todo…

Concha. ¿No?

Pedro Antonio. No… Eso pensaba, sí… *El coqueteo de ella, de que se ha dado cuenta él, le hace sospechar repentinamente lo que no sospechaba ya, y lo lleva a tentar el vado.* Pero puedo quedarme.

Concha. Pronto cambia usté de paresé.

Pedro Antonio. Ya lo vale la esperanza de volver de nuevo a su azotea. ¿No, Concha?

Concha. ¡Eso! ¡Y que siga dándole a la tijera la vesina!

Pedro Antonio. Le preocupa a usted mucho esa vecina. ¿Qué dice? ¿Qué dice?

Concha. Usté, que no tiene pelo de tonto, se lo pué carculá. La persona que se yena de barro, gosa en vé sarpicones a su alrededó. A to er que tiene un flaco en este mundo, le gusta descubrí en er prójimo er mismo flaco.

Pedro Antonio. Y ¿cuál es el flaco de la vecina?

Concha. ¡Un *chofé* de una fonda que viene a visitarla cuando no está en casa er marío!

Pedro Antonio. ¿Hola?

Concha. Como usté lo oye. Yo no sé si er marío será sabedó —eso también va en genios—; pero en la caye lo sabe to er mundo, y eya no se tapa. ¿Ha visto usté cosa más fea?

Pedro Antonio. Lo es, lo es.

Concha. ¡Pregoná aqueyo que no debe venderse!…

Pedro Antonio. ¡Venderlo… y pregonarlo además! No tiene disculpa. Así le teme usted a la lengua de la vecina.

Concha. ¿Eh? ¡Qué más quisiera eya que pescarme a mí en tanto así! ¡Jesús! ¡Iba a sé la trompeta e la fama! Pero no sabe con quién da. Yo he sío siempre de paresé distinto de eya, ¿lo oye usté? *Acentuando la coquetería.* Que arda la casa; pero que las yamas y el humo no asomen ni por una rendija.

Pedro Antonio. ¡Ah, sí! ¡Claro! ¿A qué escandalizar?… ¿A qué dar dos cuartos al pregonero?…

Concha. Y que er pregonero está siempre al asecho de los dos cuartos. Na más con er vapó de una cafetera que sarga a la caye, ya tose la gente. No, señó; na de eso. Las cosas, cayaítas. Sobre to cuando las cosas se hasen por gusto, y no por alarde. Porque hay mujeres que se comen un durse, y como no lo digan, parese que no se lo han comío.

Pedro Antonio. ¡Qué gran verdad es ésa, Concha!

Concha. ¿Que si lo es?

Pedro Antonio. Usted, por el contrario, si se llega a comer el dulce…

Concha. No apriete usté er paso, Pedro Antonio; no apriete usté er paso… que ya lo he visto a usté vení… No apriete usté er paso.

Pedro Antonio. No en mis días. Yo deseo ir a compás de usted siempre.

Concha. ¡Hombre!, ¿siempre?

Pedro Antonio. He exagerado un poco: ahora.

Concha. Pos mi pasito es corto, y cansa.

Pedro Antonio. A mí, no. A paso corto se va lejos.

Concha. ¿Muy lejos?

Pedro Antonio. Muy lejos; todo lo lejos que se quiera.

Concha. Pero hay que sabé adonde se va.

Pedro Antonio. ¿No es mejor no saberlo?

Concha. ¡No! Digo, según pa quien sea. Los hombres no suelen mirarlo; las mujeres, sí.

Pedro Antonio. *Impresionado.* También eso es verdad.

Concha. Ahora es usté er que se ha puesto pálido.

Pedro Antonio. ¿Me he puesto pálido?

Concha. ¡Y me ha agradao a mí que se ponga! ¡Ea! ¡Ya lo dije! ¡Cómo sabía yo que era un ladrón er que entraba por esa puerta!

Pedro Antonio. Sí; pero un ladrón harto inocente… Un ladrón que se inmuta cuando va a cometer el robo…

Concha. ¡La farta de costumbre! ¡Pobresito!

Pedro Antonio. ¿Me quiere usted traer un poco de agua, para que se me pase el susto?

Concha. ¡Ya lo creo! ¿Con un panalito la quiere usté?

Pedro Antonio. Como usted me la traiga.

Concha. Pos disimule usté un momento que lo deje solo.

Pedro Antonio. ¡No faltaba más!

Concha. Y cuidaito con lo que se piensa mientras voy por el agua. ¡Cuidaito!… ¡Ay, cómo le relusen los ojos!… *Éntrase por la puerta de la derecha, mirándolo diabólicamente.*

Pedro Antonio. *Después de una pausa llena de pensamientos.* ¡En buen hora he venido esta noche! ¡Parece otra esta mujer! ¡Que arda la casa, pero que no se vean las señales!… ¡Son capaces de todo! ¡Engañan como quieren! ¡Pobre Polín! *Mirando a la cuna.* ¡La víctima! *Asomándose luego como a ver al niño desde la puerta de la izquierda.* ¡Las víctimas! ¡Pobre Polín! ¡Pobre! Llegaré hasta el final. *Vuelve Concha con un vaso de agua en un plato, panal, servilleta y cucharilla. Los ojos le brillan de júbilo.*

Concha. Aquí tiene usté a la aguadora. ¿Me he tardao?

Pedro Antonio. Necesariamente había de parecérmelo.

Concha. Siempre tan fino. ¡Es usté un corá!

Pedro Antonio. *Ponderándolo todo antes de beber.* ¡Qué vaso, qué plato, qué panalito, qué cuchara, qué servilleta!…

Concha. ¿Quié usté no sé guasón?

Pedro Antonio. Nunca he hablado más en serio. ¿De qué cristal es este vaso? Y ¡qué agua!… ¿Dónde acaba el agua y empieza el cristal? ¡Si parece que todo es agua!

Concha. Vamos, beba usté ya, que se me cansa er braso. *Pedro Antonio bebe.* ¿No toma usté er paná?

Pedro Antonio. Con el agua me basta. ¡Qué rica y qué fresca!

Concha. Cuando se tiene sé…

Pedro Antonio. Ésta sabe a gloria aunque no se tenga ninguna. Dios se la pague.

Concha. ¿Pasó er susto?

Pedro Antonio. Pasó. Fué cosa ligera.

Concha. Más vale así. *Ella se sienta y él pasea inquieto, mirándola de modo extraño.* ¿Está usté nervioso?

Pedro Antonio. Un poquitillo.

Concha. ¿A pesá del agua?

Pedro Antonio. El momento no es para menos.

Pausa breve.

Concha. Me ha desairao usté mi paná.

Pedro Antonio. No… no lo tome a desaire. *Maquinalmente.* ¡Pobre Polín!

Concha. ¡Ave María! ¡Qué respiro! ¿A qué viene eso ahora, señó?

Pedro Antonio. Lo he dicho sin pensarlo… Ha sido una exclamación espontánea Tal vez se ha incubado en algún rincón de mi alma, puro todavía… ¡Pobre Polín!

Concha. Y ¿lo repite usté? Pos vamos a poné las cartas boca arriba, Pedro Antonio. No hay pa qué compadeserlo tanto. Ya me van escamando a mí esas calenturas, y esa convalesensia tan larga, y ese encontrar tos los días achaques pa retardá la vuerta. Usté me mira dándome la rasón. Quisá porque sabe usté que a estas horas pué sé que esté ese hombre charla que charla con la novia que le gusta a su padre. ¿A que sí?

Pedro Antonio. No, no… yo nada afirmo… Está en lo posible…

Concha. ¡Pos si está en lo posible, delo usté por hecho! *Mirándolo con gran picardía.* ¡Argunas veses yega a sé posible… hasta lo que nos paresía más imposible!… Y es que ar fin de cuentas lo que pasa no es más que lo que ayá arriba está escrito. ¡Ea! ¡Se acabó! ¡No quiero ponerme triste esta noche!

Pedro Antonio. ¡Ni yo tampoco!

Concha. Si está escrito, escrito estará… Aqueyo… y esto… y lo der marío de la vesina… ¡Y hay que serrá los ojos!

Pedro Antonio. O hay que abrirlos mucho, para divisar por qué caminos quiere Dios llevarnos en esta vida. *Con resolución, entregándole a Concha un estuche con unos pendientes, que saca del bolsillo.* Concha: a ver qué le parece a usted ésa chuchería que he comprao esta tarde.

Concha. ¿Eh?

Pedro Antonio. Usted, que tiene gusto…

Concha. ¿Qué es?

Pedro Antonio. Véalo usted; véalo. *Ella lo mira a él como si no se determinase a obedecerlo, con extraordinaria malicia.* ¿Qué la detiene a usted? ¿Qué cree usted que puede haber dentro de un estuche? ¿Algún bichejo que le salte a la cara?

Concha. *Con gracia picaresca.* ¡Ay, qué ladrón! ¡Qué ladrón éste de esta noche! ¡Va a salí en los periódicos! *Viendo al fin la alhaja.* ¡Virgen María! ¡Vaya presiosidá! ¡Vayan dos safiros! ¡Vayan briyantes! ¡Madre de Dios! ¡Qué luses! Tiene usté más gusto que yo.

Pedro Antonio. ¿Sí?

Concha. ¡Y más dinero! ¿A qué viene usté a enseñarle esta riquesa a una pobre? Suerte, la de argunas persona. ¿Pa quién es esto, Pedro Antonio?

Pedro Antonio. ¿Usted no cae?

Concha. ¿Yo? ¿Cómo es posible? Esto tiene que sé a la fuersa pa una mujé…

Pedro Antonio. ¡Claro! ¡Unos pendientes!…

Concha. Digo pa una mujé a quien se quiera mucho.

Pedro Antonio. O a quien pueda llegarse a querer mucho…

Concha. *Devolviéndoselos con una sonrisa inefable.* Tome usté, Pedro Antonio.

Pedro Antonio. ¿No los quiere? ¿No le gustan tanto? ¿Tan mal harían en sus orejas?

Concha. Si los hubiera usté comprao pa mí…

Pedro Antonio. Pues ¿para quién, si no, piensa uste que los he comprado?

Concha. ¿Pa mí, Pedro Antonio?

Pedro Antonio. Para usted, Concha.

Ella ya, en este instante, se quita la máscara de improviso y se yergue ante él temblorosa, indignada. Él la oye desconcertado, atónito, riendo nerviosamente alguna vez.

Concha ¡Pos guárdeselos usté o tírelos usté a la basura, si es pa mí pa quien los ha comprao!

Pedro Antonio. ¿Eh?

Concha. ¡De esto era de lo que yo quería enterarme!

Pedro Antonio. ¿Cómo?

Concha. ¡Esto era lo que yo quería averiguá!

Pedro Antonio. ¡Concha!

Concha. ¡No ponga usté más mi nombre en sus labios! ¡Mar ladrón! ¡Mal amigo! ¡A usté no lo ha mandao aquí Polín! ¡Usté ha venío aquí con ese engaño, pa robarlo a traisión, si podía!

Pedro Antonio. ¡Santos Justo y Pastor!

Concha. ¡Y tos los santos del armanaque que a usté se le antojen! ¡Contra tos me encaro! ¡Soy Concha la Limpia y tengo el arma más limpia que er cuerpo! ¿Qué se ha figurao usté?

Pedro Antonio. Pero ¿usted duda que yo sea…?

Concha. ¡Yo dudo ya hasta de que ésta es noche! ¡Usté ha caío en la trampa que yo le he puesto, porque yo no sé qué cosa me desía a mí desde er prinsipio que usté no era lo que aparentaba! ¡Y me salí con eya! ¡Las mujeres buenas no nos engañamos! ¡Y menos, las madres!

Pedro Antonio. ¿Y si yo le explicara…?

Concha. ¡A mí no tiene usté que esplicarme cosa ninguna! ¡Váyase usté ya a su madriguera, de donde haya salío, que ni lo sé ni quiero saberlo!, y no vuerva a acordarse más der santo de mi nombre, ni de esta casa, que ha manchao con sus pies.

Pedro Antonio. Concha…

Concha. ¡Que se vaya, le digo! ¡Y si es usté, por desgrasia, amigo de Polín, atrévase usté a contarle esto!

Pedro Antonio. ¡Sí que se lo contaré punto por punto!

Concha. ¡Pué sé que ér no lo deje!

Pedro Antonio. Ya veremos. Hasta mañana, Concha.

Concha. ¿Hasta mañana?

Pedro Antonio. Hasta mañana, sí. Mañana no me voy de Sevilla. Es cosa resuelta. Hasta mañana. ¡Me ha gustado usted esta noche más que nunca!

Concha. ¿Quié usté quitarse ya de mi vista?

Pedro Antonio. ¡Más que nunca! ¡Mucho más que nunca! Hasta mañana *Márchase por la puerta de la derecha, complaciéndose en ver la arrogante y fiera actitud de Concha ante su desafío.*

Concha acude primero a la puerta como para sentirlo salir: luego, al balcón, para cerciorarse de que ya está en la calle, y después, a la cunita de su hija.

Concha. ¡Canaya!… ¡Canaya!… ¡Éstos son los hombres!… ¡Canaya!… ¿Salió?… Sí; ya salió… Ayá va caye abajo… ¡Bandolero!… ¡Y me amenasa con vorvé!, ¡judas!, ¡más que Judas!… *A la niña.* ¿Qué es eso, lusero de tu madre? ¿Te has despertao tú? ¡Quién había e desírtelo!… ¿Verdá, hija mía? ¡Ea, pos a serrá otra vez los ojitos y a dormí, que ahora empiesa la noche! *Mece la cuna, y mientras tanto, mezcla en su boca palabras de ternura para su hija y de condenación para Pedro Antonio.* Anda, anda, consuelo mío… A dormí, a dormí tranquila, mi reina… ¡Canaya!…

Duérmete, niña bonita;
duérmete, mi querubín;
duérmete, que aquí me tienes;
duérmete, que estoy aquí.

¡Bandolero!… ¡Canaya!…

Duérmete, niña chiquita;
duérmete, cara de sol…

¡Atreverse a proponerme a mí…!

Duérmete, luz de mis ojos;
duérmete, que aquí estoy yo.

¡Canaya!… ¡Canaya!…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Patinillo, blanco como la nieve, en la propia casa de Concha la Limpia. Puertas de cristales al foro y a la derecha, que dan al interior de la casa. Postiguillo a la izquierda, que da a un callejón. Arriates con flores. Cal, hasta en las tejas. Es al mediodía.

Concha, en traje de faena, encala las paredes una vez más.

CONCHA. Este Rafaelito es mi condenasión: le vi a cortá las manos. ¡Otro toro aquí! ¡Cómo me pone de toros las paredes!… Va a habé que buscarle un maestro de dibujo, pa que desahogue la afisión. ¿Si tendremos un Muriyo en casa? ¡Hombre! ¡Un sordao! Esto es nuevo. ¡Pos como ahora se dedique a la tropa, ha hecho su fortuna er calero de enfrente! ¡Ay, qué demonio de chiquiyo! Y está grasioso este sordao. ¡Pero, señó, que pinte en un papé! *Llaman al postigo.* ¿Quién será ahora? Éste va a sé er cojo borracho de tos los días. Pos no estoy. *Sigue su faena en silencio. Vuelven a llamar.* No estoy, no. ¡To cuanto le doy se lo gasta en vino er tío sinvergüensa! *Llaman otra vez.* ¡Vaya! ¡Le vi a sortá un sofión! *Va hacia el postiguillo, y al ir a abrirlo, algo instintivo la detiene.* No, no; no abro. *Aguza el oído, y el asombro, entonces, se pinta en su semblante.* ¿Eh? Pero ¿es posible esto? ¿Es posible? *Gritando colérica a una nueva llamada.* ¿Quién es?

PEDRO ANTONIO. *Dentro.* ¡Gente de paz!

CONCHA. ¡Jesús! Pero ¿es posible?

PEDRO ANTONIO. ¡Gente de paz, he dicho!

Concha. ¡A otra puerta, que aquí no hay nadie! *Para sí,* ¿Es que quiere perderme este hombre?

Pedro Antonio. ¡No se alborote, amiga Concha! He ido por la cancela y me he cansado de llamar. Nadie me ha respondido. Por eso vengo por aquí.

Concha. ¡Pos ni por aquí, ni por la cansela, ni por puerta ninguna de esta casa, vuerve usté a entrá en eya!

Pedro Antonio. ¡Pronto lo ha dicho usted!

Concha. Más pronto lo he determinao. Váyase usté ya, y no quiera que dé un escándalo pa que acuda la gente. Si usté no tiene na que perdé en Seviya, yo tengo que guardarme mucho. *Va y viene descompuesta, agitada, fuera de sí.* ¿Habrase visto atrevimiento? ¿Quién iba a esperarlo, después de to lo que anoche le dije y de haberlo echao a la caye?

Pedro Antonio. ¡Ya le anuncié a usted que hoy volvería!

Concha. ¿Cómo?

Pedro Antonio. ¡Que ya me despedí ayer hasta hoy! ¿No le dije «hasta mañana», Concha?

Concha. ¡También yo dije lo que dije! ¡Que con sus pies manchaba usté mi casa! ¡Váyase noramala y déjeme ya! ¡Esto se cuenta y no se cree! ¡Esto es pa un libro! ¡Esto es pa una *sinta*! ¡A mí no me ha pasao cosa iguá en los años que tengo!

Pedro Antonio. ¿Abre usted o no abre?

Concha. ¡Ganas me dan de salí y de ahogarlo!

Pedro Antonio. Salga usted aunque sea para eso.

Concha. Ni sargo, ni abro, ni hablo con usté una palabra más. Digo, sí: vi a arvertirle una cosa, pa que comprenda usté der to que pierde er tiempo.

Pedro Antonio. ¿A ver?

Concha. Polín me ha escrito.

Pedro Antonio. ¡Eso no es nada extraordinario!

Concha. Eso, no; pero esto otro, sí. Me dise en su carta que ér no me ha mandao visita ninguna con nadie, que usté ha de sé un granuja y que me ande con tiento.

Pedro Antonio. ¡Ja, ja, ja!

Concha. ¿Le ha hecho a usté grasia, eh?

Pedro Antonio. ¡Muchísima! ¡Tiene más de la que usted piensa! Lo que hay es que el granuja en este caso no soy yo: es Polín. Sin duda quiere preocuparla a usted y oírla defenderse. ¡Estos enamorados son insaciables! Porque si yo fuera ese granuja que dice él, ¿cómo había de saber por él mismo todo cuanto usted ha oído de mi boca: lo que usted vale para él, lo que él la quiere, los primores infinitos de esta casa y lo que le preocupan sus hijos? ¿Cómo le confió a un granuja tan grande cosas tan íntimas?

Concha. *Retirándose supersticiosamente del postigo.* ¡Este hombre es er demonio!

Pedro Antonio. ¿Qué dice usted?

Concha. ¡Que es usté er demonio!

Pedro Antonio. *Riéndose.* ¡No, no soy el demonio! ¡A serlo, haría arder con las llamas de mis ojos esta puerta que nos separa y me colaría de rondón en el patinillo! No soy el demonio: soy un buen hombre que la quiere a usted mucho.

Concha. *Inquieta.* Er demonio, er demonio es.

Pedro Antonio. ¿No se decide usted a abrirme?

Concha. ¡Ahora menos toavía!

Pedro Antonio. ¡Pues de aquí no me muevo hasta verla a usted!

Concha. ¡Pos como yueva, le van a salí a usté jaramagos!

Pedro Antonio. No dará usted lugar a ello. Me anima esa esperanza. Hoy le traigo a usted otra visita.

Concha. ¡Que será tan verdá como la primera!

Pedro Antonio. Más aún, porque la primera lo fué sólo *in partibus*. Yo vine a usted sin anunciárselo Polín, eso es cierto; curioso de los informes que de usted tenía y por iniciativa propia. No creo haberle dicho a usted que Polín me mandaba en estos momentos, sino que deseaba que yo la conociese. Ahora sí le aseguro que vengo a ruegos del confesor de usted.

Concha. ¿Cómo?

Pedro Antonio. De don Sebastián Escribano, a quien vi anoche mismo.

Concha. ¡Mentira!

Pedro Antonio. ¿Mentira? ¡Yo no digo mentiras nunca!

Concha. ¡Pos ésta no pué sé más gorda! ¡Si mi confesó no está en Seviya hase cuatro días, embustero!

Pedro Antonio. ¡Si precisamente he demorado yo mi estancia en Sevilla hasta saludarlo y conocerlo, Concha! El padre Sebastián, o el padre *Gachitas*, si usted quiere, llegó de Utrera anoche, y esta mañana he tomado yo chocolate con él. Y ¡qué buen punto le da Frasquita, el ama! Y ¡qué sabrosos están los mostachones recién hechos!

Concha. ¡Er demonio! ¡Cuando digo que es er demonio! Vamos a vé: ¿dónde vive er padre *Gachitas*?

Pedro Antonio. En la calle del Hombre de Piedra.

Concha. *En voz baja, maquinalmente.* Ayí vive.

Pedro Antonio. Y el comedor donde he tomado el chocolate da a un patinillo muy semejante a éste. Y en una jaula, en un rincón, hay un loro. Y aún le encienden al padre el brasero… ¡a fines de mayo! Y conserva en otro rincón su escopeta de caza. Y *Marqués*, el perro, disecado, lo mira a uno tomar el chocolate con dos ojos terribles.

Concha. *Yendo al postiguillo y abriéndolo por un irrefrenable impulso.* ¡Dios mío! ¡Yo no resisto más! ¡Pase lo que pase! *Abrirlo y retroceder anonadada, todo es uno.* ¡Virgen santa! *Es que se ofrece a su vista Pedro Antonio en hábito de sacerdote. Sonriente ante el pasmo de Concha, da algunos pasos hacia ella, sombrero en mano.* Pero ¿sueño yo?

Pedro Antonio. No, Concha, ahora empieza enteramente la realidad. Serénese usted.

Concha. *Confusa.* ¡Pedro Antonio!

Pedro Antonio. Tampoco la engañé a usted al darle estos nombres como míos. Juan de Dios Pedro Antonio Salvador me llamo. ¿Cómo se le ha pasado por alto a Polín? ¿Cómo no ha caído en ello al hablarle usted de la visita de Pedro Antonio?

Concha. ¡Juan de Dios!

Pedro Antonio. Juan de Dios, sí: el hermano temible; el cura entrometido y fanático. Helo aquí.

Concha. *Llena de súbitos remordimientos.* ¡Virgen de los Reyes! ¡Yo voy a condenarme! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Los insurtos que le dije anoche! ¡Si lo puse a usté como los trapos! Pero yo ¿qué sabía, señó? ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!…

Pedro Antonio. Entre trampas anda el juego, Concha. Usted no tiene por qué arrepentirse de nada. Todos aquellos insultos fueron merecidos entonces. Además, ¡qué bien sonaron en mi alma! ¡Cómo me conmovió la defensa de la mujer honrada y buena ante una simple apariencia de seducción! ¡Si yo quiero a Polín más que usted!

Concha. Eso sí que es difisi.

Pedro Antonio. De otra manera, pero más que usted. La prueba es lo que he hecho.

Concha. ¡Lo que ha hecho!… Y ¿por qué lo ha hecho?

Pedro Antonio. Por eso: por lo que quiero yo a Polín; porque sueño con su ventura en esta vida, y temí por ella al verlo tan ciegamente enamorado. *Concha sonríe. Él sigue hablando serenamente.* Yo salí de Alcalá sin declarar a nadie, como tantas veces, el rumbo de mis pasos ni el propósito de mi viaje, y di en Sevilla, porque ya me iba urgiendo conocerla a usted. Decidido venía a visitarla en mi ser natural; pero caí, por azar, en una cierta casa de huéspedes, y una noche, en la mesa…

Concha. ¿Qué?

Pedro Antonio. Se habló de usted y de mi hermano.

Concha. ¿De Polín y de mí?

Pedro Antonio. Justo. Nadie me conocía. *Concha lo escucha temblorosa, con ansia, con anhelo.* Terciaron en la conversación casi todos los huéspedes: estudiantes, comisionistas, algún cómico… gente maleante y zumbona, charlatana y ligera. Unos la ponían a usted en pinganitos; otros, en cambio…

Concha. ¿Qué desían de mí?

Pedro Antonio. No he de repetirlo yo ahora; pero llenaron de tristeza mi corazón.

Concha. ¡Si lo sé; si se me calurnia; si se me envidia la suerte que Dios me ha dao; si hasta resibo anónimos! Esa trampa que yo le puse a usté anoche se la he puesto ya a otros amigos de Polín. ¡Amigos!… Fíese usté de amigos. Y er despecho tiene muy mala lengua. Pero siga usté, siga usté…

Pedro Antonio. No es nueva en mí esta travesura… Más una vez, en mi deseo de averiguar vidas ajenas, me he valido de la misma traza, despojándome de mis hábitos.

Concha. Y ¿no era mejó presentarse con eyos?

Pedro Antonio. Para mi objeto, no. Un sacerdote cohibe siempre. Ante un sacerdote, fuera del confesonario, claro está, los vicios procuran ocultarse o encubrirse; la virtud puede ser fingida y la boca que blasfema, calla. Ante el hombre, ante el simple seglar, todo aparece tal cual es, sin máscara, sin afeites, desnudo, como a mí me interesa verlo. ¡En cuántos casos he disimulado con mis cabellos mi tonsura y he ido como un Juan pecador a ver de cerca la miseria humana, en su descarnada verdad, con el noble intento de remediarla luego como sacerdote!… ¿Usted comprende?

Concha. Sí.

Pedro Antonio. Mi confesor me reprende y amonesta como a un niño que ha hecho una diablura, en la que ve más gracia que picardía; Dios, que murió por redimir de sus pecados a los hombres, me absuelve en mi conciencia. ¿Comprende usted, Concha?

Concha. Sí, señó, sí. No nesesita usté esplicarse más. Usté, por interés de Polín, después de to lo que le sumbó en los oídos en la casa de huéspedes, quería conoserme sin engaño, como de veras soy, sin que la sotana y er manteo me hisieran a mí desí una cosa por otra, como cuando se está en visita.

Pedro Antonio. ¡Ajajá!

Concha. Y ¡qué buen cómico es usté! Usté dispense. No he querío yamarle a usté cómico. Pero ¡cómo se ve que ha sío cosinero antes que fraile! ¡Qué rebién me ha engañao!

Pedro Antonio. Con la verdad siempre.

Concha. ¿Cómo con la verdá, si es usté cura y…?

Pedro Antonio. Pues no he salido de la verdad a pesar de eso. ¡Es cierto cuanto le he dicho a usted! Y lo que más grave le haya parecido, se lo repito ahora mismo para justificarme.

Concha. ¡Qué sé yo, qué sé yo!… Basta que usté lo crea…

Pedro Antonio. Prueba al canto, Concha. Vamos a tomarlo desde el principio. Cuando me encaré con usted recién llegado a su azotea, ¿qué fué lo primero que le dije?

Concha. No me acuerdo bien.

Pedro Antonio. Yo, sí; porque he medido mis palabras. Le dije que era capaz de subir aún más alto por conocerla. Y era el evangelio.

Concha. ¡Claro! Eso, sí.

Pedro Antonio. Eso y todo. Usted lo verá. Le hablé luego de que por Polín sabía de estos amores, de esta casa, hasta en los más íntimos detalles; de sus planes relativos a usted, de sus dudas y de sus silencios… de sus reservas…

Concha. Sí, sí; to eso sí… Pero más adelante…

Pedro Antonio. Calma: ya llegaremos. Le dije a usted que el más grave obstáculo al matrimonio de usted y de Polín era el hermano cura… ¡Y lo era!

Concha. ¿Ya, no?

Pedro Antonio. Ya, no.

Concha. *Con arrebato de alegría.* ¡Déjeme usté que le bese la mano!

Pedro Antonio. Así que termine. Ya me la han besado antes que usted los dos niños, que al llegar yo aquí entraban en casa de la abuela. No perdamos el hilo. Le dije a usted también en aquella primera visita que yo tenía de Juan de Dios un mezquino concepto… ¡Y esto era más verdad que nada! Porque en el instante en que usted me oía, tan ajena en su bondad a mis ocultas intenciones, mientras más crecía usted a mis ojos, más menguaba yo.

Concha. Pero, bueno, ¿y anoche?

Pedro Antonio. Anoche, ¿qué?

Concha. Anoche no le fartó a usté más… ¡Me dijo usted unas cosas pa engañá a cualquiera! Por argo yo reselé lo que reselé…

Pedro Antonio. Pues ¿qué cosas le dije?

Concha. ¡Me dijo usté pa comensá que le quitaba er sueño! ¿Le párese a usté poco?

Pedro Antonio. Poco o mucho, también es verdad. Vedad que remacho, como las otras, en hábito de sacerdote. Desde que me enteré de estos amores de usted y de mi hermano, yo no duermo tranquilo. ¿Qué sabía yo de cómo en usted ni de la suene que a él pudiera caberle a su lado? Con que eche usted la cuenta: ¡hace ya más de cuatro años que no hago un buen sueño a cuenta de usted! ¿Me quitaba usted el sueño o no?

Concha. ¡Vamos! ¡Con qué habilidá compone toas las cosas!… ¿Y los pendientes? ¡Arregle usté eso!

Pedro Antonio. ¡Ah!, ¡los pendientes!, ¡los pendientes!… Había olvidado yo… ¿Qué le dije de los pendientes?

Concha. ¡Na más que los había usté comprao pa mí!

Pedro Antonio. No podía decir otra cosa; porque así fué. Eran mi regalo de despedida. Volvía encantado de usted para Alcalá de Henares… y quise dejarle un recuerdo mío. Pero, de pronto, mi actitud, mi presencia a deshora, mis palabras la soliviantaron a usted del todo; dudó, naturalmente, de mí, y me puso usted aquel anzuelo en que yo piqué como un camarón inocente. En buen hora. Al maestro, cuchillada. Su ladino y hábil coqueteo me soliviantó a mí también, me hizo recordar la maledicencia, me alarmó de nuevo, temblé, palidecí… y llena otra vez de sombras la conciencia, tenté el vado. No era de extrañar, y mucho menos en quien tiene de la mujer el juicio que usted sabe. Acuérdese de mi amarga historia de pecador. No olvide, Concha, que a la traición de una mujer debo yo que Dios me llamase a este otro camino. ¿Cómo había de marcharme de aquí con la duda en el alma?

Concha. ¡Pos ya está to esplicao!

Pedro Antonio. ¿Lo ve usted?

Concha. Pero ¡cuarquiera iba a caé en la cuenta! ¡Bendito sea Dios!

Pedro Antonio. Obedeciendo el consejo de usted, fui a ver al padre Escribano, y le he oído —casi acabo de oírselo— todo lo que tocante a usted me había ya revelado mi propia observación. Y esta noche me voy de Sevilla, la ciudad de los bellos templos —en casi todos he rezado—, con prisa de llegar a Alcalá, abrazar a Polín y decirle: «Vengo de Sevilla: he conocido a la que es tu amante; he besado a tus hijos. No todos los amores pueden ni deben subir hasta el altar: el de esa mujer, sí. Hazla tu esposa y dales tu nombre bueno a aquellas criaturas. Concha, convertida en tu mujer legítima, dará como tal hacia ti los pocos pasos que aún no ha podido dar como amante, y sabrá merecerte siempre. Será tu compañera fiel; alegrará tus horas; subirá contigo toda penosa cuesta, y… *Le corta la palabra y le apaga la voz un hondo sollozo que rompe en su garganta. Con vergüenza de sí, se cubre con las manos el rostro, bañado en lágrimas.*

Concha, emocionada, le dice.

Concha. ¿Qué es eso, padre Juan de Dios? ¿Qué le pasa a usté?

Pedro Antonio. Dios, que me ve, lo sabe. Él me perdonará la flaqueza. *Se enjuga el llanto y añade entre sí:* Nada muere del todo en el débil corazón de los hombres. *Abriéndole los brazos a Concha.* Concha, hermana mía…

Concha. *Acogiéndose a ellos.* ¡Padre Juan de Dios!…

Pedro Antonio. ¿Qué le digo de tu parte a Polín?

Concha. *Trémula, llorosa.* Que aquí estoy aguardándolo.

Pedro Antonio. ¡Eso ya lo sabe!

Concha. Y que usté… que usté…

Pedro Antonio. ¿Que *usté*…? ¿Todavía *usté*…?

Concha. Sí: todavía… Que usté… que yo… ¡Dígale usté to lo que antes me ha contao que iba a desirle… y dígaselo con las mismas palabras! ¡Con las mismas palabras, sí! ¡Yo no he escuchao nunca otras más bonitas! ¡Ni las primeras que Polín me dijo al oído! Y vaya usté seguro de que ni é ni usté tendrán nunca que arrepentirse de haberme dao tanto.

Pedro Antonio. ¿Algo más?

Concha. Na más… ¿Qué cosa mejó vi a desirle?… En fin, si le párese a usté… dígale usté que usté me ha echao las bendisiones.

Pedro Antonio. Así se lo diré… y así será muy pronto. Dios te guarde.

Concha. Ér vaya con usté, padre Juan de Dios.

Pedro Antonio. ¡Sí que necesito que me acompañe!

Se marcha. Concha, sobrecogida, lo ve irse, y luego se asoma al postigo, como para dilatar más tiempo el instante de dejarlo de ver. Después, cuando vuelve al patinillo, exclama:

Concha. ¡Pensé yo que era er demonio y es un santo! ¡Qué faci es equivocarse en este mundo!… *Con noble alegría triunfadora.* ¡Voy a besá a mis hijos! *Corre hacia la puerta de la derecha.*

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, diciembre, 1923.

LA CURIOSA SEVILLANA[1]

Los hermanos Álvarez Quintero han estrenado una nueva obra. Están los hermanos Quintero en la plenitud de su talento. No hay caso idéntico al de estos autores en el teatro español moderno. Para encontrarles par habría que subir acaso, y sin acaso, hasta el gran Lope de Vega. Tienen los Quintero en su musa una variedad maravillosa: poseen la ternura y la emoción —¡la divina emoción!—; son ingeniosos, cultamente ingeniosos; conocen el mecanismo del teatro de un modo prodigioso; saben excitar el interés del espectador, y paso tras paso lo van aplacando y satisfaciendo. Y, en suma, si buscamos en la literatura española, lo he dicho otra vez y lo repetiré, si buscamos en la literatura española esa finura, esa espiritualidad, esa elegancia, latina y griega, que admiramos en un Anatole France, en los Quintero las encontraremos a manos llenas, y aquí, en su vasto repertorio, hallaremos cuadros y tipos que pueden ponerse al lado de lo más fino, más espiritual y más elegante que haya hecho Anatole France.

ARGUMENTO DE LA OBRA

Y hablemos de la última comedia de los ilustres dramaturgos. Una mujer admirable ha sido llevada por los Quintero a la escena. ¿Es esta mujer la Berenice de los Quintero? Los Quintero, siendo hondamente españoles, pertenecen al linaje de Marivaux y de Musset. Son dramaturgos, ante todo, de una realidad psicológica. Todo el que conozca la literatura francesa sabe que Marivaux es un continuador, en otra escala, de Racine. Uno y otro se

preocupan, principalmente, casi exclusivamente, de la psicología humana. Son los dos grandes psicólogos. Y esto precisamente es lo que yo deseo hacer notar en el teatro de los Quintero. Y serán estos autores grandes costumbristas, pintarán deliciosamente el medio físico, las figuras en su materialidad; pero, por encima de tales accidentes, está la realidad psicológica y la realidad moral. Bretón de los Herreros, modernamente y en España, fué un formidable costumbrista; poseía una musa cómica inagotable, fluida y espontánea; nadie como él sabía encontrar el efecto cómico, no se cansaba jamás; después de docenas y docenas de comedias, escribía con la misma gracia y la misma naturalidad que en su juventud.

Pero en el mundo poético de Bretón falta algo; ese algo es la sensación de una idealidad, de un estado de espíritu superior a lo perecedero y terreno. Muchas veces estamos a punto, con Bretón, de entrar en el mundo sagrado de la ternura y de la emoción; pero nos quedamos en la puerta. Reímos con él, sonreímos, y esto ya es mucho. No le pidamos más. Con los hermanos Quintero estamos, en cambio, de lleno dentro del gran arte. Nos conmovemos. Vibra nuestro corazón. Salimos del teatro, o dejamos el libro, pensando en un más allá de ensueño, de esperanzas, de melancolía, o de infinito… Una levadura ha sido puesta en nuestro espíritu; por misteriosas asociaciones de ideas nuestra imaginación va divagando por las regiones del recuerdo o de lo esperado. ¡Cuánto nos hace sentir este nuevo personaje que los Quintero han creado! ¿Dónde hemos conocido a esta admirable mujer? De tres actos consta la comedia, y dos son los personajes que intervienen en ella. En la *Berenice*, de Racine, los actos son cinco y aunque los personajes son siete, en realidad toda la tragedia gira alrededor de tres: Tito, Antíoco y Berenice. Y ¿qué es la tragedia de Racine? Nada; poca cosa. Dos hombres están enamorados de una mujer; uno de ellos se casaría con ella, pero no se casa; el otro se casaría también, pero la mujer no le quiere. Toda la obra se reduce a levísimas vacilaciones, a suaves alarmas del corazón, a zozobras sentimentales que casi no salen a la superficie de la personalidad. Y toda la obras se reduce a esta exclamación final con que se cierra la tragedia: «¡Hélas!». Un ¡ay! que profiere el dolorido Antíoco cuando Berenice se despide para volver al lejano y solitario Oriente. La obra de los Quintero es

una *Berenice* española. ¡Qué sutil y delicado todo este juego de sentimiento! Ni un minuto enflaquece nuestra atención durante los tres actos.

En el primero nos hallamos en la azotea de una casa sevillana. La azotea está adornada con macetas de flores. Todo es blanco en el terrado, y encima, allá en lo alto, está el cielo azul. La limpieza brilla en toda la casa. La moradora de la casa está trabajando en la azotea. Es esta mujer una sevillana genuina. Tiene unos treinta años. Su tez es morena; negros y vivos los ojos. Tal vez las manos se muestran finas y suaves. En la casa estas manos todo lo ponen en orden, lo limpian, lo pulen. No habrá en toda Sevilla una mujer más limpia. ¿Es soltera esta curiosa sevillana? ¿Es casada? ¿Es viuda? Ninguna de las tres cosas. La curiosa sevillana era hija de un modesto zapatero de portal. No menosprecie el lector a estos humildes oficiales mecánicos; los zapateros de portal —más interesantes que los de obra prima— son en Andalucía una institución. Yo recuerdo haber tenido algún amigo en esta profesión, cuando era estudiante en Andalucía. Y precisamente en el libro *Granadinas*, del granadino Matías Méndez Vellido, hay un interesante capítulo, «La última brega», dedicado a uno de estos maestros, el maestro Juan Ocaria. La curiosa sevillana fué hija de un zapatero; sería este zapatero tan dicharachero y buenazo como todos sus colegas. En casa de este zapatero conoció a la moza un empleadillo de no recuerdo qué oficina. Se conocieron, se trataron mocito y mocita, y se amaron. Pasó el tiempo. Los amantes iban discurriendo por la vida con mil apuros. Trabajaba él y se aplicaba ella a los menesteres de la casa.

EN UNA CASITA LIMPIA…

Dos niños nacieron de esta unión ilícita. La alegría entró en la casa de los amantes con el nacimiento de estos niños. Las cosas fueron lentamente mejorando Vivían ya los amadores en una casita limpia, cómoda. Los padres del mozo vivían fuera de Sevilla, en Alcalá de Henares. Y un día enfermó el amante de la curiosa sevillana. Para reponerse, en la convalecencia, se marchó a Alcalá. En la patria de Cervantes está el mozo desde hace una

temporada. La curiosa sevillana se encuentra sola en esta limpia casa. Sola, no; con ella están Rafaelito y su hermanilla. Rafaelito ya va a la escuela. Comienza a escribir. La madre tiene dispuestas las primeras planas trazadas por el niño para mandárselas al padre. ¡Qué gozo y qué profunda emoción la que suscitan en nuestros corazones estas primeras pruebas de la inteligencia de los niños! La curiosa sevillana, en su azotea, en esta tarde plácida de Sevilla, bajo el cielo radiante, está gozosa. Pronto retornará el amante que se marchara a su pueblo… Y de pronto aparece por la puertecilla de la azotea un personaje. ¿Quién es este personaje? Ha encontrado abierta la puerta de la calle; ha entrado en la casa; ha dado voces; no le ha contestado nadie; encantado del aseo y del orden de la casa, ha ido viéndolo todo, y poco a poco, sin proponérselo, ha ido subiendo hasta la azotea. No es un ladrón: no temáis; su aspecto no es de facineroso. Se trata de un buen señor de pueblo.

¿De qué pueblo? De Alcalá de Henares, precisamente, y como viene de Alcalá, trae una visita para la curiosa sevillana. Viene de parte del amante de esta mujer a saludarla. Y charlan plácidamente la sevillana y el forastero. Gran intimidad debe de tener el forastero con el amante de la curiosa, está enterado de todo. Conoce todos los pormenores de las relaciones de los dos, y la misma casa se la sabe al dedillo. Y en el curso de la charla el forastero, como quien no hace la cosa, insinúa la dificultad que puede haber en legitimar esta unión. La sevillana está satisfecha con el cariño de su amante.

Legitimada o no legitimada la unión, su amante no podrá quererla más de lo que la quiere. Sólo que… Sólo que hay dos niños por en medio. Y aunque ella no dice nada, ¡cuántas veces en los momentos de mayor felicidad piensa en la suerte de estos niños! El forastero dice que los padres del amante son buenos; ellos seguramente no se opondrían al matrimonio del hijo. Pero si los padres se allanan, el hermano del mozo, en cambio, podrá oponerse tenazmente, decididamente. Ya está llena de temor y zozobras la curiosa sevillana. La charla continúa; la charla sigue durante el acto primero y el segundo.

El espíritu de esta maravillosa mujer va, en dolorosas alternativas, de la decepción a la esperanza. El hermano de su amante es clérigo. Tuvo una mocedad borrascosa. Una mujer le engañó y le traicionó. Juró él después —

ya en las Ordenes sagradas, ya sacerdote, desengañado, arrepentido—; juró él después velar por que el enemigo del hombre, la carne, no perdiera las almas.

Y su hermano, amancebado en Sevilla, es el primero de todo, objeto de su vigilancia y sus solicitudes. Seguramente —afirma el visitante forastero— el clérigo se opondrá al casamiento de su hermano.

¿Qué va a suceder en la comedia? ¿Estamos al borde de un patético conflicto? ¿De qué manera podremos ir pintando las fluctuaciones del ánimo en la curiosa sevillana? La trayectoria psicológica es análoga en la *Berenice*, de Racine. Están a cien leguas uno de otro los dos conflictos; pero la marcha de uno y otro son paralelas. La emoción, la hondura de sentimientos, la finura psicológica, son análogas. ¡Gran arte! Gran arte de verdaderos y exquisitos poetas. En el tercer acto, la curiosa sevillana está ocupada en los menesteres de la casa. La noche antes ha despedido violentamente al visitante forastero. El tal visitante, poco a poco, diestramente, fué insinuando sus pretensiones ilícitas a la hermosa mujer. Ya no era un amigo del amante de la curiosa; ya deseaba ser algo más. Y la discreta sevillana, para sondear la verdadera personalidad del visitante, lo dejó escurrirse poco a poco. Ya en otras ocasiones esta mujer ha seguido la misma táctica con otros amigos del amante. Y de esta suerte ha podido descubrir, desenmascarar, a hombres indignos, innobles, que se decían amigos del amador y que entraban en su casa a traicionarle. En esta ocasión la prueba ha sido decisiva. La curiosa sevillana, con gran dignidad, noble y altiva, ha sabido rechazar a este pretendido amigo de su amante. Y el tal sale de la casa despedido violentamente. Fué anoche la desagradable escena. Ahora se halla divagando, en sus menesteres, por la casa, la bella mujer. De pronto llaman a la puerta. Se oye la voz del visitante despedido. ¿Será posible tal osadía? ¿Llega a tanto la inverecundia?

EL EXTRAÑO VISITANTE

La curiosa no quiere salir a abrir la puerta, naturalmente. Pero las cosas suceden de modo que, repentinamente, el visitante despedido se encuentra

ante la sevillana. ¡Oh enorme sorpresa! El visitante va vestido con ropas talares: es un clérigo. Y este clérigo es precisamente el hermano del amante de la curiosa. Hay un momento de profunda emoción. La escena de las explicaciones es de lo más subido que han hecho los hermanos Quintero. La delicadeza y la ternura llegan al más alto grado. Cuando el clérigo dice que, convencido de la bondad de la sevillana, va a volver a Alcalá para aconsejar el casamiento, el espectador se siente conmovido. Porque en esas palabras del clérigo va envuelto un recuerdo de su pasado: él también hubiera podido ser feliz con una mujer, y no lo ha sido.

—Esta noche —dice— me voy de Sevilla; me voy de Sevilla, la ciudad de los bellos templos (he rezado en casi todos ellos); tengo prisa por llegar a Alcalá y decirle a mi hermano: «Vengo de Sevilla; he conocido a la que es tu amante; he besado a tus hijos. No todos los amores pueden subir hasta el altar; el de esa mujer, sí. Hazla tu esposa y dales tu nombre bueno a aquellas criaturas. Esa mujer, siéndolo legítima tuya, dará como tal hacia ti los pocos pasos que aún no ha podido dar como amante, y sabrá merecerte siempre. Será tu compañera fiel; alegrará tus horas; subirá contigo toda penosa cuesta, y…».

La voz se le apaga al buen clérigo. Solloza. Ruedan de sus ojos las lágrimas.

—¿Qué es eso, padre Juan de Dios? ¿Qué le pasa a usté? —dice la sevillana—.

Y el clérigo añade:

—Dios que me ve, lo sabe. Él me perdonará la flaqueza… Nada muere del todo en el débil corazón de los hombres.

Cuando el buen clérigo se marcha, para retornar a Alcalá la buena sevillana le mira hasta que ha desaparecido por la calleja. Y después, gozosa, exultante, henchida de alegría exclama:

—¡Voy a besá a mis hijos!

Y ésta es la nueva comedia —patética— de los hermanos Álvarez Quintero. Una obra maestra: obra de dramaturgos y de poetas.

AZORÍN.

La Prensa, Buenos Aires, 15 de junio de 1924.

MI HERMANO Y YO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO LARA** el 29 de febrero de 1924

A la santa memoria de la señora
doña Candelaria Quintero de Álvarez Hazañas.
Sus hijos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Oliva Iruela.	Leocadia Alba.
Dorotea.	Concha Catalá.
Jacobita.	Luisa Rodrigo.
Palmira.	Raquel Martínez.
Don Aquiles Iruela.	Ricardo Simó-Raso.
Marcial.	Luis Peña.
Primitivo.	José Balaguer.
Anselmo.	Juan Benítez.

La vejez tiene dos caminos: el de la resignación tolerante y esperanzada, y el de la protesta rabiosa y pesimista. Quien bien se estime, procure librarse de una vejez agria y desapacible.

(De los apuntes de nuestro hermano Pedro).

MI HERMANO Y YO

ACTO PRIMERO

En el hotelito de doña Oliva, viuda del famoso pintor don Laurencio Bernal, en Madrid. Habitación contigua a su estudio, con sendas puertas a derecha e izquierda y al foro. Por a derecha de esta última, que da a una galería de cristales, se va a la calle, y por a izquierda, al interior de la casa. También por la puerta de este mismo lado se va al interior. La de la derecha comunica directamente con el estudio en que don Laurencio pintó maravillas y que la viuda conserva como si él viviese. En la estancia en qué nos hallamos hay muestras de objetos y muebles que acaso un día estuvieron en el estudio y que pasaron naturalmente a ella, como buscando espacio: paños, armas, prendas venerables, tal cual sillón, estatuillas, bocetos y chirimbolos. Sobre una mesa hay un gran álbum con fotografías de los más célebres cuadros del insigne pintor. Doña Oliva, que casi no entra nunca en otras habitaciones del hotel, apenas sabe dejar ésta durante el día.

Es a media tarde, en octubre.

Sale por la puerta de la izquierda Primitivo, dado a los demonios. Es un jovenzuelo infeliz, mal trajeado y con gafas de concha. Principia a calvear. Sufre mucho.

Primitivo. ¡Ese hombre!… ¡ese viejo!… ¡Va a acabar conmigo! ¡Me han hecho así las tripas! *Expresando con las manos que se le han revuelto.* Si no fuera por… si no fuera por eso… Pero ¡me han hecho así las tripas!

Por la puerta del foro viene del interior de la casa Palmira, doncellita muy mona y pizpireta. Resplandece de satisfacción. No sufre nada.

Palmira. ¿Quién habla aquí? *Viendo a Primitivo.* ¡Ah caballero!… Pero ¿habla usted solo?

Primitivo. ¡Y cazo moscas!

Palmira. ¡*Sapristi*! ¿Usted es el escribiente del señor hermano de mi señora?

Primitivo. Sí.

Palmira. De don… de don… ¿Cómo se llama?

Primitivo. Don Aquiles.

Palmira. ¡Es verdad: Don Aquiles! Nunca se me queda. Tiene nombre de estatua.

Primitivo. ¿De estatua? Pues ¡si viera usted que es todo lo contrario! ¡No sosiega su cuerpo! ¡Viejo más nervioso y cascarrabias!… ¡Oh! ¡Hasta la coronilla me tiene! No sé, no sé cómo lo aguanto.

Palmira. Ni yo. Oyéndole a usted lo que le oigo…

Primitivo. ¡Ay! La cadena de la gratitud, niña; que es cadena perpetua. Al menos para mí. Le hizo en la vida un favor inmenso a mi padre… y no puedo olvidarlo. A mí también me ha proporcionado luego un destinillo… La cadena la cadena; ya le digo a usted.

Palmira. Y ¿es usted su escribiente?

Primitivo. Su escribiente, su comodín, su correveidile, ¡su chucho!

Palmira. ¡Ave María! ¿Su chucho?

Primitivo. ¡Su chucho! Peor que a un chucho me trata.

Palmira. ¡Vaya por Dios!

Primitivo. A veces me llama a silbidos… *Silba imitando a Don Aquiles.* Y yo voy; que es lo triste del caso.

Palmira. Y ¿por qué se viene a vivir aquí? ¿Usted sabe?

Primitivo. A ruegos de su hermana. ¡Pues poco que lo gruñe él! Tengo entendido que doña Oliva es una malva.

Palmira. Sí por cierto: es muy buena. Con su geniecito cuando es menester, pero es muy buena.

Primitivo. Pues a este Don Aquiles se conoce que lo crió otra ama. Ni sus hijos, casados ni solteros, han podido aguantarlo nunca. Me consta. Una de las hijas se largó con su marido fuera de Madrid por no tenerlo cerca. ¡Qué bien comprendí yo aquel arranque! Y ¡cómo le envidié el kilométrico!

Palmira. Pues a ver si aquí lo amansamos.

Primitivo. ¿A quién? ¿a ése? ¡Espere usted al día del juicio!

Palmira. Yo por mi no me doy mala maña para ganarme a las personas. Sobre todo a los viejos.

Primitivo. ¿A… a los jóvenes no, aunque estén un poco aviejados?

Palmira. También… Pero sobre eso he de decirle a usted que tengo el gusto muy difícil… muy hondo.

Primitivo. ¿Sí, eh? ¿Lleva usted mucho tiempo en la casa?

Palmira. ¡Digo! Casi me he criado en ella. Papá, que en gloria esté, fué modelo del difunto don Laurencio, que esté en gloria. Y él me trajo aquí siendo yo una cría. Y parece que no disgusto.

Primitivo. No, no disgusta usted.

Palmira. Papá le sirvió a don Laurencio para pintar los cuadros más célebres. ¿Usted no ha visto el de los Reyes Católicos esperando a Colón en Barcelona?

Primitivo. No; no recuerdo.

Palmira. Creo que lo adquirió la Diputación Provincial de Huelva. Ahí en ese álbum debe de estar la fotografía. Están todas… Bueno, pues en el cuadro que digo, papá, que en paz descanse, es el Rey Don Fernando el Católico. Tenía muy buen aire papá; muy buena figura. En camisón era elegante.

Primitivo. De tal palo…

Palmira. Gracias… Favor que usted me hace…

PRIMITIVO. Me alegro de hacerle a usted un favor.

PALMIRA. ¿Usted no ha entrado todavía en el estudio?

PRIMITIVO. No, hija mía. Yo vine anoche por primera vez acompañando…

PALMIRA. Pues lo conserva la señora tal y como lo dejó don Laurencio al morir. Va para cinco años. Apenas se ha tocado a un mueble. Lo respeta mucho. El pobrecito don Laurencio casi no disfrutó de este hotel, que se hizo labrar con tanta ilusión… ¡*Sapristi*! La señora.

Sale del estudio doña Oliva. Es una vieja de hasta setenta años, calmosa y apacible, a ratos burlona. Viste de negro, con modestia y buen gusto.

DOÑA OLIVA. Tú, *Blanca Flor*…

PALMIRA. ¿Es a mí?

PRIMITIVO. ¡No tiene más remedio! ¡Lo que es a mí!…

DOÑA OLIVA. ¿Se picotea?

PALMIRA. Informaba a este caballero de algunas cosas y él me informaba a mí…

PRIMITIVO. Nos informábamos.

DOÑA OLIVA. Pues completaré yo los informes. ¿Le ha dicho usted algo a ésta del genio de mi hermano?

PRIMITIVO. ¿Cómo no?

DOÑA OLIVA. Pues hazte cargo, niña: a fuerza de súplicas y de lágrimas he logrado al fin lo que nunca esperaba: que levante su casa y se venga a vivir en mi compañía. Quiero que sus últimos años los pase aquí. Hay que adivinarle los gustos.

PALMIRA. Sí, señora.

DOÑA OLIVA. Ya le has oído a Primitivo las pulgas que tiene.

PRIMITIVO. ¿Pulgas? ¡Sí, sí, pulgas! ¡Las de él no son pulgas, son ratas!

DOÑA OLIVA. Pues las ratas que tiene. Algunas veces también pasan de ratas. Conque no lo olvides. A todo cuanto te mande, tu mejor sonrisa.

PALMIRA. ¿Ésta?

DOÑA OLIVA. Ésa, sí. ¡Qué presumida y qué tonta eres! Y hoy has cargado bien la mano en la perfumería.

PALMIRA. Como me dijo la señora ayer que estaba constipada…

DOÑA OLIVA. Y lo estaba, sí; pero he sudado un poco esta noche. ¡Qué peste de esencias! A lo que hablábamos. Mucha obediencia, mucho agrado para el señor, mucho respeto… y punto en boca siempre. Te ha de decir a todo sol que llueve a cántaros, y tú le has de dar el paraguas.

PRIMITIVO. ¡Ay, el paraguas! ¡Si no usa paraguas! Cuando llueve se asoma al balcón, les enseña los puños a las nubes muy incomodado, les llama golfas… y o se moja o no sale. ¡Es de lo más rarito!

DOÑA OLIVA. Bueno, bueno; razón de más para no contrariarlo ni en tanto así.

PRIMITIVO. Yo, señora, aprovecho esta oportunidad para anunciarle a usted que puede contar con un nuevo servidor desde hoy.

DOÑA OLIVA. ¿Ha tenido usted esta noche algún hijo?

PRIMITIVO. ¡No, señora! Me refiero a mí personalmente. Yo estoy soltero. Soy un esclavo de Don Aquiles y me será muy grato serle a usted útil en alguna cosa.

DOÑA OLIVA. Gracias, Primitivo.

PRIMITIVO. De corazón, señora mía. Ahora, si usted no tiene que mandarme, voy a la ferretería a cambiar unos clavos. Se los traje a su hermano de usted con la punta dorada, y me ha llamado idiota, porque la punta ha de ser niquelada. No la cabecilla: la punta, que no la ve nadie, porque entra en la pared. Pues así es ese hombre. Con permiso de usted. *Márchase a la calle.*

DOÑA OLIVA. Vaya usted con Dios.

PALMIRA. ¿Cómo le ha llamado la señora?

DOÑA OLIVA. Como se llama: Primitivo.

PALMIRA. ¡Primitivo! Nombre de cuadro viejo. Y yo Palmira, nombre de ruina. ¡Qué coincidencia!

DOÑA OLIVA. Anda, anda, que me marea el tufo que despides. Llégate a ver si el señor quiere algo.

PALMIRA. Ahora mismo. *Vase a ello.*

Doña Oliva se sienta a leer una carta que trae en la mano. A poco vienen de la calle Dorotea y Jacobita hija y nieta suyas.

Dorotea es guapa, expresiva y vehemente, y Jacobita sale a Dorotea.

DOROTEA. ¡Santas y buenas tardes!

DOÑA OLIVA. ¡Vamos! ¡Ya era hora!

DOROTEA. Ya era hora, sí. Esta mona tiene la culpa.

JACOBITA. Sí; yo, yo; como siempre.

DOÑA OLIVA. Ayer, novillos, y hoy, que os esperaba, a las tantonas.

JACOBITA. Pues ya has oído que yo soy la culpable. Castígame abuela.

DOROTEA. ¡A las cuatro hemos salido de casa!

JACOBITA. A las cuatro menos cuarto, mamá.

DOROTEA. Y ya te puedes imaginar la única razón del retraso: ¡había que escribirle a Amadís!

JACOBITA. ¡Naturalmente! ¡Si está fuera!

DOROTEA. ¡Dichoso Amadís!

JACOBITA. Pues con las prisas, lo mejor me lo he dejado en el tintero. ¡Como que no le he puesto más que cuatro letras!

DOROTEA. ¿Tendrá valor? ¡Mamá, cuatro pliegos!

JACOBITA. Es que yo hago la letra muy grande.

DOÑA OLIVA. ¿Queréis dejaros ya de disputas? ¡Si me sé de memoria el caso! ¡Es el cuento diario desde que él se fué a San Sebastián!

DOROTEA. Menos ayer, que hubo complicaciones. Ayer hubo que estar pendientes del señorito todo el santo día. Postal por la mañana; carta luego; aviso de conferencia telefónica después, y conferencia telegráfica últimamente, por si la otra fallaba.

JACOBITA. ¡Como que soy yo la única chica enamorada de su novio! ¡No sé qué os extraña! ¡La única! ¡Yo sola! ¡Qué cosa más notable! ¡La única que espera carta todos los días! ¡La única que está impaciente hasta que la recibe y la contesta, y la única que se da a los mengues si algún día le falta! ¡La única! ¡la única! ¿no es verdad? ¡Pues muy a gusto estoy con serlo! ¡Quiero a Marcial hasta morirme! Es poco: ¡hasta que los dos nos muramos! También es poco. Lo quiero con locura, ¡ea! Y si me pongo en ridículo con tanto quererlo, que se ría todo el mundo de mí, que yo me río ya de todo el mundo. ¡Ni sé qué tiene de particular en esta familia! El abuelo Laurencio se pasó la vida pintando amantes célebres, y por lo visto ha quedado aquí algo de la semilla. ¡Lástima que se muriera tan pronto! Le faltó pintar otra pareja: Jacobita y Marcial.

DOÑA OLIVA. ¡Ay, sí, hija mía! ¡Ojalá la hubiera pintado!

JACOBITA. Y os dejo y me voy al estudio a ver si hoy termino mis flores… que no acertáis para quién son.

DOROTEA. ¡Oh! ¡Qué tontería! Para Marcial, para la hermana de Marcial, para los padres de Marcial… ¡para alguien de Marcial!

DOÑA OLIVA. ¡Ja, ja, ja!

JACOBITA. Reíos, reíos; a mis pinceles yo; a mis flores. ¡Más bonitas me van saliendo! ¡Más bonitas!… Como para él, señor, como para él… *Éntrase en el estudio.*

Doña Oliva y Dorotea se miran, como comentando el ardimiento de la muchacha.

DOÑA OLIVA. Ya ves: ¡qué alborozo!

DOROTEA. Dios se lo conserve.

DOÑA OLIVA. ¡Está radiante la chiquilla! ¡Qué de prisa va esto!

DOROTEA. Demasiado, mamá; ¿no crees?

DOÑA OLIVA. ¡No!

DOROTEA. Pero ¡si no hace dos meses que se tratan!

DOÑA OLIVA. Mejor. Este fuego es buena señal. Quítate tú el sombrero; no me hagas visita de cumplido.

DOROTEA. *Obedeciéndola.* No; si venimos a pasar la tarde. ¡Ay, mamá! Dices que es mejor que esto vaya de prisa. Yo lo temo mucho. Me acuerdo de mi historia.

DOÑA OLIVA. Todos los casos no han de ser iguales, mujer.

DOROTEA. Sin embargo, vale más que se prolongue mucho, indefinidamente, este período de noviazgo, de felicidad sin orillas… Luego, ¡quién sabe!

DOÑA OLIVA. Yo lo sé: Jacobita ha tenido suerte. Es una compensación que Dios te brinda por tu desgracia. Marcial es un alma de Dios; un excelente chico.

DOROTEA. Hasta ahora.

DOÑA OLIVA. ¡Y hasta siempre, mujer! Te lo digo yo. *En vos más baja.* Como te dije que tu marido resultaría un pillastre. Y como te lo dijo tu padre también. Y la abuela Nuria, que entonces vivía.

DOROTEA. Sí, sí…

DOÑA OLIVA. Pero nada bastó contigo. Se conoce que la semilla de los amores célebres estaba aquí en el aire, como dice la niña. ¡Jesús! ¡Qué fuerte nos ha dado a todas! Tú lo has pagado caro; pero yo por Jacobita nada temo. Verás la carta de Encarnación Olagüe que os quería leer… Cuando llegasteis estaba repasándola.

DOROTEA. ¿Te habla de Marcial, por supuesto?

DOÑA OLIVA. ¡Claro! ¡Como loca de haberme mandado su visita… y de las consecuencias! Oye, oye. Bueno, aquí al principio se refiere a otras cosas… Jaleos y trapisondas que no faltan nunca en las familias… El chico mayor parece que tiene una lagarta…

DOROTEA. ¡Ah! ¿sí?

DOÑA OLIVA. Sí; pero no es eso lo más malo; eso no importaría. ¿Existe alguno sin lagarta?

DOROTEA. ¡A mí me lo preguntas!

DOÑA OLIVA. Ni existe… ni ha existido. *Mirando a lo alto.* Perdóname, Laurencio: lo supe. Sólo que hay que hacer la vista gorda. En fin, oye lo que ésta dice de Marcial.

Asómase a la puerta del estudio Jacobita, sin sombrero, con paleta y pinceles, y con una larga blusa de trabajo sobre el vestido.

JACOBITA. ¿Qué dice de Marcial?

DOÑA OLIVA. ¡Ah! ¿Estás de escucha?

JACOBITA. ¡No!

DOÑA OLIVA. Pues lo parece.

JACOBITA. Pues no; venía para acá… y al oír un nombre tan bonito…

DOÑA OLIVA. Precioso; pero anda con tus flores. Éstos son secretos entre tu madre y yo.

JACOBITA. Hasta que lleguemos a casa.

DOÑA OLIVA. Es posible. Déjanos.

JACOBITA. Ni una palabra más. *Besando con arrebato a doña Oliva.* ¡Ay, lo que quiero yo a mi abuela!

DOÑA OLIVA. ¡Que me vas a llenar de pintura, demonio!

JACOBITA. ¿No te han dado nunca un beso paleta en mano? ¡A otro perro con ese hueso!

Vuélvese al estudio.

DOROTEA. ¡Qué descarada es!

DOÑA OLIVA. Pero ha tenido gracia.

DOROTEA. A ver qué dice esa señora del dichoso nene.

DOÑA OLIVA. Oye. *Lee.* «Cada día estoy más ancha y más contenta, querida Olivita, de haberte enviado la visita de Marcial Alzolaga. Llegó y pegó, como suele decirse. ¡Qué fortuna! El chico ha vuelto de su viaje a Madrid —el primero que hace solo en su vida—, y cuando sus padres, y yo, y todos esperábamos que nos hablase de la Armería, y del Retiro, y del Museo del Prado, resulta que no habla ni sabe hablar más que de tu nieta. Ponderando no sé qué mohín o movimiento particular que dice que hace con la boca, no tiene límite: llega a ponerse empalagoso. Y me asegura que la niña está tan entusiasmada como él… ¿Qué dices tú, Olivita? Yo me acuerdo de la abuela en nuestros buenos tiempos…». ¡Ay! ¡Yo también! «Era natural, y, por mí, lo esperaba, que a este doctrino le ocurriera una cosa así. Hasta los veinticinco años que tiene ha vivido sujeto a los faldones del papá. En fin,

hija mía, que la cosa viene derecha. Yo os felicito a todos. Él es excelente, y la familia, inmejorable. Y andan muy bien de *chapa,* como le llaman por aquí al dinero. Si algún defecto puede señalárseles, es el de ser demasiado rigoristas, en punto a costumbres, para los tiempos tan libres que corremos. Singularmente el padre, don Onofre, es muy exagerado. Beato, intransigente… Pero, después de todo, vale más que pequen por ese extremo. Ya han venido a pedirme informes de vosotras, y no quieras pensar cómo os he puesto: cual digan dueñas». ¡Qué buena es esta pobre! *El bello rostro de Dorotea ha ido ensombreciéndose a medida que doña Oliva lee la carta. Al terminar hállase la hermosa dama totalmente abstraída, fijos los ojos en el suelo.* ¿Qué tal? No podemos quejarnos. ¿En qué piensas?

DOROTEA. En todo eso, mamá.

DOÑA OLIVA. No se puede tener más suerte: rico, guapín enamorado, gran persona… No se puede tener más suerte.

DOROTEA. No se puede, no.

DOÑA OLIVA. Lo dices en un tono… ¿Qué te preocupa? ¿Te preocupa algo?

DOROTEA. Lo último que has leído… La austeridad de esa familia, su rigor en ciertas cuestiones…

DOÑA OLIVA. ¡Ya!… ¿Temes…?

DOROTEA. Temo.

DOÑA OLIVA. ¡No será tanto como ésta dice!

DOROTEA. Aunque no lo sea… Mi situación…

DOÑA OLIVA. Pero ¿Jacobita no le ha dicho ya al chico…?

DOROTEA. Me figuro que no. No, no me lo figuro: estoy cierta. Como se conocieron aquí, y aquí se han visto siempre durante mi viaje… y aquí han seguido viéndose… ¡Qué sé yo! ¡qué sé yo! Me da qué pensar.

DOÑA OLIVA. Mujer, ¡por Dios!, no te dispares, como de costumbre. ¡Tu situación! ¡tu situación! ¿La has buscado tú por acaso? Además de que ese señor don Onofre tampoco será Torquemada. No habrá obstáculo, no. Ya lo arreglaremos. La buena voluntad hace prodigios; dora todas las píldoras…

¿Para qué estoy yo en este mundo, con mis años a cuestas? ¿Qué cosa habrá que…?

De improviso, por la puerta de la izquierda, sale Don Aquiles en «pijama», despeinado y de muy mal temple. Ya se ha dicho bastante de él. Pues todo y más es cierto.

Don Aquiles. Pero, hombre, ese Primitivo del diantre, ¿ha ido a Alemania por los clavos? *Al ver a su hermana, y a su sobrina.* ¡Ah, que estáis aquí!

Doña Oliva. Aquí estamos.

Dorotea. Dios guarde a usted, tío.

Don Aquiles. Dios no se ocupa de mí, sobrina. Ya tiene harto que hacer con favorecer a los granujas.

Doña Oliva. ¡Bueno va!

Don Aquiles. Tú; comentarios entre dientes, no; y menos cara de vinagre porque a estas horas me veas hecho una facha.

Doña Oliva. Pero, Aquiles, ¿quién ha puesto cara de vinagre?

Don Aquiles. ¡Tú! Y si te piensas que a la hora del té v0y a estar hecho un figurín, te equivocas.

Doña Oliva. ¿Qué he de pensar yo, conociéndote? ¿Ni quién toma aquí el té, si no es que tiene un cólico?

Don Aquiles. Por si acaso. Yo soy Juan Claridades. Ya convinimos en que accedía a venirme a tu lado, más por ti que por mí, pero a condición de gozar de libertad completa. ¡Esto no ha de ser una jaula!

Doña Oliva. Tú te lo dices todo. Yo no me cansaré de repetirte que aquí serás el amo.

Don Aquiles. No; el amo no lo quiero ser.

Doña Oliva. Llámale hache: que no harás en mi casa sino lo que hacías en la tuya: tu santísima voluntad; lo que te dé la realísima gana. ¿Está claro esto, Juan Claridades?

Don Aquiles. Como el agua. Pero, del dicho al hecho… Allá veremos si lo logro.

Doña Oliva. Hora es ya de que vivas entre personas y no en tu soliloquio antipático y triste.

Don Aquiles. Ése es otro cantar.

Dorotea. ¿Esta noche ya la ha pasado usted aquí?

Don Aquiles. Aquí. ¡Y no he pegado un ojo!

Doña Oliva. ¿No?

Dorotea. ¿Qué le ha ocurrido a usted? ¿Ha extrañado la cama?

Don Aquiles. Al contrario: la cama me ha extrañado a mí: ¡no ha hecho más que quejarse! ¡Valiente serenata! De madrugada le apreté un poco los tornillos a ver si cogía el sueño; porque yo no sé dormir con música, como comprenderéis.

Dorotea. ¡Ah, es claro!

Don Aquiles. Además hay mosquitos. Estos hotelitos con jardín y flores tienen ese encanto. Sin contar con el de los ruiseñores, que también ayudan a dormir. ¡Yo no he visto una reputación más absurda que la de esos pájaros! Por supuesto, cosa de escritorzuelos que viven en la calle de Jardines y hablan de memoria.

Dorotea. ¡Jesús!

Don Aquiles. ¡María y José! En fin, que esta noche, por ser la primera, ha sido toledana.

Doña Oliva. ¡Qué lo siento, hombre! Me hubiese a mi gustado que la pasaras como en lecho de plumas.

Don Aquiles. ¡Pues, hija mía, nunca he dado más vueltas! Tan pronto me ponía boca arriba como boca abajo. Y el colchón de muelles, o de lo que sea, toca que toca sin parar. ¡Divertidísimo! ¡Como en lecho de plumas!… *Súbitamente.* ¡A ese Primitivo le voy a cortar las orejas!

Doña Oliva. Sí que te ha revuelto el humor. Por si la nochecita era poco.

Don Aquiles. ¡Como que tengo los cuadros por el suelo esperándolo a él!

Doña Oliva. Tal vez no haya encontrado el pobre…

Don Aquiles. ¿No había de encontrar? ¡Pero se entretiene en la calle como los perros! ¡Ha de olerlo todo!

Doña Oliva. Deseando estoy que llegue a ver si te calimas.

Don Aquiles. Cuando llegue será peor.

Doña Oliva. Entonces no sé cómo arreglarlo.

Don Aquiles. Yo lo arreglaré por mi cuenta. *Pausa. Enciende un pitillo.*

Dorotea. Pero, tío, ¿va usted a fumar?

Don Aquiles. ¿No lo ves? ¿Te molesta ahora el humo?

Dorotea. ¿No le ha dicho a usted el médico que deje el tabaco?

Don Aquiles. ¡Toma! ¡Por eso no lo dejo! Son muy chuscos los mediquitos: en cuanto a ellos les hace daño una cosa se la suprimen al cliente.

Dorotea. Haga usted lo que quiera, pero bien en serio que se lo prohibió.

Don Aquiles. ¡La seriedad del burro!

Doña Oliva. *Suspirando.* ¡Ay Dios mío de mi alma!

Don Aquiles. Suspira, suspira. No me entiende nadie, ¿verdad? ¡Juan Extravagante, que soy!

Doña Oliva. Oye una cosa que no quiero que se me olvide.

Don Aquiles. Oigo.

Doña Oliva. ¿Te ponemos mañana el mismo desayuno que hoy?

Don Aquiles. No.

Doña Oliva. ¿No?

Don Aquiles. No: mañana quiero chocolate.

Doña Oliva. Pues lo de hoy ¿no ha sido chocolate?

Don Aquiles. ¡No! ¿Qué ha de haber sido chocolate? Lo de hoy ha sido una sustancia canela, barrosa, color de chocolate, a lo sumo. De modo que mañana quiero chocolate; pero no lo de hoy.

Doña Oliva. Pues lo mejor es que tú me digas de qué clase lo compro; de qué fábrica…

Don Aquiles. ¡Chocolate, Oliva, chocolate! No hablemos más. ¡De qué fábrica!… ¡de qué fábrica! ¡De una fábrica de chocolate, no de un tejar!

Doña Oliva. Punto en boca. Pero no dice de qué fábrica, para seguir gruñendo.

Don Aquiles. ¡Justo y cabal! ¡El derecho del pataleo es el más sabroso! Por cierto que esta mañana me lo sirvió una joven, que también ha vuelto hace poco a ver si quería algo, con toda la pinta de una *cupletista.*

Doña Oliva. ¡Qué cosas se te ocurren! *A Dorotea.* Palmira, ¿sabes?

Dorotea. Va, ya.

Don Aquiles. ¡Palmira! ¡También el nombrecito!… ¡Palmira! ¡Pues Palmira tiene pinta de *cupletista*! ¡Peor aún! Si yo entrase en un café de camareras —que no entro nunca, porque me dan asco—, no me sorprendería nada ver allí a Palmira. ¡Y está en una casa decente! Luego soy yo el raro, el intratable, el gruñón, el tío del mal genio…

Dorotea. ¡Ganas de decir!

Don Aquiles. Chinitas, no, sobrina, ¿eh?, que todos tenemos el tejado de vidrio.

Doña Oliva. ¡Tú el tejado y los sótanos!

Don Aquiles. Mejor. Y a propósito de chinitas, Dorotea: ahí te va esta peladilla de arroyo. Anoche tuve un tropiezo muy agradable; ¡muy agradable! ¡De lo más agradable! Me encontré a tu marido.

Dorotea. ¿A mi marido?

Doña Oliva. ¿Está en Madrid?

Dorotea. Pero ¿está en Madrid?

Don Aquiles. Yo me lo encontré en Recoletos y me pidió diez duros: ¡no sé si estará en Santiago de Compostela!

Dorotea. ¿Qué le pidió a usted diez duros, dice?

Don Aquiles. Sospecho que iba a pedirme veinte; pero me vió la cara y bajó la mitad de un golpe. Si como fué de noche llega a ser de día, no me pide ni cinco.

Dorotea. ¡Qué vergüenza!

Don Aquiles. A él no le dió ninguna. Como que para tocarme al corazón tuvo la audacia de invocar los vínculos, los sagrados vínculos —así dijo— que a ti lo unen.

Dorotea. ¡Qué asco!

Don Aquiles. Y de recordar luego que tú, no hace mucho, fuiste a Cestona… a salvarme la vida, según él. ¡Fuiste a ponerme unos sinapismos!

Dorotea. ¡Calle usted, por lo que más quiera! ¡Qué castigo! ¡Qué sombra! ¡Cuándo se morirá!

Doña Oliva. ¡Hija!

Dorotea. ¡Mamá! ¡Si no hay modo de vivir tranquila!… Cuando lo creo más lejos se me ha de aparecer siempre como una amenaza; como una maldición. ¿No es bastante ya que haya hecho pedazos mi vida?

Doña Oliva. Y tú ¿le diste los diez duros, Aquiles?

Don Aquiles. *Estupefacto.* ¿Eh? ¿Qué oigo? ¿Ves, Oliva, cómo no podemos entendernos nunca? ¡Ni por el forro me conoces! Yo ¿qué le había de dar? ¡Yo no mantengo perdidos ni viciosos! ¡Le di memorias para las dos pájaras que lo acompañaban!

Dorotea. ¿Quiere usted callar?

Don Aquiles. Los tres olían a peleón desde un kilómetro.

Doña Oliva. Que mortificas a esta pobre, Aquiles: cállate.

Don Aquiles. No le está de más un refresco de cuando en cuando. Se lo merece, por estúpida.

Dorotea. ¡Sí, señor!

Don Aquiles. Ese sinvergüenza es aquel señorito impecable, que en el estudio de tu marido os dejaba con la boca abierta cuando se ponía a hablar.

Doña Oliva. A mí, no.

Don Aquiles. A ti, como a todos, menos a mí; porque además yo no lo oía. Ése es aquel que por toda profesión tenía la de ser sobrino de un político. ¡Piñones! ¡Qué barbaridad!

Doña Oliva. Bueno, deja…

Don Aquiles. Que iba para diputado y ministro, lo me nos… ¡Qué barbaridad!

Doña Oliva. *Suplicante.* ¡Aquiles!

Don Aquiles. Aquel Príncipe de Golconda o de China como dijo Rubén Darío, poeta que no me ha convencido nunca…

Doña Oliva. Pero ¡por los clavos de Jesús, hermano!

Don Aquiles. Aquel que decía que yo era un soberano cursi vistiendo; aquel que se había educado en Londres y hablaba de las fincas de su tío como de cosa suya… ¡Y anoche borracho y sin gabán, le pidió diez duros a este despreciable chupatintas! ¡Al cursi!

¡Santo Dios! ¿Y éste es aquél?

Como ha dicho otro poeta que tampoco me gusta nada. ¡Qué barbaridad! ¡Buena mano tuviste, sobrina! ¡Buena elección! ¡Buen ojo! ¡Qué barbaridad!

Dorotea. A nadie le duele más que a mí.

Don Aquiles. ¡Hombre! ¡Ya llegó Primitivo!

Doña Oliva. ¡Bien haya! ¡A ver si dejas esta cantinela!

Don Aquiles. *A Primitivo, que viene desalado.* ¡Qué! ¿Hace buena tarde? Da gusto pasear, ¿no?

Primitivo. ¿Cómo?

Don Aquiles. ¿Convida el tiempo a pasear? ¿Hasta dónde has llegado? ¿Hasta la Avenida de la Plaza de Toros?

Primitivo. ¡No, señor! ¡Ya sabe usted bien que estos clavos no los hay más que en la calle de Toledo!

Don Aquiles. ¿De Nápoles?

Primitivo. ¡De Madrid! Encima de que vengo con la lengua fuera…

Don Aquiles. ¡Shsss! A callar, y adentro.

Primitivo. ¿Qué?

Don Aquiles. A callar, y adentro, ¿no oyes?

Primitivo. *Bajando las orejas.* Sí, señor. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Don Aquiles. *Siguiéndolo.* No se crea éste que aquí van a cambiar las cosas.

Dorotea. ¡Tío!

Don Aquiles. *Volviéndose.* ¿Qué pasa?

Dorotea. Que quiero que vea usted a mi hija un momento, por si nos marchamos.

Don Aquiles. ¿A tu hija? Y ¿dónde está tu hija?

Doña Oliva. Ahí en el estudio la tienes; pintando unas flores.

Don Aquiles. Pues vamos allá. Por complacerte, ¿eh?, no porque a la niña le importe un pimiento del tío Aquiles. Sé que no me puede ver ni en pintura. ¡Nada! ¡ni en pintura! Yo podré ignorar lo que de mí se piensa, pero lo que se dice, ¡naranjas de la China! *Antes de entrar en el estudio se vuelve nuevamente hacia las dos desde la misma puerta, y añade:* ¡Ah! Otra cosa. Conste que no me dejo hacer el retratito al óleo.

Dorotea. Pero ¿quién ha intentado siquiera, tío…?

Don Aquiles. Nadie; pero que conste. Tanto vale hablar a tiempo como callar a tiempo. Para retrato mío ya me basta con el del abuelo, que nunca sé dónde colgarlo. *A doña Oliva.* Sí, hija, sí; tu marido sería un pintor insigne, pero conmigo se estrelló. ¡Desgracias! No me consuela más sino que iré a parar a un museo, y que las futuras generaciones me encontrarán todavía más antipático que las actuales. Siempre es una satisfacción, ¡qué piñones! *Se mete en el estudio.*

Dorotea. ¡Dios mío, qué genio!

Doña Oliva. Y al revés que los vinos generosos, se avinagra por años.

Primitivo. *Asomándose un punto a la puerta por donde se fué.* Con permiso, señoras: Primitivo Gradecillas y Sáez, servidor de ustedes, es el único nacido que aguanta a ese hombre. Porque mi padre, que también lo aguantaba, se murió. Probablemente por no aguantarlo más. Con permiso. *Retírase.*

Dorotea. ¡Pobre muchacho!

DOÑA OLIVA. ¡Pobre hermano mío! Gracias a Dios me lo he traído a mi casa, a ver si le alivio las horas… Aquí todo ha de perdonársele. ¡Qué tipo! Siempre fué atrabiliario, impertinente, puntilloso; pero ahora tiene además encima la rabia y la impotencia de la vejez. Todo le hiere, le espina, le envenena, le amarga… ¡Qué distinto de mí! «¡A los viejos que nos tiren a un muladar!», grita él a cada instante. «Los viejos —le contesto yo— tenemos el deber de guiar otras vidas con nuestra experiencia». Y éstos son los villancicos de nuestras Navidades al fin de cada año.

DOROTEA. Bien que los conozco, mamá.

DOÑA OLIVA. La vejez, hija mía, tiene dos veredas: la que sigue tu tío Aquiles y la que yo me afano en seguir. La mía es la de la resignación, la de la templanza, la que va hacia la juventud con cariño, porque aún conserva la memoria de su perfume… La otra vereda es la de la protesta, la de la desesperación, la de la negación de todo, la que no va nunca a la juventud, porque ya no tiene nada de ella… Cuando te blanquee la cabeza, acuérdate de esto que te digo.

DOROTEA. Sí me acordaré. Y ahora vámonos; vámonos a tu alcoba, que quiero que hablemos, más lejos de mi hija, de esa maldita aparición de su padre. ¡Dios lo confunda!

DOÑA OLIVA. Vamos donde tú quieras *Al despacioso andar de doña Oliva, se retiran por la puerta de la izquierda cogidas del brazo, sin decir ninguna de ellas una palabra más.*

Poco después salen por la puerta del foro Palmira y Marcial que viene de la calle.

PALMIRA. ¡*Sapristi*! ¡Se han marchado! Pues estaban aquí. Bueno, la señorita está en el estudio. ¿Quiere el señorito que le avise?

MARCIAL. Sí; pero sin decirle quién soy.

PALMIRA. Comprendido: quiere el señorito sorprenderla.

MARCIAL. Eso es.

Palmira. Le diré que la llama la señora. *Éntrase en el estudio, sonriente.*

Marcial queda bañándose en agua de rosas. Rebosa dicha. Es un muchacho cándido e inexperto, que saborea la miel de un primer amor fulminante.

Marcial. ¡La cara que va a poner cuando me vea! Claro que no será tan preciosa como la cara con que me despidió. Sí, sí; lo será más, porque aquélla fué triste y ésta ha de ser alegre. Ahí viene ya… la siento… ¡La aurora llega!

Pero en vez de la aurora sale del estudio una especie de noche de truenos: Don Aquiles, que pasa hacia la izquierda, todo descompuesto y haciendo visajes. Marcial se sobrecoge al verlo. Don Aquiles, por su parte, cuando ve a Marcial, no sabe qué le ocurre.

Don Aquiles. ¡Esa criadita me pone más nervioso que un galgito inglés! ¡Qué empeño en agradarme! ¡De buena gana la agarraba por el pescuezo!…

Marcial. ¿Eh?

Don Aquiles. ¿Eh? ¿Quién?

Marcial. Buenas tardes.

Don Aquiles. Buenas tardes. *Se miran, sin palabras.* ¿Espera usted, quizás…?

Marcial. Sí, señor; espero…

Don Aquiles. No será a mí.

Marcial. No, señor, la verdad; a usted no lo esperaba. No tengo el gusto… no tenía el gusto… Espero a Jacobita.

Don Aquiles. ¿A Jacobita?

Marcial. Sí, señor; ¡es mi novia!

En esto sale Jacobita, sin paleta ni blusa ya, loca de júbilo, y se dirige a él amenazándolo cariñosamente. Palmira, que la sigue, se queda a gozar del encuentro.

Jacobita. ¡Pero si lo estoy oyendo hablar! ¡Ah, tunante, enredador, embustero!

MARCIAL. ¡Nena!

JACOBITA. ¡Embustero, embustero, embusterón, embusteronazo! ¿Conque no venías hasta el domingo? ¿Conque tenías que ir con tu padre a Loyola?

MARCIAL. ¡Ja, ja, ja!

JACOBITA. ¡Ríete, bribón! ¡Mira cómo te ríes de mí!

MARCIAL. ¿Te pesa la burla?

JACOBITA. ¡Mucho! ¿No ves qué triste estoy? ¡Es mi novio, tío Aquiles!

DON AQUILES. Ya, ya me lo ha dicho él.

JACOBITA. ¡En buena facha le ha cogido a usted la visita!

MARCIAL. Cada uno en su casa…

Don Aquiles, como disculpa, masculla unas palabras ininteligibles, porque no se le ocurren más que insolencias.

JACOBITA. Dime: ¿cuándo has venido?

MARCIAL. En el rápido: esta mañana.

JACOBITA. Y ¿cómo no te he visto hasta ahora?

MARCIAL. Porque he tenido que acompañar a un muchacho recomendado de mi padre, y que almorzar con él… Un fraile agustino. Luego fui a tu casa; allí me dijeron que estabas aquí…

JACOBITA. Siéntate, siéntate.

MARCIAL. Sí.

Se sientan aparte, gozosos.

JACOBITA. Vienes más tostado, chiquillo.

MARCIAL. El aire del mar.

JACOBITA. ¿En tan pocos días como has estado ahora?

MARCIAL. Basta con uno solo. He paseado mucho con papá por la playa.

JACOBITA. ¿Y a mí, cómo me encuentras?

MARCIAL. ¡Más bonita que todas las heroínas que pintó tu abuelo!

Jacobita. ¡Digo! ¡De San Sebastián! ¡Luego dicen que los exagerados son los andaluces!

Ríen de dicha: no se cambian por nadie.

Han prescindido de Don Aquiles. Éste ve la escena entre atónito e indignado, a punto de saltar. Y entonces se le acerca Palmira a ofrecerle otra vez sus servicios.

Palmira. ¿Se le ocurre a usted algo, señor?

Don Aquiles. *Como despertando de repente.* ¿Qué?

Palmira. Que si se le ocurre al señor alguna cosa.

Don Aquiles. ¿Alguna cosa? ¡Se me ocurren muchas! ¡Pero no es a usted a quien he de decírselas! *A los novios, gritándoles* ¡Buenas tardes, pareja!

Marcial. *Levantándose un poco azorado.* Buenas tardes, señor.

Jacobita. Hasta luego, tío Aquiles.

El tío Aquiles ha desaparecido ya. Pagará el coraje Primitivo.

Marcial. ¿Habré yo estado incorrecto con él?

Jacobita. No te preocupes lo más mínimo, tonto. Es un tipo muy estrafalario: ya ves qué pelaje a estas horas. Hermano de mi abuela. Va a vivir ahora aquí. ¡Viejo más gruñón y más quisquilloso!…

Marcial. Dime, ya que hablas de tu abuela: ¿no crees que la chica debe anunciarle mi llegada? A ella y a tu madre. ¿No crees?

Jacobita. *Por no contrariarlo.* Sí… que les avise. ¿Te enteras, Palmira?

Palmira. Sí, señorita: voy corriendo.

Jacobita. No, no: corriendo, no. Ve despacito.

Marcial. *Encantado de la gracia de su novia.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ve despacito! ¡ve despacito!

Palmira. Iré, iré despacito… y tardaré bastante en dar con ellas. *Marchase por la puerta del foro.*

MARCIAL. ¡Qué lista es esta chica!

JACOBITA. ¡Qué pronto ha comprendido! ¿verdad?

MARCIAL. ¿Y tú, no te figuraste nada cuando entró a decirte…?

JACOBITA. ¡Nada! ¡Ni por el pensamiento me pasó!

MARCIAL. ¡Eso es lo que yo deseaba!

JACOBITA. Pero ¡qué simple eres! Apenas le vi la cara de Pascuas me di cuenta de todo. ¡Si era como si llevase un cartel!

MARCIAL. Ahora mismo has hecho con la boquita eso que a mí me cae tan en gracia.

JACOBITA. Me alegro.

MARCIAL. ¿Estabas pintando cuando he venido yo?

JACOBITA. Pintando estaba. ¿Aciertas qué?

MARCIAL. ¡Mis flores!

JACOBITA. Tus flores.

MARCIAL. ¿Vamos a verlas?

JACOBITA. Cuando estén concluidas. Conténtate ahora con mirarme a mí.

MARCIAL. ¿Qué más flores? Se me ha debido ocurrir algo más ingenioso, y no se me ha ocurrido. Lo siento.

JACOBITA. A mí me agrada más que no se te ocurra y que me lo digas con esa candidez.

MARCIAL. Si hubiera estado lejos de ti, se me ocurre; pero en tu presencia no sé lo que me pasa, que me vuelvo tonto.

JACOBITA. Pues tonto es como yo te quiero. Ahora parecemos los de Teruel, que pintó mi abuelito.

MARCIAL. Nena, ¡qué feliz me hace el verte! Rabiaba por este momento. ¿Te pasa a ti lo mismo? ¡Porque yo no encuentro cosa más rica que estar a tu lado!

JACOBITA. Y ¿no sabes por qué?

MARCIAL. ¿Por qué?

JACOBITA. ¡Porque yo tampoco la encuentro mejor que estar al tuyo!

MARCIAL. Así tiene que ser, como tú lo dices. ¡Qué fastidio el de separarnos! ¡Qué largos los días! ¿Qué has hecho tú en mi ausencia?

JACOBITA. ¡Escribirte!

MARCIAL. ¿Y después?

JACOBITA. Esperar tu carta… pensando en volver a escribirte.

MARCIAL. Lo mismo que yo. Y además me he pasado las horas hablando de ti. ¡Las cosas que he dicho!…

JACOBITA. Pues no conviene que exageres… A ver si luego voy este verano a San Sebastián y doy un chasco.

MARCIAL. Antes que tú vayas va a venir a conocerte mi padre.

JACOBITA. ¿Tu padre?

MARCIAL. Sí. Quiero que nos casemos muy pronto. ¿No lo quieres tú?

JACOBITA. ¡Marcial!

MARCIAL. Y mucho será que mi madre también no se anime, a pesar de todos sus achaques ¡Porque les he llenado la cabeza!… ¡Jesús! ¡Me tapaban ya la boca para que callara! ¿No te alegras tú mucho de esto?

JACOBITA. Sí. ¿No he de alegrarme?

MARCIAL. Como te has puesto seria…

JACOBITA. El temor de no parecerles a los padres tan bien como al hijo.

MARCIAL. Pues si no es más que ese tu temor, ya puedes desecharlo. ¡Vas a gustarles más que a mí! ¡No, eso no es posible! *Notando la preocupación de Jacobita.* Pero sospecho que hay en ti algo más, nena…

JACOBITA. ¡Y sospechas bien, nene! ¡Hay algo más!

MARCIAL. ¡Jacobita!

JACOBITA. ¿Algo más, he dicho?… ¡Hay más, mucho más!

MARCIAL. Pero ¿lloras? Criatura, ¿por qué lloras? ¡No me asustes! ¿Qué te hace llorar? ¿Quién te hace llorar?

JACOBITA. ¡Tú, no!

MARCIAL. Pues ¿quién, entonces? ¡Dímelo, dímelo; que no te quiero ver así!

JACOBITA. ¡Ay, Marcial! ¡No creí que iba a llegar tan pronto este día!…

MARCIAL. ¡Por Dios, no me alarmes!

JACOBITA. Óyeme tranquilo. Son cosas de la vida, nene. Yo te he ocultado hasta ahora algo de mi casa, de mi familia, de mis padres, que he debido decirte desde un principio. Pero el recelo de que al saberlo te alejaras, el miedo de perderte, me han hecho un día y otro ir dilatando… dilatando la revelación.

MARCIAL. ¿Cómo has pensado eso de mí?

JACOBITA. Más que de ti, Marcial, de los tuyos… Según has ido hablándome de tus padres, de su rigor ante ciertas cosas, de su severidad de costumbres, de su intransigencia, se me ha impuesto a mí con mayor miedo el silencio que hasta aquí guardé sobre lo que ahora voy a decirte. Yo no quiero que tus padres vengan a conocerme a mí sin que tú sepas esto: mi padre y mi madre no viven juntos.

MARCIAL. ¿Qué?

JACOBITA. No. Por desgracia mía… y de mi madre más que mía. Quién es mi padre y cómo es, yo no he de revelártelo. Mi madre, en todo caso, lo hará, si tú quieres. Siendo yo niña me traían algunas temporadas aquí con los abuelos, porque no presenciase mi inocencia lo que ya adivinaba… Por eso he vivido en esta casa tanto como en la mía, si no más… La abuela se acostumbró a tenerme junto y me reclamaba frecuentemente con cualquier motivo. De ahí que me conocieras aquí. La pobre de mi madre llevó su cruz mientras vivió el abuelo Laurencio, a quien nunca quiso mostrarle toda la verdad de su desventura.

MARCIAL. *Confuso, abrumado.* ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué conmoción en un segundo!… ¡Qué cambio en las cosas!…

JACOBITA. ¡Pobre Marcial! No esperabas nunca sufrir por mi causa, y ya ves qué pronto…

MARCIAL. Esto no es por tu causa…

JACOBITA. Por mi causa es. ¿Acabó el idilio de Jacobita y de Marcial?

MARCIAL. ¡No! ¡Eso, no! ¡Yo he de quererte siempre!

JACOBITA. ¡Siempre! ¿verdad?

MARCIAL. ¡Siempre!

JACOBITA. ¡Entonces!…

MARCIAL. Pero me preocupan mis padres… mis padres… Los conozco bien… Esto es un grave escollo, nena… ¡Jesús!… ¡Jesús!…

Atribulado apártase insensiblemente de la muchacha, y luego se sienta pensativo lejos de ella, que lo mira con tristes ojos.

PAUSA. *Por la puerta del foro llegan Dorotea y doña Oliva, las cuales se detienen absortas al ver la extraña actitud de los novios. Después se preguntan:*

DOÑA OLIVA. ¿Separados?…

DOROTEA. ¿Qué es esto?…

DOÑA OLIVA. ¿Será lo mismo?…

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

Es también por la tarde.

Han pasado seis días. Doña Oliva y Jacobita hablan íntimamente. Por la puerta de la izquierda sale como una flecha Primitivo.

PRIMITIVO. ¡No sé cómo tengo paciencia! ¡Dios me dé más! ¡Me han hecho así las tripas!… *A doña Oliva.* Ya se va.

JACOBITA. ¿Se va?

PRIMITIVO. Sí. Lo ha mascado un poco; pero ya se va. Ha cogido el bastón y el sombrero.

DOÑA OLIVA. ¡Gracias a Dios!

PRIMITIVO. Y además me ha dado a mí suelta. Me ha dicho —siempre tan amable— que haga yo lo que me salga del calabacín. Nunca le ha de llamar a mi cabeza por su nombre. Agota el repertorio: calabacín, calabaza, melón, boliche, cidra, acerola… ¡Todo menos cabeza! Muy afectuoso. Y me quito de en medio, no salga y me dé un puntapié. ¡Otro puntapié! *Se mete en el estudio.*

JACOBITA. ¡La Virgen de los Enamorados está con nosotros!

DOÑA OLIVA. Sí, hija, sí. Un momento he temido que se nos malograra también hoy, como el viernes, la conspiración. ¡Porque si a tu tío le da el naipe por quedarse en casa!…

JACOBITA. ¡Imposible!

DOÑA OLIVA. Sólo con que supiese que yo había citado a tu padre para hablar con él, se juntaba el cielo con la tierra. Sin verlo aquí; al solo anuncio de la visita.

JACOBITA. ¡Pero esta conspiración de la abuela y la nieta tiene que salir bien! ¡Es tan legítima!

DOÑA OLIVA. Ahí viene. Que no nos conozca en la cara la alegría, porque será muy capaz de quedarse.

JACOBITA. Sí, sí; hay que disimular. Verá usted qué bien hago yo la comedia. *Se levanta y se pone a hojear el álbum de fotografías y a leer los epígrafes de los cuadros.* «Dafnis y Cloe».

DOÑA OLIVA. Ése lo pintó en Roma.

JACOBITA. Sí; en Roma está fechado. «Sentía inquietud en el alma, no podía dominar sus ojos y hablaba mucho de Dafnis…». ¡Qué bonito!

DOÑA OLIVA. Primera medalla obtuvo en Bruselas.

JACOBITA. *Repitiéndolo complacida entre sí, deseosa de tenerlo en la memoria.* «Sentía inquietud en el alma, no dominar sus ojos y hablaba mucho de Dafnis…».

Sale de sus habitaciones Don Aquiles en traje de paseo. Da un par de vueltas vacilante, mirando en silencio a su hermana y a Jacobita. Después sopla y resopla.

JACOBITA. «Romeo y Julieta». ¡Se ha pintado a esta pareja algunas veces!…

DOÑA OLIVA. ¡Uh! Sólo tu abuelo hizo varios cuadros. Ése está en París, en el Luxemburgo.

JACOBITA. «¡Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?».

DON AQUILES. *Resolviendo de repente sus dudas.* ¡Vaya! No vacilo más: el primer pensamiento es siempre el mejor, que dice el vulgo necio y supersticioso. No salgo.

DOÑA OLIVA. ¿Qué?

DON AQUILES. Que no salgo. Te voy a dar gusto. ¡Vida de familia!

DOÑA OLIVA. ¡Ah!

Abuela y nieta se miran a espaldas de él, aterradas.

Don Aquiles. *Llamando.* ¡Primitivo!

Jacobita. «Beatriz y Dante». ¡Ay!… «*Lasciate ogni speranza*».

Don Aquiles. ¿Cómo?

Jacobita. Nada… Repasando los cuadros que estoy… y leo los títulos y los epígrafes…

Don Aquiles. ¡Me sonó a pullita!

Doña Oliva. ¡Aquiles, por amor de Dios!

Don Aquiles. ¡Primitivo!

Por la puerta del foro sale Palmira sonriente y se le acerca con el mayor agrado.

Palmira. ¿Señor? ¿Desea usted?

Don Aquiles. *Como si hubiera visto una rata.* ¿Usted se llama Primitivo?

Palmira. No, señor; en todo caso sería Primitiva. Pero tengo siempre mucho gusto en servir al señor.

Don Aquiles deja escapar ese rumor suyo sin palabras, que es la represión de una fresca. Luego dice, dándole a la muchacha el bastón y sombrero:

Don Aquiles. Lléveme usted esto a mi alcoba.

Palmira. *Obedeciéndolo encantada.* Y oro molido.

Don Aquiles. ¡Esta niña!… ¡esta niña!…

Sale Primitivo del estudio.

Primitivo. ¿Me llamaba usted, Don Aquiles?

Don Aquiles. ¡Hace un cuarto de hora próximamente! ¡Llegas siempre como los guardias!

Primitivo. Ahora no he podido remediarlo… Me cogió usted tan de improviso… Como me había usted dicho que me fuera a la calle…

Don Aquiles. ¡Pero se aguarda uno diez minutos, hombre! ¡Es elemental! ¡Poco jugo que hay en esa olla!

Primitivo. *Mirando a doña Oliva.* Olla.

Don Aquiles. ¿Qué?

Primitivo. Olla. ¿Qué quería usted de mí?

Don Aquiles. ¿No te he dicho que has llegado tarde?

Doña Oliva. Es que ha decidido por fin no salir de paseo.

Primitivo. *Maquinalmente.* ¡*Sapristi*!

Don Aquiles. ¿Qué es eso de *sapristi*?

Primitivo. ¡Caramba! en francés. ¿Usted no lo sabe? Es una muletilla de Palmira, que se me ha pegado. Ella la aprendió de un señor muy elegante que venía al estudio.

Don Aquiles. ¡Basta de sandeces! ¡O me voy a arrepentir de quedarme aquí!

Doña Oliva. *Aprovechando la ocasión.* Hombre, la verdad es que, haciendo tan buen día, un paseíto corto…

Don Aquiles. No, no; no me embarco. Y no es por aquello de hacer vida de familia, como comprenderás; sino porque Madrid en domingo me apesta más que tu doncellita. ¡Se pone intransitable! ¡Qué empellones, qué polvo, qué ordinariez!… ¡Las cocineras, los soldados, los carniceros, los horteras, las cursis!… ¡Pueblo más soez y peor educado!… ¡El señor Dimas, la señá Pancracia, el señor Cirilo!… Te pisan cien veces, te meten los puros por los ojos… No salgo, no salgo.

Jacobita. Ahí tiene usted lo que son las cosas: yo estoy deseando que llegue Marcial para irme con él al Retiro o a la Moncloa.

Don Aquiles. ¿Él y tú… en amor y compaña?

Jacobita. Y doña Guillermina, que nos está esperando en el jardín.

Don Aquiles. Pero que luego irá a un kilómetro de vosotros.

Jacobita. Eso sí: detrás o delante. Entre los dos no la ponemos nunca.

Primitivo. ¡Ja, ja, ja!

Don Aquiles. ¡Bah! ¿A mí, qué? ¡Lo consiente tu mamaíta!…

Pausa.

Doña Oliva. ¿No vas ya tampoco al Casino?

Don Aquiles. No: lo dejé hace tiempo. ¡Me aburría! ¡Una tertulia de viejos imbéciles!… Hay allí un señor que cree que sabe más que nadie,

superior a mis nervios. ¡Lo explica todo! ¡No me gusta la gente tan sabia! Además se ha agregado un jerezano, ente ridículo, embustero, con el que he tenido ya dos o tres agarradas graves. La otra tarde se permitió afirmar que él se había tragado la llave del cuarto de un hotel con chapa y todo, y que tiene radiografías en que se ve el número perfectamente: el 45. Los viejos aquéllos se morían de risa y yo echaba las muelas. ¿Me ha tomado usted a mí por idiota, señor? *Encarándose de improviso con Primitivo.* Tú, ¿qué haces ya aquí?

Primitivo. ¡Psche!

Don Aquiles. ¡Psche! ¡Qué contestación más ingeniosa!

Primitivo. A una olla ¿qué va usted a pedirle? Pero como me ha dicho usted que me vaya… pues estoy esperando minutos. ¡Es elemental!

Nueva pausa.

Jacobita. ¿Y el *cine*, no le divierte a usted, tío? Porque ahora hay una racha de películas tan nuevas, tan interesantes.

Don Aquiles. Será para ti y para la generación casquivana a que perteneces. ¡Odio el arte mudo! ¡Mudo y a oscuras! Y ahí reside el gran éxito. Y no digo más, porque esto lo dice todo el mundo y yo no quiero parecerme a nadie.

Doña Oliva. ¡El teatro tampoco le entretiene!…

Don Aquiles. No, no; no improvises, Oliva. El teatro me entretiene y me gusta. Ahora, que me tomen el pelo desde el escenario, no me gusta. ¡Que se lo tomen autores y cómicos a San Isidro Labrador, si se deja, y si le queda alguno! ¡Sarta de ripios y de mentecateces! ¡Qué decadencia! ¡Como los toros! ¡Que si antes iba yo a los toros y ahora no voy! ¡Naturalmente! Primo no lo he sido jamás. ¡Yo no voy a la plaza a ver a cuatro sinvergüenzas matar a pinchazos a seis caracoles! ¡Los caracoles se matan echándolos en agua caliente! La última tarde que estuve, ya hace muchos años, dejó memoria en el tendido. Por poco tiro al ruedo a un pollastre imberbe que se atrevió a decirme que yo no sabía lo que era aguantar.

Primitivo. ¿Aguantar?

Don Aquiles. ¡Aguantar! ¡Sin segunda, porque te deshago las narices! ¡Ya digo! los abonados del uno se acuerdan todavía.

Jacobita. Lo que sí está ahora muy hermoso, hasta los domingos…

Don Aquiles. ¡Piñones! ¿No parece sino que tenéis ganas de que me vaya?

Jacobita. ¡Tío!

Don Aquiles. ¡Sobrina!

Doña Oliva. Aquiles, no se sabe cómo acertar contigo.

Primitivo. No se sabe.

Don Aquiles. ¡Es una competencia recomendándome distracciones, que alarma a cualquiera!…

Doña Oliva. Como dices siempre que en la casa te aburres tanto…

Don Aquiles. ¡Y me aburro! ¡Pero eso no quita! ¡Fuera de aquí tampoco me distraigo gran cosa! ¡Gajes de la edad! ¡Benditos sean los años! Le duelen a uno los riñones, las piernas, la cabeza, las muelas, el estómago… ¡Benditos sean los años! ¿No, Oliva? Y luego ¡no tienes que privarte de nada! ¡De nada! *Saca un cigarrillo para fumar.* ¡Hemos convenido en que me sienta mal el tabaco! Decíamos ayer…

Doña Oliva. *Con la luz de la inspiración en los ojos.* ¿Has oído, Jacobita? Ha sonado la campanilla de la verja.

Jacobita. ¿Marcial?

Doña Oliva. O Marcial, o más bien las de Berros. Las espero hoy.

Don Aquiles. *Poniéndose en guardia.* ¿Las de Berros?

Doña Oliva. Sí; algunos domingos vienen a estas horas.

Don Aquiles. ¿Toda la familia?

Doña Oliva. Sí; generalmente vienen todos.

Don Aquiles. *Sapristi* ¡Ahora me toca a mí! ¿No faltará desde luego el tío literato que recita sonetos y cantares?

Doña Oliva. Es probable que no.

Don Aquiles. ¿Ni el sobrino pianista que luego acompaña las *milongas* y las guajiras a la niña de la nube en el ojo? Primitivo.

Primitivo. Mándeme usted.

Don Aquiles. El bastón y el sombrero… y el saco de entretiempo, porque no volveré hasta entrada la noche.

Primitivo. ¿Eh? Si me hubiese ido antes… *Vase por la puerta de la izquierda.*

Doña Oliva. Eres especial. No querías salir, y porque viene esa familia…

Don Aquiles. ¿Te parece flojo motivo? ¿Qué necesidad tengo yo de conciertos ni de Juegos florales? No, no; sonetos hispanoamericanos, no; *milongas*, no; tanguitos, no… ¡Yo soy Juan Arisco!…

Doña Oliva. *a Jacobita.* Le advierto que son ganas de hablar: ¡apenas llega alguien se encierra en su cuarto y no oye nada!

Don Aquiles. La voz de la niña de las guajiras la oigo yo en la cueva de Montesinos.

Vuelve Primitivo con las prendas de Don Aquiles, el cual las toma con cierta impaciencia de quitarse de allí.

Primitivo. Aquí tiene usted.

Don Aquiles. Trae, hijo, trae. ¡Prefiero al jerezano! Y que sea enhorabuena, ¿eh? ¡Se os logra a rodos la satisfacción de no tenerme en casa esta tarde! ¡Abur!

Márchase como si fuera perseguido.

Doña Oliva. ¡Adiós, hombre, adiós! ¡Qué te diviertas!

Jacobita. ¡Que lo pase usted bien!

Primitivo. Hasta mañana si Dios quiere.

Breve pausa.

Doña Oliva. ¿Qué te ha parecido el recurso, niña?

Jacobita. ¡Que ha tenido usted más gracia que nunca!

Doña Oliva. Sabía yo que era infalible. Si no se marcha diciéndole que van a venir las de Berros, hay que llamar al médico: es que está malo. ¡Qué efecto le hace esa familia!

Primitivo. ¡Ah! Pero ¿no es verdad que usted las espera hoy?

DOÑA OLIVA. ¿Qué ha de ser?

JACOBITA. ¡Ha sido un ardid de la abuela!

PRIMITIVO. ¡Ay, qué cosa más cómica! *Ríe de buena gana.* ¡Y no lo echaré yo en saco roto! ¡Las de Berros! ¡Ja, ja, ja! *Quédase muy serio de pronto.*

JACOBITA. ¿Qué le sucede a usted?

PRIMITIVO. ¡Que creí que volvía Don Aquiles!

DOÑA OLIVA. No, no vuelve. Esté usted seguro. Váyase ya al jardín, y cuando llegue ese señor, mi yerno, lo pasa usted al estudio y me llama.

PRIMITIVO. Y oro molido. ¡Caramba! ¡Se me pega todo lo de esa chica!

DOÑA OLIVA. ¡Es muy pegajosa!

PRIMITIVO. A sus órdenes siempre. ¡Me da una alegría servir a usted! ¡Qué amabilidad, qué buen modo!… ¡Me da una alegría!…

DOÑA OLIVA. Ande, ande…

PRIMITIVO. Ando, ando… *Éntrase en el estudio.*

DOÑA OLIVA. Tú quédate aguardando a Marcial y marchaos en seguida que él venga. A tu padre no has de verlo hoy. Tiempo habrá de todo.

JACOBITA. Vendré a la noche, ¿no?

DOÑA OLIVA. Sí. Y sabrás novedades.

JACOBITA. Un beso, abuela. ¿Triunfaremos?

DOÑA OLIVA. Por mi no ha de quedar. Apuraré bien el consonante. Adiós. Pasea tranquila.

JACOBITA. Hasta luego.

DOÑA OLIVA. Adiós, adiós… *Vase por la puerta de la izquierda.*

JACOBITA. ¡Que pasee tranquila!… Sí, sí. ¡Bueno es el caso para tranquilidades!… Tres noches llevo sin dormir. ¡Qué angustia no saber ya lo que ha de pasar luego!… Ahí está Marcial. ¡He de obligarlo a que me hable claro!

De la calle viene Marcial, efectivamente.

MARCIAL. ¡Nena!

JACOBITA. ¡Marcial!

MARCIAL. ¿Me esperas hace mucho?

JACOBITA. ¡Desde que nos separamos ayer!

MARCIAL. ¡Bendita seas! ¿Ves tú? ¿No he de quererte con estas cosas que me dices?

JACOBITA. ¿Por qué no has ido a misa a Santa Bárbara, como yo, con lo que hace días truena para nosotros?

MARCIAL. Ya te lo advertí anoche. Me comprometió el agustino a ir con él a las Trinitarias.

JACOBITA. ¡Dichoso agustino!

MARCIAL. Ya te lo advertí. ¿No recuerdas?

JACOBITA. Sí, hombre, sí. Pero quería ver si te pescaba en un embuste.

MARCIAL. ¡Jamás! No miento. No sé. Y a ti menos que a nadie, preciosa.

JACOBITA. ¡Preciosa! La primera mentira del día. ¡Me ha amanecido Dios con una carita de guiñapo!… Sufro mucho, Marcial, sufro mucho.

MARCIAL. ¿A mi lado también?

JACOBITA. A tu lado, más: ¿no ves que sufro porque temo perderte?

MARCIAL. ¿Cómo te voy a pedir que por eso no sufras, nena? Yo podré no saber qué sucederá en este conflicto en que estamos, con esta galerna que nos amenaza; pero que yo te querré siempre, eso sí lo sé. ¡Te lo repito; te lo juro! ¡Si tú eres mi vida; si parece que soy otro desde que te quiero; si mi vida antes de ti ha sido un libro en blanco!…

JACOBITA. Con todo, Marcial, yo no quiero hacerme ilusiones. Te conozco bien; conozco el respeto que te inspiran tus padres… Tu voluntad está siempre en la suya… ¿A que sí?

MARCIAL. Me preguntas eso de una manera…

JACOBITA. ¿Cómo he de preguntártelo? Tu voluntad me importa mucho… Ahora, más que nada. Si ellos te mandasen alguna vez que no me quisieras…

MARCIAL. ¡Por Dios! No pienses tonterías.

JACOBITA. No puedo pensar en otra cosa. Ni tú tampoco.

MARCIAL. *Después de mirarla tiernamente.* Ni yo tampoco; es la verdad.

JACOBITA. ¿Lo ves?

MARCIAL. ¡Pero yo siempre he de quererte, nena!

JACOBITA. Pero si te alejan de mí…

MARCIAL. Calla, calla.

JACOBITA. No callo. Callar es miedo ahora. Hablemos, hablemos, Marcial. Hablemos mucho. Seamos muy sinceros los dos. Digámonos… hasta lo que nos decimos a solas, de día y de noche; todo lo que nos turba la conciencia, por vago que sea. Es nuestro deber. Quizá más el tuyo que el mío. Tu deber; ¿lo oyes?

MARCIAL. Eres más valiente que yo.

JACOBITA. Por lo que te quiero, Marcial. Ha sido gran suerte —o una gran desgracia; eso no lo sabemos todavía— habernos enamorado nosotros antes de que en la pared se pintase esa sombra que desde hace días nos asusta.

MARCIAL. ¡Ha sido una gran suerte! Yo consideraría una desgracia no haberte conocido.

JACOBITA. Pero, bueno: vengamos a la realidad.

MARCIAL. La realidad es ésta.

JACOBITA. Y la otra; la de la sombra en la pared; con la que tenemos que encararnos; a la que le huimos como niños medrosos.

MARCIAL. Ciertamente.

JACOBITA. Así te quiero oír. Tú, allá, en el fondo de tu alma, estás convencido de que tu familia no pasará nunca porque te unas a una mujer cuyos padres viven divorciados, sea la causa cual fuere; cuyos padres viven en una sospechosa irregularidad.

MARCIAL. ¿Sospechosa?

JACOBITA. Sospechosa, sí. ¿Quién conoce bien los motivos de ella? ¿Quién le pone puertas al campo? Por honrada y ejemplar que la vida de mi madre sea, ¿son iguales a la de ella las almas que la juzgan?… Pues de todo se han de enterar tus padres.

MARCIAL. Mis padres harán caso de lo que yo les diga también.

JACOBITA. Creerán que por ti habla el amor; la ceguera… La tuya será la voz que atiendan menos.

MARCIAL. *Sin querer escucharla.* Pero, nena, ¿a qué torturarnos inútilmente? Una cosa es que nos hablemos con toda lealtad, y otra muy distinta atormentarnos de este modo… ¿No intenta tu abuela la reconciliación de tus padres? Ellos, ¿no se han de ver aquí muy pronto?

JACOBITA. Sí.

MARCIAL. Tu madre, ¿no se halla dispuesta…?

JACOBITA. No.

MARCIAL. ¿No?

JACOBITA. No; mi madre, no.

MARCIAL. ¿Ni por ti? *Jacobita calla.* ¿Ni por ti? ¿No respondes? Tu felicidad está por medio. Compréndelo así. Además, tu abuela, ¿no ha de conseguir de su hija…? ¡Sí, sí ha de conseguirlo! Es tan persuasiva, tan cariñosa… ¿Qué no conseguirá doña Oliva? Su empeño es tan noble, tan santo, tan piadoso…

JACOBITA. ¡Ojalá! Sin embargo, yo no comparto contigo esa esperanza. Ponte en el caso…

MARCIAL. ¿Para qué?

JACOBITA. Ponte en el caso de que mis padres hablan y no llegan a una avenencia: ¿qué haces entonces tú?

MARCIAL. ¡Qué sé yo!

JACOBITA. ¿No lo sabes?

MARCIAL. ¡No lo sé, criatura! No, no lo sé. De todo no sé más que una cosa: lo que no haré nunca.

JACOBITA. Y ¿qué es ello?

MARCIAL. Dejarte: ¿no te lo he dicho ya?

JACOBITA. ¿Y si tus padres, y los confesores de tus padres… y aun el tuyo, te mandan… ¡te mandan! que me dejes?

MARCIAL. ¿Qué te deje? ¿Mis padres, ni nadie, cómo han de mandarme tal absurdo? ¡Bah! ¡bah! Esperemos, mujer, esperemos.

Primitivo sale del estudio y se detiene al ver a los novios.

PRIMITIVO. ¡Ah!

JACOBITA. ¿Qué?

PRIMITIVO. Puede usted figurarse… Muy buenas tardes, don Marcial.

MARCIAL. Muy buenas.

JACOBITA. Avísele usted a la abuelita.

PRIMITIVO. Ya, ya. Don Marcial, ¿era usted uno que iba esta mañana a caballo por la Ronda de Atocha?

MARCIAL. No.

PRIMITIVO. Pues me pareció usted desde lejos. Con permiso.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

JACOBITA. *Resueltamente.* Vámonos a la calle nosotros.

MARCIAL. Vámonos, sí.

JACOBITA. A dar un paseo que nos despeje… *Turbada, inquieta.* ¿Sabes quién está ahí?

MARCIAL. ¿Quién?

JACOBITA. Mi padre.

MARCIAL. ¿Tu padre?

JACOBITA. Sí. *Da unos pasos hacia el estudio y, arrepentida de su intento, dice:* Anda, vámonos. No quiero hacer locuras. La abuela me ha aconsejado que hoy no lo vea, y será lo mejor. *A Primitivo, que vuelve.* Ya nos vamos nosotros.

PRIMITIVO. Hace un instante, en el jardín, me preguntaba doña Guillermina…

JACOBITA. Cansada de esperar, la pobre.

PRIMITIVO. ¡Qué señora más bien educada, y más discreta, y más…! Es una bendición.

JACOBITA. Hasta luego.

PRIMITIVO. Vayan con Dios los enamorados.

MARCIAL. Adiós. Buenas tardes.

Se va con Jacobita.

PRIMITIVO. Buenas tardes. ¡Qué simpáticos y qué cariñosos!… Siempre sonrientes. Da gusto. *Al tiempo de ir hacia el estudio de nuevo, sale de él Palmira.* ¡Hola! ¿De dónde viene usted, hada de esta casa?

PALMIRA. ¿No lo ve? De aquí del estudio; de saludar a don Anselmo.

PRIMITIVO. ¡Ah! ¿Usted lo conoce?

PALMIRA. ¡Ángela María! ¡Que si lo conozco! ¡Las veces que me ha tenido en las rodillas! ¡Los besos que me ha podido dar!

PRIMITIVO. *Un poco pálido de pronto, sin saber a punto fijo por qué.* ¿Se los ha podido dar a usted… o se los ha dado?

PALMIRA. ¡Me los ha dado! Es una forma de decir… Cuando yo era una muñeca, por supuesto.

PRIMITIVO. De cualquier manera… La suerte no está para el que la busca…

PALMIRA. ¡Vaya una suerte ésa! Pero ¡qué cambiadísimo está! No es ni sombra suya. ¡Cómo ha envejecido en pocos años! Parece otro. Se conoce que lo tratan peor. ¡Qué hombres! No hay quien los entienda. ¡Dejar a una señora como su mujer, tan buena, tan guapa!…

PRIMITIVO. Pues ¡si viera usted la bizca con que vive!

PALMIRA. Vive con una, ¿no es verdad?

PRIMITIVO. ¡Digo! Y para mí que ha habido… que ha habido fruto. ¡Sí; porque al entrar en la casa me tropecé con un torito de cartón y con una pelota!… La casa era un cuadro. Yo en seguida me hice esta reflexión: aquí hay poca vergüenza y poco dinero.

Palmira. Y ¿a qué lo llama doña Oliva, usted sabe? Verá usted lo que yo barrunto.

Primitivo. *Acercándosele más de lo necesario.* ¿Qué barrunta usted?

Sale doña Oliva, oportunamente.

Doña Oliva. Primitivo.

Primitivo. *Desconcertado.* Señora.

Doña Oliva. ¿A usted le agrada mucho el perfume que usa Palmirita?

Primitivo. ¿Por qué?

Doña Oliva. ¿No estaba usted oliéndola?

Palmira. No, señora; no me estaba oliendo; me estaba oyendo nada más.

Primitivo. Y oliéndola también, naturalmente. No es posible evitarlo. Tan cerca… Pero, vamos, no era ése el propósito al acercarme.

Doña Oliva. Bien, bien. Que pase aquí ese caballero.

Primitivo. Ahora mismo.

Doña Oliva. Y a cualquiera que llegue, no siendo mi hija, que yo no estoy en casa.

Primitivo. Sí, señora. *Vuélvese al estudio.*

Doña Oliva. Adviérteselo tú a Fermín.

Palmira. En seguida. *Se va por la puerta del foro.*

Doña Oliva. Y Dios me tenga a mí de su mano.

Aguarda pensativa a que salga del estudio Anselmo, que no se hace esperar.

Es hombre como de cuarenta y tantos años, de aspecto fino, pero con las huellas de una vida irregular y turbulenta.

Anselmo. *Apareciendo.* ¡Mamá!

Doña Oliva. ¡Hijo! Hijo quisiera yo volver a llamarte.

Anselmo. Pues no seré yo quien lo estorbe. Se lo juro a usted otra vez. Pasaré por todo: hasta por ver hollados mi amor propio y mi dignidad. A la

puerta del hotel he dejado ese fardo.

DOÑA OLIVA. Bien hecho.

ANSELMO. Estoy decidido a salvar a mi hija.

DOÑA OLIVA. Pues a ver cómo no te ladeas.

ANSELMO. Descuide usted. Por muy perdido que se me juzgue, yo sé que aquí late todavía alguna cosa. *Tocándose el pecho.* Aún queda aquí dentro algo de aquel Anselmo de los días felices.

DOÑA OLIVA. Amén, hijo mío.

ANSELMO. No me lo repita usted mucho, que no me quiero consentir demasiado. Las lágrimas se me saltan oyéndola a usted nombrarme así. ¡Si viera usted qué rato he pasado ahora al atravesar al cabo de los años ese estudio, donde mi amor nació!… ¡Ay! ¡Si se hicieran radiografías de las almas como se hacen de los huesos rotos o de las vísceras enfermas, vería usted que no la engaño!

DOÑA OLIVA. Te creo. Puede que sea tonta de caerme, pero te creo. Casi te creo ahora más que entonces te creía. Yo sé lo que la vida enseña.

ANSELMO. *Besándole una mano.* ¡Mamá!

DOÑA OLIVA. ¡Hijo! Ahí siento a tu mujer.

ANSELMO. ¡Ah! ¡Dios mío!… ¡Dorotea!… ¡Dorotea!… ¿Volvió usted a hablarle?…

DOÑA OLIVA. ¡Sí!

ANSELMO. Y ¿cómo está? ¿Menos rebelde?

DOÑA OLIVA. Lo mismo. No adelanté un paso. Le hace la cruz… no ya a tu nombre, al santo de tu nombre, que no tiene culpa de nada.

ANSELMO. Pero viene; ya es algo.

DOÑA OLIVA. ¡Ca! Viene porque ignora que va a encontrarte aquí.

ANSELMO. ¿Cómo? ¿Usted no le ha advertido…?

DOÑA OLIVA. ¡Qué disparate! ¿No ves que quería que viniera?

ANSELMO. ¿Y si se lo advierte usted, no viene?

DOÑA OLIVA. ¡Ni soñarlo!

ANSELMO. ¡Ese orgullo, esa tenacidad, esa tozudez nos han perdido tantas veces!… ¡Estatua de roca que nada oye!

DOÑA OLIVA. No alces mucho la voz, no te sienta antes de entrar aquí y se malogre todo. ¡Porque no creas que es tan sorda la estatua! Espera un momentín.

ANSELMO. *Tendiéndole una mano.* Temblando estoy, ¿querrá usted creerlo?

DOÑA OLIVA. ¡Sin que me lo jures! ¡El chaparrón que te amenaza no es para menos, no! Espera prevenido. *Vase por la puerta del foro.*

ANSELMO. *A poco, entre sí.* A río revuelto… ¡qué diablo! La vida no merece más. ¡Miseria de vida!

Pausa. Vuelve luego doña Oliva con Dorotea.

DOÑA OLIVA. *Dentro.* Ya verás ya verás…

DOROTEA. *Lo mismo.* Pero ¿quién?

DOÑA OLIVA. Ya verás.

Salen las dos por la puerta del foro. Doña Oliva impulsa suavemente a su hija pava que pase. Cuando ésta ve allí a su marido prorrumpe en un grito de sorpresa, de indignación y repugnancia.

DOROTEA. ¡Oh!

ANSELMO. *Humildemente.* Dorotea…

DOROTEA. ¿Qué es esto, mamá?

DOÑA OLIVA. *Con noble emoción.* Esto, hija mía, lo es todo menos una cosa que merezca desde luego el reproche tuyo. Serénate. Piensa en tu hija y habla con su padre. No es un azar el que os ha traído a mi casa: soy yo quien os trae de la mano para que habléis en ella sin testigos, olvidando todo lo malo que haya entre vosotros y pensando en todo lo bueno que aún podéis hacer. A mi vejez ya no le queda otro sol que éste: no me lo ensombrezcáis. Y os dejo. Hablad, hablad… que las palabras abren muchos caminos. *Éntrase en el estudio.*

Pausa. Dorotea tiembla de odio y de despecho. Anselmo la mira, procurando aparecer tranquilo. Al fin rompe a hablar ella.

DOROTEA. Viéndote estoy… y todavía no puedo creerlo. ¿Has tenido valor para ponerte delante de mí?

ANSELMO. Yo no lo tenía; me lo ha dado tu madre. Me rogó que viniese a verla para acordar conmigo este encuentro nuestro. No he sabido negarme. Ni he querido, tampoco.

DOROTEA. ¿Tan perdido te ves?

ANSELMO. *Sonriendo.* Quizá. Pero también es que su propósito ha venido como a halagar sentimientos míos, coincidiendo con ellos. Antes que la voz de tu madre, sonaba ya un eco en mi corazón.

DOROTEA. ¿Sentimientos… y tuyos? Este hombre no sabe lo que dice.

ANSELMO. Como siempre. Agráviame ahora, sin embargo, cuanto te plazca: no protestaré. Yo he oído un aldabonazo en mi puerta y para mí he pensado: ¿será quien yo esperaba?

DOROTEA. ¿Algún tahúr?

ANSELMO. ¡Dorotea!

DOROTEA. ¡Anselmo! ¿Te figuras que ni un solo instante puedo creer en tu sinceridad? Mi madre, buena siempre, al cabo de sus días no sabe más que perdonar. Pero quien tiene que perdonarte a ti no es ella, sino yo, y yo no te perdono. Antes de separarnos transigí cien veces contigo, ahogando mi rubor y mi asco, por mi padre, por mi madre también, por mi hija más que por los dos… y un poco por el mundo; poco… Cuando decidí que nuestro divorcio, que ya era absoluto dentro de casa, saliese afuera, me despedí de ti para siempre. Y nada me hará variar.

ANSELMO. ¿Ni el temor de causarle a tu hija un grave daño?

DOROTEA. No será más grave que el que tu vida licenciosa nos ha causado ya a las dos.

ANSELMO. ¡Mi vida!… Bien: mi vida. Pasemos por ello: mi vida. Pero ¿no ha de haber una playa ni un puerto de refugio para este barco sin timón y sin brújula? ¿No será ésta la hora de enmendar yerros?

DOROTEA. Allá tú, si eres capaz de enmienda.

ANSELMO. Y tú.

DOROTEA. Yo, no. Lo que yo tenga que enmendar en mi vida es independiente de ti, que ya no eres mío.

ANSELMO. Pero ¿cómo puede ser eso que dices, si ahora se trata de nuestra hija, Dorotea? ¿No es nuestra, de los dos? Aunque nos hallemos separados, somos dos trozos de la luna de un mismo espejo. De otro modo te lo diré. La ventura de nuestra hija es una paloma que está en nuestras manos.

DOROTEA. ¡Déjate de galas retóricas, por amor de Dios, que ahora suenan más a falso que nunca! Esa paloma de la ventura de nuestra hija no te reconoce; está solamente en mis manos… La acaricio y la echo a volar a mi gusto, y a mis manos vuelve. De las tuyas no sabe nada.

ANSELMO. ¡Pues yo la enseñaré! En esta hora de nuestra vida, mirar por nuestra hija ha de ser obra de los dos; no discutas esto.

DOROTEA. Haber mirado antes. Ya no te pertenece. Seis años de desvío, de dejación, de total abandono, te han quitado todo derecho sobre ella. En ese tiempo me he bastado yo sola a velar por su dicha. De aquí en adelante será igual; puedes dormir tranquilo tus borracheras.

ANSELMO. ¿Mis borracheras?

DOROTEA. Creo que así se llaman. Yo respondo sencillamente a tus filigranas de expresión: al pan, pan, y al vino, vino.

ANSELMO. ¡No vengamos más a lo de siempre!

DOROTEA. Por eso; porque no quiero venir a lo de siempre, te hablo tan claro y procedo de esta manera.

ANSELMO. ¿No crees en el arrepentimiento, en el sacrificio, en la abnegación de los hombres?

DOROTEA. No creo desde luego en los tuyos; pero, aunque creyese, no los aceptaría. Es que me repugnas, es que no quiero ni mirarte, es que tu presencia me subleva y me hiere tu voz, y necesito olvidar, no viéndote ni oyéndote, que mi hija ha nacido porque yo te quise alguna vez.

ANSELMO. ¡Me quisiste, sí, me quisiste! Y ¡cómo me quisiste!

DOROTEA. ¡Oh! ¡cómo te quise! No lo ponderes mucho tampoco, porque mientras más alto lo pongas, más grande es tu caída.

ANSELMO. Ya lo sé. Pero ¿y si yo probara a volver a quererte ahora como entonces?

DOROTEA. No te van a dejar.

ANSELMO. ¿Qué?

DOROTEA. Sí, hombre, sí; ya que te empeñas, tendré que decírtelo todo. Así no atribuirás únicamente a mi condición y a mis pasiones la resolución de apartarme de ti sin volver la cara ni un segundo. Sé con quién vives.

ANSELMO. ¡Dorotea!

DOROTEA. ¿Me lo vas a negar? No es que me importe, no; pero importa a la razón de mi conducta; al juicio ajeno de ella. Sé que vives con una mujer, con aquella predilecta entre tantas, y sé también que tienes un hijo.

ANSELMO. ¿Ves? ¿Ves? Como de costumbre, te han engañado. No me mires así, porque te han engañado. Sin duda ese bobalicón, a quien mandó tu madre en mi busca, ha visto visiones y ha interpretado las cosas a su antojo. Pero no, Dorotea, no: te lo juro. Ni yo vivo con aquella mujer, ni aquel niño es mío.

DOROTEA. Esto último puede que sea verdad.

ANSELMO. *Saltando, sin poder reprimirse.* ¡Dorotea! ¡A ofender a nadie hay derecho!

DOROTEA. ¿Y me lo dices tú… a mí? No creía llegar esta tarde a un momento tan inverosímil.

ANSELMO. ¡No es eso, Dorotea! Entiende bien mi grito. Escúchame. Al verme aquí atraído por tu propia madre, creí hallarte de otra manera: más asequible, más prudente, más dispuesta a escuchar mi voz… más a favor del aire de bonanza, ya que no a perdonarme. Y lejos de eso, has abierto una sima entre nuestras almas y no aciertas sino con la repulsa o el insulto.

DOROTEA. No, hombre; ahora, no. Por primera *vez* conveníamos en una cosa: tú me decías que aquel niño no es tuyo y yo he estado pronta a creerlo. ¿No es tuyo, verdad?

ANSELMO. No.

DOROTEA. ¿Ves, ves tú ahora? ¡Y pretendes acercarte a mí! ¿Por qué niegas que eres su padre? Mejor te perdonaría la verdad.

ANSELMO. ¡Bah! Si ha de ser mentira todo cuanto salga de mi boca…

DOROTEA. Pues ¿qué ha de ser sino mentira, farsante?

ANSELMO. ¿Farsante? ¡Basta ya! ¡En nombre de nada sufro más latigazos! Mi conciencia queda tranquila.

DOROTEA. ¡Qué cinismo!

ANSELMO. Mal que te pese, en este caso yo he cumplido con mi deber.

DOROTEA. ¿Mal que me pese?

ANSELMO. ¡Mal que te pese, sí! ¿Qué duda cabe en que habrías preferido mi hostilidad, mi negación, mi resistencia, mis bravatas?… ¡El borracho, el perdido, el hombre sin alma, el barco que hace agua por todas partes!…

DOROTEA. ¿Agua?

ANSELMO. *Herido en lo más vivo.* No sé yo qué es peor, Dorotea: si mi lenguaje, que procuro ennoblecer cuanto puedo, o tus réplicas chabacanas, tus chacotas vulgares contra este pobre náufrago.

DOROTEA. ¿Otra metáfora marina? ¡Cómo se ve que tu amiguita es de puerto de mar!

ANSELMO. Y ¿por qué te molesta ahora lo que en otros tiempos te halagaba el oído? *Insidiosamente.* Temiéndome estoy que tanta resistencia a volver a mi compañía encubra acaso alguna ilícita predilección.

DOROTEA. Te faltaba eso: querer equipararme a ti. Pues no: mi hija no tiene que avergonzarse más que de su padre.

ANSELMO. Y advierte, a pesar de eso, qué contrasentido: ¡es el padre indigno el que lo depone todo por salvarla, por su dicha de amor!

DOROTEA. Cuando se ha enterado el indigno padre de que el novio de su hija tiene mucho dinero.

ANSELMO. *Retorciéndose los puños.* ¡No! ¡no! ¡Esto, no! ¡Me estás empujando a la violencia, y yo no llego! ¡Ese gusto no te lo doy! ¡No! ¡no! Tú tienes razón siempre: ¡siempre! ¡siempre! *Acercándose a la puerta del estudio.* ¡Señora! ¡Mamá!

DOROTEA. ¡Mamá!… Ese nombre no cuadra en tu boca. Soy yo quien va a ella. ¿Mamá? *Éntrase en el estudio.*

Anselmo. *Después de una pausa en que piensa cien cosas a la vez.* Como guapa, está guapa. ¡Más guapa cuanto más me insulta! *Mirando hacia dentro.* ¡Oh!… Se abrazan la madre y la hija… Y lloran… ¿Se ablanda el hierro? Dios dirá. Perder la primera batalla no es perder la conquista. A la calle, que ahora sí que huelgo.

Encaminase a la puerta del foro a la vez que por ella llega Don Aquiles, más excitado que se marchó. Tira en cualquier parte el gabán, el bastón y el sombrero, y al tropezar con Anselmo suelta un taco.

Don Aquiles. ¡Ah, caramba!

Anselmo. ¡Tío Aquiles!

Don Aquiles. ¡Tío Piñones!

Anselmo. ¿Cómo?

Don Aquiles. ¡Tío Piñones!

Anselmo. Pero ¿qué le sucede a usted?

Don Aquiles. Eso te importa a ti mucho menos que a mí nada tuyo.

Anselmo. ¡Vamos, tío Aquiles! ¡Con lo que yo lo quiero a usted!

Don Aquiles. No traigo suelto, ¿sabes?

Anselmo. ¿Qué?

Don Aquiles. Ya lo he dicho. Como en esta casa no soy el amo, ni ganas, sino más bien un bicho molesto que estorba, no te pregunto a lo que has venido; si fuera el amo, por desgracia, tampoco te lo preguntaría por falta de ocasión: no se te habría dejado pasar la puerta.

Anselmo. Lamento en el alma que le incomode a usted tanto el verme; y en prueba de mi sinceridad, lo libro de mi presencia en el acto. ¡Que usted se alivie!

Don Aquiles. ¡No me duele nada!

Anselmo. ¡Pues que usted se conserve bueno! *Márchase a la calle.*

Don Aquiles. ¡Tate! ¡tate! ¡tate! ¡Ya está aquí! ¡Ya he cogido el hilo! ¡Así da gusto! ¡La vida familiar! ¡Da gusto! *Sale del estudio doña Oliva.*

Doña Oliva. ¿Anselmo?

Don Aquiles. ¡No, no es Anselmo; soy yo!

Doña Oliva. ¡Aquiles!

Don Aquiles. ¡De Peleo!

Doña Oliva. ¿Cómo?

Don Aquiles. ¡Cosas de Homero y mías! Anselmo se ha ido como perro con lata: somos incompatibles. Contigo, en cambio, parece que se lleva muy bien. Enhorabuena.

Doña Oliva. Gracias. Y dejemos a Anselmo que vaya bendito de Dios, y dime qué te ha hecho a ti volver tan de repente.

Don Aquiles. ¿Te choca?

Doña Oliva. ¿No me ha de chocar? ¿Vienes malo?

Don Aquiles. No: ¡vengo bueno! ¡Bueno! ¡Vengo bueno!

Doña Oliva. Pero, como siempre, por las nubes.

Don Aquiles. ¡Más que nunca! ¡Las nubes están bajas! ¡De esta hecha me declaro ciudadano de Marte! ¡La vida en familia! ¡Da gusto! ¡Da gusto!

Doña Oliva. No te entiendo, Aquiles.

Don Aquiles. No me quieres entender, Oliva, cara hermana; no quieres entenderme. Pero ahora me vas a entender. A ver si me explico. Al doblar una esquina, para que no me atrapara un pelmazo…

Doña Oliva. ¿Quién?

Don Aquiles. ¡Un pelmazo! Ese señor teñido de la cintita en la solapa, que estuvo la otra noche aquí.

Doña Oliva. ¡Ah, sí! ¡Castoral! Renato Castoral.

Don Aquiles. ¿Renato Castoral se llama? No lo sabía. Hace veinticinco años que me da la tabarra donde me encuentra, y no lo sabía. Es una duda *mayor de edad*, que se me ha resuelto esta tarde. No divaguemos. Al doblar una esquina, para escapar de ese sinapismo…

Doña Oliva. Y ¿por qué le temías, hombre? ¡Persona más amable!

Don Aquiles. ¡Muy amable! Pero está en el primer mes de pianola y me quiere llevar a su casa. ¡Nada más! No divaguemos. Al doblar la esquina,

¡cataplún!, de manos a boca…

Doña Oliva. ¿Otro pelma?

Don Aquiles. ¡Nadie! ¡Toda la insigne familia de Berros, de quien creía haberme librado yéndome de casa!

Doña Oliva. ¡Ah! ¿sí? ¡Qué casualidad! Huyendo del perejil te dió en la frente.

Don Aquiles. ¡Pues ya tú sabes lo mal que el perejil nos sienta a los loros! Iba la familia completa, ya te digo. Desplegada de acera a acera en la calle, caí entre todos como en una red. ¡Me obligaron a detenerme! Pero ahí verás tú: no me pesa. Gracias a esa gente he averiguado con verdadero gusto que me has querido alejar de tu casa. ¡La vida en familia!

Doña Oliva. ¡Aquiles!

Don Aquiles. ¡Oliva!

Doña Oliva. ¡Mira lo que dices!

Don Aquiles. ¡Mira tú lo que haces! Los señores de Berros no pensaban en visitarte hoy; es probado: iban a una recepción académica. El tío de los sonetos intentó ofrecerme una invitación y por poco le doy un mordisco.

Doña Oliva. ¡Ave María! Yo tampoco te aseguré…

Don Aquiles. Dejémonos de historias. Tú estabas cierta de que hoy no venía aquí esa gente, y me amenazaste con ella para que yo me quitara de en medio.

Doña Oliva. ¡Ave María!

Don Aquiles. *¡Ora pro nobis!* Y a esto cabalmente vuelvo tan de improviso y tan por las nubes: a preguntarte por qué razón te has obstinado en traerme a tu casa, si en seguida había de estorbar en ella; a que me expliques por qué esta tarde era yo un estorbo; y, por último, a que me digas de una vez si la vida en familia es ésta, y si la dulzura de este hogar va a consistir en engañarme a mí como a un chino. Porque si es así hermana, ahora mismo empiezo a descolgar mis cuadros, y está noche duermo ya en la «Pensión Suárez».

Doña Oliva. Aquiles, algunas veces, a pesar de mi pasta me da coraje oírte. Merecías que te dejara ir a esa «Pensión» a que te despertaran al amanecer viajantes y comisionistas.

Don Aquiles. Bien, bien: tú contesta a las preguntas que te he hecho…

Doña Oliva. Pues ¡claro que voy a contestar! Me has ofendido suponiendo que estorbas en mi casa; pero como conozco tus genialidades, no te lo tomo en cuenta. No sólo no me estorbas, Aquiles, sino que deseo tu compañía. Por lo mismo, disgusto que yo pueda evitarte, te lo he de evitar. O he de procurarlo siquiera. Y esta tarde iba a venir Anselmo, a quien tú aborreces…

Don Aquiles. ¡Anselmo, que no ha debido volver a poner los pies aquí!…

Doña Oliva. ¡Anselmo, que ha venido a mi ruego!…

Don Aquiles. ¿A tu ruego? ¡Bravo! ¡bravísimo!

Doña Oliva. A mi ruego, sí: óyeme primero y luego discute.

Don Aquiles. ¡No es discusión, Oliva! ¡Por ésta no paso! Si ese cínico ha de volver más, yo me voy. La primera vez que me lo tope en esta casa, cargo con mis muebles.

Doña Oliva. ¿Te quieres enterar o no?

Don Aquiles. ¡No!

Doña Oliva. Entonces, me callo.

Don Aquiles. ¡Sí! ¡Me quiero enterar! ¡Para ponerte después como chupa de dómine, naturalmente!

Doña Oliva. Para lo que sea, desarruga el entrecejo, y escucha, viejo inaguantable.

Don Aquiles. Habla ya, vieja almibarada.

Doña Oliva. ¡Preferible es el almíbar al veneno!

Don Aquiles. ¡Sí, pero siempre almíbar!… ¡Piñones! ¡Qué fuego en el estómago! Bueno, dime ya lo que sea.

Doña Oliva. Como apenas nos veíamos ni nos entendíamos, esto te sabrá a disparate, a absurdo o a chochera; pero es en mi constante deseo,

ilusión que acaricio. Me aflige, me duele que mi hija y su marido vivan separados.

Don Aquiles. ¿Eh?

Doña Oliva. Y persigo que se vuelvan a unir.

Don Aquiles. ¡Oliva!

Doña Oliva. Es lo natural; es lo cristiano; es lo conveniente.

Don Aquiles. ¡No digas disparates!

Doña Oliva. Lo natural, porque enamorados se unieron en matrimonio; lo cristiano, porque ese lazo no ha de romperlo sino Dios; lo conveniente, porque puede haber una víctima: su hija.

Don Aquiles. ¡Bravo! ¡bravísimo otra vez, hermana! ¡Qué manera de razonar! ¡Qué modo de querer a una hija y a una nieta! ¡Pretender ligarlas de por vida a un miserable, a un desalmado, a un sinvergonzón!

Doña Oliva. Que es el marido de la una y el padre de la otra, y eso está por cima de todo. Deber de las dos es atraerlo y regenerarlo, y deber de él hacerse digno de ellas.

Don Aquiles. ¡Pero eso es vivir en la luna!

Doña Oliva. ¿Tú no te ibas a Marte? ¡Pues déjame en la luna a mí!

Don Aquiles. ¡Es que desde la luna no se ve bien lo que ocurre aquí abajo! Él aceptará, en todo caso, viendo en ello un negocio, una breva que le da en los dientes… ¡y a vivir! Porque supongo, cándida paloma, que no desconocerás cómo y cuándo se ha consolado de la separación de Dorotea… ¡Rubor debía darte imaginar siquiera el traerlo otra vez al lado de tu hija!

Doña Oliva. Más rubor me da que, llevando su nombre mi hija y mi nieta, siga él por esa cuesta abajo. Creo que aún es tiempo de detenerlo… y a eso voy.

Don Aquiles. ¿Y Dorotea, qué dice? No sé por qué se me figura… se me figura…

Doña Oliva. ¿Qué se te figura?

Don Aquiles. Que en la ausencia del perdido esposo… en la separación ya larga… lo hiere quizá por los mismos filos…

Doña Oliva. ¿Cómo?

Don Aquiles. ¡Comiendo! Ya te advertí que desde la luna no se alcanzan bien las pequeñeces de este bajo mundo. Pero si desciendes un día y sales por ahí, abiertos los oídos al rumor callejero…

Doña Oliva. ¿Qué dices, Aquiles?

Don Aquiles. Digo… digo… lo que dice la gente, ¡qué piñones! Y cuando el río suena… Para nadie es ya un secreto en Madrid que el joven marido de una íntima amiga de Dorotea está más prendado de Dorotea que de su mujer. Lo demás… ¡el diablo lo sabe!

Doña Oliva. ¡Calla, Aquiles! ¡No sigas! ¡Eso es una infamia!

Don Aquiles. ¿Una infamia?

En este instante sale violentamente del estudio Dorotea y se encara con Don Aquiles.

Dorotea. ¡Una infamia! ¡Y ha dicho poco!

Don Aquiles. ¡Piñones! ¿Tú? ¿Nos estabas oyendo?

Dorotea. ¡Sí, señor!

Don Aquiles. ¡Admirable! ¡La vida en familia! ¡Se escucha detrás de las puertas!

Dorotea. ¿Y usted, dónde habrá escuchado esa calumnia que se ha atrevido a insinuar aquí? ¿Dónde? ¡En algún pudridero!

Don Aquiles. ¡En mitad de la calle, niña, ya que te me sublevas y te me engallas!

Dorotea. Y ¿le parece a usted digno siquiera de su persona recoger nada del arroyo para traerlo a casa de mi madre?

Don Aquiles. ¿Ves, Oliva? ¿Ves cómo estorbo aquí? ¡No me faltaba más que esto: que tu hija me insultase!

Doña Oliva. ¡Calmaos los dos, por los clavos de Cristo!

Dorotea. ¡Yo no puedo calmarme, mamá! No es la primera vez que esa acusación llega a mis oídos, y ya estoy resuelta a cortarle el paso para siempre con toda mi energía. ¡Eso sí que no! ¡Yo soy más fuerte que la

calumnia! ¡Y si el único medio de atajarla ha de ser el sacrificio que tú me has pedido, cerraré los ojos y lo haré!

Doña Oliva. ¡Hija!

Dorotea. ¡Sí, mamá, sí! Pero ¡por Dios bendito! *Entre lágrimas.* ¿Hasta dónde va a llegar la maldad? ¡No es bastante que viva como vivo; es necesario, por las señas, que viva en la infamia y en la deshonra!

Don Aquiles. ¡Bah, bah, bah! ¡Desplantes, protestas, llanto contenido, tila con azahar, ataque de nervios probable!… ¡Estorbo, estorbo, estorbo!…

Doña Oliva. ¡No, Aquiles, no; no estorbas! ¡Después de lo que por tu causa ha dicho mi hija, yo bendigo la hora en que te traje aquí!

Don Aquiles. ¡Pamemas, chocheces, niñerías!… ¡Estorbo, estorbo, estorbo!…

Dorotea gime en silencio. Doña Oliva, con sus caricias, trata de consolarla. Don Aquiles se va a su habitación, tan inquieto y nervioso como si le picasen dos o tres pulgas… de las suyas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

Es por la mañana.

Han pasado unos días. Doña Oliva, sentada en un rincón inmediato al estudio, lee en un libro. Por la puerta de la izquierda sale disparado Don Aquiles, en traje de calle, y se va por la del foro refunfuñando. Lo sigue a pocos pasos Primitivo, que lo deja irse y se detiene luego con la señora. Como de ordinario, está nervioso de pura rabia contenida.

Don Aquiles. *Mientras pasa la escena.* ¡Cuando se tiene por cabeza un grano de café y se quiere discurrir como con la cabeza, ocurre esto!

Primitivo. ¡Cuando se tiene en las venas aguarrás en lugar de sangre, no hay modo de vivir! ¡Me han hecho así las tripas!…

Doña Oliva. ¿Qué?

Primitivo. ¡Oh! señora… Usted dispense…

Doña Oliva. No hay de qué, Primitivo. Es cosa corriente, ya lo sé. ¿Qué le pasa hoy?

Primitivo. ¿Hoy? ¡Qué sé yo! El gato… el tigre que lleva en la barriga, que ha digerido mal. ¡Va a acabar conmigo!

Doña Oliva. Usted ya sabe perdonarlo. Es como un loco que anda suelto…

Primitivo. ¡Toma! ¡Pues si yo no me hiciera esa reflexión!…

Doña Oliva. Bueno; pues para que se calme usted un paco y se distraiga, se va a dar un paseo.

PRIMITIVO. ¡Lo que usted me mande, doña Oliva! ¡Si a mí me encanta servirla a usted, señora! ¡Si cada vez que usted me habla, acostumbrado como estoy a ese serrucho, me parece que me hacen cosquillas en la nariz con una plumita de canario! ¿Qué me manda usted?

DOÑA OLIVA. Va usted a llegarse otra vez a casa de mi yerno.

PRIMITIVO. *Dejando la sonrisa.* ¿De don Anselmo?

DOÑA OLIVA. Sí. ¿Le contraría a usted?

PRIMITIVO. ¡No!

DOÑA OLIVA. A decirle de mí parte que haga por verme en el día de hoy.

PRIMITIVO. Muy bien. Si a usted le es igual, se lo mandaré a decir por el portero de la casa, que es amigo y guardia de Orden público.

DOÑA OLIVA. Y eso ¿por qué?

PRIMITIVO. Porque el segundo día que estuve allá salió a recibirme la bizca, que a la cuenta se ha olido la tostada, y me puso verde.

DOÑA OLIVA. ¿Sí, eh?

PRIMITIVO. Peor que Don Aquiles en los días de lluvia, que es cuando se dispara del todo. ¡Qué cosas les dice a las nubes! Bien, pues la bizca…

DOÑA OLIVA. ¡Oh! También la bizca caerá por mi banda. Yo la amansaré.

PRIMITIVO. ¡Señora, por Dios! ¡No trate usted nunca con aquella arpía! ¡Es una rabanera! Aquí estoy yo siempre para todo. ¿Algo más?

DOÑA OLIVA. Nada más.

PRIMITIVO. Pues va usted a permitirme entonces una indiscreción.

DOÑA OLIVA. Diga usted.

PRIMITIVO. ¿Es cierto que se reconcilia el matrimonio; que su hija de usted y don Anselmo se unen?

DOÑA OLIVA. En eso andamos… Es casi seguro.

PRIMITIVO. ¡Cuánto me alegro! ¿Qué no conseguirá usted con su talento y su dulzura? ¡Cuánto me alegro! ¡Con lo guapa que es doña

Dorotea!… ¡A mí me hubiera costado mucho trabajo separarme de ella! ¿Usted me permite otra indiscreción?

DOÑA OLIVA. Venga.

PRIMITIVO. ¿Vislumbra usted algo?

DOÑA OLIVA. ¿De lo que va usted a decirme? Nada.

PRIMITIVO. ¡Como que es una indiscreción! Mil perdones por la pregunta. La unión del matrimonio… ¿va a ser verdadera?

DOÑA OLIVA. ¡Naturalmente! Si llegan a unirse… A eso aspiro yo.

PRIMITIVO. Verá usted, es que… como las lenguas andan sueltas… Yo voy a prevenírselo a usted, por lo que valga.

DOÑA OLIVA. Sí, sí.

PRIMITIVO. Se dice… se dice que… por motivos de conveniencia mutua, en que no entro ni salgo, sólo va a hacerse un simulacro de unión… una apariencia… ¡un pastel! No, no he querido decir un pastel: ¡un enjuague! No, no; ni un enjuague. Vamos… una componenda… una ficción… una ficción. Tampoco es ésta la palabra, pero no doy con otra.

DOÑA OLIVA. Ni es menester. Ya estoy al cabo de la calle. La gente ve crecer la hierba. ¡Caramba!

PRIMITIVO. No sería tampoco el primer matrimonio —esto se ve todos los días— que viviese bajo el mismo techo para no escandalizar a nadie, y sin embargo, luego… luego… ¡Tiene muchos techos una casa!

DOÑA OLIVA. Vuelvan ellos a vivir bajo el mismo, que ahí apunto yo… y ya la vida dirá la última palabra; ¿no le parece a usted?

PRIMITIVO. ¡Claro! Que ya me figuro yo cuál será la última. Usted, señora, no ve crecer la hierba; ve crecer la simiente… Pero ¡qué buena! ¡qué buena es usted! *Con decisión.* Se merece usted que viole un secreto. *Mirando al cielo.* ¡Dios mío, tú me juzgas! Me encomiendo a Dios porque Don Aquiles me manda a fusilar si se entera. *Misteriosamente.* ¿Usted… usted no sabe que le ha escrito hace varios días al padre de Marcial?

DOÑA OLIVA. ¿Mi hermano?

PRIMITIVO. Su hermano: a don Onofre. Yo mismo eché la carta al correo. No la certifiqué porque me lo tiene prohibido. Dice que los

certificados son los que se pierden. Nada, que está loco.

Doña Oliva. Y ¿le confió a usted lo que le decía?

Primitivo. ¡Ca! La escribió escamadísimo. Entró la perra y le tiró una bota, porque le dió un susto. Creyó que era alguien. Cuando terminó dió un resoplido y dijo: «Así. Las cosas, claras, y el chocolate, espeso». ¡El chocolate!

Doña Oliva. ¡El Cristo de Lezo nos valga y esté con nosotros! ¡A saber lo que le habrá escrito a ese buen señor!… ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué hermano! ¡Cuánto le agradezco a usted esta confianza, Primitivo! Vaya usted, vaya usted a avisarle a mi yerno. *Preocupada y haciéndose cruces se aleja por la puerta de la izquierda.*

Primitivo. ¡Qué peso se me ha quitado de encima! No estaba yo tranquilo. A esta señora debía declararle… Bueno, y ahora… ahora a ver a la bizca. Antes, a averiguar dónde tengo el sombrero. ¡Qué cabeza! A ratos no le falta razón a Don Aquiles. ¡Parece mentira! ¡Ah, sí! En el estudio lo dejé.

Llega en esto Dorotea de la calle, por la puerta del foro.

Dorotea. ¡Hola, Primitivo; buenos días!

Primitivo. ¡Oh! Buenos días, Dorotea. ¡Qué aparición! ¿Le han zumbado a usted los oídos?

Dorotea. No. ¿Por qué?

Primitivo. Porque no hace mucho la nombrábamos a usted aquí doña Oliva y yo. ¡Las cosas! ¿Pasó usted ayer tarde al oscurecer, en un simón, por la calle de Carretas?

Dorotea. No; no salí de casa en todo el día.

Primitivo. Pues hubiera jurado…

Dorotea. ¿Y mi hija?

Primitivo. Pintando en el estudio.

Dorotea. ¿Está sola?

Primitivo. No sé si por el jardín habrá entrado alguien.

Dorotea. Entonces mejor es que venga. Dígale usted de mi parte que venga.

PRIMITIVO. ¡Encantadísimo! ¡Yo vendría con ella también!

DOROTEA. *Sonriendo.* ¿Ah, sí?

PRIMITIVO. Disculpe usted la confianza… Me es usted tan agradable… tan… tan…

DOROTEA. Avísele usted a mi hija.

PRIMITIVO. Voy, sí, voy. Usted disimule. *Éntrase en el estudio.*

Dorotea se quita el sombrero y se sienta a esperar a Jacobita. Ésta sale a poco.

JACOBITA. *Sorprendida* ¿Tú, mamá?

DOROTEA. Yo misma, sí. ¿Qué? ¿Acabaste las flores?

JACOBITA. Me has cogido precisamente en ese punto en que dice una: ya no toco más.

DOROTEA. Celebro mucho haber llegado tan a tiempo.

JACOBITA. Pero ¿qué ventolera es ésta? ¿No quedamos ayer en que hoy por la mañana no vendrías? ¿Qué traes?

DOROTEA. Novedades, hija de mi alma. Van ya diez días en que no hago nada de lo que pienso hacer. Algo surge siempre que ha de alterar mis planes. Vivo del azar, de lo imprevisto.

JACOBITA. Y ¿quién tiene la culpa de eso?

DOROTEA. ¡Tú!

JACOBITA. ¿Yo? ¿Dicho así con tanto coraje?

DOROTEA. Con tanto y más, porque también la tiene tu novio. ¡Señor, qué pareja! ¡Cómo voy a descansar el día que os caséis!

JACOBITA. Pues ¿y yo?

DOROTEA. ¿Tú? *Suspirando con miedo.* ¡Ay, Dios mío!

JACOBITA. Es inútil que suspires, mamá, porque no me asustas. Pero, bueno, ¿qué hay?

DOROTEA. Una cosa algo extraña, algo sospechosa. Me ha hecho cavilar… y aun me ha resuelto en mis vacilaciones.

JACOBITA. ¿En todas ellas?

DOROTEA. Desde luego en las que más pueden interesarte.

JACOBITA. A ver; dime, dime.

DOROTEA. ¿Cuándo iba a venir a Madrid el padre de Marcial?

JACOBITA. El mes próximo, creo; después de los Santos.

DOROTEA. Pues ha venido esta mañana.

JACOBITA. ¿Esta mañana? ¿Qué me cuentas, mamá? ¿Sin ningún aviso?

DOROTEA. *Le* avisó anoche a Marcial por un telegrama, que Marcial recibió a deshora. Antes de ir a la estación a esperarlo, llamó por teléfono a casa para advertirle de ello. Tú no estabas ya, y habló conmigo. Parecía inquieto, alarmado; casi me dejó con la palabra en la boca y se fué a recibir a su padre. Yo he creído conveniente que hablemos, y aquí estoy.

JACOBITA. *Atribulada, inquieta a su vez.* ¡Ay, mamá! ¿Qué va a ser de nosotros, mamá?

DOROTEA. *Enfrenando sus sentimientos.* Nada: no te apures.

JACOBITA. ¿Nada? Pues ¿cómo interpretar bien este viaje de ese buen señor?

DOROTEA. Y ¿por qué interpretarlo mal? ¿No ha podido avivársele la impaciencia de conocerte, de conocernos?

JACOBITA. Pues ahí está lo malo. Aunque no haya adelantado el viaje por ninguna sospecha de otra índole, llega aquí cuando nuestra situación no ha cambiado; cuando están como estaban las cosas… *Hija y madre se miran.* Digo, a menos que…

DOROTEA. ¿No me has oído antes? Ven acá: dame un beso y no temas nada.

JACOBITA. ¡Mamá!

DOROTEA. ¿Cuál era el fantasma? ¿Cuál el obstáculo temible? ¿Mi separación de tu padre? *Jacobita baja los ojos.* ¿Era ése? Pues nada temas de él. Lo he ahuyentado esta mañana en un arranque de valor y de sacrificio.

JACOBITA. ¿Qué dices?

DOROTEA. Sólo cuando seas madre como yo entenderás esto. Volverá tu padre a mi casa. Le daré nuevamente a mi vida apariencia normal. La sociedad puede estar contenta… Me aplaudirán muchos…

JACOBITA. ¡Muchos, sí; muchos! *Besándola con efusión.* ¡Y yo la primera!

DOROTEA. ¡Ah! Lo tuyo es otra cosa, hija. Sí, sí; me aplaudirán muchos; volverán a mirarme otros… Todos esos que andan husmeando a mi alrededor a ver si en verdad pueden acusarme de alguna falta. Los mismos que ahora me miran de soslayo porque estoy separada de mi esposo, y se honrarían, sin embargo, con mi amistad si viviese unida a él… y fuera capaz de engañarlo. Así piensa la gente.

JACOBITA. Pues ya verás, mamá, cómo este sacrificio tuyo va a ser para bien; para el bien de todos nosotros, que es el que nos importa. Marcial y yo… ¡figúrate! La abuela, ¡no se diga! Tú…

DOROTEA. Yo…

JACOBITA. Regenerarás a papá; conseguirás hacerlo otra vez bueno; lograrás que otra vez te quiera… *Dorotea calla.* ¿No? Contéstame. ¿No?

DOROTEA. Déjame en silencio: respétalo. Confórmate con lo que voy a hacer.

JACOBITA. Pero si es que yo confío en que papá, al volver a tu lado, al volver a vivir contigo, que tan buena eres… sea… sea de nuevo tal como fué cuando te quiso. ¿Por qué no?

DOROTEA. Porque nunca me quiso, hija de mi vida.

JACOBITA. ¿Qué?

DOROTEA. No; nunca me quiso. Yo me casé con él engañada. Pero ¿a qué hablar de esto tan amargo, tan desagradable? Conserva tú la esperanza que tienes y no entres en mi desilusión, que vas a morirte de tristeza. Atengámonos sólo a lo presente, a lo remediable. Tu felicidad, si depende de mí yo no te la quito, me cueste a mí lo que me cueste. Viviré con tu padre en una apariencia de paz engañosa, que a ti te salve pero que nadie me pida más; que nadie confíe en que la repugnancia se convierta en afecto, ni aun se trueque en tolerancia siquiera…

JACOBITA. ¡Entonces!…

DOROTEA. Hija, no me obligues a decir más… Acepta lo que hago… sin discutirlo, sin analizarlo… por el bien que te trae nada más. Cuando se te

ocurra tratar de esto, calla y bésame.

JACOBITA. No, no, mamá; eso, no. Si yo me he prestado a aceptar contenta tu sacrificio, ha sido pensando en que participabas también de la ilusión de la abuela y mía; del deseo, de la confianza de salvar a papá… No siendo así, no. ¡Ocurra lo que ocurra! Tanto como valga para ti mi felicidad, vale la tuya para mí. La mía buscará otros medios menos dolorosos de hacerse fuerte. No, no, mamá; te lo repito. A ese precio, no.

DOROTEA. *Conmovida.* ¿Por qué?

JACOBITA. No me preguntes lo que ya tienes por mí contestado en tu alma.

DOROTEA. Pero, hija, si yo declino ya; si mi vida eres tú, si en ti se concentra… si yo… ¡si yo soy tú!

JACOBITA. Bien; pues yo no quiero para mí tus dolores. *Con temor súbito.* Aguarda.

DOROTEA. ¿Qué?

JACOBITA. Siento la voz de Primitivo ahí dentro…

DOROTEA. Y ¿qué?

JACOBITA. Que pudiera venir con papá.

DOROTEA. ¿Con tu padre?

JACOBITA. Sí.

DOROTEA. ¡Pues ahora, no; ahora no he de verlo! ¡Ahora, no!

JACOBITA. ¿Ahora no y luego sí? ¿Ves, mamá? ¡Ahora, no! ¿Cuándo, entonces?…

DOROTEA. No sé… Pero ahora, no. *Se entra en el estudio.*

JACOBITA. *Desolada.* ¡Ahora, no!… ¡Ni ahora ni nunca! ¡Qué pronto me ha dado la razón!

Por la puerta del foro vuelve Primitivo, un poco atolondrado.

PRIMITIVO. También ha sido casualidad…

JACOBITA. ¿Qué es eso, Primitivo? ¿Ya de vuelta?

PRIMITIVO. Sí, porque… al salir de aquí para ir a… ya está usted enterada… me encontré con el portero de allá, el guardia de Orden público, y

me ahorró el viaje.

Jacobita. ¿Le dió usted el recado a él?

Primitivo. No; no, no. Lo que a mí se me manda, lo hago personalmente. Pero es que don Anselmo se ha ido a Aranjuez esta mañana en automóvil con unos amigos. Y ¡claro!… era inútil… Ferreras —el guardia se llama Ferreras— cree que regresará a la noche. Así es que, en todo caso, luego…

Jacobita. Bien, bien; dígale usted a la abuela que en el estudio la esperamos nosotras.

Primitivo. ¡En seguida!

Jacobita. Un millón de gracias. *Yéndose adentro.* ¿Mamá?

Primitivo. ¡Qué atentas!… ¡Qué finas!… Por todo dan las gracias, por todo sonríen… Entran ganas de vivir con ellas. Si necesitaran un administrador…

Llega en esto Don Aquiles por la puerta del foro, frotándose las manos.

Don Aquiles. ¡Qué barbaridad! ¡Qué mañanita! ¡Hombre, celebro verte!

Primitivo. ¡Caramba!

Don Aquiles. ¡Quieres que coja una pulmonía, por lo visto!

Primitivo. ¿Yo?

Don Aquiles. ¡A ver! ¡Me dices que hace una mañana hermosísima, salgo a cuerpo a la calle, y me pelo de frío!

Primitivo. ¿Se pela usted de frío, verdad?

Don Aquiles. ¿No lo hace?

Primitivo. ¡Yo acabo de llegar sudando! ¿Qué quiere usted que le diga, señor? ¡Sudando! ¡Tóqueme usted la frente!

Don Aquiles. ¡Tócame tú a mí las narices!

Primitivo. *En un inesperado rasgo de dignidad.* Oiga usted, oiga usted; que me afeito la cara; que ya me voy cansando yo…

Don Aquiles. ¿De qué te vas cansando: de querer pensar con una aceituna sin hueso?

Primitivo. ¡No, señor; me voy cansando de este trato de usted, y de este desprecio, y de este…! ¡Caramba! ¡Que me afeito la cara, Don Aquiles!

Don Aquiles. Van dos afeitados: cuidadito con el tercero.

Primitivo. ¿Es quizá culpa mía sentir el frío menos que usted? ¡Esto debería usted pensarlo con esa cabeza tan privilegiada! ¡Cuando no se han cumplido veinticinco años, se tita más difícilmente que cuando se lleva encima siglo y medio!

Don Aquiles. *Turulato.* ¿Eh?

Primitivo. ¡Con un cutis tan fino como el de usted, en ver de preguntarle a nadie por la temperatura, se consulta el termómetro antes de salir o se usa un termómetro de bolsillo!

Don Aquiles. Mira, mira, mira… Pero ¿qué sarta de idioteces es ésa?

Primitivo. ¿De qué?

Don Aquiles. ¡De idioteces!

Primitivo. ¿De idioteces? ¿Dice usted de idioteces?

Don Aquiles. ¡De idioteces, digo!

Primitivo. ¿De manera que yo soy un idiota?

Don Aquiles. ¡Desde que naciste! ¿Lo dudas un momento, idiota?

Primitivo. No, no lo dudo; basta que usted lo afirme; pero desde ahora mismo va usted a buscar un sabio que lo aguante. ¡Allá veremos qué tal se porta Salomón!

Don Aquiles. ¿Eh?

Primitivo. Lo dicho: yo seré un idiota, pero usted no me lo llama más. ¡Se acabaron mis idioteces! ¡A buscar al sabio que lo sirva!

Don Aquiles. *Atacado súbitamente de risa, ante el gesto y la actitud, del chucho.* ¡Pfff!… ¡Qué cosa más graciosa!

Primitivo. ¡Ah! ¿Se ríe usted?

Don Aquiles. ¡Pfff!… ¿No lo estás viendo, hombre?

Primitivo. Pero ¿de qué se ríe usted, señor?

Don Aquiles. ¡Piñones! ¿De qué me he de reír? ¡De la gracia que has tenido ahora! ¡Pfff!… ¡Le has puesto un límite a lo cómico!

Primitivo. *Asombrado.* ¿Qué?

Don Aquiles. ¡Si dudas que eres un idiota, mírate ahora al espejo! ¡Pfff!… ¡Qué cara! *Dándole el bastón y el sombrero.* Ten ahí.

Primitivo. ¿Eh?

Don Aquiles. Ten ahí; lleva esto allá dentro.

Primitivo. Pero ¿no se ha enterado usted de lo que le he dicho?

Don Aquiles. Sí, hombre, sí; anda ya y no discutas. ¡Anda! *Primitivo, que ha cogido maquinalmente bastón y sombrero, abre los ojos con tal pasmo que excita de nuevo la risa de Don Aquiles.* ¡Pfff!… ¿Quién había de decirme a mí que esta mañana iba yo a reírme de esta manera? ¡Pfff!…

Primitivo. *En un especial estado de estupefacción.* ¡Bueno! ¡Por lo visto hay que tomarlo a risa! ¡Ja, ja, ja! ¡Hay que tomarlo a risa!

Don Aquiles. ¡Pfff!…

Por la puerta de la izquierda sale Palmira, cuando va a marcharse por ella Primitivo.

Palmira. ¡Ay! ¡Qué novedad! ¿De qué se ríen ustedes tanto?

Primitivo. ¡No sabe usted! ¡Lo más gracioso de este mundo! ¡Me ha llamado idiota veinticinco veces seguidas! ¡Ja, ja, ja! *Vase.*

Palmira. ¡Qué salida más chusca! Pero me ha dado a mí gusto verlos tan contentos… Ya decía yo que usted en esta casa cambiaría de carácter. *La mirada que le echa Don Aquiles equivale a un rotundo mentís.* Yo no lo había visto a usted reírse nunca. *Con gran ingenuidad.* De veras: nunca. Y voy a aprovechar la ocasión, si usted me autoriza, para preguntarle… Don Aquiles, *durante esta inocente consulta de la doncella, apela de cuando en cuando, a guisa de respuestas, a sus rumores sin palabras.* Usted, que es tan listo, y que quiere a Primitivo como un padre, se habrá fijado ya en que entre nosotros hay algo. *Rumor de Don Aquiles.* Algo… algo de lo que puede haber entre nosotros. A mí, desde luego, él me gusta. Me gusta, sí. Todavía más que su físico, su *químico,* como aquel que dice. *Rumor.* Ha sido siempre mi ideal: un hombrecito trabajador, muy trabajador, y que no tenga nada que hacer

nunca para que esté siempre a mi lado. ¿Verdad, don Apeles? ¡Ay, don Apeles! ¡Don Aquiles! La que tiene boca, se equivoca. *Rumor*. Pues bueno: si, como yo espero, llegamos a entrar en relaciones amorosas y a pensar más adelante en casarnos…

Don Aquiles. *Estallando al fin.* ¡Piñones! ¡Si llegara, por desgracia, ese día, yo presentaría una denuncia al Gobierno!

Palmira. *Desconcertada.* ¿Cómo?

Don Aquiles. ¡Sí, niña, sí! ¡Hay que velar por la raza española! ¡Bastantes sabandijas andan por esas calles para que nazcan más con mi consentimiento! ¡Pollos enclenques! ¡Damiselas raquíticas! ¡Ellos, sin estómago; ellas, no sabe uno si vienen de frente o van de espaldas!… ¿Qué porquería de raza es ésta? ¡Largo, largo!

Palmira. Pero, señor…

Don Aquiles. ¡Pero, niña! ¿De dónde saca usted que yo vaya a tolerar sin protesta todas sus memeces? ¡Estoy ya cansado! ¡Largo, largo de aquí!

Palmira. *A punto de llorar.* ¡Largo de aquí!… ¡Qué frase! Porque una sea humilde… no merece…

Sale doña Oliva por la puerta del foro, y al notar la aflicción de la doncellita, pregunta:

Doña Oliva. ¿Qué ocurre? ¿Qué tienes tú, Palmira?

Palmira. Nada, doña Oliva; que cuanto más se esmera una en ser agradable, peor. *Ofendida.* ¡No volverá a verme la sonrisa de la Gioconda! *Vase haciendo pucheros por donde ha llegado doña Oliva.*

Doña Oliva. ¿Qué ha sido, Aquiles?

Don Aquiles. ¿Qué había de ser, hermana? ¡Consecuencia de las alas que tú le das y que yo no estoy dispuesto a consentirle!

Doña Oliva. ¡Válgame Dios, qué especial eres! Con todo has de chocar. ¡Picaros años!… A mí me agrada tratar a los criados con afecto, con cierta blandura… ¿Te parece poco trabajo el que ya tienen con servirnos? Son

semejantes nuestros, son familia pobre… Se les debe considerar como de la familia…

Don Aquiles. Los criados son una gentuza, unos bigardones, que si el amo se coge los dedos en una puerta, se ríen; capaces de envenenar un día la sopa, para que reviente; y si lo soportan a uno, es por la ilusión de que se les dejen cuatro ochavos en el testamento. En fin, tú lo has dicho: ¡como de la familia! La frase es muy dichosa.

Doña Oliva. Yo pienso de modo distinto. En casa, el que entra, no quiere salir. Laurencio tuvo el mismo criado toda su vida. «Sólo en esto me parezco a Velázquez», solía decir el pobre. ¡Aquel Julián, tan fiel, tan respetuoso!… Cierto que le tapaba algunos trapicheos de escaleras abajo… *Mirando a lo alto conforme a su costumbre en tales momentos.* Lo supe también.

Marcial, que viene de la calle, habla dentro.

Marcial. ¿Doña Oliva?

Doña Oliva. ¿Eh? ¿Marcial?

Don Aquiles. ¿Marcial? *En actitud de huir.* ¡De verano! ¡Me encocora este ingenuo!

Pero sale Marcial a tiempo de pararlo en su huida.

Marcial. ¡Don Aquiles! ¡Señor Don Aquiles! Un instante.

Don Aquiles. ¿Qué?

Marcial. Un instante. Quiero hablar con usted… con ustedes… Buenos días, doña Oliva.

Doña Oliva. Buenos días, Marcial.

Marcial viene radiante de gozo.

Marcial. ¿Y Jacobita?

Doña Oliva. En el estudio, con su madre.

Marcial. ¿Con su madre? ¡Me alegro! Voy a verlas. Aunque, no, primero… Estoy aturdido, nervioso… Ustedes dispensen… No sé lo que hago ni lo que digo… Pero en la cara me conocerán que hay noticias… y que son buenas.

Doña Oliva. Pues ¿qué noticias hay, Marcial?

Marcial. Mi padre ha llegado; esto ya lo sabrán ustedes.

Doña Oliva. Yo, no. ¿Cuándo ha llegado?

Marcial. Hace una hora. Vengo de dejarlo en el hotel. ¿Usted tampoco lo sabía, Don Aquiles?

Don Aquiles. ¿Por dónde? ¿Lo han escrito quizá en las pizarras de los periódicos? ¡Porque yo no las leo! ¡Tropa de vagos mirando al celeste!…

Marcial. *A doña Oliva.* Yo hablé por teléfono, antes de ir a la estación a esperarlo, con su hija de usted… Y ¡claro! creí que ella…

Doña Oliva. Es que todavía no nos hemos visto esta mañana.

Marcial. Ya. Pues, sí; ha llegado mi padre. Apenas recibió la carta de usted, Don Aquiles…

Doña Oliva. *Con socarronería.* ¿Qué carta? ¿Tú le has escrito a don Onofre?

Don Aquiles. Sí.

Doña Oliva. Como nada me has dicho…

Don Aquiles. Ni tenía para qué.

Doña Oliva. ¡La vida en familia! ¿Verdad?

Don Aquiles. Esa pulla, huelga.

Doña Oliva. Sí: todas las pullas que a ti te alcanzan, huelgan. Las que *trabajan* son las que tú nos sueltas a los demás.

Marcial. No se incomoden… Compartan mi alegría… Hoy es día de paz y de júbilo. Óiganme ustedes. Mi padre, Don Aquiles, ha de venir mañana o pasado a contestar personalmente a su carta de usted; pero ha deseado que yo me anticipe, ya que soy yo quien lleva aquí la mejor parte. Además dice que no le gusta ser personaje de tercer acto de comedia.

Don Aquiles. ¡Muy ingenioso!

Marcial. Cuanto yo diga, es como si él mismo lo dijese. Está conmovido del caballeroso rasgo de usted; agradecidísimo a su lealtad, a su hombría de bien, a su nobleza…

Don Aquiles. ¡Menos incienso, niño!

Marcial. No es incienso, mi querido señor.

Don Aquiles. Nada tiene que agradecerme su padre de usted, ni yo le escribí para eso. Yo le escribí sencillamente por cumplir un deber que se me antoja ineludible. Las mujeres viven del enredo y de la faramalla, y en un caso tan serio como éste en que es usted protagonista, joven inflamable, yo, el único hombre de esta familia —¡de esta familia, Oliva!— no debía permanecer callado. ¡Y enteré a su padre de usted punto por punto de cuanto pudiera interesarle, si, como yo había oído, es persona de estrecha rectitud moral!

Marcial. ¡Sí, señor, que lo es!

Don Aquiles. ¡Pues así no podrá echarme en cara a mí nunca que se le haya engañado en casa de mi hermana viviendo yo en ella!

Doña Oliva. Lo que ni aun sospecha su padre de usted es que esa carta la ha escrito mi hermano, aunque él mismo se figure otra cosa, no por un exagerado escrúpulo de conciencia sino exclusivamente por meter la pata.

Don Aquiles. ¡También es posible! No lo discuto ni momento. Meter la pata es placer de dioses.

Marcial. Sea por lo que quiera, la carta de usted, que yo comprendo que es muy fuerte…

Don Aquiles. ¿Usted la ha leído?

Marcial. Sí, señor. Papá me la ha dado a leer. ¿Lo extraña?

Don Aquiles. ¡Mucho!

Marcial. ¿Por qué, si tan directamente me toca?

Don Aquiles. ¡Porque yo se la dirigí al padre y no al hijo! ¡A usted le hubiera dicho muy otras cosas, pollo! Se me empieza a desdibujar ese carácter tan entero.

Marcial. Pues no, no; que no se le desdibuje a usted, señor de Iruela. Mi padre ha sido siempre y es un hombre muy recto, muy severo y muy firme… pero, a la vez, muy bondadoso. Por eso lo hemos respetado tanto sus hijos.

Doña Oliva. ¡Claro, señor! Ser severo y ser recto, no es ser un asperón ni un poste.

Don Aquiles. ¡Bah, bah, bah! Se me desdibuja, se me desdibuja mi héroe. ¡Si lo sé, no le escribo!

Marcial. Además ya es ocasión de enterar a ustedes de algo que ha de justificar muchas cosas, no sólo de mi padre, sino también mías… A ustedes quizá les haya parecido mi actitud, al conocer el estado de relaciones entre la madre de Jacobita y su marido, la de un colegial inocente; la de un hombre sin experiencia alguna, sin voluntad, sin criterio casi, sin idea de la vida… Y, sin embargo, un hecho sucedido en mi casa, me absuelve y me disculpa.

Doña Oliva. ¿Ah, sí?

Don Aquiles. ¡Sí; yo lo veo ya claro: llegó la hora de las componendas! ¡Novelitas *blancas*! —como ahora dicen por ahí.

Doña Oliva. *A Marcial, que está atónito.* No le haga usted caso. ¿Qué hecho es ése, Marcial?

Don Aquiles se agita, prestando a medias atención al muchacho. Doña Oliva lo oye con interés.

Marcial. El mayor de mis hermanos, señora, Jaime, se enamoró también como yo y pasó por las mismas torturas por las que yo he pasado. Su novia se hallaba en parecidas circunstancias a las de Jacobita.

Doña Oliva. ¿Qué me dice usted?

Marcial. La madre de aquella muchacha era una mujer excelente, una buena señora; el padre era un perdido, un vicioso… Vivían separados también: ella llevaba una vida sin tacha…

Doña Oliva. ¡Como aquí!

Marcial. Cierto: como aquí. Él, una vida de cinismo, de crápula, de escándalo…

Don Aquiles. ¡Como aquí!

Marcial. *Seriamente.* Como aquí, sí, señor. Mi padre se opuso con toda su energía a aquellos amores, y no hubo medio de reducirlo.

Doña Oliva. ¿No?

Marcial. No, señora, no. Se terminaron tristemente: la boda se deshizo. Mi hermano tragó muchas lágrimas… Al cabo lo hizo olvidar el tiempo… y años más tarde se casó.

DOÑA OLIVA. ¿Con la misma?

MARCIAL. Con otra, desgraciadamente.

DOÑA OLIVA. ¿No es dichoso?

MARCIAL. No. Y esta mañana, al encararnos el padre y el hijo, al vernos frente a frente, leyendo la carta de Don Aquiles, tembloroso yo, conmovido él, me dijo estas palabras. Oiga usted, Don Aquiles.

DON AQUILES. ¡Lo estoy oyendo todo, joven!

DOÑA OLIVA. Pues párate y oirás mejor.

MARCIAL. Me dijo estas palabras: «Yo soy el autor de la desventura de tu hermano. La vida en ti me quiere probar otra vez. Sigo siendo el que era: el fondo de mi carácter es el mismo; pero han pasado por mi corazón y por mi cabeza veinte años. Si esta nieve que me ha caído encima me hubiese caído inútilmente, yo sería el hombre más estúpido de la tierra». Así me dijo.

DOÑA OLIVA. ¡Ya escampa, y llovía a chuzos!

MARCIAL. *Excitado, feliz. Y* añadió: «Te repito que soy el que era: tú lo sabes bien. Pero ya no estoy ciego ante mis errores».

DON AQUILES. ¡Pues entonces no es el que era!

MARCIAL. ¡Sí, señor; el mismo… aleccionado por la vida!

DOÑA OLIVA. ¡Porque no es de cal y canto, Aquiles!

MARCIAL. ¿Es que usted, por ventura, no tiene que arrepentirse de nada en este mundo?

DON AQUILES. ¿Cómo no? ¡Ahora mismo, de haber tomado por gigantes los molinos de viento!

MARCIAL. Recuerde usted que cuando Don Quijote los confundió estaba loco.

Don Aquiles gruñe.

DOÑA OLIVA. Pero, hermano, me estás dando rabia como nunca. De manera que viene el pobre chico loco de alegría a traernos las mejores nuevas, y todavía rechinas los dientes. Siga usted, Marcial, siga usted. ¿Qué más le dijo a usted su padre?

Marcial. De esto, poco más. Pero, en fin, me dijo: «La situación de la madre de tu novia no ha de ser obstáculo para que tú te cases con la hija».

Doña Oliva. ¿Tú oyes, Aquiles?

Don Aquiles. ¡Dale, bola!

Marcial. «Y si a esa mujer infeliz le repugna volver a unirse a su marido, real o aparentemente siquiera, yo no he de contribuir con mi obstinación a tal sacrificio… Así me lo grita mi conciencia y así será».

Don Aquiles. ¡Bravo!

Marcial. ¡Bravo, sí, señor, bravo! No todos los hombres son capaces…

Don Aquiles. ¡Ya se ve que no! Ya ni hay convicciones ni hay caracteres, ni hay nada más que la frase expresiva de la estulticia de este siglo estúpido: ¡la cuestión es pasar el rato!

Doña Oliva. ¡Pero pasarlo bien, Aquiles! *A Marcial.* Ande usted a darles esta gran alegría a la hija y a la madre, y deje usted a este majadero.

Marcial. Sí, señora, sí; voy… Don Aquiles, yo no sé qué pensar de usted… Yo siento en el alma que estas noticias, que yo creía tan gratas, lo hayan irritado a usted tanto.

Doña Oliva. La irritación es crónica.

Don Aquiles. La irritación y algo más, Oliva.

Marcial. ¿Eh?

Don Aquiles. Nada: ha sido aparte, como en las comedias de mis tiempos.

Doña Oliva. Ande usted, ande usted, Marcial. Deme a mí un abrazo.

Marcial. ¡Y ciento, señora!

La abraza cordialmente y se va al estudio.

Doña Oliva. ¡Pobre chico! ¿Por quién se cambiará en este instante?

Don Aquiles. Por mí no, porque no me dejo.

Doña Oliva. Ni él lo pretendería, no te apures.

Don Aquiles. Bueno está ser joven, pero no a trueque de ser tonto. ¡Bien he hecho el indio, como graznan los niños *bien*! ¡Bien! ¡Bien!

Doña Oliva. ¿Por qué has hecho el indio, hombre de Dios? ¡Eres insoportable, Aquiles!

Don Aquiles. Ya me he dado cuenta. ¡Pues he hecho el indio, hermana, por haber tomado por un carácter medieval a una armadura con un conejo dentro! ¡A ese espantajo de don Onofre! ¡Por eso he hecho el indio! Pero no volverá a ocurrirme. A mí también esta lección de la experiencia —no la cursilería de la nieve que me ha caído— me ha de servir de algo. Cuando se me presente alguna vez otro carácter vigoroso, pensaré para mi capote: guarda, que es conejo.

Doña Oliva. *Desesperada.* Pero, pero… Aquiles… ¡Ay, Jesús! Contigo se pierde la paciencia y la… la… ¡Se pierde la paciencia! ¿Es que la cuestión es rabiar de todas maneras, hermano?

Don Aquiles. ¡*Chi lo sa*!

Doña Oliva. ¡Eres absurdo, eres incomprensible… tientas al demonio!

Don Aquiles. Por eso vivía tan a gusto, sólito, en mi entresuelo de la plaza de Oriente. Y ¡cuidado que los relevos de palacio!… ¡*Vade retro*!

Doña Oliva. ¿Lo ves? ¡El caso es rabiar! ¡Que los chicos se quieren: rabias!

Don Aquiles. ¡Rabio!

Doña Oliva. ¡Que hay obstáculos a sus amores: rabias!

Don Aquiles. ¡Rabio!

Doña Oliva. ¡Que ya no los hay: rabias también!

Don Aquiles. ¡También!

Doña Oliva. ¡Y rabias si trato de que Dorotea y Anselmo se reconcilien, y rabias si ves que siguen separados! ¿Adónde vas por este camino?

Don Aquiles. ¡A la «Pensión Suárez»!

Doña Oliva. ¡Ay, si yo te dejara ir a ella!

Don Aquiles. Me iré aunque no me dejes. ¿Crees que es de rosa el porvenir que aquí se me presenta? La parejita recién casada a vivir con nosotros. ¡Qué delicia! ¡Idilios por todos los rincones y a todas horas! Y luego, los mareítos de la nena… y dengues van y vienen. Y después un niño, para amenizarme las noches en competencia con los ruiseñores… ¡Ca, hombre, ca! ¡La libertad es aire!

¡Qué feliz es el palomo
que vive en el palomar!…

Doña Oliva. Mira, Aquiles, mira…

Don Aquiles. ¿Qué?

Doña Oliva. *Reprimiéndose*. Nada, nada… Cierro mi pico: dejo a la procesión ir por dentro. No quiero que riñamos; no quiero, Aquiles; no me da la gana. Me lo propuse cuando viniste aquí y he de cumplirlo. No reñiré contigo, no. ¡Triste vejez la tuya! Sí te diré una cosa… y acabe aquí esta escena: que tan mal me parecen los jóvenes que abominan de la vejez como los viejos que abominan de la juventud. Y nada más hermano; y tú allá… y Dios te lleve adonde creas que vas a estar a gusto, si eso no es imposible. Yo me voy a tomar el sol… El sol de éstos.

Sale Dorotea del estudio.

Dorotea. ¡Ven, mamá, ven! ¡Aquellos dos están como locos!

Doña Oliva. Sí, hija, sí. Con ellos iba; con vosotros iba. En cambio, mi hermano y yo andamos a la greña, casi.

Dorotea. Pero ¿por qué?

Doña Oliva. ¡Por eso: porque están contentos los chicos y lo estamos tú y yo! En fin, él allá *A don Agilites.* ¡Allá tú! *Se entra en el estudio.*

Don Aquiles. ¡Allá yo! *A Dorotea, que va a seguir a doña Oliva.* ¿Y tú estás contenta también, según oigo?

Dorotea. ¡Mucho! ¿No he de estarlo?

Don Aquiles. ¿Ya no te unes a ese bergante?

Dorotea. ¡Ya, no! *Suspirando con íntimo gozo.* ¡Ay! ¡Bien hayan los viejos que saben comprender y transigir, perdonar!…

Don Aquiles. Total: que yo soy un ser abominable.

Dorotea. *Sin oírlo.* ¡Me iba a meter en un calabozo y estoy ahora en medio del campo! ¡Ay!…

Don Aquiles. *Venenosamente.* Alguien se alegrará tanto como tú; ¿no, sobrina?

Dorotea. *Un momento indignada.* ¿Otra vez? ¡Pero diga usted lo que quiera! ¿Qué me importan ya sus insidias, tío Aquiles? Mi sacrificio era por mi hija; sólo por ella. ¡Benditos sean los hijos, que nos llevan a aceptarlo todo por su amor, por su vida! Pero si mi hija ya no necesita de un nuevo dolor mío, yo me aparto de él. ¡Es demasiada carga para echarla sobre mis hombros, sólo porque la gente hable o deje de hablar lo que quiera! ¡Venga usted también al estudio!

Don Aquiles. ¡Déjame a mí de cuadros tiernos!

Dorotea. ¿Le duelen a usted?

Don Aquiles. ¡Me sacan de quicio! Anda, anda; vete tú.

Dorotea. ¡Allá usted! *Vuélvese adentro.*

Don Aquiles. Allá tú, la una; allá usted, la otra… Es decir, en romance: se nos da una higa de usted y de su genio. Si esto no es echarme de aquí, baje Dios y lo vea. Pero, no; que no baje, no la enredemos: no vaya a interceder. ¡Que se quede allá arriba! *Husmeando a la puerta del estudio.* ¿Eh? ¿Se ríen? ¡Sí, se ríen! ¡Se ríen todos! ¡Y será de mí! ¡Seguramente! ¿De quién van a reírse más que de mí? *De improviso siente como lástima de si propio. Nuestro terrible amigo se blandea y se emociona.* ¡Está visto: soy la irrisión, soy la chacota; soy el mono de un organillero; el oso de un húngaro!… ¡No me quiere nadie; no me entiende nadie; no me soporta nadie!… *Sube el llanto a sus ojos. Siéntase abatido y se enjuga las lágrimas.*

En este momento asoma por la puerta de la izquierda Primitivo que se queda de una pieza al verlo así.

Primitivo. ¿Llora?… ¡Llora!

Don Aquiles. ¡Estoy solo, solo; más que solo; peor que solo! ¡Me voy a morir como un perro!

Primitivo. *Enternecido.* ¡Con otro perro al lado, señor Don Aquiles!

Don Aquiles. *Sacudiéndose instantáneamente, sorprendido, contrariado y un poco ruboroso de su debilidad.* ¿Eh?

Primitivo. ¡Con otro perro, sí, señor! ¿Estaba usted llorando?

Don Aquiles. ¿Yo? ¿Llorando yo? ¿De dónde sacas esa majadería, zascandil?

Primitivo. Quiso parecerme…

Don Aquiles. ¡Pues has dado en la herradura, como de costumbre! Tráete tu sombrero y el mío, que nos marchamos a la calle.

Primitivo. Llueve ahora, señor.

Don Aquiles. ¿Que llueve ahora?

Primitivo. Sí, señor, llueve. *A una iracunda mirada de Don Aquiles.* Yo no lo puedo remediar.

Don Aquiles. ¡Yo, sí! ¡Ve por los sombreros, que no llueve!

Primitivo. Pero ¿adónde vamos, si diluvia?

Don Aquiles. ¡Vamos a buscar casa, porque aquí no se puede vivir!

Primitivo. *Como si oyese una blasfemia.* ¿Qué aquí no se puede vivir?… *Yéndose por donde salió.* ¡Pobre hombre!

Don Aquiles. ¡Pobre hombre! *Con lágrimas de rabia.* ¡Me compadece hasta ese estornino! ¡Lo dicho! ¡Estoy solo! ¡No me quiere nadie; no me entiende nadie; no me soporta nadie!… *Apretando los puños.* ¡Me van a oír las nubes!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, octubre, 1923.

Madrid, enero, 1924.

DOS PESETAS

CUASI MONÓLOGO

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 27 de marzo de 1924

A JOSÉ ISBERT,
con la estimación de sus
admiradores y amigos.
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Beltrán Colina.	José Isbert.
Don José Madrid.	Federico Gonzálvez

DOS PESETAS

Calle en Madrid… o en cualquier sitio de la Península. Beltrán Colina viaja mucho. Es de día.

Por la izquierda del actor sale Beltrán Colina, sablista literario. Lleva en los bolsillos y en las manos infinidad de libros y papeles. Acecha a un personaje que se acerca por el lado opuesto.

Beltrán. Más vale llegar a tiempo que rondar un año. Allí viene mi hombre. Hoy no se me escapa. Un duro para el almuerzo cae, o falla mi numen. ¡Que no fallará!

¡Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor!…

Ya está ahí. *Reparto* de este señor en la comedia humana: «Calabaza primera, don José Madrid». ¡A quien le voy a sacar el duro! Burgués adinerado y comodón, beato sin escrúpulos y consejero de la mar de Bancos, que se me quiere escurrir siempre dándome consejos. ¡Como si yo me hubiese de valer con tan mala moneda! ¡Lo que va de sustancia gris a sustancia gris! Beltrán, al asalto.

Agora os he menester, sutilezas de mi ingenio.

Me haré el encontradizo. *Se encamina hacia la derecha, por donde sale don José leyendo un periódico, y tropieza con él.*

Don José. ¡Hombre! ¿Va usted ciego?

Beltrán. ¡Oh! ¡Usted dispense! ¡Don José! ¡Mi magnánimo señor don José!

Don José. ¡Colina!

Beltrán. ¡Mi espléndido Mecenas! Perdone usted el tropezón, y déjeme que le bese esta santa mano.

Don José. ¡Bah! ¡bah! ¡No haga usted bobadas!

Beltrán. ¡Déjeme, por Dios, que le bese esta mano pródiga, incansable para la caridad! *Casi se la come.*

Don José. Bien, bien, basta: no puedo detenerme, Beltrán; llevo prisa.

Beltrán. ¡Un instante!

Don José. ¡Llevo prisa; llevo mucha prisa!

Beltrán. ¿Lleva usted mucha prisa? Y ¿qué es la prisa, don José? ¡Recapacítelo! ¡Un suicidio inconsciente! ¡La prisa es un estímulo de la muerte que espera! ¿Correrían tan raudas las aguas de los ríos si conocieran que van al mar, al mar insaciable? Dice mi pariente lejano San Agustín en *La Ciudad de Dios…*

Don José. No estoy para citas, Beltrán: me están esperando.

Beltrán. Pues ¿no dice usted que no está para citas? Disculpe la salida de tono. Se contagia uno sin querer, por alto que vuele, del bajo ambiente literario en que hoy se respira. ¡Qué atmósfera, don José de mi alma! ¡Qué arte garbancero en todas partes! Y, sin embargo, yo no veo un garbanzo en dos leguas a la redonda. Asegura mi tío político Carlyle que la hoja desprendida del árbol…

Don José. ¡Bah! ¡bah! ¡Buenos días!

Beltrán. ¡Un instante, por amor de Dios! ¡Un instante! Basta un instante para decirle a usted que desde ayer no como y que tengo ahora mismo las tripas como caja de acordeón.

Don José. A nadie culpe usted sino a sí mismo.

Beltrán. ¿Qué oigo?

Don José. La verdad. Más de una vez le he ofrecido a usted colocación, trabajo, empleo; pero usted es un vagabundo incorregible…

Beltrán. Yo soy un poeta; yo soy un artista, señor; un bohemio, un pájaro… ¡lo que usted quiera, don José! Yo lo soy todo, menos un tornillo de una máquina; menos un legajo de una oficina. No lo lleve a mal; pero no me ofrezca usted una cárcel para vivir con el aire justo, con el aire tasado. ¡Me apellido Colina! Colina sabe que hay espacios azules en que volar.

Don José. Pues ande, ande a los espacios, que yo tengo que hacer mucho esta mañana aquí abajito.

Beltrán. ¡Repito que un instante no más! ¡Lo imploro!

Don José. ¡Dale, machaca!

Beltrán. Es a propósito de esta conversación. Oiga usted un soneto en que he pretendido retratarme.

Don José. No es ocasión ahora…

Beltrán. Un dechado, un *chef-d'ceuvre*, un *capolavoro*, sin modestia ninguna. *Descubriéndose.* Anoche se lo leí a Rubén y me lo aplaudió entusiasmado.

Don José. ¿A Rubén? ¿Anoche?

Beltrán. Sí. Yo a ratos soy espiritista. *¿Morir?… ¡Dormir!… ¿Dormir?… ¡Soñar acaso!…* Que puso en boca del príncipe Hamlet mi venerable suegro Shakespeare. *Explicando este parentesco.* En mi vida interior estoy casado con Ofelia.

Don José. Ya.

Beltrán. Oiga usted el dechado.

Don José. ¡No, hombre!

Beltrán. ¡Oiga usted! ¡Le invoco la salud de sus hijos!

Don José. *Resignado.* ¡Vamos allá!

Beltrán. «Soneto. Autorretrato del Magnífico señor Beltrán Colina, el de la alta frente y las botas rotas, caballero sin Rocinante, Quijote sin lanza, Sancho sin ínsula, y Maese Pedro sin retablo y sin mono». El epígrafe solo vale un dineral. *Recita el soneto como si estuviera en una taberna mano a mano con otro chiflado como él. Por fortuna, no pasa gente por la calle.*

«Desciendo de un hidalgo con migas en la barba,

como el que a Lazarillo le halló la mesa puesta;
desciendo de una madre rezadora y honesta,
que en la cocina guisa y en el jardín escarba.

En el arte separo el grano de la parva;
subiendo hacia un ensueño voy bajando mi cuesta,
y aguardo entre violines, sesteando en la floresta,
la mariposa de oro para adorar su larva.

Amo de la Bohemia las ilegales leyes;
voy vestido de harapos en que el sol finge tules;
quiero que canten ranas; quiero que vuelen bueyes;

y en la mezcla endiablada de mis venas azules,
ya me siento a la mesa donde yantan los reyes,
ya me tumbo en la acera donde están los gandules».

¿Eh, qué tal?

Don José. Bien, bien. Muy bonito.

Beltrán. ¿Muy bonito? ¡Sublime!

Don José. Sublime; bueno. Si usted tiene talento; si usted vale… Lo reconozco.

Beltrán. Pues vea usted en qué desdichado país vivimos: con todo mi talento, escribiendo sonetos así, me muero de hambre y tengo que mal dormir en un tugurio, con la hermana rata, la hermana chinche, la hermanita pulga… ¡Válgame San Francisco de Asís!

Don José. Yo no lo puedo remediar, amigo.

Beltrán. Yo tampoco.

Don José. Y como no lo puedo remediar… ¡buenos días!

Beltrán. ¡Don José! ¡Querido don José!

Don José. ¡No sea usted pesado, Beltrán!

Beltrán. ¡Una palabra! ¡La última! Ahora es una palabra. Si yo no fuese más que un poeta, un pájaro que canta porque canta, quizá estaría

disculpado que se me desdeñase… Platón condenó a los poetas en su *República*, como sabe usted. ¡Pero es que yo podría serles utilísimo a mis contemporáneos! ¡En muchos ramos de la cultura! ¿Me quiere usted, por ventura, filólogo? ¡Lo soy! ¡Yo domino la lengua!

Don José. Ya, ya.

Beltrán. ¡Yo tengo el castellano en los dedos! ¡Yo en la Academia Española haría un gran servicio!

Don José. Pues aproveche usted la primera vacante que haya.

Beltrán. ¡Tengo en la casa muchas antipatías! No se ría usted. Pero ¡a ver si conoce a algún académico con más *papeletas* que yo! En serio; en serio ahora. Mi especialidad son los sinónimos. Va usted a oír.

Don José. ¡Qué disparate! ¡No oigo nada más!

Beltrán. Esto, sí. ¡Por su madre de usted!

Don José. *Deteniéndose.* ¡Ay Dios mío de mi alma!

Beltrán. ¡Perdón! ¡Por su madre! ¡Verá usted mi ciencia filológica! ¡Una tontería!

Don José. Acabe usted pronto, Beltrán.

Beltrán. «La borrachera. Aleluyas cultas para un diccionario analógico». Insisto en que los sinónimos son mi fuerte. «La borrachera».

Este vino me agrada: tal me agrada,
que temo mucho dar en la *tajada*.

———

Color de áureo topacio, esencia fina:
con él puede empezar la *papalina!*

———

Los sinónimos, los sinónimos… *Borrachera, papalina, tajada*… Vera usted, verá usted cuántos hay.

«¡Bendiga Dios la cepa archiandaluza!
¡Va a ser inevitable la *merluza*!

———

Siento en la mente turbación marítima:
¿Pítima, Fabio, ya? ¡Puede ser pítima!

¡Se enciende el corazón! ¡Bulle la idea!
¡Sus garras me clavó la *melopea*!

Saltar salto le mismo que una corza:
¡empiezo a disfrutar de la *cogorza*!

¿Quién grita? ¿Quién me empuja? ¿Quién me habla?
¡Del *tablón* no me salvo en una tabla!».

Don José. Termine usted, que yo también me estoy mareando.

Beltrán.

«¡Allá le llaman *turca*; aquí, *ponera*,
curda, trúpita, bronca o talanquera!

Tiembla la habitación, la mesa anda:
¡estoy en posesión de la *bufanda*!

Y pues, al fin, he de dormir la *mona*,
¡Baco inmortal, que no me dé llorona!».

¿Qué le parece a usted?

Don José. ¡Admirable! Pero merece usted que lo encierren. No tiene usted arreglo. Y como yo no se lo he de procurar, tome, y hasta otro día. *Le da dos pesetas.*

Beltrán. ¡Señor don José!

Don José. ¡Hasta otro día! ¡No me entretengo más ni oigo más locuras! *Vase presurosamente por la izquierda.*

Beltrán. *Haciendo grandes reverencias mientras tanto.* ¡Mi magnánimo señor don José! ¡Mi protector inenarrable! ¡Mi manantial que no se agota! *Así que don José se ha ido, mirando con desprecio las dos pesetas.* ¡Dos pesetas me ha dado el ladrón! ¡Una velada literaria con conferencia, citas preciosas, derroche de ingenio y versos de oro, dos pesetas! ¡Bah! ¡Qué asco! Pero allá va él: Dios lo castiga. Cree que lleva sobre los hombros una cabeza, y lleva un requesón. En cambio, aquí, en la mía… bajo estos cabellos… ¡Improvisa, Beltrán! ¡Muéstrate a ti mismo lo grande que eres!

Las pesetas me miran, iniciando un deseo:
al salir de su casa, ¡qué distinto destino
esperaban las pobres, y qué distinto empleo,
en el portamonedas de ese absurdo cretino!
Voy a tomar con ellas *un vaso de bon vino,*
como dijo mi padre, Gonzalo de Berceo.

Se va por la derecha, resplandeciente, a la taberna más cercana.

FIN

Madrid, marzo. 1924.

VÁMONOS

PASILLO

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 29 de abril de 1924

A las actrices del teatro de Lara,
para quienes ha sido escrito este pasillo,
en prenda de admiración y simpatía,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Redención.	Leocadia Alba.
Olga, Señora De Gutiérrez.	Concha Catalá.
Tomasita.	Matilde Armisén.
Orquídea.	Amalia Albadalejo.
Azucena.	Pilar R. Alenza.
Violeta.	Elisa Méndez.
Victoria, Señora De Ramos.	Mercedes Málaga.
Chinita Morón.	María Cañete.
Cucú.	Jacinta R. Alenza.
Fermina.	Raquel Martínez.
Don Martiniano.	José Isbert.

VÁMONOS

Salita de recibo en casa de don Martiniano, administrador de fincas, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda y al foro.

Son las nueve y media de la noche, hora de haber levantado ya el campo todas las visitas en todas las casas. Sin embargo, en la de don Martiniano y su dulce esposa Tomasita continúan de charla, sin preocuparse de la hora, doña Redención y sus tres lindas hijas Orquídea, Azucena y Violeta; Olga, señora de Gutiérrez, guapa y elegante; Chinita Morón, joven intrépida, vecina del piso segundo de la misma casa, y Victoria, señora de Ramos, elegante y guapa también, como Olga, pero, además, separada de Ramos. Cucú, el único pimpollo de don Martiniano y Tomasita, no falta tampoco en la reunión.

Queda dicho que son las nueve y media. Don Martiniano está un tanto nervioso y deseando ya que se vaya de una vez la gente de la calle, para comer, como es justo a tal hora. Al levantarse el telón hablan todas las bocas a un tiempo. No se entiende a nadie. En fin, cuando puede, exclama don Martiniano como para sí, después de consultar su reloj:

Don Martiniano. ¡Las nueve y media ya… y no piensa ninguna en marcharse! ¿Cuándo cenarán estas señoras? ¡Tengo el estómago en los talones!

Doña Redención. Olga, Olga…

Olga. Diga usted.

Doña Redención. ¿Estuvo usted en la boda de Castita Balaca?

Olga. No; no pude ir. Mi marido sí estuvo.

Doña Redención. ¡Ah! ¿estuvo Gutiérrez?

Olga. Sí.

Doña Redención. ¿Le habrá contado a usted lindezas?

Olga. No; no, señora. De bodas no hablamos nunca Gutiérrez y yo. Nos ponemos de mal humor siempre.

Doña Redención. Ya. Pues yo siento no haber estado. Cuentan y no acaban los que estuvieron. Dicen que en el almuerzo no faltó ni un detalle. ¡Vamos, la novia creo que no bebió más que agua de azahar!…

Tomasita. ¡Cómo que esa familia hace muy bien las cosas!

Azucena. ¿Y el novio, se sabe qué bebió?

Violeta. Se sabe que bebió más de la cuenta, según yo he oído.

Orquídea. Y ya antes había bebido los vientos por casarse con la muchacha.

Cucú. ¡Huy, qué chiste!

Orquídea. No, hija, no lo he dicho por chiste.

Doña Redención. Ha sido frase nada más; hay que conocer a esta hija mía. Estas otras dos van con el tiempo; se atienen a lo positivo. Pero Orquídea es de lo más romántico.

Azucena. Es un rayo de luna.

Orquídea. ¡Ya salió la luna!

Don Martiniano. ¡No es extraño que haya salido: son las nueve y media de la noche!

Risas generales.

Victoria. Este don Martiniano tan ocurrente siempre.

Tomasita. ¡Siempre! ¡Tiene un humor!…

Don Martiniano. ¡Je!

Olga. *Mirando su reloj de pulsera.* ¿Dice usted que son las nueve y media?

Don Martiniano. ¡En punto!

Olga. ¡Anda! ¡Pues estoy yo buena! ¡Tengo las siete menos cuarto!

Don Martiniano. ¿Las siete menos cuarto? ¡Compadezco a Gutiérrez!

Todas comprueban sus relojes.

Orquídea. Yo, en cambio, tengo las diez y cinco.

Victoria. Yo, las nueve y veinte.

Violeta. Yo, menos cuarto y un minuto.

Azucena. Yo, y veintidós y medio.

Chinita. Pues al reloj de mi casa le he oído dar ahora mismo las once. Tan loco como todos los de la parentela.

Doña Redención. El mío se ha parado. ¡Se me para siempre en las visitas!

Cucú. El de nuestro comedor está con papá: acaba de dar la media de las nueve.

Tomasita. Ésa es la hora: es un reloj muy fijo.

Don Martiniano. ¡Pero muy desgraciado!

Doña Redención. ¿Por qué?

Don Martiniano. ¡Porque no le hace caso nadie!

Nuevas risas y comentarios por este orden: ¡Ay, qué ocurrente! ¡Ay, qué buena sombra! ¡Qué gracioso! ¡Qué chusco! ¡Qué humor el de este hombre! *Todo, menos irse*.

Olga. *Poniendo en hora su reloj*. ¿Las nueve y media ha dicho usted?

Don Martiniano. Las nueve y media aquí, en el Banco de España y en la Puerta del Sol. Las nueve y media.

Doña Redención. ¡Las nueve y media! Vámonos ya, niñas; que esta familia cena a las nueve.

Olga. ¿Ustedes cenan siempre a las nueve?

Pon Martiniano. *Irónico, pero queriendo aparecer complaciente.* ¡Siempre, no!

Tomasita. Bueno; casi siempre.

Doña Redención. Vámonos.

Orquídea. Vámonos.

Azucena. Sí; vámonos ya.

Violeta. Vámonos.

Victoria. Vámonos.

Olga. Vámonos todas, sí. Yo también me voy.

Chinita. Y yo. Vámonos. Quedó mamá en mandar por mí y no manda…

Tomasita. Como es arriba…

Chinita. No importa. Manda siempre por mí, porque teme que, si me voy yo sola, haya tropiezo en la escalera.

Tomasita. ¡Ya!

Violeta. ¡Ya!

Azucena. ¿Cómo va eso?

Chinita. Mal, hija. No nos acoplamos.

Azucena. ¿Monos otra vez?

Cucú. ¡Por variar!

Violeta. ¡Siempre estáis por las nubes!

Azucena. ¡Cómo él es aviador!

Orquídea. ¡Claro! Pero sigue muy interesado, no creáis. Sólo que en vez de pasearle la calle… ¡le pasea el cielo!

Doña Redención. Otra frase. *Pasa oportunamente un ángel, y la buena señora pregunta:* ¿Vámonos?

Violeta. Vámonos, sí: que don Martiniano se pone muy nervioso cuando no cena a la hora de costumbre.

Don Martiniano. ¡No!

Olga. ¡Sí! ¡Si hasta se le conoce a usted en la cara!

Don Martiniano. ¿Se me conoce?

Olga. A Gutiérrez le ocurre igual.

Don Martiniano. ¡Ah! ¿sí?

Tomasita. ¿A qué hora cenan ustedes, Olga?

Olga. A él le gusta cenar a las nueve. Pero nunca podemos.

Don Martiniano. ¡Me lo figuro!

Tomasita. Igual pasa aquí. Siempre hay algún inconveniente.

Olga. Así es que cenamos… cada noche a una hora: cuando yo vuelvo a casa.

Don Martiniano. Vamos, ¡de ocho a doce!

Olga. ¡No tanto, hijo mío!

Don Martiniano. ¡En su reloj de usted!

Victoria. Todo esto, llamándole cenar a lo que hace Gutiérrez. Yo los acompaño algunas veces, y ¡hay que ver! Un huevo pasado por agua y un plátano. De ahí no sale.

Violeta. ¿Nada más?

Azucena. ¡Qué sobrio!

Olga. Pues de ahí no sale. Por excepción suele tomar un vaso de leche. Pero no es lo diario. Gutiérrez se preocupa mucho de la segunda digestión.

Don Martiniano. ¡Y hace divinamente! *Bostezando.* ¡Pero tiene más importancia la primera!

Violeta. ¡Porque no hay segunda sin primera, será!

Chinita. Hija, eso es una charada.

Cucú. Para charada la que yo he leído hoy en el almanaque.

Azucena. ¿Cómo es?

Violeta. ¿Cómo es?

Chinita. A mí me gustan mucho las charadas.

Don Martiniano. ¡Y a mí!

Cucú. Charada especial: sin *primera*, sin *segunda* y sin *tercera*. ¿Cuál es la solución?

Violeta. ¡Es muy vieja, tú!

Orquídea. ¿Sí? ¿Cuál es?

VIOLETA. ¡Un tren de mercancías! ¡Sin *primera*, sin *segunda* y sin *tercera*!

Carcajada de todas.

DOÑA REDENCIÓN. ¿De qué hablábamos antes?

DON MARTINIANO. De lo poco que cena mi colega Gutiérrez.

DOÑA REDENCIÓN. ¡Ah, sí! Verdad. Hombre, ¿y la leche, que ahora a mí me cae como un tiro?

DON MARTINIANO. ¿Cómo un tiro?

DOÑA REDENCIÓN. ¡Cómo un tiro! ¡No sé en qué consiste!

DON MARTINIANO. Acaso la tome usted tarde.

TOMASITA. Yo también soy de poco cenar; mi puré, mi patita de pollo, una rodajita de merluza, un merengue… fruta del tiempo…

La inquietud de don Martiniano sube de punto con la nueva conversación.

VICTORIA. ¡Ah! Pues yo, como no coma carne, no he comido. Una de las causas de mi separación de Ramos fué la carne. ¡No quería comer más que lechugas! ¡No, hijo del alma, no! ¡Que no somos canarios!

AZUCENA. Tiene usted mucha razón, Victoria. Todas son pamplinas donde está un buen bistec con patatas.

DON MARTINIANO. ¿Dónde está?

AZUCENA. Yo en eso soy inglesa.

CHINITA. Y yo. La carne un poco cruda…

AZUCENA. ¡Chorreando sangre! Golpe de mostaza, pimienta, limón…

CHINITA. Ahí, ahí…

OLGA. Pues mis preferencias tiran más a lo popular, a lo muy español: un buen bacalao a la vizcaína, unas manitas a la andaluza, unos huevos con espárragos trigueros… ¡Qué ricos!

DON MARTINIANO. ¡Pobre Tántalo!

DOÑA REDENCIÓN. Sí, pero esos platos fuertes no los resisten muchos estómagos.

DON MARTINIANO. ¿Verdad que no?

VIOLETA. A mí que me lo quiten todo, menos los mariscos.

CUCÚ. Chica, como a mí.

VIOLETA. Tus buenos percebes, tus buenas ostras…

CUCÚ. Unas almejas abiertas al calor… unas chirlas… ¡Chuparse los dedos!

ORQUÍDEA. Prosa, prosa, prosa. ¡Quién se alimentara nada más con suspiros!…

DON MARTINIANO. *Suspirando.* ¡Ay!

ORQUÍDEA. ¡Qué hermoso, poder alimentarse… sin alimentarse!

DON MARTINIANO. ¡Oh! ¡Se resolvían muchos problemas!

DOÑA REDENCIÓN. Oiga usted, don Martiniano, a propósito, que nadie me ha sabido contestar a esto: los caracoles ¿son carne o pescado?

CHINITA. ¡Los caracoles de mar tienen que ser pescados, doña Redención!

DOÑA REDENCIÓN. Yo pregunto los que se suben por los árboles.

DON MARTINIANO. ¡Ésos son una porquería!

DOÑA REDENCIÓN. Bueno, pero porquería o no, ¿son carne o pescado?

CUCÚ. ¡Carne, señora!

DOÑA REDENCIÓN. ¿Por qué, niña?

CUCÚ. ¡Porque no hay ningún pescado que tenga cuernos!

DOÑA REDENCIÓN. ¿Ninguno?

OLGA. ¡Alguno habrá!…

Llega por la puerta del foro Fermina, doncella de la casa.

FERMINA. Con permiso. La doncella de la señorita Chinita que viene por ella.

CHINITA. ¿Eh? ¡Para que mamá se olvidara!

FERMINA. Pregunta la señora que si no piensa la señorita cenar esta noche.

DON MARTINIANO. ¡No!

Chinita. Como que mi padre en ese punto es terrible. Cuando pasa un minuto de la hora fija de cenar y no estamos sentados a la mesa, se da a los demonios.

Don Martiniano. *Para su capote.* ¡Ya somos tres!

Chinita. De manera que me subo a escape.

Doña Redención. Y nosotros aprovechamos para irnos, niñas. Aquí se está muy bien, pero estos señores cenan a nueve… y son las nueve y media ya.

Don Martiniano. *Maquinalmente.* ¡Eran!

Orquídea. Vámonos, sí, vámonos.

Violeta. Vámonos. Tomaremos un *cangrejo*.

Don Martiniano. ¿Un cangrejo?

Violeta. ¡Un tranvía *cangrejo*, sí, señor! No sea usted malicioso.

Olga. Vámonos, vámonos.

Victoria. Vámonos.

Azucena. Vámonos.

Don Martiniano. *Yéndose por la puerta de la izquierda desesperado.* ¡No se van!

Y no se van. Arreglan los bolsos, se retocan, se ajustan los guantes y se mueven como para irse, pero ni siquiera se levantan.

Chinita. *A Fermina.* Dile a Salomé que ya subo.

Fermina. Ahora mismo.

La detiene en su movimiento de marcha doña Redención, que repara en ella.

Doña Redención. ¿Ésta es Fermina?

Fermina. Servidora.

Doña Redención. ¡Fermina! La hija de Romualda.

Tomasita. La misma.

Fermina. Servidora.

Doña Redención. ¡La menor de Bartolo, el que fue portero de mi casa tantos años!

Fermina. Servidora.

Doña Redención. ¡Jesús! ¡Está hecha una mujer!

Violeta. No hay quien la conozca. Hasta los ojos le han crecido.

Fermina. Es favor.

Azucena. Pero tiene el mismo pestañeo que su madre.

Doña Redención. Con todo; es otra, es otra. ¡Cómo pasa el tiempo!

Don Martiniano aparece en el pasillo del foro a punto de oír esta frase, y desde la puerta, durante el diálogo que sigue, hace gestos cómicos que vienen a significar: «¿No decía yo que no se iban? Pero ¿ustedes conciben cosa semejante?».

Azucena. ¿Y tu madre, Fermina?

Fermina. Muy bien, señorita; muchas gracias. Ahora está muy bien.

Doña Redención. ¿Y tu padre?

Fermina. Muy bien; muy bien también. Desde que no viven juntos, están los dos muy bien.

Orquídea. ¡Ah! ¿No viven juntos?

Fermina. No, señorita. Se *divorcionaron* este invierno.

Olga. ¿Se *divorcionaron*?

Fermina. Sí, señora: se *divorcionaron*, aunque esté mal que yo lo diga. *Risas disimuladas.* No se llevan los genios; ésta es la verdad. Mamá una mañana le pegó una paliza tremenda, y papá puso pies en *polvorón*… Lo que ella decía: «Él a su avío y yo al mío, como cada *quiosco*».

Las risas aumentan.

Doña Redención. ¿Tu padre sigue en los tranvías, por supuesto?

Fermina. Sí, señora: en los tranvías sigue. ¡Siempre en su *platafórmula*!

Doña Redención. ¡Las cosas de la vida! Nadie sabe lo que está escrito.

Olga. Nadie. El hombre pone y Dios dispone.

Don Martiniano. *Decidiéndose a intervenir*. No, no; ese adagio ha sufrido una variante.

Olga. La conozco; me la ha dicho Gutiérrez. El hombre pone… y la mujer dispone.

Don Martiniano. Es otra más moderna y más concluyente todavía. El hombre pone, la mujer dispone… y Dios no se mete en discusiones.

Estallan de nuevo las risas y vuelven todas a hablar por los codos. La sopera se aleja. En un instantáneo descanso de las lenguas, don Martiniano se dirige al público:

Don Martiniano.

Es inútil: no se van.
Si ustedes tienen que hacer,
váyanse; ya volverán…
y cuando vuelvan, verán…
¡que yo sigo sin comer!

Mientras baja el telón, reanudan su charla, las señoras, sentadas siempre. Si el telón sube al aplauso del público, ellas continuarán dale que dale, sin hacerle caso, y don Martiniano las señalará con un ademán entre resignado y galante, cuantas veces se repita el juego.

FIN

Madrid, abril, 1924.

LA SUERTE

SAINETE

Con música de Ángel Barrios

Estrenado en el **Teatro Apolo** el 17 de mayo de 1924

A JOAQUÍN SICILIA,

que desde La buena sombra *acá, ha brindado en toda ocasión por el buen éxito de nuestras obras.*

¡Oh nombre evocador del tiempo grato!
¡Oh consecuente y generoso amigo,
de tantas horas de ilusión testigo,
regadas con la caña o con el «chato»!

¡Oh taller de escultura! ¡Oh «cal» de Gato!
¡Oh «Sanluqueña», delicioso abrigo,
do la risa anulaba al enemigo!
¡Oh musas de salero y garabato!

¡Qué lejos ya locuras y alegrías
que vuelven a vivir con sólo verte,
y alejan, al volver, melancolías!

¡Salud para el que hoy canta y se divierte!
Y al recuerdo feliz de aquellos días,
¡bebamos unas cañas por «La suerte»!

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Estrella.	María Caballé.
Nuncia.	Carmen Andrés.
Agustina.	María Paredes.
Joselito Madroño.	Francisco Gallego.
Juan Chinazo.	Jesús Navarro.
Román.	Valentín González.
Salivita.	Vicente Gómez Bur.
Benino.	Isidro Sotillo.
Pregonero.	Eduardo R. Ycabalzeta
El Sargento Carmona.	Carmelo Bermúdez.
Villegas.	Emilio Stern.
Pardo.	Jesús Fernández.
Curro Miguel.	Juan Martínez.
García.	Salvador Roldán
Coraje.	Eduardo R. Ycabalzeta.
	Agustín Pedrote.

Un Jugador.

Vecinas y Vecinos, Chiquillos, Jugadores, una Vieja, un Cura, un Campesino con una Niña, dos Novios, Guitarristas y Gente del pueblo

LA SUERTE

Plazoleta en Puente Real, pueblo de Andalucía, adormecido y quieto, con siete vicios y dos o tres virtudes. A la derecha del actor, la casa de Estrella, gala del lugar, y en uno de sus muros, una hornacina con la Virgen del Corderito, patrona del contorno. A la izquierda, la casa de Benino, mezcla de garito y taberna, con balcón sobre la puerta de entrada y un ventanuco de frente al público. Mesas y sillas a la puerta.

Es al atardecer de un día de mayo.

Sale de la casa de Benino, Román, feriante rezagado, con traza de jaque. Se le han dado mal las cosas en el garito y está que echa fuego.

Román. ¡Mardita sea la hora en que vine a Puente Reá pa marvendé cuatro jacas tísicas! ¡Así ardiera er pueblo por los cuatro costaos! ¡Entre la ruleta y esa mujé de enfrente, voy a perdé hasta las hechuras! *Da dos varazos en una mesa para llamar. Luego grita:* ¡Benino!

Y acude como por resorte el amo de la casa, hombre risueño y resplandeciente, gran agradador.

Benino. ¿Qué quiere er rey de España y sus islas?

Román. Una copa de ése lamedó que me traes cuando pierdo.

Benino. Tras de un día viene otro, Román. Mañana te serviré er veneniyo que bebes cuando ganas. ¿Se ha de apura por cuatro ochavos er feriante más guapo y más rumboso que ha entrao este año en Puente Reá? *A*

un jugador que sale de la tasca oportunamente, cariacontecido, pero contoneándose. ¡Vaya con Dios el emperadó de los andares bonitos! *Al ver que no lo atiende.* No está pa flores; se ha dejao en er tapete hasta er forro'er chaleco. ¡Er visio! ¡er visio!… *Éntrase.*

Román. ¡Qué arrastrao sinvergüensa! *De una petaca que parece una caja de caudales saca un puro y fuma. A poco bebe de lo que le sirve Benino.*

Aparece en la puerta de Estrella, Nuncia, vieja habladora, que vive a su servicio. Trae una botellita de aceite para renovar el del farol que alumbra la hornacina, tarea que ejecuta con todo primor. Cuando advierte la presencia de Román tuerce el gesto. Luego se dirige a la Virgen y habla con ella mientras avía el farol.

Nuncia. Dios te bendiga, Virgen mía, sor de la tarde. Aquí me tienes. A ponerte, como tos los días, aseite en er faró, estreya der sielo, pa que no pases la noche a oscuras. ¿Has visto, mariposa; has visto? Se acabó la feria de Puente Reá, y, sin embargo, lo peó que con ella vino sigue por estas cayes. ¿Pa cuando serán los biyetes de vuerta? *Sonríe Román, considerándose aludido.* Ahora sardrá mi niña, rosa de mayo; ahora sardrá. Está peinándose sus trensas, pa vení a saludarte. No se peina eya por otra cosa. Y mucho menos pa ningún esaborío, sinvergüensa, tramposo, ladrón y borracho. ¡Mala sarna le pique! *Ríe Román.* ¿Tú me entiendes, prinsesa bonita? Porque algunos disen que se enamoran de sus prendas, de sus ojos y de su pelo —¿te hases tú cargo, amapola der trigo?—; pero lo que buscan son las talegas de peluconas que tiene su tía la maniática, la que vive en la plasa der Susto, y que saben que serán pa mi niña cuando eya farte. ¿Verdá que sí, asusena olorosa? Ea, pos quéate con Dios, y hasta mañana, si Dios quiere.

Román. ¡Vaya usté con Dios!

Nuncia. *Volviéndose.* Y usté, ¿quién es? Yo con usté no hablaba.

Román. Pos yo soy el que se va a yevá la niña y las talegas de la vieja loca; to junto.

Nuncia. *A la Virgen.* Contéstale tú, Mariquita; porque lo que a mí se me ocurre no lo puedo hasé por mo de la boteya.

Román. ¡Vete ya, bruja chocha! ¡Ar lavadero!

NUNCIA. Mariquita, ¡pártele una pata! *A Estrella, que sale a tiempo de su casa, con ánimo de sentarse a la puerta. Vale, sin duda, mucho más que las talegas de su tía, por muchas peluconas que guarden.* No salgas ahora, niña, que está ahí er tipo ése.

ESTRELLA. ¡Si por eso sargo! ¿Qué se ha creío, que me va a avasayá?

NUNCIA. Haz lo que quieras. La vejez aconseja y la mosedá no oye nunca. ¡Bien que me acuerdo yo! Si yo hubiera escuchao a mi abuelo… ¡se queda sortero mi marío! *Métese en la casa.*

ROMÁN. *Contemplando a la moza.* ¡Este alamá le fartaba a la chaquetiya! Se compone más pa desesperarme y pa ensenderme. ¡Mardita sea mi sangre! ¡Buenas tardes, Estreya! ¡Vaya un nombresito bien puesto! ¡Estreya!… Buenas tardes. *Ella no responde, y él, entonces, se levanta y se acerca un poco.* Buenas tardes. Tres veces he dicho ya buenas tardes. Y ésta, cuatro.

ESTRELLA. Y yo he dicho ya más de siento que no se arrime usté a mi puerta.

ROMÁN. Cuando se piden imposibles, no se consigue na.

ESTRELLA. Pos usté mismo se ha contestao.

ROMÁN. Pero, ¿por qué ha de ser imposible que usté me uiera a mí?

ESTRELLA. Y ¿por qué he de quererlo? ¿Hay arguna ley lo mande? ¡Déjeme usté tranquila!

ROMÁN. ¡Estreya!

ESTRELLA. ¡Déjeme usté tranquila! ¡Váyase usté de una vez de este pueblo… y Dios le dé más suerte con otra!

ROMÁN. *Contrariado y rabioso.* ¡Mardita sea mi sangre! ¡Esto no va a acaba de buena manera! *Vuélvese adonde estaba y da en le mesa otros dos varazos. Salivita, que llega entonces por el foro, se estremece a los golpes, porque es nervioso de nacimiento, y se detiene observando la escena. El apodo de salivita con que se le nombra obedece a que constantemente hace acción y gesto de escupir. ¡* Benino! *Repite los varazos.* ¡Benino!

BENINO. *Saliendo.* ¿Más lamedó toavía?

ROMÁN. ¡Más lamedó! ¡Y arguna cosa en que clavá los *pajoleros* dientes! ¡Sangre de toro frita!

BENINO. Aguárdate. ¡Tengo ahí un embuchao que es er surtán de los embuchaos! ¡Cosa rica! *Torna adentro.*

Salivita va a aproximarse a Estrella.

ROMÁN. ¡Hombre! ¡Er telegrafista! *Tosiéndole.* ¡Ejem! ¡Ejem! *Salivita lo mira y sigue luego su camino.* ¡Ejem! ¡Ejem!

SALIVITA. *Encarándosele.* ¿Ez a mí esa tos?

ROMÁN. Es que están friyendo boquerones aquí en la taberna y yega hasta aquí el humo.

SALIVITA. ¿Boquerones?

ROMÁN. Boquerones que estudiaban pa Telégrafos y han dao en la sartén.

SALIVITA. Y eso, ¿qué zinifica?

ESTRELLA. *Mediando.* ¡Enrique!

SALIVITA. Estreya.

ROMÁN. Se yama Enrique, pero le disen Salivita.

SALIVITA. *Excitándose más y más.* Zalivita me dicen, porque escupo mucho… o hago que escupo. Y lo mismo escupo al aire que a la cara.

ROMÁN. ¿A la cara de quién?

SALIVITA. ¡A la cara der león de piedra der Correo, zi es presizo; que yo no me azusto de nadie!

ESTRELLA. ¡Enrique!

SALIVITA. Estreya.

ESTRELLA. ¡Váyase usté, por Dios!

SALIVITA. ¿Que me vaya?

ESTRELLA. ¡Váyase usté! ¡Yo se lo pido por su madre!

SALIVITA. ¿Usté me lo pide?

ESTRELLA. Váyase usté. ¿Qué le importa a usté la baba de un despechao? Váyase usté.

SALIVITA. Zi usté me lo manda…

Estrella. Se lo mando… Míreme usté a la cara Enrique.

Salivita. Ya lo veo: con lágrimaz en loz ojos. No hay más que hablá. Buenas tardez, entonces.

Estrella. Buenas tardes. Y muchas grasias.

Román. *A Salivita, que se dirige al foro.* ¿Va usté a la ofisina?

Salivita se para en firme para contestarle.

Estrella. *Advirtiéndolo.* ¡Enrique!

Salivita echa a andar y luego vuelve a detenerse.

Román. ¿Va usté a la ofisina?

Estrella. *Suplicante.* ¡Enrique!

Román. ¿Querría usté poné un telegramita que dijese…?

Salivita. ¡Puente Reá ez estación limitada, compadre! ¡Escriba usté, zi no le tiembla er purso! *Vase de estampía.*

Román. ¡Ja, ja, ja!

Estrella. *Entrándose en su casa, llorosa.* ¡Así Dios le dé lo que yo le deseo! ¿Qué he hecho yo en er mundo pa tropesá con este bandido?

Benino sale y sirve a Román. Éste, entretanto, con la obsesión de Estrella, exclama:

Román. ¡Tan pronto ruge como yora! ¡Es una mujé pa perderse!

Benino. ¿Hablamos solos?

Román. Ya lo ves.

Benino. ¡Pos sube ahora al garito y ganarás to lo que quieras! ¡Es la fija! *Éntrase.*

Román. *Apurando el vino de un trago.* ¡Pué que tenga rasón!

Va a entrar resuelto en la taberna; pero vuelve en esto Salivita, se cerciora de que se ha ido Estrella y le tose a Román, el cual, al oír la los, se para.

Salivita. ¡Ejem! ¡Ejem!

Román. ¿Quién tose?

Salivita. Uno de los boquerones de Benino, que ze ha escapao de la zartén.

Román. ¡Ah! ¿sí?

Salivita. Zí. ¿Quié usté decirme el testo del telegramita que quería que puziera?

Román. ¡Ya lo creo! Oiga usté. Una cosa así: «Mientras Román Garrido no se vaya de Puente Reá, a la casa de Estreya no se va a asercá ningún hombre».

Salivita. ¿Cómo ha dicho usté, que no me he enterao?

Román. ¿No se ha enterao usté? Pos aguarde un istante, que ahí viene por casualidá er pregonero, y después del suyo, voy yo a echa un pregón pa que corra por toas las esquinas.

Salivita. ¿Un pregón?

Román. ¡Un pregón! ¡No gaste usté ya más saliva, que se va a quedá seco!

Salivita. ¡Ziempre me zobrará arguna pa usté!

Música

Oyese el tambor del Pregonero allá dentro. A ventanas y puertas se asoman, curiosos, los vecinos. Benino se asoma también. Llega luego el Pregonero por la derecha, rodeado de hombres, mujeres y chiquillos. Se hace el silencio tras un redoble de tambor.

Pregonero.

Se ha perdido una pursera
con un topasio en er sentro,
y que tiene escrito dentro
er nombre de Bardomera.

Se piensa que se ha perdido
desde las Monjas Mersedes,
por la calle Sar Si Puedes,
hasta er Arco der Orvido.

Er que la yegue a encontrá,

se la yeve a doña Emilia,
que es recuerdo de familia,
y lo gratificará.

Repite el coro.

El Pregonero va a marcharse, y Román lo detiene con estas palabras:

Román. Ten ahí dos pesetas y toca otra vez er tambó, que voy yo a pregoná lo mío. *Algunas risas.* No, no reírse, que no es cosa e broma. *Al Pregonero.* Toca tú. *Obedece el Pregonero entonces, y él, en medio de la expectación general, canta así:*

En esta casa vive la niña que yo prefiero.
¡Nadie la mire si no quié riña!
¡Se yama Estreya y es mi lucero,
y este cachorro guarda la viña!

Blandiendo la vara.

¡Con mi palabra lo dejo escrito
frente a la Virgen der Corderito!

Coro. *Entre medroso y asombrado.*
¡Con su palabra lo deja escrito
frente a la Virgen der Corderito!

De repente sale Estrella de su casa, seguida de Nuncia, de mantón. Revuelo general.

Voces. ¡Eya sale! ¡Eya sale! ¡Aquí está eya! ¡Vamos a vé qué dise! ¡Vamos a vé!

Estrella.

¡Pregonero,
otro toque de atensión:
que yo quiero
contestarle ar pendensiero

que antes muero
que darle mi corasón!

Por este perro que me provoca
son mis pesares.
Ér me entristese y er me sofoca.
¡Ar que lo espante de estos lugares,
le doy mis ojos, le doy mi boca!…
¡Con mi palabra lo dejo escrito
frente a la Virgen der Corderito!

Coro.

¡Con su palabra lo deja escrito
frente a la Virgen der Corderito!

Nuncia. *A la Virgen.* ¿Te has enterao tú, lirio der vaye? ¡Pos a ti la encomiendo!

Román.

¡Dicho queda!

Estrella.

¡Dicho está!

Salivita.

¡Zalivita está cayao!
¡A zu tiempo cantará!

Se encamina hacia el foro.

Coro. *Retirándose.*

¡Ér la quiere y eya no!

¡La Virgen der Corderito
hará er milagro mayó!

El Pregonero se va por la izquierda con su acompañamiento. Termina el canto y continúa la música en la orquesta, mientras Estrella y Román dicen lo siguiente:

Estrella.

¡Virgen der Cordero,
Pastora de Dios,
la montaña más arta der mundo
pon entre los dos!

Román. *A Benino.*

Ya no es por cariño;
ahora es por tesón:
¡la montaña más arta der mundo
la derribo yo!

Cesa la música.

Estrella se va con Nuncia por el foro, desafiando con la mirada a Román, que se entra en la taberna.

Salivita, que desde lejos ha presenciado el cuadro, sigue a las dos mujeres, escupiendo a más y mejor.

Benino. Este Román, cuando le viene la contraria, se vuerve loco. ¡Como tos los niños mimaos! Y er juego da y quita. Y en este pueblo, lo que quita me lo da a mí. *Vase adentro.*

El Jugador de antes vuelve por donde se marchó con cara de pascua y con los mismos jacarandosos andares, y se entra otra vez en el garito, decidido a dejarse en él las pesetillas frescas que trae.

Por el primer término de la izquierda llegan Joselito Madroño y Juan Chinazo, bien portado, joven y contento de la vida el uno, y no tan joven y víctima de ella el otro.

JUAN CHINAZO. Aquí, en casa der compadre Benino, vamos a refrescá.

JOSELITO. ¡Lo que usté diga!

Se sientan a una de las mesas.

JUAN CHINAZO. ¡Benino!

BENINO. *Saliendo.* ¡Presente!

JUAN CHINAZO. A vé qué cosa buena le das a este forastero tan simpático.

BENINO. Trayéndomelo tú, es ya pa mi el archipámpano de los forasteros. ¿Qué desea usté tomá?

JOSELITO. Un vazito e vino de la tierra. ¡Lo que toman los archipámpanos!

BENINO. ¿Y tú, Juan?

JUAN CHINAZO. Yo, lo de costumbre: una gaseosa de bolita.

BENINO. ¡Pos ya estoy aquí! *Vase adentro.*

JOSELITO. ¿No bebe usté vino?

JUAN CHINAZO. No, señó. Er nombre na más me hase daño. Tengo el estómago yeno de bujeros.

JOSELITO. Ya es desgracia. Yo, en cambio, me estoy bebiendo zin dejarlo una noche entera, y a la mañana ziguiente amanezco con la lengua más limpia.

JUAN CHINAZO. Ya es suerte.

JOSELITO. ¿A esta plazoleta le yaman er Rincón de la Virgen, no?

JUAN CHINAZO. Así le yaman. *Señalando a la imagen.* Esa es la Patrona.

Joselito se santigua y saluda. Luego dice:

JOSELITO. Yo estuve en Puente Reá hace argunoz años. Conozco er pueblo. Vine a cobrá un décimo de la Lotería.

JUAN CHINAZO. ¿Le toca a usté la Lotería?

JOSELITO. De cuando en cuando; zí, zeñó. Me zopla la zuerte.

JUAN CHINAZO. Pos aquí tiene usté a un hombre que está suscrito ar siento onse desde que se casó, y toavía no lo ha visto ni una vez fuera der bombo.

JOSELITO. ¡Pos déjelo usté ya!

JUAN CHINAZO. ¿Y si toca er día que lo deje?

JOSELITO. ¡Zerá que no estaba pa usté!

JUAN CHINAZO. ¡Pero me va a da mucha rabia! ¿Conose usté a la niña que vive ahí enfrente?

JOSELITO. No. Conocé no conozco aquí a nadie.

JUAN CHINAZO. ¡Qué criatura! Es la mujé más hermosa de Andalusía. Estreya se yama. Cara y cruz. ¿Usté me comprende? Quieo desí que además de sé como una perla, está montá en oro de ley. No es mala cruz, ¿verdá?

JOSELITO. ¡Ole!

JUAN CHINAZO. Ahora por sierto la corteja un mal ánge que ha venío a la feria, que no se la merese. Ladrón, antipático, mala uva…

En esto sale de la taberna Román. Joselito lo reconoce y lo llama. Juan Chinazo cierra su pico. Entretanto Benino sirve el vino y la gaseosa.

JOSELITO. ¡Román! ¡Muchacho!

ROMÁN. *Con sorpresa y gran alegría.* ¡Joselito! ¿Tú?

JOSELITO. ¡Yo mismo!

Se abrazan.

ROMÁN. ¿Tú en Puente Reá?

JOSELITO. ¡Las cozas! ¡Yo me encuentro en toas partes!

JUAN CHINAZO. *Entre sí.* ¡En un suspiro ha estao que no me tocaran la música de las planchas der sirco! Son ustedes amigos, por lo que veo.

ROMÁN. ¿Y quién no es amigo de este hombre, que es el amo e la dicha?

JUAN CHINAZO. ¿Sí, eh? ¡Mía si se me pegara a mí argo!

JOSELITO. *Con risa fresca y escandalosa, de homhre satisfecho.* ¡Ja, ja, ja!

Román. De la dicha y del valimiento. Yo le debo un favó que no lo orvidaré mientras viva. Na más que le alargó la vida mi madre cuatro o sinco años. ¡Na más! ¡Este amigo me manda a mí rodá, y ruedo!

Joselito. Poz ahora lo que te mando es que te zientez aquí con nozotros.

Román. Ya está. Benino, tráeme otro vasito de lo mío.

Benino. Suma y sigue. *Éntrase y vuelve a poco.*

Román. ¿Y usté, Juan Chinaso, de cuándo conose a Joselito?

Juan Chinazo. De hase una hora.

Joselito. Noz hemos tropezao en er tren. Iba yo pa Doña Molina, trabamos palique, me habló de que tiene en venta unos terreniyos… y ¿a qué está uno? «Vamoz a verloz a las volás», le dije.

Román. ¿Qué terrenos son? ¿Los de la Huerta Vieja?

Juan Chinazo. Sí: los de la Huerta Vieja. Estoy empapelao, Román.

Román. Pos ayí ahora no nase un rábano; pero como éste le compre a usté la Huerta, ¡hasta tabaco va a nasé!

Joselito. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ezagerao! A propózito. ¿Un cigarriyo?

Román. Venga.

Joselito. Vaya, amigo Juan.

Juan Chinazo. Grasias. Yo no fumo.

Joselito. ¿Tampoco?

Juan Chinazo. Tampoco. Me entra una tos de afisia. Y eche usté pa ayá el humo der seriyo, que también me daña los ojos.

Joselito. ¡Caray! Otra vez encenderé con yesca. ¡Está usté aviao!

Juan Chinazo. ¡Vaya!

Joselito. ¿Y comé cuarquié chuchería? Me da pena verlo a usté na más bebiendo gazeoza.

Juan Chinazo. Pos ¡grasias a Dios! Los dientes los tengo de adorno. Me alimento con leche de cabra.

Joselito. ¡Como un recién nasío!

Juan Chinazo. ¡Como un chivo resién nasío!

JOSELITO. Pos miste, amigo, por lo que varga, le vi a recomendá a usté a un especialista del estómago.

JUAN CHINAZO. Conmigo tos se estreyan.

JOSELITO. Este que yo digo ha curao a la má de gente.

JUAN CHINAZO. ¿Cómo se yama?

JOSELITO. Jamón zerrano.

JUAN CHINAZO. ¿Ramón Serrano?

JOSELITO. No. ¡Jamón, jamón zerrano!

ROMÁN. ¡Ja, ja, ja!

JUAN CHINAZO. Eso es una cuchufleta de usté, que está contento. ¡Si yo na más veo un cochino en la caye y me entra ardentía! ¡Mala pata, señó! ¡Mala pata! Me viene de herensia. Muchos creen que Chinaso es mote, y es apeyío. Mi pobresito padre, ca vez que nasía uno de nosotros —y hemos sío catorse— desía: «¡Otro Chinaso!». ¡Un profeta en su tierra!

JOSELITO. ¡Pos su mujé de usté no es ningún *chinazo*, compadre!

JUAN CHINAZO. Es más que un chinaso: es una pedrá. ¿Usté se ha enterao de lo que le ha pedio a la Virgen? Además, como es tan guapa la hija e su madre, resurta que les gusta a tos los amigos. ¡Y uno vive siempre asustao!

JOSELITO. ¡Ya!

ROMÁN. ¿Tienen ustedes hijos?

JUAN CHINAZO. Eya tiene dos; yo, ninguno.

JOSELITO. ¿Cómo ez ezo?

JUAN CHINAZO. Porque me los yevó ar matrimonio. Era ya viuda cuando nos casamos. Totá: que tos los hombres se casan con una costiya, y yo me casé con una costiya… y dos *huesos.* ¡Es mesté vé a los niños!

Sale por la derecha Agustina, guapa mujer, de mantón, y se detiene a rezarle a la Virgen.

JOSELITO. *Reparando en ella.* ¡Canela, qué tipo de mujé! Román. ¡Buena lámina tiene!

Juan Chinazo. *Suspirando para su capote.* ¡Ay Dios mío de mi arma!

Joselito. *Asociando ideas al oírlo y mirándolo compasivamente.* ¡Vaya por Dioz, hombre; vaya por Dios!… *Se levanta a observar a Agustina y vuelve a sentarse.* Tiene doz ojos como dos faroles.

Agustina acaba de rezar y se marcha por el primer término de la izquierda.

Juan Chinazo. *A su paso.* ¿Le has pedio a la Virgen por mi salú?

Agustina. *Sin pararse.* ¡Le he pedío que te den garrote!

Joselito. ¿Ez usté amigo de eza mujé?

Juan Chinazo. ¡Si es la mía!

Román. ¿La suya?

Juan Chinazo. La mía.

Joselito. ¡Haberlo dicho! ¡Hemos podio zortá cuarquier disparate!

Román. ¡Yo no sabía que usté era casao!

Juan Chinazo. ¿No se me conose en la cara? ¡Pos soy casao!

Román. Bueno, Joselito, acompáñame a la posá, y luego vuerves a reunirte con este buen hombre.

Joselito. Ya está. Usté me espera aquí.

Juan Chinazo. De aquí no me muevo. En to caso subiré un istante a probá fortuna.

Joselito. Pero ¿hay timba arriba?

Juan Chinazo. Una mijiya pa distraernos. En los pueblos ¿qué va usté a pedí? *Animándose momentáneamente.* ¡Hombre! ¡Deme usté un duro! ¡A vé si er dinero de usté me trae la buena!

Joselito. ¡A vé! *Dándoselo.* ¡Adiós, hijo de mi arma! Juan Chinazo. ¡Que cariñoso siempre!

Joselito. No, zi no ez a usté: me despido der duro. ¡No voy a volverlo a vé en toa mi vida!

Román. ¡Ja, ja, ja!

Juan Chinazo. ¡Qué buen ánge tiene!

JOSELITO. Hasta ahora.

JUAN CHINAZO. Hasta ahora.

Se van Román y Joselito por el foro, hacia la izquierda, y Juan Chinazo se entra en el garito. Simultáneamente salen por la derecha Curro Miguel y García, y se encaminan también a él.

CURRO MIGUEL. *Al otro.* Con esta combinación que te digo se gana siempre. Perderse no se pué perdé. Vamos a probarla esta tarde.

GARCÍA. ¡Vamos aya! *Éntranse.*

Queda la escena sola. A poco, por donde se marchó vuelve Estrella, que aprovecha la soledad del momento para encomendarse a la Virgen.

Música

ESTRELLA.

¡Virgen der Corderito,
ramo de flores,
por er Niño bendito
de tus amores,
carma mi cuita,
limpiando de sarsales
mi vereíta!

¡Virgen de los pastores,
rosa galana,
por la fuente de amores
que de ti mana,
seca mis ojos,
quitando en mi sendero
sarsas y abrojos!

¡Ponme delante argún día,
y sé tú mi medianera,
al hombre que bien me quiera,
Madre mía!
¡Que yo lo querré
como quieren los campos ar Mayo
para floresé!

¡Te ofresco unos corales,
manto de armiño,
de seda unos pañales
para tu Niño!
¡Para er Cordero,
yerba fresca olorosa,
junsia y romero!

¡Te ofresco unos faroles
de filigrana,
que alumbren como soles
de la mañana!
¡Y aun otro tanto,
si tu mano piadosa
seca mi llanto!

!Mándame ar que espero,
que yo lo querré
como quieren los campos ar Mayo
para floresé!

Se arrodilla unos instantes. Luego cesa la música. Vuelve Nuncia, también por donde se marchó.

NUNCIA. ¡Milagrito de Dios que te encuentro sola!

ESTRELLA. Sola… y resándole a la Virgen.

NUNCIA. Entre las dos vamos a marearla. *A la imagen.* ¿Qué te pedía, coluna der mundo? ¿Qué te pedía? Que le sarga un novio que se la merezca, ¿verdá? Como es lo mismo que te pido yo, con un favo que hagas, matas dos pájaros de un tiro.

ESTRELLA. Y tú, Nunsia, ¿de dónde vienes?

NUNCIA. ¡De ensenderle también una vela al demonio! Pa arriba o pa abajo, nos tenemos que salí con eya.

ESTRELLA. ¿Una vela ar demonio? ¿Qué has hecho?

NUNCIA. Ya sonará sin que yo te lo diga.

Vase adentro.

ESTRELLA. Pero, escúchame… *Le llama la atención la llegada de Joselito Madroño, que viene por el primer término de la izquierda, y se para a mirarlo.* ¿Quién es este hombre? Éste es un forastero.

JOSELITO. *Examinando una pulsera que trae en la mano.* Como buena, es buena: la piedra es de ley. ¿De quién zerá? Pué zé que lo zepa Benino.

ESTRELLA. ¡Se ha encontrao la pulsera!

JOSELITO. ¿Decía usté…? Buenas tardes.

ESTRELLA. Buenas tardes.

JOSELITO. ¿Decía usté…?

ESTRELLA. No… na.

JOSELITO. De uzté no ez esta alhaja, por zupuesto.

ESTRELLA. No, señó, que no es mía.

JOSELITO. ¡Claro!

ESTRELLA. ¿Por qué es claro?

JOSELITO. Porque pone Bardomera aquí dentro… ¡y usté no se va a yamá Bardomera! ¿Verdá que no?

ESTRELLA. Es verdá: no es ése mi nombre. Yo me yamo Estreya.

JOSELITO. ¡Ah! ¡Estreya!… ¡Buena Estreya pa cualquié Rey Mago!…

ESTRELLA. ¿En dónde se ha encontrao usté la pulsera?

JOSELITO. Ahí a un pazo del Arco eze que hay allí; de canto entre dos piedras. Me dió er resplandó der topacio…

ESTRELLA. ¿Usté es forastero?

JOSELITO. Forastero zoy. ¿En qué ze me conoce? ¿Qué tienen los de aquí: zon máz elegantes?

ESTRELLA. No, señó; sino que una en Puente Reá se sabe de memoria a to er mundo. Y er que no es der pueblo, yama la atensión.

JOSELITO. Ezo paza en toas partes. Yo zoy, pa zervirla a usté, de Doña Molina. Jozé María Madroño —Jozelito Madroño, como me yaman—, hijo der famozo arfarero. Pué zé que usté beba agua fresca en Puente Reá graciaz a las tayas que hace mi padre en Doña Molina.

ESTRELLA. ¡Así es! ¡De Madroño son las tayas de mi casa! Miste qué considensia.

JOSELITO. Ahí tiene usté: ezas tayas zon hermanas mías. Envidia me están dando ahora mismo, viéndole a usté la boca.

ESTRELLA. Grasias.

JOSELITO. Mis paizanos le dicen a mi padre, por burla, que a mí también me zacó con hechura de taya. ¿La tengo?

ESTRELLA. ¡Ja, ja, ja! ¡Tos somos de barro!

JOSELITO. ¿Los dientes de usté también zon de barro? Porque paecen de naca, niña.

ESTRELLA. Grasias otra vez.

JOSELITO. Cuando quiera usté me dejo poné en zu tayero en lugá de una de miz hermanas. ¡Y zea lo que Dios quiera!

ESTRELLA. ¡Vaya si es fino el hijo de Madroño!

De la taberna sale Juan Chinazo, estremecido de alegría, fuera de sí, y se dirige a Joselito, con un puñado de dinero en la mano.

JUAN CHINAZO. ¡Joselito! ¡Joselito!

JOSELITO. ¿Eh? ¿Qué pasa?

JUAN CHINAZO. ¡Joselito!

JOSELITO. ¿Qué pasa?

JUAN CHINAZO. ¡Un pleno!

JOSELITO. ¿Cómo?

JUAN CHINAZO. ¡Un pleno! ¡Un pleno! ¡He asertao un pleno con su duro de usté!

JOSELITO. ¡Ole!

JUAN CHINAZO. ¡Tenga usté ahí!

JOSELITO. ¡No, zeñó!

JUAN CHINAZO. ¡Sí, señó: esto es de usté; esto le pertenese a usté! ¡Si ha sío con su duro! ¡Voy adentro otra vez! ¡Cómo pinta la tarde! ¡Ni amarrao suerto yo este duro! *Vuélvese al garito.*

JOSELITO. Está visto que he nacío de pie. Eze hombre me ha traío ar pueblo zin yo penzarlo, y no dejo de entrá con zuerte. Me encuentro una alhaja, gano dinero zin jugá, la conozco a usté…

ESTRELLA. *Haciéndose la desentendida.* La pursera que se ha encontrado usté tiene dueña.

JOSELITO. ¿Zí, eh?

ESTRELLA. Sí, señó. ¿No ha oído usté er pregón?

JOSELITO. ¡Zi cazi acabo de yegá! ¿No le digo?

ESTRELLA. Pos está pregoná esa pursera. La dueña es doña Emilia Sagalejo.

JOSELITO. ¿Dónde vive?

ESTRELLA. A la vera de las Monjas. ¿Ha visto usté la plasa de la estatua?

JOSELITO. Zí la he visto, zí. He pazao por eya. ¿De quién es la estatua?

ESTRELLA. ¡Ay, no lo sé! Ni lo sabe nadie en er pueblo. Aquí había un poeta que lo sabía; pero se murió el año pasao.

JOSELITO. ¡Pos miste que está en un pedestá a la intemperie, aguantando er zó y las tormentas, y que nadie zepa quién ze uno!… ¡Hay pa echarze abajo!

ESTRELLA. ¡Y en cueros, como lo ha puesto el escurtó!

JOSELITO. ¿De mo que en eza plaza…?

ESTRELLA. Vive la dueña de la pursera, sí, señó. Pregunte usté por doña Emilia Sagalejo en la casa de la rinconá. La der sócalo verde.

JOSELITO. Diga usté, antes de irme: ¿tiene también dueño por cazualidá esta otra alhaja der Rincón de la Virgen?

ESTRELLA. ¿No le párese a usté demasiao pronto pa preguntá eso? ¿No es mucha frescura?

JOSELITO. ¿Qué le va usté a pedí a una taya?

Sale de nuevo Juan Chinazo, próximo a la demencia.

JUAN CHINAZO. ¡Joselito! ¡Joselito!

JOSELITO. ¡Caray!

JUAN CHINAZO. ¡Otro pleno!

JOSELITO. ¿Otro pleno?

JUAN CHINAZO. ¡En er mismo número! ¡No me ha pasao nunca! ¡Er tres colorao! ¡No me ha pasao nunca! ¡Tome usté!

JOSELITO. ¡No, zeñó; yo no tomo ya más dinero!

JUAN CHINAZO. ¡Tome usté! ¡Si es de usté! ¡Si ha sío con su duro! ¡Lo vi a pone en un marco en mi casa!

JOSELITO. Bueno; poz hasta aquí yegó y de aquí no pazó. To lo que gane usté ya, pa su borza.

JUAN CHINAZO. ¡Lo que disponga usté, que es el hombre de la fortuna!

JOSELITO. Por ezo dispongo.

JUAN CHINAZO. ¡Pos que Dios se lo pague! ¡Esta tarde desbanca Juan Chinaso! *Corre otra vez a la ruleta.*

JOSELITO. Verdaderamente ze cuenta y no ze cree. ¡Dos plenos zeguíos, mientras estoy de converzación con esta rear moza! ¿Es zuerte o no es zuerte?

ESTRELLA. Es una cosa pa er teatro. Juan Chinaso no asierta un gorpe. Er juego le ha quitao hasta er pelo. Y na más porque apunta con dinero de

usté, esta tarde…

Por el foro aparece el Sargento Carmona, de la Guardia local, y Villegas y Pardo, pareja a sus órdenes. La Guardia local es una institución semejante a la Guardia civil.

SARGENTO. ¡A eyo!

ESTRELLA. ¡Virgen der Corderito! ¡La Guardia locá!

JOSELITO. ¡Agua! ¡La Guardia locá! ¡Éstos vienen a copa la partía!

ESTRELLA. ¡Ni más ni menos!

JOSELITO. ¿Me echo a reí por mí, o me echo a yorá por Juan Chinazo?

ESTRELLA. ¿En su pueblo de usté hay también la Guardia locá?

JOSELITO. También: lo mismito que ésta. La fundó mi padre ziendo arcarde, pa quitarle argún trabajo a la Guardia civí.

SARGENTO. *Llegándose a la puerta de Benino.* Tú, Viyegas: aquí sin menearte.

VILLEGAS. Sí, señó.

SARGENTO. Tú, Pardo, ar postigo; que no se escape ni rata.

PARDO. A la orden, mi sargento. *Se va por el primer término de la izquierda.*

SARGENTO. Y yo, a ajustá las cuentas arriba. *Éntrase en la taberna.*

JOSELITO. ¡Pobre Juan Chinazo!

ESTRELLA. ¿Ha visto usté? ¡En cuantito lo dejó usté solo!

JOSELITO. Es lo que ze yama un *cenizo.* Tiene más mala zombra que la estatua en cueros.

Sale disparado de la taberna Curro Miguel, y el guardia lo detiene.

VILLEGAS. ¿Adónde se va, amigo?

CURRO MIGUEL. A mi casa a escape: me han venío a da una mala notisia.

VILLEGAS. Pos como ya no tiene remedio, aguárdese usté diez minutos en donde estaba.

CURRO MIGUEL. Si es que a mi tía le ha entrao un tembló… Joselito. *A Estrella.* ¡Y ar sobrino, otro!

VILLEGAS. Ande usté pa dentro, ande usté pa dentro.

Curro Miguel obedece con las orejas gachas.

CURRO MIGUEL. ¡Quien manda, manda!

ESTRELLA. ¡Me alegro, grandísimo piyo! ¡Pa que arruines a tu mujé!

VILLEGAS. *A García, que trata de descolgarse por el balcón.* Pero, Garsía, ¿qué es eso, hombre; ta vas a suicidá?

GARCÍA. ¡Déjame que me tire, Viyegas!

VILLEGAS. ¿Y tus hijos?

GARCÍA. ¡Déjame que me tire, por tu salú! ¡Si er barcón es bajito!

VILLEGAS. ¡Echa ya pa dentro!

GARCÍA. ¡Viyegas!

VILLEGAS. *Apuntándole con la carabina.* ¡Pa dentro!

GARCÍA. *Retirándose.* ¡Ahora sí que me has convensío!

ESTRELLA. ¡Granuja! ¡Tramposo! ¡Bien empleao le está por jugarse lo que no es suyo!

VILLEGAS. Con un trapo atrás y otro alante tiene a las criaturitas.

JOSELITO. ¡Condenao juego! No trae más que dezastres.

VILLEGAS. *A Coraje, que saca la cabeza por el ventanuco.* ¡No se canse usté, que por ahí no hay salía!

CORAJE. ¡Ya lo estoy viendo! ¡Marditos sean los biberones!

ESTRELLA. ¡Ay, Manolo, Manolo! ¡Er dijusto que se va a yevá tu madre cuando lo sepa!

CORAJE. ¡Y que se lo tiene que desí papá, que está aquí conmigo! *Retirase también.*

JOSELITO. ¡Pobreciyo! ¡Por dónde ze quería zalí!

ESTRELLA. Yo no los compadezco. ¡Gandules! ¡Que trabajen! Esto pasa aquí tos los años después de la feria. El arcarde hase la vista gorda, y en cuanto se dejan las pesetas los forasteros, se concluyó.

JOSELITO. ¡Poz este año hay un forastero que ze yeva argunas de rozitas!…

ESTRELLA. Es que por lo visto este forastero…

JOSELITO. ¿Qué?

ESTRELLA. Na.

JOSELITO. Argo iba usté a decí.

ESTRELLA. Pos me lo cayo. Ande usté a entregarle la pursera a su ama.

JOSELITO. Ayá voy. Pero déjeme usté vorvé luego a decirle zi me ha gratificao.

ESTRELLA. Vuerva usté cuando guste.

JOSELITO. ¡Ole! Y zi mientras zale Juan Chinazo dígale usté por mí que desde luego le compro zu Huerta; que yo quieo fincá en este pueblo. ¡Y azí ze alegrará el hombre una mijiya!

ESTRELLA. Vaya usté con Dios.

JOSELITO. ¿Me ha guiñao la Patrona?

ESTRELLA. Eya me lo contará cuando usté se vaya.

JOSELITO. Hasta luego.

ESTRELLA. Hasta luego.

Él se va por el foro y ella se entra en su casa, diciendo cada cual para sí:

JOSELITO. ¡A vé zi es completa mi zuerte!

ESTRELLA. ¿Será er que yo espero, Madre mía?

Música en la orquesta

Anochece. En diferentes puntos van brillando sucesivamente algunas luces. Los últimos ruidos de la tarde, que muere, traen un eco a la plazoleta. Cruzan en distintas direcciones, primero, una Vieja; luego, un Cura, y últimamente, un Campesino con una Niña en brazos. Villegas continúa a pie firme ante la casa de Benino. Estrella y Nuncia salen a su puerta y se sientan a cuchichear. Una pareja amorosa pela la pava en una esquina.

Cuando cesa la música dice Villegas:

VILLEGAS. Ya acabó er sargento el atestao. Aquí baja la gente.

Salen de casa de Benino hasta diez puntos, entre pesarosos y corridos. Vienen, por de contado, Curro Miguel, García y Coraje, y detrás de todos los demás, Benino y el Sargento. El de los andares de marras no los pierde tampoco en esta ocasión.

CORAJE. ¡Marditos sean los biberones!

CURRO MIGUEL. ¡El único fallo que tenía mi combinasión! ¡Por vía e los moros!

GARCÍA. ¡Hijos de mi arma! ¡Os ha tocao un padre que es un indesente! ¡Qué deshonra!

SARGENTO. Pos agradescan ustedes toavía que he esperao a que se haga de noche pa condusirlos ar Juzgao.

VILLEGAS. *Gritándole al otro guardia, que aparece a poco.* ¡Pardo!

BENINO. *Afligidísimo.* ¡Me han perdío! ¡Me ha perdío esta gente!

SARGENTO. *Cerrando con llave la puerta de la casa.* ¡Ajajá! ¡Hasta otro ratito por aquí!

BENINO. ¡No va más!

SARGENTO. ¿Qué dice usté, Benino?

BENINO. *Sin dejar la aflicción.* Na, mi sargento: ¡que es usté er *plus plus* de los sargentos cumpliores!

SARGENTO. Pos en marcha.

CURRO MIGUEL. ¡Juego!

SARGENTO. ¿Qué?

CURRO MIGUEL. ¿Se puede uno retirá?

SARGENTO. ¡No, señó!

CURRO MIGUEL. ¡Pos sí que es una lástima!

SARGENTO. ¡Vamos!

BENINO. ¡Vamos! *Adulando siempre.* ¡Viva la Guardia locá!

Por el foro, hacia la derecha, desfilan todos. La pareja enamorada se va tras ellos.

Nuncia, que no ha visto entre los detenidos a Román, y Estrella, que tampoco ha visto a Juan Chinazo, están atónitas. Al fin Nuncia rompe a gritar:

NUNCIA. ¿Habrá esaborío? ¿Habrá fantasmón y mal ánge? Estrella. ¿Por quién va eso, Nunsia?

NUNCIA. ¿Por quién va a í más que por el sargento Carmona? ¡Lo primero que le encargué fué que viniera cuando estuviese ahí dentro Román!

ESTRELLA. Pero ¿la der soplo has sío tú? ¿Ésta era la vela ar demonio?

NUNCIA. ¡Ésta era! ¡Sino que ese *asaurón* me la ha estropeao! *Se va hacia el foro, como en su seguimiento.* ¡Guasa viva, que no tienes más que fachenda y bigotes! ¡Así te los monde la tiña pelona! *Desaparece.*

ESTRELLA. *Todavía perpleja.* Pero ¿y Juan Chinaso? A la cuenta. Pardo, que es pariente, lo ha dejao escaparse por er postigo. *De pronto, mirando hacia la izquierda, exclama:* ¿Es aqué Román? ¡Sí! ¡Él es! ¡Condenasión de hombre! ¡Ha de amargarme toas las horas! *Éntrase, por no verlo, en su casa.*

La luna, en cambio, sale para alumbrar la escena.

Música

Principian a oírse a lo lejos unas guitarrillas, que van acercándose lentamente. Al fin llegan a la plazoleta, por el foro, los guitarristas. Son Salivita y varios amigos suyos, que vienen a darle a Estrella serenata. Pasean, arrogantes, tocando con gracia y alegría. Después, Salivita se llega a la puerta de la mozita y canta. Los vecinos todos curiosean, como antes, y como es costumbre en estos casos.

SALIVITA.

Azómate a la ventana,
carita y cuerpo de roza,
que aquí te espera quien viene
por tuz ojoz y tu boca.

VOCES. ¡Ole! ¡Ole! ¡Bien por Salivita! ¡Vivan los hombres guapos! ¡Er campo es suyo!

Se engríe el galán y vuelve a cantar con toda arrogancia. Salivita.

Azómate a la ventana,
carita de zerafín,
para que mires de cerca…

En este punto aparece Román en la esquina de la taberna, sonriente y burlón. A Salivita, al verlo, se le apagan los fuegos de pronto, y remata su copla en voz débil y temblorosa.

… lo que yo te quiero a ti.

Los guitarristas, escamados, pierden también mucho brío al rasguear.

Román se retira como perdonándoles la vida a todos. Respiran los músicos. Salivita se crece, da un paseíto, pavoneándose, y canta otra vez.

El hombre que a mí me azuste
lo han encargao en er cielo,
pero hasta el año que viene
no caerá por este pueblo.

Voces. ¡Ole! ¡Ole! ¡Los niños con arma! ¡Así se hase! ¡Así se espantan los abejorros! ¡Viva er Telégrafo!

Vuelve Salivita a engreírse y vuelve a cantar decidido hasta el tercer verso de la copla, en que se repiten la aparición de Román y sus fatales y cómicas consecuencias.

Salivita.

A la puerta de tu caza,
Estreya que érez er zó,
tengo de escribí con zangre
…
lo que he de quererte yo.

Román avanza entonces hasta el centro de la plazoleta, causando el asombro de todos, y haciendo de su vara guitarra, rompe a cantar.

Román.

Triqui, triqui, tri,
triqui, triqui, tra,
tipi, tipi, ti,
tipi, tipi, ta.
¡Ja, ja!

Sal a tu puerta, presiosa,
que ha yegao er recovero…
por unas cuantas gayinas
que buscan tu gayinero.

Salivita, ofendido, le acomete con la guitarra.

Salivita. ¿Gayina? ¡Gayo con espolones! ¡Ahora verás tú!

Román. ¡Tú sí que vas a vé, pamplinoso!

Román lo recibe a varazos. Gritos, confusión, tumulto. Llueven palos y bofetadas. Por fin, Román, blandiendo su vara a diestro y siniestro, hace huir a todo el mundo entre lamentos y amenazas. Una vez solo en la plazoleta, donde quedan algunos rastros de la refriega, lanza al aire de nuevo, con jactancia, su primera copla de desafío.

En esta casa vive la niña que yo prefiero.
¡Nadie la mire si no quié riña!
¡Se yama Estreya y es mi lusero,
y este cachorro guarda la viña!
¡Con mi palabra lo dejo escrito
frente a la Virgen der Corderito!

Cesa la música.

Entonces Román va a la puerta de Estrella, y desde allí grita hacia dentro:

¡Ya se habrá enterao usté de lo que ha determinao la Virgen! ¡Voy a que me den un vasito de agua pa refrescarme, y aquí estoy en seguía a que nos

arreglemos! ¡Lo escrito, escrito está ayá arriba! ¡Usté, que es Estreya, lo debía de sabé! *Se va por la izquierda presumiendo y canturreando.*

Esta noche mando yo,
mañana mande er que quiera;
esta noche vi a pone
por las esquinas banderas.

Durante sus palabras a la puerta de Estrella, han aparecido cautelosamente dos o tres individuos, a recoger las prendas que se dejaron en el campo de la pelea.

Vuelve Nuncia y se abraza a Estrella, que sale otra vez de su casa.

NUNCIA. ¡Niña de mi arma! ¿Qué fué? ¿Qué ha sío esto? ¡A Salivita lo están curando en la botica! ¿Qué ha sío?

ESTRELLA. ¡No ha sío más sino que soy yo quien va a tené que espantá a ese mal hombre!

NUNCIA. ¿Tú? ¿Qué más quisiera é sino ese orguyo? ¡Primero está aquí Nunsia pa lo que haga farta! ¡Tanto se me da a mí morí en mi cama como morí en la cársel! ¡Yo le prepararé una boliya como a los perros!

Llega Joselito por donde antes se fué, muy sobreexcitado.

JOSELITO. ¡Estreya! ¡Estreya!

NUNCIA. ¿Quién?

JOSELITO. Yo.

NUNCIA. Y usted ¿quién es?

ESTRELLA. Un forastero amigo mío.

NUNCIA. ¿Amigo tuyo? ¿Desde cuándo?

JOSELITO. ¡Cáyeze usté, señora! ¡Desde hace diez minutoz y pa ziempre! *A Estrella.* Zabrá usté que vengo de ayí, de entregá la purzera… ¡Ay qué nerviozo estoy! Pero ¡qué nerviozo!

ESTRELLA. ¿Por qué? ¿Qué le ocurre?

JOSELITO. Ya usté verá… Lo de la purzera es lo de menos. Aqueya zeñora, agradecía, me regala dos cajas de boteyas de vino… y me deja cruzá mi perra de caza con un perro fino que eya tiene.

NUNCIA. ¡Pos no es pa temblá de ese modo, hijo!

JOSELITO. Zeñora, ¿se quié usté cayá? Esta zeñora ¿le toca a uzté argo? ¿Es zu mamá de usté?

ESTRELLA. No, señó: es mi chacha. Yo no tengo madre, Joselito.

JOSELITO. ¡Ole! ¡Zin zuegra!

NUNCIA. ¿Qué dise?

JOSELITO. Digo que en caza e doña Emilia me he enterao de un particulá referente a usté…

NUNCIA. ¿A mí?

JOSELITO. ¡A Estreya, zeñora, que es con quien yo hablo! ¡De un particulá que me ha puesto azí de nerviozo! ¡No ze lo que hago ni lo que digo!

ESTRELLA. Vamos a vé, vamos a vé… ¿Qué es eyo?

JOSELITO. Me ze zeca la lengua… Cazi no me zalen las palabras… ¿Es cierto que hay en Puente Reá un hombre que la trae a usté por la caye e la Amargura?

ESTRELLA. ¡Es sierto!

NUNCIA. ¿Que si es cierto?

ESTRELLA. ¡Cáyate, Nunsia!

JOSELITO. ¡Nuncia, cáyeze usté! ¿Es cierto, Estreya, que no paza día zin que le dé a uzté una pezadumbre?

ESTRELLA. ¡Es sierto!

JOSELITO. ¿Es sierto que a la voz de un pregonero ha dicho usté que le da zu cariño ar que lo espante de estos lugares?

ESTRELLA. ¡Es sierto y se lo he jurao a la Virgen der Corderito!

JOSELITO. ¿Zerviré yo pa eza faena?

ESTRELLA. ¡Ojalá!

JOSELITO. ¿Ojalá? ¡Ay qué palabra! ¡Ojalá!… Y ¿ze yama eze guapo…? ¿Cómo ze yama er guapo éze?

ESTRELLA. ¡Román Garrido!

JOSELITO. *Lleno de júbilo.* ¿Román Garrido? ¡Ay! ¡Ay!

NUNCIA. ¡Ya le cogió mieo!

JOSELITO. ¿Mieo? ¿Mieo yo? ¿A Román Garrido? ¡Zeñora zi a mí me han tirao der cielo esta tarde pa que caiga en está plazoleta! Estreya, duerma usté tranquila. Román Garrido no amanece mañana en Puente Reá.

ESTRELLA. ¡José María!

JOSELITO. Lo dicho. Román Garrido no amanece mañana en Puente Reá.

NUNCIA. *Escupiendo como Salivita.* ¡Otro Salivita!

JOSELITO. ¿Cómo Zalivita, zeñora?

NUNCIA. ¡Otro Salivita!

JOSELITO. ¡Virgen der Corderito, ziete velas rizás zi ze caya esta vieja! Estreya, vuervo a decirle a usté que duerma tranquila. Más que tranquila: zoñando conmigo. ¡Román Garrido no amanece mañana en Puente Reá! Román Garrido…

Aparece él en esto, y pregunta:

ROMÁN. ¿Quién me nombra?

JOSELITO. ¡Yo!

ESTRELLA. *Asustada.* ¡Jesús!

NUNCIA. ¡Salivita tenemos!

Se unen ambas en actitud espectante. Joselito se acerca con solemnidad a Román.

JOSELITO. Román Garrido…

ROMÁN. ¿A qué viene esta seremonia, tú?

JOSELITO. Viene a lo que viene. Escucha. Tú me has repetío, qué ze yo las veces, que yo te mando rodá y ruedas. Román. ¡Y ruedo!

JOSELITO. Ea, pos yegó la hora de cumplirlo. Vaz a rodá carretera adelante y no vaz a pará hasta er café de la Campana en Zeviya.

ROMÁN. Y eso ¿por qué?

JOSELITO. Porque lo quiero yo.

ROMÁN. Basta.

JOSELITO. No tienes derecho a hacé yorá máz a unoz ojos que zon tan bonitos.

ROMÁN. ¿Es tu voluntá?

JOSELITO. Y mi gusto.

ROMÁN. Basta. Haré lo que pides. Sólo pongo una condisión.

JOSELITO. Dila.

ROMÁN. Que eya me perdone.

JOSELITO. *A Estrella.* ¿Está usté oyendo?

ESTRELLA. Por mí, perdonao.

NUNCIA. ¡Por mí, no!

JOSELITO. ¡Y dale! *A la Virgen.* ¡Doce velaz, en lugá de ziete!

ROMÁN. Joselito, un abraso.

JOSELITO. De amigo, Román. ¡Y agradecío yo ahora!

ROMÁN. *Al oído, mientras lo abraza.* ¡No; yo a ti otra vez! No sabía ya cómo librarme de este compromiso, quedando siquiera regulá. ¡El amor propio de los hombres!

JOSELITO. Pos me alegro, y anda con Dios.

ROMÁN. Adiós, y grasias. Estreya, Dios la guarde.

ESTRELLA. Ér vaya con usté.

Joselito lo acompaña hacia el foro, por donde al fin se marcha tras un nuevo abrazo a Joselito.

Las dos mujeres se abrazan igualmente.

NUNCIA. ¡Que se va, Estreya; que se va!

ESTRELLA. ¡Que se va, Nunsia! Tú y yo, ¿estamos dispiertas?

JOSELITO. *Entre sí, mientras vuelve al lado de Estrella.* ¡Me deja er campo libre… y toavía rezurta que le hago favó! ¡A mí un día me van a da un palo por la zuerte que tengo!

ESTRELLA. ¡Joselito!

JOSELITO. ¡Estreya! *Se estrechan con alegría las manos.* Zeñora, ¿ze fué o no ze fué? ¿Espanté o no espanté ar mosquito?

NUNCIA. ¡Mi Virgen es la que ha hecho er milagro!

JOSELITO. Bueno, no nos vamoz a peleá por ezo. Ponga usté a zu Virgen, o ponga usté a mi Zan Jozé. Ya he dicho yo antes que a mí me han tirao aquí desde ayá arriba. Arguien de ayí arriba ha guiao mis pazoz a Puente Reá.

Una voz en el aire dice entonces. «¡Seguro!».

La mujeres dan un grito, asustadas, y Joselito, un salto.

ESTRELLA. ¡Ay!

NUNCIA. ¡Ay!

JOSELITO. ¿Quién?

JUAN CHINAZO. *Asomándose al balcón de la taberna* ¡Seguro!

ESTRELLA. ¿Quién?

JOSELITO. ¿Quién?

JUAN CHINAZO. ¡No asustarse, que no es er Padre Eterno! Estrella. ¡Juan Chinaso!

NUNCIA. ¡Si es Juan Chinaso!

JOSELITO. ¡Valiente zusto noz ha dao usté, compare! Ya me parecía a mi que pa zé la voz der Padre Eterno estaba una mijiya cascá.

JUAN CHINAZO. Usté me ha pegao su suerte, amigo, olí que venía er sargento Carmona, y me escondí antes que ér subiese debajo una cama, sin que me viera nadie. Me he sarvao en un hilo. Luego me he metío en la cosina y me he hecho unas sopitas de ajo que me han sentao muy bien. Y ahora voy a acostarme en la cama e Benino. ¡Lo que es hoy, duermo solo! ¡Hoy no me encuentra mi mujé!

NUNCIA. ¡Que sea enhorabuena, Juan!

JUAN CHINAZO. Se resibe, Nunsia.

ESTRELLA. Siéntese usté a mi lao, Joselito.

JOSELITO. ¡Ole!

NUNCIA. *A la Virgen.* Mariquita, rayo de luna, ¿te parese bien? Voy a preparé una batea con durses pa convidarlo. *Se entra en la casa.*

Estrella y Joselito charlan felices animadamente. Salivita vuelve por el foro, cojeando, y con la cabeza vendada. Al llegar a la casa de Estrella y ver lo que ve, retrocede lleno de contusión.

SALIVITA. ¡Caracoles! ¿Qué viene a zé esto? ¿Tras de apaleao…?

JUAN CHINAZO. *Llamándolo desde el balcón.* ¡Chiss… chiss! ¡Salivita!

SALIVITA. ¿Eh? ¿Quién me yama?

JUAN CHINAZO. ¡Yo: Juan Chinaso!

SALIVITA. ¡Ah!, ¿usté? ¡Juan Chinazo! ¿Cómo está usté ahí? Juan Chinazo. ¡En la gloria, hijo!

SALIVITA. ¿Quién ez eze arma mía que habla con Estreya?

JUAN CHINAZO. Un niño que ha entrao en Puente Reá hase dos horas y se va a yevá hasta er reló del Ayuntamiento. No se te ocurra competí con é.

SALIVITA. ¡Dios me libre! ¡No quieo más competencias! ¡Me contento con haberme comportao como un hombre a loz ojos de eza mujé! Con Dios. Juan Chinazo. *Se va el pobre escupiendo acíbar.*

JUAN CHINAZO. Con Dios, Salivita. ¡No le digas a nadie que me has visto aquí! *Sentándose luego a sus anchas.* ¡Ay, qué hermoso está esto! ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora comprendo por qué se ríen tanto los loros!

JOSELITO. *A Estrella:*

Es zuerte la zuerte
que me manda Dios;
pero esta fortuna de que tú me quieras,
zerá mi blazón.

ESTRELLA. *Al público:*

Ér tuvo hasta hora
más suerte que yo…
¡A vé si, ya juntos, la suerte de ér solo
nos sigue a los dos!

FIN

Madrid, mayo, 1924.

CARTA DE LOS AUTORES

Al excelentísimo señor don Francisco
Rodríguez Marín, infatigable colector y
comentador de los cantos populares españoles.

Amigo y maestro: Antes que la representación escénica deforme o idealice las figuras y figurillas de *Cancionera*; antes que la opinión de doctos e indoctos caiga sobre ellas y las aplauda o las censure, las ensalce o las menosprecie, queremos que usted las conozca, confiados en que de antemano ya las ama, siquiera sea por la intención a que deben el ser. Recíbalas usted en la pureza en que fueron creadas por nosotros. Hace unos meses no eran en nuestro espíritu sino nebulosas, que nos seducían e ilusionaban íntimamente; tenues fantasmas que vagaban entre las tinieblas del pensamiento, solicitando vida. Haga Dios que la luz a que se han de ver pronto no las marchite o las abrase.

Cancionera, poema dramático en tres actos, pretende ser como una exaltación de la poesía popular andaluza, o dicho en otros términos, como una condensación, en forma dramática, de su más delicado jugo y de su olor más penetrante. Y al nombrar la poesía popular andaluza, dicho se está que no nos referimos tan sólo a sus modalidades gitana y flamenca sino a toda ella, en su profunda originalidad y en su varia y pintoresca extensión. Que si bien es cierto que recibe y toma reflejos flamencos y gitanos, no lo es menos aquello que tan bellamente dijo su inseparable amigo de usted el *Bachiller Francisco de Osuna*:

Canta en neto andaluz quien guarda bueyes;
quien no sabe a qué sabe manzanilla
que con Juan Breva compartieron reyes;
quien bebe el agua pura en la liarilla;
quien respira aire virgen de los cerros…
no humazo de tabernas de Sevilla.

Como ve usted, ambiciosillo ha sido nuestro intento; pero ¡qué diablo!, el que no se arriesga no pasa la mar. Aparte de que, es claro, a la ambición hubimos de ponerle un límite, y al vasto horizonte, una muralla. ¿Cómo no? ¿Quién aspira a encerrar en una sola obra los infinitos colores y matices, cambiantes y facetas del cancionero popular andaluz?

Del polvo de la tierra
saco yo coplas:
no bien acaba una,
ya tengo otra.

Fuera desmesurada empresa. No lo es tanto, en verdad, atreverse a escribir, por amor y reverencia al cancionero, una obra que sepa y huela a lo que él huele y sabe. Sin embargo tampoco ha de llevarnos nuestra jactancia a cantar con el dueño de aquel raro jazmín de la linda playera:

A canela y clavo
güele mi jarmín;
er que no güela a clavo y canela,
no sabe estinguí.

Exageraba el enamorado, sin duda alguna. ¿Quién está libre de un catarro, pasajero o crónico?

Sea buena prenda del entusiasmo con que acometimos la sabrosa tarea, nuestra devoción de toda la vida a cuanto es poesía popular. En nuestras obras hay abundantes chispas de ese entusiasmo, que por cierto nos viene de casta. Nuestro padre, que no era literato, fué también gran aficionado de la musa del pueblo, y aun compuso, para desahogo de su corazón, innumerables

coplas, algunas de las cuales el pueblo las premió prohijándolas. Es más: nuestros primeros maestros y amigos literarios en la niñez y en la adolescencia, el venerado e insigne Montoto; el infortunado Díaz Martín, que laboró en la sombra; *Micrófilo*, de tan culto ingenio; Rodríguez La Orden, tan modesto y simpático, nos hablaban también con fervor de cantares y más cantares, aplaudiendo y estimulando aquel movimiento *folklórico* español, de que fué iniciador y paladín, director y obrero a la vez, el ilustre Machado y Álvarez, padre de poetas.

Así, pues, *Cancionera* tiene hondas raíces, que ya se ve que vienen de lejos. Ideamos su fábula de suerte que, al choque dramático de las personas, vivan y vibren sobre las tablas de la escena las pasiones y los afectos, los ecos del corazón y del alma que predominan en la que ha sido clara fuente de nuestra inspiración, y como que le imprimen carácter. Sobresalen, en general, las múltiples manifestaciones del amor, cielo estrellado del cancionero, cuyas luces no pueden contarse —desde la declaración encendida hasta la pasión más allá de la muerte— y el cariño maternal y el fraterno, y la piedad y la desventura; pájaro éste de alas negras y de vuelo incansable, que lo mismo se detiene en el rosal, que en el almendro, que en el olivo. Ni faltan personajes episódicos, cuya presencia evoca y reproduce otros aspectos, modos y costumbres, no por menos frecuentes en coplas, menos peculiares del pueblo andaluz.

La expresión era natural que la acomodásemos, y así lo hemos hecho, según la índole de cada pasaje, a los moldes ya consagrados por el pueblo mismo en sus imponderables romances y cuartetas (con alguna que otra quintilla entreverada), *soleares*, *solearillas*[2], alegrías, playeras, seguidillas, etc., etc. Más de una vez, al forjar el diálogo, ha acudido a los puntos de la pluma el cantar ya famoso, como espontáneo brote de aquellos sentimientos, o tal cual verso aislado de alguno de ellos, y allí se les ha dado sitio de honor).

Si ese entusiasmo de que ha nacido *Cancionera* pudiese tomarse por garantía de acierto, seguros estaríamos de haber acertado. Pero, ¡ay!, que el entusiasmo sólo no basta. Deseamos que el acendrado gusto de usted halle dichosa nuestra labor, o que, a lo menos, logre ver cierta compenetración esencial de fondo y de forma entre lo escrito por nosotros y esos cantos

populares tan queridos de usted, y a cuyo estudio ha consagrado muchas de las mejores horas de su vida y de las sales de su ingenio. Nos dijo usted en cierta ocasión, que, siendo mozo, y habiendo sentido ese furor coleccionista tan propio de los verdes años, y no teniendo a mano dineros que invertir en la compra de cosas de valor material, dió en reunir, guardar y clasificar cantares del pueblo, que adquiría sin el menor gasto y con mayor facilidad que el naturalista caza mariposas y otros insectos de colores. ¡Gran servicio prestó usted con ello a nuestras letras! ¡Monedas de finísimo oro coleccionó! Algunas, vaciadas en perfectos troqueles; otras, informes, como pedacillos del precioso metal extraídos de la rica mina y echados a rodar sin pulimento alguno:

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere;
cantando de rama en rama,
Dios manda que viva siempre,

dijo Ruiz Aguilera.

Cantar que va por la vida
parece una mariposa,
que en lugar de flor en flor
revuela de boca en boca,

ha dicho Salvador Rueda a su vez.

El campo tiene sus flores,
y sus estrellas el cielo,
y sus arenas los mares,
y sus cantares el pueblo,

piensa y canta Montoto. ¡Mariposas y pájaros, arenas, estrellas y flores, algo maravilloso que es de todos y no es de nadie! ¡Divina poesía popular! ¡Qué bien habló, como de costumbre, aquel portentoso maestro —manantial que absorbió en sí toda las fuentes del saber—; aquel inagotable don Marcelino, al decir que «la poesía popular, con ser lo más castizo que existe, es al mismo

tiempo lo más universal, y no se la puede estudiar a fondo en una región determinada, sin que este estudio difunda nueva luz sobre toda la poesía de la raza y aun sobre toda la poesía del género humano»! ¿Verdad que los poetas cultos, especialmente aquellos que sueñen con que sus coplas lleguen a temblar alguna vez en los fragantes labios de las mozas y mocitas del pueblo, como voz del sentir colectivo, alcanzando así la extraña y exquisita gloria de trocarse en anónimas, deberían ir pensando en levantarle un monumento de homenaje de gratitud y admiración perennes al gran poeta ignorado, a ese oscuro y peregrino cantor nacional, alma de millones de almas, cuyos ecos y latidos, que todos los vientos recogen, repercuten en todas partes y no se pierden nunca?

En fin, querido don Francisco, perdónenos usted las dimensiones de esta carta, y disculpe si con ella le hemos robado mucho tiempo. ¡La necesidad de explayarse es a veces tan indiscreta…!

Lea usted *Cancionera* cuando otros más interesantes quehaceres se lo permitan; y dígale de nuestra parte al ya citado *Bachiller*, que en la noche del estreno, en el teatro de Lara, por la Compañía de la singular actriz Lola Membrives —que tiene dos patrias en que se habla la misma lengua y es apasionada de los cantos populares de entrambas patrias—, dígale al *de Osuna*, repetimos, que aquella noche le encienda doble luz a la Patrona de su pueblo.

En Osuna está, señores,
la imagen más peregrina
que pueden pintar pintores
con paper y tinta fina:
¡La Virgen de los Dolores!

Que ya nosotros, por nuestra parte, acudiremos asimismo con doble lamparilla a la de Consolación de Utrera. ¡Todo el aceite es poco para ofrecerle al público de nuestros días, pródigos en extravagancias y alambicamientos, un drama popular andaluz, de sentimientos rudos y simples y de expresión ingenua y clara; sencillo todo él de la cruz a la fecha!

Saludan a usted agradecidos con gran devoción,

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

Madrid, octubre de 1924.

CANCIONERA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS

EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 4 de noviembre de 1924

A LOLA MEMBRIVES,
musa escénica de este poema, con la
noble alegría de haber unido al suyo
nuestros nombres en esta inolvidable jornada.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cancionera.	Lola Membrives.
Cinta Romero.	Amparo Astort.
Adelfa.	Carmen Blázquez.
Maricuela.	Juanita Azorín.
Florita.	Esther Silva.
La Gitana.	Guadalupe Muñoz Sampedro.
La Enfermera.	Matilde Rodríguez.
Daniel.	Manuel Soto.
Mariano.	Francisco G. Pereda.
Alifonso El Sabio.	Manuel Aragonés.
Pablillo.	Pilar Casteig.
Curro Viento.	Fernando Montenegro.
Molina.	José Marco.
Lorenzo.	Luis García Ortega.
Ignacio.	Enrique Suárez.
	José Pidal.

Juan Francisco.

Apuntadores: Fernando de la Torre y Juan P. Romeu.

CANCIONERA

ACTO PRIMERO

Campiña andaluza. A lo lejos, en el horizonte, las blancas siluetas de dos pueblecitos. A la derecha del actor, en primer término, la cara posterior de una venta, sobre cuya cal negrea un tosco letrero que dice: «Ar regorvé, la entra a la Venta de Alifonso er Sabio». A la izquierda, también en primer término, se alza un arco rústico de zarzamoras y rosales, que abre el camino al Santuario de la Virgen de la Rosa, venerada en todo el contorno. En medio de la escena, dos escalones circulares dan base a un pilar que sustenta una cruz. El pilar y los escalones, encalados; la cruz, de hierro, pintada de verde. Salidas por distintos términos. Al amparo de la pared de la venta, una mesa de pino y un par de sillas. Es por la mañana, en primavera.

La campiña está sola. La templa el sol y la embalsama el aire, cargado de olores. Por el fondo, hacia la izquierda, aparece luego Mariano, airoso galán, cuya figura, esbelta y varonil, la realza el traje campero de montar que viste.

Mariano. *Deteniéndose a contemplar el sitio.*

Parma der Mar aquéya;
Los Chinarrales…
¡No me perdió la jaca,
por las señales!
Y ayí, la ermita…
y en el artá, la Virgen,
la Morenita.
¡Ay, Virgen de la Rosa,
mucho cuidao
con la que, por quererme,
te han confiao!
Por eya vengo;
que yo, sin estas cosas,
no me entretengo.
Vamos a asegurarnos
con disimulo
de que estoy en er sitio
que me carculo.

Se sienta en una de las sillas y toca las palmas. Por la derecha, como de la venta, sale Florita, sobrina de Alifonso, bonita y coqueta si las hay.

¡Muera la muerte!
¡Camará, qué amapola!
¡Viva mi suerte!

Florita.

¿Yamaba usté?

Mariano.

Yamaba.

Florita.

¿Qué se ofresía?

Mariano.

Esta venta, ¿se ha vuerto
confitería?

Florita.

Según su idea:
se le hase a usté un merengue,
si lo desea.

Mariano.

Prefiero una copita
de vino bueno;
aunque, si tú lo sirves,
será veneno.

Florita. *Sonriéndole.*

No le tema usté
ar veneno malino
que aquí se le dé.
(Tiene el hombre buen ánge,
despejo y grasia.
¿Es torero, gitano
o aristocrasia?
¡Sea lo que sea,
mi corasón, ar verlo,
se tambalea!)

Vase, cautivada.

Mariano.

¡Vaya una mañanita

que ha amanesío!
¡Cuarquiera no se alegra
de haber nasío!
¡Viva mi suerte!
¡Bien me pintan las cartas!
¡Muera la muerte!

Alifonso el Sabio, el ventero, acude al olor. A hurtadillas de Mariano, lo observa y luego dice entre si:

ALIFONSO.

Alifonso, si es éste
quien tú supones,
sácale con astusia
sus intensiones.
Que no me engaño:
¡he visto mucha tela
der mismo paño!

Se presenta a él.

Dios guarde a usté. ¿Le sirven,
buen cabayero?

MARIANO.

Me sirve una muchacha
como un lusero.

ALIFONSO.

Mi sobriniya.
Es la fló de la venta
la sagaliya.

MARIANO.

¿Tiene novio?

Alifonso.

Así, a burto,
cuatro dosenas.
Mientras vengan en ristras
no me dan penas.
Lo malo será
que uno sólo se adueñe
de su palomá.

Vuelve Florita con un vaso de vino blanco, que le sirve al mozo.

Florita.

Grasia de Dios le traigo.

Mariano.

¡Bendita sea!

Florita.

¿Le agrada?

Mariano.

Sólo olerlo
ya me marea.

Apura el vaso.

Me bebo er vino…
y te miro en er fondo.
¡Qué desatino!
Tráeme pronto otro gorpe.

Florita.

¡Pos ya lo creo!

Vase de nuevo muy risueña, contoneándose.

Mariano. *A Alifonso.*

¿Sabe usté que la niña
vale er paseo?

Alifonso.

¡Mier de la venta!

Mariano.

¡Miel y canela y clavo,
sal y pimienta!
¿Qué tendrán las mujeres,
que son presiosas,
lo mismo serenitas
que revortosas;
artas, pequeñas,
morenas, pelirrojas,
rubias, trigueñas?…
¿Qué tendrán las mujeres…?

Alifonso.

Vaya, mi amigo,
si es que usté no lo sabe,
yo se lo digo.

Mariano.

¿No he de saberlo?
¡Si yo vine a este mundo
por aprenderlo!
¡Si a la misma niñera
que me mesía
le dije una mañana
que la quería!

ALIFONSO. *Riéndose.*

Y eya, ¿qué dijo?

MARIANO.

«¡Aguárdate unos años,
que crezcas, hijo!»

ALIFONSO.

Las mujeres, de mosas,
son fló y espuma,
pero, ar corré der tiempo,
tos y *reúma*.
Miste la mía:
yo le yamo de broma
mi purmonía.

Sale Florita, le sirve otro vaso de vino a Mariano, y a una seña disimulada del tío, se retira.

FLORITA.

Ahí va er segundo trago.

MARIANO.

Venga, sagala.
No hay pájaro que vuele
con sólo un ala.

FLORITA.

Eso es muy verdá.
Cuando quiera la cola,
ya me yamará.

Vase.

ALIFONSO.

¿Es usté forastero?

Mariano.

Yo, amigo mío,
soy un pájaro loco
que se ha perdío.

Alifonso.

¿Sí? Pos ¡cuidao!
que hay arguna escopeta
por er vedao.

Mariano.

No me asustó ninguna
desde que vuelo:
del álamo más arto
bajo ar majuelo.
Volando vivo:
tanto me da una ensina
como un olivo.

Alifonso. *Con intención, señalándole hacia la izquierda.*

Pos no entre usté en la huerta
de ese hortelano…
hermano de su hermana:
¡novio y hermano!

Mariano.

¿Cómo se entiende?

Alifonso.

¡Porque parese er novio
si la defiende!

Mariano.

Y usté, ¿por qué me habla
de ese buen hombre?

Alifonso. *Confidencialmente.*

¡Er *Sabio* me pusieron
de sobrenombre!

Mariano. *Aprovechando la confidencia y confiándose a él.*

¡Venga esa mano!

Alifonso.

Usté es la pesadiya
del hortelano.
La quitó de Seviya,
de sus tayeres…

Mariano.

Pero yo huelo el rastro
de las mujeres,
y esta mañana
he dao ya con la cueva
de mi gitana.
¡Soledá!

Alifonso.

Cancionera
por estos lares;
porque sacó su abuelo
muchos cantares.

Mariano.

¡Yo le cantaré

más que nadie en er mundo,
y me ha de queré!

Alifonso.

¡Pobre señó Frasquito!
¡Qué buen herrero!
Fué famosa la fragua
der *Cansionero*;
mientras le daba
ar yunque y ar martiyo,
coplas sacaba

Mariano.

Pos la nieta, en Seviya,
bordaba mantos…
pero ¡es mucha persona
pa vestí santos!
Sobran miyares
de mujeres que cuiden
de los artares.
Ésta es de otro abolengo;
de otra ralea:
¡cuanto miran sus ojos
se colorea!
Si Andalusía
no tuviese más hembra,
¡reina sería!
Cuando atraviesa er Puente,
se aclara el río:
¡espejo que reclama
su señorío!

Cuando va andando,
¡campaniyas asules
van repicando!
¿Quién vive ahí en la ermita?

Alifonso.

Bien poca gente:
er santero y er cura
tan solamente.
Y ayá en la huerta,
Cansionera… y er perro,
siempre ojo alerta.

Mariano.

¿Nadie más?

Alifonso.

¡Un comino!

Mariano.

¿Qué?

Alifonso.

Una chiquiya
que eya trajo hase poco
de Sanluquiya,
a su cuidao
la tiene, por lo sola
que se ha quedao.

Mariano.

Pos véngase usté ahí dentro,
que en un cuartito

hemos de hablá der caso
muy de quedito.

ALIFONSO.

Como usté quiera:
yo lo mismo le sirvo
dentro que fuera.

MARIANO. *Gritando hacia la izquierda.*

¡Niño, cuida la jaca!
¡Vuervo en seguía!

ALIFONSO.

(¡Ya está aquí la tormenta
que se temía!
Como es mi debé
desírselo al hermano,
yo se lo diré).

Florita aparece de nuevo con un cantarillo a la cintura.

FLORITA.

Voy a la fuente, tito.

ALIFONSO.

¿Vuerta a la fuente?
No tardes, por si acaso
yegara gente.

FLORITA.

Poco he de tardá:
en cuanto yene er cántaro
me verá usté entrá.

MARIANO. *Contemplándola.*

¡Ay, quién fuera esa luna
del agua clara
en que vas a mirarte,
niña, la cara!

A Alifonso.

¡Vamos adentro!
¡La que adoro se borra
con la que encuentro!

Ríe el ventero y desaparecen por la derecha los dos.

Florita. *Viendo ir a Mariano.*

¡Jesús, y qué piropo
qué gayardía,
qué modales, qué grasia,
que simpatía!
¡Ay, mi corasón!
¡Ese hombre va a sé causa
de mi perdisión!

Emprende su marcha hacia la izquierda, donde se supone la fuente. Su cabecita de canario va llena de imágenes rosadas.

Por la derecha llega entonces Cinta Romero, limpia y diligente viejecita. Viene de mantoncillo negro, y trae un canastito y un cubo con avíos de limpieza. Se sienta cansada al pie de la cruz y deja en el suelo lo que trae.

Cinta. *Reparando en Florita.*

¡Anda, que presumes más
que una perra con corbata!
La que sale presumía,
se mira hasta en las tinajas.

¡Ay, Señó, picaros años!
Er tiempo ¡cómo los cambia!
De mosa van en er pecho,
y de vieja, en las espardas.

Sale por el arco de la izquierda Maricuela, la chiquilla de quien habló Alifonso, buscando una rosa.

MARICUELA.

La más bonita de toas
la vi a cortá de la rama,
y ze la yevo a mi reina
pa que en zu pelo ze abra.
Esta que está aquí es precioza.

CINTA.

¿Qué hases, chiquiya?

MARICUELA.

Buscaba
una fló, la más bonita,
pa yevárzela a mi ama.

CINTA.

Eya, ¿está ayá dentro?

MARICUELA.

Zí.

CINTA.

Yégate y dile que sarga.

MARICUELA.

¿De parte de quién?

Cinta.

De Sinta.
¿No me conoses, muchacha?

Maricuela.

Zu perzona la conozco:
la he visto una vez en Parma.
Pero aquí nunca la he visto.
¡Como yevo una zemana
na máz en la ermita!

Cinta.

Bueno,
pos yo soy de confiansa
Los dos hermanos me miman,
me socorren y me amparan.
A Danié yo le he cantao
las cansiones de la nana;
y eya, que tanto lo quiere,
ar mirá como ér me trata,
se piensa ante mí que ha visto
a una prinsesa de España.

Maricuela.

¿Zí, verdá?

Cinta.

Tú has de apresiarlo,
floresita de la jara.
Soy Sinta, la pobre vieja
que vive de lo que apaña
cuidando las sepurturas

de estos pueblesitos.

Maricuela. *Con admiración.*

¡Anda!

Cinta.

Friego piedras, limpio cruses,
pongo flores, quito sarsas,
y los que tienen, me ayudan
a í tirando de mi carga,
porque saben que a sus muertos
conmigo nada les farta:
ni luz en las lampariyas,
ni en las flores tierra y agua.
Y en los sementerios vivo;
que también los de mi casa
se mudaron a aquer campo,
y ayí durmiendo me aguardan.

Exaltándose, y como iluminada de improviso.

Er Papa manda en la Iglesia;
en la cabaña, er pastó;
er rey manda en su palasio,
y en la Siensia, Salomón;
¡pero hay una Casa grande
en que sólo manda Dios!
¡Casa grande, Casa grande,
cuando se pasa tu puerta
todos se vuerven iguales,
y la misma capa cubre
ar sordado que ar mainate!

Maricuela.

¡Ay, qué *verzo*!

Cinta.

¡Yo los saco!

Maricuela.

¿Usté?

Cinta.

Yo.

Maricuela.

¿Que usté los zaca?
¿De zu cabeza?

Cinta.

¡Pos digo!
¡Discurren mucho las canas!
Enterraron la otra tarde
—¡aqueyo sí que fué lástima!—
a una mosita —¡ay qué perla!—
rubita como una yama;
y yo, que estaba presente,
como si Dios me ditara,
me hinqué a la verita suya
y le saqué estas palabras:

¡Pobre rosita de oló,
arrancada der rosá:
gran desconsuelo y doló
para tu amante será!
¡Adiós, estreya bonita,

palomita,
más blanquita
que la nieve de la sierra!
¡Qué lástima de carita,
que se la coma la tierra!

Y por estas y otras cosas
tos me buscan y me halagan,
y ayá va Sinta Romero
dondequiera que la yaman.
¡Ay, cómo me acuerdo, niña,
de una copla que imperaba
cuando esta vieja pachucha
era una manolia blanca!

Toíto lo consume er tiempo;
con la muerte to se acaba;
se acabó nuestro queré,
lo que yo nunca pensara.

Viene por la izquierda Daniel, como de trabajar en la huerta en mangas de camisa y al hombro un azadón.

Daniel.

¡Maricuela!

Maricuela.

¿Qué ze ofrece?

Daniel.

Que me pregunta mi hermana
si es que te has ido a tu pueblo
por la rosa que buscabas.

MARICUELA.

¡Es verdá! ¡Ze me ha pazao!
Místela aquí.

CINTA.

Con mi charla
se entretuvo.

DANIEL.

Se entretiene
con un sigarrón que sarta.

MARICUELA.

Y ezo, ¿es malo?

DANIEL.

Corre adentro,
que eya te lo diga. ¡Arsa!

Maricuela mira a Cinta, lo mira a él, y se va luego mirando la rosa.

MARICUELA.

¡Poco que vas tú a lucirte
prendía en aqueya mata!

CINTA.

¡Probesiya Maricuela!

DANIEL.

¡Huerfanita ya!

CINTA.

¡Bien haya,
si ustedes la han recogío
y le dan lo que le farta!

Pausa. Cerciórase Daniel de que nadie los oye, y se dirige a Cinta con interés.

DANIEL.

¿Qué me dise usté de bueno?
¿Ha hablao usté con eya?

CINTA.

No.
Cabarmente ahora venía
en busca de la ocasión.
Estas cosas hay que haserlas
con la cautela mayó;
que no vea la persona
la trampa ni la intensión.

DANIEL.

Yo estoy que no duermo, Sinta.

CINTA.

¡Por no es pa tanto, señó!

DANIEL.

¿Que no es pa tanto?

CINTA.

Te siega
ese cariño de amor
que le tienes a tu hermana:
¡si no es cariño, es pasión!
¡Si hablas como enamorao!
¡Si hasta te baja er coló!

DANIEL.

¡Verdá que sí! Es un cariño
que sale de la rasón.
Sinta, más no la querría
puesta en el arta mayó.
Desde chiquita en la cuna
le tengo venerasión.
Me embeleso de mirarla;
me paro si oigo su voz;
si echa a andá, sigo sus pasos:
somos como sombra y sol.
Si arguien le habla, yo reselo
de que sea argún ladrón;
y si está sola, la idea
que eya guarda es mi temó.
Cuando duerme por la noche,
solita en su habitasión,
y yo me yego a la puerta,
y la miro al resplandó
de la luz que pone ar Cristo
de su mayor devosión,
con susto de que esté muerta
me arrimo a su alrededó,
hasta que en mi misma cara
siento su respirasión.
Pero ¡ay! que tampoco entonces
me tranquiliso der to,
porque acaso una sonrisa
asoma a su boca en flor,
y pienso que está soñando

con mi martirio mayó,
y me aparto de su vera
y le pregunto a mi Dios:
¿qué ocurta su cabesita?
¿Qué esconde su corasón?

CINTA.

¡Para ya er macho, chiquiyo,
que ya has yegao ar parado,
o vas a vorverte loco
con tanta cavilasión!

DANIEL.

Que no cavilo por gusto
lo sabe usté como yo:
no quiero que a mí me coja
un daño suyo a traisión,
como ar que mira la piedra
después que ya tropesó.
Por limpiarle su camino,
doy en la ponderasión,
pa que no le pase a eya
lo que a tantas les pasó.
La he quitao de Seviya;
la he traío a este rincón,
porque mis padres, los pobres,
están ya viejos los dos
pa cuidá de ese tesoro
que der sielo les cayó,
y quiero que mi custodia
le depare lo mejó.

CINTA.

Y así será.

DANIEL.

Dios lo haga.

CINTA.

¡Claro que ha de haserlo Dios!
No hay que temé tanto ar lobo
si está al asecho er pastó.

DANIEL.

Yo no le temería,
a tené penetrasión
pa conosé si la oveja
se espanta der lobo o no.

CINTA.

Pos mi esperiensia y mis años,
que ya entienden la lesión,
meterán en tus tinieblas
la yamita de un faró;
y eso que los sabios disen
que en los secretos de amor
es er pecho de una mosa
arquita que nadie abrió.

DANIEL.

¿Ve usté? Con esas palabras
me da usté a mí la rasón.
No sé qué presentimientos
me acometen, ni qué voz

me da gritos que me avisan
que me ronda una traisión.
¡Pensá yo que a Cansionera
me la engañe un malhechó
de esos que cogen las flores
pa emborracharse en su oló,
y las tiran sin mirarlas
ni tenerles compasión!…

Cinta.

Y ¿es así er que la persigue?

Daniel.

¡De esa laya!

Cinta.

¡Qué doló!

Daniel.

Señorito jaranero,
entre flamenco y matón,
que tira por las tabernas
er dinero que heredó.
¡Ése es quien quiere robármela;
ése es quien la envenenó;
ése es quien crispa mis puños
y asusa mi corasón!
¡Er perro de este hortelano
no es un perro ladradó,
pero en tocando a su huerta,
tiene arranques de león!

Cinta.

¡Basta, niño! ¡Basta y sobra!
Este cuento se acabó.
Con verte y con escucharte
me yenas de tu terró.
A la Virgen de la Rosa
vi a pedirle *aspirasión*,
y eya sabrá iluminarme,
que siempre me iluminó.
Tú vete descuidao,
y fatiga el asadón,
que er trabajo, a toítas horas
los pesares alivió.
Hasta luego.

Daniel.

Dios la guarde.

Cinta.

¡Échale agua a ese fogón!

Coge su cubo y su canastillo y se va por el arco de la izquierda.

Daniel. *Pensativo.*

Las mujeres saben mucho,
y Sinta, más bien que yo,
descubrirá, si es posible,
lo que me da desasón.

Torna de la fuente Florida. La sigue Pablillo, chiquichanca de un cortijo próximo, que le lleva el cántaro.

Florita.

¡Hola, Danié; buenos días!

Daniel. *Yéndose a su trabajo, distraído.*

Buenos días nos dé Dios.

FLORITA.

Estos hombres malencólicos
¡tienen pa mí una atrasión…!

PABLILLO.

¡Qué gracia!

FLORITA.

¿De qué te ríes?

PABLILLO.

¡De na! ¡De contento! ¡Yo
me estoy riyendo a toaz horas!

FLORITA.

¡Pos es una bendisión!
Anda y vuerca en la tinaja
er cántaro, reídó.

PABLILLO.

¡Qué riza!

Se va hacia la venta.

FLORITA.

Este sagaliyo,
pa mi gusto, está de non.
¡Tiene una grasia campera,
unos dientes y un coló!…
Con rasón dise mi tito
que en mirando un pantalón,
pierde Florita la poca
firmesa que Dios le dió.

Vase tras de Pablillo, convencida de esta gran verdad.

A poco, por la izquierda, vuelve Maricuela, totalmente ajena en su infantilismo a las asechanzas y redes del amor.

MARICUELA.

Voy a la venta,
que me hace farta zal y pimienta.

A mitad de camino se encuentra con Pablillo, que reaparece inopinadamente. Los dos se detienen al verse, y se miran sorprendidos y como embobados. Ella llega a punto del rubor. Al cabo rompe a hablar.

¿Qué miras tanto?

PABLILLO.

Miro tu cara, que me ha gustao.

MARICUELA.

No te conozco.

PABLILLO.

¿No me conoces? Yo a ti tampoco.

MARICUELA.

Paro en la ermita;
pero he venío de Zanluquiya.

PABLILLO.

¿Cómo te yamas?

MARICUELA.

Yo, Maricuela Zánchez Triana.
¿Quién eres tú?

PABLILLO.

Er chiquichanca de ahí de *La Luz;*

eze cortijo
de la familia de don Juan Pinto.
Me yamo Pablo.

MARICUELA.

¿Y el apeyío?

PABLILLO.

Ze me ha orvidao.
Pero me dicen
en el cortijo *Zaca-Lombrices*
¿Adonde vas?

MARICUELA.

Voy a la venta por azafrán.
¿Y tú?

PABLILLO.

Por agua.
Mira ayí er burro der chiquichanca.
¿Tú no vas nunca?

MARICUELA.

Cuando me manda que vaya er cura.

PABLILLO.

Yo no te he visto.
¡Pero mañana ya andaré listo!
¡Verás tú!

MARICUELA.

¡Caya!

PABLILLO.

¿Por qué cayarme, zi me ha hecho gracia?

Por la izquierda también sale en este momento Cancionera, sorprendiendo el idilio.

Cancionera.

¿Qué hases, chiquiya?

Maricuela. *Ruborizándose y contagiando de su rubor al galán, que se asusta ligeramente.*

¡Na!… Iba a la venta… y éste zalía…

Cancionera.

Y éste, ¿quién es?

Pablillo.

Zaca-Lombrices, pa zerví a usté.

Maricuela.

¡Yo estaba zola!

Sigue su camino, como si acabara de cometer un crimen. Pablillo sigue el suyo poco más o menos como ella.

Cancionera. *Riendo de la huida y del azoramiento de los chiquillos.*

¡Los dos se han puesto como amapolas!
Y ¿quién sabrá
si se habrán visto pa siempre ya?

El idilio de Maricuela y Pablillo despierta en el corazón de nuestra heroína sentimientos de amor, de alegría y de esperanza. Su belleza, señoril en lo popular, parece iluminarse de súbito.

Adonde quiera que miro
una mariposa veo,
y se me escapa un suspiro
y me acomete un deseo.

Mariposa, mariposa,
suspirito de ilusión,
ven y párate en la rosa
que yevo en er corasón.
¡Ay! un suspiro —en su reja
yorando cantaba un preso—
es un beso que se queja
de no encontrar a otro beso.

Suspiro, suspiro mío,
no quisiera dicha más
que cuando de mí te vas
hayarme donde te envío.

Sale de nuevo Cinta, por donde se marchó, pero sin mantón y sin sus trastos de limpieza.

Cinta.

Te buscaba, Cansionera.

Cancionera.

Pos aquí me tiene usté.

Cinta.

¡Qué cara de primavera!

Cancionera.

¿Qué cara voy a tené?

Cinta.

¡Siempre la risa en tu boca!

Cancionera.

Argunas veses me farta.

Cinta.

Sí, pero es agua en la roca:
se da un gorpesito, y sarta.

Cancionera.

¡Y bendito sea er Señó,
que nunca me la ha negao,
cuando se la pido yo
o cuando arguien la ha buscao!

Cinta.

Es verdá. Y Ér te la dé
mientras la vida te dure.
Aunque yo no lo veré,
que na en er mundo te apure.
Pero, carita de luz,
camina con cuidaíto,
que hay quien no teniendo cruz
se la hase con un palito.

Cancionera.

Y ¿quién rige a la fortuna,
que no para de rodá?
La cruz que le toque a una,
se la dieron hecha ya.
¡Desde er mesé de la cuna!
Esto yo siempre lo he dicho:
nadie en la vida padese
por gusto ni por capricho:
Dios lo dita, y prevalese.
¿De qué le vale al arroyo

—si fuera su voluntá—
pararse en piedra ni en hoyo,
si tiene un camino ya?

Cinta.

¡Ay, Soledá! ¡Se me ocurre
que eso que vas hirvanando,
solamente lo discurre
la persona que está amando!

Cancionera.

Y a mí se me ocurre, abuela,
que le pegó sus temores
quien está siego y me sela
y sueña con mis amores.

Cinta.

¡Mal haya la erisipela!

Cancionera.

Nadie manda, nadie elige;
lo que se empiesa, se acaba…
¿Qué importa un «¡Ya te lo dije!»
ar que entre sí lo esperaba?
Si arguna espina me hiere,
dejo a la sangre brotá:
lo que de Dios estuviere
a la mano se vendrá.
¿Quién guía ningún cariño,
ni cuando nase, ni luego?
¿Quién le dió flechas a un niño
que está loco y que está siego?

Er cariño es lusesita
que en el aire ensiende Dios,
y es la seña o es la sita
que de lejos se dan dos.
Y desde ese punto, ya
no piensan sino en buscarse,
ni tienen más voluntá
que asercarse y asercarse
adonde la luz está.
Van los dos hasia eya
en la noche y en er día,
y es er faro o es la estreya
que a sus corasones guía.
Y andan y andan sin sedé,
y la luz se va asercando,
y ya la yegan a vé
entre los dos relumbrando,
y la quieren apagá
cuando en las caras les toca,
y la apagan… ar juntá
una boca y otra boca.
¡Ya está la sita lográ!

Cinta.

¡Ay, niña, ésas son locuras
con que er demonio te engaña!
Cuando te quedas a oscuras,
¿cómo ves quién te acompaña?

Cancionera.

¡Antes de lejos lo vi,

y por eso lo miré,
y por eso vino a mí,
y por eso lo besé!
Sobre que esa oscuridá
que ha nasío de ese encuentro,
yeva en sí una claridá;
claridá que va por dentro,
por dentro de cada cuá.
La caverna más oscura
donde suene un «¡Vida mía!»
se cambia en una yanura
relumbrante y floresía.

Cinta.

Pos, oye, pensando así,
si una montaña es un yano
y un agujero un pensí…
¡Dios te tenga de su mano!

Cancionera.

¡Y no hay más leyes pa mí!

Viene de la huerta Daniel, risueño el semblante, chaqueta al hombro y sombrero en mano.

Daniel.

Cansionera.

Cancionera.

¿Qué hay, Danié?

Daniel.

Voy a la huerta vesina
por los trastos que dejé.

¿Quieres argo, claveyina?

Cancionera.

Que vuervas pronto, clavé.

Cinta.

¡Vaya un lenguaje florío!
¡Vaya ternura y finesa!
¡Espérate, que he sentío
er talento en la cabesa!

Y en la actitud que ya le conocemos, exclama en seguida, con regocijo de Cancionera y de Daniel:

Más de muchos miles
novios y casaos
quisieran yervarse
como estos hermanos.
Se disen requiebros,
se regalan ramos,
hasen comiditas,
nunca han peleao.
Luna, lunera,
dale tus rayos a Cansionera.
Amanesé,
saca tus luses para Danié.
Yo nada quiero.
Su servidora, Sinta Romero.

Vase victoriosa hacia la ermita. Los héroes ríen complacidos.

Cancionera.

¡Qué grasia tiene la vieja!

Daniel.

Tiene grasia de verdá;
y es prudente, y aconseja,
y se la debe escuchá.
Porque asierta con asiertos
de persona resabía.
Quisá er trato de los muertos
da tanta sabiduría.

Se miran como interrogándose. Luego dice él:

Queda con Dios, sol de oro.

Cancionera.

Ér te siga, sielo claro.

Daniel.

Aquí dejo mi tesoro.

Cancionera.

Vaya tranquilo el avaro.

Daniel se aleja por el fondo, hacia la derecha, volviendo la cara alguna vez. Ella lo ve irse. Luego, sentada en la cruz, resume así sus sentimientos:

Virgen mía de la Rosa,
madre de Dios soberano,
bonita, que eres presiosa,
¡no me dejes hasé cosa
que le dé pena a ese hermano!

Quédase abstraída.

Mariano, como si hubiese estado aguardando el instante oportuno, se presenta a ella, desconcertándola, después de haber visto desaparecer a Daniel por el fondo.

Mariano.

¡Soledá!

Cancionera. *Estremecida.*

¿Quién?

Mariano. *Sonriéndole.*

¡Cansionera!

Cancionera. *Con sobresalto.*

¡Jesús! ¡Ay, Virgen María!

Mariano.

¿Ha visto usté arguna fiera?
Ya es hora de que los dos
hablemos ar fin solitos,
en paz y en grasia de Dios.

Cancionera.

¡En paz!…

Mariano.

¿Por qué no ha de sé?

Cancionera.

Porque la paz no se haya
buscándola como usté.

Mariano.

¡Pos yo no vengo de guerra!

Cancionera.

¡Pos na más que de mirarlo
me está temblando la tierra!

Mariano.

¿La tierra?

Cancionera.

¡Sí!

Mariano.

¡No lo noto!
Pero siga usté mirándome…
¡y ole por er terremoto!

Cancionera.

¿Quién lo ha guiao hasta aquí?
¿Quién le ha enseñao mi escondite?
¿Quién le ha mandao vení?

Mariano.

Guiarme, mi inclinasión;
mandarme, mi pensamiento;
hayarla, mi corasón.
Dejé a mi jaca trotá…
y como si me entendiera,
salió corriendo pa acá.
Campesinas y pastores
echaban coplas al aire,
ponderando sus amores.
La campana de la ermita
me yamaba, ¡me yamaba
con una voz tan bonita!
Se paraban en las lomas,
y a mi paso, revolaban
pa este sitio las palomas.
Y hasta el aire que soplaba,

las espigas y las flores
con este rumbo inclinaba.
Diga usté quién no seguía
vereda que así la suerte
delante de mí ponía.
Ni un istante vasilé:
mi estreya me encaminaba.
¡Cómo no me equivoqué!
La jaquiya, sudorosa,
quiso beber en la fuente
de la Virgen de la Rosa;
la dejé mientras bebía,
me yamó la cruz aquí…
¡y di con lo que quería!
Lo que cuento y lo que digo
es la verdá, Cansionera,
y a Dios pongo por testigo.
¿Ha de habé cosa mardita
en lo que viene a lograrse
ar pie de una cruz bendita?

Cancionera.

¿Pa qué conosí a este hombre,
y pa qué se me quedó
en la memoria su nombre?

Mariano.

¿Pa qué tenía de sé?
¡Pa que a ninguno quisieras
como a mí me has de queré!

Cancionera. *Emocionada; temblorosa.*

¿Es posible, Virgen mía?
¡Lo que yo más deseaba…
y lo que yo más temía!

Mariano.

¿Qué estás disiendo, morena?

Cancionera.

¡La verdá te estoy disiendo:
tú eres mi dicha y mi pena!
Porque este cariño tuyo
es pa mí de condisión,
que lo yamo y que le huyo.

Mariano.

¿Por qué?

Cancionera.

¡Por qué!… Yo quisiera
contestarte a esa pregunta,
si contestarte supiera.
¿Qué me distes aquer día
que nos hayamos en medio
de una caye sin salía?
¿Por qué, desde que te vi,
ni durmiendo ni despierta
puedo pensá más que en ti?
¿Por qué te vas de mi lao…
y soy yo la que se va
y eres tú quien se ha quedao?
¿Por qué si yo he de quererte

me da miedo tu cariño
y me alegro de mi suerte?
¿Por qué ley, por qué rasón
se asusta mi pensamiento
y canta mi corasón?
¿Por qué rasón, por qué ley
te temo como a un verdugo,
si eres mi Dios y mi rey?
¿Por qué estoy pisando abrojos
que huelen como jazmines?
¿Por qué se nublan mis ojos?
¿Por qué tiemblo, si me arruyas?
¿Por qué te buscan mis manos
y se apartan de las tuyas?
¿Por qué a quien mejor me quiere
tu nombre como un cuchiyo
en las entrañas le hiere?
¿Por qué?… ¡Por qué!… ¡Qué se yo!
¡Sólo sé que tú me has dao
lo que ninguno me dió…
y casi no me has hablao!

Mariano.

¡Cansionera, no me yores,
que yorando me pareses
la Virgen de los Dolores!
¡Que no me teman tus manos,
como si fueran las mías
gavilanes o milanos!
¡A favó de la corriente

va nuestra barca velera!
¡Que nos miren desde er Puente!
¡Y que la envidia nos siga!
¡En queriéndonos tú y yo,
deja que la gente diga!
Tu preso y tu esclavo soy:
dame tú la liberta;
¡verás como no me voy!
¡Carselera, carselera,
la que no quiere mirarme
y me mira aunque no quiera!
¡Echame los eslabones,
y muera yo condenao
ar fuego de tus carbones!
Carbones que ya son míos:
y ¡qué negros en los ojos!,
y en los labios, ¡qué ensendíos!

Cancionera.

¿Me querrás mientras yo viva?

Mariano.

¡Te querré mientras respire!
¡Míralo escrito ayí arriba!

Cancionera.

¡Pos siéntate aquí conmigo,
y si es gloria, sea mi gloria,
y si es castigo, castigo
que deje ar mundo memoria!

Se sientan enamorados en la cruz. Cinta Romero vuelve a salir entonces por la izquierda, con unas florecillas en la mano. Al verlos se hace cruces y los contempla con estupor. Mientras tanto ellos dicen:

Mariano.

¡Muera quien mar pago dé!
¡Yore quien a nadie quiera!
¡Viva quien sepa queré!

Cancionera.

¡Juntas tu cara y la mía!
¿Qué podrá pasarme ya
que me robe esta alegría?

Cinta. *Alejándose.*

¡To se acaba con la muerte;
pero mientras no se acaba,
que Dios guarde nuestra suerte!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El mismo lugar del acto primero. Han pasado más de dos años por él.

Alifonso el Sabio templa amorosamente una vieja guitarra, luego dice:

ALIFONSO.

¡Ay, consuelo de mis años,
compañera, compañera:
tú destemplá, yo te tiemplo;
yo destemplao, tú me tiemplas!
¡Vivan mis manos! Te he puesto
como una mosita, abuela.
Suenas iguá que sonabas
hase medio siglo, prenda.
¡Quién pudiera hasé lo mismo
con los hombres y las hembras,
según el andá der tiempo
les va quitando las fuersas:
apretarles las clavijas,
asegurarles las cuerdas,
y dejarlos tan boyantes
como está la gente nueva!
¡Pusiera yo a mi mujé

como junco de ribera,
y yo mismo me pondría
como er palo de una vela!
¡Mar fin tengan *la reúma*,
los dolores de cabesa,
y la siática, y la bilis,
y los dientes, y las muelas!

Viene Florita de la venta, como si también acabasen de templarla

FLORITA.

Oiga usté, tito.

ALIFONSO.

¿Qué quieres,
manojito de mosquetas?

FLORITA.

Haserle a usté una pregunta.

ALIFONSO.

A vé si tiene respuesta.

FLORITA.

La mujé que está con Curro
merendando en la asotea,
¿es quisá, quisá…?

ALIFONSO.

La misma.

FLORITA.

¿Sabe usté quién digo?

ALIFONSO.

¡Ésa!

Florita.

¿La que…?

Alifonso.

¡Tate!

Florita.

¿La qué…?

Alifonso.

¡Justo!
¡No se han menesté más señas!
La misma que viste y carsa;
la propia que tú te piensas;
la daifa que le ha robao
el amante a Cansionera.

Florita.

Y ¿a qué viene?

Alifonso.

Cuando sargan,
te lo dirán las estreyas;
yo, por mí, sólo te digo
que a ninguna cosa buena.

Florita.

Pos ya ¿qué más quiere?

Alifonso.

Niña,
en ese má no busea

ni Colón, que puso un güevo
cuando descubrió la América.
Las intensiones de un gato
tiene la *gachí* en las venas,
y Dios, además, le echó
poco cardo en la sopera.
Bruta y mala, tú comprende
que cuando aquí se presenta
después de to lo pasao,
no ha de vení en son de fiesta.
Y ¡es mesté vé quién la trae!
¡Curro Viento! ¡Na! Un *boqueras*
que hase a pelo y hase a pluma
por ganarse dos pesetas.
En donde un arroz se guisa
o una guitarriya suena,
sin que nadie le dé er soplo,
Curro Viento se presenta.

Florita.

¡Pobresiya Soledá!
¡Qué suerte tuvo más negra
ar topá con aquel hombre,
tan guapo y tan sinvergüensa!

Alifonso.

Pos aprende tú der caso
y sírvate de esperiensia.
La que fíe de palabras
luego yorará de pena.
«Que te quiero más que a nadie,

que tu sombra no me deja,
que no duermo por las noches,
que si paso por tu vera
y me rosa tu vestío
hasta los huesos me tiemblan»…
y después, mira el remate:
to ese castiyo es de arena,
y si te vi, no me acuerdo,
y adiós, mujé, que ahí te queas:
un niño sin padre en brasos
y una muchacha en vergüensa.
Hereda tú la dotrina
de tu tita, mi camelia,
que se casó con tu tito,
porque no fui yo, fué eya
la de las palabras durses,
la der fuego en las promesas,
y no me dió más jarabe
hasta que me vió en la iglesia.
Y ahora entretén a esos cuatro
que aquí vienen, y conserva
en la memoria er consejo
y er cuadro de Cansionera.

Vase al interior de la venta con su guitarra.

FLORITA.

¡Ay, es verdá! To es presiso
pa no perdé la cabesa,
y más si ha nasío una
con er corasón de sera,

los ojitos bailaores
y la boquita risueña.
¡To es presiso, to es presiso!
¡Es tonta la que no tema!
¡Yo no sé cómo a mí ya
no me ha pasao lo que a ésa!

Por la izquierda llegan Molina, Ignacio, Juan Francisco y Lorenzo, soldado de Caballería el primero, y quintos acabados de sortear los otros. Cada uno trae en el sombrero un papel con su número. Vienen alegres y animosos, a excepción de Lorenzo.

Ignacio.

¡Adiós madre, y adiós padre,
y adiós novia, si la tengo,
que voy a pagarle al rey
cuatro añitos que le debo!

Molina. *A Florita, que mueve la persona con toda intención.*

¡Viva lo más bonito
de estos lugares!
¡Vaya un pie chiquetito
y unos andares!

Florita.

Grasias, Molina:
siempre salió de Parma
la gente fina.

Ignacio.

¿Qué? No desmejoremos
Los Chinarrales,
que ayí nos peresemos

por los corales.
¡Vengan colores
pa pintá esta carita!
¡Vengan pintores!
¡Tiene la boquita yena
de la mier de los panales!
¡Yo no he visto una cormena
más serca de unos rosales!

Florita.

¡Se picó er chinarrero!

Juan Francisco.

¡Mu bien picao!

Florita.

¿Qué dise er marinero,
que está cayao?

Lorenzo.

¡Que voy a yorá
cuando no vea la torre
de Parma der Má!
¡Adiós mi torresita,
y adiós mi Juana!
¡Er servisio me quita
de tu ventana!

Florita.

Y Juana, ¿quién es?

Lorenzo.

¡Mi novia! ¡Una morena

que vale por tres!

Yo no digo que mi barca
sea la mejó der puerto;
lo que yo digo es que tiene
los mejores movimientos.

Molina.

Pos pa aliviá a este tonto
de su tristesa,
tráenos, Florita, pronto
vino a esta mesa.
¡No hay como er vino
pa aligerá las *ducas*
en er camino!

Juan Francisco.

¡A la mar maera,
y a la tierra güesos,
y pa los hombres las mujeres barbis
y er vinito resio!

Florita.

Y en un cuarto en la venta
¿no estaréis mejó?

Molina.

¡Tú mandas, mi tenienta!

Ignacio.

¡Tú mandas, mi fló!

Florita.

¡Ea, pos andá!

Molina.

¡Tras de ti voy yo ar Congo
sin pestañeá!

En un cuartito los dos,
veneno que tu me dieras,
veneno tomara yo.

Florita.

¡Ay, los hombres! ¡Tunantes,
dicharacheros,
mentirosos, farsantes,
camanduleros!
¡Pobres mujeres!
¡Vivimos prendiítas
con arfileres!

Vase hacia el interior de la venta. La siguen, piropeándola, todos menos Lorenzo, que se queda rezagado un instante.

Ignacio.

¿Quiés sé mi cantinera
pa la campaña?

Juan Francisco.

¿Quiés bordá mi bandera,
reina de España?

Florita. *Ya desde dentro.*

¡Vengan tos aquí!

Molina.

¡Como si el enemigo
fuera tu barrí!

Lorenzo. *Cuando se queda solo.*

¡A Servir al rey me voy;
er viento que da en tu puerta
son los suspiros que doy!

¡A la fuersa te dejo,
pueblo del arma;
a la fuersa me alejo,
puerto de Parma!
¡Morena mía,
a la fuersa me roban
tu compañía!
¡Con cuánta envidia te miro,
pájaro der sielo asú!
¡Vuela y yévale un suspiro
a aqueya que sabes tú!

Vase a reunirse con los otros.

Por el arco de la izquierda sale Maricuela, meciendo y arrullando en sus brazos a un niño. Es el de Cancionera, a que se ha aludido anteriormente.

Maricuela.

Este niño bonito
ze está durmiendo.
Como es tan buenecito
lo estoy meciendo.
Nanita, nana,
duérmete tú, rosita
de la mañana.
Este niño chiquito

que ahora ze duerme,
ya ze hará un hombrecito
pa defenderme.
Yo le doy cama:
duérmete, pajarito
que está en la rama.

Aparece por la derecha Daniel, que va hacia su huerta, y se detiene taciturno y sombrío a espaldas de la zagalilla

Daniel.

Er corasón, madre,
se me quié partí,
cuando mis ojos ven a esa criatura
delante de mí.
Contra er mismo sielo
me rebeló yo,
porque er cariño que a mi hermana guardo
me da éste doló.
Sangre gota a gota
mis ojos derraman,
y cuando er yanto se enturbia de sangre,
a la sangre yama,

Sigue hacia la izquierda y desaparece por el fondo. Pablillo, como si hubiese estado al acecho de él, asoma por el mismo lado así que se va, y a su vez, se detiene mirando a Maricuela. Cuando ésta lo ve, se sonríen candorosamente. Luego se hablan lo que sigue, imitando el balidito del cordero y la oveja.

Pablillo.

Dice er borreguito: ¡maaae!

Maricuela.

Dice la ovejita: ¿queee?

PABLILLO.

Dice er borreguito: ¡voooy!

MARICUELA.

Dice la ovejita: ¡veeen!

Pablillo se acerca entonces a Maricuela, enamorado.

PABLILLO.

¿Qué hace aquí mi cariño
como a la espera?

MARICUELA.

Estoy durmiendo ar niño
de Cancionera.
Tuvo que zalí,
y ziempre que eya zale
me lo deja a mí.

Recreándose en él.

¡Mira tú qué estreyita
tan luminoza;
mira qué carnecita;
mira qué roza!
¡Mira qué jazmín!
¡Dios bendiga a la madre
que lo parió azín!

PABLILLO. *Yendo entusiasmado hacia ella.*

¡Chiquiya!

MARICUELA. *Esquivándolo.*

¡Cara e gato!

PABLILLO.

Escucha.

MARICUELA.

Escucho.

PABLILLO.

¿Quiés mecerme a mí un rato?

MARICUELA.

¡Tú pezas mucho!

PABLILLO.

Pos zi es por ezo,
ven a mí con er niño,
que yo te mezo.

MARICUELA. *Ruborosa.*

Y zi arguno nos viera,
¿qué penzaría?

PABLILLO.

¡Pos que yo zoy niñera
o ama de cría!

MARICUELA.

Caya, Pabliyo,
que te quize por tonto;
nunca por piyo.

PABLILLO.

Es que ca día que paza
me da más fuerte.
La zangre ze me abraza

na más de verte.
¡Mía que zi tú y yo…!

MARICUELA.

¡Pabliyo, que te cayes,
o Zan Zeacabó!
¿Zabes laz oraciones
que te he enzeñao?

PABLILLO.

La de las tentaciones
ze me ha orvidao.
La de la esquila
ya no ze me trabuca.

MARICUELA.

Bueno, pos dila.

PABLILLO. *Después de rascarse la cabeza para hacer memoria.*

La Virgen va caminando
y Zan José la acompaña.
En er camino que yevan
una esquilita zonaba.
¿Dónde estará la ovejita
que azí guía nuestra marcha?
¿Dónde estará zu rebaño?
¿Dónde er pastó que lo guarda?
No lo ven por parte arguna,
y la esquilita no caya,
y escuchando su zonío
ar mismo Belén yegaban.
¡Bendita zea la esquilita,

dijo la Virgen zagrada,
que nos trajo a este apozento,
para que en humirdes pajas
nazca hoy el Hijo de Dios
que yo yevo en laz entrañas!
Quien la zepa y no la diga,
ezo perderá zu arma.
¿A que no me he comío
ninguna coza?

MARICUELA.

Ninguna: te ha zalío
mu reprezioza.

PABLILLO.

¿Ves, Maricuela?
Tú debes darme un premio,
como en la escuela.

MARICUELA.

¿Un premio? Yo no tengo
premio que darte.

PABLILLO.

Con cuarquiera me avengo
zi es de tu parte.

MARICUELA.

Uno te daré…
zi este acertijo aciertas.

PABLILLO.

¡Pos lo acertaré!

MARICUELA.

Nace en er castaño;
coló de caoba;
y cuando está vieja
le dicen pilonga.

PABLILLO.

¡Er tomate!

MARICUELA.

¿Er tomate?

PABLILLO.

¿No? ¡La zandía!

MARICUELA.

¡Jezús, qué disparate!

PABLILLO.

¡Pos lo zabía!

MARICUELA.

¡Qué mala maña!
¡Der castaño!… ¡y pilonga!

PABLILLO.

¡Ya! ¡La castaña!

MARICUELA.

¡La castaña, poyino!
¡Torpe que eres!
Has de tené más tino
zi un premio quieres.

PABLILLO.

¿No lo he de queré?
¡Ponme otra adivinanza
y la acertaré!

MARICUELA. *Tras una maliciosa sonrisa y una pausa.*

Entre tonto y tonta,
enterarme quiero,
¿cuál ez er más tonto?

PABLILLO. *Triunfador.*

¡Er que hable primero!

Maricuela suelta la risa.

MARICUELA.

¡Ay, qué tonto! ¡Caite!

PABLILLO.

¡Zi que he caío!
¡Y me gané er confite
que te he pedío!

MARICUELA.

¡Pos bueno fuera!
¡Iba a zé yo la tonta
zi te lo diera!
Formalidá, Pabliyo,
que yega gente.
Yo, meciendo ar chiquiyo;
tú ve a la fuente.

PABLILLO.

¿Y te espero ayí?

MARICUELA.

Con este niño en brazos
no digo que zí.
Pajarito que cántaz
en la laguna,
no despiertez ar niño
que está en la cuna.
¡Ea la ea!
¡Perejil y culantro
y arcarabea!

Salen por la derecha Adelfa y Curro Viento. Pablillo, al verlos, se separa de Maricuela.

De Adelfa ya tenemos noticias. Viene de mantón negro. De Curro Viento también se ha hablado lo necesario.

CURRO.

Pero, mujé, ¿no te he dicho
que ze fué hace ya doz horas
y que no ha vuerto?

ADELFA.

¿No ha vuerto?

CURRO.

¡No ha vuerto! ¡Qué cabezona!
Pregúntale a eza chiquiya,
que ha de zaberlo de zobra.

ADELFA. *Reparando entonces en Maricuela y dirigiéndose en seguida, con celoso ímpetu, a Curro Viento.*

Escucha: ¿si será er niño
er de Cansionera?

CURRO.

Tonta,
¿pos cuá va a zé zi no ez éze?
Esta zagala es la moza
de la huerta y der zantuario.

ADELFA.

¡Vi a vé er niño!

Se acerca a Maricuela, violentamente.

CURRO. *Interponiéndose.*

¡Éza no es forma!
Buenas tardes, Maricuela.

MARICUELA.

Buenas tardes.

CURRO.

La zeñora
tiene empeño en vé a tu ama.

MARICUELA.

Poz eya no está.

ADELFA.

Y ¿es cosa de esperarla, o tarda mucho?

MARICUELA.

De ezo no zoy zabedora.
Ze fué con Zinta Romero
al Hespitá de las Monjas.

ADELFA.

Y ¿éste es su niño?

MARICUELA.

Zu niño.
¡Miste qué perla de aurora!

CURRO.

Verdá que zí. La criatura
zale con la cara toa
der pobre zeñó Frasquito
el herrero, que esté en gloria.

ADELFA.

A mí, no saliendo ar padre,
lo demás no se me importa.

MARICUELA.

¿Qué dice usté?

ADELFA.

¡Lo que he dicho!

CURRO.

Aderfa, caya la boca,
y dizimula ziquiera
er coraje que te ahoga.

MARICUELA. *Entre si.*

¡Virgen, qué cara! ¡Qué ojos!
¡Zi parece que está loca!

Separándose de los dos.

Buenas tardes.

CURRO.

Buenas tardes.
¡Da las buenas tardes, loba!

ADELFA.

¡Como pa mí no son buenas!…

CURRO.

La educación nunca estorba.
Adiós, niña. Y a tu ama
dale luego mis memorias.
¿Zabes quién zoy?

MARICUELA.

No, zeñó.

CURRO.

¡Curro Viento! ¿No te azombras?

MARICUELA.

No, zeñó.

CURRO.

Por tu inorancia.
Los pocoz añoz, alondra.

MARICUELA.

Hasta la fuente, Pabliyo.

PABLILLO.

Hasta la fuente, paloma.

Se alejan, mirándose, cada uno por donde apareció.

Pausa. Curro Viento contempla a Adelfa, que está reconcentrada y mohína.

CURRO.

¿Vámonos?

ADELFA.

¿Qué?

CURRO.

¿Zi nos vamos?

ADELFA.

¡Vete tú y déjame sola!
A mí maldita la farta
que me hase aquí tu persona.
¡Te he dicho que hoy la conozco!
¿Quién quita que la conozca?

CURRO.

Ya lo estás viendo: la zuerte.
¿Zerá porque a Dios le enoja?

ADELFA. *Con susto.*

¿A Dios?

CURRO.

A Dios… o a la Virgen.

ADELFA.

¡Dios no se mete en mi historia!
De hoy no pasa, Curro Viento.
Es mi martirio, es mi sombra
esa mujé, y quiero verla
y desirle cuatro cosas.
Por mí la dejó Mariano,
y ahora otra vez me lo roba;
y ¡o se lo quito pa siempre,
o armo una gorda!

CURRO.

¿Una gorda?
¿Más gorda que la haz armao?
Pos ¿no has zío tú la ladrona?
¿Quién le ha quitao a zu amante
más que tú?

ADELFA.

¡Y a mucha honra!
¡Le gusté!

CURRO.

¡Claro!

ADELFA.

¡Más que eya!

CURRO.

¡Claro! Y ¿a qué estás celoza?
¡Zi ér por aquí no parece
diez leguas a la redonda!
Abandonó a Cancionera
como a tantas, como a toas,
y hoy reinas tú y no te quita
ni otra reina la corona.
¿Nos vamos?

ADELFA.

¡Yo no me voy!

CURRO.

¡Eres terca como pocas!

ADELFA.

¡Así me parió mi padre!

CURRO.

¿Tu padre?

ADELFA.

¡Mi padre!

CURRO.

¡Zopla!

ADELFA.

Sopla tú, que tienes viento.
Y si con tanta bamboya
lo que te ha entrao es serote
porque el hermano nos ronda,
coge ya la carretera
y no pares hasta Córdoba.

CURRO. *Sonriendo con jactancia.*

¡Qué atrocidá! ¡Que *Undebé*
de los cielos no te oiga!
¡Vamos! ¡Ze dicen blasfemias
tamañas, y en na ze nota!
Ni la cruz ze ha estremecío,
ni las flores ze dezhojan,
ni er vuelo paran los pájaros,
ni el horizonte ze entorda.
¡Curro Viento con cerote!
¡Curro Viento hecho una tórtola!
¡Un hombre que no ze azusta
ni ar vé en la paré zu zombra!
En fin, como me he brindao
a acompañarte, pichona,

y como ahora tú, de pronto,
me zales con ezas coplas,
que te coste que aquí estoy
mientras no yegue la otra,
y que vi a di en un momento
hasta la huerta famoza,
a zabé der propio hermano
zi tarda mucho eza prójima.

Alejándose por la izquierda hacia el fondo.

¡Ayá va esta pobre liebre
a que un tigre ze la coma!
¡Vamos! ¡La riza me piya
desde er zombrero a las botas!

Adelfa.

¡Tengo de vé por mis ojos
que es verdá que la abandona;
que no le da der cariño
que le tuvo, ni limosna!

Mirando de pronto hacia la derecha.

¿Es aqueya que ayí viene?
¡De fijo! ¡Yegó mi hora!
¡Si es eya, vamos a vernos
cara a cara las dos solas!

Atraviesa Cancionera de derecha a izquierda, y cuando va a trasponer el arquillo, Adelfa, casi segura de quién es, la llama por su nombre.

¡Cansionera!

Cancionera. *Volviéndose.*

¿Quién me yama?

ADELFA.

Una mujé que te busca
por tu nombre y por tu fama.
¿Me conoses?

CANCIONERA.

Te adivino.

ADELFA.

Soy la que manda en el hombre
que se puso en tu camino.

CANCIONERA.

Y ¿a qué vienes a busca
lo que el hombre ha despresiao
porque no lo quiere ya?
¿A qué me fuersas a verte?
¡Ni me importa lo que traigas,
ni soñaba en conoserte!
La suerte me lo asercó;
la misma que me lo quita.
Yo vivo con mi doló,
y éste doló me alimenta,
y sólo a la Virgen mía
se lo digo y le doy cuenta.
Que si sufro o que si muero,
no tengo de publicarlo
a la voz de un pregonero.

Le vuelve la espalda para irse.

ADELFA.

¡Escúchame!

Cancionera.

¿Qué más quieres?

Adelfa.

¡Que me escuches!

Cancionera.

¿Que te escuche,
cuando me has dicho quién eres?
¡Anda vete y corre y ruea,
como las malas palabras,
como la farsa monea!

Adelfa.

¡No me ofendas, que yo a ti
no te ofendo!

Cancionera.

¿No me ofendes,
ladrona, y estás aquí?

Adelfa.

¿Te duele verme?

Cancionera.

Un istante.
Mientras tu sombra me yega;
mientras te tengo delante.

Adelfa.

¿Y a é, no te duele verlo?

Cancionera.

¡No sé, porque no lo he visto!

ADELFA.

¡Eso hase farta creerlo!

CANCIONERA.

No tengo que darte a ti
satisfasiones ningunas.
No las esperes de mí.

ADELFA.

Es que te digo, mujé,
que te apartes de la idea
de que vuerva a tu queré
¡Por los ojos de mi cara,
que le costaba la vía
si ér siquiera lo intentara!

CANCIONERA.

¿Ya dudas, y ayer ha sío
cuando por ti me ha dejao?
¡Qué poco es tu poderío!

ADELFA.

¿Es poco y te lo quitó?

CANCIONERA.

Sí, pero ya estás selosa
de que vuerva a mi caló

ADELFA.

¡No será mientras yo viva!

CANCIONERA.

Eso es cuenta tuya y de é…
o der Dios que está ayá arriba.
Ni lo yamé pa quererlo,
ni cuando vorvió la esparda
le grité pa detenerlo.
Ni mis brasos son cadenas
que amarren a un prisionero
que no las busque a las buenas.
Ni hay más que un solo podé
que ar má que deja la playa
lo haga a la playa vorvé.

Adelfa.

De tu despresio me río.
Bien sabe Dios y to er mundo
lo mucho que lo has querío.
¡Y yo, que viéndolo estoy,
te juro que si a ti vuerve,
se acordará de quién soy!
Y na más, y vive alerta:
¡si por aquí pasa er viento,
sierra de gorpe tu puerta!

Cancionera.

¡Siérrala tú, no sea cosa
que se te escape er cautivo
que guardas tan reselosa!
¡Y vete aprisa a buscarlo,
y dile que en este pecho
hay fuersas pa perdonarlo!
¡Que escondí mis sentimientos,

porque no los blandearan
los embates de los vientos!
¡Que vino en poso tan hondo,
que sólo los ojos míos
ven la luz y ven er fondo!
¡Que no deje de quererte,
aunque luego a espaldas suyas
tú lo amenases de muerte!
¡Y que yo me satisfago
con pedí por la salú
de quien me dió tan mar pago!
¡Porque quiso la fortuna
que su sangre con mi sangre
está durmiendo en la cuna!

Adelfa.

¡Cansionera!

Cancionera.

¡Basta ya!
¡Pa ti sí que está mi puerta
por siempre claveteá!
¡Anda vete y corre y ruea,
como las malas palabras,
como la farsa monea!

Sigue resueltamente su camino, altanera y airada.

Adelfa.

¡Farsa tú, mala sirpiente,
que ocurtas delante de mí
lo que tu corasón siente!

Vuelve Curro Viento a tiempo de oírla.

CURRO.

¿Qué fué?

ADELFA.

¡Que yo no he visto en er mundo
más hinpócrita mujé!
¡Mentira
es to lo que aquí me ha hablao,
y hasta el aire que respira!

CURRO.

Quizá
lo ves tú de eza manera,
de ciega y de encastiyá.

ADELFA.

¡Que no!
¡Que de adivina me presio,
y éste nunca me engañó!

Por el corazón.

¡Será
la vengansa que yo tome,
la vengansa más soná!

CURRO.

Criatura,
pienza un poco y no te yeves
de eze ramo de locura.
Los celos
ze gozan en abatí

castiyitos por los zuelos.
¿Te enteras?
Ze alimentan de tus carnes
y te estrozan como fieras.
Halagan
pa que tú loz acaricies,
y ¡hay que vé cómo te pagan!
Parecen
pajariyos volantones,
y ¡hay que vé cómo ze crecen!
Yo entiendo
más que Merlín de estas *ducas*,
porque he vivío queriendo.
Mi taye
ha hecho a rubiaz y morenas
tirá piedras por la caye.
Por mí
más e quince y más e veinte
andan zuertas por ahí.
Princezas
yamaban a Curro Viento,
perdías de las cabezas.

ADELFA.

¡Jesú!
¿Quiés cayarte, que parese
que no hay más hombre que tú?

CURRO.

¿Ah, zí?

ADELFA.

¡Ni que te pienses tampoco
que estoy pa escucharte a ti!

Viene en esto por la derecha la Gitana, que se dirige a Curro Viento apenas lo ve.

Allá, en el interior de la venta, Alifonso toca su guitarra.

GITANA.

¿Te la digo, resalao?

CURRO.

¡Bueno! ¡No fartaba más!

GITANA.

Anda, sí; voy a desírtela,
ojitos de gavilán.

CURRO. *A Adelfa.*

¿Tú oyez esto?

GITANA.

Trae esa mano,
que te quiero declará
los pensamientos que guardan
dos moreniyas, que están
perdías por tus jechuras
de emperadó.

CURRO.

¿Dos na más?

GITANA.

¿Cuántas quieres, vanioso?

Acercándose a Adelfa, que sentada a la mesa y de codos en maquina proyectos infernales.

Pero, paloma torcaz,
¿qué tienes tú que así arrugas
er seño? ¿Vas a yorá?
Motiviyos no te fartan,
coralito de la má,
campaniyita de oro,
regalito de surtán.
Pero hay que tené pasensia,
y coraje, y argo más,
pa resistí los vaivenes
en esta vida arrastrá.
No te acobardes, lusero,
que hay muchos pasos que dá
desde que se siembra er trigo
jata que se cuese er pan.
¿Te la digo, caprichosa?
¿Te la digo, enamorá?
¿Te la digo, fló der vaye,
esportonsiyo de sá?

ADELFA. *Supersticiosamente; con resolución.*

¡Dírmela!

GITANA.

Dame tu mano.

ADELFA.

Pero dirme la verdá.

GITANA.

¿Por amarguiya que fuere?

ADELFA.

¡Aunque fuere solimán!

CURRO.

¡Eres un cacho e maera;
no ze te pué goberná!

GITANA.

Caya tú y echa tu viento
pa otra parte, Barrabás.
¿Vas a quitarle a esta perla
marina su voluntá?
En er nombre de Dios sea,
que toíto en su mano está,
y Er nos dé una güena muerte
y en la vía un güen pasá;
que si mentira te digo
yo me caiga aquí mortá.

CURRO.

¿Zerá coza de avizarles
ar cura y ar zacristán?

GITANA.

¡Cáyate, paraguas viejo,
que ya no sirves pa ná;
que cuantito yueve fuerte
te metes en un sanjuán!
Alégrate tú, surtana;
nadie yore hasta er finá,

que si un amó se te nubla
otros te amaneserán.
Con esa cara de sielo
y con esa majestá,
a los vuelos de tu farda
sardrán hombres en bandás.
De uno sé que por ti deja
er Brasí de Portugá,
jermoso como un Cupío
y en las arcas un caudá.

Curro.

Con bien venga. Yo *chanelo*
er portugués regulá.

Gitana.

¿Quiés cayarte, entremetío?

Adelfa.

¿Quiés morirte, charlatán?

Gitana.

Tú, prinsesa, estás ahora
rabiosiya y alocá,
porque te gusta un mosito
con resabios de charrán,
que a ésta quiero, a ésta no quiero,
de una en otra siempre va,
mucho arrope en las palabras
y en los hechos farsedá.
Moreno más velioso
no ha nasío desde Adán;

pero ér por sus propias *baes*
su perdisión va a busca,
y en esta cruz que aquí miras,
tú lo tienes de encontrá
una nochesita mala,
muerto de un rayo fatá.

Levántase Adelfa sobrecogida.

¡Quién y cómo le dió muerte
no ha de saberse en jamás!
La Justisia que lo busque
no lo tiene de encontrá.

ADELFA. *Huyendo de ella con horror.*

¡Caya, gitana! ¿Qué inventas?
¡Vete y no me digas más!

GITANA.

¡Mujé, déjame que acabe,
que farta la prensipá!

ADELFA.

¡Que te vayas, embustera!
¡Que te vayas! ¡Vete ya!

CURRO.

¡Y nozotros!

ADELFA.

¡Ahora mismo!

GITANA.

Pero, oye, ¿no me das ná?

ADELFA.

¡Un tiro!

GITANA.

¿Un tiro?

ADELFA.

¡O dosientos,
si uno es poco, condená!

CURRO.

¡Anda, chiquiya, pa alante!

ADELFA.

¡Curro, me voy destrosá!
¡Mi cabesa es un infierno
con candelas de arquitrán!

CURRO.

¡Vamos!

ADELFA.

¡A los propios mengues
les echaré un memoriá!

Vase de estampía por la derecha, seguida de Curro.

GITANA.

¡Escurríos! ¡Sinvergüensas!
¡Estropajos de fregá!
¡Curro Viento, ten cuidao
con esa prinsesa reá,
que va a pará en un convento
si la deja su Don Guan!…

¡Y ha tenío más amores
que hay purgas en un pajá!
¡Anda con Dios, orguyosa!
¡De rumbo no enfermarás!
¡De cangrena se te pique
la mano que no me da!
¡Quiera *Undebé* que mi agüero
sarga mu pronto verdá!
¡Mala peste en la miseria!
¡Se vean en el Hespitá!
Vamos a buscá ar santero
y a pedirle la pringá,
a vé si cayan mis tripas,
que no paran de soná.

Se entra por el arco de la izquierda y desaparece.

La guitarra de Alifonso continúa sonando aún unos instantes. Luego cesa.

Por detrás del arco salen Cancionera y Daniel. Ella viene delante, como huyendo de oírlo.

Cancionera.

Cáyate y no sigas,
por la Virgen santa;
cáyate, hermano, que bastante tengo
dentro de mi arma.

Daniel.

Un año corrío
yevo de cayá,
yorando solo porque tú no yores;
¡ya no cayo más!

Sepurté en la tierra
tos mis pensamientos.
Como era er yanto lo que los regaba,
espinas nasieron.
¡Mal haya er que hiso
mi yanto corré!
¡Yo que quería en toas las vereítas
flores pa tus pies!

Cancionera.

Mi sino contrario
lo ha ordenao así;
y esas espinas de tus pensamientos,
me punsan a mí.
Más que mi desgrasia,
que entiendo yo sola,
me abre las carnes sabé que tus ojos
por mi curpa yoran.
Pero escucha, hermano,
lo que dise er viento:
¡Ay! ¿A qué vienen tantos suspiritos,
si ya no hay remedio?

Daniel.

¡Remedio sí hay!

Cancionera.

¡Yo no sé encontrarlo!

Daniel.

Vente a mi vera y lo procuraremos
los dos mano a mano.

¡Ese mar nasío
que te traisionó,
o er juramento cumple que te ha hecho,
o lo mato yo!

Cancionera.

¡Esperando vivo
que lo ha de cumplí!

Daniel.

¡Se pasa er tiempo y no lo cumple, hermana!
¡Se burla de ti!
Déjame buscarlo,
que hora es que venga
¡y de rodiyas y besando er suelo
tu fama te vuerva!

Cancionera.

¡Yo no quiero nunca
por fuersa pedí
lo que me toca porque me lo deben!

Daniel.

¿Tú no? ¡Pos yo sí!

Cancionera.

De la tierra
vengo, pero en mi linaje
hay más orguyo que si desendiera
de un abenserraje.
No tomo limosna
que da un renegao

porque se cansa de escuchá ar mendigo
que tiende la mano.
La mujé y el hombre,
si se han de juntá,
han de y amarse ar modo del asero
y la piedra imán.
Si así no se juntan,
déjalos corlé…
Agua salobre y durse no se mesclan,
ni apagan la sé.
¡Y hablas de matarlo,
porque no comprendes
que si lo matas, compañero mío,
soy yo la que muere!
El hierro que claves
en su corasón,
antes que er suyo calará mi pecho:
¡lo ha querío Dios!

Daniel.

Pos si eso es, hermana,
lo que está dispuesto,
me voy a sitio donde no te vea
como te estoy viendo.
Si eso es, compañera,
lo que Dios dispone,
pídele tú que nunca en mi camino
me encuentre a ese hombre,
Por que si lo encuentro,
yo no pensaré

que con su muerte te daré a ti muerte,
¡y lo mataré!
Y manando sangre
de mi corasón,
diré a toas horas, pa lavá mis manos:
¡lo ha querío Dios!

Cancionera.

¡Danié, no te vayas;
no me desampares!
¡Sola en er mundo con el hijo mío,
sin caló de nadie!
¡Yo quiero tus brasos;
yo quiero tu sombra!
¡En er desierto no hay otro arbolito!
¡No me dejes sola!
Tú pa mi viviste;
pa ti viví yo.
¡Que sea la muerte la que nos separe!…
¡Otra cosa, no!

Daniel.

Nunca tú has tenío
que rogarme a mí;
de lo más hondo de tus pensamientos
yo era sajorí.
Estreyas der sielo
que tú ambisionaras,
iba por eyas y te las traía
antes de que hablaras.
Yanto que tus ojos

quisiera nubla,
yo lo secaba con los labios míos
cuando iba a brotá.
¡Pero ahora ya es hierro
to lo que fué sera:
no hay en la fragua fuego ni martiyo
que mi arao tuersan!
¡Qué angustia no verte!…
¡Qué triste me alejo!…
¡Dime que quieres que a tu vera siga!…
¡Ya sabes er presio!
¡Dímelo, mi hermana,
dímelo, por Dios!…
Como me farte a mí tu compañía,
vi a morirme yo.
Si a mi lao nunca
ya más he de verte.
Yo pensaré que me he quedao siego:
¡yamaré a la muerte!

Vase por la derecha cabizbajo, tragando sus lágrimas.

Cancionera.

¡Dios mío! ¿Cómo en er mundo
consentirás que esto pase?
¡Dame una luz que me guíe!
¡Dame alientos que me sarven!
¿Qué otro camino de abrojos
es éste que se me abre?
¿No me mandarás consuelo que consuele mis pesares?

Calla, abrumada por su dolor, y se sienta al pie de la cruz. A poco sale Maricuela con el niño y se le aproxima. Ella, al verlo, resplandeciente el rostro, parece olvidarse un punto súbitamente de todo lo demás.

¿Duerme?

Maricuela.

Duerme. Mire usté
qué ánge de los sielos.

Cancionera.

Dame.

Maricuela.

Yo voy a la fuente ahora,
que está Pabliyo esperándome.

Se marcha.

Cancionera. *Contemplando a su hijo.*

Pedaso de mis entrañas,
sangre que yeva su sangre,
duerme tranquilo tu sueño…
¡Tienes madre!
Duerme tranquilo en mis brasos,
en este trono tan grande
que Dios tan sólo consede
a los hombres cuando nasen.
Yo espantaré con mis ojos
a quien venga a despertarte:
duerme tranquilo, arma mía…
¡Tienes madre!
Ningún peligro te asuste;
no te dé miedo de nadie;

de lobos que te acosaran
yo sabría resguardarte.
Y cuando el invierno yegue
que er frío no te acobarde:
yo traeré leña der monte…
¡Tienes madre!
Te esperan en este mundo
traisiones y farsedades,
y no has de librarte de eyas,
aunque vivas vigilante.
Hay solamente un sercao
donde la traisión no cabe:
búscalo, que está en mi pecho…
¡Tienes madre!
Yo seré luz de tus ojos;
lusero que te acompañe;
alimento de tu boca;
medisina de tus males.
Y seré flor en tus pasos,
y seré olor en tu aire,
y seré sombra en tu vida…
¡Tienes madre!
Cuando penes, ve a mi encuentro,
que en er camino has de hayarme;
cuando yores, no me grites,
que yo iré sin que me yames…
Pedaso de mis entrañas,
sangre que yeva su sangre,
duerme tranquilo tu sueño…

¡Tienes madre!

Lo besa tiernamente,

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un mes después del acto anterior y en el mismo bello paraje. Es al atardecer

Maricuela y Pablillo, sentados al pie de la cruz, se dicen ternezas.

MARICUELA.

¿Me quieres mucho?

PABLILLO.

¡Pa mí tú zola yenaz er mundo!

MARICUELA.

¿Cómo me quieres?

PABLILLO.

¡Como loz hombrez a las mujeres!

MARICUELA.

¿Te gusto yo?

PABLILLO

¡Más que la aurora con zu arrebó!
¿Y yo, te gusto?

MARICUELA.

¿Tú? ¡Más que el agua después de un zusto!
¿A que no aciertas
lo que me paza cuando me dejas?

PABLILLO.

¿Que no lo acierto?
¡Lo que me paza cuando te dejo!

MARICUELA.

¿Justo y cabá?

PABLILLO.

¡Zi nos queremos los doz iguá!
¡Valientemente!
Dame un bezito, que ahora no hay gente.

MARICUELA.

Hay ayí un grajo
que está mirando desde er zombrajo.

PABLILLO.

¿Qué te parece
que nos cazemoz er mes que viene?

MARICUELA.

¡Qué decidió!
¿Conque no ganas ni pa un vestío?

PABLILLO.

¡Ya ganaré!

MARICUELA.

¡Pos cuando ganes me cazaré!

PABLILLO.

¿Qué quiés que zea?
¡De chiquichanca poco me quea!
¿Pastó? ¿Boyero?

MARICUELA.

No.

PABLILLO.

¿Yegüerizo?

MARICUELA.

No.

PABLILLO.

¿Manijero?

MARICUELA.

¡Argo más fino!
Pa nuestra boda pon un molino.
¡Ay, zi yo fuera
de tu molino la molinera!

PABLILLO.

Ya ze echó abajo.

MARICUELA.

¿Quién?

PABLILLO.

Quien miraba desde er zombrajo.

MARICUELA.

Zí, molinero;
pero ayí viene Zinta Romero.

Pablillo.

¡Mardita zea!
¡Vente a la fuente, que no nos vea!

Maricuela.

¿Qué más te da?…
¡Zi con er bezo te has de acostá!…

Cinta, que en efecto llega por la derecha, al ver a los tórtolos, se siente inspirada una vez más, y se aproxima a ellos dedicándoles la siguiente improvisación.

Cinta.

¡Todas las flores der campo
las cautiva er mes de enero,
y en yegando abril y mayo
salen de su cautiverio!

La primavera
viene ligera
y echa sus flores por dondequiera:
por la pradera,
y por las lindes de los sembraos,
y en los pechitos enamoraos.
¡Ven, ruiseñó:
canta en las flores de un nuevo amó!
¡Se concluyó!

Maricuela y Pablillo sueltan la carcajada, entre ruborosos y contentos, y se alejan riéndose por la izquierda.

Oportunamente viene por la derecha Florita, con el cantarillo a la cintura, para ir a la fuente.

Florita.

¿De qué se ríen esos tontos?

Cinta.

Pos de que se quieren mucho,
y yo los piyé arruyándose
y le hise *un verso* al arruyo.
¿Yegó tu tito de fuera?

Florita.

Ahora mismo: hase un minuto.
Místelo ayí con la tita
charlando de sus asuntos.

Cinta.

¡Mucho tendrán que contarse!

Florita.

Usté carcule: ¡un mes justo
ha fartao de la venta!…

Cinta.

¡Un mes! ¡Se fué como el humo!
Y ¡mira que han pasao cosas
en ese mes! ¡Qué tumurto!

Hablando hacia la venta.

¡Buenas tardes, Alifonso!
¡Bien yegao!

Alifonso. *Dentro.*

¡Tanto gusto
en verte siempre, muchacha!
¿Cómo siguen tus difuntos?

Cinta.

¡Tan buenos que están los pobres!

Alifonso.

¡Espérame ahí un segundo!

Florita.

Quéese usté con é. Yo voy
por el agua. Aqué der burro
me corteja.

Cinta.

Pos cuidao,
que es más animá que er rucho.

Florita.

¡Si por eso me hase grasia!
¡Tienen un ánge los brutos!

Se va sonriente y dichosa.

Cinta.

Y tú tienes un meneo,
con tan poco disimulo,
que estás disiendo a los hombres:
«¡Yamarme a mí, que yo acudo!».
¡Ay! ¡Estas niñas der día
se mueven más que un columpio!

A Alifonso, que aparece ya.

¿Salió er sobrino de penas?

Alifonso.

Salió ar fin de aquer sepurcro.

Sepurtura de hombres vivos
le yama a la carse er vurgo.
Cuando se vió al aire libre,
a pegá sartos se puso,
dándole grasias a Dios,
vivas al rey y al indurto.

Cinta.

Y ¿a dónde te lo has yevao?

Alifonso.

A Jerez; lejos der punto
de la desgrasia. Le he puesto,
con un amigóte suyo,
un tabanco: cuatro tablas,
seis barriles y un embúo;
¡a vé si sale adelante
vendiendo vino en vasucos!
Porque yo, pa mis adentros,
en mi consiensia, discurro
que cuando un hombre es buen hombre,
aún pué mirá con orguyo,
aunque haya pasao dos años
en un calaboso oscuro.
Desgrasias como la suya,
no deshonran a ninguno.
¡Las mujeres son capases
de que er más cuerdo haga números!
¡Er santo sielo nos libre
de un piesesito menúo,
o de unas pestañas negras,

o de unos *mininis rubios*,
en podé de una gachona
que yeve un gatito ocurto!

Cinta.

¡Ay, Alifonso, Alifonso;
en este pícaro mundo,
espinas tienen las flores
y espinas los higos chumbos!

Alifonso.

Ya lo sé; y está er busilis
en la suerte de ca uno;
¡hay quien se araña una mano,
y a quien lo atraviesa un chuso!

Cinta.

¡Ya ves Danié!… ¡Sin comerlo
ni beberlo!… ¡Qué dijusto!

Alifonso.

¡Qué tragedia!

Cinta.

¿Te han contao…?

Alifonso.

Cuatro cosas así a burto.
Cuéntame tú toa la historia,
que con el arma te escucho.
Tú sabes cómo yo quiero
a ese muchacho, que es único.

Cinta.

Pos a poco de tú irte,
comensaron los barruntos
de su locura: luchaba
entre matá a su verdugo
o dejá a su hermana sola,
y en este tormento múo,
perdió la brújula er barco,
la máquina se escompuso,
y de una oriya pa otra,
ya navegaba sin rumbo.
Prevaricó der sentío;
se vorvió más tasiturno;
de pronto daba en reírse;
de pronto hablaba confuso.
Er pie de esta cruz besaba,
ya tranquilo, ya convurso;
prinsipió a desconosernos…
y hoy no conose a ninguno.

Alifonso.

¡Qué doló tan grande, Sinta!

Cinta.

Yora er corasón más duro.
Vino er médico de Parma,
don Blas Rincón, y dispuso
que al Hospitá de las Monjas
lo yevaran, y ayí estuvo
en oservasión primero,
y ahora está como un recluso,
ar paresé tan conforme,

y trabajando en lo suyo,
dale que dale a la huerta,
la ha puesto —disen— de lujo.
No tiene más que, en momentos,
delira, pierde er discurso,
y empiesa a desí sentensias
o verdades como er puño.
Y una vez grita: «¡Perdono!».
Y otra vez grita: «¡Yo huyo!».
Se yeva días enteros
cayao como un cartujo:
si hábitos blancos vistiese,
paresería San Bruno.
Lo cuida una sola monja…

Alifonso.

¿Cuá?

Cinta.

La hermanita Refugio,
que ér toma por Cansionera;
y le adivina los gustos,
y la sigue y la obedese
como a Soledá.

Alifonso.

¡Qué asurdo!
¿Sale a la caye?

Cinta.

Sí sale;
y nadie le tiene susto.

Er mismo médico dise
que loco iguá no lo hubo.

Alifonso.

¿Y aquí, viene?

Cinta.

Argunos días.
Y no se va der seguro
en jamás. Mira a toas partes
con un mirá mu profundo;
como er que busca y no haya;
como un siego parpa un muro.
Y la pobre Cansionera
lo yora como difunto,
y ya la verás aluego
vestía de negro luto.

Alifonso.

¡Várgame Dios! ¡No se entiende
que pasen estos disturbios
sin un castigo! ¿Es posible
que a un Dios le parezcan justos?
Prenden a un hombre que mata
con navaja o con trabuco,
y er que mata con traisiones
anda y libre y en triunfo.

Cinta.

Vete, si quieres justisia,
a la Luna o a Saturno;
que ésta es tierra de pecaos,

y ningún juez da ese sumo
Ya Dios castigó a los hombres
en los tiempos der Diluvio,
porque la vergüensa andaba
en camisa y dando tumbos.
¡Si vieras, vorviendo ar loco,
la armirasión que produjo
er Viernes Santo pasao
En Parma der Má! Te juro
que a mí, que ya na me asombra,
se me pararon los pursos.
Ar pasa er Cristo enclavao
por el Hospitá, se puso
de rodiyas y cantó
con er doló más agúo;
«¡Sor que hasta en las noches sales,
lusero de amanesé,
si en mi aflisión no me vales,
nadie me podrá valé!
¡Mira mis penas mortales!».

Alifonso.

¿Quién le sacó esa saeta?

Cinta.

¡Ér mismo se la compuzo!

Alifonso.

¡Merese que Dios lo ampare,
si aquí lo merese arguno;
que recobre su sentío

y el agua vuerva a su curso!
Adiós, Sinta: voy a echarle
un vistaso a mi casucho.

Cinta.

Y yo a recogé en la ermita
mi canastiyo y mi cubo.

Se marchan los dos.

A poco, por el fondo, hacia la izquierda, llegan Adelfa y Mariano. Vienen a la venta.

Mariano.

¡Vaya, niña, ya estamos
donde querías!
¿No era éste tu capricho?
¡Descansa, niña!
¡Ya estamos los dos solos
junto a la ermita!
¡Ya estamos, y estaremos
mientras tú pidas!

Adelfa.

¡Eso mismo!

Mariano.

¡Eso mismo!

Adelfa.

¡Que traguen guita
las que han dicho que dicen
que tú desías!…
¡Que ya ibas a dejarme!
¡Que soy *cansina*!

¡Que estás hasta los pelos
de mis carisias!

Mariano.

¡Jesús, qué disparate!
¡Qué habladurías!

Adelfa.

¡Primero sielo y tierra
se juntarían!

Mariano.

¡Eso que estás hablando…!

Adelfa.

¿Qué?

Mariano.

¡Que va a misa!

Adelfa.

Entre la hostia y er cáliz
¿lo jurarías?

Mariano.

¡Y ante Dios que bajara
desde aya arriba
a tomarse dos copas
de mansaniya!

Adelfa.

¡Pos tienes de jurármelo
donde a ésa misma
le juraste cariño

pa mientras vivas!
¡Ven aquí: que te escuche
la cruz bendita!

Mariano.

Yo haré lo que tú quieras;
pero antes mira
si te conviene er sitio;
si es pa tu dicha;
que lo que aquí se jura
pronto se orvía.

Adelfa.

¡Es verdá! Pos entonces…

Mariano.

¡Caya y no sigas!
¿A qué imaginas tanto
malas partías?
¡Antes que yo te deje,
fiera bonita,
echarán los olivos
naranjas chinas,
y echarán los naranjos
ramas de oliva,
y en mitá de los mares
sardrán espigas!

Adelfa.

¡Si te oyera esa otra!

Mariano.

¿Qué?

Adelfa.

¡Se moría!

Mariano.

¡Ésa ya no se acuerda
de mi familia!
¿Estaré yo seguro?
¿Cómo vendría
tan tranquilo a tu lao,
con esta risa?
Nos quisimos un poco;
no fué mentira;
nos dejamos a un tiempo:
¡ruede la vía!
¡No te acuerdes más de eya!
¡Ya me fastidian
farsetas a toas horas
de seguidiyas!
¡Sarte por *soleares*,
por alegrías,
o sarte hasta por tangos
y por guajiras!
Anda, ven a la venta,
serrana mía:
tú cantarás un rato;
yo haré parmitas.
La *abuela* de Alifonso,
que es cosa fina,
nos dará con sus cuerdas

la compañía.

ADELFA. *De repente, aterrada.*

¡Ay, Virgen de los sielos!

MARIANO.

¿Qué fué, chiquiya?

ADELFA.

¡Ay, Virgen de la Rosa!

MARIANO.

¿Qué pasa?

ADELFA. *Señalando hacia la derecha.*

¡Mira!

MARIANO.

¡La enfermera y er loco!
¡Vaya visita!

ADELFA.

¡La sangre en to mi cuerpo
se paralisa!

Sale Daniel, acompañado de la Enfermera, que es una hermana de la Caridad. Mira con extravio, como si se hallase de pronto en un mundo nuevo. Trae prendidas al pecho algunas medallas y cintas de colores. En el sombrero, unas amapolas y otras florecillas del campo. Se apoya en un cayado pastoril.

DANIEL.

Le dijo er tiempo ar queré;
—Esa soberbia que tienes,
yo te la castigaré.

Se dirige a Mariano y a Adelfa. La Enfermera repara en ellos entonces, y trata de detenerlo.

Enfermera.

¡Jesús! ¡Daniel!

Adelfa.

¡Santo Dios!

Daniel.

¿Qué me quieres, Cansionera?
Dime: ¿quién son esos dos?

Enfermera.

No los conozco.

A una extraña sonrisa de él.

¿Tú sí?

Daniel.

Yo, tampoco.

Enfermera.

Pos entonses
déjalos… y ven aquí.

Daniel.

Lo que tú quieras haré.

A la pareja.

Perdone usté, buen amigo:
perdone, buena mujé.
Esta monjita es mi hermana:
las golondrinas de Cristo
le cantan en su ventana.

Me la he yevao a una estreya,
pa que los males der mundo
no la sarpiquen a eya.

ADELFA. *A Mariano, horrorizada, con temblor angustioso.*

¡Tú, tú, vámonos pa dentro!
¡Dios Padre me ha castigao!
¡Es un castigo este encuentro!

MARIANO.

Yo no sé si lo será,
pero grasia, lo que es grasia,
no la tiene; la verdá.

ADELFA.

¡Mardito sea er siclón
que me trajo a la cabesa
esta mala tentasión!

Éntranse por la derecha; ella temerosa y fuertemente agarrada a él.

DANIEL.

¡Se fueron!

ENFERMERA.

¡Déjalos í!

DANIEL.

¿Ésa es su casa?

ENFERMERA.

Quisá.

DANIEL.

¿A qué venimos aquí?

Enfermera.

Venimos a que te vea
aqueya mosa hortelana
que tanto er verte desea.
Aqueya que te desía
que eya dejaba sus campos
por tené tu compañía.
Aqueya que me pidió
lisensia pa darte un beso,
y en la frente te lo dió.

Daniel.

¿Aquéya?

Enfermera.

¡Sí; aquéya!

Daniel.

¡Aquéya!…
¡La que yoraba y yoraba!…
¡Vámonos a nuestra estreya!

Enfermera.

Pero ¿no te acuerdas tú
de estos campos, de esa ermita,
de esa fuente, de esta cruz?

Daniel.

¡No me acuerdo!

Enfermera.

¿No?

Daniel.

No, no…
¿En dónde está er portalito
en que nasimos tú y yo?

La Enfermera hace un gesto de resignación. Sale Alifonso.

Y éste que viene, ¿quién es?

Enfermera.

Éste, Alifonso.

Daniel.

¡Alifonso!
¡Aquer der mundo ar revés!
Desiende de buena sepa:
no hay malisia que él ampare;
traisión que en su pecho quepa.
Un hombre de buena ley.
Si yo yego a ver a Dios,
le diré que lo haga rey.

Se sienta, mirándolo. Luego exclama:

¡Los aires yevan mentira!
¡Er que diga que no miente,
que diga que no respira!

Queda abstraído, hablando consigo mismo.

Enfermera. *Como respondiendo a las últimas palabras de Daniel, y para sí.*

Dise cosas este loco
que no suenan a cordura,
pero a locura tampoco.

¡Qué bien canta la cansión!
Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.

Se le acerca Alifonso.

Alifonso.

Que Dios te guarde, Refugio.

Enfermera.

Que Él a ninguno nos deje.

Alifonso.

Mirando estoy a ese pobre,
y mentira me parese.
Por primera vez lo miro
después de lo que susede,
y er corasón, aunque es viejo,
se angustia y se condolese.

Enfermera.

Cuantimás porque es un hombre
meresedó de otra suerte.

Alifonso.

¿Consibes tú que haya entrañas,
como las del otro peine,
causante de tanto duelo,
que en na repara, y se viene
con la pájara a este sitio,
en que hasta su sombra ofende?

Enfermera.

Cáyese usté, que yo, ar verlo,

me quedé como de nieve.
¿Es que no tiene consiensia
que a solas se le rebele?
¿Ni der sielo ni der mundo
na le asusta? ¿A na le teme?
Pos Dios, esas arrogansias,
tarde o temprano, las vense.
De poder y de fortuna,
nadie en er mundo se preste.

Alifonso. *Señalando a Daniel.*

¿Habla solo?

Enfermera.

Sí; habla solo.
Se pone así muchas veses.

Daniel. *Entre si.*

¿En dónde estará er camino
por er que nunca se vuerve?
¿Cuándo acabará er murmuyo
de las aguas de la fuente?

Alifonso.

¡Pobre muchacho!

Enfermera.

Hay que verlo
desde que Dios amanese.
Pero siempre tan tranquilo,
tan dosi, tan obediente.
A mí me cree Cansionera,

y ¡de qué modo me atiende!
Aunque una está acostumbrá
a estos dolores, padese.
No ha de fartarle sonrisa
como a su paso me encuentre;
flores que en la huerta nazcan,
en mis manos han de verse.
Que me tome por su hermana,
la verdá, que me enternese.

Alifonso.

Pos, criatura, ar fin y ar cabo,
si lo miras bien, lo eres:
hermana de tos los tristes
que en el Hospitá se aberguen.

Daniel. *Como antes.*

A aquer pajarito, madre,
que canta en la rama verde,
dígale usté que se caye,
porque su cantá me duele.

Alifonso.

Y er dortó, ¿tiene esperansa
de curarlo?

Enfermera.

Sí la tiene.
Ni un momento desconfía
ni las ilusiones pierde.
Dise que esto es una sombra
que ahora en la cabesa siente,

como una nube que pasa
sobre un río y lo oscurese.
Lo que tarde en cambiá er viento
y la nube en deshaserse,
tardará en mirarse clara
como estaba la corriente.
A mi me aconseja mucho
que por aquí venga siempre,
porque espera que argún día,
al hayarse de repente
con Cansionera, der choque,
como una luz que se ensiende,
la sombra que ahora la nubla
se le vaya de la frente.

ALIFONSO.

Y así será, si ér lo aguarda.

ENFERMERA.

Así será, si Dios quiere.

DANIEL.

Yo soy como aquer minero
cuando en la mina se mete:
sueña con la luz de arriba,
y cuando sale, le hiere.

Por el arco de la izquierda viene Cancionera en este momento, El luto que viste la hermosea. La Enfermera y Alifonso se vuelven a mirarla.

ENFERMERA.

¡Cansionera!

ALIFONSO.

¡Cansionera!

Daniel.

¿Quién?

Cancionera.

Dejarme que me aserque.
¡Bien hayas, Danié! ¡Bien hayas!

Daniel.

¡Bien hayas tú! Tú ¿quién eres?

Cancionera.

¿Ya no me conoses?

Daniel. *Después de una larga mirada.*

¡Sí!…
¡La der beso de la frente!

Cancionera.

¡La misma!

Daniel.

¿Qué tienes tú,
que cuanto te me apareses,
tiemblo desde mis raises
y se me sartan las sienes?
¿Qué yamas hay en tus ojos
que yo temo que me quemen?
¿Por qué sierro yo los míos,
si están sedientos de verte?
¿Qué hay en ti que me da angustia?…

Dirigiéndose a la Enfermera y acogiéndose a ella.

¡Cansionera, no me dejes!
¡Vámonos a nuestra estreya
antes que la noche yegue!

Enfermera.

Pero, di, ¿por qué te asustas
de la que tan bien te quiere?

Daniel. *Afligido.*

¡Vámonos!

Enfermera.

¿Por qué le huyes?

Daniel.

¡Vámonos!

Enfermera.

¿Por qué le temes?

Daniel vuelve a mirar a Cancionera con mirada fija. De improviso se le ilumina el rostro, como si un relámpago de razón pasase por la noche de su cerebro. Entonces avanza tembloroso hacia ella.

Daniel.

¿He?… ¡Tú!

Cancionera.

¡Yo!

Daniel.

¿Tú?

Cancionera.

¡Sí; tu hermana!

Vuélvese Daniel ahora hacia la derecha acometido por un recuerdo fulminante, y dirigiéndose a la venta con frenesí lanza un grito que estremece a todos, y que tal vez Alifonso y la Enfermera se explican.

Luego, como si la tremenda sacudida hubiese apagado la fugaz llama que alumbró su juicio, torna a desvariar, deteniendo sus pasos.

Daniel.

¡Ah!…

Cancionera.

¿Qué?

Daniel.

¡Que la tierra tiemble!
¿Cuándo fué cuando yo quise
sepurtarme y esconderme
tan dentro de sus entrañas
que ni los topos me viesen?
Pero ¿no tiembla la tierra?
¡Sí! ¡Tiembla ya! ¡Se estremese!
¡Son los crímenes que ocurta
los que sus simientos mueven!

A la Enfermera.

¡Vámonos, hermana mía!
¡Ya nuestra estreya se ensiende!

Enfermera.

Vámonos, sí.

Daniel.

¡Los dos juntos!

Enfermera. *Como despidiéndose de Cancionera y de Alifonso.*

¡Vamos donde Dios nos yeve!

Daniel.

¡Pronto, que aún hay en la huerta
muchas flores que cogerte!

Se alejan de la mano. Cancionera los sigue con los ojos. Alifonso murmura:

Alifonso.

Ya entra en mí la confiansa
de que la rasón le vuerve…
Y a ese piyo que está ahí dentro,
no le envidio yo la suerte.

Contempla a Cancionera, que, ensimismada y triste, exclama mientras mira alejarse a Daniel:

Cancionera.

¡Er corasón se me parte
y no sé cómo valerme!
Si yo fuí quien hiso er daño,
¡has, Señó, que lo remedie!
¡Hermano que eras mi vida
y la tuya juntamente,
no corras como quien huye;
vuerve la vista por verme!
¡Clava en mis ojos tus ojos
como antes de enloqueserte;
mírame como te miro;
mírame hasta conoserme;
que yo haré, si Dios me ayuda,
que de tu sueño despiertes,

y entre los dos partiremos
lo que de Dios estuviere!

Vase por la izquierda, hacia el fondo, sin dejar de mirar melancólicamente al camino que sigue Daniel. Alifonso, entonces dice así;

ALIFONSO.

¡Qué lejos que están ahora…
y estaban tan juntos siempre!…
¡Hágase pronto er milagro
que esta desgrasia requiere!
¡Vuerva la paz a estos lares,
vuerva la dicha a este arbergue,
vuerva la luz a este sielo,
vuerva el arma a estar alegre!

Torna hacia la venta Florita con su cántaro.

FLORITA.

¡Ay, entre un bruto y un piyo,
qué difisi es resorverse!
Tito, vámonos pa dentro,
que es tarde y hase relente.

Éntrase ella. Maricuela viene también por donde se marché con risueño enojo, y se retira por el arco de flores.

MARICUELA.

¿Habraze visto Pabliyo?
¡Es más vivo que un cohete!
¡Pos lo que es mañana, ayuna!
¡Una también ze entontece!…

ALIFONSO. *Encaminándose a la venta.*

¡Males que acarrea er tiempo

no hay sabio que los penetre!

En esto sale Mariano, sin sombrero, dado a los demonios, y se detiene a hablarle.

Mariano.

¡Valiente juerguesita!
¡Me he divertío!
¡Por la misma culata me salió er tiro!

Alifonso.

¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre?
¿Cosas der vino?

Mariano.

¡Cosas de las mujeres!

Alifonso.

¡Casi es lo mismo!

Mariano.

Aderfa ha visto ar loco
—¡miste qué sino!—
ha empesao con temblores
y escalofríos,
a rechiná los dientes
y a pega brincos,
¡y está con un ataque
de lo más fino!
¡Tenemos pa dos horas
muecas y gritos!
Yo, por no contagiarme,
no quiero oírlos.

Alifonso.

¿Está ayí mi costiya?

Mariano.

¿No ha de está? ¡Digo!
¡Desde er primé visaje
y er primer hipo!
¡Grasias a Dios y a eya
yo me he venío!
Y ahora entraba Florita
pa darle ausilio.
Ayí hablan de vinagre,
de sinapismos,
de aseite… ¡No soy hombre
pa esos aliños!

Alifonso.

Pos ¿quié usté que le diga
lo que yo opino?

Mariano.

¿Que yo tengo la curpa
der laberinto?

Alifonso.

¡Claro está!

Mariano.

¡Sí está claro!

Alifonso.

¡Ni ar diablo mismo
se le ocurre la audasia

que usté ha tenío!
¿No hay sitio ande yevarla
más que este sitio?
¿Quié usté darle a la otra
mayó martirio?

Mariano.

Hombre, no; ni tan malo,
ni tan poyino;
cuando yo vengo,
vengo ya de arvertío.
Cansionera a Seviya
se fué er domingo,
pa que ayí los abuelos
cuiden ar niño,
porque dise er pae cura
que en er cortijo
hay no sé si dos casos de garrotiyo
—las crías der porquero
o er yegüeriso—,
y eya así aleja ar suyo
de ese peligro.
Y a ésta, que está soñando
con er capricho
de que yo aquí le jure
to mi cariño,
y en la *Venta der Sabio*
sena conmigo,
le dije: —Vaya, prenda,
toma er camino,

que esta noche vi a darte
gusto cumplío.
Pero libre de cacho,
mi buen amigo:
yo, al abrirme de capa
conozco ar bicho.

Alifonso.

¿Sí, verdá? ¡Pos ahora
salió cogío!
¡No tuvo usté la vista
de un Lagartijo!
¿Quién le dió esos informes?

Mariano.

Pepe er Meyiso,
que antié le habló en er Huerto
de Capuchinos.

Alifonso.

Pos dígale usté a Pepe
que ande más listo,
y que si ha de da informes
los dé más fijos.
Soledá fue a Seviya;
pero ya vino.

Mariano.

¿Que vino? ¿Cuándo?

Alifonso.

Anoche.

Y ahora mismito
estaba aquí en persona.

Mariano.

¿Qué?

Alifonso.

Aquí conmigo,
oyendo del hermano
los desvaríos.
¿Quié usté verla? Ayí sale
de entre los pinos,
con er triste semblante
palidesío.

Mariano. *Mirando hacia donde señala Alifonso.*

¡Y es verdá! ¡Cansionera!
¡Se acabó er vino!
¡La suerte, que me sigue
por donde piso!
¡Qué bien le sienta er luto!
¡Qué señorío!
¿Y yo dejé a esa reina
por este pingo?
Le brindo a usté este toro,
Sabio: ¡esos sinco!

Le estrecha la mano.

Váyase usté a la venta
más que tranquilo.
Si la prójima luego
cobra er sentío,

dígale, pa carmarla,
que yo me he ido
por un médico ar pueblo,
despavorío.
Mientras, hablo con ésta:
poco y bonito
Le aclaro el entresejo;
le apago er brío.
Luego vuervo a la venta
y a ésa le digo:
—Niña, basta de nervios;
vente ar cortijo.
Y ahí pasará la noche
con cuatro amigos
que están de fiesta y baile
con Pepe Pinto.

Alifonso.

Pero ¿usté no repara…?

Mariano.

¡Lo dicho, dicho!
¡Ya ajustaremos cuentas!
¡Ca uno a su avío!

Alifonso.

¡Er demonio anda suerto!
¡Que Dios bendito
lo detenga, y acaben
sus malefisios!

Se marcha hacia la venta con calma. Mariano se oculta bajo el arco de zarzamoras y rosales y aguarda a Cancionera.

¡Como no la convensa
de que nasimos
pa querernos por siempre,
no vargo un pito!

La tarde, que muere, tiñe suavemente el horizonte de rojo y de fuego. Cancionera va a entrar por el arco para encaminarse a la ermita, y la detiene de súbito, estremeciéndola, la inesperada presencia de Mariano.

Cancionera.

¿Eh? ¡Quién!

Mariano.

¡Yo, paloma mía!

Cancionera.

¡Mariano! ¿Es posible?

Mariano.

¡Ven!

Cancionera.

¿Qué es esto, Virgen María?
¿Estoy yo loca también?

Mariano.

¡Óyeme!

Cancionera.

¡Mardita sea
tu lengua, farsa, engañosa!
¡Vete donde no te vea,
que tu sombra es venenosa!

¿No te basta la traisión,
ni to er daño que has causao?
¿Cómo tienes corazón
pa buscá sitio a mi lao?
¡Vete! ¡No te quiero vé!
¡Vete! ¡No quiero mirarte!
¡Vete, que no quiero sé
la que tenga que matarte!

Mariano.

¡Ni merese tanta suerte
esta maliya persona!
¡Si tu mano me da muerte,
será que Dios me perdona!

Cancionera

¿Qué dises de perdoná?
¡Dios es grande y justisiero,
y siempre le hase pagá
la traisión ar traisionero!
¡Y tú, que hoy libre caminas,
has de yorá de mis yantos,
de sangrá de mis espinas,
de morí de mis quebrantos!

Mariano.

¡Pos de tus quebrantos muera
como antes de tus amores!
¡Siendo tuyos, Cansionera,
a mí me paresen flores!
¡Tú tienes er gran podé

de cambia lo malo en bueno!

Cancionera.

No lo sé; pero sí sé
que fló que yeva veneno,
sólo es peligro una vé.
Tú me engañaste con eya,
y no has de engañarme ahora;
porque aquéya… no es aquéya;
¡es ya una madre que yora!
Yo, que en otro tiempo fuí
de barro cuando te vía,
hoy me siento frente a ti
como una peña bravía.
Y contra la mala idea
de que esta vez no me engañas,
gritará que no te crea
el hijo de mis entrañas.
Lo dejaste en su cunita;
huiste de mis pesares;
¡dió yerba la vereíta!…
¡Esta mancha no se quita
con el agua de los mares!
Lavarla quiso mi hermano,
y por eso enloquesió;
porque no estaba en su mano
lo que la tuya robó.
¡Y acabo de verlo loco,
y en este mismo momento
yegas tú!… ¡La muerte es poco

pa ti, porque no es tormento!
¡Si él a su rasón vorviera
y pudiera verte aquí,
otra vez enloquesiera
temiendo otra vez por mí!

Mariano.

¡Sigue, que quiero que sigas!
¡Con cuánto gusto padesco!
¡Por mucho que tú me digas,
más me he dicho y más meresco!
Y te quiero convensé
de que vengo arrepentío,
y de que a solas yoré
mirando lo que he perdió
por una mala mujé.

Cancionera.

¿Y ha tenío que pasá
to un año, pa darte cuenta
de que me ibas a matá
con tu abandono y tu afrenta?
¡Tu sitio está en otro lao
desde er día en que me huiste!
¡Dios de mí te ha separao!
¡Vete conforme viniste!

Mariano.

¡Eso, nunca! Ten presente
que es Dios er que aquí me trae;
Dios, que oye ar que se arrepiente

y ar que de rodiyas cae.

Cancionera.

¡Y que castiga ar que miente!

Mariano.

Y a mí ya me castigó,
y ya sufrí su castigo…
¿Dónde hay castigo mayó
que no tenerte conmigo?
Pero ahora quiere sarvarme,
y trocá la noche en día,
y de su mano dejarme
pa siempre en tu compañía.
Y si tú, por lo que fué,
no me atiendes y me voy,
de tu yanto no seré
ya er culpable desde hoy.

Cancionera. *Resistiéndose.*

¡Si no te puedo creé!
¡Si te escucho y me sublevo;
si ya, ni en cruz que te vea…!
¡Muérete; nase de nuevo,
y pué que entonses te crea!

Mariano.

Pero, ven acá, criatura,
que te embeyese lo triste;
¿a qué nasé de otra hechura,
si así es como me quisiste?
Y sien veses que nasiera,

sien veses te buscaría;
y sien veses a tu vera,
sien veses que te diría:
¡perdóname, Cansionera!
¿O es que me quieres pagá
con rencores el engaño?
¡Ayúdame a remediá
toa esta angustia; to este daño!
¿Tu hermano no perseguía
que contigo me juntara?
¡Dises que enloquecería
de nuevo!… ¡Quisá cobrara
la rasón con la alegría!

Cancionera.

¡Caya!

Mariano.

¿Por qué he de cayarme,
si tu dicha estoy buscando?
Si te niegas a escucharme,
contra ti vas trabajando.

Cancionera.

¡Caya!

Mariano.

¡Recuerda, chiquiya,
el hijo que nos dió er sielo!

Cancionera.

¡Caya!

Mariano.

¡Lo he visto en Seviya,
en los brasos del abuelo!

Cancionera. *Con acento y expresión inefables.*

¿Sí?

Mariano.

¡Sí! ¡Paese que revives!…
¡Ér me empujó!… ¿Qué más pruebas?…
Y es inútil que me esquives:
donde lo yeves, me yevas.
Su boca y sus ojos son
los der papá mardesío.

Cancionera.

¡Yo haré que su corasón,
se paresca más ar mío!

Mariano.

Y yo me voy a alegrá:
¡esa bala no me hiere!
¡Así er niño me querrá
como la madre me quiere!
¿Verdá, gloria?

Cancionera.

¡Fué verdá!
¡Tu sombra es sombra hechisera;
tu boca, fló der baladre!

Mariano.

¡Orvídate, Cansionera!…

¡Y yo le diré a mi madre
que eres la Virgen de Utrera!
No escondas más tu tesoro
y vuerve a darme esas rosas…
¡Manos que bordaban oro
de mantos de Dolorosas!

Cancionera.

¡Ay de mí!

Mariano.

¡Ya ese lamento
me está disiendo que sí!…
¡Que no se lo yeve er viento,
que yo lo quiero pa mí!

Receloso.

Y apartémonos ahora;
que al arrimo de la venta
hay gente murmuraora
que lo que no ve, lo inventa.
Cuando duerman caseríos
y pastores y venteros,
y se cayen los ladríos
de los perros cortijeros,
y se apaguen los rumores
de los sielos y la tierra,
y no miren… ¡ni las flores,
porque la noche las sierra!…
aquí te vendré a jurá…

Cancionera.

¡Lo mismo que tantas veses!…
¡Que Dios no te yegue a dá
er castigo que mereses,
si me vienes a burlá!

Mariano.

¡Desecha esa mala idea!
¡Er veneno se acabó!
¡Na te daré que no sea
mier de abeja y pan de fló!…

Cancionera. *Como embelesada.*

Pero ¿es que pueden vorvé
las aguas que ya pasaron;
luz de aquel amanesé;
palomas que se espantaron?…
¿Es que cabe la alegría
donde la noche cayó?
¡Virgen! ¿Es que todavía
puedo sé dichosa yo?
¿Aún dará flores er huerto?…

Mariano.

¡A miyares!

Cancionera.

¡Tú lo dises!…
¿No era verdá? ¿no era sierto
que yo arranqué las raises?
Toma mis manos… las rosas…
las rosas que me pedías…
Tendrás muchas más hermosas,

pero no serán las mías.

Mariano.

¡Ni las quiero aunque las haya!

Cancionera.

¡Ay de mí!… Ya no te huyo…
¿Vuerve er barquito a la playa?…
Este suspiro no es tuyo:
¡déjalo que ar sielo vaya!

Mariano.

¡Vaya ar sielo por los dos,
que por los dos hablará!
¿Vendrás luego?…

Cancionera.

¡Sabe Dios!…

Mariano.

Yo te aguardo.

Cancionera.

¡Dios dirá!…

Se separan, mirándose. Cae el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Alifonso toca su guitarra allá dentro. Las notas evocan, por atar, la predicción de la Gitana. A sus melancólicos sones sucede mi silencio brevísimo, y el telón vuelve a alzarse. Aparece entontes el mismo lugar, de noche. La luna cae sobre la cruz, a cuyo pie, como recostado o dormido en apariencia, hay un hombre muerto: es Mariano.

Daniel vaga cauteloso por la escena, rastreando en la oscuridad. Luego exclama, con aire sereno y cruel, con voz apagada y sombría:

Daniel.

La tierra está sola,
pero er sielo, no…
¡Na más la luna desde er sielo ha visto
que lo maté yo!
Ni sangre en su cueyo,
ni sangre en mis manos…
¡Yo me escapé de aqueya estreya mía
y vine a matarlo!
¡Éste es aquer loco
que sembraba males!
Y una voz dijo: «¡Búscalo en la sombra;
mátalo sin sangre!»
¡Ya pa siempre caya!

¡Como la tierra comerá su boca,
nunca más engaña!
Ojos de los hombres
no me han miran esta justisia hasiendo.
¡Me valió la noche!
Mis pasos no suenan…
¡En la estreyita de donde he salío
me aguardará eya!

Aléjase por el fondo, hacia la derecha, con paso receloso e incierto.

Poco después sale Cancionera. Trae mantón negro. Algo llama su atención al salir, y sube hacia el fondo. Desde allí dice:

Cancionera.

He visto una sombra
que iba como huyendo…
¡Será fantasma de la noche misma;
mentira der miedo!
¡O serán visiones
que de mi consiensia
huyen pa siempre, porque las asusta
el arba que yega!
¡Aquí estoy, cariño
del arma y la vía!
¡Cómo viniste tranquilo y seguro
de que yo vendría!
Pero ¿es que aguardándome
te ha rendío er sueño?
¡Despierta!… ¡Escucha!… ¿Cómo no me oyes?

Llegándose a él.

¡Despierta!… ¿Qué es esto?

Tocando trémula las manos y el rostro de su amante.

¡Jesús! ¡Dueño mío!
¿Así vengo a verte?

Abrazándose a él con espanto y dolor.

¡Mírame y habla!… ¿Ni hablas ni me miras?
¿Es esto la muerte?

Después de adquirir la convicción tremenda.

¡Muerto!… ¡Madre santa!
¿Quién me lo ha quitao?…

Llamando, angustiadísima, lejos de él.

¡Valerme!… ¡Nadie!… ¡Que quiso está solo
conmigo a su lao!

Volviendo a acariciarlo.

¿Quién cayó tu boca,
tus ojos segó?

Irguiéndose e interrogando con patético acento.

¿Crimen der mundo? ¿Mano vengativa?
¿Castigo de Dios?
¡Fuere lo que fuere, qué
me importa ya!
¡Dios te perdone como yo te quise!
¡Mírame yorá!

Con desvarío, en voz sorda, como confesándose a él.

¡Sangre de mis venas,
fuente de mi arma,
ni tus engaños ni tus felonías
de mí te arrancaban!

¡Fuí tuya en nasiendo!
¡Viví pa sé tuya!
¡La de mi cuerpo vendrá a sé la sombra
de tu sepurtura!

Estrechando al muerto más y más contra su corazón, y elevando luego a lo alto sus ajos, embellecidos por las lágrimas y la noche.

¡Ya me mira er sielo:
ya me escucha Dios!
¡Que se me muera el hijo de tu sangre,
si te orvío yo!

Queda como en éxtasis un momento.

FIN DEL POEMA

El Escorial y Santander, octubre, 1924.

REVOLOTEO

MONÓLOGO

CON MÚSICA DE MANUEL FONT DE ANTA

Estrenado en el **TEATRO ESLAVA** el 13 de noviembre de 1924

A MARÍA LUISA MONERÓ,
tan excelente y simpática actriz
como graciosa cancionista, sus
buenos amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REVOLOTEO

Gabinete elegante en casa de Constancia, en Madrid.

Sale Constancia. Es una mujer bonita y simpática, pero muy voluble.

Constancia. ¡Dichosa condición la mía! Si yo me la pudiera arrancar de raíz… Pero ¡quiá! Es cosa nativa. Y sin arreglo… Soy voluble: nada, soy voluble. En torno a cuanto hay en el mundo me encanta mariposear, revolotear… Yo tengo una amiga a quien no le gustan más que los rubios… Y ¡cómo la envidio! La pretendió un rubio; fué su novia; estaba hechizada; riñó con él… y a los dos meses, ¡otro rubio! Éste era una mazorca. Se casaron… A él, de puro rubio, le dió algo así como la fiebre amarilla. Se murió el pobre, y mi amiga… mi amiga ¡anda ya detrás de otro rubio! Y con una agravante: que es muy calvo y está afeitado y no se ve que es rubio… ¡pero ella lo sabe, de cuando tenía pelo! Esto es admirable… Yo no, yo no. A los dos días de gustarme un rubio… ¡que no se me presente un moreno! Soy así; soy voluble, cambio de color como el mar, que nunca está quieto, ni está lo mismo… Todo esto viene a que… Bueno, ustedes me perdonarán, porque… porque… Es el caso… Como una… Precisamente… Vaya, haré un poco de historia. A mí me entusiasma el teatro. ¡Lo amo con locura! ¡Con locura! En esto únicamente soy firme, constante; ¡una roca! Pero… ¡aquí entra el baile! El baile de mi espíritu, no el fin de fiesta. ¿Qué género prefiero entre todos? ¿A cuál de ellos le consagro mi actividad, mi esfuerzo, mi vida? ¿Al drama, a la comedia, al sainete, a la canción, al baile…? Ya pareció el baile… ¿Por cuál me decido en fin de cuentas? Porque, claro, si vamos… Naturalmente, que… Y después de todo… Es lo que se dice… No, es lo que

pasa… Y, en último caso… A la postre… Pero, no; pero, sí… Bueno, vamos por partes. Cuando yo estaba en el colegio me seducía recitar versos tristes, ¡muy tristes! ¡Ay, qué tristes eran aquellos versos!

El sauce del ciprés ¡ay! se enamora,
y huye el ciprés de su amoroso anhelo,
y ¡ay! desde que anochece hasta la aurora,
el ciprés, con su punta, coge el cielo,
y el sauce, que es llorón, llora que llora.

¿Verdad que son muy tristes? Pues, sin embargo, yo con ellos conseguía éxitos delirantes… Y a ellos debo, sin duda el primer picotazo de los mosquitos de la escena… Luego, de *tobillera*, cuando ya pretendí ser actriz… —porque yo, desde los quince años, soñé con serlo— se opuso mi padre, se opuso mi madre, se opuso mi abuelo… se opuso mi hermano… y, naturalmente, ¡a todos les llevé la contraria! Si lo peor que hay Vamos, si los padres pensaran… Yo sé bien… Las mujeres… Los hombres… Mejor dicho… Por más que… Pero no perdamos el hilo… Iba a decir que de pollita me gustaba representar dramas con los aficionados… ¡Qué gestos! ¡Qué gritos! Acabábamos todos roncos… *Declamando.* «¡Canalla! ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Sí; canalla…! ¡Lo mataste tú!». Había un muerto en escena. Los demás también estábamos medio muertos… «¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Pero mientras yo aliente, ¿lo oyes?, mientras yo aliente… mientras me quede un hilo de voz… —y ya digo que estaba casi afónica— la emplearé en llamarte cien veces ¡miserable! ¡asesino!…». El jefe de la *claque*, que era primo mío, hacía crujir el teatro a bravos y a palmadas. Y yo me iba satisfechísima a mi cuarto a beberme una clara de huevo… ¡Claro está!… Después me pirré por la zarzuela; me pirré… ¡Qué género más… más… más…! Menos, menos… No doy con la frase… Más tentador, más lindo. Reinas, zagalas, princesas, zarinas, cantineras… ¡Ese sería mi repertorio!… Una pastora que se enamora de un pastor, que luego resulta que es hijo de un Rey… Una tierna doncella que despide a la orilla del mar a un marinerito muy pobre, del que está enamorada hasta el tuétano, y que se va a buscar fortuna…

Canta

¡Adiós, marinerito,
surca los mares!…
¡Dios te proteja y libre
de sus azares!

¡Si tu barquilla vuelve
por estos lares,
se calmarán las olas
de mis pesares!…

¡Adiós, marinero valiente!
¡Tú domas las aguas bravías!
¡Yo rezo a la virgen clemente!
¡Qué tristes las lágrimas mías!

Y aquí viene el enjugarse los ojos con un pañolito bordado, muy pequeñín, y con mucho tino pa no despintarse. Más adelante me tentó la comedia… ¡Oh, la comedia!… ¡Qué hermosura, que arte tan noble y tan señoril!… Palacios, salones lujosos, atavíos elegantes… Yo no digo *toaletas* si me matan, porque es una palabra que me suena muy mal… ¡*Toaletas, toaletas*! ¡Parece una fritura! ¡Me suena muy mal! Atavíos elegantes, discreteos, sentencias profundas entre sorbo y sorbo de té, sátira picante… *Declamando de nuevo.* «¡Oh, marquesa!… ¡Oh, conde!… no sea malicioso… ¡Siempre epigramático! Realmente, un marido es una moneda… Y el de Chichí es un duro… sevillano. De plata, pero que no debe circular… ¡Por Dios, Jaime, no me mire usted con esos ojos, que nos observan!… ¿Cuántos terrones…?». ¡Oh, esto es encantador, y yo hubiera sido feliz representando comedias!… Pero un día… Nada, mi condición. ¡Pícara condición! ¡Les digo a ustedes!… Bien, bien; al grano. Un día me comprometieron, en una fiesta caritativa, a representar en cierto sainete un papelito castizo, chulesco, zaragatero y tal, y canté aquello que ya ustedes habrán oído seguramente por la radiotelefonía:

Canta

Pinturero,
chulapito *postinero,*
no me puedes convencer.
No te quiero,
chulapito, no te quiero,
porque yo no he de querer
a un hombre tan farolero.
Pinturera,
chulapita *postinera,*
Dios del cielo me crió.
Quien me quiera
no ha de pintar tan siquiera
la mitá que pinto yo,
que nací chamberilera.
¡Pinturero!
¡Pinturera!
¡Postinero!
¡Postinera!

Me aplaudió la gente… y, ¡ay…! Hay aplausos que son cantos de sirenitas en la mar… Se me metió con más fuerza que nada en la cabecita que yo había nacido para cantar canciones, y que debía cantarlas… Porque no me digan ustedes que existe cosa como ésta… ¡La canción lleva en sí un atractivo, una gracia, un donaire, una luz!… ¿Ven ustedes como esta… esta volubilidad mía va a matarme? ¿Lo ven ustedes? ¿Conocen ustedes un cerebro de canario igual? ¿Qué hago? ¿Por qué me resuelvo?… me pregunto cien veces; y mi cabeza es torbellino, y mi corazón salta y vuela, va y viene… ¡Más parece una mariposa que un corazón!

Canta.

Ya está en las hojas,

ya está en las flores,
ya está en el suelo,
ya está en la torre.

Vuela, vuela, vuela, vuela,
gira, torna, sube, baja…
¡Todas las flores le gustan!
¡Todas las flores le cansan!

Ya está, en el llano,
ya está en la cumbre,
ya está en la tierra,
ya está en las nubes.

¡Ay, rosa del aire,
tenme compasión!
¡Quieta, mariposa!
¡Quieto, corazón!

Pero, no, no se estará quieto… ¡Lo conozco bien!

Al público:

Público amable y señor,
tu aplauso será consejo
de una persona mayor.
¡No frunzas el entrecejo
y dámelo, por favor!

FIN

Madrid, octubre, 1924.

PEPITA Y DON JUAN

LOA

Estrenada en el **TEATRO ESPAÑOL** el 13 de marzo de 1925, en función organizada para contribuir con sus productos a la erección del monumento a **DON JUAN VALERA**, en Madrid

A CARMEN VALERA,
en memoria de su padre,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pepita Jiménez.	Margarita Xirgu.
Antoñona.	Ana de Siria.
Señá Frasquita.	Rosa Luisa Goróstegui.
Marianela.	Carmen Arrarte.
Marta.	Pilar Muñoz.
María.	Milagro Aliacar.
Sotileza.	Amelia Muñoz.
Fortunata.	Julia Pachelo.
La Gitanilla.	Carmen Carbonell.

PEPITA Y DON JUAN

Jardín en casa de Pepita, Jiménez, embellecido por la luz de una tarde de mayo. A la derecha del actor, sobre un pedestal adornado con flores, un busto de Don Juan Valera.

Sale por la derecha Pepita: el jardín resplandece aún más a su presencia. La sigue Antoñona, su vieja y fiel criada.

ANTOÑONA. Pero, niña, ¿quieres sentarte? Vas a caer en cama con este trajín. Llevas un día de no sosegar un segundo.

PEPITA. Descuida, Antoñona; no me sucede nada malo. Lejos de cansarme este trajín, como tú le llamas, me sirve de deleite. ¿En qué cosa mejor podría emplear mis horas? Hoy veo logrado al fin el sueño que sabes que ha tiempo acariciaba, y me linsojeo de poder ofrecerle en mi casa al mundo entero estos *Jardines de Don Juan*. ¡Día para mí de fiesta y de gala, Antoñona! ¡*Jardines de Don Juan*! ¡Jardines de mi padre!… ¡Con las más lindas flores de mi tierra andaluza había yo de corresponder a la gloria que él me conquistó! Estos jardines se verán constantemente lozanos y frescos, floridos y alegres, evocando así la nunca marchita juventud de aquel ingenio privilegiado. La primavera, deseosa de ir delante de todos para rendirle su homenaje, ya embalsama el aire con olores de azahar, de rosas y de claveles; el estío traerá su albahaca, sus geranios y sus blancos jazmines, estrellas fragantes que derrama el sol sobre la tierra; el otoño vestirá de oro de infinitos matices estos árboles, con envidia del oro que ya asomará en el sabroso fruto de los verdes naranjos; el invierno frío esconderá en cien

rincones ocultos sus modestas violetas, que dondequiera descubriremos nosotras por su delicado perfume…

ANTOÑONA. Y entre todas las flores que nazcan aquí siempre, niña mía, tú serás la de más alto valor y la más preciosa. Junto a tu boca, ¿qué valdrán geranios ni claveles? Junto a tus manos, negros parecerán nardos y jazmines. Junto a tu talle, ¿qué palmera habrá aquí que pueda ponerse?

PEPITA. Calla, Antoñona, calla; no desvaríes, llevada del cariño que me profesas.

ANTOÑONA. ¿Desvaríos llamas a mis alabanzas? ¿Pero que por ventura estoy sola en esos desvaríos? Pues Don Pedro de Vargas, con toda su fama y su vida de Don Juan Tenorio bien que tiró su capa a tus pies para que pisases el terciopelo de sus vueltas; y su hijo Don Luis, que iba para cura, no te tiró sino los manteos, loco de amor por tus ojos gachones… Conque no digas que desvaría Antoñona, porque sabe apreciar la sal y la gracia del mundo que Dios te ha dado.

PEPITA. ¿Quién llega?

ANTOÑONA. ¡Qué sé yo! ¡No es posible llevar la cuenta de todos los que acuden a festejarte! ¡Buena la has hecho con los dichosos *Jardines de Don Juan*! ¡Todo el mundo se cree con méritos y autoridad para entrar en ellos sin papeleta! ¡Dios nos libre de que venga otra tanda como la que ya vino! ¡Qué pelajes! ¡Gentes de todas las tierras desconocidas pienso yo que eran, porque en mis años nunca vi semejantes prójimos! ¡Y todos han de contar su cuento!

PEPITA. Es natural que lo cuenten, mujer. El cuento de cada uno viene a ser la papeleta que tú echas de menos para entrar aquí. Ese cuento es el título en nombre del cual me honran y agasajan todos en este día solemne.

ANTOÑONA. Pues prepárate a recibir a esta guapa moza que ya se acerca, y a oír el cuento que quiera contarte.

PEPITA. Hermosa es, en verdad. Risueño es su rostro, como la mañana de hoy.

Aparece por la izquierda la Señá Frasquita, o sea la Molinera de «El sombrero de tres picos». Trae un canastillo con flores.

SEÑÁ FRASQUITA. A la paz de Dios.

PEPITA. Dios te guarde, buena mujer.

SEÑÁ FRASQUITA. ¿Eres tú Pepita Jiménez?

PEPITA. Para servirte.

SEÑÁ FRASQUITA. Muchas gracias por la cortesía; pero a servir quien está soy yo, máxime a señora tan principal y tan nombrada.

PEPITA. ¿Quién te ha hablado de mí?

SEÑÁ FRASQUITA. Las mil lenguas de la fama, señora.

PEPITA. ¿De dónde eres?

SEÑÁ FRASQUITA. De tierras de Navarra.

ANTOÑONA. Y ¿viene de allá? ¡Pues buen viaje trae! A mí me va por el pensamiento que de Navarra a Andalucía hay muchas leguas de camino.

SEÑÁ FRASQUITA. Sí las hay, sí; y las habría andado para llegar a estos jardines si hubiera sido menester. Pero ahora vengo de más cerca, porque desde que me casé vivo también en campos andaluces.

PEPITA. ¿Luego eres casada? Tu marido será, por cierto, tan real mozo como tú.

SEÑÁ FRASQUITA. No, señora; que es más feo que Picio. Antoñona. ¡Ánimas benditas! ¡La suerte de los feos!… Pepita. No lo será tanto como ella dice.

SEÑÁ FRASQUITA. Le da un susto al miedo. Y es también jorobado, de añadidura.

PEPITA. Entonces le quisiste por lástima.

SEÑÁ FRASQUITA. ¡Eso, nunca! Por su bondad y su natural despejo y su donaire le quise. ¡Vale muchos dineros mi Lucas!

PEPITA. ¿Tu Lucas? Pues por tal nombre y por las señas de su persona que das, mucho me engaño si no eres tú la Molinera.

SEÑÁ FRASQUITA. ¡La Molinera soy! ¿Me conoces?

Pepita. ¿No he de conocerte, si tu historia y la mía corren juntas? A la vez que se supo que Pepita Jiménez se había prendado de Don Luis de Vargas, el seminarista, anduvo en lenguas el ridículo enamoramiento del Corregidor de *El sombrero de tres picos*.

Señá Frasquita. Pues otras amigas que nacieron como tú y como yo por aquel entonces, vienen también de camino hacia acá a regalarte. Yo te traigo estas flores extrañas. Ya sabes que mi marido es muy habilidoso y hace prodigios. Ahora mismo ha logrado que un loro, contemplando un reloj de sol, dé la hora a gritos puntualmente, según el sol la marca. Es digno de oírse.

Antoñona. ¡Jesús! ¡Ruede la bola!

Señá Frasquita. Si lo quiere ver, señora Antoñona, vaya a mi molino, y de paso la convidaré con unos racimos de aquellas ricas uvas. Pero, con todo, la habilidad mejor de mi Lucas la tiene como floricultor. De los ejemplares más curiosos que ha conseguido, te traigo una muestra. Míralos.

Pepita. Dios te pague el valioso presente. Vuelca el canastillo al pie del busto de mi padre y reúnanse tus caprichosas flores a todas las demás que ya he recibido.

La señá Frasquita obedece y queda junto al busto.

Antoñona. *Viendo venir a Marianela.* ¡Ave María! ¡Mira qué andrajosa se cuela ahora! ¡Vamos a tener que cerrar!

Pepita. Sería doble trabajo el tuyo, Antoñona, porque tendrías que abrir a todo el que llegase.

Antoñona. Pues, por Dios, niña, no te arrimes a esta chiquilla, que va a llenarte de miseria.

Marianela. *Que ha avanzado humildemente hacia Pepita con unas florecillas silvestres en la mano.* Descuide, señora, que no la rozaré. Me iré bien pronto. Pepita Jiménez, hija de un rey de reyes, señor de los señores, gala de tu tierra y del mundo, yo soy Marianela. *Se hinca de rodillas.*

Pepita. ¡Marianela! ¡El cielo te bendiga! ¡Levántate, muchacha!

Antoñona. ¡No la toques!

Pepita. ¿Te quieres callar, Antoñona? Levántate, criatura.

Marianela. *Levantándose.* Gracias, señorita.

Pepita. *Contemplándola.* ¡Marianela!…

Marianela. La huérfana de las minas de Socartes; la vagabunda, la infeliz; el lazarillo de Pablo el ciego. Yo estoy enamorada de mi señorito, y él de mí, porque no puede verme. Si llegasen a ver sus ojos, como dicen, yo me moriría de dolor. Yo le cuento a él todas las maravillas de la tierra y del cielo y de los campos y del mar, y él me habla de las historias que le lee su padre. La otra noche me dijo: «Mariquilla: vas a llegarte a los *Jardines de Don Juan*, y vas a llevarle a Pepita Jiménez unas florecillas de los prados de Aldealcorba de Suso y de los bosques de Saldeoro». Y aquí las tienes.

Pepita. Ponlas tú misma por tu mano con esas otras. Alguna cogeré yo luego y se la ofreceré a mi Niño Jesús.

Marianela deja también sus flores al pie del busto de Don Juan, como en adelante las demás figuras que irán saliendo, todas las cuales quedarán así mismo junto a él.

Antoñona. ¡Virgen! ¡Ahora una monja y una *señoritinga* ! ¡Esto es el Arca de Noé!

En el fondo han aparecido Marta y María, las célebres heroínas de la novela de Palacio Valdés así Mulada. María viene de monja, Marta, con un trajecillo modesto.

María.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,

ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y basaré los fuertes y fronteras…

MARTA. María, ¡por los clavos de Cristo, vuelve en ti! Deja un instante ahora a tu Amado del cielo, que venimos a honrar a un príncipe de los ingenios de la tierra. No confundas ni mezcles las cosas.

PEPITA. ¿Quiénes sois, que creo recordaros? ¿Es la primera vez que os veo?

MARÍA. Somos Marta y María.

PEPITA. ¡Ah! ¡Ya decía yo! Bien venidas seáis. Os esperaba.

MARÍA. Pues yo he de confesarte que he sentido escrúpulos de venir. Si no es por acompañar a Martita…

PEPITA. ¿Qué escrúpulos han sido los tuyos?

MARÍA. Ningunos que puedan empañar en el pensamiento de nadie la gloria que hoy disfrutas.

MARTA. Escrúpulos de monja son los de mi hermana.

MARÍA. Llámalos como gustes; pero Pepita, con sus hechizos de mujer, apartó de la senda de luz que yo sigo a un hombre a quien el Señor conducía por ella.

PEPITA. El propio Niño Jesús me ayudó a desviarle. Yo se lo pedí con fervor aquella inolvidable noche de San Juan… Y no debía de hacerle mucha falta mi Don Luis, cuando fácilmente me le cedió… haciendo que todo nos empujase a ambos en la caída. La mutua atracción que nos acercaba; la luna, que entraba por mi ventana encantando el lugar con su luz; el olor de las flores que llenaba el ambiente; el rumor de la fuente del jardincillo… y hasta el eco de las picantes coplas de mis criados, que nos arrullaban desde lejos… Todo, como te digo, parecía conjurarse para que Don Luis y yo fuésemos débiles y pecadores… Y ahora somos dichosos. Y Dios nos ha premiado con un hijo. Tú, en cambio, María, dejaste al enamorado marqués de Peñalta sollozando delante de un retrato tuyo.

MARTA. *Suspirando con íntimo gozo.* ¡Ay!

ANTOÑONA. ¡A su merced le gusta el marqués, como si lo viera!

MARTA. ¡Sí; pero el marqués, embaucado por esta santita, no se ha dado cuenta hasta ahora!

PEPITA. Ya se la dará, si está de Dios, y serás tan feliz a su lado como yo lo soy al de mi fracasado curita.

MARTA. Pues ¡ojalá no tarde mucho! Porque esto de querer y callar ¡hace sufrir tanto!…

MARÍA. Lo que sea será por la voluntad del que todo lo rige y gobierna; de Aquél para quien yo vivo y por quien muero…

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Pepita, perdona lo que te dije de mis escrúpulos. Quizá no he debido sentirlos. Acepta ahora estas azucenas que te traigo del jardín de las monjas Bernardas de Nieva: se las ofrezco en ti a tu padre y señor; al que supo penetrar en los más sutiles y oscuros arcanos del amor divino, y convertir a lo humano sus mieles, y extraer de ellos savia para alimentar las flores de un tan noble amor terrenal.

MARTA. Estas que yo te ofrezco son de la huerta de mi padre. Hay, como verás, de todo lo que da la tierra. Las corté yo misma, con la intención de traértelas de todos colores. Te iba a traer también unos dulces hechos por mis manos. Yo soy muy casera y muy aficionada a cocinar. Pero hoy cuadran aquí más bien flores que dulces, y además hubiera sido atrevimiento brindárselos a quien hace los mejores pestiños, alfajores y piñonates conocidos.

Inopinadamente ha salido por la izquierda del jardín Sotileza, con unas florecillas también, la cual, atreviéndose a hablar, animada por la familiaridad de Martita, dice:

SOTILEZA. Avergonzada me siento yo de traer esta pobreza…

ANTOÑONA. ¡Bueno va!

SOTILEZA. Pero quien da lo que tiene… Cuando me enteré de la fiesta, no pude contener el mi deseo de venir con mis flores. Lo consulté con el pae Polinar y me dijo que bien hacía. Y desde la tierruca vengo. Me llaman Sotileza.

PEPITA. Ya, ya. Sólo tú podrías venir de tan lejos, limpia y pulida como si salieras del tocador.

SOTILEZA. Es que yo de mi natural soy así, señora.

PEPITA. Bien lo dice el tío Mechelín: que ni pisas ni manchas; que vas y vienes como la pluma mesma por los aires…

SOTILEZA. No quita el ser pobretuca para ser limpia como una plata.

PEPITA. Eso pregona tu señorío.

SOTILEZA. Soy callealtera.

PEPITA. Callealtera eres, y en todo punto acreditas tu finura nativa. Yo vivo en casa principal, tú, en una bodega de pescadores; pero con el mismo amor dora el sol mis estrados que alumbra el atalaje de tu cuartuco. Y a su luz, lo mismo parecen.

SOTILEZA. Allí vivo sin pesadumbres ni envidia de nada; limpia de conciencia también y sin ambición de cosa alguna que no sea de mi parigual. Si algo valen las flores que ahora te muestro, es porque vienen con aire de no ser sino lo que son; nacieron vecinas de las duras peñas, donde se estrella el mar bravío, azote de los pescadores. Tómalas.

Pepita las toma y las pone con las demás.

Entretanto llega Fortunata con unos geranios.

FORTUNATA. ¡Pues los Madriles no han de faltar tampoco en esta verbena de tanto rumbo!

ANTOÑONA. ¡Anda! ¡Una chula!

FORTUNATA. Una chula, sí. ¿Qué hay con eso? Fortunata, una chula. ¿Qué ocurre?

PEPITA. ¡Fortunata!

FORTUNATA. Fortunata, sí; la Pitusa. ¿Qué hay?

PEPITA. Que bien vengas, mujer. Eres la simpatía en persona.

FORTUNATA. Soy lo que soy, y no sé si caigo bien o caigo mal; pero vengo porque me lo dita el corazón. *A Antoñona.* No gruña usté, señora mía, que tos somos hijos de Dios, y ca uno habla como puede. ¡Pa chasco!

ANTOÑONA. ¡Pa chasco!

FORTUNATA. ¡Pa chasco, sí!, o ¡miá ésta!, si le paece más fino. Ten ahí tú, Pepita Jiménez, este recuerdo de las verbenas de los Madriles de mi alma. Bien comprendo que tú vas por un camino y yo por otro; pero en una cosa así, me da a mí el corazón que siempre habernos de encontrarnos. Tú eres señorío y yo soy pueblo. ¡Pueblo! No tengo compostura. Ni ganas. Ni entiendo de *tiologías* tampoco. Ni falta que me hace. Pero sé que mi historia anda ya escrita y que en la primera hoja de ella se nombra pa honrarlo al talento que te trajo al mundo. Y por eso, y porque yo no pienso las cosas, sino que me llevo de mi sentir, está aquí Fortunata.

PEPITA. Y yo te veo con la misma alegría que a todas las he visto.

FORTUNATA. Jacinta no ha venido conmigo porque no tié tiempo más que pa buscar por el mundo un chiquillo que Dios no le da. ¡Ya se contentará con el que yo la deje! Ésta es mi idea, ¡mi idea!

Como por arte de magia surge de improviso, despertando la admiración y el júbilo de todos, Preciosa, la Gitanilla de Cervantes, que se dirige a Pepita con estos versos:

GITANILLA.

Hermosita, hermosita,
la de las manos de plata,
más te quiere tu mando

que el Rey de las Alpujarras.

PEPITA. ¡Oh! ¡La Gitanilla!

FORTUNATA. ¡Preciosa!

SOTILEZA. ¡La hija de Cervantes!

MARTA. ¡La Gitanilla!

GITANILLA. Todas me habéis reconocido, ¿verdad?

PEPITA. Y ¿quién no, Preciosa? Con tu visita vienes a honrarnos singularmente.

GITANILLA. Yo vengo, como todas hoy, a mostrarte veneración y rendimiento a ti, Pepita Jiménez, sino que vengo de distintas regiones que las más de nuestras hermanas. De toda España bajan ahora mismo a besarte las manos diversas criaturas hijas del ingenio español; vienen unas desde las rías gallegas, los valles asturianos y las montañas de Vasconia; vienen otras desde las playas de Valencia y desde los pueblos levantinos y andaluces. La Corte de las Españas envía también lucida y gallarda procesión. Pero yo, como te digo, llego a ti desde más alto imperio. Por la majestad y alteza de tu casta, por tu hermosura y señorío, por tu gracia y pureza, por el hechizo de tu alma y de tu cuerpo juntamente, vengo a llevarte de la mano a donde yo resido: a la sombra del gigantesco árbol de la inmortalidad, bajo cuyas ramas augustas, de no mudables hojas, tenemos asiento las elegidas de los dioses. Mañana serán otras; hoy eres tú. Mi padre, que fué el primero que noveló en lengua castellana, me ha pedido que allí te lleve.

PEPITA. Confusa y anonadada me hallo con tanta lisonja, con tan inmerecido homenaje; y si estoy muy lejos de aceptarle por mí, es natural que no le rehuse, volviendo los ojos a Don Juan.

Se adelanta al público y añade:

Quiero ahora despojarme unos momentos de mi apariencia de Pepita Jiménez. Ahora no soy Pepita Jiménez, ni siquiera la actriz que ha encarnado su figura en este acto; no soy sino una mujer española que conoció y amó a Don Juan Valera, y a quien fascinó la lectura de sus preciados libros. Una mujer cautivada primeramente por el raro señorío del filósofo artista y por la compleja inmensidad de aquél, aristocrático espíritu, tan hondo y tan claro,

de curiosidad universal, tan sabio y tan maestro; una mujer seducida por el buen gusto, la elegancia y la limpidez que resplandecían en cuanto él tocaba; rendida a su gracia profunda y sutil, a su bondadosa ironía; agradecida a su elevado concepto del arte, merced al cual y a la constante disciplina de sí mismo, que hizo de él espejo de soberana serenidad, reservaba para sí el dolor de la vida y lo alejaba de las páginas de sus obras, o extraía de él para aromatizarlas consolador perfume… ¡Bendita sea aquella inexhausta fuente andaluza, por cuyos surtidores risueños salían las aguas frescas, rumorosas y limpias, cuyos cristales pudieron reflejar un día las imágenes tembladoras de amor de Dafnis y Cloe!…

Don Juan Valera amó la vida y se extasió en la contemplación de su misterio. Cantó el *Fuego divino* y meció su alma en la penetrante admiración de las maravillas de lo creado.

Su perfume derrama
la flor, el ave canta, el mar resuena:
cuanto aborrece y ama,
todo deleite y pena
está en el alma y los espacios llena.

.....

¿Dónde se posa y calma
el corazón, buscando su destino?
¿Dó está la paz del alma,
dónde el centro divino
que suspenda su curso peregrino?

Y cuando la vejez llamó a sus puertas, halló el mejor *Consuelo en la poesía*. Sean sus propias palabras, bellas y elocuentes, las últimas que en esta ocasión salgan de mis labios. Así cantó el egregio poeta:

Vanamente, ¡oh, vejez!, con peso grave
mis espaldas inclinas;
como en lecho de amor, grato y suave,

reposo en el de espinas.
No en esta soledad pierdas el brío,
ni al dolor te doblegues;
brilla sereno, entendimiento mío,
y todo bien no niegues.
Mi invencible bondad, mi honda ternura,
que fué tan mal pagada,
prueban la elevación y la hermosura
del alma enamorada.
Aunque la adusta edad sólo te deja
dolencias y fatigas,
alma, desecha la cobarde queja
no del vivir maldigas.
Si todo ser amado te desdeña
o te aborrece ahora,
con las creaciones inmortales sueña
que tu centro atesora.
¡Cuán fecundo venero todavía!
Basten a tu contento
los hijos que en tu fértil poesía
nazcan del pensamiento.
Vístelos en el seno de tu idea
de la forma que anhelen,
y cuando su beldad el mundo vea,
con gloria te consuelen.

Madrid, febrero, 1925.

LA BODA DE QUINITA FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO BARCELONA**, de la capital de Cataluña, el 8 de julio de 1925

A PEPITA DÍAZ DE ARTIGAS

nueva y suave luz de la escena española,

con devoción y simpatía,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Quinita Flores.	Josefina Díaz De Artigas.
Rosa Luisa.	Carmen M. Ortega.
Cristobalina.	Isabel Zurita.
Doña Trenza.	Concepción González.
Carmela.	Mercedes Prendes.
Eladia.	Carmen Prendes.
Una Zagalilla.	N. N.
Eugenio.	Santiago Artigas.
Manrique.	Manuel Díaz González.
Amalio.	Fernando F. De Córdova.
Fray Cristino.	Manuel Díaz De La Haza.
Don Cayo Lagartera.	Rafael Ragel.
Manuel.	Fulgencio Nogueras.
Portilla.	Juan Artigas.
Pepete.	Octavio Castellanos.
	Victoriano Alemán.

Tomé.

Don Norberto Gómez. **Aniceto Alemán.**

LA BODA DE QUINITA FLORES

ACTO PRIMERO

Estancia elegante en casa de Doña Trenza, viuda del general Zarco, en Madrid. Puerta a la izquierda del actor. A la derecha, en segundo término, prolongación de la estancia hacia el interior. Al foro, otra puerta, que deja ver un lindo oratorio, en cuyo altar resplandece la imagen de una Dolorosa. Ante él, hoy más adornado y brillante que nunca, se han de unir luego en matrimonio dos vidas, si Dios quiere.

Es por la mañana y en abril.

Cristobalina, soltera y mártir, que «se ha plantado» en los treinta años y «no cumple» uno más, sale por la puerta de la izquierda, encendidos de llorar ojos y mejillas, e hipando y sollozando que da compasión. La sigue Dona Trenza, la mayor de sus hermanas, de veinte años más que ella, envejecida y achacosa.

Cristobalina. ¡Ay! ¡ay!…

Doña Trenza. Pero, Cristobalina…

Cristobalina. ¡Ay! La Virgen Santísima me perdone, Trenza; no puedo remediarlo. ¡Ay! ¡ay! ¡Pobre niña mía!

Doña Trenza. Cualquiera que te oyese, hermana, creería que llevamos a Quinita al degolladero. Cálmate; no te pongas así, que estás

llamando la atención de las gentes.

Cristobalina. Por eso huyo de ellas; por eso me voy a meter en un rincón, Donde no me vea nadie; a desahogarme allí a mis anchas.

Doña Trenza. Pero, mujer, ¿qué razón hay para tales extremos? Estás un poco desquiciada.

Cristobalina. Es posible: serán mis vehemencias. El tiempo lo dirá. Tú crees que nuestra sobrina va a ser muy dichosa en su matrimonio, y yo creo que va a ser muy desgraciada. ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mío!

Doña Trenza. ¡Y dale! Sosiégate, que alguien viene hacia acá.

Cristobalina. ¡Qué tormento!

Por la misma puerta de la izquierda sale Eladia, Doncellita muy mona y que, con motivo del acontecimiento del día en la familia, no se cambia por nadie. No parece sino que es ella la que se va a casar.

Eladia. Señora.

Doña Trenza. ¿Qué hay?

Eladia. Un señorito, que quería pasarle a la señora su tarjeta, pero que no se la ha pasado porque dice que se ha dejado la cartera olvidada en su casa, desea saludar a la señora.

Doña Trenza. ¿No te ha dicho su nombre?

Eladia. El señor Portilla.

Doña Trenza. ¡Ah, sí: Portilla! Lo esperaba. Estos periodistas no pierden ocasión.

Eladia. ¿Es periodista? ¡Mire usted por dónde! Me alegro de haberle sonreído.

Doña Trenza. Viene por datos de la ceremonia; viene a ver el altar… Que pase.

Eladia. ¡Ay qué altar! ¡qué altar!

Doña Trenza. Para casarse, ¿no?

Eladia. Para casarse o para divorciarse, señora.

Doña Trenza. ¡Muchacha! ¿Para divorciarse?

Eladia. Divorciarse, ¿no es casarse dos veces?

Doña Trenza. ¡Qué desatino!

Eladia. Pues un primo mío, que está en el Juzgado de Chamberí, se quiere divorciar porque le gusta otra.

Doña Trenza. Dile que pase a ese señor y no ensartes más paparruchas.

Eladia. Dispense la señora. La alegría es muy atolondrada, y a mí me llega hoy la alegría de todos. *Se va.*

Doña Trenza. ¿Has oído, Cristobalina? ¡La alegría de todos!

Cristobalina. Sí, sí; ya sé que yo soy en esta ocasión el garbanzo negro de la olla. ¡Ay! ¡ay! ¿A qué viene el simple de Portilla?

Doña Trenza. ¿A qué quieres que venga, mujer? ¡A preparar una crónica para la revista de sociedad en que escribe! Y hay que agradecérselo.

Cristobalina. Pues no te encargo más que una cosa: que como tienes la manía de contarle a todo el mundo la edad de las personas…

Doña Trenza. Yo ¿qué le he de contar a Portilla…? ¿A santo de qué? Pero, en fin; por si acaso: ¿qué edad quieres que le diga que tienes tú?

Cristobalina. ¡La que tengo!

Doña Trenza. *Maliciosamente.* ¿La que tienes?

Cristobalina. La que tengo, sí: treinta años.

Doña Trenza. Has hecho bien en decirme la cifra. Tu hermana mayor soy, y ya no recordaba puntualmente… Cristobalina. ¡Ay! ¡ay!

Doña Trenza. ¡Por Dios, mujer! *Volviéndose con gran afabilidad hacia el anunciado Portilla, muchachuelo imberbe, que aparece en este momento, hecho un caramelo de los Alpes.* ¡Manolo!

Portilla. ¡Doña Trenza! ¡Cristobalina! A sus pies y a sus órdenes.

Cristobalina. Muchas gracias.

Portilla. Ya he saludado a sus otras hermanas…

Doña Trenza. Sí; ellas van llevando el peso de los honores. Cristobalina, por sensible, y yo, por agotada, más estamos para que nos atiendan que para atender.

Cristobalina. ¡Ay!

Portilla. Lo comprendo; bien que lo comprendo. Ciertas emociones… ¡Cómo está la casa de gente! ¡Lo mejor de Madrid!

Doña Trenza. ¡Son tantas nuestras relaciones!… Luego, las simpatías de los muchachos… ¿Usted se quedará al almuerzo?

Portilla. ¿Cómo no? ¡Ya he visto en el jardín unas mesas espléndidas! ¡Primaveral! ¡primaveral! ¿Quién lo sirve?

Doña Trenza. Lhardy. Vaya usted, si quiere, tomando notas…

Portilla. No, no acostumbro. Yo tengo mucha retentiva.

Doña Trenza. Mire usted el altar.

Portilla. ¡Ah! ¡Divino! ¡Esplendente! ¡Un ascua de oro! ¡Lindo es esto de casarse en la propia casa! ¡Envidiable! ¡Primaveral!

Doña Trenza. Ha sido deseo de mi sobrina. Éste es el oratorio que fué de su madre. La muerte del padre de Quinita coincidió con la de mi marido, y desde entonces vivimos juntas.

Cristobalina. ¡Ay!

Portilla. ¡Qué impresionada está Cristobalina!

Cristobalina. ¡Ay!

Doña Trenza. Mucho, mucho. Una boda es siempre una pregunta al porvenir. Para mí la de hoy tiene, a no dudar, una bella respuesta. Serán muy felices. Yo he soñado con este matrimonio.

Cristobalina no puede oír ya esto en calma, y se aleja por la derecha, conteniendo sus sollozos a duras penas.

Portilla. ¡Muy impresionada!

Doña Trenza. Usted calcule… Las dos queremos a Quinita como a una hija. En mí no es extraño: viuda y sin hijos propios… En ella lo es más: soltera… ¡tan joven todavía!…

Esta última frase la dice levantando la voz, por si la escucha la interesada.

Portilla. ¿De manera que el almuerzo dice usted que lo sirve Botín?

Doña Trenza. ¡No! ¡Lhardy!

PORTILLA. ¡Lhardy! ¿Cómo no? Es que luego ceno en casa de Botín con unos portugueses, y se me ha metido entre y ceja…

DOÑA TRENZA. Tome usted nota…

PORTILLA. No, no me hace falta. ¿Quién bendice la unión?

DOÑA TRENZA. El obispo de Madrid-Alcalá.

PORTILLA. Debí presumirlo: lo he visto ahí de uniforme…

DOÑA TRENZA. ¿Cómo de uniforme?

PORTILLA. ¡Qué cabeza! ¡Al lado del general Carranza, que viene de uniforme!

DOÑA TRENZA. Ése es cabalmente el padrino.

PORTILLA. Me lo había figurado.

DOÑA TRENZA. Y la madrina, mi hermana Genoveva, que también la sacó de pila.

PORTILLA. ¿A quién?

DOÑA TRENZA. ¡A Quinita!

PORTILLA. ¡Ah, sí! No estuve.

DOÑA TRENZA. ¡Claro!

PORTILLA. Todavía no actuaba… ¡Je! Y ¿quién es un muchacho que no se despega de Quinita, muy simpático él…?

DOÑA TRENZA. Con aire de familia, ¿verdad?

PORTILLA. Justo.

DOÑA TRENZA. Pues es Manrique, mi sobrino, el hermano de ella, que vive en París y ha venido a la boda.

PORTILLA. ¡Ya! El hermano que vive en París y ha venido a la boda… ¡Ya! Muy tierno, muy tierno. ¡Primaveral! ¿Adolfo ha dicho usted que se llama?

DOÑA TRENZA. Manrique.

PORTILLA. ¡Manrique! ¡Sí! Es que me acosté anoche leyendo a Bécquer y todavía confundo… ¡Bien, bien! Conque tenemos que el oratorio en que van a casarse era de su hermana de usted Genoveva.

Doña Trenza. No, no: el oratorio era de la madre de Quinita, de mi hermana Antonia, que en paz descanse. Genoveva será la madrina, ¿no le digo a usted? ¿Por qué no apunta?…

Portilla. ¡Jamás! ¡Me armaría luego un lío!

Doña Trenza. ¿Y así no?

Portilla. ¡No! ¡Tengo muchísima retentiva! Al ponerme después ante las cuartillas para escribir, veo todo lo oído como en un espejo.

Doña Trenza. Menos mal.

Portilla. No hay que decir que los novios estarán entusiasmadísimos.

Doña Trenza. ¡Entusiasmadísimos! Se da el caso raro de que ella no ha tenido otro novio ni él otra novia.

Portilla. Eso es bonito. Lo diré: no han sido novios nunca.

Doña Trenza. Quinita ha cumplido ahora los veinticinco años y él los treinta. Pues desde los diez de ella se hablan y se quieren.

Portilla. ¡Muy bonito! ¡Primaveral! Así da gusto.

Doña Trenza. ¿Vamos a pasar a ver los regalos?

Portilla. ¿Cómo no?

Doña Trenza. Son innumerables: verá usted. ¡Un museo! prepare usted el lápiz ahora.

Portilla. ¡Ca! Con mi retentiva…

Aparece por la derecha Don Cayo Lagartera, poeta de circunstancias desde su más tierna edad, y ya está bien maduro. Viene un tanto abstraído: algo trae entre pecho y espalda.

Dona Trenza. ¡Lagartera!

Portilla. ¡Don Cayo! ¿Usted por aquí?

Don Cayo. ¡Portillita! ¡Querido Portillita! Soy gran amigo de la casa.

Doña Trenza. ¡Digo! ¡Apenas pica el sol! ¡Sus primeros versos, siendo todavía una criatura, cuando él empezaba, los leyó en mi boda!…

Portilla. Igual que Zorrilla en el entierro de *Fígaro.*

Doña Trenza. ¡Igual precisamente, no!

Portilla. ¡Por la revelación lo decía!

Doña Trenza. Eso sí.

Pon Cayo. ¡Porque ya hay distancia de la elegía al epitalamio! ¡Los versos que he compuesto yo desde entonces! ¡Dios mío! ¿Se acuerda usted de aquéllos?

Doña Trenza. ¿Quién podrá olvidarlos. Lagartera? Esas impresiones duran lo que la vida.

«Blanca paloma sin hiel…

Don Cayo.

Escapada del nidal;
abandonas tu fanal
para ir a Luna de miel.»

Doña Trenza. ¡Inolvidable!

Portilla. ¡Qué facilidad ha tenido siempre!

Don Cayo. ¡Pchs! Las musas, que le soplan a uno… Y si me dejase más tiempo esa Tabacalera…

Portilla. ¡Gran verdad es que el poeta nace! ¡Ya lo creo que nace! Hoy, por supuesto, nos dará usted alguna sorpresa…

Doña Trenza. ¡No será sorpresa!

Don Cayo. Allá veremos… ¡Qué diablo! El que malas mañas ha… Mucho será que de aquí a los postres del almuerzo no se me ocurra alguna tontería.

Doña Trenza. Pues vamos a dejarlo, Manolo; que a lo mejor venía buscando soledad…

Don Cayo. ¡O tal cual consonante rebelde! ¡Je!

Doña Trenza. Por aquí.

Portilla. Por Donde usted me guíe.

Se va por la derecha con Doña Trenza.

Don Cayo sigue con su obsesión. Tras una pausa dice:

Don Cayo. Claro que siempre es más bonito recitar que leer… Produce más efecto, porque parece que se improvisa. Aunque nadie lo crea, lo parece. Si no me fallara la memoria. Probaré, probaré…

¿Qué pasa en este inigualado día…?

¡No hay como los sonetos en estos instantes!…

¿Qué pasa en este inigualado día…?

Continúa silabeando entre sí. Ha hecho un soneto para la fiesta y desea grabárselo en la memoria. Vuelve en esto Cristobalina por Donde antes se fué, y se dirige a él, ansiosa de volcar por su parte el acíbar que está tragando. Inoportunidad manifiesta, dado que nuestro hombre se halla metido en miel hasta el corazón. Cristobalina le habla y él la escucha a medias, atento a lo suyo.

Cristobalina. ¡Oh, Lagartera! ¡La Providencia me lo depara a usted!

Don Cayo. ¿Cómo?

Cristobalina. ¡Yo necesito vaciar el cántaro, que ya rebosa! ¡A usted también lo veo preocupado, y seguramente la causa es la misma!

Don Cayo. No…

Cristobalina. ¡Sí! ¡No me lo niegue usted, porque nos conocemos! Usted anda queriendo aislarse, como yo; usted habla solo por los rincones, como yo… No es para menos, si comparte usted mi sentir… ¡Qué día! ¡Qué tragedia!

Don Cayo. ¿Eh?

Cristobalina. ¡Qué tragedia! ¡Qué día! ¡Este casamiento es un disparate!

Don Cayo. ¿Qué me dice usted?

Cristobalina. ¡Lo mismo que usted piensa! ¡Abajo la careta, Lagartera, que le abre a usted su pecho sangrante una mujer que está convencida de lo que dice! ¡Abajo la careta!

Don Cayo. *Maquinalmente.* ¡Abajo!

Cristobalina. ¡Mi sobrina Quinita no debía casarse con ese hombre!

Don Cayo. ¿No?

Cristobalina. ¡No, señor! ¡Ese hombre no la quiere, no la ha querido nunca! ¡Viene a casarse a rastras, comprometido ya por las circunstancias sociales y por el tiempo que lleva de relaciones! ¡Pero no la quiere; no la puede querer! ¡Para nadie es un secreto que tiene una *amiga* y dos hijos! La prueba es que tres veces ya se ha aplazado esta boda: ¡tres veces! Primero, que un luto; luego, que no sé qué enfermedad; después, que un viaje, y unas oposiciones, y un traslado, y eche usted todo lo que quiera. ¡Pretextos y evasivas! ¡La *querindonga* y nada más, que le saca los ojos como se case! ¡Pero aquí todos están ciegos, ciegos: nadie lo ve! ¡Y es la luz del día! Y a mí, que lo veo, me recusan por apasionada… Dicen que todo esto es despecho —¡qué contra Dios! ¡qué lenguas!— porque suponen que alguna vez me hizo el amor Amalio… ¡Deliran! ¡Mienten! ¡Inventan lo que les da la gana! ¡A mí ese hombre no me ha mirado nunca con buenos ojos! ¡La antipatía es recíproca! ¡Él huele que yo lo he conocido! ¡Qué tragedia! ¡Qué crimen! ¡Pobre sobrina mía! ¡Que me ha pretendido nunca tamaño pasmarote!… ¡En todo caso, yo lo hubiera mandado a paseo! ¡Somos incompatibles! ¡Yo soy de fuego y él de horchata! ¡Ave María! ¡Unir mi vida a un estafermo así! ¡Un hombre que dice que se acuesta a oscuras para irse acostumbrando por si alguna noche se le funde la bombilla en la alcoba! ¡Jesús!

Don Cayo. Calma, calma, Cristobalina…

Cristobalina. ¡No puedo! ¡Es superior a mí! ¡Veo la evidencia y no sé resignarme! ¡Qué boda! ¡Qué desastre! Es tal mi convicción…

Don Cayo. *Como quien viene de una estrella.* ¿Qué?

Cristobalina. ¿Me escucha usted o no me escucha?

Don Cayo. Sí, sí.

Cristobalina. Es tal mi convicción, que esta noche he soñado que la boda no llegaba a lograrse; que él la dejaba plantada en el mismo altar…

Don Cayo. ¡Calle usted, por Dios! ¡Pobre soneto mío!

Cristobalina. ¿Qué?

Don Cayo. ¡Pobre soneto mío!

Cristobalina. ¡Ah! ¿Eso es todo lo que se le ocurre a usted ante mis palabras?… ¿Compadecerse nada más que del buñuelo que nos prepara para los postres?

Don Cayo. ¡Cristobalina!…

Cristobalina. ¡Qué decepción! ¡Qué infamia! ¡Y yo creía hablarle a un convencido como yo, a una persona inteligente!…

Don Cayo. Cristobalina… la veo a usted en un estado tal de excitación, que lo mejor que puedo hacer es disculparla… dar por no oído… ¡Le ha llamado usted buñuelo a una composición que no conoce todavía!…

Cristobalina. ¡Conozco el aceite y la masa! ¡Pues, hombre!

Don Cayo. Bueno, bueno… ya digo que lo mejor es no enterarse…

Cristobalina. «¡Pobre soneto mío!». ¡Ocurrencia es! ¡Qué sarcasmo! «¡Pobre soneto mío!». ¡Hay que oír de todo en este mundo!

Don Cayo. No enterarse, no enterarse… No hay otra salida… No enterarse… ¡Buñuelo mi soneto! ¡Yo no me he enterado!

Se vuelve a ir por la derecha, con fuego en los carrillos.

Cristobalina. ¡Madre de Dios! ¡Y éste es un amigo leal! ¡Y en el día de hoy sólo le importa su soneto! ¡Ganas dan de echarlo de la casa!

Aparece en esto por la puerta de la izquierda la heroína, Quinita Flores, en traje de novia, acompañada de su hermano Manrique, joven diplomático. No hemos de dejar el elogio que merece Quinita ni a Portilla ni a Lagartera. Es su belleza dulce y serena. A sus lindos ojos asoma un alma llena de luz; de luz suave y tranquila. Al verla vestida de novia, cerca del altar en que ha de bendecirse su matrimonio, dichosa y sonriente, hay que ser de mármol para no envidiar al futuro dueño.

Quinita. Cristobalina, te buscaba.

Manrique. ¿Qué haces aquí sola?

Cristobalina. No lo sé; escapar de mí misma.

Quinita. Al revés que todo el mundo, que desea verte. Acaba de llegar Ernestina Olive, y pregunta con insistencia por ti.

Cristobalina. Allá voy. Tu fu… tu no… Amalio ¿no ha venido aún?

Quinita. Aún no. Se conoce que quiere chafarme. Se está componiendo más que yo.

Cristobalina. ¡Ay!

Vase de estampía por la puerta de la izquierda.

Quinita. Pero ¿tú ves esto, Manrique? ¿Te explicas tú la actitud de Cristobalina?

Manrique. Chica, me está llamando la atención desde que llegué.

Quinita. *Risueña.* Da no sé qué mirarla. No duerme hace tres noches. Tiene los ojos abrasados. ¡Ni que Amalio fuera a apoderarse de mí para conducirme a un desierto y entregarme a las fieras! ¡Qué miedo!

Manrique. Pero eso ¿por qué es?

Quinita. ¿Quién puede averiguarlo? Como no sea por la frenética antipatía que siempre le ha tenido…

Manrique. No es bastante, hermana. Sería una insensatez que tratándose de tu ventura, no supiese ella reprimirse; disimular siquiera…

Quinita. Pues no sabe.

Manrique. Pues debería aprender; que ya tiene años para ello… aunque los disimule. El asunto es que, a pesar mío, ha conseguido preocuparme.

Quinita. ¡Manrique!

Manrique. Sí, hermana.

Quinita. Mira a tía Trenza, mírame a mí, míranos a todos.

Manrique. Desde que llegué de París no hago sino eso; mirar a todos. Además, es condición de diplomático, Quinita, procurar enterarse del fondo de las cosas por propia observación, usando de la natural perspicacia. Como, por otra parte, vivo hace tiempo lejos de vosotros, sin ser muy lince veo de pronto en el cuadro mucho más que los que a diario lo contemplan y ya están habituados a él. Y el claroscuro que noto es violento: de Zurbarán. Tía Trenza lo pinta todo de color de rosa. No hay para ella una sombra en el horizonte. Cristobalina, en cambio, ve negro hasta tu ramo de azahar. Más diré: tu ramo de azahar es lo que ve más negro. ¿Qué razón hay para esta divergencia?

Quinita. *Con buen humor*. ¡Que Cristobalina está chiflada! Manrique. ¿Chiflada?

Quinita. ¡Chiflada! Y un loco hace ciento. Piensa también, si quieres explicártelo de otro modo, en lo que desquicia la soltería a algunas mujeres. Cuando ya van perdiendo toda esperanza de matrimonio, se vuelan, se crispan, y la pegan con todo el mundo. ¡Dios mío! ¡Si ella me escuchara!…

Manrique. No he dejado de hacerme esa reflexión, no te figures. Pero…

Quinita. En serio, Manrique. Ven acá. Quiero yo infundirte mi confianza y acabar con esas dudas tuyas. Yo también soy un poquito diplomática y me he dado cuenta de tu lucha interior. ¡Imagina lo que te la agradezco, porque me dice sin palabras todo lo que me quieres y todo lo que te interesa mi porvenir! Ven acá. Estamos frente al altar en que voy a casarme; frente al oratorio en que mamá rezaba y pedía a Dios por nosotros. Pues aquí te digo que deseches todo temor, todo recelo; que no dudes de mi futura dicha.

Manrique. ¿No, verdad?

Quinita. No. Sé adónde voy y con quién voy. No soy tan niña como para dejarme llevar a ciegas al matrimonio. Me hago cargo de cuanto me puede guardar. Pero como estoy segura de que Amalio me quiere mucho…

Manrique. ¿Te quiere mucho?

Quinita. Con toda su alma. Y como estoy todavía más segura de cuánto yo lo quiero a él…

Manrique. ¿También mucho?

Quinita. ¿Me casaría, si no? Lo quiero mucho, Sólo que a mi modo. Yo no creo en esas llamas repentinas de cariño entre hombre y mujer; es decir, creo en ellas, pero no en la duración de su fuego. Amalio y yo nos conocemos desde niños; parecemos predestinados a esta unión. Y un cariño que se ha ido labrando de esta manera días tras día, despacito, sin relumbrones, está mucho mejor cimentado que algunos otros que parecen más vivos. ¿No opinas tú así?

Manrique. Sí; lo que dices es razonable.

Quinita. A mí no me han asaltado nunca celos terribles porque él tardase un día en venir a verme, ni súbitos rubores porque me trajese un regalo imprevisto, ni angustias porque otras mujeres lo miraran, ni palidez porque ante mí se atreviera alguien a discutir algún acto suyo; ni jamás me ha entrado tampoco deseo de asomarme al balcón, como para arrojarme por él, al saber de improviso que iba pasando por la calle… No, no; eso, nunca. No soy así: soy un poco más Doña Quieta, Doña Suave.

Manrique. ¡Y bendita sea esa serenidad de tu corazón!

Quinita. Como también te digo que me caso con esta ceremonia y este boato por complacer a la tía Trenza. Mi gusto hubiera sido muy otro. Cuanto más trascendental y grave pueda ser lo que a mí se refiera, más gente me estorba alrededor. Yo no hubiese querido aquí más que a vosotros: a ti, a las tías, a los padrinos, porque no hay más remedio, y al cura, por lo mismo.

Manrique. ¿Al novio, no?

Quinita. ¡Hombre, el novio, por sabido, se calla! Y nadie más. Y arrodillados ante aquella Dolorosa, las menos palabras posibles. «¿Me quieres?». «¡Te quiero!». «¿Para toda la vida?». «¡Para toda la vida!». Y las bendiciones. ¿No es bastante, Manrique?

Manrique. A poderlo lograr, ¡ya lo creo!

Quinita. Me sobra todo este ruido. ¡Cuánta curiosidad indiferente!… ¡Los testigos de campanillas, los invitados por el qué dirán, los músicos, los periodistas, los fotógrafos, el banquete!… Todo eso, que no es sino vanidad y exhibición, y que yo por naturaleza rechazo; pero ha sido capricho de la tía Trenza, que soñaba con este día, y no he querido contrariarla. ¡Ella habría deseado ponerme hoy en un escaparate de la puerta del Sol; que no quedara en Madrid una persona, ni gato ni perro, que no supiese que yo me casaba a su gusto! ¡Ja, ja, ja! ¡La pobre! Qué, ¿siguen preocupándote los temores de Cristobalina, después de oírme? ¿Sí o no?

Manrique. ¡No!

Quinita. ¿De veras?

Manrique. De veras.

Quinita. ¡Qué sé yo, Manrique! No te encuentro muy convencido. ¿Qué nubes quedan? ¿Quizá aquella ojeriza que le tuviste a Amalio alguna vez?

Manrique. Quinita, esa ojeriza es planta que da el parentesco. Ya sabes el refrán: parentesco que empieza con cu…

Quinita. Llamándole hermano y no cuñado, acabas con el refrán de un golpe.

Manrique. Sí; pero eso ha de ser obra de los años. A mí también me agrada cimentar los afectos como a ti. Declaro que hace tiempo le tenía a tu futuro mala voluntad… Deseaba contradecirlo; me complacía en mortificarlo siempre que podía… El parentesco, el parentesco… Pero ahora ya, cuando no hay más remedio que tragarlo tal como es, cuando te oigo cantar la dicha que a su lado esperas, cuando vengo a presenciar tu boda…

Quinita. ¡Ay! *Pausa.* Déjame un momento rezar.

Manrique. Reza.

Quinita entra en el oratorio y se arrodilla ante el altar. El hermano pasea pensativo, contemplándola. De repente vuelve Cristobalina por la puerta de la izquierda, trémula, agitada; y al ver a Quinita rezando, corre hacia Manrique, se lo lleva aparte y, llena de zozobra, le habla así a media voz:

Cristobalina. Manrique, escúchame.

Manrique. ¿Qué?

Cristobalina. Escúchame.

Manrique. Mujer, ¿qué te pasa?

Cristobalina. ¡Ay, Jesús! ¡Dios ha hecho que esté rezando esa inocente!

Manrique. Pero ¿hasta dónde te van a llevar tus nervios?

Cristobalina. ¡Ay, Jesús! ¡El cielo quiera que me engañe! Ahí está Zaldívar.

Manrique. ¿Quién es Zaldívar?

Cristobalina. ¿Quién ha de ser Zaldívar? El amigote, el secretario, el satélite de ese dichoso hombre.

Manrique. ¿De qué hombre?

Cristobalina. ¡De Amalio!

Manrique. Y ¿qué?

Cristobalina. Que, pálido como la cera, me ha dicho que necesita verte.

Manrique. ¿A mí?

Cristobalina. A ti: con urgencia. No sé qué ocurrirá.

Manrique. Nada, mujer. Serán tus cosas. ¿Dónde está Zaldívar?

Cristobalina. En el jardín.

Manrique. Voy a verlo. Pero no lo conozco.

Cristobalina. En cuanto lo veas lo conoces. Su actitud es reveladora. Él, además, te conoce a ti.

Manrique. ¿Qué demonios traerá? *Vase a escape por la derecha.*

Cristobalina. ¡Señor, Señor, si es lo que presiento, perdóname!

Vuelven Doña Trenza y Don Cayo, que se cruzan con Manrique.

Doña Trenza. ¿Adónde va Manrique, Cristobalina? ¡Va ciego!

Cristobalina. *Esforzándose en disimular y sonreír.* No sé… Parece que lo ha llamado un amigo…

Doña Trenza. Te traigo a Lagartera para que le des una satisfacción.

Cristobalina. Las que guste.

Don Cayo. ¡Por Dios, Trenza!

Doña Trenza. Me refiero a la satisfacción de que oigas el soneto que ha escrito para la ceremonia de hoy. ¡Es admirable! ¡Es inspiradísimo!

Cristobalina. Como suyo, Trenza; como suyo. No tome usted en cuenta, Lagartera, mi sofión de hace poco… Soy irresponsable en ciertos momentos…

Doña Trenza. Dígale usted el soneto; dígaselo…

Don Cayo. A tanto rogar… sea.

Doña Trenza. A mí se me cae la baba escuchándolo.

Don Cayo. Quería reservarlo hasta luego; pero, en fin, sea. Dice así:

«¿Qué pasa en este inigualado día…?»

Sale Quinita del oratorio.

Quinita. ¿Lo puedo oír yo?

Doña Trenza. ¡Hija de mi vida! A tiempo sales…

Don Cayo. ¡La musa inspiradora!

Doña Trenza. Verás, verás… Es un portento.

Quinita. Como de costumbre. A este Don Cayo no se le paga con nada. Siempre regalando sus flores…

Don Cayo. No me abochornes, niña… Yo pensaba guardarlo para la hora del *champagne*; pero esta tía tuya…

Quinita. Venga, venga ya, que estoy impaciente.

Don Cayo.

«¿Qué pasa en este inigualado día…?»

Llega Eladia, por la puerta de la izquierda.

Eladia. Señora.

Doña Trenza. ¡Vamos!

Don Cayo. ¡Vaya!

Eladia. Doña Genoveva me pregunta que dónde se van a colocar los músicos.

Doña Trenza. Dile que ahora voy yo.

Eladia. Si lejos, si cerca, si en el cenador de rosales…

Doña Trenza. Ahora voy yo.

Eladia. ¿Está el señor leyendo sus versos? ¡Ya son bien bonitos! *Márchase.*

Don Cayo. *Tosiendo levemente.* ¡Diablo de muchacha!

Doña Trenza. ¿Qué dice?

Don Cayo. Nada… Me vió antes como hablando solo… y hube de confesarme… Y le leí el soneto… ¡Debilidades de poeta! Molière le leía sus comedias a la cocinera… Vamos allá.

«¿Qué pasa en este inigualado día?
¿Por qué el ambiente…?»

Le corta por tercera vez la palabra la llegada, por la derecha, de Tomé, criado viejo. Viste de frac.

Tomé. Señora.

Doña Trenza. ¡Ánimas benditas!

Don Cayo. ¡Pero, hombre!

Doña Trenza. ¿Qué traes, Tomé?

Tomé. Dicen por teléfono, de no sé qué periódico, que en cuanto los fotógrafos despachen aquí, se lleguen a no sé qué sitio; que ha habido un hundimiento terrible.

Doña Trenza. ¡Vaya por Dios! Pero ¿a mí qué me cuentas, hombre? Búscalos tú y dales el recado. En el jardín deben de estar.

Tomé. Dispense la señora. He venido a interrumpir, por lo visto…

Doña Trenza. Sí, sí; déjanos.

Tomé. Los versos del señor, ¿verdad? *Con ademán y gesto ponderativos.* ¡Canela!

Vase. A Don Cayo se le repite la tos de antes. Y a la tos sigue la tímida disculpa.

Don Cayo. Molière…

Quinita. Ande, ande; no se entretenga más.

Don Cayo.

«¿Qué pasa en este inigualado día?
¿Por qué el ambiente se satura en rosas?

Mira escamado hacia izquierda y derecha y luego prosigue.

¿Por qué lucen más ricas y vistosas
la seda y la abundante pedrería?

¿Por qué Madrid se torna Andalucía,
por su azahar y por distintas cosas?
¿Por qué dejan estelas luminosas
aun las personas de menor valía?

Todo es luz y color, gala y tersura…

Se detiene un instante como atragantado. Es que se le olvida momentáneamente lo que sigue. Lo recuerda presto, gracias Dios, y termina.

Cantan fuentes y cantan ruiseñores
ocultos en la mágica espesura.

Y a las preguntas de interlocutores,
dice una voz que viene de la altura:
—¡Hoy es la boda de Quinita Flores!»

Quinita. ¡Precioso! ¡Precioso!

Doña Trenza. ¿Verdad que es precioso?

Quinita. ¡Preciosísimo!

Don Cayo. ¡Oh! Muy amables…

Quinita. ¿Te ha gustado, Cristobalina?

Cristobalina. ¿No había de gustarme, mujer?

Don Cayo. ¡Bah! Las flores que yo traigo a la mesa… ¡Pompas de jabón! Sonar, suenan bien, lo reconozco… La música del verso español es tan grata… Y eso sí; ese orgullo lo tengo; ripios no hay.

Vuelve en este instante Manrique, por Donde mismo se marchó, lívido y descompuesto. Le contraría la presencia de Lagartera, a quien ahuyenta sin perder un segundo. Cristobalina se le acerca rápidamente.

Manrique. ¡Hola!

Cristobalina. ¿Qué era ello?

Manrique. Aguarda. Señor de Lagartera; Don Cayo.

Don Cayo. ¿Qué?

Manrique. ¿Ha visto usted a la marquesa de Marzal?

Don Cayo. ¿A Paquita Marzal? No, no la he visto.

Manrique. Pues ahora preguntaba por usted.

Don Cayo. Pues voy a su encuentro. Con permiso de ustedes. A la cuenta, algún encarguillo poético…

Vase por la puerta de la izquierda.

Manrique. No lo busca nadie; ha sido un pretexto para alejarlo. ¡Quinita!

Quinita. ¿Qué te pasa Manrique?

Doña Trenza. Sobrino, ¿qué tienes?

Quinita. ¿Te has puesto malo?

Manrique. No.

Quinita. Sí. Algo te ocurre. Estás desencajado, tembloroso…

Manrique. ¡Eso sí! ¡De indignación, de rabia, de ira!

Cristobalina. ¡Jesús! ¡Jesús!

Quinita. ¿De ira?

Manrique. ¡De ira, sí; de ira!

Cristobalina. ¡Jesús!

Doña Trenza. Pero ¿qué sucede, muchacho, para que así vengas?

Manrique. ¡No quieras saberlo!

Quinita. ¡Por Dios! ¡No nos asustes! ¡No me alarmes! Amalio… ¿Le pasa algo a Amalio?

Manrique. *Crispando los puños.* ¡Amalio!…

Quinita. ¿Qué?

Manrique. Quinita; hermana: ahora sí que necesitas de toda tu serenidad, de toda tu fortaleza de espíritu.

Quinita. ¡Por Dios, Manrique! ¿Qué le pasa a Amalio? ¡Por algo tardaba! ¿Qué le pasa? ¡Dímelo! ¡Dímelo!

Manrique. ¡Nada; no le pasa nada… todavía; pero le pasará muy pronto, porque yo lo tengo que buscar para abofetearlo!

Quinita. ¡Virgen María!

Cristobalina. ¡Jesús!

Doña Trenza. ¿Qué dices, niño?

Quinita. ¿Qué dices?

Manrique. Digo, digo… Ten tú mucho ánimo.

Quinita. ¡Habla, por los clavos de Jesús!

Manrique. Amalio, tu prometido, al que esperabas para entregarle tu alma y tu vida…

Quinita. ¿Qué?

Manrique. ¡No las quiere!

Quinita. ¿Qué?

Manrique. ¡No las quiere; se va de Madrid; huye de tu lado en estos momentos!

Quinita. ¡No!

Manrique. ¡Sí!

Quinita. ¡No es verdad!

Manrique. ¡Sí es verdad, hermana!

Quinita. ¡No es verdad! ¡no es verdad! ¡Yo no puedo creerlo, Manrique!

Manrique. ¡Pues lo habrás de creer por mucho que te cueste! ¡Amalio ha huido!

Cristobalina. ¡Infame! ¡infame!

Doña Trenza. ¡El Señor nos valía! ¿Es posible?

Quinita. *Desfalleciendo, anonada.* ¡Ay de mí!… ¿Es posible? ¿Merezco yo esto, madre mía?

Doña Trenza. *Atendiéndola.* ¡Quinita! ¡Hija! ¡Pero si será un desvarío de tu hermano!… Tú ¿por quién sabes…? ¿Cómo sabes…? ¿Qué sabes?…

Quinita. ¡Virgen de mi alma! ¡Yo me voy a morir de vergüenza y de horror… de miedo de la vida!… ¡Dime lo que sepas, Manrique! ¡Dímelo!

Manrique. ¡Hazte fuerte, nena! ¡Hazte fuerte! ¡La prueba es espantosa, cruel; pero si ése es el hombre en quien tú fiabas, lo que te debe espantar es la idea de haberte hecho suya para siempre!

Quinita. *Entre lágrimas.* ¡Si te digo que no puedo creerlo! ¡No puedo! ¡Habla, por nuestra madre!

Manrique. ¿Qué más te he de decir? Ha venido a buscarme un íntimo suyo, el cual ha recibido una carta en que le revela su decisión de irse de Madrid, y pide que todos lo perdonen. Cristobalina. ¡Infame! ¡Qué corazón más fiel el mío!

Manrique. Se llama cobarde cien veces, se insulta otras ciento, jura y perjura que todo es a pesar suyo, y dice que no sabe cómo podrá vivir… ¡pero se va!

Quinita. ¿Tú has visto esa carta?

Manrique. La he visto. El hecho es indudable.

Doña Trenza. ¡Pero Amalio se ha vuelto loco!… ¡Hay que ir a buscarlo!…

Quinita. ¡No! ¡Eso, no!

Doña Trenza. ¿Cómo qué no?

Quinita. ¡Como que no!

Manrique. ¡De buscarlo yo me encargaré, por mucho que huya y que se esconda!

Quinita. ¡Eso, menos aún!

Cristobalina. ¡Infame!

Quinita. *Rompiendo a llorar.* Pero ¿por qué ha hecho esto? ¿Por qué?

Doña Trenza. ¡Jesús! ¡A mí me va a costar la vida! ¡Y todo Madrid en esta casa! ¡Qué vergüenza!

Manrique. ¡La de él!

Cristobalina. ¡La de él! ¡Tú lo has dicho! ¡Así se sabrá quién es ese hipócrita!

Manrique. No llores demasiado, hermana.

Quinita. ¿No he de llorar? Si no llorase ahora, ¿crees que resistiría este golpe? ¡Si no acabo de convencerme! Pero ¿eres tú, Amalio, eres tú el que hace ésta felonía conmigo? ¿No me querías de veras? ¿Me engañabas? ¿He vivido engañada por ti? ¡Cómo me resisto a creerlo, Dios mío! ¡Qué dolor tan grande! ¡Ese hombre no puede calcularlo! ¡No tiene corazón! ¡Ese hombre es incapaz de haber visto cómo mi alma se esforzaba en irse acomodando a la suya; cómo iba yo a moldear mi vida para labrarle a él una dicha constante! ¡No, no lo ha visto; no ha podido verlo! ¡Si lo hubiese vislumbrado siquiera, estaría aquí conmigo, no por cariño a mí, sino por codicia de lo que yo le daba!…

Doña Trenza. Vamos, hija mía…

Cristobalina. Quinita, lucero…

Manrique. Hermana…

Quinita. ¡Dejadme llorar… dejadme sola!… ¡Id a los salones y decidles a todas esas gentes, a quienes yo no quiero ver, que Quinita Flores no se casa con su prometido, porque él renuncia a ella!…

Doña Trenza. ¡Quinita! ¡Alma!

Quinita. ¡Y decidles también que le voy a pedir a la Madre de Dios luz para ver claro en estas sombras, y fuerzas para arrancarme del corazón hasta el recuerdo de quien así me deja!

Vacilante, llorosa, en medio de la compasión de los suyos, se llega al altar y se hinca de rodillas, como antes la vimos. Las damas y el muchacho la contemplan con dolorosa angustia, y luego dice cada uno entre sí, con voz apenas perceptible:

Doña Trenza. ¡Corazón mío!

Cristobalina. ¡Infame! ¡infame!

Manrique. ¡Me daré el placer de abofetearlo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín de la fonda de Los Almendros, en Pedralejo, pueblo andaluz, famoso por sus aguas medicinales. Una plazoleta rectangular, denominada de las *Cuatro Esquinas*, y formada por cuatro pilares sencillos, encalados de blanco y azul, que sirven de sostén a sendas macetas con flores. Bancos de madera y hierro, como los que suelen verse en los paseos públicos, pintados de verde. Dos sillas volantes. Diversidad de flores por Dondequiera, nacidas en desorden gracioso. Es un atardecer de mayo; un mes después de los sucesos del acto primero.

Carmela y Pepete, gentil camarera y mozo de comedor de la fonda, salen por la derecha. Pepete, enamorado de Carmela, la persigue. Es cosa natural, y además, en este caso, reveladora de buen gusto. ¡Hay que ver a Carmela!

PEPETE. ¿A qué vienes tú a las *Cuatro Esquinas?*

CARMELA. Buscando er borzo de Doña Pilá, que no zabe ónde ze lo ha dejao. ¿Y tú, a qué vienes?

PEPETE. ¡Detrás de ti, lusero!

CARMELA. ¡Ea!

PEPETE. ¡Me traes de coroniya!

CARMELA. Pos ponte en pie derecho y no te traslimites cormigo.

PEPETE. ¡Ven acá, orguyosa!

CARMELA. ¡Estate quieto, hombre!

PEPETE. ¡Si se me van las manos a ti como los gatos ar pescao!

CARMELA. ¡Que nos van a vé!

PEPETE. ¿Quién nos va a vé, si está ya la fonda en cruz y en cuadro, chiquiya? ¿Quién nos va a vé?

Fray Cristino aparece por la izquierda oportunamente.

FRAY CRISTINO. Yo, por ejemplo.

Es un capuchino de tierras de Castilla, viejo, fuerte, decidor, mundano, entrometido.

CARMELA. *Avergonzada.* ¡Vaya! ¿Lo estás viendo, Pepete? ¿Lo estás viendo?

FRAY CRISTINO. ¡El que lo estaba viendo era yo! Y se van a acabar estos idilios trasconejados. A casarse, a casarse y a no andar a salto de mata. Aquí está Fray Cristino para echaros las bendiciones. ¡Tengo muy buena mano!

CARMELA. ¡Vinge!

PEPETE. ¡Ya lo oyes, paloma!

CARMELA. ¡Están verdes las uvas toavía!

FRAY CRISTINO. Pues si están tan verdes, más formalidad. ¡O se lo digo a Doña Pepa, y vais a la calle los dos!

CARMELA. ¡Várgame Dios, padre Cristino! Después e to, no estábamos haciendo na malo.

FRAY CRISTINO. Entonces, ¿por qué temías tú que te viesen?

CARMELA. ¡Ea, zeñó! Hay muchas cozas que no zon malas… y zin embargo, no quiere una que nadie las vea. Un poné: bañarze.

FRAY CRISTINO. Bueno, bueno, resabidilla; ya me entiendes tú. ¡Oiga! Viene para acá la parejita que llegó esta mañana.

PEPETE. ¡Ah, sí! ¡Más silenciosos son y más aburríos!

FRAY CRISTINO. ¿Son matrimonio?

PEPETE. Deben de serlo; ¡porque han pedio habitasiones separás!…

CARMELA. ¡Mía qué tunante eres! A mí me ha dicho Concha la lavandera que zí zon matrimonio.

FRAY CRISTINO. Sí lo serán; aspecto de cosa *non sancta* no tienen.

PEPETE. Vaya usté a fiarse. Acuérdese usté de aqueya otra pareja del año pasao, que luego resurtó lo que resurtó.

CARMELA. Hombre, no compares. Aqueya mujé yevaba los labios mu pintaos. Y ezo siempre da mala espina, ¿verdá padre Cristino?

FRAY CRISTINO. Por lo menos, ya hay una primera mentira en los labios. ¡Sin que ellos digan nada!

CARMELA. ¡Ea!

FRAY CRISTINO. Voy a ver si pego la hebra con estos dos, y salimos de dudas.

PEPETE. Difisiliyo es. ¡Yo no he podío pegarla!

CARMELA. Y ¿dónde te vas tú a poné con er padre, prezumío to?

Se va por la izquierda. Pepete va a contestarle algo y a seguirla; pero, reparando en Fray Cristino, lo deja, y se va por Donde llegó.

FRAY CRISTINO. *Dándose cuenta.* Estos arrapiezos… como no los casemos pronto… ¡Es mucho mes este de mayo en Andalucía… y son muchas las ocasiones!…

Por la derecha viene en esto la pareja objeto de los anteriores comentarios: son Quinita y Manrique. Ella trae un libro y él un periódico.

MANRIQUE. Vamos a sentarnos aquí.

QUINITA. Como quieras.

FRAY CRISTINO. Buenas tardes tengan ustedes.

MANRIQUE. Buenas tardes.

QUINITA. Buenas tardes.

FRAY CRISTINO. Ustedes perdonen la curiosidad: ¿cómo a estas alturas de mayo por Pedralejo? ¿No saben ustedes que la temporada termina a fin de mes?

MANRIQUE. Sí, señor, sí. No nos da cuidado.

FRAY CRISTINO. Ya apenas queda nadie. En la fonda de *La Perla,* ni un alma; en casa de Micaela Rute, una familia de Jaén, y aquí, en *Los*

Almendros, una madre y una hija, que esta tarde se van, y un servidor de ustedes, que todos los años echa la llave de la fonda. Porque queda también todavía un Don Norberto Gómez, hombre adusto, que no habla con su sombra ni se reúne jamás con nadie. Es como un árbol que se traslada de un sitio a otro. ¡Je! No cuenten ustedes con él para nada. Pero hace quince días esto era una feria; una feria. No se cabía en la casa. Cada año tienen más renombre las aguas éstas. Por supuesto, son excepcionales; obran maravillas. ¿Las toma su señora o usted?

Manrique. Ninguno de los dos las necesitamos, a Dios gracias. Pero, de todos modos, lavarse un poco el hígado nunca está de más.

Fray Cristino. ¿Visitaron ya al médico?

Manrique. No, señor; aún no.

Fray Cristino. Cuidado con él. Buena persona; muy sensato; pero lleven ustedes plata suelta, porque es también muy distraído, y desconoce lo que es dar la vuelta de un billete.

Manrique. *Riéndose.* ¿Sí?

Fray Cristino. Sí. ¡Flaquezas!… Mucha gente ha podido apreciar en él ese defectillo… Somos débiles. Yo les debo la vida a estas aguas. Y me he convertido en portavoz de sus excelencias. Hay días que me bebo, entre tarde y mañana, hasta veinte vasillos de esos de petaquita. Mi convento está aquí a media legua. Algunos días voy y vengo. Porque, a pesar de mis años, me conservo fuerte. No me asusto de una caminata. Soy castellano. Nací en Belmonte, Donde Fray Luis de León.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido!…

¡Diferencia va de fraile a fraile! ¡Je! *Quinita, sentada, hojea su libro, dando a entender con su actitud que no tiene ganas de palique.* En lo que van ustedes a ganar con haber venido tan tarde es en la cocina. Este año hemos tenido cocinero nuevo con mala suerte. Muchas pretensiones y poca ciencia. Se fué hace ocho días, y no con diploma de honor. Ahora nos guisa la dueña de la casa, Doña Pepa, ¡que tiene unas manos!… Ganan, ganan ustedes. Ya verán

qué empanadillas hace. ¡Y qué mermeladas, los domingos! De allí al cielo. El jardín les habrá gustado mucho, ¿no?

Manrique. Mucho.

Fray Cristino. Es encantador; es lindísimo. En su sencillez, en su modestia, en su desorden pintoresco tiene su mejor gracia. A mí los jardines a la inglesa, tan recortados y tan repuliditos, me revientan. Yo aquí echo también mi cuarto a espadas con el jardinero. Aquel plantel de margaritas lo puse yo hace años. Y los dos jazmines de la tapia. Y aun en la huerta he metido alguna que otra vez mi almocafre. ¡Me divierto y sudo! A esta plazoleta le dicen de las *Cuatro Esquinas*. Es muy apañadita para el reposo y la charla íntima. Y un tantico amorosa. Aquí se encuentran siempre las camareras y los gatos. ¡Je! ¡Y las mariposas también, naturalmente! ¡Miren esas dos blancas que van jugueteando, cómo brillan y alegran el aire! ¿Eh? Miren, miren… Si ustedes vienen de luna de miel… *Los dos hermanos se sonríen.* Vaya, no les molesto más. El onceno…

Manrique. No; no nos molesta, padre.

Fray Cristino. Muchas gracias. Perdónenme. Tiempo les queda para la soledad. ¿Qué habitaciones les han dado a ustedes: el 7 y el 8?

Manrique. Sí, señor.

Fray Cristino. Estarán a gusto. Son frescas. No les entre la tentación de mudarse al 10, que tiene dos camas, atraídos por las buenas vistas. Es muy calurosa. Por un rincón pasa un tubo del agua caliente de la cocina, y se cree uno que está en el Purgatorio. ¡Y tiempo habrá de ir! Contra las moscas no les digo nada, porque es inútil. La hermana mosca es aquí el único azote irremediable. Vienen a tomar las aguas todas las del contorno. ¡Je!

Manrique. Y les sienta bien, se conoce.

Fray Cristino. Se conoce. Vuelven todos los años, y las recomiendan a sus amistades. ¡Ah! Por si acaso. Si no quieren ustedes ir a misa en la iglesia del pueblo, todas las mañanas, al ser de día, oficio yo en esa ermita vecina. Mire, caballero: desde aquí puede verla: al pie mismo de aquel olivar. A dos minutos de la fonda. Eso sí: hay que madrugar un poquito Bien que aquí el madrugón es casi inevitable. Luego se duerme siesta. Pero las

aguas, a las cinco de la mañana, mejor que a las seis; y a las cuatro, mejor que a las cinco. Adiós, señores Ya les dejo. Mándenme cuanto quieran.

Manrique. Obligadísimos.

Fray Cristino. Hasta luego. *Se va por la derecha.*

Quinita. ¡Qué mareo! Es charlatán de veras el buen señor.

Manrique. ¡Bien haya! Dios te depare siempre charlatanes así.

Quinita. ¿Cómo así?

Manrique. ¡Que no dan sino buenas noticias! ¿No has oído?

Quinita. Deseando que se fuese.

Manrique. ¡Desagradecida! ¡Un hombre que te entera de que las aguas son admirables; de que en lugar del cocinero guisa la dueña de la fonda, que hace prodigios en el fogón; de que él dice misa al rayar el día, y, sobre todo, de que vamos a estar aquí punto menos que solos!… ¿Qué más pides? ¿No era ese tu primer deseo?

Quinita. Ése era. Por eso he venido: en busca de aislamiento, de soledad, de calma.

Manrique. Quiera Dios que no te aburras mucho.

Quinita. Descuida.

Manrique. Yo hubiese procedido de muy distinta suerte. Repuesta tu salud, para reconquistar la tranquilidad de espíritu, para olvidarte de ti misma, mejor que este rincón solitario, te habría sentado la balumba de una gran capital, Donde nadie te conociese: París, Roma, Berlín…

Quinita. No, no; no tengo humor de nada; no quiero ver nada ni a gente ninguna.

Manrique. ¡Si era como remedio, mujer! Tú no sabes lo que distraen, aun a pesar propio, los mil encantos e incentivos de esas grandes ciudades. El dolor o la preocupación que llevas contigo se borra a cada paso, a cada impresión nueva. Y, créeme: hay males del alma que no merecen sino este trato: el olvido a todo trance; el desprecio… Cuanto antes se logre arrancarlos de ella, mejor.

Quinita. Pues en este alejamiento lo conseguiré más en conciencia: no aturdiéndome con la visión de nada nuevo, sino en fuerza de aquilatar lo que me sucede.

Manrique. ¿Más aún? El hecho mismo que así te trae, ¿no queda juzgado y aquilatado en un instante por sí solo? No te tortures más; no envenenes tus horas. Llevas un mes de sacrificio: ya basta. ¡Alegra ese semblante!

Quinita. ¡Si pudiera!

Manrique. Debes procurarlo. Considera que, vencidas la vergüenza y la desolación del primer momento, de los primeros días; hecha ya al desencanto amoroso, que tú misma me has dicho que ha puesto hielo en tu corazón, más bien debes sentirte dichosa que triste; más bien debes alegrarte de esta efímera desventura que llorarla.

Quinita. ¡Manrique!

Manrique. Sí, hermana, sí. ¿No estás convencida como yo? ¿Adónde ibas con aquel hombre? A nada bueno. Sin él, tienes la vida por delante.

Quinita. Pero, ¿con qué confianza voy a seguir ya caminando por ella, Manrique? La conmoción que ha habido en mí, te aseguro que sólo puedo medirla ahora por los disparates que he pensado. Me he sentido capaz de lo más absurdo; me he visto tentada de las ocurrencias más locas… *Pausa.* ¿De quién podré fiarme ya? ¡Qué espanto! Yo creía en todo; y en unas horas en unos días, ya no creo en nada ni en nadie. No puedo creer.

Manrique. Al contrario: esta lección te abre los ojos. Ahora, cuando creas, creerás de verdad; mucho más de verdad que creías en Amalio, en quien creías por rutina del sentimiento, y porque lo juzgabas por ti. Yo estoy persuadido de que entre él y tú no existía verdadero amor, sino costumbre de tratarse desde niños con la ilusión de novios; confianza amistosa vestida de enamoramiento; pero sin fuego y sin ternura; sin el hechizo que el verdadero amor pone en los actos y en las palabras de los enamorados. No es la primera vez que te lo digo. Siempre creí advertir en vuestras relaciones esta falta esencial.

Quinita. Doblemos la hoja.

Manrique. Sí; es lo más acertado. ¿Se ha dicho a distraernos? ¡Pues a distraernos! ¿Qué libro es ése?

Quinita. *La Hermana San Sulpicio.* ¿Lo has leído?

Manrique. Sí.

Quinita. Es una novela preciosa.

Manrique. Preciosa… Y si te distrae… Vamos a ver qué pasa por Madrid. *Leen los dos. Don Norberto Gómez, a poco, cruza la escena de izquierda a derecha, y los saluda con una leve inclinación de cabeza, a que ellos corresponden. Va de gabán y gorra, lleva un vasito en funda de finísimo esparto, y tiene cara de pocos amigos. Cuando desaparece, dice Manrique:* Este ha de ser el agüista misántropo de que nos habló el fraile.

Quinita. Seguro.

Manrique. Oye, no hemos comentado una cosa.

Quinita. ¿Qué?

Manrique. Que todo el mundo, desde que salimos de Madrid, nos cree matrimonio.

Quinita. Sí. ¿Te acuerdas, aquella familia del tren…?

Manrique. Y aquí el fraile, y el cochero, y el administrador, y las criadas…

Quinita. Una camarera me dijo antes, buscándome la gracia: «¿Es argo guapo su marío de usté?».

Manrique. ¡Caramba! Ya me la enseñarás, para darle una buena propina.

Quinita. No me hagas reír.

Manrique. No he de parar hasta conseguirlo.

Quinita. *Suspirando.* ¡Ay!

Vuelven a leer los dos. Nueva pausa.

Manrique. ¡Hombre! ¡Gran noticia! ¿Sabes quién se ha casado?

Quinita. ¿Quién?

Manrique. Ramona Clavijares.

Quinita. Sí; con Manolo Aznar. Estaban enamoradísimos, Dios los haga dichosos.

Manrique. ¡Ah, mira! Y nuestro gran poeta de circunstancias les dedicó unos versos.

Quinita. ¿Lagartera?

Manrique. Lagartera. ¡No deja pasar una! Aquí copia un fragmento el diario. *Lee.*

«Llegada la hora del *champagne*, el distinguido literato Don Cayo Lagartera leyó un bellísimo soneto, que sentimos no transcribir íntegro por falta de espacio. Termina así:

«Todo es luz y color, gala y tersura…
Cantan fuentes y cantan ruiseñores,
ocultos en la mágica espesura.

Y a las preguntas de interlocutores,
dice una voz que viene de la altura:
—¡Hoy es la boda de Ramona! ¡Ay flores!»

Quinita, que empezó a oír los versos con singular sorpresa, la cual la hizo luego sonreír, suelta al cabo la carcajada. Manrique lo celebra altamente. ¿Te ríes?

Quinita. ¿No me he de reír? ¡Un reo en capilla se hubiera reído!

Manrique. ¿Tan malos te parecen?

Quinita. ¡Ni malos ni buenos! ¡Es que son los mismos que escribió el hombre para mi boda, y por lo visto no ha querido que se le queden en el buche!

Manrique. ¡Ah! ¿sí? ¡Ja, ja, ja!

Quinita. El último verso del soneto decía:

«—¡Hoy es la boda de Quinita Flores!».

Manrique. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué remiendo le ha echado!

«—¡Hoy es la boda de Ramona! ¡Ay flores!».

¡Ja, ja, ja!

Quinita. ¡Diablo de poeta!

Manrique. ¡Bendito sea él, que aun recordando lo que recuerda, te ha hecho reír!

Quinita. Es el fin de fiesta del drama. Viene gente. Vámonos a dar una vuelta.

Manrique. Vamos. ¿Del brazo?

Quinita. ¿Por qué no?

Manrique. ¡Qué guapo es tu marido!

Quinita. ¡Qué bueno!

Van a marcharse por la izquierda, cuando por la derecha suena una voz que los detiene. Quinita sufre cierta contrariedad. La voz es la de Eugenio, compañero y amigo de Manrique, que al reconocerlo lo llama.

Eugenio. *Dentro.* ¡Manrique!

Manrique. ¿Quién?

Eugenio. *Apareciendo y yendo a él.* ¡Manrique!

Manrique. ¡Muchacho! *Se abrazan.* ¿De dónde sales? ¿Cómo tú en Pedralejo?

Eugenio. ¡Me has quitado la frase de la boca! Eso mismo te iba yo a preguntar. Te vi antes a distancia y me quisiste parecer. ¿Qué novedad es ésta? *Saludando a Quinita.* Señora. ¿De viaje de novios?… ¡Nada sabía; nadie me ha dicho nada! ¡Mil enhorabuenas! *Quinita y Manrique cruzan una nueva sonrisa.* ¡Les rebosa a ustedes la felicidad!

Manrique. *Siguiendo la broma.* ¡Figúrate! ¿He tenido buena elección?

Quinita. ¡Manrique!

Manrique. ¿No he tenido buena elección?

Eugenio. ¡Mucho mejor que ella! Usted me disculpe, señora. Nos tratamos con gran confianza.

Manrique. *A Quinita.* Este es Eugenio Palacios, compañero mío de carrera, de quien alguna vez te habré contado alguna cosa extraña.

Quinita. Sí; es posible… Algo creo recordar.

Eugenio. Compañero de carrera un tiempo; sólo que él ha seguido adelante, y yo la dejé, por sentarme rezagado en un cerrillo mirando a la luna.

Manrique. Ahora ¿dónde estabas?

Eugenio. En Venecia: fui allí a abrazar a unos pobres parientes viejos de mi padre, que suspiraban por conocerme. ¡Ya ves!

Manrique. Y ¿qué te trae a Pedralejo? ¿Cuándo has llegado?

Eugenio. Hace media hora: en mi coche. Me trae… lo que menos puedes presumir.

Manrique. Por tu color deduzco que no será el hígado.

Eugenio. No, no es el hígado: es el corazón.

Manrique. ¿El corazón?

Eugenio. Sí; el corazón. Tu esposa se sonríe.

Quinita. Porque yo no sé qué estas aguas sirvan también para curar el corazón.

Eugenio. Estas aguas, no, ciertamente; pero alguna viajera que acompañe a quien las necesite, tal vez. Y éste es mi caso. Sí, muchacho, sí; a mí también me ha llegado la hora. Vengo a Pedralejo en busca de los ojos de una mujer. Recibí en Venecia noticia de que aquí estaba ahora, y volé para acá. Si me hubiesen escrito que estaba en los Andes, allá me planto.

Manrique. Y ¿está aquí, en efecto?

Eugenio. Aquí. Y en esta fonda. Ahora, que a descuidarme unas horas más, no la hallo.

Manrique. ¿La has visto ya?

Eugenio. La he visto y voy a hablar con ella dentro de un instante. Me ha citado en este lugar, que llaman de las *Cuatro Esquinas.* ¿No es éste?

Manrique. Éste es.

Eugenio. Porque se va esta tarde a Madrid, y mi caso es urgente.

Manrique. ¿Tan fuerte te ha entrado?

Eugenio. No; sino que me rodean circunstancias muy especiales; de verdadero apremio.

Manrique. Sería milagroso que no fuera así. Este hombre, Quinita, es el hombre de las aventuras extraordinarias; de los hechos originales e imprevistos. No hay en su vida una hora vulgar.

Quinita. ¿No, eh?

Manrique. En París, Donde más hemos convivido, nos contaba de cuando en cuando a los camaradas unas historias que creíamos inventadas por él; ¡y siempre resultaban ciertas!

Eugenio. ¡Siempre! No miento; no he mentido nunca. Pero nací con este sino; suelen pasarme cosas que parecen mentira. Me viene de casta. Lo que se hereda no se hurta. Mi padre subió un día en Cádiz a bordo de un barco, a despedir a un buen amigo suyo que marchaba a la Habana; se enredó a beber copitas de vino con él, se enfrascó charlando, y el barco echó a andar mar adentro. «¡Bueno —dijo mi padre al advertirlo—, no hay nada perdido! ¡Veremos mundo!». ¡Y se fué con el amigo a la Habana! En la travesía conoció a mi madre, que era cubana, hija de españoles, y al llegar se casaron. ¡Y nací yo! Esta estrella alumbró mi cuna. Acabo de contarle el lance a un fraile que hay aquí, que habla por siete y que pregunta más todavía.

Manrique. ¡Ah, sí! Fray Cristino.

Eugenio. ¡Fray Cristino! ¡Gran tipo! ¡Haré buenas migas con él! Ahora se quedaba amonestando a una camarera y camarero por no sé qué resbaloncillo amoroso. ¡Simpático el hombre! Repara, Manrique: aquella muchacha que allí asoma es la señora de mis pensamientos.

Manrique. ¿Viene con su madre?

Eugenio. Sí.

Manrique. El fraile nos ha hablado de ellas. ¡Es guapa!

Eugenio. ¡Indudablemente nuestra carrera afina el gusto! Manrique. ¡Indudablemente! Ya charlaremos de esto. No es discreto entretenerte ahora. Pero hemos de charlar. Hasta después.

Eugenio. Hasta después. Señora…

Quinita. Adiós.

Se van por la izquierda los dos hermanos.

EUGENIO. ¡Dios me haya dado oportunidad y me dé elocuencia! Como bonita, sigue como un lucero.

Por la derecha llega Rosa Luisa, mujer de graciosa belleza y de alegre espíritu.

ROSA LUISA. ¡Jesús, Dios mío! ¡Viajar sería el mayor de los placeres del mundo, si no hubiese que hacer equipajes! ¡Dichosos baúles! ¡Cuánto trapo para quince días! Me faltan las fuerzas.

EUGENIO. Pero, oye, Rosa Luisa: ¿te vas de veras esta tarde?

ROSA LUISA. Sí, hombre.

EUGENIO. ¿En serio?

ROSA LUISA. En serio. ¿Por qué había de decirte una cosa por otra?

EUGENIO. Como has sido siempre tan burloncilla…

ROSA LUISA. Eso era antes; en *nuestros tiempos.* Ahora, Eugenio, me he vuelto la criatura más formal que puedes figurarte.

EUGENIO. Lo celebro. En mí también se ha operado un cambio profundo.

ROSA LUISA. ¿En ti? Déjame que me ría.

EUGENIO. Ríete cuanto quieras, pero tú has de verlo.

ROSA LUISA. Mamá me ha encargado que no vayas a despedirte de ella a la francesa.

EUGENIO. ¿A la francesa?… ¿Despedirme?… ¡Ya verás, ya verás! Los tres nos vamos a reír mucho.

ROSA LUISA. Menos mal. ¿Traes títeres contigo?

EUGENIO. Traigo lo que traigo. ¿Ves la transformación tuya y la mía, a que acabamos de referirnos? Pues no son nada junto a la que mis ojos ha sufrido tu madre: le he visto hoy una cara de suegra que no le había visto jamás.

ROSA LUISA. Quizá la tenga; pero lo raro es que seas tú quien la note.

EUGENIO. Espérate un poquito. ¿Y tu padre? ¿No os ha acompañado?

ROSA LUISA. ¡Ca, hijo! No ha podido, el pobre. Ese Supremo le da mucho que hacer.

EUGENIO. Todo sea por Dios. ¡Salud mil años para el ilustre jurisconsulto, benemérito de la patria, autor de tus días!

ROSA LUISA. ¡Salud!

EUGENIO. ¿La que toma estas aguas es tu madre, por de contado?

ROSA LUISA. Mi madre.

EUGENIO. Y ¿le prueban bien?

ROSA LUISA. Muy bien. Ya hace cinco años que venimos… Eugenio. ¿Cinco años? Eso hará, poco más o menos, que yo dejé de verte.

ROSA LUISA. Eso hará cuando tú lo dices.

EUGENIO. Tú ¿no te acuerdas?

ROSA LUISA. No he pensado en ello, la verdad.

EUGENIO. ¡Cinco años! ¿Quién había de decirme que a los cinco años de no vernos, de no saber de ti siquiera, iba yo a buscarte con esta ansia, con este afán?… Estás preciosa.

ROSA LUISA. ¡Pchs!

EUGENIO. Tú sabes que me has gustado siempre.

ROSA LUISA. Lo sé, lo sé… Siempre te he gustado. ¡Qué piropos a cada instante, qué galanterías!… ¡Cómo me buscabas entre todas!… No podías ocultar tu preferencia.

EUGENIO. Ni tenía por qué.

ROSA LUISA. Ni tenías por qué.

EUGENIO. Y, sin embargo, nunca llegué a decirte que te quería.

ROSA LUISA. Nunca.

EUGENIO. ¿Cómo te explicas esto?

ROSA LUISA. Muy fácilmente: si me hubieras querido, me lo hubieras dicho.

EUGENIO. No; pues no es eso. Te quería… y no te lo decía.

Rosa Luisa. Poquedad de genio, tal vez.

Eugenio. No te burles.

Rosa Luisa. No te burles tú… de quien ya te has burlado bastante.

Eugenio. ¿Yo, Rosa Luisa?

Rosa Luisa. ¡Tú, Eugenio! Si no quieres llamarle burla, llámale como quieras. Pero ¿qué ha sido nuestro trato sino eso: burla por tu parte… y tolerancia por la mía? Tú, manifestando a todas horas una predilección por mí que alejaba de mi lado a otros hombres; yo, consintiéndola y agradeciéndola, con una esperanza natural… que nunca llegó a realizarse. Hasta que me desengañé del todo.

Eugenio. ¿Del todo?

Rosa Luisa. ¡Calcula! Por mucho que ello me halagara, tonta de caerme no soy. Cuando hace más de cinco años me volviste temporalmente otra vez la espalda, yo te la volví para siempre.

Eugenio. ¿Crees tú?

Rosa Luisa. ¡Ea! —como dice Carmela, la camarera, cuando a su juicio ya no hay más que hablar.

Eugenio. Pues en este caso retira el ¡ea! porque sí hay más que hablar.

Rosa Luisa. A ver, hombre, a ver. Habla, habla mucho. No me apures más tiempo. Mira que tengo el corazón como el de un pájaro en la mano. ¡Jesús! ¡Santo cielo! ¿A qué vendrá de pronto este perdido?

Eugenio. ¿Perdido?

Rosa Luisa. ¡Cinco años sin dar cuenta de tu persona!

Eugenio. ¡Ah, vamos! Perdido en el mejor sentido de la palabra.

Rosa Luisa. ¿Qué traerá aquí al cabo del tiempo? ¿Qué venate le ha dado? ¿A qué esta prisa por hablarme inmediatamente?

Eugenio. Rosa Luisa, no dejo de percibir el tonillo de broma que das a tus palabras. Lo merezco, sin duda. Por mi pasado contigo, lo merezco. Pero tú verás cómo mis aparentes frivolidades tenían una raíz sana en mi corazón: una raíz que germina ahora. Óyeme sin desconfianza. Te juro que está en mis labios mi conciencia: yo me quiero casar.

ROSA LUISA. ¡Ea!

EUGENIO. ¡Sin ea! ¡Me quiero casar!

ROSA LUISA. Bien hecho. Ya es hora de que sientes la cabecita.

EUGENIO. ¡Ya es hora! ¿Estamos conformes?

ROSA LUISA. ¡Conformes!

EUGENIO. Me quiero casar, y muy pronto.

ROSA LUISA. Cuanto antes, mejor. ¿Tienes novia? Eugenio. ¡Te tengo a ti!

ROSA LUISA. ¿A mí?

EUGENIO. A ti.

ROSA LUISA. ¿Qué me tienes a mí? A mí ahora me tienes delante, pero nada más.

EUGENIO. ¿Cómo nada más?

ROSA LUISA. Nada más. ¿No has oído lo que te he dicho? ¿Es que iba a estar esperándote la vida entera? Mucho vales tú; pero tanto como para sacrificarte mi vida, no. Ni tú ni ninguno vale eso. ¡Qué egoísta presunción! «Allí está aquélla para cuando a mí se me antoje ir a buscarla. Mientras tanto, que no haga asco a nadie y que aguarde a que yo me canse de correr por el mundo». ¡Bonita posición espiritual!

EUGENIO. No me digas eso, Rosa Luisa: yo no he pensado jamás así.

ROSA LUISA. Pues todavía peor si lo haces sin pensarlo; porque el azar te empuje… o por lo que sea. Compréndelo, Eugenio.

EUGENIO. Lo comprendo todo, Rosa Luisa, y te pido perdón. Disculpa mi ligereza, mi inconsciencia; olvida lo que fué, ya que ni tú ni yo somos ahora los mismos. No trato de justificarme. Aquí no hay más que un hecho transparente: que al sentir con vehemencia, por distintas causas, el deseo de unirme en la vida a una mujer, no he pensado en otra más que en ti.

ROSA LUISA. Muchas gracias, hombre. Pero… *lasciate ogni speranza.*

EUGENIO. ¿Qué?

ROSA LUISA. *Lasciate ogni speranza.* Te hablo en italiano, porque como vienes de Venecia…

EUGENIO. ¿Otra vez la burla? ¿No ves la sinceridad de mi alma en mis ojos?

ROSA LUISA. Sí, hombre, sí la veo: y gracias a ella no voy a ser cruel contigo, como en otra situación lo sería, divirtiéndome de tu salida refinadamente. Mira esta pulsera.

EUGENIO. ¿Qué?

ROSA LUISA. Mira esta pulsera. Me caso a mi vuelta a Madrid.

EUGENIO. ¿Que te casas?

ROSA LUISA. Las señas son mortales; estoy pedida. Si hubieras llegado dos días antes, conoces a mi prometido aquí mismo.

EUGENIO. Y ¿para qué?

ROSA LUISA. Para nada; pero lo conoces.

EUGENIO. ¡Para odiarlo! ¡Maldito sea él!… Y yo, tan confiado, creía… ¡Señor, qué catástrofe más espantosa! ¡Qué derrumbamiento y qué trastorno!

ROSA LUISA. Dispensa que me ría, Eugenio. Te aseguro que me haces gracia.

EUGENIO. ¿Te hago gracia?

ROSA LUISA. ¡Muchísima gracia!

EUGENIO. ¿Muchísima gracia?

ROSA LUISA. ¡Muchísima! ¡Qué extremos tan cómicos!…

EUGENIO. ¡Quizá lo parezcan!… ¡Quizá!… Si tú supieras… Si tú supieras, Rosa Luisa… Pero ¿a qué te voy a contar nada?

ROSA LUISA. ¡Claro!

EUGENIO. Por lo visto te reirías de mí nuevamente, de mi inesperada pretensión, de mi noble anhelo en estas horas, solemnes para mí. ¿Quién es ese intruso que así viene a desquiciarme en este momento?

ROSA LUISA. Ese intruso es un hombre más modesto que tú, más oscuro que tú, más pobre que tú… más feo que tú —ya ves si te hablo con franqueza…— ¡pero que me quiere más que tú!

EUGENIO. ¡No te hagas ilusiones!

Rosa Luisa. Hazte tú las que gustes. Y fastídiate, hijo del alma; pero… haberte decidido antes. Yo espero ser muy feliz al lado de ese… intruso.

Eugenio. ¡No me lo digas!

Rosa Luisa. ¡Ah! ¿Prefieres que sea desgraciada?

Eugenio. ¡No quiero oír hablar de tu dicha lejos de mí!

Rosa Luisa. ¡Castigo de Dios! No disparates más y ven a despedirte de mi madre; que dentro de una hora sale de aquí el coche para la estación.

Eugenio. Y yo detrás de él, como un perro.

Rosa Luisa. Te suplico que no hagas tonterías. Ya se te pasará el berrinche. Ni debes ponerte en ridículo.

Eugenio. *Furioso.* ¡Castigo de Dios, dices bien; castigo de Dios!

Manuel, el jardinero de la fonda, viene por la izquierda con un ramo de flores.

Manuel. ¿Molesto, señorita?

Rosa Luisa. No.

Manuel. ¿Esta tarde se marchan las señoras?

Rosa Luisa. Esta tarde.

Manuel. Hasta el año que viene, si Dios quiere.

Rosa Luisa. Eso es; si Dios quiere.

Manuel. Pos tome usté, pa que yeven flores en er camino.

Rosa Luisa. Muchas gracias, Manuel. Son hermosas. Mira qué ramo más bonito, Eugenio.

Eugenio. *Maquinalmente.* ¡Muy bonito!

Manuel. ¡Lo que cría la tierra!

Rosa Luisa. *A Eugenio.* Dale un duro a este hombre.

Eugenio. ¿Eh?

Rosa Luisa. Que le des un duro. Ahora te lo devolveré.

Eugenio. ¡Ah! Entendí: «dale un tiro». ¡Y no es a él precisamente a quien se lo daría!

Rosa Luisa. ¡Ja, ja, ja!

Eugenio. Tome, amigo.

Manuel. No se moleste usté, señorito.

Rosa Luisa. Tómelo, tómelo: que a usted le hace más falta que a él.

Manuel. Grasias, señorita. Y que sea enhorabuena, señorita.

Eugenio. ¿Cómo?

Manuel. ¿Es pronto la boda?

Eugenio. ¿Qué dice este hombre?

Rosa Luisa. No es mi novio, Manuel. Mi novio es el que anteayer se marchó.

Manuel. ¡Ah! Disimule er señorito.

Eugenio. Ya disimulo lo que puedo; pero no me sirve. Me sale a la cara la envidia.

Rosa Luisa. Anda, vamos a ver a mamá, envidioso, embustero.

Eugenio. ¡Y esto encima!

Rosa Luisa. ¡Lo que se va a reír ella cuando yo le cuente…!

Eugenio. ¿Además? ¿La risa de la *suegra*, además?

Rosa Luisa. ¡Claro, hombre, claro! ¡La suya y la mía! ¡La de todos! ¿No te ríes tú también?

Eugenio. ¡Yo, no!

Rosa Luisa. Pues sube y mírate al espejo, y en cuanto te veas la cara de náufrago que tienes ahora, sueltas el trapo como yo. ¡Ja, ja, ja!

Vase por la derecha, riéndose.

Eugenio. *Siguiéndola, con las orejas gachas.* ¡Bien está! ¡Me ha tocado perder esta vez!

Manuel. Pos mejó pareja hase la señorita con éste que no con el otro. *Lía un cigarrillo.*

Llega Quinita por la izquierda, como abstraída, pero mirando hacia el sitio por Donde Eugenio y Rosa Luisa se alejaron. Se sienta, y murmura entre sí:

Quinita. ¿Será más dichosa que yo?

Levanta los ojos y advierte entonces la presencia de Manuel, que la contempla.

Manuel. Buenas tardes, señorita.

Quinita. Buenas tardes.

Manuel. La señorita ¿dijo argo?

Quinita. No.

Manuel. Yo soy, pa servirla, er jardinero de la casa. ¿A la señorita le agradan las flores?

Quinita. Mucho.

Manuel. Pos tos los días cuidaré yo de escogerle a la señorita un manojo. Ahora que hay poco personá pué uno dejarse í… Cuando está la fonda yena, no es posible. ¿La habitasión de la señorita es er número 7?

Quinita. El número 7.

Manuel. Es mu seria la señorita.

Quinita. *Sonriéndole.* No.

Vuelve Don Norberto Gómez a cruzar por el fondo, en sentido contrario que antes.

Manuel. *Cuando desaparece.* Este cabayero sí que es serio. Y reservao. Ni er padre Cristino lo hase hablá. No suena. No se le oye más que por las noches, que ronca sirbando. Paese un mirlo. ¿La señorita no lo ha visto tomá el agua?

Quinita. No.

Manuel. Pos es un cuadro. La toma así: se arrima ar maniantá, junta los pies, se pone mu serio frente ar grifo, y sebe seis vasos seguíos como si los echara en una tinaja.

Quinita. ¡Ja, ja, ja!

Manuel. Con permiso de la señorita.

Se va por la derecha. Simultáneamente sale por la izquierda Fray Cristino.

Fray Cristino. ¿Qué le decía a usted ese perillán?

Quinita. Nada; me ha ofrecido unas flores.

Fray Cristino. A la que salta, como siempre. Fuerza es contentar a los pocos agüistas que hay. Hace bien. Es buen hombre, no. Esto es aparte de toda broma. Y yo le estoy agradecido. En esa ermita Donde digo la misa, nunca me faltan flores. *Pausa.* Qué, ¿no se anima usted a dar el paseo?

Quinita. No, padre. Estoy cansada. Un viaje me agota para varios días.

Fray Cristino. Entonces… Pero ¿me deja usted que me lleve al esposo? ¿No lo toma a mal?

Quinita. No, señor.

Fray Cristino. No es más que media hora. Charlar y discurrir un rato por estos olivares. Otro día, sí: con más tiempo que hoy, iremos al convento. Verán ustedes qué curioso: por la situación, que es de privilegio, y por los tesoros que guarda La imagen de Nuestra Señora de la Azucena, es de Montañés. ¡Portentosa escultura! Ya les explicaré; ya les contaré leyendas y milagros. Nuestro fundador pasó por estos lugares y dijo, con intuición profética: «¡Aquí ha de ser Dios alabado!». Y lo fué, y lo es, y lo será… En el siglo XV… Por más que si se lo cuento a usted ahora… Voy, que me aguarda allí su marido.

Quinita. Una palabra, padre.

Fray Cristino. ¿Qué, hijita mía?

Quinita. Que no debo mantener más tiempo este equívoco. No estaría bien. Como motivo de risa entre Manrique y yo, pase; pero nada más. Manrique… no es mi marido.

Fray Cristino. ¿Cómo que no?

Quinita. Como que no: es mi hermano.

Fray Cristino. ¡Caramba! ¡Por eso me lo dejaba usted ir tan a las buenas!

Quinita. Por eso sería. De primera impresión, todo el mundo nos cree matrimonio. Y a él le divierte. Pero bien está ya. Ante una persona como usted…

Fray Cristino. ¡Pues ahora soy yo quien va a embromarlo! Hasta pronto. Digo hasta pronto, porque he de volver a desdecirme de esas señoras

que se marchan luego. Adiós.

Quinita. Adiós, padre.

Fray Cristino. *Retirándose por Donde salió.* ¡Ya voy, ya voy! ¡Me he entretenido de parla con *su esposa*!

Quinita. *Después de un silencio.* Acabará por tener razón Manrique: esta soledad… ¡Qué desazonada me siento, Dios mío!

Viene por la derecha, corriendo, Carmela. La sigue, como jugando con ella, Pepete. De pronto reparan en Quinita, y el júbilo se trueca en azoramiento y seriedad.

Carmela. ¡Que no eres tú er que me coge a mí esta tarde, Pepete!

Pepete. ¿Conque no?… ¡Buh!

Carmela. ¡Huy!… ¿Ya… yamaba la zeñora?

Quinita. No.

Carmela. Me había querío parecé.

Pepete. Nos había querío paresé.

Quinita. No, pues no llamaba. Pero ya veo que se dan ustedes mucha prisa a servir.

Carmela. ¡Ea!

Pepete. ¿La señora sabe que se toca una campana pa la comida?

Quinita. Sí.

Pepete. Tres toques: a las siete y media er primero, a las ocho menos cuarto er segundo, y a las ocho er tersero.

Carmela. ¡Iguá que en er teatro! ¡Iguá!

Sale, también por la derecha, Eugenio, entristecido. Se dirige a Pepete.

Eugenio. Muchacho.

Pepete. Señorito.

Eugenio. Dile a mi *chauffeur* que saque el coche y que recoja mis maletas.

Pepete. ¿Se marcha er señorito?

Eugenio. Sí.

Pepete. Poco tiempo ha estao.

Eugenio. Poco tiempo.

Pepete. Carmeliya: ven tú a ayudarme a dá esa rasón.

Carmela. ¡Ea!

Se van por la izquierda conteniendo la risa.

Eugenio. ¿Y Manrique?

Quinita. Con Fray Cristino se ha ido a pasear.

Eugenio. Y ¿cómo la ha dejado a usted?

Quinita. Porque él tenía ganas de andar y yo no.

Eugenio. Y usted no le ha permitido sacrificar las suyas.

Quinita. Justo.

Eugenio. ¿Desea usted estar sola, quizá?

Quinita. No, señor.

Eugenio. ¿Me consiente usted que le haga compañía?

Quinita. Y aún me complace. Si a usted no le perturba nada el hacérmela…

Eugenio. Nada. Y, aunque así fuese…

Quinita. Eso, no.

Eugenio. Pero no me perturba nada, repito. *Pausa breve.*

Quinita. Pronto nos deja usted.

Eugenio. Bien a pesar mío.

Quinita. ¿Sí? Pues ¿no se va usted detrás de su amor?

Eugenio. ¡No, señora! Mi amor se va por un camino y yo por otro.

Quinita. Eso no significa nada, si han de encontrarse ustedes al postre.

Eugenio. ¡Quiá! Nos separamos definitivamente.

Quinita. ¿Sí?

Sin saber aún por qué, ella se alegra de esto.

Eugenio. Sí. La culpa es mía: no la he de echar a puerta ajena. Yo le parezco a usted un ser inteligente, ¿verdad? ¡Pues soy un pedazo de atún!

Quinita. *Riéndose y dejando escapar en su risa su instintiva alegría.* ¡Qué ocurrencia!

Eugenio. ¡Un pedazo de atún! ¿A quién se le ocurre querer a una mujer, y alejarse de ella sin decirle palabra, y llevarse cinco años sin verla ni escribirle, y a los cinco años venir a echarse a sus pies de rodillas, como si en la tierra no hubiese para ella otro hombre que yo? ¿Hay vanidad más insensata? ¿Se concibe estrechez igual de cerebro? ¡Qué había de ocurrir! ¡Lo que ha ocurrido! ¡Que está en vísperas de casarse con otro! Señora, amparado en la amistad que me liga a Manrique, le suplico a usted que me insulte. ¡Insúlteme usted!

Quinita. ¡No, en mis días! Lo que hago es compadecerlo a usted cordialmente.

Eugenio. ¡Ay, la compasión! ¡La limosna de los dichosos! Dios se la pague.

Quinita. ¿Usted quería mucho a esa mujer?

Eugenio. No me atrevo a decir que sí: creía quererla. Vivía confiado en que, más temprano o más tarde, sería para mí. Nunca he pensado en otra, al menos.

Quinita. Ya. ¡Nunca ha pensado en otra!

Eugenio. Para hacerla mi compañera, nunca.

Quinita. ¡Y la pierde de pronto!

Eugenio. ¡Cuando venía por ella!

Quinita. ¡Qué lástima! Sí que merece usted compasión. La compasión de quien sabe entrar en lo que compadece.

Eugenio. ¿Ve usted? He aquí una de mis cosas extraordinarias. ¿No es esto extraordinario?

Quinita. No, no lo es tanto; no, señor.

Eugenio. Perdone usted. Yo le concedo que no lo sea, desde luego, que una mujer se quede compuesta y sin novio; pero ¡un hombre compuesto y sin

novia!… ¡Vamos! ¡Tenía que sucederme a mí! Además… por las circunstancias en que me sucede: ¡que éstas sí que son excepcionales!

Quinita. ¿Excepcionales?

Eugenio. Fantásticas, amiga mía; novelescas. Ahora le contaré. Quiero primero preguntarle una cosa que me ha venido al pensamiento. Me alegro de que no esté Manrique.

Quinita. ¿Cómo?

Eugenio. Que celebro que no esté su esposo, porque…

Quinita. Le diré a usted, antes de pasar adelante…

Eugenio. Diga usted.

Quinita. *Arrepintiéndose de su intención.* No; hable usted primero: no se le vaya a escapar su idea.

Eugenio. Es a propósito de una frase anterior: compuesta y sin novio.

Quinita. ¡Ah!

Eugenio. Yo no sé si seré indiscreto; pero me interesa… Llegó a mis oídos, no recuerdo cuándo ni cómo, que justamente una hermana de Manrique había sido víctima…

Quinita. Sí.

Eugenio. ¿Es cierto?

Quinita. Es cierto. La dejó su prometido al pie del altar.

Eugenio. ¡Qué salvaje! Discúlpeme usted: soy muy espontáneo.

Quinita. Peor es eso que lo que a usted le ha sucedido.

Eugenio. ¡Peor!

Quinita. Será más vulgar, pero es peor cien veces.

Eugenio. Y ¿qué causas hubo?

Quinita. ¡Causas!… ¡Vaya usted a saber! Da frío recordarlas… Fueran las que fueran, en el fondo de todo, una falsedad, una traición de muchos años.

Eugenio. Es absurdo. ¿Cómo puede esperarse a ese momento para huir? ¡Cobardía más estúpida! ¡Crueldad más grande!

Quinita. ¿Usted no las concibe?

Eugenio. No me tengo por ningún santo; pero no, señora; no las concibo.

Quinita. Pues si a usted, que es hombre, le estremece penarlo tan sólo, imagínese a mí…

Eugenio. Ya advierto que le afecta a usted mucho. Por algo temía una indiscreción…

Quinita. *Turbada.* Es que he visto sufrir tanto a Manrique…

Eugenio. ¡Pobre amigo! Y ¡pobre muchacha! No habrá en mucho tiempo consuelo para ella.

Quinita. No lo hay.

Eugenio. ¿Es bonita?

Quinita. *Tras leve vacilación.* No es fea.

Eugenio. ¿No es fea?

Quinita. Así por mi estilo.

Eugenio. ¿Eh? ¡Encantadora entonces!

Quinita. ¡Qué galante!

Eugenio. ¡Doble crimen el de ese bellaco!

Quinita. No, por Dios; el crimen sería el mismo. ¡Pobrecitas feas!…

Eugenio. Es verdad. Asomó el pedazo de atún otra vez. Y vea usted mi carácter; vea usted lo que son mis locuras y mis arrebatos; ¡mis cosas! Yo correría ahora mismo adonde estuviese esa mujer para decirle: «No llores. Te dejó un malvado y un necio. Aquí tienes a un hombre de corazón que te adora».

Quinita. ¡Jesús!

Eugenio. ¿Qué?

Quinita. *Desconcertada.* ¡Mil veces Jesús!

Eugenio. ¿Qué le pasa a usted?

Quinita. *Recobrándose.* ¿Qué me ha de pasar? ¡Que veo que todos los hombres son ustedes iguales!

Eugenio. ¿Cómo? ¿Yo le parezco a usted igual a aquel otro?

Quinita. De la misma casta a lo menos.

Eugenio. ¿Por qué? ¡Eso es un agravio!

Quinita. ¿No me ha pedido usted antes que lo insultara? ¡Pues ahora es cuando viene bien!

Eugenio. Pero ¿es, por ventura, censurable ese arranque mío?

Quinita. ¿No ha de serlo? ¡Revela en usted una liviandad inconcebible! ¡Está usted todavía llorando el fracaso del amor de su vida, ocurrido hace un cuarto de hora, y tiene ánimos para decirme que iría ahora mismo a ofrecerle su corazón a otra mujer a quien no conoce!

Eugenio. ¡Me mira usted con unos ojos!…

Quinita. Los que tengo.

Eugenio. Hermosísimos, con la venia de mi amigo Manrique.

Quinita. Gracias por la lisonja.

Eugenio. Pero no los aparte usted de mí, por favor.

Ya que así me miráis, miradme al menos…

Y considere usted, en mi disculpa, que yo no he dicho que lo haré, sino que lo haría: no he fijado plazo. Ha sido un sentimiento reparador el que me ha movido; de caballero andante. Pero crea usted que estoy a dos dedos de hacer subir su indignación y su enojo contra mí. ¿Qué pensaría usted si en efecto me determinase en el acto a poner por obra lo que antes dije? ¿Qué pensaría usted?

Quinita. *Sobresaltada.* ¿Yo?

Eugenio. Usted, sí: usted que me ha acusado, un tanto irreflexivamente, comparándome con un hombre a quien no puedo parecerme yo nunca. ¡Nunca! ¡Usted no me conoce a mí! ¿Dónde está esa mujer desdichada?

Quinita. ¡Qué sé yo!

Eugenio. ¿No lo sabe? Es extraño.

Quinita. Sí, señor; sí lo sé; pero…

Eugenio. ¿No quiere decírmelo?

Quinita. Ahora, no…

Eugenio. ¡Me lo dirá Manrique!

Quinita. Él allá.

Eugenio. Tal vez los hechos, y las críticas circunstancias que me envuelven, me hayan dado ante usted una apariencia temerosa… Usted está a punto de creerme un chiflado: su rostro roe lo dice. Esta exaltación que me posee, comprendo que puede traducirse en descrédito de mi persona. Pero no estoy loco, no; estoy… estoy…

Quinita. Está usted medio loco.

Eugenio. No diré que no. Y si usted se presta a escucharme, quizá se haga cargo y me absuelva. ¿Se presta usted?

Quinita. Me estoy prestando hace ya un ratito.

Eugenio. Me aseguró usted que le complacía.

Quinita. A veces dice una más de lo que quiere.

Eugenio. ¿Cómo debo entender yo eso? ¿Me marcho?

Quinita. ¡De ninguna manera! No lo interprete usted tan radicalmente. Es más: ahora ya le ratifico que me complace oírlo. Aunque sea a título de curiosidad. No es usted un hombre corriente.

Eugenio. Menos mal si le divierto a usted. Oiga ahora un cuento muy largo en dos palabras.

Quinita. Ya oigo.

Eugenio. ¡Parece que nos conocemos hace veinte años!

Quinita. Pues casi no hace más que veinte minutos.

Eugenio. ¿A que no acierta usted por qué tengo tanta prisa en casarme?

Quinita. Yo ¿cómo he de acertar?…

Eugenio. Pues, sencillamente, porque si no me caso en seguida, pierdo una fortuna incalculable y un título de muy alta nobleza.

Quinita. ¡Qué raro!

Eugenio. Rarito, rarito. Yo soy sobrino del marqués de los Lares del Rey. Este honroso título y los millones de pesetas anejos a él, era un acuerdo familiar que yo habría de heredarlos a la muerte de mi pobre tío. Mis padres se fueron de este mundo, dichosos con la idea de que su hijo sería alguna vez

el marqués de los Lares del Rey. El culto de mis padres, muertos cuando yo era un chicuelo, alumbra como una estrella mi alma, me acompaña en la vida. Algo sabe Manrique de esto. Pues bien: hace quince días me enteré en Italia, por una confidencia secreta, de que a mi tío, ya viejo y caduco, le han torcido la voluntad unas buenas almas, y ha otorgado nuevo testamento, condicionando la magna herencia en términos que casi constituyen un despojo.

Quinita. ¿Pues?

Eugenio. No se me niega el título ni el caudal; pero es condición inexcusable para que a mí vengan, que he de contraer matrimonio antes de cumplir treinta años. Si no, todo va a parar a otra persona.

Quinita. ¡Ya! *Mirándolo mucho.* ¡Treinta años!… Y por lo visto…

Eugenio. ¿Comprende usted que esté tan nervioso?

Quinita. Lo comprendo, sí. Porque… De ahí que haya usted venido tan rápidamente en busca de…

Eugenio. Yo a ella, por supuesto, no le he dicho ni una palabra de este asunto. Hubiera sido una indelicadeza. Aparte de que ni ella ni ninguna otra deseo yo que me quiera por lo que vaya a ser, sino por lo que soy.

Quinita. ¡Bendito sea Dios! ¡Qué cosas ocurren! ¡Se ha de casar antes de cumplir treinta años!… Y ¿por qué habrán fijado esa edad? ¡Precisamente treinta años!

Eugenio. ¡Toma! ¡Por apretar más los tornillos! ¡Por hacer las cosas muy difíciles, en el caso de que yo me enterara a tiempo! ¡Por despojarme sin remisión, en una palabra! Le juro a usted que —yo no soy hipócrita— título y hacienda me interesan mucho; pero ahora me importaría más que todo poder burlar a los que así han pretendido burlarme. ¡Gente ruin!…

Quinita. *Después de una pausa.* ¿Cumple usted muy pronto los treinta años?

Eugenio. Muy pronto.

Quinita. ¿Cómo cuándo?

Eugenio. Pasado mañana.

Quinita. *Levantándose sin poder remediarlo.* ¡En el nombre del Padre!

Eugenio. ¿Qué?

Quinita. ¡Imposible!

Eugenio. ¿Cómo imposible? ¿Represento menos?

Quinita. ¡No es eso! ¡Sí que le pasan a usted cosas novelescas! ¿Cómo se va usted a casar de aquí al domingo, si no tiene novia todavía?

Eugenio. ¡Por eso la busco como la busco! ¡Y por eso le he podido parecer a usted loco!

Quinita. ¡Y por eso lo está!

Eugenio. ¿Qué lo estoy?

Quinita. ¡No lo dude usted! ¿En qué cabeza cabe…? *Vuelve Pepete por Donde se marchó.*

Pepete. Señorito: el equipaje está ya en er coche, y er coche a la puerta der jardín.

Eugenio. Bueno.

Se retira Pepete.

Quinita. ¿Corre mucho el automóvil de usted?

Eugenio. Corre bastante; pero, como ve usted, todo es poco.

Quinita. ¿Dónde va usted ahora?

Eugenio. A Sevilla. Vive allí —¡o vivía!— una prima lejana por parte de mi madre, preciosa criatura, con quien también coqueteé un poquitillo… ¡A ver si por casualidad está soltera!

Quinita. ¡Será difícil!

Eugenio. ¡Lo probable es que me la encuentre con tres o cuatro hijos!

Quinita. ¡O viuda!

Eugenio. ¡Del mal, el menos!

Quinita. ¡Lo veo a usted echando un pregón!

Eugenio. ¡No! ¡Eso, jamás! Antes pierdo, no ya un título y una herencia: ¡hasta mis apellidos! En fin, dejo a usted. Bastante monserga le he dado.

Quinita. *Tras otra pausita.* ¿No aguarda a Manrique?

Eugenio. No. No tengo tiempo que perder. Ya lo buscaré para darle un abrazo. Quiero, además, felicitarlo calurosamente por la esposa que le ha dado Dios. *Quinita hace intento de hablar, pero calla.* ¿Qué iba usted a decirme?

Quinita. Nada… Iba a agradecerle… sólo a agradecerle sus flores… Pero no insista usted en mi alabanza.

Eugenio. No insistiré, si usted no quiere. Lo cual no quita, es claro, que envidie en mi fuero interno a Manrique. ¡Hombre afortunado si los hay! Adiós, amiga mía.

Quinita. Amigo mío… ¿Sabremos de usted? ¿De su matrimonio fulminante?

Eugenio. Prometo que sí.

Quinita. ¿Se celebre o no se celebre?

Eugenio. De todos modos. Si a usted le interesa el final…

Quinita. Me interesa.

Eugenio. Sí; lo comprendo… Por lo singular… por lo inaudito…

Quinita. Por muchas cosas juntas.

Eugenio. Pues corresponderé a ese interés. Sabrá usted el desenlace de la historia.

Quinita. Gracias.

Eugenio. Adiós.

Quinita. Adiós.

Eugenio. No sé qué me pasa que no sé irme. Adiós, en fin.

Se marcha por la izquierda, volviéndose a mirarla una vez antes de alejarse. Quinita, algo conmovida e inquieta, siente impulso de detenerlo, que al instante refrena, exclamando a modo de reproche a sí misma:

Quinita. ¿Para qué decirle quién soy?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar del acto segundo. Es el amanecer del siguiente día. Aún brilla alguna estrella en el cielo.

Óyese la voz de una Zagalilla que canta en el contorno.

ZAGALILLA.

Ya se va la noche beya;
ya viene alumbrando er día.
¡No queda más que una estreya!
Ésa es la tuya y la mía:
¡vámonos los dos a eya!

Por la izquierda aparece Eugenio, y por la derecha, simultáneamente, Manuel.

MANUEL. Buenos días, señorito.

EUGENIO. Buenos días.

MANUEL. Mucho se madruga.

EUGENIO. Para ver si me ayuda Dios.

MANUEL. Yo pensé que er señorito se había ido ayer tarde. Eugenio. Y me fui. Creyendo que me iba del todo… Pero volví a la media hora.

MANUEL. ¿Se le orvidó a usté argo?

EUGENIO. Sí.

MANUEL. ¿Y se acordó usté a tiempo?

EUGENIO. Sí. ¿Quién cantaba?

MANUEL. Pepiya la der tinajero, que vive ahí ar lao. Una sagaliya que es una alondra.

EUGENIO. ¡Ya, ya! ¡Qué coplas más bonitas se cantan por aquí!

MANUEL. Y tos los días, nuevas: ¡sin que las siembre nadie! Eugenio. ¡Hermosa mañana! Aquel pradecillo de margaritas, a esta luz, parece de nieve, ¿verdad?

MANUEL. De nieve pura; tiene rasón er señorito. *Sorprendo, mirando hacia la derecha.* ¿A vé? ¿Quién viene?

EUGENIO. Una de las viajeras que llegaron anoche.

MANUEL. ¿Anoche yegó gente?

EUGENIO. Sí: a las dos largas. En el expreso de Madrid, que traía retraso.

MANUEL. A esa hora estaba yo en siete sueños.

EUGENIO. Y todo el mundo en el hotel. Pero yo velaba en mi cuarto, y los vi llegar.

MANUEL. Esta señorita irá a misa de arba: a la der fraile.

EUGENIO. Se lo preguntaremos.

MANUEL. También madruga.

EUGENIO. Querrá también que le ayude Dios.

MANUEL. Pos ca uno a lo suyo. Er señorito ¿me manda arguna cosa?

EUGENIO. Por ahora, nada.

MANUEL. Con er duro que ayer tarde me dio er señorito le compré unos sapatitos a mi Antonio.

EUGENIO. ¿Quién es su Antonio?

MANUEL. El úrtimo que tengo; er chipelín. Pero hasta er día der Corpus no quié la madre que los estrene.

EUGENIO. ¿Hasta el día del Corpus?

MANUEL. Ya está serca. Por mucho que le crezca er pie de aquí a entonses…

EUGENIO. Sí…

Manuel. Con Dios, señorito.

Se va por la izquierda.

Eugenio. Adiós, hombre, adiós. *Viendo acercarse a la viajera, dice entre sí:* Me enteraré de todo lo que me importa. *Sale nuestra amiga. Cristobalina, de velito. Trae un devocionario en la mano.* Buenos días.

Cristobalina. Buenos días.

Eugenio. *Aprovechando una pequeña vacilación de ella.* ¿Desea usted algo, señorita?

Cristobalina. No, señor, no… Es decir… Me dijo anoche el camarero… ¿Usted sabe dónde se dice la misa de alba?

Eugenio. Sí, señora: en aquella ermita. Desde aquí se ve. Cristobalina. Sí, sí. Gracias, caballero.

Eugenio. Pero aún es pronto. Todavía no ha salido para allá el fraile que la dice. Vive aquí en la fonda. ¿Usted llegó anoche de Madrid?

Cristobalina. Sí, señor; anoche.

Eugenio. ¿Con su hermana?

Cristobalina. *Perpleja.* Con una de mis hermanas, sí, señor.

Eugenio. Cabal: con Doña Trenza.

Cristobalina. ¿Eh?

Eugenio. Usted es, si yo no me engaño, la tía joven de Quinita Flores.

Cristobalina. Justamente. ¿Conoce usted a mi sobrina?

Eugenio. La conozco. Pero sobre todo a Manrique. Somos muy amigos. Estoy al cabo de la calle.

Cristobalina. Ya.

Eugenio. ¿Con ustedes viene el novio famoso?

Cristobalina. *Apesadumbrada.* ¡Sí, señor! ¡Viene con nosotras!

Eugenio. Pero Quinita y Manrique lo ignoran absolutamente.

Cristobalina. Absolutamente. Ésta era la única manera de sorprenderlos, según piensa mi hermana. Cuando llegamos nosotros anoche, ellos ya estaban recogidos. Así que se levanten luego, se encontrarán con esta bomba. Ni mi hermana ni yo hemos podido pegar un ojo Yo voy ahora a la

iglesia a pedirle a Dios que nos saque con bien del lance. ¡Ay, qué vida, señor, qué vida!

Eugenio. Supongo que el novio habrá tomado billete de ida y vuelta.

Cristobalina. ¿Por qué?

Eugenio. ¡Porque va a perder el viaje!

Cristobalina. ¿Usted cree?

Eugenio. ¡Estoy segurísimo! Quinita lo detesta. El amor que le tuviera un día se ha convertido en repulsión.

Cristobalina. ¡Claro! ¡Yo estoy también segura de ello! He venido por acompañar a mi pobre hermana, que no se resigna al fracaso de sus ilusiones, y que está muy quebrantada además. Él jura y perjura que la causa de su abominable proceder ha desaparecido por completo. ¿Y qué, que haya desaparecido? La herida ya está hecha. Es mal que no tiene remedio.

Eugenio. No lo tiene.

Cristobalina. ¿Opina usted lo mismo que yo?

Eugenio. Y lo mismo que toda persona que juzgue el caso con imparcialidad.

Cristobalina. Yo creo que ese muchacho debía ya convencerse de su error, resignarse… y aun pensar en otra mujer. *Se alude vagamente.* La mancha de la mora… ¿Ha hablado usted mucho con Quinita?

Eugenio. ¡Mucho! La conocí ayer tarde: no sabía quién era, y me marchaba indiferente de este pueblo. Supe luego de ella por su propio hermano, y volví. ¡Cuánto se puede hablar con una mujer en una noche de primavera! Cuando ella se retiró a su alcoba a descansar, éramos ya íntimos amigos: nos tuteábamos. Yo tampoco he podido dormir.

Cristobalina. ¡Jesús! ¡Jesús! *Sonriente.* Ahora comprendo… ¡Ahora comprendo por qué asegura usted que Amalio va a perder el viaje! ¡Ánimas benditas! Voy a rezar, voy a rezar…

Eugenio. La guiaré a usted hasta la ermita, si me lo consiente.

Cristobalina. No se moleste usted. Eugenio. No es molestia ninguna. Cristobalina. Muchas gracias.

Eugenio. Dicen que ese Cristo es muy milagroso. Cristobalina. ¿Sí, eh?

Eugenio. Cuenta y no concluye esta gente…

Se alejan por la izquierda, hacia el fondo. Vuelve a oírse a la Zagalilla de antes.

Zagalilla.

Aquer clavé tempranero
que está entre la sarsamora,
es er clavé que yo quiero,
porque le disen de aurora.
¡Si no me lo dan, me muero!

Vuelve Manuel por Donde se marchó, a tiempo que por la derecha sale Quinita.

Manuel. Así ar pasa he podío cogé más de cuatro cosas. ¡Esto es una novela!

Quinita. No está aquí.

Manuel. Buenos días, señorita.

Quinita. Buenos días.

Manuel. Ahora iba yo a cortá unas flores pa usté. ¡Cuánto se madruga!

Quinita. Al que madruga Dios le ayuda.

Manuel. Así dise er refrán.

Quinita. Y que convida a madrugar la mañana. ¡Qué fresco tan hermoso!

Pasea sus inquietos ojos por el jardín.

Manuel. ¿Busca la señorita a arguien?

Quinita. No. ¿Quién cantaba ahora?

Manuel. ¿Eh?

Quinita. ¿Quién cantaba?

Manuel. Yama la atensión la chiquiya. Una hija der tinajero de ahí junto. ¡Qué pico tiene!

Quinita. Sí que tiene buen pico. Canta que da gloria. Y luego, estas coplas andaluzas, ¡son tan bonitas!

Manuel. Verdá que lo son.

Quinita. *Suspirando con embeleso.* ¡Ay!… Es un encanto este jardín. ¡Cuidado si se ve precioso a esta luz aquel pradecillo de margaritas!

Manuel. ¡Vaya! ¡Ni que fuea una lersión!

Quinita. ¿Qué?

Manuel. ¡Que me está usté disiendo lo mismo y cuasi con las mismas palabras que me acaba e desí er señorito!

Quinita. ¿Qué señorito?

Manuel. ¡Ese señorito tan juncá que vino ayer tarde a las sinco, se fué a las seis y vorvió a las siete! ¡Es particulá!…

Quinita. Se arrepentiría en el camino. O se dejaría olvidada alguna cosa.

Manuel. ¡Eso ha sío lo que yo le he dicho!

Quinita. ¿Sí?

Manuel. Sí. Usté ¿no ha estao escuchando?

Quinita. *Riéndose.* ¿Yo? ¡Qué disparate!

Manuel. ¡Pos es considensia!

Quinita. ¡Ja, ja, ja!

Manuel. Se ríe la señorita.

Quinita. Es que no soy tan seria como usted se pensó ayer tarde.

Manuel. Por lo menos, la señorita se ha levantao más contentiya esta mañana.

Quinita. Más contentilla me he levantado.

Manuel. Le ha cambiao er genio en una noche. ¡Las aguas no puen sé toavía!

Quinita. ¡No he probado una gota!

Manuel. ¡Le echaremos la curpa al aire!

Quinita. Eso: al aire, que en un instante mueve las cosas y las cambia. ¡El aire, el aire!…

Abstraída, se recrea recordando una de las coplas de la Zagalilla.

¡No queda más que una estrella!…
Ésa es la tuya y la mía:
¡vámonos los dos a ella!

¡El aire, el aire!…

Manuel. ¡O er fuego!

Quinita. ¿Cómo?

Manuel. ¡Es argo simpático!

Quinita. ¿Quién?

Manuel. Er señorito de «¿me ves? ¡pos ya no me ves!».

Quinita. ¡Ja, ja, ja!

Manuel. ¿Lo ha conosío la señorita?

Quinita. Verde y con asas… ¿Andaba por aquí?

Manuel. Por aquí andaba. Ahora iba pa ayá, guiando a una señorita forastera.

Quinita. ¿A una señorita?

Manuel. A una señorita que yegó anoche de Madrí. Yegaron dos o tres viajeros.

Quinita. ¿De Madrid?

Manuel. En el espreso de Madrí. Aquer cabayero que ayí aparese debe de sé uno de eyos.

Vuelve Quinita la cara hacia la derecha, y da un grito revelador. Estremecida de arriba abajo, cierra los ojos por no ver lo que ha visto.

Quinita. ¡Oh!

Manuel. *Con solicitud.* ¿Le pasa argo a la señorita?

Quinita. No…

Manuel. ¿Se le ofrese argo?

Quinita. No…

Manuel. *Alejándose discretamente.* Con permiso. *Se va por la izquierda, hacia el foro.* ¡Una novela! ¡una novela!

Quinita. *Angustiada, sobrecogida, con miedo, con rabia, con espanto.* ¡Madre mía! ¿Qué es esto?

Aguarda sin mirar. A poco, por la derecha, aparece Amalio, su prometido, el cual, trémulo y con la vista baja, avanza hacia ella.

Amalio. ¡Perdón! Al volver a verte, ésta quiero que sea mi primera palabra. Temí que no podría pronunciar ninguna.

Quinita. ¡Cuánto mejor hubiera sido!

Amalio. ¿Te enoja que te pida perdón?

Quinita. ¡Me enoja tu presencia! Enojarme es poco: ¡me subleva, me hiere! ¡No pensaba oírte más ni verte más en este mundo! ¿A qué has venido? ¡Mide en tu conciencia, si la tienes, lo que conmigo has hecho! ¿A qué has venido?

Amalio. He venido… porque debía venir.

Quinita. ¿Ahora?

Amalio. Debí venir antes, ya lo sé… pero nunca es tarde para llorar la culpa y para arrepentirse.

Quinita. ¡Según lo que se espere del arrepentimiento!

Amalio. Perdóname. No me hinco de rodillas por no parecerte ridículo.

Quinita. ¡De rodillas me dejaste a mí sola, llorando, cuando yo te aguardaba para unirnos por siempre! ¡Qué honor entonces!… ¡Qué pena de muerte aquellos días!

Amalio. ¿Crees que no lo comprendo? ¿Por qué hice lo que hice, Señor? ¡He llorado mucho después! Todo esto me parece una pesadilla angustiosa. Tienes que perdonarme, Quinita: tú eres buena.

Quinita. Para ti agoté mi bondad.

Amalio. Pero ¿no me perdonas?

Quinita. Mientras te vea, no. ¡Vete, y según te alejes de mí, irás sintiendo mi perdón que te empuja! ¡Vete, vete!

Amalio. Acaso he hecho mal en pedirte perdón sin explicarte antes… sin justificarme en lo posible a tus ojos… Óyeme.

Quinita. ¡No te quiero oír!

Amalio. ¿Ni para apoyar tu perdón?

Quinita. ¡Es mucho más fácil que te perdone sin oírte! ¡Vete, por Dios, vete; no perturbes de nuevo mi vida, que ya no te puede pertenecer!

Amalio. ¿Qué dices?

Quinita. ¿Te sorprende?

Amalio. No sé… Tú tienes razón para todo; pero óyeme. Es voluntad de tu familia, de mi padre, de tu confesor… Debes oírme. Tía Trenza y Cristobalina han venido conmigo.

Quinita. ¿Qué?

Amalio. Sí; llegamos anoche.

Quinita. *Conmovida un momento.* ¡Tía Trenza! ¡Pobre señora!

Amalio. Ella, con su cariñosa elocuencia, te dirá lo que yo sin duda no acertaré a decirte; te persuadirá… Habíamos convenido en que ella te hablase primero que nadie; pero la casualidad ha querido que sea de otra manera. Yo estaba asomado al balcón de mi cuarto, cuando te vi salir al jardín. ¡El corazón me sacudió el pecho, me subió a la garganta!… Corrí a encontrarte sin poder contenerme… ¿No me miras?

Quinita. No. ¿Para qué? ¿Resistirías tú mis ojos si yo te mirara?

Amalio. Quizá no. Ahora, no; más tarde… ¡Ha sido espantosa mi acción! ¡Imperdonable; yo lo considero!… ¡Pero no fuí dueño de mí! ¡Maldita mujer!… Haces bien, Quinita: no me mires todavía, no me mires, aunque me ibas a ver llorando, pero no me mires hasta que me escuches. Tal vez luego me tengas lástima.

Quinita. Ya te he dicho que agoté contigo mi bondad. Me desconozco. Nunca me supuse capaz de tanta indiferencia. A ti se debe: es obra tuya. A mi lado te tengo, como en tantas horas de nuestra vida, y de aquel fuego que yo ponía en quererte, ni las cenizas quedan ya. No son vanas palabras: ¡ni las cenizas!

Amalio. ¿En tan corto plazo ha podido ser eso?

Quinita. Sobran aún todos los días que hace que no nos vemos, Amalio: ¡eso fué en un segundo! Vete; déjame.

Amalio. No será sin que intente remover por mí esas cenizas y echar alguna leña al fuego.

Quinita. ¡Si lo hubiera!…

Amalio. ¡Fuerza será encenderlo otra vez!

Quinita. No te canses.

Amalio. Es por cima de la voluntad de todos, deber mío: necesidad de mi corazón.

Quinita. ¡De tu corazón!

Amalio. De mi corazón, sí; yo no soy malo, aunque haya cometido involuntariamente una maldad. Por un solo hecho, ¿ha de quedar un hombre convertido en otro?

Quinita. Ante alguna persona, sí.

Amalio. Si yo fuera malo y despreciable, ¿me habrías querido tú durante tantos años? ¿me habrían deseado para ti los tuyos? No, no: una falta, si se confiesa, si se comprende, si se abomina de ella, no quiebra una vida; no la cambia de buena en mala.

Quinita. ¡Calla: por favor; te suplico que calles!

Amalio. Déjame que siga, mujer. ¿O es que te duele que me justifique?

Quinita. ¿Justificarte tú? Convéncete, hombre: hay cosas que, cuando suceden, llevan a dos seres a un mundo distinto a cada uno. Y en éste en que yo vivo ahora, en que empiezo a vivir, no me interesa lo más mínimo esa historia que tú quieres contarme en defensa tuya; una historia que he oído ya de cien bocas distintas después de tu huida; de tu infamia. No es nueva para mí tampoco.

Amalio. De mis labios, sí.

Quinita. De tus labios la he debido oír mucho antes de ahora. Y entonces, o nos hubiéramos separado en paz, como amigos —con dolor, pero como amigos—, o nos habríamos querido más como enamorados.

Amalio. Es que tú no sabes… no sabes…

Quinita. Sí sé.

Amalio. No sabes, no… Yo nunca te hablé de ello porque me avergonzaba hablarte; porque no presumí que aquello tuviera raíces; porque

siempre contaba con arrancarlas fácilmente en último caso.

Quinita. Eso, eso; confianza en una libertad que se cree tener por egoísmo, y que de pronto viene la vida a descubrir que no se tiene. ¡La aventurilla de estudiante, que empieza en locura y suele acabar en pesadumbre!

Amalio. Es verdad; eso ha sido todo.

Quinita. ¿Ves cómo lo sé? Unos hombres se zafan de ella y otros no, pero todos son igualmente livianos y perversos. Cuando aquella mujer no estaba ante ti, tú te considerabas libre.

Amalio. ¡Y lo era!

Quinita. ¡No! ¡Ya lo has visto! Ésa ha sido tu equivocación, de que yo al cabo he de alegrarme. *Amalio la mira asombrado.* ¡Alegrarme, sí; no abras con ese espanto los ojos! ¡La cadena que a ti te aprisionaba, me ha libertado a mí! Si no fuera por esta alegría que ahora siento, ¡qué vergüenza me daría recordarlo! ¡Vivías en bochornosa promiscuidad, entre los tirones que te daba la otra, de los cuales imaginabas verte libre a capricho, y mi cariño honrado!… ¡Cómo entiendo ahora tantas cosas!… ¡Y vienes tú, infeliz, a querer borrar en un instante todo eso con unas palabras de arrepentimiento tardío y unas lágrimas!… ¡Vete, vete ya! ¡Ojalá Dios te abra camino! ¡Camino en que jamás has de encontrarme, convéncete!

Amalio. ¿Y si te dijera que el fundamento de todo este mal ya no existe? ¿qué he salido del calabozo? ¿qué soy libre de veras? ¿qué esa mujer está ya muy lejos?…

Quinita. ¡Inútil sacrificio! Lo celebro, sin embargo, si es bien para ti.

Amalio. Y ¿para ti no?

Quinita. Pero ¿te atreves a insistir todavía? ¿No miras cómo me contengo para no exacerbarme? ¡Si es que me repugna remover todo esto y hablarte como te debo hablar! ¡Eres incapaz de ponerte en mí, de sentir por mí, de asomarte a mi alma! ¿Qué me importa de esa mujer? ¡Ya sé que le habéis tapado la boca con dinero y que la enviáis fuera de España! Y ¿qué? Y ¿qué? ¿Es ella, por ventura, la que a mí me ha ofendido, o eres tú? ¡Hipócrita! ¡Cobarde! ¡Éste es el castigo de tu pecado! ¿Tú sabes cómo a mí se me hundió la tierra en aquel instante en que no fuiste al altar en que yo te

esperaba? ¿Tú sabes que me vi morir? ¿Tú sabes que para mí se acabó la vida en un momento? ¡Pues si no lo sabías, ya lo oyes! ¡Te faltaba esto: te faltaba verme llorar ante ti, verme temblar, verme aterrada de pensar que mi vida hubiera sido tuya! ¡Pues ya lo has visto, hombre! ¡Ya no te queda más que ver!

Amalio. A ti, sí; a ti te queda que ver mi angustia, mi desesperación, mi remordimiento; la tristeza que ya me aguarda para mientras viva. ¿Verás todo esto con serenidad? ¿Sabrás dejarme, viéndolo?

Quinita. Dios te remediará, como a mí, si es que lo mereces.

Amalio. *Enternecido.* ¿Es decir, que de aquel cariño de siempre, de aquellas constantes promesas, de aquellos sueños de felicidad, no existe ya nada? ¡Quince años destruidos en un mes!…

Quinita. ¡En un segundo! ¡No lo olvides!

Amalio. *Conteniendo el llanto.* ¡No sabré, no sabré resignarme!… ¡Duro y tremendo es el castigo! ¡No sabré, no podré!… ¡Señor!…

Por la derecha aparece en esto doña Trenza. Quinita corre a ella apenas la ve.

Quinita. ¡Tía Trenza!

Doña Trenza. ¡Hija!… ¡Hija!…

Se abrazan.

Amalio. Ni dándole ese nombre logrará usted conmoverla ni convencerla: abomina de mí.

Doña Trenza. ¡Oh! ¿Querías que te recibiera con ramas de oliva, hombre de Dios? ¡Todo se andará, si Dios quiere! *A un gesto de Quinita.* Sí, Quinita, sí… A mis años, con mis achaques, con mis penas… cuando vengo a buscarte… Tú no me darás una nueva amargura… No, no me la darás. Yo no me iré de aquí sin el consuelo que persigo, sin tu promesa de perdón, sin tu juramento… Las paces, las paces… ¿Quién no las desea?… Es lo que debe ser… Las reclama nuestro buen nombre… la sociedad… la gente… ¡Todo esto es un delirio! *Encarándose con Amalio.* ¿Por qué le has hablado tú antes que yo? Ven ahora conmigo; quiero que Manrique te abrace.

Quinita. *Atónita.* ¿Manrique?

Doña Trenza. Manrique, sí, Manrique… ¿Por qué no? ¿Qué se opone a ello? Habéis de entrar en razón uno a uno. Ven, Amalio, ven… Tú aguarda aquí, niña; aguarda aquí. Hablaremos… Vas a oír por mi boca la voz de tu madre. ¡Si la pobre viviese!… ¡Si hubiera presenciado este escándalo!… ¡Ella, tan mirada!… ¡Jesús!… Es su voz la que vas a oír. Ahora, para empezar, dale la mano a Amalio.

Quinita. ¡No!

Doña Trenza. ¡Niña!

Amalio. ¿Ni la mano siquiera?

Doña Trenza. ¡Vamos, Quinita, vamos!… Sé más generosa… Si tendrá que ser…

Amalio le tiende la mano. Quinita le da la suya un momento con frialdad, violentándose.

Amalio. Quinita…

Doña Trenza. Tendrá que ser, tendrá que ser… Hay que perdonar las torpezas… Las locuras se olvidan, se disculpan… ¡Una flaqueza no es un delito, niña mía! Ven, Amalio, ven… Espérame tú. *Llevándose a Amalio hacia la derecha.* Allí está Manrique… Dios me inspire hasta el fin.

Amalio. ¡El fin ya lo sé yo!… ¡Ay, Doña Trenza! ¡He venido a enterarme de lo que vale, ahora que la pierdo para siempre!

Doña Trenza. ¡No digas simplezas tú también!

Amalio. ¡Usted lo verá!

Desaparecen silenciosos.

Quinita. *Con gran agitación y desconcierto; aterrada, indignada.* ¡Madre mía! Pero ¿qué pretenden de mí? Pero ¿han creído posible…? Pero ¿creen posible…? ¡No, no! ¡Cuentan con todo menos con mi alma! ¡Me asusto de pensarlo! ¡Me ahogo! ¡No, no! *A Eugenio, que llega por la izquierda, anhelante.* ¡Eugenio!

Eugenio. ¡Quinita! ¿Qué tienes? ¡Pero no me lo digas, porque ya lo sé!

Quinita. ¿Lo sabes?

Eugenio. He acompañado a tu tía Cristobalina a la ermita, y hemos hablado mucho. Forma parte de la conspiración, pero no está conforme con ella.

Quinita. ¿De modo que te ha dicho a qué vienen?

Eugenio. ¡Figúrate! ¡A amparar entre todos al que no te quiso!

Quinita. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué razón hay?

Eugenio. ¿Qué razón ha de haber, criatura? ¡Ninguna que así pueda llamarse en verdad! ¡Compromisos sociales, conveniencias, rutinas, mentiras, egoísmos!… ¡Qué absurdo, atender a eso después de lo pasado! ¡La gente es insensata! ¡Aquí no importan más que tu voluntad y tu vida!

Quinita. ¡Y mi voluntad fué la de no volver a ver más a ese hombre! ¡Así se lo pedí a la Virgen de los Dolores aquella mañana! ¡Y mi vida será de cualquiera menos suya!

Eugenio. ¡Tu vida será mía!

Quinita. ¿Tuya?

Eugenio. ¡Mía, sí: mía! ¡Desde anoche lo es! ¡Tú Virgen nos ha reunido en este lugar para que lo sea! ¡Esto ha sido providencial, Quinita; no lo dudes! ¡Bien haya mi suerte cien veces! ¡Ser yo, yo, quien burle a la vez a los que a mí pretendieron burlarme y a los que vienen a secuestrarte a ti! ¿Verdad que soy un hombre dichoso?

Quinita. ¿Dichoso por haberme encontrado?

Eugenio. ¡Por eso sólo lo sería, aunque el encontrarte no me trajera sino tu cariño! Tú eres…

Quinita. ¡Yo no soy más que una mujer atormentada, entristecida, hollada por un desengaño cruel; una mujer que está viviendo unas horas extrañas, nuevas!… ¡Yo nunca pensé que había de vivir estas horas!… Mi corazón desde ayer late de otro modo. Lo oigo sonar dentro de mi pecho: me figuro que canta… pero también siento como que llora… y no sé si es de dolor, de asombro o de alegría. Mis ojos lloran a la vez que mi boca ríe… ¿Qué es esto?

Eugenio. ¡Esto es que me quieres!

Quinita. ¿Que te quiero?

Eugenio. ¡Que me quieres! ¿Qué otra cosa ha de ser? ¡Me lo dijiste anoche!

Quinita. ¿Anoche? ¿Te lo dije anoche?… ¡Anoche te dije tantas locuras!

Eugenio. Ninguna me dijiste. No hiciste más que abrirme tu corazón herido, segura de que yo sabría comprenderlo; llamar a quien podía escucharte. Eso hiciste anoche. Y ahora serías enteramente dichosa, como cuando anoche nos despedimos, si no hubieran surgido de pronto esos fantasmas, esas sombras, esos viajeros a quienes no ha llamado nadie y que vienen por ti.

Quinita. ¡No!

Eugenio. ¡Por ti vienen, Quinita!

Quinita. ¡No me llevarán!

Eugenio. ¡Así lo espero! ¡Esa confianza me sostiene! Pero van a asediarte: van a poner delante de ti todos los días de quince años, y frente a ellos no puedes tú oponerles más que las horas de una noche de luna y de un amanecer.

Quinita. ¡Pues más pueden ya —te lo juro— esa noche y este amanecer, que aquellos quince años sin luz! ¡Y yo creía que no había en el mundo más luz que aquélla!… ¡Inocente! ¿Qué sabía yo de eso?

De derecha a izquierda cruza en este instante Fray Cristino.

Fray Cristino. Buenos días nos dé Dios.

Eugenio. Buenos días, padre.

Quinita. Buenos días.

Eugenio. ¿A su misa, verdad?

Fray Cristino. Sí: allá voy. Con alguna prisa, porque me he retardado. Pero ya me esperarán los fieles. Son pocos y me quieren bien. ¡Casi no he dormido esta noche! Pared por medio de mi alcoba me acomodaron a un viajero que llegó a las tantas, y que se ha pasado la noche hablando solo. No sé qué le sucedería. Y a mí, que me desvela el vuelo de una mosca… En fin, hasta luego.

Quinita. Vamos los dos a oír la misa, padre.

Fray Cristino. ¿Ah, sí? Me place mucho. Hasta ahora, entonces. ¡Esta plazoleta… esta plazoleta!… *Vase sonriendo.*

Eugenio. ¿De eso sí te acordabas?

Quinita. ¿De qué?

Eugenio. De que me ofreciste que hoy oiríamos la misa de alba juntos.

Quinita. ¡Por eso estoy aquí! ¡Y ahora mismo me voy a la ermita! ¡Y al Señor milagroso de aquel humilde altar voy a hacerle ofrenda de mi alma! ¡Voy a pedirle que él me ampare contra lo que me acecha! ¡Eso será más fuerte que todo!

Eugenio. Pues siguiendo tus pasos iré yo; y caeré de rodillas junto a donde tú estés; y rezaré lo que tú reces; y oirás en silencio mi pensamiento, que le dirá al Señor: «Padre mío, dámela por esposa».

Quinita. ¿Por esposa?… ¡Eugenio!… ¡Jesús!… ¡Por esposa! ¿Cómo escucho esta palabra sin miedo?

Eugenio. ¡Porque soy yo quien te la dice!

Quinita. ¡Tú!… Y ¿quién eres tú, Eugenio; quién eres tú? ¿Quién eres tú, que me ofreces tu vida? Una vida de la que ayer ni aun sospechaba yo… y hoy… ahora… ¡Oh! ¡Allí vienen mi tía Trenza y Manrique! ¡No quiero hablar con ellos! Diles tú que estoy en la ermita… Díselo… y no tardes.

Se va tras Fray Cristino. Eugenio queda como embelesado. Mira al cielo, que se va inundando de luz.

Eugenio. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué profunda felicidad!…

Salen por la izquierda Doña Trenza y Manrique.

Manrique. ¿Hablas solo, muchacho?

Eugenio. Despedía a la última estrella de la noche. ¡Hoy ha amanecido dos veces!

Manrique. ¿Sí, eh?

Eugenio. ¡Cómo te lo cuento, Manrique! ¡Y es posible que no anochezca, en cambio!

Manrique. ¡Es posible!

Eugenio. Señora…

Doña Trenza. Caballero…

Manrique. Este amigo…

Eugenio. Ya le dirás quién soy cuando me marche. Yo sé bien quién es ella. ¿Busca usted con los ojos a su sobrinita, verdad? ¡Qué perla de muchacha! Acaba de marcharse a la ermita a oír la misa de Fray Cristino, que va por delante. Yo también voy allá. ¡Cuánto me alegra conocerla, señora! Sé que nadie en el mundo como usted desea la dicha de Quinita, y esto me la hace grandemente simpática. Confío en que se irá usted de aquí satisfecha. Luego es fácil que me permita pedirle a usted su mano. Adiós, Manrique. Adiós, señora. *Se marcha presurosamente.*

Doña Trenza. ¡Madre de Dios! ¿Qué tarambana es éste? Manrique. No, no; no es ningún tarambana. Es un muchacho de gran talento y de gran corazón. Un poquillo vehemente, eso sí.

Doña Trenza. ¡Llámale hache! ¡Me ve por vez primera y a boca de jarro me dice que me va a pedir la mano de Quinita! ¿Habrá majadero?

Manrique. ¿Y si se ha prendado de ella, tía?

Doña Trenza. Pero ¿desde cuándo la conoce?

Manrique. ¡Desde ayer tarde!

Doña Trenza. ¡Bah! ¡bah! ¿A que el tarambana vas a resultar tú?

Manrique. No lo creas. Tú verás cómo la única persona que procede aquí cuerda y discretamente soy yo, porque soy el único que ha dormido bien esta noche. Los demás todos están sobreexcitados por el insomnio. Empezando por ti. A ti te ha entrado con el desvelo un recrudecimiento de tu bondad; un ataque agudo de lo que fué tu ilusión de ventura para Quinita.

Doña Trenza. ¿Qué quieres decirme?

Manrique. Ahora me explicaré. Ese muchacho que se ha ido merece toda mi estimación y mi simpatía.

Doña Trenza. Y ¿a mí, qué?

Manrique. Vale mucho; no es un hombre vulgar; es bueno, como te he dicho antes; generoso, noble, rico, de delicado espíritu, apasionado, fuerte…

Doña Trenza. Bien, hijo, bien; pues todo eso se lo cuentas a quien le importe algo.

Manrique. Justamente por eso te lo cuento a ti.

Doña Trenza. ¿Eh?

Manrique. Y por eso mismo, antes que a ti, se lo he contado también a Quinita.

Doña Trenza. ¿Qué hablas?

Manrique. Anoche. Y sin pararme en barras, ¿lo oyes, tía Trenza? Más bien ponderando sus cualidades con exageración que descubriéndoselas sencillamente. Sí, sí: le hice de él un elogio completo: lo pinté como un héroe, casi. De sus defectos no le dije ni uno.

Doña Trenza. ¿Y eso?…

Manrique. Eso fué porque advertí en mi hermana un secreto interés por él. ¡En Quinita, que creía anteayer que el horizonte de todo amor estaba cerrado para ella!

Doña Trenza. ¿Qué dices?

Manrique. Aproveché la oportunidad que me brindó la suerte y pensé: aquí que no peco. Este hombre le ha petado a mi hermana: es indudable. Podrá no ser el amor de su vida, pero desde luego puede ser quien ahora levante las sombras de su corazón; quien la ilusione y la distraiga… ¡Tal vez quien cambie el torcido concepto que en estos instantes tiene la infeliz de las cosas y de los seres! Y fui yo mismo quien detuvo a Eugenio en su partida —se llama Eugenio— y quien hábilmente consiguió que volviera aquí. Y anoche, a deshora, los dejé charlando entusiasmados en este jardín, y desde mi cuarto oía yo complacido la risa de Quinita. ¡La risa de Quinita, tía Trenza, que hacía un mes que nadie escuchaba! ¡Yo la recibí en mis oídos como el trinar de un pájaro que un mal día se escapó de la jaula, al que se cree perdido ya, y que de pronto vuelve una mañana y pía en los balcones!…

Doña Trenza. ¡Jesús, cómo te elevas! ¡Qué poético amanece el día! Y ello me parece muy bien; y yo lo celebro como tú, Manrique; pero comprenderás, hijo mío, que mal que pese a ese dechado de virtudes, las cosas, a Dios gracias, han de volver al lugar en Donde estuvieron.

Manrique. ¡Tía Trenza!

Doña Trenza. Es lo razonable, es lo normal, es lo prudente, es lo que demanda el buen gusto, y el buen juicio, y la tradición de la familia. ¿O es que yo, cargada de años y de goteras, he emprendido este viaje a tontas y a locas?

Manrique. Este viaje no has debido emprenderlo.

Doña Trenza. ¡Muchacho!

Manrique. No has debido, tía Trenza. Te engaña el deseo; te engañan muchos prejuicios. Este viaje es absolutamente inútil. Amalio, por desgracia, pudo ser el marido de Quinita; por suerte, no lo será nunca.

Doña Trenza. ¿Ahí estamos ahora?

Manrique. Pues ¿dónde hemos de estar?

Doña Trenza. Pero ¿no acabas de abrazarlo?

Manrique. En efecto: acabo de abrazarlo, porque me lo has mandado tú, y porque yo había dicho que Donde lo viese lo abofetearía; y he querido probarle que sé perdonar… y agradecer.

Doña Trenza. ¿Agradecer?

Manrique. Agradecer que tan a tiempo dejase a mi hermana.

Doña Trenza. ¡Bah! ¡bah! ¡Ésas son frases! ¡Frases! ¡El muchacho está arrepentido; pesaroso; da lástima oírlo!

Manrique. ¿Y a Quinita, no?

Doña Trenza. ¡Hablamos de él ahora! ¡Él está anhelando remediar su falta, probar su cariño!…

Manrique. ¡Su cariño lo ha probado ya!

Doña Trenza. ¡Déjate de rencores!

Manrique. *Mirando hacia la izquierda, sorprendido.* ¿Qué le ocurre a Cristobalina?

Doña Trenza. ¡Es verdad! *Corriendo a su encuentro.* ¡Cristobalina! ¡Hija! ¿Qué traes? ¿Te has puesto mala?

Sale Cristobalina sin poder hablar de puro desconcertada y nerviosa, buscando apoyo entre los dos, vacilante, trémula.

Cristobalina. ¡Ay! ¡ay!

Doña Trenza. ¡Criatura!

Cristobalina. ¡Ay!

Manrique. ¿Qué tienes?

Cristobalina. ¡Ay! ¡Me faltan las fuerzas! ¡Yo no estoy para estos espectáculos! ¡Ay! ¡ay!

Doña Trenza. ¡Por Dios, no nos asustes!

Cristobalina. ¡Ay!

Manrique. ¿No serán tus nervios, como siempre?

Cristobalina. ¿Qué han de ser mis nervios? ¡Ay! ¡ay! ¡El jardín me da vueltas!… ¡Me falta el piso!

Doña Trenza. ¡Pues siéntate, muchacha!

Cristobalina. No puedo, no puedo…

Doña Trenza. Estás fría… temblando…

Manrique. Cálmate, mujer, y dinos qué sucede.

Cristobalina. Déjame que aliente, Manrique… ¡Ay! ¡ay! Figuraos lo más inesperado… lo más grande… lo más… ¡Ay! ¡Se me traba la lengua cuando intento decirlo! No puedo hablar… no puedo…

Manrique. ¡Pues escríbelo en un papel!

Doña Trenza. ¡O dilo por señas!

Cristobalina. No, no lo echéis a broma, que es muy serio… ¡muy serio!… ¡Ay, Virgen mía de los Dolores! ¡Ay, Señor! ¡Ay! ¡ay! ¡Yo estoy en mi cuarto soñando! ¡Yo estoy loca!…

Doña Trenza. ¡Locos estamos todos, según parece!

Cristobalina. ¿Qué creéis que ha hecho Quinita? ¡Quinita! ¿Qué creéis que ha hecho Quinita? ¡Quinita!

Doña Trenza. ¿Quinita?

Manrique. ¡Quinita está en misa ahora mismo!

Cristobalina. ¡En misa! ¡en misa! De allí vengo yo. ¡Ay! ¡ay! ¿Qué creéis que ha hecho en misa? ¿Qué creéis que ha hecho?

Doña Trenza. ¿Qué ha hecho? ¡Habla, que no resisto más!

Manrique. ¡Ni yo! ¿Qué ha hecho?

Cristobalina. ¡Casarse!

Doña Trenza. ¿Casarse?

Manrique. ¿Cómo casarse?

Cristobalina. ¡Casarse! ¡casarse! ¡Se ha casado!

Doña Trenza. ¿Con Amalio?

Cristobalina. ¡Qué con Amalio! ¡Con un amigo de éste! ¡Ay! ¡ay!

Manrique. ¿Con Eugenio?

Doña Trenza. ¡Pero eso no puede ser, Cristobalina! ¡Tú estás loca, verdaderamente!

Cristobalina. No, no… Lo que os cuento es el evangelio… ¡Ay! ¡ay! ¡Se ha casado! ¡Le valdrá o no le valdrá; pero se ha casado! ¡La que se armó en la ermita!… Porque fué de pronto… Estaba de rodillas al pie del altar en que oficiaba el padre, y cuando menos podía nadie esperarlo, se levanta y grita: «¡Éste es mi esposo y ninguno más!». Una cosa así: como en los cuentos. Y él dijo algo por el estilo. Y se arrodillaron otra vez cogidos de la mano y mirándose… ¡Qué paso! ¡Qué bochorno! ¡Y el fraile por poco se desmaya! ¡Y al monaguillo que ayudaba se le cayó el misal!… ¡Y perdió la devoción todo el mundo!… ¡Ay! ¡ay! No es un cuento, no… Yo lo he visto.

Doña Trenza. ¡Madre mía de mi alma! ¡Otro escándalo!

Manrique. ¡A mí no me sorprende!

Cristobalina. *Señalando a Don Norberto Gómez que pasa de izquierda a derecha, en la guisa de siempre y sin darse por enterado.* ¡Ese caballero también lo ha visto!

Manrique. ¡A la otra puerta!

Cristobalina. ¡No querrá comprometerse como testigo, pero lo ha visto! ¡Estaba junto a mí! ¡Por más señas que yo, sin darme cuenta de lo que hacía, le cogí un pellizco en un brazo, del susto que llevé! ¡Ay! ¡ay!

Doña Trenza. ¡Pues aunque lo haya visto el pueblo entero, eso es un disparate; eso no tiene validez ninguna! ¡Dios mío, tómanos de tu mano!

¡Haz luz en estas cabezas dementes! Manrique, ve tú a ver, por la Virgen Santísima… Ve tú a ver…

Manrique. ¡Aquí está Fray Cristino!

Doña Trenza. ¿Quién?

Manrique. ¡Fray Cristino!

Cristobalina. ¡Este fraile los ha casado! ¡Ay! ¡ay!

Llega, efectivamente, por la izquierda Fray Cristino, no repuesto aún de la contrariedad ni de la sorpresa.

Doña Trenza. ¡Padre! ¡padre! ¿Usted los ha casado?

Fray Cristino. ¡No, señora! ¡Yo no he casado a nadie!

Cristobalina. ¿Qué no? Pues ¿no es usted quien decía la misa?

Fray Cristino. Sí, señora, yo; pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra? ¡Yo no he casado a nadie!

Doña Trenza. ¿Oyes? ¿Oyes tú?

Fray Cristino. *A Manrique.* Su hermanita de usted ha cometido una incalificable ligereza… ¡Quién podía pensarlo! ¡Ha sorprendido mi buena fe! Aquí mismo me dijeron los dos, cuando yo me encaminaba a la ermita, que iban a oír la misa cristianamente. ¿Cómo había yo de sospechar tales propósitos? ¡Por avisado que uno esté!… ¿Es que no hay más que arrodillarse de improviso ante un sacerdote, proclamarse por esposos en un santiamén y cátate un matrimonio hecho? ¡Ca! ¡Eso se concluyó! ¡Se hila ya un poco más delgado! ¡Afortunadamente! ¡Porque para una vez que uno bendeciría muy a gusto una de esas uniones, en la mayoría de los casos se volvería de espaldas! ¡Pues no faltaba más!

Doña Trenza. ¿De manera que no están casados?

Fray Cristino. ¡Qué han de estar, señora, qué han de estar!

Cristobalina. ¿No están casados?

Fray Cristino. ¡No, señora! ¡Que vayan al párroco del pueblo, si tienen prisa! Mi jurisdicción está en otra parte. Yo aquí carezco de toda autoridad. Yo no soy más que un agüista como otro cualquiera, que además dice misa por amor de Dios y por servir a algunas personas que no pueden o no quieren subir a la otra iglesia. ¡Ni más más, ni más menos! Me ven así un

poco campechanote, un poco charlatán, un poco entrometido, y se figuran que es orégano todo el monte y que pueden tratarme como a palillo de barquillero. ¡Un demonio!… Ustedes dispensen.

Manrique. Pero, escuche usted, padre…

Fray Cristino. Sobre esto nada más tengo que escuchar, amigo mío. Ni yo he absuelto a esa pareja, ni le he dado mi bendición, ni cosa que lo valga. ¡Al párroco! ¡al párroco! ¡Luego llueven pleitos y disgustos en estas cosas! ¡Al párroco! Yo por mí voy ahora a coger mi vasito y a beber mi agua lo más tranquilamente que me sea posible. ¡El hígado me está dando saltos! ¡Hoy seco el manantial! ¡Hoy lo seco! Dios guarde a ustedes y le dé a cada cual lo que le convenga. Dios les guarde.

Se va por la derecha haciéndose cruces.

Manrique. Vaya con Él, padre Cristino. ¡Cuánto siento!…

Doña Trenza. *A su hermana.* ¿Te convences ya de que no están casados? ¿No lo decía yo?

Manrique. ¡Ante su conciencia lo están, tía Trenza!

Cristobalina. ¡Pues claro! ¿Es que tú crees que han hecho esa escena a humo de pajas?

Doña Trenza. ¡Oh! ¡oh! ¡Qué espectáculo! ¡La mujer que lo ha dado no es mi sobrina; no está en su juicio; no es Quinita Flores!

Manrique. ¡Sí, tía; sí lo es! Es Quinita Flores, vuelta otra por el dolor de un desengaño y asustada de que la obliguen a lo que le repugna. ¡Allí viene ya!

Doña Trenza. ¿Viene allí? ¡Pues no quiero verla en este momento!

Cristobalina. ¡Hermana!

Doña Trenza. No quiero verla, no; ven tú conmigo. Díselo tú, Manrique: que no la quiero ver. ¡Me va a matar esta sobrina! ¡va a matarme!

Cristobalina. Sosiégate, Trenza…

Doña Trenza. Anda, ven tú, ven tú… Vamos a ver al pobre de Amalio antes que se entere… ¡Cualquiera le dora esta píldora! ¡No hay oro en el mundo! ¡Pobre! ¡pobre muchacho! ¡Capaz será de pegarse un tiro!…

Cristobalina. ¡Ave María, Trenza! ¡Un tiro nada menos! ¡No desvaríes tú también! ¡Un tiro! ¡un tiro!… ¿No hay más mujeres que Quinita?… *Suspirando, con el rayo verde en los ojos.* ¡Ay!…

Doña Trenza. Ven ya, ven ya; que ahora no quiero verla. ¡Descastada!

Se alejan por la derecha las dos.

Manrique. Bien está, sí, que de momento no se encuentren. Ya pasará la nube. Y ¿qué he de hacer yo, sino abrirles los brazos a éstos?

Llega por la izquierda Quinita. Eugenio la sigue. Quinita sale impetuosamente. Viene a echarse en brazos de su tía Trenza, y al observar que ésta se va huyéndole, se detiene de pronto.

Quinita. ¿Tía Trenza huye de mí?

Manrique. Ya lo ves, hermana.

Quinita. ¿Tú, no?

Manrique. Yo, no.

Quinita. *Abrazándosele.* ¡Manrique!

Eugenio. *Conmovido.* ¡Manrique!

Manrique. ¿Qué habéis hecho?

Quinita. *Con exaltación, con dichosa embriaguez.* ¡Quizás una locura! ¡Pero yo la bendigo! ¡Tú mismo me has empujado a ella, Manrique! ¡Sí, sí; tú mismo! ¡Y te bendigo a ti también! ¡No cambio esta locura de hoy por la cordura de otros días! ¡Eugenio! ¿Verdad que hemos hecho muy bien? Yo te juro, hermano, que he ido más allá de lo que pensaba… ¡Qué sé yo! ¡Me impulsó no sé qué de repente! Yo iba solo a revelarle a Dios mi voluntad de no querer nunca sino a este hombre.

Eugenio. ¡Alma mía!

Quinita. ¡No iba más que a eso! Pero cuando lo sentí caer a mi lado de rodillas, cuando me acarició su pensamiento en el aire, me estremecí, temblé, brilló una extraña luz en mi alma, vi claro lo que aquí me acechaba, lo que en aquel instante tenía junto a mí, como promesa de una dicha segura, y enloquecida, y creyéndome sola ante Dios con él, grité que lo quería por

esposo. ¡No he hecho más! ¡No hice más! ¡Si es una locura, te repito que la bendigo!

Eugenio. ¡Y yo con ella! ¡Y Quinita es mi esposa ya, por encima de todas las leyes humanas, Manrique! ¡Lo ha pedido ante Dios! ¡Dios estaba con nosotros oyéndola! ¡Y no se pondrá el sol de mañana, sin que legalmente estemos unidos! ¡Quiera o no quiera el fraile! ¡Y si algún día tú la ves a ella arrepentida de esto, me cuelgas a mí de un farol! ¡Dichosa estrella mía, que a nada me conduce por caminos vulgares!

Manrique. Calma, calma… Estáis sobreexcitados, delirantes, fuera de quicio… No habréis hecho una locura, no; pero parecéis un par de locos… Ahora…

Quinita. ¡Ahora yo no quiero que pase ni un segundo más sin que tía Trenza me perdone! ¡Ni un segundo más!

Manrique. Pues aguarda, que voy yo a verla antes. La pobre… ¡figúrate!, no concibe… Y mientras, serenaos vosotros, que os hace buena falta. ¡Qué ojos tenéis! Por supuesto, no es para menos… Yo mismo estoy vibrando… ¡Jesús! ¿Quién había de decírtelo ayer, Quinita? ¿Recuerdas?… Aquí mismo… ¡El amor es siempre inesperado! Sosegaos; aguardadme…

Se va. Quinita se vuelve de pronto hacia Eugenio con una alegría singular, chispeantes las pupilas, las mejillas ardientes, enamorada y ruborosa. Busca en su alma palabras para decírselas a solas a su compañero, y no halla más que una.

Quinita. ¡Quiéreme!

Eugenio. ¡Te quiero! ¡Te querré! ¡Descansa en mis brazos, marquesita de los Lares del Rey!

Quinita. ¡Te he salvado!

Eugenio. ¡Y yo a ti!

Quinita. ¡Quiéreme, esposo mío!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid y Sevilla, mayo, 1925.

EL PIE

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 18 de setiembre de 1925

A MARÍA DE LAS RIVAS,
gentil e inteligente actriz, bonita
de la cabeza al pie, muy cordialmente,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LOLITA.	MARÍA DE LAS RIVAS.
EL MAESTRO PORRA.	JOSÉ ISBERT.

EL PIE

Taller del maestro Porra, zapatero de viejo, en Sevilla. Puerta de cristales al foro, que da a la calle. Puertecilla a la izquierda del actor. En las paredes, algún cartel y láminas de corridas de toros.

Es por la mañana, a principios de junio.

El maestro Porra trabaja filosóficamente.

MAESTRO PORRA. Pos, señó, toavía no ha salío la primavera y ya está aquí er verano. ¡Qué prisa tiene siempre este mal ánge de yegá a Seviya! Va a sé menesté abrí la puerta e la caye a vé si corre una mijiya e fresco. *Se levanta y la abre.* Sí corre, sí. Lo malo es que si er caló quita las ganas de trabajá, er fresco, cuando hase caló, también las quita. ¡Y hay que trabajá! Maestro Porra, hay que trabaja. *Vuelve a sentarse, canturreando:*

De San Juan a San Pedro
van sinco días,
y en San Juan hiso un año
que te quería.

Aparece en la puerta de la calle Lolita, mocita primorosa, de traje claro, mantoncillo negro y zapatitos de charol relucientes. Vacila antes de entrar y el maestro la invita. Pase usté, niña, pase usté.

LOLITA. Grasias. Buenos días.

MAESTRO PORRA. Buenos días. Acababa yo e desí que toavía no se ha ido la primavera, y viene usté a darme la rasón.

LOLITA. Grasias.

MAESTRO PORRA. ¿Qué se le ofrese a usté?

LOLITA. Poca cosa. ¿Quié usté machacarme un clavito que me está mortificando este pie?

MAESTRO PORRA. ¡Ya lo creo! ¡Y que le vi a dá en la cabesa con coraje! ¿Cómo vi yo a consentirle a un clavo que la lastime a usté? Siéntese usté y deme er sapato.

LOLITA. *Obedeciéndolo.* Grasias. Tome usté.

MAESTRO PORRA. *Cogiendo el zapato.* Pero ¿esto es un sapato? *En ademán de devolvérselo.* Vamos, tenga usté; deme usté er sapato y no sea usté guasona.

LOLITA. ¿Guasona yo, verdá? Usté sí que párese que tiene la guasa por alimento.

MAESTRO PORRA. Pero, hija mía, ¡si esto no es un sapato; si esto es un estuche! ¡Vaya usté ar platero de ahí ar lao!

LOLITA. Vamos, ande usté ya, que traigo arguna prisa, maestro.

MAESTRO PORRA. ¿Trae usté prisa? Lo siento por usté. Ponga usté er pie en este cojinsiyo, pa que no se canse. *Se lo da y repara al hacerlo en el pie descalzo.* ¡Vaya pie! ¿Eso es un pie, niña?

LOLITA. ¡Claro que es un pie! ¿O es que yo lo traigo to equivocao?

MAESTRO PORRA. ¡Paese un pescaíto! El otro ¿es iguá?

LOLITA. Iguá.

MAESTRO PORRA. ¡Las cosas que hase Dios! Ve uno ese pie y dise: no hay otro iguá en er mundo. Y hay otro iguá… porque Dios lo ha hecho.

LOLITA. ¡Vaya! Como está usté tan solo, tiene humó de conversasión.

MAESTRO PORRA. ¡Siempre! Es mi visio. No creo que le haga daño a nadie.

LOLITA. A quien venga de prisa.

MAESTRO PORRA. No será pa tanto, ¿verdá? Estas no son horas de vé ar novio.

LOLITA. Yo no tengo novio.

MAESTRO PORRA. *Después de mirarla fijamente.* ¡Mentira!

LOLITA. ¿Mentira? ¿Quién le ha dicho a usté que es mentira?

MAESTRO PORRA. ¿Hay más que verla a usté?

LOLITA. Pos no, señó, no tengo novio.

MAESTRO PORRA. ¡Pos parese mentira! ¿Me quié usté a mí? Lolita. Es cosa de pensarlo.

MAESTRO PORRA. ¡Ay! ¡Si mi hijo fuera mi padre y yo fuera su hijo!

LOLITA. ¡Ja, ja, ja!

MAESTRO PORRA. ¿Quién la carsa a usté?

LOLITA. Carderón.

MAESTRO PORRA. ¡Ah, Carderón! Había de sé un artista. ¡Y carsando así las seviyanas, el Ayuntamiento no limpia las cayes! ¡Qué consejalitos!

LOLITA. Le avierto a usté que er carsao es mi visio, como er de usté la conversasión.

MAESTRO PORRA. ¿Sí, eh?

LOLITA. ¡Me miro en mis sapatos! Y soy más pobre que una arcusa; pero cuatro cuartos que yo piye, a la arcansía: a reuní pa otro pá. Ocho pares tengo. Que mi padre hase un negosiyo y me quié regalá arguna cosa: «Papá, unos sapatos». «¿Otros sapatos, hija?». «Otros sapatos». «Yo no te regalo otros sapatos». «Bueno, pos regáleme usté unas botas».

MAESTRO PORRA. Y hase usté muy bien. Miste, niña, los hombres de gusto miran a las mujeres primero a la cara, y luego a los pies.

LOLITA. Yo no lo hago por eso de los hombres, sino por inclinasión naturá. Pero desde luego le digo que cuando uno me mira a los pies, yo le doy las grasias con los ojos, como si me hubiera dicho la fló más bonita der mundo.

MAESTRO PORRA. Niña, lo que no encuentro por más que lo busco es ese clavito.

LOLITA. ¿Cómo que no?

MAESTRO PORRA. ¿Quié usté señalármelo con er deo? Lolita. ¿No será eso también guasa de usté?

MAESTRO PORRA. Formá lo hablo. A la cuenta, mi mano es un asperón y no le rosa.

LOLITA. Aquí está. ¡Digo! ¡Pos sale poco!

MAESTRO PORRA. Machacaremos en er sitio pa darle a usté gusto. Pero nadie diría que esto hase daño. Cutis de hoja de rosa que tendrá usté.

LOLITA. Será eso.

MAESTRO PORRA. Y ¡qué buen rato le está usté dando a este remendón con ponerle este estuche en la mano!

LOLITA. Machaque usté ya y no hable tanto, hombre.

MAESTRO PORRA. No crea usté que no: es que se sufre mucho en el ofisio. Hay semanas como pa dejarlo, siendo un poco artista. Miste. *Le muestra un zapato muy grande.* ¿Me quié usté desí? ¡Esto lo yeva en los pies un hombre!

LOLITA. ¡Jesús! ¡Si párese un tranvía!

MAESTRO PORRA. Un tranvía. El amo de é tiene que pedí toas las noches socorro pa que le quiten los pantalones. Yo se lo sorté así cuando me lo trajo: señó, esto yévelo usté ar mueye, que es donde se componen los barcos.

LOLITA. ¡Ja, ja, ja!

MAESTRO PORRA. Pos ¡miste qué bota! ¡Mardita sea mi suerte! Con herrauras y to. Porque serán de goma, pero son herrauras.

LOLITA. Si yo tuviera un novio que gastara eso en er carsao, reñía con é.

MAESTRO PORRA. Me lo esplico. ¡Hay que considerá la diferensia! *Contemplando el zapato de ella, y cantando:*

¡Vaya un barquito bonito;
se va comiendo la ma!…

¡Y toavía hay quien mide los terrenos por pies! Usté carcule: ¡er solá de ahí enfrente medirá veinte mir pies de usté y diez o dose pies de este amigo!

¡Qué siento que no esté aquí mi nene! Lolita. ¿Quién?

MAESTRO PORRA. Mi nene: er niño que tengo. Me trae loco con er pie de su novia: que si un dáti, que si una armendra, que si un piñón, que si un granito de café… que si dos sapatitos suyos que crujen se le figuran dos griyos que cantan… ¡Y quisiera yo que viera este estuche!

LOLITA. ¿Usté no conose a la novia?

MAESTRO PORRA. No, hija; toavía no me ha dao tiempo. No hase más e quinse días que la tiene. En San Lorenso vive.

LOLITA. ¿En San Lorenso? Oiga usté, ése es mi barrio. Maestro Porra. ¡Hombre! ¡Qué casualidá! ¡Si conoserá usté a la prenda!

LOLITA. Es posible. ¿Sabe usté er nombre?

MAESTRO PORRA. Lolita Pineda, creo que se yama. Lolita. *Disimulando.* ¿Lolita Pineda?

MAESTRO PORRA. Hija de un pintó decoradó.

LOLITA. No la conozco. ¿Y su hijo de usté la pondera mucho?

MAESTRO PORRA. ¡Uh! Prinsipia y no acaba. Pero sobre to, er pie. Pa mí que se ha metío en la canasta por er pie.

LOLITA. ¡Que er pie le ha dao pie, vamos!

MAESTRO PORRA. Eso. Yo le canto aqueyo de la sarsueliya:

De Cádiz ar Puerto
un sarto pegué,
por verle a mi niña
la punta der pie.

LOLITA. Pero ¿tan trastornao está?

MAESTRO PORRA. ¡Chalao perdío! No habla de otra cosa.

LOLITA. Ahí tiene usté un pie que trae a un hombre de cabesa.

MAESTRO PORRA. Como que yo creo que si ér le pide a la novia un beso, y eya en vez der beso le pega un pisotón, ér le da las grasias.

LOLITA. ¡Ja, ja, ja! Entonses, si se casara con eya, usté en lugá de pedí la mano pediría er pie.

MAESTRO PORRA. No lo eche usté a broma.

LOLITA. ¡Dichoso pie!… Pero argo más habrá, digo yo. ¿No le ha dicho a usté na de los ojos?

MAESTRO PORRA. *Mirándola.* ¿Cómo que no? ¡Apenas! De los ojos dise que echa en abrirlos der to cuatro o sinco minutos.

LOLITA. ¡Qué ponderativo! ¿Y de la boca, dise argo también?

MAESTRO PORRA. De la boca dise que toavía no le ha podío contá los dientes cuando se ríe porque se le va la cabesa.

LOLITA. ¡Ja, ja, ja!

MAESTRO PORRA. Es lo e siempre, niña: cuando un hombre se enamora de veras, se pone gafas de colores y to lo ve bonito.

LOLITA. ¡Vaya! Vi yo a tené que busca, hasta dá con eya, a esa presiosidá de mi barrio.

MAESTRO PORRA. Una presiosidá buscando a otra.

LOLITA. Grasias, maestro.

MAESTRO PORRA. Er que va a tené que buscarla vi a sé yo.

LOLITA. Usté, con que ér lo yeve a eya…

MAESTRO PORRA. No; antes de ese paso. Buscarla sin que eya lo note: averiguá lo que me conviene, primero que las cosas pasen adelante.

LOLITA. Y eso ¿por qué?

MAESTRO PORRA. Se cae de su peso, mosita. Si mi niño está tan enamorao, debo yo mirá si to es por causa e los cristales o porque eya se lo merese.

LOLITA. ¿Tan siego lo cree usté, que ér no lo vea?

MAESTRO PORRA. Tan siego. Y además sin mundo ninguno. Es un arma e Dios. Por esa puerta no cabe a entrá de buen moso, y es más inosente que un chiquiyo.

LOLITA. ¿Sapatero también, como usté?

MAESTRO PORRA. No. Aquí no machaca suela nadie más que este cura. Él es viajante de comersio. Y muy considerao que está por sus prinsipales.

LOLITA. Será formalito.

MAESTRO PORRA. Es formalito, sí. No tengo queja.

LOLITA. Y listo también. Y tendrá labia.

MAESTRO PORRA. Pa ese trajín, usté considere. Pero ar más listo pa su negosio lo vuerve tonto una mujé. Por eso quieo vé yo si esa niña de San Lorenso es dirna de yevárselo o no; si es agua durse o agua der poso. ¡Porque hay ca pájara en Seviya!…

LOLITA. *Ruborizándose.* ¿Pájara?

MAESTRO PORRA. Pájara, sí. ¿No las hay aquí como en toas partes?

LOLITA. *Ocultando el rostro.* Sí, señó.

MAESTRO PORRA. *Advirtiendo la turbación de la mocita.* ¿Eh?

LOLITA. ¿Qué me mira usté tanto?

MAESTRO PORRA. ¡Así que no tiene usté cosas que mirarle!

LOLITA. Grasias otra vez. *Abanicándose.* ¿Hase caló, verdá?

MAESTRO PORRA. Hase caló. Por eso abrí yo antes la puerta.

LOLITA. Bueno, pos deme usté ya mi sapato, que cuarquiera creería que me lo está usté hasiendo nuevo.

MAESTRO PORRA. Er gusto de hablá con la dueña me ha entretenío. Usté dispense. Tome usté: ya va esa plantiya como de tersiopelo.

LOLITA. Tiempo ha tenío usté de suavisarla.

MAESTRO PORRA. *Sin darle el zapato.* Aguarde usté, que por ahí dentro siento ya a mi niño, que a la cuenta ha entrao en casa por er saguán. Vi a verlo.

LOLITA. ¡Pero no se vaya usté con mi sapato!

MAESTRO PORRA. ¡Le he tomao cariño! Vuervo en seguía. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

LOLITA. Ha sospechao este hombre. Er niño no está ahí, porque desde anoche está en Utrera. ¡Como que por eso he venío yo! ¡Una también tiene que informarse! Pero ha sospechao, ha sospechao. Ahora, que en este momento, por na der mundo le digo yo quién soy.

Sale el Maestro, muy sonriente.

MAESTRO PORRA. Me engañé: no era er niño. Era un amigo suyo que tiene su andá. Pero en la arcoba de é, sobre la cómoda, he visto un retratiyo…

LOLITA. *Espontáneamente.* ¿Un retratiyo?

MAESTRO PORRA. Un retratiyo, sí. ¿No pué tené er niño en su arcoba un retrato?

LOLITA. ¡Y un siento!

MAESTRO PORRA. Entonses ¿por qué se ha puesto usté como una seresa?

LOLITA. ¡Vapores que padesco, señó! Deme usté er sapato que no estoy por perdé ya más tiempo.

MAESTRO PORRA. Tiempo no lo perdemos aquí ninguno de los dos.

LOLITA. ¡Carambo! Traiga usté er sapato, le digo.

MAESTRO PORRA. ¿Quié usté que le demos un repasiyo al otro?

LOLITA. No, señó.

MAESTRO PORRA. Pos yo no le entrego a usté éste hasta que usté no me diga su nombre.

LOLITA. ¿Eh?

MAESTRO PORRA. Pa anotarlo en er libro de las personas que vienen a darle tono al establesimiento. *Ella lo mira muy turbada.* ¿Cómo se yama usté? *Lolita calla.* ¿No quié usté desírmelo? Tendré que desírselo yo. ¿Lolita Pineda? *Ella baja los ojos.* ¿Es usté Lolita Pineda?

LOLITA. *Ruborosa:* Sí, señó: servidora de usté.

MAESTRO PORRA. ¡La novia de mi niño!

LOLITA. ¡Sí, señó!

MAESTRO PORRA. ¡La que lo trae que casa moscas!

LOLITA. ¡Sí, señó!

MAESTRO PORRA. ¿Y tú, lo quieres mucho?

LOLITA. ¡Caso las moscas que ér me deja!… En fin, ¿cómo no andaré yo, que he dao hoy este paso que he dao, por sacá informes suyos, esponiéndome a este bochorno?

MAESTRO PORRA. ¡Pos bendita sea tu madre, lusero! Déjame ponerte er sapatito, y mira aquí a tu suegro

de rodiyas y a tus pies,

como desía yo cuando hasía er *Tenorio* en er teatro del Arfolí.

LOLITA. *Levantándose.* ¡No le cuente usté na de esto a José María!

MAESTRO PORRA. ¿Que no? ¡Cuanto yegue de Utrera!

LOLITA. ¡Miste que va a reñirme!

MAESTRO PORRA. ¿Qué te va a reñí? ¡Pos lo pisas, y se cae reondo!

LOLITA. ¡Ay, Jesús; ay, Jesús! ¡Qué vergüensa! ¡Qué vergüensa tan grande! ¡Quéese usté con Dios!

MAESTRO PORRA. ¿Te vas ya?

LOLITA. ¿No he de irme, si yevo aquí una hora? Además que me ha entrao un *temblique*, un *temblique*… ¡Miste qué *temblique* me ha entrao!…

MAESTRO PORRA. *Cogiéndole una mano.* Oye, verdá que sí. *Contemplándola admirativamente.* ¡Y no habíamos dicho na de la mano, y es un jasmín de sinco hojas! ¿Una poquita de agua pa que pase er susto?

LOLITA. ¡Este susto no se me pasa a mí más que en la caye! ¡Quéese usté con Dios!

MAESTRO PORRA. Si es tu gusto…

LOLITA. ¡Quéese usté con Dios!

MAESTRO PORRA. Adiós, hija mía.

LOLITA. ¡Ay, que con el aturruyo no le he pagao a usté!… ¿Le debo a usté argo?

MAESTRO PORRA. Me debes… ¡me debes acompañá otro ratito!

LOLITA. No, señó; ya es bastante. Tiempo tendré de haserle compañía. Quéese usté con Dios… y usté me perdone… y muchas grasias, muchas grasias.

MAESTRO PORRA. Adiós, pimpoyo.

LOLITA. ¡Quéese usté con Dios! *Vase resueltamente.*

MAESTRO PORRA.

¡Adiós, lunita de abrí;
rosa de pitiminí,
que vas prendiendo las armas!…

Al público:

¡Toquen ustedes las parmas,
a vé si vuerve a vení!

FIN

Alhama de Aragón, junio, 1925.

LAS MUERTES DE LOPILLO

SAINETE EN TRES CUADROS

CON MÚSICA DE MANUEL FONT DE ANTA

Estrenado en el **TEATRO APOLO** el 27 de noviembre de 1925

A RICARDO DE BORJAS,
amigo y condiscípulo, en recuerdo
de las travesuras estudiantiles,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Alegría.	Eugenia Galindo.
Rosario.	Carmen Andrés.
Perica.	María Ortiz.
Una Zagalilla.	Angelita Medel.
La Caracolera.	Pilar Perales.
La Naranjera.	Concha Girón.
Lopillo.	Lino Rodríguez.
Campanita.	José Marín.
Habla-Solo.	Francisco Gallego.
Tarumba.	Jesús Navarro.
El Cómico.	Luciano Ramallo.
Malenconía.	Francisco Bernal.
El Encajero.	Eduardo Ycabalceta.
Valverde.	Isidro Sotillo.
El Cosario De Las Canteras.	Emilio Stern.

El Cosario De Doña Molina.

Una pareja de la Guardia Civil.

Daniel González.

José Rosell y Francisco Higuera.

LAS MUERTES DE LOPILLO

CUADRO PRIMERO

Exterior del famoso mesón de la Gaditana, a la entrada de Puente Real, en tierras andaluzas. En el centro de la fachada, que reluce de blanca, el portal, a cuyo fondo se ven los patios luminosos y pintorescos. Junto al portal, a la derecha del actor, la puertecilla de una cantina aneja al mesón. A lo largo de la fachada de éste, poyetes de ladrillo, blanqueados también. Mesa y sillas a la puerta de la cantina. Por la derecha se va al campo, y por la izquierda, a Puente Real.

Es por la mañana y en buen tiempo.

Música

Sentados a la mesa, el Cosario de Las Canteras y el de Doña Molina apuran una botella de vino blanco, en compañía del Cómico. Perica, mozuela del mesón, provista de escobilla y cubo de cal, repara imaginarios desperfectos de la pared. En dirección del pueblo al campo pasa cantando una Zagalilla, con un cántaro a la cintura.

ZAGALILLA.

Pa yorá mi desengaño
yo me encaminé a una ermita,
y me dijo el ermitaño:
—Consuélate, morenita,

¡no hay amó que pene un año!

Perica. *Dale que dale a su escobilla.*

A mí me tira la cá;
a mí me alegra lo blanco;
¡me muero por encalá!

Campanita, hijo de Blas Campana, célebre posadero de Las Canteras, dentro, hacia la derecha, canta también.

Campanita.

¡Mesón de la Gaditana,
que antes se yamó der Moro…!

Cosario 1º. ¡Hombre, Campanita!

Cosario 2º. ¡Es verdá, tu paisano!

Cómico. ¡Campanita er de Las Canteras!

Cosario 1º. ¿Quiés un vaso e vino, Campanita?

Campanita. *Saliendo.* Se aserta y se agradese.

Cosario 1º. Siéntate aquí.

Campanita. Déjame primero saludá a la casa en que estamos.

¡Mesón de la Gaditana,
que antes se yamó der Moro,
limpio desde la mañana
como los chorros del oro!…

En tus cuartos se aposentaron
damiselas y cabayeros;
a tu sombra se refugiaron
malhechores y bandoleros;

en tus patios se emborracharon
los gitanos y los toreros…

Er sumo de tus parras
deja memoria,
y el agua de tu poso
me sabe a gloria;
pero hoy en día
te da una rosa fresca
la nombradla.

¡Alegría,
hija de la mesonera,
si Seviya fuera mía,
de regalo te la diera!

¡Mesón de la Gaditana,
que antes se yamó der Moro,
limpio desde la mañana
como los chorros del oro:
tu tesoro
es una rosa temprana
que yo adoro!

Cosario 1º. ¡Ole!
Cosario 2º. ¡Ole!
Cómico. ¡Bien por Campanita!
Cosario 1º. ¡Otro vaso!

Campanita. ¡Venga! *Se sienta con ellos.*

Perica.

A mí me tira la cá;
lo blanco lo hizo la Vinge
y lo negro, Barrabá.

Vuelve la Zagalilla hacia el pueblo, cantando como antes.

Zagalilla.

Yo quiero pasar el río,
y no hay puente ni barquiya;
y ayí se está er dueño mío,
mirándome, en la otra oriya…
¡Quién fuera pluma de un nío!

Cesa la música.

Malenconía, mozo del mesón, llamado así porque no para de suspirar por los rincones, sale de él en busca de Penca. En la mano trae una collera con cascabeles.

Malenconía. Perica.

Perica. Me yamo.

Malenconía. La zeñá Rozario, que vayas ayá.

Perica. ¿Ande está eya?

Malenconía. En la cocina.

Perica. Bueno, hombre; no te apures por ezo. *Amenazándole con la escobilla.* ¡Te encalo las narices! *Se va corriendo al interior.*

Malenconía. ¿Quiés no jugá, niña? *Reparando en Campanita de pronto.* ¡Mardita zea! ¡Éste… éste va a zé er que a mí me dé er puntiyazo! ¡Ay!… *Con el suspiro se aleja abatido hacia el campo, sacudiendo la collera tristemente.*

Campanita. *Terminando en voz alta la conversación que trae con los amigos.* Y a eso vengo hoy: a rematá el asunto como un hombre serio; del hijo de Blas Campana er de Las Canteras no se burla más esta mujé.

Cosario 2º. Pos a eyo, Campanita, y buena suerte.

Campanita. Grasias, Casteyón.

Cosario 1º. Hasta mañana, que me dirás lo que resurte.

Campanita. Hasta mañana.

Cosario 1º. *Al Cómico.* ¿Tiene usté argo que mandarle ar Cosario de Las Canteras?

Cómico. Que me deje mandao.

Cosario 2º. ¿Y ar de Doña Molina?

Cómico. Lo mismo.

Cosario 2º. Salú.

Cosario 1º. Salú.

Uno y otro cogen sus alforjas y los diversos paquetes que traen y se van hacia el pueblo. Perica vuelve, llena de coraje, por la escobilla y por el cubo.

Perica. ¡Mía no ze queara manco er ladrón!

Campanita. ¿Quién, Perica?

Perica. Un carrero mal ánge que durmió aquí anoche, y ha pintao en la paré, a la vera er pajá, un dibujo indecente. Y ya zabe usté lo que ez el ama: qué ve en la paré la gracia de una mosca! *Éntrase.*

Cómico. El ama y eya; tienen er visio de la cá. La otra tarde me quedé yo dormío en ese poyete, y por poco me encalan las botas.

Campanita. Bueno, amigo, aquí viene la que yo quiero que sea mi suegra. Con permiso de usté, le vi a desí cuatro palabritas.

Cómico. ¿Estorbo?

Campanita. No, señó. Yo juego siempre al aire libre. Ni pa esto ni pa na me estorban a mí los testigos.

Sale del mesón Rosario, el ama de él, mujer sana y limpia.

Rosario. ¡Campanita!

Campanita. Dios guarde a usté, Rosario.

ROSARIO. Ya te esperaba, ya.

CAMPANITA. ¿Y Alegría?

ROSARIO. ¡Mirándose al espejo!

CAMPANITA. ¡Milagro!

ROSARIO. ¿No empacha tanto espejo? Yo fui presumía; y lo soy; y lo seré mientras er cuerpo me haga sombra; pero esa hija mía es por demás. ¿Querrás creé que ni yo, que soy su madre, la he visto ni una vez por descuido en babuchas?

CAMPANITA. ¿Habló usté con eya?

ROSARIO. ¡Vamos!

CAMPANITA. Y ¿qué dise?

ROSARIO. Dise… dise… que sí, que no, que qué sé yo… Na, Campanita; que no se sujeta a ningún hombre; que quié tené muchos ar retortero pa divertirse eya, ¿tú me comprendes?, y punto concluío. ¿Me dolerá a mí desirte esto?

CAMPANITA. Pa divertirse eya, ¿verdá? Pos se va a divertí con los otros, porque lo que es conmigo no se divierte. Y la quiero… como si fuera el aire pa respira; pero no se divierte más conmigo.

ROSARIO. Se divierte hasta con su sombra, no te hagas ilusiones.

CAMPANITA. Sí, sí… Yame usté a su marío.

ROSARIO. *Llamando.* ¡Juan! ¡Juan!

CAMPANITA. *Lo mismo.* ¡Señó Juan!

CÓMICO. *Levantándose un momento y asomándose a la puerta de la cantina.* ¡Tarumba!

ROSARIO. Muchas grasias.

CÓMICO. No las merese.

Sale de la cantina Tarumba, el posadero. Es sordo, aunque no por falta de orejas. Su sordera, sin embargo, es tan singular que hay quien la pone en duda; pero todo el mundo, no obstante, le habla alzando la voz.

TARUMBA. ¿Me yaman? *Viendo al muchacho.* ¡Ah! ¡Campanita!

CAMPANITA. Venga usté con Dios, señó Juan.

Tarumba. ¿Y tu padre?

Campanita. Tan bueno en su mesón, como usté en er suyo. De ayí no hay quien lo mueva.

Tarumba. ¡Sudando se quita! Yo también ando estos días argo destemplao.

Rosario. Mía qué despropósito. Hoy no oye ni la campana gorda.

Tarumba. ¿Qué dises?

Rosario. Na. Éste viene a hablarnos de la niña.

Tarumba. ¿Eh?

Rosario. ¡De la niña!

Tarumba. ¡Bueno! ¡Eso está listo en media hora! Hay huevos, hay arroz, hay jamón, hay carne… ¿Cuántos son ustedes?

Rosario. Pero ¡si no se trata de armosá!

Tarumba. ¿Qué?

Rosario. ¡Qué no se trata de armosá!

Tarumba. Campanita, entiéndete con mi mujé, porque esta mañana me he levantao con la cabeza bomba.

Campanita. Ya, ya. Pos usté, Rosario, le dirá luego que no he venío más que a despedirme.

Rosario. ¿Cómo a despedirte?

Campanita. Como suena. En sien años que vivan ustedes, no me verán aparesé más por este mesón ni por este pueblo, mientras Alegría no se case o se meta monja. Sufro yo mucho con er juego que trae, pa seguí tomando parte en é. Por mí, se concluyó. Me lo he jurao a mí mismo, se lo he jurao a cuatro amigos que me apresian, y acabo de jurárselo, además, a mi padre y a la Patrona de mi pueblo. Cruz y raya.

Rosario. ¡Várgame Dios! Y eso ¿por qué no se lo dises a eya, Campanita?

Campanita. ¿Usté cree que va a servirme de argo?

Rosario. Te sirva o no te sirva, díselo: es una cosa seria. ¿Tú, de tos modos, no te vorverás a Las Canteras hasta la noche?

Campanita. Eso es; hasta la noche: en er coche nuevo.

Rosario. Pos díselo.

Campanita. Basta: se lo diré. De aquí a na vuervo. Mientras no desahogue, no descanso. Entere usté bien a su marío. Hasta ahora.

Rosario. Hasta ahora.

Se va Campanita hacia el pueblo.

Tarumba. ¿Adúnde va ése?

Rosario. *Llevándoselo aparte.* ¿No te has enterao de lo que trae?

Tarumba. Desde que lo vi asomá por la carretera, *estoy puesto.*

Rosario. Y ¿qué te parese?

Tarumba. Que hay pa matá a la niña si lo deja í. ¿Dónde ha de encontrá más buen partío que el hijo e mi compadre? ¡El amo de la posá más rica de estos contornos! ¡Vamos! ¡Pa matarla! Pero ¿la vamos a matá?

Rosario. Voy a vé yo lo que consigo.

Tarumba. ¡Lo de siempre! ¡La niña tiene er fundamento de una caña!

Rosario. Ayá veremos. *Éntrase en el mesón. Tarumba vuelve hacia la cantina.*

Cómico. ¿Qué es eso? ¿Cosas de la muchacha, Tarumba?

Tarumba. Pía usté por su boca, amigo. Hay huevos, hay leche, hay jamón de Arasena, se pué matá un conejo, se pué matá un poyo… ¿Cuántos son ustedes?

Cómico. ¡No me ha entendío usté!

Tarumba. ¿Er domingo? ¡Bueno! ¡Avisándome la noche antes!… Aquí dentro estoy pa servirlo.

Se mete en la cantina.

Cómico. ¡Este arrastrao sordo, que no oye más que lo que le conviene!…

A la puerta de un sordo
cantaba un mudo…,
y un siego lo miraba

con disimulo.

Levantándose. Vamos a casa, a vé los pares e sapatos que han roto los chiquiyos en ocho días.

Va a irse por la izquierda, cuando oye que por la derecha lo llaman.

LOPILLO. *Dentro.* ¡Eh! ¡Eh! ¡Amigo!

CÓMICO. *Volviéndose.* ¿Es a mí?

LOPILLO. ¡A ti, hombre!

CÓMICO. ¿Quién es? Yo conosco esa cara. ¡Demonio! ¡Lopillo! ¿De dónde sales?

Aparece Lopillo, gozoso del encuentro, y lo abraza.

LOPILLO. Me quisiste parecer desde lejos, y no me engañaba. Hay vista.

CÓMICO. Hay vista.

LOPILLO. Tiempo hacía que no nos encontrábamos. ¿Qué haces tú aquí?

CÓMICO. Pa mi casa iba. Vivo hase tres años en Puente Reá. Dejé er teatro.

LOPILLO. ¿Ah, sí?

CÓMICO. Sí. ¡No iba a salí der coro nunca! Esta pronunsiasión andalusa ha sío mi perdisión. A lo mejó se me escapaba un «sinco pezeta», o un «¿ma quién yegas?», o un «¿a qué jablá de aqueyo días?»… y me metían dentro. Hasta que me metí yo voluntariamente pa no vorvé a salí. Ahora soy viajante de comersio. Pero to er mundo en er pueblo me yama «er cómico». ¿Y tú?

LOPILLO. Yo sigo en el teatro, a Dios gracias. Me moriré haciendo comedias. Modestia aparte, soy a estas horas un fenómeno.

CÓMICO. Ya lo eras, hombre.

LOPILLO. ¡Ca! En tus tiempos era un meritorio inocente. No había dado todavía con mi tecla.

CÓMICO. Oye, ¿y tu mujé?

LOPILLO. ¿Cuál?

CÓMICO. ¿Cómo cuá? ¡Tu mujé! ¡Felisa!

LOPILLO. ¡Ah, Felisa! No me ocupo de ella. Se me escapó con un apuntador.

CÓMICO. No sabía… Perdóname. Te compadezco.

LOPILLO. ¡Compadece al apuntador! ¡Yo tengo mucha suerte con las mujeres!

CÓMICO. ¿Por qué lo dises?

LOPILLO. ¡Tú verás! Me he casado dos veces y he tenido tres o cuatro amiguitas. Pues en cuanto no puedo aguantarlas, surge un pillín y me las roba.

CÓMICO. ¡Ja, ja, ja!

LOPILLO. ¿Es suerte o no es suerte? ¡Lo mismo que Don Juan Tenorio!

¡Y «otro» para abandonarlas!…

Sólo que el *otro* de Don Juan era un día, y el mío es un *primo.* ¡Otro!

CÓMICO. ¡Ja, ja, ja! Sin embargo, Felisa… Felisa… ¡una mujé tan guapa como Felisa!…

LOPILLO. Tú no conoces a Felisa en la intimidad de la casa de huéspedes. ¡Lo discute todo! Mira; ese apuntador que se me la llevó tenía una garganta de hormigón armado: se apuntaba tres dramas un domingo, y tan fresco; luego era capaz de cantar *soleares* como un ruiseñor. Bueno; pues hoy creo que trabaja en películas porque está afónico perdido.

CÓMICO. ¿Der mucho trabajo?

LOPILLO. De discutir con ella. ¡No te digo más! ¡Mi suerte!

¡Y «otro» para abandonarlas!

CÓMICO. No pierdes er buen humó con los años.

LOPILLO. ¿Para qué?

CÓMICO. Que ya son argunos los que yevamos a cuestas. Porque tú y yo somos de la misma quinta… y liase unos días que empesamos a contá con er cuatro. ¿Qué edá tienes tú?

LOPILLO. ¡Ay! ¡No me hables! ¡La edad de un quinto de zarzuela! ¡Pero galaneo todavía! ¡Y los triunfos me rejuvenecen!

CÓMICO. ¿Siempre en tu cuerda de grasioso?

LOPILLO. ¡Qué disparate! Eso iba a decirte. Estoy hecho un trágico imponente.

CÓMICO. ¡Muchacho!

LOPILLO. ¡Imponente! En lo que estriban las cosas en el teatro: por casualidad; por una verdadera chiripa. Una buena noche, en las ferias de Trujillo, anunciada *La muerte civil*, vendido el teatro desde por la tarde, cayó malo el primer actor. ¡Imagina el conflicto! Tuve una inspiración, y dije: «Yo hago la obra». «¿Tú, Lopillo?». «¡Yo! ¡Yo! ¡Con la cara y el pelo!». ¡Bendito sea aquel rasgo! ¡Él me abrió un horizonte desconocido! Aquella noche enloquecí al público en la muerte. Tres veces seguidas me hicieron morirme.

CÓMICO. ¿Tres veces? ¡Vaya éxito!

LOPILLO. Como que a la tercera vez tuve que pedir por piedad que me dejaran vivo, para no morirme de veras la cuarta. Pues bien: allí me hice primer actor; especialista en muertes. ¡Las muertes de un gracioso! ¡Hay que ver!

CÓMICO. ¡Sí que es cambio de vía!

LOPILLO. Y ¡qué cambio! Porque, chico, ¡es que me muero como los ángeles!

CÓMICO. ¡Ja, ja, ja!

LOPILLO. No te rías. ¡Me han felicitado la mar de médicos! ¡Nada, que le he cogido el tranquillo a eso de morirse, y no hay caso que se me resista! ¡Asombroso! ¡Qué hipos, qué ojos en blanco, qué rechinar de dientes!… ¡Asombroso! Excuso decirte que llevo un repertorio que *está fichado.*

CÓMICO. ¡Es naturá!

LOPILLO. Pero ¡me gano unas ovaciones de barba de pavo! ¡Crujen los teatros, Bautista! En *Pablo el idiota* me muero de la enfermedad del sueño. En el primer acto tengo ya la mosca en la oreja; me pica en el segundo, y en el tercero y último caigo redondo como una pelota, y ni la ovación me despierta. No sé lo que hago. Es una intuición particular. Bueno, pues en *Los dientes del lobo* me muero de rabia.

CÓMICO. ¿De rabia?

LOPILLO. De rabia: que se acentúa, por cierto, si es domingo y no llueve. Bromas aparte, ¡cómo rabio! Muchacho, doy un alarido que levanto al público. Y se va a la calle. Me dejan solo morirme como un perro. Pues ¿y en *La madrugada del reo?* ¡Friolera! Ahí me muero de hambre. ¡De hambre, Bautista! ¡Supón tú el estudio que habré yo hecho del caso en veinte años de cómico de la legua! ¡Me lo sé de memoria!

CÓMICO. Pero ¡caerás en la cama hecho migas!

LOPILLO. Los días que me tengo que morir tarde y noche, caigo como muerto.

CÓMICO. Y ¿qué te trae por Puente Reá?

LOPILLO. Te diré. ¿Habrá en este pueblo cincuenta duros?

CÓMICO. Pa er teatro, no.

LOPILLO. Pero ¿los habrá?

CÓMICO. Eso, sí.

LOPILLO. ¡Pues son míos! Los necesito a todo trance. Se me ha torcido el carro y he dejado en rehenes a media compañía en el mesón de Las Canteras.

CÓMICO. Ahora mismo estaba aquí el hijo del amo.

LOPILLO. Campanita, ¿no?

CÓMICO. Campanita.

LOPILLO. ¡Pues no quiero ni verlo! Escucha: ¿qué tal se almuerza aquí?

CÓMICO. Divinamente. ¿Tú tienes buen estómago?

LOPILLO. Según: si voy yo a pagar, todo me cae como un veneno: la obsesión de la cuenta me vuelve de plomo hasta los merengues. Ahora, si me convidan, digo lo que un empresario a quien acabo de conocer: «Piedras que como, piedras que *dirijo*».

CÓMICO. ¡Ja, ja, ja! Pos cuenta con que hoy te convido yo. Lopillo. Dios te lo pague. Siempre, fuiste tan generoso. Cómico. Entra en la cantina y pide lo que quieras, mientras me yego en un sarto a besá a mis chiquiyos. Cuestión de diez minutos.

LOPILLO. Pues ¡verás qué almuerzo voy a disponerte!

CÓMICO. A tu gusto. *Vase por la izquierda.*

LOPILLO. ¡Canario! ¡Canario! ¡Llego a Puente Real con buen pie! *Viendo de pronto aparecer a la puerta del mesón a Alegría, la hija de la mesonera.* ¡Cielos! Pero ¿qué divinidad es ésta? ¡Qué encanto de criatura! ¡Qué extraordinaria aparición!

¡Ojos hidrópicos creo
que mis ojos deben ser!…

Joven, deseando hacerle a usted un favor cualquiera, *Entrase en la cantina.*

ALEGRÍA. ¡Ay, qué tipo de hombre! Pero ¿cómo to er que me ve tiene que hasé conmigo? ¡Vamos! ¡Y quiere Campanita que yo me esclavise sólo a é! ¡Qué compre una libra de pasiensia! Hombres alreó, hombres alreó… De tos y de ninguno. Y luego… escogé er que yo quiera. *Mirando hacia el pueblo.* ¡Anda! ¡Habla-Solo! Éste es er que me hase más grasia. *Se sienta a esperarlo, en los labios y en los ojos la sonrisa, y dispuesta a coquetear todo lo que sabe.*

Habla-Solo, mocito que presume más que Alegría, pero con muchos menos motivos, sale por la izquierda y pasa ante ella sin mirarla. Luego se sienta a la puerta de la cantina.

HABLA-SOLO. Zí, zí; dispara zonrizitas. ¡Qué que te voy a mira! Me he levantao con tortícolis. No pueo vorvé la cabeza pa eze lao. Ésta ze pienza que yo zoy como er zimple de Campanita, que anda pregonando en toas partes que ze muere por eya. ¡Jajay, qué riza! ¡Qué no, hombre, que no! ¡De rodiyas tengo de verla, pidiéndome por Dios que la mire! ¡Vale mucho un zortero! *Gritando de pronto.* ¡Caféeee! *A poco sale Tarumba y se lo sirve. Mientras tanto continúa él su soliloquio.* ¡Vaya, hombre, vaya! Cuando no hay perzona con quién hablá, poz habla uno zolo. Por argo me dicen Habla-Zolo. Claro que aguanto er mote porque no me lastima. Que lo mismo me podían decí Ríe-Zolo, Come-Zolo… ¡o Duerme-Zolo, que paece que es lo que molesta!

ALEGRÍA. ¡Ja, ja, ja!

HABLA-SOLO. ¡Ríete, ríete, que ya ze ve que te ha hecho mucha gracia!

TARUMBA. ¿Quiere arguna cosa más la gala der pueblo?

Habla-Solo. Gracias, Tarumba.

Tarumba. Pa servirte siempre. *Retirándose.* ¡Esta niña!… ¡Esta niña!… ¡Ay, qué arrastrá niña! ¡Qué fina me ha salío!

Habla-Solo. Ya ez er cuarto café que me tomo hoy. Doce me tomo ar día. ¡Doce! ¡Y na, no pierdo er zueño! Azí: durcecito: con tres *turrones.* ¡Y no pierdo er zueño!

Alegría. ¡Ejem!

Habla-Solo. Pastiyas, niña. ¡Como que te voy a mirá! Humíyate, paloma. ¡Vale mucho un zortero!

Vuelve Malenconía. Al ver allí a Habla-Solo, suspira hondamente.

Malenconía. ¡Ay!… ¡El otro ahora! ¡Er niño mimao de Puente Reá!… ¡Cómo va a hacerle cazo esta mujé a un triste mozo e cuadra! ¡Ay!… *Quédase como clavado mirando a Alegría.*

Vuelve también en este momento Campanita, a quien le contraría no hallarla sola. Ella lo recibe con la carita de Pascuas.

Alegría. ¡Campanita! ¡Hola, Campanita! ¿Tú por Puente Reá? ¡Dichosos los ojos! Dios te guarde.

Campanita. *Espontáneamente.* ¡Y a ti te bendiga, lusero! *Ella, entonces, después de sonreírle, le vuelve graciosamente la espalda. Él se sienta en un poyete, desconcertado, y la contempla.*

Habla-Solo. *A modo de comentario del hecho.* ¡Caféee!

Malenconía. ¡Ay Dios mío de mi arma!

Campanita. Me voy, me voy; ¡vaya si me voy!

Música

Alegría pasea coqueteando ante sus tres adoradores. Habla-Solo le huye siempre el semblante.

Alegría.

La que quiera trastorná
a los hombres a su antojo,
siempre los debe mira

con el rabiyo del ojo.

Hay miraditas parlanchínas,
y hay miraditas silensiosas,
y hay miraditas como rosas,
y hay miraditas como espinas.

Pero el rabiyo
malisiosiyo
es un tunante y es un burlón:
¡es un diabliyo
que hase cosquiyas ar corasón!

Hay miraditas suplicantes,
y hay miraditas atrevidas,
y hay miraditas furminantes
y hay miraditas sostenidas.

Pero el rabiyo
revortosiyo
es esperansa y es tentasión:
¡es gusaniyo
que muerde er fondo der corasón!

Hay miraditas ofensivas,
y hay miraditas salameras,
y hay miraditas que dan «¡vivas!»
y hay miraditas que dan «¡mueras!»

Pero el rabiyo

juguetonsiyo
es caramelo y es aguijón:
¡es un chiquiyo
que burla ar guarda der corasón!

Cesa la música.

Habla-Solo. ¡Bueno, hombre; bueno! Vámonos a dá un pazeíto por ahí, que er tiempo convida. ¡Y aquí no hay na que vé! *Llamando.* ¡Tarumba! ¡Tarumba! *Tarumba asoma.* Tome usté los ziete cafés que le debo.

Tarumba. ¿Has hablao con mi niña?

Habla-Solo. ¿Cómo?

Tarumba. ¿Si has hablao con mi niña?

Habla-Solo. *Remedándolo.* Hay jamón, hay huevos, hay zarchicha, hay lomo… ¿Cuántos zon ustedes?

Tarumba. ¿Eh?

Habla-Solo. ¡Yo también estoy una mijiya teniente, amigo! ¡Memorias a Rozario! ¡A Rozario!

Tarumba. ¿Que me quede con la vuerta? Grasias. *Se retira con el servicio de café.*

Habla-Solo. Pero, hombre, ¿qué ez ezo, Malenconía? ¿Qué te zucede? ¡Tienes cara de burro embarcao! Ten ahí un cigarriyo.

Malenconía. Ze agradece. ¡Ay!…

Habla-Solo. Y quéate con Dios.

Malenconía. Que usté lo paze bien. ¡Ay! *Éntrase lentamente en el parador, fijo siempre en la moza.*

Habla-Solo. ¡Hola, Campanita! No había reparao en usté. ¿Qué hay por Las Canteras?

Campanita. Poca cosa.

Habla-Solo. ¿Mucho tiempo en Puente Rea?

Campanita. No; me voy esta noche.

Alegría. ¡Ejem! ¡Ejem!

Habla-Solo. ¿Cuándo?

Campanita. Esta noche.

Habla-Solo. Pos que usté ziga bueno. Ya zabe dónde deja un amigo.

Campanita. Ya sabe usté dónde tiene otro.

Habla-Solo. Y a la niña, ni agua. ¡No la he visto! ¡Mal educao que estoy! ¡Rabiyos a mí! ¡A la estación, a vé er mujerío! ¡Vale mucho un zortero! *Vase por la izquierda.*

Lopillo sale de la cantina a ver si viene ya su amigo; y al observar a Alegría y a Campanita, se oculta disimuladamente y se queda al paño.

Música

Campanita. *Dirigiéndose resuelto a Alegría, apenas se halla solo con ella.*

Dos palabras, Alegría.

Alegría.

¿Dos palabras? ¡Y dos mí!

Campanita.

Dos na más en este día
son las que te he de desí.

Alegría.

¿Tienes prisa, pa tan *poco*?

Campanita.

¡Tengo prisa!

Alegría.

¡Bien se ve!

Campanita.

¡No quiero vorverme loco

con tu manera de sé!

Matan a uno en er campo,
y una cruz ponen
pa escarmiento y aviso
de malhechores.
Donde vives tú,
que a mí me tienes muerto,
yo pondré una cruz
Ya en la boca der Puente
dejo una raya,
que no pasaré nunca
cuando me vaya.
Óyelo, mujé:
¡por más años que viva,
no la pasaré!

ALEGRÍA. *Burlona.*

¡Ay, Jesús! ¡Qué repente!
¡Qué desatino!
¡Por Dios, yo no merezco
tanto castigo!
Párate y verás
mi penita de muerte
si por mí te vas.
¡Ay, Señó, qué trastorno!
¡Qué penitensia!
¿Qué haré yo noche y día,
sin su presensia?

¡Ay, vaya por Dios!
¡Si se me va este hombre,
vi a morirme yo!

Campanita.

¿Te ríes porque padesco,
verdá?
¿Tu burla es lo que meresco,
quisá?
¡Pos vive con tu capricho,
mujé,
que yo, lo que ahora te he dicho,
lo haré!

Alegría.

¡Escúchame!

Campanita.

¡De tu boca
no tengo más que escuchá!

Alegría.

Pero, ¿de veras me dejas?

Campanita.

¡Er tiempo te lo dirá!
¡Tú vivirás con tu risa,
pero yo no yoro más;
y tú seguirás burlándote,
pero de mí no será!

ALEGRÍA. *Acentuando el tono de burla.*

¡Me esconderé no sé dónde!
¡Me meteré en un rincón!
¡Me enserraré en una cueva
a yorá mi perdisión!

¡Me arrastraré por las cayes!
¡Me corgaré de un faro!
¡Me tomaré un bebediso!
¡Me tiraré de un barcón!

CAMPANITA.

¡Ríe, ríe hasta cansarte,
que argún día querrá Dios
que esté tu risa en mi boca
y en tu pecho mi doló!

Marchase decidido hacia la izquierda. Cesa la música.

Alegría suelta una carcajada de despecho, que quiere ser de mofa, y luego, poco a poco, va tornándose seria, presa de un creciente desasosiego.

ALEGRÍA. ¡Ja, ja, ja!… ¿No ha tenío mucha grasia?… ¡Ja, ja, ja…! ¡Y ayá va como disparao! ¡Y no vuerve la cara ni na! ¿Pa qué? ¡No, no la vuerve! ¡Ja, ja, ja! ¿Será capaz de hasé lo que ha dicho? ¡No vuerve la cara! Sí; ése es capaz de haserlo. ¡Vaya si es capaz! Pero ¿no va a vení más a verme? ¡Ay, Dios santo! ¡Si ahora me parese que es el único que me gusta! ¡Vinge! ¿pa qué he hecho yo esto? ¿Pa qué lo he hecho yo? *A Rosario, que sale del mesón oportunamente.* ¡Ay, mamaíta, mamaíta!

ROSARIO. ¿Qué te pasa, criatura?

ALEGRÍA. ¡Ay, mamaíta! ¡Campanita se acaba de í y no vuerve! ¡No vuerve!

ROSARIO. ¿No vuerve, eh? ¿Y lo ves ahora? Y ¿pa qué has consentío tú que se vaya? ¿No te lo arvertí?

ALEGRÍA. ¡Qué sé yo! ¡Un mar momento! Pero ¡se va! ¡se va de veras! ¡Se lo he visto en los ojos! *Lloriqueando.* ¡Ay, mamaíta, mamaíta! *A Tarumba, que sale de la cantina.* ¡Ay, papaíto, papaíto!

TARUMBA. ¿Qué es eso, chiquiya? ¿Por qué yoras así?

ROSARIO. ¡Porque ha dejao í a Campanita y está pesarosa!

ALEGRÍA. ¡Corre tú, papaíto, y vé a buscarlo!…

TARUMBA. ¿Cómo?

ALEGRÍA. ¡Que vayas a buscarlo y le digas que estoy arrepentía! ¡Que lo quiero como a ninguno!

TARUMBA. Sí, hija, sí; ¡ya lo creo! ¡Ahora mismo! ¿A qué estamos los padres?

ALEGRÍA. ¡Por ayí abajo irá!

TARUMBA. *Encaminándose en dirección contraria.* ¡Campanita! ¡Muchacho! ¡Ven aquí!

ALEGRÍA. ¡Papaíto, si no va pa ese lao, si va pa er pueblo!

ROSARIO. ¡Si ha seguío pa Puente Reá! ¿No te enteras?

TARUMBA. ¿No he de enterarme? ¡Esto estaba visto! *Continúa hacia la derecha, dando voces.* ¡Campanita! ¡Escúchame, hombre! ¡Vuerve aquí! ¡Que mi niña te ha tomao por er pito'un sereno y se divierte mucho! *Desapareciendo.* ¡Campanita!

ALEGRÍA. ¡Ay, ay! ¡No quié yamarlo! ¡Se ríe de mí ahora!

ROSARIO. ¡Lo mismo que tú de Campanita, que te hubiera puesto en un artá!

ALEGRÍA. ¡Ay, ay! ¡Ay, mamaíta! ¡Yo no pueo viví sin ese hombre! ¡Anda ve tú por é!

ROSARIO. ¡Búscalo tú si quieres, ya que lo has vuerto loco; que bien empleao te está lo que te pasa! *Se entra en el mesón.*

ALEGRÍA. *Llorando y pataleando de rabia.* ¡Ay, ay, ay! ¡To er mundo en contra mía! ¡A mí me da una arferesía esta mañana!

Preséntase a ella Lopillo en este instante, decidido a todo.

LOPILLO. ¡Niña!

ALEGRÍA. *Sobresaltada.* ¿Eh?

LOPILLO. Usted no me conoce, ¿verdad?

ALEGRÍA. No, señó.

LOPILLO. Ni falta. Yo soy quien va a sacarla a usted de este apuro; quien va a lograr que ese hombre a quien usted quiere no se vaya.

ALEGRÍA. ¿Qué dise usté?

LOPILLO. ¡Que Campanita no sale esta noche de Puente Real; no pasa esa raya que le ha dicho a usted que ha hecho en el Puente! ¡Usted tendrá tiempo para buscarlo! ¿Él le ha jurado a usted que se va? ¡Pues yo le juro a usted que se queda!

ALEGRÍA. ¡Ay, señó! Pero ¿quién es usté?… Como usté haga eso… sea usté quien sea, ¡yo no sabré cómo pagarle!

LOPILLO. Yo se lo diré a usted a su tiempo. Ahora, váyase adentro y estese tranquila.

ALEGRÍA. ¿No me engaña usté?

LOPILLO. ¡No la engaño! ¡Por la cuenta que a mí me tiene, entre otras cosas! Ni una palabra a nadie. Estese tranquila… y espere.

ALEGRÍA. Ea, pos a esperá… y Dios bendiga a usté, señó, *Entrándose en el parador.* ¿Quién será este hombre tan simpático? *Se aleja entonando la canción del «rabillo del ojo».*

LOPILLO. ¡Juramentos de amor a un trágico de mi calibre!

En presencia de Dios formado ha sido:
¡con mi presencia queda destruido!

Vuelve el cómico por donde se fué, y al verlo, le pregunta:

CÓMICO. ¿Qué es eso, Lopiyo? ¿Has encontrao ya los sincuenta duros?

LOPILLO. ¡Camino llevo! ¡Vamos a almorzar santamente!

Se abraza a él y entran en la cantina.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Es de noche. Una calleja de Puente Real, alumbrada débilmente por algún farol mortecino. Hacia la derecha, puertecilla practicable de una casa modesta, a la que dan acceso un par de escalones.

Música

Por la izquierda sale Campanita, que va y viene con inciertos pasos, en la lucha de su voluntad y su deseo.

Campanita.

El hombre que se enamora
ya pierde vela y timón:
¡barquito desgobernao
a la clemensia de Dios!

Mujeres, malas y buenas,
guardáis pa el hombre que os mira,
sepos, griyos y cadenas.

¿Dónde van mis pasos,
que andan ar revés?
¡No sé qué mano por debajo e tierra
tira de mis pies!
¿Dónde van mis pasos,

que me quiero í,
y no me yevan adonde yo quiero?
¡Me clavan aquí!
¡Dame fuersas, madre,
pa lo que juré!
¡Que no se burle una mujé sin arma
de un hombre de bien!

¿Dónde van mis pasos?
¿Dónde van mis sueños?
¿Dónde va mi arma?
¿Dónde va mi cuerpo?

El hombre que se enamora
ya pierde vela y timón:
¡barquito desgobernao
a la clemensia de Dios!

Cesa la música.

Por la derecha sale el Cómico.

CÓMICO. ¡Campanita!

CAMPANITA. ¡Hola, amigo!

CÓMICO. ¿Qué hase usté por estos cayejones?

CAMPANITA. Tiempo pa vorverme a mi pueblo. Hasta las diez y media no sale er cochesiyo…

CÓMICO. ¿Se va usté por fin?

CAMPANITA. Y pa una temporá. Ya lo hablamos esta mañana. Además, vi a aproveché este encuentro pa haserle a usté una confidensia. He resibío esta carta… —*Le muestra una que saca de un bolsillo y que vuelve a*

guardarse— en que se me dise que si soy un hombre cabá me pase esta noche a las diez por ahí, por la Prasuela. Me he pasao y no he visto a nadie. Se conose que es una broma de argún grasioso.

CÓMICO. Poca grasia tiene.

CAMPANITA. Pero, por si acaso, como yo me voy, aquí queda un testigo de que soy un hombre cabá, como la carta pide.

CÓMICO. Eso ya lo sabe to er mundo, Campanita.

CAMPANITA. Hasta otra vista, amigo.

CÓMICO. Vaya usté con Dios.

CAMPANITA. Que usté siga bueno.

Vase por la derecha. El Cómico lo ve marcharse, y luego dice:

CÓMICO. Ya dobló la esquina. No hay tiempo que perdé. *Llama sigilosamente a la puertecilla de la casa de los escalones.* ¡Lopiyo! ¡Lopiyo!

LOPILLO. *Dentro.* Ya, ya salgo. *Y, efectivamente, sale en seguida nuestro hombre, caracterizado para representar una de esas muertes que, al decir de él, lo han hecho famoso: paliducho, los ojos sombreados, el cabello en desorden, desabrochado el cuello de la camisa y la corbata suelta.* ¿Eh? ¿Qué tal?

CÓMICO. ¡Muchacho! ¡Le das un susto ar mieo!

LOPILLO. ¡Ya verás qué trágico, Bautista! ¡Ya verás!

CÓMICO. Pos ¡ya verás tú qué comiquito retirao! ¡Que aquí no le temo a la pronunsiasión!… Escucha: Campanita no sale de estos alreores.

LOPILLO. ¡Es natural! ¡Así que me ando yo por las ramas! ¡El drama está planeado como para que dé pesetas! ¡A ver! ¡El anónimo ha surtido su efecto!

CÓMICO. Y que nadie sospechará una palabra. Esta casa yeva más e tres meses vasía, y el amo está fuera y no hay quien sepa que yo tengo la yave.

LOPILLO. ¡Dios, que protege al genio!

CÓMICO. ¡Arguien viene!

LOPILLO. Pues sea quien sea, déjame con él.

CÓMICO. Yo estoy en la esquina, capote ar braso.

LOPILLO. ¡A ello!

CÓMICO. ¡A eyo!

Se va por la derecha.

Lopillo, en el acto, se recuesta sobre los escalones de la puertecilla, muriéndose a chorros.

LOPILLO. ¡Ay!… ¡ay!… ¡ay!…

Por la izquierda sale Valverde, hombre del pueblo, que se detiene al oír los quejidos, y que luego se acerca a Lopillo con solicitud, la cual presto se convierte en asombro.

VALVERDE. ¿Eh? ¿Quién? ¿Qué es eso, buen hombre?

LOPILLO. ¡Ay!…

VALVERDE. ¿Qué le susede? ¿Se ha caío usté?

LOPILLO. ¡Ay!… ¡No, señor!… ¡Justicia!… ¡Socorro!… ¡Me han matado!…

VALVERDE. ¿Qué?

LOPILLO. ¡Que me han matado!

Vuelve el Cómico por donde se fué, metido en situación como suele decirse.

CÓMICO. ¿Qué ocurre? ¿Quién es este hombre?

VALVERDE. Yo no sé, señó… Está medio muerto, ¿no lo te usté? ¡Dise que lo han matao!…

CÓMICO. ¿Qué lo han matao?

LOPILLO. ¡Ay!…

CÓMICO. ¿Quién lo ha matao a usté, amigo? ¿Ha sío en lucha?

LOPILLO. Ha sido a traición… alevosamente… Por celos de una mujer… de Alegría…

CÓMICO. ¡Ah!

VALVERDE. ¿La hija de Tarumba?

CÓMICO. Pero ¿quién ha sío é?

LOPILLO. Campanita, el de Las Canteras…

VALVERDE. ¿Es posible?

CÓMICO. ¡Sí! ¡Por aquí andaba! ¡Yo lo he visto! ¡Corra usté, amigo, y que lo detengan!…

LOPILLO. ¡Eso! ¡que lo detengan!… ¡que lo detengan!…

CÓMICO. ¡Corra usté, que yo voy mientras por un médico!

VALVERDE. ¡Sí, señó! ¡Socorro! ¡Socorro!

Vase por la derecha a más andar.

CÓMICO. ¡Bravo, Lopiyo!

LOPILLO. *Levantándose.* ¿Te convences?

CÓMICO. ¡Bravísimo!

LOPILLO. ¿Me muero con gracia, o no me muero?

CÓMICO. ¡Te mueres como pa morirse de risa! ¿Y yo, que tal he estao?

LOPILLO. ¡Para subirte el sueldo!

CÓMICO. ¡Ja, ja, ja! Métete dentro, que viene otra persona.

LOPILLO. ¡Pues vamos a darle otro golpe!

CÓMICO. ¡No abuses de tus facurtades!

LOPILLO. ¡El que se muere a gusto!…

CÓMICO. ¡Si me paese que es Habla-Solo!

LOPILLO. ¡Mejor que mejor! ¡Métete dentro tú, que no te vea!

CÓMICO. ¡Como por tramoya! ¡Pero pa mí que tú y yo paramos en la cárse! *Obedece y cierra la puerta tras de si.*

Lopillo vuelve a su ficción engreído por el éxito.

LOPILLO. ¡Ay!… ¡ay!… ¡ay!…

En esto, por la derecha, aparece Habla-Solo, que no sabe la que le aguarda.

HABLA-SOLO. ¿Quién zerá eze que va por ahí pidiendo zocorro? ¿Qué habrá zucedío? ¡A lo mejó es que hay fuego en zu caza!… La verdá es que estos cayejones tan oscuros dan el ¡quién vive! *Tropieza de pronto con Lopillo y se lleva un susto como para él solo.* ¿Eh? ¡Quién vive!

LOPILLO. ¡Ay!… ¡ay!… ¡Favor, hermano!…

HABLA-SOLO. ¿Eh? ¿Qué ez ezo? ¿Qué tiene usté?

LOPILLO. ¡Qué me han herido malamente!… ¡Ay!… ¡ay!… ¡Me muero! ¡me muero!… ¡Hip!…

HABLA-SOLO. ¡No, zeñó; no ze muere usté!… ¡No es tan fáci morirze!

LOPILLO. ¡Me muero!… ¡Me han matado!… ¡A traición!… ¡Me han matado!… Por amores de una mujer… de Alegría…

HABLA-SOLO. ¿De Alegría?

LOPILLO. Sí…

HABLA-SOLO. ¿La der mezón de la Gaditana?

LOPILLO. ¡Ella!… ¡ella!… ¡Hip!…

HABLA-SOLO. ¡Qué barbaridá!… Y ¿con quién ha zío la pendencia, amigo?…

LOPILLO. ¡Ay!…

HABLA-SOLO. ¿Quién lo ha matao a usté?

LOPILLO. ¡Ay!…

HABLA-SOLO. ¿Quién lo ha matao a usté?

LOPILLO. No sé cómo se llama… Habla-Solo le dicen…

HABLA-SOLO. *Saltando.* ¿Quéeee?

LOPILLO. ¡Habla-Solo, sí… Habla-Solo es quien me ha malherido!…

HABLA-SOLO. ¿Ze quié usté cayá, moribundo, zi Habla-Zolo zoy yo?

LOPILLO. No… no… usted no es Habla-Solo… Habla-Solo es mi matador… ¡Infame!… ¡Hip!…

HABLA-SOLO. ¡Que está usté equivocao, porra!

LOPILLO. ¡Pido a Dios justicia para el miserable asesino!

HABLA-SOLO. ¡Oiga usté, oiga usté, agonizante, que ezas ya son palabras mayores! ¿Usté le ha dicho a arguien que lo ha matao Habla-Zolo?…

LOPILLO. ¡A tres o cuatro buenas almas!…

HABLA-SOLO. ¡Caracoles! Pero ¿por qué ze le ha metío a usté ezo en la cabeza?

LOPILLO. ¡Ay!… ¡ay!… ¡Me muero! ¡Hip!…

HABLA-SOLO. ¡Hombre, no! ¡No ze muera usté hasta mañana, que ze ponga esto en claro!

LOPILLO. La Providencia me lo depara a usted en este último trance… Si es usted buen cristiano, como parece, vaya sin perder tiempo a la calle Corta, número ocho, donde vive un pariente mío… López… López… y dígale que venga… que me muero… que ese canalla de Habla-Solo me ha herido a traición…

HABLA-SOLO. ¡Y dale! Pero ¿por qué la habrá tomao conmigo?

LOPILLO. López… López… ¡Hip!… No lo olvide usted… López… Y ¡por favor!… vaya en seguida…

HABLA-SOLO. ¡Ahora mismo! ¿No tengo de í? ¡López!…

Zoy yo muy buen cristiano, zí, zeñó… ¡López!… Voy corriendo… ¡Caféee!… ¡Ni zé lo que digo!… No ze dé usté mucha priza a morirze… ¡López!… ¡López!… ¡Donde voy yo ez a meterme en la cama! ¡Camará qué encuentro! ¡Ez una pezadiya de la bilis! ¡Pa hablá zolo! ¡pa hablá zolo! Con una coza azí, ¿quié no habla zolo? *Más muerto que vivo, desaparece por la izquierda.*

LOPILLO. *Incorporándose, orgulloso de su triunfo.* ¡El amo! ¡Soy el amo! ¡Aunque me lleven a la cárcel, soy el amo!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

En el mesón de la Gaditana nuevamente. Es a la mañana siguiente del cuadro anterior, tempranito.

Música

El Encajero, la Caracolera y la Naranjera van apareciendo sucesivamente. El Encajero trae un canasto con su mercancía y, en una mano, varias tablas de tiras bordadas. La Caracolera lleva pañuelo a la cabeza y sobre ella una olla de barro, puesta en un rodete, que deja sobre la mesa para pregonar más desembarazadamente. La Naranjera, un canasto al brazo y alguna naranja en la mano.

Encajero. *Saliendo por la izquierda.*

¡El encajero, niñas,
el encajero!
¡Lo que traigo en las manos,
¡salero!,
vale er dinero!

Caracolera. *Dentro, a la derecha.*

¡Caracolera!
¡Caracoles der campo!
¡Quién los comiera!

A parece.

¡Con la casita ensima,
los cuernos fuera!
¡Caracolera!

Encajero.

¡El encajero!

Naranjera. *Dentro, a la izquierda.*

¡La naranjera!
¡Mis naranjas las busca,
¡ganguera!,
la confitera!

Encajero.

¡Encajitos como la espuma,
como la sá;
pañolitos que son de pluma;
tiras bordás!

Caracolera.

¡Caracolitos tiernos,
que las mujeres
se quitan pa pincharlos
sus arfileres!

Naranjera. *Saliendo.*

¡De Mairena las traigo!
¡La naranjera!

Van los tres de un lado hacia otro, pregonando sus mercancías. Ya asoman al mesón, ya a la cantina, ya al campo, ya al pueblo.

Encajero.

¡Entredoses calaos,
blondas finitas!

Caracolera.

¡Caracoles hurgaos
y cabriyitas!

Encajero.

¡Pa regalos de enamoraos,
pa las camas de las mositas!

Caracolera.

¡Qué calentitos!
¡Quién los comiera!
¡Caracolitos!
¡Caracolera!

Vase para el pueblo.

Naranjera.

¡Saben a beso!
¿Quién no me compra arguna
sólo por eso?

Vase para el campo.

¡El encajero, niñas,
el encajero!
¡Lo que traigo en las manos,
¡salero!,

vale er dinero!

Éntrase en el mesón.

Las tres voces se oyen últimamente lejos, a distancias diversas.

Caracolera.

¡Caracolera!

Encajero.

¡El encajero!

Naranjera.

¡La naranjera!

Cesa la música.

Del interior del mesón salen a la puerta el Cómico y Alegría.

Alegría. *Hablando hacia dentro.* ¡Encajero, ahora voy! ¡Espéreme usté!

Cómico. De manera que ya está usté enterá de to lo que ha pasao anoche por su causa.

Alegría. ¡Una película de risa! ¡Ay, qué hombre más salao! ¿Quién iba a pensá que se iba a vale de esa trasa? ¿Está ahí en la cantina?

Cómico. Ahí está.

Alegría. ¡Porque tengo que verlo! ¡Esto no se paga con oro! ¿Y Campanita, no ha venío?

Cómico. Campanita vendrá después. ¡Baila de contento!

Alegría. ¡Como yo! ¡Ole! ¡Ole! A mis padres no les digan ustés na de to esto, hasta que Campanita y yo hayamos hablao.

Cómico. Descuide usté.

Alegría. ¡Er chasco que se van a yevá! ¡Eyos que creen que Campanita se ha despedío pa siempre! Como que esta mañana se han levantao los dos con er pío de que no piense más en Campanita y de que le haga caso a Habla-Solo.

CÓMICO. ¿Sí, eh? ¡Ja, ja, ja!

ALEGRÍA. ¡Miste Habla-Solo!

CÓMICO. A Habla-Solo no le sale der cuerpo en una semana er susto que anoche pasó, en pensá que se corría por er pueblo que él había matao a un hombre.

ALEGRÍA. ¡Ja, ja, ja!

CÓMICO. ¡Ayí viene! Quéese usté con Dios, y hasta luego.

ALEGRÍA. Hasta luego.

CÓMICO. ¡Cara e pajuela trae! *Se mete en la cantina.*

ALEGRÍA. Sí que viene muy achicaíyo. Ahora soy la que va a hablá sola.

Aparece Habla-Solo por la izquierda. Se conoce que ha pasado muy mala noche. Ostensiblemente ha perdido mucho de la arrogancia del día anterior. De todos modos, pasa por delante de Alegría sin mirarla, aunque no puede reprimir un movimiento, que equivale a un bufido, al hallarse tan pronto con ella. Es el gato que ve la escoba.

HABLA-SOLO. *Sentándose a la puerta de la cantina, y en voz muy tenue.* ¡Café!

Tarumba seguramente no lo oye.

ALEGRÍA. *Sin mirarlo por su parte tampoco, e imitándolo en sus soliloquios.* ¡Buenos días nos dé Dios! ¡Vaya una mañanita agradable! ¡O será que está una contenta! ¡Grasias a Dios que en er pueblo de una pasa un suseso que van a referí los papeles! ¡Digo! ¡Y por mí! ¡Un hombre que mata a otro hombre! *Habla-Solo se siente aludido y se descompone todavía más de lo que venía. Saca para tranquilizarse un cigarrillo, que difícilmente consigue reliar y encender.* ¡Qué orguyo pa una! ¡Pa una y pa er matadó! ¿Quién habrá sío? *A Habla-Solo le da un golpe de tos fulminante.* ¡Ya se averiguará! ¡A mí me gustaría seguí sus pasos, ir a verlo a la cárse, resarle en la capiya, acompañarlo… hasta la horca! *Habla-Solo, instintivamente, se lleva una mano a la garganta.* ¡Y vestí de negro luto por é! ¡Qué satisfasión!

Habla-Solo repite, con menos voz que antes, y volviéndose hacia la puerta de la cantina:

HABLA-SOLO. ¡Café, hombre; café!

ALEGRÍA. ¡Pobresito er muerto! ¡Por más que, después de to, él ha muerto con gloria! ¡Si tos tenemos que morí! ¿No más vale morirse en la caye, disputando er cariño de una mujé, que no en la cama, yeno de sinapismos? ¡Diferensia va! ¡Le voy a resá un padrenuestro ar pobresito! ¡Yo envidio a ese hombre! ¡Los hombres que son hombres, de lo único que no deben morirse en er mundo es de mieo! ¡Ja, ja, ja!

Éntrase en el mesón riendo a carcajadas.

HABLA-SOLO. ¡Muy graziozo! ¿Le paece a usté la niña? ¡Con la muerte'un hombre zobre zu conciencia, y la rizotá que ha zortao! ¡Ze piensa que lo arregla to con un padrenuestro! ¡Qué nochecita! ¡No he podio pegá un ojo! Esperando a la Justicia de un momento a otro, ¡he visto clareá!… Y ¡cómo retumbaba esta noche en la caye la voz de la gente! ¡Y los pazos! No hay como está en vela. Porque yo no he matao a nadie; de ezo estoy zeguro; pero zi aquel hombre ha dicho que lo he matao yo, y ya ze ha muerto, ¡vaya usté a convencé a la gente de lo contrario! Y como dió la mala pata de que acerté a pazá por er cayejón en aquer precizo momento… ¡Caray, caray!… Zí; empapelarme, me empapelan. Ezo, por la parte más corta. Quiea Dios que pare ahí. *Viendo un rayo de luz.* Dicen que a los azezinos lez entra remordimiento a úrtima hora, y confiezan zu crimen. ¡A vé qué tar ze porta er que haya zío! ¡Porque yo no he zío! ¡Esto lo juro en loz artares! *De improviso dirige la mirada hacia el pueblo y se queda sin voz y sin aliento para moverse. Le baja el color hasta la palidez de la cera, abre desmesuradamente los ojos y los pelos se le ponen de punta. En tal actitud permanece, como petrificado, mientras sale y cruza de izquierda a derecha una pareja de la Guardia civil, que maldito si lo mira al pasar, y que se detiene un instante detrás de él a encender un pitillo. Cuando desaparece, poco a poco cobra ánimos el infeliz, logra rehacerse, y al cabo, tras un gran suspiro de satisfacción, exclama:* ¡Claro, zeñó! ¡Pazan de largo! ¡Como que yo no he zío! *Fuera de sí, de puro gozoso.* ¡Y como no he zío, debo está como zi tar coza: tan fresco; zozegao como una barza de aceite! ¡Como tos los días! ¡Lo otro zería acuzarme yo mismo! ¡No, zeñó; no! ¿Qué han matao a un hombre? Y ¿a ti qué, Habla-Zolo? ¡Por ya noz espere muchoz años!

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Dueño ya de todas sus facultades. ¡Caféee! ¡Claro, hombre; claro! ¡Iguá que ziempre! ¡Más contento que nunca! ¡Me pintan bien las cozas! Arrancándose de pronto por fandanguillos para espantar sus negras ideas.

—Contrabandista valiente,
¿qué tienes que tanto yoras?
—¡Ze me ha muerto mi cabayo…!

Interrumpiéndose. ¡No, porra, no ze me ha muerto nadie! ¡También me he ido a estreyá en una coplita!… ¡Ja, ja, ja! ¡Qué contento estoy! Y lo primero que yo tengo que demostrarle a to er mundo es que vengo aquí por er café, que es especiá, y no por la niña. ¡Caféee! Que la niña a mí no me ha gustao nunca, ni me dice na, ni me importa na, ni na, ni na. Esto es muy importante pa que yo zarga libre; porque como er muerto acuzaba a un enamorao de la niña… ¡Esto es muy importante! ¡Caféee! Volviendo a cantar.

Yo no digo que mi barca
zea la mejó der puerto…

A Tarumba, que sale a servirle el café. Cómicamente alegre. ¡Hola Tarumba!

Tarumba. ¡Hola! Perdona, hijo, que haya tardao. Estaba acabando de hasé este espesiá que a ti se te sirve.

Habla-Solo. ¡A mí y a to er que yega! ¡Como que yo, por lo que vengo aquí es por er café! Entérate, zordo.

Tarumba. Por er café, ¿verdá? ¡Poco sabes tú! *Aludiendo a Alegría.* ¡Por er café que está ayá dentro! ¡Vaya café!

Habla-Solo. ¡Pos no ze ha enterao!

Yo no digo que mi barca…

Tarumba. ¿Estamos contentito?

Habla-Solo. ¡No tengo motivo pa otra coza! ¿Ha visto usté qué día?

Tarumba. ¿Eh?

Habla-Solo. ¿Qué día máz hermozo?

Tarumba. ¡Ah, sí! ¡Pa ti, como ninguno!

Habla-Solo. Lo convido a usté. Tráigaze dos copitas de cazaya.

Tarumba. Muchas grasias, hombre. *Éntrase en la cantina.*

Habla-Solo. *Volviendo a su cómica alegría al ver a Rosario, que sale del mesón.* ¡Buenos días, Rozario!

Rosario. Buenos días, Habla-Solo. ¡Qué tempranito por aquí!

Habla-Solo. ¡Je!…

Rosario. Ar que madruga…

Habla-Solo. ¡Claro! Ar que madruga… ¿Ha visto usté qué día?

Rosario. Hermoso día. ¡Por tos estilos! ¡Hermoso! *En tono de suegra futura.* ¡Ya se fué el espantajo! ¡Bendito sea de Dios! ¡Ay, qué tormento de Campanita! No ganábamos aquí pa dijustos, hijo mío.

Habla-Solo. *Maquinalmente.* ¿Hijo mío?

Rosario. ¿Cómo quiés que te yame ya, después de lo que tú tienes pasao por mi hija y de lo que yo le he escuchao a ella? ¿Qué podrá está ocurto pa una madre?

Habla-Solo. Oiga usté, oiga usté; vamos a poné una coza en claro…

Rosario. Ayé mismo, durmiendo la siesta, soñaba en arta voz contigo. ¡Si estará prendaíta!

Habla-Solo. ¡Zeñora!

Rosario. «¡Habla-Solo —desía—, mata a ese hombre que me persigue, que yo no quieo sé más que tuya! ¡Mátalo!».

Habla-Solo. ¡Qué barbaridá! ¡Y ezo, en la ziesta! ¿Qué había armorzao la niña?

Rosario. ¡Los disparates de los sueños!… ¿Eh?

Habla-Solo. ¡Y tanto, zeñora! Porque yo podré gustarle a la niña, como les gusto a otras mujeres, porque un zortero vale mucho; pero la niña a mí, ¡ni en compota! ¿Ze entera usté? Y usté dispenze. ¡Ni en compota, que es la otra especialidá de la caza!

Rosario. Sí; si ya sé yo que ése es tu sistema: desdeñarla siempre; pero ¿de qué te vale, si a los ojos asoma la verdá? *A su marido, que vuelve a salir con las dos copitas de cazalla.* Hazte cargo, Juan.

Tarumba. ¿Eh?

Rosario. ¡Este dise que Alegría no le gusta; que no la quiere!

Tarumba. *Apelando a su gramática parda* ¡Ar pleito, nunca!

Habla-Solo. ¿Cómo?

Tarumba. ¡Nunca! Esos terrenos, ¿no son de tu padre? ¡Pos que tu padre los disfrute mientras viva! ¡Por eso no nos vamos a peleá!

Habla-Solo. Pero, zeñó, ¿qué está usté diciendo?

Tarumba. ¡Y er día que tú te cases con mi niña, hora será de arreglá las cosas a gusto!

Habla-Solo. Pero, oiga usté…

Tarumba. ¡Hablando se entiende la gente!

Habla-Solo. ¡Con los zordos, no!

Tarumba. ¡A tu salú, hijo mío! *Se bebe la copita.*

Habla-Solo. ¿Hijo zuyo también?

Tarumba. *Abrazándolo.* ¡Te quiero mucho, mucho! *Hacia la cantina.* ¡Voy ayá! *A Habla-Solo.* ¡Ar pleito, nunca! *Se mete en la cantina.*

Rosario. ¿Ves tú? Ya lo oyes. Por nosotros no habrá dificurtaes. ¡Escucha, Juan! *Se va tras de Tarumba.*

Habla-Solo. ¡Caray! ¡Ésta está tan zorda como el otro!

En esto sale Malenconía con un costal al hombro, en dirección al campo. Al pasar por junto a Habla-Solo lo mira con envidia, suspira y le dice:

Malencolía. ¡Ay!… ¡Tú te la yevarás; Habla-Zolo; tú te la yevarás!

Habla-Solo. ¿Otra te pego?

Malenconía. ¡Ay!… ¡Pacencia! ¡Habé nació bonito y con dineros, como tú! ¡Ay!… *Se aleja por el campo.*

Habla-Solo. ¡Pos, zeñó, esto ze pone feo! ¡To er mundo va a acuzarme! ¡No quiziera yo más que podé hablá dos palabritas con er muerto, como Don Juan Tenorio!

Lopillo sale de la cantina, con mucha calma y se le sienta al lado.

Lopillo. ¡Que aproveche, amigo!

Habla-Solo lo mira y da un bote. Reconoce inmediatamente en él al «muerto» con quién deseaba hablar, y le faltan las piernas.

HABLA-SOLO. ¿Quéee?

LOPILLO. ¡Que aproveche!

HABLA-SOLO. ¡Joroba! ¿Usté ez er muerto?

LOPILLO. Servidor.

HABLA-SOLO. ¿Er muerto de anoche?

LOPILLO. Servidor de usted.

HABLA-SOLO. ¿Y está usté más vivo que mi padre?

LOPILLO. ¡Ya lo está usted viendo!

HABLA-SOLO. Pero… pero… pero ¿qué milagro ha zío éste?

LOPILLO. Ahora se lo contaré a usted, mi amigo. Venga esa mano.

HABLA-SOLO. ¿Esta mano?

LOPILLO. Esa mano, hombre. ¡No soy de piedra, como el Comendador!

HABLA-SOLO. *Con risa nerviosa.* ¡Je, je, je!

LOPILLO. ¡Venga esa mano!

HABLA-SOLO. Tenga usté. *A la sacudida que le da Lopillo,* ¡Vaya zi está vivo! ¡Ya decía yo!… ¡Porque he pazao una nochecita!… *Volviéndose a uno y otro lado, como hablando con acusadores invisibles.* ¡Ea! ¿Ze convencen ustedes de que yo no he matao a nadie?

LOPILLO. ¡A nadie! Por lo menos a mí no me ha tocado usted ni al pelo de la ropa.

HABLA-SOLO. *Lleno de júbilo.* Bueno, pero explíqueme usté… ¿Quié usté que lo convide? ¡Caféee!… ¿Qué tomamos? ¡Zi viera usté lo nerviozo que estaba!… Usté ¿quién es?

LOPILLO. Lopillo; ¡un cómico muy grande!

HABLA-SOLO. ¿Un cómico? Y ¿qué ha zío esto?

LOPILLO. Vamos ahí al campo, y se lo diré… Porque aquí las paredes oyen.

HABLA-SOLO. Las paredes zerán; ¡lo que es Tarumba!…

LOPILLO. Hombre pobre, todo es trazas, y cómico pobre, mucho más. Usted, que es persona de posibles, me entenderá muy bien…

Habla-Solo. Zí, zeñó; zí… Bueno, la broma ha zío pa andá a trastazos. Pero ahora estoy contento. ¡Qué pezo ze me ha quitao de encima! ¡Y cuidao que yo estaba zeguro de que no lo había matao a usté! Pero como a veces bebe uno más vino der que puede y ze pierde er conocimiento… ¡nadie ze ve libre de una mala hora!… ¡Qué nochecita! Calentura he tenío. Venga usté, venga usté…

Lopillo. Vamos, y oirá usted maravillas. (¡Ya di con la Empresa de gastos!).

Se va con Habla-Solo por la derecha. Habla-Solo canta de júbilo.

Como si se hubieran visto venir, salen simultáneamente Alegría y Campanita; ella, del parador, y él, por la izquierda. Van a encontrarse radiantes de amor y de dicha.

Alegría. ¡Blasiyo!

Campanita. ¡Alegría!

Alegría. ¡No te fuiste!

Campanita. ¡No me fuí! ¿Te pesa?

Alegría. ¡Me pesan las locuras que he hecho y to lo que por mí has padesío!

Campanita. Pero eso ya pasó pa siempre, ¿verdá?

Alegría. ¡Pa siempre, Blasiyo! ¡Qué pena si yegas a irte! Campanita. ¡Cáyate! Piedras tenía yo anoche en los pies. Le pedía a Dios, ayá en er fondo de mi arma, una cosa muy grande que no me dejara salí de Puente Reá.

Alegría. ¡Ole!

Campanita. Así es que cuando Juan Varverde y Paco el sereno me dijeron: «Está usté preso, porque ha matao a un hombre…».

Alegría. ¡Ja, ja, ja!

Campanita. Me entró esa misma risa que tú tienes. ¡Ya me quedaba aquí por fuersa mayó! ¡Ya no era una flaquesa quedarse! Dejé que er cochesiyo se fuera; se reunió gente; fuimos tos a los cayejones… ¡No quieras sabé la juerga que se armó ar vé que ayí no había ningún muerto! Oímos reí

en la casa vasía; entramos…, y cuando Lopiyo me dijo que to lo había hecho porque tú no tenías consuelo si yo me iba de Puente Reá, ¡por nadie me cambiaba! ¡Qué alegría, chiquiya! ¡En fin, nos ha amanesío bebiendo y cantando de gusto!…

ALEGRÍA. ¡Ole! ¡Pos ahora, Blasiyo, a querernos!

CAMPANITA. ¡A seguí queriéndonos! Pero ya, cara a cara. *Salen de la cantina Rosario, Tarumba y el Cómico: aquéllos enterados ya por éste de toda la farsa.*

CÓMICO. ¡Aquí está la pareja!

ROSARIO. ¡Hijo mío! ¿Qué nos ha referío este hombre?

CAMPANITA. ¡Rosario!

ROSARIO. ¡Si tenía que sé! ¡Si está escrito ayá arriba! *Besando a su hija.* ¡Gloria de tu madre!

ALEGRÍA. ¡Mamaíta!

TARUMBA. ¡Déjame que te abrace, Blasiyo!

CAMPANITA. ¡Señó Juan!

TARUMBA. ¡Si te he visto nasé, hijo de mi arma! ¡Si te quiero más que a tu padre! No hase diez minutos se lo desía yo aquí mismo a Habla-Solo: «No te compongas, inosente, Campanita y Alegría se arreglan; ya lo verás… ¡Señó, porque se quieren!». Y ér me contestaba, con sus humos y su fachenda… ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que nos vamos a reí con ese galápago!

Habla-Solo ha vuelto del campo con Lopillo, a tiempo de oír todo esto.

HABLA-SOLO. ¡Qué está aquí er galápago, Tarumba! ¡Habrá zinvergüenza!

TARUMBA. ¿Eh?

LOPILLO. Yo quiero aprovechar esta alegría de todos para presentar a mi nuevo empresario.

CÓMICO. ¿Habla-Solo?

LOPILLO. ¡El mismo!

CÓMICO. ¡Lopiyo, eres inagotable!

LOPILLO.

¡Soy un grande agradador
de todos los Segismundos!

Habla-Solo. Lopiyo es un comicazo zublime, y yo quiero que en mi pueblo lo vean trabajá.

Campanita. Y yo iré con mi novia a toas las funsiones.

Alegría. Y yo le haré un regalo que no se le va a orvidá en mucho tiempo. Como a mí no se me orvidará tampoco to lo que debo a este hombre.

Cómico. ¡Y si hay en arguna obra un papel andaluz, repártamelo, Lopiyo, por lo que más quieras; que estoy ya cansao de vendé por ahí impermeables y chanclos de goma!

Rosario. *A Habla-Solo.* ¡Se la yevó por fin Campanita! ¿Has visto?

Habla-Solo. Como a mí no me gusta na… ¡pos tos tan contentos!

Alegría. *Al público:*

Ya que por fin tenemos
tanta alegría,
no nos niegues ar cabo
tu simpatía.
Y al estribiyo,
¡un aplauso a sus muertes!
¡Viva Lopiyo!

FIN

El Escorial, setiembre, 1925.

EL ÚLTIMO PAPEL

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO DE LA LATINA** el 8 de enero de 1926

A CARMITA OLIVER,
a quien queríamos antes de que
naciera, con nuestros mejores deseos.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGELINA.	CARMITA OLIVER.
DOÑA PAULA.	CARMEN COBEÑA.
TALAVERA.	RICARDO CANALES.

EL ÚLTIMO PAPEL

Gabinete en casa de Angelina Toledo, joven, bella y famosa actriz. Sendas puertas a derecha e izquierda. Es de día.

Por la puerta de la izquierda sale Angelina dada a los demonios. Está estudiando un papel que no le gusta nada, y lo tira sobre un mueble, furiosa. La sigue doña Paula, su tía, que en vano trata de calmarla.

ANGELINA. ¡Está bien, señor! ¡Por ser la última comedia que hago en mi vida, va a costarme tener que ir luego a unas aguas a curarme los nervios!

DOÑA PAULA. Cálmate, muchacha.

ANGELINA. ¡No quiero!

DOÑA PAULA. Pues no te calmes. Peor para ti.

ANGELINA. ¡Si no es que no quiero, tía; si es que no puedo! ¿No está usted viendo que no puedo? ¡Dichosa comedia, dichoso teatro y dichoso papel!

DOÑA PAULA. ¿Ahora vas a renegar también del teatro, desagradecida?

ANGELINA. ¿Quién ha dicho eso?

DOÑA PAULA. ¡Tú!

ANGELINA. ¿Yo? ¡Entiende usted todas las cosas al revés, tía Paula!

DOÑA PAULA. ¡No tengo ese talentazo que tú, sobrina!

ANGELINA. ¿Cómo voy a renegar del teatro, al que debo tantas emociones, tantas caricias, tantos mimos? ¡Me subleva que un arte que ha sido toda mi vida hasta ahora —porque yo en la cuna hacía ya comedias—

me reserve al final esta cucharada de acíbar, de veneno! ¡Uf! *Coge con indignación el papel y lo tira a otro mueble.*

Doña Paula. ¡Pobre papel! Las está pagando todas el pobrecillo. *Lo recoge bondadosamente.* ¡Y a mí me tiene entusiasmada!

Angelina. ¿Ese papel?

Doña Paula. Este papel.

Angelina. ¡Pues hágalo usted en lugar mío!

Doña Paula. ¡No estoy ya en figura!

Angelina. ¿Por qué me comprometí con el autor para estrenarle esa comedia?

Doña Paula. Hija mía, porque quisiste rematar tu vida artística con un rasgo noble y generoso. Hiciste muy bien; no te arrepientas de ello. Vas a casarte; dejas la escena por la casa, y al despedirte del teatro le das tu mano de mujer a tu marido, y tu mano de actriz a un escritor que sueña con la gloria escénica. Así das las dos manos.

Angelina. ¡Sí, tía, sí! Todo eso es muy bonito; pero yo no podía imaginar que ese diablo de hombre fuera a ser tan inoportuno, escribiéndome en esta situación y para este momento un papel tan odioso. ¡Me paso la noche en la comedia renegando de los hombres, y del hogar, y del matrimonio, y de los hijos! ¿Le parece a usted regular?

Doña Paula. Así te castiga el arte que dejas.

Angelina. Pero ¿merezco yo este castigo?

Doña Paula. Lo merecerás, cuando lo recibes. Pero es un castigo que lleva su cucharadita de miel.

Angelina. ¿De miel?

Doña Paula. De miel, sí.

Angelina. ¡No la veo por ninguna parte!

Doña Paula. Pues está bien patente. Interpretando un tipo y una situación tan contrarios a ti y a la tuya, probarás una vez más tu gran mérito, boba. Como que yo creo que ese muchacho lo ha hecho adrede.

Angelina. ¡Le reiré la gracia, si le parece a usted!

Doña Paula. Anda, anda; a ver si por fin se te han quedado ya en la memoria los dos parrafitos más graves.

Angelina. ¡Ésa es otra! ¡Como no sé salir colgada del apuntador, tengo que incrustármelos en la cabeza materialmente! ¡Para que no se me vayan nunca! ¿No es esto un suplicio?

Doña Paula. Chiquilla, no exageres. Anda ya. ¡Yo, en fuerza de tomártelos, he llegado a aprendérmelos como el Padrenuestro!…

Angelina. Pues yo temo que no voy a sabérmelos nunca.

Doña Paula. Vamos a ver. *Apuntándole.* «¡Ah, los hombres!… ¡los hombres!…».

Angelina. Déjeme usted decirlo sola. Corríjame si me equivoco. «¡Ah, los hombres!… ¡los hombres!… ¡Infeliz mujer la que haga caso de ellos! ¡Cien veces infeliz! ¡Qué bien dice la copla baturra!».

Doña Paula. «Andaluza».

Angelina. Andaluza, es verdad. «¡Qué bien dice la copla andaluza!

De sepulcro en sepulcro
fuí preguntando
si han enterrado a un hombre
que murió amando.
Respondió uno:
—Mujeres, a millares;
hombres, ninguno».

Bueno, como mi novio esté en el teatro y oiga esto, aquí taconea. ¡Con razón! Y dirá el autor que hay *reventadores.*

Doña Paula. Sigue, que vas muy bien. «¡Gran verdad dijo el pueblo!…».

Angelina. «¡Gran verdad dijo el pueblo! ¡Dios, sin duda, quiso encarnar en el hombre la hipocresía, la falsedad y la traición! ¡El hombre en cada sitio es distinto: insoportable en el hogar, cortés en la calle, meloso al lado de la pájara que lo entretiene!». ¡Estoy sudando, tía!

Doña Paula. Ya, ya lo veo. «¡Todos engañan, todos!…».

Angelina. «¡Todos engañan, todos, todos, todos!». ¡Con una vez que lo dijera era bastante! «¡Todos, todos!». ¡Y lo dice cinco! «¡Aquel que se nos figura más bueno, más cariñoso, más enamorado y más leal, lleva la doblez en el alma!». Esto no lo digo yo, sencillamente. Me cuadro: ¡esto lo tiene que cortar!

Doña Paula. ¿Cómo lo ha de cortar, si es precioso?

Angelina. ¿Precioso, tía? ¡Usted quiere oírme!

Doña Paula. A mí me gusta tanto, que hasta lo digo por los rincones.

Angelina. ¡Cómo se conoce que su primer marido de usted se le escapó con aquella chata!

Doña Paula. En el pecado llevó la penitencia: las chatas son muy déspotas… y yo era un tocino del cielo.

Angelina. Bueno, bueno; vamos a seguir. Ya veo que, desgraciadamente, me lo voy aprendiendo. El galán me pregunta una porción de cosas y yo entonces le contesto, para llenar el saco: «¿Que no se explica usted mi encono?».

Doña Paula. Eso es.

Angelina. «¿Que no se lo explica? Pues ésta, amigo mío, es una regla sin excepción». ¡Se pone pesado el autorcito! ¿Con qué hombres tratará? ¡Lo que es a mi novio no lo conoce ni por el forro!

Doña Paula. Déjate de comentarios y sigue. «Pues ésta, amigo mío, es una regla sin excepción».

Angelina. ¡Sin excepción! ¡Qué risa! *Dramáticamente.* «¡Sin excepción, sin excepción!… ¡Vea usted la trágica historia de mi madre, abandonada por su esposo, con seis hijos! ¡Vea usted la desventura de mi hermana Casilda, burlada inicuamente por un villano! ¡Vea usted el triste fin de los amores de mi prima Rogelia, que se marchita en un convento!… Y ¿he de unir yo mi vida a la de uno de esos ogros infames, oprobio de la Humanidad? ¡No, no; mil veces no! ¡Saltaré por todo; no habrá obstáculos que me lo impidan; romperé mis cadenas, recobraré mi libertad! ¡Ni me importa la familia, ni me importan las conveniencias de una sociedad a la que

detesto! ¡No me caso, no; no me caso! ¡Antes muerta que de ningún hombre! ¡No me caso!».

DOÑA PAULA. ¡Muy bien, Angelina, muy bien! ¡Bravo bravo!

ANGELINA. ¿Bravo? ¡A la Duse hubiera yo querido ver en vísperas de boda, teniendo que hacer este papelito! Le aseguro a usted, tía, que me quita el sueño, que me obsesiona ¡Qué sé yo! ¡Hasta cargo de conciencia me da! Es una tontería, pero póngase usted en mi caso. Esta noche he tenido una pesadilla a cuenta del papel.

DOÑA PAULA. ¡Ja, ja, ja!

ANGELINA. ¡Ojalá fuera el estreno mañana! Porque ya no descanso ni vivo en paz hasta que pase. Voy a repetirlo otra vez. «¡Ah, los hombres!… ¡los hombres!…». ¿Quién habla en el recibimiento?

DOÑA PAULA. A ver… *Prestando oído.* ¡Talavera!

ANGELINA. ¡Jesús, Talavera! ¡Qué moscón! ¡Tan oportuno siempre! ¡Nunca llega a tiempo este hombre! Ahora que quería yo estudiar…

DOÑA PAULA. Mujer, despáchalo en un momento, y sigue luego.

ANGELINA. ¡En un momento! ¡Cualquiera despacha en un momento a Talavera!

DOÑA PAULA. Te dejo con él.

ANGELINA. Mejor sería que usted lo recibiese.

DOÑA PAULA. No vas a hacerle ese desaire. ¡Pobre señor! A quien quiere ver es a ti. *Vase por la puerta de la izquierda.*

ANGELINA. ¡Todo sea por Dios! *Entre sí, preocupada con el papel.* «¿Que no se explica usted mi encono? ¿Que no se lo explica?…».

En la puerta de la derecha aparece muy sonriente el tan temido Talavera, gran admirador de Angelina y un si es no es enamorado suyo. Cree que llega a darle una satisfacción, y ya hemos visto que se equivoca. Angelina lo atiende a medias: más está en el papel que estudia, del que de cuando en cuando murmura frases sueltas, que en lo que Talavera le habla.

TALAVERA. ¿Estorbo?… ¿Estorbo?… ¡Estorbo!

ANGELINA. ¡Talavera! ¡Señor Talavera!

TALAVERA. ¿Estorbo? Sí; seguramente estorbo.

ANGELINA. ¡Qué disparate! ¿A qué debo el honor…? Siéntese usted, amigo mío…

TALAVERA. Mil gracias. *Se sienta.*

ANGELINA. «¿Que no se explica usted mi encono? ¿Que no se lo explica?…».

TALAVERA. ¿Habla usted sola?

ANGELINA. ¿Eh?

TALAVERA. ¿Si habla usted sola?

ANGELINA. Quizá… Son días muy críticos para mi corazón… Estoy en todas partes: en el teatro, en mi casa, en la de mi novio… Ahora mismo no estaba aquí.

TALAVERA. Eso me dijo la criada; pero como la sentí a usted hablar… ¿Estorbo?

ANGELINA. No, hombre…

TALAVERA. No, si yo me hago cargo… yo considero… La situación de usted… La boda, la gloria que trunca… el hogar que la espera… Ya, ya. Pero, ante todo, ¿cómo está usted?

ANGELINA. Pues… hablando sola; ya usted lo ha visto.

TALAVERA. ¿No estorbo?

ANGELINA. ¡No!

TALAVERA. ¡Es que si estorbo, vuelvo luego! ¡Verdad que hay el temor de que luego estorbe más que ahora! ¡Je!

ANGELINA. Ni ahora ni luego me estorba usted a mí… «¡Ah, los hombres!… ¡los hombres!…».

TALAVERA. Pues en ese caso, y sin olvidar el onceno, quiero hacerle a usted una pregunta. Dos palabras, dos minutos, dos tonterías…

ANGELINA. Usted dirá.

TALAVERA. Yo soy, como usted sabe, el más ferviente de sus admiradores. ¡Nada! ¡El más ferviente! Y, como también sabe usted,

Angelina, ¡ay!… un enamorado de sus ojos…

ANGELINA. Ésa es la primera tontería, ¿verdad?

TALAVERA. ¡No! De sus ojos divinos, de sus ojos encantadores, de sus ojos azules…

ANGELINA. ¿Cómo azules?

TALAVERA. ¡Porque el cielo siempre es azul!

ANGELINA. ¡Menos cuando hay tormenta!

TALAVERA. Cierto. ¡Je!

ANGELINA. Bien, amigo Talavera; ya me ha dicho usted las dos tonterías anunciadas… No siga usted por ese camino; no es discreto… Compréndalo. ¿Qué desea de mí?

TALAVERA. No tome usted a mal mis galanterías, mis… mis… mis…

ANGELINA. Sus… sus… sus… Basta.

TALAVERA. ¿Es que estorbo?

ANGELINA. Quiero decir que siga usted adelante.

TALAVERA. Ya. Muy agradecido, Angelina. ¡Muy agradecido! Pues verá usted; yo…

ANGELINA. «¡Qué bien dice la copla andaluza!…».

TALAVERA. Yo, como todos los amigos y admiradores de usted, que somos legión, según la frase consagrada, necesito manifestarme de alguna manera con ocasión de su próximo enlace. ¿Qué le hace a usted falta?

ANGELINA. ¿Qué?

TALAVERA. ¿Qué le hace a usted falta? Yo he de ofrecerle a usted un regalo —modestísimo, porque mis medios de fortuna… etc., etc.— y prefiero que sea a gusto de usted.

ANGELINA. ¡Por Dios, Talavera! ¡Es usted demasiado amable!

TALAVERA. ¿Qué le hace a usted falta? ¿Qué quiere usted que le regale Talavera?

ANGELINA. ¡Regáleme usted el oído!…

TALAVERA. ¿El oído? ¡Para el caso que me hace usted, ingratona!

ANGELINA. ¡Señor Talavera!

Talavera. Discúlpeme otra vez la efusión. No puedo remediarla. En serio; completamente en serio. Vamos al regalo. ¿Le han regalado a usted alguna vajilla?

Angelina. Siete.

Talavera. ¿Ve usted? Son demasiados platos. Si no le consulto yo de antemano, y le mando la octava, pues es una tienda de loza. ¿Por qué lo primero que se ocurrirá siempre regalarles a dos que se van a casar son unos platos?

Angelina. No sé… Como comer es tan indispensable…

Talavera. Sí… ¡Y que no para uno de ver por ahí caricaturas de matrimonios tirándose los platos a la cabeza!

Angelina. ¡Hombre!

Talavera. ¡No es el caso; ya sé que no es el caso! Lo he dicho para justificar… Pura broma. ¡Je!

Angelina. Otra tontería que no incluyó usted en el programa.

Talavera. ¡Justamente! ¡Otra tontería! Yo soy tonto; pero usted me entontece más sin querer. Conque tenemos que no hay que pensar en la vajilla. ¿Qué otra cosa podría yo regalarle?

Angelina. ¡Cualquier chuchería, Talavera! No se preocupe usted… ¡Si su intención me basta!

Talavera. ¡Una idea! Dígame usted qué regalos le han hecho ya, y así, por exclusión, daré yo mejor con el mío.

Angelina. ¡Pero si me han regalado de todo! ¡Se han vuelto locos mis amigos y mis amigas! Cubiertos, sombrillas, abanicos, bolsos, alhajas, monadas para el tocador, espejos, cachivaches, cortes de vestidos… ¡De todo, Talavera, de todo!

Talavera. Tenedores de ostras, ¿le han regalado a usted? Angelina. ¡No! ¡Eso, no!

Talavera. Y ¿le gustan a usted las ostras?

Angelina. No; no me gustan.

Talavera. ¡Huelgan los tenedores entonces! ¡Qué mal acierto tengo! Pero ¡mire usted cómo es mejor consultar antes!… ¿Y el *champagne*? ¿Le

agrada el *champagne*?

ANGELINA. ¡Mucho!

TALAVERA. ¡Magnífico! ¿Dulce o seco?

ANGELINA. *Demi-sec*.

TALAVERA. ¡Magnífico! ¡He visto un juego de copas de *champagne* en bandeja de plata, que es un encanto! ¡Muy *chic!* ¿ Tiene usted alguno?

ANGELINA. No, señor; hasta ahora…

TALAVERA. ¡Pues ya está! ¡Cuente usted con él!

ANGELINA. Muchas gracias.

TALAVERA. ¡Y que Dios le dé a usted mil ocasiones placenteras en que usarlo hasta hacerlo añicos!

ANGELINA. Gracias, gracias…

TALAVERA. Pero la encuentro a usted —insisto, Angelina—, la encuentro a usted como un poco fuera de lo que hablamos… como enajenada… como… como…

ANGELINA. Sí señor, sí; lo estoy. Así es la verdad. ¿A qué ocultarlo a un amigo de tanta confianza?

TALAVERA. ¿Qué le sucede a usted?

ANGELINA. ¿Qué ha de sucederme, Talavera? La crisis moral porque paso estos días… Ya se lo dije antes… El cambio total de vida que me aguarda; el arte que dejo; el porvenir, que es un misterio siempre…

TALAVERA. ¡Pero si se casa usted enamorada, Angelina, completamente enamorada de un hombre que la merece a usted… y queda hecho su elogio!…

ANGELINA. «¡Ah, los hombres!…».

TALAVERA. ¿Eh?

ANGELINA. «¡Los hombres!…».

TALAVERA. ¿Qué pasa con los hombres?

ANGELINA. «¡Ah, los hombres!… ¡los hombres!… ¡Infeliz mujer la que haga caso de ellos!…».

TALAVERA. ¿Cómo?

Angelina. «¡Cien veces infeliz! ¡Qué bien dice la copla andaluza!».

Talavera. Pero, pero…

Angelina.

«De sepulcro en sepulcro
fuí preguntando
si han enterrado a un hombre
que murió amando.
Respondió uno:
—Mujeres, a millares;
hombres, ninguno.»

Talavera. *Atónito.* Pero ¿es Angelina Toledo la que habla así en vísperas de boda?

Angelina. *Entusiasmada.* «¡Gran verdad dijo el pueblo! ¡Dios, sin duda, quiso encarnar en el hombre la hipocresía, la falsedad y la traición!».

Talavera. ¿Qué está usted diciendo?

Angelina. «¡El hombre en cada sitio es distinto: insoportable en el hogar, cortés en la calle, meloso al lado de la pájara que lo entretiene!… ¡Todos engañan, todos, todos, todos!».

Talavera. ¡Yo, no!

Angelina. «¡Todos, todos! ¡Aquel que se nos figura más bueno, más cariñoso, más enamorado y más leal, lleva la doblez en el alma!».

Talavera. ¡Cáspita! ¡Nunca le he oído a usted cosas semejantes! ¡No me explico esa furia!…

Angelina. «¿Que no se explica usted mi encono? ¿Que no se lo explica? ¡Pues ésta, amigo mío, es una regla sin excepción! ¡Sin excepción, sin excepción! ¡Vea usted la trágica historia de mi madre, abandonada por su esposo con seis hijos!».

Talavera. ¡Es la primera noticia que tengo!

Angelina. «¡Vea usted la desventura de mi hermana Casilda, burlada inicuamente por un villano!».

TALAVERA. Pero ¿qué hermana Casilda es ésa?

ANGELINA. «¡Vea usted el triste fin de los amores de mi prima Rogelia, que se marchita en un convento! Y ¿he de unir yo mi vida a la de uno de esos ogros infames, oprobio de la Humanidad? ¡No, no; mil veces no! ¡Saltaré por todo; no habrá obstáculos que me lo impidan; romperé mis cadenas; recobraré mi libertad! ¡Ni me importa la familia, ni me importan las conveniencias de una sociedad a la que detesto! ¡No me caso, no; no me caso! ¡Antes muerta que de ningún hombre! ¡No me caso!». *Se va por la puerta de la derecha, dejando a Talavera sin pulso.*

TALAVERA. *En el colmo del estupor*. ¡Esta mujer se ha vuelto loca! ¡Loca! ¡O yo me he vuelto de veras tonto! ¡Qué cosas pasan! ¡Digo! ¿eh? ¡Si me voy de ligera y compro antes el regalito! ¡Un gasto inútil! ¡Qué atrocidad! ¡Cómo se ha destapado! ¿Qué habrá pasado aquí en veinticuatro horas? ¡Es increíble! ¡La vida nos sorprende siempre! ¡Jesús! ¡Jesús! *A doña Paula, que llega por donde se marchó*. Doña Paula, ¿qué es esto?

DOÑA PAULA. ¡Querido Talavera! ¿Cómo está usted?

TALAVERA. ¡Con las patas colgando! —*passez-moi le mot*. Esa niña…

DOÑA PAULA. ¿Qué?

TALAVERA. Acaba de decirme unas cosas tan sorprendentes…

DOÑA PAULA. Esa niña está jugando a los disparates toda la mañana. Se le ha atravesado como una espina el último papel que va a representar en el teatro…

TALAVERA. ¿Cómo papel? ¿Qué papel? ¿Quién habla de papel? ¡Es que me ha dicho con todas sus letras que no se casa!

DOÑA PAULA. ¿Que no se casa?

TALAVERA. ¡Que no se casa! ¡A mí, que venía a brindarle el regalo de boda! ¡Y después de poner a todos los hombres como los mismos trapos!

DOÑA PAULA. ¡Ah! ¿sí?

TALAVERA. ¡A todos! ¡Sin excepción ninguna! ¡Y recalcándolo con saña! ¡Qué enormidades ha dicho de los hombres!

Doña Paula. *Participando un punto de la misma obsesión de Angelina.* «¡Ah, los hombres!… ¡los hombres!…».

Talavera. ¿Usted también?

Doña Paula. «¡Infeliz mujer la que haga caso de ellos!…».

Talavera. ¿Usted también?

Doña Paula. «¡Cien veces infeliz! ¡Qué bien dice la copla andaluza!

De sepulcro en sepulcro
fui preguntando
si han enterrado a un hombre
que murió amando…».

Talavera está mudo de asombro. Lo saca de él una carcajada Je Angelina, que vuelve.

Angelina. *Saliendo.* ¡Ja, ja, ja!

Talavera. ¿Eh?

Angelina. ¡Ja, ja, ja!

Talavera. ¿Se ríe usted ahora? Pero ¿qué significa esto?

Angelina. Esto significa, Talavera, que me ha sorprendido la visita de usted en un instante excepcional.

Talavera. ¿Excepcional?

Angelina. Sí. Estaba estudiándome un papel, el último de mi vida artística, que no puede serme más antipático. ¡Todo eso que le he dicho a usted contra los hombres, tengo que decirlo en escena, yo, que siento absolutamente ahora mismo todo lo contrario!

Talavera. ¡Cáspita! ¡Pues va usted a tener un triunfo enorme, porque lo dice usted como si no le quedara nada por dentro! ¡Qué maravilla!

Angelina. Milagros del arte… en colaboración con los nervios.

Doña Paula. Pues ¡si viera usted cómo lo digo yo, que no me lo ha dejado acabar esta niña!

Talavera. Bueno, vamos por partes, porque yo todavía tengo mis dudas. ¿Usted se casa?

Angelina. ¡Claro que me caso! ¡Y muy contenta! ¡Y muy segura de mi felicidad!

Talavera. ¡Enhorabuena cordialísima! Quiere decir que entonces…

Angelina. ¡Entonces me tiene usted que regalar el juego de copas de *champagne* ofrecido!

Talavera. ¿Cómo no?

Angelina. ¡Y una docena de botellitas… *demi-sec*, de una buena marca!

Talavera. ¡*Demi-sec*! Y con las botellitas y las copas cuente usted que viene mi deseo de que brinde usted por su alegría presente, por su dicha futura, por la prosperidad del arte que deja, por la paz de su hogar, por sus hijos, por sus nietos…

Angelina. ¡Basta, Talavera; basta ya!

Talavera. ¿Estorbo?

Angelina. ¿Vuelta a lo mismo?

Talavera. ¡Naturalmente! Desde que entré esta tarde me dió en la nariz que estorbaba, y mire usted si me he salido con ella. Me voy, para que siga usted estudiando; aunque, por lo visto, ya no lo necesita. Adiós, Angelina; adiós, doña Paula. Mil felicidades otra vez.

Doña Paula. Adiós, Talavera.

Angelina. Adiós, amigo. Agradecidísima.

Talavera. ¡Siempre a su devoción! Admirador y enamorado. *Vase por la puerta de la derecha.*

Angelina. ¡Ja, ja, ja!

Doña Paula. ¡Ja, ja, ja! Ya ves, tú lo recibiste de uñas, y ese hombre te ha cambiado el humor.

Angelina. Es verdad. Y no sólo el humor, sino las ideas. ¿Qué importa que yo tenga que decir en escena esas cosas que dice mi último papel, si llevo cosas tan distintas y tan contrarias en el corazón y en el espíritu?… ¡Adiós, sueños de gloria, divertimientos de la farsa, juguetes de mi niñez, cercana todavía; casas de papel, bambalinas de cielo, coloretes, pelucas… corte y

atributos de un arte singular, hermoso y eterno!… ¡Me voy a un mundo en el que quiero que todo sea verdad! *Al público:*

Pero en mi pecho queda siempre un hueco
para el recuerdo de mi edad primera.
Dadme el último aplauso; que su eco
en él resonará mi vida entera.

FIN

Madrid, diciembre, 1925.

LAS DE ABEL

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Infanta Isabel** el 3 de abril de 1926

A nuestras innumerables
amiguitas sin novio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cabecita.	Amparo Martí.
La Prima Leonor.	Angelina Vilar.
Eladia.	Esperanza Ortiz.
Manolo.	Adela Santaularia.
María Nieves.	Milagros Guijarro.
Delfina Yugo.	Mercedes Sampedro.
Amantina Yugo.	María Brú.
Paula.	Pepita Serrano.
Simplicia.	Carmen Martí.
Don Salustiano Bello.	Salvador Mora.
Don Celio Vélez De Hinojosa.	Arturo De La Riva.
Teófilo.	Pedro F. Cuenca.
Amador Castín.	Pedro Sepúlveda.
Lino.	Antonio Suárez.
Conrado.	José María Gallardo.

Don Inocencio Yugo.

Pedro Valdivieso.

LAS DE ABEL

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza en casa de don Salustiano Bello, en Madrid. Sendas puertas al foro y a la derecha del actor. Balcón a la izquierda. Por la izquierda del foro se va al recibimiento de la casa. Muebles un tanto viejos, bien cuidados. Camilla en el centro de la habitación, que le imprime carácter. Cuadros al óleo de paisajes, marinas y flores.

Aunque el señor Bello es archivero y bibliotecario, sus cuatro hijas ponen gran empeño en que el polvo de archivos y bibliotecas no ensucie su casa, excepción hecha del despacho de don Salustiano, que no tiene arreglo.

Es de día, en los comienzos del otoño.

Por la puerta del foro aparecen Conrado y Simplicia. Simplicia es doncella de la casa hace ya diez meses; Conrado es novio de mui de las señoritas hace ya diez años.

Conrado. He llamado dos veces, Simplicia; ¿es que no suena el timbre?

Simplicia. A la cuenta no lo oí yo la primera vez, señorito Conrado. Como es domingo, ha salido la Julia y estoy yo sola. Y le estaba escribiendo a mi novio. Y se conoce que metida en la escritura…

Conrado. ¡Ah, vamos! Le escribes a tu novio.

Simplicia. Sí, señorito. Los días que no lo puedo ver… Mire usted qué callito se me está formando en este dedo.

Conrado. Bien está, bien está.

Simplicia. Claro que yo prefiero una conversación a quinte cartas…

Conrado. Bien está.

Simplicia. Dispense el señorito. *Vase por la puerta del foro.*

Conrado va hacia la de la derecha, a tiempo que por ella sale don Salustiano, de sombrero y capa. Don Salustiano es hombre desordenado y deslucido. Nadie recuerda haberle visto estrenar un traje. Sus hijas, que sin duda salen a la madre en lo primorosas, lo han dejado por imposible, como a su despacho.

Don Salustiano. ¡Hola, Conrado! ¿Qué haces aquí solo? Conrado. Acabo de llegar.

Don Salustiano. Entra, entra. Allí las tienes de sobremesa todavía.

Conrado. ¿Todavía? ¡A las cuatro de la tarde!

Don Salustiano. ¡Oh! Las mujeres, cuando se ponen a charlar, parece que no tienen que hacer otra cosa. Es una segunda alimentación. Además, hoy hay una novedad muy chusca.

Conrado. ¿Sí, eh?

Don Salustiano. Sí. Ya sabes que al cuarto de junto se han mudado estos días unas viejas.

Conrado. Sí; las de Yugo, creo que se llaman.

Don Salustiano. Eso: las de Yugo. Y parece —yo no estaba en el ajo— que traen consigo el sambenito de que en la casa en que ellas entran las muchachas se quedan solteras. ¡Je! ¡Y yo les he ofrecido mi casa! ¡Como vecino!

Conrado. ¡Ja, ja, ja! Habrá que oír a las chicas entonces. Voy al comedor.

Don Salustiano. Ya verás qué motín. Me han perdido el respeto. ¡Han querido colgarme! Como si las pobres mías necesitaran de influjos

extraños para no sacar novio. Les basta con no tener blanca… ¡ni gancho! Eso lo da Dios. Anda, anda allá. Yo voy un rato a la Biblioteca.

CONRADO. Pero ¿ni los domingos deja usted los papeles?

DON SALUSTIANO. Los domingos menos que nunca. Los contertulios domingueros de mis hijas —contigo tengo confianza— me causan el efecto de un día de niebla. ¡Son abrumadores!

CONRADO. Y ¿cómo sale usté de pañosa, con el sol que hace hoy?

Don Salustiano La primera que se ve en Madrid todos los otoños es la mía; y la última que desaparece todas las primaveras, también. Porque, es lo que yo pienso: debajo de una buena capa, cabe el archivo de Alcalá. ¡Mira cómo voy! *Abre la capa y se le ve lleno de papeles.*

CONRADO. Sí que va usted bien. Hasta luego. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

DON SALUSTIANO. Hasta luego. Bueno, bueno; yo tengo la conciencia de que a mí se me olvida algo. ¿Qué diablo se me olvida? ¡Qué sé yo! Ya me acordaré cuando no haya remedio.

Sale vivamente Cabecita por la puerta de la derecha, y lo detiene. Es la tercera de sus hijas, bonita como todas, pero desde luego la más inteligente y enérgica de las cuatro.

CABECITA. Papá.

DON SALUSTIANO. ¿Qué quieres?

CABECITA. ¿Has hablado con ése?

DON SALUSTIANO. ¿Con quién?

CABECITA. Con Conrado.

DON SALUSTIANO. ¿Con Conrado?

CABECITA. Sí. ¿No has hablado con él?

DON SALUSTIANO. ¿De qué?

CABECITA. ¿Cómo que de qué? Pero ¿no quedamos anoche…? Don Salustiano. ¡Ah, sí! Es verdad. Pues, chica, se me había ido de la cabeza.

CABECITA. ¡Pues yo no quiero que pase de hoy! ¡Vaya! ¡Es mucho cuento ya! Una de dos: ¡o se casa con Eladia, o la deja! ¡Llevan ya diez años

de relaciones! ¡Lo mejor de la vida! Yo no sé si a Eladia se le acercará luego otro hombre; pero como no se le acerca es con ese pasmarote junto. ¡Eso no es un novio, papá: es una alambrada!

Don Salustiano. Mujer, pero si el muchacho no tiene medios…

Cabecita. ¡Pues que los busque!

Don Salustiano. Tú no sabes lo difícil que está la vida…

Cabecita. ¡Pues que se meta a fraile; pero que no entretenga a una mujer tanto tiempo! Nada, nada; se lo dices así: herrar o quitar el blanco.

Don Salustiano. Basta; se lo diré así. Lo ha ordenado Bismarck.

Cabecita. Sí; Bismarck lo ha ordenado. ¿Adónde vas ahora?

Don Salustiano. A la biblioteca, a distraerme un ratillo. Cabecita. ¡Hoy no se trabaja!

Don Salustiano. Eso no es trabajar, muchacha. Ésa es mi sobremesa: vosotras charláis y yo me meto en mis papeles.

Cabecita. Nosotras charlamos después de oír misa, y tú no la has oído.

Don Salustiano. ¿No la he oído?

Cabecita. ¡No!

Don Salustiano. ¡El domingo pasado oí tres! ¡Váyase lo uno por lo otro! Adiós, nena.

Cabecita. Anda con Dios. Hay que dejarte. ¡Pero luego le hablarás a Conrado!

Don Salustiano. *Marchándose por la puerta del foro hacia la izquierda.* ¡Sí!

Cabecita. Inútil: no le dirá palabra. Tendré que decírselo yo.

Don Salustiano. *Dentro.* ¡Pitillo! ¡Tanto bueno por aquí! ¡La prima guapa!

Prima Leonor. *Dentro también.* ¡Hola, tío Salustiano!

Don Salustiano. ¡Entra, entra, que en el comedor hay tela cortada!

Cabecita. Pero ¿está ahí la prima Leonor?

Sale la prima Leonor por la parte del foro. Es viuda, joven y guapa, naturalmente. Las feas no suelen enviudar.

Prima Leonor. ¡Aquí está la prima!

Cabecita. ¡Tanto tiempo sin verte! ¡Descastada! ¡Ya no te esperábamos nunca! Dame un beso.

Prima Leonor. Toma dos.

Cabecita. ¿Qué es de tu vida? ¡Una semana sin parecer!

Prima Leonor. ¡Figúrate! ¡Que ya estoy harta de otras; tan feas, tan antipáticas! ¿Y las chicas?

Cabecita. En el comedor. Hoy hemos comido muy tarde.

Prima Leonor. ¿Hay alguien con ellas?

Cabecita. Nadie: el de siempre.

Prima Leonor. ¿Conrado?

Cabecita. El mismo: el parche poroso de la infeliz Eladia.

Prima Leonor. Pues yo no vengo sola.

Cabecita. ¿Qué traes? ¿Un novio para mí?

Prima Leonor. No tanto: eso es muy difícil. Los pollos han perdido el gusto. Pero traigo, para que me perdonéis mi ausencia de estos días, un poquito de escaparate en que luciros.

Cabecita. ¿Entradas para un *cine*?

Prima Leonor. Más luz: un palco para Apolo esta tarde. Cabecita. ¡Ay, Dios te bendiga! ¡Ahora soy yo la que te da dos besos! ¡Dios te bendiga! ¡Eres nuestro ángel tutelar! *Desde la puerta de la derecha, gritando.* ¡Chicas! ¡chicas! ¡Venid acá! ¡Aquí está la prima Leonor que nos trae un palco para Apolo! ¡Hay Providencia! *Volviéndose a la prima.* ¡Porque ya verás la que nos amenaza! Ahora te contaremos.

Por la puerta de la derecha van saliendo, una tras otra, Eladia, «Manolo» y María Nieves, las hermanas de Cabecita, semejantes a ella en encantos y en juventud, pero de diversos caracteres.

Eladia. ¡Prima! ¡Bendito Dios! ¡Ya era hora!

Prima Leonor. Cuando yo no he venido antes, chica… *Se besan.*

ELADIA. Pero una mujer independiente, viuda y sin hijos, ¿qué tiene que hacer más que venir a ver a sus desventuradas primas?

CABECITA. ¿Adónde irá que más la quieran?

PRIMA LEONOR. Sois encantadoras. *A Eladia.* Ya sé que Conrado está bien.

ELADIA. Sí, hija, sí: no está mal. Ahora se ha puesto a acertar un rompecabezas.

CABECITA. La suya le rompía yo con un martillo para ver lo que tiene dentro.

PRIMA LEONOR. Puedes imaginártelo, mujer: el retrato de Eladia.

ELADIA. Ese temo yo que se le haya velado.

Sale «Manolo», llamada así en la casa por sus aficiones, su aire y su porte un tanto masculinos.

MANOLO. ¡Hola, prima simpaticona!

PRIMA LEONOR. ¡Manolilla!

MANOLO. Manolillo: no me pongas motes. *Dándole la mano.* ¡Chócala!

PRIMA LEONOR. ¡Qué divertida eres!

MANOLO. Me va muy bien con el cambio de sexo.

CABECITA. Don Manuel Bello y Vargas, auxiliar de Hacienda.

MANOLO. A mucha honra.

Sale María Nieves, la menor. Trae un muñeco, esmeradamente vestido. ¿Para donde es el palco, prima?

PRIMA LEONOR. Para Apolo.

MARÍA NIEVES. *Besándola.* ¡Bendita sea tu cara! Llevaremos al teatro a Ramón.

PRIMA LEONOR. ¿A Ramón?

MARÍA NIEVES. Sí: a éste. Le he puesto Ramón. Es el último chico que he tenido durante tu ausencia.

PRIMA LEONOR. ¡Qué guapo es!

MARÍA NIEVES. ¡Como todos los míos!

Prima Leonor. ¿Cuántos tienes ya?

María Nieves. Tenía diez y siete; pero no me viven más que quince.

Prima Leonor. Y ¿qué es del padre?

María Nieves. En América, buscando negocios. No sé nada de él. Ni me preocupa.

Cabecita. Por eso tengo yo que vestir a los críos.

María Nieves. Di que no exagere; que los visto yo. Ella está ahora muy distraída haciéndoles unos gabancitos a los de la portera.

Cabecita. Verdad que sí.

Eladia. Y a los de la lavandera también.

Cabecita. Chica, yo les doy preferencia a los de carne y hueso.

Prima Leonor. ¡Es natural!

María Nieves. ¡Pues no estáis poco equivocadas! *Achuchando al muñeco.* ¡Rico mío! ¡A ti no te hace falta nadie, teniéndome a mí! Al último es al que más se quiere. *Risas.* Yo no me casaré; pero lo que es familia, ya dejo.

Prima Leonor. Y ¿por qué no te has de casar, criatura?

María Nieves. Porque en esta casa no se casa nadie.

Eladia. ¡Nadie!

Cabecita. Las criadas, y gracias.

Eladia. ¿Tú no sabes cómo nos han puesto en la Castellana, prima?

Prima Leonor. No. ¿Cómo os han puesto?

Eladia. *Las de Abel.*

Prima Leonor. ¿*Las de Abel*? ¿Por qué? ¿Por lo buenas?

Manolo. ¡Quiá! Nos lo han puesto porque papá se reúne en el Círculo con ese señor Caín, que se ha hecho famoso casando bien a todas sus hijas. Y les llaman *Caín y Abel.*

María Nieves. *Abel* es papá, que no es capaz de casar a ninguna.

Cabecita. Y por si nos faltaba algo…

Eladia. ¿Le has contado a la prima…?

María Nieves. Oye, ¿te ha contado…?

Prima Leonor. ¿Qué?

Cabecita. ¿Quién crees que se nos ha mudado aquí junto? ¡Para remachar el sino de la familia!

Prima Leonor. ¿Quién?

María Nieves. ¡Nadie! ¡Las de Yugo!

Prima Leonor. ¿Las de Yugo? No las conozco.

Eladia. ¿No conoces a las de Yugo?

María Nieves. ¿No las conoces?

Prima Leonor. No.

María Nieves. Pues son dos viejas…

Cabecita. Son dos viejas…

Eladia. ¡Son dos viejas contra el matrimonio, en una palabra!

Prima Leonor. ¿Qué me decís?

Manolo. ¡Ah! Es probado: en la casa en que entran las de Yugo, hay que despedirse de los casamientos.

Prima Leonor. ¡Jesús, María!

Cabecita. Por supuesto, lo que es aquí no entran las viejas.

Eladia. ¡No es que no entran; es que hay que conseguir que se muden!

María Nieves. ¡Hay que echarlas!

Cabecita. ¡No faltaría más! ¡El gramófono nuestro lo vamos a poner pared por medio de la alcoba de ellas! ¡Y vengan discos hasta el amanecer! ¡La bacanal de *Tannhauser*, a las cuatro de la mañana, nos va a dar mucho resultado!

María Nieves. ¡Y a las vecinas de arriba les vamos a decir que bailen cuanto puedan, para que se les fundan a las viejas todas las bombillas con la trepidación!

Eladia. ¡Y a la portera, que no les ponga el ascensor ni por casualidad! ¡No funciona!

María Nieves. ¡Que suban a patita!

Cabecita. ¡O a gatas! ¡Hasta que se muden!

Prima Leonor. ¡Pobres señoras!

Cabecita. No las compadezcas, que son la langosta para nosotras, prima.

Manolo. ¡Ja, ja, ja! ¡Las cosas que discurren las mujeres rabiando por casarse!

María Nieves. ¡Que se calle el egoísta del funcionario público!

Eladia. Tanto como se las echa de despreocupada y de diferente, y en su negociado tiene al personal con la baba caída; muerto por sus pedazos.

Manolo. Y eso ¿qué? Cuatro infelicillos que me adoran. ¿Puedo yo remediarlo, prima?

María Nieves. Di que hemos sabido que hay un temporero que le gusta a ella más de lo que declara.

Prima Leonor. ¿Hola? Manola, ¿esas tenemos?

Manolo. Me gusta; me gusta el muchacho; es simpatiquillo y se me ha declarado en regla, en un pliego de papel de oficio. ¡Pero yo le he contestado que le daré el sí cuando no me ponga faltas de ortografía! ¡Y va para largo!

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! Bueno, andad a vestiros para el teatro, que luego tardáis mucho. ¡Y que debemos antes dar un paseo!

Eladia. Sí, sí.

María Nieves. Anda tú, Cabecita, que eres la que más tarda. Nunca te ves compuesta.

Cabecita. ¿Yo? Mira quién lo dijo. Estaré lista diez minutos antes que tú.

María Nieves. ¡Estaban!

Eladia. Yo me quedo todavía con la prima; que yo sí que me avío en un soplo.

Manolo. ¡Como ya tienes hecha tu conquista!

Cabecita y María Nieves se van por la puerta del foro, hacia la derecha.

Prima Leonor. ¿Y tú, Manola, vas a venir también?

Manolo. No; yo, no.

ELADIA. Ésta siempre hace rancho aparte.

MANOLO. Es que ayer me quedé citada con uno de los jefes en el *Bar Covadonga*, para pasar reunidos la tarde.

PRIMA LEONOR. Y ¿qué dice a eso el temporero?

MANOLO. Rabia de celos aparte el cuitadillo. ¡Que sufra! Hacerlos sufrir es la única misión positiva de las mujeres. Adiós, prima. Siento no ser hombre de veras. Te haría el amor. Se iba a acabar en un momento esa viudez absurda.

PRIMA LEONOR. Adiós, tipazo. ¡Y cuidado con ese pretendiente!

MANOLO. ¡Es más difícil de lo que parece la ortografía!

Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, entonando una coplilla popular.

ELADIA. Ahí la ves: el mundo es para ella: se echa encima su sueldo, sale y entra cuando se le antoja, no se ocupa poco ni mucho de la casa, y siempre está contenta.

PRIMA LEONOR. ¿Siempre?

ELADIA. Hasta ahora…

PRIMA LEONOR. Ya le llegará también su turno. ¿Y tú, qué? ¿Cuándo…?

ELADIA. Nunca, Leonor, nunca; ya estoy convencida… y resignada.

PRIMA LEONOR. Pero ¿es posible?… ¿Cómo te sometes a eso?

ELADIA. ¿Qué quieres que te diga, Leonor? Diez años de novios atan mucho. Me he acostumbrado a la compañía de ese hombre: a su sombra, que nunca me falta. Lo quiero, me quiere… y no sé más. Ésta es la situación. Soy un preso que se ha hecho ya a la penumbra del calabozo; soy un pájaro al que le abren la puerta de la jaula y no se escapa… porque sabe que pronto ha de volver a la mano del dueño. Paciencia.

Llega por la puerta del foro don Celio Vélez de Hinojosa. Viene de la calle. Es hombre como de cincuenta y tantos años, que parecen diez más, mundano, amable, fino, y que sobrelleva con buen humor su vejez prematura.

DON CELIO. Santas y buenas tardes.

Prima Leonor. ¡Oh, don Celio!

Eladia. ¡El papaíto honorario!

Don Celio. ¡Hola, mocosilla! Leonor…

Prima Leonor. ¡Con qué gusto lo veo a usted siempre!

Don Celio. ¿A mí… usted?… ¿Qué tendría yo que contestarle? No tire usted tan pronto de los piropos, que conmigo no le hace falta.

Prima Leonor. Ya lo sé.

Don Celio. Ni con ninguna persona de buen gusto. *A Eladia.* ¿Y tus hermanitas?

Eladia. Vistiéndose para ir al teatro. Nos lleva la prima esta carde.

Don Celio. ¡Oh, la prima! ¡Qué formas tan encantadoras le da la Providencia a la protección familiar!…

Prima Leonor. Hay que distraer a estas chicas, don Celio. Vete tú también a arreglarte, Eladia; que don Celio me hará compañía.

Eladia. Me parece muy bien.

Prima Leonor. ¡Ay, don Celio! Genio y figura…

Don Celio. No lo crea usted, Leonor. Ese adagio es una tontería. La figura se destruye, se deforma, se pierde; y el genio… el genio se vuelve del revés. ¡Estoy muy viejo, amiga mía! ¡Y aún no he cumplido sesenta años! Pero estoy muy viejo.

Prima Leonor. Ya sabemos que ésa es su *pose* de última hora.

Don Celio. Usted misma lo está diciendo: ¡de última hora!

Prima Leonor. Entiéndame usted bien: de última hora, en este caso, significa la más reciente.

Don Celio. Ya, ya. Pongamos de penúltima. Qué desdicha es esto de envejecer. ¡Hasta subiendo en ascensor me canso ya, Leonorcita! Y ¡si viera usted qué desconsuelo causa ir perdiendo día por día, minuto por minuto, como caen los granos de arena de un reloj, o como caen una a una las hojas amarillas de un árbol, hasta dejarlo en esqueleto, vista, pulso, paladar, tacto,

pelo, dientes!… ¡Horrible! ¡Horrible! Además, nunca sabe uno del todo lo viejo que está, mientras no se ve frente a frente a una mujer tan guapa. ¡Canario, cómo viene usted hoy!

Prima Leonor. ¿Y usted cómo viene?

Don Celio. Ya lo he dicho: hecho polvo. ¡Comprendo que los hombres suspiren constantemente por usted!

Prima Leonor. Ganas de suspirar, don Celio. ¡Posturitas también que toman ante lo imposible! ¿Es que no hay mujeres guapas y solteras por quienes suspirar? ¡En esta casa hay cuatro! Que me dejen a mí tranquila. Yo me casé una vez, fui dichosa… quizá por lo mismo me duró la dicha poco tiempo, y no he de volver a casarme. A ningún otro hombre sabría querer.

Don Celio. ¿A ninguno?

Prima Leonor. A ninguno.

Don Celio. ¡Que tuviera yo veinte años menos!…

Prima Leonor. ¡Qué vanidad! Pero entonces me iba usted a coger recién casada con mi marido… y en la gloria.

De improviso aparece por la puerta de la derecha Teófilo, muchacho bien parecido y modesto, aficionado a los estudios de don Salustiano y colaborador suyo actualmente.

Teófilo. ¡Don Salustiano! Pero ¿y don Salustiano? ¡Ah! señora… Don Celio…

Don Celio. Y a mí. ¡Pero me va a dar miedo!…

Eladia. Si acaso, pida usted socorro y alguna acudirá.

Vase por la puerta del foro, hacia la derecha, como sus hermanas.

Prima Leonor. ¡Hola, Teófilo!

Don Celio. ¡Hola, amiguito!

Prima Leonor. No sospechaba que estuviese usted en la casa. Nada me han advertido las chicas.

Teófilo. Ya sabe usted que yo no cuento. Vine a mediodía a enredar un poco con don Salustiano; me quedé solo en su despacho, mientras él comía; me dijo que iría luego por mí para que saliésemos juntos… y hasta ahora. ¿Usted lo ha visto?

Prima Leonor. ¡Es de lo que no hay! Yo lo he visto salir de casa. Se iba a la calle cuando yo llegué, precisamente.

Teófilo. ¿Le parece a usted?

Don Celio. A lo mejor se va de aventura galante… y le ha querido dar el esquinazo.

Teófilo. ¡No!

Prima Leonor. Pinta de aventura no llevaba, ésta es la verdad.

Teófilo. Verán ustedes cómo lo encuentro en la Biblioteca. *En ademán de irse.* Con permiso.

Prima Leonor. *Queriendo detenerlo.* Por si acaso no da usted con él, si luego no tiene sitio mejor donde pasar la tarde, yo estaré con tres de estas chicas en un palco de Apolo. ¿Lo veremos a usted por allí?

Teófilo. Si me diese tiempo… complacidísimo.

Prima Leonor. Entresuelo, 12.

Teófilo. Muchas gracias. A los pies de usted. Adiós, don Celio.

Don Celio. Adiós, amigo mío.

Se va Teófilo por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Prima Leonor. ¡Él hombre misterioso!

Don Celio. Sí, por cierto.

Prima Leonor. El caballero encantado que cae en una isla llena de mujeres, y nadie adivina de dónde viene, ni quién es él, ni adonde se dirige.

Don Celio. Yo conozco a un compañero suyo de casa de huéspedes, que lo tiene por un ente raro, estrambótico: come aparte de los demás, apenas cruza dos palabras con nadie, ¡se acuesta temprano!… ¡Vaya usted a saber!

Prima Leonor. No crea usted, yo le sigo la pista… Me interesa… porque se me figura buena persona… y creo que le gusta a Cabecita más de la cuenta.

Don Celio. ¿A Cabecita?

Prima Leonor. Y Cabecita a él. Pero todo por la vía subterránea; nada sale a la superficie. Yo, sin embargo, he advertido que, cuando se

encuentran de pronto, él se pone pálido y ella colorada, sin que lo puedan evitar.

Don Celio. ¡Pues ya sale algo a la superficie! ¡Precioso rubor el de las mejillas femeninas! ¿No cree usted, Leonor, que las muchachas de ahora se ruborizan menos que las de antes?

Prima Leonor. ¡Lo mismo, don Celio! Sino que ahora es más difícil que se las vea.

Don Celio. Sí: la manita de gato… Y volviendo a Teófilo: este espejo de bibliotecarios y archiveros, ¿trabaja con Salustiano, por lo visto?

Prima Leonor. Sí. Es una colaboración a la que yo le veo doble fondo. Así viene aquí con frecuencia… sin descubrir sus sentimientos.

Don Celio. Pero, en último caso, ¿qué inconveniente habría…?

Prima Leonor. No sé… Quizá no quiera comprometerse a nada hasta ver… Él, sin duda, es hombre muy tímido.

Don Celio. Y ¿qué labor traen entre manos ahora? ¿Usted sabe?

Prima Leonor. Le he oído decir a Eladia que es algo así como un diccionario de artífices de Toledo.

Don Celio. ¡San Pedro me valga!

Prima Leonor. Este muchacho es toledano y creo que tenía ya reunidos muchos materiales interesantes.

Don Celio. Pero ¿cuándo emprenderá Salustiano una obra que despierte de veras la curiosidad y pueda venderse? Edita los libros para archivarlos. No en balde es archivero. ¿Usted ha leído el último?

Prima Leonor. Yo, no. ¿Cuál es?

Don Celio. «Puntos oscuros de la vida de Cenón Arcilla». ¿Qué idea tiene usted de Cenón Arcilla?

Prima Leonor. ¿Yo? ¡Ni la menor idea!

Don Celio. Pues igual le pasa a todo el mundo Nadie lo conoce. ¡Y ese cuitado les dedica dos tomos nada menos a los puntos oscuros de su vida! ¡Como si toda ella no tuera un túnel!

Prima Leonor. ¡Pobre señor! No vive en la tierra.

Don Celio. ¡Ca! Es un habitante de Marte que nos han echado aquí para muestra.

Prima Leonor. El único libro suyo que creo que se vende es la «Guía Artística de los Templos Españoles».

Don Celio. Sí: ése sí se vende; me consta. ¿Usted lo tiene?

Prima Leonor. Me lo regaló usted.

Don Celio. Pues óigame en secreto, y no se lo diga usted a nadie y mucho menos al autor. Cuantos ejemplares de esa obra encuentre usted en las casas de Madrid, o de provincias, o de América, y en las bibliotecas oficiales o particulares, son regalos míos.

Prima Leonor. ¿Sí, eh?

Don Celio. Sí, señora. Como el libro es caro, indirectamente ayudo así a esta casa… y a ese pobre diablo.

Prima Leonor. ¿Qué me dice usted?

Don Celio. Más de una vez ha llegado de la calle, en presencia mía, gritando con lágrimas en los ojos: —¡Aún hay patria! ¡Hoy se han vendido dos ejemplares más de la «Guía de los Templos»! ¡Y lo han celebrado en la mesa! ¡Por Dios guárdeme usted el secreto!…

Prima Leonor. Pero ¡es usted más bueno que el pan!

Don Celio. Soy algo más que bueno y menos que bueno. Soy cosa distinta. ¿Cómo le diré yo a usted lo que soy aquí? Soy… bien así como un padre platónico de estas niñas. Su madre me gustó a mí mucho. Me gustó, me gustó… Se lo di a entender; no creyó en mis palabras; yo era un calaverilla sin juicio y Salustiano un hombre de orden… Hice un viaje de varios meses por el mundo… y a la vuelta me la encontré casada con él. Eran dichosos. Respeté aquella felicidad y fui desde entonces el mejor amigo de esta casa. He visto nacer y crecer a las cuatro chicas… como si fueran algo mío: florecillas de un amor frustrado. Murió la madre, y a su muerte advertí que se despertaba en mi corazón un afecto desconocido. ¿No se puede sentir como padre sin engendrar?

Prima Leonor. ¡Ya lo creo! ¡Y como madre sin concebir también! Los que no tenemos hijos en la vida, necesitamos inventarlos.

Callan. Permanecen los dos un punto como recogidos en su melancolía. Al cabo, don Celio exclama:

Don Celio. En este instante, usted y yo podríamos decir algo de la elocuencia del silencio.

Prima Leonor. ¿Cree usted?… ¡Ay! Me ha entristecido la conversación. Voy allá dentro a darles a las chicas prisa.

Don Celio. Ahora es usted la que me tiene miedo a mí.

Prima Leonor. *Jovialmente.* Sin duda ninguna. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Don Celio. *Canturreando.*

La viudita, la viudita,
la viudita «no» se quiere casar…

No se quiere casar, no; no quiere casarse. Y no se casa. *Queda pensativo, acariciando ideas muy íntimas.*

Vienen por la puerta del foro, de la calle, y acompañados de Simplicia, Amador Castín y Lino. Amador es un hombre dichoso y maduro; del todo maduro y del todo dichoso. Vive de sus rentas y se perfuma como una dama. No se cambia por nadie porque está seguro de salir perdiendo en el cambio. Lino es un jovenzuelo perito electricista de profesión, buscavidas y amigo de la casa desde la niñez. Tiene un carácter singular: puede tocarle la lotería y referirlo con indiferencia; pero si lo atropella un coche, por ejemplo, se lo contará a todo el mundo muerto de risa. En su porte es bastante adán.

Simplicia. Pasen los señores.

Don Celio. ¿Quién? ¡Amigos míos!

Amador. ¡Querido Vélez! ¡Los abonados domingueros!

Don Celio. ¡Querido Castín! Dios le guarde, pollo.

Lino. Para servir a usted. ¿Cómo va esa salud?

Don Celio. Peor que la de usted. Se nos marchan al teatro las chicas.

Amador. ¿Ah, sí?

Lino. ¿A qué teatro?

Simplicia. Las he oído de decir que al Apolo.

Don Celio. Sí; a Apolo. Ha venido a invitarlas la prima Leonor. Y yo voy a escribirle que no me espere a un amigo que me esperaba, y les dedicaré la tarde. Voy al despacho de Salustiano. Hasta ahora. *Vase por la puerta de la derecha.*

Amador. Hasta ahora. *A Simplicia.* Avísales tú a las señoritas.

Simplicia. Ya mismo. Pero querría preguntarle una cosa, don Amador, y usted dispense el atrevimiento.

Amador. Tú dirás, muchacha.

Simplicia. ¿Cómo se escribe azúcar?

Lino. Eso, según la clase.

Amador. No, no. Lo pregunta en serio.

Simplicia. En serio, sí, señor. Es para una carta a mi novio.

Amador. ¡Digo! Pues azúcar se escribe así; fíjate: a, zeta, u, ce, a y ere. La u, acentuada, por supuesto.

Simplicia. ¿Y la a, mayúscula?

Amador. Según.

Lino. ¡Claro! Según la clase. Lo que yo te decía.

Amador. Por tomar a broma estas cosas, querido Lino, hay por ahí más de un analfabeto. *A Simplicia.* Si empiezas párrafo, ponlo con mayúscula.

Lino. ¡Azúcar de pilón!

Amador. Y si no, con minúscula.

Lino. ¡Azúcar terciada!

Simplicia. Muchas gracias, don Amador. *A Lino.* ¡Nadie nace sabiendo! *Vase por la puerta de la derecha, recordando las letras de la palabra.* A, zeta, u…

Amador. Será cosa de ir también al teatro, ¿no?

Lino. Sí; ¿dónde mejor? Si queremos charlar con las chicas… Pero yo no estoy presentable… *Mirándose, un poco avergonzado.* ¿Estoy presentable, Amador?

Amador. Eso lo ha debido usted considerar antes de venir a la casa.

Lino. ¡Hombre, no es lo mismo venir a una casa de confianza que ir a un teatro! *Riéndose mucho, como siempre que cuenta algo que lo desdora.* ¿Usted no sabe que una noche me echaron las chicas de un palco que ocupaban en la Princesa?

Amador. ¡No! ¡Tiene gracia!

Lino. ¡Mucha! No fué culpa mía. Yo iba más decentito de lo que suelo; pero en la calle del Almirante me salpicó un coche de barro y me puso perdido.

Amador. ¿Y se presentó usted en el palco…?

Lino. ¡Con todo el barro encima!

Amador. ¡Y lo echaron a usted!

Lino. ¡Naturalmente! ¡Además era día de moda! Fué un lance completo. ¡Me pasé la noche con la *claque*! ¡Ja, ja, ja!

Amador. No sé cómo se ríe usted de esas cosas, Lino. Debiera usted cuidarse un poco más: cepillarse siquiera, afeitarse a diario…

Lino. ¡Me pide usted unos esfuerzos!… ¿Usted amanece ya afeitado, Castín?

Amador. ¡No, señor! Me afeita siempre, después que tomo el baño, mi ayuda de cámara. ¿Y usted, se acuesta vestido y con las botas puestas?

Lino. Algunas noches, sí, porque llego a casa medio muerto. ¡Trajino yo mucho para ganarme las pesetas, amigo mío! Yo no tengo ayuda de cámara. Ni quien me ayude a nada tampoco. Eso se queda para los ricos, como usted.

Amador. Pero, bueno, cuando se frecuenta una casa ajena con pretensiones de cierta índole…

Lino. ¡El de las pretensiones es usted!

Amador. ¿Y usted, no?

Lino. Las de usted son más visibles que las mías. Y más concretas.

Amador. ¡Ja, ja, ja! Vamos a ver, Lino, en confianza: yo no puedo ocultarle a usted… ni a usted ni a nadie; la llama es delatora: ¿usted le ha oído a Cabecita en alguna ocasión el concepto que le merezco?

LINO. ¡Sí, hombre! ¡Y se lo he dicho a usted veinte veces! Cabecita siente por usted la estimación que todos en la casa.

AMADOR. ¿Sí, verdad?

LINO. Yo creo que sí.

AMADOR. Pero, bien; en otro terreno…

LINO. ¡En otro terreno es cosa distinta!

AMADOR. *Preguntando y afirmando a la par.* ¿Usted cree que si yo me lanzase… ¿eh?… si yo me lanzase… sería bien recibido?…

LINO. ¡Ah! Tocante a eso, amigo mío… ¡Cualquiera responde!…

AMADOR. ¡Es que a mí no me han dado calabazas nunca! ¡Nunca! ¡Ni me las darán! Yo voy siempre sobre seguro. ¡Siempre! Y a mí me parece que esta chica, dada su posición modesta, dadas mis cualidades… Un hombre bien portado, rico, pulcro, joven todavía…

LINO. ¡Ejem!

AMADOR. Sin tos, sin tos: joven todavía. Más joven que usted, aunque tenga cuarenta años; porque la basura envejece mucho. Un hombre sano, un hombre elegante, un hombre despierto, un hombre que no es ningún tonto… ¿A qué más puede aspirar esta chica? ¿Eh? ¿Qué me dice usted?

LINO. ¡Yo, nada; se lo dice usted todo!

AMADOR. Pero ¿no es razonable esto que yo digo?

LINO. ¡Claro que es razonable! Ahora, que…

AMADOR. Y como yo he querido siempre, ¡siempre!, que mi mujer, si llego a contraer matrimonio, tenga menos dinero que yo…

LINO. ¡Caray!

AMADOR. No tenga dos pesetas, a ser posible, para no verme nunca ante ella en situación de inferioridad…

LINO. ¡Ah! ¡Pues en ese aspecto no encuentra usted otra! ¡En esta casa no hay dos reales!

AMADOR. ¡Que es lo que yo busco, justamente! ¡Lo que yo busco! De manera que usted opina que si me dirijo en serio a Cabecita, voy bien.

LINO. Sí, señor; va usted bien.

Amador. Eso es también lo que opino yo. Me complace que estemos de acuerdo. Porque yo no soy ningún pavo y gusto siempre de asesorarme, antes de proceder, de las personas de la intimidad de la familia. Y ¿quién mejor que usted?… ¡A mí no me han dado nunca calabazas! ¡Nunca! ¡Cuánto me anima su opinión favorable!

Se asoma a la puerta del foro, como a ver si viene su adorado tormento, mientras Lino dice entre sí:

Lino. ¡Nada! ¡No hay más remedio que opinar como él! ¡Es un procedimiento como otro cualquiera para cargarse de razón!

Amador. Y usted, Lino, ¿qué tal lleva sus pretensiones?

Lino. Mis pretensiones son muy vagas, Castín… Claro que atrae un poco Manolilla… ¡O *Manolo,* como aquí la nombran!…

Amador. ¡Ah, Manolo!

Lino. Pero sin que yo pueda precisar; sin que le haya puesto los puntos todavía…

Amador. ¡No lo entiendo!

Lino. ¡Es natural! Porque usted es una cuadrícula y yo un desgarrón. Difícilmente entenderá usted algunas cosas mías. ¿Concibe usted que a mí me dé lo mismo casarme en esta casa con una que con otra?

Amador. ¡Jesús, qué disparate! ¿Niega usted la atracción personal, la simpatía?

Lino. Nada de eso. ¡Es que me gustan casi igual las cuatro! Yo, amigo amador, o me caso en esta casa, o no me caso nunca. Para eso del casorio no me inspiran confianza más que estas hermanitas. Todas las demás mujeres que conozco me parecen un poco bailarinas al lado de éstas. ¡Y yo no me llevo a mi casa una bailarina! ¿Para qué? En cambio, una de estas chicas, encantado. Desde niño entro aquí: las he visto a todas horas y de todas maneras… arregladas y sin arreglar… ¡No hay engaño posible! ¡Yo sí que voy sobre seguro! Cabecita, despeinada está para comérsela.

Amador. ¡Oiga usted!

Lino. Y Eladia, Eladia, si no tuviese junto a ese sinapismo… Pues ¿y Manolo? De otro modo que Eladia, ¡vaya una mujer para un hombre! ¡Con

todos sus alardes masculinos! Y por lo que toca a María Nieves, ¡vamos!… ¡María Nieves es un bombón! Así es que me dirigiré primero a una, a ver si me quiere; si me dice que no, me dirijo después a otra… y así hasta apurar la colilla.

AMADOR. ¡Hombre, la colilla! ¡Qué lenguaje!

LINO. Bueno, ¡el caramelo! ¡Lo que usted quiera! Porque, mire usted, Amador, reconozcamos que casarse es una atrocidad; ¡pero hay que casarse!

AMADOR. ¿Una atrocidad?

LINO. ¡Una atrocidad!

AMADOR. Entonces ¿por qué considera usted que haya que cometerla?

LINO. Porque hay otra mayor: ¡no casarse!

AMADOR. ¡Ah, vamos!

LINO. ¿Se entera usted? De manera que a cerrar los ojos…, ¡y a ello!

AMADOR. ¿Con los ojos cerrados?

LINO. ¡El amor es ciego de nacimiento!

AMADOR. Yo no creo en esa ceguera: el amor verdadero es clarividente a todas luces.

LINO. ¡Ca, hombre, ca! Lo más que le concedo a usted es que sea tuerto, porque esté guiñando; pero vista cabal no tiene.

Vuelve Cabecita por la puerta del foro, dispuesta ya para ir al teatro.

AMADOR. ¡Oh! ¡Cabecita!

CABECITA. ¡Don Amador!

AMADOR. ¡Sin don, por la Virgen del Carmen!

CABECITA. Bien, Amador. ¿Qué tal?

AMADOR. Ahora mismo, en el estado del embeleso.

CABECITA. ¡Jesús! ¿Y tú, Lino?

LINO. Ya me ves: como siempre.

CABECITA. Es verdad: como siempre. No te doy la mano porque me vas a ensuciar los guantes.

AMADOR. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué salada!

LINO. Sí, muy salada; pero siempre me dice lo mismo. ¡Se repite mucho!

CABECITA. Enmiéndate tú y cambiaré.

AMADOR. ¡Qué lindo vestido y qué lindo sombrero, Cabecita!

CABECITA. Los estreno hoy. Acabo de recibirlos de *Madame Chez-Nous.* Ya sabe usted que es nuestra modista.

AMADOR. ¡*Madame Chez-Nous*! ¡Está bien! ¡Está bien!

LINO. ¡Vaya si está bien!

AMADOR. ¿Van ustedes a Apolo, verdad?

CABECITA. A Apolo. Palco entresuelo, doce.

AMADOR. Pues voy yo ahora mismo a ver si encuentro una butaquita bien situada. ¿De dónde quiere usted los bombones? ¡No pueden faltar!

CABECITA. Me gusta que me adivinen el pensamiento.

AMADOR. ¿En todo?

CABECITA. En todo.

AMADOR. En el capítulo de bombones no es difícil.

LINO. Yo no compro butaca; yo iré al palco un ratillo.

CABECITA. Si te afeitas primero.

LINO. ¿Afeitarme? Pero ¿tú sabes cómo están los domingos las peluquerías? ¡Así de gente! ¡Hay que guardar turno!

CABECITA. Pues con barba de tres días no entras en el palco.

LINO. Entraré durante la representación, que apagan las luces, y me saldré al pasillo en los entreactos. ¿Te parece bien?

CABECITA. No; lo que es así no entras.

LINO. ¡Bueno va! ¡La han tomado conmigo! A la fuerza afeitan, Amador. ¿Vámonos?

AMADOR. Vámonos.

CABECITA. Pero sepárese usted de él en el portal, no lo tomen por un sablista si los ven juntos.

AMADOR. ¡Ja, ja, ja! Hasta luego.

CABECITA. Hasta luego.

Lino. ¡No me vas a conocer cuando me veas en el teatro!

Cabecita. ¿Qué no?

Lino. ¡No! ¡Porque ya aprovecho también para pelarme! ¡Un día es un día!

Se ríen los tres. Amador y Lino se marchan.

Cabecita. ¡Ay, Dios mío! Este Amador… este don Amador… ¡Ay, Dios mío!

Sale Conrado por la puerta de la derecha.

Conrado. Siempre eres tú la primera que se viste.

Cabecita. Siempre. Eladia se entretuvo antes con la prima. ¿Vendrás al teatro con nosotras, por supuesto?

Conrado. ¡Claro! Nos aburriremos allí en vez de aburrirnos en casa.

Cabecita. Pero, ¡hombre! ¡Qué cosas dices! ¡Te aburres al lado de tu novia!

Conrado. ¡Se aburre ella al mío… y de verla aburrirse me aburro yo! Pero así son las cosas.

Cabecita. Eso tienen los noviazgos muy largos.

Conrado. Sí; se anticipan los acontecimientos… Bueno no me hagas caso hoy. Los domingos no se han hecho para mí, Cabecita. A medida que avanza el día ¡me pongo de un humor… de un gris!… Ni yo mismo puedo aguantarme.

Cabecita. Menos mal que te aguanta Eladia.

Conrado. Menos mal. Ya me conoce el genio.

De pronto llega don Salustiano.

Cabecita. *Sorprendida.* ¡Papá! ¿Ya de vuelta?

Don Salustiano. Sí, hija mía. Al salir llevaba la sospecha de que se me olvidaba una cosa. ¡Y eran tres, nada menos!

Cabecita. ¿Ah, sí? ¡Milagro!

Don Salustiano. Sí. Una carta muy importante que escribí anoche; las gafas, sin las que estoy perdido, y recoger a Teófilo, que me estará aguardando en el despacho.

Cabecita. ¡Teófilo se marchó en tu busca a la Biblioteca Nacional!

Don Salustiano. ¡Pitillo! Pues allá vuelvo yo en seguida.

Cabecita. Bueno; pero antes, ya que por casualidad has venido y está aquí éste, hablarás con él.

Conrado. ¿Conmigo?

Cabecita. Contigo, sí; tiene que hablar contigo.

Conrado. ¿Tiene usted que hablar conmigo, don Salustiano?

Don Salustiano. Ya lo oyes.

Conrado. Pues estoy a su disposición.

Don Salustiano. Lo mismo da ahora que más tarde.

Cabecita. No; ahora, ahora. ¿A qué esperar más? ¿No me dijiste ayer que de hoy no pasaba? Pues la ocasión la pintan calva, papá. Os dejo que habléis.

Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.

Conrado. No sé qué pensar de esto, don Salustiano. ¿Debo inquietarme?

Don Salustiano. ¡No!

Conrado. Usted me dirá, entonces.

Don Salustiano. No es nada de particular, no te creas… Siéntate, siéntate. *Deja capa y sombrero y se sienta también.* Cuando a las mujeres se les mete algo en la cabeza… Sobre todo si la cabeza es la de Cabecita.

Conrado. Usted me dirá.

Don Salustiano. Pues chico… El caso es que… ¿No te figuras nada?

Conrado. Nada.

Don Salustiano. ¿Quieres un pitillo?

Conrado. ¡Si no fumo, don Salustiano!

Don Salustiano. ¡Es verdad; que no fumas! Bueno, pues… ¡Es tan violento plantear ciertas cuestiones!… Estas mujeres… Y yo que de diplomático no tengo ni una uña… ¿No te figuras nada?

Conrado. Empiezo a figurarme algo, don Salustiano.

Don Salustiano. A ver: ¿qué te figuras?

Conrado. Diga usted, diga usted. Malo será que no se trate de otra nueva edición de una escena antigua.

Don Salustiano. Caliente.

Conrado. ¿Cómo?

Don Salustiano. Eso que se dice en el juego del escondite, cuando uno se aleja o se acerca… Frío, frío… caliente, caliente…

Conrado. ¿No digo? ¿Algo sobre mis relaciones con Eladia, verdad?

Don Salustiano. ¡Que te quemas!

Conrado. ¿Me quemo? ¿Es ésa la cuestión?

Don Salustiano. Sí, hombre… Y debes comprender que, en el fondo, hay un fundamento, una base… Hace días que noto revuelto el cotarro… Mis hijas, las pobres, no tienen suerte… y sueñan con que una de ellas haga hilo, como suele decirse, creyendo que detrás de ésa van a ir las demás. Y como tú tienes en tu mano el cabo de ese hilo…

Conrado. Pero, don Salustiano, ¿otra vez?

Don Salustiano. Sí, hijo, sí; otra vez… Yo, por mí, nada te diría nunca… Pero ellas, ellas ven las cosas de distinta manera…

Conrado. ¿Eladia también?

Don Salustiano. ¡También! ¡Qué sé yo, hijo: qué sé yo! El caso es que la atmósfera se carga aquí de cuando en cuando; se forma como una tormenta femenina en la casa… y, ¡claro está!, descarga siempre sobre los hombres… Tenemos ahora mismo el rayo encima de nuestras cabezas, cada uno por su estilo. ¿Qué piensas tú?

Conrado. ¿Sobre qué?

Don Salustiano. Sobre esto… sobre tu caso… sobre tus relaciones… ¿Estamos como estábamos? ¿No ves salida fácil… y próxima al

callejón en que te has metido? En una palabra, y dejando a un lado retóricas: ¿tú piensas casarte con Eladia?

Conrado. ¡Claro que sí! ¿No lo sabe usted?

Don Salustiano. Sí, sí lo sé; pero… ¿cómo cuándo?

Conrado. ¡Como cuándo! ¡Mentira parece que me haga usted más esa pregunta!

Don Salustiano. ¿Mentira parece, verdad? Es que como lleváis diez años perdiendo el tiempo…

Conrado. ¡Y llevaremos veinte!

Don Salustiano. ¿Veinte?

Conrado. Como Dios no lo remedie, ¡a ver! ¿O es que usted cree que yo no me caso porque no me da la gana de casarme?

Don Salustiano. No; eso, no…

Conrado. ¿O porque no quiero lo bastante a su hija?

Don Salustiano. ¡Eso, menos aún!

Conrado. ¡Entonces!… Comprenda usted que a mí me duele mucho que se me enjuicie a cada paso, que se piense que necesito estímulos… ¿Usted cree que con quinientas pesetas mensuales que yo gano, se puede hoy día mantener decorosamente a una mujer?

Don Salustiano. ¿Con quinientas pesetas? ¿Hoy? ¡Ni a una gata!

Conrado. ¡Entonces!…

Don Salustiano. No; pero si ahí está el mal… Ellas dicen… ¡claro! con razón en parte, con razón…

Conrado. ¿Qué dicen?

Don Salustiano. En parte nada más… Razones mujeriles, después de todo… «¿Y si no tenía… si no tenía… para qué…?». Es injusto, yo lo considero… Pero las mujeres, en su punto de vista… hazte cargo tú… Además, añaden, acaso más fundadamente… que el maná no baja del cielo; que hay que buscar las cosas…

Conrado. ¡Eso es lo que más me subleva! ¡Como si yo me hubiese cruzado de brazos ante mi situación! ¿Qué culpa tengo yo de esta estrella

mía? ¡Acuérdese usted de aquellas oposiciones famosas!

Don Salustiano. ¡No me quiero acordar!

Conrado. ¡Me quedé sin un cuarto; me quedé en la espina, y me quedé en la calle a última hora!

Don Salustiano. ¡Pues óyelas a ellas! «Que si hubieras estudiado de firme; que si te hubieras interesado de veras…».

Conrado. ¡No me quedaba otra cosa que oír! ¡Y ni comía, ni dormía, estudiando!… ¡A usted le consta!

Don Salustiano. Cuando una tempestad le coge a uno en medio del campo, no hay que arrimarse a árbol ninguno; hay que tirarse al suelo y aguantar la nube. Y esto me pasa a mí muchas veces; yo te defiendo contra el rayo, Conradito; pero ¿quién me defiende a mí?

Conrado. ¡Maldita sea mi estrella! ¿Y aquel destino particular que me duró tres días? ¿Y el Banco, que quebró cuando yo iba a ingresar en él?

Don Salustiano. No, si no te falta razón tampoco… pero, considéralo… así no es posible seguir mucho tiempo. Mi hija pierde ocasiones… pierde juventud… pierde…

Conrado. ¿Adónde va usted a parar? ¿A que yo deje a Eladia?

Don Salustiano. *Tímidamente.* No…

Conrado. ¡Sí! Vea usted primero si ella está dispuesta a dejarme. ¿Para qué vamos a repetir el juego? ¿Para no sosegar en unos días, ni ella ni yo? ¿Para que ella luego levante alguna vez el visillo de su balcón, a ver si yo paso por la calle? ¿Para pasar yo a mi vez por la calle a ver si ella levanta el visillo? ¡No, don Salustiano! ¡Más escenas de ese género, no! ¡Darse malos ratos en tonto, no! ¡Niñerías, no!

Don Salustiano. ¿Niñerías, no? Algo se me ocurre sobre las niñerías… que me callo ahora.

Conrado. En resumidas cuentas…

Don Salustiano. En resumidas cuentas, que tenemos que armarnos de paciencia todos; que Eladia y tú no podéis vivir ya sin veros a diario… y que no os casaréis en la vida.

Conrado. ¡No me diga usted eso!

Don Salustiano. ¡Tú verás!

Conrado. Me voy a la calle. Necesito airearme un poco. Me duele la cabeza y se me ha puesto un sabor de boca de todos los diablos. Dígales usted a las chicas que en Apolo apareceré.

Don Salustiano. Anda con Dios, hombre.

Conrado. ¡Y ya veremos lo que pasa! *Se marcha presuroso por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Don Salustiano. ¿Lo que pasa? ¡Como si yo no lo supiera! Enfermedad crónica: no mata, pero no se cura. Estoy seguro del diagnóstico. ¡Y la enferma se ha acostumbrado al mal, que es lo peor!

En la puerta del foro van asomando, sucesivamente, Cabecita, la prima Leonor, María Nieves y Eladia, ataviadas para el teatro. Le dicen a don Salustiano dos palabras de despedida cada una y desaparecen hacia la izquierda.

Cabecita. ¡Andad, niñas, por los Clavos de Cristo! ¡No os entretengáis más!

Prima Leonor. ¡No os miréis más al espejo, que vais muy monas!

Cabecita. ¿Y Conrado, papá?

Don Salustiano. Luego irá al teatro. Ya te diré…

Cabecita. ¿Le habrás calentado las orejas?

Don Salustiano. Ya te diré…

Prima Leonor. ¡Vamos, vamos! Tío Salustiano, adiós.

Don Salustiano. Adiós, gala de la familia.

Cabecita. Adiós, papaíto.

Don Salustiano. Adiós; que os divirtáis.

María Nieves. Hasta luego, papá. Si no saco un novio esta tarde, no lo saco nunca.

Don Salustiano. ¡Je!

Eladia. Oye, ¿y Conrado? ¿No estaba contigo?

Don Salustiano. Sí. Me ha dicho que por allí parecerá.

Eladia. ¡Qué raro! Quedó conmigo en esperarme…

Don Salustiano. No sé qué cosa tenía que hacer…

Eladia. Tú, ¿qué le has dicho? ¿Se ha ido disgustado, quizá?

Don Salustiano. ¡Ca! No te preocupes. Márchate tranquila y aguárdalo allí. No tardarás en verlo.

Eladia. ¿De veras?

Don Salustiano. De veras, tonta; no te alarmes. ¡Tienes Conrado vitalicio!

María Nieves. ¡Vamos, Eladia! ¿Llevas los gemelos?

Eladia. Sí.

María Nieves. Hasta después.

Eladia. Hasta después.

Por la puerta de la derecha vuelve en esto don Celio.

Don Salustiano. ¡Hombre! ¿Estabas tú ahí?

Don Celio. Sí; escribiendo una carta. Ahora me constituyo en guarda de honor de tus hijas y de la prima.

Don Salustiano. ¡Qué bueno eres! Locas de ilusión van las pobres, imaginando que en cada localidad del teatro va a haber esta tarde un príncipe ruso, destinado a cada una de ellas. ¡Pobres mías! Son de las que han nacido para no casarse… y no piensan en otra cosa.

Don Celio. Pero, ¡hombre, por Dios! ¡Qué pesimismo! ¿Por qué no se han de casar?

Don Salustiano. ¡Porque *las de Abel* no se casan!

Don Celio. ¡Bah! ¡bah! ¡Qué tontería!

Don Salustiano. ¡Y me lo dices tú, que eres hombre de mundo!

Don Celio. Te dejo con tu nube negra. ¡Eso es lo que sacas de las telarañas y del polvo de los archivos! Hasta mañana.

Don Salustiano. Adiós.

Don Celio. ¡Voy a unirme a la belleza y a la juventud! ¡A ver si se me pega algo!…

Don Salustiano. ¿Qué se te ha de pegar? ¡Ah! ¡Escúchame!

Don Celio. *Volviéndose a él, en la misma puerta del foro.* ¿Qué?

Don Salustiano. ¡Ayer se ha vendido un ejemplar más del libro de los «Templos»!

Don Celio. ¿Sí?

Don Salustiano. ¡Sí! ¡Pican de vez en cuando, pican!

Don Celio. ¿Ves tú, hombre? ¡No hay que ser pesimista nunca! ¡Adiós! *Vase tras las muchachas.*

Don Salustiano. ¡Adiós! *Olvidándose súbitamente de cuanto le rodea y volviendo a reinar en lo suyo.* ¿A qué vine yo a casa ahora?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es a media tarde, en diciembre.

Aparecen sentadas a la camilla Cabecita, Eladia y María Nieves. Eladia lee una novela en la revista «Cultura Femenina». Las otras dos hacen labor de estambre. Silencio. Don Salustiano, que pasea distraído por toda la casa, sale luego por la puerta de la derecha y se va hacia la izquierda por la del foro, canturreando.

Don Salustiano.

La donna é mobile
cual piuma al vento…

Cabecita. ¡Lo que se aburre ya papá sin Teófilo!

María Nieves. Casi tanto como Eladia sin Conrado.

Cabecita. No; Eladia se aburría más con Conrado junto.

Eladia. ¿Queréis dejar en paz a Conrado y a Eladia?

Nuevo silencio.

María Nieves. ¿Oyes, Cabecita?

Cabecita. ¿Qué?

María Nieves. El altavoz de las de Yugo.

Cabecita. Sí; por eso anda papá cantando *La donna é mobile.*

María Nieves. Esas viejas no se privan de nada.

Eladia. *Soltando la revista con graciosa contrariedad.* ¡Bueno! Se continuará. ¡Espere usted así hasta la semana que viene! ¡No vuelvo a leer

una novela sin tenerla toda!

María Nieves. ¡Ni yo!

Cabecita. Sí que son antipáticas estas esperas de ocho días.

María Nieves. Sobre todo cuando las novelas tienen tanto interés como ésta. ¡Mira que es bonita!

Eladia. ¡Un encanto!

María Nieves. Y muy agradable de lectura. A mí me gustan las novelas así: con poca *prosa* y con mucha conversación.

Cabecita. A mí, sobre todo, que no se adivine el desenlace.

Eladia. Pues, lo que es en ésta, se ve bien claro.

Cabecita. ¿Claro lo ves tú?

Eladia ¡Y tan claro! El marquesito se casa con Elena; eso no lo dudes.

Cabecita. ¡Quiá!

María Nieves. ¿Cómo quiá? Yo estoy con Eladia.

Cabecita. Ese marquesito es un golfo y esa chica no lo puede querer.

Eladia. ¡Qué tonta! ¡Pues ahí está la gracia!

Cabecita. ¡Si no es por eso sólo; si es que a Elena el que le gusta de veras es Guillermo Herrán!

Vuelve don Salustiano por la puerta del foro, y a poco se detiene con la boca abierta ante la extraña conversación de sus hijas.

Eladia. ¿Guillermo Herrán? ¿Qué ha de gustarle a Elena? ¡Guillermo Herrán está comprometido!

Cabecita. ¡Vaya un inconveniente! Razón de más para que le guste.

María Nieves. Eso es otra cosa. Pero, ¿no te acuerdas de la noche del Ritz?

Eladia. ¿Y del baile en el palacio de los Barrinagas?

Don Salustiano. ¿De los Barrinagas?

Cabecita. No seáis simples: Guillermo Herrán ¿no se encontró el guante de Ernestina en el *taxi?*

Eladia. ¡No es de Ernestina el guante ése!

CABECITA. ¿Cómo qué no?

ELADIA. ¡Como que no!

MARÍA NIEVES. ¡El guante es de la duquesa de Lepe, que usa el mismo perfume! ¡Acuérdate!

DON SALUSTIANO. ¿La duquesa de Lepe? Pero, bueno: ¿de quién estáis hablando?

Las tres muchachas sueltan la risa.

CABECITA. Papá, ¡de una novela!

DON SALUSTIANO. ¡Ah!

ELADIA. ¡De «Violeta en Primavera», que publica ahora la *Cultura Femenina*!

DON SALUSTIANO. ¡Acabáramos! ¡Me estaba haciendo un lío con vuestras relaciones! ¡Yo no conocía a nadie! Y por mucho que toque el violón, ¡era ya demasiado! Guillermo Herrán, Elena, los Barrinagas, la duquesa de Lepe… ¡Qué pisto!

Ríen las muchachas otra vez.

Por la puerta de la derecha sale Simplicia.

SIMPLICIA. Señoritas…

CABECITA. ¿Qué quieres?

SIMPLICIA. La Paula, que ha entrado antes con el chico y está en la cocina, y quiere saludar a las señoritas antes de irse.

CABECITA. ¡Ah, sí! Dile que venga.

Se va Simplicia.

ELADIA. ¿Ese chico es el cuarto?

CABECITA. El cuarto.

MARÍA NIEVES. ¡Qué mujer! ¡Y no lleva cuatro años de casada! Ésa me va a ganar a mí. Sólo que de verdad.

DON SALUSTIANO. ¿Quién es la Paula, tú? ¿O es otra figura novelesca?

CABECITA. No, papá. La Paula es aquella chica que estuvo aquí dos años y se marchó para casarse.

ELADIA. Muy chula ella.

MARÍA NIEVES. ¡Que se casó con el carpintero de abajo, cuando vivíamos en Rosales!

DON SALUSTIANO. ¡Ya, sí; ya, ya!…

CABECITA. Dice que ya, pero no se acuerda. Si estuviera el dato en un librote lleno de manchas de humedad, no se le habría olvidado.

DON SALUSTIANO. ¡Je! ¡Como que habría hecho mi papeleta!… Pero ¡de una criada… no es cosa!…

Aparece nuevamente Simplicia, acompañando a Paula, la cual trae en los brazos al crío de que se ha hecho mención.

PAULA. ¿Dan las señoritas su permiso?

ELADIA. Pasa, mujer, pasa.

PAULA. Me alegro de ver tan buenas a las señoritas. Y al señor.

DON SALUSTIANO. ¡Hola, buena pieza! Si me acuerdo de ella, sí me acuerdo. Esta fué la que me hizo añicos el busto de Aristóteles.

PAULA. ¡Vaya si tié memoria el señor!

CABECITA. ¡A ver ese chico!

SIMPLICIA. ¡Es un real mozo, señoritas!

CABECITA. Como todos los de ella.

PAULA. Es verdá; en eso no puedo quejarme.

CABECITA. ¡Qué guapo es!

MARÍA NIEVES. Y ¡qué simpático!

ELADIA. Mira, mira cómo se ríe.

PAULA. Pues es un milagro, señorita; porque gasta un genio, que cuando da en gritar no hay quien lo calle.

MARÍA NIEVES. La misma salud. ¡Hay que ver cómo está la criatura!

PAULA. Mire usté qué pantorrillas, señorita; con seis meses na más que tié el crío.

MARÍA NIEVES. Dámelo, Paula, que lo coja yo en brazos.

ELADIA. No vaya a llorar…

María Nieves. No llora, no: ahora está contento.

Paula. Le he dao el pecho en la cocina.

Cabecita. La que llora es María Nieves, si no lo coge ella.

María Nieves. *Tomando al chico.* ¡Huy lo que pesa, Dios! ¡Qué zanganote! ¡Este peso es el que les falta a los míos!

Eladia. ¡Tuviera que ver!…

María Nieves. Y ¡cómo se parece a su padre!

Cabecita. Verdad que sí; más que ninguno de los otros.

Eladia. Es un retrato de Manuel.

Simplicia. Un retrato talmente.

Paula. En to sale a él, señoritas.

Don Salustiano. En todo, en todo.

Cabecita. Pero ¿tú recuerdas a Manuel?

Don Salustiano. No; pero ante tal unanimidad de opiniones, ¿quién vacila?

Paula. ¡El señor!…

Eladia. Y ¿es el cuarto o el quinto, Paula?

Paula. El cuarto, señorita, no me asuste usté; el cuarto na más.

Cabecita. Ya es bastante.

Paula. ¡Que si es bastante!…

Cabecita. ¿Tu marido está bueno?

Paula. ¡Usté calcule!… Y eso que el pobre no deja el trabajo noche ni día. ¡Qué hacer! Pa tantas bocas… ¡Las virutas que tié que sacar pa mantenernos a los seis! ¡Fíjese! ¡Y como está to, señoritas; con las esigencias y los humos que tié el personal! Aprendiz hay que si está meneando la cola y se le manda por café, se queja a la Casa del Pueblo. ¡Un disparate! En fin, paciencia pa seguir viviendo. Haberlo pensao bien.

Eladia. ¿Cómo? Pero, ¿no estás contenta?

Paula. En lo que cabe, no me quejo. Manuel es un santo. Pero, si me valiera, me descasaba. Es mucho trajín, señoritas. No se casen las señoritas nunca.

ELADIA. ¡Oh! ¡Lo que es eso!…

CABECITA. Pierde cuidado, Paula.

MARÍA NIEVES. Pierde cuidado.

DON SALUSTIANO. ¡Je!

PAULA. No saben las señoritas toa la cola que trai el casorio. ¡Y con poco dinero! Y si empieza una a tener hijos… ¡vamos! ¡Fíjese!

MARÍA NIEVES. Pues mira, tú, déjanos a éste, si te pesa.

PAULA. *Recogiéndolo.* Eso, no, señorita; se los quiere mucho a estos ángeles endemoniaos.

MARÍA NIEVES. Parece que te ha oído; ¡qué cara de satisfacción ha puesto!

DON SALUSTIANO. ¡Es que sin duda es hombre muy observador!

ELADIA. ¿Cómo se llama?

PAULA. Ezequiel; como su padrino Ezequiel; el hijo del señor Ezequiel.

DON SALUSTIANO. San Ezequiel, profeta.

PAULA. Lo peor que sucede en el matrimonio, señoritas, es que pierde una la voluntá. Basta que una de novia haya dicho que va a tirar cuando se case por aquí o por allí, pa que le ocurra lo contrario. Lo primero que yo me juré fué no vivir nunca con mi suegra, que se oponía a que me casara con su hijo. ¡Bueno; pues ya la tengo en casa, señoritas!

CABECITA. Y ¿riñe mucho?

PAULA. Un horror. Cuando bebe, sobre to, hay que ayunarla. ¡Le digo a usté!…

ELADIA. Pero ¿bebe?

PAULA. Más que habla.

ELADIA. Más que habla, ¿eh?

PAULA. Y no para su pico.

DON SALUSTIANO. Amigo, es que una suegra no es una mujer sola, como se cree generalmente; son tres o cuatro juntas: ella, su hija, su madre, la madre de su esposo, la abuela de sus nietos… ¡Un grupo de familia! ¡Cualquiera la calla!

PAULA. En fin, señoritas, no las molesto más. ¿Mandan algo a una servidora?

ELADIA. Nada, mujer; que sigas buena.

CABECITA. Dale recuerdos a tu marido.

PAULA. De su parte.

MARÍA NIEVES. Y salud para criar a los que tienes y a los que les sigan.

PAULA. No lo permita Dios. Ya está bien, ya está bien. Adiós, don Salustiano. Pa servirle. Y no me recuerde más lo de *Arestóteles,* que bastante que a mí me pesó.

DON SALUSTIANO. Adiós, muchacha.

PAULA. Que sigan buenos.

Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda, seguida de Simplicia. Pausa.

CABECITA. *Suspirando.* ¡Ay, Señor! ¡Qué mal repartidas están las cosas!

MARÍA NIEVES. ¡Cuidado que es hermoso el chiquillo!

CABECITA. Hermoso; envidiable.

ELADIA. La suerte de algunas mujeres. En cambio, a Basilia se le malogran todos.

MARÍA NIEVES. Me parece que llora uno de los míos.

CABECITA. ¡No seas tonta!

MARÍA NIEVES. ¡La tonta serás tú! ¡Ya lo creo que llora!

¡Allá voy, rico de mi alma; allá voy! *Vase corriendo por la puerta de la derecha.*

DON SALUSTIANO. *Cantando, como si fuera de una ópera, una frase improvisada por él.*

¡Oh mío bambino infelice…
mío bambino!…

Éntrase detrás de María Nieves.

ELADIA. *Cogiendo un periódico.* ¿Leíste, por fin, la canastilla de boda de la chica de los Villa-Noble?

CABECITA. ¡Ay! no.

ELADIA. ¿Quieres que te la lea? Aquí viene, en los «Ecos de Sociedad».

CABECITA. Léemela, léemela.

ELADIA. Es un cuento de «Las mil y una noches». Con los regalos hay para siete bodas.

CABECITA. Nos sobran tres.

ELADIA. Espera sentada. *Lee en el periódico.* «Para admirar el espléndido equipo de la señorita de González Verín, está desfilando estos días por el palacio de los marqueses de Villa-Noble lo más escogido de la sociedad madrileña. El matrimonio se celebrará el…».

Interrumpe la sabrosa lectura la llegada de Lino, que viene de la calle.

LINO. Santas y frescas.

CABECITA. Ven con Dios, Lino.

ELADIA. Ven con Dios. ¿Qué te trae por aquí?

LINO. Siempre que puedo, ya sabéis…

CABECITA. ¿Tienes frío?

LINO. Los pies. La cabeza y el corazón me arden.

CABECITA. Pues acerca los pies a la camilla.

LINO. Ahora mismo. He venido ahí junto, al cuarenta y cuatro, a tomar el plano de una casa, donde voy a instalar la calefacción —¡buscando pesetas!— y he aprovechado para llegarme a veros.

ELADIA. ¿En el cuarenta y cuatro?

LINO. Sí; en la casa nueva. *Riéndose mucho.* Se van a helar de frío, porque los tabiques son de papel de estraza. ¡Pero yo cobro! De paso también, como no me olvido de las amigas, mira, Eladia.

ELADIA. ¿Qué?

LINO. El flexible para arreglar el enchufe que quieres en tu alcoba. ¡Quéjate de mí!

ELADIA. Dios te lo pague, hombre.

LINO. Luego lo haré.

ELADIA. Me lo pones a la derecha de la mesita.

LINO. Ya, ya sé dónde; lo señalamos el domingo. ¿Qué tal por aquí desde entonces?

ELADIA. Sin novedad.

LINO. La prima, ¿no ha vuelto de fuera?

ELADIA. No.

LINO. ¿Habéis salido a alguna parte?

CABECITA. A ninguna, chico. Van unos días tan desagradables y tan tristes…

LINO. Verdad que llevamos un diciembre para irse a Alicante. ¿Y María Nieves?

ELADIA. Con su prole.

LINO. ¿Y Manolo?

CABECITA. ¡Cualquiera lo sabe! Se marchó a la calle en cuanto acabamos de comer…

LINO. ¿A reunirse, acaso, con el dichoso temporero de Hacienda?

ELADIA. Acaso.

LINO. Hay gustos para todo. Lo he conocido el otro día… y ¡vaya una facha que tiene! Yo soy un elegante a su lado.

CABECITA. ¡Pues es un colmo!

LINO. Como lo oís. *Breve silencio.* ¿Tú te has peinado así siempre, Eladia?

ELADIA. Siempre. ¿Por qué?

LINO. ¡Qué sé yo! No sé qué te noto. Me has parecido hoy más bonita que nunca.

ELADIA. Como el día está tan feo…

CABECITA. Y que, como ahora le falta la sombra del novio, tú te has fijado más.

LINO. Puede. ¿Y tú, Cabecita?

CABECITA. Yo, ¿qué?

LINO. ¿Cuándo sacas de penas a Amador? ¡Mira que me da unas tabarras!…

Oportunamente aparece por la puerta del foro don Salustiano.

DON SALUSTIANO. ¡Hombre! ¿Habláis de Castín? ¡Buena me la dió anoche a cuenta tuya en la Plaza de Oriente!

LINO. Allí vive.

DON SALUSTIANO. Allí. Y allí quiere matarme a mí, por lo visto. Helaba si Dios tenía qué. Hasta la estatua de Favila pidió una piel que no fuera de oso. Pero él, como si no; ¡como si estuviéramos en una estufa! Dale que dale sobre sus pretensiones, me llevé un plantón de media hora. *A Lino.* ¿Qué hay, buena pieza?

LINO. Lo que cuente usted, don Salustiano.

DON SALUSTIANO. ¿Estabas aquí antes o has venido ahora?

LINO. He venido ahora.

DON SALUSTIANO. Luego dirán éstas que no me fijo.

LINO. Y ya que me he templado, me voy a trabajar allí dentro.

DON SALUSTIANO. ¿A trabajar?

LINO. De electricista. A poner un enchufe.

DON SALUSTIANO. ¡Pitillo!

Vase Lino por la puerta de la derecha, cruzándose en ella con Marta Nieves, que vuelve.

MARÍA NIEVES. ¡Hola, perito electricista!

LINO. ¡Hola, pimpollo de la casa!

MARÍA NIEVES. Niñas, niñas, visita tenemos.

CABECITA. ¿Quién?

ELADIA. ¿Quién?

MARÍA NIEVES. ¡Las de Yugo! Por la ventana del patio me ha dicho su criada que vienen para aquí.

Cabecita. ¡Anda con Dios!

Eladia. ¡Ya está aquí la langosta!

María Nieves. ¡Ay, Jesús! ¡Nos van a hundir del todo esas viejas!

Cabecita. Y de seguro se quedan a merendar.

Eladia. ¡De seguro!

María Nieves. A merendar, ¿eh? Pues desde ahora os advierto que las rosquillas que hice ayer no las prueban. Porque si encima de que nos espantan a los novios, vamos a darles dulces…

Don Salustiano. ¡Qué tontería! ¡Es increíble adonde llega la superstición de las mujeres!

María Nieves. ¡Sí, sí; superstición!

Preséntase por la puerta del foro Simplicia con cara fosca.

Simplicia. Señoritas: ahí están las viejas de al lao.

Cabecita. ¿Eh? ¿Qué se entiende? ¿Qué manera de anunciar es ésa? ¿Quién está ahí?

Simplicia. *A regañadientes.* Bueno: las señoritas de Yugo.

Cabecita. Así. Te vas tomando muchas confianzas.

Simplicia. Si la señorita se hubiera quedado sin novio, como yo, desde que ellas viven en la casa, *pueda* ser que no me riñera. A la sala las he llevado, que está como la nieve.

Cabecita. Pues pásalas aquí.

Simplicia. ¿Aquí?

Cabecita. Aquí, aquí. Y basta de contestaciones.

Vase Simplicia de peor talante que llegó.

Don Salustiano. ¿Veis?

Cabecita. ¡No nos vamos a helar nosotros además porque se vayan pronto las viejas!

Eladia. Y mira si es verdad lo que dicen de ellas: yo reñí con Conrado, y Simplicia con su guardia civil.

Cabecita. En eso, hasta ahora, no han hecho más que bien.

Don Salustiano. Bueno; aquí os quedáis. Me quito de en medio.

Cabecita. No, no te vayas, por si las acompaña el papá.

Don Salustiano. ¡Por si las acompaña el papá es por lo que me voy! Es un buen señor que habla en voz tan baja, que no me entero nunca de lo que me dice. ¿Quién conversa con un murmullo?

Cabecita. Pero ¿no vienen?

Don Salustiano. A lo mejor ha metido la pata Simplicia. Id vosotras a recibirlas: lo primero en esta vida es la educación.

Eladia. Anda, sí, vamos.

Cabecita. Vamos.

Don Salustiano. Las tres, las tres: tú también, María Nieves.

María Nieves. ¡Vamos allá! ¡Ni que fueran los Reyes Magos!

Se van por la puerta del foro las tres muchachas.

Don Salustiano. ¡Pobres señoras! Por esa estupidez de que ahuyentan a los pretendientes, se cometen con ellas muchas groserías… ¡Qué aberraciones! *Cantando.*

La donna é mobile
cual pluma al vento…

Vuelven las muchachas con las temidas Amantina y Delfina Yugo, y con don Inocencio, el autor de sus días. Ellas pasan de los sesenta años y él de los ochenta, y los tres se caracterizan por una extremada amabilidad. Delfina presume un poco todavía.

Cabecita. ¡Tanto bueno!

Eladia. Pasen ustedes.

María Nieves. ¡Qué visita tan agradable!

Don Salustiano. ¡Señoras!… ¡Señor don Inocencio!

Delfina. ¡Don Salustiano!

Amantina. ¿Cómo va?

Don Inocencio. *Con voz imperceptible.* A sus órdenes, querido señor.

Eladia. Siéntense.

Cabecita. Como ven ustedes, los tratamos con toda familiaridad.

Amantina. Así debe ser.

Delfina. Entre vecinos…

Amantina. Nosotras también venimos hasta sin vestir.

Delfina. Tal como estábamos en casa.

Eladia. ¡Naturalmente!

Cabecita. Pues ese traje de usted, señora, es bien bonito.

Delfina. No…

Amantina. No digas que no… Es que Delfina se tiene que morir presumiendo. Hasta en casa presume.

Delfina. Es verdad; no lo oculto; me cuido mucho del bien parecer. Y se lo he dicho a ésta: Amantina, si me muero antes que tú, que me entierren con tacones altos.

Risas de todos, que ya se han sentado convenientemente.

Don Inocencio. *Como para que no lo oiga ni aun el cuello de su camisa.* Genialidades de esta chica… Después de muerto, ¿qué más da?…

Don Salustiano. *Interrogándole por pura cortesía.* ¿Cómo?

Don Inocencio. *Siempre en la misma voz.* Que después de muerto, ¿qué más da?…

Don Salustiano. *Para sí.* ¡Ni agua!

Amantina. Antes que se me olvide: mañana es la recepción, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de Sánchez Uruburu.

Delfina. El que fué ministro de Trabajo.

Amantina. Le contesta el marqués de los Guindos. Y tenemos cuatro invitaciones.

Delfina. Si alguna de ustedes quiere ir con nosotras… *Miradas de pavor entre las tres muchachas.*

Amantina. Será un acto solemne. Sánchez Uruburu habla muy bien.

Delfina. Bueno; pero el discurso será leído.

Amantina. Lee muy bien, he querido decir.

Don Salustiano. Escribe muy bien, para poner las cosas en su punto. ¡Je!

Amantina. Escribe y lee muy bien, si a usted le parece.

Don Salustiano. ¡Sí, señorita; sí me parece!

Delfina. Pues, nada, la que tenga más gusto…

Cabecita. *Defendiéndose.* El caso es que… Gusto tenemos todas… Muchísimas gracias. Pero mañana justamente es domingo, y los domingos suelen visitarnos algunas amistades…

Amantina. ¡Ah!, vamos…

Delfina. Sí; ya conocemos, ya conocemos…

Amantina. Ya sabemos de tal cual persona… En fin, obren ustedes con absoluta confianza.

Delfina. Con nosotras no hay compromiso nunca.

Amantina. También tendremos invitaciones para los funerales de la condesa de Montemayor.

Delfina. ¡Que serán estupendos!

Amantina. ¡Estupendos! La oración fúnebre estará a cargo del padre Villalpino, Jesuita.

Delfina. ¡Que escribe prodigiosamente!

Amantina. Que habla prodigiosamente. Ahora soy yo la que rectifica.

Delfina. Sí; pero como yo no lo he oído hablar nunca, y sí conozco sus escritos, me he expresado bien.

Amantina. Sin duda ninguna.

María Nieves. Al *cine* van ustedes mucho, ¿verdad?

Amantina. ¡Mucho!

Delfina. No perdemos acontecimiento.

Amantina. ¡Ni de *cine* ni de nada! Hay que distraerse.

Delfina. Y que papá y nosotras nos lo tenemos todo dicho.

Amantina. Conque la que sea más *peliculera* de ustedes, no lo olvide: nos complacerá con su compañía.

Cabecita. ¡Qué amables!

Delfina. ¿Ustedes van poco?

María Nieves. Poco. Algunas veces nos lleva don Celio…

Amantina. ¡Ah, sí! ¡Vélez de Hinojosa!…

Eladia. Y la prima Leonor también suele llevarnos…

Delfina. ¡Leonor Oliva, viuda de Alvarado!

Amantina. ¡Tan guapa!

Delfina. ¡Tan simpática!

Amantina. ¡Tan elegante!

Delfina. ¡Tan cariñosa!

Amantina. ¡Tan buena!

Delfina. ¡Tan fiel a su difunto!

Amantina. ¡Tan alegre!

Delfina. ¡Tan constante amiga!

Amantina. Días pasados la vimos en el Museo Romántico.

Cabecita. Pues con ella es con quien más frecuentemente vamos a todas partes: al *cine,* al paseo, al teatro…

Amantina. Pues, en ausencia suya, cuenten ustedes con nosotras para acompañarlas…

Cabecita. ¡Oh! ¡Muy agradecida, señora!…

Don Salustiano. *Sin darse cuenta del alcance de sus palabras.* Ahora está fuera, precisamente…

Las tres hijas lo quieren devorar con los ojos.

Delfina. No necesitamos insistir en nuestro ofrecimiento.

Amantina. Queda hecho de todo corazón.

Delfina. Y con el mayor gusto.

Amantina. Nosotras, tocante al teatro, no perdemos estreno.

María Nieves. ¡Ah! ¿no?

Amantina. No. Es una de nuestras chifladuras. No perdemos estreno.

Don Inocencio se lanza a emitir una opinión sobre el teatro y el cinematógrafo que, desgraciadamente, se queda «inédita». Todos se esfuerzan por oírlo.

Delfina. A ser posible, claro es. Porque vean ustedes para el martes se anuncian ocho. ¿Cómo asistir a todos ellos?

Amantina. ¡Imposible! Dice un amigo nuestro, muy jocoso, que ni Dios, que está en todas partes, puede ir en Madrid a todos los estrenos.

Don Salustiano. ¡Ya sabe Dios lo que se hace, señorita!

Delfina. Yo soy de las que llaman la atención en el público; porque en lo dramático, me caen las lágrimas, que no bastan pañuelos: doy el espectáculo; y en lo cómico de buena ley, me río que se me ve la última muela; ¡como las tengo todas!…

Don Inocencio. Entiendo yo, en contra de los que creen que el *cine* es muy superior al teatro, que padecen un error crasísimo; porque no hay que darle vueltas: si el movimiento humano no va acompañado de la palabra, queda incompleto y pierde, no ya su explicación, sino su principal encanto. A mí el *cine* se me antoja una exhibición de estampas. Además me aturde, me marea la vista… Salgo loco… Sí, sí.

Amantina. Tiene razón papá.

Don Salustiano. *Como antes, para su capote.* ¡Lo ha oído!

Delfina. También en casa nos procuramos distracciones… como habrán ustedes podido advertir.

Amantina. Tenemos altavoz, piano, pianola, gramófono… ajedrez, toda clase de juegos…

Delfina. Y por otro orden, en el capítulo de distracciones también, muchas personas agradables que vienen a hacernos la tertulia.

Amantina. Pollos, pollos: no nos faltan pollos…

Delfina. Sí; no lo podemos remediar; somos *divertidas…*, y muy sociables. Es nativo.

Amantina. Nos agrada el trato.

Delfina. Al revés que a unas primas nuestras, solteras también, como nosotras, que parece mentira que lleven nuestros mismos nombres y nuestra misma sangre.

Amantina. Parece mentira. Andan a la greña con medio mundo y nadie puede verlas ni en pintura.

Cabecita. ¿No, eh?

Delfina. Están un poquitín amargadas —dicho sea en su disculpa— porque entre la gente joven de Madrid —Madrid es un pueblo— ha dado en correr la leyenda de que, casa en donde ponen el pie las de Yugo, se acabaron los novios.

Estupefacción: desconcierto del padre y de las hijas, que se miran pasmadas.

Cabecita. ¿Qué nos cuenta usted?

Delfina. ¡Lo que ustedes oyen!

María Nieves. ¡Ay, qué gracia!

Eladia. ¿De manera que tienen ustedes unas primas de su mismo nombre, de las que se dice…?

Amantina. ¡Justo! Que casa en que entran…

Cabecita. ¡Qué tontería!

Eladia. ¡Qué gracia!

María Nieves. ¡Mira que tiene gracia!

Don Salustiano. *Despeñándose.* ¡Lo que tiene gracia es lo que nos ha pasado a nosotros! Nosotros creíamos…

Una escandalosa carcajada de las niñas advierte al padre su indiscreción, y recoge velas.

Delfina. Es divertido el caso; ¿verdad?

Don Salustiano. ¡Muy chusco, muy chusco!

Amantina. Aunque se trate de unas parientas nuestras…

Delfina. En cambio, nosotras podemos decir que tenemos el sino contrario. No frecuentamos una casa donde no sobrevengan bodas.

María Nieves. ¿Sí?

ELADIA. ¿Sí?

CABECITA. ¡Pues también es gracioso!

AMANTINA. ¡Cabalito! Cuestión de suerte.

MARÍA NIEVES. ¡Estaba por decirles a ustedes que vinieran todos los días a vernos!

AMANTINA. ¡Ja, ja, ja!

DELFINA. ¡Ja, ja, ja!

ELADIA. Pero aquí se estrellan, de seguro.

DELFINA. ¡Qué sé yo! ¡qué sé yo! Sería la primera casa la de ustedes… ¡Mire usted que tenemos una *hoja de servicios* extraordinaria!

AMANTINA. ¡Somos íntimas de don Segismundo Caín, que casó a sus ocho hijas en dos o tres años!…

CABECITA. Y ¿son ustedes íntimas de él?

DELFINA. ¡Íntimas! Raro es el día que no nos vemos en el Retiro.

ELADIA. Papá también es muy amigo suyo. Pero a papá le llaman *Abel*.

AMANTINA. Bromas de la gente de buen humor.

DELFINA. En el partido de balompié nos lo dijeron la otra tarde.

AMANTINA. Pero, bueno, según nuestras noticias, el influjo de nuestra buena sombra es por ahora innecesario aquí… ¿No, Cabecita?

CABECITA. No sé…

DELFINA. ¿No sabe usted, y se le sube el pavo?

CABECITA. ¿A mí?

DELFINA. A usted, a usted, avispada joven.

AMANTINA. ¿Usted olvida que también nos honramos con la amistad de Amador Castín? ¡Que por cierto nos habla mucho de esta casa!

DELFINA. ¡Y particularmente de alguien de esta casa!

DON SALUSTIANO. ¡Si lo creo, sí lo creo!…

DELFINA. ¡Gran persona es Amador Castín! Ayer estaba en el Salón de Artistas Portugueses.

AMANTINA. ¡Qué premio a quien le toque!

DELFINA. ¡Qué caballeroso!

AMANTINA. ¡Qué bien portado siempre!

DELFINA. ¡Qué pulcritud la suya!

AMANTINA. ¡Qué bondad más acrisolada!

DELFINA. ¡Qué palabra más persuasiva!

AMANTINA. ¡Qué modales más finos!

DELFINA. ¡Qué bien lleva el gabán de pieles!

AMANTINA. ¡Qué figura a caballo!

DELFINA. Y ¡qué posición más bonita!

AMANTINA. ¡Oh! ¿Ustedes no conocen la casa de campo que tiene en Cebolla, provincia de Toledo?

MARÍA NIEVES. De oídas.

DELFINA. ¿De oídas nada más?

ELADIA. Nada más.

AMANTINA. ¡Es lástima! *Mirando maliciosamente a Cabecita.* Allí piensa pasar la luna de miel cuando se case.

CABECITA. *Cortando la conversación.* ¿Les parece a ustedes que vayamos al comedor a tomar una tacita de té y unas pastas?

MARÍA NIEVES. ¿Cómo pastas? ¡Las rosquillas que yo hice ayer! ¡Ni que me hubiera dado el corazón esta visita!

ELADIA. ¡Es verdad!

AMANTINA. Pero ¡qué cariñosas son ustedes!

CABECITA. Vamos, vamos al comedor.

AMANTINA. Donde ustedes gusten.

ELADIA. Vamos allá, sí.

MARÍA NIEVES. Vamos.

DELFINA. Papá no toma más que leche.

CABECITA. ¡Lo que quiera! ¡Con toda libertad!

ELADIA. Sin cumplidos.

DELFINA. Eso; sin cumplidos.

Eladia. Acompaña a don Inocencio, papá. Vamos nosotras.

Amantina. Vamos.

Se entran todas charlando animadamente por la puerta de la derecha. Quedan solos don Salustiano y don Inocencio.

Don Salustiano. Ya oye usted… Vamos al comedor… Nos invitan las chicas a tomar cualquier tente en pie.

Don Inocencio. A la disposición de usted, amigo mío.

Don Salustiano. ¿Cómo?

Don Inocencio. Yo estoy a régimen hace bastante tiempo. Leche, huevos, pescado, verduras… De ahí no puedo salir. Son ya ochenta y cuatro años los que tengo encima. El barco hace agua por todas partes.

Don Salustiano. *En ayunas.* Sí, sí… ¿Vamos al comedor?

Don Inocencio. Me han dicho que tiene usted una biblioteca interesantísima…

Don Salustiano. ¿Qué?

Don Inocencio. Una biblioteca interesantísima… Me agradará verla… Soy muy aficionado a los libros.

Se van también por la puerta de la derecha, don Inocencio «murmurando» y don Salustiano sin enterarse de una sola palabra de cuanto le dice.

Simultáneamente sale Lino por la puerta del foro, huyendo de la quema.

Lino. ¡No; las de Yugo, no! ¡Las chicas acabarán por tener que descararse con ellas! ¡Se han empeñado en meterse aquí! ¡Y casarse será una atrocidad, pero hay que casarse!

Vuelve Eladia por la puerta de la derecha y va al balcón, sin advertir la presencia de Lino. Levanta anhelosa un visillo y mira hacia la calle. A alguien que está en ella mirando hacia el balcón, le dice por señas que le escribirá, que espere su carta.

LINO. *Sorprendido.* ¿Eh? ¿Esas tenemos? ¡Y yo que me había decidido a empezar por ésta!

Eladia se despide de la persona con quien se entiende y va a volver al comedor cuando se da de manos a boca con Lino.

ELADIA. ¡Hombre! Pero, ¿no estabas en mi cuarto?

LINO. Estaba, sí; estaba… Ya he dejado aquello a tu gusto.

ELADIA. Muchas gracias. Luego lo veré.

LINO. *Suspirando.* ¡Ay!…

ELADIA. ¿Por qué suspiras?

LINO. Porque acabo de convencerme de que nunca podré entrar en aquel cuarto más que así: como electricista… o como fontanero.

ELADIA. Y como amigo. ¿De qué otra manera querías entrar?

LINO. ¡Toma! ¡Como marido con todos los poderes! ¡Qué graciosa!

ELADIA. ¿Tú, Lino?

LINO. Yo, Eladia.

ELADIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay qué declaración tan imprevista!

LINO. ¡Pues me había alegrado yo poco de que hubieras reñido de una vez con el cataplasma de Conrado!

ELADIA. Oye, oye; ni es un cataplasma ni he reñido con él. Ni riño, por mucho que se empeñen todos en mi casa.

LINO. Perdona: que riñas o no, ya no te lo discuto; pero que es un cataplasma, es axiomático.

ELADIA. Mejor para mí.

LINO. ¿Cómo ha de ser mejor, criatura? ¿No ves que te vas a morir de tedio?

ELADIA. Si me muero a gusto…

LINO. ¡Veo que con la separación de estos días se te ha exacerbado el amor!…

ELADIA. Ya sabes la copla:

Ausencia es aire,

que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

LINO. ¡El fuego! ¡el fuego! ¡A tu noviazgo con Conrado le llamas fuego! ¡Ja, ja, ja!

ELADIA. Fuego, sí; ¿por qué no? Fuego tranquilo; de camilla; de casa… Yo nunca he soñado con otro.

LINO. La camilla da tufo.

ELADIA. ¡Más tufo das tú que la camilla! ¡Ja, ja, ja! ¡Adiós, Romeo!… Que te alivies… y que te laves… ¡Ja, ja, ja!

Vase por la puerta de la derecha.

LINO. ¡Caray! ¡No se muerde la lengua! *Riéndose.* ¡Me falló la mayor! ¡Vaya unas calabazas breves y rotundas! ¡A otra! ¡Ja, ja, ja!

Llega de la calle por la puerta del foro Amador Castín, más acicalado que nunca.

AMADOR. ¿Qué es eso? ¿Se ríe usted solo, amigo Lino?

LINO. ¡Castín! ¿Usted? ¿Cómo aquí a estas horas de la tarde, que suele usted destinar al tresillo, indefectiblemente?

AMADOR. ¡Ahí verá usted! He venido a saludar a las de Yugo, mis grandes amigas; me han dicho en la casa que estaban aquí, y naturalmente, he pasado.

LINO. En el comedor las tiene usted ahora mismo con las chicas.

AMADOR. Sí; también lo sé: Simplicia me lo ha dicho. ¿De qué se reía usted tan a solas?

LINO. ¡De que me acaba de dar Eladia unas calabazas morrocotudas!

AMADOR. ¿Eladia?

LINO. Eladia. ¡Y sin dejarme tiempo ni de respirar!

AMADOR. Y ¿por eso se ríe?

LINO. ¿Voy a llorar, hombre?

AMADOR. Llorar, no; pero…

LINO. ¡Me quedan tres hermanas!

AMADOR. Dos, si usted me permite.

LINO. Tres, aunque usted no quiera.

AMADOR. Yo no soy tan insensato como usted, amigo mío. Yo, cuando voy a alguna parte, sé adónde voy. Y usted va siempre a la que salta.

LINO. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Así vivo! Dejo a usted con las chicas y con las viejas. Hasta mañana. *Vase por la puerta del foro.*

AMADOR. Hasta mañana. *Turulato.* Pero ¡qué ligereza! ¡Qué… qué… qué…! No hay calificativo. Es un saltamontes.

LINO. *Dentro.* Adiós, Teófilo.

TEÓFILO. Adiós, Lino.

AMADOR. ¡Ah Teófilo! ¡Qué a tiempo llega! La única nube en mi horizonte. Disipémosla sin aguardar más. *Por la puerta del foro viene Teófilo, efectivamente, bien ajeno a la grave cuestión que va a planteársele. Cruza, distraído, hacia la puerta de la derecha, y la voz de Amador lo detiene.* ¡Querido Teófilo!

TEÓFILO. ¿Quién? ¡Señor Castín! No había reparado… ¿Cómo sigue usted?

AMADOR. En el mejor de los mundos posibles, que dijo Pangloss.

TEÓFILO. ¡Dichoso quien puede afirmar cosa semejante! Que sea enhorabuena.

AMADOR. Gracias. ¿Qué hay?

TEÓFILO. Poca cosa. Mal tiempo.

AMADOR. ¿Mal tiempo?

TEÓFILO. ¿No hace mal tiempo? Llueve, graniza, ventea… ¿Qué más quiere usted?

AMADOR. Pero, ¿qué va usted a pedir en invierno? Yo soy un hombre que pide siempre lo natural: en invierno, frío, y en verano, calor. Usted opinará como yo, seguramente.

TEÓFILO. Con una diferencia.

AMADOR. ¿Cuál?

TEÓFILO. Que yo, cuando llueve y ventea, aunque sea en invierno riguroso, creo que hace mal tiempo.

AMADOR. Pues, no, señor; rectifique usted ese juicio poco meditado. En invierno, cuando hace mal tiempo es cuando hace buen tiempo.

TEÓFILO. ¿Y viceversa?

AMADOR. Exactísimo. ¿Qué tal va ese Diccionario de Artífices?

TEÓFILO. No va mal; se adelanta un poco cada día.

AMADOR. Trabajar, trabaja usted mucho.

TEÓFILO. Según…

AMADOR. Más aquí que en la Biblioteca.

TEÓFILO. Más; sí, señor, más aquí. Aquí me aíslo más fácilmente; trabajo más a gusto…

AMADOR. Se comprende, sí, señor; se comprende.

TEÓFILO. Don Salustiano es un gran colaborador…

AMADOR. ¡Ya lo creo! Es un gran colaborador…

TEÓFILO. ¡Vale mucho!

AMADOR. ¡Mucho! Su labor es imponderable. Pero, vamos a ver si coincidimos también en esto: ¿no es verdad que las mejores obras de don Salustiano son sus cuatro hijas?

TEÓFILO. Es usted muy chancero, señor Castín. No esperaba yo esa salida.

AMADOR. Pero, ¿no opina usted como yo?…

TEÓFILO. ¿Que las chicas de don Salustiano son cuatro perlas?

AMADOR. Cabalmente.

TEÓFILO. ¿Cómo no he de opinar yo eso?

AMADOR. Las cuatro, las cuatro.

TEÓFILO. Las cuatro; cada una por su estilo.

AMADOR. Eladia, tan beba, tan discreta, tan reposada…

TEÓFILO. Ciertamente, sí…

AMADOR. María Nieves, tan linda, tan casera, tan madrecita en sus pocos años…

TEÓFILO. Tan madrecita; es la verdad…

AMADOR. Manolo… ¡qué graciosa es Manolo!…

TEÓFILO. Muy graciosa, sí; muy graciosa…

AMADOR. ¡Opina usted en todo como yo!

TEÓFILO. ¡En todo!

AMADOR. Y ¿qué me dice usted de Cabecita? ¿Eh? ¡De Cabecita! ¿He citado a alguien?

TEÓFILO. *Con emoción.* ¡Ah! Cabecita… Cabecita…

Se nubla su semblante. Castín, que lo observa, palidece y se empieza a alarmar.

AMADOR. La nombra usted de una manera…

TEÓFILO. Cuando la nombro, que procuro que sea lo menos posible, no puedo hacerlo sino así.

AMADOR. ¿Y eso?

TEÓFILO. ¿Le interesa a usted?

AMADOR. Es interesante.

TEÓFILO. Cabecita es la que vale más de las cuatro hermanas, y es la que yo prefiero.

AMADOR. ¿Sí, eh?

TEÓFILO. Sí. No tengo por qué ocultar esta preferencia, Cabecita es excepcional; singularísima. Cabecita es germen de madre; es flor de la casa; de la casa amigo Castín; de eso que va desvirtuándose y desapareciendo día por día, merced a los aires universales. Cabecita es mujer para que un hombre bueno que la halle a su paso, se detenga y la adore. Cabecita hará la felicidad de ese hombre afortunado. Pero Cabecita es muy difícil que lo encuentre. Son estas muchachas así piedras preciosas, que viven retiradas y escondidas en sus hogares…

AMADOR. Pero, bueno… pero, bueno… también a los hogares, como usted dice, suelen llegar de cuando en cuando hombres dignos… hombres de

valer… Aquí, sin ir más lejos… usted… usted… Yo no acierto a medir las aspiraciones de Cabecita… pero usted… que tanto la ensalza… usted… Yo mismo, en otra esfera… ¿por qué no declararlo?… yo mismo…

TEÓFILO. ¿Usted?

AMADOR. Yo… usted… usted… yo… Hombres como nosotros…

TEÓFILO. Perdóneme… Yo no estoy en el caso de usted. Ése es otro cantar.

AMADOR. No alcanzo…

TEÓFILO. Ni necesita usted saber más. Si todo este palique no ha tenido en la intención de usted otra mira que la de poner en claro si existe o no una rivalidad amorosa que usted sospecha, constele que no existe.

AMADOR. *Con íntimo gozo.* ¿Que no existe?

TEÓFILO. Ya he dicho que no.

AMADOR. ¿Con toda lealtad?

TEÓFILO. Con toda lealtad. Mi vida lleva rumbo bien distinto. Tan distinto, que en breve plazo, dentro de pocos días tal vez, me ausentaré de España… y viviré lejos de esta casa y de esa mujer encantadora.

AMADOR. *Respirando ya casi tranquilo.* No lo entiendo del todo, pero me vuelve el alma al cuerpo. Y correspondo a su lealtad con la mía: era usted, amigo González, la única nube tormentosa que yo divisaba… que yo temía…

TEÓFILO. Pues con el viento de esta tarde ha desaparecido.

AMADOR. Yo lo celebro profundamente, porque… así… con la seguridad que me da usted… Ya usted, que no es lerdo, se percatará de la importancia que ello tiene… Y así… así ya… ¡Imagine usted que en mi escudo de amor no tengo campo de calabazas!…

Sale Cabecita por la puerta de la derecha. Los ojos de ella y los de Teófilo se encuentran y se huyen.

CABECITA. ¡Ya decía yo que hablaba aquí alguien!

AMADOR. ¡Oh! ¡Cabecita!

CABECITA. Amador… Teófilo, ¿quién se quiere morir? ¡Tres días sin venir por casa!

TEÓFILO. He estado en Illescas. ¿No se lo ha dicho a usted su padre?

CABECITA. Sí; algo creo que dijo el otro día. ¿Hablaban ustedes reservadamente?

AMADOR. No.

TEÓFILO. Hasta cierto punto…

CABECITA. ¿Estorbo, entonces?

AMADOR. ¿Cómo ha de estorbar usted, Cabecita?

TEÓFILO. En todo caso, yo.

CABECITA. *Mirándolo con extrañeza.* ¿Usted?

TEÓFILO. Yo; sí. Voy allá dentro. *Vase por la puerta de la derecha.*

AMADOR. ¡Qué hombre más discreto! ¿Verdad?

CABECITA. ¡Siempre! Pero ahora…

AMADOR. Ahora más que nunca.

CABECITA. ¿Por qué? ¿Quizá porque sospecha que va usted a hablarme en su elogio?

AMADOR. ¿Yo?

CABECITA. ¿No es por eso?

AMADOR. Más bien supongo que temería de mí que ante usted repitiese, hiriendo su modestia, palabras elogiosas… de alabanza de usted… como no podía menos.

CABECITA. ¿Es que hablaban ustedes de mí? Esto me interesa.

AMADOR. ¡Que me place! Pues sí, Cabecita: hablábamos de usted… y coincidíamos en el juicio. Sus palabras y las mías parecían nacer de una misma fuente.

CABECITA. ¿Tan iguales eran?

AMADOR. Tan iguales.

CABECITA. Pues usted y él son bien distintos.

AMADOR. No cabe duda; pero en la estimación de usted hemos resultado gemelos. ¡Gemelos!

CABECITA. *Con un poco de sorna.* ¡Qué bonita frase, Castín!

AMADOR. *Encogiéndose modestamente de hombros.* ¡Psché!…

CABECITA. ¡Mire usted, Teófilo, y qué callada tenía esa admiración!

AMADOR. ¿Ve usted? En eso nos diferenciamos. A mí me sale al rostro aunque no pronuncie palabra.

CABECITA. Y él, ¿qué le ha dicho? ¿qué le ha dicho de mí?

AMADOR. ¡Oh! Muchas verdades que yo siento.

CABECITA. Me hubiera gustado estar escuchándolo detrás de la puerta. ¡Es tan curiosa esa confidencia de dos hombres tocante a una misma mujer! ¡Nunca podemos oír a los hombres solos; sin nosotras delante, sin la mentira de la galantería!… ¿Qué le ha dicho Teófilo de mí?

AMADOR. *Con turbación de amor; subrayando intencionadamente sus palabras.* Repito que muchas verdades que yo siento.

Que es usted el sol de esta casa; que el hombre a quien usted quiera será el más dichoso de todos; que conocerla a usted y adorarla debe ser simultáneo…

CABECITA. *Turbada también por su parte.* ¿Eso le ha dicho a usted?

AMADOR. Eso me ha dicho… ¡a mí! ¡A mí, Cabecita! ¡A mí me ha dicho eso!

CABECITA. ¡Qué bueno es ese hombre!

AMADOR. Y ¡qué misterioso!

CABECITA. Y ¡qué misterioso también!

AMADOR. Yo, sin embargo, he logrado esta tarde hacer alguna luz en ese misterio.

CABECITA. ¿Sí?

AMADOR. Alguna nada más; porque indudablemente defiende su secreto. Pero, en fin, me ha rasgado el velo un poquitillo y me ha dicho que se ausentará en plazo breve y que en adelante ha de vivir fuera de España.

CABECITA. ¡Ah! ¿sí? ¡Qué raro! Aquí entra con toda confianza… y nada sabíamos.

AMADOR. Pues así me lo ha confesado con todas sus letras… a una intencionada pregunta mía.

CABECITA. *Comprendiendo.* Ya.

AMADOR. ¿La entristece a usted?

CABECITA. Me ha sorprendido… Es persona a quien en casa queremos mucho… Se ha hecho querer en poco tiempo. Acompaña y ayuda en sus afanes a mi padre. Mi padre va sintiéndose viejo y necesita, a pesar suyo, seguir trabajando. Y un colaborador como Teófilo no se encuentra todos los días. Es inteligente, es honrado, es muy cariñoso… Y personalmente… ¡tan simpático! Es de estas personas que en su sola presencia llevan ya una recomendación. ¿No lo cree usted así?

AMADOR. *Tragando saliva.* Evidentemente. Y, vamos a ver; ya que nos hemos metido en confidencias —disculpe si soy indiscreto—: ¿es tan sólo por su papá por quien usted deplora que se aleje Teófilo?

CABECITA. Tan sólo, no; principalmente.

AMADOR. ¿Tan sólo, no?

CABECITA. Hombre, la ausencia de un amigo así, ¿quién no la deplora?

AMADOR. Pero, bien; en la vida, Cabecita, hay un sentimiento superior al de la amistad, como usted sabe, que es árbitro del mundo; que todo lo resuelve; que de todo mal nos consuela. ¿No es así? *Cabecita lo mira, y por su mente pasa una idea diabólica.* Quien calla, otorga; ¿no es así? *Cabecita vuelve a mirarlo, sonriente.* ¿Qué rayo de luz es ese que me deja usted ver?

CABECITA. Amador, yo no he dicho nada…

AMADOR. En ocasiones, una sonrisa es un discurso.

CABECITA. Ignoraba yo que fuese oradora.

AMADOR. Pero la sonrisa de usted a mi pregunta, ¿no significa por ventura lo que yo veo?

CABECITA. Quizá… no sé…

AMADOR. ¡Sí sabe, picarona!

CABECITA. ¿Sí sé?

AMADOR. ¡Sí sabe!

CABECITA. Y ¿qué es lo que yo sé, Castín?

AMADOR. Algo que no sé si atreverme a decirle.

CABECITA. ¿Por qué?

AMADOR. Porque no me quisiera engañar.

CABECITA. Y ¿usted se engaña nunca? ¡Un hombre tan precavido, tan juicioso, de tanta experiencia!… ¡Atrévase usted ya, Castín!

AMADOR. ¿Me atrevo?

CABECITA. ¡Atrévase usted! ¡Rompamos de una vez para siempre este otro misterio! ¡Luz! ¡luz!

AMADOR. ¿Luz?

CABECITA. ¡Luz!

AMADOR. ¿Luz? *Decidiéndose.* ¡Pues ahí va toda la de mi alma! Yo la adoro a usted, Cabecita; yo aspiro a ser ese afortunado mortal que la gane para compañera. ¿Lo seré? ¡Sáqueme de dudas!

CABECITA. ¡Ay! ¡Gracias a Dios!

AMADOR. ¿Qué oigo? ¿Le alegran mis palabras?

CABECITA. ¡Como la luz del día! ¡Basta ya de enigmas y de equívocos! Hablemos claro. ¡Ya no tendrá usted que consultar a nadie más!

AMADOR. ¡Oh! ¡Bendita boca!

CABECITA. Desde que lo conozco a usted estoy haciendo los imposibles porque no llegase este momento…

AMADOR. ¿Cómo?

CABECITA. Y ahora, en un instante, he procurado atraerlo con toda mi alma. ¡Ya llegó! Sabía que usted me miraba con una inclinación amorosa, y yo me resistía a tener que advertirle a amigo tan bueno, que no iba a ser correspondido. Hubiera querido que lo advirtiese él.

AMADOR. ¡Cabecita!

CABECITA. Y ahora, de pronto, por razones que a nadie importan más que a mí, he deseado vivamente tener que cantárselo claro; redondamente; sin atenuación de ningún género…

AMADOR. *Estupefacto.* ¡Cabecita! ¿Qué me dice usted?

María Nieves asoma en la puerta del foro en este momento. Viene a curiosear qué hace Cabecita, que ha desaparecido del comedor; y al darse

cuenta de la escena, se oculta interesada, para poder oír sin ser vista.

CABECITA. ¡Lo que ya era necesario que supiese, por más que a mí me duela!

AMADOR. Pues ¿y a mí? ¿Y a mí, Cabecita? Pero está usted muy excitada… ¿No serán los nervios los que la hacen hablar así?

CABECITA. No, señor; sé perfectamente lo que hablo y por qué lo hablo. Lo lamento, Amador, pero tiene usted que resignarse. Su amistad de usted es para mí oro de ley; pero de su amor no hablemos más. No hablemos. ¿Qué quiere usted? Yo para el amor soy muy extraña; muy difícil. Suele sucederme que el hombre que me gusta por fuera no me gusta por dentro, y el que me gusta por dentro no me gusta por fuera. Y los hay también que no me gustan por fuera ni por dentro. ¡Y necesito tropezar con uno que me guste por dentro y por fuera! Soy muy difícil, muy difícil.

AMADOR. ¡Pero muy difícil! ¡A mí no me ha pasado otra!

CABECITA. ¡Ni a mí tampoco!

AMADOR. ¡Porque es que, de improviso, me ha abierto usted de par en par las puertas del cielo… y en seguida, cuando yo iba a entrar satisfecho en la gloria, no ya es que me ha dado usted con las puertas en las narices, es que me ha cogido las narices entre las dos!

CABECITA. Bien que lo deploro, amigo mío…

AMADOR. ¡Bien que lo deploro!… ¡bien que lo deploro!… *Desconcertado, lleno de despecho y de vergüenza.* ¡No basta, no me satisface!… ¡A un hombre como yo!… ¡como yo!… Cabecita, usted me perdone… Temo proferir algún concepto indigno de mí, llevado de… de… ¡Es que no me ha pasado nunca!… ¡Es nuevo!… ¡es nuevo!… En mi escudo… en mi campo… Usted me permitirá que me retire a serenarme y a reflexionar… Voy a casa de mis amigas las de Yugo a saludarlas… a…

CABECITA. Las de Yugo están allá dentro, en el comedor.

AMADOR. Ya lo sé… Hablaré con su padre…

CABECITA. Su padre está también en el comedor.

AMADOR. ¡Pues hablaré solo! ¡Tocaré la pianola!… Usted me disculpe, Cabecita… Todo, menos continuar entre estas paredes… en presencia de

usted… en el estado en que me hallo… Temo… temo… Ya seguiremos esta conversación… Me ha herido el golpe en lo más vivo… ¡en lo más vivo!… A los pies de usted.

CABECITA. Beso a usted la mano.

AMADOR. ¡A mí!… ¡a mí!… ¡Y después de tantas precauciones! ¡Lo inconcebible!

Vase a casa de las de Yugo echando chispas.

CABECITA. *Más excitada que él, también habla sola.* ¡A ti! ¡a ti! ¡Por fatuo! ¡por vano! ¡por necio! Y ¡ojalá lo hubiera hecho antes sin escuchar consejos ni amonestaciones! ¡Tú has sido, tú, quien aumentaba la timidez, la reserva del otro! ¡Qué claro lo he visto en un segundo!

Vuelven del comedor por la puerta de la derecha, con las caras largas, la familia de Yugo y don Salustiano, Eladia y María Nieves. A la cuenta ésta los ha enterado de la imprevista novedad. Cabecita no logra reprimir la excitación que la posee.

ELADIA. ¿Qué ha sido?

DON SALUSTIANO. ¿Qué nos ha dicho ésta?

AMANTINA. ¿Y Amador?

DELFINA. ¿No estaba aquí Amador?

CABECITA. Sí, señora; aquí estaba. Pero acaba de irse a casa de ustedes.

DELFINA. ¿Sabiendo que estábamos aquí?

CABECITA. Sabiéndolo, sabiéndolo. No ha querido permanecer a mi lado ni un minuto más.

MARÍA NIEVES. *A Eladia.* ¿Lo ves tú?

AMANTINA. Pues, ¿qué ha sucedido?

CABECITA. Ha sucedido… ha sucedido… Él se lo contará a ustedes mejor que yo. Yo soy una chiquilla sin fundamento y él una persona muy razonable. ¡Muy razonable!

DON SALUSTIANO. Pero, chiquita, ¡estás fuera de ti!

DELFINA. ¡Sí que no parece la misma!

AMANTINA. ¡No lo parece!

Cabecita. Ustedes me disculparán…

Amantina. Sí, sí… Vámonos, Delfina, a ver cuanto antes a nuestro amigo.

Delfina. Vámonos, vámonos… Discúlpennos ustedes también.

Eladia. Sí, sí… ¿cómo no?

Don Salustiano. ¡Qué demonio!

Amantina. ¿Quién podía presumir?…

Delfina. Yo voy absorta, absorta…

Eladia. Esta hermana mía…

María Nieves. Tiene genio de dictador.

Amantina. ¡Jesús! ¡Jesús!

Delfina. ¡Jesús!

Se van por la puerta del foro hacia la izquierda, haciéndose cruces, Delfina y Amantina Yugo; Eladia y María Nieves. Las siguen don Inocencio y don Salustiano, quienes en la misma puerta cambian también cuatro palabras sobre el hecho insólito.

Don Inocencio. ¿Usted lo entiende? ¡Porque yo no lo entiendo!

Don Salustiano. ¿Qué?

Don Inocencio. ¡Que no lo entiendo!

Don Salustiano. ¿Cómo?

Don Inocencio. *Alzando excepcionalmente la voz.* ¡Que no lo entiendo!

Don Salustiano. ¡Eso me pasa a mí!

Se van. Cabecita permanece desasosegada y muy nerviosa.

Cabecita. ¡Buena van a ponerme ahora entre todos! ¡Mejor para ellos! ¡Y así se enterará quien a mí me interesa!

Vuelven Eladia, María Nieves y don Salustiano, con la natural curiosidad, y esperando que Cabecita se justifique.

María Nieves. Pero, chica…

Cabecita. ¿Qué?

María Nieves. Sosiégate; no te alborotes…

Eladia. ¿Qué ha pasado?

Don Salustiano. Eso; ¿qué ha pasado?

Cabecita. ¡Lo que más temprano o más tarde tenía que pasar! ¡Que he mandado con viento fresco a ese monote!

Don Salustiano. ¡Pitillo! ¿Le has dado calabazas?

Cabecita. ¡Las mayores que se han dado en lo que va de siglo!

Eladia. Pero, ¿lo has pensado bien, hermana?

María Nieves. ¿Lo has pensado bien?

Eladia. ¡Sí que estamos para desaires!

Don Salustiano. ¡Válgame Dios! ¡válgame Dios!

Eladia. ¡Cabecita, tú te has vuelto loca!

Cabecita. ¡Todo lo contrario! ¡He tenido un ataque violento de sentido común! ¡No sé qué os sorprende! ¿Pensabais de veras que alguna vez había yo de aceptar a ese hombre? ¿Por qué? ¿Por qué razón? ¿Porque tiene dinero? ¿Y el alma? ¿Porque es un buen partido, como dicen? ¿Y el alma? ¿Qué hay de común entre él y yo? ¿Qué veis en él para que a mí pueda agradarme? ¡Él es de un metal y yo de otro! ¿Por qué tenía yo que decirle que sí? ¿Por que hay que casarse? ¿Por que la mujeres hemos de casarnos? ¡Pues por eso menos que por nada! ¡Me quedo soltera cien veces, aunque me llamen solterona algún día y aunque, si llego a vieja, sirva de irrisión! ¡Yo no me caso sin que el hombre que me quiera me atraiga; sin que me enamore! ¡Qué horror! ¡Vivir a todas horas, toda la vida, como con un extraño junto! ¡Qué miedo! ¡Poder tener hijos con el temor de que se parezcan a su padre! ¡No! ¡no! ¡no!

Don Salustiano. ¡Cabecita de mi corazón, has puesto cátedra!

La abraza y la acaricia. Las hermanas cambian entre sí un gesto de resignación y desencanto.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar que los anteriores y en vísperas de Reyes. Es a primera hora de la tarde.

Eladia y Conrado, a la camilla, leen. Ella, un libro, y él, un periódico.

CONRADO. ¿Qué?

ELADIA. Nada.

CONRADO. ¿No me habías hablado?

ELADIA. No.

CONRADO. Creí…

Pausa.

ELADIA. ¿No te cansa leer los periódicos?

CONRADO. Sí; pero, ¿qué voy a hacer? Hay que enterarse de lo que sucede por el mundo.

ELADIA. Crímenes y atropellos.

CONRADO. O patadas y puñetazos. Esta gente moderna no se divierte más que así. ¡Qué salvajes!

ELADIA. ¿Por qué no lees alguna novela?

CONRADO. Bastantes quebraderos de cabeza tengo yo para preocuparme con las tonterías imaginarias.

ELADIA. Bueno, hombre, bueno.

Nueva pausa. Viene Manolo de la calle por la puerta del foro, y se va por la derecha. Pasa cantando.

Manolo.

Pero se te orvía, pero se te orvía…

Nos aburrimos, ¿eh?

Conrado. Nos aburrimos.

Eladia. Eso es cuenta nuestra.

Manolo.

Que toito lo malo se paga en vía…

Conrado. ¿Ves tú? Por esta y otras cosas de tus hermanas es por lo que reñimos luego nosotros.

Eladia. Tú mismo acabas de declararle que nos aburrimos.

Conrado. Y tú, que es cuenta nuestra. Que nos dejen en paz. ¿Nos aburrimos? ¡Bueno! ¡Pues que los demás se diviertan, si pueden! Será sino nuestro aburrirnos. Y, en último término, vale más aburrirse juntos, que no desesperarse de estar separados.

Eladia. ¡Eso, sí! ¡Mira que hemos llevado un mesecito!

Conrado. Sin contar con que a lo mejor nos casamos… y nos aburrimos del todo.

Eladia. ¡Eso, no!

Conrado. ¿No?

Eladia. ¡No!

Conrado. Me alegro de que estés tan segura. ¡A ver si cuaja el destino ese… que me ha ofrecido ese señor en la fábrica ésa!

Eladia. ¡A ver si cuaja! ¡Quiéralo Dios!

Conrado. No cuaja, no cuaja.

Eladia. Hombre, la esperanza es lo último que se pierde.

Conrado. Verás como no cuaja. No me gusta hacerme ilusiones.

Continúan leyendo en silencio. A poco, por la puerta de la derecha, sale la prima Leonor, sin sombrero.

Prima Leonor. *Contemplándolos.* ¡Jesús! ¡Qué aburridos!

Conrado. *Entre sí.* ¡Dale, bola!

Prima Leonor. ¿Cómo?

Conrado. Nada.

Prima Leonor. Pero, ¿qué novios son éstos que se dedican a leer en vez de mirarse a los ojos? ¿Habrá sosería?

Conrado. Señora, cada uno tiene su carácter. Y la sal, poca o mucha, que le pusieron en el bautizo.

Prima Leonor. ¡Yo, que me he ofrecido a ser madrina de la boda!

Conrado. Pues espérese usted un ratito largo. ¡Qué prisa tiene todo el mundo en que nos casemos! Menos ésta y yo.

Eladia. Te diré…

Conrado. No; no me digas nada, que no quiero enfadarme. Vámonos a casa de las de Yugo a ver el Nacimiento. ¿No querías que lo viera?

Eladia. Sí. ¡Como que es el acontecimiento de la vecindad!

Conrado. ¿Está allí Cabecita?

Eladia. Allí está, sí. Y Lino. Ya verás, Conrado, la instalación eléctrica que ha puesto. ¡Están locas las viejas! Anochece, amanece… la estrella de Oriente camina… Ya verás, ya verás.

Conrado. Vamos a ver ese prodigio.

Prima Leonor. Entonces, cuando esté lista María Nieves, yo paso por ahí y te recojo para ir a esas compras; ¿no, Eladia?

Eladia. Eso es.

Conrado. ¿Adónde van ustedes?

Prima Leonor. ¡Por juguetes para que se los traigan los Reyes Magos a todos los chiquillos de los amigos! ¡Ya que yo no los tengo, ni aquí los hay todavía tampoco…! ¡Ustedes podían tener uno de diez años!

Conrado. ¡A esa edad no creen ya los niños en los Reyes! Anda, Eladia.

Eladia. ¡Es que el de diez años sería el mayor! ¡Los otros más pequeños sí creerían!

Conrado. ¡Y nos los iba a mantener el Banco de España!

Eladia. Deja eso y vamos ya. Hasta ahora, prima.

Prima Leonor. Hasta ahora.

Conrado. Quede usted con Dios.

Eladia. Dile a María Nieves que se lleve para allá mi sombrero y mi abrigo. *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío!…

Se va con Conrado por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Prima Leonor. ¡Hace falta la pasta que tiene mi prima para soportar a ese pelmazo! ¡Condenación de hombre!

Se sienta y hojea el libro que leía Eladia. Un momento después aparece por la puerta del foro don Celio, que viene de la calle, y que se sorprende de hallar allí a su bella amiga.

Don Celio. ¡Qué aburridos van ésos!

Prima Leonor. *Levantando la vista del libro.* ¿Eh?

Don Celio. ¡Oh! Decía que qué aburridos van ésos.

Prima Leonor. ¡Ah!

Don Celio. ¡Y nada más lejos de mi ánimo que pensar que había de hallarla a usted aquí!

Prima Leonor. Yo tampoco esperaba ver a usted, ciertamente.

Don Celio. Es probado que nos atraemos.

Prima Leonor. Sería una injusticia negarlo. Ahora, que… Don Celio. ¿Qué?

Prima Leonor. Que siempre nos encontramos en esta casa. Don Celio. Por algo será.

Prima Leonor. ¿Ha recibido usted mi esquelita?

Don Celio. La he recibido, sí. Y hasta he hecho un estudio grafológico a la vista de ella. ¡Qué letra, Leonor! ¡Qué limpia y qué clara! Escribe usted lo mismo que mira.

Prima Leonor. ¿Vamos a empezar ya?

Don Celio. ¿A qué?

Prima Leonor. A lo de siempre que nos vemos.

Don Celio. Es inevitable. Cuando hablemos mañana en su casa de usted, a cuya cita acudiré puntualmente, se convencerá, al fin, de la desinteresada inocencia de todas mis flores.

Prima Leonor. La carta en que me pide usted la entre, vista está escrita en un tono tan grave, que no me he atrevido a invitarlo a usted a almorzar para que charlásemos.

Don Celio. Ha hecho usted muy bien. Se lo agradezco sinceramente. Sería una vergüenza que yo almorzase con usted.

Prima Leonor. ¿Cómo? ¿cómo?

Don Celio. Una vergüenza para mí. ¡Iba usted a verme pedir un huevo pasado por agua y una fruta!

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! Se me ocurre una cosa.

Don Celio. ¿Qué se le ocurre a usted?

Prima Leonor. ¿Hay inconveniente en que tratemos ahora mismo del particular; de ese asunto tan serio?

Don Celio. ¿Aquí?

Prima Leonor. ¿Hay inconveniente? O ¿le agrada a usted más la soledad de mi gabinetito?

Don Celio. Sí… y no. ¿Quién está en la casa?

Prima Leonor. Solamente don Salustiano y Teófilo, metidos allá en sus papelotes; y María Nieves, que se está componiendo para salir de compras conmigo. Nadie nos interrumpiría.

Don Celio. Pues, mire usted: vamos a aprovechar la ocasión. Vamos a hablar aquí.

Prima Leonor. Me alegro. Porque no le niego a usted que estoy muerta de curiosidad.

Don Celio. Me lo explico.

Prima Leonor. A ver, a ver… ¿Qué es ello?

Don Celio. *Suspirando hondamente.* ¡Ay!… Ello es algo que se parece a un testamento, amiga mía.

Prima Leonor. ¿A un testamento?

Don Celio. Usted lo verá. Sólo que yo, siempre aficionado a la belleza, en vez de buscar a un notario calvo y con gafas, la he buscado a usted… que tiene esos ojos y ese pelo.

Prima Leonor. Es usted singular.

Don Celio. Sí, Leonor, sí. Debo hacer testamento. Estoy destruido. Como me decía hablando de sí una Margarita Gautier de la Alameda de Hércules de Sevilla, «voy a durar menos que un *misto*».

Prima Leonor. ¿Que un tren mixto?

Don Celio. Que un fósforo.

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! Y ¿con ese humor quiere usted hacer testamento?

Don Celio. Contésteme usted ante todo a esta pregunta, sin cuya respuesta no podemos pasar adelante.

Prima Leonor. Venga la pregunta.

Don Celio. Hábleme usted como al confesor.

Prima Leonor. ¡Jesús!

Don Celio. Como al confesor. ¿Usted, verdaderamente, ha resuelto no volver a casarse?

Prima Leonor. Lo he resuelto.

Don Celio. ¿Joven, hermosa, llena de salud?…

Prima Leonor. Es igual; esté usted seguro de que nunca más me casaré. Son votos eternos de mi conciencia.

Don Celio. Sublime convicción; maravillosa austeridad. Usted es la mujer que a mí me hace falta.

Prima Leonor. ¿Eh?

Don Celio. No se alarme usted, Leonorcita. Insisto en que voy a durar muy poco en este mundo de los vivos. Y, convencido de ello, deseo continuar siendo en esta casa, cuando cierre el ojo, el mismo papaíto honorario, el mismo disimulado protector. Me quita el sueño la suerte que puedan correr estas criaturas cuando su padre de verdad también les falte.

Prima Leonor. Y, claro, usted, quizás por lo mismo, se propone legarles parte de su fortuna…

Don Celio. Yo no tengo fortuna, Leonor; yo no tengo sino algunos derechos adquiridos en diversos empleos, ya oficiales, ya particulares. Si dejase viuda al morir, le corresponderían a la buena señora hasta tres pensiones de viudedad, muy honrosas y muy saneaditas, que en total suman algunos miles de pesetas. Pero como voy a morir soltero del todo, ese dinero que me corresponde por mis servicios en la vida, no saldrá de las cajas en que se halla, ni irá a aliviar luego ninguna necesidad en nombre mío.

Prima Leonor. ¿Entonces?

Don Celio. Entonces… ¿Va usted percatándose?

Prima Leonor. A medias.

Don Celio. Por lo visto es extraño mi pensamiento. Leonor Oliva, prima Leonor, mamaíta honoraria también de mis hijas espirituales, yo no oso pedirle a usted que sea mi esposa, pero sí me permito pedirle que se avenga a ser mi viuda.

Prima Leonor. ¿Su viuda? ¡Qué extravagancia!

Don Celio. Mi viuda, sí.

Prima Leonor. ¡Ave María Purísima! ¿Está usted loco?

Don Celio. ¡Horror de horrores! ¡Ni muerto me quiere esta mujer!

Prima Leonor. No es eso, amigo mío. Es que… Usted no se fija en lo que dice… ¿Cómo voy yo a ser su viuda sin casarme primero?

Don Celio. Y ¿quién le ha dicho a usted que no hemos de casarnos?

Prima Leonor. Pero ¿no me ha oído usted antes, don Celio? ¿A qué vino entonces su pregunta?

Don Celio. Poco a poco. Lo que yo le propongo a usted es un casamiento *sui generis*; de ahí que necesitase la afirmación de que usted no pensaba en ser ya jamás de hombre ninguno. Yo no soy un hombre: yo soy una sombra, una pavesa…

Prima Leonor. No tanto, no tanto…

Don Celio. ¿No tanto? *Se atusa maquinalmente el bigote.*

Prima Leonor. No tanto. Y le ruego que termine de aclararme su idea; que me he puesto un poco nerviosa.

Don Celio. ¡Si después de todo es muy sencilla! Usted se casaría conmigo, y no uniríamos nuestras vidas, sino nuestros nombres tan sólo. ¿Me entiende?… Así, al faltar yo, usted recogería mis tres pensiones de viudedad… y con sus manitas de rosa se las regalaría a estas pobres muchachas, huérfanas de toda protección. ¿Es puro y está claro mi intento?

Prima Leonor. *Conmovida.* No puede estarlo más.

Largo silencio. Don Celio alce luego, leyendo en el ánimo de la hermosa mujer.

Don Celio. No tema usted nada; yo seguiría siendo, mientras viviese, el amigo particular de usted; nada más que el amigo.

Prima Leonor. ¿Nada más?

Don Celio. Nada más.

Prima Leonor. ¿Está usted seguro?

Don Celio. *Caballerosamente.* Yo, sí.

Prima Leonor. Yo, no.

Don Celio. ¿Por usted?

Prima Leonor. ¡Por usted!

Don Celio. Le juro, Leonor…

Prima Leonor. No se confíe demasiado, don Celio. ¡Un hombre de su historia, de su vida, de sus costumbres!… ¡Cualquiera se fía!

Don Celio. ¡Fíese usted, Leonor, fíese usted!… ¡Ay!… ¡Los años y los propósitos mudan a las personas!…

Prima Leonor. El corazón no cambia, sin embargo. Y ¿no es de temer, por ventura, que al calor de esta misma llama generosa que usted pretende que nos enlace algún día, enternecidos de nuestra propia acción, pudiésemos acaso burlarla…?

Don Celio. En tal hipótesis, si llegara ese momento vagamente temido por usted, como al fin y al cabo nos cogería unidos ante Dios…

Prima Leonor. Sí; pero entonces faltaría yo a mis votos. Y no quiero; eso sí que no quiero. Además, como nadie estaría dentro de la pureza de nuestra intención, ¿qué pensarían de mí cuantos me han oído…?

Don Celio. Y ¿por el hablar de la gente vamos a dejar de hacer una buena obra?

Prima Leonor. Y ¿por qué he de ser yo quien la haga?

Don Celio. Porque nadie como usted quiere a estas criaturas. Y mi deseo necesita, para cumplirse, un cariño así, y un desinterés que sólo a ese cariño puede pedírsele.

Prima Leonor. Pero ¿no habrá quizás alguna otra persona, que, por diferentes motivos que yo, quisiera prestarse?… Realmente, para eso… ¿Por qué no piensa usted en una de estas dos señoritas tan buenas de aquí al lado?

Don Celio. ¿Las de Yugo?

Prima Leonor. Las de Yugo, sí.

Don Celio. ¡Leonor! ¡Se está usted riendo por dentro! ¿Olvida usted que yo, aun en las ficciones, no sé prescindir del buen gusto?

Prima Leonor. ¡Hola! Aquí quería yo venir a parar. Vea usted como cierto temor mío llega a justificarse… Sin contar con otro reparo, don Celio…

Don Celio. ¿Con cuál?

Prima Leonor. Por santa que sea la intención, lo que usted me propone es una inadmisible superchería.

Don Celio. ¡El fin justifica los medios!

Prima Leonor. *De pronto; con viveza.* Casi optaría, si me decidiera, por sacrificar mis votos íntimos y hacer las cosas de una vez.

Don Celio. ¿Qué oigo?

Prima Leonor. Fundándose en el mismo afán generoso hacia las chicas de don Salustiano, ¿sería usted capaz de casarse de veras conmigo?

Don Celio. *Con carne de gallina.* Pero ¡si me abochornaba aun la sola idea de almorzar!…

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! ¡Me ha hecho usted reír! ¡Tiene usted muchísima gracia!

Don Celio. Eso es lo que puede complicarlo todo.

Prima Leonor. ¿Qué?

Don Celio. ¡Que yo le haga a usted tanta gracia!

Prima Leonor. ¡Pues me la hace usted! Pensaremos en esto. A mí me deja usted preocupada de veras.

Don Celio. ¿De veras?

Prima Leonor. No es para menos. Mañana seguiremos hablando. Hay que dormir estas ideas… Son muy graves, muy graves… Adiós, don Celio. Me voy con las chicas.

Don Celio. Hasta mañana, viuda de Vélez de Hinojosa.

Prima Leonor. ¡No; eso, no!

Don Celio. ¿Cómo qué no? ¡Tarde o temprano eso tendría que ser! ¡Con mi idea o con la suya! ¿Hay más que vernos?

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! ¡El demonio del hombre! *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Celio. ¡El demonio del hombre!… ¡Estoy perdido! ¡Verá usted por dónde me va a salir a mí este atrevido pensamiento!… En fin, después de todo… entre las formas del suicidio… ¡ésa es la única que permite la Iglesia católica!

Por la puerta del foro sale don Salustiano, tan en las Batuecas como siempre.

Don Salustiano. ¡Pitillo! ¡Celio! ¿Qué haces aquí solo?

Don Celio. Estaba acompañado.

Don Salustiano. ¿Sí? ¿De quién?

Don Celio. De la prima Leonor. Acaba de dejarme.

Don Salustiano. ¡Ah! ¿Es esa que se reía por ahí dentro?

Don Celio. ¡Seguro! Motivos lleva…

Don Salustiano. Te gusta a ti mucho Leonor. Hablas mucho con ella.

Don Celio. ¡Todo lo que puedo!

Don Salustiano. ¿Sí, eh? Pero… ¿con segunda?

Don Celio. ¿A ti que te importa, si no vives más que para el pretérito?

Don Salustiano. Sólo que algunas veces me asomo al presente… Y mira lo que haces, porque a tu edad, ciertas aventuras… Tú no estás ya para esos trotes.

Don Celio. ¿Habrase visto? ¿Quién te ha contado a ti…? ¡Nadie sabe de nadie! ¡Métete tú en tu Museo Arqueológico y déjame a mí discurrir por el mundo, que no necesito andadores!

Don Salustiano. ¡Je! ¡Se ha picado! ¿Qué será que a uno que está siempre diciendo que tiene largas las narices, en cuanto se lo dice otro se incomoda?

Don Celio. ¿Qué será?

Simplicia, que un momento antes ha pasado por el pasillo del foro de derecha a izquierda, aparece en la puerta con una sonrisa de indudable satisfacción. Debe de haber hecho las paces con su novio.

Simplicia. Señor.

Don Salustiano. ¿Qué quieres?

Simplicia. *Anunciando.* El señor Castín.

Don Salustiano. ¿El señor Castín? ¡Que pase!

Simplicia. ¡Viene guapísimo! ¡Y huele más que nunca! *Se retira.*

Don Salustiano. Ha conquistado a ésta, como ves. No ha vuelto por aquí desde las calabazas que le dió Cabecita.

Don Celio. Ya, ya.

Llega Amador Castín, resplandeciente. Simplicia cruza por el pasillo hacia la derecha, mirándolo encantada.

Amador. ¡Mi querido don Salustiano!

Don Salustiano. ¿Cómo va, Amador?

Amador. Don Celio…

Don Celio. ¡Hola, joven!

Amador lo mira, entre agradecido y receloso.

Don Salustiano. Mucho se le echaba de menos en esta casa.

Amador. Ahora explicaré… Lo agradezco infinito…

Don Salustiano. Siéntese.

Amador. Las chicas, ¿están buenas?

Don Salustiano. Buenas; buenas. Aquí no hay novedad ninguna.

Amador. Lo celebro. Pues yo deseaba venir para justificar mi ausencia, para explicar… Como he interrumpido mis visitas… Temía, la verdad, que se interpretara equivocadamente… He estado malucho.

Don Salustiano. ¡Ah! ¿sí? ¡No hemos sabido nada! ¿Qué ha sido ello?

Amador. Un cólico hepático.

Don Salustiano. ¡Pitillo!

Don Celio. Pues eso es muy desagradable, amigo Castín.

Amador. ¡Muy desagradable, sí, señor! ¡El primer cólico que he tenido en mi vida! ¡Yo no había tenido nunca un cólico de ninguna especie! ¡Nunca! Así despedí el año. ¿De manera que las muchachas siguen buenas?

Don Salustiano. Muy buenas; sí, señor. Lo que no sé ahora mismo es dónde están.

Don Celio. Ahí al lado, en casa de sus amigas de usted, las de Yugo, que han puesto un Nacimiento que creo que es una decoración de ópera.

Amador. ¡Sí, sí; lo conozco! ¡Lo ponen siempre! ¡Es magnífico!

Don Celio. Pues por lo menos Eladia y Cabecita están ahí.

Amador. ¡Ah! ¡Cabecita!… ¡Cabecita!… *Sin poder contenerse.* ¡Hombre! Ya que salta este nombre en la conversación… permítanme ustedes una pregunta. Me dirijo al padre y al paternal amigo: ¿ustedes conciben… ustedes comprenden lo que con Cabecita me ha pasado a mí?

Don Salustiano. Yo, desde luego, no.

Amador. Usted no, ¿verdad?

Don Salustiano. No.

Amador. *A don Celio.* ¿Ni usted tampoco?

Don Celio. Tampoco.

Amador. Tampoco, ¿eh? ¡Claro! ¡Opinan ustedes como yo!

Don Salustiano. Yo, es más, la he reprendido, la he amonestado…

Amador. ¡Natural! ¡Si usted es quizá quien más me animó a mí!… ¿Se acuerda usted de una noche en la Plaza de Oriente?…

Don Salustiano. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

Amador. ¡Y usted, don Celio, usted también! ¡Como que yo di el paso que di asesorado por todo el mundo! ¿Se acuerda usted de una tarde en el Casino?…

Don Celio. ¿No me he de acordar? ¡De esa tarde y de muchas!

Amador. ¡Pues vea usted el resultado, no obstante! ¿Quién podía presumirlo? ¡A mí no me habían dado nunca calabazas! ¡Nunca!

Don Celio. Estaba usted limpio de calabazas y de cólicos.

Amador. ¡Justo, justo! No es para echarlo a broma… Y le advierto a usted que ni lo conciben mis primas, que son muy discretas; ni mi tío Gerardo, que es persona de mucho mundo, capitán de navío; ni mi administrador; ni una prendera de mi intimidad, mujer juiciosísima, con quien tengo confidencias frecuentes… ¡Nadie! ¡nadie! ¡No lo concibe ni se lo explica nadie! Cito el caso de la prendera para que se vea que he pulsado opiniones de todas clases.

Don Celio. Sí, sí.

Don Salustiano. Y ¿nadie lo entiende?

Amador. ¡Nadie! ¡Como que no tiene explicación! Yo me analizo… yo analizo el caso… yo lo analizo todo… ¡y es verdaderamente incomprensible! A menos que… Voy a ser en absoluto sincero. No quería hablar tanto del particular, y no acierto a hablar de otra cosa. Decía que a menos que… ¿No podrá estar la clave del enigma en que Cabecita se halle tal vez ilusionada con alguna persona de las que frecuentan aquí su trato?

Don Salustiano. No creo…

Amador. Más claro: ¿no sospecha usted, querido amigo, que Teófilo…?

Don Salustiano. *Rotundamente.* ¡No!

Amador. ¿No?

Don Salustiano. ¡No!

Amador. ¿Piensa usted que no?

Don Salustiano. ¡Claro que no!

Don Celio. Pues yo, con Amador en este caso, pienso que sí.

Don Salustiano. ¿Eh?

Amador. ¿Usted piensa también que sí? ¿Usted opina como yo?

Don Celio. Y como cualquiera que sepa ver algo más que papeles antiguos. Hace falta estar ciego para no advertir la mutua atracción de Cabecita y de Teófilo.

Don Salustiano. ¡Pitillo!

Don Celio. ¿Qué?

Don Salustiano. Ahora que me lo dices… Pero ¡vive Dios! que lo deploro con toda mi alma… ¡Válgame el Señor! ¡Claro! Cabecita no sabe… Es terrible, es terrible esto… ¡Qué cosas!…

Don Celio. Pero, ¿qué es lo que no sabe Cabecita?

Amador. Eso, eso; ¿qué es lo que no sabe?

Don Salustiano. Lo que yo mismo he sabido por Teófilo hace muy pocos días, reservadamente… Me lo confesó en trance de despedida… Se marcha a París; tiene que dejarme… Ahora me doy yo cuenta, además, de la pesadumbre que esto le causa… Lloraba cuando me lo decía… Figúrense ustedes que parece que se casó muy joven, que lo traicionó su mujer, que a poco se muere del desengaño, y que desde entonces vive lejos de ella, ocultando esta historia amarga y avergonzado de su suerte… ¡Pobre muchacho!

Don Celio. ¡Pobre Cabecita!

Amador. ¡Lo que menos podía esperarse! ¡Pero esto ya tiene otro color!

Don Salustiano. ¿Cómo?

Don Celio. ¿Qué dice usted?

Amador. ¿No opinan ustedes como yo, señores, que esto ya tiene otro color? ¡El horizonte se aclara por segundos! Cabecita, según usted, ignora las

circunstancias del galán; ¿no es así?

Don Salustiano. Sí, señor; así es…

Amador. ¡Pues entonces!… ¡Bah! ¡Ya estoy seguro! ¡Y ustedes forzosamente lo estarán conmigo! Entre ese hombre y Cabecita media el abismo de lo imposible. En cuanto Cabecita lo sepa, el castillito de naipes de su imaginación se vendrá abajo y la realidad le enseñará el espejo en que debe mirarse. ¡Esto ya tiene otro color! ¿No es verdad, amigos? ¡Otro color! ¡otro color! Me alegro de que piensen ustedes así.

Don Salustiano. *Apabullado.* Sí, sí; la cosa cambia… la cosa…

Amador. ¡Tiene ya otro color!

Don Celio. *Con ironía.* Evidentemente, amigo Castín; tiene otro color… Pero, ¡qué distinto! ¡qué distinto!

Amador. ¡Por completo distinto! ¡Qué diablo! La felicidad, como la desgracia, no avisa, no previene; asoma, surge de improviso. Yo no sospechaba, por cierto, esta tarde que me esperase aquí. Voy, con la venia de ustedes, a saludar a mis amigas las de Yugo y a ponerme a los pies de la encantadora Cabecita. Don Salustiano…

Don Salustiano. Acompaño a usted.

Amador. No se moleste.

Don Salustiano. Lo hago muy gustoso.

Amador. Don Celio…

Don Celio. Adiós, hombre feliz.

Amador. Lo soy, lo soy. ¡Y aún he de serlo más! *Se marcha con don Salustiano, hirviendo en ideas optimistas.* ¡Mire usted por dónde!… ¿Cómo no tuve yo la corazonada?… ¡Otro color! ¡otro color!

Don Celio. *Cuando se queda solo.* ¡Pobre chiquita! Quiera Dios que la raíz no esté muy honda.

Queda pensativo. A poco vuelve don Salustiano, que dice desde la misma puerta, aludiendo a Castín:

Don Salustiano. ¡Va por otro cólico!

Don Celio. Lo merece. ¡Por majadero! Tú, que conoces la historia y la prehistoria, ¿sabes de algún hombre tan majadero como ése?

Don Salustiano. Así de golpe, no recuerdo ninguno. Consultaré mis papeletas…

Don Celio. Vamos al comedor. Voy a tomar agua con bicarbonato… y hablaremos un poco más de todo esto.

Don Salustiano. Vamos al comedor.

Cuando van a entrar por la puerta de la derecha sale Manolo, Trae una gran cartera en la mano.

Don Celio. ¡Hola, Manolilla!

Manolo. ¡Hola, padrinito! *A don Salustiano.* ¿Ocurre algo, papá?

Don Salustiano. No; nada… Escucha, Celio: ¿te enteraste de que ayer vendí dos ejemplares más de mi libro?

Manolo, a la camilla, mientras canturrea, como antes, abre la cartera y examina los papeles que lleva dentro.

Café cantante, cuadro flamenco,
en el tablao bordan los pies…

A la puerta del foro asoman, dispuestas ya para irse a la calle, María Nieves y la prima Leonor. Se detienen un momento hablando con Manolo.

Prima Leonor. Adiós, funcionario. ¿Al fin no vienes con nosotras?

Manolo. No. Voy a ver si vendo una máquina de escribir, de ocasión, antes de la noche. *Les affaires sont les affaires.* Vosotras, ¿dónde vais?

María Nieves. Por los juguetes para toda la chiquillería. ¡Vienen los Reyes Magos pasado mañana!

Manolo. ¡Los Reyes no vienen jamás! Ésa es una de las mil antiguallas que han de ir desapareciendo. A los niños hay que enseñarles desde la cuna que no confíen sino en el trabajo.

Prima Leonor. Oye, oye: a los niños y a los mayores hay que mantenerles siempre viva alguna ilusión, mamarracho.

María Nieves. ¡Mamarracho y medio! ¡Supermamarracho!

Manolo. A propósito de ilusiones, prima: hazle caso a don Celio, que está de un mustio que da pena.

Prima Leonor. A quien no le haré caso nunca será a ti; ni en eso, ni en nada.

María Nieves. ¡Ni yo!

Manolo. ¡Ni falta! ¡Idos a paseo!

María Nieves. ¡A eso vamos!

Prima Leonor. ¡Por no verte, además!

María Nieves. ¡Eso! ¡Por no verte!

Manolo. ¡Abur!

María Nieves y la prima Leonor se alejan riéndose. Manolo vuelve a su canción.

Café cantante, cuadro flamenco…

Saca del bolsillo una pitillera monísima, va a fumar un cigarrillo y se arrepiente al sentir pasos. ¿Quién? ¡Bah! Lo dejaremos para la calle. En casa de *las de Abel*, fumar una muchacha es pecado terrible.

En esto viene Lino por la puerta del foro, huyendo de Amador Castín.

Lino. ¡No, no, no; más Castín, no! ¡Caray! ¡qué suerte tengo! ¡Manola!

Manolo. Felices, Lino. ¿Qué decías?

Lino. ¡Que más Castín, no! Acaba de entrar en casa de las vecinas, y he salido corriendo. ¡Más Castín, no! ¡Más descripciones del cólico hepático, no!

Manolo. ¡Ja, ja, ja!

Lino. ¡Más preguntas sobre lo inexplicable de la conducta de Cabecita con él, no! Chica, ¡qué guapa eres!

Manolo. ¿Te gusto?

Lino. ¡Toda la vida!

Manolo. ¿Por dentro y por fuera, como quiere Cabecita que le gusten los hombres?

Lino. Y por arriba y por abajo. ¿Y yo a ti?

Manolo. Salvo lo adán que eres, siempre me has caído en gracia también.

Lino. ¡Ole!

Manolo. Eres un hombre independiente, libre; discurres por tu cuenta; te buscas la vida con garbo; te ríes de mil pamplinas a que los demás les dan una gran importancia…

Lino. ¡Ole! Eso casi es una declaración, Manolilla.

Manolo. Tómalo como quieras.

Lino. ¡Ole! ¿Vamos a casarnos?

Manolo. ¿Qué dices?

Lino. ¿No lo has entendido? ¡Pues no te lo he dicho en inglés! ¿Vamos a casarnos?

Manolo. ¡Eso sí que es una declaración; pero de guerra!

Lino. O de paz; según…

Manolo. Según; ciertamente.

Lino. En serio; ya que han venido rodadas las cosas: escúchame.

Manolo. ¿Sobre qué?

Lino. Sobre esto de la guerra y de la paz; sobre este negocio de amor; sobre esta chispa que ha brotado de pronto al vernos tú y yo, como la luz al contacto de dos carbones.

Manolo. ¡Bravo, Linillo! El símil es un poco de perito electricista, pero no está mal. ¿Habrá corriente?

Lino. Hay corriente.

Manolo. Pues soy toda oídos. Me gusta este modo afrontar el asunto. ¡A la moderna, señor, a la moderna! ¿Un cigarrillo?

Lino. ¿Eh? Pero ¿tú fumas?

Manolo. Ya lo ves. ¿No te agrada?

Lino. La verdad, no.

Manolo. ¡Ah! ¿quieres fumar tú solo? ¡Los hombres! El ancho del embudo.

Lino. Bueno, ya arreglaremos eso. Deja el cigarrillo por ahora.

Manolo. Lo dejo, por consideración a la casa en que estamos, más que por ti.

LINO. Haces bien. Y ahora, atiende. Tú sabes que yo opino que casarse es una atrocidad.

MANOLO. De acuerdo. Entonces… ¡aquí acaba esta conversación!

LINO. No. Porque además opino que, atrocidad y todo, hay que hacerla.

MANOLO. ¡Ah!

LINO. Tú y yo congeniamos, está visto. ¡Pues vamos a hacer esa atrocidad!

MANOLO. Vamos a hacerla. Decisión no me falta. Te repito que me eres simpático.

LINO. Muchas gracias, Manola.

MANOLO. Pactemos condiciones. Sobre la base de los mismos derechos y los mismos deberes.

LINO. Con la limitación natural que supone la diferencia de sexos.

MANOLO. No, no; no empieces ya a barrer para dentro, Linillo. Sin limitación de ninguna clase. Un ejemplo, para que me comprendas bien: si un buen día nos quedamos sin cocinera —cosa que nos sucederá más de un buen día—, ¿quién guisa en casa?

LINO. Tú.

MANOLO. ¿Yo?

LINO. ¿Voy a guisar yo, con lo desmañado que soy? Esas tareas propias de las mujeres, vida mía.

MANOLO. ¡Estás equivocado, corazón! ¡En todos los grandes hoteles hay cocinero! ¡Y en los barcos! ¡Y dondequiera que se come bien!

LINO. Sí, eso sí; pero yo no puedo comprometerme… ¡Yo de pasar un huevo por agua no me atrevo a pasar! En fin, cuanto ocurra una cosa así… ¡pues nos vamos a comer a la calle!

MANOLO. A la calle. Muy bien. Otro punto.

LINO. Otro punto.

MANOLO. Tú, para casarte, te asearás un poquitillo más…

LINO. ¡Claro, mujer! ¡El día de la boda!…

MANOLO. ¿Cómo el día de la boda? ¡Todos los días!

Lino. Pero ¡por alguno hay que empezar! ¡Y prefiero que sea el de la boda!

Manolo. Yo preferiría que fuese antes.

Lino. Pues antes. Por eso no hay riña. Una semana antes. ¡O un mes antes, para llegar al día de la boda con brillo! ¡Estoy convencido de que eso de lavarse no es más que cuestión de costumbre!…

Manolo. Nada más. Adelante.

Lino. Esto va bien, ¿verdad?

Manolo. Hasta ahora no va mal del todo.

Lino. Adelante. Si tenemos hijos…

Manolo. Lo que Dios no quiera…

Lino. ¿Qué?

Manolo. Lo que Dios no quiera. Las mujeres que trabajamos fuera de casa sentimos el santo temor de los hijos.

Lino. Es que tú no trabajarás cuando nos casemos, luz de mis ojos.

Manolo. ¿Qué no? Pues ¿qué voy a hacer, sangre de mis venas?

Lino. ¡Ocuparte de la casa!

Manolo. ¿Y tú irte a la calle?

Lino. ¡Como es mi deber!

Manolo. ¿Mientras yo me quedo encerrada limpiando el polvo de los muebles, haciendo pañitos de adorno y aguantando a todas las visitas que quieran ir? ¡Ca, hijo, ca!

Lino. Comprende que es lo lógico. ¿Has de marcharte a la calle tú y yo me he de quedar zurciendo calcetines?

Manolo. Descarta los zurcidos. Yo, medias zurcidas, no me pongo.

Lino. He dicho calcetines.

Manolo. Ni tú calcetines zurcidos tampoco. Mi marido no se pone calcetines zurcidos.

Lino. ¡Si no los va a ver nadie!

Manolo. ¡Con que los vea yo, basta y sobra!

MANOLO. Y ¿quién va a criarlos?

LINO. Pues ese renglón va a cargar mucho el presupuesto.

MANOLO. ¡Ah, el presupuesto!… ¡El presupuesto!… ¿Como cuántos hijos piensas tú tener?

LINO. ¡Todos los que tú tengas!

MANOLO. ¡Qué comodidad!

LINO. Chica, hasta ahora… no hay otra manera de resolver eso.

LINO. Tú, naturalmente.

MANOLO. ¿Yo también? Tenerlos, criarlos…

LINO. Y si no puedes tú —cosa que yo lamentaría, porque las amas me dan miedo—, pues o un ama, o una cabra, o un biberón. Lo que más te agrade.

MANOLO. Y el biberón tendré que vigilarlo yo, porque tú no eres de fiar tocante a limpieza…

LINO. Y porque el biberón es un sustitutivo de…

MANOLO. Ya, ya. Y si llora un niño y no hay quien lo, calle ni lo consuele, he de sufrir yo la perrera, mientras tú andas por ahí de paseo o estás en el café con los amigotes…

LINO. Hija…

MANOLO. Pues no me conviene. Pierdo mucho.

LINO. ¿No te conviene?

MANOLO. ¡Ca! Estoy mejor así. Ni yo te convengo a ti tampoco, por las trazas. Piénsalo bien. Mejor te irá con María Nieves.

LINO. ¿Con tu hermana?

MANOLO. Sí.

LINO. Me gustas tú más que ella.

MANOLO. Pues ella es más bonita que yo.

LINO. ¡Ahí verás!

MANOLO. Necesitas sacrificar algo tu gusto para casarte, Y María Nieves sueña con el hogar; como sueñas tú. Ella coser, ella hacer dulces, ella

plancharle los pantalones al marido, ella ponerle cataplasmas si está ronco, ella llenar la casa de lazos y flores, ella tener hijos y criarlos…

LINO. María Nieves, ¿verdad?

MANOLO. Sí. ¿No lo sabes de sobra?

LINO. ¡Pues me das una idea!

MANOLO. Sí, sí; conmigo no cuentes.

LINO. ¿No, eh?

MANOLO. Para nada.

LINO. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ya van dos!

MANOLO. ¿Dos qué?

LINO. Nada; tonterías que yo pienso. ¡Para Castín esto sería una catástrofe! ¡Ja, ja, ja!

MANOLO. ¡Ja, ja, ja! ¡Y ya ves cómo lo tomamos nosotros! ¡A la moderna! ¿Te quedas? Yo me voy, que tengo que hacer.

LINO. Te acompaño.

MANOLO. Tomaremos juntos una cerveza.

LINO. ¡Bravo, Manolo! Oye: un chispazo de celos, todavía. ¿Qué hay de tu famoso temporero?

MANOLO. ¡Nada! Es cosa perdida enteramente. ¡Se le ha atravesado la ortografía! Ayer me escribió audiencia con hache.

LINO. ¡Bah! ¡Despréciálo!

Inopinadamente llega Cabecita por la puerta del foro, presa de cierta agitación, que se esfuerza en disimular.

LINO. ¿Qué es eso, Cabecita? ¿Tú también vienes huyendo de Castín?

CABECITA. Huyendo de Castín.

LINO. ¡Está inaguantable ese hombre! Pues ésta y yo nos vamos a la calle.

CABECITA. Hacéis bien.

LINO. Me ha convidado a una cerveza.

MANOLO. ¡Pero él no me consentirá que la pague!

LINO. ¡Claro que no!

MANOLO. ¡La natural galantería del sexo fuerte!…

LINO. ¡Claro que sí! ¡A la hora de pagar, no se nos discute! Hasta luego.

CABECITA. Hasta luego.

MANOLO. Mientras sigas tomando tan en serio a los hombres, vas a sufrir mucho.

Se va con Lino por la puerta del foro, canturreando.

Café cantante, cuadro flamenco…

CABECITA. *Obedeciendo a la obsesión que la domina.* ¿Será verdad? ¡No, no lo es! ¡Qué desgracia, si fuera verdad! ¡Pero no lo es! ¡Castín me lo ha dicho a mí, despechado! *Mirando hacia la puerta de la derecha y ocultándose.* ¡Ah! ¡Bien hice en venir! ¡Ahora mismo voy a averiguarlo!

Sale Teófilo en dirección a la del foro, en actitud de marcha. Cabecita lo deja llegar hasta ella, y casi cuando la va a traspasar, le habla. Teófilo se vuelve al oírla, turbadísimo.

CABECITA. *Fingiendo gran naturalidad.* ¿Adónde va usted tan aprisa?

TEÓFILO. ¡Cabecita! ¿Estaba usted ahí?

CABECITA. ¿Lo he asustado a usted?

TEÓFILO. No; asustarme, no; sorprenderme… Pasé sin verla…

CABECITA. ¿Es que se iba usted ya?

TEÓFILO. Sí. Ya hemos dado de mano a la labor.

CABECITA. Y ¿lleva usted prisa?

TEÓFILO. Ninguna.

CABECITA. Me pareció…

TEÓFILO. No… Es mi modo de andar…

CABECITA. Pues yo estaba ahí junto, y de pronto me asaltó la idea de venir a preguntarle a usted…

TEÓFILO. ¿A preguntarme?

CABECITA. Sí.

TEÓFILO. ¿Qué quiere usted de mí, Cabecita?

CABECITA. Verá usted… De mi padre se trata.

TEÓFILO. ¡Ah!

CABECITA. ¿Qué había usted creído?

TEÓFILO. No; nada, nada… Esperaba, cabalmente, que fuera de eso. ¿Acaso sobre el mareíllo que ayer le dió…?

CABECITA. Justo. Él ha querido quitarle importancia, pero… ¿Qué fué, en realidad?

TEÓFILO. Cosa insignificante, Cabecita. No se preocupe usted. Un reflejillo del estómago. Nada. Con el bocado en la boca se pone a trabajar… y eso, a sus años, no es prudente. Pero, tranquilícese usted.

CABECITA. Por lo ocurrido ya lo estoy. Sin embargo, no he de ocultarle a usted, ni tampoco necesitaría decírselo, cuánto me preocupa la vejez de mi padre. No sabe ni puede dejar sus trabajos, y ha de seguir dominado por ellos.

TEÓFILO. ¡Ah, sí! Es don Salustiano de esos hombres que mueren con las herramientas en la mano. Contra esa condición de su naturaleza se estrella todo intento de los demás.

CABECITA. Y usted, al fin y al cabo, ¿lo abandona?

TEÓFILO. Abandonarlo, no; dejo tan sólo de prestarle mi colaboración asidua.

CABECITA. Pero, ¿se va usted de su lado?

TEÓFILO. Bien a pesar mío.

CABECITA. ¿A pesar suyo?

TEÓFILO. ¿Usted lo duda?

CABECITA. ¿Quién lo obliga a irse?…

TEÓFILO. Las circunstancias… ¡qué sé yo! ¡Se hacen voluntariamente tantas cosas contra la propia voluntad!

CABECITA. No lo entiendo.

TEÓFILO. Sí lo entiende usted, Cabecita; sí lo entiende. Voy a París a encargarme, probablemente, de la dirección de una nueva casa editorial:

«Clásicos y Románticos Españoles». Es empresa de gran trascendencia para mí. Si la desenvuelvo con fortuna será, a no dudarlo, la resolución de mi porvenir; la tranquilidad de mi vida.

CABECITA. ¡La tranquilidad de su vida! Mucho es eso.

TEÓFILO. La tranquilidad material.

CABECITA. ¿Y la otra, Teófilo? No sólo de pan vive el hombre.

TEÓFILO. La otra, Dios la dé.

CABECITA. Pero usted, por de pronto…

TEÓFILO. ¡Qué remedio! *Pausa. Se miran larga y profundamente.* ¿Me manda usted algo más, Cabecita?

CABECITA. ¡Mandarle yo!… ¡Pobre de mí!…

TEÓFILO. Usted sabe que puede mandarme.

CABECITA. Usted quizá sepa que no puedo.

TEÓFILO. *Tras una breve vacilación.* En resumen: ¿qué más desea usted?

CABECITA. Preguntarle otra cosa.

TEÓFILO. ¿También sobre su padre?

CABECITA. No; sobre usted mismo.

TEÓFILO. Cabecita, me envanece y me alegra que usted quiera conocer algo tocante a mi pobre persona; pero, ¡si viera usted que ahora mismo esa curiosidad me entristece más de lo que ya estoy por mi partida!… Pregúnteme usted lo que quiera. Sólo hay una cosa que me aterra que usted me la pregunte.

CABECITA. ¿Una sola cosa?

TEÓFILO. Una sola.

CABECITA. Entonces… me callo.

TEÓFILO. ¡Por Dios, Cabecita, si lo ignora usted, no quiera conocerlo; y si no lo ignora… apiádese de mí… y déjeme escapar de su mirada!

CABECITA. Pero, ¿es cierto?

TEÓFILO. Es cierto. ¡Se cubre usted el rostro con las manos!… Es cierto. Debo confesárselo ya. Me engañó una mujer. No, no una mujer: me

engañó mi esposa; me traicionó cruelmente. La que elegí entre todas; la que quise hacer mi compañera en este mundo. Así pagó el amor de mis veinte años locos y generosos. Destrozó mi vida y mi alma. Mi corazón sangra continuamente. Pero yo tengo el pudor de esta amargura, y la oculto, la escondo, como si yo hubiera sido el criminal. Y no la entierro, porque no hay en el mundo tierra bastante para taparla.

CABECITA. ¡Jesús! ¡Jesús!… ¿Tuvo usted algún hijo?

TEÓFILO. Uno tuve.

CABECITA. ¿Murió quizá?

TEÓFILO. No; vive con mis padres, en Zamora.

CABECITA. ¿Y la madre…?

TEÓFILO. Huyó. No sé dónde anda. Dejémosla.

CABECITA. ¡Pobre amigo mío! Pero, ¿cómo podrá una mujer…? ¡Y teniendo un hijo!… ¡Un hijo!… Las que tal vez hemos nacido para desearlos y no tenerlos nunca, ¡llenamos esa palabra de un amor, de una luz, de una fe!… ¿Querrá usted mucho al suyo?

TEÓFILO. Paso por alternativas muy dolorosas. Días hay en que quisiera volar de pronto a donde está y comérmelo a besos; otros, en que no quiero ni recordar que existe. Así vivo, Cabecita, así vivo. ¡Ahora comprenderá usted tantas cosas!…

CABECITA. Comprendo, sí, comprendo… *Lo mira fijamente.* Y absuelvo su silencio constante, su reserva, su miedo a que este dolor pudiera correr de boca en boca… incomprendido acaso, desfigurado siempre. Y aun le pido perdón por haberle obligado a hablarme de él a mí.

TEÓFILO. Seguro estoy de que nadie lo siente mejor, ni lo lamenta más. *Ella baja los ojos.* Cabecita, respeto su rubor pero ya necesito llegar hasta el fin.

CABECITA. *Turbada, temerosa.* ¡Por Dios, Teófilo!

TEÓFILO. ¡Hasta el fin! Ya sabe usted bien… ya sabes bien por lo que he callado, por lo que me ausento, por lo que huyo; porque yo, conociendo tu casa, tu vida, tus sentimientos, tus ideas, y el ambiente moral en que vives tradicionalmente, sabía por mi parte que conocer tú mi historia y apartarte de

mí iba a ser todo uno; que tú, que ya no podías ser mi esposa, no querrías ni podrías ser mi amante…

CABECITA. ¡Tu amante!

TEÓFILO. ¡Te hiere la palabra; te asusta!

CABECITA. ¿Cómo no? Usted lo ha dicho… tú lo has dicho: ¡es mi educación, es mi moralidad, es todo el aire que respiro! Lo dejo a usted ir… ¡te dejo ir! en nombre de un deber contradictorio, absurdo acaso… ¡pero deber al fin! ¡Así hemos de llamarle para poder vivir resignadas!

TEÓFILO. ¿Y si esto fuese la felicidad que nos está llamando a gritos?

CABECITA. ¿Qué?

TEÓFILO. Cabecita, solos estamos en la casa.

CABECITA. ¡Teófilo!

TEÓFILO. ¿Por qué ha de recaer sobre mí culpa que no es mía? ¿Por qué no he de tener yo un hogar?

CABECITA. Puedes tenerlo: busca otra mujer que te quiera.

TEÓFILO. ¡Otra mujer! ¿Tú, no?

CABECITA. ¡Yo, no! Tú mismo has dicho que es imposible. Teófilo. ¿Hasta cuándo?

CABECITA. Hasta siempre.

TEÓFILO. En otro país…

CABECITA. En otro país no sería tampoco sino tu amante. Tu esposa es la otra: la madre de tu hijo.

TEÓFILO. ¡No! ¡no!

CABECITA. ¡Sí! ¡Por desgracia, sí!

TEÓFILO. Pero, ¿no es horrible esto, Cabecita?

CABECITA. Lo es; pero es así. Déjame.

TEÓFILO. *Con resolución, después de mirarla hondamente.* Ya te dejo, Cabecita; tú al cabo fundarás un hogar… y serás dichosa. Yo vendré algún día a verlo de cerca, y a bañarme en esa felicidad… y a envidiarla.

Le tiende una mano que ella le estrecha conmovida, en silencio, y se va. Cabecita rompe a llorar entonces, y una vez que le es posible hablar,

exclama:

CABECITA. ¡Dios mío! ¿Por qué nunca llama el amor a mi puerta de modo que yo pueda abrirle? ¿Quién? ¡Ah! Don Celio.

Vuelve éste, en efecto, por donde se marchó.

DON CELIO. ¡Cabecita! Hoy no te había visto. ¡Qué sola te han dejado!

CABECITA. Sí.

DON CELIO. ¿Qué tienes? ¿Has llorado, criatura?

CABECITA. *Sonriendo.* No…

DON CELIO. ¿No? Pues vas a llorar. Tus ojos están cargados de lágrimas. Ven aquí… no te apures…

CABECITA. ¡Padrino!

DON CELIO. ¡Ven aquí, vivo reflejo de aquella mujer inolvidable! Sé lo que pasa en tu corazón… No te apures… Aunque ahora creas que ya no vuelve a salir el sol en tu cielo, aún has de ver muchas auroras. No te apures. A tus años esas heridas cicatrizan pronto. Yo te voy a buscar un novio como tú lo sueñes, como tú lo pintes.

CABECITA. ¡Padrino!

DON CELIO. ¡Y os llevaré la cesta! ¡Y os acompañaré al paseo y al teatro… y a donde os plazca! ¡No seré una *carabina,* seré un *fusil!*

CABECITA. ¡Qué gana de broma tiene usted siempre!

DON CELIO. ¿Broma? ¡Ya lo verás!

De repente se oye allá en el recibimiento de la casa gran algarabía de voces femeninas. Son la prima Leonor, María Nieves y Eladia, que llegan cargadas de juguetes, unos guardados en sus cajas y otros descubiertos. María Nieves trae una muñeca.

CABECITA. ¡Ahí están ya las chicas y la prima!

DON CELIO. Sí; no mienten las señales.

MARÍA NIEVES. *Saliendo.* ¡Al comedor, al comedor!

ELADIA. Sí; vamos al comedor a verlos todos juntos.

Prima Leonor. ¡Don Celio! ¿Por aquí todavía?

Don Celio. Pero me marcho ya. ¡En cuanto usted llega!

María Nieves. Ven, Cabecita. ¡Verás cuántos juguetes traemos! ¡Para todos los chicos, para todos!

Eladia. ¡Se ha gastado un dineral la prima!

Prima Leonor. Vamos, vamos al comedor.

María Nieves. ¡Y los que vendrán luego! ¡Un caballo para tu ahijado! ¡Y un toro para el mío!

Eladia. ¡Y una batería de cocina para la mayorcita de Paula!

Se entran por la puerta de la derecha, charloteando.

Don Celio. Anda, Cabecita, ve con ellas. ¡Anímate! Y no olvides esto que te digo: el corazón, mientras tiene cuerda, está latiendo por el corazón compañero que ha de latir con él.

Cabecita. Pero, ¿y si no se encuentran?…

Don Celio. Se encuentran… se encuentran… ¿Por qué no? *Sale por la puerta de la derecha don Salustiano, muy gozoso.*

Don Salustiano. ¡Je! ¡Pitillo! ¡Ha comprado Leonor un bazar! ¡Qué chifladura! ¡Ya están mis hijas en sus glorias, Celio! ¡Ya están en sus glorias!

Se va por la puerta del foro, abstraído, inventando y entonando otra frase de ópera.

¡Venga la morte! ¡Il momento supremo!…
¡Il momento supremo!

Don Celio. Ellas en sus glorias… y él en Belén, con los pastores. Ve con ellas tú.

Cabecita. Ahora voy, sí.

Don Celio. Hasta mañana, niña mía.

Cabecita. Hasta mañana, papaíto.

Don Celio. Adiós. *Vase también por la puerta del foro.*

Eladia. *Gritando desde dentro.* ¡Cabecita! Pero, ¿qué haces? María Nieves. *Lo mismo.* ¡Cabecita!

Cabecita. ¡Allá voy!

Prima Leonor. *También desde dentro.* ¡Ven, mujer, ven! Cabecita. ¡La alegría de los hijos ajenos!… Me refugiaré en ella, por si Dios no quiere darme la otra.

Va lentamente hacia la puerta de la derecha, mientras case el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, marzo, 1926.

LOS GRANDES HOMBRES
O
EL MONUMENTO A CERVANTES

LOA

Estrenada en el **TEATRO FONTALBA** el 8 de octubre de 1926

AL SR. D. LUIS MONTOTO
Y RAUTENSTRAUCH,
cervantista insigne e ilustre cronista
de la ciudad que tanto amó
el Príncipe de nuestros ingenios,
sus devotísimos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Una Dama.	Margarita Xirgu.
El Maestro Ciruela.	Fernando Fresno.
Frasquillo.	Salvador Marín.

Escrita esta loa con el propósito de estimular a los españoles de todas partes a que contribuyan a la erección del monumento a Cervantes en la plaza de España, de Madrid, rogamos a las Compañías y Empresas teatrales que la den a conocer al público desde los escenarios. Los derechos de propiedad que sus representaciones devenguen se destinan íntegros a la suscripción abierta en España con tan alto y laudable fin.

El monumento es original del escultor don Lorenzo Coullaut Valera y de los arquitectos don Rafael Martínez y Zapatero y don Pedro Muguruza Otaño, y fué elegido por el jurado competente entre más de cincuenta proyectos presentados al concurso internacional que convocó el Gobierno español en el año de 1916. Forman actualmente el comité ejecutivo de las obras el Excmo. Señor Duque de Alba, que lo preside, y los Excmos. Señores don Francisco Rodríguez Marín, don José M.ª de Ortega Morejón, don Francisco Belda, don Luis Landecho, don Carlos María Cortezo, el señor Conde de Cerragería y los autores de la presente loa, a quienes fué otorgada esta merced a la muerte del glorioso e inolvidable crítico y novelista don Jacinto Octavio Picón.

LOS GRANDES HOMBRES
O
EL MONUMENTO A CERVANTES

Habitación en casa del Maestro Ciruela, modestísimo regente de imprenta sevillano. Una puerta y una ventana. En la pared, un retrato del autor del *Quijote*. Es de día.

El Maestro Ciruela escribe el borrador de una carta de muchos perendengues, que piensa dirigirle al alcalde de la ciudad.

MAESTRO CIRUELA. Ya se ve por estos renglones na más que er maestro Juan Migué no es un irnorante. ¡Y que me yamen en er barrio er maestro Siruela! *Se recrea en leer su prosa para sí.* ¡Ajajá! ¡Así se dise! *Lee en voz alta.* «Y sabedor er que suscribe, humirde siudadano, regente de una modesta imprenta de Seviya, de que en la Corte y Viya de Madrí, capitar de las Españas, se está levantando ar presente un gran monumento ar Prínsipe de nuestros ingenios, Miguer de Servantes Saavedra, se honra muy mucho enviándole a Vuesensia er pobre donativo con que ér puede contribuí a una obra tan grande.» ¡Ajajá! No le farta punto ni coma ar parrafito. *Mirando Hacia la puerta.* ¿Eh? ¿Quién es?

Sale Frasquillo, mozo sevillano del pueblo.

FRASQUILLO. ¡A la paz e Dios, señó Juan Migué!

MAESTRO CIRUELA. ¡Hola, Frasquiyo!

FRASQUILLO. ¿Qué es eso? ¿Qué hase usté?

MAESTRO CIRUELA. Dándole a la pluma. Aquí me tienes enreando orasiones.

FRASQUILLO. ¿Orasiones? ¿Argún sermón de encargo?

MAESTRO CIRUELA. ¡Aparesió el anarfabeto! ¡Orasiones gramaticales, niño!

FRASQUILLO. Deje usté la gramática hoy. Hoy no se trabaja, que es fiesta. Véngase usté conmigo a tomarse unas cañas.

MAESTRO CIRUELA. Las cañas se vuerven lansas. Así que acabe esto.

FRASQUILLO. Pero eso, ¿qué es?

MAESTRO CIRUELA. ¿Esto? ¡No es na! ¡Una carta al arcarde de Seviya! Ya te la leeré cuando la termine. *Finis coronat opus*.

FRASQUILLO. *Dóminus vobiscum*.

MAESTRO CIRUELA. ¡Cualquier cosa! No sabes casteyano y me contestas en latín. Lo que yo te he dicho es que er fin corona er trabajo. En cuanto lo remate, nos beberemos esas cañas, y entre trago y trago te leeré la cartita. Con la boca abierta se va a queá el arcarde.

FRASQUILLO. ¿Qué le píe usté? ¿Que adoquine la plasoleta?

MAESTRO CIRUELA. No. Más arto.

FRASQUILLO. ¿Que limpie de jaramagos er tejao?

MAESTRO CIRUELA. Es otra artura, niño. No le pío na ar señor arcarde, pa que te enteres; y sobre no pedirle, le mando dinero.

FRASQUILLO. ¡Atisa! ¿Le manda usté dinero? ¿Le ha cobrao usté de más en arguna cuenta?

MAESTRO CIRUELA. No desbarres. Le mando unas pesetas de mi peculio pa er monumento a Servantes en Madrí.

FRASQUILLO. ¿A quién?

MAESTRO CIRUELA. A Miguer de Servantes. *Señala al retrato.* A ese que está ahí pegao a la paré. ¡Pegao a la paré, como estuvo siempre, porque no tuvo nunca cuatro cuartos! El autó der *Quijote*; el escritó más grande que ha habío bajo la capa der só.

FRASQUILLO. Oiga usté, maestro; pero er só ¿tiene capa?

MAESTRO CIRUELA. Hombre, es una frase que se dise: en lo que er só cobija: la capa der só.

FRASQUILLO. ¡Es que si tiene capa… no me explico por qué no sale en el invierno tos los días!

MAESTRO CIRUELA. *Riéndose.* ¿Qué le paese a usté er gorpe? Si te yega a conosé Servantes, te saca en una de sus novelas.

FRASQUILLO. ¿Por qué?

MAESTRO CIRUELA. ¡Porque sacó a tos los granujas seviyanos!

FRASQUILLO. La verdá es, maestro, que tiene usté monomanía con Servantes y con los grandes hombres.

MAESTRO CIRUELA. ¿Monomanía? A ti pué paresértelo, porque eres un borrico. No es más que afisión, admirasión, curto… Mi ofisio de regente de imprenta requiere argún sabé… Y los hombres chicos, como yo, aprendemos de los grandes hombres, por lo menos a mirá pa arriba, que siempre vale más que mirá pa abajo. No se te orvide esto. Tú nesesitas ilustrarte. Frasquiyo.

FRASQUILLO. Ilústreme usté, maestro Siruela; digo, maestro Juan Migué.

MAESTRO CIRUELA. Tanto monta. Yevo er mote sin enfadarme, porque me lo han puesto los envidiosos. ¡Ni leé saben argunos! ¿Cómo me vi a enfadá con eyos?

FRASQUILLO. Ilústreme usté. ¿Cuál es er primer hombre grande que ha habío en er mundo?

MAESTRO CIRUELA. ¡Canastos con la preguntita! ¿Cuár te figuras tú que es?

FRASQUILLO. ¿Adán?

MAESTRO CIRUELA. ¡No! ¡Qué disparate! Adán fué er primer hombre, pero no fué grande. La condurta de Adán es muy discutible. ¡Le hiso demasiao caso a su mujé!

FRASQUILLO. ¿A Eva?

MAESTRO CIRUELA. ¡A Eva! ¡Que se lo metió en un borsiyo! Es desí, en un borsiyo no está propio, porque er traje de Eva no tenía borsiyos; pero, bueno, que lo sapateó como le dió la gana. Adán fué er primer marío carsones que pisó er planeta. Y tampoco lo de carsones está propio, si no se toma metafóricamente. Bueno, tú no sabes lo que es una metáfora, ni hay fuersas humanas que ahora te lo hagan comprendé. Adán, a mi juisio, fué simplemente un hombre de suerte.

FRASQUILLO. ¿De suerte?

MAESTRO CIRUELA. Considera tú: ni tuvo suegra, ni aguantó visitas, ni fué con la mujé de compras, ni otra porsión de gangas. ¡Un hombre de suerte!

FRASQUILLO. ¡Ja, ja, ja! Entonses, ¿cuár fué er primer grande hombre?

MAESTRO CIRUELA. ¡Frasquiyo!… ¡Er primero! ¡er primero! ¡Eso es casi imposible contestarlo! Grandes hombres ha habío en toas las edades… Por ejemplo, Moisés. Ahí tienes uno indiscutible.

FRASQUILLO. ¿Moisés?

MAESTRO CIRUELA. Er de las Tablas de la Ley. Famoso también porque tocó en una roca dura con una varita y sacó agua.

FRASQUILLO. ¿Agua? ¡Pos no es pa tanto! ¡Si hubiera sacao mansaniya!

MAESTRO CIRUELA. ¡Qué blasfemia! Y cómo Moisés… ¡qué sé yo!… Ya te digo; en toas las edades floresen hombres que guían a la Humanidá… Unos armiran más a unos que a otros, y otros también no armiran a ninguno. Ya ves tú: Diógenes; un caso de esto que te digo. Diógenes andaba por er mundo con un faró buscando a un hombre… porque tos los que veía a su alrededó le resultaban chicos.

FRASQUILLO. Y ¿quién era Diógenes?

MAESTRO CIRUELA. Un filósofo de Atenas que vivía dentro de un barrí.

FRASQUILLO. ¡Ole los filósofos! ¿Se lo había bebío?

MAESTRO CIRUELA. Eso no lo mensiona la Historia. Galileo fué otro grande hombre. Fué er que descubrió que er mundo da vuertas.

FRASQUILLO. ¿Empinaba er codo también?

MAESTRO CIRUELA. ¡No, hijo! ¡Padeses la osesión de las cañas! Ten pasiensia: ¡ya nos las beberemos! Eres demasiao irnorante, Frasquiyo; y es un doló, porque no te farta despejo naturá. Aplícate, aplícate a los grandes hombres, que son los faros. Léete —es un poné— los romanses der Sí, que ganó batayas hasta después de muerto…

FRASQUILLO. ¡Atisa!

MAESTRO CIRUELA. La historia de Cristobar Colón, er descubridó der Nuevo Mundo… ¡Vaya vista! La de Gutenberg, que inventó la Imprenta… Porque tú, ahora, que tienes una sapatería, la anunsias en prospertos, y los anunsios te yevan público a tu casa. Y no reflersionas un momento en que tú pués anunsiá así tu sapatería, grasias a aquel hombre. ¡Convídalo a unas cañas, anda; que ese sí que se las merese!

FRASQUILLO. ¡Ahora mismo! ¿Ande está?

MAESTRO CIRUELA. ¡Qué lástima me da de oírte! ¡Lo menos te figuras tú que es un compadre de ahí de la Macarena! ¡Estudia, niño, estudia!

FRASQUILLO. ¡Estudiaré!

MAESTRO CIRUELA. Y dejando a la antigüedá, vamos a nuestros días. De los tiempos modernos, de los hombres grandes que toavía viven, saluda ar que inventó er gramófono. ¡Qué maraviya! ¡La voz humana en un aparato! ¡Jesús! ¡La música en conserva, como dijo el otro! ¡Jesús! ¡Y ya lo oye uno con indiferensia, y hasta con rabia argunas veses, si lo tiene un vesino! Pos ¿dónde me dejas al otro barbián de la telegrafía sin hilos? ¿Eh? ¿Dónde me los dejas? ¡Vaya un tuerto con grasia! Yo, que les tenía fila a los tuertos, desde Marconi los adoro. ¡Na más!

FRASQUILLO. ¡Lo que sabe usté, maestro Siruela! Y este der retrato, ¿qué ha hecho?

MAESTRO CIRUELA. ¿Este? ¡Levántate pa mirarlo, niño! Este ha escrito er libro más hermoso que se ha escrito en er mundo: er *Don Quijote*. Tú ¿no has oído hablá de Don Quijote? ¿No has oído desí de arguno que está más loco que Don Quijote?

FRASQUILLO. Sí, señó; lo he oído. Bastantes veses. Y de usté, por más sierto.

MAESTRO CIRUELA. ¡Anarfabetismo! Don Quijote, el héroe de ese libro inmortá, era un loco santo. Salió por esos mundos buscando aventuras pa socorré a los devalíos.

FRASQUILLO. ¿Ah, sí? ¡Pos no estaba tan loco!

MAESTRO CIRUELA. Pero lo paresía. Y Servantes es el inventó de esa historia, y por eya, prinsiparmente, le están levantando ese monomento en Madrí.

FRASQUILLO. Y ¿usté le va a mandá al arcarde unas pesetiyas pa eso?

MAESTRO CIRUELA. Sí, hijo; sí. Y como yo debían hasé tos los españoles, ca uno según sus posibles. Empesando por ti. ¡Tos los españoles! ¡Tos los que hablamos la lengua de Servantes; que así se yama la lengua española! ¡Eche usté miyones de seres, de este Mundo y del otro! ¡Si tos contribuyéramos, ya estaba! ¡Y tos tenemos esa obligasión, no se te orvide!

FRASQUILLO. ¿Por qué?

MAESTRO CIRUELA. Escucha. Este es mi argumento. Servantes fué un gran escritó: ¡pos tos los escritores deben contribuí ar monumento, primero que nadie! Servantes fué paje en er Vaticano: ¡pos tos los curas se tienen que rascá er borsiyo! Servantes se batió en Lepanto contra er turco: ¡venga la guita de marinos y militares! Servantes fué empleao de la Hasienda española: ¡tos los empleaos de la nasión deben aflojá su poquito! Poquito, porque los tiempos están malos; pero ¿y el orguyo de habé tenío ese compañero? Servantes también fué casao…

FRASQUILLO. ¡Maestro, que no se va a escapá ni una rata!

MAESTRO CIRUELA. ¡Eso es lo que yo quiero! ¡Y toas las mujeres tienen también que contribuí!

FRASQUILLO. ¿Las mujeres también?

MAESTRO CIRUELA. Hazte cargo. La lengua de Servantes es la lengua que más se habla en er globo terráqueo; y hablándose más que ninguna, ¿vas a dejá fuera a las mujeres? ¡Sería un asurdo! ¡Tienen que pagá su contribusión! ¡Les ha yegao su hora!

FRASQUILLO. Maestro, está usté sembrao; pero, según eso, ¿usté sabe lo que vi yo a tené que da por mi suegra? ¡Ni *Gutenbé* la caya!

MAESTRO CIRUELA. ¡Valiente despropósito! ¡Digiere, digiere las eseñansas, niño!

FRASQUILLO. Y, diga usté, maestro: ¿en qué tanda me mete usté a mí, pa mandá yo también mis cuartos?

MAESTRO CIRUELA. *Riéndose.* ¿A ti? No es menesté pensarlo, Frasquiyo: en calidá de afisionao ar *trinqui*.

FRASQUILLO. ¿Le gustaba al amigo?

MAESTRO CIRUELA. Las señas no mienten. Viajó por toas partes, y ér podrá no mentá de los sitios otra cosa cuarquiera, ¡pero ar vinito de la tierra le echa su piropo! Sea Casaya, sea Guadarcaná, sea Yepes, sea Esquivias, sea Falerno, sea Chipre…

FRASQUILLO. ¡Tenía que sé un tío muy serrano!

MAESTRO CIRUELA. ¡Lo era!

FRASQUILLO. ¡Yo le vi a da a usté sinco pesetas pa que se las mande al arcarde con las suyas!

MAESTRO CIRUELA. ¡Ole! ¡Ya empiesas a educarte!

FRASQUILLO. *Como desconcertado de pronto.* Pero ¿qué jinojo me pasa a mí?

MAESTRO CIRUELA. *Lo mismo.* ¡Y a mí también!

FRASQUILLO. ¿Qué es esto?

MAESTRO CIRUELA. ¡No paese sino que nos habemos bebío de un gorpe to er vino de que hemos hablao!

FRASQUILLO. ¡Es verdá! ¡A mí se me va la cabesa!…

MAESTRO CIRUELA. ¡Qué fenómeno! ¡Sin probá una gota! Frasquillo. Arguien viene.

MAESTRO CIRUELA. Caya. A ve quién es.

Aparece en la puerta del foro una dama del siglo XVI, cuya presencia los sobrecoge y los deja atónitos.

DAMA. Dios os guarde.

MAESTRO CIRUELA. ¡Señora!

FRASQUILLO. ¿Quién es, maestro?

MAESTRO CIRUELA. ¿Tú lo sabes? ¡Pos yo tampoco! Eya nos lo dirá.

DAMA. *Avanzando hacia ellos.* No os turbéis. Mi visita no debe alteraros ni menos asustaros, por extraña que sea. No sin misterio vengo aquí, atraída por tu donosa plática, maestro. Soy una dama de aquel siglo en que no se ponía el sol en los dominios españoles. A todo lugar donde con alabanza se pronuncia el nombre de Miguel de Cervantes, llego yo. Tu afán de saber y de enseñar merece el premio de mi visita. Tu oferta vale por ser humilde y porque ella será el mejor ejemplo para los ricos y los poderosos. Y ahora permite, maestro Juan Miguel, que yo también hable de Cervantes en tu casa y en esta ocasión, no tanto para Frasquillo y para ti como para muchos a quienes tú no ves, pero que yo sé que ahora me escuchan. *Al público, señalando al retrato.* Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que en la mocedad fueron de oro, este, digo, es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes Saavedra. Por su ingenio, el más profundo, rico y original que alentó en mente humana; por su alma, templada al fuego de las desventuras de la tierra, y tan noble y grande que, a su recuerdo, bien pueden los hombres sentir orgullo de ser hombres, Miguel de Cervantes Saavedra ha merecido de la inmortalidad la áurea corona de los héroes.

Niño aún, recibió en la espléndida Sevilla el bautizo del sol de su cielo, y con él, esa fecunda, saludable y peregrina alegría que irradian sus páginas imperecederas, claro espejo en que la vida española de aquel siglo se pintó, con tan varios, justos y brillantes colores, que se diría como que la enamoraba reflejarse en él mejor que en ningún otro.

Mozo ya, fué soldado, defendió a su religión y a su patria, y quedó manco de un arcabuzazo «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». Y cuando, lustros después, hubo quien le notase de manco, respondióle él que «el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y que las heridas que muestra en el

rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra».

Cautivo en Argel, a todos cautivó con sus grandes virtudes, con las raras prendas de su espíritu. Allí su ameno trato, allí su fértil inventiva, allí su travesura y audacia, allí su sereno valor, allí su abnegación generosa, allí su sacrificio…

Así, día por día, fueron las horas dejándole vivos tesoros de experiencia, a él solo reservados; y cuando la vida no le guardaba ya sorpresa ni secreto alguno, alegría ni dolor que él no conociese, le brotó en la frente aquella luz cuyos resplandores no se apagarán nunca; y fué, para mayor prodigio, en las tristes sombras de la cárcel. ¡Allí nació *Don Quijote de la Mancha*, el libro de todos los siglos, porque a todas las almas comprende; que ya parece escrito desde el cielo mirando a la tierra, ya desde la tierra mirando al cielo; el libro del amor y del ideal, esas dos alas de la vida; el catecismo literario de la moral cristiana; la balanza de la Humanidad!… ¡Libro tan lleno de risa y de llanto, que leyéndolo se nos figura que tenemos entre las manos el corazón de un hombre, y que cada página es un latido!…

¡Oh, jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha, el Ingenioso hidalgo, el Caballero de la Triste Figura!… ¡Vuelve enhorabuena a los campos manchegos, inmortales desde que tú los idealizaste con tu paso; que ya no serás para nadie el figurón ridículo que mueve a risa con sus desmanes y locuras, sino el piadoso hermano de todos los hombres de fe, que sienten el cristiano anhelo de enjugar lágrimas de menesterosos y desvalidos!

Miguel de Cervantes Saavedra fué grande y humilde, que es ser dos veces grande; de la envidia, sólo conoció a la santa, a la noble y bien intencionada; y la gratitud vivió tan íntimamente alojada en su pecho, que al respirar, en el aliento la esparcía; y cuatro días antes de morir, al siguiente de recibir la Extremaunción, deseando aún pagar mercedes y favores, escribió al Conde de Lemos aquella carta en la que le dijo que quería pasar más allá de la muerte mostrando su intención de servirle.

Este fué el autor del *Quijote*. Como cima del genio español, cuya pujanza asombró al mundo; como gloria de nuestra raza.

La que siguió en sus marchas triunfales la carrera del sol; como padre del habla de Castilla, de la lengua española, que fundió en el mágico crisol de su espíritu, y que alcanzó en su pluma el más alto grado de gracia, de riqueza, de claridad, de elocuencia y de señorío, bendigamos su nombre y enaltezcamos su memoria.

Yo he de recorrer España entera, desde las más populosas ciudades hasta los más humildes pueblecillos; yo volaré también a aquellas otras tierras hermanas, pedazos del mundo español, donde se habla la lengua de Cervantes, y por dondequiera que mis pasos me lleven lanzaré al aire estas mismas palabras que me habéis oído, hijas de un santo orgullo nacional y de casta; y no descansaré en mi camino hasta que en la Plaza de España, de Madrid, vea coronado el monumento al ingenio inmortal.

FIN

Sevilla, - El Escorial, agosto, 1926.

POR QUÉ SOY CERVANTISTA

Rezadas las oraciones, despedíanse del señor doctoral, hasta el día siguiente, sus contertulios los canónigos don Victoriano Guisasola, don Antonio Cienfuegos, don Francisco Astorga y don Jenaro Calomarde. Luego, el señor Vigil convocaba a la familia, mi tía y mi hermana, la servidumbre de la casa y el niño, y en la sala del balcón que daba a la calle del Aire, rezábamos el Santo Rosario. Terminado el rezo, besábamos la mano huesosa del viejo canónigo —el amo— y, uno a uno, los criados le daban las buenas noches: «El señor descanse.» «Dios te haga un santo», contestaba el señor doctoral.

Alrededor de la camilla, mi tía y mi hermana, a la lumbre de un quinqué de aceite, hacían labores, y en las noches de aquel invierno, hilas para los heridos en Wad-Ras, Río Martín y los Castillejos. El señor doctoral fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y el niño ponía en orden de batalla, sobre el hule, soldaditos y moros de papel, y a capirotazos mataba a los marroquíes. Mi tío me contemplaba embelesado, y con sus ¡bravos! y ¡hurras! me alentaba en aquella matanza de que sólo salían lastimados los deditos del niño. «¡Basta de guerra! —exclamaba— Dios dé el triunfo a O'Donnell para gloria de España y de nuestra augusta Soberana, Doña Isabel… Vamos, vamos a leer otro capítulo; pero despacio, sin atropellar las palabras.» Y me alargaba el libro, que, al cabo de setenta años, guardo como reliquia preciosa: la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Leía yo sin entender lo que leía: "De lo que sucedió a Don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes. Halló Don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de

piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, la cueva en el portal y muchas tinajas a la redonda, que le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y suspirando y sin mirar lo que decía, ni delante de quién estaba, dijo:

«¡Oh, dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería…!»

La lectura duraba una hora, hasta que las dolientes campanas, desde lo alto de la Giralda, pedían a los fieles una oración por el descanso eterno de los que fueron. Rezábamos las Ánimas, y el señor doctoral consumía luego una jícara de chocolate con bizcochos del Arzobispo —de la confitería de las Gradas— y un vaso de agua con azucarillos, que en otras partes llaman esponjados. Entre sorbo y sorbo me explicaba los pasajes de la historia que yo había leído; y como varón de muchas letras y felicísima memoria, sus comentos, según después he inferido, se aventajaban a los del mismo Clemencín. Era grande admirador del héroe de la leyenda, a quien se parecía en lo físico tanto como un huevo a otro huevo, y en espíritu ambos fueron caballeros de lo ideal y quebraron lanzas por su soberana Dulcinea, la eterna belleza. ¡Y no digamos nada de su admiración al autor de aquel peregrino libro!

En una mujer y en un hombre cifraba él las excelencias de la dama española y las del caballero español: «la monja de Ávila» y el «ingenio alcalaíno». Lo que más ensalzaba en el autor del *Quijote* era la gratitud con que correspondió a sus benefactores, particularmente el conde de Lemos y el ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas. Se enternecía repitiendo las palabras de la dedicatoria del *Persiles* y las muchas sentencias con que expresaba cuánto era el precio de la gratitud y cuán hondamente él la sentía. «¡Y cuenta —exclamaba el viejo canónigo— que con él fueron muy ingratos! ¡Mira tú que negarle un destino en Indias! ¡Si yo cogiera entre mis manos a Blanco de Paz…! ¡Al autor tordesillesco tampoco le dejaría yo hueso sano! También Lope, el gran Lope, le dió sus arañazos… Suárez de Figueroa se complacía en pinchar con alfileres a todos los ingenios…».

La lectura asidua de la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y los sabrosos comentarios de mi tío el señor doctoral desvelaban no

pocas veces al niño, que se fué aficionando de Don Quijote y de Sancho, influido por las portentosas hazañas del amo y por las agudezas, decires sentenciosos e interesadas marrullerías del criado; y tan adentro se le entraron uno y otro, que ya él se tenía o por el mismo *Caballero de la Triste Figura*, atreviéndose a los leones, o por el gobernador de la Barataría, sentenciando juicios y cayendo en lo profundo de una cueva, después de dejar en la caballeriza las alas de la hormiga que lo levantaron en el aire para que lo comiesen los vencejos y otros pájaros «en las torres de la ambición y de la soberbia».

Si todo ello era poco, agréguese la afición de mi padre a los libros de Cervantes, a quien el bendito señor trataba de imitar; porque el autor de mis días —de Dios goce— era hombre de letras y cultivaba el buen romance. Además, *Don Quijote* me salía al paso en la escuela en que desbastaba mi rudeza el inolvidable maestro don Ramón Hernández. Leía yo en el libro de *Trozos*, escogidos por él, los más hermosos pasajes de *El Ingenioso Hidalgo*. Con esto y con decir que las puertas de mi casa estaban cerradas a piedra y lodo para todo libro de «vaga y amena literatura», claro se verá que en mi niñez me pegué al *Quijote como se pega el muérdago a la encina*.

Estaba escrito que yo había de ser grande amigo, ¡qué digo amigo!, grandísimo admirador del «manco sano». Los amigos de mi padre, don José Asensio y don Juan José Bueno, que con frecuencia asistían en su tertulia, presente el niño, hablaban a menudo de Cervantes, como persona con quien hubiesen comunicado en esta vida terrena. Recuerdo que, en Chiclana, parando en la misma fonda Asensio, mi padre y yo, me vi forzado durante un mes a oír de sobremesa al bueno de don José, que repetía pasajes de los libros cervantinos y traía a colación a Nicolás Díaz de Benjumea, cuyos comentos al *Quijote* se tenían por aventurados, aunque por muy ingeniosos. Entonces adquirí noticias sobre los comentaristas de la novela inmortal, Arrieta, Clemencín y Pellicer, y oí hablar con encomio de un señor *Droap* —anagrama de Pardo—, quien luego se apellidó el *Doctor Thebussem*, y era en carne mortal el mismísimo don Mariano Pardo de Figueroa.

El niño llegó a mozo, y, en su mocedad, desde el libro fué remontándose hacia el autor; y no sé de qué se admiraba más el mozalbete, si del *Quijote* o de Miguel de Cervantes Saavedra.

En Sevilla, por aquellas calendas, como en otros tiempos, se daba culto a Miguel de Cervantes, celebrando justas poéticas, en que salían vencedores Cano y Cueto, Velarde, García Valero y Cavestany, y las poetisas Blanca de los Ríos, Mercedes de Velilla e Isabel de Cheix. Yo también alcancé tan señalado honor. El romance *Un hombre y un libro* me valió un pensamiento de oro, con el cual, al correr del tiempo, aderecé el tocado de la madre de mis hijos; y por una leyenda titulada *El pintor y su modelo* logré un ramo de violetas, también de oro, a que di el mismo dichoso empleo.

Por Cervantes y por su *Quijote* oí los primeros aplausos, esos aplausos que tanto desvanecen. Por misericordia divina, a mí no me enloquecieron.

Hombre ya, Cervantes me trajo la dicha de dar con dos buenos amigos, que es dar con una de las mayores venturas de la tierra. Amaban como yo al asendereado alcabalero; estudiaban en sus obras y le seguían los pasos por estas calles y estas callejas, aventando ellos el polvo de los archivos y calando en las profundidades del *Quijote* y de las *Novelas ejemplares*.

¡Ah, viejo canónigo! ¡Ah, señor doctoral! ¡Con qué podré yo pagar el bien que vuestra merced me hizo! ¡Quién, sino vuestra merced, forzando al niño a deletrear la historia del *Ingenioso Hidalgo*, le deparó algunos aplausos, y, lo que más vale, una amistad que durante cuarenta años viene mejorando como vino de buena cepa en odre purificado! Don Joaquín Hazañas y don Francisco Rodríguez Marín me llevaron como de la mano a contemplar bellezas que a mis ojos habían pasado inadvertidas.

Un día se pensó en celebrar grandes fiestas en honor Cervantes. Se organizaron Juntas en todos los lugares de España, y, a la postre, las cacareadas fiestas se dejaron para mejor ocasión; porque, según el parecer del Gobierno que a la sazón tejía y destejía en los telares de la opinión pública, ni el horno estaba para bollos, ni el alcacer para zampoñas, ni la Magdalena para tafetanes. Pero aquí nos apresuramos, y buena parte de las fiestas imaginadas se llevaron a ejecución. Sevilla fué la ciudad predilecta de Cervantes. Muestras de su grande amor caldean sus creaciones. Ninguna ciudad, por tanto, debe estarle más agradecida. Tales trazas nos dimos mi amigo y maestro, don José Gestoso y yo, que en un santiamén ilustramos plazas y

calles con sendas leyendas conmemorativas de los pasajes de las obras cervantinas en que se mencionan sitios de la que, a su decir, era

Roma triunfante en ánimo y grandeza.

Y llegó para mí la vejez con su cohorte de dolencias, inquietudes y desabrimientos. El dolor se adueñó de mi casa. La muerte me arrebató la más amada prenda de mi corazón. El ángel tendió sus alas al cielo. Desde entonces todo lo que paladeo me sabe a amargo, y mis días son iguales a mis noches. Fuéronse tras ella deudos y amigos… Muchas veces me pregunto: ¿por ventura es hoy el día de los Difuntos? Los males me recluyen en el rincón de mi hogar. *¡Væ soli…!* De tarde en tarde recibo como limosna la visita de un buen amigo; de esos que no huyen de los viejos que pueden decir, con Cervantes: «Sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros.» También cierta vez llamó a mi puerta el halago del mundo, y se la abrí, porque las honras no se han de echar a puerta ajena y han de agradecerse, por inmerecidas que fueren. ¡Era ya tarde para alentar al espíritu desmayado!

En esta soledad de mis últimos días, ¡cómo me acuerdo del viejo canónigo! ¡Gracias, señor doctoral, gracias! Sobre la mesilla en que escribo estos garabatos —«letra procesada, que no la entenderá el mismo Satanás»— tengo la medicina con que me alivio de mi mal de espíritu. ¡Ojalá lograra aligerarme de las dolencias del cuerpo con las píldoras, las tabletas, los polvos y los potingues que me meto entre pecho y espalda con gran contentamiento de drogueros y boticarios! La medicina milagrosa, señor doctoral, es el libro en que yo leía, ha setenta años, sentado a la camilla, alumbrado por la luz moribunda de un quinqué de aceite, en compañía de mi tía y de mi hermana —santas mujeres, que, pensando piadosamente, gozan de Dios—; y leía para alegrar las noches de vuestra merced, que fueron las últimas de su vida. Este libro viejo, de pastas desteñidas y hojas amarillentas, me acompaña en mis soledades, me templa con su fuego, me doctrina con sus enseñanzas me regocija con sus sales y me enseña a ser resignado, agradecido y humilde, a perdonar las injurias, y a esperar en Dios, fuente de toda belleza.

¡Gracias, señor doctoral, gracias! La semilla que vuestra merced sembró arraigó en el corazón del niño, floreció en el del mancebo y dió fruto sazonado en el del hombre.

Cervantista, es decir, apasionado de Cervantes.

Dos famosísimos ingenios, a quienes quiero tanto como a Cervantes —y no digo que un tantico más porque mis palabras no huelan a lisonja—, apasionados como yo del «regocijo de las Musas», escriben y representan en un teatro de Madrid una loa, encaminada a exhortar a todos los españoles para que con su óbolo contribuyan al monumento que en la Plaza de España —en la corte— se erige al *Príncipe de los ingenios*, y me la dedican por *cervantista*. La merced me honra.

¡Por cervantista! Tan cervantista soy, que quiero tener junto a mi lecho, en la hora de mi muerte, un Crucifijo, imagen de mi Redentor, y mi ejemplar de la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; aquél, mi luz, mi guía, mi salvación, y éste, la alegría de mi niñez, el compañero de mi juventud, el consuelo de mi ancianidad, mi amigo de siempre, del cual no espero ni desdenes ni olvido.

LUIS MONTOTO.

ABC. Madrid, 10, XII, 1926.

BARRO PECADOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO FONTALBA** el 12 de noviembre de 1926

A FRANCISCO DE LAS BARRAS
DE ARAGÓN,
fraternal camarada de nuestro hermano
Pedro, y amigo invariable, en prenda de
cordial estimación y en recuerdo
de mejores días,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amada.	Margarita Xirgu.
Roquita.	Carmen Carbonell.
Doña Camino.	Pascuala Mesa.
Enriqueta.	Rosa Luisa Goróstegui.
Isidra.	Julia Pachelo.
Segunda.	Pilar Muñoz.
Una Monja.	María Gil Quesada.
Otra.	María Díaz.
Laurencio.	Alfonso Muñoz.
Tulio.	Luis Torrecilla.
El Pollo Lallave.	Fernando Fresno.
Molina.	Salvador Marín.
Onofre.	Joaquín Burgos.
Un Fraile.	José Ruste.
Pascualín.	Armando Calvo.

BARRO PECADOR

ACTO PRIMERO

Vestíbulo, que hace a la vez de sala, en el hotel de Amada y Laurencio, en Madrid. Dos puertas: una, a la derecha del actor, comunica con el jardín; otra, a la izquierda, con las habitaciones del hotel. Al fondo, la escalera. Bajo ella, una gran ventana abierta al jardín. Muebles elegantes y ricos. Es por la mañana, en abril.

Laurencio baja pausadamente la escalera. Trae sombrero, bastón y guantes, que deja luego. Aunque pasa de la edad de Cristo, conserva los arrestos y el desenfado de la mocedad. A poco sale por la puerta de la izquierda Molina, su criado, de la mejor cepa andaluza, vestido con traje negro de americana, y entre los dos se entabla el siguiente diálogo:

LAURENCIO. Molina.

MOLINA. Mi amo.

LAURENCIO. Dile a Onofre que prevenga en la portería que espero al señor Benjamí.

MOLINA. Ya se lo he dicho.

LAURENCIO. ¿Que se lo has dicho ya?

MOLINA. Sí, señó. ¿No es ése er señorito que lo saludó a usté ayer tarde en la Casteyana de coche a coche?

LAURENCIO. Justamente. Pero, ¿por dónde sabes tú que va a venir ahora?

MOLINA. Porque se lo dijo usté anoche en la mesa a don Paco Layave.

LAURENCIO. ¡Es verdad!

MOLINA. A quien, por sierto, le hise yo anoche mismo un favo… ¡de amigo!

LAURENCIO. ¿Sí, eh?

MOLINA. Sí, señó. Lo enteré de que anda otra vez por Madri esa vieja loca que lo perseguía hase dos años.

LAURENCIO. ¿La *Francesca*?

MOLINA. La *Francesca*, sí.

LAURENCIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Un siglo frente a otro! ¡Pues sí que te lo agradecería; porque antes quiere ver su fe de bautismo que verla a ella!

MOLINA. Ni más ni menos.

LAURENCIO. Otra cosa.

MOLINA. Ya está.

LAURENCIO. No está; no te pases de listo. ¿Qué voy decirte?

MOLINA. No me cambie er señorito la bebía; iba usté a desirme que hoy armorsamos en Garsía de Paredes.

LAURENCIO. Exacto.

MOLINA. ¿Está usté viendo?

LAURENCIO. ¿También lo dije anoche?

MOLINA. No, señó; pero yo me lo he carculao. Casi siempre que viene un amigo nuevo… armorsamos ayí. Y más si no está en casa la señora.

LAURENCIO. A propósito de la señora.

MOLINA. Ya está.

LAURENCIO. ¿También está?

MOLINA. También. ¿Es esto? Que si por casualidá yega de su viaje, porque usté la aguarda ya de un momento a otro, aquí no habernos resibío *telégrama* ninguno anunsiando que yega.

LAURENCIO. ¡Asombroso, Molina! ¡Cómo me adivinas los pensamientos!

MOLINA. Señorito, dos años yamándole a usté «mi capitán», y sinco años luego, de casao, yevándole a usté la corriente, afinan la vista.

LAURENCIO. ¡Sobre todo los dos primeros!

MOLINA. ¡Los dos primeros son la yave!

Onofre, criado del hotel, vestido de librea, asoma por la puerta de la derecha.

ONOFRE. Señor.

LAURENCIO. ¿Qué quieres?

ONOFRE. Domingo, el portero, dice que está ahí el señor Benjamí.

MOLINA. Si antes lo mentamos…

LAURENCIO. Calla tú ahora. *A Onofre.* Que pase y que no estoy para nadie más.

ONOFRE. Bien, señor.

LAURENCIO. Sea quien sea.

ONOFRE. Bien, señor. *Se retira.*

MOLINA. ¿Me manda usté arguna otra cosa?

LAURENCIO. ¿Adivinas tú algo?

MOLINA. Ar presente, no.

LAURENCIO. ¡Pues entonces vete tranquilo!

MOLINA. *Entre sí, echando escaleras arriba.* ¡Más serrano es!…

Aparece Tulio por la puerta de la derecha. Es contemporáneo de Laurencio y compañero de promoción militar. En cuanto al carácter, es hombre menos transparente que él, como se irá viendo. Laurencio le abre los brazos, jubiloso.

LAURENCIO. ¡Enemigo!

TULIO. ¡Hola, sinvergüenza!

LAURENCIO. ¡Quién lo dice! ¡Déjame achucharte! ¡Ayer no pudimos abrazarnos!

JULIO. ¡Aprieta, hombre, aprieta!

LAURENCIO. ¿Qué me miras? ¿Estoy muy viejo?

TULIO. ¡No coquetees!

LAURENCIO. Siéntate.

TULIO. No me da la gana. ¡Bien vives, muchacho! ¡Bien vives!

LAURENCIO. ¡Oh! ¡Como un sultán! En eso no he cambiado: o vivir bien, o dejar este mundo mísero. ¿Y tú, cómo lo pasas? ¿Dónde te has metido? ¿De dónde sales?

TULIO. Ahora vengo de Andalucía; pero vivo en París.

LAURENCIO. ¿Solo?

TULIO. Con mis abuelos. Desde que perdí la carrera… allí estoy. Me violentaba seguir en España, la verdad, después de aquella escandalosa aventura.

LAURENCIO. Me lo explico. Las faldas siempre enredándonos la vida.

TULIO. ¡Siempre! No hemos hablado nunca de esto, ni hemos de hablar ahora tampoco. Agua pasada… Fué aquel uno de esos cepos trágicos en que las circunstancias suelen meter a algunos hombres. Y a mí me tocó el turno. En lugar de deshonrarla a ella, preferí deshonrarme yo. A otra cosa, a otra cosa.

LAURENCIO. A otra cosa; pero la historia se contó en voz baja y en honor tuyo.

TULIO. ¡Bueno! ¡Qué importa ya! ¿Y tú?

LAURENCIO. Me retiré de capitán, como sabes.

TULIO. Alguien me lo dijo.

LAURENCIO. Chico, yo empuñé el chafarote por no contrariar a mi padre, que así creía tenerme más seguro; pero en la vida me gustó. Soy moro de paz; no siento la guerra mucho ni poco. A mí no me agrada matar más que el tiempo. ¡Y muy tranquilamente y a gusto! Me hirieron en África, donde vi desnuda toda la repugnante monstruosidad de la guerra; mi padre fué entonces el primero en dolerse de que yo fuera militar; mi mujer —mi novia a la sazón— ¡no se diga!… y yo, que no necesitaba estímulos, ¡figúrate! Esperé una ocasión gallarda y oportuna y me metí en mi casa. No conservo de

aquellos días más que al asistente. Que algunas veces, cuando me enfado, todavía se cuadra y me dice: «Perdone usté, mi capitán».

TULIO. ¡Bien, hombre, bien! ¿Recuerdas cómo nos odiábamos en la Academia?

LAURENCIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué odio y qué afecto nos teníamos! ¡Mira que aquel desafío que acabó en una bacanal!

TULIO. ¡En que empeñamos todos nuestra palabra de que nadie había de pagar ni un céntimo!

LAURENCIO. Y ¡qué bien la cumplimos!

TULIO. ¿Por qué fué nuestro lance?

LAURENCIO. ¿Se te ha olvidado, bellacón? ¡Por que me quitaste a la Manolita; aquel encanto de chavala que me envidiabais todos!

TULIO. ¡Ah, sí! ¡Es verdad! ¡Pero fué por capricho de ella! Se empeñó en emborracharse conmigo… ¡y yo soy muy débil con las mujeres! ¡No puedo remediarlo!

LAURENCIO. Ya, ya. Descuida: no te guardo rencor.

TULIO. ¡Parece que no ha pasado el tiempo, según hablamos de estas cosas!… ¡Juventud, divino tesoro!… ¿Empezaremos ya a vivir de recuerdos, Laurencio?

LAURENCIO. ¿Qué dices, hombre? ¡Si estamos ahora en lo mejor del camino!

TULIO. Tú, es posible; yo… no lo sé. Óyeme una cosa, y disculpa que haya incurrido en falta: hablaste antes de tu mujer y no te he preguntado por ella.

LAURENCIO. Ni yo te he dicho nada porque ahora casualmente no está en Madrid.

TULIO. ¡Ah!

LAURENCIO. Anda de viaje con una amiga.

TULIO. ¿No tienes hijos?

LAURENCIO. No; por fortuna. Ella lo lamenta; pero yo me alegro. ¡Le he oído tantas veces a mi padre que los únicos disgustos serios de la vida son los que dan los hijos…!

TULIO. Y ¿ella los desea?

LAURENCIO. Sí. Y como le faltan, suele procurarse alguna compañía familiar. Ahora vive con nosotros, y anda por ahí también con ella, una muchacha pobre y tonta, parienta suya por tres o cuatro lados.

TULIO. ¿Tonta, dices?

LAURENCIO. ¡La verdadera mata de habas! ¿Tú no sabes quién es mi mujer?

TULIO. No.

LAURENCIO. Pues es la hija mayor de aquel Barón de los Montieles que se hizo célebre en Madrid por sus extravagancias de hombre caprichoso y adinerado.

TULIO. ¡Sí, sí! ¡Ya! ¡Tenía una fortuna incalculable y una pinacoteca magnífica!

LAURENCIO. El mismo.

TULIO. Será una perla tu mujer.

LAURENCIO. ¿Una perla? ¡Un collar! La Providencia me ha dado a la vez un premio y un castigo. Bueno, agradable; pero castigo.

TULIO. ¿Y eso?

LAURENCIO. Se conoce que se dijo Dios: «¿A éste le gustan las mujeres? ¡Pues le voy a regalar en una sola un centenar de ellas! ¡Para que se distraiga!».

TULIO. ¡Hombre!

LAURENCIO. Sí; Amada no es una mujer, es verdad: son cien mujeres juntas. Porque no es ella: es la voluntad que tiene al lado; es el espíritu ajeno que le habla y que influye inmediatamente en el suyo. Cambia de ideas y de costumbres como cambia el viento. Es cera, es barro, que toma en seguida la forma que le quieren dar las manos en que cae.

TULIO. Y ha caído en las tuyas.

LAURENCIO. ¡Si fuera en las mías nada más! ¿No te enteras? Es que lleva en su alma una tal mezcla de ingenuidad y de vehemencia, que no trata con intimidad a una persona de la que no tome en seguida el reflejo. Yo,

cuando vuelvo a casa de la calle, sé quién ha estado aquí por el color que tienen sus palabras.

TULIO. ¡Curioso carácter! Vivirás encantado.

LAURENCIO. ¡Divertidísimo! ¡Con cien mujeres juntas!

TULIO. Por lo cual, es claro, serás un marido modelo.

LAURENCIO. Te diré…

TULIO. ¡Ah, canalla! ¿Todavía quieres más?

LAURENCIO. Te diré… Una sola fuera de casa… nunca estorba.

TULIO. ¡Ah, canalla!

LAURENCIO. Hoy vamos a almorzar por cierto con ésa… con la que está de turno… Como me has cogido soltero accidentalmente, hemos preparado un ágape en tu honor.

TULIO. Chico, muchas gracias. ¿Es guapa la ninfa?

LAURENCIO. Ya la verás.

TULIO. Pues no olvides cómo las gasto… si ellas me dan pie.

LAURENCIO. No, no te temo. No habrá que sentir. En los años que hace que no nos vemos, ha cambiado todo de luz. Si te gusta mucho, me esperas buenamente dos meses o tres… y yo mismo te la regalo.

TULIO. ¡Eso ya es ponerse en razón!

LAURENCIO. ¿Vámonos para allá?

TULIO. Vámonos.

LAURENCIO. Te llamará de seguro la atención la cantidad de lunares que tiene.

TULIO. ¿Un cielo estrellado?

LAURENCIO. Por ahí.

TULIO. ¿Cuánto tiempo has dicho que te aguarde?…

LAURENCIO. Dos o tres meses. Pasan pronto.

Cuando van a marcharse, llega de nuevo Onofre.

ONOFRE. Señor.

LAURENCIO. ¡No estoy para nadie!

ONOFRE. Dispense el señor: es la señorita Roquita, que se empeña en pasar.

LAURENCIO. ¡Ah, ésa sí! Que pase. Es de la familia.

ONOFRE. Bien, señor. *Se va.*

LAURENCIO. Nos detendremos un instante para que la conozcas.

TULIO. ¿Quién es ella?

LAURENCIO. Una sobrinita de mi mujer.

TULIO. ¿Tiene lunares?

LAURENCIO. No confundas. Se trata de otro género. El árbol genealógico de mi mujer es complicadísimo. Hay en él ramas de todas clases. Parientes de sangre azul y de sangre roja; parientes locos; parientes cuerdos; parientes ricos; parientes pobres… La duquesa de Nueva Ciudad, que es tía de ella entra de improviso en una tienda a comprarse unos guantes y se encuentra con que se los despacha un sobrino suyo.

TULIO. ¿Y esta muchachita…?

LAURENCIO. Esta muchachita es de lo mejor de la casta. Yo la admiro. Se ha visto en el mundo a los diez y ocho años con el día y la noche, una madre impedida, un padre borracho y siete hermanos menores que ella por quienes velar… ¡y puede con todo! ¡Qué voluntad! ¡Qué brío!

TULIO. ¡Y es del mismo barro que tu mujer!

LAURENCIO. ¡Contrastes!

Por la puerta de la derecha sale en esto Roquita, encantadora joven, ejemplo de despejo y de actividad.

POQUITA. ¡Hola, tío Laurencio!

LAURENCIO. ¡Hola, preciosidad!

ROQUITA. Buenos días.

TULIO. Buenos días.

ROQUITA. Me decía el tonto de Domingo que no estabas. ¿Y la tía, no ha vuelto?

LAURENCIO. Aún no.

POQUITA. Creí que llegaba hoy.

LAURENCIO. Yo no sé nada. Te voy a presentar a este amigo. Roquita. Con mucho gusto.

LAURENCIO. Tulio Benjamí, ex compañero de armas… pero de armas tomar, como yo.

TULIO. Para servir a usted, señorita.

ROQUITA. Celebro mucho conocerlo.

LAURENCIO. No te hagas ilusiones: a éste no lo conoce nadie. Tiene más conchas que un galápago.

TULIO. ¡Qué bobadas dices!

LAURENCIO. Vamos a ver, Tulio: ¿qué te figuras tú que es esta criatura?

TULIO. ¿Además de un pimpollo?

LAURENCIO. Sí; además de un pimpollo. ¿Qué crees tú que es?

TULIO. Lo que sea, será bueno.

LAURENCIO. ¡Pues es profesora de anormales!

TULIO. ¿De veras?

ROQUITA. De veras, sí.

TULIO. ¡Qué paradoja! Lamento ahora tener inteligencia.

ROQUITA. Le advierto a usted que soy profesora de párvulos.

TULIO. Entonces celebro tenerla.

LAURENCIO. Sí; es chico despierto. Ahora, que ante unos ojos bonitos de mujer, se vuelve idiota.

TULIO. En algo habíamos de parecemos él y yo.

ROQUITA. Bueno; yo no he venido aquí a escuchar flores, sino a algo práctico.

LAURENCIO. ¡Natural! ¿Qué te ocurre?

ROQUITA. ¿Tú conoces a Suárez Carmona?

LAURENCIO. ¿El médico? Sí.

ROQUITA. Pues pasado mañana examina de Anatomía a mi hermano Roberto. No te digo más.

LAURENCIO. ¿Quieres que le hable?

ROQUITA. ¡Quiero que lo apruebe!

LAURENCIO. ¿Va bien preparado?

ROQUITA. ¡Lo he preparado yo! Hace dos meses que no duerme. ¡Que no dormimos! Pero es muy tímido; muy corto de genio.

LAURENCIO. ¡Mala cosa!

ROQUITA. Déjate de matices. Suárez Carmona aprobó la otra tarde a un paniaguado suyo que dijo en el examen que el corazón tiene sus raíces en el estómago. ¿Qué le parece a usted?

TULIO. ¡Que se dan casos!

ROQUITA. Sin broma. ¿Vas a hacerlo?

LAURENCIO. ¿Cómo no, muchacha?

ROQUITA. ¿Cuándo?

LAURENCIO. Mañana lo veré.

ROQUITA. No; mañana, no. Le hablas esta tarde.

LAURENCIO. Le hablaré esta tarde.

ROQUITA. Y le vuelves a hablar mañana; y pasado por la mañana se lo recuerdas otra vez.

LAURENCIO. ¡Entendido!

ROQUITA. La cuestión es que el chico saque la asignatura.

LAURENCIO. ¡La sacará!

ROQUITA. ¡Ay de ti como me lo eche al agua! Otra cosa. Laurencio. Pide.

ROQUITA. ¿Tienes algún amigo en el Jurado de la Exposición de Pinturas?

LAURENCIO. No creo… no es probable…

ROQUITA. ¿Estás seguro? Mira la lista.

LAURENCIO. *Leyéndola.* No… no conozco…

ROQUITA. ¿Y usted?

TULIO. A ver… ¿Este Colorado es el crítico de arte?

ROQUITA. Sí, señor.

TULIO. Pues somos muy amigos. Ha vivido conmigo en París.

ROQUITA. ¡Soberbio! Usted me salva. No quiero más sino que le den medalla al cuadro de un hermano mío. *A Laurencio.* De Guillermín. Es el mejor cuadro del certamen. Sin pasión de hermana. Está llamando la atención: siempre hay gente mirándolo. Se titula «La siega en la Mancha». ¿Usted no lo ha visto?

TULIO. Yo acabo de llegar de fuera.

ROQUITA. Pues esté usted seguro de que recomienda una obra de arte. Dibujo, composición, colorido, idea… Pero como ahora no se hace justicia, sino que todo se debe al favor, a lo mejor premian un mamarracho y dejan por puertas a Guillermín.

TULIO. Pues descuide usted, que yo se lo recomendaré a Colorado con todo empeño.

ROQUITA. ¿Cuándo?

TULIO. Cuanto antes.

ROQUITA. No, no; cuanto antes, no. ¿Cuándo?

TULIO. Lo buscaré esta noche… mañana…

ROQUITA. ¿Quiere usted que vayamos juntos?

TULIO. ¡Por mí, encantado! ¿No tiene usted reparo en ir conmigo?

ROQUITA. ¿Lo tiene usted?

TULIO. ¿Yo? ¡Qué disparate!

ROQUITA. Pues iremos juntos.

LAURENCIO. Roquita no se asusta de nada. Ha ido ya dos veces sola a Nueva York.

ROQUITA. Y he vuelto.

LAURENCIO. Ha dormido sola en el último piso de un rascacielos.

TULIO. Y el cielo, ¿qué hacía?

LAURENCIO. Idiota, ¿no te dije?

ROQUITA. Vamos a dejar eso. ¿Dónde para usted?

TUNO. En el *Palace*.

ROQUITA. Pues mañana, a las diez, me tiene usted en busca suya.

LAURENCIO. ¡A las diez no, Roquita!

ROQUITA. ¿A las nueve?

LAURENCIO. ¡Déjalo por lo menos que duerma!

ROQUITA. ¡Si es que Colorado sale muy temprano de su casa y ya no vuelve hasta la noche!

TULIO. Vaya usted por mí a la hora que quiera; yo la aguardo complacidísimo.

ROQUETA. Muchísimas gracias. También en lo amable se parece usted a mi tío.

Molina y Segunda, doncellita de Amada, bajan precipitadamente la escalera y se van por la puerta del jardín.

MOLINA. ¡Señorito!

LAURENCIO. ¿Qué?

MOLINA. ¡Ahí está la señora!

LAURENCIO. ¿La señora?

SEGUNDA. *Muy sonriente.* La señora, sí Acaba de llegar ahora mismo.

LAURENCIO. ¡Pero, hombre! ¡Qué sorpresa!

MOLINA. ¿Ha visto usté? *Guiñándole.* ¡Sin aviso ninguno!

ROQUETA. *Asomándose a la ventana.* Viene con Isidra y con Enriqueta.

LAURENCIO. Sí; se fueron juntas.

ROQUETA. *Gritándole.* ¡Bien venida, tía! Voy a darle un beso antes que tú. *Vase por la puerta de la derecha.*

TULIO. *Observando la cara de su amigo.* ¿Qué? ¿Te contraría la llegada?

LAURENCIO. No… Sólo por esto…

TULIO. ¿Por qué?

LAURENCIO. Por esto tuyo… por lo preparado…

TULIO. ¿Quieres callar? ¡No seas criatura! Otro día cualquiera…

LAURENCIO. Si es que hay varios amigos en el ajo… Habría que cursar órdenes… No vale la pena… Además, ¡el chasco de Conchilla!… Yo lo arreglaré.

TULIO. Como quieras. Por mí…

LAURENCIO. Yo lo arreglaré. Esta Enriqueta que acompaña a Amada es la persona que ahora le sorbe el seso. Casada también. Mujer inquieta, casquivana, muy caprichosa… Se empeñó en llevársela a Córdoba al casamiento de una hermana suya y a probar un coche, y se la llevó. Y por ahí han andado quince días.

TULIO. Ya.

Oyese dentro la voz de Amada, que llama alegremente a su marido.

AMADA. ¡Laurencio! ¡Laurencio!

LAURENCIO. *Corriendo a su encuentro.* ¡Amada!

Va a recibirla en la misma puerta. Tulio se aparta discretamente hacia la ventana.

AMADA. *Echándose en los brazos de su esposo.* ¡Laurencio! ¡Ya me tienes aquí!

LAURENCIO. ¡Ya era hora!

De blanca cera o de barro pecador, es Amada una bella escultura, animada por las cambiantes llamas de su corazón y de su espíritu.

Con ella vienen su amiga Enriqueta y su parienta Isidra, de quienes ya se ha hablado. También vuelve Roquita.

ENRIQUETA. ¡Entérese usted bien: no se le ha roto nada! ¡Se la devuelvo a usted todavía más guapa que me la llevé! ¡Y más contenta! ¡Para que reniegue usted de mí y de mi coche!

LAURENCIO. ¡Enriqueta! ¿Yo? ¿Qué tal ha ido?

ENRIQUETA. ¡Ya nos ve usted las caras!

AMADA. ¡Ya nos ves las caras!

ROQUITA. Sí: las caras no mienten.

Enriqueta. Usted se lo perdió, por echárselas de hombre ocupadísimo.

Laurencio. ¿Y tú, Isidrilla?

Isidra. Yo bien, Laurencio.

Laurencio. ¿Os habéis divertido mucho?

Enriqueta. ¡Mucho, mucho! ¡Aunque le digan a usted otra cosa, mucho!

Amada. Y ¿quién ha de decirle otra cosa, mujer?

Enriqueta. ¡Qué Granada! ¡Qué Córdoba! ¡Qué Málaga! A mí, si me pierdo, que me busquen en Málaga. No; en Córdoba. No; en Granada. Bueno, que me busquen…

Laurencio. Que no la busquen a usted en su casa, ¿no es esto?

Enriqueta. En mi casa no es posible perderse. No envenene usted el alfiler.

Amada. ¡Ay, Granada! ¡Granada!… Lo que es Granada… *Reparando de pronto en Tulio.* ¿Eh?

Laurencio. ¡Ah, sí! Dispensa. Este camarada que estaba conmigo… Acércate, Tulio.

Amada, Enriqueta e Isidra cruzan miradas entre sí, que equivalen a la misma pregunta.

Tulio. Señoras…

Laurencio. *Presentándolos.* Mi mujer… La señora de Bustillo… Isidra, esa parientita que vive con nosotros de temporada… Mi amigo Tulio Benjamí…

Tulio. A los pies de ustedes. *Ellas le inclinan la cabeza y hay un silencio.* Siento haber turbado con mi presencia esta escena de intimidad…

Amada. No, no, señor… ¡Por Dios! *A Laurencio.* Y ¿qué me ha dicho Molina, Laurencio; que no has recibido mi telegrama? Laurencio. Como lo oyes.

Enriqueta. No me sorprende. Aquel recadero del hotel era un marmolillo. Y dejo a ustedes, que mi marido estará en oración.

Laurencio. Agradeciéndole a Dios una vez más la señora que le ha tocado en suerte.

Enriqueta. Eso, eso; por más que usted se burle. Ya sé yo que usted no me traga.

Laurencio. Amada no me dejaría.

Amada. ¡Qué bobos son los dos!

Roquita. ¿Hacia dónde va usted, Enriqueta?

Enriqueta. A mi casa.

Roquita. ¡Ah! Pues me voy en el coche con usted y me deja en mi escuela, de paso.

Enriqueta. Para mí es un plato de gusto.

Roquita. Adiós, tía.

Amada. Adiós, nena.

Roquita. Adiós, Isidrilla.

Isidra. Adiós, tesoro.

Roquita. *A Tulio.* Hasta mañana, ¿eh?

Tulio. Hasta mañana.

Enriqueta. *Besando ardientemente a Amada y a Isidra.* Adiós, pichona. Adiós, pichona. *A Tulio.* Caballero…

Tulio. Señora…

Enriqueta. Oye, pichona: ¿vengo esta noche por ti para ir al teatro?

Amada. ¿Esta noche?

Enriqueta. ¿Quieres descansar? Bueno, yo vengo de todas maneras. Que estás de humor: vamos al teatro; que no estás de humor: nos quedamos de charla. Adiós, pichona.

Amada. Adiós. Mis recuerdos a tu marido. Y mi enhorabuena por el coche.

Enriqueta. ¡Oh, el coche, el coche!… Ya verá usted, Laurencio. Adiós, pichona. No se moleste usted, Laurencio.

Laurencio. ¿Cómo no? Este *pichón* la acompaña a usted hasta la verja.

Risas. Enriqueta, Roquita y Laurencio se marchan. Amada siente una íntima inquietud ante Tulio. Isidra, aunque tonta, lo advierte, y discurre un ingenioso pretexto para irse también.

ISIDRA. *Después de una pausa, en que van sus ojos de una a otro, coge el sombrero y el abrigo de Amada y le pregunta:* ¿Me llevo esto a tu cuarto?

AMADA. *Inconscientemente.* Bueno, sí.

ISIDRA. *A Tulio.* Con permiso. *Sube.*

Lo de que Isidra es tonta no es una calumnia; ella se encargará de seguir demostrándolo.

AMADA. Me he quedado como de piedra al ver a usted aquí. Todo podía esperarlo menos encontrármelo en mi casa el día de mi vuelta.

TULIO. Sí, realmente… Hay casualidades… ¿verdad? ¿Lo lamenta usted?

AMADA. No se trata de eso. ¿Por qué no le ha dicho usted a Laurencio que me ha conocido en Granada?

TULIO. No sé… No tiene explicación… Ha sido uno de esos momentos en que se ausenta uno de sí mismo… ¿Y usted por qué no se lo ha dicho tampoco?

AMADA. ¿No oye usted que me he quedado como de piedra? Y al ver también que usted callaba… ¡Qué cosas más inverosímiles suceden! Son tonterías; pero suceden. Tampoco me advirtió usted a mí en Granada de su intimidad con Laurencio.

TULIO. Tampoco.

AMADA. Y eso, ¿por qué?

TULIO. Eso sí tiene explicación. Yo quería haberme marchado de España sin tropezar con ninguno de mis antiguos compañeros. Razones de delicadeza… ¿A qué había de enterarla a usted de intimidades desagradables, si creí que nuestra amistad nacía y moría en Granada, en nuestro paseo por el Generalife?

AMADA. ¡Ah, pues ahora le contaremos todo!

TULIO. Ya… ¿para qué? ¿No extrañaría nuestro primer silencio?

AMADA. *Vacilando.* Sí; eso si…

TULIO. No tiene importancia, créalo usted. Ha pasado así; ¡pues dejémoslo! En lugar de habernos conocido en Granada… nos hemos conocido aquí. ¿Qué más da?

AMADA. *Maquinalmente.* ¿Qué más da?

Vuelve Laurencio.

LAURENCIO. ¡Qué mujer ésa! Cuando pega la hebra…

AMADA. Pero es muy simpática y muy graciosa.

TULIO. Laurencio, yo me marcho.

LAURENCIO. No, hombre; espérate un poco.

TULIO. ¡Qué cosas tienes! ¿A qué me he de esperar? ¡Es natural que habléis! No quiero yo que Amada, a quien acabo de conocer, me tome entre ojos por inoportuno.

AMADA. No…

LAURENCIO. Pues aguárdame en el hotel dentro de media hora.

AMADA. ¿Dentro de media hora?

LAURENCIO. Sí; ahora te diré…

TULIO. No vaya usted a pagar conmigo lo que sea. Yo estoy libre de toda culpa. Y he pretendido dejarlo a él. A sus pies, Amada. Disponga usted de mi amistad.

AMADA. Beso su mano.

LAURENCIO. Hasta ahora, ¿eh?

TULIO. Hasta que tú quieras. ¡Como si me telefoneas cualquier otra resolución! ¡Para algo tenemos confianza!

LAURENCIO. Descuida.

TULIO. Adiós.

LAURENCIO. Disculpa que no te acompañe.

TULIO. ¿Quieres callar, hombre?

LAURENCIO. Hasta ahora.

Tulio se va, despedido por Laurencio en la misma puerta.

AMADA. *Riendo, cuando Laurencio se vuelve hacia ella.* ¡Te advierto que este amigo tuyo me conoció en Granada, y si me descuido, me enamora!

LAURENCIO. ¿Qué me cuentas?

AMADA. ¡Imagínate su sorpresa al hallarse con que soy tu mujer!

LAURENCIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué lance! Luego lo embromaré a cuenta de ello. ¡Así no veía el momento de irse!

AMADA. Es hombre de muy buena conversación. Y muy culto.

LAURENCIO. Sí, sí lo es. Chico de historia. Ya te contaré de su vida.

AMADA. Ya, ya me contarás. Pero antes quiero saber de la tuya. Todavía no me has dado un beso.

LAURENCIO. ¿Había de dártelo ante testigos?

AMADA. ¡Claro! ¡Por eso no te lo he dado yo tampoco! Pero ahora… ya solitos… *Saltando sobre él.* ¡Toma! ¡toma! ¡toma! ¡toma! ¡toma, mal marido, ingratón, descastado! ¡Toma! ¡toma!

LAURENCIO. Bueno está, mujer; no vaya a venir alguien.

AMADA. ¡Bastante me importa a mí de nadie en este momento! ¿Es que un marido y una mujer no han de besarse después de una ausencia de quince días? ¡Eso no pasa más que en las comedias, porque hay público! Vamos a ver: ¿qué vida has llevado en ese tiempo?

LAURENCIO. ¡Así que no me quedó tarea! ¡Si no he pensado más que en ti! ¡Ya tienes en orden y legalizados todos los papeles de las dos fincas de Aranjuez!

AMADA. ¿Ya? ¡Laurencio!

LAURENCIO. ¡Ya!

AMADA. ¡Dios te bendiga! Eres un santo de almanaque. ¡Yo, divirtiéndome por ahí con mi amiga, y tú mientras, entre gente de curia y entre papeles viejos y llenos de polvo y de telarañas! ¡Eres un santo! Al que me diga que mi marido no es un santo, le saco los ojos. ¡Si vieras lo que te he echado de menos durante el viaje!

LAURENCIO. ¿A pesar de ir con Enriqueta?

AMADA. A pesar de ello. Tu calor me hace falta siempre. Y tu sombra. No me acostumbro a mirar y no verte a mi lado. Cuántas veces me ha dicho Enriqueta, al oír que yo en todas partes te recordaba: «¿Quieres dejar a Laurencio en paz? ¿No se quedó en Madrid por su gusto? ¡Pues que se fastidie!».

LAURENCIO. ¿Ella no se acordaba de su marido?

AMADA. ¡Ni por casualidad! En eso no me parezco a ella. Laurencio. Ni yo en nada al marido.

AMADA. ¡En nada! ¡Me ha contado unas cosas!… ¡En nada, Laurencio! ¡Lo que me he reído! Tiene mucha gracia Enriqueta.

LAURENCIO. ¡Mucha!

AMADA. Y mucho sentido común. Ve muy bien la vida. Laurencio. ¡Muy bien!

AMADA. No te burles.

LAURENCIO. No me burlo; te doy la razón.

AMADA. Oye.

LAURENCIO. Dime.

AMADA. En Granada, en una cueva del Sacro Monte, hay dos piedras con leyenda distinta: tocando una de ellas se consigue boda en el año; tocando la otra, divorcio. ¡La del divorcio tiene materialmente un agujero!

LAURENCIO. ¡No me sorprende!

AMADA. ¡Si habrán tocado manos allí!

LAURENCIO. ¿La tocaste tú?

AMADA. ¿Yo? ¡Me aparté dos varas!

LAURENCIO. ¿Enriqueta, sí?

AMADA. ¡Enriqueta se llevó palpando cinco minutos! Como que el sacristán le dijo: «¡Señora, que esta piedra se toca pa divorsiarse, pero no pa casarse otra vez!».

LAURENCIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Bustillo!

AMADA. Bromas de ella, como comprenderás. Pero, bueno: tú y yo tenemos que viajar mucho juntos.

LAURENCIO. Ya sabes que siempre que puedo…

AMADA. Hay que viajar mucho, Laurencio; hay que viajar. Hay que llenar la vida con esas impresiones. Los matrimonios que no tenemos hijos, y que, gracias a Dios, disfrutamos de buena fortuna, necesitamos distraernos corriendo mundo. ¡Qué encanto, correr mundo! Se vive más; se le saca más jugo a la vida. Tú te sonríes porque no te agrada moverte de Madrid; pero esto que te digo es la verdad pura. Vengo convencida. No viajar es perder el tiempo. Hay que viajar, hay que viajar. ¿Por qué te ríes?

LAURENCIO. ¡Porque estoy oyendo a Enriqueta!

AMADA. No, no; me estás oyendo a mí. ¡Qué manía la tuya de que yo no tengo opinión sobre nada! ¿No te he dicho lo mismo otras veces?

LAURENCIO. ¿Con este entusiasmo?

AMADA. ¡Es que acabo de experimentarlo por mí! Acabo de ver sitios y cosas que no se borran nunca del corazón; que se desea volver a ver siempre con la persona más querida. ¡Oír junto a ti el rumor del agua que baja por aquel bosque de la Alhambra cuando se sube a ella… y morirse luego!

LAURENCIO. ¿Morirse? ¡No, mujer!

AMADA. Siendo así, ¿qué importa? ¡Morirse! ¿Quién fué el poeta que dijo aquello de:

Dichoso el que no conoce
más río que el de su patria?…

LAURENCIO. No sé; no recuerdo…

AMADA. Pues, con perdón, dijo una inmensa tontería. Viajar es renovar el espíritu; asomarse por cien balcones a la obra de Dios. Cuando yo entré ahora otra vez en la Mezquita de Córdoba, ¡me dió una lástima pensar en los que se mueren sin haberla visto! Pero ¿no me escuchas?

LAURENCIO. ¿Que no te escucho? ¡Hechizado, además!

AMADA. Prométeme que para el otoño hemos de ir juntos a Italia.

LAURENCIO. Te lo prometo.

AMADA. ¿Así, sin discutirlo? Eso es que te figuras que de aquí allá cambiaré de opinión.

LAURENCIO. ¡No!

AMADA. Pues te equivocas si te lo figuras. Te cojo la palabra. ¡Italia! ¡Italia contigo!… ¡Y luego morirse!

LAURENCIO. ¡Y dale!

AMADA. Entiende bien esto de morirse, majadero. ¡Morirse de gusto! Yo estuve en Italia de niña con mi padre; pero ¡cambian tanto las cosas según con quien se va! De la compañía depende siempre que se vean del todo o no se vean. ¡Italia contigo!… De niña, con mi padre, ¡era tan diferente!… Yo me imagino lo que será volver a ver todas aquellas maravillas a tu lado. ¡Venecia, Nápoles, Florencia, Roma!… ¡Italia contigo!

LAURENCIO. Y luego…

AMADA. ¡Luego vivir!, ¡vivir mucho! ¡para seguir viendo cosas bellas! A Tierra Santa quiero también que vayamos juntos.

LAURENCIO. También iremos. Pero, ahora, si me lo permites, vamos a apearnos en Madrid, y a pasar en la Corte unos días. ¡Que tampoco se pasa mal!

AMADA. ¡Tampoco!

LAURENCIO. Vamos a ver.

AMADA. ¿Qué quieres?

LAURENCIO. Como no sabía que llegabas hoy, porque no he recibido tu telegrama…

AMADA. ¿Qué?

LAURENCIO. Resulta que… A mí me contraría, pero…

AMADA. ¿Qué resulta?

LAURENCIO. Pues, chica, que varios camaradas, al enterarnos de que Tulio, este amigo, se encontraba de paso en Madrid decidimos festejarlo hoy con un almuerzo. Y almorzaremos reunidos unos pocos: los íntimos.

AMADA. ¿Hoy?

LAURENCIO. Hoy precisamente.

AMADA. ¡Laurencio! Y ¿me vas a dejar hoy sola? ¿El día que vuelvo? Díselo a tus amigos. Tu ausencia no puede estar más justificada.

LAURENCIO. Comprende las cosas, mujer. Yo he sido el organizador… En cuanto les diga que no voy, querrán aplazarlo. Y si no es hoy, será mañana. ¿No lo consideras? Luego ceno contigo.

AMADA. ¡Sería ya un colmo que también me dejases!

LAURENCIO. ¿Te desagrada?

AMADA. La verdad, sí.

LAURENCIO. Desisto, entonces. Yo los convenceré.

AMADA. Sí, sí; convéncelos.

Pausa.

LAURENCIO. Este Tulio es un muchacho bastante desgraciado. Perdió la carrera militar por un punto de honra, se fué de España, y como ha aparecido de pronto, queremos los compañeros de carrera probarle que estamos a su lado siempre; que sentimos con él. Merece esta satisfacción.

AMADA. Ya.

LAURENCIO. En fin, ¿qué hemos de hacerle? Otra vez será.

AMADA. ¿A ti te disgusta no ir?…

LAURENCIO. No, no es para tanto. Ir, es claro que me agradaría. La prueba es que yo he sido… Pero, por un lado, no quiero el aplazamiento, y por otro, no me hace gracia que se le dé a mi ausencia cualquier torcida interpretación.

AMADA. ¡Ah! ¿Puede dársele?…

LAURENCIO. Sí… Entre Tulio y yo, alguna vez… Sobre todo, me van a llamar el Capitán Araña. Pero, bueno, ya está, como dice Molina: así se arregla el caso. Almuerzo contigo y me voy a tomar con ellos el café.

AMADA. Mira, no; no quiero que hagas a medias las cosas, si sientes escrúpulos. Ni menos que con el bocado en la boca me dejes a mí. Vete y almuerza con tus amigos.

LAURENCIO. ¡No, tonta!

AMADA. Sí, hombre; si yo me avengo a todo con tal de verte a ti contento… Pero luego, a la cena, no te me vayas a traer a ningún amigote.

LAURENCIO. ¡Quita! ¡A cualquier hora! La cena de esta noche es nuestra nada más.

AMADA. Ea, pues anda con Dios. Que por mí no te esperen.

LAURENCIO. ¡Y decías que yo soy un santo! ¡Tú sí que eres buena!

AMADA. ¡Es que si fuéramos los dos tan malos como tú…! Por algo me ha puesto Dios a tu lado.

LAURENCIO. ¿Te quedas contenta?

AMADA. *Acompañándolo y yéndose con él.* ¡Si tú lo vas…! Y que de aquí a la noche no he de hacer otra cosa que arreglarme y acicalarme mucho para parecerte luego más guapa.

LAURENCIO. ¿Más todavía?

AMADA. ¡Más, más!

Isidra sale oportunamente por la puerta de la izquierda y los ve marcharse amartelados. Se queda mirando hacia allá unos segundos, sonriente, y de pronto, poniéndose bruscamente seria, se vuelve de espaldas, ruborosa. ¿Qué habrá visto?

ISIDRA. *Suspirando, cuando le pasa el pavo.* ¡Ay!… ¡Qué felices son las casadas!

Amada vuelve, levemente nublado el semblante por una nubecilla de tristeza. Hablando entre sí, dice:

AMADA. No se ha debido ir. Y lleva su poquillo de remordimiento.

ISIDRA. ¿Cómo?

AMADA. ¡Ah! ¿Estás aquí?

ISIDRA. Sí. ¿Quieres algo?

AMADA. No. Almorzaremos solas, ¿sabes?

ISIDRA. ¿Sin Laurencio? ¿Pues?

AMADA. La culpa la tiene el telegrama que no ha llegado. Había formado plan para hoy con unos amigos…

ISIDRA. ¡Qué demonio! Y ¿te has puesto triste?

AMADA. Es natural. Pero no he querido que lo note.

ISIDRA. ¡Claro!

AMADA. ¿No es verdad que no ha debido irse?

ISIDRA. Mujer, si el compromiso era muy grande… ¿Era muy grande?

AMADA. Parece que sí, que era muy grande.

ISIDRA. Siendo así, en rigor ha debido irse. ¿Él que sabía de tu llegada? Discúlpalo.

AMADA. ¡Disculpado está!

Por la ventana que da al jardín asoma en esto don Paco Lallave, llamado irónicamente, por sus muchos años, «el Pollo Lallave». Es un vejete pulcro y acartonado, que almuerza y come continuamente en las casas de los amigos. Usa monóculo y botines.

EL POLLO L. ¡Bien venida, Amadita! ¡Bien venida!

AMADA. ¡Lallave!

ISIDRA. ¡Hola, don Paco!

EL POLLO L. ¡Hola, encanto! Venía a recoger a Laurencio y me ha dicho que acabáis de llegar.

AMADA. No hace un cuarto de hora. ¿Es usted de la partida también?

EL POLLO L. Lo era, aunque a regañadientes. Pero Laurencio acaba de suplicarme que me quede a almorzar con vosotras, para que estéis acompañadas.

AMADA. ¡Ah! ¿sí? Pues pase usted, entonces. Aunque todavía…

EL POLLO L. ¡Vaya si pasaré! Al momento. *Vase y sale a poco por la puerta de la derecha.*

Entretanto las dos mujeres comentan la inesperada novedad.

AMADA. ¡Esto ya pasa de la raya!

ISIDRA. ¿El qué?

AMADA. ¡Bueno y santo que almuerces tú con tus amigos; pero no nos cuelgues a nosotras a este vejestorio!

ISIDRA. A Laurencio le hace mucha gracia Lallave.

AMADA. ¡Y a mí también; pero otro día! ¡Cualquier día menos hoy!

ISIDRA. La intención lo salve, mujer.

AMADA. ¡Todo lo que tú quieras; pero entre almorzar con mi marido o con esta momia…! *Volviéndose a la momia y acogiéndola con zalamería.* ¡Venga, venga, querido don Paco! ¿Cómo vamos?

EL POLLO L. Viviendo, que no es poco. Amada… Isidrita… ¡Ganáis con la ausencia! ¡Qué preciosas venís! ¿Qué tal esa excursión?

AMADA. ¡Encantadora! ¡No nos ha faltado más que usted!

EL POLLO L. ¡Zalamerilla!

ISIDRA. ¿A quién dirá usted que hemos visto en Málaga?

EL POLLO L. ¿A quién?

ISIDRA. ¡A su amigo Pancho Tinoco!

EL POLLO L. ¡Ah! ¡Pancho Tinoco! ¿Está ahora en Málaga ese perillán?

AMADA. ¡Allí lo tiene usted! ¡Vive todavía!

EL POLLO L. No creas que no es milagro: ¡me dobla la edad!

AMADA. ¿Eh? ¡Pues él dice que fueron ustedes condiscípulos!

EL POLLO L. ¡Quita, por Dios! ¡Es que ha perdido la memoria! ¡Él fué condiscípulo de mi padre! Y como mi padre y yo nos parecimos mucho, pues el pobrecillo se confunde.

ISIDRA. Sí, eso será. A mi madre y a mí nos solían tomar por hermanas.

EL POLLO L. ¿Ves?

AMADA. Oye, Isidra, estáis tal para cual. Mientras yo me adecento, dale tú palique a don Paco. ¿Usted me permite? No tardaré.

EL POLLO L. ¡Por Dios, niña! ¡Estás en tu casa!

AMADA. Y usted en la suya.

EL POLLO L. Gracias siempre.

AMADA. Hasta ahora. *Vase por la escalera.*

EL POLLO L. ¡Qué adorable es esta mujer! ¡Qué imán tiene! ¡Qué trato el suyo tan exquisito! ¡Dieciochesca, dieciochesca! Es la dama más dieciochesca que yo he conocido.

ISIDRA. ¡Y ya habrá usted conocido algunas!

EL POLLO L. Como ésta, muy pocas. ¿Qué parentesco te une con ella a ti?

ISIDRA. ¿Para no dejar de preguntármelo tampoco hoy?

EL POLLO L. ¡Ah! ¿Te lo he preguntado ya?

ISIDRA. ¡Siempre que nos vemos! Apúnteselo usted en la carterita. Es muy sencillo. El padre de la madre de Amada y un hermano del padre de mi padre, o sea un tío mío, se casaron con madre e hija. Tuvieron hijos los dos matrimonios: y uno de los varones se casó con la madre de Amada, y una de las hembras, con mi padre. De manera que yo vengo a ser prima, sobrina y tía de Amada: a escoger. Está muy claro.

EL POLLO L. ¡Clarísimo! No te lo vuelvo a preguntar.

ISIDRA. Y nos queremos como hermanas. Cuando papá murió, me dijo ella, al ver que me quedaba muy sola: «Te vienes a vivir conmigo hasta que te cases». ¡Pobre! No sabía que tenía parienta al lado para toda la vida.

EL POLLO L. No seas tan modesta, mujer.

ISIDRA. No es modestia, es conocimiento del mundo. Usted calcule: flaca, sin dos cuartos y tonta, ¿quién carga conmigo? *Con ingenuidad.* Don Paco, ¿soy yo tan tonta como dicen?

EL POLLO L. Hija, yo no soy voto en la materia.

ISIDRA. ¿Por qué?

EL POLLO L. Porque siempre me han gustado las mujeres un poquito tontas.

ISIDRA. ¿Sí? ¡Qué lástima!

EL POLLO L. ¿Conque tan bien lo habéis pasado por ahí?

ISIDRA. Muy bien; sí, señor. Enriqueta, que nos ha acompañado, ¡es tan animada y tan ocurrente!… Y además encuentra amigos en todas partes.

EL POLLO L. Igual me ocurre a mí. ¿Tú sabes quién está ahora en Málaga?

ISIDRA. ¿Quién?

EL POLLO L. ¡El célebre Pancho Tinoco!

ISIDRA. ¡Pero si acabo yo de decírselo a usted!

El Pollo L. ¡Ah! ¿Tú me lo has dicho? ¡Es verdad, que me lo has dicho tú! ¡Tinoco, Tinoco!… El condiscípulo de mi padre. Me conoció así.

Isidra. ¡Pues ya ha llovido!

Por la puerta de la derecha sale Molina.

Molina. Señorita Isidra.

Isidra. ¿Qué?

Molina. Que está ahí ahora mismo, y quiere saludá a la señora, doña Camino… no sé qué, viuda de no sé cuántos.

Isidra. ¡Hombre, lo que es así…!

Molina. Yo me he quedao en la cabesa con er nombre que es lo más saliente: doña Camino. Es una señora viejesita… Dise que ha conosío a la señora en Granada…

Isidra. ¡Ah, sí! ¡Doña Camino! Es cierto. *A don Paco.* Es una señora que simpatizó mucho con Amada, y le ofreció visitarla en Madrid. Por lo visto nos supone aquí hace unos días. *A Molina.* Hazla pasar. Si la señora no pudiese recibirla yo la recibiré. Voy a decírselo. *Sube.*

Molina, que va a irse, al quedarse solo con el Pollo Lallave se le acerca misteriosamente.

Molina. ¿Usté dónde armuersa: aquí… o ayá?

El Pollo L. Aquí.

Molina. ¿Aquí? ¿Va usté a perderse aquer *numerito*?

El Pollo L. Sí. Me ha rogado Laurencio…

Molina. ¡Ah, vamos!

El Pollo L. Además, no lo siento gran cosa. Me he acogido a su ruego con el mayor gusto, porque aquí me hallo más seguro que allá. Estoy en ascuas estos días. ¿Quién crees que ha vuelto por Madrid?

Molina. ¿Quién?

El Pollo L. ¡Aquella desgraciada que fué mi sombra hace algún tiempo! ¡La *Francesca*! ¡Más vieja que el andar! ¡Creo que se ha cortado el pelo a lo *garçon* y quiere que la vea! ¡Y yo no quiero verla, ni aunque le

lleguen las trenzas a las corvas! ¡La *Francesca*, hombre, la *Francesca*! ¿No te acuerdas tú de la *Francesca*?

MOLINA. Pero ¿no me he de acordá, don Paco? ¡Si to ese cuento se lo conté yo a usté anoche!

EL POLLO L. ¡Ah! ¿Fuiste tú?

MOLINA. ¡Yo mismo!

EL POLLO L. ¡Pues hazte cargo! ¡La *Francesca*!

MOLINA. ¡Sí: er tifu esantemático! ¡Ja, ja, ja! Vi a desirle a esa señora que pase. *Se va riéndose.*

EL POLLO L. *Dando un paseíto reflexivo.* ¡Ayayay!… Ya me ha sucedido dos o tres veces esto de contarle a uno por la mañana, como gran novedad, lo que él me ha contado a mí la noche antes… ¡Pícara memoria! Es lo primero que flaquea… ¡Ayayay!… ¡Pero no hay que entregarse nunca! Me quitaré otros cinco años en el padrón de cédulas. Y vamos un ratito al billar, a dar unos tacazos. No estoy para viejas ahora. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Simultáneamente baja Amada y sale por la de la derecha doña Camino. Molina asoma con ella y se retira luego. Doña Camino es una señora de setenta años, de empaque del pasado siglo, parlanchina y risueña. Aunque ha sufrido mucho en la vida, ha logrado ya la completa serenidad de su espíritu.

AMADA. *Bajando.* ¡Señora!

DOÑA CAMINO. Perdóneme usted, hija mía; no contaba con que acabase usted de llegar.

AMADA. ¿Qué más tiene?

DOÑA CAMINO. Sí tiene, sí tiene. Sé lo que se molesta en las casas en estos instantes. Esto no cuenta por visita. Un saludo, un beso y me marcho. No le pregunto a usted cómo está, porque ya la veo como una rosa.

AMADA. Pero ¡qué amable!

DOÑA CAMINO. Venga, venga el beso.

Amada. Con mil amores…

Doña Camino. *Besándola.* ¡Hija de mi vida!

Amada. Pase usted por aquí.

Doña Camino. No, no paso; de aquí no me muevo. Ni es hora ni es oportunidad. Esto no cuenta por visita.

Amada. Pero ¡si yo tengo mucho gusto siempre en hablar con usted!

Doña Camino. Y yo más todavía en hablar con usted; pero eso no importa.

Amada. Pues siéntese aquí.

Doña Camino. Aquí, bien; aquí me sentaré un minuto. Volveré más despacio otro día. Y otro, y otro. Y usted se dirá: «Pero esta vieja entrometida, que me ha conocido hace dos semanas, en una fonda, ¿qué querrá de mí, que parece que quiere comerme?». Y no quiero más que quererla, quererla.

Amada. No me sorprende nada, porque yo soy así también. Hay personas a quienes se quiere en un momento; casi por la manera de mirar. Yo en los viajes padezco mucho. Voy cautivada por una persona que de pronto se baja en una estación del camino… ¡y me deja más triste!… ¡No volverla a ver más!… Padezco mucho. Yo quiero muy pronto.

Doña Camino. Pues conmigo no ha de pasarle a usted eso de no volverme a ver. No me haré pesada, pero me verá usted más de lo que piensa.

Amada. ¡Encantada yo!

Doña Camino. Y le voy a decir a usted por qué.

Amada. ¿Por qué?

Doña Camino. Porque tiene usted la misma cara de una hija a quien perdí.

Amada. ¿Es posible?

Doña Camino. La misma cara. Ahora, cuando de repente se me apareció usted en la escalera, al cabo de los días en que nos conocimos, recibí otra vez la impresión. Verla a usted, es ver a mi Carmela. ¿No había usted notado que mis besos son más que de amiga?

Amada. Sí, señora, sí…

Doña Camino. Pues ya está usted en el secreto. Ya no extrañará mis lagoterías. Las disculpará.

Amada. Como que se me han saltado las lágrimas.

Doña Camino. Perdí a mi pobre hija de veinte años.

Amada. ¿De veinte años?

Doña Camino. Empezando a vivir. Y a un hijo, de treinta. En África. Ni siquiera sé dónde están sus huesos. Ésta sí que es pena, hija mía.

Amada. Pero ¿quién podría imaginarlo, viéndola a usted siempre tan alegre?

Doña Camino. A Dios debo el remedio. De esa pena y de todas las mías. Porque no hay pena grande en la vida por la que yo no haya pasado. Si intima usted conmigo, ya sabrá, ya sabrá de penas.

Amada. ¡Oh, sí! Quiero intimar; quiero intimar…

Doña Camino. Intimaremos. Se enterará usted de muchas cosas. El dolor más grande puede ser una felicidad. Dios enseña el camino.

Amada. ¿Dios?

Doña Camino. Dios, hija mía, Dios. El único refugio verdadero; el único bálsamo. ¡Bendito sea! ¿Nosotras nos tropezamos en Granada, no? ¿En el Sacro Monte?

Amada. En el Sacro Monte. Iba usted a ver a un sobrino suyo, según me dijo usted.

Doña Camino. ¡Sí, sí, sobrino; sobrino!… De alguna manera hay que llamarlo, por el bien parecer. ¡Hijo de mi marido con una pindonga!

Amada. ¿Sí?

Doña Camino. Sí. De Canarias. ¡A los cincuenta años me salió por esas folías! ¡Con los hombres no hay momento tranquilo!

Amada. ¿Y usted?…

Doña Camino. Yo ¿qué he de hacer más que querer al chico? Mi marido murió; la pindonga siguió pindongueando… ¿Qué culpa tiene la

criatura de todo esto? Me apoderé de él y le estoy costeando una carrera. Luego saldrá un demonio; pero eso ya no es cuenta mía.

Amada. Es usted admirable, señora.

Doña Camino. ¿Por esto? ¡Tan sencillo!… ¡Si yo le dijese a usted que la pindonga sufre ahora una enfermedad incurable, y que soy yo la que le pone las inyecciones que le manda el médico para calmarle los dolores!…

Amada. ¿Usted?

Doña Camino. Yo, yo; con estas manos. Y no lo digo por jactancia, sino para que usted lo sepa. A mí me parece que el bien que una haga por consejo de Dios, no debe callarlo, sino decirlo, para ejemplo de los indiferentes. Dios me lo manda así: «Cuéntale esto que has hecho a todas las vecinas, y que se queden con la boca abierta». *Le toma de pronto la cara a Amada, que, sugestionada enteramente, la escucha sin quitarle ojo.* ¡Qué cara más hermosa tienes! ¿Qué me miras? ¿Qué me mira usted? ¡Todo esto no es nada!

Amada. Me asombra que siendo usted tan buena, su marido…

Doña Camino. Dios lo tenga en su santa gloria. ¡Mi marido! ¡Buen peine me tocó en la rifa!

Amada repite maquinalmente, como un eco, muchas de las palabras de la vieja.

Amada. ¡Buen peine!

Doña Camino. Castigo merecido. Dios me castigó por llevarles la contraria a mis padres, que se oponían a mi casamiento.

Amada. ¡Se oponían a su casamiento!

Doña Camino. Se oponían, sí; pero yo estaba entontecida; ciega, ciega.

Amada. ¡Ciega!

Doña Camino. ¡Él era tan simpático, tan tunante! Me engañaba cuanto quería.

Amada. ¡Cuanto quería!

Doña Camino. ¡Y de casada más que de soltera!

Amada. ¡Más que de soltera!

Doña Camino. ¡Con qué mafia se escurría de mí y justificaba el no ir conmigo casi nunca!

Amada. ¡Casi nunca!

Doña Camino. Casi nunca. Una temporada me dió por viajar, como a usted ahora, y no logré que me acompañase más que una semana a París. Y luego supe que fué porque tenía allí un entretenimiento.

Amada. ¿Quizá la del chico?

Doña Camino. ¡Ca! ¡Otra, más pindonga todavía!

Amada. ¿Más pindonga?

Doña Camino. ¡Más!

Amada. Y ¿la tenía en París?

Doña Camino. ¡En París! ¡Y yo misma se lo llevé en bandeja!

Amada. ¡Oh!

Doña Camino. Desde entonces me guardé ya mucho de pedirle que me acompañara a ninguna parte.

Amada. ¡Claro!

Doña Camino. Fué un trueno, un trueno; una bala perdida. Y además, ¡unos amigotes!… ¡Uh!

Amada. ¿Sí, eh?

Doña Camino. ¡Los calaveras más calaveras de Madrid! ¡Aquel Telmo Vélez, que murió con los zapatos puestos; aquel generalote Machuca, que también murió como quiso el diablo, allá en Filipinas; ese Pollo Lallave, que no se muere nunca!…

Amada. *Sobresaltada.* ¿El Pollo Lallave también?

Doña Camino. ¡También! *Amada lo busca con los ojos.* ¡Celestino de todos los mengues!…

Amada. ¿Celestino?

Doña Camino. ¡Celestino, Celestino! ¡Hijo de la madre Celestina! ¿Qué le sucede a usted?

Amada. Nada, señora…

Doña Camino. Sí, sí; lo comprendo. Siempre que a una casada le cuento estas cosas, se turba, como usted. ¡Pero todos los casos no han de ser iguales! Ahora, que con los hombres siempre se está vendida. Y las simples que los quieren mucho, más. Me voy, me voy.

Amada. ¡No se vaya usted!

Doña Camino. Sí, sí me voy. He llegado inoportunamente. Esto no cuenta por visita. Me aguardan, además. ¿Quién cree usted que me aguarda?

Amada. ¿Quién?

Doña Camino. El Padre Selva.

Amada. ¿El Padre Selva? No lo conozco.

Doña Camino. ¿No conoce usted al Padre Selva? ¡Pues tiene usted que conocerlo! Es un santo. A él le debo yo esta tranquilidad; este consuelo de mis penas. En mis días de tribulación, me quitó de la cabeza las ideas que me dominaban. Yo quería aturdirme, distraerme viajando, yendo de un lado a otro, para huir de mi duelo y de mí misma. Un disparate. La vida sólo de los sentidos deja luego un gran vacío en el corazón. Y el Padre Selva me enseñó a verlo. Es un santo. ¡Qué buen consejo el suyo! ¡Qué palabra! ¡Tan sencilla, tan cariñosa!… Acompáñeme usted hasta la puerta y métame en el coche, o sigo hablando toda la mañana.

Amada. Vamos allá; vamos… Si usted se obstina en irse…

Doña Camino. Sí, hija mía, sí. Ya volveré otro día despacio y más a tiempo.

Amada. Pero pronto, ¿verdad?

Doña Camino. Muy pronto, muy pronto.

Amada. ¡Y me tiene usted que presentar al Padre Selva! *Se marchan juntas.*

Un momento después baja Isidra.

Isidra. ¿Nadie aquí? ¿Se fue la visita? ¿Y el Pollo Lallave, dónde se habrá metido? *Asomándose a la ventana.* ¡Oiga! ¡Qué melancólica viene Amada hacia acá!… ¿Qué aires le habrá traído la vieja?

Pausa. Amada vuelve, ensimismada, hablando consigo. Isidra lo observa.

Amada. Sí. Sí… un consejero, un consejero… Estoy muy sola…

Isidra. ¡Amada!

Amada. *Yendo con emoción hacia ella.* ¡Isidra!

Isidra. ¿Qué tienes? ¿Qué carita es ésa? ¿Qué tienes?

Amada. ¡Qué sé yo!… ¡Ganas de llorar!

Isidra. ¿Por qué?

Amada. No sé explicártelo; pero tengo ganas de llorar.

Isidra. ¡Y yo también!

Amada. ¿Tú? ¿Por qué, muchacha?

Isidra. ¡Porque tú las tienes!

Amada. ¡Pues vamos a llorar las dos juntas!

Se le abraza, llorosa. Isidra la acaricia, contagiada. El Pollo Lallave asoma por donde se marchó, y, al contemplarlas en tal actitud, dice:

El Pollo L. ¿Qué es esto? ¿Lágrimas? *Con elegante egoísmo.* ¡Oh! ¡Lágrimas, nooo!… Y *se vuelve al billar.*

Amada. *Serenándose y sonriendo:* Pero ¡qué tonta soy! Pero ¡qué tontas somos!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, seis meses después. El oro de los árboles del jardín proclama el imperio del otoño. Estamos en octubre y es por la tarde a primera hora.

Sentados como quien espera hay dos Monjas y un Fraile, a distancia el uno de las otras. Silencio.

FRAILE. *Estornudando.* ¡Ah… chis!

UNA MONJA. ¡Jesús!

FRAILE. Gracias, hermana. El otoño siempre me regala un catarro.

OTRA MONJA. Y a mí otro.

Nuevo silencio. Por la puerta de la izquierda sale Isidra, con una carlita en la mano. Las Monjas y el Fraile se levantan.

ISIDRA. Muy buenas tardes.

FRAILE. Buenas tardes.

UNA MONJA. Santas y buenas tardes.

OTRA MONJA. Buenas tardes.

ISIDRA. *Al Fraile.* Disculpe usted a la señora. No viene a saludar a usted porque tiene convidados a la mesa. Ésta es la carta para el señor Marqués.

FRAILE. ¡Oh! Dios se la premie.

ISIDRA. La señora cree que será usted muy bien atendido. Fraile. Tantísimas gracias. Ya vendré yo a repetírselas personalmente. ¿Recibió la señora mi librito?

ISIDRA. ¿Cuál? ¿Unas aleluyas contra el dolor de muelas? Fraile. *Sonriendo con bondad.* No… Yo no sé hacer versos. Un compendio de la vida de Santa Teresa, escrito por mí.

ISIDRA. ¡Ah, sí! Lo recibió. Ya lo hemos leído. Es muy corto. Fraile. ¡Un compendio!… Mis saludos a la señora y otra vez las gracias.

ISIDRA. No hay de qué.

FRAILE. Buenas tardes.

UNA MONJA. Buenas tardes.

OTRA MONJA. Buenas tardes.

ISIDRA. Adiós, Padre Tristán.

Se va éste por la puerta de la derecha. Simultáneamente llega por la de la izquierda Molina, con una primorosa urnita, donde se guarda un Niño Jesús. Se dirige a entregársela a las Monjas.

MOLINA. ¡Ea! Ya está aquí er Niño. Ha pasao la noche en la casa y no hay queja de É. Ni ha yorao, ni ha dao ningún ruío en toa la noche.

UNA MONJA. ¡Qué gracejo tiene!

OTRA MONJA. Pues ya verán ustedes cómo les reporta algún bien.

UNA MONJA. ¡Oh, sí! Casa donde pasa el Niño la noche… Sin ir más lejos, en el hotel de los Condes del Cerrillo, dos más abajo de éste, lo dejamos también una noche la semana anterior, y ha tocado la Lotería.

MOLINA. ¿Qué le paese a usté er Niño?

OTRA MONJA. Y la Duquesa del Torneo, que lo tuvo dos días, estaba muy enferma y ya sale a la calle.

UNA MONJA. Y la hija mayor de los señores de Castroluz, que va a casarse el domingo que viene, desea que el Niño vaya a su boda, porque dice que el Niño fué quien le buscó el novio.

ISIDRA. ¿Sí, verdad? *Dándole diez pesetas.* Ea, pues tome hermana.

UNA MONJA. Dios se lo pague.

OTRA MONJA. Y se lo aumente.

MOLINA. ¡Y ayá veremos lo que susede aquí!

Una Monja. Algo bueno; ya lo tocará. No sea descreído. Buenas tardes.

Otra Monja. Buenas tardes.

Isidra. Vayan con Dios, hermanas.

Se van por la puerta de la derecha.

Molina. Vayan con Dios. *Cuando se ve con Isidra a solas.* ¡Er Niño es una viña! ¡Angelito!

Isidra. Y usted un hablador descarado. Se cree usted que siempre tiene gracia, y la tendría usted en su regimiento; pero aquí se despegan muchos golpes.

Molina. Usté dispense, señorita. Es que no pueo menos de considerá lo que ha cambiao esta casa en un verano. ¡Hasta er barómetro es un fraile de cartón, que si yueve se cala la capucha, y se la echa pa atrás en er tiempo seco! ¡Vamos, hombre! Y esta señora que viene aquí es la que ha vuerto la tortiya. Y er curita que la acompaña argunas veses.

Isidra. No murmure más y váyase a su obligación.

Molina. Como las balas. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

Isidra. ¡Jesús, qué hombre! Si me sale un novio, que no sea de Lebrija.

Por la puerta de la izquierda salen doña. Camino y Amada.

Doña Camino. Comida hecha, compañía deshecha.

Amada. Pero ¿de veras se va usted ya? ¡No!

Doña Camino. Sí, sí, hija mía. Tengo mucho que hacer.

Amada. Yo creí que me traía usted hacia acá para que hablásemos de nuestras cosas sin testigos. Además, ¿no esperaba usted a Roquita?

Doña Camino. ¡Es verdad; que quedó en venir a los postres! ¿Qué hará que se tarda?

Amada. ¡Siéntese usted!

Doña Camino. ¿Te figuras que me cuesta trabajo? Lo que me cuesta es irme de tu lado siempre. Tienes miel, tienes miel para mí. Empecé a quererte por la semejanza con mi hija, y ahora te quiero ya por ti sola.

Amada. De las dos cosas me alegro yo.

Doña Camino. Mira, Isidra, mándame luego con Segunda mi velo y mi abriguito.

Amada. En mi gabinete los dejó.

Isidra. Sí.

Doña Camino. Y quédate después por la galería donde están los hombres de sobremesa, y así no contarán cuentos verdes.

Amada. Yo creo que aunque no vaya Isidra…

Doña Camino. ¡Simple! Los hombres, después de comer, cuando se quedan solos… Es la salsa del café y del cigarro. Ese Pollo Lallave ¡tiene un repertorio de verduras…! ¡Uh! ¡Como que lo convidan por oírlo!

Amada. ¡El bufón! Por lo visto es para lo único que no ha perdido la memoria. Mi marido siempre ha de traerme a la mesa algún tipo así. ¡Y yo se lo tolero por lo que él se divierte!

Doña Camino. El mío contaba con bastante ángel toda clase de cuentos. Y te declaro que cuando llegaba el turno de los picantillos, me hacía la dormida para oírle con disimulo alguno que otro.

Amada. ¡Tiene gracia!

Isidra. ¡Sí que tiene gracia! *Yéndose escaleras arriba, tal vez con la ilusión de imitar a doña Camino muy pronto.* ¡Todos los días se aprende algo!

Doña Camino. Dime, niña: ¿no ha vuelto por aquí el Padre Selva?

Amada. No; ya hace más de ocho días que no viene. Y lo echo de menos. Mañana le voy a escribir.

Doña Camino. Está su compañía tan solicitada…

Amada. Lo comprendo, sí. Pero yo no sé ya vivir sin su consejo. ¡Le debo tanto! A él y a usted, por supuesto.

Doña Camino. ¡Pobre de mí!

Amada. A él y a usted. ¡Qué cambio en mi vida; en mi alma! ¡Qué tranquilidad tan de adentro! ¡Qué llenas mis horas! Mis rezos, mis caridades… mis meditaciones… ¡Nunca estoy sola ya! ¡Esto es un triunfo!

Doña Camino. ¡Cómo me gusta oírte!

Amada. ¿Qué sombra amiga es ésta que usted me ha traído?

Doña Camino. La del cariño, la de la experiencia; la de la confianza en Dios, sobre todo.

Amada. ¡Tengo una fe en cuanto usted me dice!

Doña Camino. ¿Mucha?

Amada. Absoluta, señora.

Doña Camino. Pues, mira: voy a darte un consejo, ya que hablamos en esta intimidad las dos solitas.

Amada. Un consejo, no. Mándeme usted y la obedeceré.

Doña Camino. Mandarte, nunca; aconsejarte, aconsejarte…

Amada. ¡Si es que yo agradezco el mandato, doña Camino; si es que lo deseo! Nada me gusta a mí como obedecer. No tengo voluntad, o es muy débil. ¡Necesito un dueño que me mande!

Doña Camino. ¿Qué más dueño que tu marido?

Amada. ¡Si fuera tal dueño…! Vamos a ver: ¿qué consejo es ése, que me ha despertado la curiosidad?

Doña Camino. Delicadillo es. También te hablará del caso el Padre Selva.

Amada. ¿También el Padre Selva?

Doña Camino. También.

Amada. Pues ¿de qué se trata? ¿He cometido alguna falta sin saberlo?

Doña Camino. No; tú, no.

Amada. ¿Yo, no? Pues ¿quién?

Doña Camino. Una persona que visita con frecuencia tu casa.

Amada. ¿Tulio?

Doña Camino. Tulio, sí.

Amada. Sospechaba yo que quería usted hablarme de él. ¿Qué ha hecho?

Doña Camino. Nada que claramente lo acuse. Y ahí está el mal.

Amada. Explíquese usted.

Doña Camino. ¿Es necesario?

Amada. Sí, señora.

Doña Camino. Pues ¿por qué sospechabas que yo quería hablarte de él?

Amada. ¡Qué sé yo! Se lo he leído a usted en los ojos.

Doña Camino. Y ¿no te has preguntado el fundamento?

Amada. A mí no me cabe en la cabeza…

Doña Camino. No seas inocente. La asiduidad de ese hombre obedece a una intención ilícita, pecaminosa.

Amada. ¿Cree usted?

Doña Camino. Lo creo yo, y él lo delata sin querer, aunque es muy solapado, dondequiera que habla de ti. El Padre Selva, que entra en muchas casas, me ha hecho revelaciones… Él te dirá lo que ya se dice, lo que ya se murmura…

Amada. ¿De mí?

Doña Camino. Ése es el principio de todas estas cosas… No ha de haber culpa en nadie, y menos la hay en ti, y sin embargo, se engendra en torno a las personas una atmósfera calumniosa que las perjudica y que las envuelve…

Amada. Sí, sí; ya veo…

Doña Camino. Ese hombre es frío, es astuto…

Amada. Es astuto, es frío…

Doña Camino. No se le siente andar…

Amada. ¡No se le siente andar! ¡Qué bien aplicado está eso! ¡No se le siente andar!

Doña Camino. Pero mirar sí se le siente.

Amada. ¡Mirar sí se le siente, sí!

Doña Camino. Tiene, además, para que no le falte nada, su leyenda caballeresca, su historia de aventuras galantes, entre negra y dorada…

Amada. ¡Entre negra y dorada, es verdad!

Doña Camino. Él no quería vivir en España, y, no obstante, desde que te conoció, casi no sale de ella… Procura coincidir contigo adonde tú vas… Aspira, sin duda, a envenenarte el aire y el alma de un modo lento, de un modo insensible…

Amada. ¡Sí; eso, sí! ¡Me doy cuenta ahora mismo de todo! ¡Enlazo sus primeras palabras con las últimas! La manera como se presentó en esta casa; cómo ocultó que ya me conocía; cómo quiso ya que entre él y yo quedase un secreto para mi marido; cómo viene siempre a buscarlo cuando él no está… ¡Cuánto detalle, simple al parecer, se me esclarece ahora y me descubre lo que usted acaba de señalarme! Dios se lo pague a usted. ¡Estaba en tinieblas, y usted me ha abierto las ventanas! ¡Veo claro; veo claro!

Quédase como abstraída, evocando en su espíritu y recorriendo toda la trayectoria de sus observaciones, iluminada de repente. Apenas escucha ni atiende ya a Doña Camino y a Roquita, que llega por la puerta de la derecha.

Doña Camino. ¡Oh! ¡Roquita! Por fin parece usted.

Roquita. Dispénseme usted, Doña Camino.

Doña Camino. Supongo que a su clase irá usted con más puntualidad.

Roquita. A mi clase y a todos lados. Buenas tardes, Amada.

Amada. Buenas tardes, Roquita.

Roquita. Hoy no he venido a punto porque he tenido tres o cuatro encuentros. Ustedes, las que van siempre en coche no se encuentran a nadie nunca; pero las que vamos a pie, o en el tranvía, o en el *metro*… ¿Está ahí Tulio?

Amada. *Como despertando.* ¿Tulio? Ahí está, sí.

Roquita. Pues le voy a pedir un favor antes que se marche, y nos vamos a escape nosotras, Doña Camino. Un minuto. *Éntrase por la puerta de la izquierda, decidida.*

Segunda baja con el velo y el abrigo de Doña Camino.

Segunda. *Sonriéndole.* ¿Es esto, señora?

Doña Camino. Sí; esto es. Mil gracias.

Segunda. ¿Me manda algo más la señora?

Doña Camino. No; nada más.

Segunda. Bien. *Vuelve a subir, siempre sonriente.*

Doña Camino. Recuerdo ahora lo que me contaste de esta chica: sin duda le han dicho que tiene la sonrisa bonita, y abusa de ella. *Mientras se acomoda su velo y su abrigo.* ¿Has oído a Roquita? Otra señal de lo que hablábamos. Se viene aquí a buscar a Tulio, en la seguridad de que lo halla mejor que en otra parte.

Amada. Sí, sí, sí. Pues lo hallará ya muy pocas veces. Estoy decidida a alejarlo. ¡Es como la luz, Doña Camino! Ese hombre es peligroso; perverso. Las ligerezas de mi marido las ha traducido él torpemente. Y ha visto fácil mi traición. ¡Miserable! ¿Qué idea tiene de mí? ¡Y yo lo he halagado y lo he estimulado a frecuentar mi casa, y le correspondía con un sincero afecto!… ¡Miserable! ¿Querrá usted creer que me era muy simpático, Doña Camino? ¿Que lo oía embobada mil veces? No presume, no sabe que yo soy mujer muy capaz de odiar a una misma persona del día a la noche.

Doña Camino. No te exaltes, criatura; no te exaltes.

Amada. Deje usted que me exalte, señora; esto es veneno que echo fuera de mí. ¿Qué me aconseja usted que haga?

Doña Camino. Hija, para quitarse moscas de encima, cada una adopta su sistema… Según los casos. Mi marido me llevó en una ocasión a casa un tenorio de éstos, que se aficionó a comer con nosotros un día sí y otro no. A la segunda vez que me puso los ojos en blanco, hice que le sirvieran todos los platos cargados de sal. Aguantó quince días. Se pasaba las noches bebiendo agua. No hay Don Juan que resista el ridículo.

Amada. No, no; pues yo no tengo calma ni humor para esas burlas en un caso así. Yo veré lo que hago; pero será otra cosa; muy otra cosa.

Vuelve Roquita.

Roquita. ¿Vamos, Doña Camino?

Doña Camino. Vamos. ¿Consiguió usted lo que pretendía de ese caballero?

ROQUITA. ¡Sí, señora! ¡Si es la persona más servicial que yo he conocido! Descartándola a usted, que les gana a todas. ¿No es verdad, tía, que es muy servicial Tulio?

AMADA. Sí; es muy servicial.

ROQUITA. ¡Y muy amable! Hasta cuando niega las cosas hay que darle las gracias. Sabe revestir la negativa de una delicadeza, de una bondad… Yo encuentro que es un hombre singularísimo.

AMADA. *Mortificada, sin saber por qué.* ¡Qué entusiasmo!

ROQUETA. ¿Entusiasmo? No… no es entusiasmo; es… Bueno, sí; es entusiasmo. ¿Vámonos, Doña Camino? ¿Le ha dicho usted a Amada…?

DOÑA CAMINO. No.

ROQUITA. Voy con Doña Camino a ver si entre ella y el padre Selva colocamos en un Asilo a un pequeñín que se ha quedado huérfano. ¡Un sueño de criatura! ¡Más mono! ¡Más inteligente!

AMADA. *Distraída.* Sí.

ROQUITA. Luego vendré a charlar contigo un rato.

AMADA. Bien; como quieras.

DOÑA CAMINO. Adiós, niña mía. ¿Hasta mañana?

AMADA. Hasta mañana. ¡Si es que no me llego a verla esta noche!

DOÑA CAMINO. A tu gusto. Ahora, quieta aquí.

AMADA. Quieta aquí.

ROQUITA. Hasta luego, tía.

AMADA. Adiós.

ROQUITA. *Yéndose por la puerta de la derecha con Doña Camino.* Para nuestro pleito he conseguido también una carta del obispo de Madrid-Alcalá y otra de Landero, que es del Patronato de Anormales…

AMADA. *Después de una pausa lleva de planes vengativos.* ¡Me indigna; me subleva! ¡Que haya pensado que yo puedo traicionar a Laurencio, no se lo perdono!

En esto sale Tulio por la puerta de la izquierda, buscando a Amada para despedirse, y se detiene sorprendido de la singular actitud en que la ve.

TULIO. ¿Qué es eso, Amada?

AMADA. ¡Tulio!

TULIO. ¿Habla usted sola?

AMADA. ¡Sí!

TULIO. Le llamean a usted los ojos; le arden las mejillas. ¿Contra quién es esa indignación?

AMADA. ¡Precisamente contra usted!

TULIO. ¿Contra mí?

AMADA. ¡Contra usted! Digo mal; no. Contra mí misma; contra mí.

TULIO. ¡Pues hay gran diferencia!

AMADA. Puede parecerlo, quizá. ¿Y Laurencio?

TULIO. Allá en la galería, dándole galletas con coñac al Pollo Lallave, para que se vaya de la lengua; como se les dan a los loros. ¡Ya sabe usted lo que a él le divierte!…

AMADA. ¿Isidra no está allí también?

TULIO. También. Aburrida de los cuentos y de la charla, se adormila en una mecedora. Yo venía a decirle a usted adiós… o hasta luego…

AMADA. ¿Me quiere usted escuchar un instante?

TULIO. ¡Amada! ¿Por qué me pregunta usted lo que sabe sin necesidad de que yo le conteste?

AMADA. Como se iba usted ya…

TULIO. Me iba justamente porque usted no estaba allí con nosotros. *A una mirada de ella.* A usted le consta que la oigo en esta casa con más gusto que a nadie.

AMADA. Ahora tal vez no.

TULIO. ¿Eh?

AMADA. ¿Le sorprende?

TULIO. Sí.

AMADA. ¿De veras le sorprende?

TULIO. Me está usted pareciendo otra persona.

AMADA. Y ¿también le sorprende eso?

TULIO. ¿Cómo no, si desconozco las razones del cambio?

AMADA. Pues va usted a oírlas, y tal vez no le descubra a usted nada.

TULIO. Según.

AMADA. Yo no soy mujer de matices ni de eufemismos: soy muy franca; muy noble.

TULIO. Y a mí me enamora esa condición.

AMADA. Me alegro; porque así, si le digo a usted algo que le disguste, como está usted enamorado de mi franqueza, me lo disculpará.

TULIO. Creo que no habrá ocasión.

AMADA. Amigo mío, la fama de una mujer casada es un cristal que se empaña con sólo el calor de una mirada ardiente. Pero ¿cómo impide una mujer las miradas de nadie, ni menos las de aquellas personas a quienes recibe por amigos; a quienes abre confiada las puertas de su hogar; a quienes invita a su mesa?

TULIO. ¿A dónde va usted a parar?

AMADA. A decirle a usted que sus visitas, y ese encanto que a usted, según acaba de confesarme, le produce mi condición, la gente ha dado en traducirlos de modo desfavorable para mí.

TULIO. ¡No, señora!

AMADA. ¡Sí, señor!

TULIO. ¿Quién ha dicho eso?

AMADA. ¡La gente; la gente!… La murmuración, la calumnia en voz baja, que arma más ruido que los gritos en mitad de la calle.

TULIO. ¡Pues no ha llegado a mis oídos todavía!

AMADA. *Irónicamente.* ¿No, verdad?

TULIO. No, por cierto. Si personas hay en Madrid bien reputadas, ninguna lo está mejor que usted.

AMADA. He ahí por qué, amigo mío, usted no debe extrañar que yo sea celosa de mi tesoro y que desee conservarlo integro. Para lo cual, yo estimo

indispensable…

TULIO. Basta; no siga usted: se lo suplico. Quiero evitarle la violencia de decirme lo que me iba a decir.

AMADA. Violencia, ninguna.

TULIO. De todos modos. Yo estoy a la disposición de usted; yo haré lo que usted quiera; pero antes debo disipar la nube en que la veo a usted envuelta ahora mismo; o procurarlo, al menos. Le repito a usted que ese ambiente perjudicial a su buen nombre, y del cual vengo a ser yo la única víctima, no existe; no es más que una figuración de alguien, cuando no pretexto de alguna voluntad codiciosa, que desee ganarla a usted para sí enteramente. ¡Vale usted tantísimo!

AMADA. Yo no tengo motivo alguno para dudar de las personas que me han hablado de ello.

TULIO. ¿Y sí para dudar de mí?

AMADA. Sí.

TULIO. ¿Cuáles son? Y ahora le ruego que emplee conmigo toda su habitual franqueza. ¿De qué me acusa usted?

AMADA. *Cohibiéndose un punto, ante la enérgica actitud de su enamorado.* Ya le dije a usted que esperaba que me disculpase…

TULIO. Y yo a usted que no habría ocasión; pero aquí no se trata de pasar por ninguna crudeza de forma, sino de defenderme yo de una acusación del todo injusta. Le ruego a usted que la concrete. ¿Qué queja fundada tiene de mí, para llevarla hasta insinuarme que me retire de su trato?

AMADA. Yo no he dicho tal cosa.

TULIO. Porque yo estorbé que lo dijera; pero su intención era llegar ahí.

AMADA. *Turbada.* Sí… mi intención, sí…

TULIO. ¿Lo confiesa usted?

AMADA. Lo confieso.

TULIO. Y ¿por qué es eso, Amada? ¿Qué me reprocha usted? Mi sorpresa es grande, tan grande como mi disgusto; porque lejos de temer yo su enojo, creía contar con la confianza de usted, con su agrado, con su simpatía…

AMADA. ¡Y contaba usted!

TULIO. ¡Contaba! Menos mal. Eso sería por algo. No me engañé yo. Pero… ¿ya no cuento?

AMADA. *Tímidamente.* No.

TULIO. *Con amargura.* ¿No?

AMADA. *Desconcertada, vacilante.* No… Si… ¡Si es otra cosa, Tulio!

TULIO. ¿Otra cosa? ¿Qué cosa es?

AMADA. Otra cosa… no confundamos… La calumnia… Yo no afirmo que en la intención de usted… pero los hechos las gentes los interpretan a su antojo… La maledicencia no siempre se apoya en realidades… inventa en el viento… La calumnia…

TULIO. La calumnia, supuesto que la haya, sólo acorrala a quien la teme.

AMADA. Pues yo la temo; y por eso le salgo al paso; porque no quiero verme acorralada. Y aquí no son todo fantasías tampoco; porque usted… si bien lo mira… usted…

TULIO. ¿Yo, qué? ¡Esto es lo que quiero que usted me aclare!

AMADA. ¡Son cien detalles, para recordarlos ahora en un minuto! Cada uno solo, parece que no tiene importancia; pero si se juntan… ¿Cómo entró usted en esta casa, se acuerda usted?

TULIO. ¿Cómo entré? ¡Por amistad de su marido!

AMADA. ¡Pero ocultándole que ya nos conocíamos, cuando nos presentó! ¿Por qué hizo usted aquello?

TULIO. Fué un hecho fortuito, amiga mía. Ya lo comentamos entonces. Usted también calló, en la turbación del momento… Y convinimos en que, en rigor, no valía la pena de advertirle…

AMADA. Y en efecto no valía la pena… si usted fuese un amigo leal de Laurencio.

TULIO. ¿Eh? ¿Duda usted que lo sea?

AMADA. *Bajando la voz.* Ya lo he dicho.

TULIO. No, Amada; eso, no. Ésa es la mayor ofensa que usted puede hacerme; eso no se me puede decir a mí sin probarlo.

AMADA. ¿Sin probarlo? ¡Yo no lo miro a usted una vez que no encuentre sus ojos clavados en mí!

TULIO. ¡Igual me pasa a mí con usted!

AMADA. ¿Qué quiere usted significarme?

TULIO. ¡La puerilidad del reproche! ¿Qué hemos de hacer sino mirarnos, si hemos de tratarnos y de hablar? Si el Padre Selva desea también que alguien le hable a usted sin mirarla, que la encierre en un calabozo. ¡Pero como entre un rayo de luz…!

AMADA. ¿A qué sale ahora el Padre Selva?

TULIO. No sale ahora; hace ya tiempo que ha salido, y que se interpone entre usted y yo.

AMADA. ¡Nunca! Le aseguro a usted que el Padre Selva no me ha dicho una palabra de todo esto.

TULIO. Es muy hábil: manda a quien las diga por él.

AMADA. ¿Manda a quien las diga?

TULIO. ¡Evidentemente!… *Viéndola ya un poco dudosa.* ¿Qué más cargos hay contra mí?

AMADA. Haga usted examen de conciencia, y no me pregunte a mí tampoco por su parte lo que de sobra tiene contestado. *Vivamente, como quien cree haber hallado de pronto una razón de fuerza.* Pero, en fin, dígame —se me ocurre ahora—: ¿por qué procura usted venir a verme cuando no está en casa mi marido?

TULIO. No es mía la culpa de que su marido de usted no esté nunca en casa.

AMADA. *Pasándose ingenuamente al enemigo.* Eso sí es verdad.

TULIO. Y como eso, todo.

AMADA. ¿Como eso, todo?

TULIO. Cuando puedo, vengo con él; cuando él no está, que suele ser frecuentemente, me marcho sin intentar que usted me reciba…

AMADA. *Sugestionada ya por él.* Que yo lo reciba…

TULIO. Una vez nada más me recibió usted sola…

AMADA. Una vez… también es verdad…

TULIO. Y yo, al observar cierta leve violencia de usted, le hice una visita de médico.

AMADA. De médico, sí.

TULIO. Después de aquel día, no he vuelto más sino cuando Laurencio ha querido traerme.

AMADA. Es verdad… es verdad… ¿Usted oye esto, Doña Camino?

TULIO. *Sonriendo.* ¡Ah! ¿También está aquí Doña Camino?

AMADA. ¡No; por Dios, Tulio!… Disimule usted… Es que me distraigo…

TULIO. No, no es distracción; es otra cosa… Es obsesión, Amada.

AMADA. Sea lo que sea… Descarte usted lo que haya podido parecerle desagradable de cuanto le he dicho, pero póngase usted en la realidad… Reflexione… reflexione…

TULIO. Reflexionaré… Es más: frecuentaré de hoy en adelante menos esta casa, y lentamente me iré alejando de ella, por consideración a este estado actual del ánimo de usted, y desde luego cuidando de no hacerlo de modo que sorprenda al propio Laurencio… Todo, antes que, por malas artes, hacerle pensar a él en lo que no existe; en lo que no está sino en la malicia de contadas personas.

AMADA. Yo le agradezco a usted…

TULIO. Y por lo que toca a sus mentores, a su mentor más bien, no estará de más que le diga que las mujeres virtuosas, de la estirpe moral de usted, no han menester en la vida de consejos tan burdos.

AMADA. Cuando los guía la mejor intención…

TULIO. Para quien los da.

AMADA. ¡Tulio!

TULIO. Perdóneme. Y dígale usted, finalmente, que yo estimo en tanto ya la amistad de usted, que he de hacer los imposibles por no perderla.

AMADA. Por no perderla…

TULIO. Una amistad así, amiga mía, es para un hombre como yo el mejor regalo; es como una compensación espiritual de algo que se añora; un delicioso punto de apoyo en la vida, una cierta felicidad… que huele a rosas… ¡tan pura!… ¡tan grata!…

AMADA. Entonces…

TUMO. Entonces… ¿puedo seguir llamándome su amigo?…

AMADA. No sabría decirle que no… después de haberle oído esas palabras.

TULIO. ¡Gracias! ¡Lo esperaba de usted!

AMADA. Estoy confusa… Deseo verme sola un gran rato… recogerme en mí misma. Mi alma va de un lado a otro ¡de tan buena fe siempre!… Permítame usted.

TUMO. Adiós, Amada. *Ella lo mira.* Tiene usted un nombre que no se puede pronunciar con indiferencia.

AMADA. Adiós, Tulio. *Sube.*

Tulio la ve subir con delectación, hasta que desaparece. Luego toma un cigarrillo de una caja que hay allí a mano, lo enciende y fuma. Se siente satisfecho, orgulloso.

TULIO. ¡Lleva en sí esta mujer muchas almas para poder prenderlas en la rejilla de un confesonario! *Se deja caer en una butaca.* El humo de este cigarrillo finge en el aire figuras extrañas, caprichosas. Ahora mismo veo al Padre Selva que se está tirando de los pelos. ¡Ja, ja, ja!

Salen por la puerta de la izquierda Laurencio y el Pollo Lallave, que han almorzado fuerte.

EL POLLO L. ¡Pero si está éste aquí todavía!

LAURENCIO. ¡Pero, hombre! ¿Cómo es esto?

TULIO. Tu mujer, que me ha entretenido charlando. Me marchaba apestado de vuestras tonterías, y me regaló ella con su palique. Hasta ahora mismo ha estado aquí.

EL POLLO L. Es que, con permiso de éste, la conversación de Amada es un ensueño. Con tu permiso, he dicho.

LAURENCIO. ¡Tú lo tienes!

EL POLLO L. Yo estoy realmente enamorado de tu mujer. Con tu permiso.

LAURENCIO. ¡Tú lo tienes!

EL POLLO L. Antes, ¿eh, Tulio?, solía yo compararla, por su discreción y delicadeza, con una princesa del siglo XVIII…

LAURENCIO. ¡Siempre pensando en sus contemporáneos!

TULIO. ¡Siempre!

EL POLLO L. ¡Lo que os dé la gana! Pero ahora, que la veo como nimbada de misticismo…

LAURENCIO. ¡Jesús! ¡Nimbada! ¡Qué merluza tienes!

EL POLLO L. Ahora se me antoja… no sé… ¿cómo diría yo?… Laurencio. A ver.

EL POLLO L. No te rías, estúpido. Se me antoja una especie de Santa Teresa con traje de moda.

LAURENCIO. ¡Jesús! *A Tulio.* ¡Cuidado que dice simplezas al cabo del día!

TULIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Y asegura Cervantes que el entendimiento suele mejorarse con los años!

LAURENCIO. Hay excepciones; ya lo ves.

EL POLLO L. La excepción sería que alguna vez en cinco minutos no sacaseis a colación mi edad. ¡Qué tema más antipático y más manido! Otra de las cosas que me encantan a mí de tu mujer —de quien me encantan muchas; con tu permiso—, es que es probablemente la única persona de Madrid que tiene el buen gusto de no darme bromas con los años. Porque tu mujer tiene muy buen gusto.

TULIO. Una vez creo yo que lo perdió.

LAURENCIO. ¡Y yo también lo creo!

TULIO. ¡Ja, ja, ja!

El Pollo L. Pues ya digo: jamás me echa en cara si soy viejo o si dejo de serlo. ¡Jamás!

Laurencio. ¡Jamás! Y ahora menos que nunca.

El Pollo L. ¿Eh?

Laurencio. Sí, hombre. Es lógico: en este sarampión religioso que la ha acometido, no pensando más que en la vida eterna, ¡tú le tienes que parecer una criatura!

El Pollo L. ¡Bueno! *Volviéndose a Tulio.* ¡Hay que matarlo o que dejarlo!

Tulio. ¡Pues déjalo! Es lo mejor que haces.

El Pollo L. *Dándose una palmada en la frente.* ¡Canástoles!

Laurencio. ¿Qué te ocurre? ¿Has recordado de pronto a punto fijo la edad que tienes?

El Pollo L. ¡No es caso de broma, majadero! ¡No traía otra cosa en la cabeza; estamos reunidos hace tres horas charlando disparates, y me iba a ir a la calle sin decírtela!

Tulio. ¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a Madrid la *Francesca*? Laurencio. ¿Te amenaza con el vitriolo? ¡Sería una lástima de cutis! ¡Una piel de tanta duración!

El Pollo L. ¡Merecías que me lo callara! Ten formalidad alguna vez, hombre. Te repito que no es caso de broma. *Toma precauciones para asegurarse de que nadie puede escucharlo mientras los dos amigos comentan el lance entre sí con gestos de burla.* Se trata de algo grave, que puede comprometer inclusive la tranquilidad de tu hogar.

Laurencio. Mucho es eso.

El Pollo L. ¿Mucho? Tu mujer, ¿ha recibido un anónimo?

Laurencio. Que yo sepa, no.

El Pollo L. Pues va a recibirlo.

Laurencio. ¿Hola?

El Pollo L. Y yo sé quién lo ha escrito y lo que en él le dice.

Laurencio. ¡Hola, hola! Me dejas atónito.

EL POLLO L. Le dice ce por be, sin rodeos, nada menos sino que tienes una amante; que se llama Concha la Marisquera; dónde vive, cuándo y cómo la visitas tú… ¡todo, en una palabra! ¡Pelos y señales de todo! ¡Ríete ahora; ríete!

LAURENCIO. ¿Qué me he de reír? Pero ¿quién ha sido capaz de semejante infamia?

EL POLLO L. ¿No lo presumes? A poco que pienses…

LAURENCIO. ¿Quién?

EL POLLO L. ¡Enriqueta!

LAURENCIO. ¿Enriqueta? ¿La de Bustillo?

EL POLLO L. ¡La de Bustillo! ¡Que está despechada y rabiosa, porque ella soñaba con haber veraneado con tu mujer, y tu mujer la dejó plantada y se fué con Doña Camino a Limpias, y a Lourdes, y a qué sé yo dónde!

LAURENCIO. Pero, bueno, querido Paco: ¿cómo has podido tú averiguar eso? ¿Quién te ha dicho a ti eso?

EL POLLO L. ¿Quién me lo ha dicho a mí? Anoche fué. Sí, anoche. ¿Quién me lo dijo? Tengo la seguridad de que fué anoche; pero ¿quién me lo dijo?

LAURENCIO. Te sacaré de dudas; te lo dije yo.

EL POLLO L. ¿Cómo tú?

LAURENCIO. Yo, yo mismo: cenando juntos en la Peña.

EL POLLO L. ¿En la Peña? ¿Anoche? ¡Es verdad! «¡*Veuve Clicquot!*». *Con desolación.* ¡Cabeza perdida!

Laurencio y Tulio rompen a reír.

TULIO. Pero ¡qué mala sangre tienes! ¡Cómo lo has empapado en la muleta!

LAURENCIO. ¡A ver si lo curo! Y además, pollo, no te dije que Amada iba a recibir ese anónimo, sino que lo ha recibido ya.

EL POLLO L. ¿Que lo ha recibido? ¡Canástoles! ¿Y qué?

LAURENCIO. ¡Nada, hombre! ¿Quién hace caso de un anónimo? ¡Bastaron dos palabras mías para que nos riéramos juntos de él, como ahora

de ti! Le dije que el anónimo era de un criado a quien despedimos el otro día. Y se convenció. ¿Ha de quebrarse la dicha de un matrimonio por tan poca cosa? ¡Medrados estaríamos!

El Pollo L. Pues yo que tú no lo tomaría así; porque, como todo es verdad, si esa mujer insiste…

Laurencio. ¡No te apures! ¡No me he de ahogar en tan poca agua! Amada cree en mí como en el Evangelio. Siempre me sobrarán recursos para persuadirla… En último caso le diría que sí, que es cierto lo de Concha la Marisquera, y que yo voy a ratos a su casa; pero que el amante eres tú.

El Pollo L. ¿Yo? ¡Eso no lo cree nadie!

Laurencio. ¡O éste!

Tulio. *Sorprendido.* ¡Hombre! Ten la bondad…

Laurencio. ¡Ay, qué gracia! ¿Ahora te va a ruborizar que mi mujer crea que tienes una amante?…

Tulio. ¡Bah, bah! Eres capaz de todo.

Laurencio. ¡Quién habló!

El Pollo L. *Asustado de pronto.* ¡Canástoles!

Laurencio. ¿Otra vez, hombre? ¡No nos asustes más!

El Pollo L. *Señalando la puerta de la izquierda.* ¡Mira y dime si no hay razón ahora!

Laurencio. ¡Enriqueta!

Tulio. ¿Enriqueta?

Laurencio. Es valiente de veras esta mujer.

Tulio. Vendrá a ver qué estragos ha hecho su bomba.

Laurencio. ¡Oh! Pues a mi mujer no le da disgustos nadie más que yo, que se los disipo en seguida. Voy a confundirla con mi amabilidad, para aguarle el mal vino que traiga. Ni en paz ni en guerra he vuelto nunca la cara al enemigo. *Adelantándose a saludar a Enriqueta, que aparece.* ¡Enriqueta!

Enriqueta. ¡Laurencio! ¿Cómo va? He entrado por aquí, creyendo encontraros aún en la galería.

Laurencio. ¡Tanto bueno por esta casa!

Enriqueta. ¡Eso digo yo!

Tulio. Señora…

El Pollo L. Enriqueta…

Enriqueta. ¿Y Amada? Ya veo que tiene aquí a los cabales.

Laurencio. Ahora bajará.

Enriqueta. Sí; me ha visto llegar desde su balcón.

Laurencio. ¡Se habrá alegrado tanto!

Enriqueta. No sé, no sé…

Laurencio. ¿No lo sabe usted, desagradecida? ¡Con lo que se quieren ustedes!… ¡Y con el tiempo que hace que no viene usted por aquí! ¡Dos meses lo menos!… ¿Cómo se explica tan larga ausencia, amiga mía? ¿Cómo ni siquiera ha cogido usted la pluma para ponerle a Amada cuatro renglones? Ingrata; más que ingrata.

Enriqueta. La ingrata soy yo, ¿no es verdad? Sí, sí; yo soy la ingrata. Se anticipa usted a quejarse para que no se le quejen a usted. Es recurso de hombre casado. Bustillo lo emplea con frecuencia.

Laurencio. ¡Bustillo! ¡Es verdad, que no le he preguntado a usted por él! ¿Cómo anda ese hombre?

Enriqueta. Encantado con su mujer.

Laurencio. ¡Como yo con la mía!

Enriqueta. No sé si como usted; pero está encantado. Y eso que usted, al presente, tiene dobles motivos para estar satisfecho.

Laurencio. ¿Por qué?

Enriqueta. No se haga usted el tonto. Entre unos y otros la han alejado del infierno; de la perdición a que, por lo visto, iba a llevarla mi amistad…

Tulio. ¿Usted cree…?

Enriqueta. Todos lo han creído en esta casa.

Laurencio. ¡Jesús, qué cosas oigo!

Enriqueta. Y ahora parece que ya va camino de perfección; que está en un plan de ayunos, de mortificaciones, de penitencias… ¿Se prepara quizá

para meterse en un convento el día que enviude?

Laurencio. Pudiera ser; pero ¡va para largo!

Risas.

El Pollo L. No sería difícil, si se diera el caso de la viudez, ¡porque pareja más enamorada…!

Enriqueta. ¡Ha querido usted guiñarle a Laurencio y me ha guiñado a mí!

Nuevas risas.

El Pollo L. No guiñaba, monina; dejaba caer el monóculo.

Laurencio. En serio, Enriqueta: usted, mejor que nadie, conoce a Amada, y sabe lo fácil que es a la fascinación ajena. Ahora le ha tocado un poco el turno a la vida beata. ¿Qué mal hay en ello? ¡Ya cambiarán las tornas! Mi mujer es agua que refleja siempre el cielo o la nube que se le acerca. *En tono de burla.* ¿Qué les ha parecido a ustedes esta imagen?

Enriqueta. ¡Preciosa!

El Pollo L. ¡Y muy nueva!

Laurencio. ¡Ah! ¡Pues si la encuentras nueva tú…!

El Pollo L. ¡Dale, bola!

Laurencio. Pero, créalo usted, amiga mía: Amada, mi Amada, al ir y al volver de estas aventuras espirituales, antes y después de ellas, siempre está conmigo. Yo soy, por fortuna, el único imán de su constancia. ¿Verdad que estoy inspirado esta tarde?

Enriqueta. Es el tema, que lo puede todo.

El Pollo L. ¡Y el coñac, que no se queda atrás!

Tulio. *Despidiéndose.* Enriqueta…

Enriqueta. ¿Se marcha usted?

Tulio. Sí; me aguardan para oír un poco de música.

Enriqueta. ¿Más música?

Tulio. De otro género.

El Pollo L. ¡Música sabia! ¡Que Wagner te sea leve! ¡Oh, qué hombre! ¡Y le levantan por ahí estatuas! ¡No puedo con él!

Tulio. Hasta luego, buena gente; hasta luego. *Se va.*

Laurencio. Anda con Dios. Ya baja Amada.

Enriqueta. Sentiré haberla importunado. Estaré con ella diez minutos.

Laurencio. ¿Sólo diez minutos? ¡No sea usted cruel!

Enriqueta. Vengo con poco tiempo. Me voy mañana fuera de Madrid, y antes quiero arreglarme las manos, la boca, la cabeza…

Laurencio. ¿Quién le arregla a usted la cabeza?

Enriqueta. ¿Es ironía?

Laurencio. No, señora; es para recomendárselo a éste. Le hace mucha falta.

El Pollo L. ¡Siempre es bueno que haya niños delante! Laurencio. Ya lo oye usted: ¡niños!

Enriqueta. Veo que el buen humor es permanente en esta casa.

Laurencio. Permanente. Como el *ondulado* que a usted le gusta.

Enriqueta. *Viendo a Amada que aparece en la escalera en este momento.* ¡Pichona! ¿Vengo en mala ocasión?

Amada. ¿Quieres callar? No he bajado antes porque estaba terminando una carta. ¡Tanto tiempo!… ¿Cómo estás, Enriqueta; cómo estás?

Enriqueta. *Besándola con efusión.* Bien, ¿y tú, pichona? ¡Tenía hambre de besarte!

Amada. ¡Jesús, hambre!

Enriqueta. ¡Hambre, hambre; no hay otra palabra!

Amada. ¡Siempre tan expansiva! Siéntate.

Enriqueta. Poquito tiempo, que no quiero estorbarte.

Amada. ¡Calla, mujer! Mira que me incomodo.

Laurencio. Bueno, pues yo me llevo a éste por ahí a darle un paseo para que le baje sangre a las piernas.

Enriqueta. ¿Ah, sí? ¿Se van ustedes?

Laurencio. Sí. Hay que ponerse en todo. Dos mujeres que hace un par de meses que no se hablan, tienen conversación para un par de días. No necesitan acompañantes.

Enriqueta. Que no sirva yo de pretexto.

Laurencio. Yo no suelo encontrar nunca pretextos tan bonitos.

Enriqueta. ¿Y ésa? A saber dónde irán ustedes ahora.

Laurencio. Después del paseo me meteré con el pollo en un *cine*, para que duerma un poco. Nada más inocente. Voy de niñera.

El Pollo L. ¡El pollo siempre de pantalla!

Enriqueta. ¡Y que lo diga usted!

Laurencio. Adiós, Enriqueta.

Enriqueta. Adiós, Laurencio.

Laurencio. *A Amada.* Hasta luego, nena.

Amada. Adiós. ¿Vendrás a cenar?

Laurencio. ¡Claro! *Al Pollo Lallave.* Despídete, hombre; que te estás durmiendo de pie.

El Pollo L. ¡Qué ganso eres! ¿Cómo me he de dormir ante estas bellezas? Es que entorno los ojos, porque las veo mejor.

Laurencio. Anda, anda.

El Pollo L. Amada, agradecidísimo. A los pies de usted, Enriqueta.

Enriqueta. Beso a usted la mano.

El Pollo L. *Yéndose del brazo de Laurencio.* Afectos a Rosillo.

Laurencio. ¿A quién?

El Pollo L. A su esposo.

Laurencio. ¡Si su esposo se llama Bustillo!

El Pollo L. ¡Es verdad; que Rosillo es el que se casó con su hermana!

Laurencio. ¡Si no tiene hermana, hombre de Dios! ¡Te ha vuelto el juicio la última copa! ¡Ja, ja, ja!

Se van por la puerta de la derecha.

Enriqueta. No pierde el humor tu marido.

Amada. No lo pierde; gracias a Dios. Y si lo perdiera, con traerse a Lallave a almorzar, santo remedio.

Enriqueta. Es feliz, es feliz el hombre, donde los haya.

Amada. ¿Laurencio? ¡Oh! Disfruta de la vida como pocos seres. Tiene una alegría generosa que se lo alumbra todo.

Enriqueta. ¡Y además una mujer que lo quiere *tanto*!…

Amada. ¡Tanto, sí! Bien puedes subrayar la palabra.

Enriqueta. Nada: matrimonio modelo. Cuéntame, mujer; cuéntame cosas.

Amada. Cuéntamelas tú, que entras y sales, que andas por el mundo más que yo.

Enriqueta. Es verdad que tú ahora haces poco menos que vida conventual.

Amada. No digas tonterías.

Enriqueta. ¿Cómo lleva tu marido este cambio? Porque yo, que siempre he creído que las casas no deben oler a cera, sino a claveles, me hago cruces. ¿Cómo lo lleva? ¡Él, tan aficionado a la diversión, a la bullanga!…

Amada. Él respeta siempre de buen grado lo que considera mi gusto, mi felicidad.

Enriqueta. *Con intención.* Y ¿estás a la recíproca?

Amada. ¡Naturalmente!

Enriqueta. ¡Pues no es poca suerte! ¡Una tolerancia mutua de caprichos!

Amada. No sé por qué lo extrañas; no es de ahora; es de siempre. Sobre que mi casa no huele a cera, como has dicho. Podrá oler a paz, a sosiego; pero a otra cosa, no. Y menos, a cera.

Enriqueta. ¡Quita, mujer! ¡Si se cuentan de ti cosas edificantes!…

Amada. ¡Vamos!

Enriqueta. ¡Como que yo venía a pedirte como reliquia un pedacito de cualquier vestido!

Amada. Eso no tiene gracia, Enriqueta; ni es digno de nuestra amistad.

Enriqueta. Que ha sufrido un eclipse, ya que la nombras.

Amada. ¡Porque te has eclipsado tú!

Enriqueta. A las tres veces que se me hace un desaire…

Amada. ¿Desaire? Yo no te he hecho ninguno. Lo que no puedo es seguirte en tu vida de aturdimiento, de agitación continua, de exhibición a todo trance…

Enriqueta. ¿Será ahora?

Amada. En algún momento había de ser. Yo te quiero mucho, pero mi espíritu estaba necesitado de reposo, de recogimiento, de modestia. He sofocado, si no pasiones, malos deseos, caprichos estériles, vanidades ridículas… Dios me ha ayudado a ello.

Enriqueta. ¿Por medio de cuáles ministros?

Amada. Eso no importa. A Dios le agradezco esta templanza, y vivo contenta.

Silencio.

Enriqueta. Pues, pichona, yo no sé cómo interpretarás esta visita mía; pero yo vengo a turbar las aguas del lago.

Amada. ¿Estás segura?

Enriqueta. Una chinita es, y hace círculos… Por limpia de levadura de la tierra que se halle tu alma… Vamos a ver contéstame: si tú supieras algún día que yo estaba en ridículo ante la sociedad o que me amenazaba algún riesgo, ¿me avisarías?

Amada. Probablemente, sí.

Enriqueta. ¿Probablemente, nada más?

Amada. Seguramente.

Enriqueta. Pues basta de preámbulos. El último escrúpulo que me detenía acaba de volar. Óyeme, pichona.

Amada. Ya te oigo. ¿Qué me vas a decir?

Enriqueta. Algo del… traidorzuelo… del tunantuelo de tu marido. Vamos a quitarles dureza a las palabras.

Amada. ¿Tunantuelo?… ¿Traidorzuelo?… ¿A ver?…

Enriqueta. Sí, hija mía, sí. Laurencio, con esa capita de hombre complaciente —acaso por lo mismo y para despistar se pone esa capita—, está muy distraído. ¡Pero muy distraído!

Amada. Mejor para él.

Enriqueta. Es que hay distracciones de distracciones, pichona. ¿Te has vuelto simple, o me lo quieres hacer a mí?

Amada. ¡Ah, vamos! ¿Te refieres a la patraña de la amiguita?

Enriqueta. ¿A la patraña?

Amada. A la patraña, sí. Creí que sería otra cosa. Ha sido invención de un criado a quien despedimos por… por ladronzuelo… ¡Y también ha llegado a ti! ¡Bendito sea Dios, cómo crece y se difunde la mala semilla! ¿Algún anónimo?

Enriqueta. *Turbada.* Justo: un anónimo.

Amada. ¡Como a mí! ¡Claro! ¡Sabiendo nuestra amistad…! ¡Traidorzuelo!… Él es el traidorzuelo. ¡Un hombre que ha comido el pan de esta casa más de tres años!… ¿Te dirá que Laurencio tiene una amante?

Enriqueta. ¡Con todas sus letras!

Amada. ¿En la calle de García de Paredes?

Enriqueta. De García de Paredes.

Amada. ¿Que se llama Concha la Marisquera?

Enriqueta. Eso es; de Cádiz.

Amada. No; de Málaga.

Enriqueta. De Málaga, sí.

Amada. Hija de un guitarrista célebre.

Enriqueta. ¡Cabal! ¡Lo sabes todo!

Amada. ¡Todo! ¡Lo que me han escrito!

Enriqueta. Y ¿no lo crees?

Amada. ¡Qué tontería!

Enriqueta. ¿Por qué?

Amada. ¡Porque es una mentira, Enriqueta; una ruin venganza!

Enriqueta. ¿Quién te lo afirma?

Amada. Quien puede; Laurencio; mi marido.

Enriqueta. Pero, pichona, ¿vas a hacerle caso en este asunto a tu marido?

Amada. ¿Se lo voy a hacer a un lacayo?

Enriqueta. ¿Y si no fuese un lacayo sólo? ¿Y si yo te probase que todo ello es verdad?

Amada. ¿Tú?

Enriqueta. Yo.

Amada. ¡Mira lo que dices, Enriqueta!

Enriqueta. ¡Que es verdad, te digo! ¡Que es verdad!

Amada. ¡Oh, no! ¡No es verdad! ¡Laurencio no me engaña! ¡Es que me envidian todos mi ventura! ¡Pero eso no es verdad, no es verdad!

Enriqueta. ¿No es verdad?

Amada. ¡No es verdad! ¡A ti te han mentido también! ¡Mienten los que lo digan; mienten! *En súbita reacción de templanza.* Pero si no mintieran, Dios mío, si fuese verdad, tú me aconsejarías lo mejor.

Enriqueta. Mira, pichona; sil o vas a tomar en místico…

Amada. Lo tomaré como Dios me inspire. ¡Pero no es verdad; no es verdad!

Enriqueta. Tiempo y medios tienes para averiguarlo. Yo he cumplido con un deber de amistad que me quitaba el sueño.

Amada. Y yo te lo agradezco de veras.

Enriqueta. Bien puedes. Enterarse de una traición así y callarla es hacerse cómplice de ella. Y yo tendré muchos defectos, muchos —Dios me los aumente; ¡ay, qué digo! Dios me los corrija—; pero soy leal y lo seré hasta que me muera. Vigila a tu marido.

Amada. No me parece necesario.

Enriqueta. ¿No, eh? Adiós. Me voy. Me es imposible resistir esta flema. Es indudable que estás cambiando mucho. En mis tiempos, hace cuatro meses, al enterarte de una cosa así hubieras arañado a Laurencio.

Amada. Los tiempos cambian.

Enriqueta. Por supuesto, después de todo, quizás estés tan apacible porque no me crees; porque supones que he venido a contarte un infundio.

Amada. Acaso.

Enriqueta. ¡Cuando descubras la verdad, será ella! ¡A pesar de la beatería! ¡Quisiera yo verte!

Amada. Pues si la descubro… te avisaré para que me veas.

Enriqueta. ¡Me irrita tu ceguedad, tu calma!

Amada. Y a mí me entristece tu cólera.

Enriqueta. No estoy para frases. Adiós, pichona. *La besa con ahínco.* ¡Adiós! ¡Adiós!

Amada. ¡Qué besos, mujer! ¡Son martillazos!

Enriqueta. ¿También te molestan ya mis besos?

Amada. ¿Quién ha dicho tal cosa, Enriqueta?

Enriqueta. ¡Vaya un desengaño de amiga! ¡No salgas!

Amada. Pero, mujer…

Enriqueta. ¡No salgas!

Amada. ¡Ea! Pues no saldré.

Enriqueta. Así. *Se va disparada.*

Dios libre a Bastillo de un devaneo.

Amada. Adiós, mujer, adiós… ¡Me hablas a mí de desengaños y has venido con el deseo de verme despechada, descompuesta de celos! ¡Merecías que te hubiera dicho todo lo que sé de tu casa!… *Pausa.* Y ¡qué duda me deja!… ¡Qué espina!… ¡Laurencio!… Pero ¿será posible? ¡No! ¡No!

Por la puerta de la izquierda viene Isidro.

Isidra. Oye, ¿se ha ido ya todo el mundo? Me he quedado un rato traspuesta en la galería… ¿Con quién hablabas tú?

Amada. Con Enriqueta.

Isidra. ¿Con Enriqueta? ¿Qué me cuentas?

Amada. Acaba de marcharse.

ISIDRA. ¿Se le pasó ya el pique?

AMADA. Por las señas, no; porque ha querido darme un disgusto.

ISIDRA. Y te lo ha dado.

AMADA. ¡No!

ISIDRA. ¿Cómo que no? ¿Hay más que mirarte?

AMADA. Te digo que no. ¡No me preguntes nada!

ISIDRA. Ya cierro mi pico.

Llega Roquita por la puerta de la derecha. Viene un poco indignada. Isidra la atiende más que Amada, a quien el veneno de los celos le mina ya el corazón y el espíritu.

ROQUITA. ¡Aquí estoy yo otra vez!

ISIDRA. ¡Roquita!

AMADA. ¡Roquita!

ROQUITA. ¡Se ha lucido tu Padre Selva!

AMADA. ¿Eh?

ROQUITA. ¡Se ha lucido! ¡Con tantas ínfulas de ser el amo de Madrid, y no consigue que me den en un Asilo un hueco para esa criatura! ¡Que no hay vacantes! ¡Que no hay plazas! ¡Vaya un chiste! ¡Pues porque no las hay se busca su influencia! ¿Qué falta nos habría hecho si las hubiese? ¡Se ha lucido!

AMADA. ¡Vaya por Dios, mujer!

ISIDRA. Y ¿qué vas a hacer con ese chico entonces?

ROQUITA. ¡Veremos lo que se me ocurre! ¡A mi casa no lo voy a llevar, con ciento y la madre que somos! Ahí lo he dejado ahora, en la portería, con Molina y Domingo, hasta ver si decido algo. ¿No se os ocurre nada a vosotras? ¡Porque yo tengo agotada la imaginación!

ISIDRA. ¡Pobre crío! ¿Cómo se llama?

ROQUITA. Pascualín. Es digno de verse el personaje. Yo le he puesto, para cubrirle los guiñapos y las carnes, una americana vieja de uno de mis

hermanos, y hemos llamado la atención por ahí.

ISIDRA. ¡Pobre crío! ¿Es anormal, de los que tú educas?

ROQUITA. ¡No! ¿Qué ha de serlo? ¡Tan normal como tú y como yo!

ISIDRA. Y ¿no tiene familia ninguna?

ROQUITA. De la poca que tiene quiero yo arrancarlo. Es una gentuza sin entrañas. Oye, Amada: ¿a ti qué te sucede?

AMADA. ¡Nada!

ROQUITA. ¿Cómo que nada? A mí no me finjas, porque no te creo. Y además, porque no es tu escuela. ¿Qué te sucede?

AMADA. ¡Que no es mi escuela, dice! *Sonriéndole.* No tengo nada, tonta.

ROQUITA. ¿Tú sabes algo, Isidra?

ISIDRA. No; tampoco ha querido decírmelo.

ROQUITA. ¡Ni falta que nos hace, si lo miras bien! ¿Qué ha de tener más que una consecuencia de la vida absurda que lleva; de la soledad en que vive?

AMADA. ¿Que yo vivo sola?

ROQUITA. Sola, sí; siempre con gente alrededor, pero sola. Yo no he visto un espíritu más solo que el tuyo, tía. Eres casada, pareces feliz, y vives divorciada de tu marido.

AMADA. ¿Divorciada? ¡No!

ROQUITA. ¡Divorciada, sí! ¡Divorciada! ¡A cien leguas de él y él a cien leguas tuyas! ¿Qué matrimonio es éste?

ISIDRA. Dice bien, dice bien Roquita.

ROQUITA. Así estás: siempre a merced del primero que se te acerque queriendo cautivarte…

AMADA. ¡No tanto!

ROQUITA. ¡O del aire que te sople más cerca, si te agrada más! Dicen que eres cera, que eres barro…

AMADA. ¡Barro pecador!

ROQUITA. Y ¿quién no lo es, tía? ¿Quién no es barro pecador en este mundo? ¿Quién no ha menester unas manos que con amor lo labren? Los débiles necesitan de los fuertes, y aún los más fuertes, son débiles alguna vez

y buscan otro pecho que los conforte. ¡Qué necia o qué simple ha de ser la persona que pretenda vivir aislada, por sí misma, sin la influencia ni el reflejo de nadie! Todo esto se lo debía yo haber espetado al Padre Selva, y te lo suelto a ti. ¡Estoy furiosa! ¿Qué haré con Pascualín, Señor?

AMADA. ¡Ay, Roquita!… ¡Si yo tuviera un hijo!…

ISIDRA. ¡Ah!

ROQUITA. ¿Un hijo deseas tú tener? ¡Pues tenlo!

AMADA. ¿Que lo tenga?

ROQUITA. ¿Por qué no lo tienes?

AMADA. ¡Estas sabias preguntan unas cosas…!

ROQUITA. ¡No hay nada más sencillo!

AMADA. ¡Mujer! Mira, no nos vayas a dar una explicación científica.

ISIDRA. ¡Que estoy yo delante!

ROQUITA. No, no temáis; no es científica la explicación que voy a daros; es humana, sencillamente. Se tienen en la vida los hijos que se quieren tener. Yo tengo unos pocos.

AMADA. ¿Tú?

ROQUITA. Os voy a descubrir el Mediterráneo. No son nuestros hijos tan sólo los hijos del amor, de la sangre. Todos esos seres infelices con quienes yo trato, degenerados, torpes, incapaces para la vida, con las huellas en su organismo de las enfermedades más implacables, todos ésos, todos, son hijos míos: ¡hijos de mi alma!

AMADA. ¡Hijos de tu alma!…

ROQUITA. ¿No es así, tía?

AMADA. Así es; como tú lo dices.

ROQUITA. ¡Entonces…!

AMADA. Entonces, ¿qué?

ROQUITA. ¿A qué esperas? Pero ¿no me entiendes?

ISIDRA. ¡Yo, sí! ¡Y eso que soy tonta!

ROQUITA. ¿Tú, sí? ¡Y ella también me entiende! ¿No suspirabas por un hijo? ¡Pues ya que Dios no te lo da, búscatelo tú! ¡Cuántos huérfanos hay que

desean un hogar! Yo no te digo que te traigas al tuyo a uno de estos despojos sociales de mi parroquia, a los que yo voy despertándoles la inteligencia como puedo; pero ¡tráete a otro, a otro cualquiera, que alegre tu casa, que llene tus horas vacías, que te ayude a completar tu amor de esposa y a saciar tu ternura de madre!

AMADA. ¡Mi ternura de madre!…

ROQUITA. ¡Tráete a ese mismo Pascualín que está ahí fuera, esperando, como un perrillo que se vende, saber el amo que le ha de tocar!

AMADA. ¡Pascualín! ¿Está ahí fuera?…

ROQUITA. En la portería; con Molina y Domingo. Tráetelo a tu casa, y no tú sola, sino Laurencio y tú, haced de él un lazo que os acerque; queredlo, educadlo, vedlo crecer, convertidlo en un hombrecito; salvadlo, en fin, de todos los peligros a que lo empuja la orfandad, la miseria y el hambre. ¡Qué satisfacción! ¡Qué alegría!

AMADA. *Conmovida, a Isidra.* Dile a Molina que lo traiga. Isidra. ¡Ahora mismo! *V ase por la puerta de la derecha.* Roquita. ¡Cómo me alegro de que lo conozcas! ¡Ya verás qué chiquillo! ¡Lo miras, y ya tiene gracia! ¡Lo vas a querer!

AMADA. ¡Lo voy a querer!

ROQUITA. Porque, tía, hay quien viene al mundo con la maldición de ser irremisiblemente un malvado, un idiota, un enfermo; pero hay muchos seres que nacen con capacidad para todo, lo mismo lo bueno que lo malo… y esos…

AMADA. ¡Barro pecador!

ROQUITA. Justo: barro pecador. Ésos, según las manos en que dan, se pierden o se salvan.

AMADA. ¡Según las manos en que dan!

ROQUITA. Aquí está nuestro héroe.

Vuelve Isidra, acompañada de Molina y de Pascualín. Molina lo trae de su mano. Tiene cinco o seis años a lo más, y hace reír por la traza en que viene.

AMADA. *Viéndolo aparecer.* ¡Ah!… ¡Qué gracioso!

ISIDRA. Es notable; notable.

AMADA. ¡Jesús! ¡Qué facha! ¡Pobrecito!

ROQUITA. Ven acá, Pascualín; esta señora quiere darte un beso.

MOLINA. ¡Más gitano es!

AMADA. *Tomándolo de la mano de Roquita.* Ven, ven; no tengas miedo.

MOLINA. ¡Qué va a tené, señora!

AMADA. Toma un besito. Dámelo tú también. Así. ¡Qué simpático! ¿Cómo te llamas?

PASCUALÍN. Pascalín.

AMADA. Pascualín. Y ¿qué más? *El chiquillo se encoge de hombros.* ¿Qué más?

PASCUALÍN. Pascalín na más.

AMADA. ¿Te gusta a ti esta casa?

PASCUALÍN. *Mirando a todas partes.* Sí.

AMADA. ¿Te gustaría vivir en esta casa?

PASCUALÍN. *Sacudiendo los dedos.* ¡Ya lo queo! *Risas.*

MOLINA. No se corta, no. Pregúntele la señora lo que quiere sé.

AMADA. Vamos a ver, Pascualín; ¿qué quieres ser tú?

PASCUALÍN. Ladón.

Nuevas risas.

ROQUITA. ¿Qué?

PASCUALÍN. Ladón.

ROQUITA. ¿Ladrón?

PASCUALÍN. Sí.

ROQUITA. ¿Quién te ha enseñado eso?

AMADA. ¡Ah, no, no! Si quieres ser ladrón, no te quedas aquí conmigo.

PASCUALÍN. ¿No?

AMADA. No. Has de ser otra cosa. ¿Qué quieres ser?

PASCUALÍN. Saquistán.

Todos ríen otra vez. Amada de muy buena gana.

Amada. ¡Eso ya me parece mejor! ¡Sacristán! ¡Qué idea!

Molina. *A Isidra, confidencialmente.* Pos como a la señora le caiga en grasia er niño, ¡un hospisio vamos a tené aquí er mes que viene!

Isidra. ¡Así le caerá a usted algo que hacer!

Amada. Dime, Pascualín: ¿te acuerdas tú mucho de tu padre?

Pascualín. Yo no tengo pade.

Amada. ¿No tienes padre?

Pascualín. No. Se ha merto.

Amada. ¿Se ha muerto? ¿Y de tu madre?

Pascualín. Tampoco tengo made.

Amada. ¿Tampoco tienes madre?

Pascualín. Tampoco. Se ha merto tambén.

Amada. ¿También? ¿Estás solito entonces?

Pascualín. Solito. *Señalando a Roquita.* Con ésta.

Roquita. No tiene a nadie. Necesita de todos.

Amada. Y ¿tú no te acuerdas de tu madre? *Pascualín vuelve a encogerse de hombros. Amada lo mira tiernamente entonces, y atrayéndolo hacia sí y acariciándolo, dice:* ¡Hijo de mi alma!

Roquita, en silencio, saborea su victoria.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

A las dos semanas del anterior y en el mismo sitio. Es por la tarde y ya están encendidas las luces.

Isidra y el Pollo Lallave conversan amigablemente.

ISIDRA. Conque ya ve usted si ha habido novedades en quince días.

EL POLLO L. Ya, ya. ¡Dichosas novedades! Y a ti, ¿no te ha salido novio?

ISIDRA. Ésa sería mucha novedad.

EL POLLO L. ¿Sigues esperándome?

ISIDRA. Lo parece, al menos. ¿Qué ha sido de usted estas dos semanas?

EL POLLO L. ¿No lo sabes, mujer? He estado en una finca de campo con unos amigos. Me comprometieron… ¡Hombres solos!… ¡Aburridísimo! El campo es para los bichos y para los tontos, nada más. ¡Detesto la égloga!

ISIDRA. ¡Ah! ¿no le gusta a usted el campo?

EL POLLO L. Ya lo estás oyendo.

ISIDRA. Pues a mí me encanta. ¡Qué atardeceres!… Y ¡qué noches!…

EL POLLO L. ¡Sí! ¡Sobre todo las noches! ¡Deliciosas! Te pica una araña en un ojo como a mí me ocurrió, y ya has hecho la temporada. Se me puso como un tomate. ¡Un picor, unas molestias, eche usted pomadas!… ¡Comodísimo! ¡Me hubieras oído hablar entonces de Virgilio y de Fray Luis!… ¡Farsantes!

ISIDRA. Porque usted es un comodón.

El Pollo L. Oye una cosa, nena: ¿quién me ha dicho a mí —o lo he soñado yo— que Amada y Laurencio han prohijado a un niño?

Isidra. ¡Don Paco! ¡Yo!

El Pollo L. ¿Tú?

Isidra. ¡Hace dos minutos!

El Pollo L. Debí temérmelo. ¡Ayayay!… *Tocándose con aire pesimista la cabeza.* ¡Esto ya es un queso podrido! No te convengo, nena.

Isidra. Eso me estaba maliciando yo.

El Pollo L. ¡Pues también con el niño ajeno se van a distraer éstos mucho! Es cosa que da muy buenos resultados ¡Excelentes!

Isidra. Amada está muy contenta con él, pero Laurencio no acaba de tragarlo. Ya ha habido entre ellos más de un rifirrafe a cuenta del niño.

El Pollo L. ¡Y los que habrá, si sigue en la casa! A ningún marido sin hijos le agrada que se le recuerde que no los tiene. ¡Un niño de un albañil en la casa propia es muy desagradable! Los niños, que los aguanten sus papás.

Isidra. ¿Ha merendado usted fuerte, don Paco?

El Pollo L. No, por cierto. Muy a mi gusto, sí. Con unas chiquitas jerezanas amigas mías… Me han dado tres pastelitos deliciosos y dos copitas de *Matusalén.*

Isidra. ¿De *Matusalén*?

El Pollo L. Sí: de *Matusalén:* sin sonrisita maliciosa. Un vino de dioses. *A Molina, que sale por la puerta de la derecha.* ¡Hola, Molineja!

Molina. ¡Hola, don Paco! ¡Cuántos días sin verlo!

El Pollo L. Dime: ¿dónde podría yo encontrar ahora a tu señorito?

Molina. No lo sé. Hoy es uno de esos días en que faya er *Saragosano.* La señora quisá lo sepa.

El Pollo L. ¿La señora? Con tu venia, Isidrita.

Isidra. Sí, señor.

El Pollo L. *Llevándose a Molina aparte.* Óyeme: ¿es cierto que don Tulio se marcha?

Molina. Sí, señó.

El Pollo L. ¿Adónde? ¿A París?

Molina. A París. Vaya con Dios bendito.

El Pollo L. Vaya con Dios.

Molina. Presume er don Tulio un poquito más e la cuenta. ¿No cree usté?

El Pollo L. Presume, presume. Cree que les quema a las mujeres las alas con sus ojos. ¡Petulante!

Molina. Sí; es una mijita pavo reá. Vaya con Dios.

El Pollo L. Yo nunca he sido así. Cuando los amigos me han preguntado en broma, envidiándome alguna conquista: «Paco, ¿qué les das?», siempre les he respondido lo mismo: «¡Dinero!».

Molina. Eso está grasioso.

El Pollo L. Claro que esa respuesta la daba yo cuando tenía dinero. ¡No sé el tiempo que hace!

Molina. A don Tulio se le podría contá aquer chascarriyo der moscón.

El Pollo L. ¿El del moscón? No caigo.

Isidra, apenas oye la palabra chascarrillo, entorna los ajos. La acomete un sueño mortal.

Molina. ¡Pos es muy antiguo! Un borracho que iba de noche pa su casa en Seviya, y de pronto un moscón le da un testaraso en la frente. Y er borracho lo busca en el aire y le dise, como encarándose con é: «Pero hombre, si no ves, ¿pa qué sales de noche?».

El Pollo L. ¡Ja, ja, ja! No lo conocía.

Molina. Y eso le diría yo a don Tulio: «Si no ves, ¿pa qué sales de noche?».

El Pollo L. Según me ha referido ésta —se ha dormido—, el señorito don Laurencio anda un poco descompuesto estos días.

Molina. Sí, señó. Y también la señora. Yantos ha habío y toa la pesca. Sopla Levante.

El Pollo L. ¡Gajes del matrimonio! El matrimonio es una institución vetusta, llamada a desaparecer.

MOLINA. Pos lo que es la señora de acá no pué sé más buena.

EL POLLO L. ¡Con todo! Te voy a contar yo a ti otro chascarrillo, también andaluz.

MOLINA. ¡Venga!

EL POLLO L. ¿Isidrita? Sigue dormida. No tiene nada de particular, pero… Es un buen hombre que va a confesarse y le dice al cura: «Padre, me acuso de que no me gusta el merengue de fresa». «¡Hijo, eso no es pecado! —le objeta el sacerdote—. Pero ¿por qué no te gusta una cosa tan rica?». «Padre, porque me lo ponen de postre a diario». «Hijo, pues no lo comas más que cuando quieras». «No puedo, Padre». «¿Por qué no puedes, hijo?». «¡Padre, porque es mi mujer, a quien yo le llamo el *merengue de fresa*!».

MOLINA. ¡Ja, ja, ja! ¡La má de oportuno!

A Isidra le entra una risa que apenas puede contener. El Pollo Lallave lo advierte.

EL POLLO L. ¿Qué le sucede a ésta? ¿Está soñando?

MOLINA. No tendría na de particulá.

EL POLLO L. Pues me contaron anoche uno aragonés, que es para revolcarse. Un fraile, que padecía dolor de muelas…

Isidra se levanta como por resorte y se va por la puerta de la izquierda.

ISIDRA. ¡Ése es muy fuerte!

EL POLLO L. ¿Eh? ¿Qué ha sido?

MOLINA. No sé. Será que ha sentío a la señora, que ahí baja.

EL POLLO L. ¡Ah! ¡Baja la señora! Pues se acabó el cuento. Anda con Dios.

MOLINA. Hasta luego, don Paco. *Acercándosele un instante.* ¿Va usté a í por Garsía de Paredes?

EL POLLO L. Eso pensaba.

MOLINA. Pos también ayí sopla Levante. Don Laurensio busca la salía. *Vase por la puerta de la izquierda.*

EL POLLO L. ¡Bah! Me tocará a mí consolar a la paloma. No será la primera vez.

Baja Amada, acompañada de Roquita. Trae revuelto el ánimo. Amada. ¡Vaya! ¡Ya pareció el perdido!

El Pollo L. ¿Eh?

Amada. ¡Era lo único que me faltaba!

El Pollo L. ¿Cómo? *Saludándolas.* Amada… Roquita… Tanto gusto… No he querido interrumpirlas en su confidencia.

Amada. Ha hecho usted bien. ¡Yo creí que se había usted muerto!

El Pollo L. ¿Eh?

Amada. ¡Un siglo sin venir por aquí, y otro que usted tiene!…

El Pollo L. ¿Se me ha echado de menos?

Amada. ¡Mucho!

El Pollo L. *Sin querer enterarse.* Eso me halaga extraordinariamente.

Amada. Yo pensé: ¡vaya, con los primeros fríos la entregó el Pollo! ¡No hay plazo que no se cumpla!

El Pollo L. ¡Je! ¿Y Laurencio?

Amada. Usted lo sabrá mejor que yo.

El Pollo L. ¿Yo? ¡Si acabo de llegar de la Siena, criatura!

Amada. No es inconveniente. Usted las caza al vuelo. ¡La costumbre de andar entre pájaras!

El Pollo L. ¡Canástoles! Me habla usted en un tono…

Amada. El que usted se merece.

El Pollo L. ¿Eh?

Roquita. Amada, por Dios; ten en cuenta… Discúlpela usted, don Francisco. Está muy nerviosa.

El Pollo L. Muy nerviosa; excesivamente nerviosa. Para mí, en una fase desconocida. Yo no la conocía en estos arrebatos ariscos.

Amada. Ni yo tampoco me conozco. Nadie conoce a nadie. Usted, ¿se conoce a sí mismo?

El Pollo L. ¡Puede que no!

Amada. ¡Y mire usted si hace años que se trata!…

El Pollo L. *Queriendo echarlo a broma.* ¡Bah! ¡Falló la excepción de la regla! ¡La única persona que no me hablaba de mi edad!

Amada. ¡Porque no me agrada la arqueología!

El Pollo L. ¡Bueno! Si usted me lo consiente, me retiro.

Amada. Vaya usted con Dios.

El Pollo L. ¿No me manda nada?

Amada. Sí; que me perdone.

El Pollo L. ¡Por Dios, Amadita! Hasta pronto, Roquita…

Roquita. Que usted lo pase bien.

El Pollo L. *Confidencialmente.* ¡Sopla Levante! ¡Un viento incomodísimo! No tengo nada que hacer aquí. *Se va por la puerta de la derecha.*

Parece que lleva las orejas calientes, pero no han cambiado de temperatura.

Roquita. ¡Lo has puesto en la calle!

Amada. ¡Mejor!

Roquita. Tía, pero ¿qué es esto? ¡Pobre hombre!

Amada. ¡Pobre hombre! Ha de compadecerse a todo el mundo menos a mí.

Roquita. ¡Llevas unos días…!

Amada. Sí, sí; unos días en que nadie puede aguantarme. ¡Ni yo misma! ¡Ay, Dios! ¡Qué poco me ha durado aquella templanza; aquel bienestar de mi espíritu!

Roquita. ¿Por qué razón, tía?

Amada. Por muchas. Dios lo sabe. Enriqueta tuvo la culpa. No, no ha sido Enriqueta sola. ¡Qué sé yo! Siento alfilerazos por todas partes y no acierto a ver de dónde vienen. El caso es que no piso en terreno firme; que me falta el suelo. Vivía en mi castillo de naipes y se me ha derrumbado de pronto.

ROQUITA. Créeme que es un desate de tu imaginación lo que tienes.

AMADA. ¿De mi imaginación? ¡Ni por pienso! Es la realidad la que me hiere de mil maneras. ¿Por qué se me ha de ir ahora Pascualín? Vamos a ver: ¿por qué?

ROQUITA. Mujer, todavía… ¿Quieres que yo le hable a Laurencio?

AMADA. No.

ROQUITA. Pues quizá consiguiera…

AMADA. Te engañas. Sobre que Laurencio la ha tomado ya con el chico, y no ha de haber paz entre nosotros mientras el chico siga aquí. Que le estorba, que le fastidia, que no quiere niños de nadie…

ROQUITA. ¡Vaya por Dios! A lo mejor ésos son celos.

AMADA. ¿Celos?

ROQUITA. De que quieras a alguien más que a él. En los matrimonios hay celos de todo; de los padres, de los hermanos, de los amigos…

AMADA. ¡No; no son celos! Yo sé muy bien lo que son celos… y no son celos lo que él siente. ¡Sufro mucho, Roquita! ¡Y todo el mundo me cree tan dichosa!

ROQUITA. Pero eres tú quien se busca el tormento.

AMADA. ¿Yo, verdad? Pues ¿por qué Laurencio me quita a Pascualín?

ROQUITA. Quizá un hombre que no tenga hijos propios pueda sentirse mortificado…

AMADA. ¿Mortificado?

ROQUITA. Y luego, como en realidad el chico es un poquito cafre…

AMADA. Sí; eso, sí; es un poquito cafre. ¡Claro que eso mismo me hace a mí gracia! ¡Dice unas picardías!… Y con su media lengua ¡le salen tan saladas!…

ROQUITA. Vale la pena de educarlo y de hacerlo hombre.

AMADA. ¿Verdad que sí?

ROQUITA. No lo abandonaremos, no. Además, tiene suerte. Ya te he dicho que le ha salido otro padrino. Ya hay quien quiere llevárselo si se va de aquí.

AMADA. Sí; eso me has dicho. ¿Persona conocida mía?

ROQUITA. Sí.

AMADA. ¿Quién es? Me alegro de que me sea conocida. ¿Quién es?

ROQUITA. *Con una particular turbación.* Tulio.

AMADA. *Emocionada.* ¿Tulio?

ROQUITA. Sí; Tulio.

AMADA. *Procurando rehacerse.* ¿Se lo va a llevar a sus abuelos?

ROQUITA. Me ha hablado de un colegio en París. La cuestión es amparar al arbolillo; ponerle un tutor…

AMADA. ¡Claro!

ROQUITA. Y como yo suelo ir a París con frecuencia… pues lo veré bastante.

AMADA. ¿A Tulio?

ROQUITA. A Pascualín. Y a Tulio también, naturalmente.

AMADA. ¡Claro! Supongo que nadie verá mal que yo le agradezca eso a Tulio.

ROQUITA. ¡Nadie! Tulio es un hombre de corazón.

AMADA. De corazón y de talento.

ROQUITA. *Sonriéndole, con intención, y bajando la voz instintivamente.* Y está enamorado de ti.

AMADA. ¿De mí? ¿Qué dices?

ROQUITA. De ti, sí; está enamorado. Por difícil que sea leer en su frente, yo he sabido leer.

AMADA. Y ¿has leído eso?

ROQUITA. He leído que lamenta que no seas libre.

AMADA. ¡Sí que sabes leer! Así mismo me lo declara en una carta de despedida que me ha escrito. La ha hecho llegar a mí por medio de Segunda, mi doncella. ¡A quien voy a poner en la calle, como comprenderás!

ROQUITA. Y ¿te dice eso mismo?

AMADA. ¡Y cien cosas galantes más! ¡Qué carta, Roquita! Tengo que confesarme de ella. Porque la he escondido. Me ha faltado decisión para

quemarla sin volverla a leer.

ROQUITA. Pues quémala, quémala; que eso es peor que Pascualín.

AMADA. Al final me dice: «¡Quién tuviese en la vida una compañera cuya sombra fuera uno mismo! Detrás o delante de su cuerpo; según donde estuviese la luna».

ROQUITA. *Temblorosa.* ¡Hermosas palabras para oídas por una mujer que pudiera escucharlas libremente!

AMADA. Verdad que sí. *Deleitándose en la repetición de las palabras.* «¡Detrás o delante de su cuerpo… según donde estuviese la luna!…».

ROQUITA. ¿Viene por aquí?

AMADA. ¿Quién? ¿Tulio?

ROQUITA. Sí.

AMADA. Algunas tardes… Viene y me obliga a tocar el piano, que yo tenía olvidado ya… ¡Como es tan aficionado a la buena música!…

ROQUITA. Laurencio también, ¿no?

AMADA. También. Pero a Laurencio le gusta más la música ligera.

Sale por la puerta de la izquierda Isidra, en traje de calle. Isidra. ¿Quieres algo de la calle, Amada?

AMADA. No.

ROQUITA. Yo me voy contigo. ¿Adónde vas?

ISIDRA. Al Correo.

ROQUITA. ¿Al Correo? ¿A estas horas? ¿Vas en *taxi*?

ISIDRA. ¡Ca! Voy a pie. Si lo de menos es la carta. Salgo por hacer ejercicio. No quiero engordar.

ROQUITA. ¿Tú? ¡No te preocupes!

AMADA. No lleva ese camino, ¿verdad?

ROQUITA. ¡Todo lo contrario!

ISIDRA. Pero más vale curarse en salud. A diario escribo mi cartita, y pian pianito voy a echarla al Correo. Este paseo no me lo quita nadie.

ROQUITA. Y ¿para quién es esa carta diaria?

ISIDRA. Para mí.

ROQUITA. ¿Cómo para ti?

ISIDRA. Para mí, para mí. ¡Si no es más que motivo para el paseo! Me escribo a mí misma y me contesto al día siguiente.

ROQUITA. *Asombrada.* ¡Señores!…

AMADA. *Riendo.* ¡Tiene mucha razón Pascualín!

ROQUITA. ¿Qué dice Pascualín?

AMADA. ¡Que es tonta *pedía*!

ISIDRA. ¡Ja, ja, ja!

ROQUITA. Y sí que lo es.

ISIDRA. ¡Y debo de serlo, porque coincide todo el mundo!… ¡Y a mí ha llegado ya a hacerme gracia!

ROQUITA. También lo creo. Anda, vámonos.

AMADA. ¿Vendrás a cenar luego?

ROQUITA. Sí, sí; descuida.

AMADA. Pues id con Dios.

ISIDRA. Hasta ahora.

Se marcha con Roquita por la puerta de la derecha.

Pausa. Amada va y viene indecisa.

AMADA. ¡Pobre Pascualín! ¡Qué lástima que me lo quiten!… Y menos mal… ¿Dónde andará ahora?… *Llamando hacia la izquierda.* ¿Pascualín? ¿Pascualín?

En la puerta de la derecha aparece Tulio.

TULIO. ¿Amada?

AMADA. ¿Eh? *Volviéndose.* ¡Tulio!

TULIO. ¿No me esperaba usted?

AMADA. ¡No! Después de su carta…

TULIO. Discúlpeme. Ya le diré…

AMADA. ¿Ha visto a Isidra y a Roquita?

TULIO. Sí. Me he encontrado con ellas. Y les he ofrecido mi coche. Pero a la cuenta quieren dar un paseo.

AMADA. Sí.

TULIO. Cálmese usted, amiga mía… La veo a usted confusa, turbada… Nada tema. Otra vez le pido disculpa. No sé si es valor o cobardía; pero después de escrita mi carta despidiéndome, he deseado venir a decirle a usted adiós frente a frente.

AMADA. ¿Sabe usted que ahora no está en casa Laurencio? La verdad.

TULIO. La verdad; sí.

AMADA. ¿Por qué ha venido entonces, Tulio?

TULIO. Porque mi adiós trae consigo algo que a Laurencio molesta; y hubiera sido más que indiscreto hablar ante él…

AMADA. No comprendo…

TULIO. ¿No comprende? Déjeme usted seguir. Ya le he advertido que nada tema.

AMADA. A pesar de ello… Nada debiera nunca temer de usted, y temo, sin embargo… ¿Qué doble fondo hay al fin en todas sus acciones, que siempre me hace usted recelar?…

TULIO. ¡Amada! ¡Amiga mía!

AMADA. Sí. ¿Por qué me asegura usted en su carta que se despide de mí por escrito para no enojarme con su presencia, y aun para no llegar sino hasta donde quiera con la pluma, y viene luego a pesar de ello? Yo perdono esa carta…

TULIO. ¿La perdona usted?

AMADA. ¡Y ya es bastante! Más que por lo que expresamente dice, por lo que sugiere… ¡Ya es bastante que la perdone! ¡Pero que venga usted a verme a sabiendas de que estoy sola… y después de esa carta, eso, Tulio, no puedo pasarlo sin protesta!

TULIO. ¿Ni aun cuando le diga que quien principalmente me trae es Pascualín?

AMADA. ¿Pascualín?

TULIO. Pascualín.

AMADA. Eso dirá usted; pero esta vez no me lo creo del todo.

TULIO. Pues es cierto. De ahí que haya preferido que Laurencio no esté. ¡Laurencio lo detesta! ¡Pobre chico!

AMADA. No, no es que lo deteste; es que le incomoda, que le fastidia…

TULIO. ¡Que no lo puede ver! No le dé usted vueltas. Lo tiraría por un balcón, si le valiese.

AMADA. ¡Jesús!

TULIO. ¡Si conoceré yo a Laurencio!

AMADA. ¿Y yo, no?

TULIO. Peor que yo; porque le ha traído usted a su casa lo que más puede exasperarlo: ¡un niño! Jamás he visto a Laurencio en la calle detenerse con alguna criatura, tomarle la carita, darle unos cuartos para caramelos… ¡Jamás! Tiene Laurencio otras ternuras… pero le falta ésa.

AMADA. ¿A usted, no?

TULIO. A mí, no. La prueba es que le he prometido a Roquita llevarme a Pascualín conmigo a París si sale de esta casa.

AMADA. Acaba de decírmelo ella.

TULIO. ¡Ah! ¿Lo sabía usted ya?

AMADA. Acaba de decírmelo.

TULIO. Y ¿se ha alegrado usted? La verdad, Amada.

AMADA. Me he alegrado, sí. Preferiría que se quedase aquí conmigo; pero me he alegrado.

TULIO. ¿Le ha tomado usted ley?

AMADA. ¿Quién no?

TULIO. ¿Quién no?

AMADA. Se hace querer… Bastaría para ello pensar en su desamparo, en su orfandad… Pero, además, ¡es tan travieso, tan tunante… y tan bonito!

TULIO. ¡Tan bonito! Usted misma me ha hecho quererlo a mí. Y además, Amada, voy a confesarle a usted un pequeño crimen: en la inocente carita de Pascualín… yo he robado algunos besos de usted.

AMADA. ¡Tulio!

TULIO. No se enoje usted mucho, amiga mía.

AMADA. ¿No he de enojarme, si me ha ofendido usted?

TULIO. No he creído ofenderla.

AMADA. ¿Diciéndome lo que me ha dicho?

TULIO. ¿Qué es lo punible: el hecho o la confesión de él?

AMADA. ¡Las dos cosas! *Gravemente.* ¿Cuándo se marcha usted a París?

TULIO. Mañana.

AMADA. Lo celebro. Y si quiere usted conservar mi amistad, esta amistad que tanto pondera, le aconsejo que en adelante sea más discreto; más comedido.

TULIO. Lo seré. Me interesa ya la amistad de usted, me interesa usted más que todo en mi vida.

AMADA. ¡No insista, Tulio!

TULIO. En eso, ¿por qué no? Es mi sentir. Amada. Y usted no es responsable de ello.

AMADA. Pero creo que falto a mi deber oyéndoselo decir tantas veces. Una cosa es que yo, en lo íntimo de mi alma… *Se detiene.*

TULIO. Siga usted.

AMADA. No; no sigo. Quede esto aquí.

TULIO. A su gusto. Pero sí me permitirá usted decirle, sin la menor sombra de vanagloria por mi parte, para que mis palabras no puedan lastimarla ni ruborizarla, que me voy de España esta vez como nunca: con una incurable melancolía del corazón.

AMADA. ¿Incurable? *Palideciendo, temblando, a su pesar.* Y ¿no se lleva usted ningún lenitivo?

TULIO. ¿Se refiere usted a esa criatura?

AMADA. ¡No! ¡A otra!

TULIO. ¿A otra?

AMADA. Sí; a otra… bastante menos inocente. ¿Va con usted también, o es tal vez el hecho forzoso de dejarla el que le produce ésa melancolía

incurable?

TULIO. No tiene usted ninguna razón para burlarse así de mi sentimiento. ¿De qué me habla usted? ¿De quién me habla usted?

AMADA. No me ponga usted en el bochorno de decírselo. De más sabe usted a quien me refiero. ¡Es público y notorio en Madrid!

TULIO. ¿Qué, Amada?

AMADA. ¡Que tiene usted una amante, señor! ¡Ya lo dije! ¿Qué pensaba usted, que soy tan simple que he de creerme cuanto a mí se refiera y no he de saber nada de lo demás?

TULIO. En verdad, no me explico… Si todo lo malo que ha averiguado usted de mí es que tengo una amante…

AMADA. ¿Se atrevería usted a negarlo, Tulio?

TULIO. ¡Como niego todo lo que no es cierto!

AMADA. Le advierto a usted que a mí no me interesa que tenga usted una, dos, quince, veinte… ¡Me da lo mismo! Rubias, morenas, pelirrojas… ¡Igual me da! Si le he aludido a usted a ello ha sido porque me sublevo siempre contra la hipocresía; porque me ha dado rabia de oírlo a usted, pintándoseme tan melancólico a cuenta de esta despedida, cuando a lo mejor lo está usted a cuenta de la otra: ¡de la Conchita ésa!

TULIO. ¡Ah!… ¡Qué horror, Amada!

AMADA. ¿Se avergüenza usted?

TULIO. No de mí, ciertamente. ¿Es Laurencio quien le ha dicho a usted…?

AMADA. Me lo ha dicho quien bien lo sabe.

TULIO. No ha podido ser sino Laurencio. A nadie más que a él puede importarle que crea usted tamaña mentira.

AMADA. ¡Tulio!

TULIO. Se me ataca con ella y yo he de defenderme. Yo no tengo amante ninguna. Yo me voy a París con un amor nuevo: con la obsesión de una mujer a quien adoro…

AMADA. ¡Tulio!

TULIO. *Conteniendo la voz.* ¡A quien adoro! ¡Y con la tristeza de verla en brazos de quien no la merece!

AMADA. ¡Calle usted!

TULIO. Ahora me es imposible callar. Pídale a Laurencio que le jure a usted por su vida que yo soy el amante de esa mujer.

AMADA. ¿Cómo?

TULIO. ¡Usted verá como no se lo jura!

AMADA. ¿Y si me lo jurase?

TULIO. ¡No lo crea tampoco! ¡No lo crea!

AMADA. ¡Oh! ¿Me engaña, entonces?

TULIO. ¡Sí!

AMADA. ¡Oh! ¿Es él quizá?… ¡Era verdad lo de Enriqueta! ¿Es él? ¡Oh! ¡Qué infamia! ¿Es él, Tulio, es él?

TULIO. No conseguirá usted que yo lo acuse.

AMADA. ¡Oh, no! ¡Si ya no es preciso! ¡Si cien voces me lo vienen diciendo hace días! ¡Infame! Pero ¿cómo he estado tan ciega? Y ¿por qué le atribuye a usted…?

TULIO. Liviandad… desenfado… Tal vez venganza de celos inconscientes…

AMADA. ¡No hable usted de celos ahora, que he caído en el infierno de ellos! Una prueba pido a su lealtad, amigo Tulio.

TULIO. Pida usted.

AMADA. No invoco en este caso ni su amistad, tan exaltada por usted, ni mucho menos ese amor que me ha confesado hace un instante; no invoco más que mi desventura.

TULIO. Pida usted.

AMADA. Usted que, ahora se lo declaro, tantas veces ha hecho nacer en mi alma como una luz desconocida…

TULIO. ¡Amada!

AMADA. Deme la luz que puede darme en estas tinieblas en que estoy. De tanto como quiero ver, voy ciega: lléveme de su mano. Usted sabe de él

más que nadie: ¡dígame cuanto sepa!

TULIO. *Resistiéndose.* Amada…

AMADA. ¡Dígame cuanto sepa! ¡Por cuanto callamos los dos! ¿Me lo dirá, Tulio?

TULIO. ¿Qué me pedirá usted ya que yo le niegue? Pero aquí, no.

AMADA. ¿Aquí, no? ¿Por qué?

TULIO. No es discreto, Amada. Aquí, no. ¿Quién impide que él llegue?… Usted no sabría reprimirse… disimular…

AMADA. No, no sabría.

TULIO. Y aunque él no llegase… las paredes oyen… Ese Molina es de una fidelidad de perro… No es prudente, no.

AMADA. Entonces… ¡Yo no puedo vivir ya ni un minuto más sin saberlo todo!

TULIO. Pues ahora mismo puede ser.

AMADA. ¿Ahora mismo? ¿Dónde?

TULIO. Verá usted. Yo he de ir en seguida a casa de Enriqueta a decirle adiós.

AMADA. ¿A casa de Enriqueta?

TULIO. Es amiga de usted… Allí puede usted ir sin recelo de nadie… y allí coincidimos.

AMADA. ¿Ahora?

TULIO. Ahora.

AMADA. Conformes. Váyase usted y espéreme allí.

TULIO. Bien.

AMADA. Sí, sí; está bien, está bien. En casa de Enriqueta… Ella también sabe… Está bien. Le debo esta reparación.

TULIO. Pues adiós, Amada. Allí la espero. No olvide usted que hago esto porque usted me lo ruega. Yo me hubiera callado siempre. Yo aspiraba a reinar en su alma de usted, no por agravios de él, no por traiciones suyas, sino por ser quien soy y como soy.

AMADA. Silencio, Tulio… Déjeme. Espéreme allí.

TULIO. Allí la espero.

AMADA. ¡Volando voy! *Sube, murmurando atormentadamente.* Sí, sí… Hay que vivir con la verdad… ¡Qué atroz desengaño! ¡Infame, infame!… ¡La verdad… saber la verdad!… ¡Toda! ¡toda!

TULIO. *Marchándose, después de mirarla subir.* ¡Ya es mía!

Pausa. Baja Molina considerando la extraña actitud en que ha visto a Amada entrar en sus habitaciones.

MOLINA. ¡Nunca he visto así a la señora! ¡Va sonámbula! *Asomándose por la ventana al jardín.* ¿Acabará de irse a Fransia ese mal ánge? ¿A que le ha contao…? *Se retira de la ventana y medita un poco.*

Así lo sorprende Laurencio, que por la puerta de la izquierda viene de la calle.

LAURENCIO. ¡Molina!

MOLINA. ¿Eh? Señorito, ¿usté?

LAURENCIO. ¿Te sorprendes? Pues ¿no me has avisado por teléfono…?

MOLINA. Que había yegao la hermana der señorito…

LAURENCIO. Eso es.

MOLINA. Y que quería hablá cuanto antes con er señorito.

LAURENCIO. Justo.

MOLINA. Pos resurta, señorito, que no hay tar cosa… sino que yo me confundí… ¿usté me comprende?… Me confundí, porque… ¡Vamos!…

LAURENCIO. *Remedándolo.* ¡Ya está!

MOLINA. *Cuadrándosele militarmente.* Perdone usté, mi capitán, si pasé de la raya.

LAURENCIO. Baja la mano. *Dándole gabán y sombrero.* Ten ahí. ¿Y la señora?

MOLINA. Arriba en su cuarto creo que está.

LAURENCIO. *Con fingida indiferencia.* ¿Ha venido alguien?

MOLINA. Er señorito Tulio ha estao de visita.

LAURENCIO. ¡Ah! ¿sí? ¿Ha habido música?

MOLINA. No, señó. La visita ha sío aquí. Y ha estao hasta ahora mismo. Si er señorito yega a vení por la puerta grande, aquí lo piya.

LAURENCIO. No me interesa… ¿Alguien más?

MOLINA. La profesora de los tontos.

LAURENCIO. ¿Roquita?

MOLINA. Sí, señó. Con eya ha estao la señora charlando mucho tiempo. Paese sé que ya ha dao con quien se haga cargo der niño.

LAURENCIO. ¡Loado sea Dios! ¡Nos quitamos de encima esa alhaja! ¿Quién es el benemérito; lo has oído?

MOLINA. ¿Er qué?

LAURENCIO. La persona que va a llevarse a Pascualín.

MOLINA. Er señorito Tulio.

LAURENCIO. *Disimulando su contrariedad.* ¡Canástoles! —como dice el Pollo.

MOLINA. Se conose que se va a meté también a maestro'escuela.

LAURENCIO. No; es que es un espíritu filantrópico y exquisito… Sólo que todavía no sé yo lo que haremos con el niño ése… Tal vez haya yo exagerado…

MOLINA. Don Paco Layave también ha estado aquí.

LAURENCIO. ¿Volvió ya de su francachela? Pues a ése siento no haberlo visto.

MOLINA. Pos la señora, que no sé lo que ha comío en la merienda, le sortó un rosión que va a tardá en secarse.

LAURENCIO. ¿Sí, eh? Entonces tú me lo buscarás, que yo voy a necesitarlo.

MOLINA. ¡Ya está! Ayí.

LAURENCIO. Allí, ¡claro! Déjame.

MOLINA. ¡Ya está! *Vase por la puerta de la izquierda.*

LAURENCIO. *Después de un paseo silencioso.* ¡Buenas lecciones me está dando la vida! ¡Necio seré si no las aprovecho todas! *Amada se ha puesto abrigo y sombrero y baja anhelosa, a impulsos de la creciente obsesión que la posee. Flechada como va hacia la puerta, no repara en Laurencio. Éste, sorprendido al mirarla, se estremece de arriba abajo sacudido por una brusca revelación.* ¿Eh? ¿Qué es esto? *Deteniéndola con un grito en la misma puerta.* ¡Amada! ¿Dónde vas?

AMADA. *Volviéndose, aterrada, hacia él.* ¡Oh!

LAURENCIO. ¿Dónde vas?

AMADA. ¡Jesús, Dios mío!

LAURENCIO. *Acercándosele.* ¿Te he asustado?

AMADA. ¡Claro que sí!

LAURENCIO. ¿Por qué?

AMADA. Porque no te esperaba.

LAURENCIO. ¿No me esperabas?

AMADA. No… Te despediste hasta más tarde… Ibas a ir al teatro… No te esperaba, no…

LAURENCIO. Bien denota tu turbación que no me esperabas.

AMADA. ¿Eh?

LAURENCIO. ¿A dónde vas?

AMADA. *Dominándose y desafiándolo.* ¿Y tú, de dónde vienes?

LAURENCIO. No eludas mi pregunta. Yo vengo a mi casa, y tú, que nunca sales de ella sin que lo sepa yo, ibas a salir ahora precipitadamente, con extraño anhelo, turbada, trastornada… ¡Has de explicarme esto! ¿A dónde ibas?

AMADA. Tan mal acostumbrado te tengo a soportar con resignación tu abandono, que te alborotas porque en un instante, sin tu venia, me dispongo a ir a ver a una amiga.

LAURENCIO. ¿Y ese temblor de tus palabras?

AMADA. ¿Este temblor? ¿No será el temblor de tu conciencia, que llega a mí, como llega todo lo tuyo?

LAURENCIO. ¿De mi conciencia?… No sé lo que dices. Pero, en fin, ¿qué amiga es ésa a quien ibas a visitar tan impensadamente?

AMADA. Enriqueta.

LAURENCIO. ¿Enriqueta?

AMADA. Enriqueta, sí. Ya sé que no quieres que la vea; pero se me queja de mi alejamiento… y como no tengo motivo, la verdad, le he avisado que iría un rato a hacerle compañía.

LAURENCIO. ¿A Enriqueta?

AMADA. A Enriqueta; ya te lo he dicho.

LAURENCIO. Pues iremos juntos.

AMADA. Iremos juntos. Nada deseo nunca más que tu compañía. Iremos juntos a ver a Enriqueta. Y luego iremos juntos también adonde tú estabas.

LAURENCIO. Yo estaba en el teatro.

AMADA. Antes de ir al teatro.

LAURENCIO. Antes, estaba aquí.

AMADA. Me refiero a la estación intermedia.

LAURENCIO. ¡No involucres! ¡Para engañarme a mí hay que mentir un poco mejor!

AMADA. ¿Que yo miento?

LAURENCIO. Dejo a un lado que me moleste ya esta amistad tuya con Enriqueta, que es mujer que día a día va bajando por escalones muy resbaladizos, y pretende envolverte a ti para que la acompañes en sus aventuras; no he de insistir sobre ello en este instante. ¡Ahora lo que me importa es averiguar por qué me has mentido!

AMADA. ¡Yo no te he mentido, Laurencio!

LAURENCIO. ¡Sí me has mentido, Amada!

AMADA. ¡Entre nosotros dos, todas las mentiras son tuyas!

LAURENCIO. *Sublevándose.* ¡Pues alguna vez habías tú de empezar, por lo visto!

AMADA. Me habré contagiado de tu boca.

LAURENCIO. Contagio o no, mal puede esperarte esa mujer, que está ahora mismo en el teatro de donde yo vengo.

AMADA. ¿Enriqueta?

LAURENCIO. Enriqueta. Está con su grupo… con su cortejo… y a cien leguas de esperar esta visita tuya.

AMADA. *Desconcertada.* Entonces… entonces…

LAURENCIO. ¿Entonces, qué?

AMADA. ¡Habré yo sido víctima de un engaño más!… ¡Como vivo entre ellos!… *Se quita y deja sombrero y abrigo.*

LAURENCIO. Otro contagio, ¿no? ¡Amada, es inútil que finjas!

AMADA. ¡Yo no sé fingir!

LAURENCIO. ¡Te habré yo enseñado también!

AMADA. ¡Es posible!

LAURENCIO. Enriqueta no está en su casa; pero al pasar yo ahora por allí he visto entrar en ella a un amigo mío.

AMADA. *Delatándose.* ¿Lo has visto entrar?

LAURENCIO. ¡Ah! ¡Cómo lo adiviné todo al mirarte! ¡No; yo no he visto entrar a ese hombre; esto sí que ha sido fingimiento para descubrir la comedia; pero ahora, sin más indagaciones ya, sé que se ha marchado hace un momento de mi casa para esperarte allí! ¿Lo niegas?

AMADA. ¡No! ¡Allí me espera y allí iba yo!

LAURENCIO. ¡Pues iremos juntos!

AMADA. ¡Iremos! Pero no sin que sepas antes que yo llevaba la seguridad de encontrar a mi amiga; que ni en apariencia quería ofenderte; y que iba encendida de celos tuyos, a saber de ti y de tu vida todo lo que ellos, que la conocen, quisieran contarme.

LAURENCIO. ¡Ah, canalla!

AMADA. ¿Cuál? ¿Él o tú?

LAURENCIO. ¡Él, cien veces! ¡Y traidora tú, que le has dado oídos!

AMADA. ¿Yo, traidora? ¿Y me lo llamas tú?

LAURENCIO. *Yendo a ella y sacudiéndola violentamente en un terrible impulso de celos.* ¡Amada, mi ciega confianza en ti me ha perdido! ¡Has de decirme hasta qué punto… hasta dónde, entre ese hombre y tú…! ¡Habla! ¡Habla! ¡Te escucho como nunca!

AMADA. ¡Qué dolor!… ¡Me escucha como nunca… para esto!

LAURENCIO. ¡Habla!

AMADA. No me mires con esos ojos de asesino; sé que no me matas. ¡Quisiera ser culpable un segundo siquiera, por el placer de ver en ellos la llama de un amor capaz de matarme!

LAURENCIO. ¿Qué dices?

AMADA. Pero no la veré, no la veré; no tiemblo. Porque no tengo culpa, y porque, para matar, hay que querer mucho. Ese hombre… ese amigo a quien tú has traído a esta casa, se ha prendado de mí; se ha prendado de mí, empujado por tu liviandad, por la dejación que ha visto que haces constantemente de tu esposa. ¡Oh, si yo no fuera quien soy! ¿Cómo, tan débil, conservé esta firmeza? Esta tarde, despidiéndome de julio, lo acusé entre bromas y veras de que tenía una amante; y estalló su cólera, y tras ella vino la verdad.

LAURENCIO. ¿Qué verdad?

AMADA. ¡La que tú me ocultas, infame! ¡Que la amante es tuya!

LAURENCIO. ¿Mía?

AMADA. ¡Tuya, sí! ¡Y para enterarme de todo!, ¡de todo! ¡iba yo a ir a casa de esa amiga! ¡Traidor! ¡Más que traidor! ¡Iba por cariño tuyo… y todavía me acusas! *Llora.*

LAURENCIO. Pero ¿cómo ha podido decirte ese hombre…?

AMADA. ¿Qué?

LAURENCIO. ¡Semejante invención!

AMADA. *Con dolor; dignamente.* Laurencio: te he creído siempre; me has engañado a tu placer, valido de mi amor, de mi credulidad. ¡No pretendas engañarme ahora, confesándome una verdad amañada a tu gusto! ¡Piensa que la mitad de la verdad es mayor mentira que un engaño completo! Estamos en un punto de nuestra vida en que sólo la sinceridad de los dos puede sacar a

flote la única verdad que nos interesa: la de nuestra ventura. Mira lo que haces de ella.

LAURENCIO. Amada…

AMADA. Yo, hasta ahora, soy capaz del perdón; pero ya no sería capaz de seguir viviendo traicionada.

LAURENCIO. *Acogiéndose a tanta nobleza.* Pues si aún eres capaz de perdonar, ¡perdóname!

AMADA. ¡Laurencio!

LAURENCIO. ¡Sí! ¡Cuanto te hayan contado y puedan contarte de mi vida, es cierto!

AMADA. ¡Laurencio! *Tras un hondo sollozo, rompe a llorar desaladamente.*

LAURENCIO. ¡No llores! Pero ¿cómo no has de llorar? ¡Llora, llora! ¡Un perdón tan generoso no se da sin lágrimas! ¡Insensato de mí, que a cada paso me he jugado tu corazón como a un azar! Sabía cuánto valía, pero he necesitado de esta experiencia en riesgo de perderlo. Yo te juro que todos mis desvíos, que todas mis traiciones han sufrido su justo castigo en un segundo. ¡Todos! ¡En un segundo! ¡Cuando te vi bajar y correr a esa puerta, y pensé que te aguardaban los brazos de otro hombre! *Estremecido, horrorizado.* ¡Oh! ¡Ni recordarlo quiero!

AMADA. *Abrazándolo.* ¡Laurencio! ¡Ahora sí que eres mío! Laurencio. ¡Tuyo!

AMADA. ¡Y tuya, más que nunca, yo! ¿Dónde están mi entereza, mi furia, mis celos?

LAURENCIO. ¡Vencidos en mis brazos!

AMADA. ¡Y así quiero yo que siempre sea! Pero no lo olvides: soy débil, maleable; blanda cera; barro pecador… El fuerte eres tú. Moldéame a tu gusto, no me abandones a la voluntad de los demás, no se desmorone también esta última torre en que aún he sabido defenderme… Mira que la maldad es más terca que la bondad. ¡Le pido a tu amor su alianza! ¿Es mucho pedir?

LAURENCIO. No pides más que lo que mereces; lo que te debo; lo que te juré.

Amada. Pedazo de tierra es mi corazón; ¡labra en ella, Laurencio, labra en ella!…

Laurencio. Labraré; tú has de verlo. Te pareceré otro; el que creías que era: el que tengo que ser para ti.

Amada. ¿Por qué ahora te oigo y ya no dudo?

Laurencio. Antes de bajar tú, a solas con mis pensamientos, en un instantáneo examen de conciencia, me llamé necio si no aprovechaba las lecciones que la vida me ha venido dando. ¡Y aún me faltaba la mayor!… Seré otro, Amada; seré el tuyo. Tú lo has de ver.

Amada. Pena que es última, no es pena. ¿Será la última? Laurencio. ¡Tú lo has de ver! En nuestro matrimonio hoy comienza otra luna.

Amada. ¡Hoy comienza otra luna!…

Laurencio. ¡Hoy nos hemos vuelto a casar!

Se abrazan. Oportunamente aparece por la puerta de la derecha Roquita.

Roquita. ¿Estorbo?

Laurencio. ¡Oh! ¡Roquita!

Amada. *Muy alegre.* ¡Roquita! *A Laurencio.* ¡La he invitado a cenar!

Roquita. Pero este matrimonio…

Laurencio. ¡Este matrimonio es como muchos! Amada. Riñe… y hace las paces luego.

Roquita. Y ¿en qué quedamos de Pascualín, entonces? Laurencio. ¡En que no se mueve de esta casa! ¿Quién piensa en otra cosa, criatura?

Amada. *Transportada de dicha.* ¡Laurencio!

Roquita. ¡Vaya, yo no ceno esta noche aquí! Laurencio. ¿No?

Amada. *Riéndose.* ¡Qué tonta es esta sabia!

Roquita. ¡Ha cambiado mucho el ambiente! ¡No ceno con vosotros! ¡No ceno!

Amada. ¡Ja, ja, ja! Pues mira, se me ocurre una idea feliz. Tulio nos espera ahora mismo en casa de Enriqueta: llégate tú y dile de mi parte…

Laurencio. ¡Y de la mía!…

Amada. Que no se moleste en esperarnos más… porque nos quedamos en casa a cenar juntos.

Laurencio. ¡Amada!

Roquita. ¡Magnífico! ¡Se lo diré!

Amada. Y como tú eres una muchacha muy moderna, muy libre, que se ríe de todo lo que hasta aquí se han llamado conveniencias sociales, engatúsalo… ¡y que te lleve a cenar a su hotel!

Roquita. ¡Oh! ¡Sería un programa completo! ¡Si a ese hombre le gustase yo siquiera la mitad de lo que él me gusta…!

Amada. ¿Qué te parece la hormiga de la Ciencia?…

Roquita. Pero ¿qué creéis? ¿Cómo nos juzgáis? ¡Las hormigas de la Ciencia y todas las hormigas, antes que con nada sueñan con el propio hormiguero!

Laurencio. Pues, nada; vas a coger en un buen momento a ese hombre. ¡Duro con él! Y vente mañana a almorzar y a despedirte de nosotros.

Roquita. ¿A despedirme? Pero, qué, ¿os vais?

Amada. *Un poco perpleja.* ¿Nos vamos?

Laurencio. Dentro de un par de días: ¡a Italia!

Amada. ¿A Italia? ¡Laurencio!

Laurencio. ¡Y luego… morirnos!

Amada. ¡Ja, ja, ja!

Roquita. Vaya, vaya… ¿Viaje de recreo?

Amada. ¡No! ¡Viaje de novios!

Mientras se abrazan, dichosos, nuevamente, Roquita se retoca el lindo rostro con una borlita, ante un espejo de su bolso.

FIN DE LA COMEDIA

Sevilla, mayo. El Escorial, agosto, 1926.

CAMBIO DE SUERTE

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO INFANTA ISABEL** el 1 de diciembre de 1926

A ANGELINA VILAR,
que realiza el milagro de ser a la vez
inteligente, bella y simpática, sus
buenos amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMANTINA.	ANGELINA VILAR.
PETRA.	HERMINIA MÁS.
DON RÓMULO.	SALVADOR MORA.

CAMBIO DE SUERTE

Gabinete elegante en casa de Amantina, en Madrid. Sendas puertas al foro y a la izquierda del actor. Es por la tarde.

En el interior de la casa alguien toca al piano una pieza de música alegre. Por la puerta del foro sale luego Petra, que conduce a Don Rómulo. Petra es una doncella muy mona, madrileña de casta, y Don Rómulo, un hombre de estudio, más que maduro ya, absorto y distraído. Viene de levita y guantes negros.

Don Rómulo. ¿Recibe la señora?

Petra. Sí, señor; ¡qué hacer!

Don Rómulo. ¿No es inoportuna mi visita?

Petra. No, señor; ¡que va!

Don Rómulo. Podía estar ocupada…

Petra. ¿No oye usté el piano?

Don Rómulo. ¿El piano? ¿Es la señora quien lo toca?

Petra. ¡*Claroco*!

Don Rómulo. ¿*Claroco*? Después de todo, casi es natural… Hace ya más de un año…

Petra. ¿Qué?

Don Rómulo. Nada; hablaba entre mí.

Petra. ¿A quién le anuncio?

Don Rómulo. Pues a… Mejor será que le pases una tarjeta.

Petra. ¡Ni que decir tiene!

Don Rómulo. *Dándole una que saca de su cartera.* Toma. *Petra va a marcharse, cuando lee la tarjeta y exclama:* Petra. ¡Anda, Dios!

Don Rómulo. ¿Anda, Dios? ¿Qué ocurre?

Petra. ¿El señor es la condesa viuda de Sánchez?

Don Rómulo. ¿Eh?

Petra. ¡Eso es lo que dice la tarjeta!

Don Rómulo. ¡Demonio! ¡Qué cabeza la mía!

Petra. ¡Pa chasco, si la llevo!

Don Rómulo. Trae acá, chica, trae acá…

Petra. ¡Mi madre! ¡Usted podría ser el señor Sánchez, pero su viuda…!

Don Rómulo. ¡Ni Sánchez tampoco, si su viuda se ha hecho ya tarjetas! ¡En paz descanse el pobre señor! Toma, toma la mía. *Fijándose en ella antes de dársela.* Leganitos, cuatro. Sí. Aquí vivo con mi mujer. Ahora no me equivoco. Ten ahí.

Petra. En seguida vendrá la señora. *Yéndose por la puerta de la izquierda.* ¡Qué señor! ¡Parece de las «Pompas Fúnebres»!…

Don Rómulo. ¡Menuda plancha, si no es por la chica! ¡Por supuesto, una más! Nací predestinado a las planchas. Tampoco tiene gracia ninguna venir a dar un pésame y que estén tocando en la casa el piano. *En este momento cesa de sonar.* ¡Cuerno! ¡Ya lo dejan! ¡Si me habrán oído! Otra plancha. ¡Esta costumbre de hablar solo…! En rigor, toda la culpa es mía. ¿A quién más que a mí se le ocurre dejar pasar un año de la desgracia?… ¡Bien dice mi mujer que no cumplo con nadie; que no pienso más que en mis libros!… Tiene razón, tiene razón. ¡De todos modos hay que dársela, aunque no la tenga!… Pero en este caso tiene razón. Esta visita es *un fiambre,* como se dice vulgarmente. ¡Pobre Capriles…! *Pausa.* ¡Qué calor hace hoy! *Saca para limpiarse el sudor un pañolito de seda colorado, que seguramente no es suyo, y que le llama sobremanera la atención.* ¡Canario! ¿Qué pañuelo es éste? ¡También es oportunidad! ¿Quién me ha echado esto en el bolsillo? ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! ¡De cuando presidió mi mujer aquella becerrada en

Torrelodones!… ¡Lo estuvo usando toda la tarde! ¡Que no lo vea esta pobre viuda! *Se lo guarda en el pantalón.* Aquí viene. *Amustiase el hombre para recibirla debidamente, y espera.*

Por la puerta de la izquierda sale Amantina, sonriente y hermosa, y claro está que a cien leguas de que vienen a darle el pésame por la muerte de su marido.

Amantina. ¡Don Rómulo!

Don Rómulo. ¡Amantina!

Amantina. ¡Tanto bueno por esta casa!

Don Rómulo. *Perplejo, no sabe qué decir, y se limita a dejar salir un poco de aire por entre los dientes.* ¡Pchss…!

Amantina. Me ha sorprendido usted tocando el piano.

Don Rómulo. ¡Oh! No se excuse usted, Amantina… ¡Al cabo del tiempo…! El espíritu necesita esparcimiento, distracción…, alejarse en lo posible de la desventura…

Amantina. ¡Oh! A mí la música me recrea, me divierte, me enajena, me lleva a otro mundo… Eso sí: música ligerita, retozona, alegre… Pero siéntese usted, amigo mío.

Don Rómulo. Mil gracias.

Amantina. Aquí; a mi lado. *Reparando de improviso en los guantes negros de Don Rómulo, que se le figuran dos murciélagos.* ¿Por quién está de luto?

Don Rómulo. ¿Eh?

Amantina. ¿O es que viene usted de algún entierro?

Don Rómulo. No, no, señora, no… Yo acostumbro vestir así… Sobre que…, compréndalo usted…, las circunstancias…

Amantina. *Sin comprender del lodo.* Ya.

Don Rómulo se acuerda del pañolito rojo, y se lo hunde más aún en el bolsillo, por si acaso.

Don Rómulo. ¿Qué habrá usted pensado de mí en tanto tiempo?

Amantina. ¿Yo?

Don Rómulo. ¿Con qué pesimismo no habrá usted juzgado de la amistad?

Amantina. ¿Por qué?

Don Rómulo. Declaro que se me han pasado los meses sin darme cuenta… ¡Un año, Amantina, un año sin venir a testimoniarle a usted mi condolencia, mi pesar…! ¡Un año! ¡Con lo que yo quería a Celedonio!

Amantina. *Comprendiendo al fin de lo que se trata.* ¡Ah!… ¡sí!… Pero usted siempre tiene disculpa, Salsino… ¿Cómo había yo nunca de dudar?… ¡Uno de los mejores amigos de…! ¡Igual que si hubiera usted venido en aquellos días!… Lo mismo, lo mismo. Ya sabemos que los libros absorben todas sus horas…

Don Rómulo. Eso: los libros, los libros… El estudio, el trabajo, la embriaguez de la investigación… Bueno, el diccionario de botánica me va a volver loco.

Amantina. ¿Sí, verdad?

Don Rómulo. ¡Loco! ¡No haga usted jamás un diccionario de botánica!

Amantina. ¡Jamás! ¡Y después del de usted…!

Don Rómulo. ¡Claro! Y así se me ha ido el tiempo, amiga mía… La desgracia me cogió fuera de Madrid —en Brujas me cogió, por cierto—, y al volver, hágase usted cargo, caí en mi pozo, y lo que sucede en estos lances: que si escribo, que si no escribo, que si debo ir, que desde luego iré, que si mañana, que si pasado… ¡Las cerezas!

Amantina. ¡Por Dios, no me dé usted más disculpas, Don Rómulo!… Harto sé yo ponerme… Además, ahora se vive tan aprisa, tan aprisa… Nadie cumple con nadie.

Contempla a Don Rómulo, que parece una estatua de la desolación, y le asalta una tentación de risa que difícilmente contiene.

Don Rómulo. Mi mujer —imagínelo usted, Amantina—, me ha dicho lindezas con este motivo… ¡Su carácter!… Ahora, dudar, como llegó a dudar, de mi sincera amistad a aquel grande hombre que se llamó Celedonio Capriles, eso es intolerable e injusto. A todas luces. Puede que no haya

habido quien deplore su óbito tanto como yo, después de usted, naturalmente. Yo lo admiraba al par que lo quería. La Patria perdió, al perderlo, un hijo glorioso; la Ciencia, una columna; yo, un amigo entrañable; usted…

Amantina. *Interrumpiéndolo.* Yo he perdido muy poca cosa, amigo don Rómulo, francamente.

Don Rómulo. ¿Qué?

Amantina. ¡Muy poca cosa!

Don Rómulo. ¿Cómo?

Amantina. La Patria habrá perdido una lumbrera; la Ciencia, un apóstol; usted, un hermano; pero yo… yo no he perdido más que un marido que hacía poquísimo caso de mí.

Don Rómulo. *Turulato.* ¿Hola?

Amantina. ¡Poquísimo caso, por no decir ninguno!

Don Rómulo. ¿Ah, sí? ¿Es posible?

Amantina. Ni nos apreciamos ni nos entendimos jamás ni había la menor atracción de uno a otro.

Don Rómulo. ¡Mentira parece!

Amantina. Él me tenía a mí por una mujer insustancial y palabrera, y yo a él por un pozo de ciencia, muy hondo, muy sabio… ¡pero aburridísimo! Mi matrimonio fué una terrible equivocación. Y la mejor prueba de todo esto que le digo a usted, es que me he vuelto a casar hace quince días.

Don Rómulo. ¡Sopla!

Amantina. ¡Hace quince días!

Don Rómulo. ¡*Carape*! ¿No se chancea usted?

Amantina. ¡No, señor! ¡No es de chanza el asunto! De ahí el piano, y estas joyas, y este vestido, y esta satisfacción.

Don Rómulo. *Azoradísimo.* ¡Vaya, vaya!… ¡No me ha ocurrido otra!… ¡Y soy una especialidad!… *En este momento se ve las manos, y con disimulo se empieza a quitar a toda prisa los guantes negros. Juguetea luego con ellos un poco y acaba por guardárselos.* ¡Claro que la vida, la vida…! ¡La vida sigue!… Ésta es una verdad implacable… ¡La vida sigue!… ¡La juventud y la hermosura tienen sus derechos!… ¡Pobre Capriles!… ¡Bien,

hombre, bien!… Sí, sí; si es natural… si es lógico… Usted, una mujer espléndida… en la flor de la edad… ¡El amor no respeta duelos!… ¡Bien, hombre, bien!… Indudablemente vivo en la luna.

Amantina. Y yo.

Don Rómulo. ¿Usted, Amantina?

Amantina. ¡En la luna de miel!

Don Rómulo. ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Ingeniosa frase! ¡En la luna de miel! ¿Cuarto… creciente?

Amantina. ¡Creciente!

Don Rómulo. ¡Vaya, vaya!… Vea usted, vea usted… ¡Contrastes y sorpresas de la vida!… ¡Sorpresas y contrastes! He de cambiar mi pésame por mi enhorabuena.

Amantina. Cabalito. Y que la recibo encantada.

Don Rómulo. ¡Con todos los respetos al difunto!

Amantina. ¡Con todos los respetos! Dios lo haya perdonado y lo tenga en su gloria. A mí me la ha dado en la tierra con dejarme. ¡Soy muy feliz al lado de Pepe!

Don Rómulo. ¡Ah! ¿se llama Pepe? Me parece que lo conozco de vista.

Amantina. Pepe Carrizo.

Don Rómulo. ¿Pepe Carrizo? ¡Sí! ¡Ya decía yo! ¡Es también muy amigo mío! ¡Qué casualidad! Estudiamos juntos. Ahora está él… de no sé qué en el Banco de España.

Amantina. Ése es mi suegro. Yo me he casado con su hijo.

Don Rómulo. ¡Ya! ¿Con su hijo? ¿Se llama como el padre?

Amantina. Sí, señor: Pepe. Como el padre. Es natural la confusión…

Don Rómulo. Ya, ya. ¡Claro! El padre no podía haberse casado con usted, porque está casado precisamente…

Amantina. Con mi suegra.

Don Rómulo. ¡Eeeeso es! ¡Mucho, mucho! Ya recuerdo al hijo. Militar.

Amantina. No, señor, no: agente de Bolsa.

Don Rómulo. ¡Eeeeso es: agente de Bolsa! Alto, fornido, grandes bigotes… ¡un real mozo!

Amantina. ¡Un real mozo, sí, señor! Y, además, muy bueno, y muy simpático, y muy amable… y pendiente siempre de mí. ¡Me adivina los gustos!

Don Rómulo. ¡Bien, bien!

Amantina. Un hombre vulgar, si usted quiere, pero que no ve más que por mis ojos. Se preocupa continuamente de mi distracción, de mi recreo; sueña con los trajes que me ha de comprar para verme siempre muy guapa; con el postre de todos los días; con la diversión que más pueda agradarme… ¡Todo lo contrario que Capriles! Ahora mismo ha salido por un palco para los toros: hoy me lleva a los toros. ¡Dice que quiere verme con mantilla negra y con claveles encarnados! ¡Éste es mi marido!

Don Rómulo. ¡Bien, hombre, bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Oportuno por primera vez en los años que tiene, saca el pañolito de marras, y después de enjugarse la frente —porque está sudando como un pollo— se hace aire con él.

Amantina. ¡Soy dichosa, amigo Salsino, soy muy dichosa!

Don Rómulo. Crea usted, Amantina, que yo lo celebro en el alma.

Amantina. Y si Dios me da un hijo, un hijo siquiera…

Don Rómulo. *Sintiéndose pillín.* ¿Hay novedades?…

Amantina. ¡Por Dios, don Rómulo! ¿Qué novedades ha de haber… si no llevamos casados más que quince días?

Don Rómulo. ¡Ay, es verdad! Usted dispense. Está visto que no tengo arreglo.

Amantina. Usted es el que ha de dispensarme a mí un minuto.

Don Rómulo. No, no, señora; yo me marcho ya.

Amantina. De ninguna manera. Su compañía de usted me es muy grata. Sino que voy a ponerme la mantilla en un santiamén, por si llega Pepe, que me encuentre ya lista. Aquí al lado tengo el tocador. Hábleme, que le oigo.

Don Rómulo. Yo sentiría mucho importunarla…

Amantina. ¿Quiere usted callar?

Don Rómulo. ¿No será mejor que me marche?

Amantina. Que no, le digo. Quiero, además, que me vea usted también con la mantilla. Hábleme, hábleme mientras tanto.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Don Rómulo. ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Vengo a dar un pésame, y la viuda se va con otro marido a los toros! ¡Me tenía que pasar a mí! ¡Es nuevo en la Historia!

Amantina le habla desde dentro.

Amantina. ¿Qué dice usted?

Don Rómulo. ¡Que es nuevo en la Historia!

Amantina. ¿El qué?

Don Rómulo. ¡Nada! ¡Un comentario baladí! *Para su sayo.* Si me pongo ahora mismo el termómetro, tengo fiebre.

Amantina. ¿Usted no va nunca a los toros, don Rómulo?

Don Rómulo. Nunca… casi nunca.

Amantina. ¿No le gustan a usted?

Don Rómulo. No; no es eso, no… ¡Que estoy fuera de juego!

Amantina. ¿Quiere usted venir hoy con nosotros? Tenemos palco.

Don Rómulo. Muchísimas gracias.

Amantina. ¿Gracias sí o gracias no?

Don Rómulo. Gracias no, gracias no…

Amantina. Pero, ¿por qué no?

Don Rómulo. Porque… ¡porque, según vengo, me van a tomar por el Presidente!

Amantina. ¡Ja, ja, ja!

Don Rómulo. *Contagiado.* ¡Ja, ja, ja! (¡Vaya un pésame divertido!).

Amantina. Pepe es un gran aficionado a los toros. ¡Loco por la fiesta! Y muy inteligente, además.

Don Rómulo. ¡Vaya, hombre, vaya! En rigor es fiesta de juventud.

Amantina. De juventud; dice usted muy bien.

Don Rómulo. Y, por otra parte, es lo único español, verdaderamente español, que nos va quedando a los españoles.

Amantina. ¡Muy bien dicho! Así opina Pepe también.

Don Rómulo. Me alegro de la coincidencia. Los eruditos se han dado de calabazadas sobre el origen de la fiesta; que si romanos, que si godos, que si árabes… Mi criterio es que la hizo el toro.

Amantina. ¿El toro?

Don Rómulo. El toro, sí; el toro, que sólo en España tiene bravura.

Amantina. ¡Eso dice Pepe!

Don Rómulo. Y se explica: la calidad de los pastos, las llanuras asoleadas y desiertas… Todo contribuye a que el toro embista aquí como no embiste en ninguna parte. Y lo de que la fiesta es bárbara, es muy discutible. En la Edad Media, era gala de los caballeros alancear toros; y posteriormente, Carlos V mismo rejoneó en Valladolid.

Amantina. ¿Sí, eh?

Don Rómulo. Cuando nació Felipe II.

Amantina. ¡Ya!

Don Rómulo. (¡Todo podía esperarlo yo menos que iba a dar hoy en esta casa una conferencia taurina!).

Amantina. A mí, por encima de todas las cosas, lo que me divierte de la fiesta es Ja alegría, el sol, la ida a la plaza, la bullanga, el ruido, la salida de las cuadrillas, la del primer toro… ¡Es un espectáculo admirable!

Don Rómulo. ¡Admirable!

Vuelve Amantina tocada de mantilla negra. Inmediatamente se explica la muerte de Capriles y la felicidad de Pepe.

Amantina. Aquí me tiene usted.

Don Rómulo. ¡Ole!

Amantina. ¿Ole, don Rómulo?

Don Rómulo. ¡Ole!, sí. Se escapa de los labios al verla a usted.

Amantina. ¡Qué galante!

Don Rómulo. Felicite usted a Pepe muy cordialmente.

Amantina. De su parte lo haré.

Don Rómulo. Y ahora ya, con su venia, Amantina…

Amantina. ¿Qué? ¿Al fin me deja?

Don Rómulo. Sí, sí, señora; si usted no dispone otra cosa… Ya sabe usted que tengo mil quehaceres… He venido un instante, porque estaba altamente pesaroso… corrido… de no haberle manifestado a usted… —*Parándose en firme y cambiando de aire por completo*— ¡cuánto me alegro de esta gratísima novedad!

Amantina. Muchas gracias.

Don Rómulo. Soy el amigo invariable.

Amantina. Muchas gracias. Mi saludo a Herminia.

Don Rómulo. Muchas gracias. El mío a Capriles.

Amantina. ¿Eh?

Don Rómulo. Discúlpeme. A… al de ahora: a Pepe; a Carrizo.

Amantina. Muchas gracias.

Por disimular la risa que le baila en el cuerpo, se vuelve de espaldas a él y toca un timbre.

Don Rómulo. *Aturdido.* ¿Dónde he puesto yo mi sombrero?

Amantina. Seguramente se lo recogería la doncella.

Don Rómulo. Seguramente.

Amantina. En el perchero lo tendrá. *A Petra, que sale por la puerta de la izquierda.* Acompaña a este caballero.

Petra. ¡Digo! ¿A qué está una?

Amantina. *Dando suelta a su risa, con el pretexto de la doncella.* ¿Ha visto usted qué doncella más chula tengo?

Don Rómulo. *Riéndose también.* ¡Ah, sí! ¡Muy chula! Ya lo advertí antes; sino que como venía tan compungido… ¡Ja, ja, ja!

Amantina. ¡Ja, ja, ja!

Don Rómulo. ¿De dónde eres tú, muchachuela?

Petra. De los Madriles, pa servirle. ¡Bautizada en San Isidro, na más!

Don Rómulo. ¡Bien, bien! Y ¿tienes novio?

Petra. ¡Un cacho! ¡A ver qué vida!

Don Rómulo. ¡Muy chula, muy chula! No se puede decir mejor: ¡a ver qué vida! ¡Ja, ja, ja!

Amantina. ¡Ja, ja, ja!

Don Rómulo. Adiós, Amantina. Mi enhorabuena de todo corazón.

Amantina. Infinitas gracias, don Rómulo. Ya presumía yo que usted había de alegrarse de veras.

Don Rómulo. Soy un buen amigo. Hasta siempre. *Vase por la puerta del foro, acompañado por Petra, como llegó. Amantina, sola, ríe largamente.*

Amantina. ¡Ja, ja, ja! ¡Me llenaba el corazón esta risa! ¡Pobre hombre! ¡Qué ratito ha pasado!

Al público:

Entre la vida y la muerte,
en este vivir aprisa,
¡cómo se cambia de suerte
yendo del llanto a la risa!

FIN

Alhama de Aragón, octubre, 1926.

125 KILÓMETROS

FARSA DE BUEN HUMOR, EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO ALKÁZAR** el 21 de diciembre de 1926

CARTA-DEDICATORIA

Al Diablo Cojuelo, inseparable camarada
de nuestro en los años de la mocedad.

Queridísimo Diablejo,
amigo constante y grato;
no te mires al espejo,
desarruga el entrecejo,
y vamos a echar un rato
como en nuestro tiempo viejo.
¡Toma un chato!

¿Qué te pasa? ¿Qué te ocurre?
¿Tú perplejo? ¿Tú abatido?
¿Es que acaso ya te aburre
un mundo tan divertido?
¡Ay, querido!
¡Demonio que así discurre,
ni es demonio ni lo ha sido!
Vuelve, Diablillo, a tu ser,
y lo pasarás mejor:
¡vuelve a tu risa de ayer!
¡Tesoro es el buen humor
que no se debe perder!
¿En dónde te lo dejaste?
¿En qué lugar lo perdiste?
¿Qué ha dado con él al traste?
¡A algún estreno *asististe,*
por fuerza, y te envenenaste!
Pero, ven acá, criatura,

diablillo el más inocente
que cayó desde la altura:
¡si un estreno*, cabalmente,*
es la fuente
de buen humor más segura!
Obra en verso u obra en prosa,
ya tenga música o no,
sea novedad preciosa,
engendro que se abortó
o refrito *que se dió*
de manera vergonzosa,
siempre un estreno *es la cosa*
más graciosa
que en este mundo se vio.

Fíjate en esa platea:
un buen señor palmotea,
muy complacido y cortés,
porque la gente lo vea,
y, si reparas, ¿no ves
cómo a la par taconea?
¿Qué hace, si no, con los pies?
¡Mala peste en su ralea!

Y ya que hablamos de peste:
mira a éste,
que es peste de todo estreno*,*
y después que en un corrillo
ha estado echando veneno,
pasa alegre al saloncillo,
y, como de gozo lleno,

abraza al autor sencillo
gritándole: —¡Bien, chiquillo!
¡Bueno, bueno!
¿No te da risa, Diablillo?
¡Y creerá al autor ajeno
a su doblez! ¡Ah, pardillo!

¿Y aquel famoso empresario
que no puede con la carga
de un éxito extraordinario,
si es en el corral de enfrente,
y pone la cara larga,
y todo le sienta mal,
y se rebulle impaciente,
porque quiere noblemente
que el ingenio, en general,
tenga chispa solamente
cuando estrena en su corral?

Pues ¿y el prójimo feliz
que sin cesar se barrena
los sesos por la nariz,
y luego, en su charla amena,
discute y juzga el matiz
de la elegancia en la escena,
y los modos de la actriz?
¡Cosa buena!
¿No te ríes, infeliz?

¿Y el grupo sentenciador
de los críticos teatrales,

comentando a su sabor
los aciertos esenciales
o los yerros principales
de la escena y del autor?
Uno agita el incensario;
otro prepara el sudario;
otro está de mala gana
porque hay estreno *a diario;*
éste, que grita y se afana
con ardor extraordinario,
dice que el autor no es rana;
ése, que es un dromedario;
y aquél… ¡todo lo contrario
de lo que dirá mañana!
Mas, Diablillo, ten clemencia,
y aunque rías,
ríe con benevolencia
de esos hombres esforzados…
¡que aguantan algunos días
dos estrenos *empalmados!*
¡No hay paciencia!
¡Si son muchos sus pecados,
es mayor la penitencia!

Y basta de enumerar;
que no es posible estudiar
sino en dos tomos, lo menos,
el conjunto singular
del que se ha dado en llamar
público de los estrenos.

¡Qué confusión tan extraña
del patio a la galería!
¡Qué maraña!
¡Qué insensata algarabía!
Cada cual rumia su idea;
pocos cantan la verdad;
y en la revuelta marea,
la mitad de la asamblea
engaña a la otra mitad.
¿No es preferible reír
ante la absurda pelea?
¿Qué justicia ha de salir
de tal foco, que lo sea?

Sobre que en este freír,
ya es un axioma vulgar
que muchas obras pasadas,
lo mismo propias que ajenas,
cuando fueron estrenadas,
pasaron a duras penas
y se vieron desdeñadas;
y hoy, las aguas ya serenas,
tras de algunas temporadas,
viven fragantes y llenas
de salud, y celebradas.
¡Eran malas… y hoy son buenas!
En cambio, Cojuelo amigo
—tú fuiste y eres testigo—,
¿cuántas y cuántas nacieron
como con potentes alas,

y al primer vuelo cayeron
y ya no importan un higo?
Las bombillas se fundieron,
se apagaron las bengalas,
los de la claque *se durmieron,*
la gente huyó de las salas,
y los bombos fenecieron.
¡Eran buenas… y hoy son malas!
¡Ah, fingidas hermosuras,
españolas y extranjeras!
¡Ah, portentosas figuras!
¡Ah, tristes caricaturas
de creaciones verdaderas!…
¿Qué fuisteis sino verduras
de las eras?
¡Ah, los bombos desalmados,
en que a la pluma dan brío
deseos no confesados
de hacer patente un desvío!…
(Y levantando una presa,
dársela a Teresa, más
porque tenga envidia Bras
que por dársela a Teresa.)
Tantos cursis desvaríos,
tantos aplausos forzados,
tantos desdenes vacíos,
¿qué fueron sino rocíos
de los prados?

¡Decadencia! —con vehemencia

y ridícula insistencia,
grita cierto apóstol hueco—.
¡Decadencia!
—repite doquiera el eco—.
¿Solución?
¡Hacer una traducción
del japonés o del checo!

Mas tú, que naciste antes,
sabes que en tiempos brillantes,
que hoy cantan piedras y bronces,
ya se burlaba Cervantes
de las comedias de entonces.
Y no es para ti un secreto,
porque es corriente opinión,
la muletilla que reza,
con muchísimo respeto,
que la decadencia empieza
en don Pedro Calderón
y en don Agustín Moreto.
¿Quién no pierde la cabeza?
Salta luego a Moratín,
que supo griego y latín,
y verás qué bendiciones
les echa a aquellos dramones
de Comella y Don Crispín.
Y en la pasada centuria,
mira si crece la furia;
la propia semilla agarra
—¡qué semilla!—

y la vieja muletilla
prosigue su sonsonete:
¡Decadencia! —grita Larra—,
y ¡decadencia! Revilla,
y ¡decadencia! Cañete.
Pero ahora estamos peor,
con todo y haber estado
tan mal en tiempo anterior.
¡Cualquiera tiempo pasado
fué mejor!
Sí, Diablillo condenado:
es la verdad, y de grado
o no de grado, hay que verla:
los ingenios de hoy en día
¡hemos dejado a Talía
que no hay por donde cogerla!

Pero, en fin, colega hermano,
el nacido de la pluma
de aquel donoso ecijano,
flor y espuma
en el mundo cortesano:
llena está ya la canasta
de versos de arte menor:
¡conque para broma, basta!
Tú, que de los de tu casta
eres orgullo y honor,
no pongas a media asta
la bandera, que es peor;
conserva tu buena pasta,

y no pierdas el humor,
ni ante el aire iconoclasta,
zumbador,
de esa vanguardia*, subasta*
de oropel y similor.
Vanguardia *cuyo arte estriba*
(la excepción mil años viva)
en poner, sin más trabajo,
lo que estaba abajo, arriba;
lo que estaba arriba, abajo,
en un grado más valiente,
más agudo y más sutil,
lo de frente, de perfil,
y lo de perfil, de frente.
Con esto, y un personaje
que se vista del revés,
de tan extraño pelaje
que use guantes en los pies;
que con sus dichos sorprenda,
y que no haya quien lo entienda
ni nadie sepa quién es,
gran victoria en la contienda:
¡cátate un genio ciprés!
Genio, si nació en paraje
extraño, que ahí está el quid;
porque si nace español
y estrena el parto en Madrid,
¡no ve lucir otro sol
ni aun siendo nieto del Cid!

¡Nos lo cuelgan de un farol!

¿Qué, Diablillo? ¿Te consuelas?
¿No es esto regocijante?
¡Es claro! ¡Nunca te duelas
de farsa tan hilarante!
¡Ríe, y enseña las muelas,
aun llenas de oro humillante!
¡Buen humor! ¡Es lo mejor!
Y ya de primer actor,
ya de modesto comparsa,
mientras que dure la farsa,
¡buen humor!

Y pongamos punto aquí.
Y en tu bondad, considera
que esta obrilla baladí,
por ser farsa, y ser ligera,
y ser de humor, no hay manara
de brindarla más que a ti.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Tránsito.	Irene Alba.
Carlota.	Carmen Jiménez.
Salustia.	Carmen Sanz.
Dorita.	Julia Cerdá.
Paulina.	Elena González Granda.
La Tía Celsa.	Juana Manso.
Remigia.	María Pujó.
Una Chiquilla.	Pepa Caba.
Catita.	Emilia Sillero.
Albertina.	Julia Caba.
Mercedes.	Soledad Del Llano.
Olvido.	Berta Pujó.
Tomasa.	Rita Lozano.
Zoila.	N. N.
Antolín Amarillo.	Juan Bonafé.
	Joaquín García León.

Don Gil Gavilanes.	
Paco Rey.	José Bruguera.
Gomecito.	Emilio Gutiérrez.
Simancas.	Manuel Perales.
Galván.	Antonio Gandía.
Quintanilleja.	Francisco Sanz.
Don Robustiano.	Manuel Caba.
Rodríguez.	Pablo Hidalgo.
Eustaquio.	
Aquilino.	José Ponzano.
El Trucha.	J. Sánchez De Ramos.
Un Ordenanza.	Antonio Ruiz Mirón.

125 KILÓMETROS

ACTO PRIMERO

Modesto negociado en una oficina de Hacienda, en Madrid. Al foro, en el centro, mampara de entrada, y a uno y otro lado de ella, sendas ventanillas para el despacho del público. La mampara da a un pasillo lleno de legajos hasta el techo. A la derecha del actor, puerta que comunica con otra dependencia. A la izquierda, una ventana alta. Cuatro mesas, convenientemente colocadas, que corresponden, de derecha a izquierda, a don Robustiano Higueras, jefe del negociado; a Paco Rey, primer oficial, y a los auxiliares Antolín Amarillo, héroe de esta humorada, y Gomecito, poco menos que inútil funcionario, pero chispeante caricaturista. En el rincón de la izquierda, un botijo.

Es por la mañana, a fines de agosto.

Paco Rey termina de mala gana un oficio, y Gomecito hace monigotes. Los dos están en mangas de camisa.

PACO REY. ¡Es horrible el calor que hace!

GOMECITO. ¡Horrible! ¡Bien se despide agosto!

PACO REY. No se me cae la pluma de la mano, porque se me pega a los dedos. ¡Y así no hay forma de hacer un trabajo limpio!

GOMECITO. En verano no debía haber oficina nunca. ¡Ni del Estado ni particular!

PACO REY. ¡Naturalmente! ¡Nadie tiene ganas de nada! Por lo menos en agosto se debía publicar un Real decreto suspendiendo la vida de la nación. Tú, ¿qué haces?

GOMECITO. Una historieta. Voy a ver si me la publica el *Nuevo Mundo*. Hay que matar el tiempo ayudando a la olla.

PACO REY. ¡El ingenioso caricaturista señor Gómez, funcionario público por la gracia de Dios!

GOMECITO. Qué honor para el Estado, ¿eh? ¡Pero necesito sacar pesetas de todas partes! El ingenioso caricaturista tiene a su cargo cinco hermanos, varones y hembras. Y entre las carreras de los chicos, y las *carreras* de las medias de las chicas, anda de coronilla.

PACO REY. ¡Pues duro, duro con los monos!

Por la puerta de la derecha sale Rodríguez, con una americana que parece de papel de seda y sin el cuello de la camisa. Va flechado al botijo y se lleva bebiendo un minuto.

GOMECITO. ¿Otro tiento, Rodríguez?

PACO REY. ¡Ha tomado esto por la Fuente de la Teja!

GOMECITO. Pero ¿no hay botijo en su negociado, hombre de Dios?

PACO REY. ¿No hay botijo?

RODRÍGUEZ. Me lo he bebido ya.

GOMECITO. ¡Bueno, hombre! Pues de salud sirva.

RODRÍGUEZ. Gracias. De aquí a un rato.

PACO REY. ¡Se encontrará usted puesta una alambrada!

RODRÍGUEZ. Ya será algo menos. *Vase.*

Llega en esto por la mampara don Robustiano. Suda a mares. Deja sobre su mesa unos documentos que trae en la mano, y se quita el cuello de la camisa, la americana y el chaleco.

DON ROBUSTIANO. ¡Señores!… ¡Señores!… ¡He creído morir!

PACO REY. ¿Y eso?

Don Robustiano. ¡Uf!… ¡Qué ratito!

Paco Rey. ¿Pues?

Don Robustiano. ¡Que el despacho del jefe es el Senegal! ¡Se ha enfriado el hombre anoche en el Retiro, y tiene todas las ventanas cerradas! ¡Dando el sol de plano! ¡Se gana el cielo! ¡Me río yo de Archena! ¡Uf!… ¡No sé cómo no he caído allí redondo como una pelota! ¡Ni me he enterado de lo que me ha dicho, ni hay quien se entere a cuarenta y tres grados de temperatura! ¿Dónde está un pay-pay?

Gomecito. Tome usted.

Don Robustiano. *Abanicándose.* ¡Qué barbaridad! ¡En este tiempo no debíamos venir a la oficina!

Paco Rey. Eso decíamos aquí antes.

Gomecito. ¡Claro, señor! ¡Que durase tres meses el desestero!

En mangas de camisa también, aparece Antolín Amarillo por la puerta de la derecha. Cubre su cabeza con un pañolito.

Paco Rey. *Al verlo.* ¡Hombre! ¡La beata Clara!

Gomecito. ¡Una hermana de la Caridad!

Amarillo. ¡Ustedes no saben lo que a mí me suda la cabeza! ¡Siempre estoy empapado! Sobre todo el pescuezo y la coronilla.

Don Robustiano. ¡Es que llevamos un veranito!…

Amarillo. Si sudar es sano, vamos a entrar en el otoño rebosando salud. Y hay quien cree que lo arregla todo atiborrándose de agua. Ahí he visto a Rodríguez en la portería apurando un botijo.

Gomecito. ¿Otro?

Paco Rey. ¡El hombre Océano, de que habla Ganivet!

Suena insistentemente un timbre.

Don Robustiano. ¿Eh?

Gomecito. Eso es para usted, don Robustiano.

Don Robustiano. ¡Ya lo sé, hijo mío! ¡Iba a soltar un taco de los gordos! ¿Qué querrá otra vez ese avefría? *Poniéndose precipitadamente cuanto antes se quitó.* ¡Vuelta al balneario! ¡Ducha, baño, inhalación y

estufa! ¡Y después, las mulillas! ¡Señor, cuando se coge un catarro así, se queda uno en casa, y lo suda solo! ¡Prepárenme ustedes una camilla para la vuelta! ¡Uf! *Se va presuroso por la mampara.*

GOMECITO. ¡Pobre don Robustiano!

PACO REY. Va a reventar hoy. Lo tenemos a alta presión. *Tras la ventanilla de la derecha asoma don Gil Gavilanes.*

DON GIL. Buenos días, señores.

AMARILLO. *Estremeciéndose.* ¡Huy, Gavilanes! *Finge que está enfrascado en el trabajo, y contesta tímidamente al saludo.* Buenos días.

PACO REY. Buenos días, don Gil.

GOMECITO. Felices.

DON GIL. ¿Están mis papeles?

PACO REY. Sí, señor; pase usted.

DON GIL. No, señor; no paso. Yo soy público, y a mí se me despacha por la ventanilla.

Amarillo le hace señas a Paco Rey para que no insista, pero éste no le entiende.

PACO REY. Es que en este momento no está don Robustiano, y él ha de firmar los libramientos todavía. No tardará. Pase usted y espérelo.

DON GIL. Bien; pasaré. Soy de los preferidos, sin duda. Pero como aquí dice: «Se prohíbe la entrada en el negociado», ni usted ni yo cumplimos con nuestro deber.

PACO REY. ¡Bah! No tiene importancia. ¡Eso se ha puesto para los pelmazos!

Pasa, al fin, don Gil Gavilanes, hombrecillo nervioso y de mala uva. Según se agita y hace contorsiones, parece que siempre lleva encima una pulga que lo está devorando.

DON GIL. ¡Salud!

GOMECITO. Gracias; igualmente.

PACO REY. Siéntese usted, mientras llega don Robustiano.

Don Gil. Gracias. ¿No lo entretendrá mucho ese mirlo que tienen ustedes por jefe de Sección?

Paco Rey. No, señor; no.

Don Gil. Allá veremos. *Se acomoda en una silla y mira su reloj. Luego le clava a Amarillo una mirada rencorosa. Algo hay entre ambos.*

Amarillo, que es el empleado más inocente de la nación, percibe la mirada, y quisiera que se lo tragase el pupitre. Se afana por parecer abstraído en su tarea.

Gomecito se dispone, con disimulo, a hacer la caricatura de don Gil.

Paco Rey. ¿Qué hay de bueno?

Don Gil. De bueno, nada; y de malo, mucho. Y la vergüenza, por las nubes. ¿Está usted de acuerdo?

Paco Rey. ¡Cuando usted lo dice!… Parece que viene usted un poquillo excitado…

Don Gil. ¡Como que he estado a punto de enredarme a palos ahí a la puerta del Ministerio!

Paco Rey. ¿Con quién?

Don Gil. Con un guardia.

Paco Rey. ¿Con un guardia?

Don Gil. ¿Es que cree usted que yo le temo a un guardia? ¡Ni a un piquete! Se cruzó conmigo una mujer que iba materialmente en cueros; se la denuncié al guardia en nombre de la moral pública, y el pedazo de atún se creyó que se la mostraba por buena moza, y me contestó: «¡Vaya cardo!». ¡Hubo que oírme! ¿Le parece a usted desvergüenza?

Paco Rey. Verdaderamente, con el calor se ven unas cosas…

Gomecito. Se ven, se ven…

Don Gil. ¡Se están viendo, sin ir más lejos! ¡Porque eso mismo de recibir ustedes al público en mangas de camisa!…

Paco Rey. Don Gil, ¡si hace un día de infierno! Además, ya no esperábamos a nadie.

Don Gil. No, hombre, no; no se disculpe usted; es que está todo relajado y podrido. Cada vez me convenzo más de que yo no soy de esta época. ¡Yo debí de nacer en el siglo diecisiete!

Paco Rey. Alguna vez le he oído decir a usted que es calderoniano.

Don Gil. Y lo soy. Sin retintín, ¿eh? ¡Calderoniano! ¡En todo! ¡Calderón es mi hombre! ¡Mi espejo! Me encantan su teatro, sus figuras, sus arranques, su idea del honor…

Paco Rey. Sí, ¿eh?

Don Gil. Repito que sin retintín, señor mío. ¡Soy calderoniano hasta las cachas! A *Segismundo* se le encara en palacio un mequetrefe estúpido, y no hay más que hablar: ¡lo coge por el cuello, y lo tira al agua! «¡Vive Dios, que pudo ser!». A *Pedro Crespo* le burla una hija un capitancete, y con muchísimo respeto, ¡lo ahorca! «¡Aqueste es el capitán!». A *Don Lope de Almeida* lo engaña su mujer con un lindo, ¡y le mete fuego a la casa con los dos dentro! ¡A quemarse tocan! ¡Eso es ser hombre! *Mira nuevamente a Amarillo, que está blanco.*

Paco Rey. Entonces le habrá parecido a usted muy bien el último crimen pasional.

Don Gil. ¿El de la calle del Duque de Alba? ¡Claro, hombre, claro! Un marido ultrajado no tiene más que ese camino: ¡dejar seca a su mujer y seco al amante!

A Amarillo se le caen un raspador y unas tijeras, que recoge, temblando. Don Gil lo advierte, y, en lo sucesivo, todo cuanto dice se lo dedica al pobre hombre.

Paco Rey. Pues, ya ve usted, hay quien opina lo contrario: que el marido debe perdonar.

Don Gil. ¿Quién opina eso?

Paco Rey. Mucha gente. Entre ellos, aquí, Gomecito.

Don Gil. ¿Usted?

Gomecito. Yo opino, don Gil, que no ha de hallarse la vida de un hombre a merced de la ligereza de una mujer…

Don Gil. ¡Bah, bah, bah! ¡Teorías modernas! El marido que se aguanta, en castellano tiene un nombre muy expresivo. ¡Ese *Orozco*, de Pérez Galdós, que sabe que su mujer se la pega, y se consuela mirando a la Osa Mayor y a los anillos de Saturno, me ha parecido siempre un Juan Lanas!

Gomecito. A mí, no.

Don Gil. ¡Pues a mí, sí! ¡Con su pan se lo coma usted cuando se case!

Gomecito. Oiga usted, es que…

Don Gil. ¡Nada; no oigo! ¡Yo soy calderoniano! ¡Más que calderoniano todavía! ¡Me basta un indicio para andar a balazos! ¡Lo digo a voces en todas partes! ¡Para que se enteren esos tenorios de alfeñique que tanto abundan!

Amarillo suda limón helado.

Paco Rey. Todas las opiniones son respetables, don Gil…

Don Gil. ¡Todas, no! ¡La mía, desde luego! Me encargo yo de hacerla respetar.

Paco Rey. ¿Un cigarrillo?

Don Gil. Gracias; no fumo.

Paco Rey. ¿Desde cuándo? Porque usted fumaba.

Don Gil. Fumaba, sí, señor; pero ya no fumo. ¿Qué hay?

Paco Rey. No hay nada, don Gil. ¿Es que le hace a usted daño?

Don Gil. ¡A mí no me hace daño nada!

Amarillo. *Espontáneamente*. Que sea enhorabuena.

Don Gil. ¿Eh?

Amarillo. Que sea enhorabuena. Si no le hace a usted daño nada…

Don Gil. No, señor; nada, en absoluto. Me trago el humo de un habano, y me sale por las orejas.

Paco Rey. ¡Ah! ¿sí? ¡Qué nuevo!

Don Gil. ¡Pero he dejado de fumar, porque ahora fuman ya las mujeres, y fumar ha venido a ser un afeminamiento! ¡Y no fumo! Un hombre con un cigarrillo de boquilla dorada, es como si llevase una sombrillita, o un bolso, o unos impertinentes, o un perrito al brazo. ¡Y no fumo!

Amarillo. Yo tampoco fumo.

Don Gil. *Dirigiéndose de pronto a Gomecito.* Ni fumo ni tolero caricaturas, pollo.

Gomecito. *Que previamente ha hecho un juego de manos para ocultar su obra.* Ni yo me atrevería, don Gil… Mire usted lo que estoy haciendo…

Don Gil. ¡Pero no está de más la advertencia! *De nuevo mira su reloj, impaciente.* Llevo aquí ya un cuarto de hora y tengo cien cosas que hacer… ¡Ese don Robustiano!… ¡Y andará de cháchara de negociado en negociado, descuidando el suyo!

Llega por la mampara Paulina, una monada que le sirve a la Hacienda pública. Cubre su vestido con una blusa de trabajo. Se acerca a la mesa de Paco Rey, a entregarle unos pliegos.

Paulina. Señor Rey, de parte de mi jefe…

Paco Rey. Gracias, preciosidad. Dile a tu jefe que todo lo que tenga que mandarme me lo mande así.

Paulina. Se lo diré. ¡Se lo digo todos los días!

Paco Rey. ¡Ay, señor, señor! ¿Por qué me di yo tanta prisa en casarme?

Paulina. ¡Usted lo sabrá!

Gomecito. Señor don Gil, ¿qué le parece a usted esta auxiliarita que disfrutamos en la casa?

Don Gil. ¡Muy mal!

Gomecito. ¿Muy mal?

Paco Rey. ¡Don Gil!

Paulina. ¿Yo le parezco a usted muy mal?

Don Gil. No, señorita; usted me parece muy bien. ¡Demasiado bien! Yo soy incapaz de decirle una grosería a ninguna dama. ¡Soy calderoniano! ¡Pero la auxiliara de Hacienda, me parece muy mal!

Paulina. ¿Por qué?

Don Gil. ¡Porque juzgo inmoral el servicio de las mujeres en las oficinas! ¡Las mujeres tienen su lugar en la casa! ¡En las oficinas, hombres, hombres! ¡Un pimpollo de estos hace un disparate, y no se le puede llamar besugo!

Paco Rey. ¡Pues le llama usted pescadilla!

Don Gil. ¡Bah, bah, bah! ¡Es en teléfonos, donde no se les ven las caras, y yo no le he dicho nunca a la Central una palabra más alta que otra!… Pero si en vez de *la* Central fuese *el* Central, ¡ya hablaríamos!

Paulina. Muchas gracias en nombre de mi sexo. Y considere usted que tenemos que ganarnos la vida.

Don Gil. ¡Porque no hay sexo fuerte! ¡Es un sexo en liquidación! ¡Ese hombre sin venir, y yo estoy perdiendo un tiempo precioso!

Paulina. ¿Quiere usted algo, señor Rey?

Paco Rey. ¿Yo? ¡Que sueñes conmigo esta noche!

Paulina. ¡Ay! Duermo muy bien. ¡Nunca sueño con nadie!

Paco Rey. ¡Qué lástima!

Gomecito. ¿Cuándo me va usted a permitir a mí que la haga un retrato?

Paulina. Usted es caricaturista… y me va usted a sacar muy fea. ¡Y ya lo soy bastante!

Gomecito. ¡Buenas feas así nos dé Dios!

Amarillo. ¡No deje usted de venir por aquí, compota de guindas!

Paulina. ¿Compota de guindas?

Amarillo. ¡Hija mía, es el dulce que más me gusta!

Paulina. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buen humor hay en el negociado! *Se va por la puerta de la derecha.*

Don Gil. Pero ¿esto es una oficina de Hacienda, o es la Carrera de San Jerónimo? ¡Vuelvo! *Se va por la mampara hecho un basilisco.*

Paco Rey y Gomecito sueltan la carcajada. Amarillo se levanta a estirar las piernas.

GOMECITO. ¡Qué bárbaro! Este tío está loco.

PACO REY. ¡Don Gil Gavilanes y Humos de Sigüenza, habilitado del cuerpo facultativo de Armas tomar!

AMARILLO. *Atribuladísimo.* Pero, bueno… ¿y lo que me pasa a mí con él?

PACO REY. ¿Qué le pasa a usted, Amarillo?

GOMECITO. Usted lo ha oído casi sin chistar todo el tiempo.

PACO REY. Y él parecía buscarle a usted las pulgas.

GOMECITO. ¿Qué le pasa?

AMARILLO. ¡Que de puro calderoniano, se le ha metido en la cabeza que yo enamoro a su mujer! ¡Y estoy expuesto a un golpe!

PACO REY. ¡Demonio!

GOMECITO. Pero ¿no hay tal cosa?

AMARILLO. ¡Qué ha de haber! ¡Por Dios! ¡Qué disparate!

PACO REY. ¡Claro, sí! ¡Con un marido tan calderoniano!…

AMARILLO. ¡No es eso! ¡Aunque lo fuera de un *vaudeville* francés! Yo no quiero líos. ¡Una mujer casada!… ¡Cuerno!

PACO REY. La de don Gil, como guapa, es guapa. ¡Guapa!

GOMECITO. ¡Guapa! ¡Quita la cabeza!

AMARILLO. No, no; el que quita la cabeza es el marido. La señora no es más que una gran coqueta, con perdón, que me obligará a mudarme de casa.

PACO REY. ¿Pues?

AMARILLO. Porque apenas me asomo al balcón de mi cuarto, ella, que vive enfrente, como si anduviera acechándome, ya está en el suyo. Y vengan sonrisas; y vengan saluditos con la mano; y cortar una florecita, y olerla, y devorarme con los ojos… ¡Un compromiso, porra!

PACO REY. Amigo Antolín: permítame que le diga que es usted el infeliz mayor que ha nacido de madre.

AMARILLO. ¿Por qué?

Paco Rey. Si a mí una mujer de ese trapío se me insinuara con la mitad que a usted, ¡no iba a ser aventura! ¡Menuda cena en casa de Camorra!

Amarillo. De Camorra, ¿verdad? Eso para usted, que gusta de la fruta prohibida… Pero a mí déjeme usted tranquilo. Yo administro muy bien mi salud, mi sosiego… ¡Guarda, guarda! ¡Y casada con el *médico de su honra*! ¡Ca! ¡Me mudo! ¡me mudo!

Gomecito. *Enseñándoles la caricatura que ha hecho.* Y de esto, ¿qué hay? ¿Está bien?

Paco Rey. ¡Chico, sí! ¡Graciosísimo!

Amarillo. ¡Está clavado! ¡La misma cara de puerco espín que él tiene!

Paco Rey. ¡Lo mejor que has hecho! ¡Ja, ja, ja!

Amarillo. ¡La mirada es exacta! ¡Como me la ha echado tantas veces, la conozco bien! ¡Ja, ja, ja!

Vuelve inopinadamente don Gil por la puerta de la derecha. Amarillo, que tiene en su mano la caricatura, se ve negro para ocultarla con disimulo.

Don Gil. Qué, ¿no ha venido el jefe todavía?

Amarillo. ¿Eh?

Gomecito. No, señor; no ha venido.

Paco Rey. Se conoce que el otro jefe…

Don Gil. ¡El otro jefe y él! ¡Le estará haciendo la pelotilla! ¡Pues el mastodonte de Arganzuela tampoco está en su negociado!

Paco Rey. Está con licencia, don Gil.

Don Gil. ¡Con licencia! ¡con licencia! ¡Una oficinita del Estado en verano es una cosa divertidísima! ¡Vuelvo! *Se marcha por la misma puerta otra vez.*

Amarillo. *Respirando al cabo, tranquilo.* ¡Ay! Ten ahí, Gomecito, que creí que me daba un colapso.

Gomecito. ¡Sí que ha sido un susto!

Amarillo. ¡Para enfermar del corazón!

Paco Rey. Beba usted un poquito de agua.

Amarillo. Sin broma; sin broma. *Bebe del botijo.*

Pausa. Reanudan los tres sus tareas.

PACO REY. Oiga usted, Antolín.

AMARILLO. Usted dirá.

PACO REY. ¿Qué me habló usted el otro día de un viaje que pensaba hacer por aquí cerca?

AMARILLO. ¡Ah, sí! ¿Me acompaña usted?

PACO REY. ¿Adónde irá?

AMARILLO. No lo sé todavía.

PACO REY. ¿Ah, no? Pues ¿qué viaje es ese?

AMARILLO. Un viaje de cuco. Lo mismo me da Aranjuez, que Cercedilla, que Alcalá de Henares, que Villalba.

GOMECITO. ¡Amarillo! ¿Le da a usted lo mismo Villalba que Alcalá de Henares?

AMARILLO. Para mi objeto, sí.

PACO REY. Explique usted eso.

AMARILLO. Es que el año pasado, cuando fuí a Alhama de Aragón con mi hermana, saqué un billete kilométrico, que precisamente vence ahora. Y me han sobrado ciento veinticinco kilómetros. ¡Y los quiero gastar! ¡No se los voy a regalar a la Compañía! Por eso les decía a ustedes que el viaje es de cuco.

GOMECITO. ¿Y por eso le es igual ir a un sitio que a otro?

AMARILLO. ¡Claro! ¡La cuestión es aprovechar esos kilómetros de sobra!

PACO REY. ¡Naturalmente! ¡Otra cosa sería una bobada! ¿Cuántos kilómetros ha dicho usted?

AMARILLO. Ciento veinticinco.

PACO REY. ¡Hombre! ¡Voy a darle a usted una idea!

AMARILLO. A ver.

PACO REY. Para que el viaje no sea de ida y vuelta, que este tiempo es fatigoso, como es fiesta el viernes, haga usted puente el sábado, y pásese usted por ahí tres días: viernes, sábado y domingo.

Amarillo. ¡Sí que es una idea! ¡Este Rey es el hombre de las grandes iniciativas!

Gomecito. ¡Ya, ya! En su pellejo de usted quisiera yo verme.

Paco Rey. ¡Toma! ¡Y yo! ¡Con ciento veinticinco kilómetros pagados en el bolsillo! ¡Y tres días por delante!

Amarillo. Convencido, convencido; no necesita usted animarme más. Hablaré con don Robustiano. Y, vamos a ver, ya que ha sido de usted la ocurrencia: ¿adónde me aconseja que vaya?

Paco Rey. ¡A la Sierra, hombre! ¡A cualquier punto cercano de la Sierra!

Gomecito. ¡Digo! En agosto, ¿adónde mejor?

Paco Rey. ¿Conoce usted Zarzal de Arriba?

Amarillo. No, señor; de por aquí no conozco más que Torrelodones.

Paco Rey. ¡Ah! ¡pues sin vacilar! Vaya usted a Zarzal de Arriba. Me dará usted las gracias. Es un rincón del cielo: un paraíso. Ríase usted de Miraflores, y de El Escorial, y de La Granja… ¡Es increíble que a sesenta kilómetros de Madrid haya esa maravilla de la naturaleza! ¡Qué montañas! ¡Qué arroyos! Y luego, ¡leguas y leguas de pinares!…

Gomecito. ¡Caramba!

Amarillo. ¿Qué me cuenta usted?

Paco Rey. Lo que usted oye, querido Antolín. ¿Tú tampoco lo conoces, Gomecito?

Gomecito. Tampoco. Y, la verdad, no sospechaba…

Paco Rey. ¡Si pasara el ferrocarril por allí sería otra Suiza!

Amarillo. ¡Ah! pero ¿no pasa el ferrocarril?

Paco Rey. No importa; porque pasa muy cerca. El tren lo lleva a usted hasta Rozalejo; y de Rozalejo a Zarzal de Arriba toma usted el coche del *Trucha*, que le cuesta una pesetilla. ¡Y se va usted a alegrar!

Amarillo. ¡Sí, hombre, sí! ¡Ya lo creo que voy a alegrarme! ¡Vaya tres diítas! ¿Hay allí buena fonda?

PACO REY. ¡Uh! Hay una, sobre todo, inverosímil. El «Hotel Raimundo». ¡Cómo se come!

AMARILLO. ¿Sí, verdad?

PACO REY. Del tipo de *La Serrana*, de Avilés. ¡Para quedarse quince días y ganar diez kilos!

AMARILLO. ¡Bravo! Y qué, ¿iremos juntos? ¿Vendrá usted conmigo? ¿Se anima usted?

PACO REY. Es una tentación. ¿Cuándo le vence a usted el kilométrico?

AMARILLO. El día treinta y uno.

PACO REY. ¡Ah! Tan pronto, no puedo. Si fuera el mes que viene… Pero vaya usted solo, que no le pesará.

AMARILLO. ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Qué diablo es usted! ¡Los rinconcitos que conoce!… Le voy a proponer a Carrillo que me acompañe. Ahora seguiremos hablando.

Se va por la puerta de la derecha.

GOMECITO. Pero, diga usted, Rey: ¿qué Jauja es esa que nos descubre usted?

PACO REY. ¡Calla, por Dios! ¡Yo soy el hombre de la suerte!

GOMECITO. ¿Y eso?

PACO REY. Zarzal de Arriba no es ni más ni menos que uno de estos pueblos de la Sierra, de segunda categoría. ¡O de tercera! Su buen polvo todo el verano, sus buenas moscas, su falta de agua, un pinar a doce kilómetros, todas las calles cuesta arriba… los cerdos y las gallinas compartiéndolas con el vecindario…

GOMECITO. ¡Ja, ja, ja! ¡Ya extrañaba yo!…

PACO REY. Pero a mí me era preciso ir ahora un día con mi suegra. El cafre de mi concuñado veranea este año allí, y a doña Tránsito se le ha puesto en el moño ir a ver a sus nietos. ¡Y Amarillo me la va a llevar… y me la va a traer!

GOMECITO. ¿A su suegra?

PACO REY. ¡A mi suegra! ¡Que está medio loca y no hay quien la aguante! ¡Y no se le van a olvidar a éste los ciento veinticinco kilómetros en

lo que le quede de vida!

Gomecito. ¡Ja, ja, ja! ¡Buena jugada, amigo!

Paco Rey. ¡Estas son las que dan fama!

Gomecito. ¡Es usted temible!

Dentro, tras la mampara, se oye hablar a don Robustiano y a Carlota.

Don Robustiano. Pase usted, pase usted; seguramente estará aquí, en el negociado.

Carlota. ¿No molestaré?

Don Robustiano. ¡Todo lo contrario, Carlota!

Paco Rey. ¡Ah! ¡Carlota!

Gomecito. ¡Carlota!

Paco Rey. ¡La esposa del calderoniano!

En menos que lo piensan se ponen las americanas los dos.

Carlota. Quedó en esperarme a la puerta del Ministerio…

Don Robustiano. Pase usted, pase usted.

Y pasa, en efecto, Carlota, mujer extraordinariamente guapa y muy amable. Gomecito y Paco Rey la reciben con todos los honores. Don Robustiano, que le abre la puerta, ante su belleza se olvida un momento del calor.

Carlota. Buenos días.

Paco Rey. ¡Oh, señora! ¡Tanto bueno por aquí!

Gomecito. ¡Tanto bueno!

Paco Rey. ¿Cómo está usted?

Carlota. Bien, ¿y usted? ¿Y su señora? ¿Y los cuatro chicos?

Paco Rey. Vamos pasando todos.

Carlota. ¿Y usted, dibujante?

Gomecito. Admirándola siempre, Carlota.

Carlota. ¡Sí; que yo tengo mucho que admirar!

Don Robustiano. ¡Ya lo está usted viendo! ¡Estamos los tres con la boca abierta! Siéntese usted. Honre usted estas cuatro paredes; honre usted

esta silla.

Carlota. ¡Jesús, qué exagerado!

Paco Rey. ¡También en las cavernas entra a veces el sol! Carlota. ¡Jesús, María!

Don Robustiano. *Limpiándose el sudor.* ¡En las cavernas y en los despachos de los jefes! ¡Uf!…

Carlota. ¿Y mi marido, saben ustedes de él?

Paco Rey. Vendrá ahora a recoger unos libramientos. Fírmeselos usted, don Robustiano.

Don Robustiano. Vengan.

Paco Rey se los pone a la firma.

Carlota. Nos citamos a la puerta del Ministerio; pero llevo allí cinco minutos, y hace un calor de horno.

Gomecito. De horno. Es un día terrible.

Paco Rey. Y usted, por lo demás, no debe esperar nunca en ninguna puerta.

Don Robustiano. Ni ha nacido usted para esperar, sino para ser esperada.

Carlota. ¡Qué amable es este don Robustiano! Es decir, ¡qué amables son ustedes todos! Este es el negociado de la amabilidad. ¿Y Amarillo, no ha venido hoy?

Paco Rey. ¡Sí!

Gomecito. ¡Sí!

Don Robustiano. ¡No falta nunca! Es un funcionario modelo.

Carlota. Modelo, ¿eh?

Don Robustiano. ¡Modelo!

Paco Rey. Ahora ha ido al Registro.

Carlota. Yo soy vecina de él. ¿Ustedes no lo saben?

Gomecito. ¿Cómo no?

Paco Rey. ¡Si no habla de otra cosa! ¡Está encantado con la vecindad!

Don Robustiano. ¡Sus motivos tiene!

PACO REY. ¡Dice que como las vistas del balcón de su cuarto no hay otras en Madrid!

CARLOTA. Lo dirá por mi hermana Dorita.

PACO REY. ¡Por usted, por usted lo dice!

CARLOTA. A mí me es muy simpático. ¡Tiene una cara de bondad!…

GOMECITO. La cara es el espejo del alma.

PACO REY. ¡No se sabe lo bueno que es ese hombre! Aquí estamos siempre a lo que él quiera. El viernes, si le da licencia don Robustiano, se irá por tres días a Zarzal de Arriba, a refrescarse un poco; a esparcirse. ¡Pobrecillo!

CARLOTA. ¿A Zarzal de Arriba?

PACO REY. Sí.

CARLOTA. Y ¿a qué va allí?

PACO REY. ¡A apurar ciento veinticinco kilómetros!

CARLOTA. ¡Qué gracia! Y ¿cuándo irá?

PACO REY. El viernes, que es fiesta.

CARLOTA. ¡Ah! ¡el viernes!… *Barajando ideas.* Bueno, bueno…

PACO REY. Para quedarse allí sábado y domingo. Si lo autoriza don Robustiano.

DON ROBUSTIANO. ¡Pues no, que no! A Amarillo, lo que me pida. ¡Lo merece todo!

Vuelve Amarillo, harto ajeno a la visita de Carlota. Verla, ponerse como un pavo y abalanzarse a su americana para adecentarse, todo es uno.

AMARILLO. De manera, querido Rey, que me decía usted… Carlota. ¡Amarillo!

AMARILLO. ¡Señora! ¡Pero, hombre, esto se avisa! Perdóneme…

CARLOTA. No pase usted cuidado…

AMARILLO. ¡Esto se avisa!

CARLOTA. No pase usted cuidado… no se preocupe… Ni es tampoco la primera vez que lo veo a usted en mangas de camisa…

PACO REY. ¿Eh?

CARLOTA. ¡Vivimos tan enfrente!… No sea usted malicioso… Paco Rey. ¡Ah!

CARLOTA. En mangas de camisa… y *ainda mais*.

AMARILLO. ¿Cómo *ainda mais*?

CARLOTA. No se asuste usted… Usted, hasta en la intimidad, se conoce que es hombre muy mirado…

AMARILLO. ¡Muy mirado!… ¡Sobre todo desde los balcones de enfrente!…

CARLOTA. ¡Ay, qué buena sombra! Pues sí, amiguito, sí; de noche, en cuanto enciende usted la luz, se transparentan los visillos… y naturalmente… como una no cierre los ojos…

AMARILLO. ¿Eh?

CARLOTA. Conque cierre usted las maderas, si no quiere exhibirse…

AMARILLO. No, no quiero, no… ¡*Ainda mais*, no!… ¡El verano es peligrosísimo!

CARLOTA. ¡Peligrosísimo! ¿Cómo está usted, a todo esto? Amarillo. ¡Sudando! ¿Cómo he de estar, señora?

CARLOTA. ¿Sudando?

AMARILLO. ¡Sudando!

PACO REY. *Per se y per accidens…*

CARLOTA. Eso no lo he entendido.

GOMECITO. Nosotros, sí.

CARLOTA. Alguna clave del negociado, ¿no? Conque sudando… Pues yo, vea usted las cosas, Antolín, por calor que haga, no sudo. ¡No sudo nunca! ¡Ni el día de San Lorenzo!

DON ROBUSTIANO. ¡Pues no sabe usted lo que tiene!

CARLOTA. Dorita, sí; mi hermana, sí. Siente muchísimo el calor… Le entra una dejadez, una modorra… un desmayo… A mí, no; ya digo. Mi calor es seco; muy seco. La sangre me hierve; la piel se me abrasa; me echa fuego, fuego. Mire usted; ¡fuego! Tóqueme usted el brazo; ¡fuego!

AMARILLO. *Tocándola con gran timidez.* ¡Fuego! *Se va a su mesa.*

Antes y ahora, sus compañeros cruzan entre sí miradas de inteligencia, y algunas palabras en voz baja, con que comentan a su modo la predilección de Carlota por Antolín.

PACO REY. Amarillo, en el botijo tal vez quede agua.

CARLOTA. ¡Qué venenoso es este hombre! *Pausa.* Mi marido no viene.

PACO REY. ¡Ni falta que hace!

AMARILLO. *Imponiendo silencio.* ¡Chisss!

PACO REY. *Casi sin voz.* ¡Ni falta que hace!

CARLOTA. No le hará a usted falta; a mí, sí. *Mirando a Amarillo con ternura.* Una mujer está siempre cercada de peligros.

AMARILLO. *Respirando por la herida* ¡Y un hombre también!

CARLOTA. ¿Qué le parece a usted la mosquita muerta?… ¡Es de los que tiran la piedra y esconden la mano!…

DON ROBUSTIANO. ¿Hola?

AMARILLO. No haga usted caso, don Robustiano… Yo no tiro piedras a nadie…

CARLOTA. Escúcheme usted, Amarillo, con formalidad; antes que se me olvide. *Se le sienta al lado y extrema su coquetería.*

Se redoblan los comentarios de los compañeros.

AMARILLO. *Tartamudeando de pavor.* Di… diga usted. En qué… qué… qué puedo servirla.

CARLOTA. ¿Qué es eso?… ¿Se emociona usted?… ¡Es usted muy sensible!…

AMARILLO. ¡Muy sensible!

CARLOTA. *Suspirando.* ¡Ay! ¡Lo que yo aprecio esa condición en los hombres! Cada una suspira por lo que le falta… Mi marido es muy bueno; pero muy duro, muy bronco, muy agrio…

AMARILLO. ¡Muy agrio!

CARLOTA. A los hombres dulces se les lleva mejor, porque se les adivinan las intenciones… se les ve venir.

AMARILLO. *Con siete ojos.* ¡Y a los agrios también!

CARLOTA. Escúcheme. Ahora, en cuanto entre setiembre, voy a quedarme en casa un día a la semana… Yo vería con gusto que usted nos honrase con su visita…

AMARILLO. Muchas gracias, señora…

CARLOTA. No me llame señora; llámeme Carlota; con más familiaridad…

AMARILLO. Muchas gracias, Carlota… ¡Estoy tan ocupado siempre!… No sé si podré…

CARLOTA. Querer es poder… ¿No ha de poder usted hacer un huequecillo en sus quehaceres? Lo pasaremos bien. Dorita toca el piano, canta un poquitín… Usted, ¿baila?

AMARILLO. No, no señora; me tiemblan las piernas… ¡Y que tengo muy mal oído!

CARLOTA. Me alegro. Porque yo no bailo tampoco… —no quiere Gavilanes—; y así, mientras los demás bailan, usted y yo charlaremos íntimamente de muchas cosas… ¡Hay tanto de que hablar, Antolín!

AMARILLO. ¡Uf!

CARLOTA. Usted debe de tener muy buena conversación…

AMARILLO. No…

CARLOTA. Porque usted lo dice…

AMARILLO. Sí…

CARLOTA. Yo le tiraré a usted de la lengua…

AMARILLO. *Más muerto que vivo.* ¡Oh!…

Por la puerta del foro, como una tromba, llega don Gil. Todos se intranquilizan al verlo aparecer, menos la apacible Carlota. Amarillo se pone a enhebrar una aguja para coser un expediente; pero no atina con el ojo. Por su parte, don Gil crispa los puños y aprieta los dientes al ver aquel cuadro. Con la mirada quiere comerse al pobre Antolín.

DON GIL. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué haces tú aquí?

CARLOTA. ¿Pareciste ya?

DON GIL. ¿Pareciste ya? ¿Qué haces tú aquí?

CARLOTA. Cansada del plantón a la puerta, entré a ver qué era de tu vida.

DON GIL. ¡Pues de la puerta vengo yo, de esperarte!

CARLOTA. ¡Pues hemos estado jugando al escondite!

DON GIL. ¡Jugando, jugando!… *Suelta un bufido.* ¡Pfff!… *Parece una cañería que ha cogido aire.*

CARLOTA. Tienes que poner tu reloj con el mío.

DON GIL. ¡Mi reloj con el tuyo!… ¡Pfff!… ¿Y esos libramientos, están ya firmados?

DON ROBUSTIANO. ¡Hace un cuarto de hora!

DON GIL. ¡Menos, si le parece a usted!

DON ROBUSTIANO. Lo que usted guste. Tómelos. ¿Sabe usted dónde tiene que ir ahora?

DON GIL. ¡No! ¡He de aguardar a que usted me lo explique! ¡Ocurrencia es! ¡Y estoy viniendo un día sí y otro no! *A Carlota.* Tú, vámonos.

CARLOTA. Déjame que me despida, hombre de Dios. ¡Ave María, qué genio!

DON ROBUSTIANO. Con el calor nos disparamos todos.

CARLOTA. No… Éste se dispara a seis bajo cero. ¡Ay! ¡lo que daría yo porque tuviera un genio dulce!…

DON GIL. ¡Pfff!… Acaba ya y vámonos.

Carlota se despide de todos con mucha calma.

CARLOTA. Don Robustiano… tanto gusto…

DON ROBUSTIANO. A los pies de usted.

CARLOTA. Amigo Rey, mis recuerdos a la familia.

PACO REY. Gracias, Carlota. Servir a usted siempre.

CARLOTA. ¿Cómo está la mamá?

PACO REY. ¿Mi suegra? Bien; bien. Con sus cosas… Proyectando un viaje.

DON GIL. ¡Pfff!

CARLOTA. Caricaturista…

GOMECITO. Carlota…

CARLOTA. Un día me tiene usted que hacer a mí la caricatura.

GOMECITO. Se resistirá mucho mi lápiz.

CARLOTA. ¡Ay, qué galantería! Vale usted un Perú, Gomecito. La del último *Nuevo Mundo* me hizo mucha gracia.

DON GIL. ¿Quieres acabar ya, mujer?

CARLOTA. Ya acabo, hombre. La educación es antes que todo.

DON GIL. ¡La educación! ¡la educación!…

CARLOTA. Adiós, Antolín. *Un poco bajo.* A usted lo dejo para postre.

AMARILLO. *Sin osar mirarla siquiera.* Adiós, señora.

CARLOTA. No olvide usted lo que hemos hablado.

AMARILLO. *Con vaho más que con voz.* No…

CARLOTA. Hasta la vista, entonces.

AMARILLO. Si puedo…

DON GIL. ¡Pfff!…

CARLOTA. Vamos, hombre, vamos; no te impacientes más. ¡Eres insoportable! ¡No puedes estar en ninguna parte cinco minutos! Adiós a todos. Buenos días.

DON GIL. ¡Buenos días!

DON ROBUSTIANO. Vayan con Dios.

PACO REY. Que lo pasen bien.

AMARILLO. Buenos días.

GOMECITO. Buenos días.

Se marchan Carlota y don Gil. Todos, a excepción de Amarillo, sueltan la risa. Éste se inquieta y se demuda ante el temor de que los oiga el calderoniano.

AMARILLO. ¡No se rían ustedes, que no tiene gracia ninguna! Don Robustiano. ¿Cómo que no? ¡Vaya suerte, amigo!

PACO REY. ¡Vaya una mujer, comprometiendo a un hombre!

Amarillo. ¡Comprometiéndolo; sí, señor, comprometiéndolo!

Gomecito. ¡Vaya un barbián llevándoselas de calle!

Amarillo. No, no, no; no acepto esta broma. Me mudo de casa sin perder tiempo; y si usted me lo consiente, don Robustiano, me voy ahora tres días fuera de Madrid. ¡Y cuando vuelva, ya vuelvo a la otra casa!

Paco Rey. ¡Valiente candidez!

Gomecito. No sea usted inocente, Amarillo…

Don Robustiano. Cuando pasan rábanos…

Amarillo. ¡Cuando pasan rábanos, yo los dejo pasar, porque a mí me sientan mal los rábanos!

Nuevas visas de iodos.

Dentro se oye la voz de un Ordenanza que grita:

Ordenanza. ¡La hora!

Paco Rey. ¡Santa palabra!

Don Robustiano. ¡A casita, a pasar más calor!

Gomecito. ¡A la bendita calle! ¡Viva la libertad!

Paco Rey. *A Gomecito y a Amarillo.* Les doy a ustedes una cerveza.

Gomecito. Por mí, aceptada.

Amarillo. Y por mí; que quiero pedirle a usted detalles.

El Ordenanza asoma a la mampara y repite:

Ordenanza. ¡La hora, señores!

Don Robustiano. Caballeros, hasta mañana, si Dios quiere.

Paco Rey. Adiós, don Robustiano.

Gomecito. Hasta mañana.

Amarillo. Hasta mañana.

Tras el jefe, se van los tres charloteando. Rodríguez vuelve de nuevo por la puerta de la derecha y se despide del botijo Paulina sale tras de él, ya en su trajecito de calle, y se marcha entonando una cancioncilla.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Estamos en la estación de Rozalejo, y en el lugar donde se toma el coche del *Trucha*, que conduce a Zarzal de Arriba. A la izquierda del actor, la fachada posterior de la estación, con puerta practicable y su letrero correspondiente sobre ella. A la derecha, una cantina, cuya puerta está amparada de los rayos del sol por un toldillo prendido a dos acacias. A su sombra, mesas y sillas para el servicio. Al frente, una valla, que limita un poco el lugar, y tras ella, hasta el fondo, amarillas eras, abrasadas por el sol de agosto. Adosado a la fachada de la estación, un banco. Es por la mañana.

Se oye llegar un tren. Dentro, en el andén, pregona una chiquilla:

CHIQUILLA. ¡Agua! ¡Agua fresquita! ¿Quién quiere agua? ¡Agua! ¡Un vasito de agua!

A poco sale de la cantina Salustia, dueña de ella, guapa, habladora y persona de gran porvenir, gracias a sus luces naturales.

SALUSTIA. Más creí yo que iba a tardar el misto. Dos horas de retraso na más es casi casi lo corriente.

Salen de la estación la tía Celsa y Remigia, con algunos líos en la mano. Son mujer y sobrina de un labrantín de Zarzal de Arriba.

TÍA CELSA. ¡Nos ha fastidiao el descarrilamiento!

REMIGIA. ¿Se habrá asustao el tío Roque?

TÍA CELSA. El tío Roque no se asusta ni en viendo que vea que echa a andar la torre de la iglesia. Es mu tranquilo.

SALUSTIA. Dios guarde a usté, tía Celsa.

TÍA CELSA. ¡Hola, Salustia!

REMIGIA. Buenos días.

SALUSTIA. ¿Qué ha sío eso?

TÍA CELSA. Pos en Pozuelo, que había descarrilao un mercancías y hemos tenío que esperar dos horas. Y luego nos han pasao quince trenes.

REMIGIA. ¡Como que este tren no es un tren: es un burro!

SALUSTIA. A los correos y a los espresos siempre se los da preferencia.

TÍA CELSA. ¡Pos igual pagamos unos que otros! ¡Y en los trenes más cómodos se pué aguantar mejor una parada que no en un misto! En fin, vámonos pa casa. *Yendo hacia detrás de la cantina.* Pero, oiga usté, ¿y el coche?

SALUSTIA. ¿El coche? No tardará en venir.

TÍA CELSA. ¡Debía estar aquí, que es su obligación!

SALUSTIA. Debía estar aquí, sí, señora; no se sofoque usté. Pero el *Trucha*, al enterarse del retraso del misto, pos el hombre lo ha aprovechao pa hacer otro servicio de conveniencia. Todos somos hijos de Dios.

TÍA CELSA. Ya, ya.

REMIGIA. Sí, sí.

SALUSTIA. Desde las cinco de la mañana está danzando pa un lao y pa otro.

TÍA CELSA. Sí, sí.

REMIGIA. Ya, ya.

SALUSTIA. No lo digan ustés con segunda, que no hay pa qué. Siéntesen ustés.

TÍA CELSA. Sí que nos sentaremos, sí. *Mientras se sientan, aparte entre las dos.* Ésta va de acuerdo con el *Trucha* pa obligar a tomar algo en la cantina.

REMIGIA. ¡Pos claro!

CHIQUILLA. *Dentro, como antes.* ¡Agua! ¡Agua fresquita! ¿Quién quiere agua? ¡Agua! ¡Un vasito de agua!

SALUSTIA. *Acercándose a las labradoras, una vez que las ve sentadas.* ¿Qué van ustés a tomar?

TÍA CELSA. El fresco.

SALUSTIA. ¿Ah, sí? ¡Cuando lo haya!

REMIGIA. Sí lo hay, sí. No falta frescura.

SALUSTIA. De una parte y de otra, por lo visto.

TÍA CELSA. Ni más ni menos. *A Remigia.* Ande las dan las toman. ¡Es mu sabia ésta! ¡Pero nací yo unos años antes!

Sale Galván de la estación. Trae una maleta. Es un viajero un poco aturdido.

GALVÁN. Buenos días, señora.

SALUSTIA. Venga usté con Dios.

GALVÁN. ¿Es aquí donde se toma el coche para Zarzal de Arriba?

SALUSTIA. Sí, señor; pero tendrá usté que esperar una miaja.

GALVÁN. ¿Otra espera? ¡Por vida de…! *Deja la maleta sobre el banco, mira su reloj y pasea nervioso.*

SALUSTIA. ¿Trae el señor prisa?

GALVÁN. Alguna traigo.

SALUSTIA. ¿No quié usté entretenerse tomando cualquier friolerilla?

GALVÁN. No.

SALUSTIA. Comiendo paece que corre más el tiempo.

GALVÁN. ¿Tardará mucho el coche?

TÍA CELSA. ¡Hasta que el señor no haga algún gasto en la cantina, no llega!

GALVÁN. ¿No, eh? Pues, entonces, sírvame usted un café con leche, señora.

SALUSTIA. ¡Como si prefiere usté almorzar aquí! Tengo huevos, tengo jamón, tengo sardinas, tengo embutidos…

GALVÁN. No; no tanto, no tanto.

SALUSTIA. Lo que guste el señor. Pase adentro de la cantina, que está fresquísima.

Galván. ¡Vamos adentro! *Éntrase.*

Tía Celsa. ¡Ya cayó uno!

Salustia. ¡Hija, si hubiéramos de vivir de lo que dan las labradoras, cerrao por defunción el establecimiento! *Éntrase también.*

Remigia. ¡Como una avispa le ha picao!

Tía Celsa. ¡Natural!

Remigia. Pero ya podía venir el *Trucha*. Estoy yo intranquila, no se asuste el tío al ver que tardamos.

Tía Celsa. ¿No te digo que no se asusta, mujer? ¡Está hecho a sustos desde el matrimonio!

Chiquilla. *Pregonando otra vez.* ¡Agua! ¡Agua fresquita! ¿Quién quiere agua? ¡Agua! ¡Un vasito de agua!

Sale, también de la estación, Simancas, viajante de una fábrica de pasta de harina, de Madrid, y cuya familia veranea en Zarzal de Arriba.

Simancas. ¡Es un escándalo esto de que siempre falte el coche! ¡Cuando no con un pretexto con otro, nunca ha de estar a punto!

Tía Celsa. Pos lo que es hoy, échele usté un galgo.

Simancas. ¡Pues es un abuso, señora!

Remigia. ¡Un abuso! ¡Y que lo diga usté!

Simancas. Por supuesto, los viajeros tenemos la culpa.

Tía Celsa. ¡Ahí, ahí!

Simancas. Porque el día que un viajero, dos viajeros, cinco viajeros, X viajeros, nos fuésemos a ver al alcalde, y le diésemos una queja, dos quejas, H quejas, y le impusieran al *Trucha* una multa de cinco pesetas, de diez pesetas, de N pesetas, ¡vería usted cómo ya nunca faltaba el coche!

Tía Celsa. ¡Ahí, ahí! Y otra buena multa a esta lagarta, que está en conivencia con él.

Simancas. ¿En connivencia?… ¡En algo más que en connivencia!

Vuelve Salustia. Se oyen las señales de partida del tren, que se va.

Salustia. ¡Hola, señor Simancas, buenos días!

Simancas. ¡Felices!

SALUSTIA. ¿Qué? ¿Otro par de diítas al pueblo?

SIMANCAS. ¡Hágamelo usted bueno! ¡Pero parece que voy a pasármelos en el viaje!

SALUSTIA. ¡En el viaje, dice! ¡Qué chusco! ¿Va usté a tomar algo?

SIMANCAS. ¡Iba a tomar el coche!

SALUSTIA. Tendrá usté que aguardar un ratillo.

SIMANCAS. Ya lo sé, ya lo sé. *Se sienta en unos fardos que hay junto a la valla y se pone a leer el «A B C».*

TÍA CELSA. ¡Falló el tiro!

SALUSTIA. Le advierto a usté que no le tolero indiretas al público.

TÍA CELSA. Hablaba con aquí mi sobrina.

SALUSTIA. *Reparando hacia la puerta de la estación, por donde luego aparecen doña Tránsito y Amarillo.* ¡Oiga! ¿Qué pájaros son éstos? ¡Esta es gente nueva!

Doña Tránsito, como se presumirá, es la suegra de Paco Rey, señora extravagante y un poco perdida de la cabeza. Trae varios bultos a la mano. Antolín, que pacientemente la acompaña, trae por su parte una maletilla y una máquina fotográfica «Kodak».

AMARILLO. ¡Qué calor! ¿Verdad, doña Tránsito?

DOÑA TRÁNSITO. Mucho calor, sí… Pero yo, justamente… En las Hébridas… cuando estuve con mi marido en las Hébridas…

AMARILLO. Dispense un minuto. *Busca en vano el coche del «Trucha».* No veo el coche por ninguna parte.

TÍA CELSA. ¡Ni con antiojos!

AMARILLO. ¿Eh?

SALUSTIA. No la haga usté caso. Es una vieja loca.

AMARILLO. ¿Otra?

SALUSTIA. ¿Usté va pa Zarzal de Arriba?

AMARILLO. Sí, señora, sí.

SALUSTIA. Pos de aquí a na bajará el coche. Total, diez minutos de espera.

AMARILLO. Muchas gracias. Hemos de esperar el coche, doña Tránsito.

DOÑA TRÁNSITO. ¡Bueno! ¿Qué más da? Las cosas hay que tomarlas según vienen. Por lo que hace a mí… ¡vamos! Me acuerdo de una vez… ¡Ya ha llovido! Mi yerno se ríe mucho cuando se lo refiero… Precisamente… ¿Se va usted a meter en…? ¡Sería un disparate! En Francia… Yo he viajado mucho por Francia… ¡Bueno, hombre, bueno! Dejaremos aquí sobre el banco estos paquetitos.

AMARILLO. *Entre sí.* ¡Así desde Madrid! ¡No acaba un párrafo! ¡Vaya un encarguito el de Paco Rey!

SALUSTIA. Traiga usté también la maleta, señor. No hay cuidado ninguno.

AMARILLO. ¿No, eh?

SALUSTIA. ¡Ninguno! *Pone la maleta de Amarillo junto a los otros bultos.* Y lo mejor que pué usté hacer es tomar cualquier cosa mientras llega el coche. Y la señora. Siéntesen aquí.

TÍA CELSA. ¡Ya!

Amarillo la mira.

SALUSTIA. No la haga usté caso. ¿Qué quiere usté tomar?

AMARILLO. ¿Nos sentaremos, eh, doña Tránsito?

DOÑA TRÁNSITO. Nos sentaremos.

SALUSTIA. *A la Chiquilla, que sale agitadísima de la estación, con un cantarillo y un vaso.* ¿Cuánto, tú?

CHIQUILLA. Ocho. Y uno que no ha pagao.

SALUSTIA. Siete, entonces.

CHIQUILLA. Hasta el disco he ido corriendo a ver si me echaba la perrilla. Pero ¡que si quieres!

SALUSTIA. Los hay frescos.

CHIQUILLA. Déjelo usté estar; que si pasa pa abajo… ¡Ya me he quedao yo con la fisonomía!

SALUSTIA. ¿Sí, eh? Siempre es un consuelo, no te creas.

CHIQUILLA. ¡Unos bigotes tiene!… ¡Como no se afeite, no se me despinta en un año! *Éntrase en la cantina.*

SALUSTIA. *A Amarillo.* Bueno, caballero, ¿qué va a ser?

AMARILLO. Allá veremos. *A doña Tránsito.* ¿Le apetece a usted un piscolabis?

DOÑA TRÁNSITO. Le diré a usted, Ambrosio.

AMARILLO. Antolín.

DOÑA TRÁNSITO. Es verdad: Ambrosio. Yo, entre horas… mi médico me tiene dicho… ¿Usted les hace caso a los médicos? El uno que si vino, el otro que si agua… En Inglaterra… Claro que ahora los cambios están altos… Pero a mí me ha pasado siempre, ¡siempre!… ¡Siempre me ha pasado lo mismo!

AMARILLO. ¡A mí, no! ¡A mí esto no me ha pasado nunca!

SALUSTIA. ¿Le sirvo a la señora una gaseosa bien fresca?

DOÑA TRÁNSITO. ¡No! ¡Gaseosa, no! ¡Gaseosa, jamás! La última vez que tomé gaseosa…

SALUSTIA. Entonces…

DOÑA TRÁNSITO. Entonces me va usted a traer… ¿Qué tomaría yo? Tráigame usted una gaseosa.

AMARILLO. Ya lo oye usted: gaseosa, jamás. Tráigale usted una gaseosa. *Le hace señas de que está barrenada.*

SALUSTIA. ¿Y usté, señor?

AMARILLO. Yo tomaré una cervecita.

SALUSTIA. Ahora mismo. *Éntrase en la cantina.*

DOÑA TRÁNSITO. Es simpática esta mujer.

AMARILLO. Sí; sí es muy simpática.

DOÑA TRÁNSITO. Porque en estos pueblos, a lo mejor… A mí me recuerda… Me la recuerda mucho, mucho; ¡mucho me la recuerda! Imagine usted… De esto hace ya dos años… Usted tendrá noticias por mi yerno…

¡Qué disgustos más grandes! No me quiero acordar… Los dos hermanos frente a frente… ¡Cómo se ponían! Y yo, en medio.

Amarillo. Y yo, a un lado.

Doña Tránsito. ¡Las cosas de la curia!… Y que quieras que no, usted a declarar en el pleito. Excuso ponderarle a usted… Yo hablé con Juan… Al fin, educado con los jesuitas… Y luego, el otro. ¡El otro! El otro tiene más debajo de tierra que encima. Ahora, que después del suelto del periódico, había que seguir adelante. Usted ¿qué hubiera hecho?

Amarillo. ¿Yo? ¿Después del suelto del periódico? ¡Lo mismo que usted!

Vuelve Salustia con la gaseosa y la cerveza, y se las sirve.

Salustia. ¿Conque a Zarzal de Arriba?

Amarillo. A Zarzal de Arriba.

Salustia. ¿Lo conocen ya?

Amarillo. No; yo, no.

Doña Tránsito. Yo, sí; porque… Aunque no he estado nunca… Mis nietos… Tengo allí a mis nietos… Los hijos de… Que por cierto el más chico… ¡Ganas de hablar, le advierto a usted! ¡En San Sebastián pasa lo propio! ¡El mar! ¡el mar!… Tonterías. No hay que darle vueltas a esto.

Amarillo. No hay que darle vueltas. Beba usted tranquila su chocolate.

Doña Tránsito. ¿Cómo mi chocolate, Evaristo? ¿Dónde tiene usted la cabeza?

Amarillo. ¡Es verdad! ¡Ni sé lo que hablo! Yo, viajando me mareo muchísimo.

Doña Tránsito. Yo, no. Al contrario.

Amarillo. ¿Marea usted a los demás?

Doña Tránsito. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buena ocurrencia! Igual que usted las tenía el pobre Diego. ¡Lo que yo lo sentí! Y no fué la solitaria, ¡no! Fué… fué… lo que fué. ¿A qué hablar de esto ahora? En el cuarto de la fonda le diré a usted sentencias.

SALUSTIA. ¿A qué fonda van? ¿A la de la Cándida?

AMARILLO. No, señora; al «Hotel Raimundo».

SALUSTIA. ¿Al «Raimundo»?

AMARILLO. Sí. ¿Qué pasa?

SALUSTIA. ¿Van ustés a hacer penitencia?

AMARILLO. ¿Qué?

SALUSTIA. ¿Quién ustés que los maten de hambre?

AMARILLO. ¡No, en nuestros días!

La tía Celsa y Remigia se hacen señas de inteligencia y atienden a la conversación como si les fuera la vida.

SALUSTIA. Pos dispensen ustés que les diga que van engañaos. ¡El «Hotel Raimundo» es una filfa! Mucho nombre, mucho *postín*, pero una filfa. ¿Ustés quien comer bien? ¡Sin requilorios, sin pamplinas! ¡Buenas magras! Pos vayan ustés a casa de la Cándida. Díganla ustés que van de mi parte: de la Salustia. Una servidora.

AMARILLO. Pues, oiga usted, a mí me han ponderado mucho el «Raimundo».

SALUSTIA. Algún cursi.

DOÑA TRÁNSITO. No, no; cursi, no, porque…

AMARILLO. Un momento, doña Tránsito, que esto es muy importante y no conviene divagar.

SALUSTIA. Miste: en el «Raimundo» to es bambolla: apariencia na más. Cuatro detalles modernismos pa engañar a los bobos. ¡Señor, si estamos en un pueblo! Los palillos, de plumas de gallina, metíos en fundas de papel. ¡Pero si no tié usté qué escarbarse, porque no come, sobra la funda y sobra to! La azúcar, también la lían en papelitos. Y ¿qué tenemos? ¡Mucho papel, pero no endulza! En casa e la Cándida mete usté la cuchara en el azucarero, y nadie le va a usté a la mano. ¡Que si timbre elétrico en las habitaciones! ¿Pa qué? Se le duerme a usté el deo llamando, y no parece una camarera. ¡Menos timbres y mejor servicio! En casa e la Cándida toca usté las palmas, y acuden siete. Pos ¿y las camas? Toas tien dosel en el «Raimundo». Pero se acuesta usté bajo el dosel y no sabe dónde se lo habrán llevao a usté por la mañana.

Amarillo. ¡Caracoles!

Salustia. ¡En procesión sacan a los huéspedes los insetos! ¡Tome usté dosel! ¡Unas sábanas limpias y un colchón bien mullío, y déjeme usté a mí de doseles! ¡Como el aquel del baño! ¡Cuarto e baño! ¡cuarto e baño! ¡Se llenan la boca con el cuarto e baño! ¿Y el agua? ¿Ande está el agua? Pos si no hay agua, ¿pa qué sirve el baño? ¡Abre usté los grifos, y ni por atención carraspean! ¡Con su permiso, caballero! *Vuélvese a la cantina.*

Amarillo. Yo creo que exagera esta mujer.

Doña Tránsito. ¡No le quepa a usted duda! Mis informes… ¡Dónde va a parar!… Si va una a fiarse…

La tía Celsa y Remigia se llegan a ellos, indignadísimas.

Tía Celsa. ¡Les prevengo a ustés que esa charlatana es cuñá de la Cándida!

Remigia. ¡Y que está en conivencia con ella!

Tía Celsa. ¡Y su casa es una pocilga!

Remigia. ¡Y ni se come, ni se duerme, ni na!

Tía Celsa. ¡Y tengan ustés cuidao con la leche!

Remigia. ¡Y con el agua!

Tía Celsa. ¡To el que va, coge el tifus!

Remigia. ¡Y el otro día hicieron un arroz con un gallo muerto!

Amarillo. ¡Naturalmente! ¡Vivo es imposible!

Tía Celsa. ¡No, no; pero no retorcío el pescuezo, sino muerto como una persona! ¡Un asco! ¡Ahora, ustés harán lo que quieran!

Remigia. Ya están avertíos.

Tía Celsa. ¡A mí esta sabia! ¡A mí! ¡Nací yo antes que ella!

Vuélvense a sus asientos satisfechas de su intervención amigable.

Amarillo. ¡Me da el corazón que nos vamos a divertir mucho en Zarzal de Arriba! ¡Qué cuco soy!

Doña Tránsito. ¡Oh! Pero ¿usté toma en cuenta…? ¡Unos contra otros! ¡Los pueblos! ¡los pueblos! ¡Oh! Yo, no; gran ciudad siempre; gran ciudad. ¡A mí lléveme usted a Londres!

Amarillo. ¿A Londres? No sé inglés.

Doña Tránsito. ¡O a París, o a Viena! ¡Pueblos, no! ¡Automóviles, movimiento, balumba!… Dicen, dicen… ¡Que digan! ¡Bombas las tiran en todas partes! De modo que, si a usted le parece, esta es nuestra línea de conducta.

Amarillo. ¿Cuál?

Doña Tránsito. ¡Esta! ¿De acuerdo?

Amarillo. ¡De acuerdo! *Levantándose y dando un paseíto, dice entre sí:* Ella tenía la cabeza ligera; pero ¡no le hacía falta más que la gaseosa!

Simancas, que ha leído en el diario una noticia un tanto alarmante, no les quita ojo. Se acerca a la cantina, llama por señas a Salustia, sale ésta, y hablan aparte.

Salustia. ¿Qué quiere usté, señor Simancas?

Simancas. Que acabo de dar en una sospecha. Oiga usted. *Leyendo.* «Anoche era la comidilla del Madrid noctámbulo la inesperada fuga del cajero del B. de C. H., don M. G., con una importante cantidad ascendiente a X pesetas. El B. de C. H. ofrece espléndida gratificación a quien detenga al fugitivo. Se habla de que son cómplices suyos los empleados del propio Banco R. de T. y M. L. L.; y hay quien afirma que don M. G. ha realizado el robo impulsado por una mujer de escasos atractivos físicos; doña H. de F.». ¿Qué tal?

Salustia. ¡Na! ¡Lo de tos los días!

Simancas. No es eso, Salustia; es que yo estoy observando a esa parejita…

Salustia. ¡Ah! Y ¿sospecha usté…?

Simancas. Donde menos se piensa… Él tiene una cara de cajero que no hay más que pedir; y ¡ella no puede tener menos atractivos!

Salustia. Pos es verdá. Y ¿a quién lo coja a él le dan unas pesetas?

Simancas. ¡Ele!

Salustia. Pos ande usté con él, que yo mientras, como quien no hace na, voy a echar un vistazo a los paquetes de la vieja.

Y como dice lo hace. Doña Tránsito ha sacado un cuadernito y se ha puesto a escribir. Simancas se le acerca a Amarillo, que está tomando una fotografía de la vieja.

AMARILLO. Vacaciones sin *Kodak*, vacaciones perdidas. ¡Ajajá! Aquí no habla. Haré una ampliación para Paco Rey.

SIMANCAS. Caballero, usted me dispense.

AMARILLO. Usted dirá.

SIMANCAS. Con motivo del descarrilamiento y del retraso, ¿usted ha firmado en el libro de reclamaciones de la estación?

AMARILLO. No, señor; no me he ocupado de ello.

SIMANCAS. Pues permítame usted que le diga que debiera firmar. Es un deber de todos los viajeros.

AMARILLO. Es posible. ¿Usted ha firmado?

SIMANCAS. ¡Claro que sí! Firmo todos los días.

AMARILLO. Pero ¿todos los días hay reclamaciones que hacer?

SIMANCAS. ¡Todos los días! Aquí y en Madrid. Mi familia está en Zarzal de Arriba, y yo voy y vengo a diario. Soy viajante de «La Milagrosa».

AMARILLO. ¿Alguna cerería?

SIMANCAS. No, señor; una fábrica de pasta fina para sopas.

AMARILLO. Ya.

SIMANCAS. La mejor de España.

AMARILLO. Ya.

SIMANCAS. Tenga usted mi tarjeta.

AMARILLO. Gracias. Yo no llevo.

SIMANCAS. ¿No lleva usted?… Pues, ya digo, todos los días, allí y aquí, dejo consignada mi protesta. En Madrid: «El tren R ha llegado con un retraso de H minutos». Aquí en Rozalejo: «El tren E trae F minutos de retraso, por haberse detenido en A o en B, L minutos más de lo establecido». J. Simancas, servidor de usted.

AMARILLO. Muy señor mío.

SIMANCAS. ¿Qué? ¿Firma usted también?

Amarillo. ¡Considere usted que sería un colmo!… ¡En un viajecillo de recreo!… ¿No cree usted?…

Simancas. ¡Ah! ¿Es de recreo este viaje?

Amarillo. Vamos al decir. De un recreo relativo. *Mirando a doña Tránsito.* Algo así como el tubo de la risa.

Simancas. Dispénseme usted.

Amarillo. No hay de qué, caballero.

Se va a tomar otra fotografía y desaparece hacia el fondo, por detrás de la valla. Salustia y Simancas cambian impresiones.

Salustia. Pa mí, señor Simancas, que ha puesto usté la pasa en el flemón.

Simancas. Y para mí también, Salustia. Se resiste a firmar y no se me ha ofrecido como yo a él, ni me ha entregado su tarjeta. Luego oculta su nombre.

Salustia. ¡Y paece un palomino atontao! Oiga usté, señor Simancas: ¿vamos a medias, si lo descubrimos?

Simancas. ¡Iremos a medias!

Salustia. ¿Palabra de hombre?

Simancas. Palabra de hombre.

Salustia. Pos almorzando con el jefe y con otro señor, tié usté ahora mismo a un chico de la Policía, que aguarda el rápido de Irún.

Simancas. Ni una palabra más. Voy a darle el soplo.

Salustia. Pronto, que ya llega el coche del *Trucha*.

Simancas. ¡En seguida! Este es un deber de civismo. *Se entra en la estación*.

Óyese acercarse el coche del «Trucha» durante el diálogo siguiente.

Tía Celsa. ¡Vamos! ¡Ya quiso Dios! ¡Ya viene ahí el *Trucha*! Anda, sobrina.

Remigia. ¡To llega en este mundo!

Se retiran hacia la derecha.

Salustia. ¡Vayan con Dios las rumbosas! ¡Y gracias por el gasto!

Tía Celsa. *Dentro ya.* ¡No hay de qué darlas! ¡Que aproveche!

Galván sale de la cantina, coge su maleta y se va también para el coche.

Galván. ¡Por fin! ¡Dichoso viajecito! Buenos días.

Salustia. Vaya usté con Dios.

Doña Tránsito. Oiga usted: ¿ese es el coche que ha de llevarnos?

Salustia. Sí, señora.

Doña Tránsito. ¿Y Ambrosio, dónde está?

Salustia. ¿Se llama Ambrosio?

Doña Tránsito. Digo, Ambrosio: José…

Salustia. ¿José?

Doña Tránsito. José o Federico, no recuerdo.

Salustia. ¿Hola? Pos allí lo tié usté sacando istantáneas.

Doña Tránsito. Avísele usted, mientras yo recojo mis bultos… Porque a mí… ¡Siempre! Los bultos de mano… Dicen de facturar… ¿Y las Aduanas? ¡No quiero acordarme, en Irún!… Todo revuelto: mis zapatos, mis medias, mis camisas… ¡Una ganga que encontré en Biarritz! ¡Ah, el *chic* francés!… *Cantando:*

Allons enfants de la patrie!…

Se pone a recontar sus bultos y a recogerlos.

Salustia. ¡Ciertos son los toros! ¡Le ha llamao por dos o tres nombres!

Doña Tránsito. Uno, dos tres, cuatro, cinco… Están todos.

Simultáneamente se siente parar el coche del «Trucha», y vuelven Amarillo, por donde se fué, y Simancas, con Quintanilleja, del interior de la estación.

Amarillo. Cantinera, ¿ese es el coche que esperábamos?

Salustia. Ese mismo.

Amarillo. ¡A Dios gracias!

Simancas. *A Quintanilleja, señalando a Amarillo. ¡Voilà!*

Quintanilleja. *A Amarillo, cuando va a recoger su maleta.* Caballero, un instante.

Amarillo. ¿Es a mí?

Quintanilleja. A usted. Sus documentos, ¿me hace el favor? *Le muestra la insignia de policía.*

Amarillo. ¡Ah! Con mil amores. La cédula, ¿no?

Quintanilleja. Sí; la cédula.

Amarillo. Ahí va.

Quintanilleja. *Leyéndola.* Antolín… ¿Amarillo?

Amarillo. Amarillo.

Salustia. ¡Huy, Amarillo!

Amarillo. Amarillo, sí. *Echándolo a broma.* Me llamo Amarillo. ¿Por qué no? Hay quien se llama Rosa; hay quien se llama Verde; hay quien se llama Rojo… ¡Yo me llamo Amarillo! No es un chiste; es que me llamo así. ¡Je, je, je!

Quintanilleja. *Devolviéndole la cédula.* ¿A dónde va usted?

Amarillo. A Zarzal de Arriba.

Doña Tránsito. *Interviniendo.* Verá usted lo qué ha pasado, señor… Mi yerno… ¡Usted seguramente lo conoce!… ¡Oh! En Madrid, hasta los gatos… Él, al *Cocodrilo*; él, su abono en los toros… Contra mi voluntad; porque a mí los toros no me gustan… Dicen del boxeo… Cada país es cada país… En Rusia, cuando aprieta el frío…

Quintanilleja. Perdone usted, señora…

Amarillo. Sí, doña Tránsito; deje usted…

El «Trucha» grita desde dentro.

Trucha. ¡Vamos! ¡Que se hace tarde!

Salustia. ¡Espera, *Trucha*; espera un poco!

Trucha. ¡Es que tengo que volver para el correo!

Quintanilleja. ¿El objeto de su viaje, señor?

Amarillo. Pero, bueno, este interrogatorio…

Quintanilleja. Tenga la bondad de contestarme.

Amarillo. Pues… el objeto de mi viaje… ¡Si en rigor este viaje no tiene objeto!…

Simancas. ¡Qué raro!

Amarillo. No, señor; no es raro. ¡O es raro, si le parece a usted! Pero es un viaje sin más objeto que el de apurar un kilométrico que me vence dentro de unos días. Ciento veinticinco kilómetros entre ida y vuelta.

Quintanilleja. A ver el kilométrico.

Amarillo. ¿El kilométrico?

Doña Tránsito. ¡No se lo enseñe usted, Ramón!

Quintanilleja. ¿Ramón?

Amarillo. ¡Cada vez me da un nombre distinto! Me ha conocido esta mañana…

Simancas. Sí, ¿eh?

Doña Tránsito. ¡No se lo enseñe usted! ¡Qué abuso! Quintanilleja. Señora, soy un delegado de la Policía.

Doña Tránsito. ¿De la Policía? Pero, ¿qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Quién me acompaña a mí? ¡Las cosas de Paco! ¡Paco es muy ligero! ¡Bueno como el pan; pero muy ligero!…

Amarillo. ¿Quiere usted callarse, doña Tránsito? Tenga usted el kilométrico, señor.

Trucha. *Volviendo a gritar.* ¡Que me voy!

A poco arranca el coche, y se aleja. Nadie le hace caso.

Quintanilleja. *Después de comparar el retrato del kilométrico con la cara del pobre Amarillo.* ¿Éste es usted?

Amarillo. Servidor. ¿Es que no me parezco?

Quintanilleja. Ni poco ni mucho.

Amarillo. ¿Cómo qué no?

Quintanilleja. *A Simancas.* Vea usted, caballero.

Simancas. ¡Jesús, qué ha de ser usted! Esta es otra persona.

Amarillo. ¡No, señor; soy yo! Antolín Amarillo. Sólo que, cuando me hice ese retrato, me peinaba con raya y me dejaba la patillita.

SIMANCAS. Mire usted, Salustia.

SALUSTIA. ¡Vamos! ¡Si se paece más a un primo mío! Lo que es al señor, ¡como un huevo a una castaña!

AMARILLO. ¡Bueno! ¡Esto sí que es bueno! ¡Deme usted un peine!

DOÑA TRÁNSITO. A ver, a ver… ¡Ay! ¡ay! ¡Éste no es usted, Anastasio! ¡Éste no es usted! ¡Si yo conozco a este granuja! ¡Éste es un cobrador de una fábrica de hule!…

AMARILLO. *Sulfurándose.* ¡Hasta aquí podíamos llegar, señores! ¡Éste soy yo! ¡Por encima de la opinión de todos ustedes! …

DOÑA TRÁNSITO. ¡No es él, no es él!… ¡Es el cobrador de los hules! *Al policía.* Mi marido, señor, comerciaba en hules… ¡Mala cabeza! ¿eh? Me dejó sin un céntimo… Cada uno nace con su sino… Él no sentía los números…

AMARILLO. Señora, hágame usted el obsequio de entrarse en la cantina, y esperarme ahí, o no acabaremos de entendernos.

SIMANCAS. Sí, Salustia, sí; retire usted a la señora.

SALUSTIA. Venga, señora, venga usté.

DOÑA TRÁNSITO. ¡Ya lo creo! ¡A mí!… Excuso decirle… Mi conciencia… ¿Quién había de pensar?… Ese yerno mío… ¡Qué hombre! No me asusto de nada, pero… ¡Asustarme yo! ¡Si yo le he dado la vuelta al mundo!

SALUSTIA. Entre usté, entre usté aquí…

DOÑA TRÁNSITO. ¡Emparentada como estoy con el ministro de Marina!

Entra en la cantina con Salustia. Ésta sale en seguida otra vez.

AMARILLO. *Al policía, y a Simancas.* Está como un cencerro. En mal hora emprendí este viaje.

SIMANCAS. Ya, ya.

AMARILLO. Sí, señor; en mal hora; porque me han colgado ese dije. Es la suegra de un compañero mío, que me ha rogado que la acompañe a Zarzal de Arriba. Yo, para servir a ustedes, me parezca o no al retrato del kilométrico, soy Antolín Amarillo, modesto funcionario de Hacienda.

Detenga usted al fotógrafo, si le parece; pero a mí, no. Mire usted, señor, las marcas de toda mi ropa. El pañuelo, A. A. La camisa, A. A. Los calcetines, A. A. El sombrero, A. A. La cartera, A. A. Y así todo.

QUINTANILLEJA. ¿Funcionario de Hacienda ha dicho usted que es?

AMARILLO. Sí, señor.

QUINTANILLEJA. *Maliciosamente.* ¿Está usted seguro?

AMARILLO. ¡Ay, qué gracia!

QUINTANILLEJA. Gracia, ninguna. ¿Está usted seguro?

AMARILLO. Yo, sí. Usted, ¿no?

QUINTANILLEJA. Yo, no.

SIMANCAS. Ni yo tampoco.

AMARILLO. ¿Es usted también policía?

SIMANCAS. Secreto.

AMARILLO. ¿Secreto?

SIMANCAS. De afición. Por civismo, que tomé con la primera papilla.

AMARILLO. ¡Caray!

QUINTANILLEJA. *A Amarillo.* ¿Conoce usted a don Teodoro de Sandalio?

AMARILLO. ¿El jefe de Hacienda?

QUINTANILLEJA. Sí, señor.

AMARILLO. Bastante lo conozco. Y él a mí.

QUINTANILLEJA. Pues venga usted conmigo.

AMARILLO. Vamos.

QUINTANILLEJA. *A Simancas, que los va a seguir.* El señor nada más. Vamos.

AMARILLO. ¡Tan bien como estaría yo ahora en mi negociado en mangas de camisa!

Se entran en la estación él y Quintanilleja. Simancas y Salustia se bañan en agua de rosas.

SIMANCAS. ¡Cayó el pájaro!

Salustia. ¡Cayó! ¡En lo que están las cosas!

Simancas. ¡Hoy engordo yo un par de kilos! ¡Esto es ciudadanía!

Salustia. ¡Que en la gratificación vamos a medias!

Simancas. ¡Claro que sí! La palabra es palabra. Y yo, además, sacaré tajada para «La Milagrosa». ¡He de cobrarles mis sopas a todos los empleados del Banco! H pedidos de puntetas; M pedidos de fideos; X pedidos de macarrones…

Salustia. ¡Vaya negocio! ¡Y renegaba usté porque se había ido *el Trucha*!

Simancas. La suerte, Salustia, la suerte. ¡Estoy contentísimo! ¡Contentísimo!

Salustia. ¿Por qué no toma usté alguna cosita?

Simancas. Ahora, no; ahora, no. Luego celebraremos esto.

Salustia. Luego, ¿eh?

Simancas. Luego, sí. ¡Esto hay que celebrarlo!

Vuelven Amarillo y Quintanilleja, departiendo amigablemente.

Amarillo. ¡Hay Providencia! ¡Porque si no da la casualidad de que está ese señor ahí, me luzco del todo!

Quintanilleja. *A Simancas.* Don Antolín Amarillo es efectivamente este señor. Persona dignísima, según acaba de asegurarme el señor don Teodoro de Sandalio, con quien almorzábamos el jefe de la estación y yo. Son, por lo tanto, injustificadas las sospechas de usted, señor Simancas.

Simancas. *Palideciendo.* Sí, ¿verdad?

Amarillo. Ya lo oye usted. Era innecesario su civismo.

Salustia. *Arrimándose al sol que más calienta.* ¡Como que no hay más que mirar a las personas pa saber lo que son! ¡Tié este señor Amarillo un aire de hombre bueno, que hace falta soñar con crímenes pa tomarlo por otra cosa! ¡El cajero fugao iba a ser!… ¡Vamos, hombre! ¡Voy a tranquilizar a la señora, que también se ve a la legua que es toda una señora! ¡Y menudo susto se ha llevao la infeliz!

Éntrase en la cantina.

Quintanilleja. *A Amarillo.* Bien, caballero; discúlpeme usted el mal rato.

Amarillo. No hay de qué, señor mío. Usted ha cumplido con su deber. Una ofuscación la padece cualquiera. Aquí no ha habido más criminal que uno.

Simancas. *Escamado.* ¿Cuál?

Amarillo. ¡El fotógrafo!

Simancas. ¡Ah, ya!

Quintanilleja. *Despidiéndose.* José María Quintanilleja, en Madrid, San Lorenzo, 6…

Amarillo. Antolín Amarillo, en Madrid también… No le ofrezco mi casa, porque me voy a mudar de un día a otro… y no sé dónde todavía… Pero, en fin, en Hacienda…

Quintanilleja. Tantísimas gracias.

Amarillo. Servidor de usted.

Quintanilleja. *A Simancas.* Lo mismo le digo.

Simancas. A su disposición.

Quintanilleja. Buenos días. *Vase.*

Amarillo. De manera que, por lo visto, ¿usted ha sido el autor de mi denuncia? ¿El que me ha hecho perder el coche?

Simancas. Sí, señor. Dispénseme usted. Reconozco mi error y lo deploro. Pero es mi carácter. Los deberes de ciudadanía me quitan el sueño. Ahora mismo yo no era yo: J. Simancas. Yo era un ser anónimo: el ciudadano A, que sospecha del viajero B y lo denuncia al policía C.

Amarillo. A B C.

Simancas. ¿Cómo?

Amarillo. Nada.

Simancas. Es que no admito burlas sobre esto.

Amarillo. Pues es de sentir. Porque si el ciudadano A no admite burlas, el viajero B tiene que decirle que otra vez, antes de meterse en camisas de once varas…

SIMANCAS. ¿De once varas?

AMARILLO. ¡De ;M varas! Se fije y lo medite un poco; pues de lo contrario, el ciudadano A, con todo su civismo, está muy expuesto a hacer ¡una plancha, dos planchas, tres planchas… planchas!

SIMANCAS. Pero ¿es que lleva nadie en el semblante su hoja de servicios o su certificado de honorabilidad?

AMARILLO. ¡No, señor! ¡Pero para eso están los rayos X!

SIMANCAS. ¡Bah! ¡bah! ¡Así anda el país! ¡Todo se echa a broma! Buenos días, señor. Usted me dispense de nuevo.

AMARILLO. Vaya usted enhorabuena.

SIMANCAS. ¡Y no me queda, otra solución que emprender a patita el camino por el atajo! ¡Uf! ¡Con el calor que hace! *Echa a andar, renegando, hacia la derecha.*

AMARILLO. ¡Toma ciudadanía!

Sale de la cantina Salustia.

SALUSTIA. ¿Ha visto usté qué tipo de hombre?

AMARILLO. Ya, ya.

SALUSTIA. ¿Sabe usté quién es?

AMARILLO. ¡Ya lo creo! ¡Es un anuncio circulante de la sopa de letras!

SALUSTIA. ¡Pos es verdá! ¡Que las mienta todas! ¡No había yo caído! ¡Ja, ja, ja! ¡Esta sal de los madrileños!…

AMARILLO. Yo soy de Algodor.

SALUSTIA. ¿De Algodor? ¡Ay, qué gracia!

AMARILLO. ¡Ah! ¿También tiene gracia que yo sea de Algodor?

SALUSTIA. ¡A mí me la ha hecho! La señora ya está tranquila.

AMARILLO. ¿Y callada?

SALUSTIA. Callada, sí. Se ha puesto a escribir en un cuadernito.

AMARILLO. Así está encantadora. ¡Y vamos a ver cómo nos marchamos a Zarzal! ¡Porque no hemos de estarnos aquí todo el día! ¿Y el *Trucha*?

SALUSTIA. En el *Trucha* no confíe usté. Vendrá o no vendrá a la hora del correo. Según le dé el naipe.

Amarillo. ¡Caramba! Pero, entonces… ¡Oiga! ¿Y aquel cochecito que está allí?

Salustia. Es particular. Es de los señores de «Villa Petronila», que a la cuenta esperan a alguien en el correo.

Amarillo. ¿Nos querría llevar a nosotros?

Salustia. No sé si Aquilino se determinará.

Amarillo. ¿Quién?

Salustia. Aquilino; el cochero.

Amarillo. Pregúnteselo usted.

Salustia. ¡Tendrá usté que untarle!

Amarillo. ¿Untarle? ¡Vamos! ¡Le daré una *friega*, si es preciso!

Salustia. ¡Sí que es usté salao!

Amarillo. Ande usted, ande usted. *Se entra en la cantina.* ¡Doña Tránsito! ¡Querida doña Tránsito!

Salustia. La mitá de la *friega* es pa mí. ¡Esto es viejo! *Llamando.* ¡Aquilino! ¡Aquilino! ¡Anda! ¡Pero si ya viene ahí el correo! ¡Este ha ganao el retraso! *A la puerta de la cantina.* ¡Chica! ¡El correo! ¡Salte con el agua!

A poco sale la Chiquilla con el cantarillo y el vaso, y se va a la estación, donde pregonará, como antes. Siéntese llegar el tren durante el diálogo que sigue. Por la derecha viene Aquilino.

Aquilino. ¿Qué me quieres, Salustia? Dios te guarde. Te deja uno de ver ocho días y te encuentra más guapa.

Salustia. Y a ti más feo.

Aquilino. ¡Qué le vamos a hacer! El hombre y el oso…

Salustia. ¿A quién esperas?

Aquilino. A unos parientes de la señora, que quizá que vengan ahora en el correo. Como ella ha estao malucha, los ha mandao llamar.

Salustia. ¿Son muchas personas?

Aquilino. No sé.

SALUSTIA. ¿Querrán subir al pueblo en el coche a una señora y a un señor que hay aquí, por si tardara el *Trucha?* Van al «Hotel Raimundo».

AQUILINO. Si caben, me parece que no habrá inconveniente. Yo lo preguntaré. ¿Es gente fina?

SALUSTIA. ¡Claro está, hombre! Gente fina. Y algo pescaremos.

AQUILINO. ¿Mitá y mitá?

SALUSTIA. ¡Como siempre!

AQUILINO. ¡De otra cosa sí que quisiera yo mitá y mitá! ¡Miá que estás guapa!

SALUSTIA. Mejor pa mí.

AQUILINO. Y peor pa mí, que sufro viéndote.

SALUSTIA. ¡Vamos, anda! ¡Ya te aliviarás! *Entrando en la cantina.* Oiga usté, caballero…

AQUILINO. ¡Está más fresca… más fresca que una cueva! ¡Ay!…

CHIQUILLA. *Dentro.* ¡Agua! ¡Agua fresquita! ¿Quién quiere agua? ¡Agua! ¡Un vasito de agua!

Sale de la estación nuestro calderoniano amigo don Gil Gavilanes.

DON GIL. ¡Hola, Aquilino! Buenos días.

AQUILINO. Buenos días, señor.

DON GIL. ¿Cómo está mi cuñada?

AQUILINO. Bien. ¡Si no fué más que un susto! Que creímos que se moría; pero se le pasó al día siguiente.

DON GIL. ¡Bah! ¡Todas las mujeres son iguales! Les duele una uña y lo revuelven todo. Me han sacado a mí de mis quehaceres; he necesitado pedir permiso en la oficina… ¡Un trastorno!

AQUILINO. ¿Viene solo el señor?

DON GIL. No. Vengo con mi esposa y con la cuñadita soltera. Pero se han puesto ahí a charlar con no sé quién…

AQUILINO. Pos yo quería decirle al señor que aquí la Salustia, la cantinera, me ha preguntao si el señor tendría inconveniente en que subiéramos en el coche, al «Hotel Raimundo» a dos viajeros que hay ahí.

Don Gil. Pero, hombre, ¿y el *Trucha*?

Aquilino. ¡El *Trucha*! ¡el *Trucha*! Ya sabe el señor lo que es el *Trucha*.

Don Gil. ¿Yo qué he de saber? Pero ¡basta que esté encargado de un servicio público, para que cumpla mal! ¿Quiénes son esos dos viajeros?

Aquilino. Un señor muy fino, que parece ser que acompaña a una señora…

Don Gil. ¡Ah! Si se trata de una señora, no hay más que hablar. Ningún caballero debe negarse… Es decir: ¿tiene el pelo cortado?

Aquilino. No sé, señor.

Don Gil. ¡Porque si tiene el pelo cortado, que se espere a que la lleve el *Trucha*! Yo ya, en los tranvías, no les cedo mi asiento más que a las señoras que llevan moño. ¡Las demás son hombres!

Aquilino. Entonces, ¿qué les digo?…

Don Gil. ¡Que sí, hombre, que sí! ¡No se han de tomar las cosas tan al pie de la letra!…

Aquilino. *Entrando en la cantina.* ¡Salustia!

Don Gil. Pero ¡esta mujer mía!… ¡Estas mujeres!…

Chiquilla. *Dentro.* ¡Agua! ¡Agua fresquita! ¿Quién quiere agua? ¡Agua! ¡Un vasito de agua!

Don Gil. ¡Nada! ¡Cuando se ponen a charlar, se olvidan de todo! ¡Hasta del almuerzo! ¡Naderías! ¡naderías! ¿Qué tendrán que decirle al jefe de estación?

Asómase a la puerta, impaciente.

Aquilino y Amarillo salen de la cantina.

Aquilino. Sí, señor; mi señor es muy gustoso de llevar a ustedes.

Amarillo. Agradecidísimo. Tome usted, para unos cigarros.

Aquilino. Gracias, señorito. *A don Gil.* Señor, este señorito es el viajero que desea que lo subamos en el coche.

Don Gil se vuelve, y se encuentra cara a cara con Amarillo, que le dedicaba su mejor sonrisa, sin sospechar que era don Gil. La sorpresa de

ambos es tan cómica como desagradable. Aquilino se va por la derecha.

Don Gil. ¿Eh?

Amarillo. ¿Eh?

Don Gil. ¿Qué es esto? ¿Usted?

Amarillo. ¿Usted, don Gil?

Don Gil. Yo, yo. ¿Qué hace usted aquí, señor Amarillo?

Amarillo. Pues… de viaje. ¿Y usted?

Don Gil. ¡De… viaje también!

Amarillo. ¡Qué casualidad!

Don Gil. ¡Sí que es mucha casualidad! ¿Adónde va usted?

Amarillo. A… a Zarzal de Arriba.

Don Gil. ¡Canario! ¡Otra casualidad!

Amarillo. ¿Va usted también a Zarzal de Arriba?

Don Gil. ¡También! ¡Con mi señora! ¡Llueven casualidades!

Se lo quiere comer con los ojos, y se rasca la frente.

Amarillo. *Tratando de justificarse.* Verá usted… La cosa no deja de tener cierta gracia… A mí me sobraron en un kilométrico que saqué con una hermana mía, ciento veinticinco kilómetros… y por no perderlos… ¡je!… aprovechando esta fiestecita… ¡je!…

Don Gil. *Rugiendo casi.* ¡Je! ¡Qué ingenioso! Y ¿es usted el que quiere que yo mismo lo lleve a Zarzal en mi coche?

Amarillo. *Cohibido.* No… no, señor.

Don Gil. ¿Cómo que no?

Amarillo. ¡Como que no!…

Don Gil. ¡Pues eso me ha dicho ese salvaje de Aquilino!

Amarillo. Sí, pero no…

Don Gil. ¿Sí, pero no?

Amarillo. No… pero sí… Es que he resuelto ahora quedarme a almorzar aquí en la cantina… gozando de este aire tan… tan… y de este paisaje tan… tan…

Don Gil. ¡Tan tarantán, que los higos son verdes!

Amarillo. Además, me ha dicho Aquilino, el propio Aquilino, que esta mujer guisa un arroz como para chuparse los dedos…

Don Gil. ¿Sí, eh? ¡El que no se chupa ningún dedo soy yo, señor mío!

Amarillo. No sé qué quiere usted indicarme…

Don Gil. ¡Ya se enterará!

Se asoma. Salustia a su puerta.

Amarillo. De manera que almuerzo aquí.

Salustia. ¿Qué almuerza usté aquí?

Amarillo. Sí, sí: desdé luego; almuerzo aquí, almorzamos aquí.

Salustia. ¡Ole las personas simpáticas! *Éntrase.*

Amarillo. ¡Ole! De todos modos, señor Gavilanes, yo le agradezco a usted…

Don Gil. Nada, señor mío. *Gritando desde la puerta de la estación.* ¡Pero, Carlota! ¡Pero, Dorita! ¿Qué canastos hacéis? ¡Vamos! *Pasea, tropezando con todo y bufando, al hilo de la valla.* ¡Pfff!… ¡Pfff!…

Amarillo. *Observándolo.* ¡Antes me voy al pueblo a gatas que en el coche con éste!

Salen de la estación Carlota y su hermana Dorita, las cuales se regocijan sorprendidas de hallar allí a Antolín. Dorita es tan amable como Carlota, pero carece de sus encantos físicos. Usa gafas de concha. Le ha de costar mucho trabajo encontrar novio. El tren arranca y luego se aleja, con todos sus ruidos y señales. La chiquilla del agua se vuelve a la cantina.

Carlota. ¡Antolín! Pero ¿qué ven mis ojos? ¡Antolín!

Amarillo. Señora…

Carlota. ¿Nos estaba usted esperando?

Amarillo. No, no, señora…

Carlota. ¡Qué sorpresa! ¡Qué casualidad!

Don Gil. *Entre dientes.* ¡Mucha casualidad! ¡Pfff!… ¡Pfff!…

CARLOTA. ¿Va usted quizá a Zarzal de Arriba?…

AMARILLO. A Zarzal de Arriba… sí, señora…

CARLOTA. ¡Qué casualidad!

DON GIL. ¡Pfff!… ¡Pfff!…

CARLOTA. Nosotros también vamos. Aquí tiene usted a mi hermana Dorita, que rabiaba por serle presentada…

AMARILLO. ¡Tantísimo gusto!…

CARLOTA. No tengo que decirte quién es el señor…

DORITA. No, no es preciso…

AMARILLO. ¡Je!

DORITA. No sé qué le ha dado usted a mi hermana…

AMARILLO. Nada, nada absolutamente…

DON GIL. ¡Pfff!…

DORITA. ¡No se le cae usted de la boca!

CARLOTA. ¡Como que es el hombre más simpático de la tierra!

DON GIL. ¡Pfff!… ¡Pfff!…

AMARILLO. Cuidado, que ahí detrás hay una máquina en maniobras.

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! ¿Tú ves lo que te digo, Dorita? Estas cosas no se le ocurren más que a este hombre.

DON GIL. *Estallando.* ¡Pero, Dorita! ¡Pero, Carlota! ¿Qué va a ser esto? ¡Basta ya de conversación! ¡Al coche! ¡al coche! ¡Pfff! *Se va por la derecha sin dejar los bufidos.*

CARLOTA. ¡Ay, Jesús, qué marido tengo! Adiós, Antolín.

AMARILLO. Adiós, señora.

DORITA. Encantada de conocer a usted.

AMARILLO. ¡El que está encantado soy yo!

CARLOTA. Ya comprenderá usted que este viaje nuestro es obra mía, para pasar unos días al lado de usted.

AMARILLO. ¡Je, je, je!

CARLOTA. ¡Nos vamos a divertir muchísimo!

Amarillo. ¡Muchísimo!

Don Gil. *Gritando dentro.* ¡Carlotaaa!

Amarillo. Vaya usted, señora, vaya usted, que don Gil se impacienta…

Carlota. Otras veces me impaciento yo, y él no me hace caso ninguno. Hasta luego, simpatiquísimo. Anda, Dorita.

Amarillo. Adiós.

Dorita. Adiós. *A su hermana.* ¡Me habías dicho poco de este hombre!…

Carlota y Dorita se retiran por la derecha, sonriéndole.

Amarillo. Pero, ¿qué se propone esta mujer? ¡Va a buscarme un trastazo!

Vuelve rápidamente don Gil.

Don Gil. Un momento, señor Amarillo.

Amarillo. ¿Eh?

Don Gil. Un momento.

Amarillo. ¿Qué desea usted?

Don Gil. Yo no tengo un pelo de tonto.

Amarillo. Yo, sí; todos los que tengo son de tonto.

Don Gil. Allá usted. Yo viajo con revólver, bastón de estoque, zurriago y llave inglesa.

Amarillo. Pues yo nada más que con esta maquinita para sacarle punta al lapicero.

Don Gil. ¡Allá usted! Por mi parte, quiero prevenirle, después de la anterior advertencia, que si lo veo aparecer por Zarzal de Arriba, le levanto a usted la tapa de esos chicharrones que debe de tener por sesos. ¡Soy calderoniano!

Amarillo. ¿Sí, verdad? *Muy nervioso, trémulo y haciendo de tripas corazón.* Pues yo… yo le he prometido a un compañero de oficina… llevar… traer… traer a su suegra a Zarzal de Arriba… y traerla… y llevarla luego a

Madrid… y pese a quien pese, he de cumplirlo. ¡Puede usted decírselo así al Alcalde de Zalamea!

Don Gil. ¡No tengo que decírselo a nadie! ¡A mí me crujen los huesos como le crujían a Don Pedro el Cruel!

Amarillo. Pues eso… ¡a Doña María de Padilla!

Don Gil. ¡Saldremos los dos en los papeles! *Le vuelve la espalda y se va.* ¡Pfff!

Amarillo. *Procurando en vano serenarse.* ¡Ca… caray con el hombre!… ¡Es… es mucho cuento éste! ¡Si a mí no me importa un pito su mujer! ¡Ni un pito!

Se siente partir el coche del calderoniano. Doña Tránsito y Salustia salen de la cantina, jubilosas.

Doña Tránsito. ¡Qué gran idea la de usted de almorzar aquí!

Amarillo. ¿Le agrada?

Salustia. ¡Ni qué decir tiene! ¡Aquí mismo les voy a disponer la mesa! ¡Memoria le va a quedar a usté de mi arroz!

Amarillo. ¡No lo sabe usted bien!

Salustia, auxiliada por la chiquilla, arregla la mesa. Antolín se sienta hecho un globito que pierde el aire. Doña Tránsito, risueña y gozosa, y más inspirada que nunca, le canta en su estilo de descarrilamiento las excelencias campesinas.

Doña Tránsito. ¡Oh! ¡el campo!… ¡el campo!… ¡La comida en el campo!… A mí el campo… Naturalmente que los jóvenes… Pero ya, cuando una… Y luego, las palomas… *Arrullando.* ¡Ruuu! ¡ruuu! ¡Qué hermoso! Yo… ¡Claro!… ¡No; no! Eso, no; ¿verdad que no? ¡Ah! ¡los poetas! ¡Son mis hombres!… Los otros, ¡qué asco! ¡El paludismo, los mosquitos!… ¡Bah! Donde está una codorniz… *Imitándola.* ¡Pa, pa, pa! ¡pa, pa, pa! Y ¡qué noches! ¡Las noches estrelladas!… La Casiopea… las Cabrillas… ¡Le digo a usted que el campo!… El cantar remoto… las esquilas… los palos del telégrafo… ¡Oh! ¡oh!

Los mortecinos ojos de Amarillo van de doña Tránsito a la mesa y de la mesa al sitio de donde partió el coche de don Gil Gavilanes.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón del piano en el «Hotel Raimundo», de Zarzal de Arriba. Una puerta al foro y otra a la derecha del actor. La del foro da al vestíbulo del hotel. Es de noche. Luces.

El salón está animadísimo. Nuestros amigos Doña Tránsito, Carlota, Dorita, Amarillo y don Gil Gavilanes forman parte de la reunión, que completan cuatro muchachas. Catita, Albertina, Mercedes y Olvido. Ésta toca el piano y Catita acaba de cantar una cancioncilla. En un rincón, Tomasa y Eustaquio, camareros, disfrutan también del encanto de la velada. El origen del frac de Eustaquio es desconocido. En cambio, se sabe que la última mancha se la ha echado él.

Antolín, sentado entre Carlota y Dorita, se aburre y padece. Don Gil, observando a su mujer y a Amarillo, no tiene punto de sosiego, y doña Tránsito se siente transportada a su verde abril.

Grandes aplausos premian el canto de Catita.

DOÑA TRÁNSITO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Me ha quitado usted cuarenta años de encima! ¡Oh, la primavera!…

CARLOTA. ¡Muy bien, muy bien, Catita!

DORITA. ¡Muy bien! ¡Qué voz tan dulce!

CATITA. Gracias; es favor.

CARLOTA. ¡Y a la pianista no hay que olvidarla!

OLVIDO. ¡Calle usted, señora! Toco por complacer a ustedes…

MERCEDES. En algo se ha de pasar la noche.

Dorita. ¿Usted no dice nada, Antolín?

Amarillo. Sí… eso mismo; que en algo se ha de pasar la noche.

Carlota. ¿Se aburre usted al lado nuestro?

Amarillo. ¡Qué disparate!

Don Gil. ¡Pfff!

Catita. Ahora usted, doña Tránsito; ya que se ha rejuvenecido.

Doña Tránsito. ¿Yo? ¡Ave María!

Albertina. Sí, sí; como anoche. No todo ha de ser música.

Mercedes. ¡Claro que no! Unos versos, doña Tránsito, unos versos.

Olvido. ¡Unos versos!

Doña Tránsito. ¡Criatura, si yo estoy ya pasada de moda!…

Catita. Usted no pasa de moda nunca.

Doña Tránsito. Entienda usted, la moda… Al fin y al postre… Esto de los años… La vida está muy mal pensada… Eleonora Duse… Yo la oí por cierto en Milán… ¡Ah! ¡Milán! ¡Milán! Pero ¡donde está Roma!… Lo peor del caso es que a mi hija no le agrada… En fin, en fin, porque ustedes no digan… Tomasa, llégate a ver si mi hija está acostando a los chiquillos… Al número 15.

Tomasa. Anda tú, Eustaquio.

Eustaquio. Pero, ¡contra! ¿no te lo ha mandao a ti?

Tomasa. ¡Hombre, un favor! ¡También eres amable!

Eustaquio. ¡Qué amable ni qué…! ¡Me estoy cayendo e sueño! ¡Maldito sea el hotel y la…!

Tomasa. Anda ya y no gruñas.

Eustaquio. ¡Maldito sea…! *Desaparece un instante por la puerta de la derecha y grita dentro.* ¡Zoila! ¡Zoilaaa!

Doña Tránsito. ¡Jesús! ¡qué estridente!…

Eustaquio. ¡Zoilaaa!

Zoila. *Dentro.* ¿Qué?

Eustaquio. ¡Mira si está acostando a los chicos la rubia del 15!

ZOILA. ¡Bueno!

TOMASA. ¡Pa ese viaje!…

EUSTAQUIO. *Volviendo al salón.* Paece que sí, que los está acostando.

AMARILLO. ¡Lo que le pesa el frac a este camarero!

CARLOTA. ¡Ay qué gracia! ¡Lo que le pesa el frac! ¡Ja, ja, ja! Dorita. ¡Ja, ja, ja!

DON GIL. ¡Pfff!…

CATITA. Vamos, doña Tránsito; anímese usted.

DOÑA TRÁNSITO. Ahora mismo, sí; no me gusta hacerme de rogar.

AMARILLO. ¡Nos hemos caído!

DOÑA TRÁNSITO. ¿Cómo?

AMARILLO. Nada, nada… Ande usted, ande usted…

DOÑA TRÁNSITO. Voy a decir unos versos que me escribió, para que yo los recitara, un poeta coevo mío. Yo, cuando joven… Y aun ahora alguna vez… ¡Oh! ¡la poesía! Lengua de Dios… ¡Qué añoranzas!… ¡Ay!…

Hojas del árbol caídas…

A ver, Inocencia; unas notas para entonarme…

OLVIDO. Olvido.

DOÑA TRÁNSITO. Olvido; dispénseme el *lapsus*. Unas escalas solamente… Para templar la voz…

OLVIDO. ¡Sí, señora!

Toca unas escalas y doña Tránsito lanza varios trinos.

DOÑA TRÁNSITO. ¡Ah! ¡Ah!

AMARILLO. ¡Se pasa muy bien en Zarzal de Arriba! ¡Soy yo más cuco!…

DORITA. ¡Ya se lo advertimos a usted!

DON GIL. ¡Schsss! ¡Silencio! ¡Que va a recitar esta señora!

DOÑA TRÁNSITO. *Sonriéndole, agradecida.* Muchas gracias.

DON GIL. No hay de qué. Es un principio elemental de educación.

DOÑA TRÁNSITO. «Cuatro gotas».

Mercedes. ¿Eh?

Doña Tránsito. «Cuatro gotas». Así se titulan los versos que voy a declamar. «Cuatro gotas».

En este momento principia a perder intensidad el alumbrado y acaba por apagarse totalmente.

Amarillo. ¡Ya se está nublando!

Doña Tránsito. ¿Qué es esto?

Carlota. ¡Vaya! ¡Lo de todas las noches! ¡La luz!

Doña Tránsito. ¡Qué oportunidad!

Albertina. ¡Alguna avería!

Dorita. ¡No! ¡Cambio de dínamo!

Mercedes. ¡La de siempre!

Olvido. ¡El pan nuestro de cada día!

Amarillo. ¿Nadie tiene cerillas?

Tomasa. ¡Nos ha matao la fábrica!

Eustaquio. ¡El hotel y su padre!…

Don Gil. ¡Al que se acerque a mi mujer lo deshago!

Albertina. ¡Jesús, qué atrocidad!

Catita. ¡Qué salida!

Mercedes. ¡Qué fiera de señor!

Olvido. ¿Estamos seguros?

Tomasa. ¡Tráete unas velas, hombre!

Eustaquio. ¡Tráetelas tú, miá ésta!

Carlota. No; no hacen falta. Ya vuelve.

Dorita. Ya vuelve la luz.

Doña Tránsito. Sí; ya vuelve.

Catita. ¡Bien venida sea!

Olvido. ¡Qué agobio de luz!

Amarillo. Yo, ni he pestañeado.

Doña Tránsito. ¡Ni yo! A mí me divierten mucho estas cosas… Al campo se viene a esto: a reírse, a que se apague la luz… a pasarlo bien…

Albertina. Bueno, bueno; reanudemos nuestra velada.

Mercedes. Eso, eso es

Catita. A ver los versos que iba usted a decirnos.

Doña Tránsito. Creo que los recordaré bien:

Cuatro gotas.

Le dije adiós con rostro compungido
a aquel galán que embelesó mis horas;
y de mis ojos, húmedos y tristes,
cayó una gota.

Él me miró con infinita pena;
con amargo temblor frunció su boca,
y de sus ojos, de llorar cansados,
cayó otra gota.

Y salimos al parque, y una nube
cruzaba el cielo, negra y tormentosa.
—¿Llueve? —No llueve. —¿Quieres un paraguas?
—No; son dos gotas.

Y así nos despedimos para siempre,
cual de la playa las rizadas olas…
¡Y fué una tempestad en ambos pechos,
con cuatro gotas!

Se aplaude con calor a la recitadora y la poesía.

Amarillo. ¡Bravo! ¡bravísimo!

Dorita. ¡Preciosos versos!

Carlota. ¡Admirables, señora, admirables!

ALBERTINA. ¡Muy inspirados!

OLVIDO. ¡Inspiradísimos!

CATITA. ¡Preciosos! ¡preciosos!

MERCEDES. Y ¡qué bien los dice!

AMARILLO. Y ¡qué seguido! *A Carlota.* Yo es lo primero seguido que le oigo a esta señora.

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA TRÁNSITO. Gracias, gracias… Aún me queda algo. En mis buenos tiempos… Pero ya voy perdiendo los papeles… La Guerrero me dijo un día… Yo no le hice caso… pero me lo dijo… La Guerrero: María Guerrero…

CATITA. ¿Y usted, Antolín, no tiene ninguna habilidad?

MERCEDES. ¡Alguna tendrá; ya lo creo!

AMARILLO. Ninguna; ninguna. Soy muy soso.

DORITA. Muy modesto sí que es usted.

CARLOTA. A mí me han dicho que imitando a los actores es un fenómeno.

AMARILLO. ¡No! ¡no!

CARLOTA. Sí me lo han dicho, sí.

AMARILLO. No niego que… Pero ¡calculen ustedes!… Son pasatiempos de la oficina…

DORITA. ¡Pues hágase usted cuenta de que está en la oficina!…

AMARILLO. *Suspirando con nostalgia.* ¡Ay!

CARLOTA. No le hables ahora de cosas tristes.

ALBERTINA. ¡Vamos, vamos a verlo!

AMARILLO. No… la verdad…

CATITA. Sí, sí… ¡No vamos nosotras a ser menos que sus compañeros!

DORITA. ¡Ande usted, Amarillo!

CARLOTA. Imite usted a uno cualquiera.

DORITA. ¿Va usted a negarme la primera gracia que le pido yo?

Doña Tránsito. ¡Que imite a Morano!

Olvido. ¡A Mendoza!

Mercedes. ¡A Borrás, a Borrás!

Catita. ¡A Casimiro Ortas!

Albertina. ¡A Moncayo!

Dorita. ¡A Bonafé!

Carlota. ¡Eso, eso: que imite a Bonafé!

Amarillo. Como ustedes quieran… Sí; a Bonafé es a uno de los que más imito… ¡Allá veremos cómo me sale ahora![3]

Eustaquio. ¡Este tío tié gracia!

Tomasa. ¡Sembrao está!

Don Gil. ¡Schsss! ¡Silencio! ¡Y que acabe aquí la veladita, hombre! ¡Meterse bajo techado en una noche como ésta!… ¡Es un crimen!

Carlota. ¡Pues vete tú ya a tomar el aire!

Don Gil. ¡Eso quisiera quien yo sé!

Doña Tránsito. ¡Schsss!

Dorita. Vamos, Antolín. ¡A Bonafé, a Bonafé!

Amarillo. Sea. *Preguntándose.* ¿En qué lo imito? ¿En qué lo imito?

Catita. ¡En esa obra tan divertida que se titula *Segundo derecha*!

Albertina. ¡No; en una dramática!

Olvido. ¡En la que quiera él! Mercedes. ¡Eso: en la que él quiera!

Amarillo. Lo imitaré en un cuento baturro que a mí me hace gracia, y que no deja de tener su moralejilla. Vamos allá:

Jabón y queso.

De Aragón en una villa,
y en el pobre escaparate
de una humilde tiendecilla,
entre arroz y chocolate,

garbanzos y salchichón,

y otras cosas de comer,
una barra de jabón
hizo el tendero poner.

Por la tienda y al acaso
pasaron dos mocetones,
y deteniendo su paso,
hablaron estas razones:

—Ese queso amarillico,
¡qué güeno debe de estar!
—Eso no es queso, mañico;
¡eso es jabón de lavar!

—¡Miá que jabón! ¡Qué invención!
¡Es queso!
—¡Güeno está eso!
¡Es jabón!
—¡Maño! ¿jabón?
¡Es queso!
—¡Es jabón!
—¡Es queso!

Por que no diese en contienda
lo que tan poco valía,
se colaron en la tienda
a dirimir su porfía.

—De ese queso, cuyo nombre
no sé, media libra, amigo.
—Eso no es queso, güen hombre.
—¡Sí es queso!

—¡Que no, le digo!

Y al igual que antes los dos,
enzarzáronse los tres.
—¡Es queso!
—¡Es jabón, ridiós!
—¿Lo ves, mañico, lo ves?

—Usté póngame en el peso,
sin más razones que dar,
media libra de ese queso,
que lo vamos a probar.

Hízolo así, decidido,
el vendedor, complaciente,
y en el jabón discutido
los dos clavaron el diente.

Y uno lo escupió asqueado
no bien lo llegó a catar,
y el otro tragó el bocado
como si fuera un manjar.

—¿No te convences, melón?
—¡Antes me ves patitieso!
—Pero ¿no sabe a jabón?
—¡Sabe a jabón; pero es queso!
¡Holgaba la discusión!

Risas y aplausos generales.

Doña Tránsito. ¡Ay, qué gracioso!

Olvido. ¡Qué gracioso!

Albertina. ¡Tiene mucho salero este hombre!

CARLOTA. ¡Y es estar oyendo a Bonafé!

DORITA. ¡Enteramente! ¡enteramente!

CATITA. ¡Qué bien lo imita!

MERCEDES. ¡Es admirable!

DON GIL. ¿A quién, a quién ha imitado?

CARLOTA. ¡A Bonafé! ¡Si es igual que oírlo!

DON GIL. ¿A Bonafé?

CARLOTA. Sí; a Bonafé.

DON GIL. ¡Pues no se parece en nada absolutamente! ¡Pero en nada!

ALBERTINA. ¿Qué está usted diciendo?

CARLOTA. ¡Una pata de gallo!

OLVIDO. ¡Jesús! ¡Jesús!

AMARILLO. ¡Es usted el primero que me lo dice!

DORITA. ¡Usted no conoce a Bonafé!

CATITA. ¡Ni de vista!

DON GIL. ¡Vaya, vaya; a tomar el fresco, se ha dicho!

CARLOTA. Sí, hombre, sí.

DORITA. ¿Vamos a llegarnos hasta el estanco?

ALBERTINA. ¿Hasta el estanco?

CATITA. Vamos, sí. Pasearemos un poco.

OLVIDO. Vamos.

DORITA. ¿Viene usted, Amarillo?

AMARILLO. No, no; me quedo leyendo el periódico.

DORITA. ¡Nunca quiere usted pasear conmigo!

AMARILLO. ¡Me da miedo el abismo, Dorita!

DORITA. ¡El abismo!… ¡Mire que yo un abismo!… Hasta luego.

AMARILLO. Hasta luego… o hasta mañana.

DORITA. No; hasta luego, hasta luego. Yo volveré en seguida.

CARLOTA. Sí; volveremos todas en seguida, porque la tertulia del estanco no tiene muchos alicientes.

ALBERTINA. Figúrese usted; ¡viejos todos!

OLVIDO. Es verdad; que en esta colonia no hay chicos.

MERCEDES. No hay chicos; no los hay.

CATITA. ¡El más joven es el hijo de la estanquera, y tiene ya cuarenta años!…

DOÑA TRÁNSITO. ¡Qué reuniones! ¡Se quieren parecer a las antiguas!

Se van charlando animadamente por la puerta del foro, hacia la izquierda, Carlota, Dorita, Catita, Albertina, Olvido y Mercedes. Don Gil, impaciente, aguarda algo; doña Tránsito se aísla. Tomasa se dirige a Amarillo, que va a huir por la puerta de la derecha.

TOMASA. Don Antolín.

AMARILLO. ¿Eh?

TOMASA. Don Antolín.

AMARILLO. ¿Qué quieres?

TOMASA. Que no se olvide usté de mandarme, cuando mande los de las señoritas, el retrato que a mí me ha sacao.

AMARILLO. Descuida. Si resulta bien, te lo mandaré.

TOMASA. ¡Aunque resulte mal! ¡Es pa mi novio!

AMARILLO. Sí; ya lo presumo.

TOMASA. ¡Como no me ve más que los domingos!

AMARILLO. Ya, ya. Descuida.

TOMASA. Muchísimas gracias. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

EUSTAQUIO. *Acercándosele también.* ¿Cuántas fotografías habrá usté sacao, señorito?

AMARILLO. ¡Uf! ¡No pueden contarse! ¡He retratado dos o tres veces a toda la colonia!

EUSTAQUIO. ¡Pos le va a costar a usté un ojo!

AMARILLO. ¡Ca! Con carrete he hecho sólo las seis primeras. Las otras no han sido más que gimnasia de dedo. ¡No me iba yo a dejar en Zarzal de Arriba la paga de un mes!

EUSTAQUIO. *Dándole confianzudamente un manotazo.* ¡Ja, ja, ja! ¡Está usté bueno!

AMARILLO. Pero ¡qué *chic* el del «Hotel Raimundo»!

EUSTAQUIO. Y ¿se va usté mañana?

AMARILLO. ¡Mañana!

EUSTAQUIO. Pero ¿volverá usté a pasar otros días?

AMARILLO. ¡Sí!

EUSTAQUIO. ¿Le ha gustao a usté el pueblo?

AMARILLO. ¡Mucho!

EUSTAQUIO. El año que viene va a haber agua pa el baño y to.

AMARILLO. ¡El sueño de un árabe!

EUSTAQUIO. ¡El pinar también le habrá gustao!

AMARILLO. ¡Oh!

EUSTAQUIO. ¡Como que es hermoso!

AMARILLO. Lo que no me ha gustado tanto, han sido las dos leguas que hay que andar cuesta arriba para ir al pinar.

EUSTAQUIO. ¿Y las vistas del Cerrillo Alto? ¡Desde el Cerrillo Alto se ve Madrí!

AMARILLO. Para mí eso no es un aliciente; ¡porque como dejé a Madrid por no verlo!

EUSTAQUIO. ¡Buen punto está usté! *Le da otro manotazo.*

AMARILLO. Pero ¿qué confianzas son éstas, hombre? ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

EUSTAQUIO. Despense el señorito.

AMARILLO. Estás *despensao. Vase por la puerta de la derecha.*

EUSTAQUIO. ¡Nos ha matao el cursi éste! ¡Qué pretensiones, porque vive en Madrí en la calle la Abada!… *Bostezando.* ¡Aaaah!… ¡Y de guardia esta noche!… ¡Me caso con el hotel y con la colonia! *Vase por el foro, hacia la izquierda.*

Don Gil, más nervioso que nunca, se dirige en seguida a Doña Tránsito, que está bailando un minué en un extremo.

Don Gil. ¡Señora mía!

Doña Tránsito. *Sorprendida.* ¿Eh?

Don Gil. ¡Por fin se fueron todos! Estoy a la disposición de usted.

Doña Tránsito. ¿Cómo?

Don Gil. ¿No me dijo usted antes que deseaba hablarme en reserva cuando se fueran todos?

Doña Tránsito. ¡Ah, sí!

Don Gil. ¿De mi mujer?

Doña Tránsito. De su mujer; de su mujer…

Don Gil. ¿Qué tiene usted que decirme de mi mujer? ¿Qué ha visto usted? ¿Qué sabe? ¡Declaro que el mayor monstruo me ha clavado sus garras! ¡Estoy que no vivo! ¡Aquí va a haber sangre, mucha sangre!

Doña Tránsito. ¡Por Dios, don Crispín!

Don Gil. ¡Don Gil Gavilanes, señora mía! ¡Nada de Crispines! ¡San Crispín es el patrón de los zapateros! ¡Hable usted! ¡Hable ya, que tengo la honra en las orejas!

Doña Tránsito. Bueno, sí… hablaré… Lo primero… Las paredes oyen… Esto no es un dicho, sino una verdad… ¡Para verdades, el tiempo…! Me ocurrió a mí un día… ¿Qué no habré yo pasado? En Salamanca… ¡Decíamos ayer…!

Don Gil. ¡Concrete usted, señora!

Doña Tránsito. Verá usted, verá usted… Desde luego, lo que yo he visto… ¡Claro que detrás de las puertas, no! ¡Eso, no! Pero hay cosas… ¿Usted me comprende? Aquí se está vendida… ¿Usted arrojaría la primera piedra? El camarero por un lado… la dueña por su parte… ¡Y mi hija! ¡Mi hija! ¡También la cuento! ¡Como lo de la jueza! ¡Áteme usted esta mosca por el rabo! Y unos por otros, la casa por barrer. ¿Eh, qué tal? ¿Me muerdo la lengua…? ¡Pues esto es lo que tenía que decirle! Así me acuesto yo más tranquila. Buenas noches. Que usted descanse. *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Gil. ¡No estrangulo a esa vieja ridícula por milagro de Dios! ¡Está más loca que una cabra! ¡Y yo, tan imbécil, iba a fiarle mi secreto!

Llega Carlota por la puerta del foro.

Carlota. Pero, hombre, ¿qué haces?

Don Gil. ¡Carlota! ¿Tú?

Carlota. Yo, sí. ¿No rabiabas por tomar el fresco? ¿Por qué te has quedado?

Don Gil. Y tú, ¿a qué vienes?

Carlota. ¡A hablar con Antolín!

Don Gil. ¿Con Antolín? ¿Tú? ¿A solas?

Carlota. Con Antolín; yo; a solas. ¿Qué pasa?

Don Gil. ¡Pasa que don Gil Gavilanes no se deja poner en ridículo por su mujer!

Carlota. *Sentándose, tranquila.* ¡Qué gracia tiene eso!

Don Gil. ¡Carlota!

Carlota. ¿Qué quieres?

Don Gil. ¡Que recuerdes que a mí me crujen los huesos como al rey Don Pedro!

Carlota. Pues a mí no me crujen más que unos zapatos, y nunca me los pongo porque me molesta el crujido.

Don Gil. ¡Carlota!

Carlota. Mira, mira; déjate de gritos y de desplantes, y vete al cuarto a hacer el baúl, que nos vamos mañana temprano.

Don Gil. ¿Qué nos vamos mañana?

Carlota. Mañana.

Don Gil. ¿En el mismo tren que ese saltamontes?

Carlota. En el mismo.

Don Gil. ¡Carlota, que estás jugando con un volcán! ¡Considera que tengo en el bolsillo el revólver cargado! ¡Y que soy capaz de darle un tiro a él, y otro a ti, y de darme yo otro!

CARLOTA. Y ¿por qué no empiezas por el tuyo, monín?

DON GIL. ¿Eh? ¡No! ¡Ca! ¡Romanticismos, no! ¿Para que luego os rierais de mí los dos solitos? ¡Nunca! ¡Tú y él, por delante!

CARLOTA. Vamos, Gil; acaba ya de disparatar y ve a lo que te he dicho.

De repente se apaga la luz, como antes.

DON GIL. Pero, ¡porra! ¿qué es esto?

CARLOTA. ¡Que hasta la luz te tiembla!

DON GIL. ¿Otra vez a oscuras, jinojo? ¿Qué fábrica de luz hay en este pueblo? ¿Cómo voy yo a hacer el baúl a oscuras? ¡Se lo diré al majadero del amo del hotel! ¡Esta es una posada indecente! ¡Yo no pago aquí! ¡Todas las noches necesitamos una vela! ¡Yo alquilé dos habitaciones con luz! ¡A mí, timos, no! ¡Sí que les voy a recomendar el hotel a mis amistades!

Antolín, que momentos antes ha vuelto por donde se marchó, exclama al oírlo:

AMARILLO. ¡Ni en los túneles se calla este hombre!

DON GIL. *Alarmado.* ¿Quién anda ahí?

AMARILLO. Yo.

DON GIL. ¿Quién?

AMARILLO. Yo.

DON GIL. ¿Amarillo?

AMARILLO. Servidor de usted.

DON GIL. ¡Ah! ¡Cogíte! ¡Encienda usted un fósforo!

AMARILLO. No tengo.

DON GIL. ¡Encienda usted un fósforo, le digo!

AMARILLO. ¡No tengo, señor! ¡Si no fumo!

DON GIL. ¡Pues no se mueva usted! ¡Yo voy por una luz en el acto! ¡Nos veremos las caras! Ya di con la puerta. ¡Ahora vuelvo!

Quédase junto a la del foro, a ver qué pasa.

AMARILLO. *Tragándose la partida.* ¡No se ha ido!

CARLOTA. *Dulcemente.* ¿Antolín?

AMARILLO. *Sobresaltado.* ¡Ay! ¡Está aquí ella!

CARLOTA. ¿Antolín?

AMARILLO. Señora… Pero ¿no se había usted ido de paseo?

CARLOTA. Sí… pero ya le dije a usted que volvería en seguida…

AMARILLO. ¡Ay!

CARLOTA. Usted tiene la culpa.

AMARILLO. ¡Ay!

CARLOTA. ¿Dónde está usted, que aunque lo adivino no lo veo? ¿Dónde está? *Andando a tientas hacia él.* ¿Dónde está?

AMARILLO. ¡No lo sé a punto fijo! Su marido de usted ha ido por una luz. Esperemos que venga.

CARLOTA. ¿Para qué?

AMARILLO. ¡Ay!

CARLOTA. *Tropezando con él.* ¡Huy! ¡Ya nos tropezamos!

AMARILLO. Usted perdone…

CARLOTA. Yo tengo que hablar con usted, Antolín…

AMARILLO. *Con el aliento, casi.* ¡Calle usted, señora! ¡Que don Gil no se ha ido!

CARLOTA. De algo muy importante.

AMARILLO. ¡Que no se ha ido ese hombre!

CARLOTA. ¡Muy importante!

AMARILLO. ¡Que está ahí, Carlota! ¡Que lo siento rugir!

CARLOTA. Usted sospechará de lo que se trata. *Vuelve en este instante la luz. Don Gil se oculta.* ¡Vamos! ¡Ya tenemos luz otra vez!

AMARILLO. Ya, ya la tenemos. No se gana aquí para sustos. *Al no ver a don Gil, lo supone detrás de la puerta escuchando, y trata de advertírselo por discretas señas a Carlota, que no quiere enterarse.*

CARLOTA. Pues, sí, Antolín; ya es hora de que nos entendamos usted y yo y de que acaben entre nosotros las medias palabras y los celos bufos de Gavilanes.

Amarillo. ¡Ay!

Carlota. ¿Cómo no ha visto ese hombre ya, cómo está tan ciego que no ha visto que por quien usted suspira es por mi hermana?

Amarillo. ¿Eh?

Carlota. ¡Mire usted que es claro!

Amarillo. ¡Claro! ¡claro! Y ¿cómo no se lo ha dicho usted así?

Carlota. Porque es inútil. Todos los pretendientes de mi hermana, los toma él por enamorados míos. ¡Y los espanta apenas los huele! Y yo me propuse que con usted no se repitieran las cosas; y no hablar de ello hasta que se entendieran ustedes del todo. ¡Ella está tan prendada de usted!…

Amarillo. ¿Sí, verdad?

Carlota. ¡Hacen usted y ella una parejita tan simpática!

Amarillo. ¡Je, je, je!

Carlota. Van ustedes a ser muy felices. Dorita es un tesoro.

Amarillo. ¡Je, je, je!

Carlota. ¿Se ríe usted, Antolín?

Amarillo. ¡Je, je, je! ¡De alegría… de felicidad!

Carlota. Lo creo; lo creo; bien puede usted decirlo.

Aparece don Gil, radiante de júbilo.

Don Gil. ¡Bien haya la luz! ¡Bendita sea la luz! ¡Señor Amarillo, deme usted un abrazo!

Amarillo. Sí, señor.

Don Gil. ¡Fuerte! ¡fuerte! ¡De hermanos! ¡Fraternal!

Amarillo. ¡Fraternal!

Carlota. ¡Fraternal, fraternal!

Don Gil. Perdone usted mi obstinada ofuscación; mi ceguera. No me había pasado por la cabeza lo que acabo de oír, acechando como un miserable. ¡No; digo mal: como un miserable, no: como un celoso!

Amarillo. ¡Calderón, que no lo deja a usted vivir!

Carlota. ¡Ay, con qué fierecilla me ha casado el Señor!

Don Gil. Mis celos son salvajes, lo confieso. Pero se justifican. ¡Vale tanto mi mujer… y yo tan poco!…

Carlota. ¡Ja, ja, ja! ¡Aquí viene Dorita! *Se va por la puerta del foro, riéndose.*

Don Gil. *Escamado.* ¡Tan salvajes son estos celos, que ahora mismo vuelvo a dudar ante esa risita!

Amarillo. ¡Pero, hombre!

Don Gil. ¿No será todo esto una añagaza para que yo trague el anzuelo? ¿No será una farsa urdida ante el peligro?

Amarillo. ¡Pero, señor don Gil!

Don Gil. Por sí o por no, oiga usted dos palabras. ¡Ay de usted si no se casa con Dorita!

Amarillo. ¿Cómo?

Don Gil. ¡Entonces es a usted a quien le van a crujir los huesos!

Amarillo. ¿Cómo? ¿cómo?

Vuelve Carlota con Dorita.

Don Gil. ¡Dorita!

Amarillo. ¡Dorita!

Dorita. ¡Dichosa luz, qué susto nos ha dado!

Don Gil. ¡Bendita luz, he dicho yo! Ven acá, Dorita. Yo desconocía tus amores con el señor Amarillo.

Dorita. ¿Qué?

Don Gil. ¡Yo no seré un obstáculo a la realización de tu deseo!

Dorita. ¿Cómo?

Don Gil. ¡Y en prueba de ello, me ofrezco desde ahora a ser padrino del enlace! ¡Y no tengo más que decir!

Dorita y Antolín se miran perplejos. Carlota se lleva aparte a su marido.

Carlota. ¡Ven acá tú, calderoniano de mi alma; que lo mismo matas que perdonas! ¡Ven acá!

Don Gil. ¿Estás satisfecha de mi hidalguía?

Carlota. Sí, hombre sí. ¿Ves cómo no hemos perdido el viaje?

Hablan bajo, confidencialmente.

Dorita. Dígame usted, Antolín: ¿qué es esto? ¿Qué tiro ha sido éste?

Amarillo. ¡El temor a otro tiro! ¡Nada más!

Dorita. ¿Qué? A mí me es usted muy simpático, pero yo no podía imaginar que tan pronto…

Amarillo. ¡Ni yo! ¡ni yo!

Dorita. ¿Por qué ha contado usted con mi familia antes que conmigo?

Amarillo. ¡Psché! ¡Qué se yo! Mi timidez… mi genio… mi… ¡Que me caigo de cuco, en una palabra!

Dorita. ¿De cuco? No comprendo…

Amarillo. ¡Ya se lo explicaré en Madrid! (¡Yo pido el traslado a provincias, naturalmente!).

Vuelve dona Tránsito.

Don Gil. *Al verla.* ¡Hombre! A propósito; doña Tránsito.

Doña Tránsito. Señor mío.

Don Gil. Iba a salir ahora en busca de usted. La más rudimentaria caballerosidad me exige que le diga a usted dos palabras.

Doña Tránsito. Pero, bien, distingamos…

Don Gil. No, no distingamos. ¡Sin distingo ninguno! Felicite usted a mi cuñada Dorita y al señor Amarillo, que en breve contraerán matrimonio.

Amarillo. ¡Je, je, je!

Doña Tránsito. ¿Ah, sí?

Dorita. *Ruborosa.* No tan en breve… no tan en breve…

Doña Tránsito. *A don Gil.* ¿Se convence usted ya? ¿Qué le dije yo a usted, hace poco?

Don Gil. ¡Señora!

Doña Tránsito. Casamiento y mortaja… Un amigo mío… ¿Cómo se llamaba aquel hombre? Sacerdote él… Sacerdote, sí, no se rían… Mi felicitación a todo esto, Agustina. Mi felicitación, Agapito. ¡Qué horas! ¡Qué horas! De modo que mañana, a Madrid.

Carlota. Sí; a Madrid. Los cuatro juntitos. ¡En familia!

Doña Tránsito. Y yo con ustedes. ¡Qué ganas tengo de volver! Mi yerno se ríe de estos extremos, se burla… ¡Es un bendito! Usted lo conoce… ¡Mi yerno, mi yerno!… ¡Tan ocurrente! ¡tan bromista!… ¡Da unas bromas muy ingeniosas!

Amarillo. Algunas, un poquito pesadas.

Doña Tránsito. ¡A usted le quiere mucho!

Amarillo. ¡Mucho! ¡Este viaje tan agradable se lo debo a él!

Doña Tránsito. Sí; es verdad… Y le ha resultado…

Amarillo. ¡Redondo!

Carlota. ¡Redondo!

Don Gil. ¿Tú no dices nada, Dorita?

Dorita. ¡La emoción no me deja hablar!

Carlota. Y ¿le sobran a usted kilómetros todavía, Antolín?

Amarillo. Sí, señora; cinco. ¡Pero esos voy a andármelos a pie!

Al público:

Farsa de buen humor denominan sus autores esta farsa. Porque, al idearla, pensaron que necesitaban, como nunca, buen humor para darle forma, y que nosotros, para interpretarla, habíamos menester de tan buen humor como ellos, a fin de que fuese comunicativa su alegría; y, finalmente, por considerar que era indispensable para oírla el buen humor de todos, libres por esta vez de la severidad con que se juzgan producciones de mayor empeño. ¡Ojalá salgan ustedes del teatro de muy buen humor!

FIN DE LA FARSA

Madrid, noviembre, 1926.

LA CUESTIÓN ES PASAR EL RATO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO PRINCIPAL**, de Valencia, el 9 de junio de 1927

A PEPE GARRIDO,
amigo de muchos ratos buenos y
malos, en recuerdo de todos ellos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marta Rosa.	Amparito Martí.
Eugenia.	Angelina Vilar.
Doña Digna.	María Brú.
Doña Pascualita.	Concha Ruiz.
Corita Bravo.	Herminia Más.
Emilita.	Isabel Garcés.
Ponciana.	Emilia S. Ordóñez.
Aleja.	Pepita Serrano.
Edmundo.	Pedro F. Cuenca.
Tello.	Antonio Suárez.
Don Máximo Ful.	Pedro Sepúlveda.
Fuendetodos.	Arturo de la Riva.
Don Ismael Abades.	Salvador Mora.
Antonio Sánchez.	Pedro Valdivieso.
Don Zoilo Pez, Barón De Los Maizales.	Pedro González.

FOFITO.

RAFAEL ACEBAL.

LA CUESTIÓN ES PASAR EL RATO

ACTO PRIMERO

Sala de visitas en la redacción de *Florescencia*, revista aristocrática de arte y de sociedad, establecida en casa de don Máximo Ful, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. La primera comunica con el recibimiento. Muebles elegantes. Una mesa escritorio. Cuadros de acuarelas, caricaturas y dibujos publicados en la revista.

Es por la tarde, en primavera.

Antonio Sánchez, administrador de la revista, y hombre de mediana edad, deslucido y oscuro, repasa unas cuartillas escritas a máquina.

ANTONIO. A ver, a ver… ¿Cómo es esto? Esto no es así, me parece que esa canaria de mecanógrafa se ha distraído. *Va a la puerta de la izquierda y llama.* ¡Emilita! Hágame el favor.

Y en seguida aparece la gentil Emilita.

EMILITA. ¿Qué me manda usted, don Antonio?

ANTONIO. El borrador de este artículo, ¿lo tiene a mano?

EMILITA. Sí, señor.

ANTONIO. Tráigamelo.

EMILITA. ¿Algún error, quizá?

ANTONIO. Creo que sí. En las últimas líneas.

Emilita. No me choca. La letrita de *Fuendetodos* es árabe. Hace unas aes que parecen oes, unas eles que parecen ees, unas des que parecen haches, una zetas que parecen eses, unas jotas…

Antonio. Traiga, tráigame el borrador.

Emilita. Ahora mismo. *Vase por donde salió y a poco vuelve con el borrador del artículo. Antonio Sánchez, entretanto, lee para sí.* Aquí lo tiene usted.

Antonio. A ver el último parrafito.

Emilita. *Leyendo.* «Y una vez más se complace la redacción de *Florescencia*»… ¿Esto es una G mayúscula o el gancho de un trapero?…

Antonio. Siga, siga.

Emilita. «… En testimoniarle rendidamente al ilustre barón de los Maizales, su dilecto protector y amigo, su veneración y su agradecimiento sin trámites.»

Antonio. ¿Sin trámites? Sin límites, dirá.

Emilita. No, señor, no: no dice límites ni trámites. Mírelo usted. Dice cualquier cosa.

Antonio. Sí; pero el sentido… Aquí está el gazapo. Continúe leyendo.

Emilita. «Hombres como el insigne prócer, atentos siempre a toda palpitación significativa del arte y la cultura, bien merecen que su nombre se vea lanzado al aire de la publicidad continuamente, y que su imagen llegue a ser familiar a todas las personas distinguidas»… Amén.

Antonio. ¿Amén? Aquí no dice amén.

Emilita. Ha sido cosa mía.

Antonio. ¡Vamos! No había más que eso.

Emilita. Van publicados siete números de la revista y cuatro retratos del barón.

Antonio. ¡Como si fueran siete!

Emilita. ¡Claro! ¡Es el que paga!

Antonio. A eso es a lo que debe usted atenerse. Si pregunta don Máximo por mí dígale que he ido a la imprenta, al taller de fotograbados y a

casa de *Charlestón*, por las caricaturas.

Emilita. Usted lo hace todo en esta casa.

Antonio. Por eso no me queda tiempo de hablar.

Emilita. Sí le queda tiempo; sino que es usted de pocas palabras. Pero a usted quisiera yo verlo ante la máquina ocho horas seguidas, dale que le das a las teclas, y sin hablar con nadie. ¡Ay! ¡Necesita una abrir el grifo de cuando en cuando!

Por la puerta de la derecha sale Ponciana, intrépida doncella, seguida de don Ismael Abades, Edmundo y Tello.

Ponciana. Pasen los señores. Esta es la sala de visitas.

Don Ismael. Ya lo sé, joven. ¡Si yo soy aquí como de la casa!

Ponciana. El señor, sí, señor; pero estos dos señores son nuevos.

Edmundo. ¡Regular!

Tello. El más nuevo de los tres soy yo.

Ponciana. ¿Ah, sí? ¡Y el más bromista! ¿A quién anuncio? Antonio. ¡Señor don Ismael! ¡Tanto bueno por esta casa!

Don Ismael. ¿Cómo va, amigo Sánchez?

Antonio. Bien: para servirle.

Don Ismael. *Presentándolos.* Mis amigos Edmundo Corona y Tello Labrador…

Antonio. Señores…

Don Ismael. Que desean ser presentados a esta familia… formar entre los contertulios de la redacción de *Florescencia…* El administrador del periódico, señor Sánchez.

Edmundo. Muy señor nuestro.

Ponciana. ¿A quién anuncio?

Antonio. Al señor Abades. Diga que está el señor Abades con unos amigos.

Emilita. *Muy sonriente.* Yo lo haré.

Ponciana. ¿Usted?

Emilita. Sí, yo. Están los señores en conferencia reservada, y usted no puede entrar.

Ponciana. ¡Bueno! ¡Se mete hasta en los charcos esta señorita!

Se van las dos, cada una por una puerta.

Don Ismael. Es una doncella intelectual muy salada.

Edmundo. Intelectual, ¡pero con unos ojos populares que ya, ya!

Tello. ¡Tampoco la mecanógrafa es tuerta! Le voy a traer mis apuntes de Derecho Romano para que me los ponga en limpio.

Don Ismael. ¡Ja, ja, ja!

Antonio. ¿Necesita usted algo de mí, don Ismael?

Don Ismael. Nada: muchas gracias.

Antonio. Sus amigos quedan en buena compañía… Voy a mis quehaceres… *Despidiéndose.* A su disposición, señor.

Edmundo. A la suya.

Antonio. A sus órdenes.

Tello. Usted me mande.

Antonio. Servidor.

Don Ismael. Adiós. Mis afectos…

Se marcha Antonio Sánchez por la puerta de la derecha con el aire humilde que lo caracteriza.

Tello. ¿Quién es este sauce?

Don Ismael. ¿Este sauce? El marido de la secretaria de la revista. Una mujer muy guapa.

Tello. ¡Pero, hombre!

Edmundo. ¿Vivirán separados?

Don Ismael. ¡Ca! ¡Viven en idilio constante!

Edmundo. ¡No puede ser!

Tello. ¡Ni puede ser ni debe consentirse! ¡Un hombre así a lo más que tiene derecho es a mi patrona!

Don Ismael. Veo, veo que no he errado el tiro al traeros aquí.

Don Ismael es un viejo egoísta, que huye de las molestias de la vida y cíe los disgustos lo mismo que los gatos del agua; Edmundo es un tronera, y Tello, un estudiante desaplicado y desaprensivo si los hay, que le sigue el humor y lo imita.

Edmundo. Bueno, si no lo pasamos muy bien, nos consideraremos defraudados.

Tello. Sí; porque nos ha pintado usted la redacción de *Florescencia* como un paraíso.

Don Ismael. Hijos de mi vida: acabamos de entrar, y ya habéis visto un par de frutas apetitosas.

Edmundo. ¿Prohibidas?

Don Ismael. Para mí, desde luego. Pero eso, allá la juventud. Yo, queridos pollos, ya lo sabéis, no acepto de la vida sino lo agradable.

Edmundo. ¡Bien!

Don Ismael. ¿No quedamos en que es un tránsito para la otra, un viaje? ¡Pues hacerlo en primera!

Tello. ¡Requetebién!

Edmundo. ¡Y si puede ser de balde, mejor!

Tello. ¿Qué duda tiene?

Don Ismael. Mi oración de todas las mañanas es esta: «¡Señor: líbrame de latas; líbrame de amigos sombríos; líbrame de ir a ninguna parte donde se pase mal!».

Edmundo. Y el Señor, ¿lo oye a usted?

Don Ismael. ¿No ves que se lo pido todas las mañanas? ¡Aunque no sea más que porque lo deje tranquilo!… Mira: tan arraigada se halla en mí esta norma de vida, que he de estar gozando —¿qué te diré yo?— las delicias de Capua, y como asome siquiera un vislumbre de nota triste, me voy de Capua.

Tello. Ya somos dos.

Edmundo. ¡Tres!

Don Ismael. ¡Por algo os acercáis a mí! ¡No quiero tristezas; no quiero nubes! Tú has entrado en mi alcoba…

Edmundo. Sí: y he visto los letreros: «Se prohíbe hablar de cosas desagradables»… «A la hora de comer huelgan las visitas»… «Se duerme la siesta de tres a cinco»… «El que traiga una mala noticia, que no entre»…

Don Ismael. ¡Te los sabes todos!

Edmundo. ¡Todos!

Don Ismael. Hay que cuidarse el corazón. La otra noche estuve en Romea viendo y oyendo a una cancionista preciosa: ¡una yema de coco sevillana!

Tello. Sí: ¡Mariquita Reina!

Don Ismael. La misma. Pues bien: mientras estuvo cantando que era de Triana y que el Guadalquivir le servía de espejo, o que era de Madrid y que la Cibeles se alegraba de verla buena, yo, tan a gusto; pero de pronto sale muy enlutada mustia, y principia a decir que a su novio lo ahorcan a la mañana siguiente y que está en capilla… No me hizo falta más: me levanté como por resorte, le di una peseta al acomodador, que se quedaba allí a oírla a la fuerza, y me marché a tomar chocolate con churros.

Tello. Muy bien hecho.

Don Ismael. ¡Hermano de la Paz y la Caridad en Romea, no!

Edmundo. Don Ismael, es usted un sabio.

Tello. ¿Aquí, por de contado, *pas* de gotas amargas?

Don Ismael. ¡Cuando yo frecuento la tertulia!… Es una familia encantadora para pasarlo bien. El don Máximo es un lagarto inconmensurable; hombre de aventuras y negocios; ave de presa; la señora, que es casada en segundas nupcias con él, toma unas tajadas inefables y dice unos disparates solemnes, graciosísimos…

Tello. ¿Sí, eh?

Don Ismael. Ya veréis. No respeta nada. Se despeña como un torrente. Y lo chistoso es ver cómo su hija, en cuanto coge la palabra la buena señora, tiembla ante el desatino próximo. Ya veréis, ya veréis… Tocante a la hija no os quiero anticipar juicios. ¡Canela!

Edmundo. ¡Ese ya es un juicio anticipado!

Don Ismael. ¡Canela en rama!

Tello. Otro.

Edmundo. ¿Es hijastra de don Máximo, no?

Don Ismael. Cabal.

Edmundo. Y ¿recita tan bien como cuentan?

Don Ismael. Sí: recitar, recita muy bien; deliciosamente. Pero va a haber que intervenir en el repertorio.

Tello. ¿Por qué?

Don Ismael. Porque empieza a darle por los poetas desesperados. Y no es eso.

… ¡Aturdida,
sin sentir, huya la vida!
¡Paz me traiga el ataúd!

No es eso.

Tello. ¡No es eso, no! ¡Ni con cien leguas!

Don Ismael. Ya le envié un día la famosa letrilla de «Ande yo caliente y ríase la gente», y me mandó a paseo.

Edmundo. Oiga usted, don Ismael: ¿y es verdad que ese gaznápiro de Maizales es el que ha dado el dinero para esta revista, con ciertas miras interesadas…?

Don Ismael. ¡Schsss!…

Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, no analices…

La superficie es verde aterciopelado y está llena de flores. ¡Quédate en ella! ¿A qué vas a ahondar, ni siquiera a escarbar si puedes encontrarte lombrices o cualquiera otra porquería?

Tello. Pero ¡qué talento tiene usted!

Don Ismael. Hijitos de mi alma: la cuestión es pasar el rato. ¡Para cuatro días que vamos a vivir!…

«Fuendetodos», redactor-jefe de «Florescencia», atraviesa la salita de izquierda a derecha y se va, saludando al paso a don Ismael. Es hombre que

pasó ya de los cuarenta, de rostro rasurado y de cabellos grises.

FUENDETODOS. Buenas tardes, señores.

TELLO. Buenas tardes.

EDMUNDO. Buenas tardes.

DON ISMAEL. Adiós, amigo.

FUENDETODOS. Adiós, don Ismael.

EDMUNDO. ¿No es este Aquilino Bedoya?

DON ISMAEL. Justo.

EDMUNDO. Y ¿a qué viene por aquí este hombre?

DON ISMAEL. ¿Cómo que a qué viene por aquí? Pero ¿a qué hora te levantas tú, Edmundo? ¡Si es el redactor-jefe de la revista!

EDMUNDO. ¿Aquilino Bedoya?

DON ISMAEL. ¡Sí, sí! ¡El que se firma *Fuendetodos*!

EDMUNDO. ¡Pero si era un escritor satírico, virulento, que no hallaba cosa de su gusto, mordaz, atrabiliario, rencoroso…!

DON ISMAEL. ¡Pues ahora es un tarro de jalea!

EDMUNDO. ¡Mentira parece!

TELLO. No es el primer caso, tampoco.

DON ISMAEL. La vida, hijos, la vida; la gran domadora. Y yo le alabo el gusto en el cambio. Entre perder el hígado amargándose la existencia y amargándosela a los demás y verlo todo entre nubes rosadas, la elección para mí no es dudosa.

EDMUNDO. Yo conocí a este punto en África; cuando mataron a mi primo Rogelio.

DON ISMAEL. ¡Schsss!

EDMUNDO. Por cierto que presenciamos juntos la escena del fusilamiento de un espía…

DON ISMAEL. ¡Schsss! Efemérides luctuosas, no.

EDMUNDO. Maestro, usted perdone.

Por la puerta de la izquierda llega inesperadamente Eugenia, la secretaria de la revista. Es mujer de singular y atractiva belleza, realzada por una íntima felicidad, que le llena de luz el semblante.

EUGENIA. ¡Simpático don Ismael!

DON ISMAEL. ¡Eugenia!

EUGENIA. Señores… Han de dispensar a don Máximo un momentito. Vendrá en seguida. Me ha encargado de recibirlos yo, mientras tanto.

EDMUNDO. ¡Encantados nosotros!

TELLO. ¡Aunque no venga ese señor ya en toda la tarde!

EUGENIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bromista!

DON ISMAEL. Presentaré a ustedes. La señora de Sánchez…

EDMUNDO. ¡Ah!

TELLO. ¡Ya!

EDMUNDO. Señora…

TELLO. Señora…

DON ISMAEL. Secretaria de *Florescencia*. Mis amigos Edmundo Corona y Tello Labrador.

EUGENIA. Celebro tanto conocerlos. Siéntense ustedes.

TELLO. ¿Cómo no?

DON ISMAEL. Ya les he presentado a Sánchez.

EUGENIA. ¿Sí, eh?

EDMUNDO. Ya hemos tenido el gusto de saludarlo.

EUGENIA. El gusto ha sido el de él.

TELLO. Sí, señora: conformes. ¡El gusto ha sido el de él!

EUGENIA. ¡Ja, ja, ja!

DON ISMAEL. Cuidado, Tello, no te vayas a desacreditar en los primeros cinco minutos.

TELLO. ¿Por qué, don Ismael? Perdóneme en todo caso, señora: soy muy espontáneo.

Eugenia. Hace usted bien en serlo. Yo estimo mucho esa condición en las personas.

Tello. ¡Lo celebro en el alma!

Un silencio. Un cambio de sonrisas.

Eugenia. No creo que tarde ya don Máximo. Parece que hay consejo allá dentro. Ha venido el barón y don Máximo le está exponiendo un proyecto muy importante de reformas en la revista… Planas en color, historia del traje y del mueble en España, novelitas cortas…

Don Ismael. Pero ¿la sección del «Buzón Amoroso» subsistirá?

Eugenia. Sí… es la más inocente de todas.

Edmundo. ¿Quién la lleva?

Eugenia. Yo.

Edmundo. ¿Usted? ¿*Tornasol* es usted?

Tello. ¿Es usted escritora, entonces?

Eugenia. ¡Lo pregunta usted un poco alarmado!

Tello. No…

Eugenia. Tranquilícese usted: no soy escritora. Me he encargado de esa sección por hacer algo en la revista, y porque me divierte el asunto. Y parece que ha caído bien.

Don Ismael. ¡Cómo si ha caído! ¡Es mi página favorita!

Edmundo. ¡Hay algunas respuestas de mucha gracia!

Eugenia. ¡Calle usted, por Dios! ¡Serán las que me dicte Antonio!

Tello. ¿Quién es Antonio?

Eugenia. Mi marido.

Tello. ¡Ah! ¿Su marido de usted toma parte…?

Eugenia. ¡Figúrese! Yo no sé escribir. Él me corrige el estilo, me completa algunas ideas… me aconseja otras veces… ¡casi me pone los puntos y las comas!…

Tello. ¡Es raro que un marido le ponga los puntos a su mujer!

Don Ismael. ¡Tellito! ¡Tellito!… Y usted no sea tan modesta, *Tornasol*. El «Buzón Amoroso» es todo de usted. ¡Así que no se ve el aire

femenino de las contestaciones!

Eugenia. Eso es lo que yo pongo en ellas: el aire.

Tello. Sabiendo ya quién es la musa de la sección, mañana voy yo a dirigirle a usted una preguntita.

Eugenia. Y ¿por qué ha de dejarlo para mañana? Pregúnteme ahora lo que sea.

Tello. ¿Ahora?

Eugenia. Ahora, sí.

Tello. Pues ahora. Vamos a ver: ¿cómo se puede dormir siendo tan guapa?

Eugenia. ¿Tan guapa? ¿Lo dice usted por mí?

Tello. ¡Claro!

Eugenia. Pues muy bien: se duerme muy bien. Yo duermo muy bien.

Tello. ¿De veras?

Eugenia. ¿Por qué lo duda usted?

Tello. Porque a mí, que soy feo, me dijo una vez una muchacha que tenía buenos ojos, y no pude coger el sueño en quince días.

Eugenia. Le interesaría a usted la muchacha.

Tello. Tal vez.

Edmundo. De manera que usted duerme bien.

Eugenia. Muy bien: de un tirón siete horas.

Don Ismael. ¿Y Antonio, cómo duerme?

Eugenia. ¡Qué bromista! Tan bien como yo.

Tello. ¡Mejor, quizá!

Eugenia. Trabaja tanto el pobre, que cae rendido.

Edmundo. Como el Cid.

Y cuando mis brazos toca,
luego se duerme en mis brazos.

Y ¿no sueña?

Eugenia. Eso sí: mucho. Y en voz alta. Y le da por meterse con todo el mundo.

Edmundo. Como al Cid.

En sueños gime y forcea,
que cuida que está lidiando.

Eugenia. Es curioso. ¡Un hombre tan pacífico como él! Tonterías de los sueños.

Tello. Acaso tenga su explicación, no crea usted: pensándolo un poquito…

Eugenia. Permítanme ustedes un segundo, que alguien llama al teléfono. *Vase por la puerta de la derecha.*

Edmundo. *Entusiasmado.* ¡Don Ismael, tenemos que darle a usted un banquete!

Tello. ¡Sin duda ninguna! ¡Qué señora!

Edmundo. ¡Lástima que nos coja sin blanca!

Tello. ¡Qué señora!

Edmundo. Por supuesto, todas las leyes divinas y humanas se oponen a que sea la esposa de ese macarrón a quien nos ha presentado usted antes.

Tello. ¡Es claro! ¡Se impone la intervención, en nombre de la justicia distributiva!

Edmundo. ¡Y del buen gusto!

Don Ismael. Lo que se impone, caballeritos, según os oigo, es una advertencia preliminar.

Tello. Diga usted.

Don Ismael. ¡No os vayáis a creer que esta casa son «Los Gabrieles»!

Edmundo. ¡Don Ismael!

Tello. ¡Por María Santísima!

Edmundo. Somos dos caballeros.

Tello. ¡Sabemos distinguir!

Don Ismael. De todos modos. ¡Os ha faltado poco para tocar las palmas y pedir una botella de «Solera»!

Vuelve Eugenia, y anuncia a don Máximo, que aparece luego por la puerta de la izquierda.

Eugenia. Ahí viene ya don Máximo.

Don Ismael. ¡Ah!

Tello. Mañana, y por escrito, voy a dirigirle otra preguntita a *Tornasol*.

Eugenia. Todas las que usted quiera dirigirle las contestará con mil amores.

Tello. Gracias de antemano.

Eugenia deja pasar a don Máximo y se retira. Don Máximo es lo que ya se ha dicho, bajo la apariencia de unas formas extremadamente amables y corteses y de unos modos abrumadores.

Don Máximo. ¡Señores míos! ¡Han de disculparme! Querido Ismael, ¿cómo estás?

Don Ismael. Bien, ¿y tú, buen mozo? Mis amigos…

Don Máximo. ¡Basta! ¡Tus amigos! ¡No han menester más títulos ni más nombres! ¡Tus amigos! Señores, ustedes vienen a su casa: esta es su casa.

Edmundo. Reconocidísimos, señor.

Tello. Reconocidísimos.

Don Máximo. Sobre que huelga siempre la presentación de personas tan conocidas. *Edmundo y Tello cambian una mirada.* Tomen asiento, tomen asiento. Y dispénsenme una vez más…

Edmundo. ¡Por Dios, señor!

Don Máximo. ¡La revista nos embarga a toda hora!

Tello. Es muy bonita la revista; es un primor.

Edmundo. De lo más fino que se ha hecho en España.

Don Máximo. ¿Les agrada de veras?

Edmundo. Y ¿a quién no?

Don Máximo. Prevengo a ustedes que más agradezco en este caso la denuncia del defecto o de la deficiencia que yo no he visto, que el elogio incondicional. *Florescencia* es el último juguete que le hemos comprado a la nena de casa, para quien aquí son todas las miradas y todas las ternuras. No es hija mía; pero es más que hija mía: ¡la quiero con amor de padre y de abuelo a la vez! Me tiene loco.

Tello. ¿La revista?

Don Máximo. La nena: Marta Rosa. Y la revista, por de contado. *Florescencia* es ese divertimiento que se trae a la casa para el niño mimado y con el que luego juegan también las personas mayores.

Don Ismael. Ya les he dicho a éstos que algunas tardes en la redacción hay gran fiesta…

Don Máximo. ¡Oh, no, no! ¡Gran fiesta, no! No hagan ustedes caso a este amigo, que todas mis cosas las ve con la lente del entusiasmo.

Don Ismael. Ya apreciaréis vosotros.

Don Máximo. Cierto es que suelen favorecernos con su visita algunas personas de calidad. ¡Todo al calor de *Florescencia*! ¡El juguete! ¡el juguete! Gentes de ingenio y de buen humor nos amenizan la velada; muchachas muy lindas son el encanto de los jóvenes y el recreo de sus ojos; oímos buena música; Martita Rosa se adiestra recitando versos… ¡Es su arte, es su locura! ¡Tiene un gran porvenir!… ¡Será una revelación sorprendente!

Edmundo. Eso opina don Ismael.

Don Máximo. En eso no exagera. Pronto, en casa de los Altas Torres, va a recitar un día delante de los reyes, que quieren oírla, y desde este momento están ustedes invitados.

Tello. Muchísimas gracias.

Edmundo. Es usted muy amable.

Don Máximo. *Les amis de mes amis sont mes amis*. No es pasión de abuelo, señores: Martita Rosa es una artista excepcional y única. La figura es linda, ¿verdad?… pero su voz, señores, su voz es una gama de modulaciones insospechadas. ¡Qué tesoro de voz! Y por sus ojos, que acarician mirando, se ven pasar todos los matices del sentimiento y de la palabra. Son como la

superficie de un lago que refleja cuanto se asoma a él. Perdonen los extremos del abuelete. Van ustedes a conocerla. *Adelantándose a recibir a Marta Rosa, que por la puerta de la izquierda llega en tal punto. La siguen su madre, doña Digna, y don Zoilo Pez, barón de los Maizales.* Marta, hija mía.

Marta Rosa. Padrito.

Don Máximo. Digna. Barón. *Presentándolos.* Mi esposa; la flor de *Florescencia*; el barón de… Pero el barón no he de descubrirlo: su imagen está desde luego en la retina de todas las personas cultas. Estos dos señores, amigos de Ismael, que desde hoy lo son nuestros. El título de amigos de Ismael se sobrepone en mi ánimo al de sus nombres propios.

Marta Rosa. Tanto gusto…

Doña Digna. Señores míos…

El barón inclina la cabeza y se pone a hojear unos periódicos.

Edmundo. Señora… señorita…

Tello. Complacidísimo.

Doña Digna. Abades, ¡qué de tiempo sin venir por aquí!…

Don Ismael. Bien a mi pesar. ¿Qué hay, pimpollito de la casa?

Marta Rosa. La satisfacción de ver a usted… tan bien acompañado además.

Don Ismael. ¡Oh! Estos amigos te admiraban ya antes de verte. Su admiración era reflejo de la mía.

Marta Rosa. ¡Qué amable!

Edmundo. Pero desde hoy ya es de luz propia.

Don Máximo. ¡Muy bien! ¡De luz propia! ¡Muy bien! *Y le echa una mirada al barón, a quien no le ha parecido tan bien la frase.*

Doña Digna. ¿Son poetas estos señores?

Edmundo. No; no, señora; no tenemos tal dicha.

Doña Digna. ¿Músicos?

Tello. Menos aún.

Doña Digna. ¿Ni por aquello que se dice que de poeta, músico y loco…?

Don Ismael. Estos son locos nada más.

Doña Digna. *Riendo desentonadamente.* ¡Ja, ja, ja!

Don Ismael. *A Edmundo.* (Esta señora ha empinado ya el codo un poquito).

Don Máximo. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Locos nada más! ¡No, sino muy cuerdos! En mi breve charla con ellos aquí me han revelado ya su privilegiada inteligencia.

Vuelven a mirarse Tello y Edmundo.

Marta Rosa. ¿Tomarán hoy una taza de té con nosotros?

Tello. Tomaremos dos: éste una y yo otra.

Nuevas risas.

Marta Rosa. ¡Qué festivo!

Don Ismael. ¡Tello, Tello, no te desacredites tan pronto! ¡Vuelvo a suplicártelo!

Don Máximo. *Advirtiendo que la cara del barón se alarga por segundos.* Ahora voy a permitirme mostrarles el interior de la revista: la redacción, el salón de lecturas, la administración… la salita de música… ¿Quieren seguirme?

Edmundo. Sí, señor…

Tello. Usted nos manda.

Don Máximo. Acompáñanos tú, Ismael.

Don Ismael. Desde luego.

Don Máximo. Pasen por aquí. Es otra prueba de confianza que les doy.

Edmundo. Agradecidísimos. Hasta ahora.

Marta Rosa. Hasta ahora.

Don Máximo. Les agradarán, les agradarán estas intimidades.

Se van los cuatro por la puerta de la izquierda.

Marta Rosa. Son simpáticos.

Doña Digna. Sí: no son antipáticos. Los dos tienen *le physique du róle*.

Marta Rosa. ¿Qué dices, mamá?

Doña Digna, como ha advertido don Ismael, trae ya en el cuerpo un par de copitas de más. Poca cosa aún. El barón de los Maizales, que hasta ahora no ha hablado palabra, es un zamacuco con muchos millones, que se considera digno y capaz de todo por este solo hecho providencial. Marta Rosa es una encantadora muchacha, de espíritu prisionero en el ambiente de farsa en que vive, y que en el arte de la declamación da algún escape a su escondida llama. Viste y peina con graciosa genialidad.

Doña Digna. ¡La célebre frase de Alejandro Dumas: *le physique du róle*!

Marta Rosa. Mamaíta…

Doña Digna. ¿No le parece a usted, don Zoilo, que entrambos tienen *le physique du róle*?

Barón. *En un tono que trasciende a paleto castellano enriquecido, y esquivando humorísticamente la respuesta.* No entiendo el latín, doña Digna. Pero lo que sí le digo a usted, en castellano, es que por el hilo del uno saco el ovillo de los dos. Son dos señoritos *tronaos*.

Marta Rosa. ¿Sí?

Barón. Esta gente quita más que da.

Doña Digna. ¿Cree usted, barón?

Barón. ¡Vaya! Los poetastros y los pintamonas, y *to* este *ganao* que viene al olor de la revista, son de *pronóstico*: pero se les mata el hambre, y tan contentos. Y son además como los loros y como los gitanos: que con hambre es como tienen gracia y le hacen a uno de reír. Pero estos señoritos sin dos pesetas, del quiero y no puedo, *pa* ayunarlos. Créamelo usted a mí. ¿Me explico?

Doña Digna. Como el mismísimo Demóstenes.

Barón. ¿El mismísimo qué?

Doña Digna. Demóstenes.

Barón. ¡Ah! Estimando, doña Digna Por lo que toca a los recién *llegaos*, el que yo conozco es el calavera más calavera de Madrid: hijo de su padre, nieto de su abuelo… y ahora, sobrino de su tía. Ni *má* ni menos. No

tiene más oficio que ser sobrino de su tía. Y la quiere heredar. Pero la tía no se muere, y hace bien. ¡Que trabaje el sobrino! ¿He dicho algo?

Doña Digna. Ello es, sea lo que quiera de esos jóvenes, que la revista está de moda; que ha despertado la curiosidad general. ¡No se habla de otra cosa en Madrid!

Barón. Y ¿usted cree que es por la revista… o por el dulce de cabello de ángel que la revista tiene dentro?

Marta Rosa. La revista, barón, no tiene dentro más dulce que la generosidad de su Mecenas.

Doña Digna. ¡Eso; de su Mecenas! ¡Muy bien, Martita! Porque usted, barón, es un verdadero Mecenas.

Barón. Lo que usted disponga, doña Digna. A mí me manda usted rodar, y *rodo*, como dijo aquél. Que quiere usted que yo sea un Mecenas, pues un Mecenas soy. ¿Está usted contenta, Martita?

Marta Rosa. ¿No he de estarlo, barón?

Doña Digna. Ella y todos aquí. Hombres como usted reforman el concepto de la vida. Dice Schopenhauer que la vida es una porquería, y yo, ante usted, se lo discuto a Schopenhauer.

Marta Rosa. Mamá…

Doña Digna. Sí, hija, sí: a Schopenhauer y a los filósofos de su laya. Esta es una tortolita en el primer vuelo, que de todo se asusta. Yo, no.

Barón. Ni yo tampoco.

Doña Digna. Las paradojas de hoy serán las verdades de mañana.

Marta Rosa. Mamá…

Doña Digna. ¡A mí, nombres gloriosos, no! ¡A mí los nombres no me intimidan ni la posteridad me aplasta! *A su hija.* Nada, no me mires: no me aplasta la posteridad. La distancia de los siglos no es un mérito. Hoy viene Sófocles a tomar el té con nosotros y soy capaz de llamarle majadero.

Barón. ¿También va a venir ése? Mucho ojo con la gente que se mete aquí al abrigo de la revista.

Marta Rosa. *Riendo.* Pero ¿usted sabe de quién habla mi madre?

Barón. Me es igual, Martita. La advertencia que he hecho está en su sitio. Más sabio es el que previene que el que se descuida.

Doña Digna. Yo soy una mujer —¿a qué he de disimularlo, barón?— una mujer iconoclasta.

Barón. ¡Ah!

Doña Digna. ¡Profundamente iconoclasta! ¡No comulgo con ruedas de molino!

Marta Rosa. Mamaíta…

Barón. Sí, sí.

Doña Digna. Por condición natural reacciono contra los ídolos pasados. ¿Qué grande hombre conoce usted que no haya hecho valer alguna tontería? Yo, ni uno solo. Cíteme usted uno.

Don Máximo, dentro, tiene una idea genial y llama a su consorte.

Don Máximo. ¡Digna! ¡Permíteme!

Marta Rosa. Padrito te llama, mamá.

Doña Digna. Voy en seguida. Ya presumo lo que me quiere. ¿Usted me da su venia, barón?

Barón. ¡Señora!

Doña Digna. Pues con ella, un instante… Ya continuaremos derribando ídolos. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Barón. Su padrito de usted sí que es un grande hombre ahora mismo.

Marta Rosa. ¿Por qué?

Barón. Porque ha *llamao* a la mamá… y me deja solo con usted.

Marta Rosa. ¿Solo conmigo?

Barón. ¿Le da a usted miedo?

Marta Rosa. No, señor… ¿De qué ha de darme miedo?

Barón. Yo no me la voy a comer a usted.

Marta Rosa. ¡Naturalmente!

Barón. ¡Pero no por falta de ganas! ¿He dicho algo?

Marta Rosa. Eso está gracioso.

Barón. ¿Está gracioso?

Marta Rosa. ¡Mucho!

Barón. Pues ¿por qué se pone usted tan seria?

Marta Rosa. *Sonriéndose.* ¿Seria? No…

Barón. Así me gusta. ¿Cuánto vale que me mire usted tres veces seguidas con esa sonrisita?

Marta Rosa. Nada… eso no vale nada…

Barón. ¿Cuánto vale eso? ¿Extiendo el cheque?

Marta Rosa. ¡Por Dios, barón!

Barón. ¡Vaya ojos! ¡Si bonitos son cuando miran, más bonitos son cuando los baja usted! No se amilane usted junto a mí: no tenga usted reparo ninguno. ¡Aquí hay un hombre dispuesto a darle a usted la gloria!

Marta Rosa. Ya me da usted demasiado, barón, con su amistad, con sus atenciones… con su generosidad constante… ¿A quién sino a usted debo esta corte que me está rodeando y este interés que empieza a despertar mi humilde persona?

Barón. Eso es poco *pa* lo que usted se merece. Llegaremos adonde haya que llegar… *Deo «volante»*. Basta que usted lo quiera.

Marta Rosa. Insisto en que ya es demasiado, barón…

Barón. ¿Qué sabe usted, paloma? Usted es una inocente criatura. Llegaremos a la *apoteosis. Deo «volante»*. No sabe usted de lo que es capaz un hombre *enamorao*.

Marta Rosa. ¡Jesús, barón! A ver si alguien se entera…

Barón. ¿Quién?

Marta Rosa. ¿Quién ha de ser? Usted calcule…

Barón. ¡Ah! ¡*Doña Perpetua*! ¡No me hable usted de cosas tristes! Déjela usted que viva en paz.

Marta Rosa. El que no la deja es usted, barón.

Barón. Y ella ¿qué sabe de esto? ¿Se lo va usted a decir?

MARTA ROSA. ¡Dios me libre!

BARÓN. ¡Pues entonces!… *Acercándosele un tanto anheloso y temblón.* Mire usted, Marta Rosa… —¡que tiene usted el nombre más bonito que hay en los almanaques!— yo también sé decir finuras… Mire usted…

MARTA ROSA. *Queriendo esquivarlo.* ¿Viene mamá?

BARÓN. ¡No se acuerde usted ahora de nadie más que de mí! Cuando hay dos personas así, frente a frente, *to* el que llegue de más estorba. ¿He dicho algo? Pues a lo que iba. A este mundo se viene a tres cosas.

MARTA ROSA. ¿Nada más?

BARÓN. ¿Le parece a usted poco? ¡Inocente! ¿Usted no sabe cuáles son esas tres cosas?

MARTA ROSA. Si usted no me lo dice…

BARÓN. Pues son éstas: venimos a pasarlo bien, a no pasarlo mal y a pasarlo mejor.

MARTA ROSA. ¡Qué ingenioso!

BARÓN. ¿Verdad que sí? Y si no es ingenioso es sabroso, que cae en verso. Esto lo decía mucho mi padre, ¡que se dió una vida!…

MARTA ROSA. ¿Buena?

BARÓN. ¡Uh! ¡Como pocos! ¡Fué un verdadero *anacoreta*!

MARTA ROSA. *Conteniendo la risa.* ¿Sí, eh?

BARÓN. Como usted lo oye: ¡un *anacoreta*! No se privó de nada en este mundo.

MARTA ROSA. Y el hijo, por lo visto, sigue su ejemplo.

BARÓN. ¿Qué hacer, paloma? ¡Dentro de cien años, *tos* calvos!

MARTA ROSA. ¡Usted puede que no tenga que esperar tanto tiempo!

BARÓN. ¡Graciosa! ¿Está tan a la vista el melón, verdad?

MARTA ROSA. Yo no he dicho nada del melón.

BARÓN. ¡Graciosa!

MARTA ROSA. Cuidadito.

BARÓN. ¡Decídase usted… y nos escapamos en un *aroplano*!

Marta Rosa. ¡Jesús, qué mareo! Yo en el aire pierdo la cabeza.

Barón. ¡Pues yo la perdí ya en tierra firme!

Marta Rosa. Eso estoy notando.

Barón. ¡Mala; que es usted muy mala!

Marta Rosa. Sí, que usted es un santo varón.

Barón. No crea usted que no: camino llevo. Muchos santos, primero que santos… ¿Qué hay de eso, Martita? Usted pida por su boca, y ya veremos lo que yo soy.

Sale nuevamente Ponciana por la puerta de la derecha.

Ponciana. Ahí está el coche del señor barón.

Barón. ¡Ah!, mi coche. Es verdad, que lo estaba esperando.

Ponciana. Y ¡vaya coche! ¡Para una fuga de película!

Barón. ¿Oye usted?

Marta Rosa. ¡Ponciana!

Ponciana. Se me salen los comentarios, señorita. *Vase.*

Barón. ¡Qué chica ésta! Había yo *olvidao* que tengo junta de Patronato esta tarde. Con las glorias se van las memorias.

Marta Rosa. ¿De qué Patronato?

Barón. De uno de los siete que presido. ¡Presido siete Patronatos! Que no me llamen egoísta. Protejo la industria, protejo las artes, protejo dos roperos, protejo la mendicidad… ¡Y a mí no me protege nadie!

Marta Rosa. ¿Nadie, don Zoilo?

Barón. ¡No me mate usted llamándome don Zoilo! Es lo único que no le perdono a mi padre, que en gloria esté: el nombrecito que me puso. Quédese usted con Dios, mala persona, y hasta mañana si Dios quiere.

Marta Rosa. Si Dios quiere.

Barón. Usted me despedirá de la familia. Y consulte usted con la almohada lo que hemos *chamullao*. Adiós, reina. Venga ahora esa sonrisita que tiene usted *pa* postre. Gracias. *Se va por la puerta de la derecha, sopla que sopla. Puede que vaya al Patronato, pero no es seguro.*

Marta Rosa, tras una mirada de asco, entristece repentinamente su lindo rostro. Luego, abstraída, murmura entre sí, como explayando su corazón dolorido y preso:

Marta Rosa.

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser, golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Se enjuga los ojos que traen trastornado al barón, donde tiemblan dos lágrimas.

Por la puerta de la izquierda vienen Emilita y Edmundo. La mecanógrafa lo acompaña hasta la derecha, para mostrarle desde la puerta el teléfono.

Emilita. No, señor, no es molestia ninguna.

Edmundo. Mil gracias.

Emilita. Ahí lo tiene usted. ¿Quiere usted que yo misma llame?… Dígame el número.

Edmundo. ¡No faltaría más! *A Martita Rosa.* Con permiso. *Vase por la puerta de la derecha.*

Emilita. Son divertidísimos estos dos muchachos que ha presentado el señor Abades.

Marta Rosa. ¿Sí?

Emilita. Chicos finos. Y de muy buen humor. Verdad es que dime con quien andas… Don Ismael —ya usted lo conoce— siempre está de broma. No toma en serio nada de este mundo.

Marta Rosa. Calle usted ahora.

Emilita. No crea usted que hablo a humo de pajas… Hablo, por no enterarme de lo que ese señor está diciendo por teléfono.

Marta Rosa. Con haberse ido, se evitaba usted el escrúpulo.

Emilita. Es que también quería preguntarle a usted una cosa.

Marta Rosa. ¿A mí?

Emilita. ¿Ha leído usted el último artículo de *Fuendetodos* sobre el señor barón?

Marta Rosa. ¡Si no ha salido el número todavía!

Emilita. Podía usted haberlo visto en pruebas… ¿Quiere usted el borrador? Yo lo tengo.

Marta Rosa. No, no: déjeme.

Emilita. ¿Le sucede a usted algo?

Marta Rosa. Nada; no.

Emilita. Póngale usted si acaso a *Tornasol* una consulta por el «Buzón Amoroso» de la revista, a ver qué le contesta. Da unas contestaciones muy notables. Yo le pregunto algo todas las semanas. Ella no lo sabe, por supuesto. Me firmo *La Dama de las Camelias*. ¿Qué le parece a usted?

Marta Rosa. Que ya no necesita usted seguir hablando porque ese señor ha concluido con el teléfono.

Emilita. *Maliciosamente.* ¿Sí, eh?… ¡Ya!… *Imaginando una inteligencia entre Marta Rosa y Edmundo.* Me alegro. Aunque lo sienta quien yo sé. *Se marcha por donde salió.*

Marta Rosa. ¿Qué dice? Esta muchacha, por charlar… *Vuelve Edmundo.*

Edmundo. Se ha obstinado su papá de usted en obsequiarnos… Es de una cortesía arrolladora.

Marta Rosa. Sí; es muy cariñoso.

Edmundo. Y he avisado por teléfono a mi tía, la marquesa de Casa Flor, que me esperaba un rato esta tarde.

Marta Rosa. ¿Trastorna usted su plan por nosotros?

Edmundo. No tiene importancia. Yo no hago nunca plan. Es más, el día que lo hago, lo que más me divierte es cambiarlo.

Marta Rosa. Ya. Lo felicito a usted entonces.

Edmundo. Acepto la felicitación.

Marta Rosa. ¿Vamos allá dentro?

Edmundo. Allá dentro ya lo he visto todo.

Marta Rosa. Y aquí también.

Edmundo. Aquí, no tanto. *Señalando a uno de los cuadritos.* ¡Qué agradable es esta acuarela!

Marta Rosa. Mucho; muy agradable: de Romerita, como le llamamos en casa. Salió en el primer número de la revista.

Edmundo. Pues yo tenía vivos deseos de conocerla a usted.

Marta Rosa. Muchas gracias. Quizá por las ausencias de Abades…

Edmundo. No sólo por ellas. Alguien más me había hablado de usted.

Marta Rosa. ¿Don Zoilo, el barón…?

Edmundo. No, no; al barón no lo he saludado hasta hoy.

Marta Rosa. Pues él sí lo conoce a usted, por lo que ha dicho.

Edmundo. ¿Por lo que ha dicho? ¿Qué ha dicho? ¿Ha hablado mal de mí?

Marta Rosa. No me hubiera yo atrevido a referirme…

Edmundo. No; ¡si lo raro sería que hubiese dicho cosa buena! Tengo mala fama en Madrid.

Marta Rosa. ¿Así, en general? Porque don Ismael…

Edmundo. Si yo no afirmo que la merezca, sino que la tengo. ¡Qué sé yo! Mi modo de vida… Claro es que hay personas que al criticar a uno, lo elogian indirectamente. Tales son ellas. Excuso hacer la salvedad del barón en este caso. *Marta Rosa calla.* Habría sido una impertinencia… Sé lo que aquí estiman ustedes al barón.

Marta Rosa. Figúrese: es ahora socio del padrito…

Edmundo. ¿Del padrito?

Marta Rosa. Sí; de mi padrastro. Le llamo el padrito. Mamá se casó con él siendo yo muy niña.

Edmundo. ¿Ustedes han vivido hasta ahora en París?

Marta Rosa. Hasta hace unos meses. El padrito tiene negocios muy diversos, y nosotras vamos adonde nos llevan, como el loro del chascarrillo.

Cinco años hemos permanecido en París.

Edmundo. *Intencionadamente.* ¿Dónde, según creo, se casó una hermana de usted?

Marta Rosa. *Turbada.* Sí, señor, sí: allí se ha casado. *En ademán de irse.* ¿Viene usted?

Edmundo. *Haciéndose el desentendido.* Es salada esta caricatura.

Marta Rosa. Como todas las que hace *Charlestón*. Tiene mucha chispa ese chico. A mí me ha hecho una… En la salita de música está colgada. ¿No la ha visto usted?

Edmundo. ¿Cómo que si la he visto? Y al saber que pretendía ser de usted, he crujido de indignación. Le voy a mandar los padrinos a ese miserable.

Marta Rosa. ¡Ja, ja, ja!

Edmundo. Y le voy a atravesar la mano derecha.

Marta Rosa. ¡Qué original galantería! ¡Pobre *Charlestón!* ¡Él, que se gana la vida desfigurando gente!

Edmundo. ¡Pues que elija bien los modelos! *Pausa.* ¿Cuándo la oiré yo recitar a usted?

Marta Rosa. ¡Qué salida! No vale la pena.

Edmundo. Es natural que usted diga eso, aunque sienta otra cosa.

Marta Rosa. No, no es que yo crea que lo hago mal del todo… ¡Me gusta tanto!… ¡tanto!… Desde niña. Mamá dice que me alimenta. Desde niña tengo esta afición. Me entusiasman los buenos versos.

Edmundo. Y a mí.

Marta Rosa. ¿Lo dice usted por seguirme la corriente, o con sinceridad?

Edmundo. Con sinceridad absoluta. Luego se lo demostraré.

Marta Rosa. ¿Dónde hay nada en que emplear la voz y el espíritu como en el recreo de los versos? ¡Y de los versos españoles! En mí casi es monomanía. Yo no podría ya vivir si no hubiera versos. Acaso sea una predestinación. ¡Vaya usted a saber si Dios me ha enamorado de ellos para que, andando el tiempo, resuelvan mi vida!

Edmundo. ¿Ha recitado usted en público muchas veces?

Marta Rosa. Ante público, sí; pero todavía sólo en fiestas particulares, privadas. Al gran público, que paga por oír, y que devora si no se le divierte, aún no me he atrevido…

Edmundo. Pero ¿se va usted a atrever?

Marta Rosa. Eso quiere el padrito. Mucho me aplauden mucho me animan todos… Yo, sin embargo, siento no sé qué género de rubor… Se me figura como si profanara algo muy íntimo al ofrecerlo a todos…

Edmundo. ¡Extremada delicadeza!

Marta Rosa. Pues así es. Mentiría si no confesase que me halaga el aplauso, la atención de los que me oyen, la emoción que produzco… Pero ¡es tan distinto de lo otro!… ¿Con qué se paga el gozo de estar una sola, mortificada a lo mejor por cosas vulgares, o asqueada de la vida misma, y hallar, sin buscarlos, unos versos que suben espontáneamente a los labios, como una oración… o como una música?

—Di, ¿qué falta a tu belleza,
a tu riqueza
o a tu loca voluntad?
—Señor: esos ruiseñores,
en las flores,
tienen aire y libertad.

¿Le estoy pareciendo a usted ridícula?

Edmundo. ¡Todo lo contrario!

Marta Rosa. Porque va usted a reírse mucho a mi costa, si se lo parezco. ¡Digo versos hasta sola por los rincones!

Edmundo. ¡Y yo!

Marta Rosa. Usted sí se me está figurando a mí un guasón muy grande.

Edmundo. Y puede que lo sea; pero por esto, no. Soy también gran aficionado a los versos y a decirlos.

Marta Rosa. ¡Qué casualidad!

Edmundo. Y también, como usted, rayo en monomanía. Yo tengo una pasión loca por el teatro.

Marta Rosa. ¿Por el teatro en verso?

Edmundo. Y en prosa. Por el teatro. Ha sido mi única vocación. Pero mis padres se opusieron tenazmente a que me dedicara a ello, y por no amargarles la vejez… Ni como aficionado toleraban que trabajase. No querían alimentar en mí ese veneno.

Marta Rosa. ¡Vaya por Dios!

Edmundo. Y a mi tía, la única familia que ya me queda, y de quien espero muchísimo, hablarle del teatro es mentarle el infierno. ¡Un Vico malogrado por preocupaciones familiares!

Marta Rosa. ¡Es lástima!

Edmundo. Para mí lo ha sido. ¡Como que estoy sin brújula!

Marta Rosa. ¿Sin brújula?

Edmundo. En la vida se salva el que acierta pronto con su vocación y se entrega a ella. Quien no la descubre o no la sigue y yerra su camino, ya vivirá siempre desorientado y vacilante. Y este es el caso mío. De allí quizá que se me haya creado mala fama.

Marta Rosa. ¿Vive usted con su tía?

Edmundo. ¡Quiá! Mi tía no podría resistirme. Hago una vida un poco desordenada… Me hospedo en la misma casa que don Ismael. Don Ismael tiene en casa de Doña Pascualita, entre otros fueros indiscutibles, el de elegir los huéspedes. Y me ha elegido a mí.

Marta Rosa. Por algo será.

Edmundo. Pagar sí pago el pupilaje.

Marta Rosa. ¡Ja, ja, ja!

Edmundo. Con trabajillo y habilidades algunas veces, pero siempre lo pago. Con que desde hoy cuenta usted en aquella modesta casa con un admirador más de su belleza y de su arte.

Marta Rosa. Mi arte lo desconoce usted todavía.

Edmundo. Pero no desconozco que el arte sabe elegir albergue.

Marta Rosa. ¡Oh!…

Don Máximo aparece en esto por la puerta de la izquierda un tanto receloso; mas en seguida se pone su máscara jovial.

Don Máximo. Pero, ¡querido! Pero, ¡mi querido! ¡Ya decía yo que era demasiado hablar por teléfono!

Edmundo. ¡Claro! ¡Esto es mucho más agradable! Discúlpeme usted.

Don Máximo. Pero, ¡querido! Pero, ¡mi querido! Ya decía yo que era demasiado hablar por fórmula de cortesía, sino por sentimiento profundísimo. ¡Usted está en su casa! ¿Vamos allá?

Edmundo. Vamos, donde usted quiera. ¿Quién resiste a tanta amabilidad, señor don Máximo?

Don Máximo. ¡Mi querido! Tomará usted un dulce, una copita de jerez… ¡Lo que le plazca! Su compañero de usted nos tiene cautivados. ¡Qué conversación más amena, qué *esprit* el suyo!… ¡Cautivados, ya le digo a usted! Ven tú también, Martita Rosa.

Marta Rosa. En seguida, padrito.

Don Máximo. Pase, mi amigo, pase.

Edmundo. Obediencia es cortesía.

Don Máximo. ¡Estos ratos hacen adorable la existencia! *Se marcha con Edmundo.*

Marta Rosa. *Suspirando de gozo.* ¡Ay!… ¡Necesitaba respirar un instante sola a mis anchas!… ¡Gracias a Dios que he hablado hoy con una persona!… *Y le salta la oración en los labios.*

Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—
en caballo con alas hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que viene de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios en un beso de amor.

Éntrase tras Edmundo y don Máximo.

Antonio Sánchez, que ha llegado ha poco por la puerta de la derecha, y

la ha visto y oído, exclama:

Antonio. ¡Pobre niña! Casi no es feliz más que a solas y diciendo versos…

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, quince días después. Es por la tarde.

Marta Rosa, Corita Bravo y Fofito vienen de la calle. Marta Rosa, apenas llega, se quita el sombrerillo y se deja caer rendida en una butaca; Fofito hace lo propio; Corita, en cambio, va y viene sin las menores muestras de cansancio. Lo mismo ella que él son pollitos de la última moda.

MARTA ROSA. ¡Ay, gracias a Dios que llegamos a casa! ¡No puedo más, Corita! ¡No puedo más!

FOFITO. ¡Ni yo tampoco!

MARTA ROSA. ¡Eres de acero!

FOFITO. ¡De ballena!

CORITA. ¡Qué majadería! Soy de carne y músculos, como vosotros. Pero hago gimnasia sueca todas las mañanas, y no me parte un rayo.

MARTA ROSA. ¡Qué agobio de vida! ¡Qué afán de estar en todas partes para no disfrutar de nada!

CORITA. ¡De todo!

MARTA ROSA. ¡De nada! Al *tennis*, a ver a Chichita, a ver a Tolito, a merendar, a la Exposición canina, al concierto… ¡Jesús! En cada sitio te quita el gusto, en cuanto llegas, la comezón de irte en seguida a otro.

CORITA. ¡Eso es vivir la vida!

MARTA ROSA. ¡Eso es destrozarse!

CORITA. Pareces una mujer del siglo pasado, no una chica de ahora. *A Fofito.* No te duermas, tú.

FOFITO. Si no es que me duermo, Corita; es que me muero.

CORITA. ¡Otro que tal baila!

FOFITO. No me hables de bailes, porque a estas horas no sé si mis piernas son propias o son postizas.

MARTA ROSA. ¡Pobre Fofito!

FOFITO. Hay mucha gente preocupada de cómo ha de morir. Yo no tengo que preocuparme de averiguarlo: me mata ésta. Es una trilladora: nos toma a los amigos para rendirnos Cada semana acaba con uno. Menos mal que mañana es domingo y entra otro de guardia.

CORITA. ¡Menos mal, porque me está indignando oírle! Toma un cigarrillo, a ver si te espabilas.

FOFITO. ¿Tiene opio?

CORITA. Éstos, no.

FOFITO. ¡Porque era lo único que me faltaba!

CORITA. Toma tú, Marta Rosa.

MARTA ROSA. Sabes que yo no fumo.

CORITA. Es que quiero que te acostumbres.

MARTA ROSA. Es que a mí no me da la gana.

CORITA. Te estropea la voz, ¿no?

MARTA ROSA. ¡Si no fuera más que la voz!

CORITA. Pues ¿qué más puede estropear el cigarrillo?

MARTA ROSA. Entre otras cosas, el aliento.

CORITA. ¡Atiza!

MARTA ROSA. ¿A ti te gusta oler a tabaco?

CORITA. ¿Olerle a quién?

MARTA ROSA. ¡A quien sea! ¡Olerte tú! ¿Tú no comprendes que el aliento es uno de los atractivos femeninos?

CORITA. ¡Esas son antiguallas de los poetas!

MARTA ROSA. No, no; no son antiguallas. Te equivocas, Corita. Yo sé versos de muchos poetas de ahora, y ninguno se extasía cantando un aliento que huela a tabaco.

Do el agua en tenues hilos se filtraba,
allí, en la grietecilla de la roca,
puso mi amada la sedienta boca.
Puse después la mía,
pensando que mi sed apagaría,
y bebí néctar, mieles,
y aroma de claveles…

Se conoce que la amada de este poeta no fumaba tampoco.

CORITA. ¡Bah, bah, bah! ¡Eso no te lo habrá dicho el barón! ¿Vámonos al cine?

MARTA ROSA. ¿Al cine? ¿Estás loca? ¿A qué cine?

CORITA. ¡A cualquiera! ¡A matar la tarde! ¿Serás capaz de quedarte en casa?

MARTA ROSA. Conmigo no cuentes.

CORITA. ¿Esperas visita?

MARTA ROSA. No sé.

CORITA. ¿No sabes? Cuidadito con el aliento de rosas. ¡Fofito, vámonos tú y yo!

FOFITO. *Despertándose.* ¿Eh?

CORITA. Vámonos al cine.

FOFITO. Vámonos. ¡Allí se duerme que da gusto!

CORITA. Veremos *Los ojos de fuego*. ¿Has visto esa película?

FOFITO. Me da lo mismo una que otra.

CORITA. Dicen que es muy trágica; que interviene una mujer terrible; bebedora de sangre; siniestra, fatal… ¡Cómo me agradaría a mí ser mujer fatal!

FOFITO. ¡Ya lo eres!

CORITA. ¿Yo?

FOFITO. ¡Para mí, por lo menos!

CORITA. No seas ganso. Ven a ver si nos acompaña *Tornasol*.

Fofito. ¡Magnífico! Así tendrás con quién hablar.

Por la puerta de la izquierda sale don Máximo, cuando Corita y Fofito van a entrar por ella. Trae sombrero.

Don Máximo. ¡Oh! ¡Tanto bueno! ¡Corita! ¡Fofito! ¡La juventud alegrando siempre mi casa!

Fofito. Este don Máximo…

Corita. Pero ¡si usted es mucho más joven que Fofito!

Don Máximo. ¡Oh! ¡Más joven dice que soy yo! ¡Lisonjera!…

Corita. *Tornasol* ¿está ahí?

Don Máximo. ¿Quién, Eugenia? Ahí la tienen, sí.

Corita. Vamos a animarla a venir con nosotros al cine.

Don Máximo. ¡Bravo! ¡Al cine! ¡Maravilla moderna!… ¡Renovación del arte!…

Corita. Para que éste duerma tranquilo.

Don Máximo. ¡Bravísimo! ¡bravísimo!

Corita y Fofito éntranse por la puerta de la izquierda.

Marta Rosa. ¡Qué torbellino de muchacha! Es loca. Cuando vuelva de Alemania su novio va a encontrarse otra mujer de la que dejó.

Don Máximo. ¿No ha sido siempre igual?

Marta Rosa. No… Mucho seso no ha tenido nunca; pero desde que el novio se fué, con este vértigo de vivir la vida, como ella dice, va a acabar estragándose: vieja a los veinte años.

Don Máximo. ¡Se vive tan de prisa ahora!…

Marta Rosa. Demasiado de prisa. Voy yo a estudiar un poco.

Don Máximo. Aguarda.

Marta Rosa. ¿Qué?

Don Máximo. Que aguardes. Llega tu madre aquí, y quiero que hablemos los tres en amor y compaña.

Martita Rosa lo mira con recelo. Doña Digna, que aún está aplanada por la borrachera del día anterior, se presenta sumisa del todo y más suave que un guante.

Doña Digna. ¿No te has marchado todavía a casa del barón?

Don Máximo. No. Ya que ha vuelto de la calle Martita, me he detenido a haceros una pregunta.

Doña Digna. Tú dirás.

Don Máximo. *A Marta Rosa.* Heroína, princesa de la casa, no frunzas el lindo ceño, que te afea… ¿Qué piensas tú que he de preguntaros, tortolilla?

Marta Rosa. Si no frunzo el ceño por nada, padrito… Ha sido un movimiento natural… ¿Qué quieres?

Don Máximo. Así deseo verte, tiranuela. Sonríe tú también, Digna.

Doña Digna. Sí, querido.

Don Máximo. Así, así… ¿Qué he de hacerle? No sé vivir con los míos sino entre sonrisas. Quédese para la lucha de fuera el contemplar acritudes de gesto… La casa es la sonrisa, la luz del semblante, el beso en la frente… ¿Cómo son esos versos que tú dices tanto, artistilla?

Confórmate, mujer…

¿Cómo son?

Marta Rosa.

Confórmate, mujer: hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como paloma, para el nido…

Don Máximo.

¡Y yo, como el león, para el combate!

Doña Digna. ¡Bravo!

Don Máximo. *Temiendo que ya la tiene encima su dulce esposa.* ¿Eh? ¿Ya?

Doña Digna. ¿Cómo?

Don Máximo. No; nada… Creí… ¡Bravo y muy bravo, Digna! Los poetas son los seres elegidos por Dios para descubrir a los mortales las verdades eternas. A mi asunto, que me disgrego tocando la cuerda sensible.

Esa cuerda que es nuestra gran enemiga en la vida. A mi asunto. ¿No sospecháis qué pueda ocurrirle al barón?

Marta Rosa. ¿Al barón? ¿Por qué?

Don Máximo. ¡Lleva cinco días sin venir a casa!

Doña Digna. ¡Siempre tiene tanto que hacer!… No lo dejan libre sus Patronatos.

Don Máximo. ¿Supones tú, Digna?

Doña Digna. ¿Es acaso una novedad?

Marta Rosa. O estará enfermo…

Don Máximo. No, no está enfermo; lo han visto por la calle.

Marta Rosa. ¡Pues no habrá podido venir!

Don Máximo. He ahí el intríngulis: es que no nos conviene su desvío… Es que necesitamos atraerlo siempre, por todos los medios, apelando a todas las armas de captación… ¡Esto sí que no es novedad! ¡Para él nuestros mejores halagos, nuestras sonrisas!… ¡todas nuestras caricias morales!

Marta Rosa. ¿Más todavía, padrito?

Don Máximo. ¡Más!

Marta Rosa. ¡Si le bailamos el agua como a nadie! ¡Si aún le reímos como gracias todas las estupideces que dice!

Don Máximo. ¿Estupideces? ¿Dice estupideces el barón? ¡Yo no le he oído ninguna!

Doña Digna. Alguna se le escapa… Pero casi siempre añade él: «como dijo el otro».

Don Máximo. No, no: os engañáis. Un hombre que me ha dado a mí cuanto dinero le he pedido para esta preciosa revista, que es tu marco de oro, Marta Rosa, no dice estupideces.

Marta Rosa. ¡Estamos en familia, papá!

Don Máximo. ¡Ni en familia! Un hombre a quien, además, pienso sacarle varios millones de pesetas para una empresa cinematográfica que ahora me desvela, ni en familia quiero oír que dice estupideces. ¡Ni en

familia! No olvides que ha carenado nuestro barco, que hacía ya agua por todas partes. La gratitud debe llenar el aire que respire él en torno nuestro. ¿Entendido, compañeritas?

Marta Rosa. *Suspirando.* Entendido.

Doña Digna. ¿Vas ahora a verlo?

Don Máximo. Ahora mismo. A pedirle perdón de rodillas si su ausencia se debe a alguna falta nuestra; a suplicarle rendidamente que no nos abandone.

Marta Rosa. Pues dale mis recuerdos más expresivos.

Don Máximo. ¡Oh! Ellos quizá basten para que se apresure a venir. Le diré que tú deseas verlo.

Marta Rosa. Por tu cuenta, padrito.

Don Máximo. Monina, que no me place verte rebelde… Sonrisas, sonrisas… Al padrito siempre sonrisas… Las merece todas. *Besándola.* Adiós, corazón. *Besando a doña Digna* Adiós, compañera. ¡Compañera de remo en las galeras de tantos mares distintos!

Doña Digna.

¡Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés!…

Don Máximo. ¿Cómo?

Doña Digna. Una fuga poética: lo da la casa; el ambiente.

Don Máximo. Hasta luego. *Volviéndose desde la misma puerta.* ¡Ah! Otra cosa, monada. No quiero que se me vaya esto del magín. A ese pollastre que nos trajo Ismael días atrás, y que se ha aficionado a venir casi diariamente a charlar y a reír…

Marta Rosa. ¿Edmundo?

Don Máximo. Edmundo, sí. El presunto heredero de una tía que no se muere nunca. Conviene que no lo distingas…

Marta Rosa. ¿Eh?

Don Máximo. Conviene alejarlo de tu trato, Marta Rosa.

Marta Rosa. ¿Alejarlo?

Don Máximo. Alejarlo, sí. No nos conduce a nada agradable… *Silencio.* ¿Entendido? ¡Entendido! Es un calavera deshecho, no tiene dos pesetas, y sus intenciones al acercarse a ti me sonrojan, me indignan… Aléjalo, aléjalo… Las mujeres hacéis eso de perlas. Si te lleva el diablo… ¡que te lleve en coche! ¡Je, je, je! ¿Entendido?… *Silencio otra vez.* ¡Entendido! *Besándolas de nuevo en la frente.* Adiós, sultana. Adiós, remera de mi barco. Voy a ver a ese ilustre prócer. *Buscándose de pronto en uno de los bolsillos de pecho del chaleco.* ¿Llevo…? Sí; aquí está; mi medalla: mi escudo; mi Virgen. No me abandona nunca en los trances difíciles. *Au revoir. Se marcha sonriente por la puerta de la derecha, como si fuera a rezar una salve.*

Hija y madre se miran calladas, con angustia.

Doña Digna. Ya ves, hija mía.

Marta Rosa. Ya, ya veo. Esto no tiene solución. Temblando estoy de pena y de rabia.

Doña Digna. Y ¿qué vas a hacer?

Marta Rosa. ¡Todo lo contrario de lo que él quiere!

Doña Digna. ¡Hija!

Marta Rosa. ¡Si lo que busco es un hombre que me salve!

Doña Digna. Pero ya sabes de lo que tu padre es capaz.

Marta Rosa. ¡Por suerte no es mi padre! ¡Pero aunque lo fuera no me doblegaría!

Doña Digna. ¡Hija! ¿Qué intentas? ¿Qué te propones?

Marta Rosa. ¡Cualquier cosa antes que ceder! ¡No, no! ¡La historia de mi pobre hermana en París, no se repite aquí conmigo!

Doña Digna. ¡Ay, Dios de los cielos! ¡Qué vida! ¡Qué disgustos! ¡Qué tragos! ¡No bebo una copa de vino que no esté mezclada con hiel y vinagre!

Marta Rosa. ¿Adónde vas, mamá?

Doña Digna. ¡Qué sé yo! Digo, sí lo sé; a aturdirme… a olvidar…

Marta Rosa. ¡Por los clavos de Cristo! ¿No ves que te matas, mamaíta?

Doña Digna. Y ¿qué quiero ya más que morirme?… ¿Morir?… Dormir… ¿Dormir?… ¿Soñar acaso?… *Vase por la puerta de la izquierda decidida a olvidar y a aturdirse.*

Marta Rosa. *Afligida.* Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer este castigo? ¡Ayúdame a librarme de él!

Vuelve Corita.

Corita. ¿Ya estás diciendo versos? ¿De quién son?

Marta Rosa. Míos: estos son míos. Y los digo más de lo que quisiera.

Corita. No te entiendo.

Vuelve también Fofito, acompañado de Eugenia, la cual trae muchas y muy distintas cartas en la mano.

Fofito. Nada, no hay quien convenza a ésta. No viene con nosotros.

Eugenia. Necesito trabajar; ya os lo he dicho. Tengo pendiente de contestación mucho correo amoroso.

Marta Rosa. Sí, chicos, sí. ¡Hay que hacer algo más que cansarse sin hacer nada!

Corita. ¡Vaya! Está de mal temple. Aquí perdemos el tiempo, Fofito. Vámonos.

Fofito. Vámonos.

Corita. *A Eugenia.* Te quedas, por tonta, sin el aperitivo en la *Maison Bleue*. ¡La han puesto estupenda! Y el público que va es estupendo. Gente conocida.

Fofito. ¡Y mujeres *fatales* también! ¡Chupadoras de sangre! *Se toca el bolsillo.*

Eugenia. Yo prefiero el aperitivo sin gente ninguna.

Corita. ¡Uf! ¡Qué ranciedad! Anda, Fofito. Antes de ir al cine daremos por ahí un par de vueltas. A ver si engancharnos a alguna amiga.

Fofito. Sí: el caso es reventarme a mí.

CORITA. Anda.

FOFITO. Y mañana quieren llevarme unos a los toros de Salamanca y otros a los de Talavera. ¡Y yo no puedo ir más que a una corrida!

CORITA. Pues yo pienso estar en las dos. Sígueme, esclavo.

FOFITO. Ya te sigo, sirena. ¡Rezad por Fofito!

Se van por la puerta de la derecha.

EUGENIA. Y tú ¿qué tienes, Marta Rosa?

MARTA ROSA. Nada. *Vase por la de la izquierda.*

EUGENIA. ¡Nada! ¡Pobre chica! *Se sienta a la mesa escritorio y se dispone a trabajar.*

Pausa. Llega de la calle su sencillo cuanto envidiado esposo.

ANTONIO. ¡Hola! ¿Qué haces tú aquí?

EUGENIA. Sabes que es mi recurso, cuando Emilita viene con toda la cuerda. Llevo una hora allí queriendo contestar a estas cartas, y no me deja con su conversación. ¡Qué mujer! ¡Se emborracha hablando!

ANTONIO. ¿Muchas preguntas interesantes?

EUGENIA. Interesantes no te digo, pero muchas, sí. Vas a tener que echarme una manita.

ANTONIO. Pues no te canses, tonta. Déjamelas a mí, y luego, en diez minutos…

EUGENIA. ¿Todavía quieres hacer una cosa más? ¡Pobre Antonio mío!

ANTONIO. No me compadezcas, Eugenia.

EUGENIA. ¿No he de compadecerte, si cargas con todo?

ANTONIO. Pero te tengo a ti. Es mi premio. Mientras te tenga a ti, nadie debe compadecerme. Ni tú.

EUGENIA. *Sonriéndole.* Bien, hombre, bien.

ANTONIO. ¿Ves lo que me afano, lo que brego, lo poco que luzco? Pues no hay hombre más dichoso que yo.

EUGENIA. Con todo, yo te querría ver un poco más libre. Antonio. ¿Para tenerme más contigo?

EUGENIA. Para eso.

ANTONIO. ¿Me echas mucho de menos? ¿Cuándo te he hecho falta que no me hayas tenido?

EUGENIA. Nunca. No es eso, Antonio. Conmigo estás siempre, aunque estés muy lejos de mí.

ANTONIO. ¡Bendita seas! Ni tú misma sabes de esta ventura que me das.

Se miran fijamente, como expresándose la mutua confianza; el mutuo amor.

EUGENIA. Pero, Antonio, ¿se te saltan las lágrimas?

ANTONIO. Puede ser… Ando estos días algo tocado de neurastenia.

EUGENIA. ¿Ves? El mucho trabajo.

ANTONIO. No… Ahí llegan esos dos tarambanas amigos de don Ismael.

EUGENIA. Sí. Vienen casi todos los días…

ANTONIO. Casi todos los días…

EUGENIA. El Edmundo parece que simpatiza con Marta Rosa…

ANTONIO. ¿Y el otro?

EUGENIA. El otro, no sé… Es un atolondrado…

ANTONIO. Los dos me molestan.

EUGENIA. *Riendo.* No me lo jures. Con uno de ellos has soñado en voz alta esta noche.

ANTONIO. ¿De verdad?

EUGENIA. ¡Y debías de estar dándole una paliza!

ANTONIO. ¡Se la merecería!

EUGENIA. En sueños.

ANTONIO. En sueños, ¡claro es! Vamos a la tarea.

EUGENIA. Anda con Dios.

Se marcha Antonio por la puerta de la izquierda. Por la de la derecha salen Edmundo y Tello.

TELLO. Nos pareció que estaban ustedes de idilio y no hemos querido interrumpir…

EUGENIA. Pues de idilio estábamos.

TELLO. Acertamos entonces. Que sea enhorabuena.

EUGENIA. Gracias.

EDMUNDO. Buenas tardes a todo esto.

EUGENIA. Buenas tardes.

TELLO. Junto a usted no pueden ser malas. ¡Ay! ¡A ese hombre lo deberían enseñar por las ferias como un monstruo de felicidad!

EUGENIA. Mire usted: es una idea admirable, por si vinieran malos días.

EDMUNDO. ¿Va usted a trabajar?

EUGENIA. Sí: iba a ponerme a ello.

EDMUNDO. ¿Le estorbamos a usted?

EUGENIA. Al contrario. Es un trabajo que podemos hacer en colaboración, si ustedes quieren.

TELLO. ¡Magnífico! ¿«Buzón Amoroso»?

EUGENIA. Cabalito. ¿No es la primera vez, verdad?

TELLO. ¡Ni será la última!

EUGENIA. Muy agradecida yo por mí parte. Han gustado mucho algunas respuestas que escribí con la ayuda de ustedes la semana pasada.

EDMUNDO. ¿También burlona?

EUGENIA. No, señor, no es burla. Es la verdad.

TELLO. Pues, nada, le daremos al «Buzón» el segundo golpe.

EUGENIA. Voy por cuartillas, que no tengo aquí.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

EDMUNDO. ¡Chico, qué sonrisa!

TELLO. Ya lo ves.

EDMUNDO.

¡Y así su última mirada
fué para mí toda entera!

TELLO. Para mí.

EDMUNDO. Sí; no te la disputo.

TELLO. ¡Qué mujer! Deja una estela luminosa cuando se va.

EDMUNDO. Y la anuncia la misma estela cuando vuelve.

TELLO. Parece que tiene faros, como los automóviles.

EDMUNDO. ¿Llevas bien la aventura?

TELLO. ¡Como sobre ruedas!

EDMUNDO. ¿Y el marido?

TELLO. ¡El marido no existe!

EDMUNDO. Eso es lo mejor.

TELLO. No, no: lo mejor es que exista… ¡pero como si no existiera! Un estado perfecto. ¡Ella es de un simpático…! ¡Estas mujeres que tienen luz en la boca, me vuelven tarumba!

EDMUNDO. Tiene luz en todas partes por lo visto.

TELLO. ¡Y que lo digas! Te advierto qué nos entendemos de dos maneras: de palabra y por escrito.

EDMUNDO. ¿Por escrito también?

TELLO. Sin dar yo la cara. Pero ya me ha conocido ella; ya sabe que soy yo. Aquella carta colorada es mía. ¡Ventajas del «Buzón Amoroso»!

EDMUNDO. El pequeño «Galeoto», como si dijéramos.

TELLO. *Eccolo*!

EDMUNDO. ¡Bueno, hombre, bueno!

TELLO. ¡Se pasa bien el rato aquí!

EDMUNDO. ¡Oh! ¡Don Ismael se ha ganado ya otro banquete!

TELLO. ¡Día llegará en que yo le dé uno por la mañana y otro por la tarde!

EDMUNDO. ¡A ver quién se los da primero!

TELLO. ¡A ver!

EDMUNDO. No pienses que no; que la niña se me viene a la mano.

TELLO. Me lo figuro.

EDMUNDO. Más aprisa de lo que yo pensaba. Es romántica, ¿sabes?

TELLO. Sí, sí.

EDMUNDO. Y para una romántica, un romántico como yo. ¡Porque yo soy un completo romántico!

TELLO. ¿Tú, verdad?

EDMUNDO. Sin ironía. Un hombre que no tiene una peseta, ¿qué puede ser más que romántico?

TELLO. ¡Según eso, vamos a celebrar los dos el centenario del Romanticismo!

EDMUNDO. ¡Lo estamos celebrando ya! ¡Qué niña, Tello! ¡Qué lucerito verde! Y ¡qué ganitas tiene la pobre de volar por su cuenta!…

TELLO. No me lo jures.

EDMUNDO. Excuso decirte lo que a mí me halaga la idea de quitársela de una mano a otra al asno cargado de riquezas que anda tras ella. ¡Animal! ¿Piensa usted que en la vida todo es el dinero? ¡Pues yo le voy a demostrar a usted lo contrario!

TELLO. Muchas ilusiones veo que te haces.

EDMUNDO. Pero ¿no me has oído que la niña es romántica? ¡Como yo consiga enseñarle Toledo a la luz de la luna!…

TELLO. ¿No lo habrá visto ya?

EDMUNDO. Conmigo, no.

Vuelve Eugenia con Marta. Rosa. Ésta y los muchachos se saludan y Eugenia se sienta a la mesa dispuesta, a trabajar.

EUGENIA. Me traigo a Marta Rosa para que también nos ayude.

EDMUNDO. ¡Feliz idea!

TELLO. ¡No es usted nadie buscándose colaboradores!

MARTA ROSA. Lo que es yo, la chispa que dé… Pero me alegro de que hayáis venido. ¡Llevaba un día más gris!

EDMUNDO. ¿Por qué?

MARTA ROSA. ¡Vete a averiguar!… Muchas nubecillas en torno.

Edmundo. ¡Quién fuera Eolo para barrerlas inmediatamente!

Eugenia. Bien; eso está muy bien. Me alegro mucho de que venga usted en vena poética. A la labor.

Edmundo. ¡Cómo me gusta a mí colaborar con las señoras!

Tello. ¡Es que no pueden dar un paso sin nosotros! ¡Desde que el mundo es mundo!

Eugenia. Evidentemente. *Revisando una por una las cartas.* Vamos a ver qué quiere esta que firma *La Maja de Goya*.

Tello. ¿Cuál de las dos? Porque hay dos majas.

Eugenia. Ella lo sabrá.

Tello. Era por contestarle con la verdad desnuda, en todo caso.

Eugenia. Pregunta qué debe desearse preferentemente de un marido.

Marta Rosa. Que tenga vergüenza.

Edmundo. Que tenga dinero.

Marta Rosa. ¿Así piensas tú?

Edmundo. No, no; yo pienso de otro modo; pero respondo eso. He querido completar tu idea: que tenga vergüenza y dinero. Porque es muy difícil no tener dinero y tener vergüenza.

Tello. Eugenia, contéstele usted que con que sepa hacerse el distraído… no hay quien lo mejore.

Eugenia. Esa es una frescura impropia de las delicadezas de esta sección. Ni *Tornasol* la escribe, ni la censura de don Máximo la pasaría. ¡Bueno es don Máximo en tocando a la moralidad!

Edmundo. ¡Bueno!

Tello. ¡Bueno, bueno!

Eugenia. *Escribe.* Ya di con la respuesta. Me salva Campoamor, como tantas veces.

Marta Rosa. ¿Qué le pones?

Eugenia. Que se atenga a la célebre dolora campoamorina:

Se quieren dos, y él y ella,

de amor o de bondad el pecho lleno,
mientras él nos pregunta: «¿Es bella? ¿es bella?»
ella va preguntando: «¿Es bueno? ¿es bueno?»

Marta Rosa. Muy bien, *Tornasol*.

Tello. Muy bien; pero es una contestación del siglo pasado.

Edmundo. Justo, justo: del siglo pasado. Yo precisamente he hecho una parodia de esa dolora, modernizándola.

Marta Rosa. ¿Sí? ¿Cómo es?

Edmundo.

Se quieren dos, y el chico
sufre las mismas dudas que la chica:
mientras él nos pregunta: «¿Es rica? ¿es rica?»
ella va preguntando: «¿Es rico? ¿es rico?»

Marta Rosa. ¡Qué rico! ¿Eso es sincero, Edmundo?

Edmundo. Eso es lo que generalmente ocurre en nuestros días. Pero yo no soy de esa hermandad, ¡cuidado! *Bajo a ella*. ¿Cómo he de ser yo tan positivista, si por unos ojos como los tuyos soy capaz de renunciar a todos los bienes de la tierra?

Marta Rosa. *Mirándolo con simpatía, pero sin creerlo.* Sí, sí.

Eugenia. *Sotileza* quiere saber qué ocurriría si el alma fuera trasparente.

Marta Rosa. Dile de mi parte que si el alma fuera trasparente quizá no existiría el amor.

Edmundo. ¡Qué pesimismo!

Eugenia. Pues a mí me gusta: se lo voy a decir así.

Edmundo. Y ¿por qué no existiría el amor, Marta Rosa?

Marta Rosa. Porque me temo que el amor se funda siempre en algún engaño.

Tello. ¡A mí ya me pueden ustedes meter entre cristales en una redoma!

EUGENIA. ¿En clase de pez?

TELLO. ¡En clase de hombre que nada oculta!

EUGENIA. ¡Está usted fresco! ¡Ea! ¡*La Dama de las Camelias* no podía faltar! *Lee.* «Querida *Tornasol*: me han salido dos pretendientes que me gustan casi por igual, pero uno es tonto y otro listo. ¿A cuál le hago caso?». Ahora prescindo de colaboradores. *Escribe.* «Sin vacilar, al tonto. Cada oveja con su pareja».

MARTA ROSA. ¡Mujer!

EUGENIA. ¡Si es Emilita, la mecanógrafa, que no para de preguntarme bobadas!

MARTA ROSA. ¡*La Dama de las Camelias*! ¡Es verdad!

Risas.

EDMUNDO. ¡No cuenta ella con la contestación!

TELLO. ¡Pues nunca está de más aconsejarle un tonto!

Pasa Antonio Sánchez de izquierda a derecha, por cuya puerta se retira, como abstraído, leyendo unos papeles. Eugenia repara un punto en él.

EUGENIA. *Apartando una carta.* ¡Jesús que impertinencia!

MARTA ROSA. ¿Cuál?

EUGENIA. ¡La de una que me plantea un disparate! *Escribe.* «Eso, al cura. No es de esta sección».

TELLO. ¿Qué le ha preguntado?

EUGENIA. Lo que a usted no le importa. Cuando la envío al cura… Aquí hay un celoso que confiesa la convicción de que su mujer es una santa, pero él, sin embargo, no puede reprimir sus celos, y le amarga la vida.

EDMUNDO. ¡Pobre hombre!

MARTA ROSA. ¡Pobre mujer!

EUGENIA. ¿Qué se te ocurre que le diga?

MARTA ROSA. Dile aquella redondilla de Tirso… De Tirso o de Lope.

EUGENIA. A ver.

MARTA ROSA.

Mímala, sirve y regala;
con celos no le des pena;
porque la mujer no es buena
si ve que piensan que es mala.

EUGENIA. ¡Ajajá!

EDMUNDO. ¿Qué le parece a usted la recitadora?

EUGENIA. *Mientras escribe.* Oportunísima, como siempre.

EDMUNDO. Sólo que ella está libre de eso, porque ¿quién puede pensar que es mala una mujer con tales ojos?

MARTA ROSA. No te fíes demasiado. Hay resplandores muy mentirosos.

EUGENIA. ¡Oiga! Una duda interesantísima.

MARTA ROSA. ¿Cuál?

EUGENIA. Escuchen ustedes: *Pepita Ingenua* me la consulta. «¿Hay peligro en un beso?».

MARTA ROSA. Yo, por mí, no lo sé todavía.

TELLO. Yo, sí. ¡Ninguno!

EDMUNDO. ¡Ninguno!

MARTA ROSA. ¡Ninguno, dicen!…

EDMUNDO. No hables tú de lo que no entiendes.

EUGENIA. Ya está.

MARTA ROSA. ¿Qué le has contestado?

EUGENIA. Esto. *Lee.* «Un beso es una mariposa… o una cadena».

EDMUNDO. ¡Muy bien!

TELLO. ¡Muy bien, *Tornasol*! ¡Eso no se lo ha dicho a usted su marido!

EUGENIA. No, señor; esto lo sé yo por experiencia.

MARTA ROSA. ¡Qué preguntón eres!

EUGENIA. Más de lo que hace falta. *Después de repasar la carta colorada de Tello.* ¡Diablo! ¡*Arlequín*! ¡Otra vez *Arlequín*!

MARTA ROSA. ¿*Arlequín*?

Eugenia. Sí: *Arlequín*. No me deja en paz. Es la tercera vez que me escribe y se va tomando confianzas.

Tello. *Guiñándole a Edmundo.* Pues ¿qué dice *Arlequín*?

Eugenia. *Leyendo.* «Estoy enamoradísimo de una mujer casada. Padezco la obsesión de su hermosura. Ni de día ni de noche pienso más que en ella. Me consume la fiebre amorosa. ¿Qué hago?».

Marta Rosa. Dile que no hay nada como la ausencia.

Tello la mira.

Eugenia. No está mal, pero le voy a dar otros consejos.

Tello. *Escamado.* ¿Otros consejos?

Eugenia. Sí: más precisos. *Escribe con calor. Edmundo habla bajo con Marta Rosa.*

Edmundo. Esa carta es de Tello.

Marta Rosa. ¿De Tello?

Edmundo. Sí.

Marta Rosa. ¿Por ella?

Edmundo. Por ella.

Tello. ¿Ya?

Eugenia. Todavía faltan los cominitos. Atiendan ustedes a ver si convienen conmigo en todo.

Tello. A ver.

Eugenia. *Leyendo.* «Para esos estados de enamoramiento peligroso e ilícito, existe una especial terapéutica. A saber: largas caminatas; gimnasia sueca; duchas frías; no beber en las comidas más que agua y dormir con los balcones abiertos. ¡Ah! Y dedicarse a pensar en una solterita, que las hay como perlas.» *Nuevas risas.* ¿Le pongo algo más?

Tello. ¡A mí me parece que ya es bastante!

Marta Rosa. Sí, sí es bastante, sí. Tiene gracia.

Edmundo. Tiene mucha gracia.

Tello. ¡Mucha, mucha gracia!

Edmundo. Pero creo que a nosotros nos ha hecho más gracia que a ti.

Eugenia. ¡Y eso me ha hecho a mí más gracia que a nadie!

Edmundo. *A una seña de Tello.* Bueno, Marta Rosa, bien está ya de colaboración. ¿Vamos nosotros a elevar el ánimo diciendo versos allá en la salita de música?

Marta Rosa. Como tú quieras.

Eugenia. Sí, idos, idos. Ya tengo material suficiente para este artículo de hoy.

Marta Rosa. Pues vamos, Edmundo.

Edmundo. ¡Vamos!

Yo soy el trovador que vaga errante:
si son de vuestro parque estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante…

Se va dentro con Marta Rosa.

Eugenia. *La viuda de X* desea saber qué libro debe poner en manos de su hija, que tiene quince años. ¿Qué le respondo?

Tello. Que lo menos peligroso a esa edad es un buen libro de cocina.

Eugenia. Es posible. ¡Cómo lamento yo que mi marido no haya escrito una novela *blanca*!

Silencio.

Tello. ¡Qué cruel ha estado usted con *Arlequín*, amiga Eugenia!

Eugenia. ¿Con *Arlequín*?

Tello. Si.

Eugenia. Franca, como con todo el mundo.

Tello. ¿Habría estado lo mismo a saber quién es *Arlequín*?

Eugenia. He estado así porque sé quién es. Lo sé desde la primera carta: *Arlequín* es usted. Y usted también sabe a qué atenerse. Las dos primeras cartas han sido inofensivas; pero esta última exigía ya una respuesta un poquito… un poquito fuerte.

Pello. ¿Y si es verdad lo que en ella le digo?…

Eugenia. Pues a obedecerme al pie de la letra: duchas frías.

Tello. ¿Qué padezco la obsesión de su hermosura?

Eugenia. Grandes caminatas, para ahuyentar los malos pensamientos. A los dos kilómetros sin parar, está usted curado.

Tello. No se burle usted… Créame, Eugenia: desde que la conozco no hago sueño tranquilo.

Eugenia. Acuéstese con los balcones abiertos para respirar aire puro.

Tello. La veo a usted y me hierve la sangre.

Eugenia. Agua en las comidas y gimnasia sueca.

Tello. Es superior a mí…

Eugenia. Entréguese con furor al Derecho Romano y piense en una solterita.

Tello. ¡*Tornasol*!

Eugenia. *Remedándolo.* ¡*Arlequín*!… ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cara más graciosa!

Llega de la calle don Máximo, muy contento. Probablemente le habrá dado un buen sablazo al Barón, después de embaucarlo como pretendía.

Don Máximo. ¡Oh! ¡la risa de Eugenia! ¿Cómo no ha de reír hallándose tan bien acompañada?

Tello. ¡Don Máximo!

Don Máximo. ¡Mi querido! ¡Infeliz del que pudiendo reír no ríe! ¿Qué tal va?

Tello. Bien; para servir a usted.

Don Máximo. ¿Y el compañero? ¿Qué es de él? *Como temeroso.* ¿Quizás enfermo? ¿Qué le pasa?

Tello. No, señor; no está enfermo…

Don Máximo. ¡Ah! Me alarmé… Como vienen siempre reunidos… ¡Es un excelente sujeto! ¡Tiene todas mis simpatías!…

Tello. Pues allá dentro está con Martita Rosa…

Don Máximo. ¿Eh?

Tello. Con Martita Rosa… Se han ido a decir versos los dos… ¡Su chifladura!

Don Máximo. *Sin poder tragar el vinagre que acaban de darle, no obstante su flexibilidad.* ¡Todas mis simpatías! Corro a ofrecerle mis respetos… *A rivederci*. *Éntrase asustadísimo.*

Tello. A su mandar, don Máximo. Mucho me temo que va a interrumpir una velada interesante. ¿Lo teme usted también? *Eugenia calla y recoge todos sus papeles.* A mí este don Máximo se me antoja un gran enredador. Con mucha gracia de buen aire, pero enredador… ¿Entendido?… ¡Entendido! ¿Cómo?

Eugenia. No he abierto mi boca.

Tello. ¿Qué?

Eugenia. Que no he dicho esta boca es mía.

Tello. *Acercándosele, apasionadamente.* ¡Ojalá pudiera decirlo yo!

Eugenia. *Con gravedad.* Tello, si quiere usted seguir siendo mi amigo… *en este momento Antonio Sánchez. Eugenia, al verlo, corta la frase que iba a decir y da otro tono a sus palabras.* Bien: basta ya por hoy. No se ha perdido el día. *Se va por la puerta de la izquierda.*

Antonio Sánchez mira tenazmente a Tello, el cual se turba y pretende disimular.

Tello. ¿Qué hay de nuevo, señor?

Antonio. Justamente un vivo deseo de hablar con usted dos palabras.

Tello. ¿Conmigo?

Antonio. Con usted.

Tello. Pues estoy a sus órdenes, amigo mío.

Antonio. Ni yo soy amigo de usted, ni usted lo es mío tampoco, ni es de amigos esta conversación.

Tello. Perdone usted… No entiendo…

Antonio. A ver si entiende ahora. Usted está enamorando a mi mujer.

Tello. ¡Señor Sánchez! ¡Usted delira!

Antonio. No deliro. Sabe usted que digo verdad. Ahorremos palabras. Mi mujer es mi orgullo, mi felicidad y mi vida. Lo que esta vida y esta

felicidad me importan no he de ponderárselo a usted, porque es incapaz de entenderlo.

TELLO. ¡Señor mío!

ANTONIO. Incapaz de entenderlo. Permítame seguir. Yo sé que usted no es quién para robarme a mí este tesoro; pero ya he advertido en ella la turbación de tener que ocultarme el asedio de usted.

TELLO. Insisto, señor…

ANTONIO. Acabo pronto. Somos un matrimonio feliz, aunque arbitrario, en apariencia. Aquí donde usted me ve, tan insignificante, tan humilde, tan sin gracia ninguna, soy capaz de todo si se toca a defender lo mío. La mayor violencia me resulta un juego infantil. En el teatro quizá sería risible que un partiquino matase alguna vez al galán; pero en la vida es verosímil y enteramente serio. ¿Lo ha oído bien?

TELLO. Sí, señor. ¿Nada más?

ANTONIO. Nada más.

Vase tranquilamente en pos de su esposa, mientras Tello, con las orejas gachas, se marcha hacia la calle.

Un instante después llega Fuendetodos, que se ha cruzado con Tello en la puerta.

FUENDETODOS. Mohíno va ese hombre… Apostaría cualquier cosa a que ya ha intervenido Sánchez en el asunto. *Mirando hacia la izquierda, por cuya puerta vuelve Edmundo precisamente.* ¡Anda! ¡Pues el otro también trae la cara torcida!…

EDMUNDO. ¡Bedoya!

FUENDETODOS. ¡Edmundo! ¿Qué le sucede a usted? Ese ceño…

EDMUNDO. ¡Calle usted, hombre!… ¡Una grosería intolerable!

FUENDETODOS. ¿De quién?

EDMUNDO. ¡De don Máximo: pásmese usted!

FUENDETODOS. ¿Qué he de pasmarme yo por eso, criatura? Y extraño que usted me lo diga. Don Máximo es la persona más lisonjera de este

mundo, hasta que da con quien le estorba.

Edmundo. Y ¿yo le estorbo, acaso?

Fuendetodos. ¡Pero, hombre!…

Edmundo. *Comprendiendo.* ¡Ah, sí!…

Fuendetodos. Desde que yo entro en esta casa, pocas personas le han estorbado más que usted.

Edmundo. *Sonriendo halagado.* ¿Sí, eh?

Fuendetodos. Como que no me explico tanta tolerancia… Él va a lo suyo, y…

Edmundo. ¡Bandido!… Pues no sabe que en último caso…

Fuendetodos. No lo tome así, Edmundo. Saque usted buenamente el partido que pueda, pero nada de gestos gallardos, de que luego hay que arrepentirse. Y a propósito: un leve consejo.

Edmundo. ¿Para mí?

Fuendetodos. Para el otro pardillo. Dígale usted que ande con cuidado con *Tornasol*.

Edmundo. ¿Con *Tornasol*?

Fuendetodos. Con su marido. Es hombre que abre una cabeza en un santiamén. Domina la especialidad. Tan para poco y tan apagadito como parece…

Edmundo. Bien, bien.

Fuendetodos. Y no tiene gracia que ustedes que han venido aquí a divertirse nada más, se encuentren un disgusto.

Edmundo. No, no tiene gracia ninguna…

Fuendetodos. ¿Me manda usted algo?

Edmundo. Nada, amigo Bedoya. Agradecidísimo a sus advertencias.

Fuendetodos. Estamos preparando un extraordinario de la revista dedicado a don Máximo. ¡Voy a partir el bombo en su honor! ¡Qué éxito de revista, amigo mío! ¡No hay casa en que no entre! ¡A nada es tan sensible la humanidad como a la adulación! Don Máximo es un ser gigantesco.

Edmundo. ¡No diga usted eso, Bedoya!

Fuendetodos. ¡Un ser gigantesco! ¡Un hombre de este siglo y de esta hora! ¡Un estupendo jefe de *claque*! La *claque* nos rige y nos gobierna. El que hoy día no sepa organizarse su *claque*, que se vaya a Marte; porque lo que es aquí perece.

Edmundo. Pero, Bedoya, ¿quién lo conoce a usted?

Fuendetodos. Nadie. Ni yo mismo. Pero la suprema ironía de mi posición actual, sólo yo puedo paladearla. Y es un deleite. Triste, pero deleite, al cabo. El Bedoya a quien usted trató en África, que andaba a tiros por defender cualquier causa justa, no sale a la calle en Madrid. O si sale, sale con careta. Se ha puesto al tono de esta generación, para la cual no hay en la vida nada serio ni grave. ¡La cuestión es pasar el rato! Tal es su divisa. Y así van las cosas, amigo mío.

Edmundo. Y ¿no es eso venderle el alma al diablo?

Fuendetodos. Sí. A lo menos, prestársela. Pero yo lo hago a los cuarenta y cinco años, harto ya de pedradas y de amarguras, y con cuatro hijos por quienes velar. Y repito que le debo la postura a esta generación, que nace ya pregonando el alma por si hay quien la compre.

Edmundo. Yo soy de esta generación y no soy así, querido Bedoya.

Fuendetodos. Pues a ver si llega usted a mi edad sin rendirse. ¡Basta, basta de sinceridad y de nobleza! ¡Si la gente anda a gusto como se le doren las píldoras! ¡Si ya da igual una cosa que otra! ¡Vivan las perlas falsas! Esto no es al postre sino una complicación para el día del Juicio final; pero ¡qué largo me lo fiáis!

Edmundo. Me producen tristeza sus palabras, amigo *Fuendetodos*. ¡Qué cambio en usted!

Fuendetodos. Ninguno. Ya le he dicho a usted que es mi máscara. Me he decidido a formar en las filas de la *claque* reinante. Y en las páginas de *Florescencia* respiro como en un jardín encantado. ¡Qué delicia! Barajo a mi sabor los adjetivos laudatorios, como un pirotécnico los fuegos de artificio y las bengalas de colores. A un abogado que arruina a una familia en un pleito, le llamo jurisconsulto insigne; a un militar que compromete a una columna, como si las vidas de los soldados no valiesen la pena, intrépido caudillo: a un cirujano que asesina a un enfermo, habilísimo operador; a un

arquitecto que nos condena a ver perpetuamente un adefesio en un sitio público, artista innovador y portentoso; ponderando un cuadro de esos que lo mismo da colgarlos para abajo que para arriba, soy capaz de decirle a Velázquez que aprenda; el libro más sandio, lo califico de revelación espiritual; la comedia más chabacana y más grosera, monstruoso tejido de ordinarieces, la doy por parto felicísimo. ¡Bien! ¡Todo va muy bien! ¡Adelante con los faroles!

Edmundo. ¿Adelante? ¿Más todavía?

Fuendetodos. Ahora mismo le voy a llamar otra vez gran patriota y filántropo excepcional a este mendrugo de Barón de los Maizales, que da todo el dinero que tiene para esta revista y para cuanto a don Máximo se le antoje, con tal de llevarse a París a la inocente hijastra de don Máximo.

Edmundo. ¡Lo que es eso!…

Fuendetodos. ¡Delo usted por hecho, infeliz! Y le voy a llamar también caballero andante, paladín moderno de todo ideal, al hombre que me paga, al mismísimo don Máximo Ful, que no es más que un vampiro que pretende vender a esta niña como vendió a la otra. ¿Me oponen algo a esto los veinticinco años de usted?

Edmundo. ¡Quién lo duda!

Fuendetodos. ¡Pues allá usted con su corazón! Yo voy a mi laboratorio. ¡Mermeladas y perfumes baratos! No hay más. Si tiene usted alguna amiga actriz, con voz de gata y quiere que la compare a la Duse, será usted servido inmediatamente.

Edmundo. ¡Bah! ¡bah!

Fuendetodos. ¡Insisto en que todo es lo mismo! ¡Nadie advierte el engaño! ¡O si lo advierte, se encoge de hombros! ¡Qué más da! ¿Ve usted a doña Digna, que casi siempre está borracha? ¡Pues el suyo es el diapasón dominante! Por la mañana le dice a usted que Homero es un genio y por la noche que es una zapatilla. ¡Y como cuente con su *claque* para jalearla, todo el mundo se cree las dos cosas! ¡Abur, amigo! La cuestión es pasar el rato. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Edmundo. ¡Cómo está este hombre! ¡Y es el mismo que era!… Sólo que ha adoptado un disfraz para poder vivir. ¡Ah!… Se ha quedado mirando a

Marta Rosa, que viene hacia acá y que no lo ha visto… ¿Habla sola? ¿Se hallará en uno de esos instantes en que yo deseo sorprenderla?… *Se aparta tratando de ocultarse discretamente.*

Sale Marta Rosa como sonámbula. Sus ojos han llorado. Siéntase fatigada y triste. Una poesía sube a sus labios. Principia como a musitarla; y luego, poco a poco, la pasión de su arte y el sentimiento que la posee la llevan a decirla con las entonaciones adecuadas, con todos sus matices. Edmundo la escucha sugestionado, inmóvil.

Marta Rosa.

¿Dónde estás, caballero mío,
caballero de mi ilusión?…
¿Eres llama de un desvarío
o eres sangre de un corazón?
¿Dónde estás, caballero mío?

Te dió figura mi deseo,
y aunque sin verte, ya te vi.
El alma vuela, y su aleteo
no sabe adónde y va hacia ti.

No tienes nombre y yo te llamo;
no tienes ser… y tú has de ser.
¡Por ti palpito y lloro y amo!…
¡Pero soñar no es poseer!

Vuelen suspiros y lamentos,
que aun ignorando adónde van,
sobre las auras y los vientos
¡hasta encontrarte volarán!

Ellos te digan la tortura
que silenciosa labra en mí;

ellos te canten a ternura
que guardo sólo para ti.

Mi amor es rosa combatida
que no se quiere deshojar,
y aguarda un beso de tu vida
en la pureza de su altar.

¡Triste será si se deshoja!
¡Triste si a muchos da su olor!
¡Triste si a ti llega una hoja
de la que pudo ser tu flor!…

¡Dime que vives y quién eres;
dime en qué aurora has de llegar;
que si me esperas y me quieres,
yo, que te quiero, sé esperar!

¿Dónde estás, caballero mío,
caballero de mi ilusión?…
¿Eres llama de un desvarío
o eres sangre de un corazón?
¿Dónde estás, caballero mío?

Edmundo. ¡Marta Rosa!

Marta Rosa. *Desconcertada.* ¿Eh? ¿Quién?

Edmundo. ¡Yo!

Marta Rosa. ¡Edmundo! ¿Estabas ahí? ¿Me has oído?

Edmundo. ¡Sí! ¿De quién son esos versos?

Marta Rosa. De un poeta anónimo. ¿Te gustan?

Edmundo. ¡Me gustas tú; me gusta la emoción y el anhelo con que lo has dicho!

Doña Digna, borracha, grita dentro.

Doña Digna. ¡Niña! ¡Pero, niña!

Marta Rosa. ¡Dios mío! ¡Mi madre!

Sale la buena señora hecha una uva.

Doña Digna. ¡Pero, niña! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué acto de desobediencia es este, Marta Rosa? ¿Qué rebeldía? ¿Eh? ¿Eh?

Marta Rosa. ¡Mamá!

Edmundo. Señora…

Doña Digna. ¡Usted se calla, comicastro! ¡Usted se calla! ¡Los forzados se callan! ¡Y tú también! ¡Y todos! ¡La voluntad del cómitre es omnipotente! ¡Es Júpiter tonante en la casa! ¡Júpiter! ¡Oh! ¡los dioses! ¡los dioses! ¿Qué sería de la Humanidad sin ellos? ¡Hay que sucumbir, hay que doblegarse a sus designios! ¡No apaguemos las luces del templo! ¿Quién pretende derribar sus columnas? ¿En dónde está el nuevo Sansón? ¡Aquí está Dalila!

En esto se descubrieron
de la Religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de sus fuerzas.

Se va por la puerta de la derecha dando tumbos.

Marta Rosa, angustiada, vuelve los bellos ojos hacia Edmundo, y le dice con supremo anhelo:

Marta Rosa. ¡Ampárame tú! ¡Sálvame tú!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Rincón familiar en la casa de huéspedes de doña Pascualita, en Madrid, limitado en el primer término de la derecha del actor por un gran cierro de cristales. Al foro, la puerta de la habitación en que se hospeda Edmundo, y a la izquierda, la de otra, que en la actualidad ocupa Tello. Pasillo que corre hacia la derecha, entre el foro y el cierro de cristales. Mueblaje decoroso, colocado con orden y cierta gracia peculiar de doña Pascualita.

Han pasado unos meses y estamos en otoño.

Aleja, nueva criada al servicio de dona Pascualita, pone en una mesita el desayuno de don Ismael: chocolate con bizcochos y agua con azucarillo.

Doña Pascualita, vieja muy aseada, y compuesta, con ciertas pretensiones primaverales en el rayo verde de su otoño, sale por la derecha.

DOÑA PASCUALITA. ¿Está ya todo listo?

ALEJA. Sí, señora. Creo que nada falta, no siendo la fruta.

DOÑA PASCUALITA. Bien, pero la fruta has de traerla luego. No se te ocurra nunca servírsela al señor a la vez que el chocolate, porque te costará un regaño.

ALEJA. Descuide la señora. A mí no se me olvidan sus *istruciones*. ¡Tengo una memoria!…

DOÑA PASCUALITA. Pues eso es bueno para que lo pruebes; no para que lo digas. Por mi parte, estoy contenta de tu servicio; pero si a este señor no le petas, no tendré más remedio que despedirte.

ALEJA. Pero ¿es aquí el amo?

DOÑA PASCUALITA. El ama soy yo. Él es otra cosa: es más que el amo. Es el dictador. Ya te irás convenciendo. Aquí no entra nadie sin su venia. Hay que guardarle todas las consideraciones.

ALEJA. Sí, señora.

DOÑA PASCUALITA. Avísale.

ALEJA. Ahora mismo.

DOÑA PASCUALITA. El aviso es tocar con los nudillos en la puerta.

ALEJA. Sí, señora: dos veces. Me lo dijo la señora anoche, cuando el señor llegó de su viaje. ¡Si yo tengo muy buena memoria! *Se va por el pasillo.*

DOÑA PASCUALITA. A ver qué tal le caen las novedades a su señoría. *Se acerca a la puerta de la izquierda y presta oído.* Este parece que está estudiando. Menos mal.

Viene don Ismael en piyama. Aleja lo sigue a respetuosa distancia, con la emoción del estudiante ante el profesor que va a examinarlo.

DON ISMAEL. ¡Doña Pascualita!

DOÑA PASCUALITA. ¡Don Ismael! ¿Qué tal se ha descansado?

DON ISMAEL. A maravilla. Como siempre en mi cama. ¡Esto de que no se pueda viajar con la cama propia!…

DOÑA PASCUALITA. *Entre desdeñosa y admirativa.* ¡Jesús! Se le nota a usted ahora, de día, el colorcito de la playa.

DON ISMAEL. Y ¿qué? ¿Me embellece?

DOÑA PASCUALITA. *Completamente en serio.* Para mí es usted siempre el mismo: nada lo varía. *Y ahoga un suspiro.*

DON ISMAEL. Entonces ya puedo desayunar sin cuidado. *Se sienta a ello.* ¿Esta es la chica nueva?

DOÑA PASCUALITA. Ésta.

ALEJA. Servidora.

DON ISMAEL. Está bien, está bien de pinta. ¿Cómo te llamas?

ALEJA. Aleja Astudillo, servidora.

Don Ismael. Está bien. Date un paseíto.

Aleja. ¿Cómo?

Doña Pascualita. Que te des un paseíto, para verte el aire.

Aleja. ¡Ah! *Obedece.*

Don Ismael. Está bien, está bien. ¿De dónde eres tú?

Aleja. De Galapaguillo, para servirle.

Don Ismael. ¿De Galapaguillo?

Doña Pascualita. Sí; pero trae muy buenos informes. Lo pregunta el señor, porque de allí tuvimos una el año pasado, que se llevó una cucharilla de plata.

Aleja. Sí, señora, sí: la Felipa. La conozco. De todas las casas se va por lo mismo: siempre se lleva una cucharilla.

Don Ismael. ¡Caray! ¿Nunca un tenedor?

Aleja. Tiene un novio que va a poner un *tupi*.

Don Ismael. ¡Ya! Eso lo explica todo.

Aleja. Y es de *buenisma* familia, no crea el señor. Pero en el mejor paño cae una mancha.

Don Ismael. Y en esta servilleta también.

Doña Pascualita. *Tomándolo a ofensa.* ¡Imposible!

Don Ismael. Imposible; es verdad. Está como la nieve. Era por oírla a usted, doña Pascualita.

Doña Pascualita. ¡Por oírme!… Bien, don Ismael, ¿qué almorzará usted hoy?

Don Ismael. ¿No sabe usted que me molesta que cuando estoy desayunando se me hable del almuerzo?

Doña Pascualita. ¡Es que como anoche no quiso usted decírmelo y hoy amanecemos a estas horas!… No salgamos luego con que si el pescado, con que si la carne…

Don Ismael. Ese problema ya lo he resuelto, doña Pascualita.

Doña Pascualita. ¡Alabado sea Dios!

Don Ismael. He dado con un médico que me prohíbe la carne y con otro que me la recomienda. El día que quiero carne, le llamo mamarracho al primero, y el día que no la quiero, al segundo.

Doña Pascualita. Sí: el resultado es hacer siempre su santísima voluntad.

Don Ismael. Exactamente. Nací con ese sino. Hoy quiero pescado. Pescadilla. ¡Pero nada de freírmela mordiéndose la cola! La Raimunda se distrae siempre que puede, y a mí me carga la posturita. Y ¿no le ha prevenido usted a ésta que también me carga la expectación mientras desayuno?

Doña Pascualita. No. Se me ha olvidado. *A Aleja.* ¿Tú traduces lo que es expectación?

Aleja. ¿Es que me vaya ahora?

Doña Pascualita. Eso mismo.

Aleja. Ya no se me olvida. *Se queda quieta.*

Doña Pascualita. ¡Pues vete!

Aleja. ¡Ah! ¡Es verdad! ¿Cuándo traigo la fruta?

Doña Pascualita. Cuando el señor la pida.

Se marcha Aleja, un poco contenta de su examen. Don Ismael la mira alejarse.

Don Ismael. Está bien, está bien la chica… Es simpática.

Doña Pascualita. ¡Vaya! ¡Acertamos una vez!

Don Ismael. ¿Qué más novedades hay en la casa? ¡El verano siempre da algo de sí!

Doña Pascualita. No hay más que otra: un huésped.

Don Ismael. *Poniéndose en guardia.* ¿Un huésped? A ver, a ver… ¿Quién es ese huésped?

Doña Pascualita. No te alarmes, hombre. Te lo habría consultado; pero ¡como tienes la manía de no abrir las cartas durante el veraneo!…

Don Ismael. ¡Ah, no! ¡Ni una sola! O son o no son vacaciones. ¡En la dulzura de la playa alterarse por lo que quiera cualquier prójimo!… ¡Ca!

Doña Pascualita. Por eso no te he escrito.

Don Ismael. Has hecho bien. Dime ahora quién es ese huésped.

Doña Pascualita. Un chico bastante agradable.

Don Ismael. Ya lo veré yo. ¿Quién es él?

Doña Pascualita. ¡Si lo conoces mucho! Es íntimo amigo de ese otro: de Edmundo.

Don Ismael. ¿Tellito quizá? ¿Tello Labrador?

Doña Pascualita. Tello Labrador. ¿Te desagrada?

Don Ismael. No; pero no entiendo… ¿Por qué ha variado de casa de huéspedes?

Doña Pascualita. ¿No sabes ni una palabra de lo que le ha ocurrido?

Don Ismael. Ni una palabra. ¡En verano!…

Doña Pascualita. ¡Ni en verano ni en invierno te enteras tú de lo que no quieres!

Don Ismael. Recriminaciones, no, Pascualita; que estoy desayunándome.

Doña Pascualita. Pues ese chico tuvo el mes pasado un lance serio, que le pudo costar muy caro: un desafío.

Don Ismael. No me digas más: ya sé con quién.

Doña Pascualita. Con el marido de Eugenia Morales.

Don Ismael. Sí: de *Tornasol*, la de *Florescencia*. ¡Ja, ja, ja! ¡Habrá majadero! Y yo se lo advertí… Cuenta, cuéntame…

Doña Pascualita. Parece que el marido le previno un día que había notado el juego y que no se lo toleraba…

Don Ismael. Ya, ya. Es su cuerda.

Doña Pascualita. A esa criatura se le picó el amor propio —¡un disparate!—, insistió en el asunto, y el otro le dió de bofetadas.

Don Ismael. ¡Divertidísimo!

Doña Pascualita. En seguida se planteó el duelo: Edmundo fué uno de los padrinos de éste. Y creo que en el primer asalto, el marido de *Tornasol*

le abrió la cabeza.

Don Ismael. Sí: es un práctico en eso. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene mucha gracia!

Doña Pascualita. Estuvo gravísimo.

Don Ismael. ¿Hola, hola?

Doña Pascualita. Y, curado ya, en la casa de huéspedes parece que le daban bromas de mal gusto sobre el duelo y Edmundo, temeroso de nuevos disgustos, se lo trajo aquí.

Don Ismael. Pídeme la fruta.

Doña Pascualita. ¡Y decías tú que lo iban a pasar tan bien en aquella casa!

Don Ismael. ¡Pero yo no contaba con que se enamorasen los dos como dos imbéciles! ¡El que se enamora lo pasa siempre mal!

Doña Pascualita padece sacudidas nerviosas, que se manifiestan, generalmente, ante los rasgos de mayor egoísmo de don Ismael.

Doña Pascualita. ¡Eeeeh! *Sentimentalmente venenosa.* ¡Tú no te habrás enamorado nunca!

Don Ismael. ¡Nunca! ¡Dios me libre!

Doña Pascualita. ¡Infame!

Don Ismael. ¡Schsss!… Pídeme la fruta… y nada de cuentas retrospectivas.

Doña Pascualita. *Muy alterada, toca una campanilla que hay sobre la mesa.* ¡Esta ridiculez de la campanilla!

Don Ismael. ¡Qué le vamos a hacer! Los timbres me crispan los nervios.

Doña Pascualita. ¡Y la campanilla a los demás!

Don Ismael. Allá los demás.

Doña Pascualita. ¡Egoísta! ¡Así me dejaste soltera!

Don Ismael. Retrospecciones, no. ¿No te lo he dicho? Te quedaste soltera porque te dió la gana. Yo bien te anuncié que no me casaba contigo ni con nadie. Y si todavía te quejas de mí, después de haberte puesto esta

pensión, para que vivas decorosamente, eres tan ingrata como todas las hijas de Eva.

Doña Pascualita. ¡Eeeeh!

Llega Aleja con un frutero.

Aleja. La fruta, señor.

Doña Pascualita. ¿Quiere usted alguna otra cosa, don Ismael?

Don Ismael. Nada más, doña Pascualita.

Doña Pascualita. Ya sabe usted que lo que pida usted…

Don Ismael. ¡Y ya sabe usted que pido más que una estudiantina!

Doña Pascualita. ¡Pero con todos los derechos!

Aleja se va. A doña Pascualita le nace en el pecho otro suspiro, que no puede ahogar y que rompe con todo estrépito. ¡Ay!…

Don Ismael, mientras monda una fruta, canturrea, por toda contestación, un couplet *de moda.*

Doña Pascualita. ¡En la mesa no se canta!

Don Ismael. En el desayuno puede pasar.

Edmundo sale de su cuarto.

Edmundo. Don Ismael, buenos días.

Don Ismael. ¡Hola, guapo mozo!

Edmundo. ¿Haciendo ya por la vida, eh? ¡Buenos colores! ¡Bien se le nota a usted que ha veraneado!

Don Ismael. Y a ti que no has salido de Madrid. Tienes color de acelga. ¿A quién se le ocurre no veranear?

Edmundo. A mí, que no tengo dinero.

Don Ismael. Y ¿a quién se le ocurre no tener dinero?

Edmundo. Anoche, cuando me recogí, ya un poco tarde, pensé entrar en su cuarto a darle a usted la bienvenida; pero encontré a la puerta un letrerito que decía: «No estoy», y, naturalmente, me abstuve.

Don Ismael. Sí: aunque en la casa ya se saben mis mañas, no me pareció ocioso ponerlo, y ya he visto que no lo fué.

Doña Pascualita. ¡Eeeeh!

Don Ismael. No hay cosa que me encocore más que llegar de fuera, y que, sin que yo pregunte, todo el mundo me quiera contar en cinco minutos cuanto le ha ocurrido en tres meses. ¡Si me he ido fuera por no enterarme!…

Doña Pascualita. ¡Eeeeh!

Edmundo. Malos andan los nervios, doña Pascualita.

Doña Pascualita. ¡Muy malos! ¡Y nada me los dispara como el egoísmo varonil! *Se marcha suspirando.* ¡Ay!

Edmundo. ¡Qué suspiro, don Ismael!

Don Ismael. ¡Enorme! ¡Tiene cuarenta años!

Edmundo. ¿Doña Pascualita?

Don Ismael. ¡El suspiro! ¡Cree que yo la he dejado soltera! Toda mujer que se queda soltera la pega con alguno. Los hombres, no. Yo, por lo menos, no soy así. Me he quedado soltero… y no le guardo rencor a nadie.

Edmundo. ¿Se ha enterado usted de lo de Tellito?

Don Ismael. Sí, hombre, sí. ¡Qué botaratada! Pero, cuando en vez de cerebro se tiene un hueso de aceituna… ¡No habrá sido por falta de consejos prudentes! ¿Y tú?

Edmundo. ¿Yo? Yo estoy en un estado de ánimo nada recomendable, y más nervioso que doña Pascualita.

Don Ismael. ¿Sí, eh? Pues respeta ahora mi desayuno.

Edmundo. Ni una palabra más. La tertulia de *Florescencia*, que tomamos a burla y pasatiempo, trae cola.

Don Ismael. ¡Olvidasteis mi sabio ejemplo!…

Edmundo. No siempre es posible… Ahora iba a leerle a Tello una carta de *Fuendetodos* que he recibido hoy a primera hora… ¿Quiere usted oírla?

Don Ismael. ¿Quieres tú que la oiga?

Edmundo. Sí, señor: me complacería. Para que vea usted…

Don Ismael. Vaya, pues léemela. Al fin y al cabo, *Fuendetodos* es ingenioso siempre.

Edmundo. Oiga usted. *Leyendo la carta.* «Amigo mío: Gran violencia me cuesta dirigirle a usted estos renglones.»

Don Ismael. ¡Malo! Es un sablazo. Las armas y las letras juntas.

Edmundo. No…

Don Ismael. ¿Que no? El principio no marra.

Edmundo. «Pero tengo gran confianza en la bondad de usted, que además me conoce de los tiempos en que aún no me había vestido de máscara.»

Don Ismael. ¡Todo el año es carnaval!

Edmundo. «Si no puede usted ayudarme en lo que le voy a pedir, confío en que siquiera me comprenderá y me disculpará».

Don Ismael. ¿Conque no es un sablazo?

Edmundo. «Los hombres hacemos juegos malabares con las ideas; podemos barajarlas y deformarlas a nuestro antojo. Pero los sentimientos íntimos no se pueden tomar a juego. Yo le ruego a usted, pues, que crea en la verdad, en la dolorosa verdad de mis palabras.»

Don Ismael. ¿Cuánto te pide?

Edmundo. Déjeme terminar…

Don Ismael. ¡Por ser tú quien eres! ¡Esto no se hace con tu profesor!

Edmundo. «Mi hijo mayor está más cerca de la muerte que de la vida, y se me dice que una arriesgada y costosa operación quirúrgica lo salvaría tal vez. No tengo medios económicos: no tengo más que la conciencia clara de poder restituir lo que se me anticipe. Usted no carece de relaciones entre gentes adineradas. ¿Quiere usted ayudarme? ¿Puede usted ayudarme? Mis ojos están llenos de lágrimas en este momento, y casi no veo lo que escribo. Pero me anima una risueña esperanza. ¿Salvaré al hijo de mi corazón?… ¡Mi hijo! ¡Mis hijos! La única razón ya de mi existencia. Un abrazo de su antiguo amigo, Aquilino Bedoya».

Don Ismael. ¡Bueno; te repito que esto no se hace con el maestro! ¡Para postre del desayuno, esa carta… cómico-lírica! ¡Vamos, hombre!

Edmundo. ¿Qué le parece a usted?

Don Ismael. ¡Muy mal!

Edmundo. Pues yo querría atenderlo.

Don Ismael. ¡Cómo se conoce que te han faltado mis lecciones tres meses!

Edmundo. Don Ismael, para estas ocasiones son los amigos…

Don Ismael. ¡Qué vulgaridad más desacreditada y más vana!

Edmundo. ¿Usted no podría…?

Don Ismael. ¿Eh? ¿Qué has dicho?

Edmundo. A usted le sobra lo que a él le falta…

Don Ismael. ¡Por eso veraneo!

Edmundo. En serio, don Ismael.

Don Ismael. ¿En serio? En trágico, si lo prefieres. Yo no le doy dinero sino a quien antes me lo dió a mí a guardar. *Fuendetodos* no me ha dado a guardar nunca una peseta. ¿Cómo voy a dársela ahora?

Edmundo. Pero ¿y la satisfacción de salvarle a un hijo?

Don Ismael. ¡Si no es mío!

Edmundo. ¡Don Ismael!

Don Ismael. ¿Y si en la operación se le muere? ¿No cuentas con esto? ¡Qué responsabilidad más terrible! Pero, en fin, en la absurda hipótesis —absurda e hipótesis, fíjate bien— de que yo le diese lo que necesita, como no podría restituírmelo jamás, a la semana me vería en la calle y volvería la cara; a los dos meses hablaría mal de mí, y antes del año sería mi mayor enemigo. ¡Ca, hombre, ca! ¡Estimo yo en mucho la amistad de ese hombre para perderla por un sablazo!

Edmundo. ¡Es usted de corcho, don Ismael!

Don Ismael. Por eso sobrenado siempre. Quédate con Dios. Me voy a encerrar en la sala a leer el periódico. Y colgaré en la puerta otro letrerito preventivo. ¡Por si acaso! *Vase canturreando el* couplet *de antes.*

Edmundo. Para estos hombres sin corazón es la vida… ¡Pero alguna vez hay que tenerlo!… ¡Y yo le he llamado maestro!… ¡Mentira! ¡mentira! ¡Ni en broma!

Aleja sale a recoger los restos del desayuno, a tiempo de oír estas palabras.

ALEJA. ¿Molestaré al señor?

EDMUNDO. ¿Eh?

ALEJA. ¿Me permite que me lleve estas cosas?

EDMUNDO. Sí, hija, sí.

ALEJA. Sentiría incomodar. A mí nada que se me dice se me olvida; y la señora me tiene dicho que cuando el señorito esté echando versos, no lo interrumpa.

EDMUNDO. ¿Ah, sí? Ahora era prosa lo que *echaba*.

ALEJA. Eso yo no lo entiendo. *Se aplica a su tarea y se retira a poco.*

Vuelve en esto doña Pascualita, inquieta, alterada.

DOÑA PASCUALITA. Oiga usted, Edmundo.

EDMUNDO. ¿Qué hay, doña Pascualita?

DOÑA PASCUALITA. Una señora pregunta por usted. Edmundo. ¿Una señora? ¿No ha dado su nombre?

DOÑA PASCUALITA. No ha querido dármelo.

EDMUNDO. ¿Ah, no? ¿Qué señas tiene?

DOÑA PASCUALITA. Buena presencia, vestido elegante, ojos negros… algo mahometanos. Belleza un tanto mediterránea, a lo que alcanzo yo.

EDMUNDO. Bien, bien… pues que pase a la sala.

DOÑA PASCUALITA. ¡A la sala!… ¡Si hubiera sido diez minutos antes!… Pero ¡lo que es ahora!…

EDMUNDO. ¿Pues?

DOÑA PASCUALITA. Se ha metido en ella ese egoistón empedernido, y ha clavado a la puerta con una chinche un letrerito, tan gracioso como todos los suyos.

EDMUNDO. ¡Ah, sí! Me lo advirtió. ¿Qué ha puesto en el letrero?

DOÑA PASCUALITA. «No se abre como no llame Alfonso XIII».

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA PASCUALITA. ¡Qué chabacano es!

Edmundo. Y ¡qué tipo! Parece el padre de los hijos de hoy.

Doña Pascualita. Sí; buen tipo, para tomarlo a risa, como usted; pero ¡para tomarlo en serio, como en tiempos lo tomé yo, por mi desgracia!… ¡Eeeeh!

Edmundo. Bueno, doña Pascualita, pues como esa señora no es Alfonso XIII, hágala usted pasar aquí.

Doña Pascualita. ¡Claro! ¡Qué remedio! *Vase presurosa.*

Edmundo. ¿Quién será? *Espera, con cierto interés.*

Llega nuevamente doña Pascualita, acompañando a Eugenia.

Doña Pascualita. Pase usted, señora.

Edmundo. *Sorprendido. ¡Tornasol!*

Eugenia. ¡Edmundo! Quien menos aguardaba usted, ciertamente.

Edmundo. Ciertamente. Siéntese usted, amiga mía.

Doña Pascualita. *Marchándose, con el germen de un folletín en la cabeza.* (¡*Tornasol* en mi casa, de incógnito!).

Eugenia. De nada me ha servido ocultar mi nombre.

Edmundo. ¿Quería usted ocultarlo?

Eugenia. Sí: la verdad.

Edmundo. Pues no tema usted. La dueña de la pensión es muy discreta. Bastará que yo le diga dos palabras…

Eugenia. Confío en ello. ¿Extrañará usted esta visita?

Edmundo. Imagine usted: ¡al cabo de estos meses sin vernos… y después de todo lo sucedido!

Eugenia. Sin embargo, cuando le diga lo que me trae…

Edmundo. Pues sáqueme usted de la incertidumbre. Excuso decirle que estoy deseando, como siempre, servir a usted.

Eugenia. Lo supongo. Yo creo que lo conozco a usted, y tengo cierta confianza. Por eso he venido. Mi misión, de todas suertes, es delicadísima.

Edmundo. ¿Tello?…

Eugenia. ¡Por Dios! No hay que nombrar a esa persona.

Edmundo. Perdóneme usted.

Eugenia. ¡Bien enredó las cosas el diablo!… Olvidemos eso.

Edmundo. Entonces…

Eugenia. *Sonriéndole.* Entonces…

Edmundo. ¿Marta Rosa?

Eugenia. ¡Con qué anhelo me lo pregunta usted!

Edmundo. Sinceramente. ¿Es ella quien la trae?

Eugenia. Ella: su interés, su vida… la amistad que le tengo.

Edmundo. ¿Volvió ya de Biarritz?

Eugenia. Anoche.

Edmundo. ¿Anoche?

Eugenia. Y quiere ver a usted.

Edmundo. ¿Que quiere verme? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Eugenia. ¿Usted también desea verla, no es verdad?

Edmundo. Sí, señora, sí. ¡Ya lo creo! ¡El diablo ha enredado las cosas! Otro diablo que aquél. Dígale usted que quiero verla, donde sea y cuanto antes.

Eugenia. Donde sea… y cuanto antes. No necesito averiguar más. ¿Se han escrito ustedes este verano?

Edmundo. Sí, señora; sólo que ella no ha recibido mis cartas.

Eugenia. Eso me ha dicho.

Edmundo. Pero en las suyas se ha mostrado siempre segura de mí, y ha supuesto que las mías las destruía don Máximo.

Eugenia. Y así ha sido. ¡Pobre amiguita nuestra!

Edmundo. ¿Qué le pasa? Dígame usted, Eugenia.

Eugenia. Mejor será que ella misma se lo diga todo. Yo he de verla antes de una hora. Usted sabrá de ella… o de mí.

Va a despedirse de él; pero en este momento se abre la puerta del cuarto de Tello y aparece éste.

Tello. Esa voz…

EUGENIA. *Desconcertada.* ¿Eh?

TELLO. ¡Eugenia!

EUGENIA. ¡Tello! ¿Usted?… *A Edmundo.* ¿Qué es esto?

EDMUNDO. Discúlpeme si no le advertí… No podía imaginarme… Tello vive conmigo hace ya unos días…

EUGENIA. Pues comprenda usted que de haberlo sabido yo, no habría puesto los pies en su casa.

EDMUNDO. Evidentemente.

EUGENIA. Adiós, Edmundo.

EDMUNDO. ¡Cuánto deploro, amiga mía…!

TELLO. Yo, no; yo lo celebro. Yo celebro este azar. Porque algo tenemos que hablar nosotros, Eugenia.

EUGENIA. Usted y yo, nada.

TELLO. Le suplico a usted que me oiga.

EUGENIA. ¿Para qué?

TELLO. Para tranquilidad de mi conciencia.

EDMUNDO. Óigalo usted, Eugenia; ¿por qué no?

EUGENIA. Porque no debo.

TELLO. ¿Es que, por su parte, no tiene usted nada que decirme a mí?

EUGENIA. Prefiero no decírselo.

TELLO. Yo prefiero escucharlo.

EUGENIA. Había de ser tan amargo y tan duro…

TELLO. Como sea; como lo merezca: prefiero escucharlo. Usted se descargará y yo también.

EUGENIA. Yo no tengo de qué descargarme. Pero sea, ya que han rodado así las cosas. Ningún mal hay en ello, después de todo.

TELLO. Gracias.

EDMUNDO. Yo dejo a ustedes. Esta confidencia no quiere testigos. Espero sus noticias, Eugenia.

EUGENIA. Las tendrá usted.

EDMUNDO. Le quedo obligadísimo.

EUGENIA. Hasta pronto.

EDMUNDO. Hasta pronto. *Éntrase en su alcoba.*

EUGENIA. *Después de una pausa.* Usted dirá.

TELLO. Deje usted que pueda.

EUGENIA. ¿Eh? *En ademán de irse.* Si empieza usted así…

TELLO. No interprete usted mal mi frase. Deje usted que pueda reponerme de la impresión; ordenar mis ideas. Quiero decirle a usted muchas cosas.

EUGENIA. Pero en poco tiempo.

TELLO. Con la posible brevedad. Me obliga todo a no molestarla. Eugenia, yo no sabía cuánto valía usted.

EUGENIA. Y me enamoraba, sin embargo.

TELLO. Le enamoraba, porque…

EUGENIA. Sí: porque para pasar el rato, valiera yo lo que valiera, era igual.

TELLO. Dicho así…

EUGENIA. Dígalo usted como le agrade.

TELLO. Confieso que me prendé de usted por su belleza, por su simpatía, y que, torpemente, traté de seducirla, olvidándome de todo lo demás… Por eso he dicho que no sabía cuánto valía usted. En este reconocimiento va el de la ofensa que le hice. Le ruego a usted que me la perdone.

EUGENIA. Perdonado está usted desde el principio. Ha sido usted un poco inconsciente. Y yo no valgo nada, Tello; yo no soy más que una mujer sencilla y vulgar. Lo que vale en mí es la felicidad que debo a mi marido.

TELLO. ¡A su marido!

EUGENIA. A mi marido, sí.

TELLO. ¿No es él más bien el que le debe a usted la suya?

EUGENIA. Esa es ley de buen matrimonio.

TELLO. Yo no sé de eso. Yo lo que sé es que envidié a otro hombre y que, apasionado por usted, no pensaba sino en conseguirla.

EUGENIA. Para su capricho; para su pasatiempo.

TELLO. ¡O para toda la vida, Eugenia!

EUGENIA. No sea usted cándido… o hipócrita; no me haga reír. A usted lo que le interesaba era aquel momento. ¡Y yo había de traicionar a mi esposo y de quebrar mi vida y mi ventura, por satisfacer ese pasajero gusto de usted! Ciertos hombres son ustedes de un egoísmo inconcebible.

TELLO. La pasión nos disculpa.

EUGENIA. ¡La pasión!

TELLO. La pasión, sí. ¿Cómo se llama eso, si no? Yo temblaba ante usted; yo vivía para usted; yo no sabía pensar sino en sus ojos, en su boca, en su compañía…

EUGENIA. No era a mí a quien amaba usted, Tello: se amaba usted a sí mismo. Era su amor propio quien lo empujaba a usted y quien lo cegaba. ¿Cómo era posible que yo no le perteneciese a usted unos días, unas horas, y fuera para siempre de aquel hombre oscuro, insignificante, de quien usted hasta se mofaba? ¡Qué absurdo!

TELLO. ¡No, Eugenia!

EUGENIA. Sí, Tello. Tampoco sabía usted, al acercarse a mí, lo que él vale.

TELLO. Mucho ha de ser, cuando de tal modo lo quiere usted, que vale tanto.

EUGENIA. Imagine usted: a los veinte años me encontré sola en este mundo; peor que sola: con mi belleza; y muchos hombres, muchos, infinitos, se acercaron a mí…

TELLO. ¿Muchos, verdad?

EUGENIA. ¡Muchos! Pero todos para perderme. Para salvarme, sólo él.

TELLO. ¡Hombre afortunado!

EUGENIA. Hombre bueno. Ese sí que vive por mí y para mí. El mayor trabajo le parece una bendición si a mí me destina su fruto. Y ¿sabe usted por qué?

TELLO. ¿Por qué?

EUGENIA. Porque no me quiere para pasar el rato, sino para pasar la vida.

TELLO. La vida…

EUGENIA. La vida, que tiene muchas horas. De todo sabor y de todos colores. Y en ofrecerle una mano a otro ser para pasarlas juntos, vengan como vengan, hay más de sacrificio que de gozo. Pero ¡cuánto se goza con ese sacrificio si en la mano se siente siempre, ¡siempre!, el calor de la otra mano amiga, del pecho compañero!

TELLO. ¡Eugenia!

EUGENIA. Para usted esto es chino: se lo estoy leyendo en la cara.

TELLO. No, no es chino. Es un lenguaje claro, que entiendo bien y que siento bien, aunque le confieso que es nuevo para mí. Yo quería decirle a usted que había aprovechado la lección…

EUGENIA. Así sea. Sírvale de escarmiento. ¡Es tan respetable la felicidad de una mujer y un hombre que encuentran la felicidad!… No lo olvide *Arlequín*.

TELLO. No he de olvidarlo. *Tornasol*. Declaro que más bien la he detenido a usted por oírla que por hablar yo. Ahora sí creo que estoy perdonado.

EUGENIA. Adiós, entonces.

TELLO. ¿Seremos en adelante amigos?

EUGENIA. Hasta donde ya podemos serlo. Se ha jugado usted en este lance una buena amistad… y la ha perdido. *Sonriéndole y en tono de burla suave*. Y para que no lamente demasiado la pérdida, yo le pediré a Dios que, andando los días, le brinde a usted la vida una ocasión semejante a la de nuestro caso.

TELLO. ¿Semejante, Eugenia?

EUGENIA. No digo igual, no: semejante.

TELLO. Pero ¿me guarda usted rencor?

EUGENIA. De ningún modo. Entiéndame usted. Le deseo simplemente una situación por el estilo de la pasada.

TELLO. ¿Por el estilo de la pasada?

Eugenia. Sí. Cuando tenga usted mujer propia.

Tello. ¡Ah!

Eugenia. Y que ella se parezca a mí… y usted a él.

Tello. ¡Ah! Ese deseo, Eugenia, ya es una prueba de buena amistad… aunque usted me la niegue.

Eugenia. Pues si se contenta con ella, felicito a usted y me felicito. *Le tiende la mano.* Adiós.

Tello. *Estrechándosela emocionado.* Adiós, amiga mía.

Eugenia. Como usted guste.

Tello. *Deteniéndola, cuando va a marcharse.* Eugenia.

Eugenia. ¿Qué?

Tello. Por supuesto, de esta entrevista… Yo le encargaré a Edmundo…

Eugenia. ¿La reserva?

Tello. ¡Absoluta!

Eugenia. Ustedes verán. Yo no pienso contársela más que a mi marido.

Tello. ¿A su marido?

Eugenia. ¡Naturalmente!

Tello. Sí… naturalmente… Naturalmente… ¡claro!

Eugenia. Buenos días. *Vase.*

Tello. Buenos días. ¡Admirable mujer!

Sale Edmundo.

Edmundo. ¡Compañero!

Tello. ¡Compañero!

Edmundo. Remache de unas calabazas, ¿eh?

Tello. Sí; pero estoy contento. Después de haber quedado tan mal… ¡no se puede quedar mejor!

Edmundo. ¡Enhorabuena! ¿Paces… de amigos?

Tello. Así, así… Una cosa agridulce… una situación muy interesante. ¡Vaya usted a saber todavía! ¡La vida es larga!

Edmundo. Sí; muy larga. Pero, por más que dure, no hay tiempo para decir en ella lo badulaque que has nacido. ¡Todavía te haces ilusiones!

Tello. ¡Se ven cosas muy raras!

Edmundo. ¿Hablas en serio, Tello?

Tello. ¡Claro que hablo en serio! ¿A qué ha venido, si no, esa mujer?

Edmundo. ¡Ah! ¿Ha venido a verte? ¿Crees que ha venido a verte?

Tello. ¡Tú dirás, infeliz!

Edmundo. ¡Vaya! ¡Necesitas que te abran en canal!

Tello. ¿Eh?

Edmundo. ¡No ha sido suficiente que te abran sólo la cabeza! ¿Habrá mamarracho? ¡Eugenia ha venido en mi busca, tarambana!

Tello. ¿Qué dices?

Edmundo. ¡Y por quien puedes imaginar!… Tu aventura ha concluido bien desastrosamente para ti por cierto; la mía… la mía… quizás empieza ahora.

Llega por la derecha, como una tromba, sobresaltándolos a los dos y aturdiéndolos, el insigne don Máximo Ful, nuestro divertido y pintoresco amigo. Lo sigue doña Pascualita. Don Máximo los abraza efusivamente, como si fueran dos hijos suyos que han vuelto de África.

Don Máximo. ¡Mi querido!

Edmundo. ¡Don Máximo!

Don Máximo. ¡Mi querido!

Tello. ¡Don Máximo!

Edmundo. ¡Qué sorpresa!

Don Máximo. ¡Al fin veo a ustedes! ¡Oh, dicha! ¡Llegué anoche de Francia! ¡Me ha faltado tiempo para venir a saludarlos! ¡Mis queridos! *Vuelve a abrazarlos aparatosamente.* ¡Mis queridos! Perdone, señora, si no le hice caso ninguno, incurriendo en descortesía. La voz de estos amigos, que oí desde la puerta al llegar, me atrajo a ellos irresistiblemente. ¡Oh! ¡Las voces

amadas, cómo suenan en el corazón en ciertos momentos! Ofrezco a usted mis respetos, señora mía.

Edmundo. *Presentándolos.* La dueña de la casa, doña Pascualita Guzmán…

Don Máximo. ¡Oh! ¡Doña Pascualita! ¡Debí reconocerla! Ismael, mi fraternal amigo, la adora a usted. ¡Qué encomios hace siempre de esta casa y de su patrona! ¡A usted la llevaría a los altares!

Doña Pascualita. ¡Eeeeh! No lo crea.

Edmundo. Don…

Don Máximo. ¡No diga usted mi nombre! ¿Para qué? ¡Un amigo de estos amigos! ¿A qué más?

Doña Pascualita. Tengo mucho gusto en conocer… a un amigo de estos amigos. Con permiso de usted, caballero… *Se retira por la derecha.*

Tello. Pero siéntese usted, don Máximo.

Don Máximo. ¡Cuántas cosas nos han pasado a todos en el corto espacio de tres meses! ¡En un verano!

Edmundo. Es verdad: muchas cosas.

Don Máximo. *A Tello.* Usted ¿quedó bien de la herida?

Tello. Admirablemente: no hay que acordarse ya…

Edmundo. Pero salió de la cabeza poco serrín; y esto trajo complicaciones…

Don Máximo. ¡Je, je, je! ¡Siempre el donaire y la donosura! ¡El humor, cauterizando llagas!

Tello. Más bien creo que me ha favorecido el trastazo.

Don Máximo. No diría yo que no.

Tello. Tenía yo una cierta propensión a olvidar mis deudas; y este golpe me la ha acentuado. Y eso siempre conviene.

Don Máximo. ¡Je, je, je! Por supuesto, el tal Antonio Sánchez procedió como un cafre; como un ineducado.

Tello. Basta que usted lo diga.

Don Máximo. Como un rifeño. ¿Es que la admiración ajena de la mujer propia ha de encelarnos y agraviarnos? Pero ¿estamos o no estamos en el siglo XX? Yo, por mí, declaro que cuando alguien se fija en Digna, y la mira con buenos ojos, lejos de enojarme, río de buena gana…

Tello. ¡Claro!

Don Máximo. ¡Con una ingenuidad y una satisfacción de persona culta!

Tello. ¡Claro! ¡claro!

Edmundo. Y ¿cómo sigue nuestra señora doña Digna?

Don Máximo. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Es una mujer ideal! ¡Yo no podría vivir sin su apoyo! ¡Cuánto me sostiene! ¡Cuánto! ¡Cuánto!

Tello. ¿Y la nena?

Don Máximo. ¡Ah! ¡la nena! ¡Ha pronunciado usted la palabra mágica! ¡La nena! ¡Mi sol, mi luz, mi norte, mi sueño, mi todo! ¡La nena! ¡Pobre ángel mío!

Edmundo. ¿Qué?

Don Máximo. ¡Vivé estos días las horas más negras de sus años!

Edmundo. ¿Cómo?

Don Máximo. ¿Le impresiona a usted la revelación? ¡Lo presumía! Hablo a dos caballeros. El barón de los Maizales, señores, ha resultado a última hora un gran canalla.

Tello. ¿A última hora?

Don Máximo. ¡El mayor de los canallas!

Edmundo. Pues ¿qué ha hecho?

Don Máximo. Hacer, nada. ¡Bueno estaría! ¡A mí tal afrenta! Pero se ha atrevido a proponerme… en su locura, en su bajeza, en su plebeyez… Saben ustedes que él se almibaraba con la niña… Y ha osado indicarme… sugerirme… ¿Lo digo?

Edmundo. No, no, señor; no lo diga usted: no hace falta.

Tello. No hace falta, no. ¡Se veía venir eso!…

Don Máximo. ¿Que se veía venir? ¡Lo vería usted! ¡Yo, jamás! Yo creía que el barón era un digno prócer: por eso le abrí las puertas de mi casa… ¡Mi buena fe me pierde siempre! Este corazón… este corazón… ¡Ah! ¡Ah! *Se levanta y da grandes paseos sollozando.* Alejemos del cerebro la pesadilla. El rubor también congestiona.

Tello lo mira sonriéndose y Edmundo aprieta los puños indignado.

Tello. Vamos, don Máximo, apacígüese usted.

Don Máximo. Es usted demasiado joven para comprenderme. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Desde las plantas de los pies me sube a la garganta la náusea! ¡Y ese logrero enriquecido, me amenaza —asómbrese, Edmundo—, me amenaza con arruinarme porque no le entrego a mi hija! ¡Oh!

Edmundo. ¿Sí, verdad? Dice usted bien: ¡qué asco! ¡Aunque no le quedase a uno sino una fibra de dignidad, ante ciertos espectáculos humanos se sublevaría! ¡Qué asco! ¡Qué asco!

Don Máximo. ¡Bravo, Edmundo! ¡Usted es de los míos! Pues, sí: ¡me amenaza ese hombre con desacreditar la revista, con echarla por tierra, con retirarme la subvención del Gobierno!… ¡La revista! ¿Qué se me da a mí de la revista? ¡Un papelucho cursi que yo inventé para glorificar —nunca me arrepentiré lo bastante— a ese cernícalo, a ese hijo de la calle, a ese trapero! ¡Bah, bah, bah! Discúlpenme, amigos… Se enloda uno sin querer, y cae, hablando de esta suerte… ¡Puaf! ¡A fango me sabe la boca! ¡Puaf! ¡Puaf!

Tello. Sí, señor, sí: y a mí también. ¡Puaf!

Don Máximo. ¿A usted también?

Edmundo. Y ¿a quién no, don Máximo? ¿A quién no?

Don Máximo. ¡Mi querido! Y como no era mi objeto más que darles un par de abrazos y abrirles mi pecho adolorido, los dejo con su sana alegría… ¡y me retiro con mis alforjas tristes! *Abrazándolos otra vez.* ¡Mi querido!

Edmundo. Don Máximo…

Don Máximo. ¡Mi querido!

Tello. Adiós, don Máximo.

Vuelve doña Pascualita sobresaltada y aguarda impaciente a que acabe de despedirse.

Don Máximo. ¡Señora!

Doña Pascualita. ¡Caballero!

Don Máximo. *Volviéndose a Edmundo de pronto, cuando ya se iba.* ¡Ah! Quería yo preguntarle a usted… ¿Usted es pariente de la Casa Flor?

Edmundo. ¿Eh?

Don Máximo. ¿De la marquesa de Casa Flor?

Edmundo. Sí, señor: soy sobrino.

Don Máximo. Ciertos son mis informes. ¿Me hará usted la merced de presentarme a ella un día de estos?…

Edmundo. ¿Pues?

Don Máximo. Ideas… propósitos… Me va por el magín una especie de álbum aristocrático, archivo de las más altas ejecutorias de nuestra nobleza… ¡algo grande, único, excepcional… que quede en las bibliotecas para honrarlas! Y ¿por quién he de comenzarlo mejor que por la dama insigne? Ya trataremos de esto. No es ocasión ahora… *Au revoir*.

Edmundo. Que usted lo pase bien, don Máximo.

Tello. Yo voy con usted.

Don Máximo. A su voluntad, mi querido. *Au revoir*, caro Edmundo. *Vase por la derecha con Tello. Allá dentro se le oye repetir aún:* ¡Vaya, vaya! ¿Con que ni señal de la herida?…

Edmundo. ¡Farsante! ¡Aventurero!…

Doña Pascualita. ¡Ay, qué miedo me da a mí este hombre! ¡Me parece que me va a comer! Y hemos podido tener una trapatiesta; un zipizape.

Edmundo. ¿Por qué?

Doña Pascualita. ¡La señorita Marta Rosa está ahí!

Edmundo. ¿Que está ahí Marta Rosa?

Doña Pascualita. ¡Acaba de llegar con la de antes!

Edmundo. ¡Oh! ¿La verá don Máximo?

Doña Pascualita. ¡Ca! ¡No, señor! No tema. Las he llevado al comedor, por lo mismo. Es preciosa la niña. ¡Y viene toda atribulada!

Edmundo. ¡Voy allá!

Doña Pascualita. Calma, calma, por Dios. ¡Aún no se ha marchado el energúmeno!

Edmundo. ¡Marta Rosa aquí!… ¿Qué traerá esa criatura? *Vuelve Tello.*

Tello. ¡Vaya un tiburón! ¿Eh, compadre?

Edmundo. ¿Se fué ya?

Tello. Ya se ha ido.

Edmundo. ¡Pues corro a ver a Marta Rosa!

Tello. ¿A Marta Rosa?

Edmundo. Sí; ¡ha llegado ahora con *Tornasol*!

Doña Pascualita. Calma, calma. ¡No se mueva todavía de aquí! Voy a cerrar la ventana de la escalera. ¡Que la niña sospecha que ese hombre ha venido en su busca! Calma, mucha calma. *Márchase.*

Tello. ¡Pues tenías tú razón! ¡Esto se complica! ¡Sí que comienza ahora tu aventura!

Edmundo. ¿Verdad?

Tello. ¡Y tal vez sea tu *curación* más larga que la mía!

Edmundo. No me hables… estoy preocupadísimo…

Tello. ¡Hombre!

Edmundo. Sí, Tello, sí… Presiento que se me acercan en la vida horas graves, muy graves… acaso decisivas, Tello.

Tello. ¡Acuérdate de don Ismael!

Edmundo. ¡No me acuerdo más que de Marta Rosa!

Tello. ¡Mal síntoma, Edmundo! Pero, en fin, ¡buena mano derecha! *Se entra en su habitación.*

Edmundo va a irse hacia dentro, cuando llega oportunamente Marta Rosa, más bonita que nunca, y más atormentada que nunca también. Sus

lindos ojos, sombreados de azul, delatan la crisis moral que padece.

Marta Rosa. ¡Edmundo!

Edmundo. ¡Marta Rosa!

Marta Rosa. ¿Qué pensarás de mí?

Edmundo. ¡Nada malo!

Marta Rosa. ¡Me miras de un modo!…

Edmundo. ¡Sorprendido y hechizado a la vez! ¿De veras eres tú, Marta Rosa?

Marta Rosa. ¡Más que nunca soy yo en este momento! ¿Qué no sucederá en mi vida cuando vengo a verte? ¿cuándo vengo así? ¿cuando estoy en tu casa… y llorando?

Edmundo. ¿Llorando?

Marta Rosa. Ya lo ves.

Edmundo. Serénate, criatura… No llores; no me inquietes más… Serénate.

Marta Rosa. Todavía no puedo… Compréndelo, Edmundo… ¡Hay tanto en este paso mío!… El corazón se me salta del pecho…

Edmundo. ¡En busca de otro que lo acoja!

Marta Rosa. ¡En busca del tuyo!

Edmundo. ¡Marta Rosa!

Marta Rosa. Huyendo de mi casa he venido, para no volver más.

Edmundo. ¿Qué dices?

Marta Rosa. ¿No lo entiendes?

Edmundo. Demasiado lo entiendo; pero me admira tu resolución.

Marta Rosa. ¿Por qué?

Edmundo. ¡Por valiente!

Marta Rosa. Quizá lo es; pero ya es hora. Ya es mi hora. ¡A mi casa no vuelvo! ¿Qué te sorprende?

Edmundo. ¿Cómo nada me has dicho en tus cartas?…

Marta Rosa. ¿Cómo no lo has adivinado tú?

Edmundo. Algo recelaba y algo te indiqué veladamente; pero como las mías no han llegado a tus manos…

Marta Rosa. Ya todo eso es igual. ¿Qué importa? Aquí estoy. Ese hombre que acaba de irse sabe ya bien que no cuenta conmigo para sus planes vergonzosos… Quizá por ello ha venido a verte… Quizá sospecha su buen instinto… Tal vez planea otra infamia… No será a su gusto. Edmundo, aquí estoy, libre y resuelta como una mujer que se defiende. ¿Me quieres tú?

Edmundo. ¡Marta Rosa!

Marta Rosa. ¿Me quieres tú de veras? ¡No te engañes ni me engañes a mí! Si tú me quieres, todo estará bien. Si tú no me quieres, yo salvaré mi vida, donde sea, como sea; a costa de mi arte, sin apelar a él; como Dios me aconseje. Pero lejos de ti; lejos de mi casa. ¡Yo sola!

Edmundo. ¡Tú sola, no!

Marta Rosa. ¿Me quieres tú?

Edmundo. ¿Por qué me preguntas si te quiero? ¿No te lo he dicho miles de veces?

Marta Rosa. Hace tiempo que no te lo oigo.

Edmundo. Pues óyelo una vez más, alma mía: ¡te quiero!

Marta Rosa. ¿Me quieres, Edmundo?

Edmundo. ¡Te quiero, Marta Rosa!

Marta Rosa. Pero ¿cómo me quieres? ¿Como Tello a Eugenia?

Edmundo. ¡No! ¡Como tú a mí!

Marta Rosa. ¡Mucho es eso!

Edmundo. Pues así es. Si tú vienes a refugiarte a mi sombra, yo también me amparo de la tuya. Si a ti te amenaza un peligro, a mí, sin ti, me espera la misma vida que llevaba: una vida vana, inútil, estéril… Al defenderte a ti, me defiendo a mí mismo. Al salvarte a ti, yo me salvo también. ¿Crees ahora en que te quiero honradamente?

Marta Rosa. ¡Edmundo!

Edmundo. Nada soy ni he sido hasta aquí; pero este cariño tuyo, que la casualidad me ha deparado, tal vez me redima. Lo que antes por mi vida

sola no hice, por la tuya he de saber hacerlo.

Marta Rosa. Entonces sí que habrá que bendecir esa casualidad. ¡Mucho te pido, Edmundo!

Edmundo. ¡Más te daré yo!

Marta Rosa. A nada temo entonces.

Edmundo. A nada tienes que temer.

Marta Rosa. ¡Déjame que llore de alegría! Edmundo, yo esperaba esto; yo no desconfiaba de ti… ¡Por algo me determiné a buscarte!… Pero ¡la realidad es conmovedora! Soñar no es poseer, como dicen los versos del caballero mío, y ahora, ya… ¿Verdad que esto no es un sueño que se desvanece?

Edmundo. No; no lo es. Es la realidad, Marta Rosa.

Marta Rosa. ¿Qué temblor íntimo me lo anunció el mismo día en que nos conocimos? Y ¡cómo, a pesar de tu frivolidad aparente, que algunas horas me costó lágrimas, no me abandonaba esta fe… y labraba a solas mi castillo… y veía el rumbo de mi felicidad!

Edmundo. ¿Crees tú, acaso, que esas lágrimas tuyas no eran advertidas por mí?

Marta Rosa. ¿Deberemos a ellas el milagro?

Edmundo. No lo dudes. Ellas, poco a poco, cambiaron mis sentimientos y mi voluntad secretamente… ¡A tus ojos tenía que debérselo!

Marta Rosa. Pues ellos también te miran ahora agradecidos.

Por la derecha viene don Ismael, descompuesto, como no lo hemos visto nunca.

Don Ismael. ¡Vaya! ¡Aquí vosotros!

Marta Rosa. ¡Don Ismael!

Don Ismael. ¿Ni en este rincón voy a tener paz? Y tú, llorando. ¡Qué mañanita! ¡Si lo sé, me quedo entre las rocas, como un cangrejo!

Edmundo. Pues ¡cuando se entere usted de lo que aquí ha pasado!…

Don Ismael. Cuando me entere, ¿eh? Mirad: sentí llegar y marcharse a Eugenia; vi después, por el balcón, entrar en la casa a tu padre; oí el ir y venir

de doña Pascualita, asustada…

Edmundo. Y ¿cómo no salió usted de su escondite?

Don Ismael. ¿Yo? ¡Ni arrastrado me sacan! ¡De buen humor me había puesto, además, el periódico! ¡No trae más que desastres! ¡Terremotos, crímenes, descarrilamientos, epidemias!… ¡Yo no sé cómo se publican esas cosas! ¡Y uno da dinero por leerlas! ¡Qué animal es el hombre a veces!

Edmundo. ¡Ja, ja, ja!

Don Ismael. ¡Ríete, ríete!

Marta Rosa. ¡Ja, ja, ja!

Don Ismael. ¡Y tú también! ¡Pues entro ahora en el comedor, a beber un poco de agua, y me encuentro a doña Pascualita contándole a *Tornasol* su tragedia conmigo, para que escriba una novela corta!

Edmundo. ¡Ja, ja, ja!

Don Ismael. ¡Ríete, ríete! ¡Le digo a usted, guardia!… En fin, voy a ver a este palomino, a ver si recobro el humor a su lado.

Edmundo. Yo tenía que pedirle a usted un favor.

Don Ismael. Y ¿tú crees que yo estoy ahora para que me pidan un favor?

Edmundo. Pues, a pesar de ello, he de pedírselo.

Don Ismael. ¡Hum!

Edmundo. ¿Querrá usted llevar a Marta Rosa a casa de mi tía, la marquesa de Casa Flor?

Don Ismael. ¿Para qué?

Edmundo. Porque deseo que viva allí con ella, hasta que nos casemos.

Marta Rosa. ¡Edmundo!

Don Ismael. ¿Eh? ¿Qué oigo? ¿Que os vais a casar? ¿Que Marta Rosa y tú…? ¡Vaya, vaya! ¡Las catástrofes nunca vienen solas! ¡Parece que sigo leyendo el periódico! Y ¿quieres tú complicarme a mí? ¡Ca, hijo, ca! ¡Busca otro cómplice! ¡Tengo muy mala mano! Sólo una vez apadriné a unos novios, y han tenido veinticuatro niños. ¡Y todos tartamudos! ¡Quedaos con Dios,

infelices! Necesito cambiar de aire. ¡Tello! ¡Tello! ¡Vámonos a tomar un *vermut! Éntrase en el cuarto de éste.*

Marta Rosa. ¡Infelices nos llama, Edmundo!

Edmundo. ¡Qué sabe él!…

Marta Rosa. Entre su felicidad y la nuestra… ¡hay tanta distancia!

Edmundo. ¡Tanta!… ¡Cuánto se engañan quienes crean que la vida es un juego, una burla de todo, un entretenimiento delicioso o frívolo!… ¡Cómo se encarga ella de hacernos ver, de algún modo y en alguna hora, toda su profunda gravedad! Yo, que me acerqué a ti tan livianamente, siento ahora la responsabilidad de tu vida sobre mi conciencia. ¡Y la acepto! ¡Y a ella me abrazo! ¡Y venceremos los dos juntos!

Marta Rosa. *Tendiéndole las manos.* ¡Con qué ilusión te oigo! ¡Ya tienes ser, ya tienes nombre, caballero mío!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, El Escorial, abril, 1927.

Sevilla, mayo, 1927.

TAMBOR Y CASCABEL

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el **TEATRO DE LA REINA VICTORIA** el 23 de noviembre de 1927

A MARÍA LUISA QUINTERO,
constante instigadora para que escribiésemos esta comedia, por su vehemente simpatía hacia **JUANINA** *y* **AMADEO**, *con el mayor cariño,*

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Juanina.	Pepita Díaz de Artigas.
Cruz.	Josefina Santaularia.
Plácida.	Elisa Méndez.
Doña Clara.	Ana Quijada.
Lorenza.	Natividad Ríos.
Amadeo.	Santiago Artigas.
Carmelo.	Manuel Díaz González.
Tristán.	Manuel Káiser.
Joselito.	Fulgencio Nogueras.
Don Claudio.	Octavio Castellanos.
Don Fermín.	Rafael Ragel.

TAMBOR Y CASCABEL

ACTO PRIMERO

Salita y gabinete contiguos en casa de Juanina y de Amadeo, en Madrid. La salita, que ocupa el primero y segundo términos, tiene puerta a la derecha del actor. Entre el gabinete y la salita hay salidas por ambos lados. Muebles modernos, graciosos y elegantes. Buen gusto; bienestar.

Es por la tarde, a principios de otoño.

Joselito, criado sevillano, que de puro viejo casi arrastra los pies, aparece en el gabinete por la izquierda, acompañando a Cruz, bella cuñada de Juanina. Viene la señora en traje de calle. Reluce en sus ojos la inquietud de una curiosidad permanente.

CRUZ. ¿Dónde están?

JOSELITO. Aviándose, ¿no te digo?

CRUZ. Pero ¿van a salir esta tarde, que es el día en que reciben?

JOSELITO. Sí. Las cosas de eya.

CRUZ. Y ¿cómo lo consiente Amadeo?

JOSELITO. Y ¿qué va a hasé Amadeo más que consentirlo? Cuando eya se encapricha…

CRUZ. Y ¿adónde van?

JOSELITO. Ar consierto de la Prinsesa.

CRUZ. ¿Al concierto? Pero ¡si a Juanina le apesta la música! Joselito. Eso era ayé. ¡Hoy no hay na que le guste más que la música!

CRUZ. ¡Claro! Y así están siempre. ¿Se recogieron anoche muy tarde?

JOSELITO. Ya sería después de las dos.

CRUZ. ¿Estuvieron en el teatro?

JOSELITO. Sí.

CRUZ. ¿En qué teatro?

JOSELITO. No me acuerdo.

CRUZ. Y ¿venían en paz?

JOSELITO. Como siempre: en paz y en guerra.

CRUZ. Mi hermano no tiene carácter. Juanina lo maneja como quiere. No tiene carácter mi hermano.

JOSELITO. Sí lo tiene, Cruz; sólo que Juanina se lo estropea. Y el hombre, por no peleá…

CRUZ. ¡Un matrimonio con todas las condiciones para ser feliz, y siempre de gresca!

JOSELITO. Pero es cosa de risa: nunca yega la sangre ar río… A la media hora de una tormenta, se despoja er sielo y sale er só. Eya tiene esa habilidá: pone los ojos tiernos, da un suspirito, y esbarata las nubes.

CRUZ. ¡Qué lástima! Jóvenes, saludables, con fortuna, sin hijos todavía, sin quebraderos de cabeza, envidiados por todo Madrid, y se han empeñado en amargarse la existencia. ¡Qué lástima!

JOSELITO. No esageres tú tampoco, Cruz. En casi tos los matrimonios pasa lo mismo.

CRUZ. ¡En el mío, no!

JOSELITO. ¡Porque tu marío es un merengue!

CRUZ. Por eso será. ¿Fueron con alguien al teatro?

JOSELITO. Sí; con esta señora de arriba.

CRUZ. Pues, mientras ellos se componen, voy a subir a pedirle detalles.

JOSELITO. ¡Lo que gosas tú preguntando, Crusita!

CRUZ. ¿Te acuerdas? Desde los cuatro años.

JOSELITO. Desde los tres. Y con la edá y er matrimonio se te ha afinao er visio.

CRUZ. Me agrada enterarme de lo que no sé. Diles a mis hermanos que bajo en seguida.

JOSELITO. Está bien, señora de Martínez.

CRUZ. Hasta ahora mismo. *Vase por la izquierda.*

JOSELITO. ¡Paese mentira que sea mujé, y no sepa que para enterarse bien de las cosas no hay na mejó que no preguntarlas!

Por la puerta de la salita sale Plácida, doncella de Juanina, tan dúctil de genio como conviene para llevarle el suyo a la caprichosa señora de la casa.

PLÁCIDA. ¿Habla usted solo, Joselito?

JOSELITO. ¡En cuanto no te veo! Es como un reclamo pa que acudas.

PLÁCIDA. ¡Madre! ¡Qué salida!

JOSELITO. ¿Por qué naserías tú en er siglo veinte y yo en er desinueve? Me retrasa Dios sincuenta años… y ¡boda hecha!

PLÁCIDA. ¡Vaya por Dios!

JOSELITO. ¿Adónde vas?

PLÁCIDA. A llamar por teléfono a la modista, para pedirle que venga esta noche.

JOSELITO. ¡Puñales! Pero ¿no la has yamao hase media hora pa desirle que no viniera?

PLÁCIDA. Y ¿eso le choca a usted, con los años que tiene?

JOSELITO. Dises bien, hija mía.

PLÁCIDA. A mí no me toca sino obedecer.

JOSELITO. ¿Está ya lista la señora?

PLÁCIDA. ¿Lista? ¡Jesús! ¡Está en kimono todavía!

JOSELITO. ¡Bueno va!

PLÁCIDA. Y eligiendo qué zapatos ponerse. Y no encuentra ningunos que le gusten.

JOSELITO. ¡Bueno va! Pos ¡ya tenemos la tarde hecha!

PLÁCIDA. ¡Y que lo diga usted! Yo la obedezco, aunque me mande un despropósito; pero, en mis adentros, le doy siempre la razón al señor.

JOSELITO. Pos ¡estarás sufriendo mucho!

PLÁCIDA. ¡Usted calcule! *Se va por la izquierda.*

Sale al gabinete, por la derecha, Amadeo, el paciente y enamorado esposo de Juanina, dispuesto ya para meterse en el automóvil y dejarse arrastrar al concierto. ¡Parece que no conoce a su mujer!

AMADEO. *Mirando su reloj*. ¡Ajá! Eres un carácter, Amadeo. Las seis menos cuarto. La hora justa en que le dije a mi mujer que estaría vestido. ¡Ajá! *A Joselito.* ¿Y el coche?

JOSELITO. Desde las sinco y media lo tienes ahí.

AMADEO. ¡Ajá! Como le ordené a Antonio. ¿Tú telefoneaste…?

JOSELITO. ¿No había de telefonea? ¡Ya lo creo!

AMADEO. ¿A quién?

JOSELITO. A quien tú me dijiste.

AMADEO. No me fío del todo. ¿A quién te dije? Detállamelo.

JOSELITO. Pos ar señó visconde…

AMADEO. Bien.

JOSELITO. A doña Margarita…

AMADEO. Bien.

JOSELITO. Y ar tío Gustavo.

AMADEO. ¡Ajá!

JOSELITO. ¡A las personas que tú esperabas hoy!

AMADEO. Y ¿les has advertido…?

JOSELITO. Que los señores habían determinao de í ar consierto de esta tarde, y en consecuensia de eyo, que dispensaran a los señores y que no se molestaran en vení.

AMADEO. ¡Ajá! Eres una alhaja, Joselito.

JOSELITO. Favó que tú me hases.

AMADEO. Pues luego, cuando nos vayamos, vas a llamar también…

JOSELITO. Ya me lo has dicho antes; ¿no te acuerdas?

AMADEO. Al marqués de las Gracias…

JOSELITO. ¡Sí, a don Enrique; si me lo has dicho antes!

AMADEO. Y le previenes que mañana domingo…

JOSELITO. ¡Sí, lo esperas a las dose en la Peña! ¿No te enteras de que me lo has dicho antes?

AMADEO. Es que a lo mejor se te olvida…

JOSELITO. ¡Qué se me va a orvidá a mí lo que me mandaste tú! ¡Tú no dises las cosas: las escribes en una pisarra!

AMADEO. Eso debiera hacer, no te creas. Todo es preciso a veces. ¡Bien, hombre, bien! *Volviendo a mirar el reloj.* Menos diez minutos. ¡Bien! ¡Perfectamente bien!… ¡Bonito concierto el que vamos a oír! ¡Bonito! ¡Bonito de veras!

JOSELITO. *Echando la vista hacia la puerta de la derecha.* ¡Sí que va a sé bonito! ¿Quieres argo más?

AMADEO. Nada.

JOSELITO. Hasta luego. ¡Ah! Aquí ha estao tu hermana hase un rato.

AMADEO. ¿Mi hermana?

JOSELITO. Sí. Ha subío un istante ar piso de arriba, y baja ahora.

AMADEO. *Mirando a la puerta de la derecha y viendo venir a su linda consorte.* Pero ¿qué es esto?

JOSELITO. ¡Er consierto, que va a prinsipiá antes de lo anunsiao! *Vase por la izquierda.*

AMADEO. ¿Eh?

Juanina aparece en este momento, en kimono y chinelas, cantando y puliéndose las uñas.

JUANINA.

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire…

Amadeo. *Reprimiendo su enojo.* Pero ¿qué es esto?

Juanina. ¿Esto? Un kimono. El kimono nuevo. ¿No me lo conocías?

Amadeo. Pero… pero… pero…

Juanina. ¡Hay que ver lo que te fijas en mis cosas!

Amadeo. ¡En tus cosas!… Mira, mira, Juanina… ¡Es inaudito esto! ¡No sé cómo tengo paciencia!…

Juanina. ¿Qué te pasa, hombre?

Amadeo. ¿Cómo que qué me pasa? Mira cómo estoy yo: de punta en blanco, esperándote para tomar el coche. ¡Íbamos a salir a las seis en punto! ¡Y a las seis menos cinco te me presentas en kimono!

Juanina. ¡Ah, vamos! Yo creí que sería otra cosa. Por qué poco te alteras. ¿No sabes lo que me ocurre a mí?

Amadeo. ¿Qué te ocurre?

Juanina. ¡Que no tengo zapatos que ponerme!

Amadeo. ¡Juanina!

Juanina. Como lo oyes: no tengo zapatos que ponerme. Y tengo muchos, ya lo sé; pero ahora mismo no tengo los que me hacen falta.

Amadeo. Sí: zapatos de concierto, ¿verdad?

Juanina. Llámalos como quieras. Los zapatos que necesito esta tarde no los tengo. ¡No voy a mudarme ahora ya hasta de medias y a pensar en ponerme otro vestido, por causa de los zapatos dichosos! ¡Es desesperante! ¡Te digo que es desesperante, Amadeo!

Amadeo. ¿Desesperante?… Vaya, vaya… *Dado a los diablos, deja el abrigo y el sombrero y empieza a quitarse los guantes, muy nervioso.*

Juanina. ¿Se me ha hecho un punto en esta media? ¡Ah, no! Era una pelusita. ¡Qué sustos me llevo!

Amadeo. *Paseándose descompuesto.* ¡Bah, bah, bah, bah, bah!…

Juanina. Hombre, no lo tomes así; no es culpa mía…

Amadeo. ¿Es mía?

Juanina. No es de ninguno de los dos. Ni es para tanto… ¡Ay, Amadeo, estás colorado como una guinda!… Parece que te va a dar un ataque…

Amadeo. ¡Procura tú que no me dé!

Juanina. ¡Amadeíto de mi vida, no me asustes! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué pena tan grande! No te me pongas malo, cariño; no te me pongas malo. ¿Qué va a ser de mí si tú te pones malo, si tú me faltas algún día? ¡Viuda! ¡Tan joven! ¡No lo quiero pensar! No, no; no te me pongas malo. ¡Con lo que yo te quiero a ti, encantiño! ¡Yo solita en el mundo, con la pena a la espalda!… *A un gesto de él.* Te advierto que le llaman Ja *pena* a esa gasa larga que las viudas se cuelgan del sombrero.

Amadeo. Bueno, bueno, monina: tengamos ahora la fiesta en paz. Déjate de arrumacos y de carantoñas, cálzate en seguida, vístete… y vamos al concierto, que si no, llegaremos tarde.

Juanina. Pero ¿y cómo lo arreglo, pichón?

Amadeo. Pero ¿me vas a decir que esto no tiene arreglo, pichona?

Juanina. A ver: ¿qué zapatos me pongo? ¡Elígemelos tú!

Amadeo. ¡Los que se te vengan a la mano! ¡Si todos son bonitos!

Juanina. Amadeo, no digas tonterías. El primero que me mandaría quitarme los zapatos, si llevara unos zapatos impropios, serías tú. Pues ¡así que no lo hilas delgado! ¡Si una de las cosas que a mí más me enamoran de ti es el gusto que tienes!

Amadeo. Déjate de zalamerías, te repito. ¡Arréglate, por la Virgen del Carmen! ¡Que son las seis, y el concierto empieza a la media en punto! ¡Y estás cansada de oírme decir que me agrada llegar el primero a los espectáculos y marcharme el último de todos!

Juanina. Al contrario que a mí: a mí me gusta llegar la última y salir la primera.

Amadeo. ¡Muy bonito!

Juanina. Y en los conciertos no, porque no dejan entrar durante los números —que es una bobada—; pero, en las comedias, a mí nada me

divierte más que llegar tarde. ¡Y levantar a media fila de butacas para sentarme yo!

AMADEO. ¡Delicioso!

JUANINA. Y si es un palco, que suene la puerta, que me manden callar porque saludo a los vecinos y les pregunto: «¿Qué ha pasado, qué ha pasado?» y que todo el mundo se distraiga por causa mía. ¿No te gusta a ti eso?

AMADEO. A mí ¡qué ha de gustarme, mujer!

JUANINA. Pues a las señoras nos encanta. *Madame Bacalao* opina lo mismo que yo.

AMADEO. Y ¿quién es *Madame Bacalao*?

JUANINA. ¡La vecina de enfrente! ¿No sabes que le llaman *Madame Bacalao*?

AMADEO. Ni lo sé ni quiero saberlo. La señora de enfrente se llama doña Presentación González.

JUANINA. ¡Pero le dicen *Madame Bacalao*! ¡Por el negocio del marido!

AMADEO. ¡Pues yo no se lo diré nunca! ¡Me molestan los motes!

JUANINA. Cuando no los pones tú, será.

AMADEO. ¿Yo?

JUANINA. ¡Tú me llamas a mí Ninina cuantas veces quieres!

AMADEO. Y ¿vas a comparar un diminutivo cariñoso a un apodo infamante?

JUANINA. ¡Huy! ¡Infamante! ¡Qué exagerado eres! ¡Infamante! ¡Decir que es infamante un mote, que a lo mejor se lo ha puesto ella misma para anunciar el bacalao, del marido! ¡Infamante! ¡Jesús! ¡Infamante!

AMADEO. ¿Quieres dejar eso y vestirte, Juanina?

JUANINA. Es que es muy ridícula esta manía tuya contra los motes. Y en Madrid no hay quien se escape de ellos. A ti mismo te llaman *Tambor*, y a mí, *Cascabel*. Y hay que confesar que tiene ángel.

AMADEO. Ya, ya.

Juanina. Por supuesto, ésa es una gracia que le debemos al general *Bum-Bum*. El general *Bum-Bum* nos lo puso.

Amadeo. ¿Qué general es ése?

Juanina. ¡Ay, qué chusco! ¡Tu padre!

Amadeo. ¡Juanina! ¡Mi padre es el general Villacañas!

Juanina. *Ahuecando la voz y cuadrándose luego a lo militar*. ¡Bueno, hombre, bueno! ¡A la orden!

Amadeo. ¿Te vistes o no?

Juanina. Ahora voy. Pues ése, ése, tu señor padre, fué el que, al terminar la ceremonia de nuestra boda, tuvo la humorada de decir: «Hemos casado a un tambor con un cascabel». ¡Lo oyó la gente… y no hizo falta más! ¡Ay, mi Tamborcito!…

Amadeo. ¡Ay, Cascabel de mis amores!… ¿Vamos a ir al concierto o no vamos a ir?

Juanina. ¡Qué pregunta! ¡Pues no hemos armado nada para no faltar al concierto en día de recibo! ¡Ha habido que avisarle a medio Madrid!

Amadeo. ¡Exactamente! Por satisfacer un capricho tuyo.

Juanina. ¿Mío?

Amadeo. ¡Ah! ¿no?

Juanina. ¡No tomes las cosas tan al pie de la letra, Tambor!

Amadeo. ¡Amadeo!

Juanina. ¡Amadeín! Fíjate en la intención alguna vez Yo, que sé que te pereces por la música, ¡lo eché todo a rodar por darte a ti gusto!

Amadeo. Muchas gracias, monada. Pero ¡no vayas ahora a dejarme sin oír ni un violín, ya que tanto me mimas!

Juanina. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tienes, maridito! ¡Como que otra de las prendas que a mí me conquistaron de ti, fué la gracia! *Se le acerca a achucharlo cariñosamente.* ¡Aum, aum, aum! ¡La gracia de los hombres serios no se parece a nada en el mundo!

Amadeo. ¡Mujer!…

Juanina. Porque todo se puede dudar menos que tú eres un hombre serio.

Amadeo. ¡Muy serio! En este momento, sobre todo. ¿Lo oyes, Juanina?

Juanina. ¡Ay, qué entrecejo!

Amadeo. ¿Lo oyes?

Juanina. Sí, sí; no te impacientes ni te enfades. Ya voy a vestirme. Ya he pensado la combinación.

Amadeo. ¡Pues corre a aprovecharla, no se te vaya de la cabeza!

Juanina. ¡Va a maravillarte mi rapidez! Pero, antes, reconoce que si vamos al concierto es por ti, porque a mí la música… ¡uf! ¡pa el gato!

Amadeo. ¿Qué expresión del arroyo es ésa, Juanina? ¡Pa el gato!

Juanina. Hombre, ¡estamos aquí en confianza! ¡Como también fuimos anoche al teatro por complacerte!

Amadeo. ¡Natural!

Juanina. ¡Qué lata de comedia! ¡Yo lloré de aburrida! ¡Qué lata! Pero ¿es posible que te guste yo tanto y que te guste aquella comedia? ¡No, no es posible! ¡Qué lata! ¿Es posible, Amadeo? ¿Te gusta aquella comedia de verdad?

Amadeo. ¡Mujer, no es ocasión ahora!…

Juanina. Sí te gusta, sí; no lo niegues. ¡Parece imposible! Te gusta porque está todo muy justificado y es muy verosímil. ¡Muy aburrido, pero muy verosímil! A mí me apestan las obras verosímiles. Yo quiero disparates, disparates, cosas imprevistas, sin pies ni cabeza…

Amadeo. ¡Como en casa!

Juanina. ¡Como en casa, dice!… ¡*Salao*!

Amadeo. ¡Como en casa, sí, como en casa! ¡Déjate de sales ahora! ¡Qué tarabilla!

Juanina. ¡Ah! ¿Es que en casa disparatamos? ¿Quién disparata aquí?

Amadeo. ¿También he de ser yo? ¡Bah! ¡No hay humor que baste! ¡A un santo quisiera yo ver en mi lugar!

Juanina. ¿Qué, qué, qué? Pero ¿es que te enfadas de veras?

Amadeo. Pues ¿no he de enfadarme?

Juanina. Sí, ¿verdad?

Amadeo. ¡Claro! ¿No tengo motivos?

Juanina. ¿Motivos tú? Oye, oye, ¿qué ojos de pantera son ésos?

Amadeo. ¡De pantera debieran ser! ¿A ti te parece regular esta escena? ¡Quedamos anoche en salir hoy de casa a las seis, porque se te puso en la cabeza no recibir a nadie y que nos fuéramos al concierto…!

Juanina. ¿Insistes en que fué cosa mía?

Amadeo. ¡Y, según van las cosas, nos darán aquí las siete de la tarde, hablando paparruchas o discutiendo el jinojo de los zapatos!

Juanina. ¿El jinojo? ¿El jinojo has dicho? ¡Pues yo no tolero palabrotas!

Amadeo. ¡Ni yo las digo nunca! ¡Y menos a ti! ¡Jinojo no es una palabrota!

Juanina. ¡Le anda muy cerca, porque le sirve de pantalla a cualquiera peor!

Amadeo. ¡Juanina, no me agravies!

Juanina. ¡No me ofendas tú a mí los oídos! Ni sé por qué ha de ser malsonante ¡*pa el gato*! y ha de sonarme a música ¡*jinojo*!

Amadeo. Retiro la palabra, si te molesta.

Juanina. Bien retirada está.

Amadeo. Pues ¡a ver si te vistes de una vez, o qué hacemos!

Juanina. Mira, rico, que peores que las palabras leas son los malos modos.

Amadeo. Pero ¿es que te has propuesto exasperarme?

Juanina. ¡Es que no tolero malos modos! ¡Ni a ti ni a nadie! ¿oyes? Estoy yo muy mimada de todo el mundo para tolerarlos. ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¿Qué te sorprende de estas genialidades mías ahora? ¡Así me quisiste! ¡Así te enamoré! ¡Nada te hacía más gracia!

Amadeo. ¡Porque yo no sospechaba lo que era esto… a diario!

Juanina. ¡Ni yo tampoco lo que era encerrar la vida en un tablero de ajedrez, como dice el primo Tristán! El peón, aquí; el alfil, aquí; el caballo, aquí. ¿Es esto un cuartel, por ventura? ¿No ha de tener una, ni en su casa, alguna libertad de movimientos? ¿alguna concesión al cariño? ¡Carambola! ¡O jinojo, ya que suena tan bien! ¡Las criaturas tan mimadas como yo necesitan de esto para poder vivir! ¡Yo quiero desayunarme a diario con besos y caricias! Y si a ti te cansa, no seré yo quien te fatigue. Pronto hago la maleta y me voy con mi madre, que está llamándome a todas horas.

Amadeo. *Impacientísimo.* Pero, bueno… pero, bueno…

Juanina. Y si no con mi madre, con mis tíos, los de San Sebastián. ¡Poco que me quieren! Y ¡poco que me encanta a mí San Sebastián! Más en otoño que en verano. ¡Oh, qué playa! ¡Qué Monte Igueldo! Y quien dice con mis tíos, dice con mi abuela, a Galicia. ¡La pobre! ¡Chica alegría iba a darle si me viera aparecer por las puertas!

Amadeo. ¡Basta ya, Juanina, basta ya! ¡Te prohíbo que sigas desbarrando!

Juanina. ¿Desbarrando, eh?

Amadeo. ¡Desbarrando! ¡A ti te agradarán los disparates y las comedias inverosímiles, pero…!

Juanina. ¿Qué me quieres decir?

Amadeo. ¡Pues, sencillamente, que no se trata ahora de que te vayas con tu madre, o con tus tíos, o con tu abuela!…

Juanina. Tú, tú, tú, más respeto para mi familia.

Amadeo. ¡Déjame de impertinencias ya! ¡Aquí no se trata en este momento más que de resolver si al fin vamos al concierto o no vamos! ¡Porque por las trazas!…

Juanina. Por las trazas, tú harás lo que quieras, pero yo, desde luego, no voy.

Amadeo. ¿Qué no vas?

Juanina. Que no voy.

Amadeo. ¿Decididamente?

Juanina. ¡Decididamente!

Amadeo. ¡Ajá! Así han de ser las cosas. Tú no vas al concierto, porque se te ha torcido el humor…

Juanina. ¡Cabalito!

Amadeo. ¡O porque siempre has de hacer lo contrario de lo que te propones!…

Juanina. ¡Ajá! ¡No hay nada más sano!

Amadeo. Y como a mí me desagrada ir a ninguna parte sin ti…

Juanina. ¡Jajay qué risa!

Amadeo. Nada; no conseguirás desviarme de mi pensamiento ni de mi conclusión. Como a mí me desagrada ir a ninguna parte sin ti…

Juanina. ¡Miau!

Amadeo. ¡Yo no voy tampoco! Luego ya sabemos a qué atenernos: ¡no vamos al concierto ninguno de los dos!

Juanina. ¿Le ponemos al acuerdo un timbre móvil?

Amadeo. Sin timbre ninguno: ¡no vamos al concierto ninguno de los dos! ¡Esto es inconmovible!

Juanina. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón! Redoble de tambor.

Amadeo. Pero ten entendido que es hoy nada más. Otro día cualquiera no pasa adelante una discusión parecida. Digo yo: «Vamos a tal sitio», y vamos. Lo dices tú, y vamos también.

Juanina. ¡O no vamos!

Amadeo. Sí vamos; porque yo te mandaré obedecerme.

Juanina. ¡O no vamos!

Amadeo. ¡Pues tendremos un disgusto grave!

Juanina. ¡Pon, porrón, porrón!

Amadeo. Sin burlas. Juegas demasiado con mi bondad. Y es necesario que no olvides la Epístola que nos leyó el sacerdote el día de nuestra boda.

Juanina. Y ¿tú crees que yo me enteré?

Amadeo. ¿Qué dices?

Juanina. ¿Tú te piensas que yo estaba aquel día para escuchar la Epístola?

AMADEO. ¡Juanina! ¡Si no hay más día que ése para escucharla! ¡Si se va a eso nada más! ¡En los años que tengo no he oído un desatino semejante!

JUANINA. ¡Claro! ¡Tú no perderías una coma! ¡Bueno eres! Además estabas en tus cinco sentidos; como si casarse fuera tomarse un refresco.

AMADEO. ¡No está mal refresco!

JUANINA. ¡Y habías dormido a pierna suelta la noche antes! Pero yo, que no logré pegar un ojo… ¡Qué preocupadísima la pasé!… Como que todo el mundo era a decirme lo mismo: «No te hagas ilusiones: al marido no se le conoce hasta el día siguiente al de la boda…». ¡Querías tú que tuviera yo mis nervios para escuchar la Epístola!

AMADEO. ¡Bah, bah, bah; siguen los disparates! ¡Esto ya… esto ya es teatro de vanguardia!

JUANINA. ¡Siguen, siguen; y van a seguir mucho tiempo! ¡Disparates, disparates!… ¡Vivan los disparates! ¡Cada cinco minutos, un plan distinto! ¡Pensar una cosa y hacer sin remedio la contraria! ¡Lo demás es aburrirse de muerte! ¡Que te diviertas en el concierto, Tambor!

AMADEO. ¡Si no vamos! ¡Si ya se ha acordado que no vamos!

JUANINA. *Sin atenderlo, se marcha por donde salió, imitando el redoble del tambor con que acostumbra replicarle.* ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón!

AMADEO. ¡Y se va burlándose! ¡Hay que verlo! ¡Redoblando! ¡Yo no puedo más! ¡Acaba conmigo esta muñeca!

Vuelve Cruz, y al ver la agitación de su hermano, después de contemplarlo un poco, le pregunta:

CRUZ. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

AMADEO. ¡Hola, hermana!

CRUZ. ¿Qué sucede? Te veo desquiciado.

AMADEO. ¿Qué ha de suceder? ¡Lo de todos los días! ¡La gresca número treinta mil y pico! Ya he perdido la cuenta.

CRUZ. ¿No vais al concierto?

AMADEO. Ya, no.

CRUZ. ¿Cómo qué no? ¿Tú no estás vestido para ir? Me dijo Joselito…

AMADEO. Hace media hora, íbamos a ir, siguiendo la ventolera de anoche; pero ahora ya no vamos.

CRUZ. ¿Por qué?

AMADEO. ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Pregúntale a un gorrión por qué cambia de rama! ¡Por qué! ¡Por qué!

CRUZ. Y ¿tú lo consientes?

AMADEO. ¡A ver!

CRUZ. ¿Me permites que te diga, Amadeo, que eres un calzonazos?

AMADEO. ¡Ya me lo has dicho sin que te dé el permiso! Pero, no: te equivocas; no soy un calzonazos, Crucita: soy simplemente un pobre marido enamorado de su mujer.

CRUZ. La que no le corresponde, por cierto, cuando lo hace sufrir de este modo. Pero no olvides tú que el cariño bien entendido no debe ser sólo mimo y dulzura; debe ser algo más: inteligencia, educación, voluntad, energía, si fuera menester…

AMADEO. Todas esas armas cuentan en el mío… ¡Y las empleo inútilmente!…

CRUZ. Bien te lo previne: «Vive en guardia, Amadeo; es hija única, y muy mimada. La camisita de fuerza desde el principio».

AMADEO. *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay!…

CRUZ. Y esto de hoy no se lo debes consentir. ¡De ningún modo! Y mucho menos habiéndote hecho trastornar el orden de vuestra vida por lograrlo ella. ¿No quería concierto a todo trance? ¡Pues concierto! ¡Esta tarde debes hacerle oír hasta la última nota!

AMADEO. No delires, Cruz.

CRUZ. No deliro: me pongo en tu dignidad de varón. Primero, se lo razonas, se lo ruegas; luego, se lo pides; después, se lo mandas; y últimamente, si aún se resiste, la agarras por el moño y la llevas.

AMADEO. ¡Por el moño!… ¡Si se ha pelado antes de ayer!

CRUZ. ¿Que se ha pelado? ¿Contra tu gusto?

AMADEO. ¡Por hacer el suyo, como siempre! ¡Eso sí: ya está arrepentida!

CRUZ. ¡Buen consuelo! ¡Es increíble, Amadeo! Yo, en tu lugar, ¡la hubiera ahogado!

AMADEO. Yo, no. Me he limitado a reprochárselo… a llevarme un disgusto… y a guardar sus cabellos en una cajita de cristal… para verlos siempre… ¡Son los mismos, Cruz, son aquellos que me cautivaban desde sus trece años!…

CRUZ. Me da pena oírte. Pena y coraje. Voy a hablar ahora mismo con esa mona.

AMADEO. Mira, déjate… No la enredemos otra vez.

CRUZ. Los pelos que se ha cortado no puedo ponérselos, ¡pero vais al concierto esta tarde!

AMADEO. ¡Si ya hemos quedado definitivamente en que no!

CRUZ. ¡Pues vais al concierto!

AMADEO. ¡No compliques, por Dios, las cosas, con tu talento ecuánime!

CRUZ. De esto no me apeas, Amadeo. ¡Vais al concierto! *Éntrase por la puerta de la derecha.*

AMADEO. Pero, señor, ¿es que voy a servir yo de juguete de la una y de la otra? ¡He dicho ya que no, y no! ¡Al concierto no vamos!

Llegan por la izquierda Carmelo y Tristón. Carmelo es el esposo de la señora que se acaba de ir. Ya tiene bastante. Tristán es un primo de Juanina, dibujante de moda, un tanto enamorado de ella. Lleva siempre consigo un álbum de bolsillo, y aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para tomar apuntes, generalmente de mujeres.

CARMELO. ¡Chico, qué solo estás!

AMADEO. ¡Hola!

TRISTÁN. ¡Qué cara de aburrido tienes!

AMADEO. ¡Hola, Tristán!

TRISTÁN. ¿Y mi prima?

Amadeo. Allá dentro.

Carmelo. ¿Y mi mujer?

Amadeo. Con ella. Ahora acaba de irse.

Tristán. Pero ¿no ha venido nadie esta tarde?

Amadeo. Nadie. Hemos telefoneado a los asiduos que no vinieran, porque íbamos a salir.

Tristán. ¡Ah! ¿vais a salir?

Amadeo. ¡Íbamos!

Carmelo. ¿No salís ya?

Amadeo. No. ¡Íbamos!

Tristán. Me alegro.

Carmelo. Y yo.

Amadeo. ¿Os sentís tresillistas?

Carmelo. ¡Qué hacer!

Amadeo. Pues ahora vengo… a que me ganéis unos cuartos. *Vase por el gabinete, hacia la derecha.*

Tristán. ¡Qué hombre más plúmbeo!

Carmelo. ¿Amadeo? ¡No!

Tristán. ¡Plúmbeo! ¡La cantidad de lápiz plomo que se podría sacar de sus huesos!

Carmelo. Asomó el dibujante.

Tristán. Plúmbeo y triste. Compadezco a mi prima.

Carmelo. Eso es lo que te ocurre a ti: que envidias a Amadeo porque se ha casado con ella.

Tristán. Y lo envidio; es verdad. Lo cual nada quita ni pone en su pesadez. Esto es independiente. Si pesara el espíritu como la carne, Amadeo partía todas las básculas.

Carmelo. Envidia, envidia; y no de la bien intencionada.

Tristán. ¡Ni mucho menos! Estamos en familia.

Carmelo. ¡Por eso no lo debías decir!

Tristán. ¡Pobre Juanina! ¡Pobre Cascabel! ¡Una mujer tan varia, tan múltiple, irisada de mil colores, casada con un hombre tan igual, tan rítmico, tan gris!… ¡Qué desesperación!

Carmelo. Y ¿por qué no se la disputaste a tiempo?

Tristán. ¡Porque ella nunca me hizo caso! ¡Si además está enamorada de él, que es lo más absurdo!

Carmelo. Por contraste, quizá.

Tristán. Por lo que sea; pero el resultado es que nunca será feliz al lado suyo. Es una gran desgracia.

Carmelo. No saques las cosas de quicio, Tristán; no desatines. ¡Si tu prima es dichosa con que le compren un muñeco!

Tristán. Ése es el error. No es tan frívola como parece. Pero Amadeo le hablará siempre de cosas que la aburran, que no le interesen; vulgares, prosaicas…

Carmelo. Sí, sí.

Tristán. Y Juanina es mujer espiritual, de ensueño, de quimera; para despertarle una ilusión cada minuto; para descubrirle horizontes insospechados; para arrullarla en una góndola una noche en Venecia…

Carmelo. ¡Ya, vamos, ya! Una noche… en Venecia. Eres un teórico.

Tristán. ¿Por qué?

Carmelo. ¡Un teórico! Ves a las mujeres como dibujante; en la posturita que más te agrada; en el momento que más te seduce; con el traje más lindo… ¡Quieta ahora! Un apunte… y a casa. Y no es eso, querido.

Tristán. ¡Ya sé yo que no es eso!

Carmelo. Una noche en Venecia, con una mujer seductora, está muy bien; pero el matrimonio… ¡son todas las noches en Madrid!

Tristán. ¡Ja, ja, ja!

Carmelo. ¡Y todos los días, uno tras de otro! El matrimonio no es nunca un apunte de una hojita de álbum; es… es todo un cuadro al óleo: ¡un

cuadro de historia!

TRISTÁN. ¿Tamaño académico?

CARMELO. ¡Tamaño natural! Para conocer bien a una mujer —aguarda, no venga la mía— hay que estar con ella desde que te despiertas por la mañana hasta que te duermes por la noche. ¡O hasta que te haces el dormido, que se dan casos!

TRISTÁN. Se dan casos, ¿eh?

CARMELO. Doy fe de ello. El desayuno, el almuerzo, la merienda, la cena, el paseo, las visitas, las diversiones… y luego, por contera, la justificación de lo que haces sin su compañía. ¡Los entreactos! ¡Cuando te sales al pasillo a fumar! Este capítulo para mí es muy grave; porque tengo poca inventiva.

TRISTÁN. Pues, chico, será eso; será que te falta genio para llevarlas; porque yo, en mis dos o tres simulacros de matrimonio, me he bandeado muy bien.

CARMELO. ¿Simulacros… y dos o tres? Teoría, teoría… ¡Cuando digo que eres un teórico! El croquis o el boceto para la cubierta del libro o de la revista… y a otra cosa. ¡Ya, ya!

TRISTÁN. Aquí viene tu dulce compañera.

CARMELO. Pues como no me ve desde la hora del almuerzo, porque tuve que salir en seguida, ¡entérate del entreacto! Toma nota.

Por la puerta de la derecha vuelve Cruz.

CRUZ. Me había parecido oírte hablar.

CARMELO. Sí; he llegado con éste hace un ratillo.

CRUZ. ¿Cómo estás, Tristán?

TRISTÁN. Bien; para servirte, elegantísima parienta.

CARMELO. El dibujante de las damas te llama elegantísima.

CRUZ. Es un adulador. ¿Y Amadeo?

CARMELO. Ahora viene.

CRUZ. *A Carmelo.* ¿Qué te has hecho tú por ahí?

CARMELO. ¡Uh! Varias cosas.

Tristán saca su álbum y toma un apunte de Cruz, sonriéndose del diálogo matrimonial. Entre Carmelo y él se cruza tal cual guiño de inteligencia.

CRUZ. ¿Fuiste al Círculo?

CARMELO. Sí; lo primero.

CRUZ. ¿Quién había allí?

CARMELO. Figúrate: ¡la mar de socios!

CRUZ. No; sin broma.

CARMELO. Sin broma: ¡había la mar de socios!

CRUZ. Digo de los que tú buscabas. ¿Viste a los dos?

CARMELO. Los vi.

CRUZ. Y ¿qué?

CARMELO. Están conformes. Mariscal vende desde luego la finca.

CRUZ. ¿En lo que queríamos?

CARMELO. Sí. Irá mañana a hablar contigo.

CRUZ. Bueno. Y ¿qué más?

CARMELO. De eso, nada más.

CRUZ. Pero ¿qué has hecho?

CARMELO. Jugar al billar media hora.

CRUZ. ¿Con quién?

CARMELO. Con Polo Maldonado.

CRUZ. ¿El que siempre te gana?

CARMELO. El mismo.

CRUZ. Hoy te habrá ganado también.

CARMELO. También.

CRUZ. Y ¿por qué no juegas con otro, corazón?

CARMELO. Porque así aprendo. Dicen que perdiendo se aprende.

CRUZ. Y ¿adónde fuiste después de jugar?

CARMELO. ¿Adónde fuí yo?

CRUZ. ¡No me inventes!

CARMELO. No te invento, hija mía: fuí a casa del sastre.

CRUZ. Es verdad, sí; que te había citado para hoy. ¿Y luego?

CARMELO. Luego me alargué hasta la Castellana a estirar las piernas.

CRUZ. ¿Había mucha gente en el paseo?

CARMELO. Todavía poca, porque era temprano.

CRUZ. ¿Gente conocida?

CARMELO. Chica, con el volar de los *autos* no se conoce a nadie. Frente a la estatua de Castelar, a quien reconocí porque está parado, topé con éste, y nos encaminamos hacia aquí. ¿Explicado a satisfacción el entreacto?

CRUZ. Explicado.

CARMELO. ¿Has oído, Tristán, el interrogatorio?

TRISTÁN. ¿Cómo no?

CARMELO. Pues anota, anota.

CRUZ. ¡Me interesan los pasos que da mi marido cuando va sin mí!

TRISTÁN. ¡Es muy justo! Y ¿él está a la recíproca?

CARMELO. Sí; porque sin que yo le pregunte nada, ella me lo cuenta.

CRUZ. ¡Como debe ser!

En esto, por la puerta de la salita aparece Juanina, arreglada para ir al teatro, porque al fin ha encontrado zapatos que ponerse, y simultáneamente, por la derecha del gabinete, Amadeo, en traje de casa. Su estupefacción al reparar en ella es indescriptible.

TRISTÁN. ¡Primita!

JUANINA. ¡Primito! Carmelo, Dios te guarde.

CARMELO. Y a ti, tesoro.

JUANINA. Pero, ¡Amadeo!

AMADEO. ¿Qué?

JUANINA. ¿Cómo estás ahora así?

AMADEO. ¿Y tú, cómo vienes tan compuesta?

JUANINA. ¡Ay, qué gracia!

AMADEO. ¡Gracia, ninguna! ¿Adónde vas?

JUANINA. ¿Estás loco, vidita? ¡Al concierto! ¿Adónde he de ir?

AMADEO. ¿Al concierto?

JUANINA. ¿De qué te asombras? ¿No les hemos avisado a nuestros amigos que no vinieran hoy porque íbamos a ir al concierto? ¡Si estamos hablando de esto desde anoche!

CRUZ. Tiene razón Juanina.

AMADEO. ¿Eh?

CRUZ. Tiene razón.

AMADEO. ¡Ah! ¿tiene razón? ¿Tú le das la razón?

CRUZ. ¡Claro!

JUANINA. ¡Claro! ¡Como que la tengo!

AMADEO. *Fuera de sí.* ¡Pero si no hace diez minutos me has dicho tú misma, ¡jinojo!, que no ibas ni atada al concierto!

JUANINA. ¿Yo? ¡Yo no he dicho tal cosa!

AMADEO. ¿Cómo qué no?

JUANINA. ¡En qué cabeza cabe! ¿Veis qué hombre? ¡No hay quien haga carrera de él! ¡Vive en contradicción continua! ¡Acabará por aburrirme! ¡Mira que ponerse de casa!… ¡Vamos!

Amadeo quiere hablar y no puede. Ha perdido la palabra de pronto, como un loro a quien se le olvida en un segundo todo lo que sabe. No hace ya sino volverse indignado a cuantos se dirigen a él, pretendiendo en vano articular una sola silaba.

AMADEO. ¡Hep!…

CRUZ. No te ofusques, hermano. Yo misma, ¿no te dije que entraba a convencerla?

AMADEO. ¡Hep!…

JUANINA. ¡Pero si no hacía falta convencerme! ¡No, y lo que es sin el concierto no me dejas, precioso! ¡Es un programa extraordinario!

AMADEO. ¡Hep!…

JUANINA. ¡Claro que ya llegamos tarde! ¡Con lo que a mí me subleva llegar tarde!…

AMADEO. ¡Hep!…

Juanina. Tú harás lo que quieras, ¿lo oyes? Pero yo me marcho ahora mismo. Anda, Cruz. Acompáñanos tú, Tristán.

Tristán. Con mil amores, primita del alma.

Juanina. ¿Tiene una marido para esto?

Amadeo. ¡Hep!…

Se va decidida por la izquierda, seguida de Tristán.

Cruz. *Con toda solemnidad, a Amadeo, que aún permanece mudo, en fuerza de sobrarle palabras y razones.* Por mucho que me duela, he de decírtelo: ahora no has estado en tu papel. Mañana temprano vendré a leerte la cartilla.

Amadeo. ¡Hep!…

Cruz. *A Carmelo.* Compra tú unos bombones y vete al teatro sin detenerte en ninguna parte. Platea número siete. Hasta luego.

Carmelo. Hasta ahora.

Cruz. No tardes, ¿eh? *Se va presurosa.*

Los dos maridos se contemplan. Pausa.

Carmelo. ¿Qué? ¡Te echan fuego los ojos! ¿Reniegas quizá de tu suerte?

Amadeo. *Recobrando el habla.* ¡Sí, hijo, sí! No he podido hablar hasta ahora, y me alegro, porque hubiera dicho atrocidades. Esa mujer, a quien adoro, me entierra.

Carmelo. ¡Uno ha de morir antes que el otro! Pero no te quejes demasiado: ¡te deja esta tarde por tuya! ¡Eres libre una tarde!

Amadeo. ¡Ca, hombre, ca! ¡Soy un calzonazos! Me lo ha llamado tu mujer… y ¡ésa sí que tiene razón!

Carmelo. ¡Hay que dársela, aunque no la tenga!

Amadeo. ¡La tiene! ¡Soy un calzonazos!

Carmelo. Pero ¿por qué?

Amadeo. ¡Tú lo verás dentro de diez minutos! ¡Joselito!… ¡Joselito!… *V ase por la derecha del gabinete, llamando a Joselito.*

Carmelo lo contempla con una sonrisa de esclavo filosófico, entre compasiva y burlona.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el acto primero, quince días después. Es a media tarde.

Se celebra una grave reunión familiar. Aparecen, sentados, convenientemente, Juanina, Amadeo, Cruz, Carmelo y Tristón, conocidos ya de nosotros, y don Fermín y doña Clara, que por si mismos nos dirán en seguida quiénes son y cuál es su papel en tal instante.

AMADEO. Bien; ya estamos todos.

DOÑA CLARA. ¿Todos? ¿Y la tía Mercedes?

CRUZ. No puede venir; anda delicaducha.

DOÑA CLARA. Es verdad; la pobre no pasa un día bueno. Amadeo. Luego estamos todos.

JUANINA. ¡Sí, hombre, sí! ¡Que conste en acta! ¡Estamos todos!

CRUZ. No empecemos, Juanina.

AMADEO. Diga lo que quiera, no conseguirá que yo me descomponga. Me he jurado a mí mismo, al acceder a esta reunión familiar, al convocar a ustedes a este acto, tan solemne como el de mi casamiento…

JUANINA. ¡Pon!

AMADEO. O más todavía…

JUANINA. ¡Porrón!

AMADEO. Oírlo todo, aun las mayores inconveniencias, sin perder mi serenidad ni mi equilibrio. Ya se me puede llamar… se me puede llamar… Bueno; basta. No necesito… Basta.

Juanina. ¡Primera vez en su vida que no acaba un párrafo! ¡Se va a caer una estrella!

Amadeo toca un timbre.

Cruz. Me permito advertirte, Juanina, que es demasiado serio el caso de que se trata para que no resulte impertinente la actitud en que estás.

Juanina. Pronto salta el abogado defensor. Yo ni en este acto ni en ninguno puedo volverme otra. Soy como Dios me ha hecho. *A Amadeo.* Por tu desgracia; ya lo sé. No hagas gestos significativos. Además, es teoría muy suya cuando se encastilla en una cosa: «¡Yo soy así; yo soy así!». Y punto redondo. ¡Pues yo soy asá!

Don Fermín. Bien, bien; pero, pregunto yo…

Amadeo. Un instante. *A Joselito, que aparece por la izquierda del gabinete.* Joselito: venga quien venga, y llame quien llame por teléfono, no hay nadie en casa.

Joselito. Ya estaba yo en eyo.

Amadeo. No hay nadie en casa.

Juanina. Van dos.

Amadeo. Esta tarde no hay nadie en casa.

Juanina. ¡Tres!

Amadeo. ¡Venga quien venga y llame quien llame!

Juanina. ¡Cuatro!

Carmelo. *A Cruz, a quien ve muy nerviosa.* Revístete tú también de paciencia, mujer.

Juanina. Sí, que toda es poca para sufrirme.

Cruz. Algunas veces, ¡ya lo creo!

Juanina. Y si no, que lo diga tu hermano.

Cruz. ¡Ya, ya lo dirá!

Don Fermín. Orden, orden.

Amadeo. De modo que te has enterado, Joselito.

Juanina. ¡Se han enterado hasta los vecinos de junto!

Joselito. Los vesinos de junto…

Amadeo. *Reprendiéndolo.* ¡Joselito!

Joselito. No iba a desí na malo.

Amadeo. De todos modos; márchate.

Joselito. Me marcho, y estate tú tranquilo, que nadie te molestará. *Vase por la izquierda.*

Juanina. ¡Te molestará! Ustedes lo han oído: *te* molestará. Los demás, como si no existiéramos. ¡Es mucho don José!

Tristán. La verdad es que yo no me acostumbro a este tú por tú del criado.

Amadeo. ¡Hombre, Tristán, ponte en las cosas! ¡Si nos ha visto nacer a todos!

Tristán. Sin embargo, tú, tan rigorista… ¡Qué sé yo! Esto de que delante de todo el mundo te tutee tu criado…

Juanina. ¡A buena parte vas! ¡No le toques a don José, si no quieres perder las amistades para siempre! ¡Don José! ¡Ahí es nada! ¡Don José es aquí el amo! Se come lo que dispone don José, se sale cuando le peta a don José… hay que reírle las gracias a don José, que no tiene ninguna, aunque haya nacido en la Isla… ¡El amo! ¡el amo!

Don Fermín. Orden, un poco de orden.

Doña Clara. Dejaos de tiquis miquis y de alfilerazos inútiles. No envenenéis también lo pequeño, que ya hay bastante con lo demás.

Don Fermín. Ahí, ahí voy yo.

Doña Clara. Yo, en rigor, no tengo absoluto derecho a intervenir en este asunto; si estoy aquí es porque me lo ha suplicado la madre de Juanina, con quien sabéis que me une estrecha amistad. Ella, que no cree que se trate más que de una barrabasada de éstos…

Juanina. ¡Sí, sí; barrabasadas!

Doña Clara. No ha querido ponerse en viaje y me ha encargado a mí que la represente. Confía en que yo, más imparcial que ella, que al fin y al cabo es madre de la mujer y suegra del marido…

Amadeo. Yo siempre la he considerado como madre.

Juanina. Menos en aquella discusión de la venta de los terrenos de marras, que te hartaste de llamarle suegra, porque a ti no te daba la razón más que *Tomatillo*.

Amadeo. Como ignoro absolutamente quién es *Tomatillo*, siga usted adelante, señora.

Cruz. Sí; no es posible estar a todos los saltos y desplantes de un gato chico; ¡por mono que sea!

Juanina. Tú y yo acabaremos por rifar esta tarde.

Doña Clara. Vamos, vamos… Decía yo que la madre de Juanina, la buena de Isabel, confía más en lo que pueda yo lograr aquí por neutral, que no ella por demasiado interesada. Además, tiene mucha fe en mi larga experiencia matrimonial. ¡Yo he celebrado ya mis bodas de plata y de oro! ¡Si estaré al cabo de la calle de todo género de nublados, tormentas, escaramuzas y peleas de marido y mujer!

Carmelo. Muy bien, doña Clara. Siempre tan discreta y tan bondadosa.

Don Fermín. Muy bien, muy bien. Yo, por mi parte, debo decir que asisto a este acto con doble representación: como tío carnal de Amadeo, y además en lugar de su padre, el excelentísimo señor general Villacañas, a quien patrióticos deberes retienen ahora mismo en la Ciudad Condal, donde sirve a su rey y a su patria.

Juanina. ¡Y a los *hoteleros*, porque sale a banquete diario!

Carmelo. ¡Schsss! ¡Juanina!

Juanina. *Por Tristón.* Éste se ríe.

Cruz. ¡Como que has estado muy ocurrente!

Amadeo. ¡Cruz!…

Carmelo. ¿Vamos a no perder más tiempo gastando la pólvora en salvas? Yo, que me tengo por el más insignificante, pero por el más pacífico de todos, y que además he sabido acomodarme… o amoldarme de muy buen grado al carácter de mi mujer…

Cruz. Cierto; cierto.

Juanina. *En voz baja, pero para que la oigan todos.* ¡A la fuerza ahorcan!

Cruz. La paz de todos los matrimonios, aunque me esté mal el decirlo, depende del talento de la mujer.

Juanina. ¿Eso quiere decir que yo no tengo talento ninguno?

Cruz. ¡Ah! ¡Ninguno!

Doña Clara. ¡Por amor de Dios!

Tristán. Pido la palabra para una cuestión previa: ¿quién preside aquí?

Don Fermín. Ahí, ahí iba yo.

Tristán. ¡Porque si hablamos todos a un tiempo, no habrá manera de entenderse!

Amadeo. Sin necesidad de que presida nadie, con que nadie interrumpa inoportunamente a quien esté hablando…

Juanina. Pues eso empieza por recomendárselo a tu hermana.

Amadeo. A todos se lo recomiendo igualmente. Sigue tú con lo que decías, Carmelo.

Carmelo. No es más que una pregunta.

Juanina. Venga.

Carmelo. ¿Cuál es el motivo fundamental en que apoya este matrimonio su decisión de separarse?

Juanina. ¡Que no podemos aguantarnos!

Tristán. ¡Más claro, el agua!

Amadeo. Sí; pero esa afirmación es muy absoluta.

Juanina. ¿Muy absoluta? ¿Tú puedes aguantarme a mí?

Amadeo. ¡Hace dos años y medio que te aguanto!

Juanina. Sobre eso habría mucho que hablar. Pero ¿estás dispuesto a seguir aguantándome?

Amadeo. Te diré.

Juanina. ¡Ah! Te diré. Ahora te achicas. Pues yo no me achico: ¡yo no te aguanto ni un día más! ¡Y me separo, y me separo, y me separo! ¡Por

buenas o por malas! ¡Me separo! ¿Lo oyes, Carmelo? ¡Me separo! ¿Lo oyen ustedes todos? ¡Me separo!

Tristán. ¡Y a mí me parece muy bien!

Amadeo. *Mirándolo.* ¿A ti te parece muy bien?

Tristán. ¡Muy bien! ¿No podéis aguantaros? ¡Pues a vivir separadamente para poder vivir!

Don Fermín. Ahí, ahí iba yo.

Doña Clara. ¿Iba usted ahí? Pues no vaya usted, o deténgase a reflexionar un momento.

Don Fermín. Todos los que usted quiera.

Doña Clara. ¿Es que se puede dividir un matrimonio como se rasga una tela en dos partes? ¿Qué idea del matrimonio es ésa? Si todos los matrimonios, al primer contratiempo, al primer disgusto…

Juanina. ¿Cómo al primero?

Doña Clara. No me interrumpas, niña, como ha recomendado tu marido. Si yo me hubiera querido separar de mi Pepe cada vez que no he podido sufrirlo —su ausencia me perdone—, ¿cuándo hubieran nacido los doce hijos que tengo? Y no olvidéis que el principal objeto que une al hombre y a la mujer es el de crear una familia; y no han de prescindir de ese fin sagrado, porque a él o a ella se le revuelva una mañana la bilis.

Carmelo. Muy bien, doña Clara.

Don Fermín. ¡Muy requetebién!

Doña Clara. ¿Se os fué de la memoria ya la Epístola de San Pablo?

Juanina. A éste, sí; a mí, no.

Amadeo. ¿A mí, sí, y a ti, no?

Juanina. ¡Eso me dijo usted hace quince días!

Amadeo. *Reprimiendo su indignación.* Bien, bien, bien… Usted me disculpe, doña Clara. Continúe.

Juanina. ¡Se ha creído en serio que es el presidente!

Doña Clara. ¡Y lo es, mocosa! Y ten presente siempre, ya que dices que recuerdas la Epístola, que la mujer, en todo caso, debe seguir al hombre.

Carmelo. *Aludiendo a su pesar a la suya.* ¡Y lo sigue!

Doña Clara. Sobre que las consecuencias de una separación, a vuestra edad, son gravísimas.

Don Fermín. ¡Gravísimas! No verlo es una ceguera voluntaria.

Doña Clara. ¡Vuestras vidas rotas en la flor de la juventud!… ¿No lo consideras, Juanina? ¿Qué va a ser de ti? ¿Qué va a ser de tu esposo?

Juanina. ¡Yo no pienso meterme en ningún convento!

Doña Clara. ¡Pues peor que peor! ¿Cómo hemos de entender tus palabras, niña?

Entre Tristón y Juanina se cruza, tal vez involuntariamente, una mirada que es un relámpago. Amadeo la nota.

Amadeo. Yo en este instante no quiero pensar sino en su lamentable inconsciencia.

Doña Clara. Y de los peligros para el hombre, en una situación así, aquí donde no está admitido el divorcio… —y aunque lo estuviera— ¡no se diga!…

Carmelo. ¡Oh! Y el hombre, que es polígamo por naturaleza…

Cruz. *Atajándolo.* ¡Hasta que se casa será!

Carmelo. ¡Claro! ¡hasta que se casa! Pero si se descasa, Cruz…

Cruz. ¡Ah! ¡Si se descasa… no me meto!

Carmelo. De ahí los peligros a que se refiere doña Clara. ¡Que son incontables!

Don Fermín. ¡Incontables! ¡incontables! ¡Y como está el mundo!

Doña Clara. Es verdad, don Fermín: ¡cómo está el mundo! La moralidad anda por las nubes. ¡Qué perversa mezcolanza en el trato social! ¿Querrán ustedes creer que ha consentido mi casero que al piso bajo de la casa en que vivo, en que no habitamos más que personas decentes, se mude una de las pájaras más escandalosas de Madrid?

Don Fermín. Ahí, ahí voy yo.

Doña Clara. ¿También va usted ahí, mi querido amigo? *Risas de iodos, a excepción de Amadeo.*

Tristán. ¡Por la boca muere el pez, señor don Fermín! Carmelo. ¡Qué confesión más espantosa!

Don Fermín. Seriedad, señores, seriedad… ¿Cómo yo, a mis años…?

Carmelo. ¿Ni cómo había usted de declararlo aquí?…

Don Fermín. ¡No, no es eso!… No he pretendido sino corroborar la estupefacción de doña Clara. Y esta buena señora se ha apoyado en mi muletilla para provocar la risa de ustedes…

Doña Clara. Perdone usted la broma.

Don Fermín. ¡No hay de qué, doña Clara! Una broma ingeniosa es oportuna siempre. En resumidas cuentas, yo estoy de todo en todo conforme con lo que ella ha dicho.

Juanina. ¿Sí, eh? ¡Pues yo, no!

Doña Clara. ¿Tú, no?

Juanina. ¡No, señora! ¡Yo no estoy conforme en absoluto! ¡Aunque me aceche el demonio detrás de la puerta! ¿Que la mujer debe seguir al hombre? ¡Pues yo me he cansado de seguir a éste! Pero conste que en ese particular tengo mi conciencia tranquila, pero muy tranquila; porque más caprichoso que él no lo hay; y está por la primera vez que yo me haya opuesto a un capricho suyo. ¡Aunque haya tenido que tragarme las lágrimas! Y bien recientito está el último: ¿cuándo, si no es por complacerle a él, me corto yo el pelo?

Amadeo. *Sin poder contenerse.* ¡Juanina!

Juanina. Sí, sí; fuera caretas. ¡Ha llegado la hora de decir todas las verdades!

Cruz. ¡Mira; no fantasees, como de costumbre!

Amadeo. ¡Habría que fundirla!

Juanina. ¡Lo que he dicho es el evangelio! ¡Me corté el pelo porque a tu hermanito se le puso entre ceja y ceja!

Cruz. ¡Te cortaste el pelo contra su voluntad y contra su gusto! ¡Estoy bien enterada!

Juanina. ¡Por él! Pero ¡buenas matracas me dió con la moda; con que la moda se imponía; conque era una ranciedad no peinarse a la moda; conque

era *patetismo*; con que era… qué sé yo! ¡Hasta que cansada de sermones, ¡tras!, agarré un día las tijeras y me lo corté! ¡Qué dolor de pelo!

Cruz. ¡Es que subleva oírla! Ustedes no saben…

Amadeo. ¡Yo estoy a punto de perder la serenidad que no quería perder!

Juanina. Pues piérdela, piérdela, que te vendrá muy bien. ¡Me va a hacer a mí mucha gracia verte descompuesto!

Don Fermín. Orden, orden.

Cruz. Voy a seguir yo hablando. *A Carmelo.* Tú te callas ahora.

Carmelo. Callado estoy, Cruz.

Cruz. Pues sigue callado. Digo, doña Clara, cogiendo el hilo del asunto, para no perdernos en esta madeja de dimes y diretes, que mal se compadece la afirmación que ha hecho Juanina de que no puede aguantar a Amadeo, con la conducta que ha seguido durante los tres días que llevan separados en casa. Ella en unas habitaciones y él en otras, ¿verdad? Pero ella no ha parado de investigar en todo momento qué comía él, qué no comía, cuándo salía, cuándo entraba…

Juanina. ¡Claro! ¡Como que no soy una fiera! ¿Y él, no hacía otro tanto?

Cruz. ¿Quién lo niega?

Juanina. Pero él es más hipócrita. Lo ha hecho a hurtadillas. Por el agujerillo de la cerradura me ha mirado siempre que yo he pasado por su puerta. ¡Bien que brillaba el ojo!

Doña Clara. Pues eso te demuestra, criatura, que os queréis, y que esto de ahora no es más que una nubecilla de verano.

Juanina. ¡Ca!

Don Fermín. ¡Ni más ni menos, por lo que se ve!

Juanina. ¡Ca!

Carmelo. ¡Claro, hija, claro! Aquí pretendía yo venir a parar.

Cruz. Pues ¿por qué, si no, he querido yo sacar a colación estas secretas ternuras del uno y de la otra? Nuestra misión es analizar los hechos fríamente.

Don Fermín. Ahí, ahí.

Juanina. ¡Toda la familia de acuerdo! ¡Ya contaba yo con la huéspeda! Esta reunión es un puesto de la Plaza Mayor en Navidad: ¡no hay más que Tambores! Ojo, ¿eh?, que el mote se le debe al general *Bum-Bum*.

Cruz. ¡Juanina!

Juanina. ¡Qué pamema! ¡Dar esta campanada de reunión para dejar las cosas como estaban! ¡Nube de verano! ¡Jajay, qué risa! ¡Nube de verano! ¡Como que por un momento de flaqueza va a olvidar una todo lo demás!

Doña Clara. ¿Todo lo demás?

Juanina. ¡Es natural, señora! ¡Yo seré muy Cascabel; pero, por lo visto, peso mucho más que seis Tambores juntos! ¡Nube de verano! ¡Nube de verano!

Doña Clara. Niña, niña, no sigas adelante. Y ya que nos das a entender que hay en tu ánimo mayores causas, dilas.

Don Fermín. Ahí, ahí. Es necesario concretar las cosas. No basta decir: «¡No nos podemos aguantar!». No, no basta.

Doña Clara. No puede bastarnos a nosotros. Expón, expón tus razones, tus fundamentos…

Don Fermín. Acusa, acusa si es menester. ¿Qué falta ha cometido Amadeo? ¿Qué falta grave? ¿En qué te ha ofendido que no se pueda remediar? ¿Se distrae de ti? ¿Por ventura tiene algún devaneo…?

Juanina. ¿Eh? ¡Si tuviera algún devaneo, le sacaba los ojos!

Amadeo. Y yo me los dejaba sacar.

Cruz. Eso es nobleza; quéjate, niña, quéjate.

Juanina. ¡Ah! ¡ah! ¡Qué cosa ha dicho! ¡Qué asombro! ¡La hermana ha abierto un palmo de boca! ¡Él se dejaba sacar los ojos! ¡Ah! ¡ah! ¡Este hombre es un santo! San Amadeo, Tambor y mártir. ¡A los altares en seguida con él! ¡Este hombre no es para este mundo! Pero como yo no soy más que para éste, lleno de defectos y de flaquezas, me alejo de él como una apestada, y me separo, y me separo, y me separo.

Doña Clara. Pero, tarabilla, ¿quieres callar?

Juanina. ¡Y me separo, y me separo!

Amadeo. Como ven ustedes, ahora se trata de jugar a eso: a separarse. Jugó primero a tener novio, luego jugó al día de la boda y ahora quiere jugar a la separación.

Juanina. ¡Ajá! Ahora me ha dado por ahí. Soy una chiquilla insustancial y sin seso. ¿Qué les parece a ustedes la opinión que de mí tiene mi marido? ¿Quién obliga a un hombre tan pesado a vivir con una mujer tan ligera?

Amadeo. Sobre este punto he de decir yo cuatro cosas.

Juanina. ¿Cuatro cosas?

Amadeo. Cuatro.

Juanina. Ni una más, ni una menos: cuatro.

Amadeo. ¡Ajá!

Juanina. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón!

Amadeo. Puedes redoblar cuanto quieras y reírte de mí hasta cansarte. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón! Pero escucha lo que voy a decir a la familia, como si fuera un bando.

Juanina. ¡Porropopopón!

Doña Clara. Mira, Juanina, o adoptas una actitud más seria, como corresponde a este momento, o yo me levanto y me voy. No se puede tolerar ese tono de burla continua.

Juanina. ¿Qué quiere usted? ¿Que me ponga tan campanuda como éste? ¡Si fuéramos iguales no me separaría de él!

Doña Clara. Lo que quiero, lo que pedimos todos, es que de una vez concretes tus cargos en debida forma.

Juanina. ¡Pues me voy a llevar hablando de aquí a mañana!

Cruz. ¡Pues llévate! ¡Te escucharemos!

Don Fermín. Ahí, ahí.

Tristán. Pero, señores, ¿no creen ustedes que basta y sobra con lo que al comenzar ha dicho? ¡Que no se pueden aguantar! ¿Por qué hemos de forzar a dos seres, que están rabiando de verse juntos, a que vivan juntos? ¿En nombre de qué ley divina ni humana?

Doña Clara. Calla, tú, pintamonas; no metas ahora la patita.

Juanina. Le prevengo a usted, doña Clara, que por más vueltas que se le dé, todo es eso. ¡No nos podemos aguantar! ¡Yo no puedo aguantarlo! Mi martirio empieza con el día. Abro los ojos, voy al cuarto de baño, y me encuentro a este hombre con el capuchón haciendo gimnasia sueca. ¡No puedo acostumbrarme a esos movimientos! ¡Me da unos sustos espantosos! ¡No puedo acostumbrarme!

Amadeo. ¡Pero si no me ve jamás! ¡Si yo me levanto a las ocho y ella a las once! ¡Y, sobre todo, que eso es una pata de gallo, y yo necesito la gimnasia! ¡Me importa conservarme ágil y fuerte!

Juanina. ¡No sé para qué, después de todo! Y con el día se suceden ya las discusiones de todo género. Si él dice que es lunes, a mí me parece que es martes.

Amadeo. Pero ¿dejará de ser lunes, aunque a ti te parezca domingo?

Juanina. ¡Pues me parece cualquier día menos el que él dice que es!

Amadeo. ¡El que es!

Juanina. ¡O el que no es! ¡Porque Tambor también se equivoca! ¡Una vez me dijo que era el día de la Virgen del Carmen, y era San Joaquín!

Amadeo. ¡Eso fué siendo novios! ¡Y todavía colea! ¡Y no hay ocasión en que la dichosa anécdota no salga a relucir!

Juanina. El caso es que apenas amanece Dios, nos agarramos. En seguida salta la cuestión de la hora. ¡A la fuerza ha de ser siempre la hora que marca su reloj!

Amadeo. ¡Como que es un reloj muy fijo, y el tuyo está loco!

Juanina. ¡Por eso precisamente me gusta!

Amadeo. ¡Lo creo muy bien! ¡Pero la hora es la que marca el mío!

Juanina. Nos ponemos a desayunar, y está por la primera vez que hagamos un desayuno tranquilo.

Doña Clara. Pero ¿por qué causa?

Juanina. ¡Porque si él quiere chocolate, yo quiero café!

Doña Clara. ¡Pues tomad cada uno lo que os dé la gana!

Juanina. ¡No puede ser! ¡Hemos de desayunar lo mismo los dos! ¡Otra cosa es intolerable!

Amadeo. ¿Cuándo ha pasado eso, Juanina?

Juanina. Además, ha perdido el olfato, y esto me da a mí una rabia terrible. ¡No huele nada que usted vea!

Amadeo. Pero ¡eso será una desgracia mía, no un motivo de anulación del matrimonio!

Juanina. Y así seguimos las veinticuatro horas. ¡Hasta durmiendo peleamos! ¡Sueña en alta voz y me hace pasar unos sobresaltos terribles! «¡Que me matan! ¡Que me la roban!». ¿Quién duerme así? ¡Voy a enfermar del corazón!

Amadeo. ¡Pintar como querer!

Juanina. ¡Como lo del balcón abierto en la alcoba! ¡Se empeña en dormir al aire libre en todo tiempo, y vamos a coger una pulmonía! ¡Y va a ser doble, que sería lo peor!

Amadeo. ¡Bah, bah, bah!

Juanina. Es día de misa: pues basta que él quiera ir a una iglesia, para que a mí se me ocurra ir a otra. Y viceversa.

Amadeo. ¡Viceversa, no! ¡Siempre vamos a la que ella dice!

Juanina. Pero ¡con qué cara, hijo mío! ¡Por no vértela, me quedaría sin misa! ¡Ello es que, a tuertas o a derechas, no sabe sino llevarme la contraria! Y en cada gresca de éstas, que las tenemos un minuto sí y otro no, se le hinchan las venas del cuello, levanta las cejas y no quieran ustedes oírlo por los pasillos de la casa: «¡Esta mujer es mi perdición! ¡Esta mujer me hunde! ¡Qué cataclismo! ¡Qué ruina! ¡Qué equivocación más rotunda!».

Amadeo. ¿Cuándo he dicho yo nada de eso… a gritos? ¿Cuándo?

Juanina. ¿Cuándo? ¡Ayer mismo, para no ir más lejos!

Amadeo. ¿Ayer?

Juanina. ¡Ayer! ¡Las cosas que echó por esa boca, porque hice una trampa en el julepe!

Amadeo. ¡Me molestan las trampas, señor! ¡Y te lo reprendí!

Doña Clara. ¡Hizo muy bien!

Juanina. ¡Me puso colorada delante de todo el mundo!

Amadeo. ¡No es verdad!

Juanina. ¿Qué?

Amadeo. ¡No es verdad! ¡Se había ido ya la gente de fuera cuando te hablé de ello!

Juanina. ¡Pero si además jugábamos en familia!

Amadeo. La vecina del principal, ¿es de la familia?

Juanina. ¡Según tú la recibes!… ¡La celebras mucho más que a mí! Llega la vecina del principal, y ya no existe tu mujer. ¡Qué piropos! ¡Qué galanterías! ¡Qué ojos en blanco! Se vuelve idiota. Como baje la vecina, no me mira ya ni por educación. ¿Cuándo se mudará de casa?

Amadeo. ¿No está mala de la cabeza esta mujer? ¿No parece loca?

Juanina. ¡Los niños y los locos son los que cantan las verdades! Y aunque no pensaba decirlo, por prudencia, lo voy a decir. Por prudencia, sí; no me eches esos ojos; no es lo que tú crees.

Amadeo. ¡Yo no creo nada!

Juanina. Es del capítulo de gastos.

Amadeo. ¡Juanina! Pero ¿serás capaz?…

Juanina. ¿No he de serlo? ¿No se me pide que lo declare todo? ¡Pues todo! Nuestra posición es envidiable.

Amadeo. A Dios gracias.

Juanina. Tenemos todo el dinero que podemos necesitar y más aún.

Amadeo. A Dios gracias.

Juanina. Mucha gente nos envidia esta posición. ¡Empezando por la vecina de arriba, que tanto te trastorna! Bueno; pues hay ocasiones en que necesito hincarme de rodillas para que me compre un sombrero.

Amadeo. ¿Qué dices?

Juanina. ¿Te pica, verdad? Tengo un traje que ha ido ya cuatro veces al tinte…

Amadeo la va a interrumpir y no puede. Acaba de perder la palabra, de puro indignado.

AMADEO. ¡Hep!…

JUANINA. ¡Una vergüenza! La compra del menor pingajo ha de consultársele al administrador. ¿Habrá ridiculez?

AMADEO. ¡Hep!…

JUANINA. Cada vez que le hablo de comprarme medias, hay que llamar al médico para que lo sangre. ¡Al suyo, porque el mío es un calabacín!

AMADEO. ¡Hep!…

JUANINA. Suspiro por un abrigo de piel de armiño, y todavía lo está rumiando. No tengo una mantilla negra; no tengo zapatos que ponerme…

AMADEO. *Recobrando de improviso la palabra y con voz de trueno.* ¡Basta!

JUANINA. ¿Eh?

AMADEO. ¡Basta ya!

CRUZ. No te dispares, Amadeo.

DOÑA CLARA. Calma, Amadeo.

AMADEO. ¿Creen ustedes que he tenido poca? ¡Si no he podido hablar en tres minutos! ¿Es que hay quien oiga sin estallar esa sarta de inexactitudes y de inconveniencias? ¡Todos ustedes acaban de oír, para fin y corona de ellas, que no tiene zapatos!

JUANINA. ¡Y no tengo zapatos!

AMADEO. ¡No tiene zapatos! ¿Lo oyen ustedes bien?

TRISTÁN. Sí, hombre, sí.

AMADEO. ¡No tiene zapatos! ¡Yo siento ahora mismo en mi conciencia que me voy a poner en ridículo ante ustedes! ¡No me importa! ¡Que voy a dar en personaje de caricatura! ¡No me importa! ¡Aunque salga en el *Buen Humor* o en *Gutiérrez*! ¡No tiene zapatos! ¡Joselito!… ¡Joselito!… *Vase corriendo por la derecha del gabinete, hecho un basilisco.*

CRUZ. ¿Qué vas a hacer, hermano?

JUANINA. Cualquier cosa; cualquier patochada. ¡Lo ciega el amor propio!

DOÑA CLARA. Y tú tienes poquísima habilidad para llevarlo.

CARMELO. ¡Poquísima!

DON FERMÍN. Sí, sí; muy poca.

CRUZ. Poca es alguna. Lo excita, lo exacerba…

JUANINA. ¿Yo a él, eh? ¡Así se juzgan las cuestiones! ¡Pues por eso estoy decidida…!

Reaparece en esto Amadeo, con la pueril satisfacción de un hombre que ve su triunfo. Trae en las manos unos cuantos pares de zapatos de Juanina, que coloca en fila en el foro. Joselito, su fiel criado, lo auxilia, entrando y saliendo con otros pares más, que le va entregando a su amo para exhibir la colección completa, la cual asciende a más de veinticinco pares. A cada entrega de Joselito, Amadeo se limita a repetir irónicamente la consabida frase: «¡No tiene zapatos!».

AMADEO. ¡No tiene zapatos!

CRUZ. Pero ¿qué vas a hacer?

CARMELO. ¡Pero, hombre!

JUANINA. ¿Qué bufonada es ésta?

TRISTÁN. ¡Qué majadería!

DOÑA CLARA. Cosas de criatura, que es lo que es.

CRUZ. ¿Lo ve usted, doña Clara?

DON FERMÍN. Sí, sí; es una criatura.

AMADEO. ¡No tiene zapatos!

TRISTÁN. ¡Esto es sencillamente grotesco!

CRUZ. ¡Él es el primero que lo ha advertido!

JUANINA. ¡El hombre grave! ¡El hombre grave!

DOÑA CLARA. Acabará por hacernos reír.

AMADEO. ¡No tiene zapatos!

CRUZ. ¿Quieres dejarlo ya, Amadeo?

Juanina. ¡No, si es muy gracioso, mujer! ¡Hay que celebrarle al niño la gracia! Pero ¿con qué permiso?…

Doña Clara. ¡Vamos, que es mucho humor de hombre!

Carmelo. ¡Negar que ha estado oportuno es negar la evidencia!

Amadeo. ¡No tiene zapatos!

Cruz. ¡Ya estamos convencidos!

Tristán. ¡Déjalo ya, pelmazo!

Doña Clara. ¡Amadeo, por Dios, Amadeo!…

Don Fermín. ¡Sobrino!…

Joselito, que ha contribuido a la tarea aguantando la risa, exclama, dándole a Amadeo los últimos pares:

Joselito. ¡Ya no hay más, Amadeo!…

Amadeo. ¿Ya no hay más?

Joselito. ¡Ya no hay más que botas! *Se retira riendo.*

Risas generales.

Amadeo. ¡De veinticinco a treinta pares he contado yo! ¡Como ustedes verán, mi mujer no tiene zapatos!

Juanina. ¡Tu mujer lo que no tolera es esta payasada ridícula, este bochorno! ¿Te enteras? ¿Se entera usted? ¡Ha hecho de mí chacota tu propio criado!

Amadeo. ¡Está descalza! ¡No puede salir a la calle! ¡Está descalza!

Juanina. ¡Y lo estoy, porque todos esos zapatos me lastiman!

Amadeo. ¡Por culpa mía, naturalmente!

Juanina. Y lo que te juro ahora mismo, ante todos, y con todas las fuerzas de mi corazón, es que aunque no tuviera ningún motivo para separarme de ti —¡que los tengo a docenas!—, me bastaría esta humillación para huir de tu lado por todos los días de mi vida. ¡Ya lo oyen ustedes! ¡Quiera o no quiera la familia, me separo de este mamarracho de hombre! ¡Y si se opone a ello la sociedad, que se oponga! ¡Y si la Epístola de San Pablo manda otra cosa, lo siento por San Pablo! ¡A San Pablo hubiera yo querido ver aquí!

Tristán. Mejor a San Crispín, que es el patrón de los zapateros.

Cruz. ¡No es ocasión de chistes!

Amadeo. ¡En absoluto!

Doña Clara. Serénate, Juanina.

Juanina. ¡No necesito serenarme!

Cruz. Reflexiona, mujer.

Juanina. ¡Ya lo he reflexionado todo! ¡No espere nadie que mude de opinión! ¡Ni un día más vivo con mi marido!

Amadeo. ¿Resueltamente?

Juanina. ¡Ay, qué pregunta ahora! ¡Resueltamente! ¡Esto se acabó! ¡Resueltamente! ¡Se acabó, se acabó!

Amadeo. ¿Es decir, que tu firme voluntad es ésa?

Juanina. ¿Otra vez?

Amadeo. ¿Tu irrevocable decisión?

Juanina. ¡Dale, bola! ¿Quieres que llamemos a un notario?

Amadeo. No es preciso. Con los testigos basta. A mi conducta, por lo menos. *A Tristán.* Hombre, ¿quieres tú dejar el lapicito? ¿Te imaginas que es caso de apuntes?

Tristán. Dispensa.

Amadeo. Voy a decir ahora, de una vez para siempre…

Juanina. ¡Milagro!

Amadeo. Las palabras que antes iba a decir. *Atienden todos, interesados y conmovidos.* No he de juzgar —ya ustedes lo habrán hecho— los razonamientos y cargos contra mí de Juanina. Yo estaba dispuesto, noblemente dispuesto, a ir una vez más a unas paces llenas de cariño y de tolerancia; porque me duele, me abruma esta separación. ¡Me abruma! La ruptura de un matrimonio, si no se funda en motivos de honra, debe evitarse a todo trance. Ya lo dijo muy bien doña Clara: son dos vidas deshechas las que continúan; dos vidas rotas, el porvenir de las cuales es harto deplorable y dudoso. Y lo más triste —también lo indicó doña Clara— es que ya no nacerán criaturas con derecho a la vida, que habrían nacido acaso. *Juanina lo*

mira como no lo ha mirado hasta ahora. Pues bien; mi afirmación es ésta: yo no juego a las comiditas. Separarnos hoy para unirnos mañana, no. Esas mojigangas no van conmigo. Si nos separamos, ha de ser para toda la vida.

Juanina. *Muy próxima a las lágrimas.* ¡Ah! ¡Para toda la vida! ¡Ya lo he dicho yo antes que usted!

Amadeo. Pero en tono distinto. ¡Para toda la vida! Y no tengo más que añadir. *Emocionado.* ¡Para toda la vida!… En su casa quedan ustedes.

Vase gravemente por la puerta de la salita.

Se miran todos entre sí, consternados, y miran a Juanina. Ésta, que se halla a punto de un ataque nervioso, se libra de él al fin, desahogándose en lágrimas.

Juanina. ¡Cuando se pone así, es más frío que el hielo! ¡Qué hombre! ¡Qué monstruo! Y ¡qué caras las de todos ustedes! ¿Es que tiene razón, quizá? ¡Pues me separo, y me separo, y me separo! ¡Y no han de pasar quince días sin tener yo el gusto de verlo pasearme la calle! *Abrazándose a doña Clara y rompiendo a llorar.* Pero usted, que representa aquí a mi madre, ¿por qué no me defiende?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Antealcoba de nuestro infortunado Amadeo. Sendas puertas a derecha e izquierda y balcón al foro. Riqueza, orden, pulcritud. Infinidad de retratos de Juanina. Una mesa, un bargueño, etc., etc. Es una madrugada de febrero.

Soledad y silencio. Oscuridad: aún no entra por el balcón abierto —ya conocemos la costumbre de Tambor— ni aun el leve resplandor del alba. A poco, uno de los relojes de la casa da una campanada sonora y vibrante. Luego, otro reloj, por no ser menos, da la suya, seguida de una musiquita graciosa. Por último, el timbre de un despertador en la alcoba vecina es capaz de sacudir el sueño a una estatua. Pero dura poco: una mano lo corta de improviso haciéndolo callar. Silencio de nuevo. Por la puerta de la derecha sale Joselito, a medio vestir, frotándose las manos. Enciende la luz y va luego a asomarse al balcón.

JOSELITO. ¡Puñales! ¡qué fresquito corre a la madruga!… Y ni apunta el arba toavía… ¡Esto ya está bien ventilao! *Cierra el balcón.* Me paese que va a sé menesté calentarse por dentro. *Toca en la puerta de la alcoba con los nudillos.*

Amadeo, dentro, responde.

AMADEO. ¡Ya!

JOSELITO. ¿Amadeo?

AMADEO. ¡Ya!

JOSELITO. ¡Ay, Dios mío de mi arma! ¿Adónde irá este desventurao al amanesé? ¡Cuarquiera lo averigua! Desde que se separó de Cascabé no está en sus cabales. *Ábrese la puerta de la izquierda y aparece Amadeo, vestido, de gabán y gorra.* ¡Pero, hombre! Buenos días nos dé Dios.

AMADEO. Buenos días, Joselito.

JOSELITO. Pronto te has arreglao.

AMADEO. Como que no he pegado un ojo.

JOSELITO. ¿No?

AMADEO. En toda la noche. Me pasa siempre, tú lo sabes: como tenga que madrugar, con la preocupación, no duermo.

JOSELITO. Pero ¡si dejamos un despertadó a tu cabesera, y otro a la mía, y otro a la de Lorensa, por si arguno fayaba!

AMADEO. Ya, ya. Pues no he dormido, a pesar de eso.

JOSELITO. *Con intención.* ¿Tan interesante es er viaje?

AMADEO. No… Es condición mía. ¡Claro que una excursión a Toledo con varios amigos artistas, siempre es interesante!

JOSELITO. ¿A Toledo vas?

AMADEO. A Toledo.

JOSELITO. ¿Con unos artistas?

AMADEO. Sí.

JOSELITO. ¿Es arguno de eyos Tristán?

AMADEO. *Como sobresaltado.* ¿Tristán?… No.

Pausa.

JOSELITO. Y ¿pa í a Toledo es menesté madruga tanto?

AMADEO. Tengo que recoger a esos amigos… Además, no me gustan las prisas…

JOSELITO. Hombre, una cosa son las prisas…

AMADEO. ¿Te quieres callar ya, Joselito?

JOSELITO. Ya me cayo. Er coche no ha venío toavía.

AMADEO. Al cuarto vendrá. Pero le diré a Antonio que se vaya a dormir. Conduciré yo, y así habrá un sitio más para otro curioso.

JOSELITO. Que nunca fartan.

AMADEO. ¿Y Lorenza?

JOSELITO. De pie está ya también, aguardando lo que tú dispongas.

AMADEO. Pues dile que me haga una taza de café bien cargado.

JOSELITO. ¿No tomas leche?

AMADEO. No.

JOSELITO. Juanina diría…

AMADEO. ¡Schsss! No me importa nada lo que diría Juanina. Joselito. Perdona.

AMADEO. Más de una vez te he prohibido ya que me hables de ella.

JOSELITO. Y yo no acabo de obedeserte.

AMADEO. ¡Hasta que acabe yo de cansarme!

JOSELITO. Perdona. Con la madruga se despierta uno disparatao. ¿Quiés una copita de aguardiente?

AMADEO. No.

JOSELITO. Me la tomaré yo entonse por ti. Entre dos que bien se quieren… *Vase por la puerta de la derecha.*

Amadeo pasea lentamente, ensimismado y triste.

AMADEO. ¿Cómo había de dormir, señor? ¿Cómo había de dormir? *Mira los retratos de Juanina con dolorosa angustia. Luego, tomando uno de ellos en la mano, le interroga:* Juanina, pero ¿es esto posible? ¿Es posible, Juanina? Cascabel, ¿tú me engañas? *De repente, con indignación y rubor.* ¡No, no! ¡No me engañas tú! ¡Miente el anónimo villano! *Deja el retrato donde estaba.*

Vuelve Joselito.

JOSELITO. ¿Yamabas, Amadeo?

AMADEO. No.

JOSELITO. ¿No? Como diste un grito…

AMADEO. Influencias de Toledo ya… Decía versos de una leyenda de Zorrilla: *A buen juez, mejor testigo.* Se me ha metido en la cabeza esta noche…

—Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo: —«Sí juro.»
Y ambos del templo se salen.

JOSELITO. Ahora te trae Lorensa er café. ¿Quiénes te acompañan? ¿Los conozco yo?

AMADEO. No; no los conoces…

JOSELITO. ¡Qué raro!

AMADEO. *Esquivando la conversación.*

Lloraba la bella Inés,
su vuelta esperando en vano;
oraba un mes y otro mes
del Crucifijo a los pies
do puso el galán la mano.

Llégate a ver si ha venido ya el coche.

JOSELITO. Ahora mismo. Me paese que sí. *Vuelve a irse.*

AMADEO. *Después de una pausa.* ¡Esto es una completa indignidad! ¡Yo no debía creerlo! ¡Y no lo creo, no; no lo creo!… Pero ¿por qué voy entonces a ver si es verdad? ¡Qué miserable condición humana! *Viendo venir a Joselito.*

—Mujer, ¿qué quieres?
—¡Quiero justicia, señor!
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.

JOSELITO. *Que ha salido de nuevo.* ¡Sí que se te han agarrao a los sesos los versitos de la conseja!

Amadeo. *Con forzada sonrisa.* ¡Je! No me han dejado dormir, ¿no te digo?

Joselito. Ahí tienes ya er coche.

Amadeo. ¡Bravo!

Joselito. Y er café.

Amadeo. ¡Bravísimo!

Sale Lorenza, vieja cocinera, con un servicio de café.

Lorenza. Buenos días, señor.

Amadeo. Buenos días, Lorenza.

Lorenza. ¿El señor no quiere nada con el café?

Amadeo. Nada.

Lorenza. Es poco desayuno.

Amadeo. *Tomándolo.* Si no es desayuno… aunque me desayune con él. El verdadero desayuno vendrá luego. ¡Ajá! Está calentito y cargado. ¡Como se pedía! ¡Buen madrugón os he hecho pasar! Así que yo me vaya volveréis a acostaros, ¿eh?

Joselito. ¡Figúrate! ¡Pa no caernos de sueño! ¡Son las horas en que entra más fuerte!…

Lorenza. ¿El señor no vendrá a almorzar?

Amadeo. A almorzar, no; a cenar, tal vez venga; pero no es seguro.

Joselito. *Maliciosamente.* ¡Toledo tiene mucho que vé!…

Amadeo. *Desentendiéndose de la malicia.*

Asida a un brazo desnudo,
una mano atarazada,
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma…

¿Eh?

Joselito. No habernos rechistao.

Amadeo.

Y allá en los aires, «¡Sí juro!»

clamó una voz más que humana…

JOSELITO. ¡Café con versos!

AMADEO. Vaya, quedaos con Dios.

LORENZA. Que pase bien el día el señor y que se divierta.

AMADEO. Y que vosotros os acostéis.

JOSELITO. Pierde cuidao, hombre; antes de dos minutos roncamos.

AMADEO. *Yéndose seguido de Joselito.*

Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa.
los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

Se pierde la voz allá dentro.

LORENZA. *Bostezando.* ¡Aaaah!… ¡Madre, qué sueño! En esto no siso yo la regla general; mientras más años tengo, más trabajo me cuesta dejar la cama. *Bosteza nuevamente.* ¡Aaaah!…

Llega Joselito.

JOSELITO. ¿Qué dise usté?

LORENZA. Que me caigo de sueño, Joselito.

JOSELITO. Pos ahora mismo nos vamos ar catre.

LORENZA. Ahora mismo.

JOSELITO. ¡Y lo he dicho yo como si fuéramos matrimonio! Lorenza. Es verdad.

JOSELITO. Pero se sobrentiende que no lo somos.

LORENZA. Gracias a Dios.

JOSELITO. ¿Porqué grasias a Dios? ¿Tan mala pareja hubiéramos hecho? Ponga usté que hubiera usté nasío por ayá abajo en lugá de nasé en San Esteban de Pravia: nos tropesamos un buen día, y ¡cataplún!

LORENZA. ¡Cataplún!

JOSELITO. ¡Cuestión de clima, no le dé usté vuertas!

LORENZA. ¡Siempre tiene usted buen humor!

JOSELITO. ¡Cuestión de clima! Pero ahora se engaña usté, Lorensa. Aunque lo disimule, estoy achicharrao por dentro. Ésta salía del amo…

LORENZA. ¿Qué?

JOSELITO. Es mu rara. Preocupao me tiene a mí desde anoche.

LORENZA. Pero ¿no va a Toledo?

JOSELITO. ¿A Toledo? Ésa es la tapadera. A Toledo no va.

LORENZA. ¿No?

JOSELITO. No, señora. Pero como a mí me gusta enterarme de to sin preguntarle a nadie, ya averiguaré yo adónde va. ¡Y a lo que va! ¡Y por qué va!

LORENZA. Es otro desde que se fué la señora.

JOSELITO. ¡La señora!… Menos seso tiene que un ratón. Y to, pa na; pa hasé sufrí a este pobre. Porque er fina será er que tiene que sé.

LORENZA. ¿Cuál, Joselito?

JOSELITO. ¿Cuál ha de sé, si los dos se quieren y no puén viví el uno sin el otro? ¡Aunque se peleen ca dos minutos! Más va durando la separasión de lo que yo esperaba: se han corrío ya tres meses.

LORENZA. La señora ha vuelto a Madrid.

JOSELITO. Sí; se conose que ya se han cansao de eya en toas partes. ¡O que eya no se haya bien en ninguna! Primero con la madre, luego con la abuela, ahora con la tía… ¡Hasta que vuerva aquí! La cabesa me dejo yo cortá si no está eya rabiando por vorvé, en vista de que ér no la busca.

LORENZA. ¡Claro!

JOSELITO. Ahora, que rompé esta muraya de acá no le va a sé tan fási. Él está mu dolío.

LORENZA. Eso sí; pero ¡la quiere tanto!… Para mí tengo que como la vea, se derrite.

JOSELITO. ¡Se derrite! ¡Ya se nota que es usté cosinera y que abusa de la mantequiya! Vamos a dormí. ¡Que de aquí a nuestros cuartos hay un paseíto!

LORENZA. Vamos a dormir. *Coge el servicio de café y se va por la puerta de la derecha.*

Joselito apaga la luz y se va tras ella diciendo:

JOSELITO.

A la madrugá
se despertaba mi serraniya
con ganitas de bromeá.

Pausa. El reloj de la campana sonora y vibrante da las cinco. En seguida, el compañero las da también, y hace sonar otra pieza de música de su repertorio. Luego, por la puerta de la derecha, surgen sigilosa y recatadamente Juanina y Plácida. Hablan en voz baja.

JUANINA. ¡Schsss!…

PLÁCIDA. ¡Schsss!…

JUANINA. ¡Por Dios, no hagas ruido!

PLÁCIDA. Me parece que no nos ha sentido nadie.

JUANINA. Nadie. ¡Quién había de sentirnos, con lo lejos que duermen! Pero yo tengo mucho miedo.

PLÁCIDA. Y yo también.

JUANINA. Mujer, no me lo digas: dame ánimos. ¡Ay, mi corazón, cómo suena! Ven; ponme la mano en el pecho y verás.

PLÁCIDA. Encenderé primero para no dar un tropezón.

JUANINA. ¡No enciendas todavía, muchacha!

PLÁCIDA. Pero ¿y si tropezamos, señorita? ¿No será peor?

JUANINA. Es verdad. Enciende. ¡Huy mis piernas! No me pueden tener. Yo creía que era más valiente. Como ahora suene el reloj de cuco, me desmayo. ¡Enciende, mujer!

PLÁCIDA. ¡Si no doy con la llave!

JUANINA. ¡Pegada al quicio de la puerta, tonta!

PLÁCIDA. Ya; sí. *Enciende la luz.*

JUANINA. ¡Ah! *Paseando los ojos por la habitación.* ¡No hay nadie!

PLÁCIDA. Pues ¡mire usted que si llega a haber alguien!

JUANINA. ¡No me asustes! ¡Todo igual, Plácida… todo igual!

PLÁCIDA. Todo igual, señorita.

JUANINA. Todos mis retratos…

PLÁCIDA. Todos…

JUANINA. Se empeñó en ponerle marco a éste. ¡Mira que estoy mal! Y este chiquito no lo tenía aquí: lo tenía en la mesa de noche.

PLÁCIDA. ¡No Jo mueva usted!

JUANINA. *Asustadísima.* ¿Qué pasa?

PLÁCIDA. ¡Que va a notar el señorito que alguien ha entrado aquí!

JUANINA. Dices bien. Lo dejo, justo, en el mismo sitio. *Lo deja a alguna distancia de donde estaba.* ¡Bueno es él! ¿Te atreves a asomarte a la alcoba?

PLÁCIDA. ¿Quiere usted que me asome?

JUANINA. Sí.

PLÁCIDA. ¿Para qué?

JUANINA. Para ver si está Joselito ahí en la cama turca, o si está en su cuarto.

PLÁCIDA. ¡Estará en su cuarto, señorita! ¿Cómo había de atreverse?…

JUANINA. Eso es que te da miedo. Yo entraré. ¡Ay, mi alcoba!… ¡Nuestra alcoba!… Plácida, mira el corazón. ¿Lo sientes?

PLÁCIDA. ¡Ya lo creo!

JUANINA. ¡Pun! ¡pun! ¡pun!

PLÁCIDA. Más bien parece que hace: ¡pon! ¡porrón! ¡porrón! como usted le dice al señorito.

JUANINA. *Enterneciéndose de súbito.* ¡Plácida, no me hagas llorar!…

PLÁCIDA. ¿Yo, señorita?

JUANINA. ¡Ay, qué aventura ésta! *Acércase a la puerta de la alcoba y pregunta muy tímidamente:* ¿Se puede?

PLÁCIDA. ¡Señorita!

JUANINA. No sé lo que digo, ni lo que hago. ¡Qué curiosidad tengo! *Entra al fin en la alcoba.*

PLÁCIDA. ¡Sí que es mucha aventura!… Menos mal que allá dentro duermen todos. El sueño de la madrugada es el más profundo. No se oye una mosca.

Sale Juanina.

JUANINA. ¡Todo igual, Plácida, todo igual!

PLÁCIDA. ¡Naturalmente, señorita!

JUANINA. Su cama deshecha… y la mía, impecable.

PLÁCIDA. ¡Naturalmente!

JUANINA. ¡Y todo, todo igual, todo igual! ¡Cada cosa en su sitio! *Afligiéndose.* ¡No le hago falta para nada!

PLÁCIDA. ¡Eso es mucho decir, señorita!

JUANINA. *Rompiendo a llorar.* ¡Para nada! ¡Soy la mujer más desgraciada de la tierra!

PLÁCIDA. ¡Calle usted, señorita, por la Virgen!

JUANINA. ¡Déjame que me desahogue!

PLÁCIDA. ¡Es que podrían sentirla!

JUANINA. ¡No me sienten! ¡Y aunque me sientan, yo necesito desahogarme! ¡Yo necesito llorar mucho, mucho!… ¡Más de lo que he llorado en estos tres meses! ¡Mucho más! ¡Lo que este hombre ha hecho conmigo esta mañana, no merece perdón!

PLÁCIDA. ¡Señorita!

JUANINA. ¡No merece perdón!

PLÁCIDA. Pues ¿qué ha hecho sino obedecerla a usted una vez más? ¿No se ha ido?

JUANINA. ¡Pues ahí está lo grave: en que se ha ido! ¿Tú no te das cuenta? ¡Cuando se ha ido es que ha creído el anónimo!

PLÁCIDA. Pero ¿usted no se lo puso para que lo creyera?

JUANINA. ¡Para ver si lo creía, que no es lo mismo! ¡Es una infamia! ¡Me juzga una mujer despreciable; capaz de ofenderlo! ¡No se lo perdono!

¡Esto sí que no se lo perdono!

PLÁCIDA. Piense usted que si no se lo hubiera creído, no estaríamos aquí nosotras.

JUANINA. Y ¿qué más da? ¿Qué importancia tendría? ¡Lo terrible es lo otro! En el *taxi* contigo estaba yo acechando, y para mis adentros pensaba: «¡Virgen mía, que no venga su coche; que yo no lo vea salir de casa; que no se crea que yo lo engaño!».

PLÁCIDA. Señorita, está usted trastornada… El sueño que tiene, y el susto, la hacen desvariar.

JUANINA. No, no desvarío, Plácida. ¡Es que esto clama al cielo!

PLÁCIDA. ¡Silencio, señorita!

JUANINA. ¡Clama al cielo! ¡Creerse que me veo a las cinco de la mañana con otro hombre en un hotel pintado de azul de la Carretera de Toledo! ¡Porque esto es lo que decía el anónimo!

PLÁCIDA. ¡Dígamelo usted a mí, que lo puse!

JUANINA. Es verdad, que lo pusiste tú… ¿Para qué lo pusiste? ¿Para qué no me lo quitaste de la cabeza? ¡Me hubieras evitado este desengaño!

PLÁCIDA. Señorita, yo… Yo siempre obedezco a la señorita.

JUANINA. ¡Una doncella inteligente no la debe obedecer a una a cierra ojos! Debe prevenirla, aconsejarle…

PLÁCIDA. ¿Aconsejarle?

JUANINA. Sí.

PLÁCIDA. Pues ahora le aconsejo a usted…

JUANINA. ¡No me aconsejes nada ahora! Antes, antes hubiera hecho falta. Hecho ya el daño… Después de todo, bien está así. ¡Esto me abre los ojos para siempre! ¡Así he conocido, por mucho que me duela, toda, la liviandad de este hombre! ¡Es como todos! ¡como todos!

PLÁCIDA. ¡Schsss!

JUANINA. ¡Como todos! ¡Creer que yo lo engaño! ¡Y tan pronto! ¡A los tres meses de separación! ¡Es imperdonable! ¡es inicuo! ¡Y esto es que me juzga por él! ¡Seguramente! ¡Él me habrá engañado a la semana! ¡Traidor! ¡hipócrita! ¡embustero! ¡mal esposo! ¿Éste era tu cariño? ¿Y la Epístola de

San Pablo? ¿Ésta era tu decantada moralidad? ¡Farsante! ¡farsante! ¡farsante! *Serenándose como por ensalmo.* Oye, Plácida: y ¿con quién habrá imaginado que se la pego yo?

PLÁCIDA. Seguramente con el señorito Tristán.

JUANINA. ¿Con mi primo?

PLÁCIDA. Se me ocurre a mí.

JUANINA. Plácida, tú eres una fresca.

PLÁCIDA. Pregúnteselo usted cuando haga las paces.

JUANINA. ¿Las paces? ¿Quién piensa ya en ellas? ¡Una ofensa así acaba con todo! ¡Ahora mismo le voy a registrar todos los secretos, todos los trajes, todos los muebles!…

PLÁCIDA. Señorita, vámonos ya… ¿A qué seguir aquí más tiempo? ¿No ha visto usted lo que quería?

JUANINA. ¡Lo que no quería, es lo que he visto! ¡Lo que no quería! ¡Y he de apurar el cáliz!

PLÁCIDA. ¡Ay, Dios santo!

JUANINA. ¡Como encuentre siquiera un indicio de que me engaña, el Papa anula el matrimonio! ¡Ahora verás! ¿Qué se creía usted, señor moralista barato? ¡Aquí traería yo a mi madre, y a mi tía, y a mi abuela!… ¡Yo soy la culpable de todo, yo soy la sin seso, yo soy el canario, yo soy el gorrión, yo soy el cascabel!… ¡Aquí las traería yo, para que juzgasen!…

PLÁCIDA. *Sobresaltada de repente.* ¿Eh?

JUANINA. ¿Qué?

PLÁCIDA. *Prestando oído hacia la derecha.* Se me figuró que llegaba alguien…

JUANINA. ¿Quién ha de llegar ahora, simple? El miedo te trastorna. ¿No me ves a mí ya tan serena? ¡Ahora verás tú! *Busca en el cajón de la mesa la llavecita del bargueño. Voilà*!

PLÁCIDA. ¿Qué, señorita?

JUANINA. ¡La llavecita de este mueble, que es su arca encantada! ¡Aquí no toca nunca nadie más que él! ¡Si me viera!…

PLÁCIDA. ¡Por Dios, señorita!…

JUANINA. ¡No seas pánfila!

PLÁCIDA. Señorita, se me hace muy fuerte… Yo, nunca… ¡Vamos, que se me hace muy fuerte!

JUANINA. ¡Pues salte al pasillo, si tanto te impresiona! *Abre el bargueño.*

PLÁCIDA. No; eso, no; pero… la verdad…

JUANINA. *Dando un chillido de alegría.* ¡Ay!

PLÁCIDA. ¿Qué?

JUANINA. Mira lo primero que topo: la cajita de cristal en donde guarda mis cabellos.

PLÁCIDA. ¿Ve usted, señorita? Esto es un aviso de Dios.

JUANINA. ¿Tú crees?

PLÁCIDA. ¡Vamos!

JUANINA. ¡Lástima de pelitos!… ¡Qué disgusto le di aquel día!… ¡Ay!…

PLÁCIDA. Y luego le echó usted la culpa a él.

JUANINA. ¡Claro!

PLÁCIDA. El señorito es más bueno que el pan. ¡Bueno donde los haya!

JUANINA. Cartas mías… Cartas de mamá… Cartas de su hermano… Cartas de su padre… ¡Mira qué bien arregladito lo tiene todo! ¿Y este sobre rosa?… ¡Ah, sí!… 15 de mayo… Una flor. Ya sé… ¡Ay!…

PLÁCIDA. ¿Ve usted, señorita?

JUANINA. ¿Qué es esto?

PLÁCIDA. ¿Qué?

JUANINA. ¡Esto! ¡Esto tan chico! ¡Es un estuche! ¡Yo no lo conozco! ¡Mira qué envueltito lo tiene! ¡Aquí está el gato! ¡aquí está el gato!

PLÁCIDA. ¡No grite usted, por Dios!

JUANINA. ¡Esto no es para mí: esto es para otra!… ¡Aquí está el gato! *Desenvuelve el paquetito y descubre en efecto un estuche.* ¡Seguro! ¡Para otra! ¿Qué será? ¿Qué será? ¡Me espanta el abrirlo!

PLÁCIDA. Por el tamaño del estuche parece una sortija.

JUANINA. ¿Una sortija? Como sea una sortija, y tenga grabada una inicial y no sea una jota… ¡Ay! ¡Valor! *Abre el estuche y su rostro se ilumina en el acto con una sonrisa de aurora.* ¡Plácida!

PLÁCIDA. ¿Qué es, señorita?

JUANINA. Míralo.

PLÁCIDA. ¿Un cascabel?

JUANINA. Un cascabelito de plata. ¡Otro retrato mío!

PLÁCIDA. ¿Y ahora, señorita?

JUANINA. ¿Cuándo se lo habrán hecho?

PLÁCIDA. Seguramente…

JUANINA. Sí… Después de la separación… Sería más bonito de oro.

PLÁCIDA. Al señorito le gusta más la plata. Siempre lo dice.

JUANINA. ¿Me lo llevo?

PLÁCIDA. ¡Señorita!… ¡Se descubriría todo!

JUANINA. ¡Es verdad! ¡Qué talento tienes! Pero ¡me da mucha pena dejarlo aquí! ¡Es tan mono! ¡Qué parecida estoy! ¡Mira qué bien suena! ¡Estoy hablando! ¡Encanto mío! *Le da un beso.*

PLÁCIDA. Usted le debía de regalar a él un tamborcito… y se acabó la presente historia. Déjelo usted conforme estaba.

JUANINA. Ahora lo dejaré. No busco más… no veo nada más… ¡Qué impresión me ha hecho el cascabelito!… ¡Y creía yo que aquí estaba el gato!… *Sonriendo entre lágrimas.* ¡Y era el cascabel nada más! ¡Ay, Virgen mía! ¡Qué conmovida estoy! ¡Qué fatigada estoy, de pronto! Me mantenían los nervios… Dios me va a castigar… Tienen razón mi madre… y mi abuela… y mi tía… Dios me va a castigar. *Déjase caer, rendida, en una butaca.* ¡Ay!… ¡Qué bien me siento aquí!

PLÁCIDA. Descanse usted un poquito, y nos vamos.

JUANINA. ¿Qué prisa tienes por marcharte, mujer?

PLÁCIDA. ¡Hemos de entrar en casa antes que abra el portero! ¡Y ya que ha salido todo tan bien!…

JUANINA. Aún no es la media de las cinco.

PLÁCIDA. Sí, señorita; que ya apunta el día.

JUANINA. Déjame, Plácida; déjame reposar un instante… ¡No seas chinche! ¡Estoy tan a gusto!

PLÁCIDA. Pero no cierre usted los ojos.

JUANINA. ¿Por qué?

PLÁCIDA. ¡Porque se puede usted dormir!

JUANINA. ¡Ojalá me durmiera! Así soñaría… ¿Qué soñaría? ¿Qué soñaría si me durmiera? ¡Ay, Plácida! ¡Estoy en mi casita! Ésta es mi casa… Todavía es mi casa… Ahí junto está mi alcoba… ¡Cuántas emociones!… ¡Cuántas alegrías!… ¡Qué memorias!… Me acuerdo ahora de otra madrugada como ésta… Digo, como ésta, no… Había eclipse de luna, y nos quedamos en vela para verlo… Y no vimos nada, como pasa siempre que hay eclipse… Y nos acostamos ya de día… ¡Qué sueño teníamos! Así como ahora…

PLÁCIDA. Señorita… pero señorita…

JUANINA. Calla, Plácida, calla… Déjame dormir… Estoy en mi casa… Soy dichosa… *Se queda dormida.*

PLÁCIDA. ¡El señor nos asista! Aunque, después de todo… Voy yo mientras a poner las cosas como estaban. *Con el mayor sigilo guarda el estuche, cierra el bargueño y mete en el cajón de la mesa la llavecita. Los dos relojes dan la media. El de la música, según su costumbre.* ¡La media ya! Miraré también en la alcoba, no haya revuelto algo… *Éntrase de puntillas.*

Un instante después, por la puerta de la derecha, llega silencioso Amadeo, aún más triste de lo que se fué.

AMADEO. ¡Oiga! Joselito ha dejado encendida la luz. *De pronto, ve a Juanina dormida, y estremecido de pies a cabeza, ahoga un grito.* ¡Ah! ¡Juanina! ¡Juanina aquí! Pero ¿estoy yo soñando? *Acercándosele emocionadísimo.* ¡Juanina de mi alma! ¡Yo no sé lo que veo! ¿Qué burla es ésta? ¿Quién? *Sale Plácida, que también se lleva un susto regular.* ¡Plácida!

PLÁCIDA. ¡Señorito!

Instintivamente bajan la voz.

AMADEO. ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué hacéis aquí?

PLÁCIDA. Señorito… ¡Señorita!

AMADEO. ¡No la despiertes! Dime qué hacéis aquí. Ven acá.

PLÁCIDA. Señorito, yo no tengo culpa…

AMADEO. Ya lo sé. No tiembles; nada temas. Ven acá; ven acá. No tiembles. El anónimo que yo he recibido es de ella.

PLÁCIDA. Señorito, yo no sé nada…

AMADEO. Tú lo sabes todo.

PLÁCIDA. Llámela usted, y que la señorita le cuente…

AMADEO. Prefiero que me lo cuentes tú… ¿Qué locura es ésta? ¿Qué disparate? ¡En la calle solas a estas horas!… ¿Cómo habéis entrado?

PLÁCIDA. Con mucho tiento, para no ser sentidas…

AMADEO. ¿Luego no os ha abierto Joselito?…

PLÁCIDA. Ni él ni ninguno sabe que estamos aquí. Hemos entrado con las llaves de la señorita.

AMADEO. Sí, ¿eh? Y ¿a qué veníais?

PLÁCIDA. ¡Las cosas de la señorita!… Sus arranques…

AMADEO. Sus arranques, sí…

PLÁCIDA. Pero, despiértela usted a ella.

AMADEO. No; sigue tú. Veníais…

PLÁCIDA. Yo no sé… La señorita a mí me dijo que quería entrar aquí… que quería ver cómo estaba la casa… que quería… ¡Yo no sé bien lo que quería!

AMADEO. Ni ella claramente tampoco… O acaso sí… ¡Qué desatino! ¡Qué cadena de desatinos! Me pone un anónimo para obligarme a mí a salir, y mientras ella… ¡Va a volverme loco esta criatura!

PLÁCIDA. ¡Si viera el señorito qué arrepentida está!…

AMADEO. Bueno, bueno. Vete ahí, al recibidor, y no vengas hasta que yo te avise.

Plácida. Lo que el señorito me mande. ¡Que yo no tengo culpa de nada!

Amadeo. ¡No has menester jurármelo! Vete, vete.

Plácida. Que sea para bien, señorito. *Marchase por la puerta de la derecha.*

Amadeo se vuelve a Juanina y da un paso hacia ella; pero de pronto se detiene, rehaciéndose mediante un gran esfuerzo de su voluntad.

Amadeo. Calma, calma. Estoy desconcertado y debo serenarme. Ha de ser mi espíritu el que en este momento mande en mí. Juanina… vida mía, te comería a besos ahora mismo; pero ¡Dios me libre de tocarte! Has hecho lo que más me podía alegrar y lo que menos debo pasar yo. ¡Es intolerable esta locura! ¡Intolerable! ¡A deshora de la noche, sola por las calles, como una aventurera! ¡Intolerable! Necesito más dignidad y más valor que nunca… ¡Esto es peor que todo lo demás!… Pero ¡te comería a besos, Juanina! Calma; calma… ¡Qué amanecer tan inesperado!… Como aquel eclipse… Ya entra la luz del día. *Apaga la luz artificial. Poco a poco va iluminándose la estancia suavemente.* ¡Qué bella está la picara!… ¿Tendré la energía que me hace falta?… Sí. Debo tenerla. *Con toda prudencia, y con miedo de que Juanina despierte, lleva a su lado una silla y se sienta. La contempla hechizado.* ¡Qué bella está!… *A un leve movimiento de ella.* No te despiertes, amor mío. Retarda el instante de que hablemos, que será reñir. Así vives y sueñas… y yo te contemplo tranquilo. Yo quisiera saber ahora la canción de dormir más tierna que haya ideado el amor de los hombres, para cantártela bajito… ¡pero no te despiertes!… *De los labios de Juanina se escapa un rumor.* ¡No te despiertes! *Una sonrisa ilumina su boca.* ¿Sueñas? ¿Con qué sueñas?… ¿Acaso conmigo?

Juanina. *Entre sueños.* ¡Pon!… ¡porrón!… ¡porrón!…

Amadeo. ¡Conmigo, sí!… Pero ¡siempre el redoble! ¡Ay, Dios! ¡Se despierta! Sí; se despierta. ¡Empezó Cristo a padecer!

Juanina abre los ojos, como volviendo de un dichoso sueño, y los pasea complacida por la habitación, hasta que, con no poca sorpresa, los fija en su

marido. Procura entonces reponerse de la impresión sin hablar palabra, y de pronto, como la cosa más natural del mundo, le pregunta:

JUANINA. ¿Qué haces tú aquí?

AMADEO. *Perplejo.* ¿Eh?

JUANINA. *Levantándose.* ¿Qué haces tú aquí?

AMADEO. ¿Yo? ¿Y tú, qué haces en esta casa? ¿Qué haces levantada a estas horas?

JUANINA. ¡Esperando a que tú vinieras de la calle! ¿Son éstas las horas que tienes tú de recogerte?

AMADEO. ¿Son éstas las que una señora como tú tiene de andar sola por las calles?

JUANINA. No es ningún crimen salir con la doncella de madrugada cuando hay que hacer algo de madrugada.

AMADEO. ¿Qué has tenido tú que hacer a estas horas?

JUANINA. Velar a una enferma.

AMADEO. ¿A qué enferma?

JUANINA. A la tía Mercedes.

AMADEO. ¡Muy bien! ¡Vives con ella, y te vas a velarla a la calle!

JUANINA. Salimos Plácida y yo por una medicina. Pero, en último caso, ¿no andabas tú por ahí también de madrugada?

AMADEO. No es lo mismo. Y, además, yo he salido por causa tuya.

JUANINA. Y yo por la tuya, si vamos a eso.

AMADEO. No enredes. Tú me has escrito un anónimo incalificable, y ese anónimo es el que me ha hecho salir.

JUANINA. ¿Lo has creído?

AMADEO. No me ofendas… ni te ofendas tú.

JUANINA. Pues si no lo has creído, ¿adónde has ido esta madrugada?

AMADEO. ¡Adonde me arrastraba tu locura!

JUANINA. ¡Entonces has creído el anónimo! ¡Eres un infame!

AMADEO. Quizá… quizá lo haya sido un segundo, de pensamiento, después de la noche más amarga que he pasado en mi vida.

Juanina. Y ¿me lo confiesas?

Amadeo. Porque siempre te hablo con sinceridad. Si te he ofendido un segundo, a nadie culpes más que a tu insensatez. Me arrepentí en el acto de ese segundo de flaqueza, de ofuscación, y avergonzado de él y de mí mismo, después de rondar por todo Madrid como un autómata, he vuelto a mi casa y te he encontrado en ella. ¿A qué has venido aquí?

Juanina. ¿Has pasado muy mala noche?

Amadeo. Muy mala.

Juanina. ¿Muy mala?

Amadeo. ¿Creías que podía pasarla buena con ese anónimo?

Juanina. Entonces…

Amadeo. Entonces, ¿qué?

Juanina. ¡Entonces es que tú me quieres!

Amadeo. ¡Claro que te quiero! ¿Ahora lo descubres?

Juanina. Creí que con la ausencia…

Amadeo. No, Juanina, no; yo te quise siempre, te quiero… y te querré.

Juanina. ¡Ay, qué gusto! ¡Todo tiene arreglo!

Amadeo. Te equivocas. A tiempo lo tuvo; ya es tarde.

Juanina. ¿Qué dices?

Amadeo. Que ya es tarde.

Juanina. ¿De manera que tú me quieres y yo te quiero, y esto no se puede arreglar?

Amadeo. No se puede.

Juanina. Di que no se quiere, mejor.

Amadeo. Pues no se quiere.

Juanina. Y ¿ésa es tu lógica? ¿Tú eres el hombre lógico, el de los ataques de sentido común?

Amadeo. Alguno más que tú demuestro en mi conducta.

Juanina. Muchas gracias por el piropo. Pero también demuestras alguna menos generosidad. Yo te perdono a ti la terrible ofensa de creer,

siquiera un instante, que soy capaz de verme a media noche con mi primo en cualquier casucha…

Amadeo. ¿Cómo con tu primo?

Juanina. ¡Con quien sea! ¡Con un hombre! ¡Y tú no puedes perdonarme a mí que haya venido a ver tu casa, a ver nuestra casa, cuando no estabas tú!

Amadeo. Pero ¿no te fuiste de ella porque no podías resistirla ni resistirme un minuto más?

Juanina. ¿Quién se acuerda de eso a los tres meses? No seas rencoroso, Amadeo.

Amadeo. ¡No lo he sido nunca!

Juanina. ¡Tenía sed, ansia de volver aquí! ¡Qué mal estaba en todas partes!… Con mi madre… con mi abuela… ¡En todas partes! Y se me ocurrió esta diablura para venir y entrar, contando con que tú, que te las tragas como el puño, te tragarías también lo de mi cita. ¡Vaya trago!, ¿eh?

Amadeo. Pero… pero… pero… pero…

Juanina. Pero ¿qué? ¡Rompe ya!

Amadeo. ¿Qué endiablada organización es la de tu cerebro?

Juanina. ¡Ya salió mi cerebro!

Amadeo. ¿A quién se le ocurre querer separarse de su marido, obstinarse tercamente en ello hasta lograrlo, y venir a verlo a los tres meses?

Juanina. ¿Te pesa, quizá?

Amadeo. ¡Me desconcierta, hija del alma! ¡No es que me pese!… ¡Es que me trastorna, que me aturde, que me coloca de repente en un mundo nuevo, donde no me sirven mis ideas para nada!… Yo te dije antes de separarnos…

Juanina. ¡Las palabras se las lleva el viento!

Amadeo. ¡Las mías, no!

Juanina. ¡Las tuyas, no, porque son muy pesadas!

Amadeo. ¿Y las tuyas, cómo son, Juanina?

Juanina. Las mías son hojas de rosa en el viento. Tú me lo dijiste una tarde: «Tus palabras, Juanina, son como hojas sueltas de rosa; perfuman… alegran… ¡pero hay que dejarlas volar!».

Amadeo. ¿Yo te dije eso?

Juanina. Tú.

Amadeo. Sí… puedo habértelo dicho. Pero ahora no se trata sólo de palabras, sino de hechos.

Juanina. ¿De hechos?

Amadeo. De hechos tuyos y míos.

Juanina. Pues ¿qué he hecho yo?

Amadeo. ¡Separarte a todo trance de mí!

Juanina. ¡Y tú de mí!

Amadeo. ¡Para toda la vida!

Juanina. ¡Rencoroso!

Amadeo. ¿Qué pretendes? ¿Jugar este mes a la reconciliación para jugar a separarnos otra vez el mes que viene? ¡Después del escándalo, de las habladurías, de la comidilla de todo Madrid!…

Juanina. ¡Ea! ¡Asomó el qué dirán!

Amadeo. No es el qué dirán lo que más me importa en este caso: es el qué diré yo.

Juanina. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón! Perdona, hijo; pero no hay más remedio.

Amadeo. Perdona tú: pero no hay más remedio también. Lo que ahora pretendes, Juanina, es imposible. Soy quien soy.

Juanina. ¡Un pedazo de palo!

Amadeo. ¡Un pedazo de palo me llama!… *Conmovido.* Tú sabes que no.

Juanina. Pues, hijo mío, las señas son mortales. Yo pensaba esta noche que si por un azar nos encontrábamos frente a frente, tú me abrirías los brazos, loco de alegría, yo caería en ellos como loca también… y ¿quién dijo separación? ¡Ésas son tonterías que no se ocurren más que cuando está una

un poco enfadada! Y en vez de hallar en ti ésa hidalguía y ese cariño, te me sales revolviendo todo lo pasado, y con que tú dijiste esto o lo otro, y con que yo dije lo de más allá, y con que tú eres tú y yo soy yo, y que si tus palabras, y que si la gente… y que si mi cerebro… y que si el tuyo… ¡Bueno! ¡Pues ahora te voy a complacer! ¡Vas a oírme!

Amadeo. Habla.

Juanina. Yo, en esta temporada de separación, he cambiado mucho.

Amadeo. Poco se conoce.

Juanina. He cambiado mucho… porque he llorado mucho.

Amadeo. *Con ternura.* ¿Has llorado mucho?

Juanina. No te hagas el sentimental, porque ya he visto que no te importo.

Amadeo. ¡Juanina!

Juanina. Lo único que no he sabido en este mundo ha sido suplicar. He nacido para que me supliquen a mí. Yo no daré un paso más en busca tuya. Esta mañana has perdido mi corazón. Si lo quieres, necesitarás volver a conquistarlo. ¿Y Plácida?

Amadeo. Deja a Plácida ahora.

Juanina. No; si es que me voy.

Amadeo. ¿Qué te vas?

Juanina. ¡No sé qué te sorprende! ¿No querías ruptura definitiva? ¡Pues ya verás! ¡Ya verás canela! ¡Moscas vas a coger por mi calle!

Amadeo. ¡Juanina!

Juanina. ¡Moscas! ¡moscas! Déjame pasar.

Amadeo. Una última pregunta.

Juanina. Di.

Amadeo. ¿Le vas a contar a alguien este paso?

Juanina. ¿Y tú?

Amadeo. Yo no le cuento nunca a nadie nada que no te haga a ti favor.

Juanina. ¡Pues en eso sólo coincidimos! Déjame pasar.

Amadeo. Pasa.

Juanina. ¡Así, hombre, así! ¡Como un carámbano! ¡Pasa: vete ya; que yo deje de verte pronto! ¡Te saldrás con la tuya! ¡Vas a sudar sangre! Te lo prometo. *Hace que se va y vuelve.* ¡Ah! Me olvidaba de lo mejor: el cascabelito, precioso.

Amadeo. *Estupefacto.* ¿Lo has visto? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Juanina. Busca a Vargas, que te lo averigüe. ¡Se lo puedes regalar, si se le antoja, a cualquier pelandusca!

Amadeo. ¡Yo no cometo indignidades!

Juanina. *Volviéndose hacia él otra vez.* ¿Para quién lo has comprado?

Amadeo. Para mí.

Juanina. ¿Para ti?

Amadeo. ¿Tú lo quieres?

Juanina. ¿Yo? No… Sí… ¡No!

Amadeo. ¿Sí o no?

Juanina. ¡No! Buenos días.

Amadeo. Buenos días.

Juanina. ¿Plácida? *Vase resueltamente.*

Amadeo. ¡Juanina! *Confuso, aturdido, a punto de llorar, se detiene cuando va a seguirla.* ¿Es ella demasiado loca… o soy yo demasiado cuerdo? *Corre al balcón, para verla salir de la casa.*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

En Fuenterrabía. Primorosa estancia de una casita de campo, situada en el camino de Guadalupe, donde Juanina veranea. Ventanas sobre el jardín, al fondo. Puertas a derecha e izquierda. Muebles cómodos, finos, aristocráticos. Es de noche. En el jardín brilla la luna. Discreto alumbrado en el interior.

Cruz y Carmelo acaban de llegar de visita.

CRUZ. La casita parece preciosa.

CARMELO. Preciosa.

CRUZ. El jardín, de día, debe de ser un encanto.

CARMELO. Y ¡tan cerca del mar!

CRUZ. Delicioso. ¿Cómo se llama este camino?

CARMELO. De Guadalupe. Le da nombre la ermita que hay allá en lo alto.

CRUZ. No hemos estado nunca.

CARMELO. Yo, sí.

CRUZ. ¿Tú? ¿Con quién?

CARMELO. De soltero, mujer; no te alarmes.

CRUZ. Pero ¿con quién?

CARMELO. Con mis padres, que veranearon aquí algunos años. Y con mis amigos de entonces. Fuenterrabía tiene paisajes y rincones bellísimos. Te agradará, te agradará.

CRUZ. Me da tristeza, ¿qué quieres que te diga?

CARMELO. ¿Que no esté aquí tu hermano?

CRUZ. ¡Claro! Tristeza, y rabia… y todo. ¡Qué disparate de separación!

CARMELO. A ver en qué ánimo la encontramos a ella.

CRUZ. Es igual; porque yo conozco bien el ánimo de Amadeo. En la carta que me escribió hace quince días, desde Lucerna, ya ni me nombraba a su mujer.

CARMELO. ¡Mentira parece! ¡Tan enamorado como estaba!

CRUZ. Y como aún está. ¡Si eso es lo incomprensible de mi hermano! Incomprensible… hasta cierto punto. Pero es muy doloroso.

CARMELO. Tiene difícil compostura. Y Juanina también lo quiere a él. Pero ¡hay entre ellos una incompatibilidad tan continua!… ¡Necesita laborar tanto el amor para suavizar eso!…

Por la puerta de la izquierda sale Plácida.

PLÁCIDA. En seguida baja la señora.

CRUZ. ¿Qué le has dicho tú?

PLÁCIDA. Lo que usted me encargó; que unos señores de Vitoria desean saludarla.

CRUZ. Y ¿no ha sospechado…?

PLÁCIDA. Creo que no. Se preguntó ella: «¿De Vitoria?»… Como no recordando. Pero nada más.

CARMELO. No; no nos espera.

CRUZ. Y ¿qué visita tiene?

PLÁCIDA. El médico.

CRUZ. ¿El médico? Pero ¿está mala?

PLÁCIDA. No, señora, no; sus aprensiones de siempre, sus nervios… Ya la conoce la señora.

CRUZ. Ya, ya. Ni ¿cómo ha de estar buena? No es posible. Plácida. Se enteró de que venía don Claudio, uno de los médicos de Fuenterrabía, a la villa de enfrente, y me dijo que lo llamara.

CRUZ. Y ¿qué tal pasáis el verano?

PLÁCIDA. Bien; muy bien. Esto es muy agradable.

CRUZ. ¿Ha llovido mucho?

PLÁCIDA. Al principio de la temporada. Pero todo lo que va de agosto y de septiembre, tenemos buen tiempo.

CRUZ. Y ¿estáis muy solas?

PLÁCIDA. Bastante.

CRUZ. ¿Nadie visita a la señora?

PLÁCIDA. Algunas familias de por aquí cerca.

CRUZ. ¿Nadie más?

PLÁCIDA. Casi nadie más. ¿Sabe la señora quién suele acompañarla algunos ratos?

CRUZ. ¿Quién?

PLÁCIDA. El señorito Tristán, que veranea también aquí, en Fuenterrabía.

Cruzan una mirada Carmelo y Cruz.

CRUZ. ¡Ah! ¿sí? ¡Tristán… el primo!…

CARMELO. ¿Tú no tenías noticia…?

CRUZ. Ninguna.

CARMELO. A mí no sé quién me lo ha dicho hoy. ¡Ah!, sí: Pepa Zamora.

CRUZ. ¿Pepa Zamora? Y ¿cuándo has visto tú a Pepa Zamora?

CARMELO. Esta mañana.

CRUZ. Esta mañana, ¿cuándo?

CARMELO. Mujer, un momento que estuve solo en la terraza del hotel, esperándote.

CRUZ. Ya. Y ¿con quién iba ella?

CARMELO. Sola. Digo, no: con uno de sus hijos.

CRUZ. Y ¿qué te dijo de Tristán?

CARMELO. Eso: que está aquí.

CRUZ. ¿Nada más? ¿No hizo alusión ninguna?

CARMELO. Ninguna.

CRUZ. Y ¿cómo te lo has callado tú hasta ahora?

CARMELO. ¡Qué sé yo! ¡Porque se me fué de la cabeza!

CRUZ. A ver si lo vemos mañana. Ese Tristán lleva siempre un pie fuera de camino.

PLÁCIDA. Seguramente lo verán los señores. Si los señores vienen por unos días… El señorito Tristán se hospeda en el *Peñón Cantábrico*.

CARMELO. Pues yo iré a verlo.

CRUZ. Iremos los dos.

PLÁCIDA. ¿Los señores están en el *Concha*?

CRUZ. Sí: en el *Concha*.

PLÁCIDA. Aquí sale el doctor.

Por la misma puerta que Plácida viene, en efecto, don Claudio Zumárraga, viejo médico de cabellos blancos, rebosante de salud y de buen humor. Habla el castellano según la particular y graciosa manera del país.

DON CLAUDIO. Buenas noches.

CARMELO. Buenas noches, señor.

CRUZ. Muy buenas noches. Diga usted, doctor; y usted perdone que lo entretenga…

DON CLAUDIO. Mándeme, señora.

PLÁCIDA. Con permiso. *Se retira por la puerta de la derecha*. Cruz. Somos de la familia de Juanina.

DON CLAUDIO. Por muchos años. ¡Juanina! Criatura simpática. Cascabel dise que la nombran.

CRUZ. Cascabel; sí, señor… ¡Es tan cascabelera!

DON CLAUDIO. Mucho, mucho; muy cascabelera. Pero ahora asegura que va a cambiar de genio.

CRUZ. No le vendrá mal.

DON CLAUDIO. ¿Cree usted? No lo creo yo, no. ¡Es una hermosura esa alegría!

CRUZ. Bien; y ¿qué es lo que tiene?

Don Claudio. Nada nuevo.

Cruz. ¿Nada nuevo?

Don Claudio. Nada de extraordinario. Cosa muy corriente.

Cruz. ¿Algún catarrillo?

Don Claudio. No; no, señora.

Cruz. ¿Nervios?

Don Claudio. Tampoco. Cosa corriente, cosa corriente.

Cruz. ¿Cómo?

Don Claudio. Cosa corriente. Yo contenta la dejo.

Carmelo. Sí, ¿verdad?

Cruz. Ya presumíamos que serían aprensiones suyas.

Don Claudio. No, no; no son aprensiones, no. Ella está en lo firme. Son realidades. Pueden ustedes felisitarla, pues.

Cruz. ¿Eh?

Carmelo. ¿Qué?

Don Claudio. Felisitarla, sí. Buenas noches. He tenido muchísimo gusto…

Carmelo. *Deteniéndolo.* ¡Pero, oiga, doctor!

Cruz. ¡Doctor!

Don Claudio. ¿Qué más desean?

Cruz. Nos confunden las medias palabras de usted.

Carmelo. No las entendemos.

Don Claudio. Creía yo que eran claras. Pero se las diré completas. Juanina tiene cosa corriente: nada de catarro, ni de nervios, ni de aprensiones… Realidades, digo. Ya la pueden felisitar, ya… ¡Está muy contenta! Si no se tuerse, allá para el invierno…

Cruz. *Con ansiedad.* ¿Qué?

Carmelo. ¿Qué?

Don Claudio. Tendrán ustedes un nuevo servidor a quien mandar.

Cruz. ¡Señor doctor!

CARMELO. ¡Señor mío!

DON CLAUDIO. ¡O servidora! Eso, Dios lo sabe.

CRUZ. Pero ¿qué está usted diciendo, señor?

CARMELO. Pero ¿usted piensa lo que dice?

DON CLAUDIO. ¡Tontería! ¡Con medio siglo ya de médico! Raro es el día que no asisto a alguna… Vayan al barrio de la Marina o al camino de Irún, y verán, verán testimonios. *Juntando las yemas de los diez dedos.* ¡Así! ¿Qué le ocurre, señora?…

CRUZ. Me ocurre… me ocurre… ¡Eso que dice usted de Juanina, es imposible! ¡Imposible!

DON CLAUDIO. ¿Imposible?

CARMELO. Sí, señor; imposible.

DON CLAUDIO. *Temeroso.* ¡Caray, caray!… ¿No es casada Juanina?

CRUZ. ¡Sí, señor, que es casada!

DON CLAUDIO. ¡Entonses!

CARMELO. ¡Hágase usted cargo!

CRUZ. ¡Entérese usted! ¡Es casada, pero está separada de su marido hace cerca de un año!

DON CLAUDIO. ¡Caray, caray!… No puede haser tanto, señora.

CRUZ. ¿Me lo va usted a contar a mí?

DON CLAUDIO. No puede haser tanto.

CARMELO. Sí, señor, sí; sin duda alguna usted se equivoca.

DON CLAUDIO. ¡Oh! ¡Sería la primera ves!

CRUZ. ¡Pues usted se equivoca!

DON CLAUDIO. ¡Pues sería la primera ves! No insisto no insisto… Ello dirá… ello dirá…

CRUZ. ¡Ello no puede decir nada!

DON CLAUDIO. Tranquilísese usted, señora… Ello dirá, ello dirá… Allá para el invierno… Es corto el plaso… Poco hemos de vivir…

CRUZ. ¡Jesús, Dios mío!

Don Claudio. Ello dirá… Yo no soy infalible tampoco… ¡Pero sería la primera ves! Que viene el siudadano al mundo: Claudio Sumárraga tenía rasón. Que no viene: Claudio Sumárraga chochea; perdió cabesa, perdió papeles… Siento mucho el mal rato… Ustedes me disculpen… Buenas noches… Sombrero… paraguas… ¡Ah! ¡En el resibidor!… Buenas noches.

Cruz. Vaya usted con Dios.

Carmelo. Vaya usted enhorabuena.

Don Claudio. ¡La primera ves, ya les digo! *Márchase por la puerta de la derecha.*

Carmelo y Cruz se miran consternados, con miedo de comunicarse sus pensamientos.

Cruz. ¡Carmelo!

Carmelo. ¡Cruz!

Cruz. ¿Qué me dices?

Carmelo. Nada, hija mía, nada. ¡Yo no me atrevo a decir nada! ¿Y tú?

Cruz. Yo, tampoco.

Carmelo. ¡Ni a decir… ni a pensar!

Cruz. ¡Ni a pensar, ni a pensar; es cierto!

Carmelo. Y, sin embargo…

Cruz. ¡Sin embargo, los dos estamos pensando lo mismo! Carmelo. ¡Lo mismo!

Cruz. ¡No, no, qué espanto! ¡No puede ser, no puede ser!… Carmelo. ¡No puede ser!

Cruz. ¡Aferrémonos a que no puede ser!…

Carmelo. Sí; pero ese hombre…

Cruz. ¡No puede ser! ¡Yo lo rechazo! ¡Que horror, Dios mío! ¡Qué bochorno!

Se oye canturrear a Juanina.

Carmelo. ¡Ella viene!

Cruz. ¡Y cantando! ¡Qué loca!

Carmelo. Para disimular, sin duda.

CRUZ. Sin duda.

CARMELO. Pues disimulemos también nosotros.

CRUZ. Yo no sé si podré.

CARMELO. Esfuérzate. Es preciso, si hemos de averiguar la verdad.

CRUZ. Bien dices. Estás más sereno que yo.

CARMELO. Esto es muy grave, Cruz.

CRUZ. Muy grave, sí.

CARMELO. Disimulemos.

CRUZ. Disimulemos.

Y los dos disimulan, aunque él mucho mejor que ella.

Sale por la puerta de la izquierda Juanina. Viene cantando. Rebosa ventura.

JUANINA.

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire…

¡Digo! ¿eh? ¿Le parece a usted la visita de Vitoria? ¡Cruz! ¡Carmelo! ¡Cuánto os agradezco que hayáis venido!

CRUZ. ¡Juanina!

CARMELO. ¡Juanina! ¿Has caído en la broma?

JUANINA. Algo barrunté… ¡Porque yo en Vitoria no conozco a nadie! Sentaos.

CRUZ. ¡Qué bien estás! ¡Qué colores tienes!

CARMELO. Y ¡qué contenta!

JUANINA. ¡La buena vida! *Volviendo al canticio.*

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire…

CRUZ. Sí, sí; no finges; estás, a no dudar, contenta.

Juanina. ¡La buena vida! Hija, me cansé de hacer el ridículo. Y vivo en la gloria con Plácida. Nos fuimos a Sevilla, nos fuimos a Granada, nos fuimos a París, nos fuimos a Roma… ¡Que me echaran un galgo! Y luego, cuando llegó el verano, aquí. ¡Esto es hermosísimo! Y la situación, de privilegio. A dos pasos de Francia. ¡Nos reímos más Plácida y yo metiendo contrabando! Hay días que hemos pasado con seis pares de medias puestas. ¡Qué pantorrillas!

Cruz. ¡Vaya, mujer, vaya! No echas nada de menos, por lo que se ve.

Juanina. Nada absolutamente.

Cruz. Y ¿tienes el valor de decírmelo a mí?

Juanina. A quien me lo pregunta. ¿Verdad, Carmelo?

Carmelo. Sin embargo, mujer… De él ¿no sabes nada?

Juanina. Ni pizca.

Cruz. Pero ¿no os escribís?

Juanina. ¡Qué ocurrencia! ¿No se ha dicho que separación? ¡Pues separación! ¿No quería él que para toda la vida? ¡Pues para toda la vida! Ya va cerca de un año. ¡O somos o no somos! Me voy ya volviendo un poquito Tambor. ¡Las cosas! ¿Y vosotros, venís de Asturias?

Cruz. De Asturias.

Carmelo. De Covadonga.

Cruz. Y ahora vamos a Lourdes.

Juanina. ¿Piensas pedirle algo a la Virgen?

Cruz. Lo que te puedes imaginar.

Juanina. No; para mí no le pidas nada. ¡Ya me da más de lo que merezco!

Cruz. ¿Qué dices?

Juanina. Lo que oyes. Tengo salud, tengo alegría, tengo… lo que tengo, no peleo nunca con mi marido…

Cruz. ¿Otra vez? Es impertinente que insistas en eso, Juanina.

Juanina. Pues punto en boca. Por mi parte, basta de impertinencias.

Cruz. Gracias, en nombre de un ausente.

JUANINA. No hay de qué darlas. Ya se ve que eres de la familia.

CRUZ. Hermana suya, nada más. Y el pobre Amadeo…

JUANINA. Es impertinente referirse a Amadeo, ¿no?

CRUZ. Dispensa.

JUANINA. Dispensada.

De improviso, Juanina se inquieta. Cruz lo advierte.

CRUZ. ¿Qué?

JUANINA. Nada.

CRUZ. Me pareció… ¿Es que ha venido alguien?

JUANINA. No. A estas horas nadie puede venir.

CRUZ. Pues ¿no hemos venido nosotros?

JUANINA. ¡De casualidad! ¿Queréis ver mi casita? Es una monada.

CARMELO. Mañana, ¿no sería mejor?

JUANINA. De noche también tiene su encanto. Y cuando hay luna, como hoy… Por lo menos veréis mi alcoba.

CRUZ. Bien; la veremos.

JUANINA. Me entra la luna hasta la cama. ¡Es una delicia! Estoy volviéndome muy romántica, no te creas. ¡Ah! Y ahora duermo con la ventana de par en par.

CRUZ. ¿Serás capaz, Juanina?

JUANINA. ¡Para respirar el aire marino!

CRUZ. ¡Milagros de la separación! ¡Aquello que era tan difícil!…

JUANINA. Hemos convenido en no aludir…

CARMELO. ¡Claro, Cruz, claro!… Tú también…

CRUZ. ¡Es más fuerte que yo, Carmelo!

JUANINA. Pasad; pasad.

Éntranse Cruz y su marido por la puerta, de la izquierda. Juanina, que los sigue, se detiene un segundo, llamada misteriosamente por Plácida, que sale a tiempo por la de la derecha.

PLÁCIDA. Señorita.

JUANINA. *Adivinando y casi por señas.* ¿Está ahí?

PLÁCIDA. Ahí está.

JUANINA. Dile que aguarde en el jardín. *Vase rápidamente.*

PLÁCIDA. ¡Que aguarde en el jardín!… ¡Qué comedia ésta! ¡Ocultar ellos lo que toda la familia quiere que pase!… ¡Venir este hombre todas las noches *de ocultis* desde San Juan de Luz, a ver a su mujer!… ¡Y por empeño de él, que es lo raro! Yo ahora no sé cuál es el más loco.

Vuelven Juanina, Cruz y Carmelo. Plácida se va por la puerta contraria.

JUANINA. Ya la veréis de día, ya la veréis de día. Y subiréis al piso alto. Es muy pequeña la casita, pero ¡para mí sola!…

CRUZ. ¡Claro! ¡Para ti sola!…

CARMELO. La alcoba es lindísima.

JUANINA. ¿Verdad? Sentaos.

CRUZ. Un momentito nada más.

JUANINA. Lo que queráis.

CARMELO. Sí; porque la hora no es a propósito…

CRUZ. No estaremos más que el tiempo preciso para que Juanina me conteste a una cosa.

JUANINA. Tú dirás.

CRUZ. Estando tan a gusto, viviendo tan bien, disfrutando de tan buena salud, ¿por qué llamas al médico?

JUANINA. ¡Psché! Mis caprichos. Todavía sigo con mis caprichos. No se puede dejar de ser Cascabel de golpe y porrazo. Ni conviene tampoco.

CARMELO. Y ¿qué te ha dicho el médico que tienes?

JUANINA. *Sonriendo diabólicamente.* Neurastenia.

CARMELO. Neurastenia, ¿eh?

CRUZ. ¡Qué cosa más rara! Tu aspecto no es de neurasténica. Pero eso suelen decir los médicos cuando no están seguros de lo que los enfermos padecen.

JUANINA. No; pues éste… éste creo que sí está seguro.

Cruz. Acaso. Si la neurastenia es una locura incipiente, tú padeces un ataque agudísimo.

Juanina. ¡Ja, ja, ja! Cómo me recuerdas… ¡Ah! ¡Que hemos quedado en no aludir!…

Carmelo. ¿Te ha puesto plan el doctor para combatirla, si puede saberse? Como yo tengo mis puntas y ribetes de mediquillo…

Juanina. Es verdad. Pues, calcula: lo eterno. Me ha mandado lo que se manda a todas.

Carmelo. ¿Cómo a todas?

Juanina. ¡A todas las mujeres neurasténicas! La neurastenia de las mujeres obedece a causas muy distintas que la de los hombres. ¿No lo sabes tú?

Carmelo. Bien; y ¿qué te ha mandado?

Juanina. Lo corriente, ¿no digo? Mucho sol; mucho aire; paseos tranquilos; yemas con jerez… *A un movimiento de su cuñada.* Que no me den disgustos; que no me los tome si me los quieren dar… y alguna otra cosilla reservada.

Cruz. ¡Está bien, mujer, está bien!

Juanina. ¡Ya lo creo que está bien! Carmelo.

Carmelo. ¿Qué quieres?

Juanina. Hazme el favor de recogerme del suelo el pañolito.

Carmelo. ¿Cómo no? Disculpa; no me había fijado…

Juanina. Gracias. También me ha recomendado el doctor que evite los movimientos violentos.

Cruz. ¿Para la neurastenia?

Juanina. Para la mía, sí.

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire…

Cruz. *Saltando.* ¡Hija, estás neurasténica y parece que te ha tocado la Lotería!

Juanina. Y ¿qué quieres que yo le haga? Así es.

CARMELO. No te sorprenda, Cruz. La neurastenia es enfermedad que, aun siendo una en el fondo, suele tomar formas muy distintas.

JUANINA. Hablas como un libro.

CRUZ. ¡Yo no veo el libro por ninguna parte!

CARMELO. *Mirándola con intención.* No anticipes tú juicios, Cruz. Cuando el médico opina así…

CRUZ. ¡Ese médico es una bota de sidra; no hay más que mirarlo!

JUANINA. Te equivocas: es un gran clínico, aunque esté metido en un rincón de España. ¡Qué ojo de hombre! Apenas me vió y le di dos o tres detalles, me dijo lo que voy a tener.

CRUZ. ¿Lo que vas a tener?

JUANINA. ¡Lo que tengo!

CARMELO. Lo que tiene, sí. Y como por fortuna no es nada grave, vámonos ya nosotros.

CRUZ. Vámonos, sí, vámonos.

JUANINA. No os quiero detener… Veníos mañana a almorzar en mi compañía.

CRUZ. Gracias, mujer.

JUANINA. No; sin gracias.

CRUZ. Pero acostumbrada a esta soledad que te encanta, ¿no te molestaremos?

JUANINA. ¡Al revés! ¡En la variación está el gusto!

CRUZ. ¿En la variación?

JUANINA. ¡Eso no soy yo quien lo descubre! Además, como ya os he dicho, estoy cambiando de carácter. Voy convirtiéndome en persona seria, razonable. Como tú.

CRUZ. ¿Cómo yo?

JUANINA. ¡Tantas veces me has aconsejado que te imitara!

CRUZ. ¡Qué lástima no hubiera sido antes!

JUANINA. Pero más vale tarde que nunca. ¿Hasta mañana?

CRUZ. Hasta mañana.

Juanina. ¡Que os espero a almorzar!

Carmelo. Vendremos, sí, vendremos. Con mucho gusto. Hablaremos de todo.

Juanina. ¡De todo lo que se pueda hablar!

Cruz. ¡Ajá! como él dice.

Juanina. ¡Ajá!

Se marchan juntos por la puerta de la derecha, charlando.

Por la de la izquierda aparece poco después Amadeo, como si estuviera cometiendo un robo.

Amadeo. ¡Es insensato!… ¡Esto no puede seguir así! Esto hay que resolverlo… No sé cómo, pero hay que resolverlo… ¡Ni que yo fuera un criminal!

Vuelve Juanina venturosa.

Juanina. ¡Ay, esposo mío! ¡Qué rica miel tienen estas flores!

Amadeo. ¿A qué han venido ésos?

Juanina. ¡A verme!

Amadeo. Pero ¿no estaban en Asturias?

Juanina. Sí; pero hoy están en Fuenterrabía.

Amadeo. Y ¿no se han escamado?…

Juanina. ¿De qué? ¿De qué tú y yo…? ¡Ni con cien leguas! ¡Buena les he puesto yo la cabeza! ¡Buena la lleva Cruz!

Amadeo. ¿Por qué?

Juanina. ¡Porque me divierto mucho metiéndola en cuidado!

Amadeo. Pero ¿tú estás segura de que no presume…?

Juanina. ¡Que no, hombre, que no! ¡Qué miedo le tienes! ¡Ja, ja, ja!

Amadeo. ¡Es que para mí sería una vergüenza!… ¡Tan pronto!… ¡Después de mis desplantes!… ¡Para toda la vida!… ¡Para toda la vida!… ¡Qué necio es el hombre algunas veces! ¡No poder vivir sin una mujer, y

firmar poco menos que ante notario que va uno a vivir sin ella toda la vida! ¡Jesús! ¡Ven acá; dame un beso!

Juanina. ¡Toma lo que quieras! Ahora, me toca a mí reír. ¡Ja, ja, ja!

Amadeo. Ríe, ríe; que me alegra tu risa, porque además me la merezco. Pero esta situación hay que terminarla.

Juanina. Ya, ya.

Amadeo. Seguir así es una chiquillada, a todas luces.

Juanina. *Con malicia.* ¿Una chiquillada?

Amadeo. Me lo preguntas en un tono…

Juanina. ¡Psché!

Amadeo. Pues sí, es una chiquillada.

Juanina. ¡Una chiquillada! ¡Qué conste!

Amadeo. O algo peor. Porque venir yo a verte con estos tapujos y este misterio, como si no fuera tu esposo, sino tu amante… Incluso puede perjudicar a tu buen nombre.

Juanina. Y de rechazo al tuyo. Pregúntaselo a Cruz.

Amadeo. ¿A Cruz?

Juanina. Cruz me tiene a estas horas poco menos que por una de esas que se tienden en la playa de Biarritz a tomar el sol después del baño y a fumar.

Amadeo. *Atónito.* Pero ¿por qué piensa eso Cruz de ti?

Juanina. ¡Toma! ¡Por obra y gracia de su hermanito!

Amadeo. ¿Eh?

Juanina. ¡Por las apariencias! ¡Porque las apariencias me condenan! Y como esta situación es obra tuya… ¡El hombre serio! ¡El cerebro ecuánime la discurrió! ¡Si hubiera sido Cascabel!… Te dió rubor publicar tu caída… y aquí tienes el resultado. Tu hermana ahora mismo me cree a mí cualquier cosa.

Amadeo. No; no exageres tampoco. Cruz es muy discreta.

Juanina. ¿Más que tú, a quien se le debe todo esto?

Amadeo. A mí se me debe: es verdad.

Juanina. ¡Digo! Pues ¡bueno te pusiste! El primer beso de nuestra reconciliación en Sevilla, yo, por mí, lo hubiera publicado en los periódicos. Ya lo sabes. ¡Recuerda que se me ocurrió tirar papelitos diciéndolo desde lo alto de la Giralda!

Amadeo. Lo recuerdo, sí.

Juanina. ¡Y por poco reñimos otra vez! ¡Había que oírte! «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué caída! ¡Qué plancha! ¡Qué batacazo! ¡Qué ligereza! ¿Qué va a decir la gente?… ¡Calma! ¡Calma! Es pronto todavía. Demos lugar al tiempo… Que pueda madurar la fruta lógicamente…». ¡De esto de la fruta me acuerdo como si lo estuviera oyendo ahora mismo! «Juanina, vamos a vestir bien el muñeco; pactemos unas paces que sean honrosas para los dos…». ¡Y esto en Sevilla, y esto en Madrid, y esto en Roma, y esto en todas partes!

Amadeo. Sí, sí; evidente. ¡Todas esas sandeces decía! ¡Me entró un rubor muy cómico!

Juanina. Sin pensar en otras consecuencias.

Amadeo. ¡Sin pensar en nada más que en mi ridículo!

Juanina. ¡Pues aún ignoras lo mejor!

Amadeo. ¿Lo mejor?

Juanina. Lo mejor. Tu hermana ha hablado con el médico.

Amadeo. ¿Con qué médico?

Juanina. Con don Claudio.

Amadeo. ¿Con *Chipirón*?

Juanina. ¿Con *Chipirón*? ¿Quién es *Chipirón*?

Amadeo. A don Claudio le llaman aquí *Chipirón*.

Juanina. ¡Ja, ja, ja!

Amadeo. ¿De qué te ríes? Sus padres fueron pescadores…

Juanina. Pero ¿cuándo se ha visto nombrar por el mote a las personas?

Amadeo. ¡Ah, sí! Deja eso. ¿En dónde ha hablado mi hermana con don Claudio?

Juanina. Aquí. Lo mandé yo venir.

Amadeo. ¿Está mala la chica?

Juanina. No; no lo llamé para la chica.

Amadeo. ¿Para ti? Pues ¿qué tienes?

Juanina. *Lo mira sonriéndose de un modo inefable.* Nada malo.

Amadeo. ¡Juanina!

Juanina. ¡Ay, Tamborcito de mi alma! ¡Buena la hemos hecho! ¡No vas a tener más remedio que publicar ya que nos hemos reconciliado!

Amadeo. ¿Qué me dices?

Juanina. ¿Comprendes?…

Amadeo. ¿Aquello que…?

Juanina. ¡Aquello que…!

Amadeo. *Loco de júbilo, tembloroso.* ¡Juanina de mi vida! ¡No me atrevo a creerlo! ¿Es verdad?

Juanina. ¡Pregúntaselo a *Chipirón*!

Amadeo. ¡Ahora sí que te como a besos!

Juanina. *Deteniéndolo.* Paso, paso, amor mío, que me han prohibido los movimientos bruscos.

Amadeo. ¡Pero si es que ésta es demasiada felicidad! ¡Yo salto de alegría, Juanina! ¿Qué dirías tú de mí si ahora mismo me pusiese a bailar la jota?

Juanina. ¡Pues que Tambor está contagiándose de Cascabel!

Amadeo. ¿Y Cascabel de Tambor, no?

Juanina. *Bajando los ojos.* ¡Cascabel ya está contagiada!…

Amadeo. ¡Bendito sea Dios! *Cantando como ella.*

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire…

¿Bailo, Juanina?

Juanina. Baila si quieres. ¡En no bailando yo!

Amadeo. ¡Tú, no; tú no bailes! ¡Tú no te muevas!

Juanina. Descuida. Hay algo en mí que me lo manda; que tiene más poder que todo. Y no es nada aún… pero ya siento su aleteo. Es un no sé que… que veo que me transforma… muy hondo, muy claro… ¡Me faltaba éste no sé qué! ¡Yo también bailaría!… Pero he de ser una persona seria. ¡Muy seria!

Amadeo. Cascabel, ¿eres tú la que habla? ¿Eres tú?

Juanina. Tambor, ¿eres tú el que parece loco?

Amadeo. ¡Yo, yo mismo! ¡A Dios gracias! ¡Vivan Los Cascabeles! ¡Tanta cordura, tanta sensatez, tanto jinojo de gravedad! ¡La vida me ha dado una lección que aprovecho! ¡El «yo soy así» es una necedad como una casa, y queda desterrado de mis labios! ¡El día que me oigas disculparme de algo con un «yo soy así», me pegas un palo en la cabeza!

Juanina. ¡Ja, ja, ja! ¡No tanto, hombre, no tanto!

Amadeo. ¡Sí, sí; un palo en la cabeza! ¡Mi «yo soy así» ha tenido mucha culpa de todo esto!

Juanina. ¿Y mi «yo soy asá», no ha tenido ninguna? Debo reconocerlo también. Comprendo que era insoportable.

Amadeo. ¿Insoportable? No…

Juanina. Caprichosa, terca, tornadiza. Lo que más me afeo es lo que me divertía hacerte rabiar.

Amadeo. ¡No!

Juanina. ¡Sí! Me divertía, me divertía… ¿Por qué nos gustará a veces hacer rabiar a las personas a quienes más queremos? ¿Por qué?

Amadeo. ¡Tú nunca habrías querido hacerme rabiar si yo no hubiese sido tan majadero!

Juanina. Calma, calma, Amadeo; no te exaltes. Sosiego, seriedad…

Amadeo. «¡Yo soy así, yo soy así!». ¡Pues eso no resuelve nada, señor mío! ¡Si ha de vivir usted entre gentes, si ha de crearse afectos en la vida, necesita usted ser así… y asá! ¡Algo ha de darle y de concederle al espíritu compañero, y algo ha de tomar usted de él! ¡Un ser humano no es una muralla! «¡Soy así! ¡soy así!». ¿Hay nada más absurdo? *Reparando en el relojito de Juanina.* Pero, muchacha…

Juanina. ¿Qué?

Amadeo. ¿Qué hora tienes?

Juanina. ¡Ah! ¡Cualquiera!

Amadeo. ¿Cómo cualquiera?

Juanina. ¿No sabes? ¡He puesto cada reloj de la casa en una hora distinta!…

Amadeo. *Asombrado.* ¿Eh?

Juanina. ¡Para no saber que pasa el tiempo! ¡Soy tan dichosa!…

Amadeo. Pero, pero, pero… pero, Juanina…

Juanina. Pero ¿qué?

Amadeo. ¡Eso es un disparate! ¡Se debe saber en qué momento vive uno!… Para medir, para regular, para proceder…

Juanina. Según y conforme… Deja ahora… ¡Sigue con tu entusiasmo!… ¿Qué ibas a decirme?

Amadeo. Te iba a decir… te iba a decir… ¿Qué te iba yo a decir? ¡Ah! ¡Que el hijo es la fórmula en nuestro caso; en lo de ser así o asá!

Juanina. ¡Hombre, la fórmula! ¡Qué palabra más prosaica, Tamborcito!

Amadeo. ¡Queda retirada *ipso facto*! ¡Ni sé cómo ha podido ocurrírseme! El hijo es la encarnación de mi idea: la encarnación dichosa. No será así ni asá; como tú o como yo aisladamente: tendrá de las dos sangres, de las dos vidas. Pero en el aire hay otro hijo; hija más bien, porque es la felicidad de ambos, y ésa hemos de labrarla con nuestros dos espíritus. ¿Te sonríes? ¿Merezco ahora un redoble de tambor de los tuyos?

Juanina. ¡Mereces mi vida!

Amadeo. ¡Cascabel de mi corazón!

Se abrazan amorosamente en silencio. En silencio también, y como quien ha estado escuchando la escena, asoman sonrientes por una de las ventanas del foro, Carmelo y Cruz. Juanina exclama en este momento:

Juanina. ¡Si nos viese tu hermana!

Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, septiembre, 1927.

Índice Alfabético

125 kilómetros <<
Acacia y Melitón <<
Antón Caballero <<
Barro pecador <<
Cabellos de plata <<
Cambio de suerte <<
Cancionera <<
Concha la limpia <<
Cristalina <<
Dos pesetas <<
El cuartito de hora <<
El mal ángel <<
El pie <<
El último papel <<
Ganas de reñir <<
La boda de Quinita Flores <<
La cuestión es pasar el rato <<
La moral de Arrabales <<
La prisa <<
La quema <<
La Seria <<

La sillita <<

La suerte <<

Las benditas máscaras <<

Las de Abel <<

Las muertes de Lopillo <<

Las vueltas que da el mundo <<

Los grandes hombres <<

Los pápiros <<

Marianela <<

Mi hermano y yo <<

Pasionera <<

Pepita y don Juan <<

Ramo de locura <<

Revoloteo <<

Tambor y Cascabel <<

Vámonos <<

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 26 de marzo de 1871 - Madrid, 12 de abril de 1938) y su hermano

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 20 de enero de 1873 - Madrid, 14 de junio de 1944) fueron unos dramaturgos y poetas españoles conocidos popularmente como los **hermanos Álvarez Quintero** o, simplemente, los **Álvarez Quintero**.

Desde Utrera se trasladaron a Sevilla, donde vivieron bastante tiempo como empleados de Hacienda, mientras colaboraban en diversas publicaciones como *El Diablo Cojuelo*, e iniciaron paulatinamente su dedicación exclusiva al teatro.

Desde muy jóvenes comenzaron a escribir, siempre escribieron juntos, para el teatro, llegaron a ser insignes comediógrafos y maestros del habla castellana,

al extremo de que los dos fueron miembros de la Real Academia Española de la Lengua.

Iban siempre juntos y se querían tanto, que cuando murió el mayor, el más joven vivió tan quebrantado que seis años después falleció también.

Los restos de ambos se encuentran en el cementerio de San Justo de Madrid.

Debutaron estrenando su primera obra, *Esgrima y Amor*, en el Teatro Cervantes de Sevilla el 30 de enero del año 1888, cuyo gran éxito indujo a su padre a trasladarlos a Madrid en octubre del mismo año, donde durante más de nueve años, y trabajando como funcionarios en el Ministerio de Hacienda para poder mantenerse, combinaban sus escritos y trabajo. A partir de 1889, estrenan varios sainetes líricos y juguetes cómicos con buen éxito, lo que consolida su carrera.

Su primer éxito resonante lo obtuvieron en 1897 con *El ojito derecho*. A este éxito sucedieron muchos otros más, siendo especialmente recordados *Las flores* (1901), *El genio alegre* (1906), *Malvaloca* (1912), *Puebla de las mujeres* (1912), *Las de Caín* (1908) y mucho después *Mariquilla Terremoto* (1930).

Fueron nombrados hijos predilectos de Utrera y Sevilla y adoptivos de Málaga y Zaragoza.

Sus obras fueron traducidas a todos los idiomas; se representaron en las más apartadas latitudes como en el Teatro Colón de Buenos Aires, por la compañía Guerrero-Mendoza que llevaba varias de sus obras cuando construyó aquel teatro y sus autores gozaron de innumerables homenajes, entre ellos uno muy conocido en los años veinte en Madrid en que colaboró todo el mundillo escénico.

Comenzaron a escribir en la época en que aún gustaba mucho el género dramático de José Echegaray; pero ellos, frente a esa forma de escribir muy altisonante y frente a esas escenas terribles de angustia y muerte, peculiares del gran dramaturgo, crearon un teatro sencillo, gracioso, alegre y luminoso, que pronto arrebató el entusiasmo del público.

Amaron lo más gracioso de la vida. Pintaron el hermoso paisaje andaluz, con sus gentes dicharacheras y amistosas, con su ingenio y su donosura. Presenciar una obra de los dos hermanos era lo mismo que estar en un patio andaluz lleno de frescura, con sus mármoles blancos y sus fuentes cantarinas.

Cincuenta años de su existencia dedicaron a escribir ese teatro amable, noble y jugoso.

Aunque no escribieron únicamente comedias, sainetes, libretos de zarzuela y piezas cómicas, sino también dramas, fue en esos géneros en los que fundamentalmente se les recuerda a causa de su gran talento cómico.

Muchas de sus piezas son de naturaleza costumbrista, describiendo el modo de ser de diferentes tierras de España, sobre todo las andaluzas, pero dejando al margen la visión sombría y miserable de las lacras sociales; su Andalucía es la de la luz y la del colorido; su ideología es tradicionalista. El lenguaje de sus piezas es un castellano depurado y elegante pasado por el tamiz fónico del dialecto andaluz; sus chistes son finos y de buen gusto, sin llegar nunca a la chabacanería; con ello estilizaron e idealizaron el género chico; abunda la gracia y la sal y hay una genuina vis cómica.

En total escribieron cerca de doscientos títulos, algunos de ellos premiados, como por ejemplo *Los Galeotes*, que recibió el premio de la *Real Academia* a la mejor comedia del año.

Su última obra conjunta es *La Giralda*, zarzuela de José Padilla.

Notas

[1] Apropósito de Concha la Limpia. <<

[2] En el texto van en letra bastardilla. <<

[3] Es claro que en cada compañía se sustituirá el apellido *Bonafé* por el del actor que interprete el papel de *Amarillo*. <<